This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

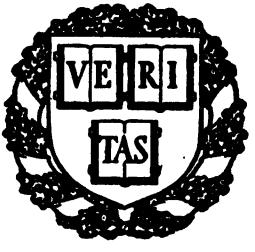
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

Span 13707.7



Harvard College Library

BOUGHT FROM THE FUND
BEQUEATHED BY

FRANCIS SALES

INSTRUCTOR IN SPANISH AND FRENCH
1816–1854

COLECCION

DE LOS MEJORES

AUTORES ESPAÑOLES.

TOMO X.

TESORO

DEL TEATRO ESPAÑOL.

TOMO I.

PARIS. — EN LA IMPRENTA DE CASIMIR,
Calle de la Vieille-Monnaie, 12.

MORATIN.

Anal. teatr. II., III.

TESORO

DEL

TEATRO ESPAÑOL,

DESDE SU ORÍGEN (AÑO DE 1356)

HASTA NUESTROS DIAS;

ARREGLADO, Y DIVIDIDO EN CUATRO PARTES,

POR

Don Eugenio de Ochoa.

TOMO PRIMERO.

ORÍGENES DEL TEATRO ESPAÑOL,

POR D. L. F. DE MORATIN.

PIEZAS DRAMÁTICAS

ANTERIORES Á LOPE DE VEGA.

En nuestro sistema literario no admitimos nada absoluto, y por eso tenemos mas fe en el sentimiento que en las reglas dogmáticas, y quizá arbitrarias, en que los críticos quieren que se busque siempre la belleza.
Al teatro, sobre todos los demas géneros de poesía, es aplicable nuestra opinion. D. A. DURAN.

PARIS,
EN LA LIBRERÍA EUROPEA DE BAUDRY,
CALLE DU COQ-SAINT-HONORÉ, 9,
CERCA DEL LOUVRE.

1838

Shaw 4370.7

HARVARD COLLEGE
JUN 28 1902
LIBRARY.
Sales Fund.

1368
43-121
33

ORÍGENES

DEL

TEATRO ESPAÑOL,

SEGUIDOS DE UNA COLECCION ESCOGIDA

DE

PIEZAS DRAMÁTICAS

ANTERIORES Á LOPE DE VEGA,

POR

DON L. F. DE MORATIN,

CON UN APÉNDICE

Por Don E. de Ochoa.

En nuestro sistema literario no admitimos nada absoluto, y por eso tenemos mas fe en el sentimiento que en las reglas dogmáticas, y quizá arbitrarias, en que los críticos quieren que se busque siempre la belleza.

Al teatro, sobre todos los demas géneros de poesía, es aplicable nuestra opinion. D. A. DURAN.

PARIS,

EN LA LIBRERÍA EUROPEA DE BAUDRY,

CALLE DU COQ-SAINT-HONORÉ, 9,

CERCA DEL LOUVRE.

1838

PARIS. — EN LA IMPRENTA DE CASIMIR,
Calle de la Vieille-Monnaie, 12.

PRÓLOGO DEL EDITOR.

Pocas personas, por poco que se hayan dedicado al cultivo de las bellas letras, así dentro como fuera de España, ignoran esta verdad trivial y tantas veces repetida: — *Que el teatro español es acaso el mas rico que posee ninguna nacion.* — Pero ese teatro español tan universalmente decantado, ¿es por ventura siquiera generalmente conocido? O por mejor decir, esa admiracion tradicional á los antiguos ingenios dramáticos españoles, ¿es hija del conocimiento y estudio de sus obras, ó debemos considerarla como una de aquellas ideas vulgares, moneda corriente en todos los tiempos y en todos los paises, que, á fuerza de oirlas repetidas y de verlas estampadas, se admiten sin discusion y se perpetuan como verdades inconcusas? Aun cuando no tuvieramos otras razones para estar persuadidos de esto último, una que no admite réplica nos bastaria para creerlo, y esta razon se reduce á que *el teatro español es muy poco conocido.* Esto es un hecho que no necesita demostraciones.

Para la inmensa mayoría de los estranjeros y para gran parte de los españoles, *Lope de Vega* y *Calderon* reasumen en sí casi todo el esplendor que rodea á ese inmenso cúmulo de riquezas literarias que constituyen lo que se llama *el antiguo teatro español.* Sucede con las obras de estos poetas poco mas ó menos lo que con el *Don Quijote,* libro que, á los ojos de los estranjeros en general, representa toda la literatura española, idea falsa de toda falsedad, error crasísimo y verdaderamente lastimoso en boca del eminente escritor que, el primero, le difundió en Francia, de donde pasó tal vez á las demas naciones.

El objeto de la presente coleccion es dar un fundamento sólido al alto aprecio de que goza el teatro español, y para ello, mal hubiera podido el Editor recurrir á un medio mas obvio y convincente que el de reunir en breve espacio las mas preciosas joyas de la literatura dramática española, formando un verdadero *tesoro del teatro español desde su origen hasta nuestros dias.* Espuesta ya esta idea general de su obra, réstale manifestar los medios de que ha creido deber valerse para llevarla á cabo con el posible acierto.

Basta echar una ojeada sobre la historia del teatro español para que por

sí mismo, digámoslo así, se desarrolle el plan que debe seguirse para la formacion de la obra que ahora damos á luz. Aquella historia se divide en *cuatro épocas* principales: estas cuatro épocas deben necesariamente dividir en *cuatro partes* la coleccion que nos proponemos publicar.

Estas cuatro partes son:

1ª. Tesoro del teatro español desde su orígen hasta Lope de Vega.

2ª. Tesoro del teatro de Lope de Vega.

3ª. Tesoro del teatro de Calderon.

4ª. Tesoro del teatro español desde Calderon hasta nuestros dias.

Estas cuatro partes comprenden los períodos de tiempo siguientes:

1ª. Desde mediados del siglo XIV hasta fines del XVI.

2ª. } Desde fines del siglo XVI hasta fines del XVII.
3ª. }

4ª. Desde fines del siglo XVII hasta nuestros dias.

Esta division, trazada por la naturaléza misma de la obra que vamos á formar, es indispensable para evitar la confusion que resultaria de la falta de método en una coleccion que comprende las principales obras dramáticas publicadas en España en el dilatado espacio de cerca de cinco siglos.

Forma este primer tomo, que comprende la 1ª parte, la mas importante y difícil sin duda de este trabajo, la escelente obra del célebre Moratin publicada por la real Academia de la Historia, con el título de *Orígenes del teatro español.* En este escrito, fruto de largos años de estudios y arduas investigaciones, hallará reunido el lector *todo lo que hasta ahora se sabe real y positivamente acerca de la historia del teatro español desde su orígen hasta Lope de Vega.*—En un apéndice al fin del tomo hemos insertado algunas piezas dramáticas correspondientes á aquella época, que por motivos que seria prolijo enumerar, se abstuvo Moratin de incluir en su preciosa coleccion.

PRÓLOGO

DE

LA COLECCION DE LAS OBRAS COMPLETAS DE MORATIN,

PUBLICADA EN 1830

POR LA ACADEMIA DE LA HISTORIA.

El año de 1825 se hizo en Paris una edicion de las obras dramáticas y líricas del célebre poeta D. Leandro Fernandez de Moratin, que impresas antes en varios lugares, tiempos y tamaños, andaban sueltas, y no siempre fielmente impresas, en manos de los estudiosos. Esta edicion, reconocida como legítima por el autor, y publicada poco antes de su fallecimiento, proporcionaba á los estrangeros la facilidad de gozar de su lectura, al mismo tiempo que los españoles, privados de esta ventaja por la ley que prohibe la introduccion de obras castellanas impresas fuera del reino, carecian de la utilidad que para su mayor ilustracion ofrecia la reunion de producciones tan apreciables.

Esta poderosa consideracion fomentó en la real Academia de la Historia, primero el deseo, y despues el designio de publicar una coleccion de las obras de Moratin. Comprendió igualmente la Academia que una edicion completa y esmerada de ellas era el monumento mas digno que podia consagrarse á la fama póstuma de su autor; y que con ella, al paso que se miraba por la utilidad del público español, se daba tambien á las demas naciones una prueba de que nuestra patria no se olvida de honrar la memoria de los hijos que la ilustran y ennoblecen.

Animada la Academia de tan justos sentimientos, acudió á esponerlos á los pies del trono; y el rey nuestro señor, en cuyo real ánimo hallan siempre benigna acogida los proyectos dirigidos á la prosperidad y lustre de la nacion, se dignó aprobar y aun elogiar sus deseos, autorizándola competentemente para llevar á cabo lo que proponia.

Para desempeñar la empresa de un modo correspondiente á su objeto, á la honrosa aprobacion del soberano, á la ilustracion de nuestros tiempos y al buen nombre de la Academia, trató esta desde luego de reunir todas las obras de Moratin de que tenia noticia, tanto en verso como en prosa, tanto impresas como manuscritas. De todas ha formado una coleccion, en cuya parte lírica ha incluido no solo varias composiciones conocidas anteriormente del público, y que los aficionados á Moratin echaban menos en la edicion de 1825, sino tambien otras inéditas que se conservan entre los papeles de los curiosos y

que no desmerecen de las restantes. Entre ellas las hay de mérito muy sobresaliente, que prueban con cuánta modestia opinaba Moratin de sí mismo, cuando manifestaba que su vena estaba destinada esclusivamente al género dramático.

Pero entre las composiciones inéditas de Moratin que ha adquirido la Academia, la de mayor bulto é importancia es la de los Orígenes ó historia del teatro español desde sus principios hasta la época del famoso Lope de Vega, obra que despues de largas indagaciones escribió Moratin en sus últimos años, y en que con selecta erudicion recogió copiosas noticias acerca de un arte que fué el blanco y ocupacion de sus estudios durante todo el discurso de su vida. La Academia ha recibido de manos augustas y generosas el original auténtico de esta obra, que constituye el principal ornamento de la presente edicion, y que como parte de nuestra historia literaria pertenece mas de cerca al instituto de la Academia, y está naturalmente enlazada con el asunto ordinario de sus tareas.

Moratin dejando á otros el empeño menos ingrato y difícil de examinar y describir periodos mas conocidos de nuestra dramática, como lo es el que empieza al acabar el reinado de Felipe II, pretendió subir hasta su orígen primitivo, lo buscó en los documentos mas antiguos de nuestra legislacion y literatura, indicó los trámites por donde pasó de lo sagrado á lo profano, de los templos y de los clérigos á los teatros y á los histriones, y llegando al tiempo de la imprenta presenta muestras de la rusticidad y desaliño de las composiciones coetáneas, da noticias recónditas, ignoradas del comun de los literatos, inserta el catálogo cronológico de los dramas y sus autores, los califica con juiciosa crítica, y finalmente forma una curiosa coleccion de piezas teatrales de fines del siglo XV y casi todo el XVI, en que reuniendo las que nos quedan en libros rarísimos y apenas conocidos, ha salvado para la posteridad los monumentos de esta parte de nuestra historia literaria, próximos ya á perderse para siempre y sepultarse en las tinieblas y el olvido.

No obstante lo apreciable de este trabajo, la Academia entiende que Moratin no acabó de agotar enteramente su argumento, y que á pesar de sus doctas investigaciones todavía dejó mucho que hacer á la diligencia y laboriosidad de los que le sucedan en su empresa. Como quiera, las dificultades vencidas en la materia de nuestras antigüedades dramáticas, la originalidad de las noticias, la maestría y sagacidad con que se examinan, y el lenguaje hermoso, castizo, amenísimo con que se esplican, recomiendan muy señaladamente el libro de los Orígenes, y le asignan un lugar distinguido en nuestras bibliotecas.

NOTICIA DE LA VIDA

Y ESCRITOS

DE D. LEANDRO FERNANDEZ DE MORATIN.

Don Leandro Fernandez de Moratin, descendiente de una familia noble de Asturias, nació en Madrid á 10 de marzo de 1760. A su padre don Nicolas debió casi toda su educacion no solo moral sino tambien literaria, y en verdad ningun maestro pudo guiarle mejor por la senda del Parnaso. Habíale dado la naturaleza escelentes disposiciones, y tan grande inclinacion á la poesía, que á los seis ó siete años empezó á hacer versos; y cultivado su entendimiento con esmero, se halló á los diez y ocho apto para aspirar al premio y obtener el *accessit* que le concedió la real Academia Española en el concurso de 1779 por su romance heróico de la *Toma de Granada*. No fué pequeña la sorpresa del padre cuando lo supo, pues como para que mejor asegurase su mantenimiento hubiese aplicado el hijo al oficio de joyero, apartándole de la carrera de las letras, el jóven hizo su composicion á hurtadillas de aquel, y la presentó con fingido nombre. Al año siguiente tuvo el dolor de perderle, y para cumplir con la sagrada obligacion de mantener á su madre, viuda, infeliz, continuó trabajando en el ejercicio de hacer joyas, en el cual ganaba diez y ocho reales diarios. Pocos años despues falleció tambien esta, y entonces pasó á vivir con un tio suyo, que asimismo trabajaba en la joyería del rey: mas ni antes ni despues abandonó sus ocupaciones literarias, fomentadas con el trato y amistad de don Juan Antonio Melon y de los PP. Estala y Navarrete, ambos escolapios, todos ellos humanistas distinguidos. Así que en el concurso de 1782 volvió á obtener el *accessit* de la real Academia Española por la sátira contra los vicios introducidos en la poesía castellana, que presentó con el título de *Leccion poética* bajo el nombre de don Meliton Fernandez. Duro era á la verdad el estado de Moratin, precisado á oscurecer sus luces é instruccion con un arte mecánico que apenas le proporcionaba mezquino sustento, por cuya razon trató de solicitar un destino que le dejase tiempo suficiente para el comercio de las musas; y como ya se tenia noticia de su mérito, consiguió por medio de D. Gaspar Melchor de Jovellanos que le llevase en clase de secretario á Francia el conde de Cabarrús, adonde este pasó comisionado por el gobierno en 1787. No tardó en adquirir la confianza de su jefe: con él fué á Paris y volvió á España: en aquella capital conoció y trató al famoso poeta cómico italiano Goldoni: durante su viaje siguió correspondencia con los mas célebres literatos que residian en esta corte, Jovellanos, Llaguno, Cean, Forner, Signorelli, Conti. Ya habia por entonces empezado sus ensayos en la poesía dramática, en la cual habia de ser en adelante, si no el verdadero restaurador (1) de nuestro teatro, el mas sobresaliente

(1) Es muy estraño que la Academia de la Historia no se atreva á dar sin rebozo á Moratin este honroso título, cuando para ella, con arreglo á las ideas acerca del arte dramática que manifiesta en este y en todos sus escritos, Moratin es el primer poeta español verdaderamente acreedor á él. Y en efecto, si no se le concede á Moratin, ¿para quién le reserva?

(E. de O.)

de cuantos poetas cómicos han unido el ingenio con el arte. Dos veces entregó al teatro, y retiró de él por causas que no son de este lugar, la comedia de *El Viejo y la Niña*, en la que se propuso demostrar los inconvenientes de matrimonios entre personas de edad muy desigual. Mas aun no era conocido del público sino por las otras composiciones ya citadas, y por la *Derrota de los pedantes*, folleto en prosa, que publicó en 1789 sin nombre de autor, para ridiculizar á los malos poetas de aquel tiempo, siguiendo un plan bastante conforme al del *Viaje al Parnaso* del inmortal Cervantes, cuando sabedor de que el conde de Floridablanca oia con gusto los romances de Marcolini, músico de la capilla real, le dirigió otro burlesco pidiéndole alguna merced: y como por entonces hubiese compuesto su oda á la proclamacion de Cárlos IV, obtuvo en recompensa una prestamera de trecientos ducados en el arzobispado de Búrgos, á cuyo título se ordenó de tonsura en aquel mismo año. Tan escasa renta no podia servir de remedio á la mala fortuna de Moratin: pero cambió de repente su situacion; porque habiéndole dado á conocer don Francisco Bernabeu y don Luis Godoy á don Manuel, hermano del último, este le alcanzó un beneficio en Montoro de tres mil ducados, y una pension de seiscientos sobre la mitra de Oviedo. Mostrándose ya al público en el verdadero puesto que le señalaba Apolo, dió al teatro y á la imprenta en 1790 *El Viejo y la Niña*, y en 92 la *Comedia nueva*, obra no menos ingeniosa que original, y fuerte censura de los grandes defectos que afeaban nuestra escena. El buen éxito de ambas piezas le hubiera sin duda estimulado á no interrumpir en aquel tiempo su carrera dramática, si el deseo de observar los teatros estranjeros no le hubiese determinado á pedir licencia para viajar. Obtenida, salió de España, y estuvo en Francia, en Inglaterra, en Flandes, en Alemania, en la Suiza, y en Italia, cuyas principales ciudades recorrió, fijando su residencia en Bolonia. Escribió la relacion de su viaje, que conserva manuscrita don Manuel Silvela (1), y no puede negarse que le fué muy útil cuanto observó en las diversas regiones por donde anduvo. Vió y detestó las crueldades y horribles máximas de los revolucionarios de Francia: juzgó con imparcialidad de los ingleses, sin alabarlo ni vituperarlo todo con pasion: admiró los preciosos monumentos y las riquezas naturales de Italia. Regresó á España á fines de 96, y despues de una larga y penosa navegacion desembarcó en Algeciras. Apenas salió en tierra, le restauró de sus fatigas anteriores, mas que ninguna otra cosa, la noticia de haber sido nombrado en 4 de octubre secretario de la interpretacion de lenguas por diligencia de don Juan Antonio Melon. Vino pues en febrero del año siguiente á Aranjuez y á Madrid á desempeñar su destino, despues de haber visitado á Cádiz, Sevilla, Córdoba y otros pueblos. Alternó las ocupaciones de la secretaría con sus tareas literarias: asistia tambien con frecuencia á la tertulia que en casa de don Juan Tineó tenian diversas personas aficionadas á los estudios amenos, y á la que llamaba Moratin por zumba *sociedad de los Acalófilos*, y pasaba asimismo algunas temporadas en Pastrana, donde habia comprado una casa. En 1798 imprimió su traduccion del *Hamlet* de *Shakspeare* con notas, en que le juzga conforme á los severos principios de crítica clásica que profesaba. Ciertamente aquella traduccion exacta pero débil no podia asignarle lugar tan distinguido en la república de las letras, como el eminente talento dramático que descubrió en las piezas originales, y la belleza de estilo, facilidad y desembarazo en la ejecucion de otras composiciones métricas de diversos géneros, que hizo tambien en diferentes tiempos, parte de las cuales se han impreso, parte dejó inéditas. Bien persuadido se hallaba el gobierno del celo con que miraba la correccion del teatro, pues le nombró individuo de una junta erigida

(1) Don Manuel Silvela falleció en Paris en el año de 1830. En cuanto al manuscrito de que aquí se hace mencion, ignoramos cual sea su paradero, pues á pesar del vivo interes que ciertamente ofreceria su lectura, ni se ha publicado todavía, ni hay anuncios de que piensen en publicarle por ahora los que tienen la dicha de poseerle.

(E. DE O.)

para reformarle, y despues único director de los mismos. Moratin á poco tiempo renunció lo primero y no admitió lo segundo; y sin duda obró con acierto, como quiera que su índole y su ingenio eran mas á propósito para corregir las ridiculeces de los hombres en la escena, que para dar providencias que los mejorasen. Lo que principalmente contribuyó á su gloria fué la continuacion de sus obras dramáticas. En 1823 se representó en el coliseo de la Cruz, notablemente corregida, aumentada y reducida á forma mas regular, la comedia de *El Baron*, compuesta á modo de zarzuela en 1787, la cual figura con admirable propiedad los embustes y trápalas de los petardistas metidos á grandes señores. La compañía de los Caños del Peral, ofendida de la preferencia que para su representacion se habia dado á la de la Cruz, buscó en los enemigos del poeta medio de desquitarse; y sabiendo estos que sobre el mismo argumento se habia compuesto otra comedia con el título de *La Lugareña orgullosa*, se apresuraron por una parte á representarla para oponerla á la de Moratin, y por otra á pagar gente que silbase la de este insigne poeta. Solo sirvieron estas arterías, como era de esperar, para asegurar el triunfo del verdadero mérito. *La Lugareña orgullosa*, pieza que carecia de él enteramente, cayó al instante en olvido, y *El Baron* sobrevivió á los esfuerzos con que habian pretendido desacreditarla. Al año siguiente se representó tambien en la Cruz *La Mogigata*, escrita muchos años antes, cuyo nombre indica que el autor acometió en ella á la hipócrita gazmoñería. No se notó el empeño de deslucirla, y al contrario fué recibida con aplauso, sin que se publicasen acerca de ella mas que algunas críticas urbanas y moderadas. En 1806 se representó *El Sí de las Niñas*, cuyo fin moral es el de mostrar la influencia de la educacion en la eleccion de estado, y los riesgos que se siguen de no dirigir aquella con suma prudencia. Lejos de haber entonces partidos y aun críticas, obtuvo tan estraordinario aplauso que duraron sus primeras representaciones veintiseis dias consecutivos, y acaso hubieran durado mas si por causa de la cuaresma no se hubieran interrumpido, y en aquel mismo año se hicieron de la pieza cuatro ediciones que se despacharon al instante. Pero los que miraban con envidia su gloria apelaron para derribarle á otro arbitrio tan bajo como odioso, que si bien no logró su efecto por el influjo de Godoy, bastó para que Moratin, de genio tímido y aun receloso, abandonase el teatro, inutilizando las apuntaciones que habia hecho relativas á otras cuatro ó cinco comedias, cuyos planes tenia trazados. Procuró pues hacer vida retirada sin mas trato que el de sus amigos, y sin mas cuidados que los de su secretaría, y el cultivo de un jardincito que habia comprado casi al mismo tiempo que una casa en la calle de Fuencarral donde vivia, y mientras tanto iba recogiendo materiales para componer su obra sobre los *Orígenes del teatro español*. Nada faltaba entonces para colmar los deseos de un hombre sobrio, frugal, sin ambicion ni pretensiones, ni mas inclinacion que al ocio de las musas; pero la suerte le preparaba muy grandes sinsabores y amarguras en medio de continuas agitaciones por la parte de donde menos pudiera prever ni aun imaginar.

Vino el año de 1808, fecundo en acontecimientos de indeleble memoria, preparados en el anterior por la entrada de los franceses en la Península y ocupacion de sus principales fortalezas, y por la causa del Escorial. Cayó el valido de la cumbre de la fortuna: subió al trono el príncipe Fernando: fué dolosamente cautivado en Bayona: alzóse España para vengar el ultraje hecho á su soberano: venció al enemigo en Bailen, y ante los muros de Zaragoza y de Valencia: huyeron los franceses de Madrid al Ebro. En medio de aquellos sucesos creyéndose Moratin espuesto por el favor que habia debido á Godoy, y sin arbitrio para reflexionar, luego que los franceses evacuaron la corte, salió de ella tambien con su íntimo amigo don José Antonio Conde, y ocultándose primero en su casa de Pastrana, se dirigió luego á Vitoria. Efecto de este paso fatal fué la conducta que guardó durante la guerra. Volvió pues con los franceses á Madrid á fines de aquel año, y se retiró con ellos á Valencia en 1812, desde donde por último se refugió en Peñíscola. Pero en honor de Moratin es necesario decir que en su pecho, ageno de falsedad y de infidelidad, no tuvo entrada ningun género de traicion contra su

patria: siguió maquinalmente el camino por donde le arrastraba la suerte, y no solo no tomó parte activa contra los que defendian los derechos de Fernando VII, ni admitió del gobierno intruso otro cargo que el de bibliotecario mayor, el cual ni habia pretendido niera capaz de comprometerle, sino que favoreció en cuanto estuvo de su parte á los vasallos leales que por su mala ventura caian en poder de los que seguian á Bonaparte. En una de estas ocasiones habiendo intercedido por algunos patriotas con don Manuel Silvela, que era alcalde de corte y vocal de la junta criminal de Madrid, y que desempeñaba con humanidad su encargo, la conformidad de sentimientos entre ambos produjo una amistad que fué creciendo de dia en dia sin haberse desmentido jamas. No era posible que en medio de tantas calamidades prosiguiese este, continuamente angustiado y oprimido, componiendo para el teatro; y así no obstante las repetidas instancias que para ello le hicieron, solo se pudo conseguir que se representase é imprimiese la *Escuela de los Maridos*, concluida ya en 1808, y traduccion de la que con el mismo título habia escrito el célebre Moliere. Habia decaido notablemente su renta, y mas aun su salud y su espíritu en tan deshecha borrasca, por lo que cansado ya de sufrir incomodidades y trabajos, pensó retirarse á un rincon donde vivir tranquilo lo que le quedára de vida. Llevado de este pensamiento, en lugar de seguir á los franceses, luego que se rindió Peniscola á nuestras armas, huyó de ella y fué á Valencia, ocupada ya por las tropas españolas, y se presentó, como hombre á quien no remordia la conciencia de ningun delito, al general en jefe. Mas este no viendo en Moratin sino uno que pertenecia al partido frances, le trató con rigor, y mandó despues de otras providencias embarcarle en un falucho que le condujo á Barcelona. Allí le dieron favorable acogida el baron de Eroles y el marques de Casacagigal, y asimismo don Francisco Javier de Castaños y el marques de Campo Sagrado, capitanes generales que fueron sucesivamente del principado. Entre tanto la guerra, seguida con encarnizamiento por espacio de seis años, en los cuales la nacion entera habia hecho heróicos sacrificios para rescatar á su monarca, se acercaba á su término. Ya pisaban las tropas españolas el territorio frances, ahuyentados del nuestro casi todos los ejércitos enemigos, y por el norte los de las potencias coligadas ganando repetidas victorias amenazaban muy de cerca arruinar el imperio de Bonaparte. Vino este por fin al suelo: y restituido el rey nuestro señor y Luis XVIII á los tronos de sus mayores, se celebró la paz de Paris, descansando Europa de las porfiadas contiendas y grandes calamidades de los años anteriores. La tranquilidad que de nuevo empezaba á disfrutarse dió ocasion á Moratin para que, agradecido á los favores del actor Felipe Blanco, hiciese para su beneficio á fines de 1814 otra traduccion de Moliere, á saber: *El Médico á palos*, tomada de la que intituló aquel ilustre poeta: *Le Médecin malgré lui*. A pesar de todo era su situacion tan deplorable que estaba espuesto á perecer de hambre; pero el rey nuestro señor empezó desde luego á dispensarle su generosa proteccion. Mandó que se le admitiese al juicio de purificacion que solicitaba; declaró que Moratin no estaba comprendido en el artículo 1º del decreto de 30 de mayo, y por repetidas órdenes mandó tambien que se le pusiese en posesion de los bienes que se le habian secuestrado. No fueron estas las únicas señales de benevolencia que le dispensó S. M. Los años adelante trató de darle un destino honorífico con buena asignacion; pero Moratin, cuyo ánimo habian exasperado los trabajos padecidos, figurándose que por todas partes le acometia gente frenética para asesinarle, lo rehusó abiertamente, sin que fuesen poderosas á convencerle cuantas razones se le hicieron presentes para aquietarle. Los miedos de que siempre andaba agitado le sacaron en 1817 de Barcelona, donde vivia protegido, estimado y honrado, y donde tenia entrada franca en los teatros, que era toda su diversion. Volvió sin embargo en 1820 despues de haber pasado algun tiempo en Paris con don Juan Antonio de Melon, y en Bolonia con don Antonio de Robles y Moñino. Pareciale sin duda necesario habitar bajo un mismo techo con alguno de sus amigos, pues en Barcelona residió tambien en compañía de don Manuel García de la Prada, y cuando la peste los arrojó de allí, separado de este último en Bayona, fijó su estancia en Burdeos con don Manuel Silvela. Desde entonces no pensó ya en

hacer de nuevo obra alguna, ocupándose solo en concluir y perfeccionar la de los *Orígenes del teatro español*, que dejó manuscrita á Silvela, y que compró á este S. M., deseoso de que bajo sus auspicios viese cuanto antes la luz pública. En 1824 habia vendido su autor las demas á don Vicente Gonzalez Arnao, y este hizo el año siguiente en Paris una edicion que comprende la mayor parte de ellas, única reconocida por Moratin. En 1827 se trasladó con Silvela á Paris; y allí permaneció con bastante quebranto en su salud, ya alterada desde fines de 1825, hasta que sobreviniéndole vómitos, hipo y fiebre, murió en 21 de junio de 1828, conservando todo su conocimiento hasta cinco horas antes de espirar. Dejó por heredera de todos sus bienes á una nieta de Silvela, y antes habia cedido á la inclusa de esta corte la casa y huerto de Pastrana, y una inscripcion de dos mil ochocientos francos, mediante una renta vitalicia, á don Julian Aquilino Perez, y cantidades de dinero muy considerables á varios parientes. Tenia Moratin prendas recomendables, y era uno de los escritores que mas honran el Parnaso español; pero estando su muerte tan reciente, no queremos anticipar el juicio de la posteridad, y solo diremos que jamas olvidarán su nombre cuantos amen la bella literatura. Fué igual en ingenio, y superior en buen gusto á su padre don Nicolas, cuya memoria cuidó de perpetuar como buen hijo en el prólogo y vida que con las poesías del mismo publicó en 1821 en Barcelona.

PRÓLOGO.

Hasta ahora no se ha escrito una historia del teatro español: la molesta fatiga de buscar los documentos relativos á él desde su orígen hasta fines del siglo XVI ha debido retraer á muchos, que por su talento y su buen gusto hubieran sabido desempeñar esta empresa difícil.

La maravillosa abundancia de autores dramáticos en el siglo XVII, y el crecido número de sus obras, añaden á la necesidad de conocerlos la de clasificarlos, compararlos y juzgarlos con la rectitud que pide la buena crítica.

Cultivada en el siglo anterior y en lo que va del presente la poesía teatral, siguiendo unos el ejemplo de los que les habian precedido, y ateniéndose otros á los principios que conoció la antigüedad y ha restablecido el gusto moderno, se hace indispensable un estudio particular para distinguir el mérito respectivo de obras que pertenecen á escuelas tan opuestas entre sí. Ni es conveniente para este exámen aprovecharse de lo que juzgaron los coetáneos acerca de ellas: porque en el choque de las opiniones que sostenian, muchas veces dirigió su pluma la parcialidad, y muy poeas la inteligencia.

Por otra parte el influje que han tenido siempre en las producciones literarias el sistema del gobierno, el gusto de la corte, el método de estudios, la política y las costumbres, obligará á quien se proponga escribir la historia de nuéstro teatro á buscar el orígen verdadero de sus progresos ó su decadencia; y esta indagacion está sujeta á las restricciones que imponen el respeto debido á la autoridad, y las demas circunstancias del tiempo en que se escribe.

Cuanto escribieron nuestros mejores bibliógrafos acerca de la dramática española no pasa de algunas indicaciones sueltas, traidas por incidencia, diminutas, mal ordenadas, y no capaces de satisfacer la curiosidad de los que desean una historia de nuestro teatro. Los segundos copiaron á los primeros, y los últimos nada han añadido de particular, repitiéndose por consiguiente las equivocaciones, la falta de plan y de verdad histórica y crítica que se advierte en tales escritos. Llegó el tiempo de las apologías, y apoyados los defensores de nuestro crédito literario sobre tan débiles fundamentos, compusieron libros enteros llenos de sofismas y errores, hablaron largamente del teatro, clasificaron obras que jamas habian visto, y manifestaron cuanto carecian (por la clase de estudios que habian tenido, por el estado que profesaban, y por el lugar en que escribian) de los ausilios y de la inteligencia que hubieran sido menester para que el desempeño hubiese correspondido á su celo laudable.

¿Qué pudieron hacer los estranjeros cuando quisieron decir algo de nuestra poesía escénica, sino repetir las pocas noticias que hallaron esparcidas en algunos libros, ó cortar la dificultad diciendo que la literatura española es una pobre mina, que no paga el trabajo del beneficio? Así han creido algunos de ellos disimular con un desatino el orgullo de su ignorancia.

Falta pues á la cultura de nuestra nacion una historia crítica de su teatro, empresa tan superior á mis débiles fuerzas, que nunca tuve el atrevimiento de intentarla. No obstante habiéndome aplicado desde mi juventud á reunir y ordenar cuantas noticias pude adquirir acerca de esto así en España como fuera de ella, me persuadí de que podria ya formar con lo que tenia escrito una obra (que hoy presento al público) en que ilustrase los orígenes del teatro español.

No intento recomendar mi trabajo, ponderando la constante diligencia que supone la adquisicion de materiales que forman este libro, la lectura que me ha sido necesaria para ilustrarle, la meditacion que ha precedido á mis dictámenes, y el empeño nunca desmentido de hallar la verdad, rectificar las equivocaciones de los que me habian precedido, juzgar por mí propio, y presentar á los inteligentes un resúmen crítico en que manifiesto cual fué el orígen de nuestra escena, cuales sus progresos, y cuales las causas que influyeron en las alteraciones que padeció, hasta que Lope de Vega las autorizó con su ejemplo. Este es en compendio el plan del Discurso histórico que precede á todo lo demas.

En las notas que le acompañan creo haber dado las pruebas de cuanto en él se afirma con autoridades irrecusables, mediante las cuales se aclaran muchos puntos pertenecientes á nuestra antigua literatura mal entendidos hasta ahora, ó del todo ignorados.

Sigue á esto un catálogo histórico y crítico de piezas antiguas, el primero que se ha publicado de este género. En él se da razon de mas de ciento y sesenta composiciones dramáticas, todas anteriores al tiempo en que Lope de Vega comenzó á escribir. Hablo del mérito de las que he tenido á la vista, hago mencion de sus bellezas y sus defectos, cito á la letra los pasages mas sobresalientes de muchas de ellas, y no me olvido de copiar aquellos que merecen severa censura. Sé muy bien como se desacredita una obra escelente, citando solo sus faltas, y como se recomienda otra de poquísima estimacion, entresacando de ella los pasages en que el autor, sin mérito suyo, acertó por casualidad; pero he querido apartarme de uno y otro estremo. No he querido hacer ni una apología, ni una acriminacion de nuestro teatro, sino una historia crítica de sus orígenes, presentándole tal como fué durante la época á que me he querido ceñir. Acompaña al exámen de las obras la noticia de muchos de sus autores. Los estranjeros mas que nosotros necesitan esto para salvar las equivocaciones que frecuentemente han padecido en sus atropellados diccionarios biográficos. En el órden que he dado á las piezas se observará toda la exactitud de que es susceptible, habiéndole sujetado á la autoridad de escritores los mas inmediatos que hablaron de ellas, á las fechas conocidas de sus primeras ediciones, y á las épocas en que pudieron ser escritas y representadas, segun lo que resulta de la vida de sus autores, y las indicaciones que he sacado de la lectura de las mismas piezas. La mayor parte de las fechas que les he puesto es de una absoluta certeza: lo restante, de una probabilidad la mas verosímil. En este catálogo solo se incluyen las piezas dramáticas que se representaron ó pudieron representarse en los teatros de la nacion privados ó públicos: no se habla de las obras que con el título de comedias, tragedias, tragicomedias, fueron tan abundantes en el siglo XVI, que componen crecidos volúmenes, y nunca se hicieron para representarse, ni es posible hacerlo. A escepcion de la *Celestina*, orígen primero de esta clase de composiciones, á quien la prosa

y diálogo castellano debieron conocidos adelantamientos, se ha omitido hablar de las otras, porque no siendo obras de teatro, piden una clasificacion distinta, y no conviene mezclarlas con las que se hicieron para representarse en él. De estas hablo esclusivamente, de las otras no. He mezclado las obras de los poetas dramáticos que vivian y componian en un mismo tiempo, para evitar el retroceso de los años y la confusion que necesariamente hubiera producido.

A continuacion del catálogo sigue una coleccion de piezas de teatro, elegidas segun me pareció conveniente para presentar lo mas digno de aprecio que nos queda de nuestros antiguos dramáticos así en prosa como en verso, y en todos los géneros que se cultivaron entonces. Las únicas alteraciones que he practicado en ella han sido poner título á algunas piezas que no le tenian, indicar el lugar y las mudanzas de la escena, dividir en actos dos comedias para hacer mas perceptible la regularidad de su fábula, suprimir algunas líneas del diálogo, ó por ser enteramente ocioso lo que en ellas se dice, ó porque la oscuridad del sentido anuncia desde luego que el impresor estropeó por descuido, ó no llegó á entender el original que copiaba. Esto es lo que me ha parecido no solo lícito, sino necesario; pero á esto solo he reducido las alteraciones y las enmiendas. El testo que presento es todo de los autores; no hay ni una sílaba añadida á lo que ellos escribieron. Fácil me hubiera sido hacer una coleccion mas crecida, incluyendo en ella otras piezas de mérito, pero he creido que para desempeñar el fin que me propuse, la que he formado será suficiente.

DISCURSO HISTÓRICO.

El orígen de los teatros modernos debe considerarse posterior á la formacion de las lenguas que hoy existen en Europa; si se les quiere atribuir mayor antigüedad, seria confundirlos con el teatro latino. Este acabó cuando las naciones sujetas antes al imperio de Roma y despues á los bárbaros, corrompida la lengua latina, formaron dialectos diferentes, variándolos segun la influencia física de los climas que habitaban, y segun la que pudieron ejercer en el régimen y propiedad, en la acepcion y pronunciacion de los vocablos, ó en la introduccion de otros nuevos las gentes advenedizas que se mezclaron y confundieron con ellas.

Los visogodos (1), que por espacio de tres siglos dominaron nuestra

(1) Al empezar el siglo V ocuparon los visogodos una parte de España, y en los sucesivos (vencidas otras naciones bárbaras) la dominaron toda. Cuando entraron en ella hablaban con mas ó menos propiedad la lengua latina, puesto que habia ya mas de medio siglo que atravesando el Danubio se habian establecido en varias provincias del imperio, primero en calidad de refugiados, despues como aliados, y por último como enemigos y conquistadores. La mayor parte de la nobleza gótica habia recibido su educacion entre los romanos. Así es que cuando llegaron á internarse en España, su lengua y sus costumbres eran las mismas que tenian los pueblos vencidos.

Los autores españoles que florecieron durante la monarquía gótica pertenecen esclusivamente á la baja latinidad. Justiniano, Elpidio, Justo, Nebridio, Aprigio, Luciano, Severo, Eutropio, Leandro, Juan Biclarense, Fulgencio, Máximo, Isidoro, Balgasano, Sisebuto, Artuago, Paulo Emeritense, Braulio, los dos Eugenios, Fructuoso, Ildefonso, Orencio, Tajon, Juliano, Valerio; todos escribieron en latin.

Como los doctos y el vulgo tenian un mismo idioma con la sola diferencia de que los unos le cultivaban en sus escritos con la pureza que les era dable, en tanto que la multitud le iba corrompiendo cada vez mas, no es de admirar que no se conserve ni un solo documento de la lengua gótica. Ha sido estudio particular de algunos eruditos reunir los vocablos que nos quedan de ella, y no hay mas que añadir á sus investigaciones.

Pudieran acumularse citas sin número en apoyo de cuanto se acaba de decir. D. Tomas Sanchez redujo á estas pocas líneas una asercion tan autorizada y tan evidente: « Cuando entraron en España « los godos y demas naciones del Norte, « era vulgar y casi universal en todo « nuestro continente la lengua latina in- « troducida por los romanos. Pero como « los godos que le dominaron despues no « aspiraron á introducir la suya, se confor- « maron con la de los romanos vencidos, « introduciendo en la latina muchos voca- « blos de la gótica, dejando indeclinables « los nombres porque lo eran en su idio- « ma. Este fué el principio de la corrup- « cion de la lengua latina en España, y el

península, no nos dejaron otras reliquias de su lenguaje primitivo que algunas palabras, y en tan corto número, que no componen la milésima parte del nuestro, debiendo añadirse á ellas el uso de los artículos, lo indeclinable de los nombres, y alguna otra alteracion gramatical. Ni en códices, ni en monedas, ni en mármoles se halla ningun vestigio gótico: casi todo se habló y todo se escribió en latin.

Este idioma, conservado en las obras estimables de los sabios que florecieron en aquella edad, fué corrompiéndose con mucha rapidez en boca del pueblo, y no es fácil averiguar cómo le hablaba al empezar el siglo VII. Baste decir que si se representaron piezas dramáticas en España durante la dinastía de los visogodos (1), debieron escribirse en el lenguaje que usaba la multitud; mezcla informe del latin que ya se perdia, y del romance que se iba formando.

Conquistada España por los árabes en el siglo VIII, y empezada en el mismo su recuperacion, el idioma vulgar fué apartándose cada vez

---

« orígen del romance que ahora usamos.»

Solo el deseo de opinar al reves de cuanto han dicho los demas pudo determinar al traductor del Blair á decir que « la lengua castellana es de orígen godo: « admitió con el tiempo vocablos latinos.» Debe leerse precisamente lo contrario. « La lengua castellana es de orígen latino: « admitió con el tiempo vocablos godos.»

(1) Las naciones bárbaras del Norte que invadieron á Europa, disfrutaron en España, como en todas las demas provincias del imperio romano, de los espectáculos del anfiteatro, del circo y de la escena que hallaron establecidos; y ademas de los teatros de madera que se construian en ocasiones particulares, existian usuales todavía los que habia de piedra en las principales ciudades de nuestra península: tales eran los de Sagunto, Acinipo, Carteya, Emerita Augusta, y otros que yacen hoy desconocidos en sus ruinas.

Desde el siglo IV en que el concilio iliberitano hizo mencion de los aurigas, pantomimos y cómicos, hasta el VII en que todavía existian, se advierte la continuacion de los espectáculos que los godos adoptaron y sostuvieron. San Isidoro en sus *Orígenes*, lib. 18, cap. 41 y 59, exhorta á los cristianos á que se abstengan de las fiestas del circo, del anfiteatro y de la escena: lugares que segun lo espresa aquel santo doctor infectaba todavía la supersticion gentílica, y ofrecian á los ojos pompas y vanidades mundanas, crueldades feroces, imágenes de lascivia y torpezas abominables. Por los años de 620 Sisebuto « depuso « á Eusebio, obispo de Barcelona, é hizo « poner otro en su lugar, como se entiende « por las mismas cartas suyas. La causa « que se alegaba fué que en el teatro los « farsantes representaron algunas cosas to- « madas de la vana supersticion de los dio- « ses que ofendian las orejas cristianas. « Esta pareció por entonces culpa bastante « por haberlo el obispo permitido.» Así refiere Mariana esta anécdota en su *Historia general de España*, lib. 6.

Resulta de aquí que noventa años antes de la irrupcion de los árabes duraban en España los espectáculos del teatro, y puede inferirse con toda verosimilitud que continuaron hasta que Rodrigo perdió en Jerez la corona y la vida. Esclava la nacion en poder de los agarenos, solo una pequeña parte de ella conservó su libertad al abrigo de montañas inaccesibles: desde allí fué dilatando progresivamente sus conquistas, y durante algunos siglos no conoció mas ocupaciones que la de pelear, ni mas artes que las necesarias á la guerra. Si en alguna de las naciones de Europa cesaron del todo las diversiones de la escena, ninguna tuvo como la nuestra tanto motivo de abandonarlas.

mas de su orígen primero, y enriqueciéndose con palabras, frases y modismos arábigos. Las conquistas fueron dilatándole por los paises que los cristianos iban ocupando, y la prosa castellana fué adquiriendo sucesivamente correccion, propiedad y copia de palabras hasta que se halló capaz de vulgarizar en ella las leyes y la historia.

La poesía (1), siguiendo los progresos de la lengua, imitó por aproximacion la medida de los versos latinos, suplió la falta de cantidad con el uso de los consonantes, y acompañada algunas veces de la música y otras sin ella, sirvió para celebrar las alegrías privadas y públicas, ó para recomendar á la posteridad las virtudes cristianas de los santos, ó las acciones heróicas de los príncipes y capitanes.

Ademas de estas composiciones sagradas y profanas habia otras mas cortas, cantadas al son de instrumentos por los *yoglares* y *yoglaresas* (2),

---

(1) El primer poema castellano de los que hoy se conservan es el del *Cid*, escrito por desconocido autor á mitad del siglo XII, como lo manifiesta su misma rusticidad. En él todo es deforme: el lenguaje, el estilo, la versificacion y la consonancia. La única regularidad que se advierte (y no es plausible en un poema) es la de haber seguido en su narracion el órden de los sucesos segun los refiere la historia.

El clérigo Joan Lorenzo, natural de Astorga, escribió por los años de 1250 un poema de la vida de Alejandro siguiendo en general la narracion de Quinto Curcio, añadiendo á veces circunstancias y hechos fabulosos que halló en otros autores. El lenguaje de Joan Lorenzo es ya mucho mas culto que el del poema del *Cid*, la versificacion mas sonora, la consonancia mas exacta.

Por el mismo tiempo floreció el presbítero Gonzalo de Berceo, que compuso entre otras obras poéticas la vida de santo Domingo de Silos, la de san Millan, la de santa Oria y el martirio de san Lorenzo. En ellas, ciñéndose con poca invencion al asunto histórico que se habia propuesto desempeñar, manifestó ilustrado talento, sencillez, fácil abundancia, y tan puro y religioso candor (no desnudo de gracia en el estilo ni de armonía en los versos), que puede contarse entre los que ilustraron el primitivo Parnaso castellano como el mas digno cantor de la devocion y la virtud: sus versos anuncian la inocencia de sus costumbres. ¿Quién hay que los lea sin prendarse del poeta que los compuso?

Alfonso X, llamado con sobrada razon el Sabio, entre varios monumentos que nos dejó de su literatura escribió algunas composiciones poéticas en castellano y en gallego, y las que dedicó á celebrar los milagros de la Vírgen se conservan con la música que les puso él mismo. Así se cantaron durante algunos años en la catedral de Sevilla.

Séame lícito con este motivo esponer mi opinion acerca del *Libro de las Querellas*, y el de *El Tesoro*. No creo que estas composiciones sean de Alfonso X. Cualquiera que tenga conocimiento de los progresos de la lengua y poesia castellana les dará dos siglos menos de antigüedad. Si las coteja con las demas obras en verso de aquel rey hallará mas fundada esta asercion, y si reflexiona que se hallaron entre los manuscritos del marques de Villena, sospechará quién pudo ser el verdadero autor, y á cual época pertenecen.

Hecha ya mencion de los primeros autores de nuestra poesía vulgar, no es de mi propósito continuar la serie de todos ellos. Velazquez habló de esto, y despues de él don Tomas Sanchez añadió cuantas noticias pudo adquirir su diligencia.

(2) Juglar, del latin *jocularis*, músico de instrumento y voz, pantomimo y representante. La primera indicacion que he podido hallar acerca de los juglares en España, se encuentra en la crónica general, en donde hablándose del casamiento de las hijas del Cid con los condes de Carrion

gentes que hacian profesion de la música, del baile y la pantomima graciosa ó ridícula, con lo cual ganaban la vida entreteniendo al pueblo. Tambien acudian á las casas particulares y á los palacios, donde ejercian sus habilidades á presencia de los reyes y de su corte. No hay que buscar el principio de esta costumbre, que se pierde en la oscuridad de los siglos. La combinacion de los sonidos agradables, el canto, la risa, la danza, la imitacion de la figura, gesto, voz y acciones características de nuestros semejantes son tan geniales en el hombre, que en todas las edades y en todos los paises habitados se encuentran mas ó menos perfeccionados por el arte.

Han sido inútiles hasta ahora las investigaciones de los eruditos, que se lisonjearon de hallar entre las poesías de los árabes ó de los provenzales el orígen de los teatros modernos de Europa, y por consiguiente del nuestro.

Los árabes, asi los que se estendian por el Oriente, Africa, Italia y las islas del Mediterráneo, como los que hicieron á Córdoba capital de su imperio en España, cultivaron con éxito feliz las ciencias naturales, la medicina, las matemáticas y la historia. En la poesía nada hicieron, fuera de los géneros narrativo, descriptivo, amoroso, encomiático y satírico; desempeñando sus argumentos en poemas cortos, llenos por lo comun de metáforas, traslaciones y enigmas, de acrósticos, laberintos, antítesis, paronomasias y equívocos. Los diálogos sin accion que se hallan entre sus composiciones poéticas no pertenecen al género dramático (1).

(que debió ser hácia el año de 1098), se refiere que los juglares intervinieron en las fiestas celebradas en Valencia con aquel motivo.

Lo mismo se verificó despues cuando el Cid casó otra vez á sus hijas con D. Ramiro, infante de Navarra, y D. Sancho, infante de Aragon, segun refiere tambien la citada crónica.

En un privilegio dado en Búrgos por Alfonso VII en el año de 1136 firma entre otros un juglar con estas palabras: *Pallea juglar confirmat.*

En los siglos posteriores se hace frecuente mencion de los juglares, y á este fin pueden verse las *Leyes de Partida*, las *Obras de Berceo* y *Joan Lorenzo*, el manuscrito de *cuentas de Sancho IV*, la *Historia de los reyes de Aragon* por Montaner, *El conde Lucanor*, las *Obras del Arcipreste de Hita*, la *Historia del monasterio de Sahagun*, el *Ceremonial del rey D. Pedro de Aragon*, y las noticias que el P. Liciniano Saez sacó del archivo de Contos de Navarra.

La cita mas reciente que ha llegado á mi noticia relativa á juglares, es la que copió D. Tomas Sanchez del *Cancionero de Baena*, en donde se incluye una cántiga del poeta Villasandino hecha «por alabanza é loores de la redundante ciudad «de Sevilla, é presentóla en cavildo é fizola «cantar con juglares delante de los oficiales, é ellos mandáronle dar en aguinaldo «cient doblas de oro por esta cántiga.» Refiérese esto á los principios del siglo XV, durante el cual, aunque las habilidades de los juglares permanecieron, la denominacion se fué olvidando y llegó á faltar enteramente en el uso comun del idioma despues de haber durado en él por espacio de mas de cuatro siglos.

(1) Nasarre dijo en el prólogo á las comedias de Cervantes: «Los árabes y mo-

Los provenzales, con un idioma mucho mas pobre sin comparacion que el de los árabes, no instruidos como ellos en el conocimiento de las ciencias, pero dotados de una imaginacion fecunda (no estraviada fuera de los términos justos, no viciada con ornatos pueriles), y movida igualmente por los poderosos estímulos del heroismo y del amor, cultivaron un género de poesía que les fué peculiar, y perfeccionándose despues con el estúdio de la antigüedad y el uso de la buena crítica, llegó á ser comun á todas las naciones modernas (1). Las ciudades de Tolosa, Aviñon, Aix, Bessieres, Barcelona y Tortosa fueron célebres por el estudio de la gaya sciencia (2), en que se ocuparon sugetos

---

« ros fueron en las representaciones con « hechos, gestos y palabras muy escelen- « tes, ayudados del genio poético y ele- « gante lenguaje de su nacion, como se « hará ver cuando se publiquen las reli- « quias de su literatura, que por felicidad « grande se han hallado poco ha en la fa- « mosa librería del Escorial, y aun sin « ellas se puede probar con nuestras histo- « rias. » Lo cierto es que en nuestras historias nada se halla que autorice tal opinion. En el Escorial no existe ninguna composicion de teatro escrita por los árabes. Casiri, que publicó la Biblioteca arábiga escurialense, ni vió ninguna ni adquirió siquiera la noticia de que entre los árabes se cultivase este género de poesía. *Jam vero arabes europæorum more nec tragœdias nec comœdias agunt; an vero scripserint, altum apud scriptores silentium.* El erudito D. José Antonio Conde, á quien mereci la mas cordial amistad y confianza, me aseguró repetidas veces que entre los muchos manuscritos que habia leido y estractado para la formacion de su *Historia de los árabes en España*, no habia encontrado el menor indicio de que en aquella nacion se hubiese conocido nunca la poesia teatral.

(1) No es dudable que la poesía italiana trae su origen de la provenzal ó lemosina. En cuanto á la nuestra podemos asegurar que tuvo el mismo principio luego que abandonó la imitacion latina. De esta opinion fué el marques de Santillana, el cual dijo: « Extendiéronse, creo, de aquellas « tierras y comarcas de los lemosinos estas « artes á los gállicos, é á esta postrimera é « occidental parte que es la nuestra España, « donde asaz prudente é fermosamente se « han usado..... Los catalanes, valencianos « y aun algunos del reino de Aragon fueron « é son grandes oficiales de esta arte.... Ovo « entre ellos de señalados hombres, así en « las invenciones como en el metrificar. »

D. Luis Velazquez dijo: « Los poetas « provenzales de España de que tenemos « noticia suben hasta el siglo XI. En él « vivia D. Pedro I de Aragon, si acaso es á « él y no á D. Pedro II á quien deben atri- « buirse los versos provenzales de que ha- « bia Guillermo Castel. En el siglo XII los « hizo D. Alfonso I de Aragon, » y continua nombrando algunos célebres poetas catalanes y valencianos que cultivaron la poesía en lenguaje lemosino hasta el siglo XVI. A estas noticias deben añadirse las que recogió D. Tomas Sanchez relativas al mismo propósito.

Los trovadores de Castilla escribieron en su propia lengua imitando á los provenzales y adoptando la medida y colocacion de sus versos. Los aragoneses compusieron algo en lemosino, y la mayor parte en castellano, que era su idioma natural. Los portugueses en el suyo siguieron tambien la misma escuela, es decir que el gusto, la versificacion y el lenguaje provenzal fueron generales en Cataluña y en Valencia; pero los aragoneses, portugueses y castellanos cultivaron esclusivamente la suya introduciendo en ella las formas poéticas que tomaron de los provenzales.

(2) Desde el siglo XII empezaron á florecer en la parte meridional de Francia muchos trovadores cultivando la poesía que se llamó provenzal. Dueños los condes de Barcelona de grandes estados á la otra

muy ilustres para celebrar amores y victorias, y amenizar las diversiones cortesanas con los frutos del ingenio, de la sensibilidad y la armonía. Estos poetas, que se llamaron trovadores, llegaron á for-

---

parte de los Pirineos, fácilmente pasó á Cataluña el gusto de versificar, siendo una misma la lengua vulgar en una y otra parte, la cual en lo sucesivo se estendió á Valencia conquistada par el rey D. Jaime I.

En el libro que escribió el marques de Villena de la *Gaya sciencia*, hablando de los progresos que hizo en la corona de Aragon, dice: « El rey D. Juan de Aragon primero de este nombre, fijo del rey D. Pedro II, fizo solemne embajada al rey de Francia pidiéndole mandase al colegio de trovadores que viniese á plantar en su reino el estudio de la gaya sciencia, é obtóvolo, é fundaron estudio della en la cibdad de Barcelona dos mantenedores que vinieron de Tolosa para esto, ordenándolo de esta manera: Que oviese en el estudio ó consistorio de esta sciencia en Barcelona cuatro mantenedores: el uno caballero, el otro maestro en teologia, el otro en leyes, el otro honrado cibdadano; é cuando alguno de estos falleciese, fuese otro de su condicion elegido por el colegio de los trovadores é confirmado por el rey.

« En tiempo del rey D. Martin su hermano fueron mas privilegiados é acrescentadas las rentas del consistorio para las despensas facederas, así en la reparacion de los libros del arte é vergas de plata de los vergueros que van delante de los mantenedores ó sellos del consistorio, como en las joyas que se dan cada mes é para celebrar las fiestas generales, é ficiéronse en este tiempo muy señaladas obras que fueron dignas de corona.

« Despues de muerto el rey D. Martin por los debates que fueron en el reino de Aragon sobre la sucesion, ovieron de partir algunos de los mantenedores é los principales del consistorio para Tolosa, y cesó lo del colegio de Barcelona.

« Las materias que se proponian en Barcelona estando allí D. Enrique (habla de sí mismo), algunas veces loores de sancta María, otras de amores é de buenas costumbres. É llegado el dia prefigido congregábanse los mantenedores é trovadores en el palacio donde yo estaba, y de allí partiamos ordenadamente con los vergueros delante, é los libros del arte que traian y el registro ante los mantenedores; é llegados al dicho capitol, que ya estaba aparejado é emparamentado de paños de pared al derredor é fecho un asiento de frente con gradas en donde estaba D. Enrique en medio é los mantenedores de cada parte, é á nuestros piés los escribanos del consistorio, é los vergueros mas abajo, é el suelo cubierto de tapiceria é fechos dos circuitos de asientos donde estaban los trovadores, é en medio un bastimento cuadrado tan alto como un altar cubierto de paños de oro, é encima puestos los libros del arte é la joya, é á la man derecha estaba la silla alta para el rey, que las mas veces era presente, é otra mucha gente que se ende allegaba: é fecho silencio levantábase el maestro en teología que era uno de los mantenedores, é facia una presuposicion con su tema y sus alegaciones y loores de la gaya sciencia é de aquella materia de que se habia de tratar en aquel consistorio, é tornábase á sentar. É luego uno de los vergueros decia que los trovadores allí congregados espandiesen y publicasen las obras que tenian hechas de la materia á ellos asinada; é luego levantábase cada uno é leia la obra que tenia fecha, en voz inteligible, é traianlas escritas en papeles damasquinos de diversas colores con letras de oro é de plata, é iluminaduras fermosas lo mejor que cada uno podia; é desque todas eran publicadas, cada uno las presentaba al escribano del consistori..

« Tenianse despues dos consistorios, uno secreto y otro público. En el secreto facian todos juramento de juzgar derechamente sin parcialidad alguna segun las reglas del arte, cual era mejor de las obras allí esaminadas é leidas puntuadamente por el escribano. Cada uno de ellos apuntaba los vicios en ella cometi-

mar colegios y academias : algunos recitaban y cantaban sus propios versos, otros fiaban este encargo á los músicos; pero nada se halla entre las obras que se conservan de ellos que pueda llamarse teatral. Las trovas, ditados, villanescas, tensiones, serventesios y otras piezas que se escribieron entonces no son de la clase de poemas activos que pide la escena. Es pues inútil buscar en la poesía de los árabes ni de los provenzales los orígenes del teatro moderno.

Italia fué la primera nacion de Europa que despues de la dominacion de los bárbaros (cuyas últimas dinastías desaparecieron á vista de las armas vencedoras de Carlomagno) empezó á cultivar las letras y renovar las perdidas artes. Muchas circunstancias políticas contribuyeron á su opulencia y su ilustracion durante los siglos XI, XII y XIII. Venecia frecuentaba todos los puertos del Mediterráneo, trayendo por Alejandría los frutos de Asia; y desde Istria, Dalmacia y las islas que ocupó en el Archipiélago, amenazaba con sus ejércitos y sus naves á la capital del imperio de Oriente. Pisa, Florencia, Padua, Cremona, Luca, Siena, Génova y otras ciudades apellidaron libertad, y la sostuvieron con varia fortuna, haciéndose florecientes por el comercio con el ausilio de la política y las armas. Bolonia empezó á ser docta; Milan, renaciendo de sus ruinas, adquiria el nombre de espléndida; Amalfi se enriquecia con el tráfico y la industria, y Roma, despues de algunos siglos en que fué comun la ignorancia, gobernada ya por sabios pontífices, añadia á las donaciones de Pepino y de la condesa Matilde los tesoros que con ocasion de las novedades introducidas en la disciplina eclesiástica empezaban á llevarle los negocios de todo el orbe católico. Las cruzadas, llevando al Oriente numerosos ejércitos, contribuian á la

---

« dos, é señalábanse en las márgenes de « fuera. É todas así requeridas, á la que « era hallada sin vicio, ó á la que tenia « menos, era juzgada la joya por los votos « del consistorio.

« En el público congregábanse los man- « tenedores é trovadores en el palacio, é « D. Enrique partia dende con ellos como « está dicho para el capítulo de los frailes « predicadores; é colocados é fecho silencio, « yo les facia una presuposicion loando las « obras que ellos habian fecho, é decla- « rando en especial cual de ellas merescia « la joya, é aquella la traia ya el escribano « del consistorio en pergamino bien ilumi- « nada é encima puesta la corona de oro y « firmábalo D. Enrique al pié, é luego los « mantenedores, é sellábala el escribano « con el sello pendiente del consistorio é « traiá la joya ante D. Enrique, é llamado « el que fizo aquella obra, entregábale la « joya é la obra coronada por memoria, la « cual era asentada en el registro del con- « sistorio, dando autoridad é licencia para « que se pudiera cantar é en público decir.

« É acabado esto tornávamos de allí á « palacio en ordenanza, é iba entre dos « mantenedores el que ganó la joya, é lle- « vábale un mozo delante la joya con mi- « nistriles y trompetas, é llegados á palacio « haciales dar confites y vino; é luego par- « tian dende los mantenedores é trovadores « con los ministriles é joya acompañando « al que la ganó fasta su posada, é mostrá- « base aquel aventage que Dios y natura « ficieron entre los claros ingenios é los « obscuros. » *Orígenes de la lengua española*, por Mayans.

prosperidad de la Italia, que suministraba en sus ciudades y sus puertos las armas, las provisiones y los transportes necesarios á una espedicion malograda y repetida tantas veces. Los mercados y las ferias que se celebraban frecuentemente, propagaron la abundancia y el lujo, y con él las fiestas y las diversiones públicas. Solemnizábanse con magnificencia los desposorios de sus príncipes (1), sus paces y coronaciones, en las que se llamaron *Corti bandite;* y todas estas causas dando estímulos al carácter nacional, produjeron una multitud de juglares, bufones, truhanes, mimos, bailarines, músicos y cantores, que acudian adonde los llamaba la ocasion del interes y del aplauso.

Entonces empezaron á renovarse (si del todo se habian perdido) (2)

---

(1) El docto Muratori en sus disertaciones sobre las antigüedades de Italia nos da una idea de la pompa espléndida de tales fiestas. En cuanto á los espectáculos teatrales que empezaron á usarse en aquella nacion, merecen consultarse, entre muchas obras que tratan de esto, la *Historia literaria de Italia* de Tiraboschi y la *de los teatros* de Signorelli.

(2) A las comedias y tragedias griegas ó latinas que se representaban por toda la estension del imperio romano, sucedieron los mimos y pantomimos, que durante los últimos emperadores gentiles llegaron á ocupar casi esclusivamente los teatros de Roma y de las provincias sujetas á su dominacion.

La paz dada á la Iglesia por Constantino en el siglo IV no hizo cesar los acostumbrados espectáculos; apenas pudo contener la sangrienta ferocidad del anfiteatro y reprimir en la escena la torpe disolucion de sus mimos y acciones mudas. Constantino prohibió los gladiadores, obedeciéndose tan mal su decreto que al cabo de muchos años Arcadio y Honorio volvieron de nuevo á prohibirlos. El papa Gelasio I se lamentaba á fines del V siglo de la celebracion de las fiestas lupercales, que su celo y su autoridad no podian estinguir. Tanto tardan las naciones en abandonar sus costumbres y olvidar lo que las deleita.

Duraron pues los teatros con mas ó menos esplendor no solo en el Oriente (hasta que en el siglo XV acabó aquel imperio) sino tambien entre las demas naciones de Europa. En España, como ya se ha dicho, cesaron con la irrupcion de los moros en el siglo VIII. Véanse algunas pruebas de la continuacion de las fiestas teatrales, supuesta siempre la diferente forma que debieron ir adquiriendo con el transcurso de los años y la mudanza de las costumbres.

Siglo IV, concilio cartaginense III, año de 397: *Ut scenicis atque histrionibus cæterisque hujusmodi personis vel apostaticis conversis vel reversis ad Dominum gratia vel reconciliatio non negetur.*

El poeta Ausonio, que murió á fines del mismo siglo, escribiendo á su amigo Auxio Paulo, le dice en su epístola 10:

Dactylicos elegos choriambum carmen epodos
Socci et cothurni musicam
Carpentis impone tuis: nam tota supellex
Vatum piorum chartea est.

Y en la epístola 14:

Attamen ut citius venias leviusque vehare
Historiam, mimos, carmina linque domi.

Siglo V, concilio africano, año de 417: *Petendum ab imperatore ut prohibeat spectacula theatrorum in diebus dominicis et festis sanctorum festis.*

Siglo VI. Teodorico mandó hacer en el teatro de Pompeyo en Roma las reparaciones que fueron necesarias, como se lee en la epístola 51 de Casiodoro, lib. 4, en que escribiendo á Símaco le dice el rey: *Et ideo theatri fabricam magna se mole solventem, consilio vestro credimus esse roborandam.* En el mismo lugar hace mencion de la existencia de los mimos y pantomimos, y de la perfeccion á que habian llegado en sus dias aquellas artes.

Atalarico, su inmediato sucesor, escri-

las ficciones dramáticas, imitando á la naturaleza en farsas groseras con figuras ridículas, disfraces y acciones que remedaban las costumbres de

---

biendo al senado romano dice (lib. 9, epístola 21 de la coleccion de Casiodoro): *Nam si opes nostras scenicis pro populi oblectatione largimur et ea studiosissimè consequuntur, qui adeo necessarii non habentur, quanto magis illis sine dilatione præbendæ sunt, per quos et honesti mores proveniunt, et palatio nostro facunda nutriuntur ingenia?*

En el concilio constantinopolitano, año de 536, contra los hereges acéfalos, se dice hablando de Pedro, uno de ellos: *Quantam servavit voluptuosissimam affectionem circa Stephanam scenicam, quam adducendo persuasione et blanditiis monasterio iniquè immittit et omni tempore privatim et continuò ipsi assidet.*

Las anécdotas de la misma Teodora, elevada por Justiniano al tálamo y solio imperial, son tan conocidas en la historia que seria ocioso repetirlas.

Siglo VII, concilio romano, año de 680: *Statuimus etiam atque decernimus ut episcopi, vel quicumque ecclesiastici religiosam vitam professi sunt, armis non utantur, nec citharœdos habeant, vel quæcumque symphonia, nec quoscumque jocos vel ludos ante se permittant.*

Concilio constantinopolitano III, año de 680: *Omninò prohibet hæc sancta et universalis synodus eos, qui dicuntur mimi, et eorum spectacula, deinde venationum quoque spectationes atque in scena saltationes fieri..... Nec quid liceat eorum qui in sacerdotali ordine enumerantur vel monachorum in equorum curriculis subsistere, vel scenicos ludos sustinere.*

Siglo VIII, en los capitulares de Carlomagno (por los años de 790): *Ut episcopi et abbates et abbatissæ cuplas canum non habeant, nec falcones, nec accipitres, nec joculatores.*

Por el mismo tiempo el monge Alcuino exhortaba en una de sus cartas á Angilberto, yerno de Carlomagno, á que se abstuviese de asistir á los espectáculos del teatro. Mabillon, *Anales benedictinos*, lib. 26, núm. 13.

Siglo IX, concilio turonense, año de 813: *Histrionum quoque et obscenorum insolentias jocorum et ipsi animo cæterisque sacerdotibus effugienda prædicare debent.*

Concilio aquisgranense, año de 816: *Quod non oporteat sacerdotes aut clericos quibuscumque spectaculis in scenis aut in nuptiis interesse.*

Concilio parisiense, año de 829: *Hæc quippe à sanctis viris penitus sunt propellenda, quibus magis convenit lugere, quàm ad scurrilitates et stultiloquia et histrionum obscenas jocationes et cæteras vanitates, quæ animum christianum à rigore suæ rectitudinis emollire solent, in cachinnos ora dissolvere.*

Siglo X. En la oracion del rey Edgar de Inglaterra, año de 967, se dice hablando de los vicios del clero: *Dicam quod boni lugent, mali rident, dicam dolens, et si tamen dici potest quomodo diffluant in comessationibus, in ebrietatibus, in cubilibus et impudicitiis, ut jam domus clericorum putentur prostibula meretricum, conciliabulum histrionum.*

En este siglo Roswita, religiosa benedictina de Grandesheim, compuso en latin bárbaro seis dramas intitulados *Gallicanus, Dulcitius, Callimachus, Abrahamus heremita, Paphnutius*, y *Fides, spes et charitas*. Los argumentos de tales piezas y la calidad de la autora hacen creer que las compuso para representarse en el templo segun costumbre de aquella edad, y á vista de un escogido auditorio.

Siglo XII. Un monge de Canterbury, llamado Guillermo Stephanides ó Fitz Stephen, que escribió durante el reinado de Enrique II una obra intitulada *Descriptio nobilissimæ civitatis Londoniæ*, dice en ella: « Lóndres en vez de las far-« sas ordinarias propias del teatro tiene « dramas de un asunto mas santo, repre-« sentaciones de los milagros que los san-« tos confesores obraron, ó de los sufri-« mientos en que la gloriosa constancia de « los mártires se manifiesta. » *Biografía dramática*. Lóndres, 1782.

A este siglo se refiere en la opinion de muchos eruditos un drama latino escrito en Alemania intitulado *Ludus paschalis de*

aquella edad. Los eclesiásticos (1), despues de haber intentado muchas veces la abolicion de tales espectáculos, cuya desenvoltura era en estremo perjudicial, conocieron la insuficiencia de las leyes contra la fuerza de la opinion; y continuando la costumbre establecida en las iglesias catedrales algunos siglos antes, de celebrar con músicas alegres, canciones, bailes y máscaras las fiestas mas solemnes de la religion, determinaron añadirles nuevos atractivos, y dar al pueblo con mas honestidad en el santuario los mismos placeres que disfrutaba en los paseos y plazas públicas.

Lejos de mitigar por este medio el escándalo, le hicieron mas grande. Unieron á la pompa católica las libertades del teatro, y los mismos que predicaban en el púlpito y sacrificaban en el altar, divertian despues á los fieles con bufonadas y chocarrerías, depuestas las vestiduras sacerdotales, disfrazándose de rufianes, rameras, matachines y botargas. Entre los pasos á que daban lugar estas figuras, se mezclaban otros alusivos á los misterios de la religion, á la santidad de sus dogmas, á la constancia de sus mártires, á las acciones, vida y pasion de nuestro Redentor: union por cierto irreverente y absurda.

Duró este abuso hasta que Inocencio III prohibió severamente al empezar el siglo XIII que interviniesen los clérigos como actores en tales farsas; pero si en Italia, y particularmente en Roma, logró moderarse esta costumbre, ni el mal se estinguió enteramente allí, ni dejó de continuar por algunos siglos en las demas naciones de Europa (2), adonde se habia propagado con mucha rapidez.

---

adventu et interitu Antichristi. Son interlocutores el Papa, el Emperador, los Soberanos de Francia, de la Grecia y de Babilonia, el Anticristo, la Heregía, la Hipocresía, la Sinagoga y el Gentilismo.

Siglo XIII, concilio lateranense, año de 1215: *Clerici mimis joculatoribus et histrionibus non intendant.*

Concilio ravenatense, año de 1286: *Ne clerici joculatores vel histriones à laicis transmissos recipiant.*

Pertenecen á este siglo las primeras noticias que se conservan de la existencia de piezas dramáticas en España, orígenes de nuestro moderno teatro. Nadie duda que de esta época en adelante continuaron estos espectáculos en todas las naciones de Europa, y solo Grecia llegó á perderlos á fines del siglo XV, como ya se ha dicho.

(1) Signorelli, en su *Historia de los teatros*, lib. 3, dice: *Il clero cui importava che i popoli non venissero distratti dalla divozione, alla prima proscrisse siffatti spettacoli, indi cangiando condotta e seguendo lo stile delle precedenti età (quando ad onta di divieti si videro introdotti nelle chiese) ne ripiglio egli stesso l'usanza, esercitando l'arte istrionica e mascherandosi e cantando favole profane nel santuario.*

(2) Para comprobar esta asercion bastarán algunas ligeras indicaciones. El que aspire á mayor noticia la encontrará en las muchas obras estranjeras histórico-críticas que tratan de esto.

En 1423, dia de Pascua de Resurreccion, se hizo una representacion en Padua en la gran plaza que se llama *Prato della Valle.*

En 1264 se estableció en Roma la compañía llamada del *Confalone*, con el objeto principal de representar los misterios de la pasion de Jesucristo, como en efecto lo verificó por espacio de muchos años. En el

De los cuatro reinos cristianos en que se dividia la mayor parte de España en el citado siglo, eran los mas poderosos el de Aragon, que gobernaba D. Jaime llamado el Conquistador, príncipe de esclarecida

---

de 1445 representaba en el Coliseo. En el de 1584 se imprimieron sus ordenanzas en Roma.

En 1261 se estableció la compañía de *Battuti* en Treviso, y uno de sus reglamentos dice que los canónigos de aquella iglesia debian dar *in anno quolibet dictæ scholæ duos clericos sufficientes pro Maria et Angelo, et bene instructos ad canendum in festo fiendo more solito in die Annunciationis... Cantores habeant soldos X pro quolibet... in die Annunciationis B. M. V. cum fiet repræsentatio.*

En 1298 el clero de Friuli dió una representacion de la pasion de Jesucristo en el dia de Pentecostes. En el reino de Nápoles se hicieron representaciones de este género, y la que desde tiempo inmemorial se hacia en Lanciano (provincia del Abruzo) en la noche del viernes santo que concluia con una devota procesion, duró hasta el año de 1740, en que fué prohibida por el gobierno.

En 1304 se hacia en Toscana una fiesta teatral en que se imitaba el infierno con los diablos y los condenados que daban aullidos espantosos.

En el mismo año el cabildo y clero de Friuli representó la creacion de Adan y Eva, la Anunciacion, y el parto de nuestra Señora.

Durante aquel siglo se representaron por toda Italia la conversion de la Magdalena y la de san Pablo.

En el siguiente se representó en Roma el drama sagrado de san Lorenzo y Paulo, y en la Semana Santa del año de 1452 se representaron los misterios de la Pasion en la iglesia de santa Clara de Nápoles con magníficas decoraciones y á presencia de Alfonso I.

En Flandes y Alemania se usaron igualmente estas fiestas sagradas. Federico, landgrave de Turingia, asistió en la ciudad de Eisenach en el año de 1322 á una representacion, cuyo argumento era las vírgenes del Evangelio.

En la *Biografía dramática* citada ya se dice hablando del teatro inglés: « El año « de 1378 los estudiantes de la escuela de « San Pablo presentaron una peticion á Ri- « cardo II suplicándole que prohibiese al « pueblo ignorante representar la historia « del antiguo Testamento con gran per- « juicio de la citada clerecía, que tenia he- « chos grandes gastos para representarla en « la Pascua de Navidad.

« Cerca de doce años despues, esto es, « en el de 1390, los curas de las parroquias « de Lóndres se dice haber representado « farsas en Skinners-Well el 18, 19 y 20 « de julio, y en el de 1409, el décimo año « de Enrique IV, representaron en Cler- « kenwell (pozo de los Clérigos), que tomó « su nombre de la costumbre de represen- « tar farsas allí los curas de las parroquias, « una farsa que se repitió por ocho dias « consecutivos, en la cual se trataba de la « creacion del mundo, y acudió á verla la « mayor parte de la nobleza y caballeros « del reino.

« Consta que en 1578 representaron los « coristas de San Pablo piezas dramáticas, « y cerca de doce años despues de esto, se « dice haber representado misterios los « curas de las parroquias de Lóndres en « Skinners-Well. »

Por los años de 1380 se hacian ya en Francia representaciones de moralidades y misterios.

En 1402 los *Hermanos de la Pasion*, obtenida licencia de Cárlos VI, establecieron su teatro en Paris, y representaron durante aquel siglo farsas de la Pasion y misterios del antiguo Testamento. En la que se atribuye al obispo de Angers intervenian el Padre eterno, Jesucristo, Lucifer, Satanas, la Magdalena y algunos de sus amantes. Lucifer daba una paliza á Satanas por no haber sabido tentar á Cristo como era menester. La hija de la cananea con los diablos en el cuerpo se desahogaba diciendo mil torpezas y desatinos. El alma de Judas no pudiendo salir por la boca que habia besado al divino Maestro, se escapaba por otra parte, llevándose de camino

memoria, y el de Castilla, en que reinaba Fernando III, que mereció el nombre de Santo. Los moros que quisieron permanecer en las provincias que uno y otro habian conquistado, profesaban las ciencias físicas y matemáticas, las buenas letras, la agricultura y las artes industriales: los judíos que vivieron bajo la dominacion de aquellos soberanos, sobresalian en el estudio de la medicina, y ejercitaban el comercio, que aumenta las riquezas y las comodidades de las naciones. Los vencidos contribuyeron á suavizar las costumbres de los vencedores. La corte de Alfonso X de Castilla apadrinó y aprovechó en favor de las ciencias los conocimientos de los sectarios del Talmud y del Alcoran: en ella y en la de su padre el rey San Fernando, y en la de su hijo y sucesor D. Sancho, resonaron ya los versos de los trovadores y los cantos de los juglares, y se difundió la inclinacion á los estudios útiles y agradables. No estuvo ya ceñido el saber á los monasterios, adonde lo habia retraido en tiempos feroces el estrépito de las armas: se acercó al trono de los príncipes; y estos y los ricoshombres, y los caballeros que componian la corte, empezaron á gustar de los adornos del entendimiento y de los placeres de la civilizacion sin descrédito del valor.

No es posible fijar la época en que pasó de Italia á España el uso de las representaciones sagradas; pero si se considera que al principio del siglo XIII eran ya intolerables los abusos que se habian introducido en ellas, puede suponerse con mucha probabilidad que ya en el siglo XI se empezarian á conocer en nuestra península.

Cultivada la lengua patria con felices adelantamientos, hecha ya la poesía estudio de los eclesiásticos, de los caballeros y de los reyes, sonando ya en los templos, en los palacios y en los concursos populares las armonías de la música, y uniéndose á ella muchas veces las habilidades de la pantomima y la saltacion, poco era menester para que llegáran á formarse espectáculos dramáticos, que son el resultado de todos estos primores juntos.

Las fiestas eclesiásticas fueron en efecto las que dieron ocasion á nuestros primeros ensayos en el arte escénica: los individuos de los cabildos fueron nuestros primeros actores, el ejemplo de Roma auto-

---

las entrañas del mal apóstol. Satanas volaba al pináculo con Jesucristo á cuestas. Esto se representaba en la capital de Francia á mediados del siglo XV, y esto duró hasta pasado el XVI.

Pertenecen á esta última época, ademas de las vidas y milagros de los santos reducidas á accion dramática, las moralidades y misterios intitulados *Encarnacion y Nacimiento de nuestro Señor Jesucristo. Misterio de la Pasion. La Resurreccion de Cristo. Misterio del caballero que dió su muger al diablo. Las Actas de los Apóstoles. La Asuncion de nuestra Señora. Combate de la carne y del espíritu. Misterio de la Encarnacion de nuestra Señora. El Diluvio universal. Moralidad del hijo de perdicion que ahorcó á su padre. Tragedia del nacimiento y creacion del mundo*, etc., etc.

rizaba este uso, y el objeto religioso que le motivó disipaba toda sospecha de profanacion escandalosa. En aquellas farsas se representaban varias acciones tomadas del antiguo y nuevo Testamento, y no pocas tambien de los evangelios apócrifos. La festividad establecida por Urbano IV en honor de la sacrosanta Eucaristía se estendió á toda la cristiandad reinando en Castilla Alfonso X, y esto dió motivo á otras composiciones teatrales, en que empezaron á introducirse figuras fantásticas, mezclándose con repugnante union la alegoría y la historia.

La escasez de documentos no permite dar una idea mas individual de aquel teatro; pero resumiendo cuanto puede colegirse de los datos que existen relativos á este propósito, parece seguro que el arte dramática empezó en España durante el siglo XI, que se aplicó esclusivamente á solemnizar las festividades de la Iglesia y los misterios de la religion; que las piezas se escribian en castellano y en verso; que se representaban en las catedrales, adornadas con la música de sus coros; y que los actores eran clérigos, como tambien los poetas que las componian.

Alfonso X, conformándose en parte con lo que Inocencio III habia dispuesto, indicó (1) á los eclesiásticos la clase de piezas en que podian representar lícitamente; y estas, ya históricas, ya alegóricas, morales ó dogmáticas, continuaron por espacio de algunos siglos, hasta que desterradas del santuario pasaron á los teatros públicos. El mismo Alfonso X (2) declaró infames á los que ejecutaban por dinero las habi-

---

(1) « Los clérigos..... non deben jugar « dados nin envolverse con tafures nin « atenerse con ellos, nin deben entrar en « tabernas á beber, fueras ende si lo ficie- « ren por premia andando camino, nin « deben ser facedores de juegos de escar- « nios porque los vengan á ver gentes « como se facen. É si otros omes los ficie- « ren, non deben los clérigos hí venir « porque facen hí muchas villanías é des- « aposturas. Nin deben otrosí estas cosas « facer en las eglesias: antes decimos que « los deben echar de ellas deshonrada- « mente á los que lo ficieren: ca la eglesia « de Dios es fecha para orar é non para « facer escarnios en ella, ca así lo dijo « nuestro Señor Jesucristo en el Evange- « lio: que la su casa era llamada casa de « oracion, é non debe ser fecha cueva de « ladrones. Pero representacion hay que « pueden los clérigos facer, así como de la « nacencia de nuestro Señor Jesucristo en « que muestra como el ángel vino á los « pastores, é como les dijo como era Je- « sucristo nacido. É otrosí de su aparicion « como los tres reyes magos le vinieron á « adorar. É de su resurreccion qué muestra « que fué crucificado é resucitó al tercero « dia: tales cosas como estas que mueven « al ome á facer bien é á haber devocion « en la fe, puédenlas facer, é demas, por- « que los omes hayan remembranza que « segun aquellas fueron las otras fechas de « verdad. Mas esto deben facer apuesta- « mente é con muy grand devocion é en « las cibdades grandes donde oviere arzo- « bispos ó obispos, é con su mandado de « ellos ó de los otros que tovieren sus ve- « ces, é non lo deben facer en las aldeas. » *1ª Partida, tít. VI, ley* 34.

(2) « Otrosí los que son juglares é los « remedadores é los facedores de los za- « harrones que públicamente andan por « el pueblo ó cantan ó facen juegos por pre- « cio, esto es porque se envilecen ante otros « por aquel precio que les dan. Mas los que

lidades pantomímicas, las de bailar, cantar y tañer; y esta pudo ser entre otras la causa principal de que tardase tan largo tiempo en pasar el arte escénica á manos de representantes de oficio, puesto que siendo entonces una diversion puramente sagrada y religiosa, no era posible fiar su desempeño á los que se hallaban declarados infames por la ley.

Sancho IV tenia á su servicio (1) esta clase de gentes, juglares, bufones y *facedores de escarnio*, que con cantares y romances, diciendo agudezas, saltando y tocando instrumentos, entretenian privadamente á la familia real.

El breve reinado de aquel monarca, lleno de turbulencias, como el de su hijo Fernando IV, y la menor edad de Alfonso XI, en que se vió Castilla agitada de parcialidades y discordias, fueron épocas no favorables para el progreso de las artes, hijas de la abundancia y la paz; pero no se interrumpieron del todo los estudios filosóficos, la erudicion y las buenas letras.

El ilustre D. Juan Manuel (2), nieto de Fernando III, fué un distin-

---

« tañeren estrumentos ó cantasen por fa-« cer solaz á sí mesmos, ó por facer placer « á sus amigos ó dar solaz á los reyes ó á « los otros señores, non serian por ende en-« famados. » *VII^a Partida, tít. VI, ley 4.*

« Ilustres personas son llamadas en la-« tin las personas honradas é de gran « guisa é que son puestos en dignidades « así como los reyes é los que descienden « de ellos, é los condes, é otrosí los que des-« cienden dellos, é los otros omes honra-« dos semejantes destos. É estos atales, « como quier que segum las leyes pueden « recebir las barraganas, tales mugeres ya « que non deben recebir así como la sierva « ó fija de sierva. Nin otrosí, la que fuese « aforrada nin su fija, nin juglaresa nin sus « fijas, nin tabernera, nin regatera, nin « alcahueta nin sus fijas, nin otra persona « de aquellas que son llamadas viles por « razon de sí mismas, ó por razon de « aquellos do descendieren; ca non seria « guisada cosa que la sangre de los nobles « fuese embargada nin ayuntada á tan « viles mugeres. É si alguno de los sobre-« dichos ficiere contra esto, si oviese de tal « muger fijo segun las leyes, non seria lla-« mado fijo natural, ante seria llamado « spurio, que quier tanto decir como for-« necino. É demas tal fijo como este non « debe partir en los bienes del padre, nin « es el padre tenudo de criarle si non qui-« siere. » *IV^a Partida, tít. XIV, ley 3.*

(1) En los libros de cuentas de este rey pertenecientes al año de 1293 se hace mencion de los vestidos y raciones que se daban en palacio á quince *tamboreros ú omes de los atambores*, á cuatro tromperos, á dos saltadores y á los joglares ó músicos del tamboret, del ayabeba, del añafil, de la rota, y al maestro de los órganos. Dábase racion á uno que tocaba el tamboril, llamado Juanot. Los saltadores parece que eran moros, uno de ellos se llamaba Fate. Habia mugeres músicas de voz y de instrumentos, y en una de las Partidas se apunta lo que costó un asno para las juglaresas. Existe este curioso manuscrito en la Real Biblioteca de Madrid.

(2) Floreció en los reinados de Sancho IV, Fernando IV y Alfonso XI. La historia refiere sus acciones militares y políticas; la literatura conserva noticias de las doctas obras que compuso, si bien hasta ahora solo se ha publicado por medio de la prensa la del *Conde Lucanor*. Escribió ademas la *Crónica de España*: el *Libro de los Sabios*: *Libro del Caballero y del Escudero*: *Libro del Infante*: *Libro de Caballeros*: *Libro de la Caza*: *Libro de los Engeños*: *Libro de los Cantares*: *Libro de los Ejemplos*: *Libro de los Consejos*. Estas obras existieron en el monasterio de PP. dominicos de san Pablo

guido profesor en todas ellas, al paso que sus victorias le acreditaron de escelente caudillo. En sus obras doctrinales y poéticas dejó un testimonio de su estensa literatura y su buen gusto, y en las novelas ó cuentos de que se compone *El Conde Lucanor*, la primera coleccion de este género que se vió en España, anterior sin duda al *Decameron* del Bocacio, aunque en el mérito no le compita.

Juan Ruiz (1), Arcipreste de Hita, floreció igualmente en el reinado

---

de la villa de Peñafiel: allí estaban hace dos siglos y medio. ¿Quién sabe en dónde pararán ahora, ó si habrán perecido como otras muchas que la ignorancia y el total abandono de los buenos estudios ha dejado perecer?

El docto aleman Bouterwek se inclinó á creer que ciertos versos que se hallan en el *Cancionero general* fuesen compuestos por el que escribió el *Conde Lucanor*; pero no son de él, sino de algunos de sus descendientes, que segun la cultura del lenguaje y la correccion de los versos, debió florecer muy poco antes de la publicacion del Cancionero. Una sola reflexion bastará para comprobarlo. En el romance que cita Bouterwek se hace mencion de los frailes del Paular. El infante D. Juan Manuel murió en el año 1347, y el convento del Paular se fundó en el de 1440.

(1) Son muy escasas las noticias que nos han quedado de este autor. Se cree que fué natural de Alcalá de Henares, y que murió de edad avanzada antes del año de 1351.

« De los poemas misceláneos (dijo Don « Juan Antonio Pellicer) de que se com« pone este códice del Arcipreste de Hita, « el mas principal es la fábula en que se « finge que por consejo de la diosa Vénus, « y con la tercería de la vieja Trota-con« ventos, consigue D. Melon de la Huerta « casarse con una viuda llamada doña En« drina. Pero este poema no es parto ori« ginal del Arcipreste, sin embargo de su « fecundo ingenio. Hallóle inventado por « un poeta de la baja latinidad, y de él le « adoptó. Hay en efecto un poema jocoso « atribuido á Ovidio intitulado *de Vetula*. « Habla de él Fabricio (*Bibl. latina*, « *tomo I, pág.* 277), y dice que se atribuye « á Ovidio sin ningun fundamento, y que « acaso es obra de Pánfilo Mauriliano, « monge que floreció en la media edad. « Hace mencion de dos ediciones que se « hicieron de él, una en el año de 1470 « y otra en el de 1471, ».(no conoció otra de 1511 que he visto en la curiosa librería de mi amigo D. Manuel Silvela) « pero « omite la única que se ha tenido pre« sente para esta advertencia publicada « en Paris, año de 1550, con este título: « *Pamphilus de Amore cum commento fa« miliari*, en 4°: consta de treinta y cua« tro hojas con testo y comentario. El au« tor de este es Antonio Proto, que antes « que Fabricio y otros conoció que no era « obra de Ovidio, porque es fácil de cono« cer, pues solo es semejante á las de aquel « poeta en la materia amatoria de que « trata, ó por mejor decir, antes que to« dos lo descubrió nuestro Arcipreste, que « habló de Ovidio y Pánfilo como dos « poetas distintos, si ya no es que entonces « no se hubiesen aun confundido. Está « escrito en hexámetros y pentámetros, es « dramático: introdúcense en él cuatro « personas que son Vénus, Pánfilo, una « vieja, y una doncella llamada Galatea; « divídese en cinco actos... De este breve « estracto resulta que sobre esta tela tejió « el Arcipreste de Hita su poema exótico « de las bodas de D. Melon de la Huerta « con la hija de D. Endrino y doña Rana. « En él se observan trasladados los pensa« mientos y comparaciones del poema la« tino. Pero esta traduccion es tan libre y « parafrástica, y el intérprete supo con la « agudeza de su ingenio y amenidad de su « imaginacion añadir tantas cosas ya de « suyo, ya tomadas de Ovidio, que hizo « una como obra nueva, pero en quien « siempre se trasluce la trama agena, etc.» Véase la coleccion de poesías castellanas anteriores al siglo XV, por D. Tomas Sanchez, tomo IV.

de Alfonso XI, y aunque no escribió ninguna pieza dramática, imitó aquel género en sus composiciones, mezclando en ellas chistes, cuentos, descripciones y diálogos cómicos que le fueron geniales. Este y los demas trovadores de su tiempo usaban ya diferentes combinaciones y medidas de versos (1) con que habia ido enriqueciéndose nuestra poesía, al paso que la música llegó tambien á adquirir el uso de muchos

(1) Prescindiendo de la irregular versificacion del poema del *Cid*, en que se hallan versos de doce, catorce, quince, diez y seis y diez y ocho sílabas, y considerando las composiciones posteriores escritas ya con mayor cultura y exactitud por los trovadores del XIII° y XIV° siglo, vemos en ellas diferentes medidas de versos colocados con mayor artificio.

De cuatro sílabas.

Madre de Dios gloriosa,
Vírgen santa María,
Fija é leal esposa
Del tu fijo Mesía;
Tú, Señora,
Dame agora
La tu gracia toda hora
Que te sirva todavía.

De seis sílabas.

Encima del puerto
Coidé ser muerto
De nieve é de frio,
É dese rosio,
É de grand elada.
É á la decida
Dí una corrida:
Fallé una serrana
Fermosa, lozana,
É bien colorada.
Dije yo á ella:
Homillome, bella.
Dis tú que bien corres,
Aquí non te engorres,
Anda tu jornada.

De siete sílabas.

Si no es lo que yo quiero,
Quiera yo lo que es.
Si pesar he primero,
Placer habré despues.
Tened esto por cierto:
Ca es verdad probada
Que honra y vicio grande
No han una morada.

De ocho sílabas.

Muy fuerte fué la contienda:
Dios ayuda á los cristianos,
El arraz volvió la rienda,
É fuió con sus paganos.
Si por el vicio ó folgura
La buena fama perdemos,
La vida muy poco dura;
Denostados fincaremos.

De nueve y diez sílabas.

Por que trovar é cousa en que yaz
Entendimiento por en quen ó faz,
A ó deber é de razon assaz:
Por que entenda é sabia dicer,
A que entend é de decir lle praz;
Ca ben trovar assi s' á de facer.
En el comienzo debe ome monstrar
A su muger como debe pasar.

De once sílabas.

Non aventures mucho tu riqueza
Por conseio de ome que ha pobreza.
Por falso dicho de ome mentiroso
Non pierdas al amigo provechoso.
Non castigues al mozo maltrayéndole;
Mas dile como vayas aplaciéndole.
Quiero seguir á tí, flor de las flores,
Siempre desir, cantar de tus loores.

De doce sílabas.

Magüer que algunos te hayan errado,
Por eso non dejes facer aguisado.
A esta mi danza trax de presente
Estas dos doncellas que vedes, fermosas:
Ellas vinieron de muy mala mente
A oir mis canciones, que son dolorosas.

De catorce sílabas.

Era esta manceba de Dios enamorada;
Por otras vanidades non daba ella nada;
Ninna era de dias, de seso acabada;
Mas querrie ser ciega que veerse casada.
Con paz é seguranza es buena la pobreza,
Al rico temeroso es pobre la riqueza;
Siempre tiene recelo, ó con miedo tristeza;
La pobredat alegre es segura nobleza.

instrumentos (1) tomados de los árabes, de los italianos y franceses.

Entre tanto la corte de los reyes de Aragon disfrutaba con mas segura tranquilidad de las composiciones de sus poetas y de las gracias de sus juglares. En la coronacion de Alfonso IV (2), año de 1328, se representaron, cantaron y bailaron por el infante D. Pedro, conde de Ribagorza, hermano del rey, y por los ricoshombres, acompañados de algunos juglares, varias composiciones poéticas escritas por el mismo infante. De esta noticia se deduce que la profesion de los juglares no solo se hallaba ya muy estimada, sino que habia adquirido mayores aumentos, puesto que no solo tañian, cantaban y bailaban, sino que tambien declamaban razonamientos y diálogos.

Por los años de 1360, reinando en Castilla el rey D. Pedro, se empezaron á ver (ademas de los dramas destinados al uso de las iglesias) algunas otras composiciones teatrales; y existe una que se há creido de aquel tiempo (3), en que su autor supo reunir el baile, la música instrumental, la declamacion y el canto. El argumento de esta pieza inclina á sospechar que fuese precisamente una de las muchas que se ejecutaban en el templo, y en este caso seria la mas antigua que se conserva de aquella clase.

D. Pedro Gonzalez de Mendoza, que apartándose de la obediencia del rey D. Pedro siguió el partido de D. Enrique, del cual fué despues mayordomo mayor, escribió (4) piezas dramáticas imitando las

---

(1) En varias obras antiguas, y particularmente en las poesías del Arcipreste de Hita, se hace mencion de los instrumentos que se usaban antes de la mitad del siglo XIV, cuyos nombres no será ocioso copiar aquí. Arpa, Atambor, Ajabeba, Albogue, Albogón, Adedura, Añafil, Albardana, Adufe, Atabal, Bihuela, Bihuela de péndola, Bihuela de arco, Baldosa, Caño entero, Chirimía, Caramillo, Cítola, Dulcema, Guitarra, Guitarra morisca, Guitarra latina, Giga, Galipe frances, Laud, Mandurria, Medio caño, Ministril, Odrecillo frances, Orabin, Organo, Pandero, Panderete, Rabé, Rabé morisco, Rota, Salterio, Sinfonía, Sonajas, Tamborete, Trompa, Zampoña. En las obras manuscritas de Alfonso X existentes en la biblioteca del Escorial se hallan pintados algunos de los instrumentos de que va hecha mencion.

(2) *É comforen tots aseguts, en Romaset jutglar cantá altes veus un serventesch davant lo senyor rey novell, quel senyor infant en Pere hach feit á honor del dit senyor rey, é la sentencia del dit serventesch era aytal quel senyor infant li dix en aquell que significaba la corona, é el pom é la verga é segons la significanza lo senyor rey que debia fer. É apres com lo dit Romaset hach dit lo dit serventesch en comí dix una canzó novella que hanch feyta lo dit senyor infant en Pere, é perzó com en corni canta mills que nulhom de Catalunya, donala á ell que la cantas, é com la hach cantada é llevás en Novellet juzglar, é dix en parlant setcents versos rimats quel dit senyor infant en Pere habia novellament feyts.* Montaner, *Crónica de los reyes de Aragon.*

(3) Véase el número 1 del catálogo.

(4) «Pedro Gonzalez de Mendoza mi «abuelo.... usó una manera de decir can«tares así como cénicos, plautinos y teren«cianos tambien en estrambotes como en «serranas.» Marques de Santillana en su Proemio al condestable.

del teatro latino, y adornándolas con estribillos y canciones pastoriles. Atendida la calidad del autor, puede creerse que compondria tales dramas en obsequio del rey para privado entretenimiento del palacio.

Ya por este tiempo, y en los reinados siguientes de Juan el I y Enrique III, ademas de la constante lectura de los trovadores provenzales, que era comun en España, adquirieron estimacion entre nosotros (1) los célebres italianos Güido Cavalcanti, Dante Alighieri, Cino de Pistoya, y el príncipe de sus poetas líricos Francisco Petrarca. Hallaron sus obras en Castilla un aprecio particular, y comparándolas con las de los trovadores antiguos, vieron en estas mas elevacion de ingenio, mas oportuna erudicion, mas cultura en la frase poética, y una versificacion mas variada y mas capaz de prestarse á las combinaciones de la armonía. El gusto poético de los árabes y el conocimiento de sus costumbres (que dieron orígen á muchas nuestras) mantuvieron y perfeccionaron los romances históricos ó amorosos (2), los cuales, sujetos

(1) Güido Cavalcanti murió en el año de 1300, Dante en el de 1321, Cino de Pistoya en el de 1336, y Petrarca en el de 1374.

(2) El origen de nuestros romances se pierde en la oscuridad del tiempo: solo sabemos que los castellanos tomaron de los árabes esta composicion métrica. Conde en el prólogo de su estimable *Historia de los árabes en España* dijo: « Como la erudi-
« cion y la poesía eran una parte principal
« de la educacion caballeresca de nuestros
« árabes, y sirven tanto para notar su inge-
« nio y sus costumbres, no he querido pri-
« var á mi historia de este ornato de gusto
« arábigo, pues no hay entre ellos historia
« alguna de mérito que no esté adornada
« de versos con mas ó menos profusion.
« Por eso he insertado los que me han pa-
« recido mas característicos, y que por lo
« regular tienen relacion con los sucesos
« históricos. Aun en esta parte he querido
« imitarlos en la traduccion, haciéndola en
« nuestros versos de romance, que es gé-
« nero mas usado en la métrica arábiga de
« donde procede sin duda. Y los he hecho
« imprimir como ellos los escriben, porque
« cada dos versos de nuestros romances
« equivalen á uno arábigo que ellos dividen
« en dos partes. » Véase por ejemplo uno muy corto de los que Conde incluyó en la citada historia: es composicion de uno de los poetas favorecidos de Almanzor, que le enviaba en el invierno un cesto de rosas.

Cuando yo de mi jardin — te envio las rosas bellas,
Lo estraña la gente y dice — con admiracion de verlas:
Feliz se apresura el año, — flor temprana el prado lleva;
O es que el tiempo de Almanzor — es perpetua primavera.

Fernando III dió repartimientos en Sevilla á dos trovadores que le acompañaron en la conquista de aquella ciudad, llamados el uno *Nicolas de los romances*, y el otro *Domingo Abad de los romances*.

Los romances mas antiguos que hoy conocemos pertenecen al reinado de Juan el II: los anteriores todos se han perdido. Tal vez pudieran hallarse algunos entre las poesías manuscritas de D. Juan Manuel, si por fortuna llegasen á parecer algun dia.

Este género se fué perfeccionando como las demas combinaciones líricas, y en él se espresaron afectos delicados ó heróicos, segun los varios argumentos á que supieron aplicarle. Góngora y los que le imitaron mejor desempeñaron con mucho acierto esta parte de nuestra poesía nacional.

En el siglo anterior D. Vicente García de la Huerta y D. Nicolas Fernandez de Moratin renovaron la composicion de romances históricos; y en los amorosos manifestó Melendez su delicada sensibilidad y su buen gusto.

del principio al fin á un solo consonante, se libertaron despues de esta enfadosa monotonía, y produjeron el asonante, cadencia peculiar de los españoles. No puede asegurarse si la poesía teatral, que entonces permanecia esclusivamente en manos de los eclesiásticos, adquirió mayor perfeccion á vista de los adelantamientos que se verificaron en el género lírico, puesto que no nos queda pieza ninguna representable de aquel tiempo para juzgar su mérito, ni compararla con otras anteriores.

Al reinado de Enrique III siguió la menor edad de Juan el II, durante la cual su tio y tutor el infante D. Fernando acreditó su consumada prudencia en el gobierno, igualmente que su valor y sus conocimientos militares. Sostuvo el trono de Castilla quebrantando el poder de los moros granadinos, y reprimiendo en el palacio las maquinaciones de la ambicion y de la envidia. Sus prendas le hicieron digno de la corona de Aragon, que en competencia de otros príncipes le adjudicó el voto unánime de nueve electores (entre ellos el insigne orador cristiano san Vicente Ferrer), y en el año 1414 se coronó en Zaragoza con pompa magnífica. Acudió á esta solemnidad no solo la nobleza de aquellos reinos sino tambien la mayor parte de los grandes de Castilla. Fueron muy singulares las fiestas que se hicieron en tal ocasion; y el célebre D. Enrique de Aragon, marques de Villena, compuso (1) una comedia alegórica, que se representó delante del rey, de la reina y de aquella corte brillante.

Desde entonces la etiqueta del palacio, los usos cortesanos, los trages, las diversiones, la lengua, la literatura y la poesía castellana acabaron de naturalizarse en la capital de Aragon, y por consiguiente decayeron de su antiguo esplendor el gusto y cultura del idioma lemosino, en que los catalanes y valencianos habian adquirido tan merecida celebridad.

El reinado de Juan el II, que duró cerca de medio siglo, fué muy favorable al progreso de las buenas letras, cultivadas en prosa y verso por autores muy instruidos, dotados de un juicio recto y de una fecunda imaginacion. Entre los muchos de aquel tiempo se distinguió nuestro Enio cordobes Juan de Mena, que no hallando suficiente el idioma patrio para la elevacion de sus conceptos, supo enriquecerle y añadirle sonoridad y robustez, atreviéndose á adoptar nuevos modos y palabras

(1) Véase el núm. 2 del catálogo. Cervantes no tuvo razon en decir que él habia sido el primero «que representase las imaginaciones y los pensamientos escondidos «del alma, sacando figuras morales al teatro.» Desde que el nuestro empezó á existir, incurrieron algunos autores dramáticos en este desacierto. Ya se habia visto en él «la muerte, la justicia, la fama, «la verdad, la razon, la fortuna, la misericordia, el amor, la paz, el tiempo, el sueño, «el consuelo, el remedio, el mundo y la «carne,» antes que le ocurriese á Cervantes hacer hablar en sus comedias á «la «enfermedad, el hambre, la curiosidad, la «guerra, la necesidad, la desesperacion, el «temor, la ocasion y los zelos.»

latinas, que han permanecido en nuestra diccion poética, y cuyo uso siempre será laudable, si saben evitarse los estremos inmediatos de la oscuridad y la afectacion.

Fueron émulos de su gloria el ya citado marques de Villena y D. Iñigo Lopez de Mendoza, marques de Santillana, sin otros muchos que seria ocioso referir. El rey hacia versos, los hacia su gran privado D. Álvaro de Luna, condestable de Castilla; los mas ilustres personages de aquella edad eran trovadores (1). En medio de las turbulencias políticas que agitaron el reinado de aquel monarca, los torneos, los pasos honrosos, las justas, banquetes, danzas, músicas y juguetes cómicos alegraban la corte, distraian de sus miserias al pueblo, que admiraba atónito las galas, la riqueza, el buen gusto, la bizarría y el valor de los que tan mal le gobernaban. D. Álvaro de Luna, buen caballero en el campo y en la tela, temido de sus émulos por su estremo poderío, la constancia de su fortuna y la energía de su carácter, grato á las damas por su gallarda presencia, su donaire natural, su cortesanía y su discrecion, en tanto que reunia en sí toda la autoridad que abandonaba su rey indolente, sabia entretenerle y apartarle de sus obligaciones con espectáculos ingeniosos y magníficos, dignos ya de la cultura de aquellos tiempos.

En el año de 1436 se vieron en Soria el rey D. Juan y su hermana la reina de Aragon: hubo grandes fiestas (2), y los juglares y remedadores entretuvieron á la corte con música, bailes y acciones cómicas.

En el de 1440 D. Pedro de Velasco, conde de Haro, el marques de

(1) En el *Cancionero general*, compilado por Hernando del Castillo, impreso en Valencia en el año de 1511, se halla una lista de ciento treinta y seis autores, cuyas obras se incluyen en el citado Cancionero. Muchos de ellos pertenecen al reinado de D. Juan el II, y los últimos al de los reyes Católicos, y aunque no es de este lugar mencionarlos todos, dará una idea del ardor con que se cultivó la poesía en aquellos tiempos la enumeracion de los siguientes poetas pertenecientes á la mas alta nobleza de España:

Duque de Medinasidonia. Duque de Alba. Duque de Alburquerque. Marques de Santillana. Marques de Astorga. Marques de Villena. Marques de Villafranca. Conde de Oliva. Conde de Benavente. Conde de Haro. Conde de Rivadeo. Conde de Coruña. Conde de Castro. Conde de Feria. Conde de Ureña. Conde de Paredes. Conde de Ribagorza. Vizconde de Altamira. Almirante de Castilla. Adelantado de Murcia. Mariscal Sayavedra. Fernan Perez de Guzman. Gomez Manrique. Lope de Estúñiga. D. Enrique Henriquez. D. Diego Lopez de Haro. D. Iñigo de Velasco. D. Luis de Vivero. D. Antonio de Velasco. D. Alonso de Silva. D. Rodrigo Manrique. D. Juan de Meneses. D. Alvaro de Bazan. D. Alonso de Cardona. D. Cárlos de Guevara. D. Pedro de Acuña, etc. Si hoy se tratase de publicar una coleccion de poesías de los que han cultivado este arte en los cien años últimos, no seria posible enriquecerla con nombres tan ilustres.

(2) «El rey hizo gran fiesta á la reina «en tanto que en Soria estuvo: se hicieron «grandes fiestas donde salieron los caba«lleros ricamente habillados, y despues de «aquellas se hicieron danzas y momos.» *Crónica de D. Juan el II.*

Santillana (1), y D. Alonso de Cartagena, obispo de Búrgos, fueron á Logroño á recibir y acompañar á la infanta doña Blanca, esposa del príncipe D. Enrique, y á su madre la reina de Navarra. El conde de Haro, entre varias diversiones que dispuso en Briviesca para obsequiar á aquellas señoras, tuvo fiestas de toros, juegos de cañas, danzas y representaciones teatrales (2).

Enrique IV heredó con el reino la incapacidad de gobernarle. Entendia muy bien el latin, gustaba mucho de leer, de tocar el laud y cantar; tenia á su servicio escelentes músicos de instrumento y de voz que asistian á su capilla privada, en donde pasaba mucho tiempo oyendo las horas canónicas. Lo restante de su vida se entretenia en el monte: fué gran cazador, y mientras perseguia las fieras en los bosques del Pardo y de Balsain, los grandes se apoderaban de su autoridad y de sus tesoros, allanaban sus alcázares, se le alzaban con las fortalezas, alborotaban las ciudades y mantenian en todo el reino la anarquía mas espantosa. Si algunas fiestas permitió á la corte el genio melancólico del rey en los primeros años de su administracion, fueron solo algunas danzas en palacio, y algunas justas y ejercicios de caballería, como los que dió en el camino del Pardo D. Beltran de la Cueva. Las habilidades mímicas, que en tiempo de D. Juan el II habian sido estimadas, en el de su hijo decayeron considerablemente, y hasta el nombre de juglar se fué olvidando en el lenguaje comun.

La conducta libre de la reina, los escándalos del palacio, la impotencia física y moral del rey dieron ocasion al atrevimiento de muchos prelados, grandes y caballeros para declararle desposeido de la corona, eligiendo en su lugar al infante D. Alfonso, cuya temprana muerte dejó á su hermana doña Isabel la esperanza y el deseo de reinar. Entre los que solicitaron su mano eligió á D. Fernando, príncipe de Aragon, con el cual se casó sin noticia del rey D. Enrique en el año de 1469. Viniendo D. Fernando á Castilla ocultamente para celebrar su desposorio, le hospedó en su casa el conde de Ureña, haciendo representar en su obse-

(1) Entre las muchas obras poéticas de este célebre literato se conserva una titulada *Comedieta de Ponza*. Cualquiera presumirá por este título que fuese una pieza teatral, pero ni es comedia ni diálogo representable; es un poema escrito en coplas de arte mayor en que el poeta propone, invoca, describe, reflexiona, refiere y lleva al cabo su difusa narracion, mezclando en ella varios razonamientos de las dos reinas de Aragon, la de Navarra y la infanta doña Catalina. Bocacio las consuela, y la Fortuna les promete la próxima libertad de los reyes de Aragon y Navarra, presos por los genoveses en la batalla naval de Ponza el dia 25 de agosto de 1435. Si se pregunta por qué llamó comedia á este poema, podrá decirse que tuvo las mismas razones que el Dante para dar igual denominacion al suyo.

(2) « Y en los tres dias siguientes hubo « danzas de los caballeros y gentiles hom- « bres en palacio y momos y toros y jue- « gos de cañas. » *Crónica de D. Juan el II.*

quio una comedia, de la cual se ignoran todavía el autor y el título (1).

Los males políticos siguieron aumentándose durante los últimos años de Enrique IV, y una de las consecuencias que produjeron fué la ignorancia que se estendió á todas las clases del estado. Entre el corto número de escritores que florecieron en aquella edad funesta á las letras, se distinguió Rodrigo de Cota, autor de un *Diálogo entre el Amor y un viejo* (2), pieza representable, escrita con gracia y elegancia; tambien compuso un diálogo pastoril entre *Mingo Revulgo y Gil Arribato*, en que pintó con una alegoría bien sostenida los desórdenes y calamidades de su tiempo.

Los eclesiásticos vivian en la mas crasa ignorancia y en la corrupcion de costumbres mas escandalosa, como se infiere por los decretos del concilio que mandó celebrar en Aranda en el año de 1473 D. Alfonso Carrillo, arzobispo de Toledo. Allí se trató de mejorar la disciplina y los estudios del clero español, y entre otras cosas se prohibió (3) á los clérigos de las catedrales y demas iglesias que celebrasen ni permitiesen en las fiestas de Navidad, de san Esteban, san Juan, santos Inocentes y misas nuevas las diversiones escénicas en que intervenian máscaras, figuras monstruosas, coplas indecentes, bufonadas y otros desórdenes indignos de la magestad del templo, que hasta entonces se habian acostumbrado, permitiendo no obstante que continuasen las representaciones sagradas y honestas, que fuesen á propósito para escitar la devocion de los fieles.

El reinado de los reyes Católicos dió principio á una época mas feliz

---

(1) Véase el número 3 del catálogo.

(2) Véase el núm. 4 del catálogo.

(3) *Ab ecclesia ubi redemptor noster Jesus, in cujus nomine omne genuflectitur, jugiter pro nobis immolatur, turpitudo quæque merito est abolenda. Quia vero quædam tam in metropolitanis quàm in cathedralibus et aliis ecclesiis nostræ provinciæ consuetudo inolevit et videlicet in festis Nativitatis Domini nostri Jesu Christi, et sanctorum Stephani, Joannis et Innocentium aliisque certis diebus festivis, etiam in solemnitatibus missarum novarum (dum divina aguntur) ludi theatrales, larvæ, monstra, spectacula, necnon quàm plurima inhonesta et diversa figmenta in ecclesiis introducuntur, tumultuationes quoque et turpia carmina et deristorii sermones dicuntur, adeo quod divinum officium impediunt et populum reddunt indevotum: nos hanc corruptelam sacro approbante concilio, revocantes, hujusmodi larvas, ludos, monstra, spectacula, figmenta, tumultuationes fieri, carmina quoque turpia et sermones illicitos dici, tam in metropolitanis quàm cathedralibus cæterisque nostræ provinciæ ecclesiis dum divina celebrantur præsentium serie omnino prohibemus: statuentes nihilominus, ut clerici, qui præmissa ludibria, et inhonesta figmenta officiis divinis immiscuerint aut immisceri permiserint, si in præfatis metropolitanis seu cathedralibus ecclesiis beneficiati extiterint, ex ipso per mensem portionibus suis mulctentur; si vero in parochialibus fuerint beneficiati triginta et si beneficiati non fuerint quindecim, regalium pœnam incurrant fabricis ecclesiarum et tertio synodali æqualiter applicandam. Per hoc tamen honestas repræsentationes, et devota quæ populum ad devotionem movent, tam in præ-*

para la monarquía. La autoridad real, única, vigilante y justa aseguró la paz interior del estado, ya reprimiendo las violencias de tantos ilustres tiranos que le tenian sacrificado á su ambicion y á sus venganzas, ya reduciendo á moderados límites la libertad del pueblo, que solo es feliz en la obediencia de las leyes. En vano el rey de Portugal quiso apoyar con las armas los dudosos derechos de la infanta doña Juana su sobrina: la suerte de la guerra, que da y quita los imperios, aseguró el cetro á Isabel y Fernando.

El celo de la religion hizo á estos príncipes emprender la conquista del reino de Granada: difícil empeño, que necesitó diez años de fatigas y de combates, hasta que vencida la obstinada resistencia de sus enemigos, acabaron dichosamente en las torres del Alhambra la recuperacion que Pelayo empezó en Cobadonga. Grande y poderosa la nacion bajo su gobierno, dilatados sus dominios, y abierto el paso por el mar á las desconocidas regiones de occidente, empezó á disfrutar los beneficios que traen consigo el estudio de las letras y de las artes, la agricultura, la industria, la navegacion y el comercio.

En este tiempo dándose á conocer Juan de la Encina (1) con sus composiciones dramáticas, mereció la asistencia y el aplauso de la corte, que admiró en aquellas fábulas (aunque demasiadamente sencillas) buen lenguaje, gracia natural y versificacion sonora. Estas privadas diversiones, y otras hechas á su imitacion pasaron al pueblo, que desde entonces empezó á ver cómicos de oficio dedicados á representar pequeños dramas de tres ó cuatro personages, desempeñando algunos muchachos los papeles de muger.

Fué contemporáneo de Juan de la Encina el célebre Fernando de Rojas, continuador de la novela dramática (2) intitulada *Celestina* (3),

---

fatis diebus quàm in aliis, non intendimus prohibere.

(1) Véase desde el número 5 hasta el 17 del catálogo.

(2) En el apéndice al fin de esta obra insertaremos dos de los veintiun actos de esta curiosísima composicion y una ligera noticia del argumento de cada uno de los otros, para que el lector pueda formarse una idea del estilo y del carácter general del drama que Moratin califica de *novela dramática* y que en todas partes se conoce con el título de *tragicomedia* de Calisto y Melibea, que le dieron sus autores y que, con razon ó sin ella, le ha conservado la posteridad.

(E. DE O.)

(3) La primera edicion de la *Celestina* se hizo en Salamanca en el año de 1500. Algun tiempo antes corria manuscrita entre los curiosos toda la parte que compone el primer acto, que unos atribuyen á Juan de Mena, y otros á Rodrigo de Cota. El bachiller en leyes Fernando de Rojas, natural de la Puebla de Montalban, añadió veinte actos al que halló escrito, en lo cual ocupó quince dias de vacaciones, que á decir verdad no pudieron ser mejor empleados.

Si él mismo ignoraba quién habia compuesto lo que halló inédito, difícil será, si no imposible, averiguarlo ahora; baste decir que ni se reconoce en el primer acto el estilo de Juan de Mena, ni se puede comparar con el de Cota, puesto que solo se conservan de estos autores composicio-

en la cual añadió veinte actos al primero que halló escrito ya por autor no conocido. Juan de la Encina en sus composiciones representables sirvió de ejemplo á los que le siguieron y aventajaron despues, cultivando la dramática en verso; y Rojas, aunque no hizo su obra para el teatro, dejó en ella tan escelente diálogo en prosa, que habiéndole imitado muchos, fueron muy pocos los que llegaron á igualarle. Con estos felices ensayos en el género escénico acabó el siglo XV.

La invencion de la imprenta, destinada á fijar y propagar verdades útiles á los hombres, difundia ya por todas partes sus artifices á principios del siglo XVI. Italia, siempre maestra del saber, cultivaba las letras con éxito feliz, buscando los ejemplares de perfeccion en las obras clásicas de la antigüedad, imprimiéndolas, traduciéndolas ó imitándolas. La historia, la elocuencia, la poesía, la erudicion y todas las artes del diseño empezaron á florecer en grado eminente. Venecia, Milan, Ferrara, Florencia, Roma y Nápoles eran las capitales mas cultas de Europa en aquella sazon. La plausible ocupacion de los Médicis, y el pontificado de Leon X, renovaron en Italia la edad de Pericles y de Augusto.

---

nes en verso. El que examine con el debido estudio el primer acto y los veinte añadidos, no hallará diferencia notable entre ellos, y si nos faltase la noticia que dió acerca de esto Fernando de Rojas, leeríamos aquel libro como produccion de una sola pluma. Espongo mi opinion apartándome de la del autor del *Diálogo de las lenguas*, y de los que le han copiado despues. Creo en fin que el primer autor no pudo ser muy anterior al segundo, y que el ignorarse quién haya compuesto una obra anónima nunca ha sido razon bastante para suponerla muy antigua.

Como la tragedia griega se compuso de los relieves de Homero, la comedia española debió sus primeras formas á la *Celestina*. Esta novela dramática, escrita en escelente prosa castellana, con una fábula regular, variada por medio de situaciones verosímiles é interesantes, animada con la espresion de caractéres y afectos, la fiel pintura de costumbres nacionales, y un diálogo abundante de donaires cómicos, fué objeto del estudio de cuantos en el siglo XVI compusieron para el teatro. Tiene defectos que un hombre inteligente haria desaparecer sin añadir por su parte una sílaba al testo; y entonces conservando todas sus bellezas, pudiéramos considerarla como una de las obras mas clásicas que ha producido la literatura española.

Las ediciones de la *Celestina* de que he podido adquirir noticia, y de las cuales la mayor parte he tenido presente, son las que siguen.

Año de 1500 Salamanca.—1501 por Estanislao Polono, Sevilla.—1502 Sevilla.—1514 por Tanotti da Cartrone, Milan.—1515 Venecia.—1523 Sevilla.—1525 Venecia.—1529 por Juan Viñao, Valencia.—1534 por Estefano Sabio, Venecia.—1535 Venecia.—1538 por Juan de Ayala, Toledo.—1539 Sevilla.—1553 por Gabriel Giolito, Venecia.—1558 por los herederos de Juan de Sunta, Salamanca.—1571 por Juan de Canova, Cuenca.—1563 por Francisco de Cormellas, Alcalá.—1569 por Francisco de Robles, Alcalá.—1569 por Martin Mares, Salamanca.—1570 por Matias Gast, Salamanca.—1591 por Fernando Ramirez, Alcalá.—1595 oficina plantiniana, Amberes.—1599 oficina plantiniana, Amberes.—1601 oficina plantiniana, Amberes.—1601 por Andres Sanchez, Madrid.—1619 por Juan de la Cuesta, Madrid.—1633 con traduccion francesa por Cárlos Labayen, Pamplona.—1634 Ruan.—1644 con traduccion francesa por Cárlos Osmont.—Por D. Leon de Amarita, Madrid, 1822.

A este tiempo nuestros ejércitos acaudillados por el que mereció el nombre de Gran Capitan aseguraban la posesion de Nápoles, y nuestra influencia sobre todos los estados de aquella nacion. En vano el poder de Francia quiso oponerse á la fortuna de nuestras armas : unas victorias eran presagio de otras mayores : la derrota del Garellano y la rendicion de Gaeta anunciaban para despues la prision de un rey, y el saqueo espantoso de Roma.

La comunicacion con los italianos propagó, mejoró y amenizó nuestros estudios; y como el agreste Lacio se habia ilustrado muchos siglos antes con las artes y literatura de la Grecia vencida, así España supo aprovecharse en igual ocasion de las que halló tan florecientes en los paises que sujetaba á su gobierno.

Tuvo gran parte en esta revolucion el talento creador de Cisneros, ayudado de la instruccion que habia adquirido en sus viajes y de la estraordinaria fortaleza de su carácter, prenda necesaria para ilustrar y gobernar á los hombres. A principios del siglo XVI se erigia bajo sus auspicios la célebre universidad complutense (1), y en ella y en las demas del reino empezaron á distinguirse muchos profesores en todas facultades, que sobre el conocimiento de las lenguas sabias y de una selecta erudicion, enseñaron ciencias no conocidas en España hasta aquella época, ó mejoraron el método y la doctrina de las que antes se enseñaban mal. A los esfuerzos de aquel gran ministro debieron sus adelantamientos las letras sagradas, la jurisprudencia, la medicina, las humanidades, la historia, las lenguas doctas, la gramática, y la crítica, aunque no todos estos estudios pudieron prosperar igualmente, porque no en todos se adquirian iguales recompensas.

Francisco de Villalobos (2), erudito médico y buen prosista, dió á conocer el *Anfitrion* de Plauto con la traduccion que publicó de aquella comedia en el año de 1515.

Bartolomé de Torres Naharro (3), que vivia en Italia por entonces, compuso ocho comedias en que manifestó mucho conocimiento de su lengua, facilidad en la versificacion, y talento dramático. Apartándose de la manera tímida de componer que Juan de la Encina habia seguido, dió á sus comedias mayor interes y estension; las dividió en cinco jor-

---

(1) La universidad de Alcalá, así llamada del antiguo nombre de esta ciudad, *Compluto*. (E. DE O.)

(2) Véase el número 20 del catálogo.

(3) Véase desde el número 21 hasta el 29 del catálogo. Tuve entre mis libros la rarísima edicion de Roma de 1517 en folio, letra gótica, de la cual ninguno de nuestros bibliógrafos tuvo noticia. Era dádiva de D. Gaspar de Jovellanos, que habia ilustrado con notas marginales de su mano algunos pasages del testo: circunstancias que añadidas á la singularidad del libro, le hacian para mí mucho mas precioso. Las revueltas de los tiempos me privaron de esta rara y apreciable alhaja, sin que despues me haya sido posible averiguar su paradero.

nadas, aumentó el número de los personages, y pintó en ellos caractéres y afectos convenientes á la fábula, adelantó el artificio de la composicion, y sujetó algunas de sus piezas á las unidades de accion, lugar y tiempo. Representadas é impresas en Italia pasaron á España, en donde sucesivamente impresas y prohibidas, y vueltas á imprimir (segun el influjo de las circunstancias), sirvieron de estudio á los que entonces se aplicáron á cultivar la poesía cómica.

Vasco Diaz Tanco (1) escribió tres tragedias (las primeras que se hicieron en España) tomando sus argumentos de la historia sagrada, las cuales no han llegado á nosotros.

Las graciosas comedias (2) que Cristóbal de Castillejo empezó á componer poco despues, fueron recibidas con mucho aplauso. Puede considerarse este poeta como el último y acaso el mejor de la antigua lírica española, y en el género cómico el mas digno sucesor de Torres Naharro. Fecunda imaginacion, conocimiento de costumbres, recto juicio, agudeza satírica, espresion clara, versificacion suave, tales prendas hicieron estimables sus fábulas cómicas, al mismo tiempo que las personas honestas las desaprobaron por su falta de moralidad y desenvoltura de sus personages y situaciones.

En el año de 1527 se celebró en Valladolid con la representacion de algunos autos el bautismo de Felipe II. Estos cortos dramas, representados en las calles y sitios públicos, los desempeñaban los cómicos, que ya en aquel tiempo componian su caudal indistintamente de piezas sagradas y profanas, aplicándolas segun la ocasion lo requeria.

Fernan Perez de Oliva (3) tradujo en prosa el *Anfitrion* de Plauto, la *Electra* de Sófocles, y la *Hécuba* de Eurípides. Su talento era mas á propósito para la gravedad de la tragedia que para los chistes y ligereza cómica; y así es que aunque la version que hizo de Plauto es inferior á la de Villalobos, en las dos tragedias elevó la prosa castellana á tanto decoro y robustez, que pudiera haber servido de ejemplar á los que hubiesen querido poner en la escena argumentos heróicos; pero no tuvo imitadores. Estas piezas nunca se representaron, y cuando llegaron á imprimirse, el mal gusto era ya general y dominante en nuestro teatro.

Estos fueron los autores mas distinguidos que cultivaron en España la poesía escénica antes del año de 1540; pero no es posible pasar de esta época sin hablar de las causas que empezaron á motivar su corrupcion. Las principales fueron falta de estímulos y recompensa en favor de los que aplicaban su talento á este difícil género; decidida aficion á todo lo maravilloso, efecto inmediato de la comun lectura de los libros caballerescos; espíritu de mal entendida devocion que profanó los sa-

(1) Véanse los números 30, 31 y 32 del catálogo.

(2) Véase el número 35 del catálogo.

(3) Véanse los números 43, 44 y 45 del catálogo.

grados misterios de la fe, haciéndolos asunto de las representaciones histriónicas; abusos de la autoridad censoria.

Las universidades de España (1), aunque rectificaron y amenizaron sus estudios, no alteraron su organizacion antigua; y en aquellas escuelas generales en que la juventud debió hallar enseñanza elemental de todas las ciencias, solo se enseñaron la teología, los cánones, la jurisprudencia y la medicina. De estas facultades las tres primeras obtuvieron la preferencia: para ellas se establecieron colegios magníficos, para ellas se guardaron las mas altas dignidades del estado: la última, poco estimada de los que se dedicaban á las otras, existia en razon de la importancia que le ha dado en todos tiempos el miedo de morir; pero el profesor mas eminente en ella no podia aspirar jamas ni al premio, ni al honor que obtenian un teólogo, un canonista ó un jurisconsulto. Las demas ciencias se consideraban como ausiliares ó secundarias, y por consiguiente ni el estudio de las lenguas, ni la erudicion histórica, ni la filosofía moral, ni la oratoria, ni la poética, ni la amena literatura obtenian otra recompensa que la de facilitar á sus profesores una cátedra en que poder enseñarlas; y si estas que servian mas inmediatamente á las facultades privilegiadas

(1) D. Gaspar de Jovellanos en un informe dirigido al rey, durante su ministerio, le decia: « Hubo un tiempo en que « España, saliendo de los siglos oscuros, « se dió con ansia á las letras: convencida « al principio de que todos los conocimien- « tos humanos estaban depositados en las « obras de los antiguos, trató de conocer- « las; conocidas, trató de publicarlas é « ilustrarlas; y publicadas, se dejó arras- « trar con preferencia de aquellas en que « mas brillaba el ingenio y lisonjeaban mas « el gusto y la imaginacion. No se procuró « buscar en estas la verdad, sino la ele- « gancia; y mientras descuidaba los cono- « cimientos útiles, se fué con ansia tras de « las chispas del ingenio que brillaban en « ellas.... Vino despues otra época en que « los riesgos de la religion arrebataron toda « su atencion hácia su estudio. Vino el « tiempo de las heregías y las sectas, tanto « mas ominosas á los estudios, cuanto en- « trándose á discurrir sobre los derechos « de los príncipes y los pueblos, parecian « atacar la autoridad pública, y presentar « la horrible imágen de la anarquía y del « desórden. Desde entonces las ciencias « eclesiásticas merecieron todo su cuidado, « y de cuantos progresos hicieron en ellas « pueden ser ejemplo el Concilio Triden- « tino, y las insignes obras que nos deja- « ron. En esta época nacieron nuestras « universidades formadas para el mismo « objeto y sobre el mismo gusto. Ellas fue- « ron desde el principio unos cuerpos ecle- « siásticos; como tales se fundaron con « autoridad pontificia. Tuvieron la prefe- « rencia en las asignaciones de sus cáte- « dras la teología y el derecho canónico. « La filosofía se cultivó solamente como un « preliminar para entrar á estas ciencias, « y aun la jurisprudencia y la medicina « hubieran sido descuidadas, si el amor « del hombre á la vida y á los bienes pu- « diera olvidar el aprecio de sus defenso- « res. No hablaré aquí de los vicios de esta « enseñanza, que de una parte eran deri- « vados del estudio general de la literatura « de Europa, y de otra inherentes á la « constitucion misma de estos cuerpos. En « la renovacion de los estudios el mundo « literario fué peripatético; y el método es- « colástico, su hijo mal nacido, fijó en « todo él la enseñanza. Mas ó menos tarde « fueron las naciones sacudiendo este yugo... « la nuestra le siente todavía. »

merecian tan escasos premios, ¿cuál seria el que se destinase á las ciencias naturales y exactas? ¿y cuáles podian ser los progresos del teatro? ¿ni quién habia de aplicarse á un estudio tan difícil, tan apartado de las sendas de la fortuna, si desatendido de las clases mas elevadas, y menospreciado de los que se llamaban doctos, era solo el vulgo el que debia premiar y aplaudir sus aciertos?

En otra edad habian merecido las rudas producciones de nuestra dramática mas favorable acogimiento: los mas esclarecidos personages la protegieron y la cultivaron, siendo igualmente estimada en los palacios y en los templos; pero aquella época habia pasado ya. Fernando el Católico, cuyo desabrido carácter habian hecho mas melancólico la vejez y las dolencias, nunca unió las prendas de literato ni estudioso á las que tuvo de buen caballero, de político y prudente rey. Germana de Fox, estranjera á nuestra lengua y nuestras costumbres, no era la protectora que mas convenia para fomentar el teatro. Felipe I y toda su corte, venidos de Flandes para introducir en el palacio desconocidas etiquetas y ceremonias, hecho esto, no hicieron mas; ni la temprana muerte de aquel soberano permitió otra cosa. Cárlos V viajando (1) y guerreando mientras reinó, flamenco, y rodeado de flamencos que se disputaron con escandalosa codicia las dignidades y los tesoros de la nacion, ni contribuyó al esplendor de nuestro teatro, ni supo conocerle: su corte ambulante y guerrera imitaba las inclinaciones del monarca. Los tumultos y discordia civil que alteraron las provincias en los primeros años de su gobierno fueron incidentes poco favorables á los progresos de la escena española.

Los libros de caballerías, que empezaron á conocerse en Europa hácia el siglo XI, se estendieron por toda ella, y entretuvieron el ocio de los que gustaban de leer: apasionados de todo lo grande y estraordinario, suplieron con ellos el abandono de la historia. En España imitando lo que se habia escrito fuera de ella, se compuso el libro de *Amadis de Gaula* acaso hácia la mitad del siglo XIV, y despues de él otros del mismo género aunque menos ingeniosos no por eso menos desatinados. Su crecido volúmen, el coste escesivo de las copias manuscritas (2), y por consiguiente la escasez de sus ejemplares mantuvieron

(1) Sus empresas políticas y militares le tuvieron casi siempre ausente de España, en donde no habia corte ni residencia estable para el soberano ni para los grandes caballeros y caudillos que le acompañaban. Dos veces estuvo en Africa, dos en Inglaterra, cuatro en Francia, siete en Italia, nueve en Alemania y diez en Flandes.

(2) En una de las eruditas notas con que ilustró el P. Liciniano Saez su tratado de las monedas del reinado de Enrique III, se hallan noticias interesantes acerca de la escasez de libros, y su escesivo coste antes de la invencion de la prensa. No será inoportuno resumir aquí parte de ellas.

Alfonso X, en la Partida IIª, ley 11 del título XXXI, previno lo siguiente: « Estacionarios ha menester que haya en todo « estudio general para ser complido que « tenga en sus estaciones buenos libros é

escondida esta perjudicial erudicion en las bibliotecas privadas de los reyes y de los grandes señores, y no pasaron á manos del pueblo, ni pudo hacerse general su lectura hasta que la imprenta economizando el tiempo y el coste, halló el secreto de multiplicar prodigiosamente los escritos en copias idénticas. La primera obra de esta clase que se imprimió en España fué la citada historia de *Amadis*, como la mas célebre de todas ellas entre nosotros, y antes de acabarse el siglo XV era ya la comun lectura del pueblo.

En el siguiente se dieron muchos á imitar aquel género de ficcion y aquel estilo; y como apartándose de la verdad de la naturaleza, encuentra la fantasía espacios inmensos en que perderse, fué tal la abundancia de libros caballerescos publicados en aquella centuria (1), que

---

« legibles é verdaderos de texto é de glosa: « que los loguen á los escolares para facer « por ellos libros de nuevo, ó para enmen- « dar los que toviesen escritos, etc., etc.»

El Arcediano de Alcor, que vivia en el año de 1401, dice que habia tanta falta de libros en Castilla que se arrendaban por años, y valian á las fábricas de las iglesias catedrales que los tenian muchos maravedis.... Se arrendaba el uso de ellos cada año públicamente á dinero, á quien mas daba á la iglesia.

El abate Pluche, en su obra del *Espectáculo de la naturaleza*, dice: « En un her- « moso ejemplar manuscrito de los cánones « de Graciano que se guarda con mucho « cuidado en la biblioteca de los PP. ce- « lestinos de Paris, nos advierte el co- « piante (al mismo tiempo que nos dice su « nombre y patria) que tardó veintiun « meses en acabar la copia. Con que en « esta suposicion seria menester para sacar « cuatro mil ejemplares de esta coleccion « emplear cuatro mil copiantes cerca de « dos años, ó un copiante continuado por « espacio de casi ocho mil años, cosa que « puede hacerse hoy en menos de cuatro « meses. »

La librería mas copiosa de que pudo hallar noticia el P. Liciniano, es la que tenian los condes de Benavente en la fortaleza de aquella villa á mediados del siglo XV. Todo el catálogo de ella contiene unos ciento veinte volúmenes, debiendo advertirse que muchos de ellos son duplicados, puesto que solo de Tito Livio habia ocho copias mas ó menos completas.

Mas numerosa debió ser la librería del marques de Villena, pues con los tomos que sacaron de ella se llenaron dos carros.

Por el dinero que hoy cuestan dos mil volúmenes, apenas podrian entonces adquirirse cincuenta. La lectura estaba reservada á los muy ricos; el pueblo no leia.

(1) Para dar una idea del entusiasmo con que se recibieron en España las ficciones de la andante caballería, cuánto debieron influir en la opinion y en las costumbres, y qué gusto fantástico debieron escitar en la multitud que se entregó á tan perjudicial lectura, bastará presentar una lista de las que se publicaron desde los últimos años del siglo XV hasta fines del XVI, suponiéndose que en la que he formado no se incluyen todas, ni era posible, sino aquellas únicamente de cuya existencia he hallado noticia. Debe advertirse que muchas de estas obras se reimprimieron, segun la aceptacion que habian adquirido.

Cárcel de Amor, por Diego Hernandez de San Pedro, en Búrgos año de 1496.

El Baladro del sabio Merlin con sus profecías, en Búrgos 1498.

Merlin y Demanda del santo Grial, Sevilla 1500.

Historia de los nobles caballeros Oliveros de Castilla y Artús de Algarve, Sevilla 1507.

El sesto libro de Amadis de Gaula, en que se cuentan los grandes hechos de Florisando, príncipe de Cantuaria, su sobrino; fijo del rey Florestan, por Paez de Rivera, Salamanca 1510.

ellos solos compondrian hoy una numerosa biblioteca, si la pluma del mas escelente de nuestros novelistas no hubiera acelerado su ester-

---

Tirante el Blanco de Rocasalada, caballero de la Jarretiera, que por su alta caballería alcanzó á ser príncipe y césar de Grecia. Valladolid 1511.

Historia amorosa de Flores y Blancaflor, 1512.

Crónica del caballero Cifar, Sevilla 1512.

Libro del esforzado caballero conde Pantinoples, que fué emperador de Constantinopla, Alcalá de Henares 1515.

Historia del valeroso caballero Polisman Florisio, que por otro nombre se llamó el caballero del Desierto, el cual por su gran esfuerzo y mucho saber alcanzó á ser rey de Bohemia, por Fernando Bernal, Valencia 1517.

Libro del esforzado caballero Alderique, traducido en lengua española, Valencia 1519.

Libro del muy esforzado caballero Claribalte, nuevamente venido á esta lengua castellana, por Gonzalo Fernandez de Oviedo, Valencia 1519.

Los cuatro libros del caballero Amadis de Gaula, por García Ordoñez de Montalvo, impresos por Antonio de Salamanca 1519.

Crónica del emperador Clarismundo, por Juan de Barros, Coimbra 1520.

Historia de D. Olivante de Laura, por Antonio de Torquemada.

El séptimo libro de Amadis, en el cual se trata de los grandes fechos en armas de Lisuarte de Grecia, fijo de Esplandian, y de Perion de Gaula, Sevilla 1525.

Libro del noble y esforzado caballero Reinaldos de Montalban, y de las grandes proezas y estraños hechos en armas que él y Roldan y todos los doce pares paladinos hicieron, Sevilla 1525.

Historia de la linda Magalona, hija del rey de Nápoles, y de Pierres, hijo del conde de Provenza, Toledo 1526.

Historia de Gresil y Mirabella, con la disputa de Torrellas y Branzayda, por Juan de Flores, Toledo 1526.

Libro del famoso caballero Palmerin de Oliva, que por el mundo grandes hechos en armas hizo, sin saber cuyo hijo fuese. Venecia 1526.

Historia del caballero D. Polindo, Toledo 1526.

Libro de caballería celestial del pié de la rosa fragante, por Gerónimo de San Pedro.

Libro primero del esforzado caballero D. Clarian de Landanis, hijo del noble rey Lautedon de Suecia, por Gerónimo Lopez, Sevilla 1527.

La cuarta parte de D. Clarian, en la cual se tratan los grandes hechos de Lidaman de Ganail, hijo de Rivamon de Ganail y de la princesa Daribea, Toledo 1528.

Libro del esforzado caballero D. Tristan de Leonis, y de sus grandes hechos en armas, Sevilla 1528.

Historia de Lanzarote del Lago.

Historia del emperador Carlomagno y de los doce pares de Francia, por Nicolas de Piamonte, Sevilla 1528.

Los tres libros del caballero Primaleon, Toledo 1528.

Libro del caballero Florindo, 1528.

Crónica llamada el triunfo de los nueve preciados de la fama, en la cual se contienen las vidas de cada uno, y los escelentes hechos en armas y grandes proezas que cada uno hizo en su vida, con la vida del muy famoso caballero Beltran de Guesclin, condestable que fué de Francia y duque de Molina, nuevamente traducida de lenguaje frances en nuestro vulgar castellano, por el honorable varon Antonio Rodriguez Portugal, principal rey de armas del rey nuestro señor, Lisboa 1530.

Crónica del muy valiente caballero Platir, hijo del emperador Primaleon, Valladolid 1533.

Historia de Enrique, hijo de doña Oliva, rey de Jerusalen y emperador de Constantinopla, Sevilla 1533.

Historia de los caballeros Tablante de Ricamonte y Jofre, hijo del conde Donaron, por Nuño de Garay.

Libro primero y segundo de Morgane

minio, dejándonos solo la memoria de que existieron. Ellos depravaron el gusto de la multitud, presentándole ficciones brillantes y maravillo-

---

y Roldan y Reinaldos, Valencia 1535.

Crónica del muy valiente Amadis de Grecia, llamado el caballero de la Ardiente Espada, Sevilla 1542.

Crónica del príncipe D. Florando de Inglaterra, Lisboa 1545.

Los cuatro libros del valeroso caballero D. Cirongilio de Tracia, hijo del noble rey Elesfrón de Macedonia, segun los escribió Novarco en griego y Promusis en latin, por Bernardo de Vargas, Sevilla 1545.

Historia de los altos hechos de Silvis de la Selva, hijo de Amadis de Grecia.

Libro de los honestos amores de Peregrino y de Ginebra, por Hernando Diaz, Salamanca 1548.

Los cuatro libros del muy noble y valeroso caballero Félix Magno, hijo del rey Falangrés de la Gran Bretaña y de la reina Clarinea, Sevilla 1543.

Historia de los amores del caballero Paris y de la infanta Viena.

Historia del caballero Florimon.

Espejo de caballerías, en el cual se trata de los fechos de D. Roldan y de Reinaldos, Sevilla 1550.

Segunda parte del esforzado caballero D. Clarian de Landanis y de su hijo Floramante de Colonia, por Gerónimo Lopez, Sevilla 1550.

Crónica de Palmerin de Inglaterra, primera y segunda parte.

Historia del famoso príncipe Steramundi de Grecia.

Historia de la reina Sevilla, Búrgos 1551.

La primera parte de la cuarta de la Crónica del escelentísimo príncipe Don Florisel de Niquea, que fué escrita en griego por Galersis, y sacada en latin por Filastres Campaneo, por Feliciano de Silva, Salamanca 1551.

Libro segundo de la cuarta parte del escelente príncipe D. Florisel de Niquea, en que se trata principalmente de los amores del príncipe D. Rogel y de la muy hermosa Archisidea, por Feliciano de Silva, Salamanca 1551.

Caballerías de Clarindo de Grecia, por Tristan Gomez de Castro.

Historia de los amores de Clareo y Florisea con los trabajos de Isea, por Alonso Nuñez de Reinoso, Venecia 1552.

Historia del príncipe Félix Marte de Hircania, traducida de lengua toscana por Melchor Ortega, Valladolid 1556.

Libro undécimo de Amadis, en el cual se trata principalmente de los hechos de Rogel de Grecia y de Agesilao de Colcos.

Trapisonda. Historia de D. Reinaldos de Montalban, emperador de Trapisonda, primera, segunda y tercera parte, por Luis Dominguez, Toledo 1558.

Leandro el Bel, segun le compuso el sabio rey Artidoro en lengua griega, Toledo 1563.

Libro del invencible caballero Lepolemo, hijo del emperador de Alemania, y de los hechos que hizo, llamándose el caballero de la Cruz, Toledo 1562.

Libro segundo del emperador Palmerin de Oliva, en que se cuentan los hechos de Primaleon y Polendos sus hijos, Medina del Campo 1563.

Tercera y cuarta parte de Palmerin de Inglaterra, por Diego Fernandez de Lisboa.

Historia del invicto y magnánimo caballero D. Cristalian de España, príncipe de Trapisonda, y del infante Lucescanio su hermano, hijos del emperador Lindelel, enmendada por doña Beatriz Bernal, Alcalá de Henares 1566.

La Crónica de los muy valientes caballeros D. Florisel de Niquea y el fuerte Anaxartes, hijos del escelente príncipe Amadis de Grecia, enmendada del estilo antiguo segun la escribió Zirfea, reina de Argines, por el noble caballero Feliciano de Silva, Lisboa 1566.

Historia del valiente caballero Florambel de Lucea, hijo del rey Florineo de Escocia.

Historia del príncipe Erasto, hijo del emperador Diocleciano, por Pedro de la Vega, Amberes 1573.

Libro primero del valeroso é invencible

sas, otro órden físico y moral diferente de todo lo que existe, otro universo y otros hombres. Hacinaron prodigios para exaltar la fantasía, enredaron las fábulas con artificiosa complicacion de incidentes para sostener en movimiento la curiosidad, y pintaron afectos heróicos ó tiernos para interesar el corazon. Damas hermosísimas, príncipes, reyes y emperadores: ausencias, zelos, placeres de amor, torneos, divisas, conquistas, empresas temerarias, fatigas sobrehumanas, torres de bronce, palacios de cristal, lagos hirvientes, desiertos hórridos, islas nadantes, carros aéreos, hechiceros, fadas, genios, monstruos, enanos, gigantes, dragones, hipogrifos; todo esto fué materia de aquellos libros que llamaron historias. ¿Cómo el pueblo acostumbrado á ellas sabria contentarse en el teatro con una ficcion verosímil, imitada de la vida doméstica, animada con la espresion de los caractéres y afectos comunes, complicada por medios naturales, desenlazada con imprevista y fácil solucion, y toda ella ingeniosamente dispuesta para enseñar al auditorio verdades útiles, inspirándole horror al vicio y amor á la virtud? Ni el arte se hallaba tan adelantado que pudieran esperarse muchas obras dramáticas con estos requisitos, ni el concurso que habia de oirlas (acostumbrado en los libros caballerescos á invenciones mas seductoras) era ya capaz de percibir y estimar el mérito de una pieza teatral bien escrita. Así fué que apenas se empezó á cultivar la poesía escénica, los mismos que la adelantaron contribuyeron á corromperla, mezclando en sus composiciones personages é incidentes exagerados, fantásticos, imposibles; y este error propagado de unos en otros, y alentado por el aplauso que recibia, inutilizó en adelante las prendas del ingenio y atropelló los buenos principios de la ficcion dramática, cuyo objeto es la imitacion de lo que existe,

---

príncipe D. Belianis de Grecia, sacado de la lengua griega, en la cual le escribió el sabio Friston, por un hijo del virtuoso varon Toribio Fernandez, Búrgos 1579.

Selva de aventuras, por Gerónimo de Contreras, Leon de Francia 1580.

La bella Clotalda y cerco de Paris, por Bernardo de la Vega.

El Espejo de príncipes y caballeros. Parte primera dividida en tres libros, en los cuales se cuentan las inmortales proezas del caballero del Febo y de su hermano Rosicler, hijos del gran Trebacio, emperador de Constantinopla, con las altas caballerías y amores de la hermosísima y valerosa princesa Claridiana, y de otros grandes príncipes y caballeros, por Diego Ordoñez de Calahorra, Pedro de la Sierra, Marcos Martinez y Feliciano de Silva, Zaragoza 1580.

Libro primero de los famosos hechos del príncipe Celidon de Iberia, por Gonzalo Gomez de Luque, Alcalá de Henares 1584.

Las Sergas de Esplandian, quinto libro de Amadis de Gaula, por Garcia Ordoñez de Montalvo, Zaragoza 1587.

Libro de caballerías, por Simon de Silveira.

Historia de Luzman y Arbolea, por Gerónimo de Contreras.

Floranda de Castilla, lauro de caballeros, por Gerónimo de Huerta, Alcalá de Henares 1588.

de lo que ha existido, de lo que puede existir entre los hombres.

A las maravillas del género romancesco se añadieron las que son inherentes á la religion; y como sus misterios iban desterrándose de los espectáculos que el pueblo acostumbraba á ver en las iglesias, fácilmente pasaron á los tablados públicos, y abrieron nueva senda á los poetas para escitar la admiracion con dramas sagrados, en que la creencia comun hacia verosímiles los prodigios, y el total abandono del arte aseguraba los aplausos. De aquí resultó la multitud de comedias de santos y de autos sacramentales ó natalicios (1), que por tanto tiempo alimentaron la equívoca devocion del vulgo, haciendo cada vez mas difícil la reforma de nuestro teatro.

La poesía lírica no sujeta á la censura de la plebe, libre en sus argumentos, hija de la fantasía, intérprete de los propios afectos, émula de los mas calificados originales, llegó en la pluma de Garcilaso y de los que le siguieron á un alto punto de belleza, que desde el *dulce lamentar* de Salicio y Nemoroso hasta las *santas ceremonias pias* de Lupercio, la profecía del Tajo de Luis de Leon, y la victoria de Lepanto celebrada por Hernando de Herrera, produjo admirables obras; pero tanto distan entre sí los géneros poéticos, que lo que en uno es perfeccion, es desacierto en otro. El uso de la pompa épica y de los raptos y armonía lírica mal aplicados á las ficciones del teatro contribuyeron á descaminar el gusto. La destemplada imaginacion de los que pusieron en la escena argumentos y personages ni históricos ni posibles mezcló todos los estilos, y adoptó locuciones tan distantes de la verdad, que la tragedia y la comedia á fuerza de peregrinos adornos perdieron aquella decorosa sencillez que debe caracterizarlas.

Las nuevas doctrinas que separaron de la comunion católica una gran parte de Europa, y el recelo de que su introduccion produjese iguales males y escándalos en España dieron ocasion á precauciones estraordinarias, que quizá no se hubieran tomado sin esta causa, imponiendo restricciones á los ingenios y á la libertad de imprimir, y conteniendo en estrechos límites las artes de la imaginacion, á quienes tal estado no era ciertamente favorable. La autoridad sacrificó lo útil á lo necesario, y contuvo los vuelos de la ilustracion en obsequio de la paz y tranquilidad del reino. Pero no fué de tal modo que se sofocasen enteramente los esfuerzos y lozanía de los talentos españoles; y hoy en dia

(1) « ¿Pues qué si venimos á las comedias divinas? ¿Qué de milagros falsos « fingen en ellas, qué de cosas apócrifas y « mal entendidas? atribuyendo á un santo « los milagros de otro, y aun en las humanas se atreven á hacer milagros sin « mas respeto ni consideracion que parecerles que allí estará bien el tal milagro y « apariencia, como ellos llaman, para que « gente ignorante se admire y venga á la « comedia: que todo esto es en perjuicio « de la verdad y en menoscabo de las historias, y aun en oprobio de los ingenios « españoles. » Cervantes, *D. Quijote*, parte 1ª, cap. 48.

admiramos las producciones de los que siguiendo la sublime inspiracion de las musas, ilustraron en aquella época nuestras letras, y dejaron modelos que la edad presente procura, y no siempre consigue imitar.

En el año de 1548 se celebró en Valladolid, ausente el emperador Cárlos V, el casamiento de la infanta doña María su hija con el archiduque Maximiliano. Para festejar á la corte se representó en palacio una comedia adornada con suntuoso aparato y decoraciones á imitacion de las que se hacian entonces en Roma. Ningun ingenio español mereció emplear su pluma en obsequio de aquellos príncipes : la comedia se representó en italiano, como la habia escrito muchos años antes su autor Ludovico Ariosto (1).

La prosa familiar aplicada al teatro no habia tenido hasta aquella época escritores que la cultivasen, y este mérito le reservó la naturaleza precisamente en favor del que parecia menos dispuesto á conseguirle. Un sevillano, hombre del pueblo, sin maestros, sin estudios, aplicado á ganar la vida en un ejercicio mecánico, hizo en la escena española una innovacion plausible, y abrió á los autores dramáticos un nuevo camino que no acertaron á seguir. Tal fué Lope de Rueda (2), que antes de la mitad del siglo XVI apareció en los teatros de su patria como ingenioso autor y gracioso representante.

La *Celestina* y las demas novelas en prosa que se hicieron á su imitacion tenian dos defectos que en la escena son intolerables : erudicion afectada y pedantesca, y largos discursos de inoportunas doctrinas, prescindiendo de la escesiva duracion de aquellas fábulas, que no se hicieron para ser representadas, sino meramente leidas. Rueda, estudiándolas con prudente discernimiento, conoció sus defectos, imitó sus primores, y acomodándose á la impaciencia del público (que habia de oirle en una plaza, en un corral ó un almacen, de pie, apretado, y sujeto á continua distraccion), escribió pequeños dramas de tres ó cuatro personas con una accion muy sencilla, caractéres naturales, lenguaje castizo, diálogo chistoso y popular. Compuso ademas algunas piezas de mayor estension con mas interes y artificio, mezclando en ellas episodios poco necesarios, que representaba separadamente cuando le convenia; pero en estas piezas, queriendo imitar el gusto que reinaba entonces en Italia, se apartó algunas veces de aquella inapreciable sencillez que caracterizaba su talento dramático. Todavía fué

(1) Sandoval en la *Historia de Cárlos V* dice : « Y al cabo de tres ó cuatro dias que « fueron casados, se representó en palacio « una comedia de Ludovico Ariosto en la « forma de teatro y cenas (*escenas*) que « los romanos solian representar, que fué « cosa real y suntuosa. » Calvete refiere lo mismo en su *Viaje del príncipe D. Felipe*.

(2) Véanse en el catálogo los números 66 hasta 73, desde 75 hasta 78, desde el 80 al 82, y desde 89 al 93.

mas estimable en los ingeniosos coloquios pastoriles que escribió en verso y se imprimieron despues de su muerte; pero esta edicion es absolutamente desconocida, y solo nos ha quedado uno entero y un fragmento de otro. Por estas obras mereció el nombre de padre del teatro español; y en ellas mismas, y en el testimonio unánime de los hombres doctos que se las vieron representar, se hallará la razon que tuvo su patria para colmarle de elogios, y recomendar á la posteridad su memoria.

El valenciano Juan de Timoneda (1), contemporáneo suyo, su amigo y editor de sus obras, le imitó en algunas piezas cómicas que compuso en prosa, no desnudas de mérito por la facilidad de la diccion, la rapidez del diálogo, y la regularidad de la fábula. Las que hizo en verso no merecen el mismo elogio, pues ademas de que la versificacion de Timoneda es trabajosa y desaliñada, queriendo darles novedad, se valió para conseguirlo (aunque no en todas ellas) de incidentes imposibles y personages maravillosos, que no existiendo en la naturaleza, no son á propósito para el teatro. Hasta en esto quiso imitar á Lope de Rueda; que los descuidos de un hombre célebre producen por lo comun resultados muy infelices.

Alonso de la Vega (2), representante y autor de compañía, escribió algunas comedias en prosa, que en su tiempo tuvieron mucha aceptacion; pero la buena crítica halla tantos defectos en las tres que han llegado á nosotros, ya por la composicion de la fábula, ya por los caractéres y el estilo, que no justifican el aplauso que sus contemporáneos le dieron.

A competencia de estos componian otros muchos, de los cuales se conservan algunas obras, ó la noticia de ellas. Las compañías cómicas (3) vagaban por todas las provincias entreteniendo al pueblo con

(1) Véanse los números 95 y 96, y desde el 106 hasta el 118 del catálogo.

(2) Véanse en el catálogo los números 100, 104 y 105.

(3) A las reducidas compañías de farsantes que empezaron á conocerse en Castilla á principios del siglo XVI sucedieron otras mas numerosas, en las cuales ya habia músicos y cantores, y mugeres que representasen. En la pragmática de Cárlos V y doña Juana su madre, hecha en Toledo en el año de 1534, se dice: « Mandamos que lo que cerca de los trages está « prohibido y mandado por las leyes de « este título, se entienda asimismo con « los comediantes hombres y mugeres, « músicos y las demas personas que asistan « en las comedias para cantar y tañer, los « cuales incurran en las mismas penas que « cerca de esto están impuestas. »

Las diversiones teatrales pasaron de Castilla á Portugal, y el rey D. Manuel asistió con su familia y su corte á las representaciones que daba en Lisboa el célebre farsante y poeta portugues Gil Vicente, autor de muchas piezas cómicas portuguesas y castellanas. Ayudábale á componerlas y recitarlas su hija Paula Vicente, insigne actriz, que fué en su tiempo la admiracion de Lisboa no menos por su ingenio felicísimo y sus gracias y hermosura, que por su conducta honesta y virtuosa. Continuaron los portugueses en todo aquel siglo cultivando el arte dramática, y entre ellos

sus *comedias, tragedias, tragicomedias, églogas, coloquios, diálogos, pasos, representaciones, autos, farsas* y *entremeses;* que todas estas denominaciones tenian las piezas dramáticas que se escribieron entonces.

La propiedad (1) y decencia de los trages, la decoracion y aparato escénico se hallaban todavía en un atraso miserable; porque como no habia en ninguna villa ni ciudad teatro permanente, y los actores se detenian muy poco en cada una de ellas (no permitiéndoles mayor dilacion el escaso caudal de piezas que llevaban), no era posible conducir por los caminos ni decoraciones, ni máquinas, ni utensilios de escena, ni la pobre ganancia que les resultaba de su ejercicio les permitia mayores dispendios.

Duraban todavía los abusos que el concilio de Aranda habia querido estinguir. Seguia celebrándose en el templo la fiesta ridícula de los Inocentes, y los dramas sagrados cuyo uso habia tolerado aquel concilio distaban mucho de la honesta y religiosa compostura que habia exigido en ellos. Fué pues preciso que el concilio toledano celebrado en los años de 1565 y 66 tomase otra vez en consideracion este punto, prohibiendo de nuevo el grotesco regocijo de los Inocentes (2), previ-

---

merecen particular mencion Francisco Saa de Miranda, autor de dos comedias, *Os Estrangeiros*, y *Os Vilhalpandos;* Antonio Ferreira, que escribió la tragedia intitulada *Castro;* y el gran Luis de Camoens, de quien se conservan dos comedias, una *O Rey Seleuco*, y otra *Os Amfitrioens.* La enumeracion de los demas poetas dramáticos portugueses y el exámen de su mérito ni perteneçen á nuestra historia literaria, ni al plan de esta obra.

(1) « Todos los aparatos de un autor de « comedias se encerraban en un costal, y « se cifraban en cuatro pellicos blancos « guarnecidos de guadameci dorado, y en « cuatro barbas y cabelleras y cuatro caya- « dos poco mas ó menos. Componian el « teatro cuatro bancos en cuadro y cuatro « ó seis tablas encima, con que se levan- « taba del suelo cuatro palmos..... El adorno « del teatro era una manta vieja tirada con « dos cordeles de una parte á otra que ha- « cia lo que llaman vestuario, detras de la « cual estaban los músicos cantando sin « guitarra algun romance antiguo. » Cervantes, en el prólogo de sus comedias.

Agustin de Rojas hablando de la misma época, dice en su *Viaje entretenido:*

Tañian una guitarra,
Y esta nunca salia fuera,
Sino adentro y en los bancos,
Muy mal templada y sin cuerdas.
Bailaba á la postre el bobo;
Y sacaba tanta lengua
Todo el vulgacho embobado
De ver cosa como aquella.

(2) *Prohibet sancta synodus in posterum turpem illum abusum quod die Innocentium intra ecclesiam theatrales quidam ludi edi publicè consuevere magna cum ordinis ecclesiastici ignominia, necnon et divinæ majestatis offensa; quippe qui christianorum oculos, quos oportet ad spiritualia provocari, ab his ad peccandi libidinem avertant... spectacula vero, ludi quicumque et choreæ quæ alioqui præmisso examine permittente ordinario non alias in aliquot solemnitatibus ac processionibus agenda sint, nullo modo dum divina officia vel celebrantur vel dicuntur, intra ecclesiam ipsam agi permittantur... Caveant tamen episcopi et eorum vicarii nedum solemnitatis divinæ causa ludos aliquot et spectacula edi publicè permittere velint, ea permittant quæ vel in minimo christianam religionem offendere vel spectantium animos in pravos mores quoquomodo inducere valeant...Decernit etenim sancta synodus non alios ludos,*

niendo que no se interrumpiesen los oficios divinos con ningun género de diversion: que las representaciones no se hiciesen dentro de la iglesia, y que los obispos mandasen examinar previamente las piezas de asunto sagrado que se diesen al pueblo, repitiendo la prohibicion á los clérigos de vestirse de máscara, ni representar en los citados espectáculos. En las demas diócesis de España se repitieron sucesivamente iguales providencias, y todo fué menester para desterrar del santuario desórdenes tan escandalosos, y sujetar á sus ministros á no ser histriones, ni envilecer á vista del público la dignidad de su carácter.

Quedaron pues reducidas las antiguas acciones dramáticas de las iglesias á unos breves diálogos mezclados con canciones y danzas honestas, que desempeñaban los sacristanes, mozos de coro, cantores y acólitos en la fiesta de Navidad, precediendo á su ejecucion la censura del vicario eclesiástico. Ya no intervenian patriarcas, profetas, apóstoles, confesores ni mártires, sino ángeles y pastores; figuras mas acomodadas á la edad, al semblante, á la voz y estatura de los niños y jóvenes que habian de hacerlas. De aquí tuvieron orígen las piezas cantadas que hoy duran con el nombre de villancicos (1), los cuales mas

non alia spectacula permittenda ab episcopo fore, quàm quæ ad pietatem spectantium animos movere, et à pravis moribus deterrere possint.

Et ne quid fiat quod ordini ecclesiastico sit indecens, prohibet sancta synodus quoscumque in sacris constitutos aut beneficium ecclesiasticum habentes, ne in quocumque loco et tempore larvis personati incedant aut cujusque in quibuscumque spectaculis ac ludis personam agant, etc.

Pueden verse ademas el concilio compostelano celebrado en los años de 1565 y 66, el toledano del año de 1582, el valentino de 1590, y el tarraconense de 1591.

(1) Véase el núm. 102 del catálogo. El uso de los villancicos era ya comun en el siglo XV. Esta composicion constaba de una ó mas coplas de versos octosílabos con un estribillo que se repetia al fin de cada una de ellas. Algunas veces se aplicaban á asuntos de devocion, y en general á los amorosos. De esta clase son los que se hallan en el *Cancionero*: véanse por ejemplo los siguientes:

¿Qué sentis, corazon mio?
¿No decis
Qué mal es el que sentís?
¿Qué sentistes aquel dia
Cuando mi señora vistes,
Que perdistes alegría
Y descanso despedistes?
¿Cómo á mi nunca volvistes?
¿No decis
Donde estais que no venis?
¿Qué es de vos, que en mí no os hallo?
Corazon, ¿quién os agena?
¿Qué fué de vos que aunque callo,
Vuestro mal tambien me pena?
¿Quién os ató tal cadena?
¿No decis
Qué mal es el que sentis?

Llorad, ojos, noche y dia;
No os canseis,
Que algun tiempo gozareis.
Llorad mi mal y tristura
Con tal fe, tal confianza,
Que si os vence desventura
No se pierda la esperanza.
No os canseis,
Que algun tiempo gozareis.
No os canseis de tal pasion,
Pues vosotros merecistes
Que sufriese el corazon
Lo que vosotros hicistes.
Llorad y sufrid muy tristes;
No ceseis,
Que algun tiempo gozareis.

Juan de la Encina, Naharro, Castillejo, Timoneda y otros acostumbraron á concluir sus fábulas teatrales con un villan-

artificiosos entonces que ahora, se componian de representacion, canto, danza, accion muda, trages, aparato y música instrumental.

Los dramas sagrados, históricos, alegóricos ó morales, que por tantos años habian sido ejercicio peculiar de los sacerdotes, desaparecieron enteramente. Nada se habia impreso: los cabildos conservaban los manuscritos de estas obras como propiedad suya, y así les fué tan fácil destruirlas todas. El mismo celo religioso que las fomentó, acabó con ellas despues: y aunque efectivamente ganó mucho en esto el decoro del templo y de sus ministros, la historia literaria se resiente de su pérdida.

Esta prohibicion dió nuevo impulso á los teatros públicos, en los cuales se vieron desde entonces con mayor frecuencia composiciones sagradas que atraian á la multitud: el número de los autores dramáticos se fué aumentando, como igualmente el de las compañías cómicas. La emulacion de los actores, su interes y el deseo de ser aplaudidos les hizo adelantar en su arte, y nada omitieron para añadir á sus espectáculos el aparato y brillantez, de que tanta necesidad tenian.

Un cómico natural de Toledo, llamado Naharro (1), autor de com-

---

cico. En las iglesias se cantaron tambien, sirviendo de adorno al diálogo que se recitaba entre ángeles y pastores, celebrando el misterio de la Eucaristía, y mas comunmente el nacimiento de nuestro Señor Jesucristo.

Todavía dura este género de composiciones, aunque no siempre esentas de frialdades, bajezas y chocarrerías poco convenientes á la magestad del culto. Tal vez las han cantado los ciegos á las puertas de las tabernas al mismo tiempo que se entonaban con solemnidad en la iglesia. Véanse algunas colecciones impresas de los villancicos y motetes que se han cantado de dos siglos á esta parte en las catedrales de España, y se hallará cuán importante es que la autoridad eclesiástica ejerza su vigilancia para la correccion de semejantes abusos (*).

(*) Oigamos sobre esta materia el testimonio de un escritor del siglo pasado, de cuya religiosidad, patriotismo y zelo de las glorias de España no puede dudar nadie. El célebre Feijóo en su discurso sobre la música de los templos (tomo I, disc. 14) dice: «En España..... «está la poesía en un estado lastimoso..... Esto «en general de la poesía española moderna; «pero la peor es la que se oye en las cantinelas sagradas. Tales son, que fuera mejor cantar coplas de ciegos..... Toda la gracia de las «cantadas que hoy suenan en las iglesias, «consiste en equívocos bajos, metáforas triviales, retruécanos pueriles. Y lo peor es que «carecen enteramente de espíritu y mocion, «que es lo principal ó lo único que se debiera «buscar. En esta parte han pecado aun los «buenos poetas .... Creo que esto ha dependido «de que así Solís como otros poetas de habilidad á estas letrillas que se hacen para las «festividades las han mirado como cosa de juguete, siendo así que ninguna otra composicion pide atenderse con tanta seriedad..... «Este no es juego de niños (dice nuestro Mabillon hablando de la poesía): mucho menos «será juego de niños la poesía sagrada. Con «todo la que se canta en nuestras iglesias no «es otra cosa..... Pero aun no he dicho lo peor «que hay en las cantadas á lo divino; y es que «ya que no todas, muchísimas están compuestas al genio burlesco. Con gran discrecion por «cierto, porque las cosas de Dios son cosas de «entremes. ¿Qué concepto darán del inefable «misterio de la Encarnacion mil disparates «puestos en las bocas de Gil y Pascual? Déjolo «aquí, porque me impaciento de considerarlo. «Y á quien no le disonare tan indigno abuso «por sí mismo, no podré yo convencerle con «argumento alguno.»

La Academia ha creido oportuno confirmar con esta prueba la asercion de Moratin, para que no parezcan demasiado duras las espresiones de que este se vale para censurar tal abuso. *Nota de la Academia de la Historia.*

(1) Sucedió á Lope de Rueda Naharro,

pañía, *inventó los teatros* por los años de 1570, que es decir introdujo en ellos decoraciones pintadas y movibles, segun el argumento lo requeria: mudó el sitio de la música, aumentó los trages, hizo varias alteraciones en las figuras de la comedia, puso en movimiento las máquinas, imitó las tempestades, y animó sus fábulas con el aparato estrepitoso de combates y ejércitos.

Ya se infiere de aquí que la dramática española iba apartándose de aquella sencillez que la habia hecho estimable en las mejores composiciones de los autores precedentes. Vanos fueron los esfuerzos del docto anónimo (1) que en el año de 1555 publicó en Amberes una buena traduccion de dos comedias de Plauto. El benemérito humanista Pedro Simon Abril (2) dió á conocer á sus compatriotas en los años de 1570 y 77 el *Pluto* de Aristófanes, la *Medea* de Eurípides y las comedias de Terencio en lengua vulgar: nada de esto sirvió de ejemplo á los que escribian para el teatro. Gerónimo Bermudez (3), en el mismo año de 1577, presentó en su tragedia de *Nise lastimosa* una accion interesante, patética, llena de situaciones verosímiles y afectuosas, espresadas con grave y decoroso estilo. Las tragedias en prosa de Fernan Perez de

---

natural de Toledo..... « Este levantó algun « tanto mas el adorno de las comedias, y « mudó el costal de vestidos en cofres y « baules: sacó la música que antes can- « taba detras de la manta al teatro pú- « blico: quitó las barbas de los farsantes, « que hasta entonces ninguno representaba « sin barba postiza, é hizo que todos re- « presentasen á cureña rasa, si no era los « que habian de representar los viejos ú « otras figuras que pidiesen mudanza de « rostro. Inventó tramoyas, nubes, true- « nos y relámpagos, desafíos y batallas. » Cervantes en el prólogo de sus comedias.

En el *Viaje entretenido* dice Agustin de Rojas:

Despues como los ingenios
Se adelgazaron, empiezan
A dejar aqueste uso:
Reduciendo los poetas
La mal ordenada prosa
En pastoriles endechas,
Hacian farsas de pastores
De seis jornadas compuestas
Sin mas hato que un pellico,
Un laud, una vihuela,
Una barba de zamarro,
Sin mas oro ni mas seda.
Y en efecto poco á poco
Barbas y pellicos dejan,
Y empiezan á introducir
Amores en las comedias,
En las cuales ya habia dama,
Y un padre que á aquesta cela;
Habia galan desdeñado,
Y otro que querido era;
Un viejo que reprendia,
Un bobo que los acecha,
Un vecino que los casa
Y otro que ordena las fiestas.
Ya habia saco de padre,
Habia barba y cabellera,
Un vestido de muger,
Porque entonces no lo eran
Sino niños: despues de esto
Se usaron otras, sin estas,
De moros y de cristianos,
Con ropas y tunicelas.
Estas empezó Berrío,
Luego los demas poetas
Metieron figuras graves,
Como son reyes y reinas.
Fué el autor primero de esto
El noble Juan de la Cueva, etc.

(1) Véanse los números 86 y 87 del catálogo.

(2) Véanse los números 120, 121, 123 hasta el 128 del catálogo.

(3) Véase el número 129 y 130 del catálogo.

Oliva, publicadas ya por Ambrosio de Morales, se leian con estimacion de los doctos, pero ninguno cuidó de imitarlas.

Otros literatos escribieron en la misma época comedias y tragedias latinas con apreciable regularidad : obras de mera erudicion, que no pudieron influir en los adelantamientos del teatro. D. Luis Zapata tradujo y publicó el arte poética de Horacio : Juan Perez de Castro la de Aristóteles. Alonso Lopez, llamado el Pinciano, dió á luz poco despues una difusa y juiciosa poética, en que reunió con buen gusto y eleccion los preceptos de la dramática : todo fué inútil, la depravacion de la escena española era ya inevitable.

El sevillano Juan de Malara (1) fué uno de los que mas contribuyéron á ella escribiendo dramas desarreglados en que aplaudió el público muchas veces la diccion fácil y sonora, con que supo hermosear los estravíos de su brillante imaginacion.

Juan de la Cueva (2), su compatriota, afluente versificador, que cultivando todos los géneros de la poesía para no ser perfecto en ninguno, siguió las huellas de Malara, empezó desde el año de 1579 á dar al público sus comedias y tragedias : oidas primero con general contento en Sevilla, y repetidas despues en todas las ciudades del reino, sirviendo de modelos ó de disculpa á los que con menos talento se propusieron imitarle.

Entonces se vieron ya confundidos los géneros cómico y trágico en los argumentos de la fábula, en los personages, en las pasiones y en el estilo. Se adoptaron todas las combinaciones líricas, épicas y elegíacas, olvidándose de la unidad y conveniencia imitativa que pide la espresion de los afectos y caractéres en el teatro. Empezó á desatenderse como cosa de poca estima la prosa dramática, que en ambos géneros habia llegado tan cerca de la perfeccion, merced al estudio de algunos beneméritos autores. Las comedias eran ya novelas en verso, compuestas de patrañas inverosímiles é inconexas : las tragedias un enredo confuso, que se desataba á fuerza de atrocidades repugnantes y feroces, ó una serie de situaciones faltas de unidad y artificio, copiadas de la historia, sin que el autor pusiera otra cosa de su parte que el diálogo y los versos.

Así halló el teatro Miguel de Cervantes (3), el cual, bien lejos de contribuir á mejorarle, como pudiera haberlo hecho, solo atendió á buscar en él los socorros que necesitaba su habitual pobreza, escribiendo como los demas, y olvidando lo que sabia para acomodarse al gusto del vulgo y merecer su aplauso.

---

(1) Véanse los números 74, 88 y 101 del catálogo.

(2) Véanse en el catálogo desde el número 132 hasta el 139, desde el 142 hasta el 145, y ademas los números 147 y 150.

(3) Véanse en el catálogo los números 155, 157, 158, 159, 160, 164, 165, 166 y 167.

Esta escuela, si tal debe llamarse, siguieron despues Cetina, Virués (1), Guevara, Lupercio de Argensola (2), Artieda (3), Saldaña, Cozar, Fuentes, Ortiz, Berrío, Loyola, Mejía, Vega, Cisneros (4), Morales, y un número infinito de poetas de menor celebridad, que florecieron en Castilla, Andalucía y Valencia.

Hecho ya el teatro necesidad del pueblo, y multiplicándose por todas partes las compañías cómicas, llegaron á establecerse en la corte, ocupando los dos corrales (5) de la Cruz y el Príncipe, construido el primero en el año de 1579, y el segundo en el de 1582.

En ellos empezaron á oirse con admiracion los fáciles versos del jóven Lope de Vega, aquel hombre estraordinario á quien la naturaleza dotó de imaginacion tan fecunda, de tan afluente vena poética, que en ninguna otra edad le ha producido semejante. Nada estimaba el público en los teatros si no era de Lope: los demas poetas vieron que el único medio de adquirir aplausos era imitarle, y por consiguiente abandonaron el estudio de los buenos dramáticos de la antigüedad, las doctrinas de los mejores críticos, y aquellos preceptos mas obvios que dicta

(1) Véanse los números 140, 141, 146, 148 y 149 del catálogo.

(2) Véanse los números 161, 162 y 163 del catálogo.

(3) Véase el número 151 hasta el 154.

(4) Véase el número 122 del catálogo.

(5) Las compañías cómicas se detenian en Madrid y en las demas poblaciones considerables, segun el acogimiento que les hacian y el caudal de piezas que llevaban. Arrendaban para esto algunos patios ó corrales, y en ellos armaban sus tablados y disponian los asientos para el concurso. El nombre de patio y corral llegó á ser sinónimo de teatro. Aun dura en los modernos la denominacion que se dió en lo antiguo á las *tablas, patio, gradas, corredorcillo, aposentos, barandilla, degolladero, cazuela* y *alojeros*. La que hoy es luneta se llamó al principio *bancos*, y la parte alta que hoy es tertulia y palcos terceros se llamó *desvanes*, porque en efecto lo eran.

Luis Quiñones de Benavente dijo en una de sus loas:

Lorenzo. Piedad, ingeniosos bancos.
Cintor. Perdon, nobles aposentos.
Linares. Favor, belicosas gradas.
Bernardo. Quietud, desvanes tremendos.
Pinelo. Atencion, mis barandillas.
Piñero. Carísimos mosqueteros,
Granujas del auditorio,
Defensa, ayuda, silencio.
Lor. Damas en quien dignamente
Cifró su hermosura el cielo,
Ines. Así el abril de los años
Sea en vosotras eterno,
Y que el tiempo que teneis
No se sepa en ningun tiempo,
Margarita. Que piadosas y corteses
Pongais perpetuo silencio
In. A las llaves y á los pitos,
Silva de varios sucesos.

En el año de 1568 se representaba en un corral de la Puerta del Sol, en otro de la calle del Príncipe, propio de Isabel Pacheco, y en otro de la misma calle de un N. Barquillos. Despues hubo comedias en otro de la calle del Lobo, de quien era dueño Cristóval de la Puente. Hubo tambien otro corral llamado de la Valdivieso, en que algunas veces se representó. En el año de 1579 y en el de 1582 establecieron las cofradías de la Pasion y Soledad dos corrales: el primero en la calle de la Cruz, y el segundo en la del Príncipe. Estos mismos son los que transformados ya en teatros conservan todavía el uso, el sitio y el nombre. Pellicer en su tratado sobre el *Origen de la comedia y del histrionismo en España*, tomo I, recogió varias noticias curiosas acerca de los teatros materiales de Madrid.

por sí solo el entendimiento sin necesidad del ejemplo ni de la lectura.

Al acabarse el siglo XVI (1), no cumplidos los cuarenta años de su edad, ya habia dado Lope á los teatros mas de cuatrocientas comedias, improvisadas, ya se entiende, como todas las que hizo despues, como todas las demas obras que salieron de su pluma en prosa y en verso; pero si es admirable la fecundidad de su fantasía, que nunca supo sujetar á los preceptos del arte, no es menos de maravillar que improvisando siempre, muchas veces acertó. Los que prescindiendo de las infinitas bellezas que se hallan esparcidas en sus composiciones dramáticas, gusten solo de acriminar sus defectos, no les faltará materia

(1) El crecido número de las composiciones dramáticas de Lope de Vega no es una tradicion oscura: está apoyada en testimonios irrecusables. Véanse aquí reunidos algunos de ellos.

En el año de 1603 corrian ya impresas trecientas treinta y seis comedias suyas, de las cuales puso una lista en su obra intitulada *El Peregrino*, y allí mismo dijo que sin hacer mencion de los autos y de algunas comedias que no se acordaba, llevaba ya compuestas cuatrocientas sesenta y dos. En el *Arte nuevo de hacer comedias*, publicado en 1609, dijo que tenia escritas cuatrocientas ochenta y tres. Francisco Pacheco en el discurso que imprimió en el mismo año de 1609 sobre el retrato de Lope, afirmó que las comedias de aquel poeta llegaban á quinientas. Cervantes en el prólogo de las suyas, dadas á luz en 1615, dijo que Lope llevaba escritas mas de ochocientas. Dedicando el mismo Lope á su hijo la comedia de *El verdadero amante*, en el año de 1620, le dice que habia compuesto ya novecientas. En el prólogo á la vigésima parte de ellas, impreso en 1627, asegura tener ya escritas mil setenta. En la *Égloga á Claudio*, escrita antes del año de 1632, dice Lope hablando de sus comedias que hasta entonces habia hecho mil quinientas.

Juan Bodino en su epístola latina dirigida á Leon Allacci en el año 1636, muerto ya Lope, le atribuye mil quinientas. Fernando Cardoso en la oracion fúnebre de aquel poeta fija el número de sus comedias en mil quinientas. El P. Mtro. Avalos en su elogio de Lope dice que habia escrito mil setecientas. El licenciado Antonio de Leda en su poema intitulado *El Fénix mantuano*, alabando á Lope, le reconoce por autor de mil ochocientas. El caballero Juan Bautista Marino dijo en el panegírico de Lope que habia compuesto dos mil. D. Juan Antonio de la Peña en la dedicatoria de su égloga elegíaca intitulada *Belardo* dice que Lope escribió mil seiscientas comedias, y en el prólogo que precede á la misma obra dice que fueron sus comedias mil seiscientas, y los autos sacramentales mas de doscientos, que es decir, le atribuye mil ochocientas obras de teatro. El doctor Juan Perez de Montalban, testigo de toda escepcion, en su libro intitulado *Para todos*, dice de Lope que en el año de 1632 llevaba impresos veinte tomos de comedias, y mil quinientas que se habian representado, sin contar los autos. El mismo en la *Fama póstuma* de Lope dice que las comedias que se habian representado de aquel autor llegaban á mil ochocientas, y que pasaban de cuatrocientos los autos sacramentales, en todo dos mil doscientas piezas dramáticas. D. Nicolas Antonio, en vista de tales aserciones dadas por íntimos amigos de Lope, publicadas en el mismo año que murió, no desmentidas por ninguno de los muchos émulos que tuvo, y que el mismo D. Nicolas Antonio pudo verificar por los informes de las que alcanzaron los últimos años de Lope de Vega, y mas que todo por las mismas obras que entonces debian existir, no dudó asegurar en su Biblioteca que aquel poeta habia compuesto mil ochocientas comedias y cuatrocientos autos sacramentales.

abundantísima para la censura; pero si esta la estienden hasta el punto de culpar á Lope como corruptor de la escena española (1), no hallarán las pruebas que se necesitan para apoyar una acusacion tan injusta.

Lope no desterró el buen gusto del teatro que ya estaba enteramente perdido cuando él empezó á escribir. Si algun cargo puede hacérsele, será solo el de no haber intentado corregirle; y en efecto mucho podia esperarse de un talento como el suyo, de su esquisita sensibilidad, de su ardiente imaginacion, de su natural afluencia, su oido armónico, su cultura y propiedad en el idioma, su erudicion y lectura inmensa de autores antiguos y modernos, su conocimiento práctico de caractéres y costumbres nacionales. Si con estas prendas no aspiró á la gloria que adquirieron en Francia algunos años despues Corneille y Moliere, esta es la sola culpa de que se le puede acusar.

El teatro español que, como ya se ha dicho, empezó en el templo, sujetaba á la ficcion escénica los misterios de la religion. En el templo, y despues en las plazas y corrales, se oyó la voz de Dios, la de Cristo, la de su divina Madre, la de los apóstoles y mártires: los ángeles, los diablos, los vicios y las virtudes eran figuras comunes en aquellos

(1) El prólogo que puso D. Blas Nasarre á las comedias de Cervantes contiene escelentes doctrinas acerca del arte dramática; pero aquel literato se dejó llevar muchas veces de sus propias imaginaciones, de un espíritu de patriotismo mal entendido, y de un empeño no disculpable en desacreditar á Lope y Calderon, suponiéndolos corruptores de nuestro teatro, como si le hubieran hallado menos defectuoso, como si alguno de sus contemporáneos hubiera escrito con mayor acierto. Véanse aquí los errores que me han parecido mas notables en el citado prólogo, relativos á nuestra historia literaria y á otras materias de buen gusto y discernimiento crítico.

« Los árabes y moros fueron escelentes « en las representaciones dramáticas. — « Los trovadores provenzales fueron los « primeros que escribieron comedias. — « En las obras poéticas de Alfonso el Sa- « bio, en las de Gonzalo de Berceo y ro- « mances antiguos se conservan testimo- « nios auténticos de nuestras composiciones « teatrales, con muchos siglos de ante- « rioridad á las piadosas farsas de los ita- « lianos y franceses. — Los peregrinos que « iban á Santiago cantaban y representa- « ban al vivo los misterios de la religion « y las historias sagradas, de cuya cos- « tumbre quedaron las relaciones de ciegos « y los autos sacramentales. — Cervantes « compuso sus comedias con la misma « idea que el Quijote, haciéndolas de in- « tento desarregladas y llenas de desatinos « á fin de purgar del mal gusto y mala mo- « ral el teatro. — Cuando Lope empezó á « escribir, eran ya las comedias adultas y « perfectas, y él las volvió á las mantillas. « — Calderon fué el segundo corruptor « del teatro. — Moliere puso en la escena « algunas de las comedias de este autor, « que tuvieron y tienen mucho aplauso y « aprobacion entre los franceses. — Gui- « llen de Castro, Rojas y Solís guardaron « la moderacion que pide el estilo de las « comedias. — Tenemos mayor número de « comedias perfectas y segun arte que los « franceses, italianos é ingleses juntos. — « Tenemos comedias ajustadísimas á la « razon y al arte, que en nada son infe- « riores á las de Moliere, Wicherley, « Maffei y Riccoboni. — D. Esteban Ma- « nuel de Villegas es comparable á los me- « jores poetas griegos. »

Si me preguntasen mi opinion acerca de los artículos precedentes, responderia sin peligro de ser desmentido: todo es falso.

dramas. Esto no lo inventó Lope, ya lo halló establecido en los teatros de su nacion. Si enredó sus fábulas con inverosímil artificio, huyendo el órden natural en que se suceden unos á otros los acaecimientos de la vida, si mezcló en ellas altos y humildes personages, acciones heróicas y plebeyas, si pasó los términos del lugar y el tiempo, si faltó á la historia y á los usos característicos de las naciones; los poetas que le habian precedido le dieron ejemplo. Si puso en el teatro lo que solo cabe en las descripciones de la epopeya, lo que solo se permite á los movimientos líricos, si aduló la ignorancia vulgar pintando como posibles las apariciones, los pactos, los hechizos y todos los delirios que una vana credulidad autoriza; otros antes que él habian hecho lo mismo. Si se atrevió á mezclar entre sus figuras las deidades gentílicas, cuya existencia es tan absurda que destruye toda verosimilitud teatral; nada hizo de nuevo, repitió solamente lo que halló practicado ya, lo que el pueblo habia visto y aplaudido por espacio de muchos años. No corrompió el teatro: se allanó á escribir segun el gusto que dominaba entonces: no trató de enseñar al vulgo, ni de rectificar sus ideas, sino de agradarle para vender con estimacion lo que componia, y aspiró á conciliar por este medio (poco plausible) las lisonjas de su amor propio con los aumentos de su fortuna.

El exámen de sus obras dramáticas y las que escribieron imitándole sus contemporáneos, las innovaciones que introdujo Calderon dando á la fábula mayor artificio, los defectos, las bellezas de nuestro teatro y su influencia en los demas de Europa durante todo el siglo XVII, su decadencia en el siguiente, los esfuerzos que se hicieron para su reforma, el estado en que hoy se halla y los medios de mejorarle darán materia á quien con mayores luces y menos próximo al sepulcro se proponga continuar ilustrando esta parte de nuestra literatura, que tanto puede influir en los progresos del entendimiento, y en la correccion y decoro de las costumbres privadas y públicas.

CATÁLOGO

HISTÓRICO Y CRÍTICO DE PIEZAS DRAMÁTICAS

ANTERIORES Á LOPE DE VEGA.

AÑO DE 1356.

1. Anónimo. *Danza general en que entran todos los estados de gentes.* Esta obra existe en la biblioteca del Escorial manuscrita de letra antigua en un tomo en cuarto. Se creyó que el autor de ella fuese Rabí D. Santo, judío, que floreció en tiempo del rey D. Pedro de Castilla; pero examinado el códice con mayor atencion, se ha visto que no es composicion del citado Rabí. El que escribió la *Danza general* es absolutamente desconocido, y solo puede inferirse que vivió á mediados del siglo XIV.

Su obra es una pieza dramática escrita en coplas de arte mayor. No es fácil decidir si los versos se cantaban ó se representaban; pero no cabe duda en que á lo menos alternarían con ellos las mudanzas del baile ejecutádas al son de la música. La Muerte, que es uno de los personages, dice:

Yo sé la Muerte cierta á todas criaturas
Que son y serán en el mundo durante;
Demando, é digo: Oh! home, por qué curas
De vida tan breve en punto pasante?
Pues no hay tan fuerte nin recio gigante
Que deste mi arco se pueda amparar,
Conviene que mueras, quando lo tirar
Con esta mi frecha cruel traspasante.

Siguense á esta otras octavas, y luego se introduce á un predicador que intima á todos la necesidad de morir, aconsejando la práctica de las buenas obras á fin de disponerse para entrar en una danza que tiene prevenida la Muerte, y dice esta:

A la danza mortal venit los nacidos
Que en el mundo sois de cualquier estado;
El que non quisiere, á fuerza é amidos
Facerle he venir muy toste parado.
Pues que ya el frayre vos ha predicado
Que todos ayades á facer penitencia;
El que non quisiere poner diligencia,
Non puede ya ser ya mas esperado.

Llama á su danza á dos doncellas, y dice:

A esta mi danza trax de presente
Estas dos doncellas que vedes, fermosas;
Ellas vinieron de muy mala mente
A oir mis canciones, que son dolorosas.
Mas non les valdrán flores ni rosas
Nin las composturas que poner solian:
De mí si pudiesen partirse querrian;
Mas non puede ser, que son mis esposas.

Véanse el 1° y 4° tomo de la coleccion de poesías castellanas anteriores al siglo XV, por D. Tomas Sanchez.

1414.

2. D. Enrique de Aragon, marques de Villena. *Comedia alegórica,* representada al rey D. Fernando de Aragon.

D. Enrique de Aragon, marques de Villena, nieto de Enrique II, rey de Castilla, y biznieto del infante D. Pedro de Aragon, floreció en el reinado de D. Juan el II de Castilla. Fué hombre de mucho ingenio, muy estudioso é instruido tanto en letras humanas como en las ciencias físicas y matemáticas, que le adquirieron entre el vulgo la opinion de mágico. Murió en el año de 1434. Dejó sus libros al rey, y con ellos se llenaron dos carretas. Fray Lope de Barrientos, comisionado por el rey para examinarlas, « fizo quemar mas de cien libros « (como refiere Fernan Gomez de Cibdareal) « que no los vió él mas que el rey de Mar- « roecos ni mas los entiende que el dean de

« Cidarodrigo; ca son muchos los que en « este tiempo se fan dotos, faciendo á otros « insipientes é magos; é peor es que se « facen beatos, faciendo á otros nigro- « mantes. »

Escribió el marques varias poesias, canciones y diálogos que se representaron, un poema de los *trabajos de Hércules*, una *traduccion de la Eneida*, otra *de la Divina Comedia de Dante*, y otra del tratado *de Oratore* de Ciceron. Compuso un libro de la *Gaya sciencia*, otro del *Arte cisoria*, y varios opúsculos. Vivió muy estimado así en la corte de Castilla como en la de Aragon, y para esta escribió la comedia alegórica que va mencionada. Hacian papel en ella la *Justicia*, la *Verdad*, la *Paz* y la *Misericordia*. Nasarre en el *Prólogo á las comedias de Cervantes*, y Velazquez en los *Orígenes de la poesía castellana*, hacen memoria de esta comedia, refiriéndose á Gonzalo García de Santa María en la crónica que escribió del citado rey D. Fernando I de Aragon.

1469.

3. Anónimo. Comedia representada en casa del conde de Ureña para obsequiar al infante D. Fernando de Aragon con motivo de su desposorio con la infanta Doña Isabel, hermana del rey Enrique IV de Castilla. Se ignora si esta comedia existe. Nasarre da noticia de ella, atribuyéndola á Juan de la Encina; pero en el año de 1469 en que se casaron los reyes Católicos, Juan de la Encina lloraba en la cuna.

1470.

4. Rodrigo de Cota. Diálogo. — *Comienza una obra de Rodrigo de Cota á manera de diálogo entre el Amor y un viejo, que escarmentado de él, muy retraido se figura en una huerta seca y destraida, do la casa del Placer derribada se muestra, cerrada la puerta, en una pobrecilla choza metido, al cual súbitamente paresce el Amor con sus ministros: y aquel humildemente procediendo, y el viejo en áspera manera replicando, van discurriendo por su fabla, fasta que el viejo del Amor fué vencido: y comenzó á hablar el viejo de la manera siguiente.* Así se anuncia esta obra en el *Cancionero general* de Hernando del Castillo, impreso en Valencia por Cristóval Hoffman, natural de Basilea, año de 1511.

Este diálogo es una representacion dramática con accion, nudo y desenlace: entre dos interlocutores no es posible exigir mayor movimiento teatral. Supone decoracion escénica, máquina, trages y aparato: el estilo es conveniente, fácil y elegante: los versos tienen fluidez y armonía.

Poca noticia nos ha quedado del autor: se sabe solamente que existieron en el siglo XV dos parientes, vecinos de Toledo, con el nombre de Rodrigo de Cota, y que al mas antiguo de ellos llamaron el Tio.

A este se le atribuyen las *coplas de Mingo Revulgo*, y no con bastante seguridad el primer acto de la *Celestina*. Francisco del Canto, que reimprimió en Medina del Campo en el año de 1569 el *Diálogo del Amor y un viejo*, le anunció de este modo: *Diálogo hecho por el famoso autor Rodrigo de Cota, el Tio, natural de Toledo, el cual compuso la égloga de Mingo Revulgo*, etc. Si esta indicacion es segura, puede decirse que Rodrigo de Cota, el Tio, floreció durante los reinados de Juan el II y de Enrique IV. Las coplas de Revulgo son una sátira de los desórdenes ocurridos en tiempo de este último rey. Los que han creido que aludia á los de su antecesor, no han leido detenidamente las citadas coplas, en las cuales se pinta muy al vivo el carácter de D. Enrique, sus inclinaciones, sus vicios, su retraimiento, su absoluto abandono y su escandalosa pasion á la portuguesa doña Guiomar de Castro, dama de la reina.

1492.

5. Juan de la Encina. — *Égloga representada en la noche de la Navidad de nuestro Salvador, á donde se introducen dos pastores, uno llamado Juan, é otro Mateo: é aquel que Juan se llamaba entró primero en la sala á donde el duque é duquesa estaban, é en nombre de Juan del Encina llegó á presentar cient coplas de aquesta fiesta á la señora duquesa; é el otro pastor llamado Mateo entró despues de esto, é en nombre de los detractores é maldicientes comenzóse á razonar con él, é Juan estando muy alegre é ufano, porque sus señorías le habian ya*

recebido por suyo, venció la malicia del otro. A donde prometió que venido el mayo sacaria la compilacion de todas sus obras, porque se las usurpaban é corrompian, é porque no pensasen que toda su obra era pastoril, segun algunos decian, mas antes conosciesen que á mas se estendia su saber. Diálogo en verso sin artificio dramático.

1492.

6. *Égloga representada en la misma noche de Navidad, á donde se introducen los mesmos pastores de arriba: é estando estos en la sala á donde los maitines se decian, entraron otros dos pastores, que Lúcas é Marco se llamaban, é todos cuatro en nombre de los cuatro evangelistas de la Natividad de Cristo se comenzaron á razonar.* Consiste en un diálogo en verso sin accion, y concluye con un villancico cantado. Se infiere por esta pieza que en alguna sala de casa del duque de Alba se disponia un nacimiento (como es todavía costumbre en España), se rezaban delante de él los maitines con asistencia de los duques y de su familia, y acabado este acto religioso seguian las diversiones de representacion y de música.

1494.

7. *Representacion á la muy benditapasion y muerte de nuestro precioso Redentor, á donde se introducen dos ermitaños, el uno viejo y el otro mozo, razonándose como entre padre é hijo camino del santo sepulcro, é estando ya delante del monumento, allegóse á razonar con ellos una muger llamada Verónica, á quien Cristo cuando le llevaban á crucificar dejó impresa la figura de su rostro en un paño que ella le dió para se alimpiar del sudor y sangre. Va eso mesmo introducido un ángel, que vino á contemplar en el monumento é les trajo consuelo é esperanza de la santa resurreccion.* Diálogo sencillísimo en verso, con buen lenguaje y estilo. Se infiere de su contenido que se representó en casa de los duques delante del monumento que se pondria el jueves santo en el oratorio.

1494.

8. *Representacion á la santísima resurreccion de Cristo, á donde se introducen Josef é la Madalena é los discípulos que iban al castillo de Emaus: é primero Josef comienza contemplando el sepulcro... é en fin vino un ángel á ellos por les avrescentar el alegría é fe de la resurreccion.* Concluye este diálogo en verso con un villancico. Es creible que se representase tambien en el oratorio de los duques.

1495.

9. *Égloga representada en la noche postrera de carnal (que dicen de antruejo ó carnestollendas) á donde se introducen cuatro pastores llamados Beneyto, é Bras, Pedruelo, é Llorente. É primero Beneyto entró en la sala á donde el duque é duquesa estaban é comienzó mucho á dolerse é acuitarse porque se sonaba que el duque su señor se habia de partir á la guerra de Francia: é luego tras él entró el que llamaban Bras preguntándole la causa de su dolor, é despues llamaron á Pedruelo, el cual les dió nuevas de paz, é en fin vino Llorente que les ayudó á cantar.* Esta égloga escrita en verso puede considerarse como un pequeño drama con nudo y solucion, en el cual oportunamente introdujo el autor los elogios del duque de Alba. La espresion de caractéres y afectos son convenientes á los personages de la fábula.

1495.

10. *Égloga representada la mesma noche de antruejo ó carnestollendas, á donde se introducen los mesmos pastores de arriba llamados Beneyto, é Bras, é Llorente, é Pedruelo. É primero Beneyto entró en la sala, á donde el duque é duquesa estaban, é tendido en el suelo de gran reposo comenzó á cenar, é luego Bras que ya habia cenado entró diciendo:* carnes fuera; *mas importunado de Beneyto tornó otra vez á cenar con él, é estando cenando é razonándose sobre la venida de cuaresma, entraron Llorente é Pedruelo, é todos cuatro juntamente comiendo y cantando con mucho placer dieron fin á su festejar.* Diálogo en verso desnudo de accion, que se acaba con un villancico.

1495.

11. *Égloga representada en recuesta de unos amores, á donde se introduce una pastorcilla llamada Pascuala, que yendo cantando con su ganado entró en la sala á donde el duque é duquesa estaban, é luego despues de ella entró un pastor llamado Mingo, é comenzó á requerilla. É estando en su recuesta llegó un escudero que tambien fué preso de sus amores. Recuestando é altercando el uno con el otro se la sonsacó, é se tornó pastor por ella.* En esta égloga escrita en verso se advierte un poco de artificio dramático: el lenguaje y estilo son acomodados á los caractéres que en ella se introducen. El de Mingo le representó Juan de la Encina, como se infiere por el contesto de la pieza siguiente.

1496.

12. *Égloga representada por las mesmas personas que en la de arriba van introducidas, que son un pastor llamado Gil, é Pascuala é Mingo, é su esposa Menga, que de nuevo agora aquí se introducen. É primero Gil entró en la sala á donde el duque é duquesa estaban, é Mingo, que iba con él, quedóse á la puerta espantado que no osó entrar, é despues importunado de Gil entró, é en nombre de Juan de la Encina llegó á presentar al duque é duquesa sus señores la compilacion de sus obras, é allí prometió no trovar mas, salvo lo que sus señorías le mandasen, é despues llamaron á Pascuala é á Menga, é cantaron é bailaron con ellas. É otra vez tornándose á razonar allí, dejó Gil el hábito de pastor que habia traido un año, é tornóse del palacio, é con él juntamente la su Pascuala, é en fin Mingo é su esposa Menga viéndolos mudados del palacio crecióles envidia, é aunque recibieron pena de dejar los hábitos pastoriles, tambien ellos quisieron tornarse del palacio, y probar la vida dél. Así que todos cuatro juntos muy ataviados dieron fin á la representacion cantando el villancico del cabo.* La composicion de este diálogo en verso no tiene mérito particular; pero la espresion de los caractéres, el estilo, la versificacion y el siguiente villancico merecen elogio.

Al Amor obedezcamos
Con muy presta voluntad;
Pues es de necesidad,
De fuerza virtud hagamos:
Al Amor no resistamos,
Nadie cierre á su llamar,
Que no le ha de aprovechar.
Amor amansa al mas fuerte,
É al mas flaco fortalece;
Al que menos le obedece
Mas le aqueja con su muerte;
A su buena ó mala suerte
Ninguno debe apuntar,
Que no le ha de aprovechar.
Amor muda los estados,
Las vidas y condiciones,
Conforma los corazones
De los bien enamorados:
Resistir á sus cuidados
Nadie debe procurar,
Que no le ha de aprovechar.
Aquel fuerte del Amor,
Que se pinta niño y ciego,
Hace al pastor palaciego,
Y al palaciego pastor:
Contra su pena é dolor
Ninguno debe lidiar,
Que no le ha de aprovechar.
El que es Amor verdadero
Despierta al enamorado,
Hace al medroso esforzado,
É muy polido al grosero:
Quien es de Amor prisionero
No salga de su mandar,
Que no le ha de aprovechar.
El Amor con su poder
Tiene tal jurisdicion,
Que cativa el corazon
Sin poderse defender:
Nadie se debe asconder
Si Amor viniere á llamar,
Que no le ha de aprovechar.

1496.

13. *Aucto del Repelon, en el cual se introducen dos pastores, Piernicurto é Johán Paramas, los cuales estando vendiendo su mercadería en la plaza, llegaron ciertos estudiantes que los repelaron, faciéndoles otras burlas peores. Los aldeanos, partidos el uno del otro por escaparse de ellos, el Johan Paramas fuése á casa de un caballero: en entrando en la sala, fallándose fuera del peligro, comenzó á contar lo que le acaeció. Sobreviene Piernicurto en la rezaga, que le dice como todo el hato se ha perdido, é entró un estudiante estando ellos*

fablando á refacer la chaza, al cual, como le vieron solo, echaron de la sala. Sobrevienen otros dos pastores, é levanta Johan Paramas un villancico. No se alcanza por qué Juan de la Encina llamó auto á esta pieza, y no égloga ó representacion, como hizo con las otras. La presente es un diálogo en verso sin accion, en que hizo hablar á los interlocutores un lenguaje estremadamente grosero y rústico, como puede verse en los siguientes versos.

Estudiante. Pues que ya te lo he jurado,
Ven acá, dimelo tú.
Johan. ¿Quieres saber lo que hú?
Engañónos, mal pecado,
Que stavamos nel mercado
Ña aquella praza denantes;
Un rebaño de studiantes
Nos hizón un mal recado.
Aqueste, yo os dó la fe
Que bonico lo paroren.
Piernicurto. ¿Y à mí ño me repeloren?
Joh. Así, hizón te, ño sé qué.
Pier. No, que yo bien me guardé.
Joh. Bien que el rabo lo pagó.
¿Cuidas que ño lo sé yo?
Pier. Cocorron que te daré.

1496.

14. *Representacion por Juan del Encina ante el muy esclarecido é muy ilustre príncipe D. Juan nuestro soberano señor. Introdúcense dos pastores, Bras é Juanillo, é con ellos un escudero que á las voces de otro pastor, Pelayo llamado, sobrevinieron; el cual de las doradas frechas del Amor mal herido se quejaba, al cual andando por dehesa vedada con sus frechas é arco de su gran poder ufanándose el sobredicho pastor habia querido prender.* No carece de mérito en esta pieza el soliloquio del Amor, en que describe la estension de su poderío. Está escrita en verso.

1497.

15. *Égloga trovada por Juan del Encina, en la cual se introducen tres pastores, Fileno, Zambardo é Cardonio, donde se recuentra como este Fileno preso de amores de una muger llamada Zéfira, de cuyos amores viéndose muy desfavorecido, cuenta sus penas á Zambardo y Cardonio, el cual no fallando en ellos remedio, por sus propias manos se mata.* El autor de *El Diálogo de las lenguas* cita con elogio una comedia intitulada: *Fileno y Zombardo;* pero no es de creer que aludiese á la presente composicion, á la cual su autor llamó égloga, y no comedia. Fileno, despues de quejarse largamente de la ingratitud de su pastora, concluye quitándose la vida: sobrevienen dos amigos suyos, cargan con el cuerpo y se le llevan á enterrar: no hay mas fábula que esta. Escribió su obra Juan de la Encina en coplas de arte mayor, á diferencia de todas las otras. La pureza del lenguaje, el estilo y los versos tienen mérito. Véase este pasage en que declama Fileno contra los vicios de las mugeres:

Desde el comienzo de su creacion
Torció la muger del vero camino:
Que menospreciando el mando divino,
A sí y á nosotros causó perdicion:
De aquella en las otras pasó succesion,
Soberbia, codicia é desobediencia,
Y el vicio do halla mayor resistencia
Aquel mas seguir su loca opinion.
Discretas son todas á su parescer:
Si yerran ó no sus obras lo digan:
¿Dime si viste en cosa que sigan
Mudanzas é antojos jamas fallescer?
Si aborresciendo nos muestran querer,
É si penando nos muestran folganza,
Yo é los que en ellas han puesto esperanza
Te pueden de aquesto bien cierto hacer.
El tiempo no sufre que en esto me estienda,
El cual faltaria, mas no que decir:
Sus artes cubiertas, su claro mentir,
Huirse debia, mas no lleva enmienda;
Y aunque de todas aquesto se entienda,
Sola Zefira á todas escede,
Cuya crueza ño sé, ni se puede
Pensar, ni ella misma creo la comprenda.
¿En cuál corazon de muy cruda fiera
Pudiera caber tan gran crueldad,
Que siendo señora de mi libertad
Por otra no suya trocarla quisiera?
Oh! condicion mudable ligera:
Oh! triste Fileno, en qué eres venido,
Que ni aprovecha llamarte vencido,
Ni para vencer remedio se espera.
La sierpe y el tigre, el oso y leon,
A quien la natura produjo feroces,
Por uso de tiempo conocen las voces
De quien los gobierna y humildes le son;
Mas esta, do nunca moró compasion,
Aunque la sigo despues que soy hombre,
Y soy hecho ronco llamando su nombre,
Ni me oye ni muestra sentir compasion.

1498.

16. *Égloga trovada por Juan del Encina representada la noche de Navidad, en la cual á cuatro pastores, Miguellejo, Juan, Rodrigacho é Anton llamados, que sobre los infortunios de las grandes lluvias é la muerte de un sacristan se razonaban, un ángel aparesce, é el nascimiento del Salvador les anunciando, ellos con diversos dones á su visitacion se aparejan.* Es un diálogo en estilo rústico, que se acaba con la inoportuna aparicion de un ángel. Cuéntales á los pastores el nacimiento del hijo de Dios, y ellos se encaminan á Belen para adorarle; pero como los tales pastores no son los del Evangelio, sino unos cabreros cristianos y españoles que hablan de los aguaceros y avenidas del año de 1498, resulta demasiado absurdo el anuncio del ángel y el desatinado viaje que emprenden.

1513.

17. D. Pedro Manuel de Urrea. *Égloga de la tragicomedia de Calixto y Melibea, de prosa trovada en metro, por D. Pedro Manuel Urrea*, dedicada á su madre la condesa de Aranda. Está inserta esta pieza entre las varias poesías de que se compone el *Cancionero* del mismo autor impreso en Logroño *á costa y expensas de Arnao Guillen Brocar, maestro de la emprenta en dicha ciudad : le acabó en nombre de la santísima Trinidat á siete dias del mes de julio de* 1513, en folio.

El autor dice en el argumento : *Esta égloga ha de ser hecha en dos veces. Primeramente entra Melibea y despues Calixto, y pasan allí las razones que aquí parescen, y al cabo despide Melibea á Calixto con enojo, y sálese él primero, y despues luego se va Melibea. Y torna presto Calixto muy desesperado á buscar á Sempronio su criado, y los dos quedan hablando hasta que Sempronio va á buscar á Celestina para dar remedio á su amo Calixto. Está trovado esto hasta que queda solo Calixto, y allí acaba, y por no quedar mal, vanse cantando el villancico que va al cabo.* Por esta advertencia preliminar se ve que Urrea no aspiró al mérito de la invencion : puso en versos cortos la prosa que halló en el primer acto de la *Celestina*, y advirtiendo que no le resultaba una fábula entera, añadió un villancico *por no quedar mal.*

1514.

18. Juan de la Encina. *Farsa de Plácida é Vitoriano.* Esta obra, de la cual solo queda la noticia, se imprimió en Roma en el año de 1514. El citado autor de *El Diálogo de las lenguas* habla de ella con elogio, prefiriéndola á todas las demas del mismo poeta. La inquisicion la prohibió en el año de 1559.

Juan de la Encina nació en Salamanca (ó en algun pueblo inmediato á ella) en el año de 1468. Estudió en aquella universidad, protegido del maestrescuela D. Gutierre de Toledo, hermano de D. García de Toledo, conde de Alba. Siguió despues la corte, y á los veinticinco años de su edad se hallaba colocado en la casa y familia de D. Fadrique de Toledo, primer duque de Alba, y de su esposa doña Isabel Pimentel. Publicó la coleccion de sus obras con el título de *Cancionero*, que dividió en cuatro partes, dedicándola á los reyes Católicos, al duque y duquesa de Alba, al príncipe D. Juan, y á D. García de Toledo, primogénito de los duques, el que murió en la funesta jornada de los Gelves. En la cuarta parte de esta coleccion incluyó sus obras dramáticas. El duque y duquesa de Alba, D. Fadrique Enriquez, almirante de Castilla, D. Iñigo Lopez de Mendoza, duque del Infantado, el príncipe D. Juan, y los mas ilustres caballeros y damas de aquella corte asistieron á estos privados espectáculos, en que Juan de la Encina se distinguió como poeta y gracioso cómico. Ignórase con qué motivo ni en qué tiempo pasó á Roma : solo se sabe que permaneció algunos años en aquella capital, cultivando las letras y la música, en la cual llegó á ser eminente profesor. Ordenado de sacerdote, en el año de 1519 hizo un viaje á Jerusalen en compañía de D. Fadrique Enriquez de Ribera, marques de Tarifa : volvió á Roma en el mismo año, y en el de 1521 publicó en aquella ciudad un poema que intituló *Tribagia*, refiriendo en él menudamente su devota peregrinacion. Leon X le dió la plaza de maestro de la capilla pontificia, y el mismo (ó alguno de

sus inmediatos sucesores) premió sus méritos con el priorato de Leon. Restituido á España murió en Salamanca, cumplidos 65 años de su edad, en el de 1534, y fué sepultado en aquella iglesia mayor.

La coleccion de sus obras (mas ó menos completa) se imprimió en Salamanca en los años de 1496 y 1509, y en Zaragoza en los de 1512 y 1516.

1514.

19. Anónimo. *Égloga.* Personas: *Torino.* — *Guillardo.*—*Quirul.*—*Benita.*—*Illana.* En la novela histórica intitulada *Cuestion de Amor*, en la cual bajo nombres fingidos introdujo su ingenioso autor á los mas distinguidos caballeros y damas de la ciudad de Nápoles, supone que la presente égloga fué representada delante de aquella reunion ilustre. Como en la citada novela se habla de lo ocurrido en Italia desde el año de 1508 hasta el de 1512, he creido poder fijar la composicion de ella hácia el año de 1514, y todo su contesto anuncia haberse escrito y publicado en Nápoles. La edicion que he tenido presente es la que hizo Martin Nucio en Amberes, en el año de 1598.

Sus prendas de lenguaje, estilo y versificacion hacen muy estimable la mencionada égloga, que puede considerarse como una de las mejores piezas representables de aquel tiempo.

1515.

20. Francisco de Villalobos. *Comedia de Plauto llamada Anfitrion.* En esta traduccion se omite el prólogo del autor latino, se acorta el monólogo de Mercurio en el acto primero en cuanto es relativo á informar á los espectadores de lo que sucederá en el progreso de la fábula: tambien se suprime el monólogo de Júpiter en el acto tercero. La traduccion está muy bien hecha, á escepcion de uno ú otro pasage mal entendido por el traductor. Los demas defectos que en ella se advierten deben atribuirse menos á él que á las malas ediciones que pudo tener á la vista. Todas las que se habian publicado hasta el tiempo en que Villalobos hizo esta version, estaban llenas de faltas y errores, ya fuesen sacadas de los originales de la biblioteca de Florencia, ó de la Palatina, porque unos y otros (y en especial los primeros) eran en estremo defectuosos. Hasta el siglo XVII no se conoció el testo genuino de Plauto, y por consiguiente merece mucha indulgencia el que se atrevió á traducirle á principios del siglo anterior.

Por los siguientes pasages puede formarse idea del buen lenguaje y cultura de estilo de esta traduccion: el que guste de cotejarla con el original hallará que en punto á la fidelidad no es menos estimable.

ALCUMENA.—ANFITRION.—SOSIA.

Alcumena. Harto poca cosa es el placer que se pasa en esta vida y en todas sus edades para con las tristezas y molestias de ella: así se compra bien lo uno por lo otro en la edad de los hombres. Así ha placido á los dioses que siempre tras el deleite se siga la compañía del dolor; que si algun bien se alcanza, sea mayor el daño y el mal que de allí redunda. Esto tengo yo agora por esperiencia en mi casa, y por mí misma lo sé: que se me dió un rato de deleite cuando pude alcanzar de ver á mi marido por espacio de una noche, y este se me partió luego antes que amaneciese. Paresce que quedo sola sin alguna compañía en apartarse de aquí aquel á quien yo amo sobre todos. Mas pasion me queda de la ida de mi marido, que placer me dió su venida; mas esto me hace bienaventurada, que á lo menos venció por batalla á los enemigos, y en volver él á su casa con mucha honra me da consolacion. Sea de mí absente con tal que alcanzada la gloriosa alabanza se retraya á su casa. Yo sufriré mucho el absencia suya con fuerte y firme ánimo, pues que tal galardon se me da, que vuelva mi marido vencedor de la batalla: esto habré yo por gran bien, porque la virtud es muy buen premio de los trabajos. La virtud en verdad á todas las cosas precede. La libertad, la salud, la vida, la hacienda, los padres, la patria y los hijos con la virtud se defienden y se guardan; la virtud contiene en sí todas las cosas; todos los bienes están en quien está la virtud.....

Anfitrion. Anfitrion muy alegre saluda á su deseada muger, á la cual sola estima por la mejor de todas cuantas hay en Tebas, cuya bondad es famosa entre todos los ciudadanos. ¿Has estado buena, has deseado mi venida?

Sosia. Nunca vi cosa mas deseada. Ninguno le saluda mas que á un perro.

Anf. Y como te veo preñada, y como te veo embarnecida, alégrome.

Alc. Ruégote por Dios que me digas ¿por qué me saludas para burlar de mí, y me hablas tan amorosamente como si de poco acá no me hubieses visto, como si agora fuese la primera vez que llegas á tu casa viniendo de la guerra?

Así me hablas, como si de mucho tiempo acá no me vieras.

Anf. Antes te certifico que yo no te haya visto en alguna parte, si agora no, despues que mé partí á la guerra.

Alc. ¿Porqué lo niegas?

Anf. Porque deprendí á decir verdades.

Alc. No hace cosa justa el que desaprende lo que aprendió. ¿Probaisme quizá por ver lo que tengo en el corazon? Mas dime, ¿por qué os volvisteis tan presto? ¿Hobo algun agüero que te hiciese tardar, ó detenerte alguna tempestad que no te fueses á tus huestes como poco ha me dijiste?

Anf. ¿Poco ha? ¿Qué? ¿Tan poco?

Alc. Tiéntasme; poquito ha, muy poquito, agora.

Anf. ¿Cómo puede ser esto que dices, poquito ha, y agora?

Alc. ¿Qué piensas que tengo de hacer sino burlar de tí, pues que burlas de mí? Que dices que llegaste agora de nuevo, y aun agora partiste de aquí:

Anf. Esta muger desvariando está.

El doctor Francisco de Villalobos, médico de Fernando el Católico y de Cárlos V, ademas de algunos comentarios latinos que escribió sobre la historia natural de Plinio, y otros tratados y epístolas eruditas, compuso en castellano sus problemas, discursos y diálogos familiares sobre puntos de física, medicina, política y moral con puro lenguaje y estilo fácil, gracioso y correcto. La comedia de *Anfitrion*, ilustrada con anotaciones, se imprimió en Zaragoza en el año de 1515, en Zamora en el de 1543, y en Sevilla, juntamente con las demas obras castellanas del mismo autor, en el de 1574. Murió de edad muy avanzada, reinando ya Felipe II, pero se ignora el año de su muerte.

1517.

21. Bartolomé de Torres Naharro. *Comedia Serafina.* Preceden á esta comedia (como á todas las demas del mismo autor) el *intróito* y el *argumento*. El intróito es generalmente una relacion en verso, escrita en lenguaje y estilo rústico acomodado al personage grosero que la representa. En ella pide silencio y atencion á los oyentes: refiere sus buenas cualidades, sus amores y sus zelos, y algunos lances que ha tenido con las mozas de su pueblo, en todo lo cual hay espresiónes y pinturas poco decentes. Acabado el intróito sigue el argumento, en el cual se da razon de la fábula que va á representarse. La *Comedia Serafina* (como todas las obras de Naharro) está escrita en verso y dividida en cinco jornadas.

Floristan habia vivido mucho tiempo con Serafina bajo palabra de casamiento: disgustado de ella y cediendo á la voluntad de sus padres se casa con Orfea, muger honesta y virtuosa. Serafina lo sabe, le acusa de inconstante y pérfido, y él reconociendo su primera obligacion resuelve matar á Orfea para quedar libre y poderse casar con Serafina. Consulta esta idea con un fraile ermitaño llamado Teodoro, el cual le responde que haga lo que guste, y que él se lava las manos como Pilatos. Orfea, al saber de boca del mismo Floristan que le va á quitar la vida, llora sus culpas, perdona á su ofensor y pide á Dios misericordia. El fraile sin cuidar de otra cosa trata solo de confesarla para que muera cristianamente, y á este efecto se la lleva á su casa. Consultan de nuevo Floristan y el fraile, y este le sugiere el arbitrio de casar á Orfea con Policiano, hermano de Floristan, que acaba de llegar despues de una larga ausencia, para lo cual no hallan inconveniente, asegurando Floristan que no ha consumado el matrimonio con Orfea. Llega pues Policiano, y felizmente se descubre que era amante de Orfea, con lo cual todo se facilita y quedan ajustados á placer ambos casamientos.

El carácter de Serafina está bien sostenido. Orfea interesa en la tercera jornada, cuando se lamenta como una muger inocente, enamorada é infeliz. El carácter de Floristan es abominable, supersticioso, cruel, disoluto, inconsecuente, y ademas hablador insulso y empalagoso pedante. Resuelve matar á Orfea, porque dice que ella ó él deben morir precisamente: que si él se mata, como Serafina y Orfea le quieren tanto, se morirán de pesadumbre, y para evitar tres muertes determina asesinar á su inocente esposa. En medio de esta barbarie se encomienda á Dios como pudiera el hombre mas penitente, diciendo:

Mas, Señor, por tu pasion
Redime mi alma triste,
Tú que tambien redimiste
Captivitatem Sion.
Que si en juicio perfecto
Con tu siervo entras de grado,

No será justificado
Ningun hombre en tu conspecto.
Del mi pecado secreto
Múndame, Rey Nazareno, etc.

El fraile es un ente ridículo, siempre hablando en latin macarrónico, siempre echando sentencias, estropeando la Escritura, y corriendo de una á otra parte muy diligente sin hacer nada. Un leguillo que le acompaña habla tambien en latin, hace gestos á Dorosia, criada de Serafina, y le ofrece regalos.

El latin que gasta, todo es parecido á este:

Maneo solus in boscorum,
Sicut mulus sine albarda;
Mortis mea non se tarda
Propter meus peccatorum.

La variedad de idiomas que hay en esta comedia produce la mas estravagante confusion que puede imaginarse. Serafina y Dorosia hablan en valenciano, el fraile y su lego les responden en latin, Orfea y Bruneta su criada se quejan en italiano, y Floristan las consuela en castellano.

1517.

22. *Comedia Trofea. Intróito y argumento.* La Fama celebra las glorias del rey D. Manuel de Portugal, y asegura que oscureceria el nombre de Ptolomeo, pues ha ganado mas tierras que el geógrafo describió. Sale Ptolomeo con licencia que dice haberle dado Pluton, y se queja de lo que ha dicho la Fama en mengua suya. Ella le hace una larga relacion de las provincias y ciudades conquistadas en Africa y en Asia por D. Manuel, y le convida á que vea como se le postran los reyes vencidos. Cascolucio y Juan Tomillo barren el salon donde está la silla del rey: uno de los dos se sienta en ella, é imita al cura de su lugar cuando anuncia las fiestas el domingo: se entretienen despues en echarse maldiciones el uno al otro: un page los pone en paz y les manda apresurar el barrido: hácenlo así, y entre tanto cantan coplillas y cuentan cuentos. Salen veinte reyes orientales á prestar obediencia á D. Manuel, que los recibe sentado en su trono: y aunque ni él ni ellos hablan una palabra, el intérprete suple por todos con un largo razonamiento en que va nombrando á los reyes que están presentes de Gelof, Caui, Narsinga, Mandinga, Monicongo, etc., y dice por último que todos desean bautizarse, y ser gobernados por leyes que esperan recibir del rey de Portugal, su dueño y natural señor. Este se levanta luego que el intérprete ha concluido, y se va sin responder. Vuelve despues el rey á ocupar el trono, y recibe á Cascolucio, Gil Bragado, Juan Tomillo, y Mingo Oveja, que despues de haber echado pajitas para saber quien ha de hablarle primero, le presentan una zorra, un gallo, un cordero y un águila, esplicándole la alusion política y moral de aquellos presentes. El rey, como lo tiene de costumbre, no les responde nada, y se va. Apolo entrega á la Fama unos versos que ha compuesto en elogio del rey, y le manda que dilate su nombre por toda la tierra, y alabe á la reina y al príncipe. La Fama esparce varios papeles (sin duda al auditorio). Mingo Oveja le pide uno para él, ella no quiere dársele y altercan sobre esto. Mingo se ofrece á publicar por el mundo las glorias del rey D. Manuel como la Fama le preste las alas para el viaje. Ella se lo concede; y luego que Mingo las tiene puestas, queriendo volar cae por el suelo y se rompe la cabeza: vuelve sus alas á la Fama llamándola *hechicera y puta*; y ella á fin de consolarle le da un villancico, que cantan despues entre todos para concluir el drama. Esta comedia es un diálogo insípido, dilatado con episodios impertinentes, inconsecuencias y chocarrerías.

1517.

23. *Comedia Soldadesca. Intróito y argumento.* La escena es en Roma. Guzman se queja de su mala fortuna: hállale un capitan conocido suyo, le dice que tiene encargo de reclutar quinientos peones para el ejército del papa, y le ofrece el grado de sota capitan. Viene un tambor, queda ajustado tambien; y el capitan le manda publicar la recluta. Mendoza, Pero Pardo y Juan Gonzalez hacen varias preguntas al tambor sobre las condiciones del enganche. El capitan habla á sus nuevos soldados: les acuerda sus obligaciones, y les promete por su parte buena paga y buen trato. Manrique y Mendoza se repuntan de palabras, el capitan los pone en paz. Un fraile apóstata se presenta á sentar

plaza de soldado, y queda recibido bajo el nombre de Liaño. Juan Gonzalez, Liaño y Pero Pardo van á alojarse á casa de un labrador llamado Cola: este habla en italiano; los soldados no le entienden, y resultan equivocaciones continuas entre unos y otros. Mándanle que les prepare una buena comida, y entre tanto le requiebran la criada: él se desespera, pide favor á Juan Francisco su paisano y amigo, y tratan de dar una buena paliza á los españoles. Guzman y Mendoza murmuran del capitan: se proponen hurtarle una docena de pagas, comprar dos yeguas, desertar, llevarse dos mugeres para sí, y otras para hacer torpe tráfico de ellas. Cola se queja al capitan de que los soldados que han entrado en su casa se han comido cuanto habia en ella, y le han hecho mil insultos: el capitan los apacigua á todos, y propone á Cola y á Juan Francisco que sienten plaza tambien: admiten el partido, y se concluye la comedia con un villancico, que cantan todos marchando en ordenanza.

Esta pieza, meramente episódica, no tiene particular interes, ni se busque en ella objeto moral, idea de la cual el autor estuvo distante: quiso únicamente hacer una pintura exacta de las costumbres corrompidas de una soldadesca disoluta, y supo desempeñarlo con facilidad y ligereza cómica.

1517.

24. *Comedia Tinelaria. Intróito y argumento.* La escena es en Roma en casa de un cardenal. La accion se reduce á que sus criados con lo que le hurtan comen y gastan y viven en la mayor disolucion y abandono. Al acabar la primera jornada se van á almorzar: la tercera se gasta toda en comer: en la quinta cenan y se emborrachan. Desde el primero al último de los personages (que llegan á veintidos) todos son ladrones, glotones, borrachos, maldicientes, blasfemos, provocativos y disolutos. El autor acudió al arbitrio infeliz de introducir diferentes idiomas para animar el diálogo: uno habla en latin, otro en frances, otro en italiano, otro en valenciano, otro en portugues, y los demas en castellano. Esta greguería poliglota, y el número escesivo de personages que pone á un tiempo en la escena, producen una confusion intolerable. A pesar de tantas nulidades no deja de hallarse uno ú otro pasage escrito con inteligencia. Véase el siguiente diálogo entre el despensero del cardenal y la lavandera su amiga.

Lucrecia. Buenos dias te dé Dios.
Barrabás. ¡Oh qué milagro tamaño!
Y buenas noches á vos,
Porque es la mitad del año.
Lucr. ¿He tardado?
Barr. Tanto que me has enojado
Para hacer maravillas.
Lucr. Por tu vida que he esperado
Que tocasen campanillas.
Barr. ¡Qué placer!
Dime, ¿quién debe atender,
Si presumes como sueles,
Los manteles al comer,
O el comer á los manteles?
Lucr. No sé nada:
Como quier que fuí criada
Donde siempre fuí servida
Sé muy poco de colada,
Y menos de aquesta vida.
Barr. ¡Guay de mí!
Diez años ha que te ví
Morar en el Burgo viejo,
Y siempre te conocí
Lavandera de concejo.
Lucr. ¿Cómo qué?
Pues no ha mas que me casé.
Mira si bien has mentido,
Pues harto estuve á la fe
Con el ruin de mi marido.
Barr. Si querrás,
Dime cuantos años has;
No me niegues la verdad.
Lucr. Veinte, por Dios, y no mas
He hecho por Navidad.
Barr. Ora pues
No quiero ser descortés;
Pero así me ayude Dios,
Que creo que ha veintitres
Que dices que has veintidos.
Lucr. Di, pues, ea,
Que aquella que en tí se emplea
Se puede contar por loca:
Nunca yo fuí vieja y fea,
Sino en tu maldita boca.
¡Ay perdida!
Que de nadie en esta vida
Nunca fuí tan mal tratada,
Ni de hombre menos querida
Ni menos acariciada.
Y aun ayer,
Por quererte á tí querer
(Cosa que no me conviene),
He dejado un mercader

Que me diera cuanto tiene:
Y aun hiciera
Que en llegando me vistiera,
Y hoy me ruega de hora en hora,
Y en su casa me tuviera
Servida como señora.
¡Desgraciado!
Dime, ¿dónde has tú hallado
Otra boba como yo,
Que hobiera por tí negado
La madre que me parió?
Bien me miembra,
Que quien en ruin tierra siembra
Diz que coge mal y tarde.
¡Maldita sea la hembra
Que se fia de un cobarde!
Earr. Calla, esposa:
Por una tan poca cosa
No tomes esos enojos,
Que no hay dama mas hermosa
Si preguntan á mis ojos.
¿Qué mas quieres?
Vieja ó moza, cual tú eres,
Quiero yo mas tu gervilla
Que á todas cuantas mugeres
Han salido de Castilla.

25. *Comedia Himenea. Intróito y argumento. Jornada primera.* Himeneo, amante de Febea, ronda de noche las puertas de su dama acompañado de sus criados Eliso y Boréas, á quienes manda guardar el puesto mientras va á disponer una música: quedándose solos manifiestan uno y otro su cobardía: llega el marques, hermano de Febea, seguido de Turpedio su page: los criados de Himeneo huyen: el marques, receloso de su hermana porque sabe la frecuencia con que Himeneo le da músicas y alboradas, quiere entrar á verla; pero Turpedio le disuade con buenas razones, y ambos se retiran. *Jornada segunda.* Vuelve Himeneo acompañado de sus criados y algunos músicos, que cantan al son de instrumentos algunos versos amorosos. Febea se asoma á la ventana y habla con Himeneo, á quien promete, obligada de sus instancias, que á la noche siguiente le permitiria la entrada en su cuarto. Himeneo se va lleno de lisonjeras esperanzas: el marques y Turpedio ven á lo lejos á los que se retiran: el marques quisiera embestir con ellos, pero el page le dice que será mejor remitir su venganza á otra ocasion en que vengan mas bien armados. Aprueba el marques las reflexiones de su criado, y quedan en volver á la noche próxima. *Jornada tercera.* Boréas reprende á Eliso su compañero porque no quiso recibir unos regalos que su amo Himeneo queria hacer á los dos. Sale Doresta, criada de Febea, á la ventana: Boréas la requiebra y le pide que á la noche cuando Himeneo vaya á ver á su señora le permita entrar con él: Doresta se lo concede, y ellos se van. Turpedio el page del marques habla á Doresta, y ella le desprecia: ambos se repuntan de palabras, se injurian y amenazan recíprocamente. *Jornada cuarta.* Himeneo encarga á sus criados que guarden la puerta, y se entra en casa de Febea: quedan en la calle Boréas y Eliso temblando de miedo: sobreviene el marques con su page, y ellos huyen inmediatamente dejándose Boréas la capa en el suelo: por ella infiere el marques que Himeneo estará dentro con su hermana; rompe las puertas y va á buscarle lleno de furor. *Jornada quinta.* Sale Febea huyendo de su hermano, que la persigue con la espada desnuda: ella le suplica que no mate á su amante, confiesa el amor que le ha tenido, y no se juzga culpada sino infeliz en haberle amado. El marques imagina que solo con matarla satisface la injuria que ha recibido: va á ponerlo en ejecucion cuando sale Himeneo, que con ruegos corteses va mitigando el enojo del marques, hasta que persuadido de sus razones y las de su hermana, los perdona y aprueba gustoso su casamiento. Fábula muy sencilla, bien conducida, animada con situaciones y afectos naturales y oportunos. La accion consiste en la solicitud de Himeneo á la mano de Febea; el tiempo no escede de veinticuatro horas; el lugar de la escena es invariable. Tiene defectos, pero se compensan sobradamente con el mérito particular que la recomienda y la distingue.

1517.

26. *Comedia Jacinta. Intróito y argumento.* La escena es en un camino cerca de Roma. En la primera jornada sale Jacinto quejándose en un soliloquio del mal tratamiento que dan los señores á quien los sirve. En la segunda sale Precioso despechado al ver la falsedad de los que se venden por amigos. En la tercera Fenicio llora la vanidad del mundo, y el engaño

de los hombres que se olvidan del fin para que fueron nacidos, y va resuelto á meterse fraile y hacer penitencia. Pagano, criado de una principal señora llamada Divina, que vive en un castillo ó palacio poco distante del camino, y tiene de costumbre detener á los pasageros para agasajarlos y saber de ellos novedades, les manda esperar y va á dar cuenta á su ama de la venida de los tres: quedan solos en la cuarta jornada discurriendo sobre la bondad de aquella señora, y con este motivo alaban en general las buenas prendas de las mugeres. En la jornada quinta viene Divina: les hace preguntas sobre las causas que les han movido á viajar, y por último prendada de la buena gracia de Jacinto le escoge por marido, y á los otros dos les ofrece hospedage y todo buen tratamiento.

La falta de accion, la distribucion simétrica de las escenas, los largos soliloquios, la semejanza de situaciones, el poco interes, lo atropellado é inverosimil del desenlace son los defectos principales de esta comedia. Su mérito consiste en el decoro de los caractéres, la solidez filosófica de las máximas en que abunda, la pureza del lenguaje, la elegancia de estilo, la fluidez de su versificacion. Véanse los siguientes trozos que confirmarán esta asercion en el dictámen de los inteligentes. Jacinto dice en la primera jornada:

¿Quieres saber mi fortuna?
Yo te la quiero decir:
Que por morir ni vivir
No me da cosa ninguna.
Sabrás que desde la cuna,
Sin un punto de reposo,
No me acuerdo vez alguna
Poderme llamar dichoso;
De servir muy codicioso,
No de vivir vagabundo,
Mas ir al cabo del mundo
Tras un señor virtuoso.
Sabe Dios cuanto holgára
De saber algun oficio,
Porque en tan ruin ejercicio
Tan buen tiempo no gastára:
Pero ¿quién jamas pensára,
Donde son tantos señores,
Que un señor no se hallára
Para buenos servidores?
Aquellos son los traidores
Que decimos las verdades,
Y los que ensayan maldades
Suceden en los favores.
Todos están concertados
De traer todas sus vidas,
Las bestias muy guarnecidas
Y los siervos despojados.
Tienen puestos sus cuidados
En continuo atesorar,
Sacando algunos ducados
Que se gastan en cazar;
Y si quieren algo dar,
No lo dan á pobrecicos,
Sino á aquellos que son ricos,
Que es echar agua en el mar.

Fenicio en la jornada tercera habla así contra la codicia:

Pues, oh ciega criatura,
Que con este mundo vives,
Que en cabo de él no recibes
Sino solo sepultura;
¿No miras que es gran locura
Si deja tu pensamiento
Lo que para siempre dura
Por lo que dura un momento?
Que este mundo todo es viento;
Pues de pobres, ni de ricos,
Ni de grandes, ni de chicos,
Ninguno vive contento.
Oh! loco el hombre y muger
Con cuanto puede afanarse,
Que piensa de contentarse
Por mas haberes haber!
Que si bien por carecer
Se duele la pobre gente,
No veo qué por tener
Algun rico se contente:
Porque en el siglo presente
Muy mas grande ser conviene
El temor que el rico tiene,
Que el dolor que el pobre siente.

Jacinto en la jornada cuarta dice hablando de las mugeres:

Pues esto digo en favor
De las que corren fortuna,
Pero digamos de alguna
Que tiene un poco de amor.
Con cuanta pena y dolor,
Por poco mal que sintais,
Anda y torna en derredor
Demandándoos cómo estais,
Diciéndoos qué le mandais,
Consolándoos como suele,
Preguntándoos dónde os duele,
Porfiándoos que comais.
Hela va muy afligida
A decir misas por vos,
Y á rogar contino á Dios

Que os mande salud y vida;
Su comer y su bebida
Sospiros, lágrimas son;
Llora, gime, plañe, y crida
De todo su corazon.
No puede ningun varon
Pagalle complidamente
Las lágrimas solamente
Que deja en cada rincon.
Pues de esto bien informados,
Que otro bien no hobiere en ellas,
A todas y á cualquier dellas
Somos todos obligados:
Cuanto mas que sus cuidados,
Sus grandezas, sus hazañas
Son servir á sus amados
Con obras y lindas mañas;
Y en los tiempos de sus sañas,
Cuando os partis, ellas llorar;
Cuando tornais, os adoran
Con el alma é las entrañas.

. . . . . .

¡Qué gloria de nuestra pena,
Qué alivio de nuestro afan!
Sin duda no hay cosa buena
Donde mugeres no van.
La gente sin capitan
Es la casa sin muger,
Y sin ella es el placer
Como la mesa sin pan.

1517.

27. *Comedia Aquilana. Intróito y argumento*. En esta comedia hay un D. Bermudo, rey de Leon, cuya hija Felicina está enamorada de Aquilano, jóven estrangero y muy querido del rey. Va á verla de noche á su jardin, le dice amores, y ella disimula cuanto puede su pasion con desdenes honestos: suena ruido, él quiere ocultarse entre las ramas de un árbol, pero cae al suelo y queda lastimado del golpe. Este accidente y el desconsuelo de verse despreciado alteran su salud. Bermudo encarga á sus médicos que le asistan, y uno de ellos dispone que salgan varias damas y se presenten á Aquilano por si esto puede distraerle: salen las damas y con ellas la infanta Felicina: luego que Aquilano la ve, se altera y se turba, lo que da á conocer al médico que sin duda está enamorado de ella: sabido esto por el rey determina matar á Aquilano, y de órden suya le llevan á degollar á un patio de palacio: Felicina desesperada en su desventura sale al jardin con propósito de ahorcarse, pero los criados se lo estorban. Descúbrese entre tanto que Aquilano es hijo del rey de Hungría, y Bermudo le casa con la infanta.

En esta comedia se muda el lugar de la escena con mucha frecuencia: la accion en unos pasages desfallece (como sucede en la segunda jornada, que toda es inútil), y en otros está atropellada y violenta. Dos jardineros, que pudiera haber omitido el autor, ocupan una gran parte del drama con necedades impertinentes: lo mismo hacen la criada de Felicina y el criado de Aquilano. El reconocimiento de este por príncipe de Hungría no está preparado, y hace inverosimil y forzada la solucion. El estilo es muy desigual, y por lo comun trivial é indecoroso en los personages mas elevados: faltó el autor al respeto que se debe á la historia, suponiendo un príncipe Aquilano de Hungría yerno de un rey D. Bermudo de Leon y heredero de su corona. Las libertades poéticas no permiten tanto.

1520.

28. *Comedia Calamita. Intróito y argumento*. Floribundo, hijo de Euticio, enamorado de una jóven llamada Calamita (supuesta hija de Trapaneo), se vale de la mediacion de Libina, criada de Calamita, para que su señora corresponda. No sin mucha dificultad se consigue vencer la esquivez de la doncella; pero al fin se logra que reciba la visita de Floribundo, y á presencia de los criados los dos amantes se dan las manos, y se abrazan en señal del futuro consorcio. Floribundo, gozoso de su mucha ventura, alaba en un soliloquio las prendas de su amada, y discurriendo sobre la dificultad de hacer una buena eleccion en el matrimonio, añade estos bellos versos:

Quien ha de tomar muger
Por su vida,
Tome la mas escondida
Para su seguridad;
La que en virtud y bondad
Fuere criada y nacida.
La muy en mucho tenida
Por hermosa,
Esta diz que es peligrosa,
La muy sabida mudable,
La muy rica intolerable,
Soberbia la generosa;
La complida en cualquier cosa
Y acabada

Menos que todas me agrada,
Porque segun mi pensar,
Mala cosa es de guardar
La de todos deseada.

Euticio, irritado de que su hijo trate de casarse con Calamita, da órden á un criado para que le aceche, y cuando le vea salir de casa de su querida le mate; pero despues de esta resolucion hallando á Trapaneo, le ruega con instancia que le diga francamente de quién es hija Calamita. Trapaneo le asegura que el padre de aquella jóven fué un señor muy principal de la ciudad de Trapana, y que él recogió aquella niña y la crió como hija suya para evitar la cólera del padre, que habia amenazado á su esposa de matar la criatura que pariese si no era varon. Satisfecho Euticio con esto, hace venir á los dos amantes, los perdona y los casa.

La accion es mucho mas animada en esta comedia que en las anteriores del mismo autor; merced á los incidentes episódicos de que abunda. La escena es en una calle delante de la casa de Calamita: la duracion puede considerarse como de veinticuatro horas: el estilo y la versificacion no carecen de mérito: los zelos de Torcazo, marido de Libina, el carácter de esta y su escesiva familiaridad con un escolar vestido de muger dan lugar á situaciones y discursos muy indecentes: la resolucion de Euticio de matar á su hijo para estorbar el casamiento es atropellada y brutal: las circunstancias que dan lugar al desenlace y al reconocimiento de Calamita, ni están preparadas ni son verosímiles.

1520.

29. *Diálogo del Nacimiento. Intróito y argumento.* Dos peregrinos, que vienen el uno de Santiago y el otro de Jerusalen, se encuentran en la noche de Navidad cerca de Roma. Hablan largamente del nacimiento de Cristo, y ventilan cuestiones teológicas de las mas intrincadas y sutiles: cansados de hablar, tratan de proseguir su viaje esperando alojarse en el hospital de los españoles, y ambos cantan un romance que empieza:

Triste estaba el padre Adan
Cinco mil años habia,
Cuando supo que en Belen
Era parida María,
Y en el limbo donde estaba
De contento no cabia;
Para los unos andaba,
Para los otros corria, etc.

Acabado el romance, llegan Hernando y Garrapata, dos pastores zafios, que convidan á los peregrinos á la misa del gallo, y se van todos cantando un villancico. El diálogo de los peregrinos no es mas que fatigoso, pesado y pedantesco: el que sigue de los pastores necio y rudo en demasía, y lleno de desvergüenzas y vaciedades.

Bartolomé de Torres Naharro, natural de la Torre cerca de Badajoz, vivió en Roma despues de haber sido rescatado de las prisiones de Argel: se sabe que era eclesiástico, y pertenecia á la familia de Fabricio Colona, general del papa. La primera edicion de sus obras líricas y dramáticas que intituló *Propaladia*, se publicó en Roma en el año de 1517 con privilegio que le dió para ello Leon X, y se las dedicó á D. Fernando Dávalos, marques de Pescará, yerno de Fabricio Colona. En la citada edicion solo hay siete comedias, faltando la *Calamita*, que su autor publicó despues. Divulgada la *Propaladia* en Roma, se prohibió inmediatamente á causa de la amarga censura que hizo el poeta en algunas de sus obras de algunos vicios de aquella corte. La persecucion suscitada contra él debió de ser tan grande que huyó á Nápoles, y allí permaneció bajo la proteccion de los citados Colona y Dávalos. Se ignoran otras circunstancias de su vida, como tambien el año en que murió.

Sus comedias han dado ocasion de discordia á los literatos nacionales y estranjeros, en cuyos dictámenes se nota demasiado espíritu de parcialidad, incompatible con la buena crítica. Nasarre dijo que las comedias de Naharro se representaron en Roma y en Nápoles con indecible aplauso, que enseñaron á los italianos á escribir comedias, y que se aprovecharon poco de su enseñanza. Lo cierto es que en la época en que Naharro escribió se hacian en Italia tan buenas y mejores y peores comedias que las suyas. Signorelli no solo niega esta enseñanza, sino que supone que tales obras no se imprimieron ni se representaron jamas en Italia. No es de admirar que aquel

docto crítico no hubiese visto la edicion de Roma de 1517; pero ¿cómo se olvidó de haber leido en cualquiera de las ediciones posteriores estas espresiones del autor dirigidas al marques de Pescara? «Si algun «tiempo este mi bajo libro en los altos «reinos de la poderosa España perviniese, «supiese decir á los grandes de ella cuán «buen hermano y procurador tienen acá «en V. S.» ¿Cómo no hizo reparo en estas? «Ansimesmo hallarán en parte de la «obra algunos vocablos italianos (especial«mente en las comedias), de los cuales «convino usar habiendo respeto al lugar y «á las personas á quienes se recitaron.» Esto, y la lectura de las mismas comedias (especialmente la *Soldadesca*, la *Serafina*, la *Tinelaria* y la *Jacinta*) ¿no era bastante á convencerle de que las comedias de Naharro se imprimieron efectivamente en Italia, que se representaron en Italia, y que los espectadores, ó gran parte de ellos, fueron italianos?

Despues de la edicion de Roma hay noticia de las que se hicieron en Sevilla en los años de 1520, 1533 y 1545, como tambien de la de Madrid en el de 1573, aunque muy estropeada con las omisiones y enmiendas que mandó hacer la inquisicion. En esta dice el editor: «La *Propaladia* de «Torres Naharro, obra singular y estre«mada en el donaire y gracia de la lengua, «aunque estaba prohibida en estos reinos «años habia, se leia é imprimia de ordi«nario en los estrangeros.» Esto supone la existencia de otras ediciones que no he tenido presentes. Véase la *Biblioteca* de D. Nicolas Antonio: el *Prólogo á las comedias de Cervantes*, por Nasarre: Velazquez, *Orígenes de la poesía castellana*: Signorelli, *Historia crítica de los teatros*; y Lampillas en el tomo IV de su *Ensayo apologético*.

1520.

30. Vasco Diaz Tanco de Fregenal. *Tragedia de Absalon.*

1520.

31. *Tragedia de Aman.*

1520.

32. *Tragedia de Jonatas.*

Vasco Diaz Tanco, natural de Fregenal en Estremadura, dedicó á Felipe II siendo príncipe una historia de los turcos, sacada de lo que escribieron sobre esta materia Paulo Jovio y otros autores, y la intituló *Palinodia*. Publicó ademas otra obra intitulada *Los veinte triunfos*: otra *sobre los títulos de dignidades temporales y mayorazgos de España*: otra con el título de *Jardin del alma cristiana*, impresa en Valladolid año de 1552, y en esta dice que siendo jóven escribió las tres tragedias mencionadas de *Absalon*, *Aman* y *Jonatas*. Nadie asegura haberlas visto: se ignora si se imprimieron ó se representaron; pero no pudiendo dudar que el autor las compuso, he creido poder suponer su existencia con alguna probabilidad hácia el año de 1520, aunque no con una absoluta certeza. Puede creerse que Vasco Diaz murió por los años de 1560. D. Nicolas Antonio, Montiano, Velazquez y Signorelli trataron acerca de este autor en sus respectivas obras citadas ya otras veces.

1521.

33. Anónimo. *Comedia llamada Hipólita, nuevamente compuesta en metro.* Argumento. *Hipólito, caballero, mancebo de ilustre y antigua generacion de la Celtiberia (que al presente se llama Aragon) se enamoró en demasiada manera de una doncella llamada Florinda, huérfana de padre, natural de la provincia antiguamente nombrada Bética (que al presente llaman Andalucía); y poniendo Hipólito por interesor á un page suyo llamado Solento, estorbaba cuanto podia porque Florinda no cumpliese la voluntad de Hipólito: pero ella compelida de la gran fuerza de amor, que á la continua le atormentaba, concedió en lo que Hipólito con tanto ahinco la importunaba, y así ovieron cumplido efecto sus enamorados deseos, interceciendo ansimesmo en el proceso Solisico, page de Florinda, y discreto mas que su tierna edad requeria, y Jacinto, criado de Hipólito, maltmo de condicion, repunó siempre, y Carpento, criado ansimesmo de Hipólito (hombre arrofianado), por complacer á Hipólito no solamente le parecian bien los amores, pero devoto que el negocio se pusiese á las manos: é así to-*

das las cosas ovieron alegres fines, vistiendo Hipólito á todos sus criados de brocado y sedas, por el placer que tenia en así haber Florinda (doncella nacida de ilustre familia) concedido en su voluntad, seyendo la mas discreta y hermosa, y dotada en todo género de virtud que ninguna doncella de su tiempo. Despues de este estravagante anuncio sigue la comedia, dividida en cinco escenas. La accion es lánguida, y la entorpecen impertinentes discursos, sentencias pedantescas y rasgos de erudicion histórica puestos en boca de los criados de Hipólito y en la de Florinda, que estimulada de indomable apetito habla de Popilia, Medea, Penélope, Sanson, Electra, David, Clodio, Salomon, Lamec, Masinisa, y el rey D. Rodrigo, todo para venir á parar en abrir aquella noche la puerta á su amante. Esta indecente farsa está escrita con muy mal lenguaje, y muchos defectos de consonancia y medida en los versos.

1521.

34. *Comedia nuevamente compuesta, llamada Serafina.* Argumento. *Evandro, caballero, natural del reino antiguamente Lusitania llamado, y al presente Portugal, se enamoró de una señora Serafina llamada, de estremada manera hermosa y dotada de todo género de virtud, natural del reino de Castilla, y era casada con un caballero Filipo llamado, el cual era de natura frio, y fué causa principal para se enamorar de Evandro; pero Artemia, madre de Filipo, en gran manera la guardaba, á cuya causa Pinardo, criado y page de Evandro, fué en hábito de muger en casa de Serafina, y concertó con ella que hablase á Evandro, y así tornó á casa muy próspero. Pero Popilia, sirviente de casa de Evandro, y Davo, criado suyo, mucho y largamente informaron á Evandro de como Artemia era dueña de malas costumbres, de lo cual maravillado Evandro fué en casa de Serafina disfrazado, solamente acompañado de Pinardo, donde se efectuó su propósito, y así todo ovo próspero y agradable fin.* Esta comedia escrita en prosa se divide en seis escenas: en la cuarta y la sesta hay situaciones de la mayor obscenidad. Es de presumir que una composicion de tal naturaleza no se haya representado nunca; pero el autor hubo de suponer que podria ponerse en el teatro, pues al concluir dice uno de los personages: «Quedad «y holgaos entre esa gente de palacio, é «regocijaos bien, que yo Pinardo acabo «de representar la comedia Serafina lla«mada.» El estilo es en general afectado, oscuro, pedantesco y redundante. Popilia, criada de Evandro, Cratino, Davo y Pinardo, criados del mismo, abundan en máximas y sentencias filosóficas que no hay quien los sufra. Sus autores predilectos son Aristóteles, san Gerónimo, san Bernardo, Platon, Salustio, san Gregorio, Ciceron, Salomon, san Agustin, Séneca y Pitágoras.

El autor de estas comedias es desconocido, y rarísima la única edicion que de ellas se hizo en Valencia por Jorge Costilla, año de 1521.

Precede á las dos comedias citadas otra llamada *Tebaida*, dedicada por el autor al duque de Gandía. No se incluye en este catálogo, porque no es un drama representable, sino una novela dramática escrita en prosa y dividida en quince escenas, ni menos larga que la Celestina ni mas honesta, pero muy inferior á aquél escelente original en las prendas de lenguaje y estilo.

1522.

35. Cristóval de Castillejo. *Farsa de la Constanza.* Precede á la obra un *intróito* y *argumento* escrito en latin y en coplillas de pié quebrado: el dios Himeneo es el actor de este prólogo, cuya composicion es en estremo fastidiosa. La farsa se divide en siete actos: los personages son Anton, Marina, Gil, Constanza, un cura y un fraile. Los dos primeros actos contienen dos escenas en estremo lúbricas y groseras entre dos distintos matrimonios, en que maridos y mugeres se echan recíprocamente en cara sus defectos. No menos chocantes son los dos actos siguientes en que hablan un cura y un fraile, y este á instancia del cura predica un sermon infame, digno de un rufian, con espresiones muy semejantes á las de la madre Celestina en la famosa tragicomedia de su nombre. En los actos restantes los dos maridos tratan de descasarse y trocar sus mugeres, y se da el espectáculo tan de mal ejemplo como

inverosímil de que los personages del segundo y tercer acto aprueben y formalicen el proyecto. Continuando la estravagancia, todo concluye con un *Oremus* en latin bárbaro, y un villancico que se canta entre todos los personages.

Se advierte en esta farsa poca accion, demasiada semejanza en algunas situaciones, episodios mal unidos á la fábula, pinturas, espresiones y máximas sumamente licenciosas é inmorales. Al mismo tiempo se encuentra mucha gracia cómica, maestría en el uso del idioma, y en la versificacion facilidad y dulzura. Lástima es que tan buenas cualidades esten afeadas con tan grandes y reprensibles defectos. El original de esta pieza que tuve presente existe manuscrito en la biblioteca del Escorial.

Cristóval de Castillejo nació en Ciudad-Rodrigo por los años de 1494. Antes de cumplir los quince de su edad entró á servir de page al infante D. Fernando. Se halló en los viajes que hizo el rey Católico á Córdoba en el año de 1508, y á Estremadura en el de 1516. Fué secretario del mencionado infante D. Fernando, electo rey de romanos en 1531, y permaneció mas de treinta años en su corte: estuvo algun tiempo en Venecia, pero se ignoran la época y el objeto de su viaje. El año de 1541 se hallaba preso en Viena, aunque no se sabe el motivo. Poco medrado y muy lleno de desengaños se retiró de aquella corte y volvió á España tan harto del mundo, que tomó el hábito cisterciense en el monasterio de San Martin de Valdeiglesias, en donde murió de edad muy avanzada. Escribió con gracia, pureza y facilidad en versos cortos, preferibles en su opinion á los endecasílabos que se introdujeron en su tiempo: enriqueció con chistes satíricos sus composiciones, en cuyo artificio poético si hay algo que reprender, es la lozanía y escesiva abundancia que las caracteriza. El privilegio dado en el año de 1573 á Juan Lopez de Velasco para imprimir las obras de Castillejo, que segun dice el editor, «andaban derramadas y perdidas de mal escritas, y con «riesgo de prohibirse por algunos respe«tos,» prueba que ni hasta entonces se habian publicado, ni el autor (si vivia) cuidaba de hacerlo. En cuanto á sus comedias, que se suponen fruto de su juventud, ni se sabe cuantas compuso, ni si alguna vez se representaron.

1523.

36. Pedro Altamira. *Auto de la aparicion que nuestro Señor Jesucristo hizo á los dos discípulos que iban á Emaus, en metro de arte mayor, compuesto por Pedro Altamira, el mozo, natural de Hontiveros; impresó con licencia en Búrgos año de* 1523.

Un ángel hace el prólogo diciendo cuanto ha de verse en la representacion: Lucas y Cleofás van camino de Emaus hablando de la muerte de Jesucristo, de su vida admirable, de su doctrina y sus milagros; pero dudan no obstante si será el Mesías prometido. Cristo se les aparece en forma de peregrino, y van en su compañía discurriendo sobre el mismo propósito. Uno y otro admiran la sabiduría y elocuente persuasion del peregrino, y llegando á Emaus le convidan á cenar. En el siguiente pasage que sirve de solucion á la fábula podrá verse una muestra del buen estilo y versificacion en que está escrito.

Lucas. Hasta en la forma de la bendicion,
Señor, tú paresces al santo Jesú.
Cleofás. Algun señalado varon eres tú
Que tanto le imitas en conversacion.
Luc. La gran soledad, la pena y pasion
Que por él tenemos, en solo mirarte
Paresce que amansa. Rabí, tú nos parte
El pan con tus manos de consolacion.
Peregrino. Tomad.
Luc. ¿Tú no miras qué bien pa-
El pan en su corte que está rebanado? {rescia
Cl. Verdad es por cierto, é ansí está quebrado
Segun que el nuestro Maestro partia.
Luc. Él es.
Cl. ¡Buen Jesus!
Luc. ¡Mi bien!
Cl. ¡Mi alegría!
Luc. ¡Maestro!
Cl. ¡Buen padre!
Luc. ¡Mi dulce Señor!
Cl. ¡Mi Dios y mi gloria!
Luc. ¡Mi buen Redentor!
Cl. ¡Mi firme remedio!
Luc. ¡Esperanza mia!
Cl. ¡Oh dulce consuelo de desconsolados!
Luc. ¡Oh gozo gozoso de nos afligidos!
Cl. ¡Oh firme remedio de nos ya perdidos!
Luc. ¡Amparo suave de desamparados!
Cl. Pedímoste, Padre, por tierra postrados
La tu bendicion.

(*Cristo los bendice y desaparece.*)

Luc. Pues qué, ¿ya te vas?
Cl. Señor, ¿ya nos dejas?
Luc. ¿Qué es esto, Cleofás?
Cl. ¡Qué gozos escelsos!
Luc. ¡Y cuán señalados!
Cl. ¿Por qué nos has, Padre, tan presto dejado?
Luc. ¡Oh gloria! ¿tan presto desapareciste?
Cl. ¿Por qué los tus rayos tan presto escondiste
Do queda tu cuerpo tan glorificado?
Luc. Agora te digo que verificado
Está nuestro bien con mucha firmeza.
Cl. ¡Oh Padre! perdona la nuestra dureza,
Que tanto dudamos ser resucitado.
Luc. ¡Oh alto misterio!
Cl. ¡Oh dulce vision!
Luc. ¡Oh ciegos nosotros de turbios sentidos!
¡Y no conocelle!
Cl. ¡Oh endurecidos,
Que nunca creimos su resurreccion!
Luc. Debiéramosle sacar por razon:
¿Qué hombre pudiera tener en el mundo
Tal voz, tal presencia, tal rostro jocundo,
Tan altas palabras de contemplacion?
Cl. ¡Oh santo Maestro Jesú que te vimos!
Luc. Hermano Cleofás, verdad nos decian
Las santas mugeres que visto le habian;
Magüer que nosotros las nunca creimos.
Cl. ¿Mas cómo en oirle nos embebecimos
Por el camino cuando nos hablaba,
Y las Escripturas ansí declaraba,
Que todo aquel tiempo no le conocimos?
Luc. Agora podemos decir que tenemos
Cierto el remedio, la gloria y el bien.
Cl. Razon es que vamos á Jerusalen
Y á nuestros hermanos aquesto contemos.

1527.

37. Anónimo. *Auto del bautismo de san Juan Bautista.* No hay otra noticia de esta composicion que la que dió Sandoval en su *Historia de Cárlos V*, libro 16, refiriendo el aparato que se hizo en Valladolid « para el bautismo de Felipe II celebrado en 5 de junio del año de 1527. « Dice allí que desde la casa de D. Juan « de Mendoza donde posaba la emperatriz « hasta el altar mayor de la iglesia de San « Pablo se hizo un pasadizo muy enramado y con muchas flores y rosas, limones « y naranjas, y otras frutas. Habia en los « arcos triunfales y en cada uno de ellos « muchos retablos. En el primero hicieron « su auto, en el segundo, tercero y cuarto « otro auto. El quinto estaba á la puerta « que está dentro del patio de la iglesia: « este era mas alto que alguno de los otros: « estaba en él un altar, á manera de un « aparador, de muchas gradas. En estas es« taban ricas imágenes de bulto de plata « doradas, y algunas de oro, con otras pie« zas de gran valor. Estaban puestos en « dos candeleros dos cuernos grandes de « unicornio: estos y todo lo que habia era « del emperador. Aquí se representó el « bautismo de san Juan Bautista. » Se ignora el argumento de los otros autos.

1528.

38. Esteban Martinez. *Auto de como san Juan fué concebido, y ansimesmo el nacimiento de san Juan. Entran en él las personas siguientes. Primeramente un pastor, Zacarías, santa Isabel, un ángel llamado Gabriel, dos vecinos del pueblo, un muchacho, Josef, nuestra Señora, una parienta de Zacarías, una comadre, una muger, un bobo, un sacerdote. Agora nuevamente hecho por Esteban Martinez, vecino de Castromocho. Búrgos, en casa de Juan de Junta, año de 1528.* No queda otra noticia del autor de esta obra, ni hay en ella mérito particular.

1528.

39. Juan Pastor. *Auto nuevo del santo nacimiento de Cristo nuestro Señor, compuesto por Juan Pastor. Son interlocutores de la obra el emperador Octaviano, un secretario suyo, un pregonero, un viejo llamado Blas Tozuelo, un bobo, su hijo llamado Perico, san Josef, santa María, pastores, Miguel Recalcado, Anton Morcilla, Juan Relleno, un ángel. Impreso en Sevilla año de 1528.* Esta composicion escrita con poco ingenio y absoluta ignorancia del arte, nada contiene que merezca elogio.

40. *Farsa de Lucrecia. Tragedia de la castidad de Lucrecia, agora nuevamente compuesta en metro por Juan Pastor, natural de la villa de Morata, en la cual se introducen las personas siguientes. El rey Tarquino, su hijo Sexto Tarquino, un negro suyo, Colatino duque de Colacia, Lucrecia su muger, un bobo criado suyo, Espurio, Lucrecio padre de Lucrecia, Junio Bruto y Publio Valerio parientes de Colatino.* Impresa en 4°, sin lugar de impresion, letra gótica.

Está escrita en quintillas con pié quebrado, mala versificacion, insufribles impertinencias del negro y del bobo.. .

41. *Farsa llamada Grimaltina.*

42. *Farsa llamada Clariana.* No hay otra noticia de estas dos piezas que la que da el mismo autor al fin de la farsa de *Lucrecia.*

1529.

43. Fernan Perez de Oliva. *Comedia de Anfitrion.* Esta comedia, que intituló así Fernan Perez de Oliva: *Muestra de la lengua castellana en el Nacimiento de Hércules, ó comedia de Anfitrion, tomando el argumento de la latina de Plauto*, está escrita en buen lenguaje y estilo. Suprimió Perez de Oliva entre los personages de la comedia los de Tésala y Bromia, criadas de Alcumena, y añadió el de Naucrates, amigo de Anfitrion. Como no se propuso hacer una traduccion literal, no puede culpársele de haber omitido el prólogo que precede al drama en su original, el soliloquio de Mercurio en el acto primero, y los de Mercurio y Júpiter en el tercero, porque en realidad no son necesarios á la fábula. En las demas alteraciones que hizo fué poco feliz.

Parece que huye voluntariamente de las gracias de Plauto, y en lo que añade manifiesta poco gusto dramático, ningun talento cómico, y mucho deseo de filosofar y disertar fuera de sazon, dilatando ó debilitando las situaciones de mayor interes. ¿Quién ha de aprobarle que convierta la escena sencilla y afectuosa del acto primero entre Júpiter y Alcumena en una sesion académica, en que se trata del origen de la guerra, los males que produce, la política de los príncipes en formar ejércitos con la gente mas perdida de la república, para que pereciendo en los combates gocen quietud los hombres virtuosos, con otras máximas de igual solidez, y todas inoportunas cuanto es imaginable? ¿Quién le ha de perdonar el cuento intempestivo, insípido y largo que puso en el segundo acto en boca de Sosia, del cual solo resulta haber echado á perder una de las mejores situaciones del original? ¿Quién le disculpará la alteracion de todo el acto quinto, la supresion del escelente monólogo de Bromia con que principia, y la aparicion de Júpiter, máquina absolutamente necesaria para dar á la fábula el único desenlace que le conviene? Esta la concluyó Plauto con la sumision religiosa de Anfitrion debida á tanto númen, y en la de Oliva se le hacen decir blasfemias contra todos los dioses, y aun profecías alusivas á la venida de Jesucristo, cosa impertinentísima sobre toda ponderacion. Son muchos los ejemplos que pudieran citarse de la culpable libertad con que el imitador español estropeó las bellezas del poeta latino; pero bastará uno solo tomado del acto IV, en que se pinta la situacion desesperada del esposo de Alcumena.

. . . . . Perii miser! [serunt?
Quid ego, quem advocati jam atque amici de-
Numquam edepol me inultus istic ludificabit
quisquis est. [facta est eloquar.
Nam ad regem recta me ducam, resque ut
Ego pol illum ulciscar hodie Thessalum vene-
ficum,
Qui perversé perturbavit familiæ mentem meæ.
Sed ubi ille est? intrò edepol abiit crédo ad
uxorem meam. [agam?
Qui me Thebis alter vivit miserior? quid nunc
Quem omnis mortales ignorant, et ludificant,
ut lubet. [que hominem aspexero;
Certum est introrumpam in ædibus ubi quem-
Sive ancillam, sive servum, sive uxorem, sive
adulterum, [ædibus.
Seu patrem, sive avum videbo, obtruncabo in
Neque me Jupiter, neque dii omnes id pro-
hibebunt, si volent. [bus nunc jam.
Quin sic faciam uti constitui: pergam in edi-

Véase lo que el maestro Oliva sustituyó.

« ¿Qué es esto? ¿Heme tornado por ven-
« tura loco que así me siento conturbado?
« Todas mis partes son alteradas: el alma
« con espanto, el cuerpo con temblor, y con
« ira el corazon. En la boca siento hiel, en
« los dientes rabia, mostaza en las narices,
« rumor en los oidos, y relámpagos en los
« ojos. Impetus me vienen de quebrar, de
« saltar, de herir, de hacer mayores cosas
« que mis fuerzas pueden. No pienso que
« podrán mis miembros reposar sino can-
« sados. Ya no podrá mi ira amansarse
« sino harta. El fuego que en mí arde no
« se puede apagar sino con sangre, etc. »

Cuando Moliere puso en el teatro frances esta comedia, se apartó muchas veces del testo original, y siempre para mejorarle. Oliva al contrario, cada vez que se separa de lo que Plauto escribió, desatina,

1550.

44. *Tragedia. La Venganza de Agamenon.* Traduccion muy libre de la *Electra* de Sófocles. Siguió Perez de Oliva la disposicion de la fábula original y el órden de las escenas con poca alteracion; pero suprimió mucha parte del diálogo, sin duda para que resultase el progreso de la accion mas rápido, aunque por este medio la desnudó de muchas bellezas. Baste citar por ejemplo la relacion de la supuesta muerte de Orestes, diminuta y pobre en la traduccion, y tan inferior á la de Sófocles que no es disculpable la mutilacion que hizo en ella el traductor español: conservó los coros, y con ellos la inverosimilitud que constantemente producen, suprimiendo sin embargo todos los escelentes trozos líricos del original, que pueden considerarse como entreactos de la tragedia y la parte mas brillante y armoniosa de su composicion; no acertó en sacar á la escena un ataud con un cadáver embalsamado dentro, en lugar de la urna manejable y ligera en que supone Sófocles que podian contenerse las cenizas de Orestes: esta alteracion hecha por Oliva ni es conveniente, ni teatral, ni conforme á la imitacion de costumbres: en lo que añadió al testo original peca muchas veces contra el buen gusto, se aparta de aquella grave sencillez que piden la situacion y los personages, y les hace decir espresiones dignas de la férula. «Principalmente (dice Electra) que yo os ruego me «digais ¿qué lluvia pensais que tengo yo en «mi cuerpo donde se consumiesen tantas «lágrimas como vierten mis ojos? ¿O qué «capacidad es la de mi pecho para detener «en él la muchedumbre de mis gemidos, «que salidos fuera no caben en los aires? «Habed, yo os ruego, de mi compasion: no «querais atapar con vuestros consejos los «respiraderos de las hornazas de fuego que «dentro me atormentan.» Pregunta Electra á Orestes quién es; y su hermano le responde: «Soy un hombre que navega en «su sepulcro por las ondas de la fortuna.» Estos y algun otro rasgo de estilo alambicado, metafórico y pedantesco no son de Sófocles: son añadiduras impertinentes de su traductor.

1550.

45. *Tragedia. Hécuba triste.* En la traduccion de esta pieza de Eurípides usó el maestro Oliva de igual libertad que en la antecedente. Suprimió el personage de Taltibio (demasiado episódico en el original); puso en boca de una parte del coro la relacion de la muerte de Polixena, é igualmente omitió la escena de Agamenon y Hécuba, para lo cual no pudo hallar una razon plausible. Las mugeres troyanas abren un hoyo en la arena para sepultar á Polidoro, cosa que ni se halla en el testo de Eurípides, ni es conforme á las costumbres griegas; en el original se propone Hécuba quemar en una misma hoguera los cuerpos de Polixena y Polidoro y darles un mismo sepulcro. Al fin de la tragedia suprimió las predicciones de Polimnestor, y echó á perder el desenlace. Aquellos terribles anuncios y el diálogo á que dan lugar, dan á la catástrofe toda la fuerza, movimiento y perturbacion trágica que en tales casos se necesita. Entre las añadiduras que se atrevió á hacer Perez de Oliva, es bien ridícula la siguiente en el diálogo de Polixena y Hécuba:

Polixena. ¿Qué es esto, madre, que lloras con tan tristes gemidos? ¿Qué quieren estos hombres armados?

Hécuba. Vienen, hija, por ti. ¡O hija triste, á qué tálamo te han de llevar!

Pol. ¿Cómo, di, madre, entre tantas desventuras me quieren casar?

Héc. Sí, hija Polixena, adonde nunca me veas.

Pol. El esposo ¿quién es? ¿á dónde está?

Héc. Está con los muertos.

Pol. ¡Ay madre mia! ¿con hombre muerto me quieren casar?

Héc. Sí, hija mia, con muerto muerta te han de casar.

Ni esta es Hécuba como el poeta la pintó, ni esta es Polixena, cuyo carácter (digno de la hermana de Héctor) es de lo mas escelente de la tragedia griega. Hécuba en la traduccion entretiene su dolor hablando á su hija en estilo enigmático; y Polixena parece una niña de colegio con mucha gana de casarse, y tan simplecita que se atemoriza creyendo que la van á casar con un muerto. Entienda quien pueda las siguientes espresiones de Hécuba: «¡O mugeres! agora siento que «los dolores de nuestros partos son dolores «que parimos, que nos quedan guardados

« para cuando los graves casos de nuestros « hijos sabemos. » Mas adelante dice : « De los leones y dragos, y otras bestias « fieras, se cuenta que amparan á aquellos « que sienten de ellos quererse favorescer, « y este hombre (peor que drago y leon) « mató á mi hijo, de quien él por su ve- « luntad se habia encargado. » Esta erudicion zoológica no es de Eurípides, ni de la situacion, ni de la persona que habla : parece un retazo de sermon gerundio.

A estos defectos podrá añadir algunos otros la crítica imparcial de quien examine estas dos tragedias cotejándolas con sus originales; pero al mismo tiempo resultará de su lectura un concepto muy favorable á Perez de Oliva, el primero que dió á conocer entre nosotros el teatro griego. Su lenguaje es puro, su estilo en general grave, elegante y numeroso : nadie antes de él habia dado á la prosa dramática tanto decoro y magestad, y despues ninguno le imitó.

Nació Fernan Perez de Oliva en Córdoba por los años de 1494 : estudió en Salamanca y Alcalá de Henares, en Paris y en Roma, donde permaneció algun tiempo. Volvió á Paris, enseñó filosofía en aquellas escuelas, y restituido á España en el año de 1524, obtuvo en Salamanca las cátedras de filosofía y teología, y el cargo de rector de aquella célebre universidad. Su estensa erudicion en las lenguas sabias, sus profundos conocimientos en las ciencias morales y exactas, su aplicacion á las buenas letras, juntamente con las prendas estimables de su carácter, despues de haberle merecido el favor de los pontífices Leon X, Adriano VI y Clemente VII, determinaron á Cárlos V á elegirle por maestro del príncipe su hijo, empleo que no llegó á servir, habiendo muerto en el año de 1533 antes de cumplir los cuarenta de su edad. Sus obras castellanas en prosa y verso permanecieron manuscritas, hasta que su sobrino Ambrosio de Morales las dió á la prensa en el año de 1585. Véase la *Biblioteca* de D. Nicolas Antonio, y el tomo VI del *Parnaso español*.

1530.

46. Anónimo. *Farsa sobre el matrimonio para representarse en bodas, en la cual se introducen un pastor y su muger, y su hija Menoia desposada, un fraile y un maestro de quebraditras. Es obra muy apacible y provechosa. Impresa en Medina del Campo con licencia en casa de Juan Godinez de Millis, año de* 1530. Se ignora el mérito de esta obra citada por Pellicer en su *Tratado histórico sobre el orígen y progresos de la comedia y del histrionismo en España*, tomo I.

1531.

47. Jaime de Huete. *Comedia llamada Tesorina, hecha nuevamente por Jaime de Huete.* Se incluyó esta obra en el índice de libros prohibidos por la inquisicion en el año de 1559. No hay otra noticia de ella ni de su autor.

1532.

48. Ausias Izquierdo Zebrero. *Lucero de nuestra salvacion al despedimiento que hizo nuestro Señor Jesucristo de su bendita madre, pasos muy devotos y contemplativos estando en Betania. Por Ausias Izquierdo Zebrero : en Sevilla, por Fernando Maldonado, año de* 1532. Figuras del auto. *Hijo y madre, ángel con cartas de Adan, David, Moisen, Hieremías, Abrahan, Magdalena.* El nombre de este autor hace sospechar que fuese catalan ó valenciano. Jimeno, en su estimable obra de los *Escritores del reino de Valencia*, habla de un Ausias Izquierdo que publicó algunos opúsculos, y entre ellos una *Representacion ó auto sacramental de un milagro de la Vírgen del Rosario, impreso en Valencia, año de* 1589. Sin embargo de la identidad del nombre y apellido, no es de creer que sea el mismo que dió á luz en 1532 el auto que se incluye en este catálogo, cuyo corto mérito quita el deseo de toda investigacion acerca del autor que le compuso.

1532.

49. Gil Vicente. *Auto hecho por Gil Vicente sobre los muy altos y muy dulces amores de Amadis de Gaula con la princesa Oriana, hija del rey Lisuarte.*

50. *Comedia Rubena.*

51. *El Templo de Apolo*, tragicomedia.

52. *Romería de agraviados*, comedia.

53. *La Nao de amores*, comedia.

54. *Al parto de la reina*, tragicomedia.

55. *La Fragua de amor*, tragicomedia.

56. *La Flòresta de engaños*, comedia.

La primera de estas piezas se halla prohibida en el indice de la inquisicion de 1559: todas las que van citadas están escritas en castellano, á escepcion de otras que compuso el mismo autor en portugues. No he visto la edicion que hizo de todas ellas su hijo Luis Vicente en el año de 1557.

1554.

57. Anónimo. *Comedia llamada Orfea, dirigida al muy ilustre y magnífico señor D. Pedro de Arellano, conde de Aguilar.* Este caballero fué uno de los que acompañaron á Cárlos V en la espedicion de Tunez. La comedia se prohibió por el santo oficio, y es una de las obras insertas en el índice que se ha citado ya.

1555.

58. Francisco de las Navas. *Comedia llamada Fidea, compuesta por Francisco de las Navas.* No hay mas noticia de esta comedia sino la de haberla incluido la inquisicion en el mencionado índice.

1537.

59. Andres Prado. *Farsa llamada Cornelia, en la cual se introducen las personas siguientes: un pastor llamado Benito, y otro llamado Anton, y un rufian llamado Pandulfo, y una muger llamada Cornelia, y un escudero su enamorado, donde hay cosas bien apacibles para oir: hecha por Andres Prado, estudiante. Medina del Campo, por Juan Godinez de Millis, año de* 1537. Nada se sabe de este autor: la farsa contiene algunas situaciones de bajo cómico, no mal sostenidas con las gracias del diálogo.

1539.

60. Anónimo. *Tragicomedia alegórica del paraiso y del infierno, moral representacion del diverso camino que hacen las almas partiendo de esta presente vida, figurada por los dos navíos que aquí parescen: el uno del cielo, y el otro del infierno, cuya subtil invencion y materia en el argumento de la obra se puede ver. Son interlocutores un ángel, un diablo, un hidalgo, un logrero, un inocente llamado Juan, un fraile, una moza llamada Floriana, un zapatero, una alcahueta, un judío, un corregidor, un abogado, un ahorcado por ladron, cuatro caballeros, que murieron en la guerra contra moros, el barquero Caron. Fué impresa en Búrgos en casa de Juan de Junta, á veinte y cinco dias del mes de enero, año de* 1539. Estos personages se van presentando sucesivamente para entrar en la barca del paraiso, pero solo llegan á conseguirlo el bobo Juan y los cuatro caballeros: los demas, aunque altercan y lo resisten, van á parar á manos del diablo, que los embarca para el infierno: las situaciones son idénticas: no hay desenlace ni enredo. Con la introduccion de tan diferentes clases de gentes se pintan no sin gracia las costumbres de aquella edad.

Esta obra es una imitacion de la que escribió el portugues Gil Vicente por los años de 1519, y se representó delante de los reyes D. Manuel y doña Leonor, cuyo título es: *Auto de moralidade composto per Gil Vicente, per contemplaçaon da serenissima é muyto catolica Reynha Donha Lionor nossa senhora, é representada per seu mandado á o poderoso Principe é muy alto Rey D. Manoel primeiro de Portugal deste nome.* Una y otra composicion existian pocos años ha en la escogida librería del marques de Campo-Alange.

1540.

61. Anónimo. *Coloquio de Fenisa. Hablan en él Valerio, Marsilio, Silvio, Bobo, Fenisa. Fué impreso en Sevilla año de* 1540. Esta obra escrita en verso con poca invencion y ninguna elegancia no merece particular exámen.

1540.

62. Anónimo. *Coloquio. En las presentes coplas se trata como una hermosa doncella andando perdida por una montaña encontró un pastor, el cual vista su gentileza se enamoró de ella, y con sus pastoriles razones la requirió de amores, á cuya recuesta ella no quiso consentir, y despues viene un salvage á ellos, y todos tres se conciertan de ir á una ermita que allí cerca*

estaba á hacer oracion á nuestra Señora. Vistas y examinadas, y con licencia impresas en Valladolid año de 1540. Ya se ve por lo que antecede que en esta obra no hay composicion dramática: la pintura de los afectos y el estilo en que está escrita no carecen de mérito.

1541.

63. Anónimo. *Farsa llamada Custodia.* Se halla prohibida en el citado índice de la inquisicion. No hay otra noticia de ella ni del autor que la compuso.

1542.

64. Anónimo. *Farsa de los enamorados.* Se halla su título entre las obras prohibidas por el santo oficio en el índice mencionado.

1543.

65. Anónimo. *Farsa llamada Josefina.* Prohibida igualmente en el mismo índice de la inquisicion.

1544.

66. Lope de Rueda. *Paso en el cual se introducen tres personas: Luquitas, page; Alameda, simple; Salcedo, amo.* Luquitas y Alameda se han entretenido en comer buñuelos y pasteles: su amo Salcedo que los ha estado esperando mucho tiempo, les pide cuenta de aquella tardanza: Luquitas se disculpa echando mentiras, pero Alameda contradice con su simplicidad los artificios de su compañero, y sin querer los inutiliza. El amo persuadido de que ellos comen y se divierten con lo que á él le sisan, los castiga á entrambos. En prosa.

1544.

67. *Comedia Eufemia.* A esta comedia escrita en prosa y dividida en ocho escenas precede un corto prólogo. Leonardo, caballero jóven, se despide de su hermana Eufemia deseoso de ver mundo y buscar fortuna: halla en Valencia á Valiano, príncipe ilustre y poderoso, que le recibe por secretario y le da toda su confianza. Leonardo le refiere las calidades de su hermana Eufemia, y Valiano enamorándose de oidas, determina hacerla venir á Valencia y casarse con ella: Paulo, criado antiguo de Valiano, envidioso de la privanza que disfruta Leonardo, parte en diligencia á donde Eufemia está; y siéndole imposible el verla por mas que lo procura, logra únicamente que una criada le dé algunos cabellos de un lunar que tiene su señora en un hombro: con esto vuelve á Valencia y dice á Valiano que ha merecido los favores de la hermana de Leonardo, presentando como prueba de lo que asegura los cabellos del lunar: el príncipe irritado contra Leonardo le da pocos dias para que se justifique, y al cabo de ellos si no lo hace se propone quitarle la vida: avisada Eufemia por su hermano de la acusacion que se hace contra ella y del peligro en que él está, va á Valencia, confunde al impostor Paulo, á quien el príncipe manda llevar al suplicio que estaba preparado para Leonardo; hace poner á este en libertad, le restablece en su gracia, y se casa con Eufemia. Esta fábula, mas interesante que verosímil, tiene unidad en la accion, no en el lugar ni en el tiempo. En los caracteres de Eufemia y Leonardo hay oportuna espresion de afectos, y locucion pura y elegante: los de Vallejo, lacayo baladron, Polo su compañero, Grimaldos, page, Eulalia, negra, y Ana, gitana, abundan en chistes cómicos, y producen incidentes graciosos, aunque no necesarios á la integridad de la composicion.

1545.

68. *Paso en el cual se introducen dos personas: Alameda, simple; Salcedo, amo.* Alameda halla en el monte una máscara, se la enseña á su amo Salcedo, y este por burlarse le dice que aquella es la cara de Diego Sanchez, un santero á quien habian muerto y desollado pocos dias antes unos ladrones: añade que la justicia anda en busca de los delincuentes, que si tropieza con ella es perdido, y que lo mejor será que se vaya á la ermita de San Anton y se haga santero: Alameda le deja la máscara y se va á la ermita: Salcedo, envuelto en una sábana con la máscara puesta, le llama en voz lamentable, y le hace creer que es el alma de Diego Sanchez: le encarga que á media noche vaya á un arroyo donde está su cuerpo insepulto y le lleve al cementerio de San Gil. Alameda lleno de miedo echa á correr, y el fingido muerto

le sigue y le acosa por todas partes. Diálogo en prosa con buen estilo, animado y gracioso.

1545.

69: *Comedia Armelina.* Pascual Crespo, herrero, tuvo en su juventud un hijo en una amiga suya, la cual se fué con un capitan á Hungría llevándose al niño: este, muerta su madre y tambien el capitan (que le dejó heredero de sus bienes), fué criado por un caballero de aquella tierra llamado Viana, el cual tenia una hija pequeña llamada Florentina, á quien daba muy mal trato su madrastra; por lo cual un pariente suyo se la robó, y hallándose embarcado con ella á vista de Cerdeña le asaltaron corsarios: la niña quedó cautiva; despues la vendieron en Cartagena á un hermano de Pascual Crespo, y este por último la recibió en su casa dándole el nombre de Armelina. Crespo y su muger viéndola ya en edad, tratan de casarla (aunque ella lo repugna) con el zapatero Diego de Córdoba. Llega en esto á aquella ciudad Viana acompañado de Justo su hijo adoptivo, y habiéndole asegurado un griego que allí encontraria á su hija Florentina, no omite diligencia para conseguirlo. Consulta con Muley Bucar, moro granadino, grande hechicero, el cual hace un conjuro espantoso, invoca á Medea, y sale en efecto Medea de los infiernos para decirle que la niña que se busca está en aquella ciudad: entre tanto Justo enamorado de Armelina ronda su casa: ella apurada por Crespo y su muger, que tratan de reducirla á que se case con el zapatero, se va desesperada á las orillas del mar con resolucion de tirarse al agua desde un alto peñasco: al ir á ejecutarlo sale el dios Neptuno y lo estorba: llévala á su casa, y allí delante de todos les hace saber que Justo es hijo del herrero Crespo, y Armelina es la Florentina hija de Viana que con tanto empeño se busca: conciértase la boda de Florentina y Justo: Neptuno en calidad de padrino se entra con ellos á celebrarla. Por este estracto se echará de ver lo complicado, romancesco é inverosímil de esta fábula, en la cual apenas puede alabarse otra cosa que el buen lenguaje y la viveza del diálogo. Puede citarse como la primera pieza de magia que se conoce en nuestro teatro: está escrita en prosa y se divide en seis escenas.

1546.

70. *Paso en el cual se introducen las personas siguientes: Lucio, doctor médico; Martin de Villalba, simple; Bárbara, su muger; Gerónimo, estudiante.* Martin de Villalba es objeto de las burlas de su muger, que tiene en casa con nombre de primo al estudiante de quien está enamorada: se finge enferma, y el pobre Martin va y viene á casa del médico, le regala pollos para tenerle grato, y se bebe todas las purgas que aquel receta á su muger, porque esta le asegura que le aprovecharán infinito si él se las toma. Por último la muger se va de casa acompañada del estudiante, diciendo á Martin que va á cumplir unas novenas: le encarga que ayune á pan y agua en tanto que vuelve, y él promete cumplirlo, aviniéndose á que el médico siga curándole para que ella se restablezca enteramente. Argumento cómico, buena prosa, perniciosa moral.

1546.

71. *Paso en el cual se introducen las personas siguientes: Caminante, licenciado Jáquima, bachiller Brazuelos.* El caminante se halla sin dinero, y no teniendo conocimientos en la ciudad, le ocurre buscar al licenciado Jáquima, para el cual trae una carta: este que vive en compañía del bachiller Brazuelos, recibe muy bien al caminante y le convida á comer: quedan solos el bachiller y el licenciado, y como este no tiene un cuarto para obsequiar al huésped, pide al otro que le preste lo necesario para salir de aquel empeño, pero Brazuelos, que se halla en el mismo caso, nada puede darle. Sin embargo para salir del apuro con menos afrenta discurre que el licenciado se oculte entre la manta de la cama cuando el huésped venga, y que él le dirá que de órden del arzobispo ha tenido que salir de la ciudad á toda priesa con el encargo de publicar unas bulas: acordado esto, llama el caminante: el licenciado se esconde y tapa con la manta, y admirado el huésped de no hallarle en casa, le dice el bachiller que sí está, pero que ha sido tanta la vergüenza que ha tenido de hallarse sin di-

nero para darle de comer, que se ha metido debajo de la manta, y diciendo esto tira de ella y se le descubre: salta el licenciado de la cama lleno de enojo contra el bachiller, resulta una quimera muy acalorada entre los dos, y el caminante viendo que allí no hay disposicion de comida, se aburre, los deja riñendo y se va. Prosa ligera y fácil: la malicia del bachiller produce buen efecto cómico.

1547.

72. *Paso en que se introducen las personas siguientes: Honciguera, ladron; Panarizo, ladron; Mendrugo, simple.* Panarizo y Honciguera esperan á Mendrugo que lleva una cazuela de comida á la cárcel en donde está presa su muger: le salen al paso, le meten en conversacion, y entre otras cosas le hablan de la tierra de Jauja, abundantísima y feliz sobre todo lo descubierto: Mendrugo quiere saber las maravillas que le anuncian de ella: le hacen sentar en el suelo, y empiezan á referirle los rios de leche, los puentes de mantequillas, los árboles cuyos troncos son de tocino, la miel, los pasteles, las aves y viandas esquisitas que se hallan preparadas y de balde en aquel delicioso pais: Mendrugo los oye absorto, y ellos aprovechándose de su aturdimiento arrebatan la cazuela y desaparecen. Ficcion sencillísima, en prosa.

1547.

73. *Paso en el cual se introducen las personas siguientes: Brezano, hidalgo; Cebadon, simple; Samadel, ladron.* Brezano da quince reales á su criado Cebadon para que se los lleve al casero: Samadel se hace encontradizo con el criado, y sabiendo la comision que lleva, finge que es el casero mismo: recibe los quince reales, y le da por carta de pago una carta particular que lleva consigo: vuelve Cebadon á ver á su amo, y por el contenido de la carta y las señas que da el mozo del fingido casero, conocen uno y otro el engaño que les ha hecho: van en busca del ladron, le encuentran en la calle, riñen, y Cebadon y su amo corren tras él. En prosa, buen diálogo.

1548.

74. Juan de Malara. *Comedia llamada Locusta.* Se ignora el argumento de esta comedia.

1548.

75. Lope de Rueda. *Paso en el cual se introducen las personas siguientes: Torrubio, simple viejo; Agueda de Toruégano, su muger; Mencigüela, su hija; Aloja, vecino.* Torrubio viene del campo con una carga de leña: Agueda su muger le pregunta si ha plantado el renuevo de olivo que él llevó: él dice que sí, y ella supone que dentro de seis ó siete años ya llevará cuatro ó cinco hanegas de aceitunas, y cortando de él otros renuevos podrá plantarse un olivar: ella cogerá las aceitunas, el marido las llevará en el asno á la plaza, y Mencigüela las venderá: aquí empieza lo mas agitado de la accion, porque Agueda no quiere que la chica venda el celemin de aceitunas en menos de dos reales, y su marido dice que bastará venderlas á catorce ó quince dineros: Mencigüela recibe órdenes contrarias de su padre y de su madre, y á cada uno de ellos promete hacer lo que le mandan: esta docilidad le perjudica mucho porque solo sirve de escitar la cólera de entrambos, que la castigan alternativamente: sale al ruido Aloja su vecino: pregunta la causa de aquella desazon, y viendo que todo ello es sobre fijar el precio á que han de venderse las aceitunas que deben nacer de allí á treinta años, procura ponerlos en paz y concluir aquella ridícula contienda. Motivo cómico muy gracioso sostenido con un buen diálogo en prosa.

1549.

76. *Farsa del Sordo.* Esta pieza escrita en verso, atribuida á Lope de Rueda, no tiene mérito particular.

1550.

77. *Comedia Medora, Intróito.* La comedia está escrita en prosa y distribuida en seis escenas: la accion se supone en Valencia. Acario tuvo una hija y un hijo en estremo parecidos el uno al otro: siendo muy chicos los dos, una gitana robó al niño, dejando uno suyo en su lugar que murió de allí á poco tiempo: crió Acario á su hija llamada Angélica, y llegando á edad juvenil se enamoró de ella

Casandro, mancebo acomodado de aquella ciudad: la gitana vuelve á Valencia trayendo consigo á Medoro vestido de muger: resultan frecuentes equivocaciones nacidas de la semejanza de Medoro y Angélica hasta que la gitana descubre la verdad, refiere el hurto que hizo del niño, pide perdon y fácilmente se le conceden, verificándose el casamiento de Casandro con Angélica. Esta fábula, en que Lope repitió lo que ya habia puesto en otra (y no ciertamente para mejorarlo), se entorpece y confunde con episodios inútiles, y carece de verosimilitud. Los amores del viejo Acario con Estela, los disfraces que se pone, los palos que recibe, la salida de Barbarina su muger, que se va en camisa á media noche al cementerio á buscar tierra de siete muertos, y otras impertinencias de esta clase son incidentes de farsa grosera y trivial. Las baladronadas de Gargullo y el chasco que le da la gitana no carecen de gracia cómica: el diálogo en general es animado y fácil.

1551.

78. *Coloquio de Camila. Intróito.* Sigue el coloquio en prosa sin division de actos ni de escenas. La accion parece que se supone en las cercanías de Valencia: Socrato perdió un hijo pequeño que tenia, y poco despues halló en su puerta una niña de pecho, á quien crió con nombre de Camila, hasta que llegando á edad de diez y siete años, trató de casarla con el barbero Maese Alonso, viudo y viejo: Camila, enamorada del pastor Quiral, repugna el matrimonio que se le propone, y viéndose hostigada de las instancias de Socrato se huye de casa, se va al monte, y en él quiere quitarse la vida, pero la Fortuna se le aparece y le promete su proteccion: sospéchase que Quiral haya sacado de su casa á Camila, y él desesperado de haberla perdido, viendo que le piden cuenta de ella, dice que en efecto la ha robado y despues la ha muerto: en consecuencia de esta declaracion tratan de ahorcarle: la Fortuna encargándose de desenredar esta maraña lleva consigo á Camila, y hace saber á los interesados en ello que aquella niña criada por Socrato es Galatea, hija del barbero Maese Alonso: declara tambien como Socrato es Anastasio, natural de Rosellon, el cual mudando de residencia tuvo por conveniente mudar de nombre, y por último dice tambien que el pastor Quiral es el hijo de Socrato, á quien halló pendiente de las mantillas en un árbol un hostalero del Coll de Balaguer: esto sabido sale Quiral de la cárcel y le casan con Camila. Tal es el embrollo que sirve de accion de esta pieza. La confusion que resulta de la discorde union de tan opuestos caractéres y personages es estravagante en demasía: el lenguaje siempre es bueno: el estilo muy desigual, á veces propio del bajo cómico, y á veces cuando quiere ser culto degenera en pedantesco, cadencioso, lleno de perífrasis y trasposiciones violentas.

1551.

79. Juan de Rodrigo Alonso. *Comedia hecha por Juan de Rodrigo Alonso (que por otro nombre es llamado de Pedrosa), vecino de la ciudad de Segovia, en la cual por interlocucion de diversas personas en metro se declara la historia de santa Susana á la letra, cual en la prosecucion claramente parescerá: hecha á loor de Dios nuestro Señor: año de* 1551. *Son interlocutores de la presente obra los de suso contenidos: santa Susana, sus doncellas Orisia y Patricia, su padre Elquias, su madre, Joaquin su marido, dos criados suyos, voz popular, los dos inicos viejos, sus dos ministros, los substitutos Elifaz y Manasés, Daniel, carcelero, pregonero.* Esta comedia escrita en redondillas (en la cual no hizo mas el autor que poner en diálogo lo que refiere la historia) tiene sin embargo interes dramático, situaciones y afectos, enredo, solucion y moralidad. El ejemplar que tuve presente existe en la Biblioteca Real de Paris. En la de Madrid hay otro.

1551.

80. Lope de Rueda. *Coloquio.* Se ignora si estaba escrito en prosa ó verso: los interlocutores son dos pastores, dos pastoras y el Amor. Lorenzo Gracian, en su tratado de la *Agudeza* ó *Arte de ingenio*, recomendó el artificio dramático de este coloquio diciendo: « Comenzó el prodigioso « Lope de Rueda, á quien llamó el jurado « de Córdoba Juan Rufo inimitable varon

« con verdad : tuvo escelentes invenciones : « sea bastante prueba aquella en que introduce cuatro amantes encontrados, dos « pastores y dos pastoras, apasionados « entre sí con tal arte que ninguno correspondia á quien le amaba : pidieron al « Amor en premio de haberle desatado de « un árbol, á que le habian amarrado la « Virtud y la Sabiduría, que les trueque « las voluntades y haga el Amor que ame « cada uno á quien le ama ; y cuando parece que se desempeña, entonces se enreda mas la traza, porque pregunta « Amor qué voluntades quiere que violente y mude, las de los hombres ó las « de las pastoras ; que se concierten entre « sí : aquí entra la mas ingeniosa disputa, « dando razones ellos y ellas por parte de « cada sexo, que es una muy ingeniosa invencion. »

1552.

81. *Coloquio* en verso. Nada se sabe acerca del argumento y personages de este coloquio, citado por Cervantes en la comedia de *Los Baños de Argel*, donde incluyó el fragmento que sigue.

Si el recontento que trayo
Venido tan de rondon,
No me lo abraza el zurron,
¿Cuáles nesgas pondré al sayo,
O qué ensanches al jubon?
Y si al contarlo Estremeño,
Con un donaire risueño
Ayer me miró Constanza,
¿Qué turba habrá ya ó mudanza
Que no la pase por sueño?
Esparcios, las mis corderas,
Por las dehesas y prados,
Mordey sabrosos bocados;
No temais las venideras
Noches de nubros airados,
Antes os anday esentas
Brincando de recontentas,
No os aflija el ser mordidas
De las lobas deshambridas,
Tragantonas, mal contentas;
Y al dar de los vellocinos
Venid siempre no ronceras
Rumiando por las laderas
A jornaleros vecinos
O al corte de sus tijeras,
Que el sin medida contento
Cual no abarca el pensamiento
Os librará de lesion,
Si al dar el branco vellon
Barruntais el bien que siento.
¿Mas quién es este cuitado
Que asoma acá entelerido,
Cabizbajo, atordecido,
Barba y cabello erizado,
Desairado y mal erguido?

82. *Coloquio de Timbría. Intróito.* Este coloquio no tiene division de actos ni de escenas : está escrito en prosa : su fábula es en estremo complicada y absurda, y el empeño de referirla causaria fastidio al lector, no instruccion ni deleite.

1555.

83. Anónimo. *Comedia de Peregrino y de Ginebra.* Se halla entre las obras prohibidas del citado índice de inquisicion. Probablemente el autor de esta comedia redujo en ella á accion dramática el argumento de una novela que se habia publicado en el año de 1548 con este título : *Libro de los honestos amores de Peregrino y Ginebra, fecho por Hernando Diaz.*

1553.

84. Francisco de Avendaño. *Comedia nuevamente compuesta por Francisco de Avendaño, muy sentida y graciosa, en la cual se introducen las personas siguientes : la Fortuna, un caballero quejoso de ella llamado Muerto, otro caballero herido de amor llamado Floriseo, una doncella llamada Blancaflor, dos pastores, el uno llamado Salaver y el otro Pedrucio, un page llamado Listino : dirigida al muy noble y valentísimo señor D. Juan Pacheco, capitan general de la gente del ilustrísimo señor marques de Villena, año de* 1553, sin lugar de impresion.

En el intróito que le precede se alaba el autor de ser esta la primera pieza de teatro escrita en tres jornadas. Virués, Cervantes y Artieda, que florecieron muchos años despues, creyeron ser inventores de esta novedad.

La obra citada está escrita en coplas de pié quebrado.

1554.

85. Luis de Miranda. *Comedia Pródiga. Dirigida al muy magnífico señor Juan de Villalba, de la cibdad de Plasencia, compuesta y mordlizada por Luis de Miranda, placentino, en la cual se*

contiene (demas de su agradable y dulce estilo) muchas sentencias y avisos muy necesarios para mancebos que van por el mundo, mostrando los engaños y burlas que están encubiertos en fingidos amigos, malas mugeres y traidores sirvientes. Impresa en Sevilla en casa de Martin de Montesdoca : acabóse á diez dias de diciembre año de 1554. En unas coplas que se hallan al fin de la obra dice el autor que despues de haber servido algunos meses en la milicia se habia hecho clérigo, y esto es lo único que se sabe acerca de él. La comedia está escrita en redondillas, y se divide en siete actos cortos. *Acto primero.* Publicase á son de tambor una recluta de gente para la guerra : Pródigo, deseoso de salir de la sujecion doméstica, resuelve seguir la milicia en calidad de caballero aventurero : pide á su padre Ladan la legítima que le corresponde : el padre lo repugna mucho, pero al fin cediendo á sus instancias le entrega dos mil ducados en oro y tres mil en una letra de cambio, le da muy buenos consejos, le despide y le deja ir acompañado de Felisero, criado de toda su confianza : júntanse en el camino con Silvan y Orisento, soldados viciosos y estafadores : llevan á Pródigo á una venta cerca de Sevilla : él paga por todos, se aficiona de una moza llamada Sirguera, y con ella y los demas prosigue su viaje. *Acto segundo.* Llegan á un pueblo donde hay feria : gasta Pródigo mil ducados en cadenas y medallas que regala á Silvan y Orisento : su criado Felisero quiere irle á la mano, pero él no hace caso y se va con la moza : Olivenza, rufian baladron y cobarde con quien ella vivia, la anda buscando : Alfenisa y Grimana, mugeres públicas, le dan noticia de que está en poder de Pródigo : conciertan Olivenza, Silvan y Orisento lo que ha de hacerse para quitar á Pródigo la gorra guarnecida y el rico joyel de oro que lleva al cuello : luego que viene, sale Olivenza con la espada desnuda pidiendo la moza á los soldados haciendo grandes amenazas : ellos émbisten con él, Pródigo se mete en medio para apaciguarlos, y en la fingida quimera le atropellan, le tiran al suelo, le hieren en la cara, le quitan el joyel y la gorra, y todos desaparecen : la madre de las mozas viéndole tan mal parado le recoge en su casa. *Acto tercero.* Un alguacil lleva preso á Pródigo como tambien á Grimana y su madre para que en la cárcel declaren lo que ha sucedido : Felisero va á verse con su amo, habla despues con el alguacil y el carcelero, y á fuerza de gratificaciones consigue que suelten á Pródigo y á las dos mugeres : los dos mil ducados en oro se consumieron enteramente, y Pródigo encarga á su criado que vaya á cobrar la letra de cambio : estando en la prision habia visto en unas ventanas de enfrente á una hermosa doncella de la cual quedó enamorado : luego que se ve libre y solo, se pasea delante de la casa : ve salir de ella á una criada llamada Florina, de la cual se informa acerca del nombre y circunstancias de aquella dama : Florina le dice que sería muy conveniente que diese una alborada á su señora, y él promete hacerlo así en la mañana próxima : llega Felisero y le cuenta que los pages que habia recibido se han escapado, y que los soldados sus amigos se le han llevado los caballos, el sayo y la capa : le da el dinero de la letra; y él lleno de esperanzas amorosas olvida sus pérdidas, y solo piensa en la música que ha de dar á su dama. *Acto cuarto.* Dada la música, proporciona Florina que Pródigo pueda ver á su señora Alcanda escondido en la huerta, de lo cual resulta el siguiente diálogo :

Pródigo. ¿Hora dónde me pornia
Para ver si ser pudiese
Lo que hace ó respondiese
Mi señora aqueste dia?
Aquí me pongo en parada
Por estar mejor alerta.
Alcanda. Florina, cierra esa puerta.
Florina. Señora, ya está cerrada.
Pr. ¡Oh mi remedio y mi amada!
Tras sus pisadas me voy
Por ver lo que por mi hoy
Hace ó dice su criada.
Fl. ¿Qué te paresció, señora,
Del cantar de esta mañana?
Alc. Tan bien, que de buena gana
Le escucharia hasta agora.
Fl. ¿Paréscete que do mora
Tal virtud que habrá verdad?
Pues sabe que en la ciudad
Solo á tí, señora, adora.
Esto téngolo entendido
(Aunque no pensé decillo)
En que ayer me dió este anillo,
Y una saya ha prometido.

Alc. ¿Aquesto me has escondido?
Muestra el anillo, veremos.
Vos ni yo no le tendremos,
Vuelva allá donde ha venido.
Y otra vez de esta manera
Con nuevas no me vengais,
Si malas pascuas hayais,
Doña sucia y hechicera.
¡Mira si yo soy ramera
De estraños y forasteros,
O si me faltan dineros
Para que precie á un cualquiera!
Fl. No pensé que la enojára:
Perdóneme tu merced.
Alc. ¡Gentil pensar! Entended.
¿Pensábais que me holgára?
Fl. A lo menos que burlára
De velle así enamorado.
Alc. ¿Y por qué, si tú le has dado
A sus hablas buena cara?
¡Mal pecado! Ya le habrás
Dado cuenta de quien soy,
De lo que hago y á do voy,
Y de todo lo demas.
Fl. Por cierto, nunca jamas
A él ni á nadie tal dí.
Alc. Hora quítate de ahí:
No hablemos en esto mas.
Pr. Ya yo me maravillaba
De suerte tan favorable.
¡Oh mi ventura mudable!
¡Y cuán engañado estaba!

Felisero aconseja á Pródigo que desista de aquella solicitud; pero Florina, á pesar de todo lo ocurrido, anima su esperanza, y le dice que no haria mal en valerse de la mediacion de una vieja alcahueta que vive allí cerca: Pródigo, despues de regalar á Florina, va á verse con Briana (que así se llama la alcahueta), la cual en fuerza de las dádivas que recibe, se pone en camino para favorecer los amores de Pródigo. *Acto quinto.* Felisero, vista la perdicion inevitable de su amo, y no atreviéndose á volver á casa de Ladan, se va con resolucion de hacerse ermitaño: Alcanda hace echar á la Briana de su casa á palos y golpes que le dan sus criados: Lizan y Cerbero, rufianes, amigos de la vieja, la encuentran en la calle y la llevan á su casa, en donde Pródigo la estaba esperando: refiérele el mal éxito de su mensage, y se lamenta de que los criados de Alcanda le han quitado todo el dinero que tenia: Pródigo para consolarla la socorre con doblada cantidad, y á instancias de la Briana recibe en su servicio á Lizan y Cerbero: va con ellos á rondar la calle de Alcanda, y sigue este diálogo:

Pr. Venid conmigo los dos:
Lleguemos aquí, veamos;
A propio tiempo llegamos.
Labrando está me parece,
Dejadme ver qué se ofrece.
Lizan. Al propósito topamos.
Alc. ¿Dó vas, negro? ven acá,
Ve y llama á aquel caballero
Que paresce forastero;
Veremos qué nos dirá,
Que por ventura vendrá
De Flandes, do está mi padre:
Que todo el mal de mi madre
Es por no saber do está.
Negro. Allégate acá, señor,
Que te llama mi señora.
Pr. No vengamos en mal hora,
Mas la muerte me es favor.
Neg. Entra dentro al corredor,
Que hora se pone á labrar.
Alc. ¿Osado sois de aquí entrar,
Decí, don perro traidor?
¿Paréceos bien enviarme
Una rapaza indiscreta,
Y una pública alcahueta,
Que eran para disfamarme?
¿Habia yo de fiarme
A humo muerto en cualquiera?
Pr. Quien tal ha hecho que muera:
No quiero mas disculparme.
Alc. Direis no haber conocido
Por no ser de la ciudad;
Mas donde hay sagacidad,
Todo en un hora es sabido.
Otro aviso he yo tenido
Algo mas disimulado,
Que á la muchacha he mesado
Y á la vieja he sacudido,
Sabe Dios cuanto pesar
Que me quedaba por vos.
Mirá si debeis á Dios
Con tal esclava topar.
Pr. Imágen para adorar
He yo, señora, topado.
Alc. No, sino sierva, mi amado.
Dejemos hora el hablar,
Y esta noche con la escala
Vuelve, señor, muy secreto;
Que sin falta te prometo
De te esperar en la sala,
Porque la puerta es tan mala
Que rechina que es espanto.
Hora ve, descansa en tanto,
Dios nuestro Señor te vala.
Pr. ¿Es posible que soy yo
Quien tanto bien ha alcanzado?
¡Oh yo bienaventurado
Mas que cuanto Dios crió!

Quien no se determinó
No sabe lo que ha perdido,
Que mas que fortuna ha sido
El que nunca la temió.

Vuelve Pródigo á casa de la Briana, le cuenta todo lo que le acaba de suceder, y ella dice:

Al diablo yo las doy
Aquestas muy desdeñosas,
Que estas son las mas mañosas:
Jesú, fuera de mí estoy.
Entra agora allá, señor,
Dirás estas maravillas
A aquellas mozas bobillas
Porque sepan qué es amor,
Y sepan qué es dar dolor,
Y despues á manos llenas
Concediendo tras las penas
El descanso y el favor.
Hora yo estoy espantada
De ver la sagacidad,
La malicia y la maldad
De esta edad desventurada.
¡Que una muchacha encerrada
Tuviese tales rodeos!
Mira quien vió sus meneos,
Y la vió tan enfadada.
Maldito el que es menester
Bienquerencias ni terceras,
Que ellas tienen sus maneras
Con que se dan á entender:
Todas saben no querer,
Mas no todas defensarse;
Y todas saben negarse,
Pero pocas fuertes ser.
Rapazas que aun alimpiarse
No saben ni son criadas,
Las vereis ya requebradas
A las ventanas pararse,
De los que pasan burlarse
Con sus risitas y señas;
Y no son tan duras peñas
Que no vengan á quebrarse.

La Briana concierta con Lizan y Cerbero que á la noche cuando vaya Pródigo á ver á Alcanda le hagan caer de la escala al subir ó bajar por ella, y aprovechando la accion le roben cuanto tiene para repartirlo entre los tres. *Acto sesto.* Pródigo, disfrazado con un mal vestido que le ha dado la Briana (para quitarle el suyo), va á la cita acompañado de sus nuevos servidores: ponen la escala, y entra Pródigo por una ventana al cuarto de Alcanda: despues de un diálogo en que Cerbero y Lizan tratan de la bellaquería que tienen resuelta, sale Pródigo, y al bajar por la escala le dejan caer al suelo, le quitan el bolson del dinero disimuladamente, y le conducen á casa de Briana; fingen que van á buscar á un cirujano y desaparecen para no volver: Pródigo, quejándose de su caida y echando de ver que aquellos pícaros le han quitado el dinero, pide á la Briana que le disponga una cama; pero ella, que ya nada tiene que esperar, le echa de su casa y le deja en la calle, solo, á media noche, lloviendo, desfallecido, sin un cuarto, y lleno de dolores en todo su cuerpo: ve á un caballero que va á entrar en su casa; le pide limosna, y el caballero manda que le den un pan: de allí se encamina al hospital, y no le quieren recibir: vuelve á buscar al caballero, ruégale encarecidamente que le admita por criado de su casa y queda recibido para guardar los puercos. *Acto séptimo.* Pródigo, reducido á la mayor miseria, se pone en camino para volver á casa de su padre: halla una ermita y en ella á su criado Felisero, que está haciendo vida solitaria, el cual le confirma en su resolucion y le acompaña hasta que llegan á casa de Ladan: Pródigo se echa á sus pies, le pide perdon, y el padre amoroso todo lo olvida al verle tan arrepentido: le hace poner ricas vestiduras y manda que se hagan fiestas y alegrías en celebridad de haber recobrado un hijo por quien habia derramado tantas lágrimas.

Está muy bien desempeñado el fin moral de esta fábula, que es sin duda una de las mejores del antiguo teatro español, bien pintados los caractéres, bien escritas algunas de sus escenas: las situaciones se suceden unas á otras, aunque no con particular artificio dramático, siempre con verosimilitud y rapidez. La duracion del suceso es indeterminada: el lugar de la escena varia continuamente, y no pudiera sin mucha violencia ponerse ahora en el teatro, pero en el tiempo en que esta pieza se compuso, la imaginacion de los espectadores todo lo suplia. Existe en la Biblioteca Real de Paris.

1555.

86. Anónimo. *Comedia de Plauto intitulada: Milite glorioso*, traducida en lengua castellana. Amberes, 1555.

1555.

87. *Comedia de Plauto intitulada: Menecmos*, traducida en lengua castellana. Amberes, 1555. En estas dos traducciones merecen alabanza el lenguaje y el estilo. Véanse los dos siguientes trozos sacados de la primera.

« No estás bien en los negocios, porque « en la mala muger y en el enemigo todo « cuanto se gasta es perdido; pero con el « huésped y con el amigo ganancia es lo « que se gasta, y tengo por buena dicha « topar con huéspedes de mi condicion á « quien reciba en mi casa: come y huelga « y bebe conmigo, y alégrate de mi compa- « ñía: libre te es mi casa y yo tambien soy « libre, quiero gozar de mi con libertad, « porque por la misericordia de los dioses « y por las riquezas que me concedieron; « pude muchas veces casarme con alguna « de muchas mugeres que se me ofrecieron « de muy buena casta y con mucho dote; « pero no quise meter en mi casa una gru- « ñidora con quien perdiese mi libertad....

« Como tengo muchos parientes, no me « hacen falta los hijos: agora vivo á mi « voluntad y dichosamente siguiendo lo « que se me antoja: cuando me muriere, « dejaré mis bienes á mis deudos que los « partan entre sí: ellos comen conmigo, « curan de mi salud, vienen á ver qué ha- « go, si mando alguna cosa: antes que « amanezca ya están en mi cámara: pre- « gúntanme si he dormido bien aquella no- « che, téngolos en lugar de hijos: en- « vianme presentes y regalos: si hacen « sacrificios, dan de ellos mayor parte á « mí que á sí: sácanme de mi casa, llé- « vanme á las suyas á comer y cenar: aquel « se tiene por mas desdichado que me en- « vió menos: ellos debaten entre sí con sus « presentes: yo callo y recíbolos: desean « mis bienes, pero entre tanto consérvan- « los y acreciéntanlos con los suyos. »

Si en la traduccion de estas comedias se advierte á las veces error de inteligencia en algunos pasages, omisiones en otros, espresiones que pertenecen á varias personas en boca de una sola, debe considerarse cuáles serian los ejemplares latinos que pudo tener presentes el traductor. Ya se ha dicho en otra ocasion cuán viciadas fueron las ediciones de Plauto durante el siglo XVI. Ignórase hasta ahora quién fué el traductor de estas dos piezas, y solo se infiere por la dedicatoria que hace de ellas al secretario Gonzalo Perez, que se hallaba en Lila empleado en la Real Hacienda.

1556.

88. Juan de Malara. *Tragedia de Absalon*. No hay otra noticia de esta pieza que la que dió su mismo autor en la obra intitulada *Filosofía vulgar*, donde dice que habia compuesto una tragedia de Absalon.

1556.

89. Lope de Rueda. *Paso*. Introdúcense en él Sigüenza, lacayo; Sebastiana, mundana; Estepa, lacayo. Sebastiana cuenta á Sigüenza una riña que ha tenido con otra moza, amiga de Estepa, diciéndole entre otras cosas que habló muy mal de él llamándole ladron desorejado: Sigüenza se enfada sobremanera, refiere un caso de honra en que se vió precisado á deshacerse de las orejas para defenderse de sus contrarios: amenaza á todo el mundo y promete vengar con estrago espantoso las ofensas que á su amiga y á él les han hecho: sale Estepa, insulta á Sigüenza y á Sebastiana, y exige que Sigüenza se desdiga de cuanto ha dicho: Sigüenza lo hace diciendo que estaba borracho y que mintió como un tacaño: Estepa añade que se ponga de rodillas y se deje dar por mano de Sebastiana tres pasagonzalos en las narices: luego que esto se hace, Estepa le toma la espada y se va con la moza. Gracioso diálogo en prosa, buena imitacion de caractéres y costumbres.

1556.

90. *Paso. Introdúcense en él las personas siguientes: Dalagon; Pancorbo, simple; Periquillo, page; Peiruton, gascon; Guillelmillo, page*. Dalagon echa de menos una caja de turrones de Alicante que tenia sobre el escritorio: llama con separacion á sus criados y les pregunta quién se los ha comido: ninguno le da razon y se acusan reciprocamente: el amo se enfada y les va dando de palos uno á uno: despues de esto se acuerda Guillelmillo el page de que su amo se los pidió y los guardó en el escritorio: Dalagon reconoce que es cierto lo que el page dice, y para

contentar á sus criados les promete repartir entre ellos todos los turrones: consultan los criados entre sí, y determinan portarse con el amo generosamente no tomando los turrones que les ofrece, y restituyéndole con puntualidad los palos que les dió: así lo hacen, y Dalagon esperimenta bien á su despecho el desinteres de sus criados recibiendo una gran paliza que le dan entre todos. Tiene agudeza la solucion de esta pequeña fábula: está escrita en prosa.

1556.

91. *Comedia de los Engaños.* Está escrita en prosa y dividida en diez escenas. Virginio, ciudadano romano, tuvo un hijo y una hija gemelos: perdió al hijo en la confusion del saqueo de Roma en el año de 1527, y se fué con su hija Lelia á vivir á Módena: allí se enamoró de ella un mancebo llamado Lauro, pero despues se aficionó de Clavela, hija de Gerardo: Lelia (á la cual habia dejado su padre en un convento mientras él iba á Roma á recuperar alguna parte de sus bienes) ofendida de la ingratitud de Lauro se sale del convento, y vestida de hombre entra á servir de page á su amante con el designio de introducir desconfianza entre él y Clavela: vuelve Virginio de Roma, halla que su hija no parece: llegan á este tiempo á Módena un jóven romano llamado Fabricio con su maestro y un criado: este Fabricio es precisamente el hijo que Virginio perdió y lloraba por muerto, tan semejante á su hermana Lelia, que de esta circunstancia resultan frecuentes engaños, confusion y disturbios, hasta que llega á declararse quién es Fabricio, y quién el fingido page de Lauro, resultando los casamientos de Lauro con Lelia y de Fabricio con Clavela. Esta comedia, en que se hallan algunas felices imitaciones de Plauto, es muy artificiosa é interesante, aunque en sus incidentes no hay toda aquella verosimilitud que pide el teatro. Siguió Lope en la composicion de esta fábula una de las novelas de Bandello, que se habian impreso en Luca en el año de 1554, alterando los nombres de personages y ciudades segun le pareció conveniente: en lo demas imitó mucho el original italiano. Está escrito con buen lenguaje, y entre las partes episódicas es muy gracioso el papel de la negra Guiomar, criada de Clavela.

1556.

92. *Coloquio llamado Prenda de amor.* Personas: *Menandro, pastor; Simon, pastor; Cilenia, pastora.* Altercan Menandro y Simon sobre cuál de ellos ha sido mas favorecido de Cilenia, la cual ha dado á Simon uno de sus zarcillos, y á Menandro una sortija; viene Cilenia apacentando su ganado, y ambos le ruegan que declare á cuál de ellos ha entendido favorecer mas: ella rehusa declararse y se va, dejando en manos de Simon su retrato con esta letra:

Mira y verás
En mí cuanto tú querrás.

y en las de Menandro un corazon pintado con un mote alrededor que dice:

Ya no tengo mas que dar,
Pues te doy el corazon.

Cada uno de ellos imagina por la dádiva y la letra que le acompaña ser el mas venturoso, y con esta lisonjera presuncion ambos quedan contentos y amigos. Está escrito en quintillas.

1558.

93. Paso. *Introdúcense en él las personas siguientes: Madrigalejo, lacayo ladron; Molina, lacayo; un alguacil, un page.* Madrigalejo se entretiene con Molina refiriéndole algunos trabajos que ha pasado con la justicia: viene en su busca un alguacil á instancias de un page á quien Madrigalejo habia hurtado un libro de devociones: les hace varias preguntas y descubre un lio de ropa que ocultaba Molina por encargo de Madrigalejo: los hace atar á entrambos y los lleva á la cárcel prometiéndoles que saldrán muy pronto de allí para las galeras. Diálogo en prosa.

Lope de Rueda, natural de Sevilla, fué batidor de oro: cediendo al impulso que le inclinaba al teatro, se hizo actor y autor, y formando una pequeña compañía corrió las provincias y principales ciudades de España. En Sevilla, Córdoba, Granada, Valencia, Toledo, Madrid, Segovia y Valladolid representó con estraordinario aplauso del público sus mismas obras. Todas las hizo imprimir despues de su muerte

su amigo Juan de Timoneda. Se ha perdido la edicion de sus *Coloquios en verso*, que en aquel tiempo se estimaron como lo mejor que salió de su pluma, y solo ha quedado el de las *Prendas de amor*. Las cuatro *Comedias*, los dos *Coloquios*, los diez *Pasos* (todo en prosa) y el Coloquio en verso, se publicaron en Valencia por el citado Timoneda en los años de 1567 y 1570. Parte de estas obras se imprimieron en Sevilla y en Logroño. Floreció Lope de Rueda desde los años de 1544 en que empezó á darse á conocer, hasta el de 1560, en que probablemente murió. En el de 1558 representó en Madrid y en Segovia, y en aquel año le vieron sin duda en la corte Miguel de Cervantes y Antonio Perez, haciendo ambos mencion de haber sido testigos de su habilidad y de sus aplausos. Murió en Córdoba, y el cabildo de aquella catedral le hizo enterrar en la nave principal de ella entre los dos coros: honor concedido á un cómico, y en aquel tiempo, que manifiesta cuánta fué la estimacion que hicieron de él sus contemporáneos; pero la posteridad mas injusta ha dejado perecer y olvidar el depósito de sus cenizas, que ocupan ya desconocido y comun sepulcro.

1558.

94. Anónimo. *Farsa llamada Rosiela, nuevamente compuesta, en la que se introducen las personas siguientes: Palomeo, padre de Floriseo; Rosiela, dama; Floriseo, galan; Justina, criada; Cambano, padre de Benito, bobo; Pinamarte, criado de Palomeo; Marigreja* y *Pablos Gil*. Cuenca, 1558.

Amores, diálogos pastoriles, gracias del bobo, niños robados en la cuna, reconocimientos y otros incidentes romancescos muy usados por los dramáticos de aquel tiempo. La versificacion es bastante buena.

1559.

95. Juan de Timoneda. *Comedia de los Menecmos, puesta en gracioso estilo y elegantes sentencias*. Valencia, 1559. Timoneda tradujo libremente en prosa esta comedia de Plauto: suprimió con inteligencia dos personages poco necesarios, varió el prólogo, quitó los soliloquios inútiles de Peniculo en el primer acto, y en el tercero el de Menecmos, casado en el cuarto, y el de Mesenio en el quinto. Dió muy oportunamente mayor estension á algunas escenas, á otras mas naturalidad, mejoró el desenlace y conservó en toda la pieza la gracia y ligereza cómica del autor latino. Precede á la comedia un prólogo en que hablan el dios Cupido y tres pastores.

1559.

96. *Comedia llamada Cornelia: es muy sentida, graciosa y regocijada*. Valencia, 1559. Esta comedia, por el gusto de las que entonces se admiraban en Italia, tiene algunas situaciones imitadas de *El Nigromante* de Ariosto. Está escrita en prosa con muy buen lenguaje, el diálogo es rápido y natural, abunda en chistes cómicos no siempre decentes, pero en las costumbres libres de aquella edad hallaban aplauso. La esposicion de esta pieza es muy defectuosa, y sin el prólogo separado que le precede nada se sabria de los antecedentes que motivan la fábula. Poseia un ejemplar impreso de estas dos comedias D. Ramon Cabrera, individuo de la Real Academia española.

1560.

97. Anónimo. *Paso. Interlocutores: Monserrate, simple; Coladilla, page; Valverde, doctor; Jumilla, muger; alguacil Porqueron*. La escena es en Valencia. Coladilla, sabiendo que va á venir una muger de Rusafa á consultar á su amo el médico sobre una dolencia que padece su madre, persuade á Monserrate su compañero á que se vista las ropas del doctor que aun está durmiendo y finja ser el mismo, á fin de recibir dos reales y un bollo que sabe que traerá la muger: viene esta, y Monserrate sentado, y Coladilla detras que le va dictando lo que ha de decir, le preguntan sobre la enfermedad de su madre, y Monserrate le prescribe los remedios, equivocando con disparates cuanto Coladilla le dice al oido. La muger da los dos reales y el bollo, y Monserrate la hace llevar una redoma de bebida blanca que estaba debajo de la cama de la médica, encargándola que se la haga beber á la enferma: se va la muger, viene el doctor Valverde, y hallando á Monserrate vestido con sus ropas se enfada y riñe: vuelve la muger acompañada

de un alguacil lamentándose de que por haber dado á su madre un poco de lo que contenia la redoma acaba de espirar. La supuesta bebida era una disolucion de soliman con que se lavaba la médica : el alguacil se lleva á la cárcel á los criados del doctor y al doctor con ellos. Diálogo en prosa.

1560.

98. *Paso de los Ladrones, en el cual se introducen las personas siguientes : Cazorla, viejo ladron; Buitrago, ladron nuevo; Salinas, ladron nuevo; Joan de Buenalma, simple.* Está escrito en prosa : parece que se quiere figurar la escena en Valencia : Salinas y Buitrago se recomiendan á Cazorla para que les instruya en el oficio de que son principiantes : Cazorla les da varios consejos sobre lo que deberán practicar si llegan á caer en manos de la justicia para salir menos mal de los interrogatorios, de los careos y del potro : les refiere varios ardides de que ha usado durante su larga carrera, y les da alguna noticia de la nomenclatura germanesca usada entre los de su ejercicio : sale Joan de Buenalma con una cesta de huevos, traman conversacion con él Buitrago y Salinas : este le desafia á saltar á pié juntillas, y como Joan de Buenalma le desprecia y dice que en conciencia no puede apostar con él por la conocida ventaja que le lleva, disponen que salte con los piés y los brazos atados : él se aviene á ello, y al ir á dar el salto, ve que Salinas se escapa llevándose el dinero apostado : Buitrago, á quien dió á guardar el capote, se va en seguimiento del otro : Cazorla con la cesta de los huevos echa á correr detras de los dos, y Joan de Buenalma se queda atado de brazos y piés, sin dinero, sin capote y sin cesta. El juego de teatro suple en esta pieza la falta de accion.

1560.

99. Paso : *introdúcense en él las personas siguientes : Gutierrez de Santibañez, lacayo mozo; Inesa Lopez, fregona; Rodrigo del Toro, simple; Salmeron, amo.* Está escrito en prosa. Gutierrez, á quien Rodrigo del Toro tiene encargado que le busque una novia, concierta con Inesa hacerle una burla, y viéndole venir con un plato de confitura que lleva á unas monjas, Gutierrez le dice (enseñándole á Inesa) que aquella es la novia que ha encontrado mas á propósito para él : Rodrigo conviene desde luego en casarse con ella, y á falta de colacion para celebrar el contrato, Gutierrez le propone que puede suplir el plato de confitura, dando despues á su amo cualquiera disculpa de haberle perdido; y esto dicho, se lleva Gutierrez el plato, Inesa enamora á Rodrigo, y él lleno de empacho, solo acierta á decir simplezas : estando en esto, viene Gutierrez disfrazado de muger, reconviene á Rodrigo de que la deja por otra olvidando las obligaciones que le debe : Rodrigo se embrolla con las voces y altercaciones de las dos : sale su amo, averigua el caso y trata de oir á entrambas, para decidir cual tiene razon : por último determina que debe casarse con la disfrazada : Rodrigo fastidiado de una y otra no quiere ser marido de ninguna : toma el baston de su amo, embiste con ellas y desenplaza á palos la fábula.

Timoneda publicó los tres pasos precedentes en una coleccion que intituló *Registro de representantes.*

1560.

100. Alonso de la Vega. *Comedia llamada Tolomea.* Argumento. *En la ciudad de Alejandría, muy magníficos auditores, habia dos mercaderes, el uno llamado Cosme Alejandrino, y el otro Marco César : el Marco César tenia un hijo, y Cosme Alejandrino un hijo y una hija dicha Argentina : estos dos hijos fueron criados por una ama, la cual adrede los trastrocó, que dió á cada cual padre el que no era su hijo, y fueron llamados los dos por un nombre dichos Tolomeos : semejáronse tanto en estatura y gesto, que cualquiera que los veia tomaba el uno por el otro : allegándose á edad de casarse, el Marco César, pensando que era su hijo el que tenia, trató casamiento para que casase con Argentina, hija de Cosme Alejandrino, y por ser forzado de ir á Florencia diéronse los viejos tan solamente las manos : Tolomeo, hijo de Marco César, que estaba en casa de Cosme Alejandrino, habíase ya juntado con Argentina y la tenia preñada : ella de pensar que de su hermano (no lo siendo) se habia empreñado, y que de*

otra parte el casamiento estaba efectuado con Tolomeo de Marco César, no sabia qué medio se tomase. Al fin (si están vuestras mercedes atentos) verán como pare, y en cuantos infortunios se ve el pobre niño, y de qué arte y suerte se viene á descubrir cuyo hijo es cada uno, con lo demas que la comedia pretende representar delante tan agradecidos señores. Y queden con Dios. Esta comedia es por estremo desatinada: son interlocutores en ella un nigromante, un endriago, el dios Febo, el dios Cupido, Orfeo, Medea y un diablo: la escena es en Alejandría y en los montes de Armenia: el tiempo ilimitado: la accion inverosímil, indecente, confundida con episodios inconexos: el lenguaje y estilo nada tienen que disculpe sus faltas. Está escrita en prosa y distribuida en ocho escenas.

1561.

101. Juan de Malara. *Comedia* (se ignora el título) *en elogio de la villa de Utrera.*

Juan de Malara, maestro de humanidades en Sevilla su patria, escribió entre varias obras que le dieron estimacion la *Filosofía vulgar*, que contiene mil refranes glosados, un poema en octavas intitulado *Hércules*, otro en verso suelto dividido en doce libros que intituló *Psique*, y otro del martirio de santa Justa y Rufina en versos latinos y castellanos. Él mismo da noticia en su obra de la *Filosofía vulgar* de haber compuesto una tragedia de *Absalon*, y una comedia intitulada *Locusta*, que se representó en las escuelas de Salamanca en el año de 1548, de las cuales se ha hecho ya mencion en este catálogo. En cuanto á la presente comedia, no hay otra indicacion de ella que la que dió Rodrigo Caro en las *Antigüedades* de la villa de Utrera, diciendo que en el año de 1561 se representó en Utrera una comedia en verso del maestro Juan de Malara, que tal vez fué la primera que se escribió en verso en España (en lo cual se equivocó), y que principiaba así:

Villa de Utrera, noble y venturosa.

No se sabe si esta y las demas piezas dramáticas de Malara llegaron á imprimirse. Juan de la Cueva su compatriota le llama *Menandro bético*, y dice que compuso mil tragedias, y mereció mucha alabanza por haber alterado el uso antiguo conformándose con el nuevo: espresiones que reducidas á su justo valor quieren decir que Malara compuso muchas piezas dramáticas poco arregladas á los principios del buen gusto y muy aplaudidas en su tiempo. No hay otra noticia de este autor: la época en que dió sus obras al teatro debió ser desde el año de 1548 hasta el de 1570 con poca diferencia.

1561.

102. Pedro Suarez de Robles. *Danza del santísimo nacimiento de nuestro Señor Jesucristo, al modo pastoril, compuesta por Pedro Suarez de Robles, clérigo de evangelio, natural de Ledesma. Son interlocutores un ángel y ocho pastores; el primero se llama Anton, el segundo Rebanado, el tercero Pascual, el cuarto Toral, el quinto Pellejon, el sesto Pelayo, el séptimo Rebollo, el octavo Tereso, san José y nuestra Señora, y el niño Jesus (este no habla) y otros cuatro ángeles que estarán con cuatro ciriales junto al nacimiento, y á su tiempo cantarán un villancico.* Impreso en Madrid año de 1561. Nada se sabe de este autor. La composicion citada es muy curiosa por cuanto en ella se ve la disposicion de estos dramas sagrados, cuyo uso duró tantos años en las iglesias de España. Al empezar la obra se esplica la situacion y movimientos de los personages en esta forma: « Han de salir los pastores en dos « hileras repartidos; delante de ellos el que « tañe el psalterio ó tamborino: al son irán « danzando hasta en medio de la iglesia, y « allí harán algunos lazos, y tras de los pas- « tores irán los ángeles con los ciriales, y si « hubiere aparejo ocho ángeles que llevan « el palio del Santísimo Sacramento, y « debajo irá nuestra Señora y san José, « y llegarán hasta las gradas del altar « mayor, y allí estará una cuna á modo de « pesebre, y allí pondrán al niño Jesus, y « de rodillas nuestra Señora y san José « puestas las manos como contemplando; « los ángeles repartidos á un lado y á otro, « y mirando hácia el niño, y estando de « esta manera acabarán los pastores de « danzar: y luego saldrá un ángel al púl-

« pito y dirá lo siguiente.... y los pastores « oyendo la voz mostrarán espantarse mi- « rando para arriba á una y otra parte. » El órden con que está dispuesto el diálogo, la danza y música es este. Anuncia el ángel el nacimiento de Jesucristo á los pastores y desaparece : los ángeles del nacimiento cantan un villancico en alabanza del hijo de Dios : oyen los pastores aquella música y determinan ir á adorar al recien nacido, y se van danzando á donde está el pesebre : sigue despues un villancico entre los ángeles y los pastores : llegan estos, y san José les da la bienvenida : cada uno de ellos dice un par de coplas, ofrece su presente al niño, y danza : san José agradece sus dones : la Vírgen ruega á su hijo que favorezca á aquellos pastores, y ella por su parte les promete ampararlos y ser abogada suya. Concluye la fiesta con otro villancico en que cantan y bailan los ángeles y los pastores, alternando las coplas con este estribillo :

Acá en Belen nace nuestro Dios :
Nace de María para bien de nos.

1562.

103. Anónimo. *Comedia llamada Feliciana.* Juan de Timoneda, en su coleccion de novelas intitulada *Patrañuelo*, impresa en Valencia año de 1566, al fin de la patraña XIII dice : « De este cuento pasado « hay hecha comedia que se llama *Feli-* « *ciana.* » No se sabe otra cosa de esta pieza ni del autor que la compuso.

1562.

104. Alonso de la Vega. *Tragedia llamada Serafina.* Argumento. La pieza se divide en ocho escenas y está escrita en prosa. Serafina, hija de un cardenal y de una matrona romana, vive en Nápoles en casa de Alberto, á quien su padre la envió siendo niña para que la educase : jóven ya, hermosa y rica, la solicitaron varios, y entre ellos dos príncipes de Italia que se hacen por sus amores una guerra cruel : Marco Atanasio, hijo de Alberto, está igualmente enamorado de ella, pero solo recibe desprecios : sueña Serafina que habia de ser casada con el hombre mas bello del mundo : consulta sobre esto á un nigromante, y le dice este que el mas bello hombre del mundo es el Amor : esto sabido no aspira á mas la doncella que á conocerle, verle y tratarle, y ofrecerse á su voluntad : solo ama al Amor, todos los hombres son para ella indiferentes : buscando al Amor se le aparece una ninfa, y en su compañía Páris y Narciso : la ninfa le dice que viene de parte del dios Cupido á presentarle aquellos dos jóvenes los mas hermosos que ha visto el mundo para que elija entre los dos el que mas le guste : Serafina insiste en que solo quiere al Amor, y las visiones desaparecen : entre tanto Alberto echa de su casa á su hijo Atanasio porque se obstinaba en ser amante de su pupila : el hijo valiéndose de un criado roba á su padre el cofre del dinero para atender á sus urgencias : la justicia le coge con el hurto : el padre conviene desde luego en que será menester ahorcarle, pero á ruegos de Serafina todo se compone : esta, agitada siempre de la manía de buscar y conocer al Amor, ve aparecerse repentinamente dos salvages que le enseñan en un escudo la pintura de Cupido : queda absorta á vista de tanta hermosura, y los salvages le echan una cadena al cuello y se la llevan presa á la floresta solitaria por el atrevimiento de haberse querido igualar con un dios, de quien solo puede aspirar á ser esclava : Marco Atanasio se va por los montes quejándose de la ingratitud de su señora, é invoca á Cupido para que le favorezca : viene Cupido inmediatamente y le da su arco y una flecha para que en caso necesario se la dispare á Serafina : muda Atanasio su vestido en otro pastoril, sale al encuentro de su querida, le habla amorosamente, y ella sigue despreciándole : él entonces le dispara la saeta, y cae Serafina sin sentido : viendo Atanasio que no se mueve ni responde la cree muerta, saca un puñal y se quita la vida : Serafina vuelve en sí, y enamorada ya de Atanasio le halla muerto, sácale el puñal que tiene clavado en el pecho y con él se mata. Todo lo que sigue á esto en la escena octava es un conjunto de impertinencias añadidas á la monstruosa y estravagante fábula que el autor se atrevió á llamar tragedia.

1565.

105. *Comedia de la Duquesa de la Rosa.* Preceden á esta comedia el *intróito* y el

argumento. El intróito escrito en prosa por el gusto de Lope de Rueda es muy ingenioso, y el estilo florido y elegante. La comedia igualmente en prosa no tiene division alguna de actos ni de escenas. Una infanta de Dinamarca se aficionó en su juventud á un infante de España llamado Dulcelirio, que estuvo algun tiempo en la corte del rey su padre: al despedirse Dulcelirio le dió la infanta un anillo para memoria de su inclinacion: casó despues la infanta en Francia con el duque de la Rosa: empezó á enfermar de grave dolencia, y le aconsejaron que fuese en peregrinacion á Santiago de Galicia para implorar del santo apóstol el restablecimiento de su salud: hizo en efecto su romeria, sus achaques desaparecieron, y á la vuelta pasando por Búrgos la hospedó en su palacio (sin darse á conocer) el infante Dulcelirio; pero al despedirse, dándole de beber, le echó en la copa el anillo que habia recibido de ella en Dinamarca: la duquesa le reconoce, pero no dándose por entendida sigue su camino y llega felizmente á la presencia de su esposo: un mayordomo del duque enamorado de su ama se atreve á declararle su pasion: ella le reprende ásperamente diciéndole que si no desiste de aquella indecente solicitud dará cuenta de ello á su marido. El mayordomo engañando á un hermano suyo hace que vaya á esconderse detras de las cortinas de la cama de la duquesa, y entre tanto avisa al duque de que la señora le es infiel, y le hace *maleficio:* van todos allá, sale de entre las cortinas el hermano del mayordomo, y este, antes que el otro pueda hablar palabra, le mata á puñaladas: queda presa la señora y condenada á muerte si en el término de tres meses no se presenta algun caballero que la defienda: ella escribe á Dulcelirio lo que le pasa: llega el mensagero á Búrgos en cosa de un minuto: el infante le responde que no puede encargarse de su defensa; pero sin embargo se viste de fraile, va á Francia en otro minuto, halla modo de introducirse con la duquesa, y esta sin reconocerle se confiesa con él: satisfecho por lo que resulta de la confesion de la inocencia de su penitente, se presenta armado en el campo al tiempo que la sentencia va á ejecutarse: pelea con el mayordomo y le mata: el duque da gracias al cielo por tan señalado favor, pero de allí á pocos instantes le da calentura y se muere y le entierran: Dulcelirio declara á la duquesa que él ha sido el fraile que la ha confesado y el caballero que la ha defendido; y esto dicho se casan los dos. Los que no gustan de fábulas sencillas y prefieren el género romancesco (lleno de situaciones tan inesperadas como imposibles), hallarán en esta comedia lo que apetecen: la Verdad, el Consuelo y el Remedio cantan á coros y dan conversacion á la duquesa cuando está encerrada en la torre esperando la muerte: un portugues muy enamorado, un Tomé Santos, bobo, y un bachiller Valentin (personages inútiles y pegadizos), son insoportables cada cual en su género.

Alonso de la Vega murió en Valencia antes del año de 1566. Timoneda imprimió las tres piezas de que se ha hecho mencion, y dice, hablando con el lector en un soneto que las precede:

Tres farsas ó comedias nos compuso
En prosa castellana tan sentidas
Con que tu pensamiento recrease.
Y aquí en nuestra Valencia Dios propuso
Sus dias para él fuesen cumplidos,
Y para el cielo fué do descansase.

1563.

106. Juan de Timoneda. *Entremes de un ciego, un mozo y un pobre.* Está escrito en coplas de pié quebrado. Un ciego acompañado de su lazarillo va pregonando coplas y oraciones: quéjase de que nadie le da limosna, ensaya la voz para las coplas que se propone cantar, y sobreviene un pobre cuyas plegarias le incomodan mucho, conociendo que con ellas atraerá la gente y él se quedará sin que nadie le dé limosna: repúntanse de palabras el ciego y el pobre, se insultan á cual mas puede, y el diálogo se concluye á palos. Es la pieza mas antigua de teatro que se llama entremes.

1563.

107. *Paso de dos clérigos cura y beneficiado, y dos mozos suyos simples.* En coplas de pié quebrado. Se reduce á una altercacion muy reñida entre el beneficiado y el cura sobre que cada uno de ellos quiere para sí el pié de altar, las ofrendas

y los responsos: se tratan de majaderos, de ignorantes en el latin, y llegan á punto de darse de palos, contando el uno y el otro con que sus mozos les darán ausilio; pero el beneficiado, no fiándose demasiado en el valor del suyo, se acobarda, evita la paliza huyendo, y el cura se queda por dueño del campo.

1563.

108. *Paso de dos ciegos y un mozo muy gracioso para la noche de Navidad.* Escrito en coplas de pié quebrado. Palillos, mozo travieso y apicarado, desearia aplicarse á algun oficio, para lo cual refiere al auditorio sus buenas cualidades, y entre ellas cuenta haber robado ciertos dineros á un ciego de quien habia sido lazarillo: Martin Alvarez, ciego, sale por un lado pregonando sus oraciones, y por otro Pedro Gomez, ciego tambien, sale anunciando las suyas: salúdanse entrambos, y creyendo que están solos hablan con entera confianza: Alvarez cuenta al otro que su lazarillo le robó seis ducados que tenia escondidos, y escapó con ellos: Gomez le aconseja que en adelante lleve el dinero encima de sí, como él lo hace, y en prueba de ello le dice que lleva cosidos alrededor del bonete los ducados que va recogiendo, y así está seguro de que nadie se los quite: estò dicho, Palillos, que todo lo ha estado oyendo, le arrebata el bonete de la cabeza y echa á correr: Gomez cree que es Martin Alvarez el que le ha hecho aquella burla, y le pide el bonete: el otro que ignora lo que ha sucedido no sabe qué decirle, ni halla manera de justificarse: enfádanse los dos, y se sacuden una gran paliza.

1563.

109. *Paso de un soldado, y un moro, y un ermitaño.* El soldado engaña al moro diciéndole que es despensero de unos frailes, y con este pretesto le toma dos gallinas que llevaba el moro para vender: llama al ermitaño, le dice en secreto que aquel hombre se quiere confesar, y el ermitaño dice al moro que se aguarde mientras vuelve, ofreciendo despacharle muy pronto: persuadido el moro con esto de que se trata de pagarle de allí á un rato, deja ir al soldado con las gallinas y se espera á que salga el ermitaño: vuelve este en efecto, y resulta entre los dos una altercacion muy acalorada. Por último ni el moro se confiesa, ni el ermitaño le paga, y todo finaliza con una solemne tunda de garrotazos y mojicones. Está escrito en coplas de pié quebrado.

1563.

110. *Paso de la Razon, la Fama y el Tiempo.* No hay nada de accion, todo es mero diálogo alusivo al nacimiento de nuestro Señor Jesucristo: está escrito en quintillas: el estilo y la versificacion no carecen de mérito.

1564.

111. *Tragicomedia llamada Filomena.* Preceden á la obra un *intróito* y un *argumento* en que se refiere la fábula de Progne y Filomena, y se pide atencion al auditorio. La tragicomedia está dividida en siete escenas, y escrita en quintillas con algunos trozos de muy buen estilo y fáciles versos: se muda frecuentemente el lugar segun la accion lo pide, que unas veces se supone en Atenas y otras en Tracia: se habla en este drama del puerto de Denia y del castillo de Alarcon: hay títulos de alteza y empleo de mayordomo: se elogia el vino de Roda y de San Clemente, y Filomena dice *¡Jesus!* un bobo criado de Tereo que se mete en todo y todo se lo habla, es tan escesivamente necio y pesado que no se puede sufrir.

1564.

112. *Farsa llamada Paliana.* Precede á la farsa un *intróito*. Está escrita en coplas de pié quebrado: no tiene division ninguna de actos ni de escenas: Filomena, muger de Paliano, refiere haber soñado que salia fuego de sus entrañas, y que despues venian dos salvages y le apagaban: este sueño, por la circunstancia de hallarse Filomena en cinta, atemoriza á Paliano, que envia un criado á la Seo para que busque á un nigromante y se le traiga, á fin de preguntarle lo que puede significar el sueño de su esposa: venido el nigromante se informa de todo, y le dice á Paliano que le nacerá un hijo que abrasará como el fuego, y que hasta que se cacen dos salvages en el monte, aquel fuego no tendrá fin: le aconseja que se vaya de la ciudad, y lleve á su

muger á la majada, y cuando haya parido haga conducir el niño al monte, y dejarle allí atándole primero un cordon para que sirva de señal. Todo se hace segun el nigromante lo dispuso: hallan dos salvages al niño en lo mas áspero de la montaña, se proponen darle á criar, y á pocos versos despues sale tan destetado, tan crecido y robusto, que ya está enamorado de su madre, á quien ha visto casualmente por aquellos cerros: los salvages, que desean complacerle en todo, van con él á la casa de campo de Paliano: roban á Filomena y se la llevan á la montaña. Llega Paliano á su casa, y sabido el suceso, va á ver si puede hallar á su esposa ó á los salvages ó á Infantico (que así se llama el jóven), y los encuentra á todos juntos: quiere matarlos, ellos se defienden, y la muger (para desvanecer los justos zelos de su marido) le dice con el mayor candor que no hace mas que ocho dias que la robaron. Paliano en medio de sus furores se acuerda repentinamente de lo que el nigromante le pronosticó, y halla que aquel mancebo debe de ser su hijo, y aquellos salvages los que vió en sueños su muger: así se confirma todo en muy breves palabras: se abrazan y se concluye la fábula. Ya se ve por este estracto lo que ella será: baste añadir que en cuanto á los caractéres, afectos, situaciones, estilo y versos, nada hay tampoco que merezca alabanza.

1564.

113. *Comedia llamada Aurelia.* En el intróito de esta comedia se dice:

Y sabrán, cierto, que fué
La intencion
Del autor y su opinion,
En su comedia, señores,
Esquivar pasos de amores,
Y tomar nueva invencion.

La invencion que tomó no fué ciertamente de las mas felices. Salucio y Aurelia, hermanos, cuentan como su padre habia sido muy rico; y hallándose sin hijos, trató de guardar su dinero de modo que nadie pudiese hallarle: valióse para esto de un nigromante y por su consejo hizo una torre, metió en ella sus riquezas, cerróla muy bien, y colocada la fuerza del encanto en un anillo (dádiva del mágico) le partió por en medio: quedóse con la mitad de él y la otra la tiró al mar: hecho esto, la torre quedó invisible: tuvo despues los dos hijos mencionados, á los cuales solo pudo dejar en herencia la mitad de aquel fatal anillo, y murió bien arrepentido de su disparate. Salucio se va á correr mundo, dejando el medio anillo á su hermana Aurelia, que le hace colgar sobre la puerta por si acaso llegase alguno que tenga la otra mitad, puesto que apenas los dos pedazos se junten, el encanto quedará deshecho. No hay para que seguir la trama irregular y absurda de esta pieza; baste decir que despues de muchas situaciones impertinentes, Salucio halla en su viaje á dos peregrinos, de los cuales el uno, entre varias reliquias y dijes curiosos que le enseña, le hace ver un medio anillo que luego reconoce ser el mismo que le ha de restituir las perdidas riquezas: cuenta al peregrino el estraño caso de la torre encantada: vanse juntos á casa de Salucio, hacen la prueba de unir los dos pedazos del anillo, y sonando un espantoso estrépito se deshace la torre, quedan manifiestos los tesoros de su padre, y Aurelia se casa con el peregrino. Esta comedia se divide en cinco jornadas, y está escrita en coplas de pié quebrado.

1565.

114. *Farsa llamada Trapacera.* Intróito en el cual se dice hablando del drama que sigue despues:

El nombre de ella será
Trapacera;
Por ser en l'arte y manera
Hecha á modo de farsalia,
Como se usa en Italia
Y por toda su ribera.

Flavio, mancebo, acompañado de su lacayo Corbalo, va á casa de Rufina, muger de Rodrigo, carretero; la cual le ha prometido que le tendrá en su casa una linda doncella llamada Licea, hija de Facio, rico labrador, que se la envia diariamente para que la enseñe algunas labores. Recibelos Rufina asomada á la ventana: pregunta á Flavio si trae los dineros en que se habian concertado, y él dice que no: Rufina le despide diciéndole que no entrará ni verá á la doncella hasta que los traiga: Flavio se desnuda las ropas de gala que lleva puestas,

se las da á Corbalo para que las empeñe y le traiga dinero, con lo cual Rufina se ablanda y le deja entrar: esta se va despues á casa de Facio, á quien echa en cara su mala correspondencia, pues habiendo enseñado á hacer mil delicadas labores á su hija Licea, piensa pagarla con una estrecha habitacion que le da, y un ducado al mes en dinero por única gratificacion: se apartan muy mal contentos el uno del otro, y el viejo para dar pesadumbre á Rufina trata de fingir que vende la casa en que ella vive: insta Rufina á Corbalo pidiéndole el dinero que se le ha prometido, y él se escusa diciendo que aun no le ha podido adquirir. De órden de Facio van á medir y tasar la casa de Rufina: ella y los que están dentro se llenan de consternacion, porque hallándose allí oculto y despojado de sus vestidos el jóven Flavio en compañía de Licea, va á suceder un escándalo si dan con ellos: para evitar este peligro meten á Flavio dentro de una cuba; pero hecho esto sobreviene Antolin, dueño de la cuba, acompañado de un alguacil, y resuelto á llevársela, porque habiéndola vendido á Rodrigo, marido de Rufina, no se la paga habiéndose pasado el término que le dió. Rodrigo no quiere entregar la cuba: Antolin se empeña en llevársela, Rufina la reclama, diciendo que todo cuanto hay en la casa es dote suyo y la cuba tambien. Facio para ponerlos en paz dispone que se lleve la cuba á su casa y allí esté depositada hasta que se averigüe á quién pertenece: llévansela en efecto, y á Flavio dentro de ella: Corbalo, valiéndose de Rodrigo y de otros dos camaradas suyos, urde un enredo al viejo Hilario, padre de Flavio; á fin de disculpar la ausencia del hijo y sacarle algun dinero para contentar á la codiciosa Rufina. El pasage siguiente dará una idea de las astucias que Corbalo usa con Hilario, como tambien del estilo y diálogo de esta pieza.

Hilario. ¿Corbalo, Flavio dó está,
Dí, traidor,
Mentiroso, trampeador,
Por qué me traes engañado?
Dime, ¿dónde está encerrado,
Falso damnificador?
Corbalo. Señor, ruégoos por mi amor,
Si mandais
Que el enojo despidais,
Que si os mentí no era engaño,
Sino deshacer el daño
Y el gran peligro en que estais.
Hil. ¿Cómo? di.
Corb. Si me escuchais
Lo diré.
Sepa pues vuesa mercé...
Rodrigo. Salí acá, Flavio, ¿dó estais?
Si el dinero no me dais
Aquí la muerte os daré.
Hil. ¿Y qué es aquello?
Corb. Oigame.
Que ha tomado
Con su muger acostado
Rodrigo á Flavio, y de vero,
A promesa de dinero
Le ha la vida otorgado.
Hil. ¿Y Rodrigo?
Corb. Veislo armado
De un lanzon.
Hil. ¿Y los otros dos quién son?
Corb. Dos primos de su muger
Que le han venido á valer
Como vieron la cuestion.
Hil. ¿Y Flavio?
Corb. De un paredon
Que saltó,
Muy ligeramente entró...
Hil. ¿Dónde? dilo.
Corb. En el palacio
De casa del señor Facio.
Hil. En fin, ¿qué, ya se salvó?
Corb. A Rodrigo querria yo
Que le demos
Los dineros.
Hil. ¿Cómo haremos?
Corb. ¿Cómo qué? traer contados
Los veinticinco ducados,
Y por ahí concluiremos.
Hil. Muy mejor es que busquemos
Donde está
Facio, que él le librará,
Que es amo de ese bestiaso.
Corb. Qué, no señor, que es mal caso,
Que tambien se agraviará.
Hil. Pues dí tú cómo será,
Que no sé.
Corb. Yo, señor, se lo diré,
Que por popar el dinero
La vida puesta al tablero
No es justo, señor, que esté.
Hil. Muy bien dices; pero vé
Y el lanzon
Quitarás á ese cabron,
Y prométele de dallos.
Corb. ¿Cuándo?
Hil. Luego, que á sacallos
Voy á casa, de un cajon.

Dicho esto, Corbalo despide á Rodrigo y á sus camaradas. Facio, al registrar la cuba

que tiene en depósito, halla dentro al jóven Flavio, y á las sospechas que concibe se añade el aviso que le da Dominica, criada de Rufina, refiriéndole que ha visto en casa de su ama á Flavio y Licea que se estaban abrazando: desesperado Facio con esta noticia se queja muy sentidamente: Hilario procura mitigar su cólera, pero el ofendido padre no halla consuelo....

Hasta aquí llega el ejemplar incompleto que posela el erudito D. Pedro Caro, marques de la Romana. Si se atiende al estado de la fábula, poco puede ser lo que falte. Parece verosímil que el desenlace consista en que Licea se case con Flavio, los viejos queden amigos y perdonen las picardías de Corbalo y de Rufina, causa principal de tanto disgusto. Hay en esta pieza una accion cómica bien conducida, sin episodios inútiles que la dilaten ó la compliquen, caractéres bien desempeñados, enredo verosímil, progresivo interes, diálogo animado y gracioso. Puede contarse entre las mejores fábulas dramáticas que se compusieron en aquel tiempo. Está escrita en coplas de pié quebrado, sin division de actos ni de escenas.

1565.

115. *Farsa llamada Rosalina, muy apacible y graciosa, con intróito.* Está escrita en coplas de pié quebrado, sin division ninguna de actos ni de escenas. Antonio Pomar y Leandro Pisano, mercaderes, reflexionando sobre la vanidad de las cosas humanas, y desengañados del mundo, determinan retirarse á un convento: Leandro tiene una hija llamada Rosalina, y el considerar que ha de abandonarla si se mete fraile le hace vacilar en su propósito, bien que despues advierte que mientras viva Lucano su suegro nada puede faltar á su hija: resuelven pues los dos amigos poner en ejecucion su designio sin dar cuenta á nadie, y este diálogo se interrumpe mas de una vez con las simplezas de Joan, criado de Leandro, que entra y sale muy fuera de propósito, y entre él y Lorenzo, otro criado tonto, dicen despues mil boberías que ocupan una larga escena: el viejo Lucano da cuenta á su nieta Rosalina de que Leandro falta de casa y no se sabe adónde ha ido ni cuándo volverá: los criados salen á cada instante con varios pretestos á interrumpir la conversacion y decir frialdades. No es menos inútil el diálogo de Rosalina con su criada Marisanchez, y el que se sigue de un portugues muy enamorado y muy hidalgo que requiebra á Rosalina: Marisanchez le despide, él no hace caso y sigue ponderando su pasion amorosa y el fuego que le consume las entrañas, lo cual oido por Marisanchez coge un barreño lleno de agua y se le echa encima: Antonio y Leandro buscan en un desierto á un ermitaño venerable, á quien piden les dé el hábito de penitencia y les permita vivir en su compañía: el ermitaño aplaude su resolucion, y les dice que cuando oigan sonar la campanilla de la ermita, vayan allá y les tendrá prevenida la cena y los hábitos que piden: apenas quedan solos, cuando se les aparecen el Demonio, el Mundo y la Carne, procurando todos tres disuadirlos de abrazar aquel estado tan lleno de aspereza y afliccion, pero ellos se mantienen firmes, se encomiendan á Dios, hacen la señal de la cruz, desaparecen aquellas visiones, suena la campanilla, y se van en busca de los hábitos y la cena. Lucano refiere á su nieta que ha recibido una carta de Leandro en que le dice que ha ido á servir á Dios: Rosalina oye esta noticia con mucha resignacion, y exhorta á su abuelo á que se consuele: vuelven los criados con sus acostumbradas tonterías, y luego que han dicho bastantes, le ocurre á Lucano la idea de hacerse fraile tambien y meter monja á Rosalina: ella recibe la proposicion de muy buena voluntad, y ambos se van á poner en ejecucion sus santos deseos: quedan solos los criados y despiden al auditorio.

1565.

116. *Farsa llamada Floriana. Intróito.* Escrita en coplas de pié quebrado. No he podido formar juicio de esta pieza porque sólo se conservaba una hoja de ella en el ejemplar que tuve presente.

1566.

117. *Auto de la Oveja perdida.* Esta pieza de Juan de Timoneda se imprimió en Valencia en el año de 1597 en un libro intitulado: *Cuaderno espiritual al Santísimo Sacramento y á la Asuncion. Auto*

de la Oveja perdida y otras cosas. Lo considero como reimpresion.

1567.

118. *Coloquio pastoril*. No le he visto. Le imprimió en Valencia Pedro Mey, año de 1567.

Juan de Timoneda, natural de Valencia, adquirió mucha celebridad no solo por las obras de honesto entretenimiento que publicó á su costa, sino por las que él mismo compuso, y le acreditaron de hombre de buen ingenio y de no vulgar erudicion: vivió en Valencia junto á la Merced, y allí tenia su tienda de libros. Se ignoran las circunstancias de su vida, como tambien el año de su nacimiento y el de su muerte: la primera obra que publicó, intitulada *Silva de varias canciones*, se imprimió en Sevilla en el año de 1511: llegó á edad muy avanzada, como lo comprueba un retrato suyo que conservo, y aun mucho mas otro que vi en la Biblioteca Real de Paris, que sirve de adorno á la primera llana de su obra intitulada *Memoria hispánica*. Allí le representó el artifice con barba larga y crecida, y coronada la frente con una guirnalda de hiedra. Cervantes aludió á la vejez de este benemérito literato, diciendo en la comedia de *Los Baños de Argel*:

Antes que mas gente acuda
El coloquio se comience,
Que es del gran Lope de Rueda,
Impreso por Timoneda
Que en vejez al tiempo vence.

La mayor parte de sus obras dramáticas (de las cuales, á escepcion de dos, no tuvo noticia Jimeno) la publicó el autor en Valencia, impresa por Joan Mey con este título: *Turiana en la cual se contienen diversas comedias y farsas muy elegantes y graciosas, con muchos entremeses y pasos apacibles, agora nuevamente sacados á luz por Joan Diamonte* (anagrama de Joan Timoneda), *dirigida al muy ilustre señor D. Joan de Villarrasa, gobernador y teniente de visorey y capitan general del reino de Valencia, mi señor. — Impresa en Valencia en casa de Joan Mey, con licencia del santo oficio. Con privilegio real por cuatro años*. Debe advertirse que aunque las piezas de que se compone la *Turiana* tienen las diferentes fechas de 1563, 1564 y 1565, todas juntas forman una sola coleccion, como lo indica el título.

1570.

119. *Gaspar Vazquez. Comedia de la Constanza. Alcalá de Henares, año de* 1570.

El autor de esta pieza fué comediante. D. Tomas Tamayo de Vargas hace mencion de él en su *Biblioteca* manuscrita.

1570.

120. *Pedro Simon de Abril. El Pluto, de Aristófanes.*

121. *Medea, de Eurípides.*

Hace mencion de estas dos traducciones D. Nicolas Antonio en su *Biblioteca*.

1575.

122. Alonso Cisneros. *Comedia intitulada: Callar hasta la ocasion.*

Alonso Cisneros, autor de esta comedia (que no he tenido presente), fué natural de Toledo, comediante y autor de compañía, despues de haber representado cuando jóven en la de Lope de Rueda. En los libros de la contaduría del hospital general de Madrid hablando de las limosnas que se dieron para edificar el corral de la Cruz en el año de 1579, se halla esta partida: « Miércoles 19 de octubre dió Cisneros una comedia de limosna para ayuda á la obra « del teatro que las obras pias, Pasion y « Soledad labran en la calle de la Cruz: é « valió el aprovechamiento de la entrada « de la puerta que pertenecia al dicho « Cisneros, doscientos treinta y tres reales, y para las cofradias hubo aquel dia « de entramos tablados, corredor y ventanas ciento setenta y cuatro reales. » Luis de Cabrera, en su *Historia de Felipe II, libro VII*, tratando del carácter violento é iracundo del príncipe D. Cárlos, dice: « Habia mandado que le representase una « comedia Cisneros, escelente representante; y por órden del cardenal Espinosa impedido y desterrado, no osó « venir á palacio. Indignóse contra el cardenal (á quien sumamente aborrecia por « su imperioso gobierno y gracia que tenia « con el rey); y viniendo á palacio le asió « del roquete, poniendo mano á un puñal,

« y le dijo: Curilla, ¿vos os atreveis á mí, « no dejando venir á servirme Cisneros? « Por vida de mi padre, que os tengo de « matar. Del cardenal arrodillado y hu- « milde fué detenido y satisfecho. »

1577.

123. *Pedro Simon de Abril. Comedias de Terencio. Andria.*
124. *El Eunuco.*
125. *El Heautontimorúmenos.*
126. *Los Adelfos.*
127. *La Hecira.*
128. *El Formion.*

Pedro Simon de Abril, natural de Alcaraz, fué uno de los literatos mas sobresalientes de su siglo: enseñó lengua griega en la universidad de Zaragoza, y letras humanas en otras escuelas de Aragon: se ignora el año de su muerte, que debió ser despues del de 1589. Puede verse el crecido número de sus obras en la *Biblioteca* de D. Nicolas Antonio, de las cuales algunas se han perdido manuscritas, y entre ellas la traduccion del *Pluto*, puesto que la de *Medea* asegura Velazquez haberse publicado en Barcelona en el año de 1599. Merece mucho aprecio su traduccion completa de Terencio, que despues de impresa en Zaragoza en el año que indica este catálogo, se reimprimió por el autor en Alcalá de Henares en el año de 1583 mas corregida que la primera, y arreglado el testo latino por el que Gabriel Faerno publicó en Florencia, valiéndose tambien de las observaciones que le comunicó su amigo Francisco Sanchez de las Brozas, catedrático de retórica en la universidad de Alcalá. Esta version de Terencio se reimprimió en Barcelona en 1599 y en Valencia en 1762, recomendada como lo merece por el erudito Mayans, circunstancia que fué bastante para inspirar á D. Juan de Iriarte un epigrama insípido, en que quisó desacreditar el mérito de la traduccion y desairar de camino al editor, con quien tenia resentimientos particulares. Obras de tal naturaleza no se deslucen con un equívoco chabacano disuelto en cuatro versos frios, y siempre se estimará la traduccion de Abril como una de las mejores entre las pocas que se han hecho en España de los clásicos latinos. Pondré una muestra (sin particular eleccion) sacada de la *Hecira* para que por ella se vea la fidelidad del traductor, su lenguaje y su estilo. Es la escena segunda del acto cuarto.

SOSTRATA. — PANFILO.

Sostrata. Bien sé yo, hijo mio, que tú tienes de mí sospecha que tu muger se ha ido de casa por mi terriblez y malas costambres, aunque lo disimulas cuerdamente. Pero así los dioses me amen, y así vea de tí aquel gozo que deseo, como nunca (que yo sepa) he merecido que ella me aborreciese con razon. Y aquel grande amor que yo hasta aquí creia que me tenias, agora por la esperiencia lo has mostrado, porque tu padre me ha contado allá dentro como me has preferido á tu amor. Y yo agora estoy determinada de darte por ello el galardon, para que sepas, Panfilo, que tengo con qué premiarte ese maternal amor. Hijo mio, yo entiendo que esto es lo que á vosotros cumple y á mi honra: yo estoy determinada de irme de aquí con tu padre al alquería porque mi presencia no os haga estorbo, ni quede escusa ninguna para que no vuelva á casa tu Filomena.

Panfilo. ¿Qué determinacion es esta, madre mia? ¿Por su necedad de ella te has de ir á morar de la ciudad al alquería? No harás tal, ni yo daré lugar que los que mal nos quieren digan que eso lo ha causado mi porfía y no tu comedimiento; demas de esto yo no quiero que tú por mi respeto dejas tus amigas y tus parientas y tus dias de regocijo.

Sostr. Ninguna cosa de esas me da ya contento ninguno: mientras mis años lo sufrieron, ya yo me he gozado harto de eso; ya agora todos estos ejercicios me cansan: lo que yo agora mas procuro es que mis muchos años no den pena á nadie, ni que nadie desee ver el fin de mis dias. Yo veo que aquí sin razon soy aborrecida: tiempo es ya de dar lugar. De esta manera entiendo que quitaré á todos las ocasiones, y yo me libraré de esta sospecha, y á ellos les daré contento. Dame por tu vida lugar de librarme de esta mala fama que comunmente tienen las mugeres.

Panf. Cuán dichoso soy con todo lo demas, si no fuera por esto, en tener tal madre como esta y tal muger como aquella.

Sostr. Hijo mio, yo te ruego que no se te haga de mal sufrir este inconveniente, como quiera que él sea. Si en todo lo demas ella es á tu gusto, y como yo creo que lo es, hijo mio, hazme este placer y hazla volver á casa.

Panf. ¡Ay desdichado de mí!

Sostr. Y tambien de mí. Porque eso no menor pena me da á mí que á tí, hijo mio.

1577.

129. Gerónimo Bermudez. *Tragedia de Nise lastimosa.* Está escrita en varios metros, verso suelto de once y siete sílabas, sáficos y adónicos, liras, sestinas y sonetos. *Acto primero.* Despues de un monólogo del infante D. Pedro (que no tiene menos de ciento treinta y seis versos endecasílabos) sale el secretario, y quiere persuadirle á que se aparte de la linda Ines. El infante indignado de tal propuesta esclama con vehemente pasion:

Hombres de entrañas fieras y dañadas,
¿Qué me quereis? ¿Qué sinrazon os hago
En amar de esta suerte á quien me paga
Con otro tal amor? A quien el mundo,
A quien todo este reino, á quien vosotros
Que así me perseguis, debeis servicio,
Y gracias á los cielos que quisieron
De cosa tan divina enriqueceros.
Hombres que procurais mi mal y muerte,
Poned los ojos donde yo los mios,
Y el alma y corazon, y vereis luego
La ceguera en que están. ¿Qué monarquía
De aquel acatamiento glorioso
Colgada no estará? Y aquella cara
Que tanto aborreçeis, ¿no es mas que humana?
En cuerpo tan hermoso, al alma hermosa,
Discreta, noble, honesta, casta y pura,
¿Qué tacha podeis dar?

Sigue el primer coro de coimbresas, y á este el segundo, en el cual se dice hablando del poder de amor:

Tambien el mar sagrado
Se abrasa en este fuego:
Tambien allá Neptuno
Por Menalipe anduvo
Y por Medusa ardiendo.....
Tambien las voladoras
Y las músicas aves,
Y aquella sobre todas
De Júpiter amiga,
No pueden con sus alas
Huir de Amor, que tiene
Las suyas mas ligeras.
¿Qué cosa hay en el mundo
Que del amor se libre?
Antes el mundo todo
Visible y que no vemos,
No es otra cosa en suma,
Si bien se considera,
Que un espíritu inmenso,
Una dulce armonía,
Un fuerte y ciego nudo
De amor con que las cosas
Están trabadas todas.....
Amor puro las cria,
Amor puro las guarda.....
Seríamos peores
Los hombres que las fieras
Si amor no fuese cebo
De nuestros corazones.

Acto segundo. Pacheco y Coello aconsejan al rey Alfonso que mate á Ines: queda solo el rey, se queja de los afanes del reinar, y pide favor á Dios en la tribulacion que padece: el coro primero, habiendo observado las agitaciones del rey, dice:

Triste pobreza nadie la desee,
Ciega riqueza nadie la procure,
La bienaventuranza de esta vida
Es medianía.
Príncipes, reyes y monarcas sumos,
Sobre nosotros vuestros pies teneis;
Sobre vosotros la cruel Fortuna
Tiene los suyos.
Sopla en los altos montes mas el viento,
Los mas crecidos árboles derriba,
Rompe tambien las mas hinchadas velas
La tramontana.
Como sosiegan en el mar las ondas,
Así sosiegan estos pechos llenos;
Nunca quietos, nunca satisfechos,
Nunca seguros.

Acto tercero. Ines con sus tres hijos (que no hablan) sale asombrada y refiere á su ama un sueño espantoso, en que vió que tres leones la despedazaban á vista de sus hijos: el ama procura consolarla y distraerla; pero el coro le anuncia que vienen á matarla: crecen la perturbacion y el terror, y acaba así este bellísimo acto:

Coro. Cerca viene
La muerte que te busca. Ponte en salvo.
Huye, cuitada, huye, que ya suenan
Las duras herraduras: gente armada
Corriendo viene aquí; viene á buscarte
El rey determinado ¡oh desdichada!
A descargar su saña en tí. Tus hijos
Esconde si hallas donde, no les queda
De estos tus hados parte.
Ines. ¡Oh sin ventura!
¡Oh sola sin abrigo! Señor mio,
¿Dónde estás que no vienes? ¿Quién me busca?
Coro. El rey.
Ines. ¿Pues qué me quiere?
Coro. ¡Rey tirano,
Y tales los que tal le aconsejaron!
Por ti pregunta, y á tus tiernos pechos
Con duro hierro traspasar pretende.
Ama. Cumpliéronse tus sueños.
Ines. Ama, huye,

Huye de esta ira grande que nos busca;
Yo sola quedo, sola aunque inocente.
No quiero mas socorro: venga luego
Por mí la muerte, pues sin culpa muero.
Vosotros, hijos mios, si ella fuese
Tan cruda que de mí apartaros quiera,
Por mí gozad acá de aqueste mundo.
Socórrame hora Dios..... y..... socorredme,
Mugeres de Coimbra..... ¡O caballeros,
Ilustre sucesion del claro Luso,
Pues veis esta inocente en tal estrecho,
Amigos, socorredla!....
Mis hijos, no lloreis, que tiempo os queda:
Gozaos de esta madre en cuanto os viva;
Y vosotras, amigas, rodeadme,
Cercadme en torno todas, y pudiendo,
Libradme ahora, porque Dios os libre.

Acto cuarto. Alvar Gonzalez y Pacheco instan al rey para que apresure la muerte de Ines: esta se le presenta acompañada de sus hijos y de las mugeres de Coimbra en la escena segunda, en la cual se admiran con razon los trozos siguientes:

Venid tambien vosotras, á tal punto
No me dejeis. Pedid misericordia,
Pedid misericordia para aquesta
Tan inocente cuanto desdichada:
Llorad el desamparo de estos niños
Tan tiernos y sin madre. Mis amores,
El padre veis aquí de vuestro padre,
La mano le besad, á su clemencia
Os entregad, pedidle que la emplee
En esta vuestra madre, cuya vida
Os vienen á robar....
¿No me oyes, señor mio? ¿Así te dejas
Llevar de la pasion y del engaño?
¡Oh! mis amigos, llámome á vosotros,
Hablad al rey por mí, favorecedme,
Pedidle piedad: si en algun tiempo
Entró en vuestras entrañas, ó si dulce
Amor de hijos pudo enterneceros,
Que si no me valeis pudiendo ahora,
Vosotros me matais.....
¿Pecados contra tí? ¿Tan gran pecado
Es bien querer á quien á mí me quiere?
Si amor con muerte pagas, ¿con qué piensas,
Señor, pagar el odio? Amé á tu hijo,
No le maté, que amor amor merece.
¿Y estos son mis pecados? ¿estos quieres
Con muerte castigar? ¡Cruel castigo!

El rey se enternece y quiere que viva, pero Coello, Gonzalez y Pacheco, quedando solos con él, le culpan de escesivamente débil.

Rey. No veo culpa que merezca pena.
Gonzalez. ¿Aun hoy la viste y no la ves ahora?
Rey. Mas quiero perdonar que ser injusto.
Gonz. No se consiente al rey pecar en nada.
Rey. Soy hombre.
Gonz. Pero rey.
Rey. El rey perdona.

Insta de nuevo Alvar Gonzalez, el rey vacila; y diciendo que no quiere intervenir en aquella muerte, los deja en libertad para que si lo creen necesario y justo quiten la vida á Ines. Coro primero, coro segundo, que refiere haberse ejecutado aquella atrocidad lamentable.

Yace en su sangre envuelta la cuitada
A los piés tiernos de sus tristes hijos,
Que á ellos acudió la sin ventura;
Mas ellos no pudieron guarecella,
Porque los tiernecitos no tenian
Fuerzas para quitar los duros hierros
A manos tan crueles, que á sus ojos
Tan delicadas carnes traspasaban.
¡O manos crudas!

Acto quinto. Despues de un soliloquio del infante viene un mensagero que le refiere la muerte de Ines: el infante prorumpe en un largo discurso, en que á pesar de algunos estravíos hay afectos oportunos y bien espresados, y así concluye la tragedia.

Su defecto principal es la falta de accion y enredo dramático: el acto quinto es inútil: el personage del infante es de absoluta nulidad: el del rey mal desempeñado por indeciso y débil. Entrega á Ines en manos de sus asesinos al mismo tiempo que la reconoce inocente: el interes que hace cometer tanta crueldad á Coello, Pacheco y Gonzalez no se manifiesta: la ausencia del infante ni se motiva ni se disculpa: la escena es en Lisboa y en Coimbra: la versificacion es floja y desaliñada no pocas veces. El estilo, prescindiendo de uno ú otro descuido, no carece de elevacion y afectos trágicos. Los coros, en que hay muy buenos trozos de poesía, son tan inverosímiles como en las tragedias griegas y latinas, y en las que los italianos hacian entonces.

1577.

130. *Tragedia de Nise laureada.* Está escrita en variedad de metros como la antecedente. *Acto primero.* Diálogo pesadísimo entre el rey y el obispo: el rey se lamenta de la muerte de Ines, y el obispo en ciento noventa y cuatro versos endeca-

silabos hace lo que puede por consolarle, contándole la creacion del mundo y el pecado de Adan, y hablándole de Moisés y de Agamenon: el rey se lo agradece y le llama *padre en Cristo*, pero tan triste se queda como se estaba. Sale el alcaide y le entrega las llaves del castillo de Coimbra: preséntansele sus hijos: el rey se enternece al verlos, y dice:

Rey. Hijos de mis entrañas, ¿conoceisme?
Amores, ¿dónde es ida vuestra madre?
¿Por qué se fué? ¿por qué os dejó tan solos?
Ama. Su madre desde el cielo los bendice.

Si toda la pieza se pareciese á esto, ¡cuánto habria que admirar en ella! Un camarero, que se presenta sin necesidad, empieza á dar consejos al rey, y á decirle sentencias para que se consuele de la pérdida de Ines: el rey con mucha razon esclama:

¡Pesado aviso de filosofía!
Sin la causa quitar de las tristezas
Querellas hacer dulces y suaves.

El coro primero canta un soneto, acabado el cual asegura el rey que castigará cruelmente á los tres matadores de Ines, trocándolos por otros tantos foragidos de Castilla que tiene en su poder. El coro segundo canta una cancion en que hay muy buenos versos. *Acto segundo.* El condestable dice á solas un par de octavas: despues canta el coro.

¡O corazones
Mas que de tigres!
¡O manos crudas
Mas que de fieras!
¿Cómo pudistes
Tan inocente,
Tan apurada
Sangre verter?
¡Ay! que su grito,
¡O Lusitania!
¡Patria mia!
Trae los rayos
Del vivo fuego,
Que purifica
Toda la tierra,
Contaminada
De la crueza
Que cometiste.

Sigue á estos buenos versos una enfadosa escena entre el rey, el embajador de Castilla y el condestable, el cual no lleva á bien que se entreguen los tres fugitivos castellanos en cambio de los tres portugueses, sobre lo cual altercan él y el rey. Los siguientes versos darán alguna idea del pedantismo, la garrulidad y redundancia del condestable. Habla de cuán escelente virtud es la justicia, y dice:

Ella es la fuente mas que pegasea
De todos los arreos y grandezas
Que en los humanos pechos se atesoran:
Ella es el cuento, el peso y la medida
En que consiste el ser de los vivientes:
Ella es la madre pia del sentido,
El nervio del sentido y del juicio,
De la tranquilidad y del descanso
De todos los ilustres pensamientos.
Ella es aquel ambrosia regalado
Y aquel suave néctar de los dioses,
Aquel sagrado cuerno de Amaltea
Que está vertiendo siempre los tesoros,
Y enriqueciendo los dorados siglos
De gracias y virtudes inefables.

Así prosigue disparatando hasta que logra enfadar al rey como es natural: queda resuelto que se haga sin dilacion el cambio de los delincuentes: el condestable acompañado del coro dice un soneto: sigue el coro despues cantando unas estrofas que no valen mucho. *Acto tercero.* El camarero á solas y despues el coro anuncian en muy buenos versos la próxima coronacion de Ines: sigue un diálogo simétrico entre el camarero y el rey: cada uno de ellos dice una sentencia de dos en dos versos, de tres en tres y de cuatro en cuatro. La escena siguiente no es menos ridícula: hablando el rey, y respondiendo el eco las últimas silabas *Ida..... Es..... Sombra..... Es.* El coro intenta consolar al rey, que prorumpe en una larga lamentacion, y así que acaba, toma la palabra el obispo y le echa una plática de cosa de ochenta versos sobre las escelencias de la tierra. Viene el condestable, y entre él y el rey sigue otro diálogo simétrico é impertinente: descúbrese el trono, y en él adornado de vestiduras reales el cadáver de Ines: el rey la corona, y el condestable le da las gracias por haber concedido á Portugal tan escelente reina: el coro primero canta una oda en sáficos y adónicos: sigue el coro segundo y canta otra en versos cortos menos buenos que la anterior. *Acto cuarto.* Aparecen presos en la cárcel Gonzalez, Pacheco

y Coello: un guardia les escupe en la cara, el verdugo les da la enhorabuena de que hayan venido gordos y frescos: insultos de una y otra parte: viene el alcaide, alterca con ellos, y por último manda que les den tormentos crueles durante la noche, hasta que al dia siguiente se les remate. El verdugo enterado de la órden dice:

Un rato al potro y otro rato al brete.

Los coros primero y segundo cantan dos composiciones de ningun mérito. *Acto quinto.* Monólogo inútil del alcaide: sale el rey acompañado de grandes y caballeros, guardias y pueblo: preséntanse los reos: el rey levanta un látigo que tiene en la mano y cruza la cara á Coello: empieza la ejecucion: el coro alterna en el diálogo con los personages del drama: saca el verdugo el corazon por las espaldas á Alvar Gonzalez, y le muestra al rey y á toda la corte, diciendo:

Si alguno está tocado de la rabia,
Podrá quemalle y deshacelle en polvos,
Que así bebidos son de grande efecto.

Despues hace lo mismo con Pacheco y Coello sacándoselos por el pecho. Manda el alcaide que lleven á quemar los cuerpos, el rey lo aprueba, y concluida esta matanza atroz sigue un largo discurso del rey, tan lleno de amor de Dios, de arrepentimiento de sus culpas, de vehementes deseos de penitencia para merecer por ella el eterno descanso, que no hay mas que pedir: los coros primero y segundo reflexionan sobre la vanidad de las cosas humanas, y la necesidad de que el hombre se convierta á Dios y abomine los vicios.

No hay fábula en esta pieza, ni interes, ni enredo, ni desenlace, ni afectos, ni caractéres, ni situaciones: todo es languidez, desaliño, impertinencia, atrocidad feroz, olvido continuo de los preceptos que dicta el buen juicio en esta clase de composiciones. Si se esceptuan algunos pedazos dignos de estimacion que ya se han citado en su lugar, todo lo restante es en estremo defectuoso.

Fr. Gerónimo Bermudez, natural de Galicia, religioso dominicano, catedrático de teologia en Salamanca, nació, segun la opinion del colector de *El Parnaso español*, pasado el año de 1530, y aun vivia en el de 1589. Fué muy erudito en las lenguas sabias y en el estudio de las buenas letras: compuso entre otras obras las dos tragedias mencionadas en este catálogo, y las dió á luz en Madrid año de 1577 con el nombre supuesto de Antonio de Silva: la primera de ellas no es original, sino traduccion libre de la que escribió antes del año de 1558 el portugues Antonio Ferreira, intitulada *Castro*. «La accion de la *Nise* «*lastimosa* (dice Signorelli en la *Historia* «*de los teatros*) se representa parte en «Lisboa y parte en Coimbra como la *Cas-* «*tro* del portugues, á la cual sigue servil- «mente de escena en escena la tragedia «castellana. Empieza, prosigue y concluye «de la misma manera, copiando las situa- «ciones, los pensamientos y las palabras: «en suma Bermudez siguió á Ferreira «como la sombra al cuerpo, copiándolo y «traduciéndolo todo, hasta los defectos, «los adornos líricos, y los pensamientos «demasiado sutiles en boca del príncipe.» Montiano y Lampillas hablaron de las dos tragedias de Bermudez con escesiva parcialidad.

1578.

131. Anónimo. *Comedia intitulada Metamorfosea*, en tres jornadas, escrita en verso. Belisena, amante despreciada de Medoro, Eleno, amante despreciado de Belisena, Albina, amante despreciada de Eleno, Rovina, amante despreciada de Alisio: unos suplican y otros despiden, hasta que llegándose á cansar los desdeñados de su mala suerte resuelven poner su aficion en los que antes los querian; pero como estos se habian cansado tambien de rogar, ya no los quieren, de modo que se renueva la misma dificultad que hubo al principio, aunque en sentido contrario, y la fábula se acaba sin desenlazarse. Todos los personages hacen y dicen lo mismo: los seis interlocutores pudieran reducirse á dos, y las tres jornadas á tres escenas. El estilo es incorrecto y trivial. Se halla esta pieza en la biblioteca del convento de Santa Catalina de Barcelona.

1579.

132. Juan de la Cueva. *Comedia de la muerte del rey D. Sancho y reto de Zamora por D. Diego Ordoñez. Esta farsa*

fué representada la primera vez en Sevilla, año de 1579, *siendo asistente de ella D. Francisco Zapata de Cisneros. Representóla Alonso Rodriguez, autor de comedias, en la huerta de Doña Elvira.* Esta y las demas piezas dramáticas de Juan de la Cueva están divididas en cuatro jornadas, y su diálogo es una mezcla contínua de estrofas líricas, endecasílabos sueltos, redondillas, tercetos y octavas. La fábula carece de artificio dramático : los sucesos se representan en accion unos despues de otros como la historia los refiere. No se comprende cómo pudo verificarse en ningun teatro la mudanza continua de lugar sin que el diálogo de los personages se interrumpa. ¿Cómo se han de representar con verosimilitud los paseos del rey y Bellido Dolfos, la fuga precipitada de este, la muerte de su caballo herido por el Cid que le sigue corriendo, la batalla de D. Diego Ordoñez y los tres hijos de Arias Gonzalo combatiendo todos á caballo, el ejército castellano rodeando la valla, Zamora á la vista, y sus muros coronados de pueblo, y hablando todos desde lugares tan distantes? El autor contó sin duda con que la imaginacion de los espectadores supliria todo lo que faltaba á la imitacion teatral. El estilo de Juan de la Cueva es fácil y abundoso, descuidado muchas veces, otras humilde en demasía, otras magnífico y muy próximo al tono de la epopeya, pero casi nunca afectuoso ni dramático. Cuando el rey admite en su favor á Bellido Dolfos y va con él reconociendo los muros de Zamora, uno de los que están de guardia grita desde las almenas, avisando al rey que no se fie de aquel malvado. El poeta intercaló en este discurso algunos trozos de un antiguo romance, artificio ingenioso, que siempre produce muy buen efecto en la escena si se aplica con oportunidad como él lo hizo. Los versos tomados del romance son :

Rey don Sancho, rey don Sancho,
No dirás que no te aviso
Que del cerco de Zamora
Un traidor habia salido.
Bellidos Dolfos se llama,
Hijo de Dolfos Bellido,
Cuatro traiciones ha hecho,
Y con esta serán cinco.

1579.

133. *Comedia del saco de Roma y muerte de Borbon, y coronacion de nuestro invicto emperador Cárlos V. Fué representada esta farsa la primera vez en Sevilla por Alonso Rodriguez, famoso representante, en la huerta de Doña Elvira, siendo asistente D. Francisco Zapata de Cisneros, conde de Barajas.* Juan de la Cueva fué el primero entre nosotros que se atrevió á hacer una comedia del asalto y saqueo de una ciudad : la pintura que presenta en esta de la insaciable codicia, las violencias y el brutal desórden de un ejército vencedor, es muy conforme al original que imita. El lugar de la escena se supone en las cercanías de Roma, en sus muros, en sus plazas y calles, en las inmediaciones de Bolonia, dentro de ella, y en el presbiterio de la iglesia de San Petronio. La accion dura desde el mes de mayo del año de 1527 hasta el de febrero de 1530 : las desigualdades de versificacion y estilo corresponden á la desatinada estructura de la pieza.

1579.

134. *Tragedia de los siete infantes de Lara. Esta tragedia representó la primera vez en Sevilla en la huerta de Doña Elvira Alonso Rodriguez, siendo asistente D. Francisco Zapata,* etc. Montiano tuvo razon en decir que esta pieza no debió intitularse *Los siete infantes de Lara*, y en efecto antes que empiece la accion ya están muertos los tales infantes. Con cualquiera título que se la ponga, la tragedia quedará siempre mala. La escena es en Córdoba, en Salas y en Barbadillo : dura la accion unos veinte años : toda se compone de situaciones sueltas siguiendo el órden histórico. La infanta Zaida, aficionada á hechicerías, acompañada de su criada Hafa diestra en estas artes, hace un conjuro para que Gonzalo Bustos no se vaya, invocando á los ministros de Averno á fin de que estorben su viaje; pero los ministros de Averno se están quietos : el conjuro no tiene efecto (cosa muy verosímil) y Bustos se va : queda Mudarra en el vientre de su madre al fin de la segunda jornada, y al acabar la tragedia mata á Ruy Velazquez (despues de haber recibido el santo bautismo) y hace quemar viva á doña Lambra

dentro de su casa. En cuanto al estilo debe advertirse que entre la magnificencia y pompa de algunos diálogos, hay espresiones que distan demasiado de la gravedad del coturno. Por ejemplo las siguientes cuando Gonzalo Bustos está comiendo con el rey Almanzor :

Almanzor. ¿Comeis así por allá?
Pustos. Sí señor, del mismo modo
Se sirve y se come todo,
No en el suelo como acá.
Almanz. Bueno ha estado este guisado.
¿Hate dado gusto, Bustos?
Bust. Es tal, que á todos los gustos
Será por fuerza estremado.
Almanz. ¿Ha faltado alguna cosa?
Bust. Señor, á lo que imagino,
Tener sabor de tocino.
Almanz. ¡Oh qué comida enfadosa!
No sé por qué los cristianos
Tan sucia comida usais,
Si no es porque gustais
De comer cieno y gusanos.
No sin causa el dios Mahoma,
So pena de grande afan,
Nos veda por su alcoran
Que ningun moro lo coma.

1579.

135. *Comedia de la Libertad de España por Bernardo del Carpio. Esta farsa fué representada la primera vez en Sevilla por Pedro de Saldaña, famoso autor y escelente representante. Representóse en las Atarazanas*, etc. Esta fábula empieza *ab interitu Meleagri*. En las primeras escenas se pintan los amores del conde de Saldaña y la infanta doña Jimena, y en las últimas la gran victoria de Roncesvalles debida al prodigioso valor de su hijo Bernardo del Carpio : así es que su duracion viene á ser unos veinte años : la escena es en Leon, en Saldaña y en los Pirineos. A pesar de tanta matéria como eligió el poeta para su obra, todavía hay en ella episodios y personages inútiles : el número de estos llega á veintitres, sin contar los dos ejércitos combatientes. Alfonso el Casto es feroz, pusilánime, caviloso, inconsecuente y nulo : Bernardo un baladron temerario que insulta al rey su tio y amenaza á todo el universo. Véanse algunos rasgos de su carácter, y de camino los descuidos de estilo y decoro en que incurrió el autor :

¿Esto me encubrias, cielo?
¡O cielo! ¿tal me encubriste?
¿Qué fué la causa? ¿Temiste
Verme destruir el suelo?
Sí haré, y el mundo y mundos :
Si hay mil mundos, mil espero
Asolar con brazo fiero,
Y mil horribles profundos.
¡O rey fiero! ¡O rey tirano!
Rey injusto, rey cruel,
Rey soberbio, rey infiel,
Rey sin ley, rey mal cristiano.
¿En qué fundas tu locura?
¿En las armas? Sus, al arma,
Al arma; mas no te arma
De armas el armadura.....
Id presto con diligencia
Y decid que esta es sazon
De conseguir el blason
De su ilustre descendencia.
Que domen el arrogancia
Del enemigo y su saña,
Porque vean que es España
España, y no España Francia.
Si en el centro del mar por mas seguro,
Carlos, á tí y tus doce lleva el miedo,
O al reino horrible del Erebo oscuro,
Temiendo lo que en todos hacer puedo;
En su profundidad no os aseguro
Que allá os irá buscando mi denuedo :
Y si al cielo os subis, allá la muerte
Os iré á dar con este brazo fuerte.

La gran victoria que obtiene Bernardo, en que él solo combate y vence á los doce pares, haciendo en el ejército una espantosa carnicería, no es menos admirable que las hazañas de Amadis, de Morgante ó de D. Cirongilio, ni menos distante de la verosimilitud dramática. El dios de la guerra, maravillado de tanto valor, baja del Olimpo, corona á Bernardo, y le dice al acabar esta descabellada composicion :

Yo só el dios Marte, que tan alto hecho
Quiero remunerar, tu esfuerzo y maña;
Y esta corona de laurel te endono,
Y por segundo Marte te corono.

1579.

136. *Comedia del Degollado. Esta comedia representó la primera vez en Sevilla Pedro de Saldaña. Recitóse en la huerta de Doña Elvira*, etc. La fábula de esta comedia está dispuesta con tan poca economía, que de cuatro jornadas que tiene pudiera reducirse fácilmente á dos. La escena se finge en las cercanías de Velez de la Gomera, y en una ciudad de Africa

que no se nombra: los amores del príncipe moro con su esclava Celia están pintados sin la menor inteligencia del arte, y tanto, que para espresar el poeta cuan escesiva era su pasion, le convierte de repente en un personage ridículo de entremes, y á la ilustre y castísima Celia en una moza chocarrera y descocada. Le dice el príncipe que le trate como á un criado suyo, que ella debe mandar y él obedecerla; Celia, haciendo el papel de señora, le llama *indiscreto, bárbaro, majadero y badajo*: le destina á servir al mozo de la cocina, y á ser ayudante del barrendero: le hace bailar y dar saltos, y luego manda que se vaya á acostar. A vueltas de estos desatinos hay sin embargo algunas situaciones no mal desempeñadas, entre las cuales merece estimacion la última escena de la jornada cuarta.

1579.

137. *Tragedia de la Muerte de Ayax Telamon sobre las armas de Aquiles. Representó esta tragedia Pedro de Saldaña, haciendo él mismo la figura de Ayax admirablemente. Recitóse la primera vez en Sevilla en la huerta de Doña Elvira*, etc. La escena es en Troya en el monte Ida, y en el acampamento de los griegos: la accion no empieza hasta lo último de la segunda jornada, resultando inútil todo cuanto precede, y por consiguiente inútiles tambien los personages de Eneas, Anquises, Acates, Vénus, Elena, Andrómaca y Canopo. Imitó Cueva en las primeras escenas á Virgilio, poniendo en accion mucha parte de lo que se refiere en el segundo libro de la Eneida: imitó á Ovidio en los discursos de Ayax y Ulises reduciéndolos mucho como convenia á la forma dramática, pero hubiéra debido no apartarse del poeta latino en la conclusion del razonamiento de Ulises.

. . . . . aut si mihi non datis arma,
Huic date; et ostendit signum fatale Minervæ.

A esta situacion verdaderamente teatral hace Ovidio seguir la adjudicacion de las armas de Aquiles en favor del elocuente Ulises, y á esto la desesperada muerte de Ayax. Cueva, en vez de imitar aquella rapidez, gasta otra jornada en diálogos impertinentes de Agamenon y Menelao, que están discordes en su opinion. Ulises y Ayax vuelven á comparecer para ser juzgados, y se repite inútilmente una misma situacion, se entorpece el progreso de la fábula y el interes se debilita: convienen todos los reyes y caudillos en que Nestor decida, y se publica esta ridícula sentencia:

Visto todo lo alegado
De Telamon el valiente
Y de Ulises elocuente
Sobre lo que han demandado,
Fallamos que á Ulises den
Las armas porque es razon,
Y esto firma Agamenon,
Diomedes, Nestor tambien.

Ayax se mata al oir esto: se aparece la Fama y dice que nadie toque el cuerpo de Ayax, porque Júpiter quiere que se convierta en una flor.

Y porque el auditorio circunstante,
Que oido ha la tragedia dolorosa,
Se vaya á reposar, pido en descuento
Que muestre con aplauso el ir contento.

Montiano dijo hablando de esta pieza, que *abunda de sentencias, y en toda la fábula es admirable la diccion*. No á todos parecerá admirable, pero puede decirse que aunque el estilo *serpit humi* en muchas ocasiones, en general es una de las piezas mejor escritas de Juan de la Cueva.

1579.

138. *Comedia del Tutor. Fué representada esta comedia la primera vez en Sevilla en la huerta de Doña Elvira por Pedro de Saldaña*, etc. La escena es en Sevilla y en Salamanca: los personages van y vienen de una parte á otra á pesar de tan larga distancia con imposible facilidad: la accion dura unos siete ú ocho meses: Leotacio, que se enamora por un retrato, y solicita ser correspondido de Aurelia, es una figura inútil que solo sirve de duplicar la accion y confundirla: el episodio de la tercera jornada en que Licio vestido de diablo espanta á Leotacio y Astropo, no solo es inoportuno, sino contrario á los fines que Licio se ha propuesto. Con mas estudio y meditacion hubiera podido el autor simplificar su fábula dándole mayor unidad, interes y verosimilitud, pero nada de esto hizo. Sin embargo hay en ella un fin moral, algunas situaciones cómicas y facilidad en el diálogo.

1579.

139. *Comedia de la Constancia de Arcelina. Fué representada esta comedia con grandísimo estremo en la huerta de Doña Elvira por Pedro de Saldaña*, etc. Nada omitió en esta comedia Juan de la Cueva para hacerla agradable á los ojos del vulgo: amores, zelos, venganzas, disfraces, homicidios, reo, alguaciles, verdugo, horca, magia, conjuros, espíritus, pastores, magistrados, caballeros, montes, cabañas, buen lenguaje, sonoros versos. Si hoy se repitiese en el teatro, hoy la desaprobarian los doctos y la aplaudiria la multitud. La escena es en Colibre y en sus cercanías. Menalcio está enamorado á un tiempo de las dos hermanas Arcelina y Crisea: igualmente enamoradas de él, echan suertes para saber cuál de las dos ha de quererle esclusivamente: Arcelina mata á su hermana para quedar sola en el cariño de Menalcio: Fulcino, amante de Arcelina, trata de matar á Menalcio para que Arcelina le quiera, y si no lo consigue matar á las dos hermanas. Suposiciones todas tan inverosímiles y violentas, que cuanto resulta de ellas es repugnante confusion, no enredo dramático. Son inútiles los personages de Fulcino, Gelcino, Orbante, Tesifone, Zoroastres, Aquiles, Egisto, Ifis, Dido, Pastulcio, Olimpo, D. Porcelo y D. Cristino: quitados todos estos, y cuanto hacen y dicen, todavía puede quedar la fábula en toda su integridad: la jornada segunda es ociosa y absurda á pesar de la escelente versificacion en que está escrita. Véase una prueba de talento perdido en las siguientes octavas:

Orbante. ¿Del dulce fuego del amor que as-
Tu firme pecho eres conmovido, [pira
Fiël Fulcino, á despreciar la ira
Del reino horrible del eterno olvido?
¿Y quieres ser (que su crueldad no admira
Tu escelso corazon de amor regido)
Los que habitan el triste rio Aqueronte
Y los del encendido Flegetonte?
¿Y quieres por mi apremio poderoso
Que parar haga de Ixion la rueda,
Que tenga Ticio de su mal reposo,
Que Sísifo en descanso verse pueda,
Que deje el Can trifauce el espantoso
Ladrido, y salir fuera les conceda
A las terribles furias y á mi mando
Vengan, el reino de Pluton dejando?
Fulcino. Cuando por mi amistad, amigo Or-
Hicieres que pervierta el movimiento [bante,
El sol, que no se mueva el cielo errante,
Que del infierno pare el cruel tormento,
Entenderé de tu amistad constante
Que es poco, y esto ha dado atrevimiento
A mi necesidad pedir tu amparo,
Por entender que no has de serme avaro.
Orb. Para que se confirme en esta parte
Lo que entiendes de mi, Fulcino amigo,
Y cuanto gusto mio es agradarte
Y verte libre de cruel castigo,
A aquella parte cumple desviarte,
En tanto que con mago apremio ligo
Al rey estigio del sulfúreo infierno,
Y á los ministros del castigo eterno.....
Agora es tiempo, ¡o tú Pluton potente!
Que des lugar al fuerte encanto mío
Sin que impida ningun inconveniente
Lo que demando y lo que ver confio:
Y es que envies con priesa diligente
Un alma de tu estigio señorio
A ver la luz del mundo que aborrece,
Y á declarar un caso que se ofrece.....
Si así no lo hicieres, dura guerra
A tu reino daré con nuevos males:
Con luz heriré el centro que te encierra
Mostrando tus cavernas infernales;
Tus tres jueces, que á aquel que en vida yerra
Condenan á las penas eternales,
Quitaré de su asiento y duro mando,
Si no me das, Pluton, lo que demando.
Tesifone. Potente Orbante, cuyo fuerte
El reino de Pluton todo ha movido [encanto
De tal suerte, que puesto en grave espanto,
El uso del tormento ha suspendido:
Mira qué pides, no te tardes tanto,
Que solo á que tu mando sea cumplido
Me envia el rey de la region oscura
A ver la luz á los dañados dura.

A estos rasgos épicos desatinadamente inoportunos suceden situaciones y afectos mas verosímiles, mas convenientes á la buena comedia: véase este corto escelente monólogo en que Arcelina fugitiva, oculta en la aspereza de los montes, manifiesta la inquietud y los temores que la agitan:

Injusto y severo amor,
Que me traes á tal estremo,
Que ausente la vida temo
Porque vivo en tal dolor.
¿Qué puedo hacer, ¡ay cuitada!
Del cielo tan perseguida,
Y del mundo aborrecida,
Y de Menalcio apartada?
Huyendo la cruda muerte
Que á mi hermana di, ¡ay cruel!
Ausente vivo de aquel

Que causó mi acerba suerte.
En estas malezas moro,
Sola, entre animales brutos,
Comiendo silvestres frutos,
Bebiendo el agua que lloro..
Paso el dia suspirando,
De ansias y recelos llena,
Revuelta en mi culpa y pena,
La noche en vela llorando.
Miro, ¡ay sin ventura! al cielo
A quien enemiga soy,
Cuéntole el mal en que estoy,
Y no hallo en él consuelo.....
Es tal el temor que tengo
Y el amor que en mi alma está,
Que acometo á ir allá,
Y queriendo ir me detengo.
Con sobresaltos resuelvo
Esconderme en la espesura,
Donde nada me asegura,
Y á mi acerbo llanto vuelvo.
Del silbo del ganadero,
Del canto del ruiseñor,
Del aire si hace rumor,
Me sobresalto y me altero.

Menalcio manifiesta una vileza que horroriza, instando á que muera Arcelina que acaba de declararse delincuente para salvarle la vida á él: hay artificio en el desenlace, y es oportuna la astucia del gobernador, encaminada á que el padre de Arcelina perdone á quien quitó la vida á Crisea.

1579.

140. Cristóbal de Virués. *Tragedia. La gran Semíramis.* Prólogo en verso suelto en el cual se dice:

Y solamente porque importa advierto
Que esta tragedia con estilo nuevo
Que ella introduce, viene en tres jornadas
Que suceden en tiempos diferentes.
En el sitio de Batra la primera,
En Ninive famosa la segunda,
La tercera y final en Babilonia,
Formando en cada cual una tragedia
Con que podrá toda la de hoy tenerse
Por tres tragedias, no sin arte escritas.

Jornada primera. Nino tiene sitiada la ciudad de Batra: Semíramis sugiere á su esposo Menon, general de Nino, un medio seguro de ganarla, y en efecto se logra: el rey agradece á su general la victoria, y él presenta á Semíramis, diciendo como se casó con ella en Ascalon, como se la llevó despues á Ninive, etc.: quedan solos Semíramis y Nino: este le hace una declaracion amorosa, y le propone que se casará con ella, dando á Menon su hija por muger: Semíramis resiste, llega Menon, el rey le hace el mismo partido y le rehusa: irritado Nino le amenaza y se lleva por fuerza á Semíramis: hace Menon gran sentimiento, determina ahorcarse, despídese de su esposa ausente en una larga cancion de estilo lírico, florido y redundante, y se ahorca en efecto: salen dos soldados, le descuelgan y se le llevan á enterrar. *Jornada segunda.* De la primera á la segunda jornada pasan diez y seis años. Manda Nino llamar á los grandes del reino á instancias de Semíramis, y la corona en su presencia, dándole absoluto poder en todos sus estados por término de solos cinco dias, en los cuales nada podrá él mandar y nadie deberá obedecerle: Semíramis da sus órdenes secretas á Zelabo y á Zopiro, del cual está enamorada, como se lo declara despues con harta impudencia: Zelabo, en cumplimiento de lo que se le ha encargado, viene diciendo que ha sorprendido al rey y le deja encerrado en la torre: Zopiro anuncia despues á Semíramis que ya ha llevado á su hijo Ninias al templo de Vesta, en donde queda con el trage de virgen vestal: á continuacion de un soliloquio de Zopiro y un diálogo insípido entre este y Zelabo se junta el consejo: preséntase á él Semíramis con las vestiduras de Ninias (por quien todos la tienen, atendida la semejanza idéntica de hijo y madre), les da una carta escrita y firmada por ella misma, y al irla á leer dicen entre todos esta ridícula octava:

Janto. De la reina es la letra y firma y sello.
Creon. Suyo es el sello y suya es firma y letra.
Troilo. Bien conocida es letra y firma y sello.
Orístenes. No hay que dudar en sello, firma ó letra.
Semíramis. Pues conoceis la letra y firma y sello,
Dejad el sello y firma, oid la letra,
Leed y oid la letra de esta carta,
De esta importante cuanto triste carta.

La carta dice en suma que Belo y Juno se aparecieron en un carro tirado de cisnes, entrando en la sala donde estaban Semíramis y Nino, y asiendo á este de las manos y sentándole en un solio de cristal, le arrebataron consigo, diciendo á Semíramis que era su voluntad que el trono de Asiria pasase á su hijo Ninias, y que ella se hi-

ciese vestal: concluye la carta mandando la reina que coronen á su hijo, y firma en el templo de Vesta, en donde finge que está ya retirada: los del consejo creen de buena fe cuanto la carta dice, y resuelven coronar al rey en el siguiente dia: queda sola Semíramis y hace traer encadenado á su esposo Nino, que no la reconoce, y creyendo que habla con su hijo sospecha que haya muerto á Semíramis: esta le hace beber un vaso de veneno y se retira: llora el rey la suerte de su esposa que supone muerta por órden de Ninias, pero contándole los asistentes la verdad del caso espira lleno de desesperacion y angustias. *Jornada tercera.* De la segunda á la tercera jornada pasan seis años: Semíramis declara á los grandes como ha estado reinando todo aquel tiempo en hábito varonil: nombra por rey á su hijo, se despoja de toda su autoridad, y quedándose á solas con él le manifiesta, como ya parece que lo habia hecho otras veces, su pasion incestuosa: la resistencia del hijo no la contiene: insiste una y otra vez en su propósito. Véase una muestra de la manera con que espresó el poeta la vehemente pasion de Semíramis:

Mayor dolor que la muerte
Me causará el alejarte,
Que mi tormento mas fuerte
Será no poder mirarte,
Pues mi mayor gloria es verte.
Muera, y sea en tu presencia
(Que muerte será gustosa)
Y no viva yo en ausencia,
Que es muerte mas rigorosa
Y mas áspera sentencia.
No puedo sin tí pasar,
No puedo sin tí vivir:
Por fuerza te he de buscar,
Por fuerza te he de seguir,
Por fuerza te he de alcanzar.
No puedes huir de mí,
Que he de correr mucho yo,
Pues quiere que sea asi
El cruel que me hirió,
Dejándote sano á tí.

Duda Ninias en un soliloquio si matará á la reina en venganza de su padre y castigo de su desenfreno y sus vicios: ella vuelve á instar y él á despreciarla: Zelabo en un monólogo insufrible de doscientos versos se queja de la corrupcion de las cortes, la ingratitud que reina en ellas, la adulacion, la envidia: mas dijera si no le interrumpiese Diarco, que viene muy afligido de haber visto el trágico fin de Semíramis muerta á manos de su hijo, y repite en dos canciones las palabras que oyó decir á la reina moribunda. Con este motivo conversan muy despacio los dos refiriendo que era hija de una ramera; la crianza que las aves le dieron, y los principales hechos de su reinado; su lujuria feroz, la muerte de sus amantes (y entre ellos Zopiro), sus victorias, la sedicion apaciguada en Babilonia, la fábrica de sus muros, los huertos pensiles y otras particularidades con que dilatan una larga escena, en la cual el poeta se olvidó enteramente del arte: Ninias cuenta á los grandes que Semíramis acaba de convertirse repentinamente en paloma, volando al cielo, en donde la recibieron Belo, Nino y Juno: los consejeros y magnates, acostumbrados á creer patrañas, reciben esta con la misma candidez que las anteriores: el rey, quedándose á solas con Zelabo y Diarco, les confiesa de buena fe que todo cuanto acaba de decir ha sido un embrollo, y que él es en efecto el que ha quitado la vida á su madre: esto dicho les ruega que le acompañen para quemar el cuerpo. La Tragedia se presenta despues al auditorio, y dice una octava que pudiera haberse omitido.

Si la *Semíramis* es una tragedia, tiene tres acciones, sin unidad de lugar ni de tiempo, y sea una ó tres (como el autor lo indicó en el prólogo), la economía y distribucion de la fábula de cada una de ellas es muy defectuosa. En unas partes los incidentes se atropellan y confunden, y en otras se entorpece el movimiento de progresion con dilaciones impertinentes: en la segunda jornada se verán ejemplos del primer defecto, y en la tercera del segundo. La muerte de Menon produce una catástrofe mezclada de horror y ridiculez: la de Nino es mas teatral, la de Semíramis del todo repugnante, ni es necesaria ni está preparada con arte: algunas situaciones afectuosas están desempeñadas con oportuna espresion: el estilo es muy desigual, rara vez dramático, y cuando se eleva mas, degenera en lírico: contribuye no poco á la impropiedad del diálogo el estar escrita esta obra (como las restantes del mismo autor) en sonetos,

quintillas, redondillas, estrofas líricas, verso suelto, tercetos y octavas, mezcla monstruosa y estravagante.

1579.

141. *Tragedia. La Cruel Casandra. Prólogo.* Esta pieza está dividida en tres partes: hay en ella tres ó cuatro acciones, siendo por consecuencia su plan complicado en estremo é incomprensible; los caractéres inoportunos, inverosímiles; las costumbres depravadas en todos los personages principales: si se esceptuan uno ó dos (que apenas tienen parte en la fábula), el príncipe, Fulgencio, Alberto, Fabio, Tancredo, Filadelfo, Casandra, y hasta un pagecillo llamado Matias, todos son malvados, y cuanto hacen y dicen es un conjunto de indecencias, atrevimientos y picardías: la catástrofe es brutal, y como todo lo restante complicada y violenta: los muertos son ocho, y al desenlace aparecen cinco cadáveres en la escena: solo queda vivo el rey y unos criados. Ni en el estilo ni en la versificacion hay cosa tolerable, todo es desaliño, puerilidades y bajezas: es verdad que todo sucede en un salon y en una mañana.

1580.

142. Juan de la Cueva. *Tragedia de la Muerte de Virginia y Apio Claudio. Representóse esta tragedia en la huerta de Doña Elvira por el escelente é ingenioso representante Pedro de Saldaña*, etc. La escena es en Roma y en Algido: la duracion de la fábula indeterminada y de pocos dias: la accion acaba en la tercera jornada, y se dilata inútilmente en la que sigue, con detrimento de la unidad y del interes: la pintura de los afectos es generalmente débil: Marco Claudio, confidente del decemviro, habla á veces con el decoro que corresponde al género trágico, y á veces incurre en bajezas imperdonables. Entre los personages hay un escribano que ni por el nombre que se da á su oficio, ni por el estilo que usa en sus escritos, pertenece á la tragedia ni á las costumbres romanas. Véase como se esplica:

Preguntado Apio Claudio, que presente
Está en la cárcel en prisiones puesto,
Si conoce á Virginio que está ausente,
Dice que sí: y replicando en esto
Qué tiempo habrá, responde llanamente
Que no le fué tal hombre manifiesto,
Sino desde que Marco su criado
La esclava ante él por pleito ha demandado.
Tornado á preguntar si conocia
A Virginia, declara que en su vida
La vió, etc.

Sentencian los jueces que Apio Claudio muera en la prision, y despues sea arrojado su cuerpo al Tiber, y cometen la ejecucion de la sentencia no menos que á un edil. Esto supone demasiado olvido de la historia y de las costumbres de las naciones. A pesar de estos y otros defectos puede asegurarse que esta tragedia es la menos mala de las cuatro que existen de Juan de la Cueva.

1580.

143. *Comedia de El Príncipe tirano. Representóse esta comedia la primera vez en la huerta de Doña Elvira en Sevilla por Pedro de Saldaña*, etc. Fábula llena de atrocidad y absurdos. Las parcas hilan la vida de la princesa en un rincon del jardin, mientras el príncipe hace á Trasildoro que abra una sepultura profunda para enterrar en ella á su hermana luego que la mate. Viene la princesa, el príncipe le da de puñaladas, las parcas cortan el hilo de su vida, pero no se acuerdan de hilar ni cortar el de Trasildoro, que muere tambien á manos del príncipe y le entierra con su hermana, todo á vista del espectador: la furia Aleto, los tormentos que da el príncipe á su amo y á su ayo para que declaren lo que ignoran, la mina que hace Gracildo en pocas horas para salir por ella de la prision, las sombras de la princesa y Trasildoro que persiguen al rey y al príncipe, los conjuros de Cratilo (mágico y grande del reino de Colcos), que las hace declarar á qué son venidas, todo es atropellado, inconsecuente, inverosímil, imposible, horrendo, ageno del teatro: el rey manda que saquen de la prision al príncipe, y puesto en un seron tirado de dos caballos le lleven arrastrando por las calles de la ciudad con el pregonero delante, y llegado al suplicio le corte el verdugo los pies, las manos y la cabeza, que le descuartice, y dejando clavada en un palo la cabeza en medio de la plaza, se coloquen los cuartos

en los caminos públicos de donde nadie pueda quitarlos pena de la vida. Despues de arreglado por el rey este ceremonial se escapa el príncipe de la cárcel: los grandes instan al rey en su favor, y este por no quedar sin sucesion todo lo olvida, le perdona con imprevista clemencia, y le hace jurar como heredero legítimo del trono: *ægri somnia.*

1580.

144. *Tragedia de El Príncipe tirano. Esta tragedia representó Pedro de Saldaña la primera vez en Sevilla en la huerta de Doña Elvira*, etc. Esta pieza es una segunda parte de la anterior: en ella se abandonó el autor á todo género de estravíos; el carácter del príncipe es uno de aquellos que no existiendo en la naturaleza, no son admisibles en el teatro. «Los «retratos del vicio (dice Montiano hablando de este personage fantástico) han «de ser adaptables á lo que se ve, á lo «que se oye, ó á lo que puede haberse «leido; porque si trascienden de estos límites conocidos y trillados, todo lo que «se arrima al esceso ó á la ponderacion «hace perder la justa medida que requiere «la fábula en sí y en cualquiera de sus «partes para ser proporcionada á las respectivas pasiones de lástima y terror, sin «cuyos requisitos corre aventurada la tragedia, y espuesta á que se malogre su «fin, engendrando en lugar de aquellos «afectos incredulidad é indiferencia, que «son los contrarios que mas la destruyen.» La aparicion del reino de Colcos es uno de los delirios mas absurdos en que pudo incurrir el autor, usurpando esta ficcion á la poesía lírica y aplicándola al teatro, en donde nada se sufre que sea imposible de suceder. Si en otras piezas de Juan de la Cueva suele hallarse entre muchos defectos alguna cosa digna de elogio, en la presente todo está mal imaginado, mal combinado y mal escrito. Adviértase que en Colcos se usaban *pages*, *contadores*, *maestresalas*, *secretarios* y *letrados*: al rey se le daba el título de *magestad*; se celebraban *córtes* cuando convenia, y en palacio habia *besamanos*. ¿Por qué habia de respetar la historia el poeta que atropelló con todo lo demas?

1580.

145. *Comedia de El Viejo enamorado. Esta comedia representó Pedro de Saldaña la primera vez en Sevilla en el corral de D. Juan..... Es comedia digna de mucha memoria, considerada la moralidad de ella*, etc. Las primeras escenas de esta comedia anuncian una fábula regular, pero antes de acabarse la primera jornada ya se echa de ver que el autor perdió el tino y acudió al acostumbrado registro de sus nigromantes, furias, deidades y fantasmas alegóricas, encantos, vuelos, transformaciones, hundimientos y cuantos desatinos de este género pudo sugerirle su destemplada fantasía. Las desigualdades y estravíos del estilo corresponden perfectamente á la irregularidad de la pieza.

1580.

146. Cristóbal de Virués. *Tragedia de Atila furioso.* Se divide en tres jornadas. La reina, muger de Atila, perdida de amores por Flaminia (dama del rey en trage varonil con nombre de Flaminio): Gerardo, amante de la reina: otra reina prisionera, llamada Celia, de quien Atila se enamora: Flaminia, que trata de perder á la reina muger de Atila para casarse con él despues: diálogos de amor y situaciones cómicas, ronda nocturna, balcon y escondites. Atila, avisado por Flaminia, sorprende á la reina en un mal paso, y á ella y á Gerardo los mata, casándose inmediatamente con Celia su prisionera: Flaminia zelosa da un veneno al rey que le vuelve loco, y en sus primeros furores mata á Celia su nueva esposa: sale frenético á la escena, ahoga á Flaminia y él cae muerto. De estas situaciones y afectos se forma el complicado enredo de esta fábula, que ni es comedia, no obstante las muchas ridiculeces que contiene, ni es tragedia, aunque en el curso de ella perecen unas cincuenta y seis personas, sin contar en este número la tripulacion de una galera quemada, de la cual no se dice cuántos individuos iban en ella. El carácter de Atila es de aquello que no se ve jamas: al capitan y tripulacion de una galera apresada por los suyos los manda meter en otra galera y que le peguen fuego en medio del rio para que sirva de diversion al pueblo: á un gobernador de Ratisbona, que habia

sido *visitador de Nuremberga*, le manda ahorcar de una almena: á tres hermanos que habian hallado medio de sacar á su padre de la cárcel, donde hacia seis años que estaba por no poder pagar *seis mil ducados* que debia á la *real cámara*, los manda descuartizar: á un embajador romano que le habia hablado con poco respeto le manda cortar las orejas y las narices, y á unas cuarenta y cinco mugeres que se habian defendido en un fuerte hasta que el hambre les obligó á rendirse, las manda atar de dos en dos y ponerlas en lo alto de una torre para que se mueran allí de necesidad. Presentándole á Guillermo, rey de Esclavonia, vencido y prisionero, Atila, deseoso de que muera como corresponde á su alta dignidad, manda que le echen á los leones: Guillermo le pide misericordia, pero inútilmente, y el alcaide le conduce á la leonera. A estos rasgos de brutalidad y á los ridículos é indecentes amores de la reina, de Flaminia, de Gerardo y de Atila, sigue la furia de este, que á Montiano pareció que está pintada con viveza y naturalidad, siendo á mi entender lo mas necio de todo. El que entienda el arte podrá decir si los siguientes versos declamados en el teatro, no son mas á propósito para escitar la risa de los oyentes, que para inspirarles maravilla y terror.

Formados escuadrones representen
Al enemigo la batalla, y talen
El campo todo donde están las naves,
Y la caballería en tropas trote
Por el inmenso globo de la luna.....
Mis entrañas son fuego del infierno,
El vino es el amor de nuestras bodas,
La dulce copa ya no es copa, es capa,
Es-capa-se del alma y del infierno,
Y del fuego, y de amor, y de la boda.....
Armas son esas para mi ridículas:
¿Víboras me arrojais, culebras y áspides?
Con el aliento solo yo consúmolas.
Ministros fuertes de mi esfuerzo y ánimo,
Capitanes, soldados, armas, máquinas,
Militares, bravísimos ejércitos,
Antrófagos, lestrígones y ciclopes,
Mundos, infiernos, manos mias sólidas
Mas que diamantes, y mas fuertes y ásperas,
Dadme aquí montes de pesantes pórfidos
Con que sepulte estos gigantes pérfidos.
Viértase, corra la sangre,
No quede persona viva:
Todos mueran, nadie viva:
Todo el mundo se desangre.

No dude el lector que en trecientos cincuenta versos que recita el furibundo Atila, hallará iguales ó mayores disparates que los que acaban de citarse.

1581.

147. Juan de la Cueva. *Comedia de La Libertad de Roma por Mucio Scévola. Esta farsa representó Alonso de Capilla, ingenioso representante, en las Atarazanas en Sevilla*, etc. De cuatro jornadas que tiene esta comedia sobran las tres: por consiguiente la aparicion del dios Quirino, las furias, el desafio de Espurio y Bruto, la operacion de cortar á Sulpicio, *coram populo*, las orejas, una mano y las narices; su muerte, la quema de su cuerpo (que se hace en el teatro), la conservacion de sus cenizas en una urna de oro, los viajes del rey Tarquino y aun su existencia, todo es inútil. Mucio Scévola, protagonista de la fábula, no aparece hasta la cuarta jornada, y en ella se precipita la accion y se concluye. El estilo unas veces toca en gigantesco y ampuloso, y otras en prosáico, desaliñado y ridículo.

1581.

148. Cristóbal de Virués. *Trágedia, La infeliz Marcela.* Está dividida en tres partes, que así llamó el autor á las jornadas. *Parte primera.* Una tempestad hace varar en la costa de Galicia el navío en que iba Marcela, prometida esposa del príncipe Landino: saltan en tierra Marcela, el conde Alarico, Tersilo su amigo é Ismeno: este por órden de Alarico va á Compostela á buscar un coche para llevar á la princesa, la cual se queda dormida en unos peñascos. Entre tanto apartándose á un lado Alarico dice á Tersilo que está enamorado de Marcela, y que espera que en aquella ocasion le ayude: Tersilo le reprende su mal proceder, sacan las espadas y queda Tersilo herido de muerte: al ruido despierta Marcela, huye, y Alarico va detras de ella. Tersilo, en vez de quejarse de sus heridas, se pone á recitar una jácara moral de mas de cien versos llena de metáforas ingeniosas y reflexiones profundas: llega Ismeno su hermano que trae un carro para llevar á Marcela, halla á Tersilo moribundo, y le conduce al carro, prometiéndole el herido que por el camino le

contará todo el suceso: sale Alarico persiguiendo todavía á la princesa, con la cual hubiera logrado su dañada intencion, si las voces de los salteadores de aquel monte no se lo estorbáran: suelta á Marcela y huye: los salteadores corren trás de él: Formio, capitan de todos ellos, llama á Felina (muger perdida que vive con él), le encarga que cuide de Marcela, y se va con los demas en busca del conde fugitivo: quedan solas Marcela y Felina, y esta al ver las galas de la princesa se alegra infinito, y dice:

Felina. Muy á mi gusto ha venido
La presa está vez á fe:
Con ella renovaré
Este mi viejo vestido:
¿Y de joyas y dinero
Cómo va la bolsa, dama?
Conforme la gala llama,
En gran cantidad le espero.
Marcela. Solo lo que ves, amiga,
Es lo que pude sacar
De una tormenta del mar
Con harta pena y fatiga.
Fel. Esa es muy grande mentira,
Y yo sé que de ella habré
Mas de dos joyas á fe.
Marc. Toda me busca y me mira.
Fel. Ahora bien, en mi presencia
Se desnude en carnes luego,
Que esotro buscar es juego.
Ea, dama, diligencia.
Quite la ropa, y no crea
Que es donaire el desnudar,
Que no me he de contentar
Hasta que en carnes la vea.

Despues de este diálogo, poco digno de Melpómene, sale muy á propósito Oronte, señor de un castillo que está en aquellas montañas: Marcela le pide proteccion, y él llevándosela consigo, amenaza á Felina y á los salteadores que viven con ella: los incidentes de esta primera parte son imitacion del episodio de Isabela, que se halla en el canto XIII del *Orlando* de Ariosto. *Parte segunda.* Landino, seguido de unos criados, se lamenta en tercetos elegantes de la tardanza de Marcela: los criados le determinan á que se vuelva á la ciudad, y al retirarse les advierten unos pastores el camino que han de llevar para no encontrarse con los salteadores que andan por aquellas aspérezas: despues de una escena inútil de los pastores, vienen los ladrones que traen atado al conde Alarico, y dicen:

Formio. Por cierto muy buen galan:
Dejar la dama y huir.
Fracaso. Digo que puede servir
La hija del Preste Juan.
Brando. Si le ha de servir huyendo,
Nadie en el mundo mejor.
Zambo. Y podrá alcanzar su amor,
Si le ha de alcanzar corriendo.
Rumbo. ¡Oh hideputa el hidalgo
Y qué ligero es de piés!
Trinco. Cierto, gran lástima es
Que el señor no sea galgo.

Acabadas estas necedades, Formio encarga á los pastores que les lleven la comida por la boca de la cueva que cae al mar: promete á Felina que traerá preso á Oronte, y la deja en compañía de Alarico: este le cuenta que es conde y muy favorecido del príncipe Landino, con el cual hizo un viaje á Inglaterra, en donde el príncipe se casó con Marcela, hija del rey inglés: que Landino hubo de volverse á España á combatir con los moros, y que habiéndolos vencido le envió á él para que trajese á la princesa: que á su vuelta tuvieron una gran tempestad, y en esto llega Formio trayendo presos á Oronte y Marcela. Despues de una escena inútil, quedándose á solas con ella (y escuchando Felina escondida) hace Formio á la princesa una declaracion amorosa: ella le llama *fiero monstruo* y *fiera dura*, y él á ella *loca altiva*, *arrogante*, *bárbara*, *indiscreta* é *ingrata*: Felina en un monólogo resuelve envenenar á Formio con una rosquilla ó mazapan para entregarse despues á Alarico, de quien está perdidamente enamorada: sale este, ella le pregunta si querrá pagarle el cariño que le tiene, él se lo promete y se dan la mano de amigos. Formio, que lo ha visto, todo se desespera, y en otro monólogo (ni mas ni menos que el anterior de Felina) se propone darle veneno, con la diferencia de que no será en mazapan, sino en un frasco de agua fria: los pastores determinan ir á Compostela á dar aviso al príncipe de que Marcela está en poder de los salteadores. *Parte tercera.* Diálogos inútiles entre Formio y su gente: queda solo y dice que ya tiene prevenido el tósigo para Felina; llega esta, le dice amores, saca la rosquilla emponzoñada y

le insta á que se la coma : él por su parte le convida á beber del frasco, altercan sobre ello, y por último ni ella bebe ni él come, y lo dejan para mejor ocasion. Sigue un soliloquio del pastor Montano : el príncipe Landino, acompañado de criados y pastores, determina asaltar la cueva en que se recogen los bandidos. Otro soliloquio de Formio, que trae el frasco de agua envenenada, y al irse le deja á un lado : halla á Marcela y le presenta la fatal rosquilla que le dió Felina, exhortándola á que se la coma, y añade :

Que es cordial medicina
Para el triste corazon.

Quedando sola Marcela, empieza á comerse la rosquilla : ve el frasco, se echa unos cuantos tragos, y con este motivo trae á la memoria aquel tiempo dichoso en que

Una dama de este lado
Y otra de estotro tenia,
Cuando en mi estrado queria
Beber, comiendo un bocado.
Que el menino, que la dueña,
Que el mayordomo acudia
A cuanto yo apetecia
Haciendo sola una seña.
Que con tanta reverencia
Le traian á Marcela
Con el agua de canela
Las conservas de Valencia.

Hechas estas consideraciones, apurada la rosquilla y bebida la pócima del frasco, le da un sueño profundo del cual no vuelve la desventurada princesa. Suena dentro gran rumor de pelea, y es el caso que el príncipe Landino con los que le acompañaban ha vencido y muerto á cuantos habia en la cueva, esto es, Alarico, Felina, Oronte, Formio, Fracaso, Brando, Trinco, Zambo y Rumbo, y otros ladrones anónimos, añadiéndose á tantas muertes la de Marcela, cuyo cadáver se lleva el príncipe para darle honrada sepultura. Esta composicion no es una tragedia, es una novela en diálogo escrita en versos buenos y malos, heróicos y ridículos : personages inútiles, episodios incoherentes, ripio y distracciones continuas, y el *agua de canela*, y la *rosquilla*, y las *conservas*, la *dueña*, el *menino*, el *mayordomo*, el *Preste Juan*, y el *hidalgo*, y el *galgo*, y el *hidaputa*.

1581.

159. *Tragedia de Elisa Dido*. Está dividida en cinco actos. *Acto primero*. Dido, acompañada de senadores y grandes de Cartago, da respuesta en el templo de Júpiter á Abenamida, embajador de Yarbas, prometiéndole que se casará con el rey su amo. Ido el embajador se disputa á presencia de la reina sobre si es acertada ó no su resolucion : Fenicio y Falerio la aprueban, Carquedonio y Seleuco la contradicen : estos últimos, enamorados ambos de Dido, quieren estorbar su casamiento con Yarbas; pero Seleuco, mas tímido que el otro, nada resuelve. Delbora, prisionera en Cartago, pregunta á Ismeria los sucesos de Dido, y ella en ciento diez y siete versos le refiere la muerte de Siqueo por Pigmalion, el sueño de Dido en que se le apareció su esposo, le aconsejó que huyese con sus riquezas, etc. Carquedonio interrumpe la narracion, y se queja con Ismeria de lo mal que la reina paga el amor que le tiene : ruega á Ismeria que interceda por él, y ella promete hacerlo : concluye el acto con el coro. *Acto segundo*. Seleuco determina declarar su amor á la reina : Ismeria (que está enamorada de él le pregunta la causa de sus melancolías, y él despues de varios rodeos le dice haber sido fingido el cariño que hasta entonces le habia manifestado, que está prendado de la reina, y ruega á Ismeria que le mate en castigo de su perfidia, pero ella no quiere matarle, y se va desesperada. Delbora declara en un soliloquio que está enamorada de Carquedonio, al cual parece que se lo ha dicho ya algunas veces, pero sin fruto, y trae despues á la memoria como la hizo prisionera, le ofreció libertad y ella la rehusó, y como por último vino á Cartago. Despues hablando con Ismeria vuelve á sacar la conversacion de Dido, y la otra, sin hacerse mucho de rogar, le cuenta lo que Dido respondió á su esposo cuando le vió en sueños. Carquedonio las interrumpe, y quedándose á solas con Delbora le insta ella á que declare el pesar que su semblante manifiesta, y él la desengaña, diciéndole que no puede corresponderle, porque está enamorado de Dido, y con este motivo le refiere parte de la historia de aquella reina, empezándola

precisamente en el punto en que Ismeria la dejó. Delbora le oye hasta que él mismo se cansa de hablar y se despide: acaba el acto con el coro, que pondera en cultos versos los peligros de amor.

¡O míseros mortales
Que seguis del amor el bando injusto,
Por infinitos males
Pasando, tras un breve y falso gusto!
¿Dónde vais tras un ciego
Sino á dar una misera caida?
¿A qué dulce sosiego
Quien vuela alado tristes os convida?
¿Qué premio soberano
Esperais de un desnudo y de un tirano?
Insufribles tormentos
Los premios son que el fiero amor reparte:
Mil varios descontentos
Son los sosiegos de que os hace parte:
Siguiéndole es muy cierto
Ir do no hay quien levantarse pueda
Sin quedar preso ó muerto;
Y al que menos mal que esto le suceda
Será virtud divina,
Que solo contra amor es medicina.
El favor empleando
De virtud fuerte, fuertemente armada,
Huid del fiero bando,
De esta furia infernal que disfrazada
En blando niño afable,
Tras sus falsos halagos y dulzuras,
Con vida miserable,
Con amargas y tristes desventuras,
Duramente persigue
Al desdichado que su bando sigue.
Virtud divina emplee,
Pidiendo al cielo su favor de veras,
Quien arrastrar se vee
Tras las falsas divisas y banderas
Del falso amor tirano,
Si verse libre de su imperio quiere;
Que no menos que mano
De tal virtud importa y se requiere,
Segun es de gigante
La fuerza del desnudo y tierno infante:
Solo virtud divina
Al fiero mal de amor es medicina.

Acto tercero. Abenamida vuelve del campo de Yarbas, y presenta en nombre de este á la reina una espada, una corona y un anillo: admite Dido agradecida estas dádivas, y quedando á solas con Ismeria, recuerda las memorias de Siqueo. Ismeria en un monólogo dice que la noche anterior la luna estaba sangrienta, que se apareció un cometa y tembló la tierra: ruega á los dioses que aparten de Cartago la desgracia que aquellos prodigios anuncian: viene Delbora, y sin aguardar Ismeria á que la otra se lo suplique, vuelve á tomar el hilo de la historia comenzada, y le refiere como la reina huyó de Tiro con sus riquezas. Pirro corta la relacion y les dice que Carquedonio y Seleuco, seguidos de varias tropas, han embestido los reales de Yarbas, donde se ha trabado gran pelea, sin conocida ventaja de una ni otra parte: el coro da fin al acto. *Acto cuarto.* Escena inútil entre Mangordio y Clenardo. Ismeria, de órden de la reina, manda abrir las puertas de la ciudad para que introduzcan á Yarbas, y le encaminen al templo: Delbora é Ismeria alaban la prudencia de Dido, que admite á Yarbas por esposo, á fin de procurar la paz á su pueblo: Ismeria concluye felizmente la interrumpida narracion de los hechos de Dido: avisa el coro que se retiren, porque viene mucha gente hácia aquel sitio. Abenamida cuenta á Clenardo como despues de un reñido combate han quedado muertos Seleuco y Carquedonio, recurso plausible del autor para deshacerse de personages tan inútiles: coro. *Acto quinto.* Ismeria y Delbora anuncian los preparativos de la reina para recibir á Yarbas: hacen gran sentimiento por la muerte de Carquedonio y Seleuco: avisan los coros que Yarbas ha entrado: ellas se retiran, los coros se quedan para abrir las puertas de la estancia de Dido, y en tanto dan gracias al cielo por la paz que envia á su nacion, y anuncian prosperidades á Cartago y á su reina. Viene Yarbas: se abren las puertas, y aparece Dido muerta con la espada de Yarbas, la corona que le envió arrojada á sus piés, y un papel en la mano. Léese el escrito en que dice haber jurado eterna fidelidad á Siqueo, y que por no faltar á ella se ha dado la muerte. Ismeria y Delbora lloran la desgracia de su señora: Yarbas las consuela, dispone dar sepultura al cuerpo, deja en libertad á Cartago, propone á sus moradores que adoren por diosa á su difunta reina, y se despide de ella para siempre. Coro final.

Lampillas, arrebatado del furor apologético, no dudó asegurar que esta era una tragedia perfecta: Montiano halló en ella muy poco que censurar. En mi opinion es la tragedia menos defectuosa de cuantas se

habian escrito hasta entonces en España: el autor supo sujetarla á las unidades de lugar, de tiempo y de accion, que tanto se han recomendado despues. Las dos primeras están observadas sin violencia, pero la última padece muchas escepciones, y tantas, que de cinco actos de que consta la tragedia (sin que la integridad de la fábula se alterase) pudieran reducirse á dos. ¿Qué tienen que ver con ella los amores episódicos, insípidos, idénticos de los dos capitanes Seleuco y Carquedonio? ¿De qué sirve el ataque del campo de Yarbas sino, como ya se ha dicho, de hacer que desaparezcan aquellos dos personages que nunca debieron existir? ¿De qué sirven Ismeria y Delbora sino de helar toda la pieza con sus amores, sus esclamaciones, sus quejas, y sobre todo con la inoportuna, enfadosa y larga relacion de las aventuras de Dido, la cual entre los varios trozos de que se compone llega á cuatrocientos veintisiete versos? Los demas personages con sus monólogos y sus sentencias contribuyen á entorpecer el movimiento dramático y prolongar el fastidio: Dido, figura principal, despacha todo su papel en ciento setenta versos poco mas ó menos, cuando las otras subalternas y enteramente inútiles se lo hablan todo y no saben dejarlo: Yarbas solo sirve de leer la carta de Dido y de disponer el entierro. En el primer acto, en el tercero y el quinto hay situaciones interesantes, acompañadas de la pompa y aparato escénico que son convenientes á la tragedia: la catástrofe es de mucho efecto teatral: el estilo, aunque no siempre llega á la grandeza que necesita este género, es sin duda mucho mas decoroso y correcto que el de las otras piezas del mismo autor: en los coros hay buen lenguaje, facilidad y armonía.

Cristóbal de Virués nació en la ciudad de Valencia poco antes del año de 1550: fué hijo de un docto médico, á quien debió una esmerada educacion literaria: siguió la carrera militar, se halló en la batalla de Lepanto, obtuvo el grado de capitan, y sirvió despues en el estado de Milan con gran reputacion de valor y prudencia. Dice él mismo en el prólogo de sus tragedias (impresas mucho tiempo despues de haberse escrito y representado) que él fué el primero que las redujo á tres actos de cuatro que antes tenian. Cervantes empezó á hacer lo mismo en sus comedias, y Juan de la Cueva, contemporáneo de los dos, adoptó igualmente esta novedad, aunque no se conserva ninguna de las piezas en que la practicó. Andres Rey de Artieda solicitó este honor para sí, y mucho antes que todos le obtuvo Francisco de Avendaño, como puede verse en el número 84 de este catálogo. Las tragedias de Virués no se imprimieron hasta el año de 1609 juntamente con varias poesías del autor. Su muerte debió de verificarse poco despues.

1581.

150. Juan de la Cueva. *Comedia de El Infamador. Fué representada esta comedia la primera vez en Sevilla por el escelente y gracioso representante Alonso de Cisneros en la huerta de Doña Elvira*, etc. La escena es en Hispalis (que otras veces se llama Sevilla) y en los montes Cimerios de Escitia: las costumbres y los personages pertenecen á tiempos muy modernos, y tanto que se citan las novelas dramáticas de *Celestina* y *Claudina*, las espadas de Joanes, las obras del arcipreste de Talavera y las de Cristóbal de Castillejo. A pesar de esta suposicion la pieza es toda mitológica, interviniendo en ella Némesis, el Sueño, Morfeo, el rio Betis, Diana y Vénus: Leucino es una especie de D. Juan Tenorio, y Eliodora una santa virgen, á cuyo favor se hacen milagros, perseguida de Vénus y protegida de Diana. Véase un trozo de buen estilo cómico en boca de la alcahueta Teodora, refiriendo el mal despacho que recibió de sus tercerias:

Pensando el caso contar
Se me renuevan mis penas,
Y la sangr por las venas
Siento de temor helar.
Mas siendo de tí mandada,
Aunque huye la memoria
Renovar la triste historia,
De mí te será contada.
Sabrás, Leucino, qué fué.
Voime á casa de Eliodora,
Y siendo oportuna hora
A hablar con ella entré.
Halléla en un corredor
De muchas dueñas cercada,
Ricamente aderezada,
Revuelta con su labor.

Levantáronse en el punto
Que yo entré, y ella alargando
Su mano y la mia tomando,
Me sentó consigo junto.
Quedando sola con ella
(Que era lo que deseaba),
Queriendo hablar no osaba,
Y osando paraba al veila.
Al fin sacudí el temor
Y apresté la lengua muda,
Viendo que al osado ayuda
Fortuna con su favor.
Díjela: Bella Eliodora,
Mi bien y señora mia,
Perdonalde esta osadía
A vuestra sierva Teodora.
Yo vengo á solo deciros
Que deis lugar que Leucino
(Pues cual sabeis es tan dino)
Ose ocuparse en serviros.
Notoria es su gentileza,
Discrecion y cortesía,
Su donaire y bizarría,
Su hacienda y su franqueza.
No teneis en que dudar,
Bien podeis corresponder,
Que tan ilustre muger
Tal varon debe gozar.
Ella que estaba aguardando
El fin de mi pretension,
En oyendo esta razon
Dió un grito al cielo mirando.
Y dijo: Dime, traidora,
¿Qué has visto en mí, qué has oido,
O qué siente ese perdido
Del nombre y ser de Eliodora?
Si las cosas que contemplo
No impidiesen mi ira fiera,
A bocados te comiera,
Dando de quien soy ejemplo.
En diciendo esto se fué,
Y las dueñas acudieron,
Y de mí todas asieron,
Que sola entre ellas quedé.
Las unas me destocaban,
Las otras me descubrian,
Otras recio me herian
Con mil golpes que me daban.
Despues de estar muy cansadas
De tratarme como digo,
Dijeron: Este castigo
No nos deja bien vengadas.
Los cabellos me cortaron
Con crueza que dá espanto,
Y sin tocado ni manto
En la calle me arrojaron.

Esta misma vieja alcahueta, acompañada de otra comadre suya, hace un conjuro en favor de Leucino, y entrambas hablan, no como conviene á dos mugercillas miserables del pueblo, sino como pudieran esplicarse Medea, Circe ó Armida.

Teodora. Pon la vista al oriente
En tanto que aderezo
Estos lizos mojados en la onda
De Flegeton ardiente,
Y pongo el aderezo
Para que el triste Averno me responda.
Si de la estancia honda
Donde tiene su asiento
Del Erebo la reina poderosa,
Espíritu saliere ú otra cosa,
Ten cuenta, y mira al viento
Si cuervo ó si paloma pareciere,
O siniestra corneja se ofreciere.
Terencina. Con prósperas señales
De fatídico agüero
Se nos demuestra el cielo generoso
En ocasiones tales;
Si en esto es verdadero
El disponer del hado venturoso,
Hoy será victorioso
Leucino desdeñado:
Que en este punto con ligero vuelo
Dos palomas bajar vide del cielo
Que Vénus ha enviado,
Y sobre un verde mirto se pusieron,
Y cogiendo dos ramos de él, se fueron.
Teod. Tiende entorno esos lizos
Por donde yo derramo
Estas cenizas del trinacrio monte,
Y con fuertes hechizos
A responderme llamo
Los espíritus negros de Aqueronte.
Antes que el horizonte
Se cubra, ¡o triste Huerco!
A quien con ronca voz fuerzo y apremio,
Dale á mis obras el debido premio,
Y ponme en este cerco
Una señal que el fin que intento aclare
Por donde yo lo que será declare.
Ter. Por la virtud que tiene
Esta esponjosa piedra,
Desde el nevado Cáucaso traida,
Que en este vaso viene;
Por esta blanda hiedra,
Que en la cumbre del Hemo fué cogida,
Que luego sea movida
Tu voluntad al ruego,
¡O Pluton! ¡o Prosérpina hermosa!
Y sin negarnos al intento cosa,
Nos deis aviso luego
Si la demanda mia y de Teodora
Moverán hoy el pecho de Eliodora.

Si á estos dos trozos bien escritos entrambos, aunque tan diferentes entre sí, y el último tan impropio de la buena comedia, se añadiesen otros enteramente prosáicos, sin correccion ni armonía, y afeados con des-

cuidos imperdonables, se llegaria á conocer la precipitacion y el abandono con que el autor compuso sus piezas dramáticas, en las cuales son casualidades los aciertos.

Juan de la Cueva nació en Sevilla de familia ilustre en el año de 1550 con poca diferencia. Dotado de ingenio y afluente vena compuso varias obras líricas, épicas y dramáticas que le adquirieron general estimacion: muchas hizo imprimir y algunas quedaron manuscritas, que se conservaban pocos años hace en poder del conde del Aguila. Publicó la primera parte de sus comedias en la misma ciudad en el año de 1588, y sin duda se proponia dar á luz las demas que habia compuesto, pero no parece que llegó á verificarlo. Murió en su patria pasado el año de 1694: puede verse en el tomo VIII de *El Parnaso español* la noticia que allí se da de este célebre poeta y de sus escritos.

1581.

151. Andres Rey de Artieda. *Los Amantes*. Tragedia.

152. *Amadis de Gaula*. Comedia.

153. *El Príncipe vicioso*. Comedia.

154. *Los Encantos de Merlin*. Comedia.

Micer Andres Rey de Artieda, infanzon de Aragon, nació en Valencia en el año de 1549: estudió en aquella universidad y en las de Lérida y Tolosa, y graduado de doctor enseñó astronomía en Barcelona. Dejó la carrera de las letras y siguió la de las armas, se halló en el socorro de Chipre, recibió tres heridas en la batalla naval de Lepanto, y en otra ocasion pasó á nado el Elba con la espada en la boca á vista del ejército enemigo; obtuvo el grado de capitan de infantería, y murió en su patria en el año de 1613: publicó sus obras sueltas en Zaragoza, año de 1605, con este título: *Discursos, epístolas y epigramas de Artemidoro*. De las dramáticas (y entre ellas la tragedia de *Los Amantes*, impresa en Valencia año de 1581) solo ha quedado la noticia. Véanse las notas de Cerdá á la *Diana enamorada* de Gil Polo, y los *Escritores del reino de Valencia* por Jimeno.

1582.

155. Miguel de Cervantes Saavedra. *Comedia. Los Tratos de Argel*. En cinco jornadas, escrita en octavas, redondillas, quintillas, liras, tercetos, verso suelto y rima encadenada. *Jornada primera*. Zara, muger del renegado Izuf, está enamorada de Aurelio, cautivo español; pero ni sus ruegos ni los de su amiga Fátima pueden reducir al esclavo, que llora la ausencia de su querida Silvia. Saavedra se lamenta de los trabajos que pasa en la esclavitud: Pedro Alvarez está contento en ella, es amigo de su ama y le va muy bien: los siguientes versos puestos en boca de Saavedra son de los mejores de esta comedia:

Cuando llegué vencido en esta tierra
Tan nombrada en el mundo, que en su seno
Tanto pirata encubre, acoge y cierra,
No pude al llanto detener el freno,
Que á pesar mio sin saber lo que era,
Me ví el marchito rostro de agua lleno.
Ofreciendo á mis ojos la ribera
Y el monte donde el grande Cárlos tuvo
Levantada en el aire su bandera,
Y el mar que tanto esfuerzo no sostuvo,
Pues movido de envidia de su gloria,
Airado entonces mas que nunca estuvo.
Y estas cosas volviendo en mi memoria,
Las lágrimas trujeron á los ojos,
Forzadas de desgracia tan notoria;
Pero si el alto cielo en darme enojos
No está con mi ventura conjurado,
Y aquí no lleva muerte mis despojos;
Cuando me vea en mas feliz estado,
O si la suerte ó si el favor me ayuda
A verme ante Filipo arrodillado,
Mi temerosa lengua cuasi muda
Pienso mover en la real presencia,
De adulacion y de mentir desnuda,
Diciendo: Alto señor, cuya potencia
Sujetas trae las bárbaras naciones
Al desabrido yugo de obediencia....
Todos de allá, cual yo, puestas las manos,
Las rodillas por tierra, sollozando,
Cercados de tormentos inhumanos,
Poderoso señor, te están rogando
Vuelvas los ojos de misericordia
A los suyos que están siempre llorando;
Y pues te deja agora la discordia,
Que tanto te ha oprimido y fatigado,
Y á mas andar te sigue la concordia,
Haz, buen rey, que por tí sea acabado
Lo que con tanto audacia y valor tanto
Fué por tu amado padre comenzado.
Con solo ver que vas pondrás espanto
A la bárbara gente, que adivino
Ya desde aquí su pérdida y quebranto.

Sobreviene otro cautivo, y en una relacion de cerca de doscientos versos les cuenta el martirio que acaban de dar los moros á un clérigo valenciano. *Jornada segunda*.

Izuf encarga á Aurelio que se vea con una hermosa esclava española llamada Silvia, y que le persuada á que sea menos esquiva con él: Aurelio disimula y se encarga de hacerlo así. Saca el pregonero á la plaza dos muchachos llamados Juan y Francisco juntamente con su padre y su madre: los pregona, los vende á dos mercaderes, y despidiéndose de sus padres se va cada uno de ellos con su amo. *Jornada tercera.* Procura Izuf vencer con halagos y promesas el desden de Silvia presentándosela á su muger Zara, y esta quedando á solas con ella le refiere como está enamorada de Aurelio, y le ruega que sea medianera en sus amores. *Jornada cuarta.* Pedro Alvarez, que al principio de la fábula estaba regalado y contento con su suerte, ha resuelto escaparse y encaminarse á Oran: con esta determinacion se despide de su camarada Saavedra. Ignorábase que Fátima fuese hechicera, pero en efecto lo es, y hace un conjuro en favor de su amiga Zara para que Aurelio le corresponda: luego que ha dicho estos versos, que deben de ser muy eficaces para el caso,

Rápida, ronca, run, ras, parisforme,
Grandura, denclifaz, pantasilonte;

sale una Furia, y le dice que la indiferencia de Aurelio solo la podrán vencer la Necesidad y la Ocasion. Fátima le manda que se las envie cuanto antes y tratará con ellas lo que debe hacerse. Se ven á solas Aurelio y Silvia, y hallándose ella solicitada de Izuf y él de Zara, acuerdan lisonjear con alguna esperanza al moro y á la mora en tanto que escriben á España para solicitar su rescate. Pedro Alvarez, fatigado, roto y hambriento, va caminando á Oran: échase á dormir á la sombra de unas matas, y cuando despierta se halla con un leon á su lado que le está haciendo compañía: levántase lleno de miedo, sigue andando, y el leon se va detras de él como un perrito. *Jornada quinta.* Alvarez prosigue su viaje en compañía del leon, y se halla felizmente muy cerca de Oran: la Necesidad y la Ocasion, invisibles á Aurelio, le van persuadiendo á que corresponda agradecido al amor de Zara, pero sin saber porqué le dejan solo, y no lo aciertan, porque entónces cobra él todo su esfuerzo y se propone no ceder jamas á las instancias de la mora. El muchacho Juan sale vestido de turco, muy contento de serlo y de que ya no se llama Juanito sino Soliman: su hermano Francisco se horroriza, y Aurelio lamenta la suerte de los niños cristianos que viven en poder de moros. Silvia y Aurelio se encuentran, se dan un abrazo, y Zara é Izuf los sorprenden: Zara acusa á la esclava, Izuf al esclavo, y ellos se disculpan de mala manera. El rey de Argel en audiencia pública manda á Izuf que le entregue al cautivo y á la cautiva que tiene en su poder: él lo repugna mucho, y el rey dispone que le lleven de allí y le harten de palos: traen á su presencia á un malagueño que se habia escapado, y el rey dice:

¡Oh tú! rajá Caud, dalde seiscientos
Palos en las espaldas, muy bien dados,
Y luego le dareis otros quinientos
En la barriga y en los piés cansados.

Y responde el malagueño:

¿Tan sin ley ni razon tantos tormentos
Tienes para el que huye aparejados?

Y añade el rey:

Chito. Chifuz, Breguede, al punto ataide,
Abrilde, desollalde y aun matalde.

Decretadas estas palizas, se presentan Silvia y Aurelio: el rey les indica el rescate que han de enviarle desde España, y les concede libertad bajo su palabra: dan aviso de que ha llegado un navío, y en él Fr. Juan Gil, religioso trinitario que viene á rescatar: los cautivos regocijados en estremo dan gracias á la Vírgen por su infinita misericordia.

Esta comedia es un drama episódico, en el cual si se quiere decir que hay una accion, solo puede hallarse en los amores pareados y simétricos del renegado Izuf y su muger Zara que solicitan á Silvia y Aurelio, sirviendo de atropellado desenlace la paliza de Izuf. Lo restante todo es personages y situaciones sueltas sin enlace ni composicion dramática: los conjuros de Fátima, la Furia, la Ocasion y la Necesidad, y el leon que sirve de escudero á Pedro Alvarez, son desatinos imperdonables: el estilo, que á veces tiene algun decoro y correccion, es en general desaliñado y prosáico.

1582.

156. Joaquin Romero de Zepeda. *Comedia Selvage* (en cuatro jornadas), *en la cual por muy delicado estilo y artificio se descubre lo que de las alcahuetas á las honestas doncellas se les sigue, en el proceso de lo cual se hallarán muchos avisos y sentencias. Por Joaquin Romero de Zepeda. Sevilla,* 1582. En la primera y segunda jornada no hizo el autor otra cosa que estractar en versos fáciles (y no desnudos de elegancia) los cuatro primeros actos de la *Celestina*. En la tercera jornada apartándose de aquel escelente original, atropelló los incidentes, añadiendo no pocas estravagancias. Lucrecia, acompañada de la vieja alcahueta Gabrina, abandona la casa de sus padres y se va á la de Anacreo, su amante: los padres de Lucrecia echándola menos van á casa de Gabrina con la justicia, y de allí á la de Anacreo, pero este y Lucrecia han huido descolgándose por una ventana. Presos Gabrina y el criado Rosio los llevan á la plaza: allí aparece la horca á vista del auditorio, suben al reo y le cuelgan: á Gabrina la emplúman, le ponen una coroza, y sentándola en la escalera del suplicio queda abandonada á merced de los muchachos, que á porfía le tiran brevas, berengenas y tomates, le remesan los pelos y le dan puñadas: hecho esto dice el juez:

Quiten luego á esa muger,
Y entierren al ahorcado.

En la cuarta jornada sale por un monte Lucrecia con arco y saetas, y llora la mala ventura de sus amores: luego que se retira, sale por otro lado Anacreo lamentándose igualmente de la desdicha en que se ve. Salen despues Albina y Arnaldo, padres de Lucrecia, vestidos de peregrinos en busca de su hija: descansan un rato de la fatiga del camino, y al querer proseguirle los sorprenden dos ladrones llamados Tarisio y Troco: el viejo Arnaldo quiere defenderse y muere á sus manos: sobreviene al ruido Anacreo y mata á Tarisio: su compañero Troco se va huyendo: sigue el reconocimiento de Anacreo y Albina, y cuando tratan de enterrar el cadáver de Arnaldo, vienen dos salvages entre los cuales se ve Anacreo en mucho peligro de perder la vida; pero Lucrecia, que se aparece muy oportunamente, dispara una flecha y cae muerto uno de los salvages. Anacreo en tanto consigue matar al segundo: la madre y el amante sin reconocer á Lucrecia le agradecen el socorro que les ha dado: ella al fin se descubre, y con el regocijo de los tres acaba la fábula. Composicion romancesca, mal ordenada y llena de inverosimilitud. Existe un ejemplar en la librería del convento de Santa Catalina de los dominicos de Barcelona.

1583.

157. Miguel de Cervantes Saavedra. *Tragedia de Numancia.* Véase la lista de los interlocutores de esta pieza. *Escipion, Yugurta, Cayo Mario, embajador primero, embajador segundo, soldado primero, soldado segundo, Quinto Fabio, España, el rio Duero, Teógenes, su muger, un hijo suyo, Corabino, numantino primero, numantino segundo, numantino tercero, numantino cuarto, Marquino, Morandro, Leoncio, sacerdote primero, sacerdote segundo, uno del pueblo, Milvio, un cuerpo muerto, Lira, muger primera, muger segunda, muger tercera, una madre, un hijo, un hermano, la Guerra, la Enfermedad, el Hambre, Viriato, Servio, Emilio, la Fama.* Está dividida la obra en cuatro jornadas, escrita en tercetos, octavas, redondillas y verso suelto. *Jornada primera.* Escipion reprende á sus soldados la vida regalada, lasciva y glotona que traen, advirtiendo con sobrada razon y poquísimo decoro trágico,

Que mal se aloja en las marciales tiendas
Quien gusta de banquetes y meriendas.

A estos vicios atribuye el no haberse ganado á Numancia despues de diez y seis años de guerra: manda que salgan del campo las meretrices, que se reformen las cocinas y se destierre todo regalo y blandura. Dos embajadores numantinos proponen á Escipion paz y amistad, pero él se niega á cuanto no sea entregarse á discrecion: dispone que se cerque á Numancia con grandes fosos, y en la escena siguiente ya está concluida toda la obra. España, viendo rodeados á los numantinos con trincheras y fosos profundos, esceptuando solo

la orilla del Duero, habla con el rio invocándole en los siguientes versos, que son de los mejores de toda la pieza:

Duero gentil que con torcidas vueltas
Humedeces gran parte de mi seno,
Ansí en tus aguas siempre veas envueltas
Arenas de oro como el Tajo ameno,
Y ansí las ninfas fugitivas sueltas,
De que está el verde prado y bosque lleno,
Vengan humildes á tus ondas claras,
Y en prestarte favor no sean avaras;
Que prestes á mis ásperos lamentos
Atento oido, ó que á escucharlos vengas,
Y aunque dejes un rato tus contentos,
Suplícote que en nada te detengas.
Si tú con tus continuos movimientos
De estos fieros romanos no me vengas,
Cerrado veo ya cualquier camino
A la salud del pueblo numantino.

El Duero (acompañado de tres muchachos que son otros tantos riachuelos que desaguan en él) anuncia á España que la ruina de Numancia es infalible, pero que su gloria será inmortal, y en los siglos futuros Atila, Borbon y el duque de Alba la vengarán de Roma. Añade tambien que los reyes de España adquirirán el dictado de Católicos, y que en tiempo de un rey llamado Felipe II (*sin segundo*), *el giron lusitano que se cortó de los vestidos de Castilla, ha de zurcirse de nuevo y unirse á su estado. Jornada segunda.* En una asamblea de numantinos se resuelve que Corabino salga á desafiar á cualquier romano que se atreva á combatir con él, pactando primero que si Corabino vence, los romanos levantarán el sitio, y si él queda vencido, se entregará la ciudad: proposicion muy imprudente y poco numantina. Resuelven tambien que se hagan sacrificios á Júpiter, y que el mago Marquino por medio de sus hechizos y conjuros averigüe los hados de Numancia. Leoncio reprende á Morandro viéndole muy enamorado de Lira en tiempo de tanta calamidad, y en efecto Leoncio tiene sobrada razon. Se empieza el solemne sacrificio con tristes agüeros: la llama arde mal, se ven águilas en el aire que persiguen á otras aves, las acosan y las cercan: suena ruido subterráneo: cruza una centella por el templo, y al ir á degollar la víctima sale un demonio, se la lleva y trastorna de paso las aras y utensilios. Despues de un diálogo inútil entre Leoncio y Morandro sale Marquino y hace sus conjuros sobre una sepultura, invocando á los ministros infernales, llamándolos *canalla vil*, y á Pluton *cornudo*: echa de sí la sepultura un cuerpo muerto, al cual hace hablar el nigromante á fuerza de aspersiones y latigazos: el muerto anuncia la ruina que amenaza á la ciudad, y Marquino desesperado al oirle se arroja con él á la sepultura, quedando enterrados los dos. *Jornada tercera.* Corabino desde el muro de Numancia propone el desafio de que ya se ha hecho mencion; pero Escipion no asiente á ello y le vuelve la espalda. Corabino, irritado de aquel desprecio, se desahoga en injurias contra los romanos llamándolos *cobardes*, *pérfidos*, *tiranos*, *villanos*, *fementidos*, *ingratos*, *feroces*, *revoltosos*, *desleales*, *crueles*, *mal nacidos*, *codiciosos*, *infames*, *pertinaces*, *adúlteros*, *canalla* y *liebres*. Teógenes quiere asaltar los atrincheramientos, pero las mugeres con sus reflexiones y lágrimas se lo estorban: resuélvese quemar en la plaza todo lo mas precioso que cada uno tenga, descuartizar los romanos que están prisioneros, é irselos comiendo. Morandro, siempre lleno de amor, requiebra á Lira, y ella le dice que se está muriendo de hambre y es imposible que viva una hora segun lo desfallecida que se siente: él determina escalar aquella noche las trincheras del enemigo para traerle algo que cenar, y su amigo Leoncio se ofrece á acompañarle. Dos numantinos refieren que en la hoguera de la plaza (cuyas llamas suben *hasta la cuarta esfera*) se están quemando todas las riquezas de la ciudad: dicen tambien que se ha mandado quitar la vida á las mugeres y á los niños: sale una muger con dos chiquillos que no cesan de pedirle pan, y ella se aflige sin poder hacerles entender que no le tiene ni sabe dónde hallarle. *Jornada cuarta.* Penetran en el acampamento de los romanos Morandro y Leoncio: este último queda muerto en la empresa, el otro vuelve á Numancia con un poco de bizcocho en una cestilla: se le presenta á Lira para que coma y cae muerto de resultas de las muchas heridas que ha recibido. Un niño, hermano de Lira, sale cayéndose de hambre: dice que su padre y su madre acaban de morir, y él no teniendo ya fuerzas para

mascar ni tragar el pan, espira á los piés de su hermana. Se presentan el Hambre, la Enfermedad y la Guerra: esta escita á las otras dos á que apresuren la total asolacion de Numancia, incidente inútil como los personages de él. Teógenes lleva á su muger, dos hijos y una hija al templo de Diana y allí los mata: vase despues á la plaza y se tira á la hoguera: el humo que sale de Numancia y el silencio que se observa en ella determinan á Escipion á enviar esploradores, que vuelven refiriendo la mortandad y ruina espantosa que han visto. De toda la poblacion solo queda un muchacho que aparece en lo alto de una torre: Escipion le promete vida y libertad, pero él desprecia sus ofrecimientos y se tira de la torre al suelo: viene la Fama por el aire y elogia la heroicidad de Numancia.

La eleccion de argumento en esta pieza es poco feliz: la destruccion de una ciudad con la de todos sus habitantes presta materia á la narracion épica, pero no es para el teatro. En él no se deben presentar como objeto primario las empresas militares, sino las acciones y afectos heróicos: en toda fábula escénica se promueve el interes concentrándole: si se divide se debilita: Cervantes creyó producir mayor efecto trágico poniendo á la vista muchas situaciones de calamidad y afliccion, y no advirtió que resultaria necesariamente una accion episódica, dispersa y menuda. Los personages fantásticos que introdujo lo acaban de echar á perder.

Si es contraria esta opinion á la que formaron de esta pieza los alemanes Bouterwek y Schlegel, puede considerarse cuál habrá sido mi sentimiento no pudiendo suscribir á los elogios que de ella hicieron aquellos doctos críticos: resulta necesaria de la absoluta imposibilidad de conciliar sus principios con los mios acerca de la composicion dramática.

1584.

158. *Comedia de la Batalla naval.* Nada se sabe de esta obra sino el título. Si el argumento que desempeñó el poeta fuese (como parece muy probable) la célebre victoria naval de Lepanto, es de inferir que nuestra literatura no habrá perdido nada en perderla: la escribió en tres jornadas.

1584.

159. *Comedia de la gran Turquesca.* Cervantes la citó: nadie la ha visto hasta ahora, y no es posible conjeturar lo que seria.

1584.

160. *Comedia de la Jerusalen.* Habiendo escrito el mismo autor un drama trágico del sitio y ruina espantosa de Numancia, no seria mucho que hubiese caido en el error de poner en accion teatral la destruccion de Jerusalen por Tito, ó que fuese argumento de esta comedia la conquista de aquella ciudad por los cruzados. A estas conjeturas da lugar la falta de noticias que tenemos acerca de esta composicion dramática.

1585.

161. Lupercio Leonardo de Argensola. *Tragedia de la Isabela.* Se divide en tres jornadas: está escrita en octavas, verso suelto, quintillas, tercetos y estrofas líricas: la Fama hace el prólogo. *Jornada primera.* Alboacen, rey moro de Zaragoza, enamorado de Isabela, doncella cristiana, manda salir desterrados á todos los cristianos, creyendo por este medio humillarla y atraerla á su voluntad. Muley, amante favorecido de la misma doncella (que acaba de recibir el bautismo en el campo enemigo), se propone dilatar la ejecucion del decreto, y facilitar entre tanto los medios convenientes para que el rey D. Pedro se apodere de Zaragoza. El viejo Andalla en un monólogo da parte al auditorio de que él tambien está enamorado de Isabela, y luego que lo ha dicho se va. Sospechoso el rey de la conducta de Muley hace que le prendan. *Jornada segunda.* Lamberto y Engracia, padres de Isabela, Ana su hermana y muchos cristianos vienen á pedirle que interceda por ellos con el rey. Véanse (prescindiendo de la poca delicadeza del padre de Isabela) las prendas del lenguaje, estilo y armonía que embellecen esta situacion:

Isabela. ¡O padres á quien debo reverencia!
¡O santa perseguida compañía,
Postrada sin razon en mi presencia,
Espectáculo triste de este dia!
¿De qué manera puedo dar audiencia
(Ni quien seso tuviese la daria)
Viendo vuestros aspectos venerados

A mis indignos piés así postrados?
Las rodillas alzad del duro suelo,
O revolved los ojos hechos rios
Al sumo plasmador de tierra y cielo,
Y dirigid allá los votos pios,
Y pues que mis entrañas no son hielo,
Ni los hircanos tigres padres míos,
Probad á conquistar otra dureza
Con estos aparatos de tristeza.
Que yo sin espectáculo presente,
Cuando fuese mi muerte necesaria,
Padeceré las penas obediente.
¡Obediente! ¿qué dije? voluntaria;
Y por el bien comun de nuestra gente
Y daño de la pérfida contraria,
Una muerte, mil muertes, y si puedo
Muchas mas pasaré sin algun miedo.

Lamberto. Pues oye. Bien sabemos cuán
En amorosas llamas al rey tienes, [rendido
Y cuán desesperado y ofendido
Con tus castas repulsas y desdenes;
Pero si tú con un amor fingido
Sus locos pensamientos entretienes
Y cebas la esperanza lisonjera,
Al yugo volverá la cerviz fiera.
Así que con hacer lo que te digo,
Queda la voluntad del rey por tuya:
Harás que no prosiga su castigo
Ni de la dulce patria nos escluya.
Puedes así vencer al enemigo,
O darnos ocasion que se atribuya
A sola tú dureza nuestra pena,
Y digan: Isabela nos condena.
Al rey por cierto tiempo fingir puedes
Precisa castidad tener votada,
Y que cuando del voto libre quedes
La prenda le darás tan deseada.
En este medio tiende astutas redes,
Suspiros, llantos, vistas regaladas,
Palabras tiernas, cebo de estas cosas,
Y lágrimas si puedes amorosas.
Si ves la perdicion de los cristianos
No basta; que bastar sola debia,
Ni la muerte cruel de tus hermanos,
La de tu vieja madre, ni la mia:
Por el que puso en cruz las santas manos
(Hijo del Padre Eterno y de María)
Te conjuro, te ruego, pido y mando
Que muestres á mis ruegos pecho blando.

Engracia. ¿Porqué dilatas tanto la respuesta?
¿Aguardas por ventura que te pida,
Besándote los piés y descompuesta,
Merced á voces de mi corta vida?
¿O gustas de mirar ante ti puesta
Esta mísera gente perseguida?
Di, que solemnidad del pueblo quieres
Que tanto la respuesta nos difieres.
Mira que si salimos de los muros,
Por el segundo César fabricados,
(A mas que no saldremos muy seguros
De ser todos ó muertos ó robados,
Porque jamas los bárbaros perjuros
Observan ley ni pactos concertados)
La sagrada ciudad queda desierta
Y nuestra religion en ella muerta.
El templo de la Vírgen quedaria,
Si no por los cimientos derribado,
A lo menos con vicios cada dia
De los odiosos moros profanado,
Y todo su tesoro se daria
En manos del sacrílego malvado,
Reliquias y devotos simulacros,
Todos los ornamentos al fin sacros.
Harán de las dalmáticas jaeces
A los fieros caballos andaluces,
Con las borlas pendientes, que mil veces
Acompañaron clérigos y luces,
Y para refirmar los pies soeces
El oro servirá de nuestras cruces,
Haciendo de él labradas estriberas
Quizá con las historias verdaderas.
¿Será posible pues que tú permitas
Con daño de los tuyos infelices,
Que solas permanezcan las mezquitas
Y que sus ignominias autorices?
Tú, tú de la ciudad sagrada quitas
La religion cristiana y sus raices;
Tu dura pertinacia nos destierra,
Y no la del tirano de la tierra. [basta;

Isab. No mas, no mas, queridos padres,
Si no quereis sin vida verme luego,
Que donde la razon así contrasta
Poca necesidad hay de tal ruego.
Yo pues con intencion sincera y casta
(Solo por procurar nuestro sosiego)
Al fiero rey daré de amor señales
Fingidas, si fingirse pueden tales.

Lamb. La bendicion de Dios omnipotente
Y la nuestra tambien recibe ahora:
Tu nombre se dilate y acreciente
En cuanto mira el cielo y el sol dora;
Y si es ya de creer que alguna gente
Debajo del ignoto polo mora,
Allá tus alabanzas se dilaten
Y con admiracion todos la traten.

Engr. Estos maternos brazos lo primero
Recibe por señal de lo que siento,
Sírvante de collar, bien que grosero,
Pero lleno de amor y de contento:
Que en otro tiempo mas feliz espero,
Con mayor aparato y ornamento,
Mejorar estos dones, y tu cuello
Ceñirle del metal de tu cabello.

Un Viejo. Tus obras cantaremos escelen-
Si bien á la desierta Libia vamos, [tes,
O bajo de la zona los ardientes
Y no sufribles rayos padezcamos;
Y nuestra sucesion y descendientes
Darán las mismas gracias que te damos:
Los niños con su lengua ternezuela
Repetirán el nombre de Isabela.

Despues de esta afluencia épica, Adulce, moro valenciano, sale á contar á los árboles, en muy buenos versos, como habiendo venido á Zaragoza á pedir socorros para recuperar el trono que le han usurpado, se enamoró de la infanta Aja, hermana del rey, y que hace ya tres años que él se lamenta y ella no le escucha.

Tres veces os he visto, verdes plantas,
De vuestras frescas hojas adornadas:
Tres veces descompuestas, y otras tantas
De flores y de frutos coronadas,
Despues que la soberbia sobre cuantas
Han sido por hermosas celebradas,
Aja cruel (origen de mi pena)
A mi dura cerviz puso cadena.

El rey se entristece viéndose precisado á quitar la vida á Muley, pero su confidente Audalla procura tranquilizarle, y le anima á que apresure la ejecucion. Isabela pide al rey que revoque el decreto de destierro contra los cristianos: el rey se disculpa diciéndole que ha consultado sobre ello á un santo alfaquí, del cual hace esta bella pintura:

Yo ví con apariencia manifiesta
Que no fué la respuesta por él mismo,
Mas por algun espíritu compuesta,
Como si alguna furia del abismo
Al sabio las entrañas le royera,
O como que le toma parasismo.
Con los mismos efectos y tal era
La presencia del viejo cuando vino
A darme la respuesta verdadera.
Andaba con furioso desatino
Torciéndose las manos arrugadas,
Los ojos vueltos de un color sanguino.
Las barbas, antes largas y peinadas,
Llevaba vedijosas y revueltas
Como de fieras sierpes enroscadas.
Las tocas que con mil nudosas vueltas
La cabeza prudente le ceñian,
Por este y aquel hombro lleva sueltas.
Las horrendas palabras parecian
Salir por una trompa resonante,
Y que los yertos labios no movian.
Si quieres que tu dios, ¡o rey! levante
La rigurosa diestra, dijo, mira
El medio que será solo bastante.

Isabela, oyendo decir al rey que la muerte de Muley está decretada, se ofrece á morir por su amante, lo cual solo sirve de irritar la cólera del rey, que la manda llevar á una prision. La infanta Aja sale á decir en un soliloquio que está enamorada de Muley, á quien el rey su hermano va á quitar la vida. Llega Adulce, y ella reconociendo cuán ingrata ha sido á su amor, le pide que liberte á Muley del peligro que le amenaza, y Adulce promete complacerla. *Jornada tercera.* El viejo Audalla, despreciado de Isabela, acelera su muerte y la de Muley: la hoguera en que han de ser quemados está ya dispuesta, ella le pide que le permita ver á sus padres y á su hermana: Audalla se lo concede, y se descubren tres cadáveres, que son los de Lamberto, Engracia y Ana, sobre los cuales hace Isabela estremos de dolor. Aja, desde un aposento de las torres del alcázar, descubre á lo lejos el lugar del suplicio y el gentio que acude á ver morir á Muley é Isabela: todavía espera que Adulce cumplirá su palabra, pero sobreviene un nuncio y le refiere la muerte de los amantes. Aja desesperada premedita matar al rey. Azan y Zancala se cuentan el uno al otro la muerte de Audalla por haber sabido el rey que estaba enamorado de Isabela: Azan descubre la cabeza de Audalla destinada á ser pasto de los lebreles; Aja sale por un lado con un puñal y una luz en las manos, y por otra parte Selin, que le refiere como su señor Adulce acaba de matarse, no habiéndose atrevido á ser ingrato á los beneficios del rey, ni volver á la presencia de Aja sin haber cumplido lo que le prometió. Dicho esto presenta la cabeza de Adulce para que no dude la infanta de que su relacion es verdadera: ella en cambio le cuenta que acaba de matar á puñaladas á su hermano el rey y que está resuelta á morir, para lo cual ruega á Selin que se encargue de ejecutarlo; pero al ver que de ninguna manera quiere prestarse á ello, corre precipitada y se tira desde lo alto de una torre á un profundo estanque. Aparécese glorioso el espíritu de Isabela: dice que ha renacido como el fénix, y pide aplauso.

Carece esta fábula de unidad, sencillez, distribucion y verosimilitud, y por consecuencia de interes. El rey, Audalla y Muley enamorados de Isabela; Aja é Isabela enamoradas de Muley; Adulce enamorado de Aja, complican y embrollan la accion: ni el suplicio, ni la hoguera, ni tres cadáveres y dos cabezas sangrientas en el teatro, ni el furor recíproco de morir y matar que reina en todo el drama, son medios sufi-

cientes á producir la compasion trágica: solo pueden escitar el repugnante hastío del horror. Algunas escenas están muy bien escritas, pero en composiciones de esta naturaleza el lenguaje castizo, el estilo elegante, la versificacion fluida y numerosa, aunque son partes muy necesarias, no son las únicas.

1585.

162. *Tragedia La Alejandra.* La escribió el autor en verso suelto, quintillas, tercetos, cuartetas y octavas. La Tragedia hace el prólogo. Los antecedentes de la accion son estos. Acoreo, capitan de Tolomeo, rey de Egipto, se rebeló contra su señor, le mató y se apoderó del reino: pudo escapar felizmente del estrago el niño Orodante, hijo de Tolomeo, á quien crió Rémulo, y llegado á edad juvenil le introdujo en palacio y le hizo copero de Acoreo: este habiendo hecho morir á su primera esposa, se casó con Alejandra, muger dotada de singular hermosura, de oscura familia y depravadas costumbres. Lupercio, íntimo privado de Acoreo y esclarecido capitan, adquirió gran poder en el reino: Alejandra estaba enamorada de él, pero Lupercio despreciaba su amor por el de la princesa Sila, hija de Acoreo y de su primera esposa. *Jornada primera.* Rémulo y Ostilo se proponen hacer caer á Lupercio de la gracia en que está: Alejandra le solicita, él se resiste, ella le acosa, y solo la fuga puede salvarle de las instancias poco decentes de la reina. Ostilo y Rémulo declaran al jóven Orodante su nacimiento ilustre con todas las circunstancias de la muerte de Tolomeo su padre, cuya camisa ensangrentada le presentan: Orodante jura venganza y dice:

Por bandera real, por estandarte
Llevar quiero contino esta camisa.

Jornada segunda. Ostilo y Orodante hablan de concierto á Acoreo: el primero le hace creer que Lupercio junta sus parciales para rebelarse y quitarle la corona: el segundo le dice que Alejandra le ha encargado que cuando sirva la copa le dé un veneno en ella: Rémulo confirma á Acoreo cuanto los otros le han dicho. Lupercio va á entrar al cuarto del rey y le detienen á la puerta, le hacen entregar la espada y le atan las manos con un cordel. Sale Acoreo, le habla sañudo y manda á los guardias que se le quiten de allí: luego que se recitan diez versos de ocho sílabas viene el nuncio refiriendo la muerte de Lupercio, con tales circunstancias que para verificarse hubieran sido menester muchas horas: allí traen la cabeza y los cuartos de Lupercio envueltos en un paño y la sangre en un cangilon. Hace Acoreo que llamen á Alejandra, y luego que viene le dice que ha tenido sueños terribles, y que acaba de sacrificar un toro á los dioses para tenerlos propicios: dicho esto, le hace que se lave las manos en la sangre que contiene el barreño: alzan el paño y reconoce Alejandra la cabeza de Lupercio juntamente con el cuerpo hecho tajadas. Vase Acoreo y envía á Orilo su criado con un puñal, un cordel y una ponzoña para que Alejandra escoja lo que mas le convenga: toma el veneno y se lo bebe: Orilo avisa á Acoreo que viene inmediatamente para ver morir á la reina: ella le dice mil injurias, se parte la lengua con los dientes, se la escupe al rostro y muere. Suena rumor de guerra: Orilo cuenta al rey que Ostilo y Rémulo han amotinado al pueblo: Acoreo se dispone á la defensa: aparécesele el alma de Tolomeo y le anuncia próxima muerte. *Jornada tercera.* Sitiado Acoreo en el castillo degüella con su espada á vista del auditorio unos niños (no se sabe cuantos) hijos de los principales ciudadanos de Ménfis, y tira las cabezas á los sitiadores. Dado el asalto se rinde el castillo: Orilo y Fabio matan á Acoreo y llevan la cabeza á Orodante, el cual los manda morir por traidores. La princesa Sila se asoma á una torre: Orodante le dice desde abajo que está enamorado de ella, y le ruega que le admita por esposo: Sila le dice que suba: él va en efecto lleno de dulces esperanzas, y cuando llega á abrazarla, cae muerto á puñaladas por ella: hecho esto y viendo la princesa que los parciales de Orodante van subiendo á la torre y que no le quedan medios para la fuga, se precipita de la torre abajo. La Tragedia vuelve á presentarse: recuerda á los espectadores la moralidad de la fábula y pide aplauso.

Esta pieza es aun peor que la antecedente, porque á la irregularidad de su plan y á la inverosimilitud de sus atroces caractéres y situaciones, se añade mayor

desaliño en el estilo y en los versos: tan mala es, que Lampillas no se atrevió á disculparla en su *Ensayo apologético*, no obstante haber aplicado todo su ingenio sofístico á defender los desaciertos de la *Isabela*. Sedano y Signorelli hablaron con imparcialidad de estas dos piezas en el *Parnaso español* y en la *Historia de los teatros*.

1585.

163. *Tragedia La Filis*. No ha visto la luz pública todavía: si llegase á parecer seria de desear hallarla menos imperfecta que las otras dos, y mas digna de los elogios que á todas tres prodigó Cervantes.

Lupercio Leonardo de Argensola nació en Barbastro de noble familia en el año de 1565: estudió juntamente con su hermano Bartolomé, y en sus obras líricas manifestó su mucho talento, su erudicion y delicado gusto. Fué secretario de la emperatriz María de Austria, gentilhombre de cámara del archiduque Alberto, y coronista de Aragon. Pasó á Nápoles con su familia y su hermano, sirviendo al lado de D. Pedro Fernandez de Castro, conde de Lemos, la secretaría de estado y guerra de aquel vireinato: allí murió en el año de 1613. Sus composiciones poéticas corren impresas con las de Bartolomé, y unas y otras son de lo mejor que han producido las musas españolas. Tenia veinte años cuando en el de 1585 se representaron en Zaragoza y en Madrid las tragedias de que se ha hecho mencion, pero no se imprimieron entonces. Sedano, en la citada coleccion de *El Parnaso español*, tomo VI, da mas larga noticia de la vida y circunstancias de este poeta, y á él se debe la publicacion de la *Isabela* y la *Alejandra*, que hasta su tiempo estuvieron desconocidas.

1586.

164. Miguel de Cervantes Saavedra. *Comedia de la Amarante ó la de Mayo*. Es una de las veinte ó treinta comedias que compuso el autor antes del año de 1588.

1586.

165. *Comedia de El Bosque amoroso*. Pertenece á la misma época, y solo nos ha quedado la noticia de su título.

1587.

166. *Comedia de la única y bizarra Arsinda*. Nada se sabe tampoco acerca de esta comedia. Cervantes hizo mencion de ella como de las otras.

1587.

167. *Comedia La Confusa*. De esta comedia dijo su autor que podia tener lugar por buena entre las mejores de capa y espada que hasta entonces se habian representado, y en otra parte dijo tambien, hablando de sí:

Soy por quien la Confusa, nada fea,
Pareció en los teatros admirable,
Si esto á su fama es justo que se crea.

Tales elogios (aunque en boca del mismo autor) hacen muy probable que si no era una composicion escelente, seria á lo menos la mejor de todas las comedias que dió al teatro. Las que imprimió en el año de 1615 no pertenecen al presente catálogo.

Miguel de Cervantes Saavedra nació en Alcalá de Henares en el año de 1547, y murió en Madrid en el de 1616: estudiante en la corte, soldado en Lepanto, cautivo en las prisiones de Argel, soldado otra vez en Portugal y en las islas Azores; papelista, recaudador, pretendiente desatendido, escritor ingenioso, ameno y elegante, en una palabra, autor del Quijote; vivió en habitual pobreza, y lleno de años, de achaques, de obligaciones, de pundonor y de justos resentimientos, dejó muriendo á su patria ingratísima una acusacion de que no han podido sincerarla los esfuerzos tardíos con que la posteridad ha querido honrar su memoria. En el siglo anterior se ocuparon en reunir y publicar las noticias de su vida algunos beneméritos literatos, y entre ellos Mayans, Rios y Pellicer. Despues de ellos D. Martin Fernandez de Navarrete ha dado á luz con el ausilio de nuevos documentos la vida de aquel célebre novelista, obra de mucha erudicion, que ha merecido justamente el aprecio de los aficionados al estudio de nuestra historia literaria, y de cuantos admiran el ingenio y los escritos del inmortal Cervantes.

1587.

168. Gabriel Laso de la Vega. *Tragedia. La honra de Dido restaurada.* Se infiere por el título que el autor, siguiendo el ejemplo de Virués, se atuvo á la historia comunmente recibida de aquella reina, apartándose de la ficcion de Virgilio.

1587.

169. *Tragedia de la Destruccion de Constantinopla.* No he visto esta pieza ni la anterior. Montiano dió noticias de entrambas: se imprimieron en Alcalá de Henares, año de 1587, en una coleccion intitulada: *Romancero de Gabriel Laso de la Vega.*

Poca noticia se conserva de este autor: solo se sabe por lo que dice D. Nicolas Antonio en su Biblioteca, que fué natural de Madrid, que ademas del libro citado ya, publicó un poema épico, intitulado *Cortés valeroso ó la Mejícana*, y que tambien escribió otras obras elocuentes é históricas, de las cuales la mayor parte quedó manuscrita.

« Entró luego el monstruo de naturaleza, « el gran Lope de Vega, y alzóse con la « monarquía cómica, avasalló y puso debajo « de su jurisdiccion á todos los farsantes: « llenó el mundo de comedias propias, fe- « lices y bien razonadas..... y si algunos « (que hay muchos) han querido entrar á la « parte y gloria de sus trabajos, todos jun- « tos no llegan en lo que han escrito á la « mitad de lo que él solo. » —CERVANTES.

ORÍGENES

DEL TEATRO ESPAÑOL.

PARTE SEGUNDA.

COLECCION DE PIEZAS DRAMÁTICAS

ANTERIORES Á LOPE DE VEGA.

RODRIGO DE COTA.

DIÁLOGO.

Obra de Rodrigo Cota á manera de diálogo entre el Amor y un Viejo, que escarmentado de él, muy retraido se figura en una huerta seca y destruida, do la casa del placer derribada se muestra, cerrada la puerta en una pobrecilla choza metido, al que súbitamente paresció el Amor con sus ministros, y aquel humildemente procediendo, y el Viejo en áspera manera replicando, van discurriendo por su fabla, fasta que el Viejo del Amor fué vencido.

Viejo.. Cerrada estaba mi puerta :
¿A qué vienes, por dó entraste?
Di, ladron, ¿porqué saltaste
Las paredes de mi huerta?
La edad y la razon
Ya de tí me han libertado :
Deja el pobre corazon
Retraido en su rincon
Contemplar cual le has parado.
La beldad de este jardin
Ya no temo que la halles,
Ni las ordenadas calles,
Ni los muros de jazmin,
Ni los arroyos corrientes
De vivas aguas potables,
Ni las albercas y fuentes,
Ni las aves producientes
Los cantos tan consolables.
Ya la casa se deshizo
De sotil labor estraña,
Y tornóse esta cabaña
De cañuelas de carrizo.
De los frutos hice truecos
Por escaparme de tí,
Por aquellos troncos secos,
Carcomidos, todos huecos,
Que parescen cerca mí.
Sal del huerto, miserable,
Ve á buscar dulce floresta,
Que tú no puedes en esta
Hacer vida deleitable.
Ni tú ni tus servidores
Podeis bien estar conmigo;
Que aunque esten llenos de flores,
Yo sé bien cuantos dolores
Ellos traen siempre consigo.
Amor. En tu habla representas
Que no me has bien conoscido.
Viejo. Sí, que no tengo en olvido
Como hieres y atormentas.
Amor. Escucha, padre, señor,
Que por mal trocaré bienes,
Por ultrajes y desdenes
Quiero darte grande honor :
A tí, que estás mas dispuesto
Para me contradecir ;
Así tengo presupuesto,
De sofrir tu duro gesto,
Porque sufras mi servir.
Viejo. Habla ya, di tus razones,
Di tus enconados quejos,
Pero dimelos de lejos,
El aire no me inficiones;
Que segun sé de tus nuevas,
Si te llegas cerca mí,
Tú farás tan dulces pruebas,
Que el ultraje que hora llevas
Ese lleve yo de tí.
Amor. Comunmente todavía
Han los viejos un vecino,
Enconado, muy malino,
Gobernado en sangre fria :
Llámase melanconia
Amarga conversacion :
Quien por tal estremo guia
Ciertamente se desvia
Lejos de mi condicion.
Mas despues que te he sentido
Que me quieres dar audiencia,
De mi miedo muy vencido,
Culpado, despavorido,
Se partió de tu presencia.
Este moraba contigo
En el tiempo que me viste,
Y por esto te encendiste
En rigor tanto conmigo.
Donde mora este maldito
No jamas hay alegría,
Ni honor, ni cortesía,
Ni ningun buen apetito;
Pero donde yo me llego
Todo mal y pena quito,

De los hielos saco fuego,
Y á los viejos meto en juego,
Y á los muertos resucito.
Yo compongo las canciones,
Yo la música suave,
Yo demuestro al que no sabe
Las sotiles invenciones:
Yo fago volar mis llamas
Por lo bueno y por lo malo,
Yo hago servir las damas,
Yo las perfumadas camas,
Golosinas y regalo.
Visito los pobrecillos,
Huello las casas reales,
De los senos virginales
Sé yo bien los rinconcillos:
Mis pihuelas y mis lonjas
A los religiosos atan:
No lo tomes por lisonjas,
Sino ve, mira las monjas,
Verás cuan dulce me tratan.
Yo hago las rugas viejas
Dejar el rostro estiradó,
Y sé como el cuero atado
Se tiene tras las orejas,
Y el arte de los ungüentes
Que para esto aprovecha:
Sé dar cejas en las frentes,
Contrahago nuevos dientes
Do natura los desecha.
Yo las aguas y lejías
Para los cabellos rojos,
Aprieto los miembros flojos,
Y do carne en las encías:
A la habla tremulenta,
Turbada por senectud,
Yo la hago tan esenta,
Que su tono representa
La forma de juventud.
En el aire mis espuelas
Fieren á todas las aves,
Y en los muy hondos concaves
Las reptillas pequeñuelas.
Toda bestia de la tierra
Y pescado de la mar
So mi gran poder se encierra,
Sin poderse de mi guerra
Con sus fuerzas amparar.
Pues que ves que mi poder
Tan luengamente se estiende,
Do ninguno se defiende
No le pienses defender,
Y á quien á buena ventura
Tienen todos de seguir,
Recibe, pues que procura
No hacerte desmesura,
Mas de muerto revivir.

Viejo. Maestra lengua de engaños,
Pregonero de tus bienes,
Dime agora, ¿porqué tienes
So silencio tantos daños?
Que aunque mas doblado seas
Y mas pintes tu deleite,
Estas cosas do te arreas
Son deformes caras feas,
Encubiertas del afeite.
Y como te glorificas
En tus deleitosas obras,
¿Porqué callas las zozobras
Do lo vivo mortificas?
Di, maldito; ¿porqué quieres
Encobrir tal enemiga?
Sábete que sé quien eres,
Y si tú no lo dijeres
Que está aquí quien te lo diga.
El libre haces cautivo,
Al alegre mucho triste,
Do ningun pesar consiste
Pones modo pensativo:
Tú ensuciaste muchas camas
Con aguda llama fuerte,
Tú mancillas muchas famas,
Y tú haces con tus llamas
Mil veces pedir la muerte.
Tú hallas las tristes yerbas
Y tú los tristes potages,
Tú mestizas los linages,
Tú limpieza no conservas,
Tú doctrinas de malicia,
Tú quebrantas lealtad,
Tú con tu carnal cobdicia
Tú vas contra pudicicia
Sin freno de honestidad.
Tú nos metes en bollicio,
Tú nos quitas el sosiego,
Tú con tu sentido ciego
Pones alas en el vicio.
Tú destruyes la salud,
Tú rematas el saber,
Tú haces en senectud
La hacienda y la virtud
Y el autoridad caer.

Amor. No me trates mas, señor,
En contino vituperio,
Qué si oyeres mi misterio
Convertirlo has en loor.
Verdad es que inconveniente
Alguno suelo causar,
Porque de el amor la gente
Entre frio y muy ardiente
No saben medio tomar.
Razon es muy conoscida
Que las cosas mas amadas
Con afan son alcanzadas
Y trabajo en esta vida.
La mas deleitosa obra

Que en este mundo se cree
Es do mas trabajo sobra,
Que lo que sin él se cobra
Sin deleite se posee.
Siempre uso de esta astucia
Para ser mas conservado,
Que con bien y mal mezclado
Pongo en mí mayor acucia;
Y revuelto allí un poquito
Con sabor de algun rigor
El deseo mas incito,
Que amortigua el apetito
El dulzor sobre dulzor.
Por ende si con dulzura
Me quieres obedescer,
Yo haré reconoscer
En ti muy nueva frescura:
Ponerte he en el corazon
Este mi vivo alborozo,
Serás en esta ocasion
De la misma condicion
Que eras cuando lindo mozo.
De verdura muy gentil
Tu huerta renovaré,
La casa fabricaré
De obra rica y sotil,
Sanaré las plantas secas
Quemadas por los friores:
En muy gran simpleza pecas,
Viejo triste, si no truecas
Tus espinas por mis flores.
Viejo. Allégate un poco mas:
Tienes tan lindas razones,
Que sofrirte he que me encones
Por la gloria que me das.
Los tus dichos alcahuetes,
Con verdad ó con engaño,
En el alma me los metes
Por lo dulce que prometes
De esperar en todo el año.
Amor. Abracémonos entramos
Desnudos, sin otro medio,
Sentirás en ti remedio
Y en tu huerta frescos ramos.
Viejo. Vente á mí, mi dulce Amor,
Vente á mis brazos abiertos:
Ves aquí tu servidor
Hecho siervo de señor
Sin tener tus dones ciertos.
Amor. Hete aquí bien abrazado:
Dime, ¿qué sientes agora?
Viejo. Siento rabia matadora,
Placer lleno de cuidado,
Siento fuego muy crescido,
Siento mal y no lo veo,
Sin rotura estoy herido:
No te quiero ver partido,
Ni apartado te deseo.
Amor. Agora verás, don Viejo,
Conservar la fama casta:
Aquí te veré do basta
Tu saber y tu consejo.
Porque con soberbia y riña
Me diste contradicion,
Seguirás estrecha liña
En amores de una niña
De muy duro corazon.
Amarás mas que Macías,
Hallarás esquividad,
Sentirás las plagas mias,
Fenesciendo viejos dias
En ciega cautividad.
Viejo triste entre los viejos,
Que de amores te atormentas,
Mira como tus artejos
Parescen sartas de cuentas,
Y las uñas tan crescidas,
Y los piés llenos de callos,
Y tus carnes consumidas,
Y tus piernas encogidas
Cuales son para caballos.
Amargo viejo, denuesto
De la humana natura,
¿Tú no miras tu figura
Y vergüenza de tu gesto?
¿Y no ves la ligereza
Que tienes para escalar?
¡Qué donaire y gentileza!
¡Y qué fuerza y qué destreza
La tuya para justar!
¡Quién te viese entremetido
En cosas dulces de amores,
Y venirte los dolores
Y atravesarse el gemido!
Depravado y obstinado,
Deseoso de pecar:
Mira, malaventurado,
Que te deja á ti el pecado,
Tú no le quieres dejar.
Viejo. Pues en ti tuve esperanza
Tú perdona mi pecar:
Gran linage de venganza
Es las culpas perdonar.
Si de el precio de el vencido
De el que vence es el honor,
Yo de ti tan combatido
No seré flaco, caido,
Ni tú fuerte, vencedor.

JUAN DE LA ENCINA.

ÉGLOGA.

Representada en la noche postrera de carnal (que dicen de antruejo, ó carnestollendas) á donde se introducen cuatro pastores llamados Beneito é Bras, Pedruelo é Lloriente: é primero Beneito entró en la sala, donde el duque é duquesa estaban, é comienzó mucho á dolerse é acuitarse, porque se sonaba que el duque su señor se habia de partir á la guerra de Francia, é luego tras él entró el que llamaban Bras, preguntándole la causa de su dolor, é despues llamaron á Pedruelo, el cual les dió nuevas de paz, é en fin vino Lloriente, que les ayudó á cantar.

Beneito. ¡Oh triste de mí, cuitado,
Lacerado!
Noramala acá nasci:
¿Qué será, triste de mí,
Desdichado?
Ya no hay huzia, mal pecado.
Bras. ¡Ha! Beneito del Collado,
¿Dónde vas?
Ben. Miefé, miefé, miefé, Bras,
De muerte voy debrocado.
Bras. Debrocado ya y mortal.
Ben. É aun bien tal.
Bras. En mal hora é en mal punto:
Dome á Dios que estás difunto.
Ben. ¡Ay! zagal,
No sabes aun bien mi mal.
Bras. Tu gesta bien da señal
De muy malo.
Ben. Ya mas seco estoy que un palo
Que es mi mal mas desigual.
Bras. ¿É de qué se te achacó?
Ben. No faltó:
De cuido, grima y cordojo.
Bras. Asmo que debe ser ojo.
Ben. Miefé, no:
Dese mal no peco yo.
Bras. ¿Desde cuándo te tomó
Tu accidente?
Ben. Desde que primeramente
Una nueva se sonó.
É tal nueva descutir
Es morir.
Yo siempre llanteo é cramo:
Que se suena que nuestramo
Se quiere á las Francias ir.
Bras. Eso yo lo oí decir
Por muy cierto,
Antes mucho de mes muerto,
É que el marzo ha de partir.
Ben. Dime, Bras, ¿qué sentiremos
Si lo vemos,
Que se parte é que nos deja?
Cuando un poco que se aleja
Ya creemos
Que del todo nos perdemos.
Bras. Miefé, Beneito, roguemos
Por su vida,
Que forzada es la partida,
Por mas que nos quillotremos.
Ben. ¡Ah! no praga á Dios contigo,
É aun conmigo,
Si has de salir verdadero.
Bras. ¿É tú dudas, compañero?
Yo me obrigo
Ser verdad lo que te digo.
Ben. ¡Ay de mí! tan sin abrigo
Mi ganado,
No quiere pacer bocado,
Aunque lo lance en el trigo.
Bras. ¡Oh qué casta tan aguda
La res muda
Sentir el mal de su dueño!
Ben. Mi ganado en verme el ceño
Se demuda
Como persona sesuda.
Bras. Beneito, no pongo duda,
Que bien siento
Que sentirás gran tormento
En quillotranza tan cruda.
Ben. Tan cruda dices, é cuanto
Yo me espanto
Como no soy muerto ya.
En pensar que se nos va
Ya no canto:
Mi cantar es todo llanto.
Bras. Júrote á sant Pedro santo
Que lo creo:
Tan deslumbrado te veo
Que me pones gran quebranto.
Ben. Quebranto malo nos vino

¡Ay! mezquino.
Bras. ¡Oh cuán desalmado sos!
Roguemos por él á Dios
De contino,
Porque lleve buen camino:
Que dome á Dios que magino,
Si él va allá,
Que muy gran vitoria habrá,
Que es muy diestro é de gran tino.
Ben. Eso yo te lo aseguro,
É aun te juro
Donde fuere su pendon,
Que no falte corazon
Huerte é duro,
Cual es fortaleza é muro.
Bras. É aun con eso, no me curo
Que se vaya
Donde gran vitoria traya
Por su gran esfuerzo puro.
É aun ahotas quel concierte
De tal suerte
La gente de su rebaño,
Que en las Francias haga daño:
Donde acierte
No es menester otra muerte.
Digo hey,
Tiene gran cariño al rey,
É el rey le quiere muy huerte.
É por él se nos destierra
A la guerra;
Allá volará su fama.
Ben. Acá quedará nuestrama
En esta tierra,
Donde todo el bien se encierra.
Bras. Asmo que en toda la sierra
Hasta agora
Nunca se vió tal señora.
Ben. Quien eso no cree yerra.
Bras. Miefé yerra, é aun te digo
Como amigo,
Que de lo que mas me pesa,
De nuestrama la duquesa,
Que me obrigo
Que sienta gran desabrigo.
Ben. ¡Ah! no pese á sant Rodrigo,
Que con eso
Ya no tengo solo un hueso
Que tengo salud conmigo.
Todo, todo me desnuelo
Con gran duelo,
Trasijado de cordojos,
Hago laguna mis ojos
Sin consuelo:
Llanteando me desvelo,
Allastrado por el suelo
De pesar,
No me puedo levantar
A poder hacer un pelo.
Bras. Calla, calla, dolorido,
Pan perdido:
Huzia en Dios que no se irá.
Pedruelo nos lo dirá,
Si es venido,
Que hoy al mercado era ido.
Ben. Por amor de Dios te pido
Anda, Bras,
Llámale, corre, verás
Cual habrá nuevas oido.
Bras. Que me prace, juro á mí.
Guarda aquí.
¡Ah! Pedruelo, ¿estás acá?
Pedruelo. Acá estoy: asmo que ha.
Bras. ¿Ques de tí?
Fuistete, que no te ví.
Pedr. Pues bien tarde me partí
Del ganado.
Bras. ¿Hoy ha sido buen mercado?
Pedr. Bueno, miefé, pues vendí.
Bras. ¿Qué llevabas de vender?
Ora ver.
Pedr. Tres gallos é dos gallinas:
Traje puerros é sardinas
Por comer
El domingo á mi prazer.
Bras. Tal estaba
Que no se me percordaba
La cuaresma que ha de ser.
Ben. Así te vea logrado;
Pues que vienes del mercado,
Tú me da
De las nuevas que hay allá.
Pedr. Miefé, dicen que estará,
Si á Dios praz,
Ya Castilla é Francia en paz,
Que ninguna guerra habrá.
Ben. ¿No habrá guerra? di, mozuelo,
Di, Pedruelo.
Pedr. No, que Dios anda en medio,
É él quiere enviar remedio
Desde el cielo.
No tengas ningun rescelo,
Toma, toma gran consuelo
Que te prega.
Ben. Yo te mando una borrega
De las que andan al majuelo:
Pues me das nueva tan buena,
Por estrena
Te la mando, si no mientes.
Pedr. Dicenlo todas las gentes:
Ya se suena,
Toda la villa está llena.
Ben. Hasme dado buena cena:
Buenos ramos
Habremos con nuestros amos
Si Dios las paces ordena.
Pedr. Yo lo doy por ordenado,

Dios loado.
Ben. Loado sea Jesú,
Ruega, ruégaselo tú
Con cuidado,
Que eres zagal sin pecado.
Da cramor acelerado
Con hemencia.
Pedr. ¡Oh señor! por la cremencia
Danos tiempo paciguado.
Bras. Todos, todos nos juntemos
Y cramemos
Al Señor muy reciamente.
Ben. Ves, allí viene Lloriente.
Pedr. Comencemos.
Bras. No comiences, esperemos:
Ven, Lloriente, cantaremos.
Lloriente. Que me praz.
Ben. Roguemos á Dios por paz.
Llor. Miefé, Beneito, roguemos.

VILLANCICO.

Roguemos á Dios por paz,
Pues que de él solo se espera,
Quél es la paz verdadera.
El que vino desde el cielo
A ser la paz en la tierra,
Él quiera ser desta guerra
Nuestra paz en este suelo.
Él nos dé paz é consuelo,
Pues qué dél solo se espera,
Quél es la paz verdadera.
Mucha paz nos quiera dar
El que á los cielos da gloria,
Él nos quiera dar vitoria
Si es forzado guerrear;
Mas si se puede escusar,
Dénos paz muy placentera,
Quél es la paz verdadera.
Si guerras forzadas son,
Él nos dé tanta ganancia,
Que á la flor de lis de Francia
La venza nuestro leon;
Mas por justa peticion
Pidámosle paz entera,
Quél es la paz verdadera.

ÉGLOGA.

Representada en recuesta de unos amores, adonde se introduce una pastorcita llamada Pascuala, que yendo cantando con su ganado entró en la sala adonde el duque é duquesa estaban, é luego despues de ella entró un pastor llamado Mingo, é comenzó á requerilla, é estando en su recuesta, llegó un escudero que tambien fué preso de sus amores. Recuestando é altercando el uno con el otro, se la sonsacó é se tornó pastor por ella.

Mingo. Pascuala, Dios te mantenga.
Pascuala. Norabuena vengas, Mingo.
¿Hoy ques dia de domingo
No estás con tu esposa Menga?
Min. No hay quien allá me detenga,
Quel cariño que te tengo
Me pone un quejo tan luengo
Que me acosa que me venga.
Pas. ¡Eh! no praga á Dios contigo,
É aun con tu esposa Menguilla:
¿Cómo dejas tu esposilla
Por venirte acá conmigo?
Min. Soncas, soncas, ¿no te digo
Que eres zagala tan bella
Que te quiero más que á ella?
Dios lo sabe ques testigo.
Pas. Miefé, Mingo, no te creo
Que de mí estés namorado:
Pues eres ya desposado,
Tu querer no lo deseo.
Min. ¡Ay Pascuala! que te veo
Tan lozana y tan garrida,
Que yo te juro á mi vida
Que deslumbra si te oleo.
É porque eres tan hermosa
Te quiero: mira, verás,
Quiéreme, quiéreme mas,
Pues por tí dejo á mi esposa;
É toma, toma esta rosa
Que para tí la cogí,
Aunque no curas de mí,
Ni por mí se te da cosa.
Pas. ¡Oh qué chapados olores!
Mingo, Dios te dé salud,
É goces la juventud
Mas que todos los pastores.
Min. É tú dasme mill dolores:
Dame, dame una manija,
O siquiera esa sortija
Que traya por tus amores.
Pas. Tirte, tirte allá, Minguillo,
No te quillotres de vero;

Hete viene un escudero,
Vea que eres pastorcillo;
Sacude tu caramillo,
É tu hondijo é tu cayado;
Haz que aballas el ganado,
Silva, hurria, da gritillo.
Escudero. Pastora, sálvete Dios.
Pas. Dios os dé, señor, buen dia.
Esc. Guarde Dios tu galanía.
Pas. Escudero, así haga á vos.
Esc. Tienes mas gala que dos
De las de mayor beldad.
Pas. Esos que sois de cibdad
Perchufais huerte de nos.
Esc. Dese no tengas temor.
Por mi vida, pastorcica,
Que te hago presto rica
Si quieres tener mi amor.
Pas. Esas trónicas, señor,
Allá para las de villa.
Esc. Vente conmigo, carilla,
Deja, deja ese pastor.
Déjale, que Dios te vala,
No te pene su penar,
Qúe no te sabe tratar
Segun requiere tu gala.
Min. Estate queda, Pascuala,
No te engañe ese traidor
Palaciego, burlador,
Que ha burlado otra zagala.
Esc. Hideputa, avillanado,
Grosero, lanudo, brusco.
Min. ¡Ah! no praga Dios con vusco,
Porque venis muy pendado.
Esc. Cura allá de tu ganado,
Calla, si quieres, matiego.
Min. Porque sois muy palaciego
Presumis de corcovado:
¿Cuidais que los aldeanos
No sabemos quebrajarnos?
No penseis de sobajarnos
Esos que sois cibdadanos,
Que tambien tenemos manos
É lengua para dar motes,
Como aquesos hidalgetes
Que presumis de lozanos.
Anda acá, Pascuala, vamos,
No paremos, ques ya tarde.
Esc. Por vida de quien... Aguarde
Porque mas nos entendamos.
Pas. Espera, Mingo, veamos.
Esc. ¡Oh bendita tal zagala!
Yo te doy mi fe, Pascuala,
Que no nos desavengamos.
Pénasme por solo verte
É con tu vista me aquejas,
Si tú te vas é me dejas
Muy presto verás mi muerte:
No me trates de tal suerte,
Pues que yo te quiero tanto.
Min. Júrote á sant Junco santo
Que la quiero yo mas huerte.
Esc. ¿Qué aprovecha tu querer,
Que no tienes que le dar?
Que la fe é el bien amar
En las obras se ha de ver.
M. Yo te juro á mi poder
Que le dé yo mill cosicas,
Que aunque no sean muy ricas
Serán de beli parescer.
Esc. Dime, pastor, por tu fe,
¿Qués lo que tú le darás,
O con qué la servirás?
Min. Con dos mill cosas que sé.
Yo, mi fe, la serviré
Con tañer, cantar, bailar,
Con saltar, correr, luchar,
É mill donas le daré.
Daréle buenos anillos,
Cercillos, sartas de prata,
Buen zueco, buena zapata,
É manguitos amarillos;
Manto, saya, sobresaya
É alfardas con sus orillas,
Almendrillas é manillas,
Para que por mí las traya.
É frutas de mill maneras
Le daré desas montañas,
Nueces, bellotas, castañas,
Manzanas, priscos é peras;
Dos mill yerbas comederas,
Cornezuelos, botiginas,
Piés de buey, zapatinas,
É gavanzas é acederas.
É aun daréle pajarillas,
Codornices é zorzales,
Cergueritas é pardales,
Pegas, tordos, tortolillas.
¿Cómo no te maravillas?
Esc. Calla, calla, que es grosero
Todo cuanto tú le das:
Yo le daré mas é mas,
Porque mas que tú la quiero.
Min. Miefé, señor escudero,
Ella digá quién le agrada,
É de aquel sea adamada,
Aunque yo la amé primero.
Esc. Pláceme que sea así,
Pues que quieres que así sea;
É luego, luego se vea
Antes que vamos de aquí:
É tú mesmo se lo dí
Porque despues no te quejes;
Mas cumple que me la dejes
Si dice que quiere á mí.
Min. Así te mantenga Dios,

Pascuala, que tú nos digas,
É por la verdad te sigas,
A cuál quieres mas de nos.
Pas. Miefé, de vosotros dos,
Escudero, mi señor,
Si os quereis tornar pastor
Mucho mas os quiero á vos.
Esc. Soy contento é muy pagado
De ser pastor ó vaquero:
Pues me quieres é te quiero,
Quiero cumplir tu mandado.
Pas. Mi zurron é mi cayado
Tomad luego por estrena.
Esc. Venga, venga enhorabuena,
É vamos luego al ganado.
É tú, Mingo, no te espantes,
Descordoja tu cordojo,
Aunque tengas gran enojo
Ruégote que te levantes:
No te aquejes ni quebrantes,
Pues que tan buen zagal eres,
Seamos, si tú quisieres,
Amigos mejor que de antes.
Min. Mucho me pena esta llaga
Cuando bien bien me percato;
Mas pues ya sois de este hato,
Buena pro, señor, os haga.
Ya muy poco espacio vaga:
Quedad si quereis quedar,
Que yo voy á repastar.
Esc. Vamos todos, Dios te praga.

VILLANCICO.

Repastemos el ganado:
Hurriallá,
Queda, queda, que se va.
Ya no es tiempo de majada,
Ni de estar en zancadillas:
Salen las siete cabrillas,
La media noche es pasada,
Viénese la madrugada:
Hurriallá,
Queda, queda, que se va.
Queda, queda acá el vezado,
Helo va por aquel cerro:
Arremete con el perro,
É arrójale tu cayado,
Que anda tan desmandado:
Hurriallá,
Queda, queda, que se va.
Del ganado derreniego,
É aun de quien guarda tal hato,
Que siquiera solo un rato
No quiere estar en sosiego,
Aunque pesé ora á sant Pego:
Hurriallá,
Queda, queda, que se va.

ANÓNIMO.

ÉGLOGA.

PERSONAS.

TORINO.
GUILLARDO.
QUIRAL.
BENITA.
ILLANA.

TORINO.

¡Oh grave dolor! ¡oh mal sin medida!
¡Oh ansia rabiosa, mortal de sufrirse!
Ni puede callarse ni osa decirse
El daño que acaba del todo mi vida.
Mi pena no puede tenerse escondida,
La causa no sufre poder publicarse,
Ni para decirse ni para callarse,
Ni entrada se halla ni tiene salida.
Conténtate agora, amor engañoso,
Pues todos tus fuegos con tanto furor
Encienden y abrasan de un pobre pastor
Sus tristes entrañas sin dalle reposo.
Bien te podrás llamar vitorioso
Venciendo un vencido que quiso vencerse,
De quien imposible le fué defenderse,
Ni tú si la vieses serás poderoso.
¡Oh triste ganado que estás sin señor
A solas paciendo! pues solo te dejo,
Quejarte has de mí, tambien yo me quejo
Del mal que sin culpa me hace el amor.
No plangas perder tan triste pastor,
De quien no esperabas ya buena pastura,
Pues él ya no espera sino desventura;
Déjale á solas pasar su dolor.
Agora reposo que solo me veo,
Agora descanso enmedio mis males:
¡Oh lágrimas mias! ¡oh ansias mortales!
¡Oh tristes sospiros con quien yo peleo!
La vida aborrezco, la muerte no veo,
Que aun esa me niega su triste venir,
Y trueca el matarme con darme el vivir,
Por no complacer mi triste deseo.

GUILLARDO. TORINO.

Gui. ¡Oh! dollas á huego que juras tama-
Como este pastor descubre que siente: [ñas,
Yo nunca ví en otro que estando doliente
Dijese que se arden en él sus entrañas.
Yo creo que tiene heridas estrañas:
Qué, ¿querrán del todo con yerbas matallo?
Quiero buscar quien venga á curallo,
Si puedo hallarle por estas cabañas.
Quizá le ha mordido un perro dañado,
O cualque animal ó lobo rabioso,
Pues da tales vuelcos, ni tiene reposo,
Y está de los ojos tan ciego y turbado.
No vé do los deja zurron ni cayado,
Vertida la yesca, quebrado el rabel.
¿O es el demoño que anda con él?
¿O cualque desastre que tiene el ganado?
¡Oh! dolo á Dios y como no siente:
Mayor es que sueño aqueste su mal.
Allí me paresce que viene Quiral,
Que le es gran amigo, y aun cabo pariente.
Quiero llamallé, zagal es valiente.
Oyes, Quiral, allégate acá.

QUIRAL. GUILLARDO. TORINO.

Quir. Miefé, Guillardo, yo ya me iba allá,
Que bien ha buen rato que lo tengo en miente.
Gui. Pues yo te he llamado para hacerte
Que vengas á ver tu amigo Torino, [ruego
Que aquí le he hallado tan fuera de tino,
Que dice que se arde en llamas de fuego.
Qui. Quizá habrá perdido ó choto ó borre-
Y está maldiciendo la res que le cria. [go,
Gui. No es ese el mal, Quiral, que él decia:
Mayor es el daño de que él está ciego.
¡Oh! sálvete Dios.
Tor. Vengais norabuena.
Quir. ¿Qué sientes, Torino, que gimes tan huerte?
Tor. Siento, pastores, el mal de la muerte,
Y esta no llega por darme mas pena:
Pasion me combate, razon me condena,
Dolor me fatiga, tristeza me aqueja,
Querria sanar, querer no me deja,
Los males son mios, la causa es agena.
Quir. ¿De qué desesperas? ¿Has algo sembrado
Que piensas perdello, ó quizá no nazca?
¿O has miedo que falte lugar donde pazca

En estos egidos tu poco ganado?
Tor. No es ese, pastor, mi grave cuidado;
Mas verme penado de muerte herido,
De mano de quien me tiene aborrido,
Y así desespero de ser remediado.
Gui. Ahotas que pienso que tu mal oteo,
Y dudo que creo que es mal de amorío:
Dale al demoño tan gran desvarío,
Que mata la vida su solo deseo.
Tor. Mayor es el daño, Quiral, que poseo:
Que en todos los males que sufro y consiento,
Fallesce esperanza y crece tormento,
Y en todos los medios remedio no veo.
Guillardo, Guillardo, mi mal es que adoro
De amor á Benita, porque es mi señora:
Mi vida la quiere, mi alma la adora,
Y ella me trata peor que á un moro.
Gui. ¡Oh! Dome á Dios, ¿y agora lo ignoro?
Eso que dices querencia se llama
Cuando algun zagal voz dice que ama:
Ya yo lo sabia, mia fe, de coro.
Pues hela aquí viene la que así te mata,
Con otra zagala que se anda tras ella;
Levanta, Torino, y vamos á ella
Por bajo estas matas, pues no se da cata;
Y pues que te quejas que ansina te trata,
Abúrrela un tiro con este mi dardo.
Tor. ¡Ay! no plegue á Dios, amigo Gui-
Que yo la merezca tocar su zapata. [llardo,

BENITA. ILLANA. TORINO. GUILLARDO. QUIRAL.

Ben. ¿Qué estais ahí hablando á solas, pastores,
Que así embebecidos estais razonando?
Tor. Mis males, señora, estamos contando,
Que vos los haceis ser siempre mayores.
Ben. Torino, Torino, tú no te enamores
En parte do nunca se sientan tus males;
Que busques y sirvas tus pares iguales,
Y allí verás tarde alcanzar favores.
Tor. Mis ojos que han sido la puerta y es-
Por do la hermosura hirió con sus tiros, [cala
Estos me han hecho, señora, serviros:
Lo que no merezco mi pena lo iguala.
Si causa no tengo, razon no me vala,
Pues que yo no quiero que mi mal merezca,
Sino que querais que yo le padezca,
Que tal intencion por cierto no es mala.
Y pues que virtud en todo os es guia,
Valer, merecer y mucha nobleza,
No useis conmigo de tanta crueza
Porque es imposible mudar mi porfía.
Consejo no quiero, remedio querria
De vos, mi señora, de quien yo le espero,
En veros doler de verme que muero,
Y es vuestra la culpa, la pena es la mia.
Ben. A mí no me place tu mal por mi vida,
Así como dices segun se te antoja:
Tu pena y servicio en todo me enoja,
Pues déjate de ello y tenerme has servida.
A esto que digo razon me convida,
Y mi honestidad que da inconvenientes;
Que nunca yo mire el mal que tú sientes.
Porque aunque mas sea mi estado lo olvida.
Tor. Si tal fantasía me juzgan ser loca,
Mas loco seria quien tal me juzgase,
Que si con mis ojos te viese y mirase
Veria que es justo mi vida ser poca;
Que no puede menos, señora, mi boca
Hacer que no diga del mal la ocasion,
Y aunque ella quisiese trocar la razon,
El fuego de dentro la causa provoca.
Ben. Pues créeme, pastor, y haz lo que
Y quédate á Dios con tu compañía. [digo,
Tor. Miefé, Benita, imposible seria,
Que aunque aquí me dejas, allá voy contigo,
Y tú aunque te vas, aquí estás conmigo,
Que siempre en mis ojos tu figura está.
Benita está aquí, Torino está allá:
Si esto no crees la obra es testigo.

TORINO. QUIRAL. GUILLARDO.

Gui. Escucha, Quiral, yo nunca tal ví:
Benita se es ida, Illana con ella,
Él se está aquí, diz que va con ella,
La otra está allá, y diz que está aquí.
Dios me defienda y me libre de tí.
¿No eres Torino? Aquí te ha dejado.
Tor. Mi cuerpo dejó, mi alma ha llevado,
Que estando con ella no parte de mí.
Quir. Que no morirás: ¿qué estás ahí diciendo?
Que amor aunque mate no acaba la vida,
Y aunque su pena no tiene medida,
A aquel que mas mata le deja viviendo.
Tor. Yo eso que dices bien claro lo entiendo,
Porque esa razon es muy verdadera
Mas es que morir, contino que muera,
Penando en la vida, mil muertes sufriendo.
Quir. Mándeme Illana, pues que es tan hermosa,
Que nunca la vea ni nunca la huya:
Si quiere matarme, ¿mi vida no es suya?
Y si ella la mata será venturosa.
¿Pues no te parece que es bien poderosa
Benita, que puede mandarte que mueras?
Pues sirve, Torino, que nunca debieras
En toda tu vida hacer otra cosa.

VILLANCICO.

Nunca yo pensé que amor

Con sus amores,
De amor matase pastores.
Tras galanes palaciegos
Yo pensé que siempre andaba,
Y no pensé que mataba
Los pastores ni matiegos :
Mas do van tras sus borregos,
Veo que con su dolor
Les da dolores
Con que los mata de amores.
Con su nombre falso engaña
Que parece que no es nada,
Y de majada en majada,
Y de cabaña en cabaña
Va con su engañosa maña
Prometiendo su favor,
Y sus favores
Matan despues los pastores.

BARTOLOMÉ

DE TORRES NAHARRO.

COMEDIA HIMENEA.

PERSONAS.

HIMENEO.
MARQUES.
FEBEA.
DORESTA.
BOREAS.
ELISO.
TURPEDIO.
CANTORES.

JORNADA I.

HIMENEO. BOREAS. ELISO.

Him. Guarde Dios, señora mia,
Vuestra graciosa presencia
Mi sola felicidad;
Aunque es sobrada osadía
Sin tomar vuestra licencia
Daros yo mi libertad.
Pero en mi primer miraros
Tan ciego de amor me ví,
Que cuando miré por mí
Fué tarde para hablaros,
Hasta agora
Que de mí sois ya señora.
Habeisme muerto de amores
Y dejaisme aquí en la plaza
Donde publique mis yerros;
Como aquellos cazadores
Que desque matan la caza
La dejan para los perros.
Donde quiera que me halle
Diré siempre que es mal hecho,
Pues yo vos guardo en mi pecho,
Vos me dejeis en la calle.
Bien me viene
Que sin culpa muera y pene.
Bor. ¿Aun agora comenzamos
Y tantos duelos tenemos?
Him. ¿Qué hablas allá, villano?
Bor. Digo, señor, que nos vamos,
Que mañana tornaremos,
Y quizá con mejor mano.
Him. Mas vame por la vihuela,
Quizá diré una cancion
Tan envuelta en mi pasion,
Que todo el mundo se duela,
Sino aquella
Que dolor no cabe en ella.
Bor. No podrás, señor, tañer,
Porque le falta la prima
Y están las voces gastadas.
Him. No cures, hazla traer,
Que el dolor que me lastima
Las tiene bien concertadas.
Bor. Aunque te sepa enojar
Haremos bien de nos ir.
Him. ¿Y es tiempo de ir á dormir?
Bor. Y aun hora de levantar.
Him. Calla, loco,
Que en mis males sabes poco.
Bor. Sepas que estás en error,
Si tan grosero me hallas
Como tú me certificas;
Pues de cierto sé, señor,
Que con la pena que callas
Es nada cuanto publicas.
Y si mueres por tal dama
Tienes muy justa querella,
Pues otros mueren sin vella
Que se ahogan en su fama,
Con decir
Que es la vida bien morir.
El. Bile de eso y medraremos.
Him. ¿Qué hablas allá entre dientes,
Almahacen de negligencia?
El. Que presto lo llevaremos
Con los otros inocentes
A la casa de Valencia.
Him. No medre quien te vistió.

¿Y á quién tienes de llevar?
Tú de mi debes hablar.
El. Vos lo decis, que no yo.
Him. ¡Oh borracho,
Mal criado é sin empacho!
El. Mas, señor, pues que así es,
Tu señoría provea
Que ninguno aquí te halle;
Porque su hermano el marques
De la señora Febea
Visita mucho esta calle;
Trae muy buenos criados,
Y tú los tienes mejores.
Reniega de los amores,
No vamos descalabrados.
Him. Yo me quedo:
Váyase quien les ha miedo.
El. Si quieres, señor, probar
Cuánto miedo les tenemos,
Y saber cuánto nos tienen,
Anda, vete á reposar;
Nosotros nos quedaremos
A respondelles si vienen.
Him. Pues catad que esteis velando,
Porque yernán mas de dos.
El. Vengan diez, cuerpo de Dios,
Que no se irán alabando.
Bor. Ya viniesen,
Con tal que no nos huyesen.
Him. Mientras no os enojaren
No los corrais por agora,
Que seria inconveniente;
Si no que si bravearen,
Por amor de mi señora
Los espanteis solamente.
El. Ve con Dios, deja hacer,
Que de todo les pornemos.
Bor. Habla paso, y acordemos
Lo que mas es menester.
Him. Digo, Eliso,
Haz que estés sobre el aviso.

BOREAS. ELISO.

El. Muy modorro sois, amigo,
Porque yo me sé guardar
De los peligros mundanos.
Bor. A la fe que estás conmigo.
Hagamos por nos salvar
Como dos buenos hermanos.
Huigamos de esta congoja
Y apartémonos del mal;
Que á la fe todo lo al
Es andar de mula coja.
El. Pues sabrás
Que agora te quiero mas.
Bor. Bien tengo que te decir
De una cierta amiga mia,
Que se deshace por mí;
Pero por no te mentir,
Yo tengo en la fantasía
Que no estamos bien aquí.
El. Pues no temamos, par Dios,
Aunque en tus cosas hablemos,
Que si nada sentiremos
Bien corremos todos dos.
Bor. No sé nada,
Mas si la calle es tomada...
El. No temas, aunque eso sea,
Que por las casas caidas
Nos iremos con la luna,
Y sin que nadie nos vea
Salvaremos nuestras vidas,
Y sin deshonra ninguna.
Bor. Voto á Dios, que has dicho bien,
Y que alabo tu razon.
Pero mira aquel canton
Que paresce no sé quién.
El. Ven seguro,
Que era la sombra del muro.
Bor. Mira bien á cada parte.
El. Ya lo tengo bien mirado,
Y es así como te digo.
Bor. Pues de mí puedo jurarte
Que no me habia quedado
Gota de sangre conmigo.
El. Pierde agora esos temores
Si no has perdido el correr,
Y hazme tanto placer
Que me cuentes tus amores;
Mientras vemos,
Que partir no nos debemos.
Bor. Pues que, hermano, tu deseo
Mis cosas saber desea,
La verdad de ellas es esta:
Cuando nuestro amo Himeneo
Se enamoró de Febea,
Yo de su sierva Doresta.
Y es tan hermosa doncella,
Tanto gentil criatura,
Que su ama en hermosura
Puede bien vivir con ella;
Mas es tal
Que la juzgan sin igual.
El. ¿Hasla hablado algun dia?
¿Cómo sabes que te quiere?
Guarda no pises abrojos.
Bor. Sin hablalla juraria
Que por verme peña y muere,
Si no me mienten los ojos.
. . . . . .
Yo confio
Que es su querer cual el mio.
El. ¿Y no has leido aquel testo,
Que maldito debe ser
Hombre que en hombre se fia?
Pues si verdad es aquesto,

Quien se fiase en muger
Muy mas maldito serie.
A la fe para gozallas
Y no perderse tras ellas,
Oillas y no creellas,
Sacudillas y dejallas.
No lo digo
Porque las soy enemigo.
Bor. Mucho tienes de grosero:
Bien paresce, Elso hermano,
Que aun no te conosce amor;
Que pensarias primero
Que no está mas en su mano
Del verdadero amador.
Porque aquel que pena y muere,
Si bien ama, y es así,
No puede hacer de sí
Sino lo que amor quisiere,
Desque dió
Su libertad á quien vió.
Por ende no hables mas
En juzgar vidas agenas,
Pues das á muchos molestia;
Que si no quieres querrás,
Y penarás si no penas,
Y caërás de tu bestia.
Pornás en amor tu fe
Y alabarás sus fatigas,
Por mucho que agora digas
De esta agua no beberé:
Que por damas
Honramos vidas y famas.
El. Boreas, hermano mio,
Recatosa es la razon
Contra lenguas desarmadas,
Y dicen que es desvario
Dar coces al aguijon
Y á la carreta pernadas.
Acuerda si nos iremos,
Que será bien que nos vamos,
Y tambien que proveamos
En buscar qué almorzarémos.
Bor. Nunca he gana
De almorzar por la mañana.

MARQUES TURPEDIO.

Tur. ¿Quién va allá? ¿Jugais de piés?
Tornad un poco, galanes,
Y llevaréis que contar.
Mar. Turpedio.
Tur. Señor.
Mar. ¿Quién es?
Tur. No sé cuantos rufianes
Que andaban á capear.
Mar. Mas si los has conoscido,
Guarda no fuese Himeneo.
Tur. Par Dios, señor, no lo creo,
Porque no ovieran huido.
Mar. Antes, cierto,
Huye de ser descubierto.
Tur. Puede ser, mas aqui viene
Cada noche y cada dia
Con músicas y alboradas.
Mar. Si esa presuncion él tiene,
Voto á la vírgen María,
Yo le ataje las pisadas.
Tur. Déjale, señor, hacer,
Que es usanza del palacio,
Y es un modo de solacio
Festejar y dar placer,
Y un deporte
Sin el cual no hay buena corte.
Mar. Bien me place el festejar,
Mas no en mi casa, par Dios,
La verdad hora hablando,
Porque tras de este cantar
Yo sé bien que mas de dos
Se quedan despues llorando.
Tur. Bien siento do van tus flechas.
No temas aunque eso sea;
Que la señora Febea
No es de esas que tú sospechas.
¡Qué doncella
Para burlarse con ella!
Mar. Tocarémos á la puerta
Por ver qué hace siquiera;
No nos vamos sin hablalle.
Tur. No estará, señor, despierta:
Seria cosa grosera
Dar voces hora en la calle.
Mar. ¿Pues dónde iremos agora?
Tur. Vamos por la sillería,
Que presto será de dia
Y abrirá aquella señora,
Y aun haremos
Que nos dará que almorcemos.
Mar. No nos debemos partir,
Que á esta hora suelen dar
Las músicas y alboradas:
Y si aquel ha de venir,
No puede mucho tardar;
Oigamos sus badajadas.
Tur. Si que no vienen campanas
En las músicas que ordenan.
Mar. Vernán badajos, que suenan
Maitines por las mañanas.
Tur. Sin mentir
Por nos se puede decir.
Porque ha diez horas, señor,
Que andamos por la cibdad
Sonando como badajos,
Y cogemos poco honor,
A decirte la verdad,
De aquestos vanos trabajos.
Bien es un poco por ende
Pasear sobre la cena,

Y es usanza justa y buena,
Para mancebos se entiende:
Lo demas
Va muy fuera de compas.
Mar. Pues yo te diré que sea.
Vámonos hora á dormir
Lo que queda hasta el dia:
Quédese con Dios Febea,
Mañana podré venir
A tentar su fantasia.
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

JORNADA II.

HIMENEO. BOREAS. ELISO. CANTORES.

Bor. No hay nadie.
Him. Habla callando:
Mira que tengo sospecha
Que aun están por ahí.
Bor. Yo los ví, señor, cantando
Por esta calle derecha,
Buen rato, lejos de aquí.
Him. Pues, sus, buen hora es aquesta
Si no duermen mis amores:
Haz llegar esos cantores
Y demos tras nuestra fiesta.
El. Aquí vienen.
Him. Llámalos. ¿Qué se detienen?
El. Caminad. ¿Qué estais parados?
Him. Callando, cuerpo de Dios,
¿Qué voces son hora aquestas?
El. Pues si los tengo llamados
Una vez y mas de dos,
¿Helos de traer acuestas?
Him. No corrompas mis placeres.
Por mi fé que nos oigamos:
Aquí solo no riñamos,
Y en casa cuanto quisieres.
Cant. 1°. ¿Qué haremos?
Him. Señores, que comencemos.
Cant. 1°. Acaba con esos trastes.
Cant. 2°. Calla pues tú, majadero.
Cant. 1°. ¡Cómo sobras de cortés!
¿Diremos lo que ordenastes?
Him. Sí, bien. La cancion primero,
Y el villancico despues.
Pero yo os ruego por tanto
Que vaya la cosa tal,
Que se descubra mi mal
En vuestras voces y canto:
Por ventura
Se aliviará mi tristura.
Cant. 1° y 2°. Tan ufano está el querer
Con cuantos males padesce,
Que el corazon se enloquesce
De placer
Con tan justo padescer.
Cant. 1°. La pena con que fatigo
Esme tan favorecida,
Que de envidiosa la vida
Ya no quiere estar conmigo.
Ella se quiere perder:
Vuestra merced lo meresce.
Cant. 1° y 2°. Y el corazon se enlo-
De placer [quesce
Con tan justo padescer.
Cant. 1° y 2°. Es mas preciosa ven-
Vuestra pena [tura
Que cualquiera gloria agena.
Cant. 2°. La pena que vos causais,
Los suspiros, el tormento,
Con vuestro merescimiento
Todo lo glorificais.
Cant. 1° y 2°. Mas codiciosa dejais
Vuestra pena,
Que cualquiera gloria agena.
Cant. 1°. Los que nunca os conos-
Penarán por conosceros, [cieron
Y los que gozan de veros
Porque mas antes no os vieron.
Cant. 1° y 2°. Que por mayor bien
Vuestra pena, [tuvieron
Que cualquiera gloria agena.
Him. No mas, señores, agora,
Dejemos para otro dia;
Poco y bueno es lo que place.
Tambien porque esta señora
Se paró á la gelosía,
Quiero saber lo que hace.
Cant. 1°. Vamos.
Cant. 2°. Vamos.
Him. Id con Dios.

HIMENEO. BOREAS. ELISO. FEBEA.

Bor. Ce, señor, buen tiempo tienes.
Him. ¡Oh mayor bien de los bienes!
Es mi bien.
Feb. ¿Mas quién sois vos?
Him. Quien no fuese,
Ni mas un hora viviese.
Feb. No os entiendo, caballero.
Si merced quereis hacerme,
Mas claro habeis de hablarme.
Him. Y aun con eso solo muero,
Que no quereis entenderme
Sino entender en matarme.
Feb. Cómo os llamais os demando.
Him. Por las llamas que me dais,
Del fuego que me causais

Lo podeis ir trasladando.
Feb. Gentilhombre,
Quiero saber vuestro nombre.
Him. Soy el que en veros me veo
Devoto para adoraros,
Contrito para quereros.
Soy aquel triste Himeneo,
Que si no espero gozaros
No quisiera conosceros,
Porque en ser desconoscida
Me matais con pena fuerte,
Sabiendo que de mi muerte
No podeis ser bien servida;
Pero sea,
Pues por vos tambien se emplea.
Feb. Bien me podeis perdonar
Que, cierto, no os conoscia.
Him. Porque estoy en vuestro olvido.
Feb. En otro mejor lugar
Os tengo yo todavía,
Aunque pierdo en el partido.
Him. Yo gano tanto cuidado
Que jamas pienso perdello,
Sino que con merescello
Me paresce estar pagado;
Pues padezco
Menos mal del que merezco.
Feb. Gran compasion y dolor
He de ver tanto quejaros,
Aunque me place de oiros,
Y por mi vida, señor,
Querria poder sanaros
Por tener en qué serviros.
Him. Ojalá pluguiese á Dios
Que querais como podeis,
Porque mis males saneis,
Que esperan á sola vos.
Feb. Dios quisiese
Que en mí tal gracia cupiese.
Him. Esa y todas juntamente
Caben en vuestra bondad,
Pues os hizo Dios tan bella;
Pero de esta solamente
Tengo yo necesidad,
Aunque soy indigno de ella.
Feb. Mas mereceis que pedis,
Aunque lo que es no sé;
Mas de grado lo haré
Si puedo como decis,
Pero he miedo
Que sin dañarme no puedo.
Him. Plácame, señora mia,
Que me habeis bien entendido;
No os quiero mas detener;
Vuestra misma fantasía
Vos dirá que lo que pido
Lo compra bien mi querer.
Y las mercedes pesadas
Que con fatiga se hacen,
Son las que alegran y placen,
Y las que son estimadas;
De las cuales
Todas las vuestras son tales.
Feb. Pues si puedo complaceros,
Aclaradme en qué manera
Porque tengais cosa cierta.
Him. Que cuando viniere á veros
En la noche venidera,
Me mandeis abrir la puerta.
Feb. Dios me guarde.
Him. ¿Qué, señora?
¿Revocaisme ya el favor?
Feb. Sí, porque no me es honor
Abrir la puerta á tal hora.
Him. No son esas
Vuestras pasadas promesas.
Feb. ¿Pues cómo quereis que os abra?
Que en aquellos tiempos tales
Los hombres sois descorteses.
Him. Señora, no tal palabra:
Si quereis sanar mis males,
No busqueis esos reveses.
Ya sabeis que mis pasiones
No me mandan enojaros,
Y no debeis escusaros
Con escusadas razones,
De tal suerte
Que me causais nueva muerte.
Feb. No puedo mas resistir
A la guerra que me dais,
Ni quiero que me la deis.
Si concertais de venir,
Yo haré lo que mandais
Siendo vos el que debeis.
Him. Debo ser siervo y cautivo
De vuestro merescimiento,
Y así me parto contento
Con la merced que recibo.
Feb. Id con Dios.
Him. Señora, él quede con vos.

HIMENEO. BOREAS. ELISO.

Bor. Señor, pues has conseguido
La merced que deseaste,
Tan conforme á tu querer;
Cúmplenos lo prometido,
Pues sabes que nos mandaste
Las albricias del placer.
Him. Hermanos, de muy buen grado,
Que es razon en todo caso.
Toma tú el saya de raso,
Y tú el jubon de brocado,
Que otro dia
Yo os daré mejor valia.
Bor. Dios haya de tí memoria

Y acresciente tu vivir
Con honra y fama sin par,
Y te dé tanta victoria
Que no tengas que pedir,
Pues no te falta que dar.
El. Yo no quiero tus brocados,
Ni consiento, ni es honesto
Que quedes tú descompuesto
Por componer tus criados.
Ten cordura,
Que tu largueza es locura.
Bor. Bien dices.
Him. No quiero yo,
Sino daros esto y mas.
El. No queremos un cabello.
Him. ¿Porqué?
El. Señor, porque no;
Sino aquello que nos das
Te debes honrar con ello.
Him. Pues callad, hermanos mios,
Sed los que sois por entero,
Que yo os daré, si no muero,
Mas que ropas y atavíos;
Que el amor
Es de hermano y no señor.
El. Por eso, señor, tomamos
La voluntad por el hecho
De tu mucha cortesía;
Mas si quieres que nos vamos,
Sernos ha mayor provecho,
Porque se hace de dia.
Esta tarde tornarémos
Yo y Boreas paseando,
Para ver disimulando
Con qué esperanza vernemos.
Him. Así sea.
Quede Dios con mi Febea.

MARQUES. TURPEDIO.

Tur. Ce, señor, oyes que digo,
Veslos allá do han pasado,
Que agora parten de aquí.
Mar. Pese al diablo conmigo
Porque nos hemos tardado,
Que no se fueran así.
Tur. Déjalos, señor, andar,
Tu señoría no pene,
Porque la noche que viene
No nos pueden escapar;
Que haremos
De modo que los tomemos.
Mar. ¿Cómo se podrá hacer
Que si yo la noche vengo
Pueda ver toda la fiesta?
Porque aunque sepa perder
La persona y cuanto tengo,
Yo sabré qué cosa es esta.
Y aun si le tomo con ella,
Prometo á Dios verdadero,
Y á fe de buen caballero,
De matar á él y á ella;
Que la vida
Por la fama es bien perdida.
Tur. Pues, señor, en conclusion
A nos nos cumple venir
Antes de ser prevenidos,
Y detras de aquel canton
Estarémos á sentir
Sin que seamos sentidos;
Y de allí si estás alerta
Le podrás bien ver entrar,
Y así podemos saltar
Para tomalle la puerta;
Lo demas
Se hará como querrás.
Mar. Pues luego bueno seria,
Sin que mas aquí tardemos,
Que nos vamos á comer
Y que durmamos el dia,
Pues la noche velarémos
Como será menester,
Y aun venir acompañados
Nos será cosa muy sana:
Quizá vernemos por lana
No tornemos trasquilados,
Y por ende
Vengamos como se entiende.
Tur. Antes, señor, te prometo
Que con ayuda de Dios,
Tú y yo podemos bastar;
Y tambien porque el secreto,
Despues que sale de dos,
Es una cosa vulgar.
Pues si no rescibes pena,
Solos nos cumple venir
Porque no des á sentir
Si tu hermana es mala ó buena.
Ten buen seso,
Que su honra está en tu peso.
Mar. Y aun por esto yo procuro
Que aunque venga acompañado
Me lo pague todavía.
Tur. De aqueso yo te aseguro
Que ningun enamorado
Se pagó de compañía;
Y cuando bien la trajere
Traërá sus dos criados,
Que de sombras de tejados
Huirán á cual mas pudiere.
Mar. Ya se alcanza
Hasta do llega su lanza.
Tur. Pues, señor, no nos curemos
Ni de sus armas temamos,
Pues que no son Aníbales.
Vengamos como debemos,

Que nosotros dos bastamos
Para cuatro lanzas tales.
Mar. Bien me aconsejas por cierto,
Yo me confio de tí.
Pero vámosnos de aquí,
No sientan nuestro concierto;
Que en consejas
Las paredes han orejas.

JORNADA III.

BOREAS. ELISO.

Bor. Pues, Eliso, hermano mio,
No te quiero ser muy luengo,
Ni sé si te enojarás;
Mas con lo que en tí confio
Y el gran amor que te tengo,
Te diré lo que oirás:
Por eso no te receles,
Que los buenos servidores
Han de ser á sus señores
Muy leales y fieles;
Mas no tanto
Que se pongan del quebranto.
Bien te debes acordar
Desde ayer á lo que creo,
Nota bien lo que diré,
Que no quisiste tomar
Lo que te daba Himeneo,
Ni yo por tí le tomé.
Ni me hagas entender
Que aquella fué lealtad;
Que es la mayor necedad
Que nunca te ví hacer,
Pues perdiste
Lo que en diez años serviste.
El. No tengas á maravilla
Si no quise á dos por tres
Lo que nuestro amo nos dió,
Que cierto tengo mancilla
De velle para quien es
Mas pobre que tú ni yo.
Si cuando rico se viere
No se acordare de nos,
Allá contará con Dios
Cuando de este mundo fuere:
Pues vivamos,
Que no falta que vistamos.
Bor. No das en todo el terrero,
Ni por ahí te me escapas,
Ni tienes razon ninguna;
Porque es un necio grosero
Quien puede tener dos capas
Y se contenta con una.
Lo que somos obligados
Es servir cuanto podemos,
Y tambien que trabajemos
En que seamos pagados;
De otra suerte
Nuestra vida es nuestra muerte.
El. Hermano, bien te he entendido,
Por lo cual á tu mandado
Me ternás continuamente,
Y aunque tengo por perdido
Todo el tiempo que he dejado
De te ser muy obediente.
Y pues ya tan claras son
Mi mentira y tu verdad,
Confieso mi necedad
Y alabo tu discrecion,
Y de hoy mas
Yo haré lo que verás.
Bor. Mucho huelgo, hermano Eliso,
Pues que repruebas el mal
Como de buenos se espera;
Vivamos sobre el aviso,
Que sin duda el hospital
A la vejez nos espera.
Por lo cual te cumple, hermano,
Que sin vergüenza ni miedo
Cuando te dieren el dedo
Que abarques toda la mano.
Haz si puedes
Que puedas hacer mercedes.
El. Hermano, deja hacer,
Que no quiero mas laceria
De la que tengo pasada;
Y aun si recibes placer
Dejemos esta materia
Porque está bien disputada.
Buen tiempo se nos ofrece,
Y es cosa justa y honesta:
Hablemos á tu Doresta
Que á la ventana parece.
Bor. Ya la veo,
Y es cumplido mi deseo.
El. Pues anda, vela á hablar:
Yo quedaré de esta parte,
Y escucharé desde aquí,
Que me conviene notar
Cómo sabes requebrarte
Para que aprenda de tí.
Bor. No te burles aunque callo,
Ni me tengas por grosero,
Que en manos está el pàndero
De quien bien sabrá tocallo.
El. Ve callando,
Que ya nos está mirando.

BOREAS. ELISO. DORESTA

Bor. Doresta, señora mia,
Guarde Dios vuestra beldad

Y vuestra gentil manera.
Dor. Si no por la compañía,
Yo os hablára, de verdad,
De modo que no os pluguiera.
Bor. ¿Porqué, señora Doresta?
Dor. Porque no me motejeis,
Que si otra vez lo haceis
No os placerá la respuesta,
Que aunque fea
No tengo envidia á Febea.
Bor. Señora, no os deis fatiga
Por yo decir una cosa
Que dirá cualquier que os viere.
Dor. Boreas, ¿quereis que os diga?
Cual me veis fea ó hermosa,
Tal no falta que me quiere.
Bor. Pluguiera, señora, á Dios
En aquel punto que os vi,
Que quisiera tanto á mí
Como luego quise á vos.
Dor. ¡Bueno es eso!
A otro can con ese hueso.
Bor. Ensayad vos de mandarme
Cuanto yo podré hacer,
Pues os deseo servir,
Siquiera porque en probarme
Conozcais si mi querer
Concierta con mi decir.
Dor. Si mis ganas fuesen ciertas
De quereros yo mandar,
Quizá de vuestro hablar
Saldrian menos ofertas.
Bor. Si mirais,
Señora, mal me tratais.
Dor. ¿Cómo puedo mal trataros,
Con palabras tan honestas
Y por tan corteses mañas?
Bor. Como ya no oso hablaros,
Que teneis ciertas respuestas
Que lastiman las entrañas.
Dor. Por mi fe tengo mancilla
De veros así mortal.
¿Morireis de aquese mal?
Bor. No seria maravilla.
Dor. Pues, galan,
Ya las toman do las dan.
Bor. Por mi fe que holgaria,
Si como otros mis iguales
Pudiese dar y tomar;
Mas veo, señora mia,
Que recibo dos mil males,
Y ninguno puedo dar.
Dor. ¿Qué sabeis vos si los dais,
Aunque no se da á entender?
Como vos soleis hacer,
Que sin dolor os quejais.
Bor. Plegue á Dios
Que mi pena pene á vos.
Dor. Vos andais tras que publique
Lo que está mejor secreto
Para mi fama y la vuestra;
Pues sin que mas os suplique
No querais, pues sois discreto,
Que haga tan loca muestra.
Bor. No os quiero mas deservir,
Pues algo pienso entenderos,
Y tendré que agradeceros
Si me mandardes venir
Hora cierta,
Que no me negueis la puerta.
Dor. Tal cosa no me mandeis,
Que modo ninguno veo
De poder hacello así.
Bor. Esta noche, si quereis,
Cuando abrireis á Himeneo,
Me podeis abrir á mí.
Dor. Mejor vivan ella y él.
Por eso perded cuidado,
Que mi ama ha concertado
Que ninguno entre con él,
Bor. Pues haced
Que me cumplais la merced.
El. Ha de ser para mañana.
Vámonos, que eres prolijo.
Bor. ¿Consentis, señora, vos?
Dor. Señor, si, de buena gana,
Pues que aquel señor lo dijo.
Id con la gracia de Dios.
Bor. Y en la vuestra quede yo
Para mi consolacion.
Dor. Estad de buen corazon,
Que Dios por todos murió.
Bor. Pues, señora,
Vos quedad mucho en buen hora.
El. Boreas, nunca creyera
Que tanto bien alcanzabas
En este penado oficio,
Si por mis ojos no viera
Cuando á Doresta hablabas
Cuanto queda á tu servicio.
Bor. Vamos, y no nos tardemos,
Que nuestro amo está esperando.
El. Bien podemos ir hablando,
Que harto tiempo tenemos.

TURPEDIO. DORESTA

Tur. Beso las manos, señora
De mis secretos, por tanto,
La muy hermosa Doresta.
Dor. Señor, vengais en buen hora.
¿Para qué de chico santo
Quereis hacer tanta fiesta?
Tur. Sois así gran santo vos,
Y en vos tal gracia hallaron,
Que de cuantos os miraron

Los mas os tienen por Dios,
Y no digo
Lo que sois para conmigo.
Dor. ¡Oh, qué gracioso venis!
Nuestro Señor os bendiga.
¿Sabeis mas que me decir?
Tur. Si á mí, señora, decis,
Sé que me sois enemiga
Porque os deseo servir.
Dor. ¿Mal lo hago todavía?
Tur. No podeis peor hacello.
Dor. Pues de hoy mas, si pienso en
Lo haré sin cortesía. [ello,
Tur. ¿Qué hareis?
Dor. Rogaros que me dejeis.
Tur. Algun enamoradillo
Sé que esperais vos agora.
Dor. Mas hombre que vos en todo.
Tur. Cierto, no me maravillo,
Porque sois merecedora
Del mayor que pisa lodo.
Dor. No seriades mochacho.
Tur. Y aun hombre os pareceré.
Dor. Dejadme por vuestra fe,
Que no quiero vuestro empacho.
Tur. Ni querais,
Ni de Dios salud hayais.
Dor. Pues yo vos prometo á Dios
Que yo lo diga al marques,
Y quizá por vuestro daño.
Tur. Pues si tal sale de vos,
Yo os daré tanto mal mes
Que nunca os falte mal año.
Dor. ¡Veis qué rapaz sin mesura,
Cómo tiene presuncion!
Tur. Pues voto al fuerte Sanson
De daros mala ventura;
Que aquí está
Quien de vos me pagará.
Dor. Pues no te tomes conmigo,
Que no me espantan tus motes
Por mucho que me amenaces;
Que si á tu amo lo digo
Te hará dar mil azotes,
Que es castigo de rapaces.
Tur. Pues si alcanzarte pudiera,
Por eso que agora dices,
Te cortára las narices,
Doña puerca, escopetera.
Dor. Para vos.
Tur. ¡Oh! reniego, y no de Dios.

JORNADA IV.

HIMENEO. BOREAS. ELISO.

Him. Pues agora, mis hermanos,
Tú, Boreas, y tú, Eliso,
Lo hablado se os refiere:
Yo me pongo en vuestras manos,
Ved que esteis sobre el aviso
Mientras yo dentro estuviere.
Bor. Señor, así lo haremos;
Entra tú con mano diestra,
Que por tu fama y la nuestra,
Si conviene, moriremos.
Him. Yo lo creo.
El. Tal es, señor, el deseo.
Him. ¿Será tiempo de llamar?
El. Es temprano cuanto quiera,
Dejemos dormir la gente.
Bor. Mas, señor, en tal lugar
Quien tras tiempo tiempo espera,
Tiempo vien que se arrepiente.
Him. Pues luego dad acá, vamos,
Llegad conmigo y veremos.
Bor. ¿Quereis, señor, que gastemos
Lo que los dos concertamos?
Que Febea
Solo á tí, señor, desea.
Him. Pues solo voy.
El. Ve con Dios.

BOREAS. ELISO.

Bor. Mas vaya con el diablo.
El. No, que se va santiguando.
Bor. Calla tú, cuerpo de nos;
Cuanto yo concierto y hablo
Tanto tú me vas gastando.
El. No hago por cierto, hermano.
Bor. Pues cuando llamar queria,
¿Porqué de gran grosería
Dijiste que era temprano?
Que es locura
Esperar mala ventura.
Porque en aquestos conciertos
Si fuésemos afrentados
Demorando aquí con él,
Esperando somos muertos,
Y huyendo, deshonrados,
Y no sé qué fuera dél.
Mas solos de esta manera,
Si quisiéramos huir,
Podemos despues decir
Una mentira cualquiera.
Mi consejo
Será guardar el pellejo.
El. Dejemos esta cuestion,

Y mira que ya es entrado.
Bor. ¿Pues qué tienes en la mente?
El. Que me hables sin pasion,
Y dejando lo pasado
Hablemos en lo presente.
Bor. Tengo tan poco sentido
Y estoy tan fuera de mí,
Que por no me ver aquí
No quisiera ser nascido.
El. Calla, hermano,
Que te quejas muy temprano.
Bor. ¡Oh, que haga mal viaje
Quien en tan fuerte jornada
Y en tal congoja me mete!
Pues hombre de mi linage
Nunca supo qué era espada,
Ni broquel, ni coselete.
Yo tambien soy mas que loco
Por venir en tal lugar,
Pues que no quiero matar,
Ni que me maten tampoco.
El. Cuerdo eres,
Hagamos lo que quisieres.
Bor. Que no esperemos batalla,
Sino que luego nos vamos
Por no ser muertos aquí.
El. ¿Pues si sale y no nos halla?
Bor. No faltará qué digamos,
Si dejas hablar á mí.
El. Pues para todo hay remedio,
Sin porqué no nos andemos,
Cuando algo sentiremos
Meteremos tierra en medio.
Bor. ¡Qué placer!
¿Y quién no puede correr?
El. ¿Cómo no?
Bor. Porque no puedo,
Que son las armas pesadas
Y dejallas no osaré:
Tambien porque con el miedo
Tengo las piernas cortadas,
Que moverme no podré.
El. Pues deja, hermano Boreas,
Las armas con que te hallas,
Porque quizá por salvallas
Perderás cuero y correas,
Y verás
Cuan sin pena correrás.
Bor. Pues si las armas perdiese,
¿Nuestro amo qué diria
De cobarde y de judío?
Que si escusa no tuviese
Para dar, como cumplia,
Me echaria en aquel rio.
El. Pues si no puedes con ellas,
Dámelas para que huyas,
Que las mias y las tuyas
Yo daré mal cabo de ellas.
Bor. Y la capa,
¿Qué dirán si se me escapa?
El. Para la capa ternás
Dos mil escusas sobradas
Para no poder salvalla,
Que si tú quieres dirás
Que jugando á cuchilladas
Te fué forzado dejalla.
Porque los hombres de guerra,
Para poderse valer,
Primero de acometer
Dejan la capa por tierra.
Bor. Pues espera,
Tendréla de esta manera.

MARQUES. TURPEDIO.

Tur. ¿Quién anda ahí?
Mar. Mueran, mueran.
¿Por dó van?
Tur. Allá han traspuesto;
Mas la capa irá conmigo.
Mar. Pese á tal, si no huyeran,
Que por ventura de presto
Lleváran un buen castigo.
Tur. Mas, señor, ¿sabes que creo
Que sabrás lo que deseas?
Que esta capa es de Boreas,
Un criado de Himeneo.
Mar. Di, ¿qué fué?
Tur. Sí, señor, en buena fe.
Mar. ¿Cuántos eran?
Tur. Solos dos:
Y por la capa, señor,
Son sus criados de aquel.
Mar. Pues voto al cuerpo de Dios
Que queda dentro el traidor.
Tur. Si tal es, doblen por él.
Mar. Ven acá, que es de pensar
De qué manera haremos.
Tur. Señor, que luego llamemos,
Pues que nos conviene entrar.
Mar. Ciertamente:
Se nos irá, si nos siente.
Tur. ¿Pues quieres cosa mas cierta
Por quitar este recelo
Y acertar esta jornada?
Da tú una coz á la puerta,
Que des con ella en el suelo.
Jugarémos de [illegible]vlada.
Ningun temor se reciba
Si entramos apercibidos,
Que aun n[illegible]seremos sentidos
Cuando seremos arriba.
Mar. Sus pues, vamos,
Que ya sobrado tardamos.
Dame esa capa tú á mí.
Tur. Toma la rodela, sosadas.

Mar. Dala acá, que bien te entiendo.
Tur. Pues si quereis así,
Y arrancadas las espadas
Vamos diciendo y haciendo.
Mar. Pues si viniere en tus manos
Y le pudieres coger,
Haz que no haya menester
Médicos ni cirujanos.
Tur. Entra presto,
Deja á mí hacer el resto.

JORNADA V.

MARQUES. FEBEA. DORESTA. TURPEDIO.

Mar. ¡Oh! mala muger, traidora,
¿Dónde vais?
Tur. Paso, señor.
Feb. ¡Ay de mí, desventurada!
Mar. ¿Pues qué os parece, señora?
¿Para tan gran deshonor
Habeis sido tan guardada?
Confesaos con este page,
Que conviene que murais;
Pues con la vida escusais
Un tan antiguo linage.
Quiero daros,
Que os doy la vida en mataros.
Feb. Vos me sois señor y hermano
(Maldigo mi mala suerte
Y el dia en que fuí nascida),
Yo me pongo en vuestra mano,
Y antes os pido la muerte
Que no que me deis la vida.
Quiero morir, pues que veo
Que nací tan sin ventura:
Gozará la sepultura
Lo que no pudo Himeneo.
Mar. ¿Fué herido?
Tur. No, que los piés le han valido.
Feb. Señor, despues de rogaros
Que en la muerte que me dais
No os mostreis todo cruel,
Quiero tambien suplicaros
Que pues á mí me matais,
Que dejeis vivir á él.
Porque segun lo atribuyo,
Si sé que muere[illegible] esta arte,
Dejaré mi mal aparte
Por mejor llorar el suyo.
Mar. Toca á vos [illegible]
Poner vuestra alma con Dios.
Feb. No me querais congojar
Con pasion sobre pasion
En mis razones finales;
Dejadme, señor, llorar,
Que descansa el corazon
Cuando revesa sus males.
Mar. Pues contadme en qué manera
Pasa todo vuestro afan.
Feb. Pláceme, porque sabrán
Como muero, sin que muera,
Por amores
De todo merecedores.
Doresta.
Dor. Ya voy, señora.
Feb. Ven acá, serás testigo
De mi bien y de mi mal.
Tur. Señor, es una traidora.
Dor. Tú, de bondad enemigo.
Mar. Callad, hablemos en al.
Feb. Hablemos como la suerte
Me ha traido en este punto,
Do yo y mi bien todo junto
Moriremos de una muerte:
Mas primero
Quiero contar como muero.
Yo muero por un amor,
Que por su mucho querer
Fué mi querido y amado,
Gentil y noble señor,
Tal que por su merescer
Es mi mal bien empleado.
No me queda otro pesar
De la triste vida mia,
Sino que cuando podia
Nunca fuí para gozar,
Ni gocé
Lo que tanto deseé.
Muero con este deseo,
Y el corazon me revienta
Con el dolor amoroso;
Mas si creyera á Himeneo,
No muriera descontenta
Ni le dejára quejoso.
Bien haya quien me maldice,
Pues lo que él mas me rogaba
Yo mas que él lo deseaba,
No sé porqué no lo hice.
¡Guay de mí!
Que muero así como así.
No me quejo de que muero,
Pues soy mortal como creo;
Mas de la muerte traidora,
Que si viniera primero
Que conociera á Himeneo,
Viniera mucho en buen hora:
Mas viniendo de esta suerte,
Tan sin razon á mí ver,
¿Cuál será el hombre ó muger
Que no le duela mi muerte,
Contemplando
Porqué y dónde, cómo y cuándo?
Yo nunca hice traicion:

Si maté, yo no sé á quién,
Si robé, no lo he sabido;
Mi querer fué con razon,
Y si quise, hice bien
En querer á mi marido.
Cuanto mas que las doncellas,
Mientra que tiempo tuvieren,
Harán mal si no murieren
Por los que mueren por ellas;
Pues muriendo
Dejan sus famas viviendo.
Mar. Si temiéreis el morir,
Acordaos que en el nascer
A todos se nos concede:
Yo tambien oí decir
Que es gran locura temer
Lo que escusar no se puede.
Y esta vida con dolor
No sé porqué la quereis,
Pues muriendo vivireis
En otra vida mejor,
Donde están
Los que no sienten afan.
En este mar de miseria
El viejo y el desbarbado
Todos afanan á una,
Los pobres con la laceria,
Los ricos con el cuidado,
Los otros con la fortuna.
No temais esta jornada,
Dejad este mundo ruin
Por conseguir aquel fin
Para que fuisteis criada;
Mas empero
Confesaos aquí primero.

HIMENEO. BOREAS. ELISO. MARQUES.
FEBEA. DORESTA. TURPEDIO.

Him. Caballero, no os movais.
Mar. ¿Cómo no? Mozo.
Tur. Señor.
Mar. Llega presto.
Tur. Vesme aquí.
Him. No braveeis, si mandais.
Callad y hareis mejor,
Si quereis creer á mí. [hombre?
Mar. ¿Pues quién sois vos, gentil-
Him. Soy aquel que mas desea
La honra y bien de Febea,
Y es Himeneo mi nombre,
Y ha de ser,
Pues que fué y es mi muger.
Mar. Catad, pues sois caballero,
No querais forzosamente
Tomaros tal presuncion.
Him. No quiera Dios, ni yo quiero
Sino muy humanamente
Lo que me da la razon:
Y porque con la verdad
Se conforme mi querella,
Hagamos luego con ella
Que diga su voluntad,
Y con todo
Hágase de aqueste modo.
Que si Febea dijere
Que me quiere por marido,
Pues lo soy, testigo Dios,
Que pues la razon lo quiere
(No perdiendo en el partido)
Lo tengais por bueno vos.
Pues sabeis bien que en linage
Y en cualquier cosa que sea,
La condicion de Febea
Me tiene poco ventage,
Y esto digo
Porque vos sois buen testigo.
Mar. Bien veo que sois iguales
Para poderos casar,
Y lo saben donde quiera;
Pero digo que los tales
Lo debrian negociar
Por otra mejor manera.
Him. Ya sé yo poner tercero
Donde fuera menester,
Pero si tomo muger
Para mí solo la quiero;
Pues así
Quise engañarme por mí.
Yo, señora, pues ordeno
Que se quede lo pasado.
Si bien mataros quisiera,
Él hacia como bueno,
Y le fuera mal contado
Si de otro modo hiciera.
Mar. No haya mas, pues que es ya [fecho.
Plegue al divino Mesías
Que le goceis muchos dias
Y que os haga buen provecho;
Pues casastes
Mejor de lo que pensastes.
Him. Yo digo, pues que así es,
Que vos nos tomeis las manos
Por quitar estas zozobras;
Y si quisierdes despues,
Seamos buenos hermanos
Y hagamos nos las obras.
Mar. ¿Quereis vos?
Feb. Soy muy contenta.
Mar. Dad acá.
El. Gracias á Dios.
Bor. Sí, pues que hace por nos
En sacarnos de esta afrenta.
Mar. Pues veamos
Qué será bien que hagamos.
Him. Si vuestra merced mandare,

Vámonos á mi posada,
Sentirá mis ganas todas,
Y segun allí ordenare
Nombrarémos la jornada
Para el dia de las bodas.
El. Pues antes que aqueso sea,
Boreas y yo, señores,
Nos damos por servidores
A la señora Febea.
Feb. Por hermanos.
Bor. Besamos sus piés y manos.
El. Tambien al señor marques
Ofrecemos el deseo,
Con perdon de lo pasado.
Tur. Yo tambien, pues que así es,
Me dó al señor Himeneo
Por servidor y criado.
Feb. Mas porque nuestros afanes
Nos causen cumplida fiesta,
Casemos á mi Doresta
Con uno de estos galanes.
Mar. ¿Y con quién?
Feb. Con el mas hombre de bien.
Him. Cada cual lo piensa ser.
Feb. Por cierto todos lo son.
Mar. Pues, señora, ¿qué remedio?
Feb. Que la demos á escoger:
Porque ella tiene aficion
A Boreas ó á Turpedio.
Tur. Yo, señores, no la quiero.
Dor. Malos años para vos.
Tur. Pues voto al cuerpo de Dios...
Mar. Calla, rapaz majadero.
Feb. No haya mas:
Toma tú cual mas querrás.
Him. Yo tomo el cargo, señora,
De casaros á Doresta
Si se confia de mí:
Dejémoslo por ahora.
Vámosnos, que es cosa honesta
No nos tome el sol aquí.
Mar. Pues á Dios.
Him. No quiero nada.
Mar. Si señor.
Him. Par Dios no vais.
Mar. ¿Porqué no?
Him. Porque vengais
A conocer mi posada,
Holgarémos
Que cantando nos iremos.
Mar. Pláceme por vuestro amor,
Si mi hermana vuestra esposa
Nos hiciese compañía.
Feb. Soy contenta.
Him. Pues, señor,
Cantemos alguna cosa
Solamente por la via.
Mar. ¿Qué diremos?
Him. De la gloria
Que siente mi corazon
Desque venció su pasion.
Mar. Decid victoria, victoria:
Vencedores,
Cantad victoria en amores.
Victoria, victoria,
Los mis vencedores,
Victoria en amores.
Victoria, mis ojos,
Cantad si llorastes,
Pues os escapastes
De tantos enojos:
De ricos despojos
Sereis gozadores.
Victoria en amores.

LOUIS DE BERQUIN.

LOPE DE RUEDA.

LA CARÁTULA.

PASO.

PERSONAS.

ALAMEDA, simple. || SALCEDO, su amo.

Campo solitario.

Al. ¿Acá está vuesa merced, señor mosamo?

Salc. Aquí estoy: ¿tú no lo ves?

Al. Pardiez, señor, á no toparos, que no le pudiera encontrar aunque echára mas vueltas que un podenco cuando se viene á acostar.

Salc. Por cierto, Alameda, qué es negocio ese que no se puede creer fácilmente.

Al. A no creerme dijera que no estábades en vuestro juicio, pues á fe que vengo á tratar con vuesa merced un negocio, que me va mucho en mi conciencia, si acaso me tiene cilicio.

Salc. Silencio querrás decir.

Al. Sí, silencio será, pienso que...

Salc. Pues di lo que quieres, que el lugar harto apartado es si ha de haber silencio ó cosa de secreto.

Al. ¿Hay quien nos pueda oir por aquí? Mírelo bien, porque es cosa de grande secreuto, y en topetando que le topete, luego le conosciquerá vuesa merced como si se lo dijeran al oido.

Salc. Que te creo sin falta.

Al. ¿Pues no m'habia de creer siendo nieto de pastelero?

Salc. ¿Qué hay? acabemos.

Al. Hable quedo.

Salc. ¿Qué aguardas?

Al. Mas quedo.

Salc. Di lo que has de decir.

Al. ¿Hay quien nos escuche?

Salc. ¿No te habemos dicho que no?

Al. Sabed que me he hallado una cosa con que podré ser hombre, de Dios en ayuso.

Salc. ¿Cosa de hallar, Alameda? Tu compañero quiero ser.

Al. No, no; solo me lo hallé, solo me lo quiero gozar, si la fortuna no me es adversa.

Salc. Amuestra qué te has hallado, enséñanoslo.

Al. ¿Ha visto vuesa merced un cernícalo?

Salc. Sí, muy bien.

Al. Pues mayor es mi hallazgo con mas de veinticinco marevedís.

Salc. ¿Es posible? amuestra á ver.

Al. Ni sé si la venda, ni sé si lampeñe.

Salc. Amuestra.

Al. A paso, á paso, mírela tantico.

Salc. ¡Oh desventurado de mí! ¿que todo eso era tu hallazgo?

Al. ¿Cómo? ¿no's bueno? Pues sepa vuesa merced que viniendo del monte por leña, me la'ncontré junto al vallado del corralejo este diabro de hilosomía. ¿Y adónde nacen estas, si sabe vuesa merced?

Salc. Hermano Alameda, no sé qué te diga, sino que fuera mejor que se te cayeran las pestañas de los ojos antes que te acontesciera una desdicha tan grande.

Al. ¿Desdicha es hallarse el hombre una pieza como esta?

Salc. ¿Y cómo si es desdicha? No quisiera estar en tu piel por todo el tesoro de Venecia. ¿Tú conoces este pecador?

Al. ¿Pecador es este?

Salc. Dime, Alameda, ¿no tienes noticia del santero que desollaron los ladrones la cara por roballo, Diego Sanchez?

Al. ¿Diego Sanchez?

Salc. Sí, Diego Sanchez; no me puedes negar que no sea este.

Al. ¿Qu'est'es Diego Sanchez? ¡Oh desdichada de la madre que me parió! ¿Pues

cómo no m'encontró Dios con unas arguenas de pan, y no con una cara de un desollado? Ce, Diego Sanchez, Diego Sanchez: no, no pienso que responderá por mas voces que le den. Y diga, señor, ¿qué se hicieron de los ladrones? ¿halláronlos?

Salc. No los han hallado; pero sábete, hermano Alameda, que anda la justicia muerta por saber quién son los delincuentes.

Al. Y por dicha, señor, ¿soy yo agora el delincuente?

Salc. Sí, hermano.

Al. ¿Pues qué me harán si me cogen?

Salc. El menor mal que te harán (cuando muy misericordiosamente se hayan contigo) será ahorcarte.

Al. Ahorcarme, y despues echarme han á galeras, y mas yo que soy algo ahogadizo de la garganta; y así por averiguado tengo, señor, que si me ahorcasen, se me quitaria la gana del comer.

Salc. Lo que yo te doy por consejo, hermano Alameda, es que luego te vayas á la ermita de Sant Anton, y te hagas santero así como lo era el otro cultado, y de este arte la justicia no te hará mal ninguno.

Al. Y dígame, señor, ¿cuánto me costará una tablilla y campanilla como aquella de aquel desdichado?

Salc. No es menester hacella de nuevo, que la del pasado santero anda vendiendo el pregonero de la villa, y se la podrás comprar: mas de una cosa tengo miedo.

Al. Yo de mas de doscientas. ¿Y es la suya de qué?

Salc. Que estando solo en la ermita, te podria asombrar alguna noche el espíritu de aquel cultadillo; pero mas vale que te asombre á tí, que no que asombres tú á otros colgado del pescuezo como podenco en barbacana.

Al. Y mas yo, qu'en apretándome la nuez un poco no puedo resollar.

Salc. Pues, hermano, anda presto, porque si te tardas, podria ser que topases la justicia.

Al. ¿Y qué se ha de hacer de aquesta filomancia, ó qué es?

Salc. Esta, déjala estar, no te topen con ella.

Al. Pues yo me voy, ruegue á Dios que me haga buen santero: hora, sus, quedad norabuena, señor Diego Sanchez.

Salc. Agora menester será, pues le he hecho encreyente á este animalazo que esta carátula es el rostro de Diego Sanchez, de hacelle una burla sobre ella, y es que yo me quiero ir á apañar con una sábana lo mejor y mas artificiosamente que pueda, y le saldré al encuentro, fingiendo que soy el espíritu de Diego Sanchez, y vereis qué burla tan concertada será esta. Sus, voilo á poner por obra.

(Bosque. *Éntrase Salcedo, y sale Alameda, simple, vestido como de santero, con una lumbre en la mano y una campanilla.*)

Al. Para la lámpara del aceite, señores. Trabajosísima cosa es el hombre santero, que nunca se mantiene sino de mendrugos de pan: que no parezco sino gozque de conejero, que lo matan de hambre porque cace mejor á sabor; y mas que los gozques que solia tener por amigos, como me ven con este trage me han desconoscido; y como ven que de puerta en puerta ando pidiendo, y les recojo los mendrugos de pan que ellos solian tener por principal mantenimiento, así se vienen á mí las bocas abiertas, como el cuquillo á las mariposas; y lo peor de todo es que no se menea un mosquito en la ermita, cuando luego pienso que es el álima del santero desollado, y no tengo otro remedio sino, en sintiendo algo, capuzarme la cabeza debajo la ropa, que no parezco sino olla de arroz que la tapan porque no se le salga la sustancia della. Dios me despene por quien él es. Amen.

Salc. Alameda.

Al. ¡Ay! llamado me han. ¿Hay quien dé por Dios para la lámpara del aceite?

Salc. Alameda.

Al. Ya son dos Alamedadas. Alameda y en mitad del monte, no es por mi bien. Dios sea conmigo.

Salc. Alameda.

Al. El Espíritu Santo consolador sea conmigo y contigo. Amen. Quizás será alguno que me quiera dar limosna.

Salc. Alameda.

Al. Así, así, mucho Alameda, Alameda, y despues quebrarme han el ojo con una blanca.

Salc. Alonso de Alameda.

Al. Alonso y todo: ya me saben el nombre de pila, no es por bien esto: quiero preguntar que quién es, con dolor de mi corazon. ¿Quién sois?

Salc. ¿No me conosces en la voz?

Al. ¿Yo en la voz? ni aun querria; no os conozco si no os viese la cara.

Salc. ¿Conociste á Diego Sanchez?

Al. Él es, él es; mas podrá ser que no sea él, sino otro. Señor, conosci siete ú ocho en esta vida.

Salc. ¿Pues cómo no conosces á mí?

Al. ¿Sois vos alguno dellos?

Salc. Sí soy; porque antes que me desollasen la cara...

Al. El desollado es, el desollado es; Dios sea con mi álima.

Salc. Porque me conozcas me quiero mostrar á tí.

Al. ¿A mí? Yo os lo perdono: mas, señor Diego Sanchez, aguarde que pase por el camino otro que le conozca mejor que yo.

Salc. A tí soy enviado.

Al. ¿A mí, señor Diego Sanchez? Por amor de Dios, yo me doy por vencido, y me pesa de buen corazon, y de mala voluntad.

Salc. ¿Qué dices?

Al. Estoy turbado, señor.

Salc. ¿Conócesme agora?

Al. Ta, ta, ta, sí señor; ta, ta, ta; ya le conozco.

Salc. ¿Quién soy yo?

Al. Si no m'engaño, sois el santero que le desollaron la cara por roballe.

Salc. Sí soy.

Al. Pluguiera á Dios que nunca lo fuérades. ¿Y no teneis cara?

Salc. Denantes solia tener cara, aunque agora la tengo pegadiza por mis pecados.

Al. ¿Pues qué quiere agora, señor su merced Diego Sanchez?

Salc. ¿Dónde están las notomías de los muertos?

Al. A las sepulturas me envia. ¿Y comen allá, señor Diego Sanchez?

Salc. Sí: ¿porqué lo dices?

Al. ¿Y qué comen?

Salc. Lechugas cocidas, y raices de malvas.

Al. Bellaco manjar es ese por cierto. ¡Qué de purgados debe de haber allá! ¿Y porqué me quereis llevar con vos?

Salc. Porque sin mi licencia os posistes mis ropas.

Al. Tómelas, tómelas, y lléveselas, que no las quiero.

Salc. Vos propio habeis de venir, y si diéredes el descargo que convenga, dejaros han que volvais.

Al. ¿Y si no?

Salc. Quedaros heis con las notomías en las cisternas viejas. Mas resta otra cosa.

Al. ¿Qué es, señor?

Salc. Habeis de saber que aquellos que me desollaron me echaron en un arroyo.

Al. Fresco estaria allí su magnificencia.

Salc. Y es menester que al punto de la media noche vais al arroyo, y saqueis mi cuerpo y le lleveis al cimenterio de Sanct Gil, que está al cabo de la villa, y allí junto digais á grandes voces á Diego Sanchez.

Al. Y diga, señor, ¿tengo d'ir luego?

Salc. Luego, luego.

Al Pues, señor Diego Sanchez, ¿no será mejor que vaya á casa por un borrico en que vaya caballero su cuerpo?

Salc. Sí, aguija presto.

Al. Luego torno.

Salc. Anda, que aquí os aguardo.

Al. Dígame, señor Diego Sanchez, ¿cuánto hay de aquí al dia del juicio?

Salc. Dios lo sabe.

Al. Pues hasta que lo sepais vos podeis aguardar.

Salc. Venid presto.

Al. No comais hasta que venga.

Salc. ¿Ansí? aguarda, pues.

Al. Válame sancta María, Dios sea conmigo, que me viene siguiendo.

EL RUFIAN COBARDE.

PASO.

PERSONAS.

SIGÜENZA, lacayo.
SEBASTIANA, mundana.
ESTEPA, lacayo.

Calle.

SIGÜENZA. SEBASTIANA.

Sig. Pasa delante, señora Sebastiana, y cuéntame por estenso, sin poner ni quitar tilde, del arte que te pasó con esa piltraca disoluta, amiga dese antuviador de Estepa, que yo te la pondré de suerte que tengan que contar nascidos y por nascer de lo que en la venganza por tu servicio hiciere.

Seb. Que no, sino cuál hinchiria su cántaro primero á la fuente, venimos á palabras y á las manos, y habiéndome rompido una toca...

Sig. ¡Ah, pese á la puta! ¿porqué no me hallé presente?

Seb. Me llamó de bordonera, piquera, y que su gervilla valia mas que todo mi linage.

Sig. ¡Ah putañona! como si yo no supiese que su madre fué una segunda Celestina.

Seb. Y amenazándola yo contigo, me dijo: váyase el ladron desorejado...

Sig. Qué, ¿tal osó decir? ¡ah Dios! ¿y cómo no se hunde la tierra?

Seb. Que si no se huyera de la cárcel, como se huyó, le hicieran escribano real, y le pusieran en la mano una péndola de veinticinco palmos.

Sig. Tomay, si sabe de metáforas la poltronaza.

Seb. Y otras veinte bellaquerias que por no darte enojo dejaré de decir, amigo Sigüenza.

Sig. Ya, ya, no me digas mas. ¡Ladron desorejado! ¿y de dónde le han nascido alas á esa lendrosilla? Déjame con ella. Pero quien viere un hombre como yo tomarse con una gallina, ¿qué dirá, habiendo conquistado los campos en Italia que todo el mundo sabe?

Seb. La sucia, como te ve con ese becoquin de orejas, y los lados rasos, atrévese á hablar, diciendo que te las cortaron por ladron.

Sig. ¡Ah pícara! ¿Por ladron á mí? ¿No sabe Dios y todo el mundo que nunca hombre ganó tanta honra quedando sin orejas como quedé yo?

Seb. Yo te creo: pero dime, señor Sigüenza, ¿cómo te lisiaron de ellas?

Sig. En el año de quinientos y cuarenta y seis, á nueve dias andados del mes de abril (la cual historia se hallará hoy en dia escrita en una tabla de cedro en la casa del ayuntamiento de la isla de Mallorca), habiendo yo desmentido á un coronel natural de Ibiza, y no osándome demandar la injuria por su persona, siete soldados suyos se convocaron á sacarme al campo, los nombres de los cuales eran (Dios les perdone) Campos, Piñeda, Osorio, Campuzano, Trillo el cojo, Perotete el zurdo, y Janote el desgarrado; los cinco maté, y los dos tomé á merced.

Seb. ¡Válame Dios qué tan gran hazaña! Mas las orejas dime, señor, ¿cómo las perdiste?

Sig. A eso voy: que viéndome cercado de todos siete, por si acaso viniésemos á las manos no me hiciesen presa en ellas, yo mismo (usando de ardid de guerra) me las arranqué de cuajo, y arrojándoselas á uno que conmigo peleaba, le quebranté once dientes del golpe, y quedó torcido el pescuezo, donde al catorceno dia murió, sin que médico ninguno le pudiese dar remedio.

Seb. ¡Válame Dios qué golpe tan cruel! qué fuera si le dieras con piedra ó con otra cosa semejante, cuando con tus orejas tal le paraste: ¿mas cómo dice aquella pulga que anduviste no sé qué tiempo en las galeras por ladron?

Sig. ¿Ladron? ¡Ah! putilla, putilla, azotada tres veces por la feria de Medina del Campo, llevando la delantera su amigo, ó rufian por mejor decir, Estepa. ¡Ah! Estepilla, Estepilla, ¿no vendrian á tus orejas semejantes palabras para volver por esa andrajosa y vengar este mi airado corazon?

Seb. ¿Ello es ansi que fuiste en galera?

Sig. Es la verdad que anduve en la galera bastarda contra mi voluntad no sé qué años; mas mirad qué va de ladron á hombre vividor.

Seb. ¿Qué llamais vividor, señor Sigüenza?

Sig. ¿No te paresce que es harta buena manera de vivir salirse el hombre á la plaza de mañana, y volverse antes de mediodia con la bolsa llena de reales sin ser mercader ni tener oficio?

Seb. Harto bueno es aqueso.

Sig. Catay pues porqué afrentan á un hombre de honra, y le hacen semejantes injusticias, con usar mi oficio tan limpiamente como todos cuantos hombres de mi arte lo pueden usar, y aun por ventura un poco mejor.

Seb. ¿Cómo limpiamente?

Sig. ¿No te paresce que es harta limpieza y destreza de manos traer cuatro ó cinco bolsas y faltriqueras á casa sin comprar el cuero de que son hechas, y vaciar las tripas en mi poder?

Seb. Oye, que Estepa viene.

Sig. Por tu vida ten, tenme esta espada.

Seb. ¿Para qué?

Sig. Tenla tú y calla, que estos son unos nuevos términos que tengo yo en reñir.

Est. ¡Ah Sigüencilla! ¿paréscete bien de blasonar de quien vale mas que tu linage, ni poner lengua tras de ninguno?

Sig. Yo, señor Estepa, ¿qué blasoné?

Est. Agradesce que estás sin espada.

Seb. Tómala, Sigüenza.

Sig. Quítamela delante, diablo, que yo la tomaré cuando menester sea.

Est. Dí, bellaco, ¿no te paresce que esa tu mugercilla no es bastante para descalzar el chapin de la mia?

Sig. Espérese, señor, certificarmê he de ello: ¿es verdad lo que dice el señor Estepa, Sebastiana?

Seb. ¿Pues no será, si en mi vida la he visto traer chapines?

Est. Dejémonos de gracias, doña bruta, andrajo de paramento; y vos, don ladron, tomá vuestra espada.

Sig. Que no es mia, señor, que un amigo me la dejó con condicion que no riñese con ella.

Est. Pues desdeciros, como á cobarde que sois, de lo que dijisteis delante de vuestra amiga.

Sig. ¿De qué, señor?

Est. De que me habian azotado en Medina del Campo, siendo la mayor mentira del mundo.

Sig. Desdecirme, no, no; no me paresce cosa suficiente: ¿qué es de la espada?

Seb. Hela.

Sig. Quítala de ahí no la vea, que mejor será que me desdiga.

Est. Acaba, ladron azotado.

Sig. ¿Ladron azotado? Sus, perdóneme, que no me quiero desdecir.

Est. ¿No? pues aguarda.

Sig. Téngase, señor, que yo me desdiré; pero ha de ser con toda mi honra, si á vuestra merced le placiere.

Est. ¿De qué suerte? veamos.

Sig. Desta: que es muy gran verdad lo que dije como un grandísimo tacaño, y que estaba borracho y fuera de mi seso: no hay mas que tratar.

Est. Pues mas habeis de hacer.

Sig. Haré cuanto vuesa merced mandare.

Est. Que me deis la espada.

Sig. ¿Cómo daré lo que no es mio, señor?

Est. Digo que me la habeis de dar.

Sig. Dádsela, señora Sebastiana, por amor de Dios.

Est. Espera, que por fin y remate habeis de recibir de la mano de vuestra amiga tres pasagonzalos en esas narices bien pegados.

Sig. Señor, por amor de Dios, si puede ser, no sean pasagonzalos, sean pasarodrigos.

Est. Sus, arrodillaos, porque mas devotamente los recibais.

Sig. Ya estoy, señor, arrodillado; haga de mí lo que se le antojare.

Est. Ea, dueña, ¿qué aguardais? Dale recio.

Sig. ¡Oh! pésete á quien me vistió esta mañana.

Est. Tené tieso ese pescuezo.

Sig. Señora Sebastiana, *miserere mei*, pasito, no tan recio.

Est. Bien está, dejadlo para quien es, venios conmigo.

Sig. La moza se me lleva. ¡Ah, Sigüenza, Sigüenza! igual fuera no desdecirte, y reñir de bueno á bueno con este Estepilla, y no quedáras sin honra y despojado de moza, y harto de pasarodrigos. ¡Ay narices mias que aun me duelen! Sus, en seguimiento me voy de mi Sebastiana.

EUFEMIA.

COMEDIA.

PERSONAS.

LEONARDO, gentilhombre.
EUFEMIA, su hermana.
VALIANO, señor de baronías.
CRISTINA, criada.
JIMENA DE PEÑALOSA, vieja.
MELCHOR ORTIZ, simple.
PAULO, anciano criado.
VALLEJO, lacayo.
POLO, lacayo.
EULALIA, negra.
GREMALDO, page.
ANA, gitana.
ACOMPAÑAMIENTO.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Sala en casa de Leonardo.

LEONARDO. MELCHOR.

Leon. Larga, y en demasiada manera, me ha parescido la pasada noche: no sé si fué la ocasion el cuidado con que de madrugar me acosté; sin duda debe ser ansí. Porque buen rato ha que Eufemia, mi querida hermana, con sus criadas siento hablar, que con el mismo pensamiento se fué á dormir, entendiendo de mi que no me pudo apartar de hacer esta jornada. Vereis que no sé si habrá tampoco hecho Melchor lo que anoche le dejé encomendado. Melchor, ¡ah! Melchor.

Mel. Apriesa, apriesa, que se entran los moros por la villa. Henchi en mal punto el ringlon, si quereis que responda.

Leon. Melchor. Válgale el diablo á este asno: ¿y dónde está que no me oye?

Mel. Dizque no oigo: pardiez que si yo quisiese, antes que me llamase tengo oido. Mas que monta, que tambien trato yo de mis intereses como cualquiera hombre de honra. A ese Melchor échele un soportativo y verá cuán recio só con él.

Leon. Superlativo quieres decir, badajo.

Mel. Si, señor. ¿Pues porqué nos barajamos ellotro dia Jimenea de Peñalosa é yo?

Leon. No me acuerdo.

Mel. ¿No se acuerda que nos medio apuñeteamos porque me dijo en mis barbas que era mejor alcurnia la de los Peñalosas que los Ortices?

Leon. Paresce que me voy acordando ya.

Mel. ¡Ah! gloria á Dios. Pues aquese Melchor aguátele con alguna cosita al principio porque no vaya á secas, y verá lo que pasa.

Leon. Ah, señor Melchor Ortiz.

Mel. Agora soy contento. ¿Qué manda vuesa merced?

Leon. ¡Oh, mal os haga Dios! qué, tantos términos habemos de tener para que salgais?

Mel. Que no lo hago en mi álima, sino porque sienta esta mala vieja que soy honrado en la boca de vuesa merced. Que para mi contento con un oyes me sobra tanto como la mar.

Leon. ¿Pues qué se le da á ella de todo aqueso?

Mel. Que dice ella que es mejor que mi madre, con no haber hombre ni muger en todo mi pueblo que en abriendo la boca no diga mas bien de ella que las abejas del oso.

Leon. Aqueso, de bien quista debe ser.

Mel. ¿Pues de qué? En verdad, señor, que no se ha hallado tras della tan sola una macula.

Leon. Mácula querrás decir.

Mel. Muger que todo el mundo la alaba. ¿No es harto, señor?

Leon. Pues no sé qué se dice por ahí de sus tramas.

Mel. No hay que decir. ¿Qué pueden decir? que era un poco ladrona, como Dios y todo el mundo sabe, y algo deshonesta de su cuerpo: lo demas no fuera ella... ¿Cómo llaman aquestas de cuero que hinchen de vino, señor?

Leon. Bota.

Mel. ¿No le sabe vuesa merced otro nombre?

Leon. Borracha.

Mel. Aqueso tenia tambien que en esotro así podian fiar de ella oro sin cuento, como á una gata parida una vara de longanizas, ó de mi una olla de puchas, que todo lo ponia en cobro.

Leon. Eso es cuanto á la madre. ¿Y tu padre era oficial?

Mel. Señor, miembro dizque era de justicia en Constantina de la Sierra.

Leon. ¿Qué fué?

Mel. Miente vuesa merced los cargos de un pueblo.

Leon. Corregidor.

Mel. Mas bajo.

Leon. Alguacil.

Mel. No era para alguacil, que era tuerto.

Leon. Porqueron.

Mel. No valia nada para correr, que le habian cortado un pié por justicia.

Leon. Escribano.

Mel. En todo nuestro linage no hubo hombre que supiese leer.

Leon. ¿Pues qué oficio era el suyo?

Mel. ¿Cómo los llaman á aquesos que de un hombre hacen cuatro?

Leon. Bochines.

Mel. Así, así, bochin, bochin, y perrero mayor de Constantina de la Sierra.

Leon. Por cierto que sois hijo de honrado padre.

Mel. ¿Pues cómo dice la señora Peña-

losa que puede ella vivir con mi zapato, siendo todos hijos de Adrian y Esteban?

Leon. Calla un poco, que tu señora sale, y éntrate.

ESCENA II.

LEONARDO. EUFEMIA.

Euf. ¿Qué madrugada ha sido esta, Leonardo, mi querido hermano?

Leon. Carísima Eufemia, querria, si Dios de ello fuere servido, comenzar hoy mi viaje y encaminarme á aquellas partes que servido fuere.

Euf. Qué, ¿todavía estás determinado de caminar sin saber á do? Cruel cosa es esta. Mi hermano eres, pero no te entiendo. ¡Ay sin ventura! que cuando á pensar me pongo tu determinacion y firme propósito, la muerte de nuestros carísimos padres se me representa. ¡Ay hermano! acordarte debrias que al tiempo que tu padre é mio murió, cuanto á ti dél quedé encomendada; por ser muger y menor que tú. No hagas tal, hermano Leonardo: ten piedad de aquesta hermana desconsolada, que á ti con justísimas plegarias se encomienda.

Leon. Cara y amada Eufemia, no procures estorbar con tus piadosas lágrimas lo que tantos dias ha que tengo determinado, de lo cual sola la muerte seria parte para estorballo. Lo que suplicarte se me ofrece es que hagas aquello que las virtuosas y sabias doncellas, que del amparo paterno han sido desposeidas y apartadas, suelen hacer: no tengo mas que avisarte, sino que do quiera que me hallare, serás á menudo con mis letras visitada. Y por agora en tanto que yo me llego á oir misa, harás á ese mozo que entienda en lo que anoche le dejé mandado.

Euf. Ve, hermano, en buen hora, y en tus oraciones pide á Dios que me preste aquel sufrimiento que para soportar tu ausencia me será conveniente.

Leon. Así lo haré: queda con Dios.

ESCENA III.

EUFEMIA. MELCHOR.

Euf. Ortiz. Melchor Ortiz.

Mel. Señora. Tomado lo han á destajo esta mañana.

Euf. Sal aquí, que eres de menester.

Mel. Ya, ya, no me digais mas, que ya voy atinando lo que me quiere.

Euf. Pues si lo sabeis, haceldo y despachá, que vuestro señor es ido á oir misa, y será presto de vuelta.

Mel. No sé por donde me lo comience.

Euf. Con tal que se haga todo, comenzá por do querreis.

Mel. Ora, sus, ya voy en el nombre de Dios. ¿Mas sabe vuesa merced qué querria yo?

Euf. No, si no lo dices.

Mel. Saber á lo que vó, ó á qué.

Euf. ¿Qué te mandó tu señor anoche antes que se fuese á acostar? Oislo, Jimena de Peñalosa.

ESCENA IV.

EUFEMIA. MELCHOR. JIMENA.

Jim. Mi ánima, entrañas de quien bien os quiere. ¡Ay! si he podido dormir una hora en toda esta noche.

Euf. ¿Y de qué, ama?

Jim. Mosquitos, que en mi conciencia unas herroñadas pegan, que mal año para abejon.

Mel. Debe dormir la señora abierta la boca.

Jim. Si duermo ó no, ¿qué le va al gesto de renacuajo?

Mel. ¿Cómo quiere la señora que no se peguen á ella los mosquitos, si de ocho dias que tiene la semana se echa los nueve hecha cuba?

Jim. ¡Ay! señora, ¿paréscele á vuesa merced que se ha dejado decir ese cucharon de comer gachas en mitad de mi cara? ¡Ay! plegue á Dios que en agraz te vayas.

Mel. ¡En agraz! A lo menos no la podrán comprender á la señora esas maldiciones, aunque me perdone.

Jim. ¿Porqué, molde de bodoques?

Mel. ¿Cómo se puede la señora chapa de palmito ir en agraz, si á la contina está hecha uva?

Jim. Aosadas, don mostrenco, si no me lo pagáredes.

Mel. Pase adelante la cara de mula que tiene torozon.

Jim. ¡Ay! señora, déjeme vuesa merced llegar á ese pailon de cocer meloja. ¿Qué le paresce cual me para el aguja de ensartar matalates? ¡Paramento de bodegon! allega, allega, canton de encrucijada, aparejo para cazar abejarucos.

Euf. Paso, paso, ¿qué es esto? No ha de haber mas crianza, siquiera por quien teneis delante?

ESCENA V.

CRISTINA Y DICHOS.

Crist. ¡Ay! señora, ¿y no hay un palo para este lechonazo? Por mi salud si no paresce que anda acá fuera algun juego de cañas segun el estruendo.

Euf. En verdad que parescen contino, estando juntos, gato y perro.

Crist. Haria mejor á buena fe, ese señor Ortiz, de mirar por aquel cuartago, que tres dias ha no se le cae la silla de encima.

Mel. Mas me maravillo, hermana Cristina, de lo que dices. ¿Cómo demonio se le ha de caer, si está con la gurupera y con entrambas á dos las cinchas engarrotadas?

Euf. Librada sea yo del que arriedro vaya. ¿Paréscete que es bien estar el cuartago sin quitar la silla tres dias ha? Ved con qué alientos estará para hacer jornada.

Jim. Los recados del señor.

Mel. ¿Qué recados? Si yo no le tuviera tan buena voluntad, ¿dejáralo estar ansí?

Crist. ¿Y paréscete á tí que procede de buen querer dejalle con la silla tres dias?

Mel. Pardiez, hermana Cristina, que la verdad que te diga, yo no le dejé dormir vestido, sino porque se alegrase con la silla y freno nuevo que tiene. Otro peor mal no tuviese, que esotro bien le pasaria.

Euf. ¡Ay amarga! ¿y qué?

Mel. Que desde que señor vino anteyer del alquería, maldito el grano de cebada que ha probado, de todos cuantos piensos le he puesto.

Euf. ¡Jesus! Dios sea conmigo: ¿pues agora lo dices? Corre, Cristina, mira si es verdad lo que este dice.

Mel. Verdad, señora, así como yo soy hijo de Gabriel Ortiz é Arias Carrasco, verdugo y perrero mayor de Constantina de la Sierra.

Jim. Honrados dictados tenia el señor vuestro padre.

Mel. Tal me haga á mí Dios, amen.

Euf. Harto bien te deseas por cierto.

Mel. Señora, no se engañe vuesa merced, que en ahorcando mi padre á cualquiera, no hablaba mas el juez en ello que si nunca hubiera tocado en él.

Crist. ¡Ay señora, qué desventura tan grande! Mire vuesa merced cómo habia de comer el rocin con freno y todo en la boca.

Euf. ¿Con freno?

Mel. Sí señora, el freno, el freno.

Euf. ¿Pues con el freno le has dejado, traidor?

Mel. ¿Pues he de ser yo adivinador, ó vengo yo de casta para ser tan mal criado como aqueso?

Euf. ¿Pues qué mala crianza era desenfrenar un rocin?

Mel. Si le enfrenó nostramo, ¿paréscele qu'era límite de buena crianza, y diera buena cuenta de mí en deshacer lo que señor habia hecho?

Jim. La retórica como la quisiéredes, que respuesta no ha de faltar.

Mel. ¿Retórica? ¿Sabe que la mamé en la leche?

Euf. ¿Tan sabia era su madre del señor?

Mel. Pardiez, señora, las noches por la mayor parte en levantándose de la mesa, no habia pega ni tordo en gavia que tanto chirlase.

Crist. Ay, señora, éntrese vuesa merced; remediarse ha lo que se pudiere, que ya mi señor dará vuelta y querrá luego partir.

Euf. Bien has dicho, entremos.

Jim. Pase delante el de los buenos recados.

Mel. Vais ella, la de las buenas veces.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Calle.

POLO. VALLEJO.

Polo. A buen tiempo vengo, que ninguno de los que quedaron de venir han allegado; pero ¿qué aprovecha, si yo por cumplir con la honra de este desesperado de Vallejo he madrugado antes de la hora que limitamos? ¡Catá que es cosa hazañosa la deste hombre, que ningun dia hay en toda la semana que no pone los lacayos de casa, ó parte dellos, en revuelta! Mirá hora por qué diablos se envolvió con Grimaldicos el page del capiscol, siendo uno de los honrados mozos que hay en el pueblo. Hora yo tengo de ver cuánto tira su barra, y á cuánto alcanza su ánimo, pues presume de tan valiente.

Vall. ¿Tal se ha de sufrir en el mundo? ¿Cómo puede pasar una cosa como esta, y mas estando á la puerta de la Seo, donde tanta gente de lustre se suele llegar? ¿Hay tal cosa, que un rapaz descaradillo que ayer nasció se me quiera venir á las barbas, y

que me dirán á mí los lacayos de mi amo que callé por ser el capiscol su señor amigo de quien á mí me da de comer? Así podría yo andar desnudo é ir de aquí á Jerusalen los pies descalzos y con un sapo en la boca atravesado en los dientes, que tal negocio dejase de castigar. Acá está mi compañero. ¡Ah! mi señor Polo, ¿acaso ha venido alguno de aquellos hombrecillos?

Polo. No he visto ninguno.

Vall. Bien está, señor Polo: la merced que se me ha de hacer es que aunque vea copia de gente, dobleis vuestra capa y os asenteis encima, y tengais cuenta en los términos que llevo en mis pendencias, y si viéredes algunos muertos á mis piés (que no podrá ser menos, placiendo á la Magestad divina), el ojo á la justicia en tanto que yo me doy escape.

Polo. ¿Cómo? ¿Qué tanto pecó aquel pobre mozo que os habeis querido poner en necesidad á vos y á vuestros amigos?

Vall. ¿Mas quiere vuesa merced, señor Polo? Sino que llevando el rapaz la falda al capiscol su amo, al dar la vuelta tocarme con la contera en la faja de la capa de la librea. ¿A quién se le hubiera hecho semejante afrenta que no tuviera ya docena y media de hombres puestos á hacer carne momia?

Polo. ¿Por tan poca ocasion? ¡válame Dios!

Vall. ¿Póca ocasion os parece reírseme despues en la cara, como quien hace escarnio?

Polo. Pues de verdad que es Grimaldicos honrado mozo, y que me maravillo hacer tal cosa; pero él vendrá y dará su descargo, y vos, señor, le perdonareis.

Vall. ¿Tal decis, señor Polo? Mas me pesa que sois mi amigo, por dejaros decir semejante palabra. Si aqueste negocio yo agora perdonase, decíme vos, ¿cuál quereis que esecute?

Polo. Hablad paso, que veisle aquí do viene.

ESCENA II.

POLO. VALLEJO. GRIMALDO.

Grim. Ea, gentileshombres, tiempo es agora que se eche este negocio á una banda.

Polo. Aquí estaba rogando al señor Vallejo que no pasase adelante este negocio; y halo tomado tan á pechos que no basta razon con él.

Grim. Hágase vuesa merced á una parte, y veamos para cuánto es esa gallinilla.

Polo. Hora, señores, óiganme una razon, y es que yo me quiero poner de por medio: veamos si me harán tan señalada merced los dos que no riñan por agora.

Vall. Así me podrian poner delante todas las piezas de artillería que están por defensa en todas las fronteras de Asia, Africa y Europa, con el serpentino de bronce que en Cartagena está desterrado por su demasiada soberbia, y que volviesen agora á resucitar las lombardas de hierro colado con que aquel cristianísimo rey D. Fernando ganó á Baza, y finalmente aquel tan nombrado galeon de Portugal con toda la canalla que lo rige viniese, que todo lo que tengo dicho y mentado fuese bastante para mudarme de mi propósito.

Polo. Por Dios, señor, que me habeis asombrado, y que no estaba aguardando sino cuando habiades de mezclar las galeras del gran turco, con todas las demas que van de levante á poniente.

Vall. ¿Qué, nó las he mezclado? pues yo las doy por emburulladas, vengan.

Grim. Señor Polo, ¿para qué tanto almacen? Hágase á una banda, y déjeme con ese ladron.

Vall. ¿Quién es ladron, babosillo?

Grim. Tú lo eres; ¿hablo yo con otro alguno?

Vall. ¿Tal se ha de sufrir? ¿que se ponga este desbarbadillo conmigo á tú por tú?

Grim. Yo, liebre, no he menester barbas para una gallina como tú; antes con las tuyas delante del señor Polo pienso limpiar las suelas de estos mis estivales.

Vall. ¡Las suelas, señor Polo! ¿Qué mas podia decir aquel valerosísimo español Diego García de Paredes?

Grim. ¿Conocístele tú, palabrero?

Vall. ¿Yo, rapagon? El campo de once á once que se hizo en el Piamonte, ¿quién le acabó sino él y yo?

Polo. ¿Vuesa merced? ¿Y es cierto eso del campo?

Vall. ¡Buena es esa pregunta! y aun unos pocos de hombres que allí sobraron por estar cansado, ¿quién les acabó las vidas sino aqueste brazo que veis?

Polo. Pardiez que me paresce aquello una cosa señaladísima.

Grim. Que miente, señor Polo. Un hombre como Diego García de Paredes, ¿se habia de acompañar con un ladron como tú?

Vall. ¿Ladron era yo entonces, palominillo?

Grim. Si entonces no, agora lo eres.

Vall. ¿Cómo lo sabes tú, ansarino nuevo?

Grim. ¿Cómo? ¿Qué fué aquello que te pasó en Benavente, que está la tierra mas llena dello que de simiente mala?

Vall. Ya, ya sé qué es eso: á vuesa merced que sabe de negocios de honra, señor Polo, quiero contárselo, que á semejantes pulgas no acostumbro dar satisfecho. Yo, señor, fuí á Benavente á un caso de poca estofa, que no era mas sino matar cinco lacayos del conde, porque quiero que lo sepa. Fué porque habian revelado una mugercilla que estaba por mí en casa del padre en Medina del Campo.

Polo. Toda aquella tierra sé muy bien.

Vall. Despues que ellos fueron enterrados, y yo por mi retraimiento me viese en alguna necesidad, acodiciéme de un manto de un clérigo y unos manteles de casa de un bodegonero donde yo solia comer, y cogióme la justicia, y en justo y en creyente, etc. Y esto es lo que aqueste rapaz está diciendo. Pero agora, ¿fáltame á mí de comer en casa de mi amo para que use yo de aquesos tratos?

Grim. Suso, que estoy de priesa.

Vall. Señor Polo, afójeme vuesa merced un poco aquestas ligagambas.

Polo. Aguarde un poco, señor Grimaldo.

Vall. Agora apriéteme aquesta estringa del lado de la espada.

Polo. ¿Está agora bien?

Vall. Agora métame una nómina que hallará al lado del corazon.

Polo. No hallo ninguna.

Vall. ¿Qué? ¿no traigo una nómina?

Polo. No por cierto.

Vall. Lo mejor me he olvidado en casa debajo de la cabecera del almohada, y no puedo reñir sin ella. Espérame aquí, ratoncillo.

Grim. Vuelve acá, cobarde.

Vall. Hora, pues sois porfiado, sabed que os dejára un poco mas con vida si por ella fuera. Déjeme, señor Polo, hacerá ese hombrecillo las preguntas que soy obligado en descargo de mi conciencia.

Polo. ¿Qué le habeis de preguntar? deci.

Vall. Déjeme vuesa merced hacer lo que debo. ¿Qué tanto ha, golondrinillo, que no te has confesado?

Grim. ¿Qué parte eres tú para pedirme eso, cortabolsas?

Vall. Señor Polo, vea vuesa merced si quiere aquese pobrete mozo que le digan algo á su padre, ó que misas manda que le digan por su alma.

Polo. Yo, hermano Vallejo, bien conozco á su padre y madre, cuando algo sucediese, y sé su posada.

Vall. ¿Y cómo se llama su padre?

Polo. ¿Qué os va en saber su nombre?

Vall. Para saber despues quién me querrá pedir su muerte.

Polo. Ea, acabá ya, que es vergüenza: ¿no sabeis que se llama Luis de Grimaldo?

Vall. ¿Luis de Grimaldo?

Polo. Sí, Luis de Grimaldo.

Vall. ¿Qué me cuenta vuesa merced?

Polo. No mas que aquesto.

Vall. Pues, señor Polo, tomad aquesta espada, y por el lado de derecho apretá cuanto pudiéredes, que despues que sea ejecutada en mí esta sentencia, os diré el porqué.

Polo. Yo, señor, líbreme Dios que tal haga, ni quite la vida á quien nunca me ha ofendido.

Vall. Pues, señor, si vos por serme amigo rehusais, vayan á llamar á un cierto hombre de Piedrahita, á quien yo he muerto por mis propias manos casi la tercera parte de su generacion, y aquese como capital enemigo mio vengará en mí propio su saña.

Polo. ¿A qué efecto?

Vall. ¿A qué efecto me preguntais? ¿No decis que es ese hijo de Luis de Grimaldo, alguacil mayor de Lorca?

Polo. Y no de otro.

Vall. ¡Desventurado de mí! ¿Quién es el que me ha librado tantas veces de la horca, sino el padre de aquese caballero? Señor Grimaldo, tomad vuestra daga, y vos mismo abrid aqueste pecho, y sacadme el corazon, y abrilde por medio, y hallaréis en él escripto el nombre de vuestro padre Luis de Grimaldo.

Grim. ¿Cómo? que no entiendo eso.

Vall. No quisiera haberos muerto por los santos de Dios, por toda la soldada que me da mi amo. Vamos de aquí, que yo quiero gastar lo que de la vida me resta en servicio deste gentilhombre en recompensa de las palabras que sin le conoscer he dicho.

Grim. Dejemos aqueso, que yo quedo, hermano Vallejo, para todo lo que os cumpliere.

Vall. Sus, vamos, que por el nuevo conoscimiento nos entrarémos por casa de Malara el tabernero, que aquí traigo cuatro reales: no quede solo un dinero que todo no se gaste en servicio de mi mas que señor Grimaldo.

Grim. Muchas gracias, hermano: vues-

tros reales guardaldos para lo que os convenga, que el capiscol mi señor querrá dar la vuelta á casa, y yo estoy siempre para vuestra honra.

Vall. Señor, como criado menor me puede mandar. Vaya con Dios. ¿Ha visto vuesa merced, señor Polo, el rapaz como es entonado?

Polo. A fe que paresce mozo de honra. Pero vamos qu'es tarde. ¿Quién quedó en guarda de la mula?

Vall. El lacayuelo quedó. ¡Ah Grimaldico, Grimaldico, cómo te has escapado de la muerte por dárteme á conocer! pero guarte no vuelvas á dar el menor tropezoncillo del mundo, que toda la parentela de los Grimaldos no será parte para que á mis manos ese pobrete espritillo, que aun está con la leche en los labios, no me le rindas.

ESCENA III.

Plaza pública.

LEONARDO. MELCHOR.

Mel. ¡Oh, gracias á Dios que me le deparó! ¿Parécele que ha sido buena la burla? ¿Esta es la compañía que me prometió de hacer antes que saliésemos de nuestra tierra, y lo que mi señora le rogó?

Leon. ¿Qué fué lo que me rogó, que no me acuerdo?

Mel. ¿No le rogó que me hiciese buena compañía?

Leon. ¿Pues qué mala compañía has tú de mí rescebido en esta jornada?

Mel. Fíase el hombre en él, pensando luego daremos la vuelta, y ha unas siete horas que anda un hombre como perro rastrero, y á mal ni á bien no le he podido dar alcance.

Leon. ¿No podíades dar la vuelta á la posada temprano, ya que no me hallabas?

Mel. Acabe ya. ¿Tenia yo blanca para dar al pregonero?

Leon. ¿Y para qué al pregonero, acemilon?

Mel. Para que me pregonára como á bestia perdida, y así de lance en lance me adestrára donde á vuesa merced le habian aposentado.

Leon. ¿Qué, tan poca habilidad es la tuya que á la posada no atinas?

Mel. ¿Pues si atinára, habia de estar agora por desayunarme?

Leon. ¿Qué, no has comido? ¿es posible?

Mel. ¡Calle! ¿tengo el buche templado como halcon cuando le hacen estar en dieta de un dia para otro?

Leon. ¿Cómo diablos te perdistes esta mañana?

Mel. Como vuesa merced iba ocupado hablando con aquel amigo, que no fué hombre, sino azar para mí, yo desviéme un poco, pensando que hablaba de secreto y no mas, cuanto doy la vuelta á ver una tabla de pasteles que llevaba un mochacho en la cabeza; atraviesan á mí otros dos (que verdaderamente el uno parescia á vuesa merced en las espaldas) y los dos cuélanse dentro en la Seo á oir misa que decian, que duró hora y media: yo contino allí detras pensando que era vuesa merced, y cuando se volvió á decir el *benelicamus dolíme*, que responden los otros *dougráñlas*, lleguéme ad'aquel que le parescia, y díjele: ea, señor, ¿habemos de ir á casa? él, que vuelve la cabeza, y me ve, dijo: ¿conócesme tú, hermano?

Leon. ¡Oh quién te viera!

Mel. Yo que veo el preito mal parado, acudo á las puertas para volverle á buscar, y mis pecados que siempre andan haciéndome gestos, hállolas todas cerradas.

Leon. ¡Cuál andarias!

Mel. Yo diré qué tal. ¿Ha visto vuesa merced raton caido en ratonera, que buscando por do soltarse anda dando topetadas de un cabo á otro para huir?

Leon. Sí, he visto algunas veces.

Mel. Pues ni mas ni menos andaba el sin ventura de Melchor Ortiz Carrasco, hasta que fortuna me deparó á una parte una puertecilla por do ví salir algunas gentes que se habian quedado rezagadas á oir aquella misa, qu'era la postrera. Pero vamos, señor, si habemos d'ir.

Leon. ¿Adónde?

Mel. ¿Dizque adónde? á casa.

Leon. ¿A casa? ¿y á qué á tal hora?

Mel. Señor, para tomar por la boca un poco de orégano y sal.

Leon. ¿Para qué sal y orégano?

Mel. Para echar las tripas en adobo.

Leon. ¿Cómo?

Mel. Señor, ya ellas están vinagre de pura hambre, con el orégano y sal ternán con que sustentarse si le paresce á vuesa merced.

Leon. Pues agora no puede ser: and'acá conmigo, que Valiano, que es señor de aqueste pueblo, con quien yo agora de nuevo he asentado, está en vísperas, y téngole de acompañar, y oirás las mas solemnes voces que oiste en toda tu vida.

Mel. Vamos, señor, en hora buena; pero si oir voces se pudiese escusar, rescebiria yo señaladísima merced.

Leon. ¡Ah, don traidor! que agora pagaréis lo que al cuartaguillo hecistes estar ayuno: ¡ah! ¿acordaisos?

Mel. Pues pecador fuí yo á Dios, hiciérame pagar vuesa merced el pecado donde cometí el delito, y no donde así me puedo caer á una cantonada desas que no hallaré quien me diga: ¿qué has menester?

Leon. Ora, suso, toma toda esa calle adelante, y pregunta por el hostal del Lobo: cata aquí la llave, y come tú de lo que hallares en el aposento, y aguárdame en la posada hasta que yo vaya.

Mel. Agora va razonablemente el partido de Melchor; ¿pero no sabríamos lo que sobró para mí?

Leon. Camina, que yo aseguro que no quedarás quejoso.

Mel. Yo voy: quiera Dios que así sea.

ESCENA IV.

LEONARDO. POLO.

Polo. Guarde Dios al gentilhombre.

Leon. Vengais norabuena, mancebo.

Polo. Dígame, ¿es vuesa merced un estranjero que llegó los dias pasados á este pueblo en compañía del mayordomo de aquesta tierra?

Leon. Yo creo que soy aquese por quien preguntais; ¿mas porqué lo decis?

Polo. Porque anoche sobre mesa trataron de la habilidad suya, y asimismo como era vuesa merced muy gentil escribano y escelente contador: finalmente que seria mucha parte su buena habilidad para entender y tratar en el oficio de secretario de Valiano mi señor, porque como hasta agora sea mozo y por casar, no tiene copia cumplida de los oficiales que á su estado y renta conviene. Holgára yo que vuesa merced quedára en esta tierra y en servicio del señor de ella, por ser uno de los virtuosos caballeros que hay en estas partes.

Leon. Holgaré por cierto de quedar, porque aquese caballero y yo, que no sé quién es, nos topamos una jornada de aquí, y sabiendo la voluntad mia que era de estar en servicio de un señor que fuese tal, él por la virtud suya me ha encaminado á esta tierra: asimismo como de mi cosecha no tengo habilidad ninguna, si no es aqueste escrebir y contar que cuando niño mis padres (que en gloria sean) me enseñaron, acordaria aquese gentilhombre de dar aviso á vuestro señor de mí, por ver si para su servicio fuese suficiente y hábil.

Polo. Por cierto, señor, que se muestra en él bien que debe de ser persona en quien habrá mas que de él se dice, pero yo creo que andan por la villa en busca suya: vuesa merced vaya á palacio adonde le están aguardando, que no será razon dejar pasar tan buena coyuntura, sino hacer hincapié, que todos le seremos prestos para su servicio.

Leon. Muchas gracias, yo lo agradezco, volme.

Polo. Vaya con Dios.

Leon. Beso sus manos.

ESCENA V.

PAULO. POLO.

Paulo. ¿Qué es lo que haces, Polo?

Polo. Ya puede ver, señor Paulino.

Paulo. ¿Has habido noticia d'este gentilhombre que voy buscando por la villa?

Polo. Ah, agora se va de aquí derecho á palacio, por habelle dado aviso que van en busca suya.

Paulo. ¿Qué manera de hombre ó edad es á lo que muestra?

Polo. Gentil mancebo y dispuesto es, señor, y muy buena plática que tiene, y su edad será de veinticinco ó treinta años.

Paulo. ¿Va bien tratado?

Polo. Segun su trage, de ilustre prosapia debe ser su descendencia.

Paulo. ¿De qué nascion?

Polo. Español me paresce.

Paulo. Anda, vamos.

Polo. Vaya vuesa merced, que yo por acá me quiero ir á dar vuelta por ver si podré alcanzar una visita de mi señora Eulalia, la negra.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Calle. Noche oscura.

VALIANO. LEONARDO. VALLEJO.

Val. La causa, Leonardo, por qué á tal hora conmigo te mandé que apercibido con tus armas salieses, no fué porque yo viniese á cosa hecha, sino solamente por comunicar

contigo aquel negocio que ayer me comenzaste á apuntar, y por eso te he traido por calles tan escombradas de gentes: solamente á Vallejo el lacayo dije que tomase su espada y capa, mandándole quedar á esa cantonada para que con gran vigilancia y cuidado no seamos de nadie espiados, mandándole que haga la guardia.

Vall. ¿Adolos? ¿dónde van? mueran los traidores.

Val. Paso, paso: ¿á quién has visto? ¿qué te toma?

Vall. ¡Ah pecador de mí! Señor, ¿á qué efecto has salido á poner en peligro tu persona? Vete, señor, á acostar y el señor Leonardo, y déjame con ellos, que yo los enviaré antes que amanezca á casar gavluchos á los robres de Mechualon.

Val. ¡Válate el demonio! ¿no aseguras ese corazon? ¿quién me habia de enojar en mi tierra, bausan?

Vall. ¡Oh! reniego de los aparejos con que cazan las tórtolas en la Calabria, ¿y eso dices, señor? ¿no ves que es de noche, pecador soy á Dios, y á lo escuro todo es turbio? A fe de bueno que si no reconociera la voz del señor Leonardo, que no fuera mucho quedar la tierra sin heredero.

Val. ¿A mí, traidor?

Vall. No sino dormí sin perro: es menester, señor, que de noche vaya avisada la persona, porque en mis manos está el determinarme, y en las de aquel que firmó el gran horizonte con los polos árticos y tantárticos volver la de dos filos á su lugar.

Val. Todo me paresce bien si no te emborrachases tan á menudo.

Vall. Eres mi señor y tengo de sufrirte; mas á decírmelo otro, no fuera mucho que estuviese con los setenta y dos.

Val. Agora quédate ahí, y ten cuenta con que no nos espie nadie, que es mucho de secreto lo que hablamos.

Vall. A hombre lo encomiendas, que aunque venga el de las patas de avestruz con todos sus secuaces dando tenazadas por esa calle, no bastará á mudarme el pié derecho donde una vez le clavare.

Val. Así conviene. Volvamos á nuestro propósito, Leonardo, y dime: aquesa hermana tuya, despues de ser tan hermosa como dices, ¿es honesta y bien criada?

Leon. Señor, tú te puedes mejor informar que yo decirlo; porque al fin como yo sea parte y tan principal, no deberian mis razones ser admitidas como de otro cualquiera. La falta, señor, que yo le fallo es ser mi hermana, que en lo demas podia ser muger de cualquier señor de título segun su manera.

Vall. Señor Leonardo.

Leon. ¿Qué hay, hermano Vallejo?

Val. Mira, Leonardo, qué quiere ese mozo.

Vall. Señor, paresce que entendí que hablaban en negocio de mugeres; y si acaso es así, por los cuatro elementos de la profundísima tierra, no hay hoy dia hombre en toda la redondez del mundo que mas corrido esté que yo, ni con mas razon.

Val. ¿Cómo, Vallejo?

Vall. ¿Y habia, señor, á quien se pudiese encargar un negocio semejante como á mí?

Val. ¿De qué manera?

Vall. ¿Hay en toda la vida airada, ni en toda la máquina astrologal, á quien mas sujecion tengan las mozas que á Vallejo tu lacayo?

Val. Calla, villano.

Vall. No te engañes, señor, que si conociese lo que yo conozco en la tierra, aunque seas quien seas, pudiéraste llamar de veras bienaventurado, si fueras como yo dichoso en amores.

Val. Tú, ¿qué puedes conocer?

Vall. ¡Malograda de Catalinilla la vizcaina! la que quité en Cadiz de poder de Barrientos el sotacómitre de la galera del Grifo, que no andaba en toda el armada moza de mejor talle que era ella.

Leon. Hermano Vallejo, cállate un poco.

Vall. No lo digo sino porque hablamos de ballestas.

Val. ¿No callarás, dí?

Vall. ¡Ah, Dios te perdone, Leonor de Valderas! aquella, digo á vuesa merced, que era muger para dar de comer á un ejército.

Val. ¿Qué Leonor era aquesta?

Vall. La que yo saqué de Córcega, y la puse por fuerza en un meson de Almería, y allí estúvose nombrando por mia, hasta que yo desjarreté por su respeto á Mingalarios, corregidor de Estepa.

Val. Válate el diablo.

Vall. Y corté el brazo á Vicente Areneso, riñendo con él de bueno á bueno en los percheles de Málaga el agua hasta los pechos.

Val. Prosigue, Leonardo, que si ello es ansí como tú lo pintas, podrá ser que se hiciese por tí mas de lo que piensas.

Leon. Señor, yo siempre recibí y recibo de tu mano mercedes sin cuenta, pero en cuanto á esta hermana mia, tú sabrás que es mas de lo que tengo dicho.

Vall. ¡Válame nuestra Señora del Pilar de Zaragoza! ¡Ah, ladrones, ladrones! Leonardo, apunto, apunto.

Leon. ¿Qué es aqueso que has visto?

Val. ¿Quién son?

Vall. Tente, tente, señor, no eches mano, que ya todos han huido. ¡Ah! rapagones, en gurullada me vais, agradesceldo...

Val. ¿A quién?

Vall. Yo me lo sé: señor Leonardo, en dejando á nuestro amo en casa, quiero que vamos tú y yo á dar una escurribanda á casa de Bulbeja el tabernero.

Leon. ¿Para qué?

Vall. Para verme con aquellos forasteros que por aquí han pasado; que, segun soy informado, no ha media hora que llegaron de Marbella, y traen una rapaza como un serafin.

Val. ¿Qué dice ese mozo, Leonardo?

Leon. No lo entiendo, señor.

Vall. ¡Dizque no lo entiende! sé que no hablo yo en algarabía. Veamos de cuando acá han tenido ellos atrevimiento de meter vaca en la dehesa sin registralla el dueño del armadijo.

Val. Hora yo quiero, Leonardo, si te paresce, dar parte desto á algunas personas principales de mi casa, porque no digan que en un negocio como este me determiné sin dalles parte.

Leon. Señor, á tu voluntad sea todo.

Vall. Vamos, señor, que aquí tengo ciertas haciendas antes que amanezca.

Val. ¿Qué haciendas tienes tú, beodo?

Vall. Señor, un negocio de hartos quilates de honra.

Val. Veamos los quilates.

Vall. Ya lo he dicho al señor Leonardo: cobrar unas blanquillas de ciertos jayanes que son venidos aquí á mofar de la tierra: veamos de quién tomaron licencia, sin registrar primero delante de aqueste estival.

Val. Sus, baste ya, tira adelante.

Vall. Nunca Dios lo quiera, que mas guardadas van tus espaldas con mi sombra y seguro, que si estuvieras metido en la Mota de Medina, y cargada sobre ti la fornida puente levadiza con que la fuerza de noche se asegura.

ESCENA II.

Sala en casa de Leonardo.

EUFEMIA. CRISTINA.

Euf. Cristina hermana, ¿qué te paresce del olvido tan grande como Leonardo mi querido hermano ha tenido en escrebirme, que ya son pasados buenos dias que letra dél no he visto? ¡Oh ánimas del purgatorio bienaventuradas! poned en corazon á aquel hermano que con sus letras ó con su persona me torne alegre y gozosa.

Crist. Calla, señora mia, no te fatigues, que no habrá podido mas, especialmente que quien sirve á otro pocas veces es de sí señor. Bien sé yo que á él no le faltará voluntad para hacello, sino que negocios por ventura mas arduos de aquel señor á quien sirve le estorbarán de hacer lo que él querria. Así, señora mia, no debes enojarte, que cuando no te pienses verás lo que deseas.

Euf. ¡Ay, amiga mia! Dios por su piedad inmensa lo haga de manera que con letras suyas esta casa nuestra sea contenta y alegre.

ESCENA III.

EUFEMIA. CRISTINA. ANA.

Ana. Paz sea en esta casa, paz sea en esta casa. Dios te guarde, señora honrada. Dios te guarde. Una limosnica, cara de oro, cara de siempre novia: daca que Dios te hará prosperada, y te dé lo que deseas. Buena cara, buena cara.

Crist. ¿No podeis demandar desde allá fuera? ¡Ay, señora mia, y qué importuna gente! que en lugar de apiadarse la persona dellas y de su pobreza, las tiene odio segun sus importunidades y sus ahincos.

Ana. Calla, calla, garrida, garrida. Dame limosna por Dios, y diréte la buenaventura que tienes de haber tú y tu señora.

Euf. ¿Yo? ¡ay cuitada! ¿Qué ventura podrá tener que sea próspera la que del vientre de su madre salió sin ella?

Ana. Calla, calla, señora honrada: pon un dinerico aquí, sabrás maravillas.

Euf. ¿Qué tiene de saber la que contino estuvo tan falta de consuelo, cuanto colmada de zozobras, miserias y afanes?

Crist. ¡Ay señora! por vida suya que le dé alguna cosa, y olgamos los desatinos que aquestas por la mayor parte suelen decir.

Ana. Escucha, escucha, pico de urraca, que mas sabemos cuando queremos que nadie piensa.

Euf. Acabemos; toma y dale aqueso, y vaya con Dios.

Crist. A buena fe que antes que se vaya nos ha de catar el signo.

Euf. Déjala, y váyase con Dios, que no estoy agora de esas gracias.

Ana. Sosiega, sosiega, señora gentil, ni tomes fatiga antes de su tiempo, que harta te está aparejada.

Euf. Yo lo creo: agora si habeis acertado.

Crist. No se entristezca, señora, que todo es burla y mentiras cuanto estas echan por la boca.

Ana. ¿Y la esportilla de los afeites que tienes escondida en el almariete de las alcominias es burla?

Crist. ¡Ay señora! que habla por la boca del que arriedro vaya. Ansi haya buen siglo la madre que me parió, que dice la mayor verdad del mundo.

Euf. ¿Hay tal cosa? ¿Qué, es posible aqueso?

Crist. Como estamos aqui: deci mas, hermana.

Ana. No querria que te corrieses por estar tu señora delante.

Crist. No haré por vida de mi ánima: ¿qué puedes tú decir que sea cosa que perjudique á mi honra?

Ana. ¿Dasme licencia que lo diga?

Crist. Digo que si, acabemos.

Ana. El par de las tórtolas, que heciste creer á la señora que las habian comido los gatos, ¿dónde se comieron?

Crist. Mira de qué se acuerda: aqueso fué antes que mi señor Leonardo se partiese desta tierra.

Ana. Asi es la verdad, pero tú y el mozo de caballos os las comistes en el descanso de la escalera: ¡ah! bien sabeis que digo en todo la verdad.

Crist. Malograda, me coma la tierra, me coma la tierra, si con los ojos lo viera, dijera mayor verdad.

Ana. Pues, señora, una persona tienes lejos de aqui que te quiere mucho, y aunque agora está muy favorecido de su señor, no pasará mucho que esté en peligro de perder la vida por una traicion que le tienen armada: mas calla, que aunque sea todo por tu causa, Dios, que es verdadero juez y no consiente que ninguna falsedad esté mucho tiempo oculta, descubrirá la verdad de todo ello.

Euf. ¡Ay desventurada hembra! por causa mia dices que se verá esa persona en peligro. ¿Y quién podrá ser, cuitada, si no fuese mi querido hermano?

Ana. Yo, señora, no sé mas; pero pues en cosa de las que á tu criada se han dicho no ha habido mentira, yo me voy, quedad en buen hora, que si algo mas supiere, yo te vendré á avisar: quedad con Dios.

Crist. ¿Y de mí no me dices nada si seré casada ó soltera?

Ana. Muger serás de nueve maridos, y todos vivos. ¿Qué mas quieres saber? Dios te consuele, señora.

Euf. ¿No me dices mas de mi negocio, y asi me dejas dudosa de mi salud?

Ana. No sé mas que decirte, solamente que tu trabajo no será tan durable que en el tiempo del mas fuerte peligro no lo revuelva prudencia y fortuna, que todos remanezcais tan contentos y alegres, cuanto la misericordia divina lo sabe obrar.

ESCENA IV.

EUFEMIA. CRISTINA.

Crist. ¡Ay amarga de mí! Señora, ¿y no ve que me dijo que dizque seria yo muger de nueve maridos, y que todos estarian vivos? ¡Ay malaventurada fui yo! ¿y cómo puede ser aqueso?

Euf. Calla, déjame; que aunque todo cuanto estas dicen puede pasar por señalada burla, con lo que me ha dicho, mas triste quedo y mas afligida que la escura noche. Entrémonos.

ACTO CUARTO.

ESCENA PRIMERA.

Gabinete del palacio de Valiano.

VALIANO. PAULO.

Val. Dime, Paulo, ¿y es posible esto que me cuentas, que tú has estado en la casa desta Eufemia, hermana deste alevoso y malvado de Leonardo, á quien yo en tanta alteza he puesto?

Paulo. Digo, señor, que sí.

Val. ¿Y tú propio has dormido con ella en su mismo lecho?

Paulo. Que yo propio he dormido con ella en su mismo lecho. ¿Qué mas quieres?

Val. Agora, mi fidelísimo Paulo, resta de contarme del arte que con ella te pasó.

Paulo. Señor, pasóme con ella aquello que pasa con las demas. No fué cierto menester dar muchas vueltas; antes ella de verme pasar por su calle y mirar á una ventana, me envió una criadilla que tiene, llamada por mas señas Cristina.

Val. ¿Y la criada qué te dijo?

Paulo. Si habia menester algo de aquella casa. Yo, como lo sabia antes de agora, así como yo habia dicho á vuesa merced que no eran menester muchos casamenteros, coléme allá, especialmente que de otras vueltas la dama me conoscia y me habia llevado mis reales: quedéme aquella noche por huésped, y así otras tres adelante, y visto bien las señas de su persona, como yo, señor, prometí, vine á darte cuenta de lo que habia pasado.

Val. ¿En fin?

Paulo. En fin, que ella me dió, para que me pusiese en el sombrero ó en la gorra, un pedazo de un cabello que le nasce del hombro izquierdo, en un lunar grande, y por ser señales que el señor su hermano Leonardo y tu muy privado no puede negar, acordé de traello: veislo aquí, agora yo he cumplido con quien soy y con la fidelidad que como vasallo te debo. Tú, señor, ordena que ningun traidor se ria de tí, ni menos que otro se atreva d'aconsejarte, siendo criado tuyo, semejante caso, especialmente donde tan gran quilate pendia de tu honra.

Val. No cures, Paulo, que bien entendido tenia yo dese traidor que en son de hacerme señalado servicio, queria dar deshonra á esta antigua casa; yo te prometo que no me pague esta traicion menos que con la vida, y que asimismo tú seas galardonado con grandes mercedes por tan señalados servicios.

Paulo. Ansí conviene, señor, porque el traidor sea por quien es conoscido, y el bueno y leal por su fidelidad remunerado.

Val. Vamos, Paulo, que yo te prometo que su castigo sea escarmiento para los presentes y por venir.

Paulo. Ve, señor, que así es menester que en los traidores se ejecute la justicia.

ESCENA II.

Sala en casa de Leonardo.

EUFEMIA. CRISTINA.

Euf. ¡Ay! Cristina hermana: ven acá, aconséjame tú aquello que hacer debo, que de crueles angustias tengo aqueste corazon cercado. ¿Qué te diré, sino que despues que aquella gitana con nosotras estuvo, una hora sin mil sobresaltos no he vivido? porque aunque como en burlas tomé sus palabras, así veo á los ojos sus desconsolados pronósticos.

Crist. ¿Cómo, señora mia? ¡ay! por Dios no te vea yo triste, ni imagines tal, que si en alguna cosa por yerro aciertan, en dos mil devanean; porque todo cuanto hablan no es á otro fin sino por sacar de aquí y de allí con sus palabras lo mas que pueden, y pues aqueste es su oficio, no intentes, señora mia, lo que no cabe en juicio de discretos dalles fe alguna.

Euf. ¡Ay Cristina! yo bien tengo entendido qu'es así como tú dices, pero ¿qué quieres, si no puedo quitar de mí esta imaginacion?

Crist. Calla, señora, encomiéndalo todo á Dios, que es el remediador de todas las cosas. Mas por el siglo de mi madre, he aquí á Melchor Ortiz.

ESCENA III.

EUFEMIA. CRISTINA. MELCHOR.

Crist. ¡Ah! Melchor hermano, tú seas muy bien venido. ¿Qué nuevas traes á mi señora? dí, ¿qué tal queda señor?

Mel. Señor bueno está, aunque no le han hecho aquello que diz que le han de hacer.

Euf. ¿Qué le han de hacer? dime presto.

Mel. ¡Válame Dios! y no se acuite vuesa merced, que primero bien sé que le han de confesar, que ya lo ha dicho el uno de aquestos que andan encapuchados.

Crist. ¿Que andan encapuchados? frailes querrás decir.

Mel. Sí, sí.

Crist. ¿Qué es lo que le han dicho, Melchor?

Mel. Que ordene su álma, y que no será nada placiendo á Dios, que en despegándole aqueste de aquesto, le sacarán de la cárcel.

Euf. ¡Ay! Cristina, yo me muero.

Crist. Callad, señora mia, no diga tal, que áqueste sin duda desvaria: ¿no le conoce ya vuesa merced? ¿Dijote algo señor? ¿Dióte carta para mi señora?

Mel. Dijome que me morase acá, porque no queria que le sirviese ninguno despues de finado.

Crist. ¿Cómo finado? ¿qué dices?

Mel. Digo que no lo ha en voluntad que le finen, sino que se esté como se estaba con su gaznate y todo, pero él su camino ha de hacer.

Crist. Asno, ¿hate dado alguna carta?

Mel. ¿Dijiste asno á un hombre que puede ya dar consejo segun las viñas y almendrales que hay por ahí adelante?

Crist. ¿Traes carta de tu señor? acaba, dilo.

Mel. ¿No te dicen ya que sí? ¿qué diabros le toma?

Crist. ¿Pues adola?

Mel. Mira, Cristina, lávame aquestos piés, y zahúmame esta cabeza, y dame de almorzar, y déjate de estar á temas conmigo.

Crist. ¿Que te lave yo? Lávete el mal fuego que te abrase; daca la carta.

Mel. Mírela, señora, en esa talega.

Crist. No viene aquí nada.

Mel. Pues si no viene, ¿qué quiere que le haga yo? ¿téngome de acordar dónde está por fuerza?

Euf. Dácala, hijo, dime dónde la traes, por un solo Dios.

Mel. Señora, déjeme volver allá á preguntar á mi señor, si lo hallare por morir, adónde la puso, y acabemos.

Euf. ¡Ay cuitada! Mira que es aquello que blanquea en aquella caperuza.

Mel. Déjalo, dimuño, que es un papel entintado que me dió mi amo el que solia ser, para señora.

Euf. ¡Ay! pecadora fuí á Dios: ¿pues qu'es lo que te han estado pidiendo dos horas ha?

Mel. ¿Pues aqueso es carta? yo por papel lo tenia: tómela, que por su culpa no se ha caido por el camino, que despues que la puso ahí el que si place á Dios han de finar la semana que viene, no me he acordado mas della que de la primera escudilla de gachas que me dió mi madre.

Euf. Cristina, hija, lee tú esa carta, que no tendré yo ánimo ni aun para vella.

Crist. (Lee.) *Sea dada en la mano de la mas cruel y malvada hembra que hasta hoy se ha visto.*

Mel. Para tí debe de venir, Cristina, segun las señas dicen.

Crist. Calla un poco.

(Lee.) *Carta de Leonardo para Eufemia.* « Si de las justas querellas que de tu « injusta y abominable persona, Eufemia, « á Dios dar debo, de su mano divina el « justo premio sobre tí se ejecutase, no sé « si seria bastante tu deshonestísimo y in- « fernal cuerpo á soportar lo que por sus « nefandos é inauditos usos merece. ¿Cuál « ha sido la causa, maldita hermana, que « siendo tú hija de quien eres, y descen- « diendo de padres tan ilustres, cuya bon- « dad te obligaba á regir en parte alguna, « en tanta disolucion y deshonestidad hayas « venido, que no solo te des libremente á « los que tu nefando cuerpo codician, mas « aun tanta parte á tus enamorados das de « tí, que públicamente y en tela de justicia « se muestran contra mí con cabellos del « lunar de tu persona? De mí cierta estarás « que moriré por alabar á quien no conos- « cia, pues ya la sentencia del señor, á « quien contigo queria engañar, revocar no « se puede, que solos veinte dias de tiempo « me han dado para que yo ordene mi « ánima y para si algun descargo pudiere « dar. Y porque para quejarme de tí seria « derramar razones al viento, vive á tu vo- « luntad, falsa y deshonesta muger, pues yo « de ello pagaré con la cabeza lo que tú con « tu disolucion ofendiste. »

Euf. ¿Qué es esto? ¿Qué es lo que oigo? ¡Ay desventurada de mí! ¿qué deshonestidades tan grandes han sido las mias, ó quién es aquel que con verdad habrá podido, si no fuere con grandísima traicion y engaño, no solamente dar señas de mi persona, pero ni aun verme, como tú sabes, por mil paredes?

Crist. ¡Ay señora mia! que si fatiga alguna mi señor tiene, yo he sido la causa, que no tú; y si me perdonares, yo bien te diria lo que de aquesto alcanzo.

Euf. Dí lo que quisieres: no dudes del perdon, con que me des alguna claridad de lo que en esta atribulada carta oigo.

Crist. Sabe pues, señora mia, que aunque yo te confiese mi yerro, no tengo tanta culpa, por pecar de ignorancia, como si por malicia lo hiciera.

Euf. Dí, acaba ya, que no es tiempo de estar gastando tanto en palabras: dí lo que hay, no me tengas suspensa, que muero por entenderte.

Crist. Sabe, señora mia, que en los dias pasados un hombre como estranjero me pidió por tí, diciéndome si seria posible poderte ver ó hablar: yo, como viese tu tan grande recogimiento, díjele que lo tuviese por imposible, y él fué tan importuno conmigo, que le dije las señas de toda tu persona, y no contento con esto, hizo conmigo que te quitase una parte del cabello que en el lunar del hombro derecho tienes: yo, pensando que no hacia ofensa á tu honra, ni á nadie, tuve por bien, viéndole tan afligido, de hurtártelo estando durmiendo, y así se lo dí.

Euf. No me digas mas, que algun grande mal debe de haber sucedido sobre ello. Vamos de aquí, que yo me determino de ponerme en lo que en toda mi vida pensé, y dentro del término destos veinte dias ir allá lo mas encubiertamente que pueda. Veamos.

si podré en algo remediar la vida de este carísimo hermano, que sin saber la verdad, tantas afrentas y tantas lástimas me escribe.

Crist. Si tú aqueso haces y en el camino te apresuras, yo lo doy todo, con el ausilio divino, por remediado. Vamos.

Mel. ¿Yo tengo de ir allá?

Crist. Sí, hermano; ¿pues quién nos habia de servir por el camino sino tú?

Mel. Pardiez, aunque hombre hubiese de aprender para hacer cartas de mareaje, no le hiciesen atravesar mas veces este camino, pero vaya.

ACTO QUINTO.

ESCENA PRIMERA.

Calle.

PAULO.

¡Oh cuán bien van los negocios mios, y cuán bien he sabido valerme! ¡Oh qué astucias he tenido para desprivar á este advenedizo de Leonardo! ¡Oh cuán alegre me ha hecho la fortuna, y cuán largo crédito he cobrado con Valiano! Bien está: que pocos son los dias que le faltan de cumplir de la dilacion que le pusieron para que de sí diese descargo alguno, si lo tenia. ¿Qué hombre habrá en toda esta tierra de mas buena ventura que yo, en haciendo justicia de aqueste? Pues quizá tengo mal testigo en Vallejo, lacayo, pues por interese de dos doblas que le prometí en el camino cuando conmigo fué, dice que se matará con todos cuantos dijeren al contrario de lo que tengo dicho. Mas volme, que no sé quién viene, no quiero ser oido de nadie, por ser el caso de la suerte que es.

ESCENA II.

POLO.

¡Oh! bendito sea Dios, que me ha dejado escabullir un rato de aqueste importuno de Valiano mi señor, que no paresce sino que todo el dia está pensando en otro, sino en cosas que fuera de propósito se encaminan. Agora yo estoy asombrado como Leonardo, á los ojos de todos tan honrado y cuerdo mozo, le quisiese así engañar con darle á entender que su hermana fuese tan buena, que para ser muger suya le faltase nada. Con su pan se lo coma, que gran priesa se dan ya para que pague con la gorja lo que pecó con la lengua. Dios me guarde de ser entremetido, acá me quiero andar siguiendo mi planeta, que si aquesta mi Eulalia se va conmigo, como me tiene prometido, yo soy uno de los bienaventurados hombres de todo mi linaje. Ya estoy á su puerta: aquí sobre la calle en este aposento sé que duerme. ¿Qué señas haré para que salga? ¡Oh! bien va, que aquella que canta es.

ESCENA III.

POLO. EULALIA.

Eul. (*Canta.*) Gila Gonzalé
De la vila yama:
No sé yo madres
Si me l'abriré.
Gila Gonzalé
Yama la torre:
Abrime la voz,
Fija Yeonóre,
Porque lo cabayo
Mojaba falcone:
No sé yo madres
Si me l'abriré.

Polo. ¡Ah! señora mia Eulalia. ¡Ah! señora. ¡Qué embebida está en la música!

Eul. ¡Jesu! Ofréscomel'á Dios turo poreroso, criador na cielos é na tierras.

Polo. ¡Ah! señora Eulalia, no te alteres, que el que te llama no te desea sino hacerte todo servicio.

Eul. ¿Paréscete á vos qu'eso da bon gemplos, á la ventana de una dueña honradas, recogidas como yo, facer aqueya cortesía á tal horas?

Polo. No me debe haber conocido. ¡Ah! señora Eulalia.

Eul. Mal años para vos: ¿y paréscete bien á la fija de la hombre honrados facer cudolete á la puta agenas?

Polo. ¡Oh pecador de mí! Asómate, señora Eulalia, á esa ventana, y verásme, y sabrás de cierto quién soy.

Eul. ¿Quién está ahí? ¡Jesu! ó la voz me la miente, ó 's aqueya que yama mi señor Poyos.

Polo. ¡Oh! bendito aquel que te dejó entender.

Eul. ¡Ay! señor mios, ¿á tales horas?

Polo. Señora mia, por una pieza como vuesa merced aun no es temprano para servilla.

Eul. Pues á bona fe qu'está la persona de mala ganas.

Polo. Que la guarde Dios, ¿y de qué?

Eul. Siñor, preséntame la siñora doña'ldonza, un prima mia, una botetas de lejias para'nrubiarme los cabeyos; y como yo sá tan delicara, despójame na cabeza como nas ponjas, pienso que tenemos la mala ganas.

Polo. ¡Válame Dios! ¿pues no hay remedio para eso?

Eul. Sí, sí, guáreme Dios, ya m'envja á visitar la siñora navadesa la monja Sancta Pabla, y me dice que me enviará una malacina para que me le quiten como las manos.

Polo. ¿Pues agora te pones á enrubiar?

Eul. Sí, ¿porqué no? ¿no tengo yo cabeyo como la otro?

Polo. Sí, cabellos, y aun á mis ojos no hay brocado que se le compare.

Eul. Pues, buenafe, que ha cinco noche que face oracion á siñor Nicolas de Tramentinos.

Polo. San Nicolas de Tolentino querrás decir: ¿y para qué haces la oracion, señora?

Eul. Quiere casar mi amos, y para que me depares Dios marido á mi contentos.

Polo. Anda, señora, ¿y cómo agora haces aqueso? ¿No me has prometido de salirte conmigo?

Eul. Y cómo, siñor, ¿no miras mas qu'esos? ¿paréscete á vos que daba yo bon gemplo y cuenta de mi linajes? ¿Qué te dirá cuantas señoras tengo yo por mi migas en esta tierra?

Polo. ¿Y la palabra, señora, que me has dado?

Eul. Siñor, ona forza neva nerrechos se pierde: honra y barbechos no caben la sacos.

Polo. ¿Pues qué honra pierdes tú, señora, en casarte conmigo?

Eul. Ya yo lo veo, señor. Mas quiero vos sacarme y napues perdida na tierra. ¡Que te conozco!

Polo. Mi reina, ¿aqueso me dices? No te podria yo dejar que primero no dejase la vida.

Eul. ¡Ah! traidoraz, dolor de torsija que rebata tolo rombres: á otro hueso con aquese perro, que yo ya la tengo rozegados.

Polo. En verdad, señora, que te engañas; pero dime, señora, ¿con quién te querian casar?

Eul. Yo quiere con un cagañeroz; dice mi amo que no, que mas quiere con unoz potecarioz; yo dice que no, dice mi amo: caya, fija, quien tenga'lòficio tenga maleficio.

Polo. ¿Pues yo no soy oficial?

Eul. ¿Quin oficios, siñor Poyoz?

Polo. Adobar gorras, sacar manchas, hacer ruecas y husos, y echar soletas y brocales á calabazas: otros mil oficios, que aunque agora me ves servir de lacayo, yo te sustentaré á toda honra. No dejes tú de sacar con que salgamos la primera jornada, que despues yo te haré señora de un estrado y cama de campo y guadameciles: ¿qué quieres mas, mi señora?

Eul. Agora sí me contenta; ¿mas sabe que querer yo, siñor Poyos?

Polo. No, hasta que me lo digas.

Eul. Que me comprar una monas, un papagayos.

Polo. ¿Para qué, señora?

Eul. Los papagayos para qu'enseña á fablar en jaula, y lo mona para que la tengas yo á mi puerta como dueña d'estabro.

Polo. De estrado querrás decir.

Eul. Sí, sí, ya la digo yo. Nafablo, ¿mas sabe que me falta rogar á mi siñora doña Beatriz que me presa un ventayos para caminos?

Polo. ¿Para qué es el ventaile, señora?

Eul. Para poném lantre la cara, porque si me mira alguna conoscida no me la conoscas.

Polo. Señora, yo lo haré; mas voime, que toda la tierra está revuelta por ir á ver á aquel pobre de Leonardo, que hoy mandan que se haga justicia de él.

Eul. ¡Ay malogrados! por cierto que me pesas como si no fueras mi fijo; mas si marinas busca, tome lo que baila.

Polo. A Dios, mi señora, que ya el dia se viene á mas andar, y la gente madruga hoy mas que otros dias por tomar lugar: porque el pobreto como era tan bien quisto de todos, aunque era estranjero, toda la gente irá para ayudalle con sus oraciones.

Eul. ¡Ay! amarga se vea la madre que le parió.

Polo. Hasta mi amo Valiano le pesa estrañamente con su muerte; mas aquel Paulo, contrario suyo, que es el que trajo las señas de su hermana, le acusa valientemente, y ese le ha traido al término en que agora está: á Dios.

Eul. L'Espíritu Santos te guarda mi ánima, y te libra entretutanto.

Polo. ¡Pese á tal con la galga! ¡Yo la pienso vender en el primer lugar, diciendo que es mi esclava, y ella póneseme en señorios! Espántome cómo no me pidió dosel y todo en que poner las espaldas. ¿No tengo un real, que piensa la persona sacárselo de

las costillas, y demándame papagayo y mona?

Eul. Siñor Poyos, siñor Poyos.

Polo. ¿Qué hay, mi vida?

Eul. Tráigame para mañana un poquito de mosaza, un poquito de trementinos de la que yaman de puta.

Polo. De veta querrás decir: ¿y para qué quieres todo eso, señora?

Eul. Para hacer una muda para las manos.

Polo. ¿Qué? con esa color me contento yo, señora, no has menester ponerte nada.

Eul. Así la verdad, que aunque tengo la cara morenicas, la cuerpo tienes como un terciopelo dobles.

Polo. A ser mas blanca no valias nada: á Dios, que así te quiero yo para hacer reales.

Eul. Guiate la Celetina, que guiaba la toro la enamorados.

ESCENA IV.

Plaza delante del palacio de Valiano.

EUFEMIA. CRISTINA.

Crist. Señora, aquí estamos bien, porque en este lugar podrás aguardar que al tiempo que Valiano salga, le digas lo que te parescerá.

Euf. Aquel todopoderoso Señor que sabe y entiende todas las cosas, declare y saque á luz una tan grande traicion; de suerte que la verdad sea manifiesta, y aquel carísimo hermano libre, pues de tan falsa acusacion así él como yo somos sin culpa.

Crist. Esfuérzate, señora, que á tiempo somos que se descubrirá la verdad, de suerte que cada cual quede por quien es reputado.

Euf. Oye, que pasos suenan, gente sale, y aquel de la mano derecha, segun su manera, debe de ser Valiano, señor de todas aquestas tierras.

Crist. ¡Ay, señora mia! y el que con él viene es el estranjero al que yo por su importunidad dí las señas de su merced y de su cuerpo.

Euf. Calla, que hablando salen.

ESCENA V.

VALIANO. PAULO. VALLEJO.
ACOMPAÑAMIENTO Y DICHAS.

Val. Dime, Paulo, ¿está ya todo puesto á punto?

Paulo. Señor, sí, que yo he puesto en ello la diligencia que conviene, para que el traidor pague y tú quedes sin queja.

Val. Bien has hecho: mas ¿qué gente es aquesta?

Paulo. Señor, no las conozco, estranjeras parescen.

Vall. Voto á tal, que la delantera parésceme moza de chapa: desde aquí la acoto para que coma en el plato que come el hijo de mi padre.

Euf. Señor ilustre, estranjera soy, en tu tierra me hallo, justicia te pido.

Val. De eso huelgo yo infinitísimo, que esté en mi mano haceros algun favor, que aunque no fuese mas que por ser estranjera, vuestro arte y buen aseo provoca á cualquiera á haceros todo servicio; así que demandad lo que quisiéredes, que cuanto á la justicia que pedis, nada se os negará.

Euf. Justicia, señor, que malamente soy ofendida.

Val. ¿Ofendida, y en mi tierra? Cosa es que no soportaré.

Vall. Suso, señor, armémonos todos los de casa y dame á mí la mano; verás cuán prestò revuelvo los rincones de esta ciudad, y la hago sin querella.

Val. Calla, Vallejo. Decidme, señora, ¿quién es el que ha sido parte para enojaros?

Euf. Señor, ese traidor que cabe tí tienes.

Paulo. ¿Yo? ¿burlais de mí, señora, ó querreis pasar tiempo con las gentes?

Euf. No me burlo, traidor, que de muchas veces que dormiste conmigo en mi cama, la postrer noche me hurtaste una joya muy rica, debajo la cabecera de mi cama.

Paulo. ¿Qué es lo que decis, señora? Por otro quizás me habreis tomado, que yo no os conozco, ni sé quien sois. ¿Cómo me levantais cosa que en toda mi vida tal pensé hacer?

Euf. ¡Ah don traidor! ¿qué, no te bastaba aprovecharte de mi persona como te has aprovechado, sino aun robarme mi hacienda?

Val. Paulo, responde: ¿es verdad lo que esta dueña dice?

Paulo. Digo, señor, que es el mayor levantamiento del mundo: ni la conozco, ni la vi en mi vida.

Euf. ¡Ay! señor, que lo niega aquese traidor por no pagarme mi joya.

Paulo. No llameis traidor á nadie,

que si traicion hay, vos la traeis, pues afrentais á quien en su vida os ha visto.

Euf. ¡Ay traidor! ¿qué, tú no has dormido conmigo?

Paulo. Que digo que no os conozco, ni sé quien sois.

Euf. ¡Ay señor! tómenle juramento, que él dirá la verdad.

Val. Poné la mano en vuestra espada, Paulo.

Paulo. Que juro, señor, por todo lo que se puede jurar, que ni he dormido con ella, ni sé su casa, ni la conozco, ni sé lo que se habla.

Euf. Pues, traidor, oigan tus oidos lo que tu infernal boca ha dicho; pues con tus mismas palabras te has condenado.

Paulo. ¿De qué manera? ¿Qué es lo que decis? ¿Qué os debo?

Euf. Di, desventurado, si tú no me conosces, ¿cómo me has levantado tan grande falsedad y testimonio?

Paulo. ¿Yo testimonio? Loca está esta muger.

Euf. ¿Yo loca? ¿Tú no has dicho que has dormido conmigo?

Paulo. ¿Yo he dicho tal? Señor, si tal hay, por justo juicio sea yo condenado y muera mala muerte á manos del verdugo delante de vuestra presencia.

Euf. Pues si tú, alevoso, no has dormido conmigo, ¿cómo hay tan grande escándalo en esta tierra por el testimonio que sin conoscerme me has levantado?

Paulo. Anda de ahí con tu testimonio, ó tus necedades.

Euf. Dime, hombre sin ley, ¿no has tú dicho que has dormido con la hermana de Leonardo?

Paulo. Sí, lo he dicho, y aun traido las señas de su persona.

Euf. ¿Y esas señas, cómo las hubiste? ¿Si tú, traidor, me tienes delante, que soy la hermana de Leonardo, cómo no me conosces, pues tantas veces dices que has dormido conmigo?

Val. Aquí hay gran traicion, segun yo voy entendiendo.

Crist. Hombre sin ley, ¿tú no me rogaste que te diese las señas de mi señora? aunque agora por venir disfrazada no me conozcas. ¿Y viendo tu fatiga tan grande, le corté un pedazo de un cabello del lunar que en el hombro derecho tiene y te lo dí, sin pensar que á nadie hacia ofensa?

Val. ¡Ah! don traidor, que no puedes negar la verdad, pues tú mismo por tu boca lo has confesado.

Vall. Afuera hay cantos, mosca de Arjona. Tambien me queria el señor coger en el garlito.

Val. ¿De qué manera?

Vall. Rogóme en el camino cuando fuimos con él que testificase yo como él habia dormido con la hermana de Leonardo, por lo cual me habia prometido para unas calzas, y hubiérame pesado, si en lugar de calzas me dieran un jubon de cien ojetes.

Val. Suso, tomen á este alevoso y pague por la pena del talion. ¡Qué bien sabia yo lo que en mi fiel Leonardo tenia! Sáquenle de la prision y sea luego restituido en su honra, y á este traidor córtenle luego la cabeza en el lugar que él para mi Leonardo tenia aparejado.

Vall. Que se haga, señor mio, luego su mandamiento.

Val. Y esta señora noble, pues tan bien supo salvar la vida de su hermano, quede en nuestras tierras y por señora dellas y mia, que aun no pienso pagalle con todo aquesto la tribulacion que su hermano en la cárcel y ella por le salvar habrán padescido.

Vall. Señor, *in corbona* es: ya está el levantador de falsos testimonios, el desventurado de Paulo, en poder del alcalde con todos aquellos cumplimientos que vuesa merced me mandó.

Val. Suso, córtense libreas á todos los criados de mi casa; y vos, señora mia, dadme la mano y entremos á yantar, que yo quiero que vos y vuestro hermano comais juntamente conmigo por tan sobrado regocijo, y despues hacer lo que debo en cumplimiento de lo que á Leonardo habia prometido.

Euf. Como tú, señor, lo mandares, seré yo la dichosa.

ESCENA VI.

VALLEJO.

Abrazado va mi amo con la rapaza. Pero yo soy el mejor librado de este negocio, pues me escapé de arrebatar una centena por testigo falso. Yo voy, que haré falta en casa. Auditores, no hagais sino comer, y dad la vuelta á la plaza, si quereis ver descabezar un traidor y libertar un leal, y galardonar á quien en deshacer tal trama ha sido solícita, y avisada y diligente. *Et vale.*

EL CONVIDADO.

PASO.

PERSONAS.

LICENCIADO JAQUIMA. || CAMINANTE.
BACHILLER BRAZUELOS.

Zaguan de casa pobre.

CAMINANTE.

Uno de los grandísimos trabajos que el hombre puede recibir en esta miserable vida, es el caminar, y el superlativo faltalle los dineros. Dígolo esto porque se me ha ofrescido un cierto negocio en esta ciudad, y en el camino por las muchas aguas me han faltado los reales: no tengo otro remedio sino este, que soy informado que vive en este pueblo un licenciado de mi tierra: veré si con una carta que le traigo puedo ser favorescido. Esta debe de ser la posada; llamar quiero: ¿quién está acá?

Bach. ¿Quién llama? ¿quién está ahí?

Cam. Si está, salga vuesa merced acá fuera.

Bach. ¿Qué es lo que manda?

Cam. ¿Sabráme dar vuesa merced razon de un señor licenciado?

Bach. No señor.

Cam. Pues déjeme decir: él es hombre bajo, cargado de espaldas, barbinegro, natural de Burbáguena.

Bach. No le conozco, diga cómo se llama.

Cam. Señor, allá se llamaba el licenciado Cabestro.

Bach. Señor, en mi posada está uno que se hace nombrar el licenciado Jáquima.

Cam. Señor, ese debe de ser, porque de Cabestro á Jáquima harto parentesco me paresce que hay: llámele.

Bach. Soy contento. ¡Ah! ¿señor licenciasno Jáquima?

Lic. ¿Llama vuesa merced, señor bachiller Brazuelos?

Bach. Si señor, salga vuesa merced acá fuera.

Lic. Suplícole, señor, que me tenga por escusado, que ando metido en la fragancia del estudio, y estoy en aquello que dice, *sicut adversus tempore, et quia, bonus tempus est, non ponitur illo.*

Bach. Salga, señor, que está aquí un señor de su tierra.

Lic. ¡Oh válame Dios! Señor bachiller, ¿ha visto vuesa merced mi bonete?

Bach. Ahí quedó *super Plinio.*

Lic. Señor bachiller, ¿y mis pantuflos de camelote sin aguas halos visto?

Bach. Periquillo los llevó á echar unas suelas y capilladas, porque estaban maltratadillos.

Lic. Señor bachiller, ¿mi manteo hale visto?

Bach. Ahí le teníamos encima de la cama esta noche en lugar de manta.

Lic. Ya lo he hallado. ¿Qué es lo que manda vuesa merced?

Bach. ¿Agora sale con todo eso á cabo de dos horas que le estoy llamando? Aqueste señor le busca, que dice que es de su tierra.

Lic. ¿De mi tierra? Si será, pues él lo dice.

Cam. ¿No me conosce vuesa merced, señor licenciado?

Lic. No le conozco en verdad, si no es para serville.

Cam. ¿No conosce vuesa merced á un Juanitico Gomez, hijo de Pero Gómez, que íbamos juntos á la escuela, y hecimos aquella farsa de los gigantillos?

Lic. Ansí, ansí, ¿es vuesa merced hijo de un tripero?

Cam. Qué, no señor: ¿no se le acuerda á vuesa merced que mi madre y la suya vendian rábanos y coles allá en el arrabal de Santiago?

Lic. ¿Rábanos y coles? Rasos y colchones quiso decir vuesa merced.

Cam. Sea lo que mandare, mas á fe que no me conosce.

Lic. Ya, ya caigo en la cuenta, ¿no es vuesa merced el mochacho que hizo la moceta, aquel bellaquillo, aquel de las calcillas coloradas?

Cam. Si señor, yo soy ese.

Lic. ¡Oh señor Joan Gomez! Señor bachiller, una silla, Periquillo, rapaz, una silla.

Cam. Que no es de menester, señor.

Lic. ¡Oh señor Joan Gomez! abráceme. ¿Y dióle alguna cosa que me trujese mi madre?

Cam. Sí, señor.

Lic. Tórneme á abrazar, señor Joan Gomez. ¿Qué es lo que le dió? ¿Es cosa de importancia?

Cam. ¿Y pues no?

Lic. ¡Oh señor Joan Gomez! él sea muy bien venido; amuestre lo que es.

Cam. Es, señor, una carta que me rogó que le trujese.

Lic. ¿Carta, señor? ¿Y dióle algunos dineros la señora mi madre?

Cam. No, señor.

Lic. ¿Pues para qué queria yo carta sin dinero? Agora, señor Joan Gomez, hágame tan señalada merced de venirse á comer con nosotros.

Cam. Señor, beso las manos de vuesa merced: en la posada lo dejo aparejado.

Lic. Hágame este placer.

Cam. Señor, por no ser importuno yo haré su mandamiento, y de camino me traeré la carta que dejé encomendada al mesonero.

Lic. Pues vaya.

Cam. Beso sus manos.

Sala de los estudiantes.

Lic. ¿Qué le paresce, señor bachiller Brazuelos, deste nuestro convidado?

Bach. Muy bien, señor.

Lic. A mí no, señor, sino muy mal.

Bach. ¿Porqué, señor?

Lic. Porque yo para convidalle ni tengo blanca, ni bocado de pan, ni cosa, ofrézcola á Dios, que de comer sea; y por tanto querria suplicar á vuesa merced, que vuesa merced me hiciese merced de me hacer merced (pues estas mercedes se juntan con esotras mercedes que vuesa merced suele hacer) me hiciese merced de prestarme dos reales.

Bach. ¿Dos reales, señor licenciado? ¿Saca burla del tiempo? Sabe vuesa merced que traigo este andrajo en la cabeza por estar mi bonete empeñado por seis dineros de vino en la taberna, ¿y pídeme dos reales?

Lic. ¿Pues no me haria vuesa merced una merced de pensar una burla en que se fuese este convidado con todos los diablos?

Bach. ¿Burla dice? Déjeme á mí el cargo, que yo le haré una que vaya diciendo que vuesa merced es muy honrado, y muy cabido con todos.

Lic. Así: ¿de qué manera lo hará vuesa merced?

Bach. Mire vuesa merced, él ha de venir agora á comer; vuesa merced se meterá debajo de esta manta, y en venir, luego preguntará: ¿qué es del señor licenciado? Yo le diré: el señor arzobispo le ha enviado á publicar ciertas buldas, que fué negocio de presto, que no se pudo hacer otra cosa.

Lic. ¡Oh cómo dice bien vuesa merced! Pues mire que pienso que es él que llama.

Cam. Ha de casa.

Bach. Sí, él es, métase presto.

Lic. Mire que me cobije bien, que no me vea.

Cam. Ha de casa.

Bach. ¿Quién está ahí? ¿Quién llama?

Cam. ¿Está en casa el señor licenciado?

Bach. ¿A quién busca?

Cam. Al señor licenciado Jáquima.

Bach. A comer pienso que verná vuesa merced.

Cam. No vengo por cierto, señor.

Bach. Picadillo debe de traer el molino.

Cam. No traigo en verdad.

Bach. No lo niegue vuesa merced. ¿Qué, para decir que viene á comer es de menester tantas retóricas?

Cam. Verdad es que venia á comer, que el señor licenciado me habia convidado.

Bach. Pues certifícole que tiene vuesa merced muy mal recado de esta vez, porque en casa no hay blanca, ni bocado de pan para convidalle.

Cam. Pues no creo yo que el señor licenciado sacára burla de mí.

Bach. ¿Qué, no me cree vuesa merced? Pues sepa que de puro corrido está puesto debajo de aquella manta.

Cam. No lo creo si con mis ojos no lo viese.

Bach. ¿Qué no? Pues mire vuesa merced cuán contrito está arrodillado.

Cam. ¡Jesus! ¡Jesus! Señor licenciado, ¿para mí era de menester tantos negocios?

Lic. Juro á Dios que ha sido muy bellaquisimamente hecho.

Bach. No ha estado sino muy bien.

Lic. No ha estado sino de muy grandísimo bellaco, que si yo me escondí, vos me lo mandásteis.

Bach. No os escondiérades vos.

Lic. No me lo mandáseis vos: y agradesceldo al señor de mi tierra, don bachillerejo de no nada.

Bach. ¿De no nada? Aguarda.

Cam. Id con todos los diablos, allá os averiguad vosotros mesmos.

LAS ACEITUNAS.

PASO.

PERSONAS.

TORUVIO, simple, viejo.
AGUEDA DE TORUÉGANO, su muger.
MENCIGÜELA, su hija.
ALOJA, vecino.

Calle de un lugar.

TORUVIO.

¡Válame Dios, y qué tempestad ha hecho desd'el resquebrajo del monte acá, que no parescia sino qu'el cielo se queria hundir y las nubes venir abajo! Pues decí agora qué os terná aparejado de comer la señora de mi muger, así mala rabia la mate. ¿Oísio? mochacha, Mencigüela. Sí, todos duermen en Zamora. Agueda de Toruégano, ¿oísio?

Menc. ¡Jesus, padre! y habeisnos de quebrar las puertas.

Tor. Mira qué pico, mira qué pico, ¿y adónde está vuestra madre, señora?

Menc. Allá está en casa de la vecina, que le ha ido á ayudar á cocer unas madejillas.

Tor. Malas madejillas vengan por ella y por vos: andad, y llamalda.

Ag. Ya, ya el de los misterios: ya viene de hacer una negra carguilla de leña, que no hay quien se averigüe con él.

Tor. Sí, carguilla de leña le paresce á la señora: juro al cielo de Dios, que éramos yo y vuestro ahijado á cargalla, y no podiamos.

Ag. Ya, noramala sea, marido; ¡y qué mojado que venis!

Tor. Vengo hecho una sopa d'agua. Muger, por vida vuestra que me deis algo que cenar.

Ag. ¿Yó qué diablos os tengo de dar si no tengo cosa ninguna?

Menc. ¡Jesus, padre, y qué mojada que venia aquella leña!

Tor. Sí, despues dirá tu madre qu'es el alba.

Ag. Corre, mochacha, adrézale un par de huevos para que cene tu padre, y hazle luego la cama: y os aseguro, marido, que nunca se os acordó de plantar aquel renuevo de aceitunas que rogué que plantásedes.

Tor. ¿Pues en qué me he detenido sino en plantalle como me rogastes?

Ag. Calla, marido, ¿y adónde lo plantastes?

Tor. Allí junto á la higuera breval, adonde si se os acuerda os dí un beso.

Menc. Padre, bien puede entrar á cenar, que ya está adrezado todo.

Ag. Marido, ¿no sabeis qué he pensado? Que aquel renuevo de aceitunas que plantastes hoy, que de aquí á seis ó siete años llevará cuatro ó cinco hanegas de aceitunas, y que poniendo plantas acá y plantas acullá, de aquí á veinte y cinco ó treinta años terneis un olivar hecho y drecho.

Tor. Eso es la verdad, muger, que no puede dejar de ser lindo.

Ag. Mira, marido, ¿sabeis qué he pensado? Que yo cogeré el aceituna, y vos la acarreareis con el asnillo, y Mencigüela la venderá en la plaza; y mira, mochacha, que te mando que no las des menos el celemin de á dos reales castellanos.

Tor. ¿Cómo á dos reales castellanos? ¿No veis qu'es cargo de consciencia, y nos llevará el amotacen cad'al dia la pena? que basta pedir á catorce ó quince dineros por celemin.

Ag. Callad, marido, qu'es el veduño de la casta de los de Córdoba.

Tor. Pues aunque sea de la casta de los de Córdoba, basta pedir lo que tengo dicho.

Ag. Hora no me quebreis la cabeza; mira, mochacha, que te mando que no las des menos el celemin de á dos reales castellanos.

Tor. ¿Cómo á dos reales castellanos? Ven acá, mochacha, ¿á cómo has de pedir?

Menc. A como quisiéredes, padre.

Tor. A catorce ó quince dineros.

Menc. Así lo haré, padre.

Ag. ¿Cómo así lo haré, padre? Ven acá, mochacha, ¿á cómo has de pedir?

Menc. A como mandáredes, madre.

Ag. A dos reales castellanos.

Tor. ¿Cómo á dos reales castellanos? Y'os prometo que si no haceis lo que y'os mando, que os tengo de dar mas de doscientos correonazos. ¿A cóme has de pedir?

Menc. A como decis vos, padre.

Tor. A catorce ó quince dineros.

Menc. Así lo haré, padre.

Ag. ¿Cómo así lo haré, padre? Toma, toma, hacé lo que y'os mando.

Tor. Dejad la mochacha.

Menc. ¡Ay madre! ¡ay padre! que me mata.

Al. ¿Qu'es esto, vecinos? ¿Porqué maltratais ansí la mochacha?

Ag. ¡Ay señor! este mal hombre que me quiere dar las cosas á menos precio, y quiere echar á perder mi casa: unas aceitunas que son como nueces.

Tor. Yo juro á los huesos de mi linaje, que no son ni aun como piñones.

Ag. Sí son.

Tor. No son.

Al. Hora, señora vecina, hacéme tamaño placer que os entreis allá dentro, que yo lo averiguaré todo.

Ag. Averigüe, ó póngase todo del quebranto.

Al. Señor vecino, ¿qué son de las aceitunas? Sacaldas acá fuera, que yo las compraré aunque sean veinte hanegas.

Tor. Qué, no señor, que no es d'esa manera que vuesa merced se piensa, que no están las aceitunas aquí en casa, sino en la heredad.

Al. Pues traeldas aquí, que y'os las compraré todas al precio que justo fuere.

Menc. A dos reales quiere mi madre que se vendan el celemin.

Al. Cara cosa es esa.

Tor. ¿No le paresce á vuesa merced?

Menc. Y mi padre á quince dineros.

Al. Tenga yo una muestra dellas.

Tor. Válame Dios, señor, vuesa merced no me quiere entender. Hoy he yo plantado un renuevo de aceitunas, y dice mi muger que de aquí á seis ó siete años llevará cuatro ó cinco hanegas de aceituna, y qu'ella la cogería, y que yo la acarrease, y la mochacha la vendiese, y que á fuerza de drecho habia de pedir á dos reales por cada celemin; yo que no, y ella que sí, y sobre esto ha sido la quistion.

Al. ¡Oh qué graciosa quistion! Nunca tal se ha visto: las aceitunas no están plantadas, ¿y ha llevado la mochacha tarea sobre ellas?

Menc. ¿Qué le paresce, señor?

Tor. No llores, rapaza: la mochacha, señor, es como un oro. Hora andad, hija, y ponedme la mesa, que y'os prometo de hacer un sayuelo de las primeras aceitunas que se vendieren.

Al. Hora, andad, vecino, entraos allá dentro, y tené paz con vuestra muger.

Tor. Á Dios, señor.

Al. Hora por cierto, que cosas vemos en esta vida, que ponen espanto. Las aceitunas no están plantadas y ya las habemos visto reñidas.

LOS ENGAÑOS.

COMEDIA.

PERSONAS.

VERGINIO, padre de Lelia.
GERARDO, padre de Clavela.
LELIA, bajo el nombre de Fabio.
CLAVELA, dama.
FABRICIO, hijo de Verginio.
LAURO, caballero.
JULIETA, criada.
GUIOMAR, negra.
FRULA, mesonero.
PAJARES, simple.
CRIVELO, lacayo.
QUINTANA, ayo de Fabricio.
MARCELO, amo de Clavela.
SALAMANCA, simple.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Calle.

VERGINIO. GERARDO.

Ger. ¿Paréscete, Verginio, ser tiempo de darse conclusion en aquel concierto que ya otras veces tú y yo hemos comenzado á tener?

Verg. Señor Gerardo, no tengas pensamiento que esté yo con menos congoja que tú podrás tener por no haber dado fin en un negocio que para cada uno de los dos tan deseado tenemos; mas no debes maravillarte, pues sabes que mi ausencia no ha dado lugar á que con mas brevedad se efectuase.

Ger. Mira, señor Verginio, que si como yo muchas veces he imaginado no te hallares á tiempo ni con dineros para comprar atavíos á tu hija, ó para otras cosas que á este efecto conviene, dímelo, que de los que yo tuviere te prestaré de muy buena voluntad.

Verg. Yo te lo agradezco, aunque por agora no faltan, señor.

Ger. Créolo en verdad; pero dime de gracia, ¿sabes si tu hija Lelia está en el monesterio?

Verg. Guárdenos Dios, señor: ¿pues adónde habia de estar, habiéndola yo dejado por mi propia mano en compañía de otra prima mia, que en el mismo monesterio ha hecho profesion? Mas dime, señor, ¿á qué efecto me lo preguntas?

Ger. No creas, señor, que lo pregunto sin causa.

Verg. ¿Cómo?

Ger. Yo, señor, te lo diré. Has de saber que mediante el tiempo de tu ausencia yo envié disimuladamente á saber de esas señoras monjas si tu hija estaba en el monesterio, lo cual he sabido por cosa muy cierta que no está allá dentro, sino que anda acá fuera.

Verg. Pues ten entendido, señor Gerardo, que si eso han dicho las monjas, no es sino por hacer á mi hija que profesase; porque así las unas como las otras he sabido yo que la han cobrado grandísima aficion.

Ger. Bien lo creo.

ESCENA II.

PAJARES. MARCELO, Y DICHOS.

Paj. ¿Cuál volver? juro al cielo de Dios allá no vuelva aunque me lo manden y sopriquen saludadores á pié y descalzos, y aunque vengan en cueros.

Mar. Aguardad, don asno, que yo os haré decir de no, cuando os mandaren la cosa.

Paj. ¡Asno! ¿Parésceos bien cuál habeis parado la caña con que la otra hacia la cama? Agora hará la cama con los dedos.

Verg. ¿Qué es aquesto, Pajares? ¿Cómo sales ansí? ¿Qué ropas son esas?

Paj. Las basquiñas de la señora Lelia.

Verg. ¿Quién te las vistió?

Paj. Yo me las vestí.

Verg. ¿Para qué?

Paj. Estáse lavando mi sayo.

Verg. ¿Para qué se lava tu sayo?

Paj. Embarréme anoche.

Verg. ¿Adónde?

Paj. En el soterraño.

Verg. ¿Cómo?

Paj. Caí: hay mas son que caí.

Mar. Cayó el asno, cayó.

Paj. Yo caí, yo: que hombre soy para caer cincuenta veces muy mejor que vos.

Verg. Hora, no hay quien te entienda.

Paj. Dizque no hay quien me entienda. Espere vuesa merced, que yo le cogeré á las palabras. ¿Qué está á la entrada de la escalera, junto junto al soterraño, al rincon?

Verg. Ya, ya te entiendo.

Paj. Pues ahí, mal punto, caí; hablando con reverencia, y casi medio de boca.

Verg. ¿Pues cómo decias que te habias embarrado?

Paj. Pues dijelo por afeitar el vocabro, que mejor dijera encerado ó alquitrado, que no embarrado.

Verg. Mas qué bueno estarias para retratar.

Paj. Yo le diré á vuesa merced qué tal, que me decian que parescia calabaza en conserva, ó milanazo con liga.

Verg. ¿Y agora porqué reñiades, decidme, Marcelo?

Paj. Porque queria el señor amo con todo su seso que le fuese yo acompañando de calle en calle hecho marigalleta.

Ger. No era razon.

Paj. No en verdad, señor desposado.

Verg. Pues, amo, ¿dónde queriades ir?

Mar. Señor, queria llegarme á Santa Bárbara por aquella moza, y roguéle á este asno que pues estaba ansí, se rebozase y tomase un manto, porque me fuese acompañando y trajese no sé qué baratijas que Lelia tiene en el monesterio; y porque se lo mandé nos ha querido hundir la casa á voces.

Paj. ¿Yo hundir la casa á voces? Enterísima sé que está. No me hubiésedes vos mas aina hundido las costillas á garrotazos.

Verg. Pues, Pajares, ¿qué mas bien querias que venir acompañando á una dama?

Paj. Ande d'ahí. ¿Tambien hace vuesa merced de las suyas como hijo de madre?

Verg. ¿Yo, cómo?

Paj. ¿Paréscele á vuesa merced que si topa por ahí el hombre con alguno del Almendralejo, que irán buenas nuevas á mi padre?

Verg. Por cierto, muy malas.

Paj. ¿Qué nuevas?

Verg. ¿Qué me sé yo de lo que tú te piensas?

Paj. Yo le diré que piensa el otro qu'es el

hombre majano ó sayalero, y decille ha que ando hecho santera ó dama de forja.

Ger. Señor Verginio, yo me entro; y en esotro negocio lo dicho dicho, y en lo que toca al dote, á lo concertado me remito.

Verg. Señor, á la mano de Dios: ya ve que no se entiende en otra cosa.

Ger. Muy bien, señor.

ESCENA III.

VERGINIO. MARCELO. PAJARES.

Verg. Marcelo, ya vistes á Gerardo cómo estaba hablando conmigo sobre el casamiento de mi hija Lelia; por eso abrevia en ir por ella porque se efectue, y dareis de mi parte á esas señoras mias mis besamanos.

Mar. Pláceme. ¡Oh desdichada de ti, Lelia! Por Dios, señor, mas estimára verla bajo tierra que no casada con ese diablo, que creo que tiene mas años que yo al doble, y agora se quiere casar con una mochacha que la podria tener por biznieta.

Verg. Ya, ya lo veo; mas ¿y qué quereis que haga, pecador de mí? ya veis en cuánto estremo van hoy dia las cosas del mundo, y este negocio viéneme á mí muy á cuenta.

Mar. ¿Cómo muy á cuenta?

Verg. Yo os lo diré. Está concertado que yo le dé á mi hija Lelia por muger, dotándomela en mil florines de su propia moneda, con tal condicion que si mi hijo paresce dentro de cuatro años, le case con su hija Clavela, dotándola en la misma cantidad.

Mar. Bien está, señor; pero yo mas querria un rato de contentamiento que cuantos tesoros hay en el mundo; pero yo me voy, que se hace tarde.

Verg. Pues, amo, id y mirad que no vengais sin ella.

Mar. Pierda cuidado.

Paj. Pues yo, amo, quédome.

Mar. Quédate con mal año que te dé Dios.

Paj. Para vos ser bueno, amo, mal hablais.

Verg. Entrate conmigo, tontazo.

ESCENA IV.

MARCELO. LELIA.

Mar. ¿Habeis mirado el devaneo destos viejos podridos? que queria reirme, sino que me falta la gana, que es lo mejor. No en balde dicen que muchas veces los viejos se tornan á la edad primera. ¿Mas qué digo? ¿Qué es lo que veo? En verdad que si Lelia no estuviera en el monesterio, jurára que era esta que aquí viene en hábito de hombre; ¿pero qué digo? que no es otra por mi fe.

Lelia. ¡Oh pecadora de mí, que aun hasta en esto me ha de ser la fortuna contraria! ¿Por qué calle me esconderé, que ya me há visto el amo de casa de mi padre?

Mar. Lelia.

Lelia. Amo.

Mar. ¿Qu'es aquesto, Lelia? ¿Qué hábito es este? ¿Por ventura es este el monesterio donde así tu padre como todos pensamos tenerte recogida? Háblame, ¿de qué enmudeces?

Lelia. Señor amo, á quien con mas razon debria yo llamar padre, no os debeis de maravillar al verme en el hábito que me veis, que sabida por vos la ocasion, bien cierta estoy de que no seré culpada de mi atrevimiento.

Mar. No me digas tal, que temblándome están las carnes, si el viejo alcanzase á saber esto, por estar como estamos en víspera de darte un marido muy honrado. ¿Por tu vida no me dirás qué locura ha sido aquesta?

Lelia. Señor, como fortuna, amor y mi mala suerte, todos tres se han conformado contra mí...

Mar. ¿Cómo contra ti?

Lelia. Bien tendreis en la memoria como cuando por nuestros pecados Roma fué saqueada, allí mi padre, juntamente con un hermano mio, la mayor parte de su hacienda dejó perdida, y aunque la pérdida no fué pequeña, la de mi hermanico es la que á mi padre mas sin placer le hace vivir.

Mar. Por cierto no paresce sino que fué ayer, y á buena fe que son pasados buenos diez años, y que les podriamos bien echar once.

Lelia. Que dejemos estar los años, que corren como viento, y aun con mas presteza.

Mar. Prosigue.

Lelia. Pues viniéndose mi padre á vivir aquí á Módena, yo por mi mal ví á Lauro, gentilhombre desta ciudad, el cual conversando en la casa de mi padre, de mí se enamoró, y quiso Dios y mi suerte que con la misma moneda le pagase, rescibiendo de mí todos aquellos honestos favores que á mi recogimiento son licitos.

Mar. Muy bien sé todo eso.

Lelia. Y por depositarme mi padre en el

monesterio con intencion de ausentarse, pensando en Roma cobrar algo de su perdida ropa, nunca Lauro de mi tuvo acuerdo, antes he visto que de Clavela, hija de Gerardo, doncella hermosa y rica, escesivamente se ha enamorado.

Mar. Hora mira, Lelia, dejemos de traer á la memoria historias pasadas, sino anda acá á mi posada y cambiarás esas ropas, que hágote saber que tu padre ya es vuelto de Roma, y me envió por tí, y no salí á otra cosa de casa, sino á llevarte.

Lelia. Déjame concluir.

Mar. Di pues.

Lelia. No tuve otro remedio despues que mi padre en Santa Bárbara me dejó, sino descubrir á Cándida, la monja tia mia, el grande afan que por la ausencia de Lauro yo pasaba, la cual determinó de enviarle á llamar y trabar pláticas con él, porque á negocios que él tenia con las monjas solia venir.

Mar. Di, que bien te entiendo.

Lelia. Acaesció pues un dia que de habérsele muerto un page suyo venia el mas afligido hombre del mundo, y decia que si Dios otro tal le deparase que no se trocaria por otro de mayor estado, y en verdad os digo que sin otra consideracion inferí salirme del monesterio y serville de page en el hábito que me veis, en el cual he procurado agradalle con cuanto estremo he podido, y le sirvo todavía.

Mar. ¡Hay tal cosa en el mundo! ¿Y agora qué piensas hacer?

Lelia. Sola una cosa quiero de vos.

Mar. ¿Y es?

Lelia. Que entretengais á mi padre por espacio de algunos dias, diciéndole que yo y mi prima y otras monjas hacemos ciertas devociones.

Mar. ¿Pues qué piensas hacer en ese tiempo?

Lelia. Yo lo diré. Clavela, querida de Lauro, tiene entendido que yo sea hombre y le he parescido bien: yo, viéndola tan aficionada, hele dicho que si á Lauro no pretende olvidar y aborrecer, que no espere de mí tan sola una buena palabra.

Mar. ¿Y crees tú que eso lo hará?

Lelia. Todo lo podria rodear fortuna; mas por agora perdóname, que no sé quién viene allá, que á la tarde seré en vuestra posada y hablarémos mas largamente.

Mar. Pues mira que no dejes d'ir: cata que te quedo aguardando.

Lelia. Pierde cuidado, señor, que luego doy la vuelta: á Dios.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Calle.

GERARDO.

¡Oh! válame Dios y cuán averiguada cosa es el hombre que negocios de importancia tiene, no poder reposar, especialmente yo, que despues que hablé á Verginio sobre tomar por muger su hija Lelia, paresce que no traigo juicio de hombre, y este Verginio es tan espacioso, que segun lo deseo, dudo ver el tiempo llegado. Agora yo me quiero llegar hácia su estancia á dalle otro tiento, como que voy á otra cosa, mas primero es menester advertir á mi hija Clavela que si acaso viniere á demandar de mí, que le digan que en casa de Millan Muñoz el tendero me hallará. Guiomar, ¡ah! Guiomar. ¿No respondes? ¿estás sorda?

ESCENA II.

GERARDO. GUIOMAR.

Guio. Ya vo, siñor. ¡Jesú! ¡Jesú! líbramela Dios de la diabro.

Ger. Decí, ¿téngome de quebrar la cabeza primero que respondais? ¿Qué haciades allá dentro, dueña?

Guio. ¿Eso me losí, siñor, delante de las honras de mi cara? farta de la faciendas tenemo que facer.

Ger. ¿Qué haciendas son las vuestras, señora?

Guio. ¡Ay, siñor Jesucristo! ¿qué faciendas me lo pides? Primero por la mañanas ¿no barremo la casa? Enapué ¿no ponemo la oya? Enapué ¿no paramo la mesa? Enapué ¿no fregamo la cudeya y la pratos?

Ger. Bien.

Guio. Enapué ¿no me manda siñora Clavela que colamo la flor de la cucucena?

Ger. De azucena, diablo, que eso pienso que querrás decir.

Guio. Sin, siñor, y de jamin y de monqueta para adobar aquele guante que le tiene comendaros.

Ger. ¿Pues agora se le ha antojado eso?

Guio. Anagoras, siñor, y dícime siñora Clavela: callán, fija Guiomá, aprender ben á colar las flores, que yo te prometos cuando san francas, que te casamo con un mequera de aquese que adoba la guante.

Ger. ¿Qué es aqueso de casar? ¿Qué, ya no quieres ser monja?

Guio. No, siñor; que ya tenemo un prima mia contrita na religiona, monja, priora, nabadesa, ayá en mi tierra de Manicongo, muy honradas. Yo, siñor, queremos muntipricar á mundos.

Ger. Sus, basta que sepamos tu intencion, que hablarse ha mas despacio sobre ese negocio, y entra allá dentro y llama á mi hija Clavela que se pare á la ventana, que le quiero hablar.

Guio. Que me placer, siñor, sin que me la mandas.

Ger. Anda ve.

ESCENA III.

GERARDO. GUIOMAR. CLAVELA.

Guio. Siñora, que lecir siñor...

Clav. Así, ¿qué es lo que dice?

Guio. Que vosamerced pare ventana, que queremo fablar con eya.

Clav. ¿Que me pare á la ventana? Corre, Guiomar, y dile que no puedo, que estoy acabando aquella gorguera de prisa, y que te diga á ti qué es lo que quiere.

Guio. Anda, siñora, dal'en diabro aquesan monadiya, turo dia trabajar, nome la padre, la fiyo, la santo, amen.

Clav. Aquí á la puerta le hablaré. ¿Para qué me he de encaramar por las ventanas? ¿Qué es lo que mandas, señor?

Ger. No cosa ninguna, que si os envié á llamar no fué mas sino por no decillo á esa lengua de tordo. Por vida vuestra que si viniere Verginio, padre de Lelia, á demandar por mí, le digais que en casa de Millan Muñoz el tendero me hallará: no lo echeis en olvido, que es cosa que importa.

Clav. Pierda cuidado.

Ger. Si á tu señora se le olvidare, acuérdaselo tú, Guiomar.

Guio. Que me placer, siñor. ¿No dice en casa mal años te rar Dios entero?

Ger. Esos sean para tí, perra.

Clav. Déjela, señor, que yo me acordaré dello: vaya en buen hora.

ESCENA IV.

CLAVELA. GUIOMAR.

Clav. En buena fe, pues la calle está sola y no paresce nadie, quiero sentarme aquí á la puerta, pues poco me queda. Hija Guiomar.

Guio. Como tú la quieres, siñora mi álima la corazon.

Clav. Entra allá por tu vida y tráeme mi almohadilla, y entre tanto que estoy acabando no sé qué, saca tu rueca, porque me estés aquí acompañando.

Guio. Facémolo como mandar, por ciertos.

Clav. ¡Oh vida triste y trabajosa! Ninguna cosa hay en tí que de seguridad pueda tener renombre. ¿Traes, di?

Guio. Toma, cátala ahí tu almonadilla, siñora.

Clav. Muestra acá, y llámame esa rapaza que me saque aquí un asiento.

Guio. Chuchuleta, machacha. Siñora, no responder, piensa que sa muerta.

ESCENA V.

CLAVELA. GUIOMAR. JULIETA.

Jul. ¡Ay amarga de mí! ¿y qué diablo me quiere allá fuera la cara de carbon de brezo?

Clav. ¡Ah, señora Julieta! ¡ah, dueña! ¿No salis?

Jul. Sí, señora, heme aquí: ¿qué manda?

Clav. ¿Qué haciades allá dentro, picuda?

Jul. Sí, picuda: ¿qué habia de hacer?

Clav. Sácame aquí un asiento, y dejaos de rezongar.

Jul. Sí, por cierto, ¿y todo eso era? ¿qué, no podia traello la cucaracha de sótanos? Sino muy al lado con su señora.

Guio. Anda, ofrézcote an diabro: trae aquí un par de monadiyas en que sentar siñora.

Jul. Pues agradeceldo á quien está delante que en buena fe que... quizá...

Clav. Bien. ¿Qué es lo que quizá? Pues si yo arrebato un varapalo, por ventura os pondré quizá en paz.

Jul. ¿Pues porqué consiente vuesa merced que me deshonre delante della esa cara de espárrago por remojar?

Guio. Mírame la salamandera. ¿Ha visto qué pantasía tiene, cara de sin gorgüenza?

Jul. ¿Oiste, mi duelo, para quién han de tener vergüenza? ¿Quién es ella, así la arrastren?

Clav. ¿Callarémos? Ea, tengamos la fiesta en paz si os pesa: calla tú, Guiomar.

Guio. Jesú, Jesú. ¿No mira vosamercé que praguntar quién sa yo? Mira,

mira, fija, ya saber Dios y tora lo mundo que sar yo la sabrina na reina Berbasino, cuñados de la marques de Cucurucú, por an mar y por an tierras:

Jul. Sí, sí, no le ronqueis.

Clav. Calla, rapaza. ¿Y reina era tu tia, Guiomar?

Guio. ¡Ay siñora! ¿pensar vosamercé que san yo fija de alguno negra de par ahí? Ansí haya bono siglo álima de doña Bialaga, siñora.

Clav. Gentil nombre tenia para dalle buen siglo.

Guio. Sí, siñora, doña Bialaga yamar siñora mi madre, y siñor mi padre Eliomor; cuenta que quiere lesir dón Diegos.

Jul. Mira como quereis esos biedos: ¡qué gentiles nombres para un podenco!

Guio. Por eso primer fijo que me nacer en Portugal le yamar Diguito, como siñór su saragüelo.

Clav. Su agüelo dirás.

Guio. Sí, siñora, su sabuelo.

Clav. ¿Hijo tienes, Guiomar?

Guio. ¡Ay siñora! no me la mientes, que me face lágrima yorar. Téngolo, siñora, la India le San Juan de Puntorico, y agora por un mes lagoso me cribió un carta aquela ringlonsito tan fresco como un flor de aquese campo. ¡Ay entraña la mia, fijo mio!

Jul. Tan desatinada y tan borracha me venga el bien.

Guio. ¿Quin sa borracha, chuchuleta? ¡Ay mandaria, mandaria! Plégata Dios que mala putería te corra y no veas carralasolendas.

Clav. ¡Ay amarga! ¡Qué carnestolendas, y qué mal pronunciadas!

Jul. Mal corrimiento venga por tí, amèn.

Guio. Anda, putiñas medrosas: no es mi honras tomáme contigos.

Jul. ¡Miren qué fantasía! Pues calla, doña negra, que agora ha mandado su alteza que á todos los negros y negras hagan pólvora.

Guio. Cagajon para'l, merda tomá pala vos y á mandamento (1).

Clav. Y déjala, Guiomar, que es una loca: sino dime, ¿qué es lo que tu hijo te envió á decir?

Guio. Aquella mochacho, aquella mi fijo métemelo á prinsipio de carta diciendo: Lustrisima madre mia Guiomar: la carta que yo te cribo no é para besamano, sino que sa bono, bendito sea Riós, loado sea Riós, amen. ¡Ay! Dios te la presie, fijo de la corazon y de lantrañas.

Clav. No llores, Guiomar, no llores.

Guio. No podemo facer otro, porque tenemo latrógamo turo, turo yeno de latriqueras.

Clav. Bien está por tu vida, Guiomar, que nos entremos de presto en el aposento; y tú, Julieta, pornás esa almohada do sabes, que he visto á Lauro asomar por el cabo de la calle.

ESCENA VI.

LAURO. LELIA.

Lauro. ¿Qué te paresce, mi Fabio, cuán desgraciados habemos sido? ¿Has visto á qué tiempo tan oportuno veníamos, y cómo mi señora Clavela se escondió con tanta presteza?

Lelia. ¿Qué quieres que te diga, señor, sino que harto ciego es el que no ve por tela de cedazo? Averiguadamente ella te aborrece por todo estremo.

Lauro. ¡Ay que ya lo veo! pero dime, mi Fabio (y por aquella obligacion te conjuro con que á servirme eres obligado), aquesas veces que á visitarla de mi parte has ido, ¿qué semblante te muestra cuando en mi negocio en hablar os ocupais?

Lelia. ¿Qué quieres, señor, que te diga, sino que ninguna vez de tí le hablo que con alegre rostro me vuelva respuesta? como si tú, señor, le hubieses hecho las mayores injurias y los mayores agravios que á doncella de su suerte hacerse pudiesen.

Lauro. ¿Pues qué remedio?

Lelia. Que cambies el propósito y ames en otro lugar, pues tan mal te paga el amor que muestras tenelle, y el aficion tan grande con que la sirves.

Lauro. Cambiar el propósito no puedo.

Lelia. Si no puedes, estáte ansí.

Lauro. Ansí lo pienso hacer.

Lelia. Poco ánimo tienes: paresce que nunca en tu vida quisiste bien, sino que

(1) Estas indecentes espresiònes y otras bajas y soeces que se leen en las piezas de la presente colèccion, no se sufririan hoy en nuestros teatros; pero aquí no pudieron omitirse, habiéndose de dar la verdadera y puntual idea de nuestra dramática en sus principios, y de manifestar los pasos por donde fué subiendo desde su rudeza primitiva hasta el estado de cultura y gala en que la puso el famoso Lope de Vega. (*Nota de la Acad.*)

Clavela fué la primera que tu corazon comenzó á sojuzgar.

Lauro. No, ni Dios tal quiera; antes creo que de haber yo sido ingrato á Lelia, hija de Verginio, romanó (la cual á tí te paresce en estremo), ha permitido Dios que yo sea pagado con la misma ingratitud.

Lelia. Y dime, señor, ¿esa Lelia que dices es muerta? ¿Cómo dejaste de tener su amor?

Lauro. Muerta no: antes despues que su padre la ausentó por hacer cierto camino á Roma, nunca mas della he sabido, de la cual Lelia yo rescibí en todo aquel tiempo todos los honestos favores que de una generosa y honesta doncella se podian rescebir.

Lelia. De esa manera, señor, mal le pagas: paresce que debrias procurar por ella y tornar en una amistad tan lícita.

Lauro. No: en ninguna manera.

Lelia. ¿Cómo no?

Lauro. Aquese cómo tampoco lo alcanzo, Fabio, antes tengo creido que de haber inferido Clavela mi señora que yo estoy aficionado á Lelia, me desama, lo cual, si ello es ansí, que de rabia muera. Y por tanto te ruego, mi fiel criado, cuanto puedo (si mi salud deseas) que cuando allá vuelvas le digas que ya no amo á Lelia como solia, antes huigo de acordarme della, ni aun de oirla mentar. ¿Entiendes, mi Fabio? ¡Válame Dios! ¿Qué has habido? ¿qué desmayo ha sido este?

Lelia. Déjame, señor, que no es nada, sino que yo suelo ser apasionado del corazon, y tómanme á veces estos desmayos, y si me das licencia iréme á la posada, porque ya casi en los piés no me puedo sostener.

Lauro. Pues, hijo, anda en buen hora, y mira si es menester otro, ó que para remedio de tu mal algun medio se busque, que no faltará por diligencia.

Lelia. No te cures, señor, que para los males desta suerte tarde el remedio se halla.

Lauro. Hijo, vete á la posada y descansa.

Lelia. El descanso tarde espero.

Lauro. ¿Qué dices?

Lelia. Digo, señor, que el descansar es muy peor para esta mi dolencia.

Lauro. Pues, hijo, ve, y aquello haz con que mejor te hallares y menos para tu salud daño sea.

Lelia. Voy, señor, lleno de desconfianza.

Lauro. Anda, que presto seré contigo despues de haber dado algunas vueltas por esta calle donde mi señora Clavela reside.

ESCENA VII.

VERGINIO. PAJARES.

Paj. Hora, juro al cielo de Dios, nostramo, si yo sé á qué tengo d'ir ni á qué efeto vuesa merced me envia. Sé qu'el otro ni la otra no son ahora tan niños que no sabrán venirse; cuantis mas que ya es hora de comer y la mesma hambre los ha de acarrear á casa, como á mochachos fuidores.

Verg. Mira, Pajares, déjate desos preámbulos y cúbrete bien esa capa, que gran tardanza es la que hacen, y venirlos has acompañando.

Paj. Qué, ¿no está bien cubrida?

Verg. No: acaba ya.

Paj. Apártese vuesa merced de mi cobridero, y perdone.

Verg. ¿Paréscete que está bien cubierta?

Paj. Eso vuesa merced lo dirá, que yo no lo veo ni descubro palmo de tierra.

Verg. ¡Oh, mal año te dé Dios, que no te has de saber cubrir una capa! Mira, cuando te la mandaren cubrir, ansí la has de poner.

Paj. ¿Ansí? Ya, ya está bien cubrida; guarde, ¿qué dice?

Verg. Agora sí, toma este sombrero.

Paj. ¿Quién lo ha de tomar?

Verg. ¡Dizque quien! Tú lo has de tomar.

Paj. ¡A porpúsito! ¿Búrlase conmigo? Hame liado como á costal de arriero, y toma el sombrero. ¿Con qué mano lo habia de tomar? Sé que no tiene maneras ni sacabuches mi capa como balandran de arcediano.

Verg. Asno, ¿qué por aquí bajo no la sabes sacar?

Paj. ¿Por dónde?

Verg. Por aquí: duelos te dé Dios.

Paj. Dice la verdad; mas pecador de mí y de vuesa merced, y perdone, que los parto por medio, ¿quiere que me ande yo de calle en calle halconeando, dando manotadas como pez que ha caido en el garlito, ó como mulo de anoria que dando vueltas no halla paradero cierto?

Verg. Ganosa está la bestia de comparaciones.

Paj. Bastian de Pajares me llaman, señor, para cuanto mandare.

Verg. Pues lo que te mando no es sino que vayas al monesterio de Sancta Bárbara.

Paj. ¿Y para qué á Santa Bárbula? ¿Quiere qué diga la santa que voy disfre-

zado, escudriñándole los rincones de casa?

Verg. Para que hagas venir presto á mi hija Lelia y al amo Marcelo, viendo que es ya hora de comer.

Paj. Y aun deso mal punto estoy corrido, porque á las horas de comer me lanza de casa, como á los mozos de los carniceros la cuaresma.

Verg. ¿Pues tanto piensas tardar allá?

Paj. ¿Pues no tengo de tardar yendo á pié como voy?

Verg. De esa manera razon tiene vuesa merced: entre en casa y ensille un poyo de esos en que vaya caballero.

Paj. ¿Un poyo?

Verg. ¿Dónde vas?

Paj. A ensillar un poyo como mandó.

Verg. ¿Pues, animal, el poyo se ha de menear?

Paj. Pues eso es lo que me cumple, porque nunca salga de la posada.

Verg. ¿Sabes tú, inocente, si tengo yo alguna cabalgadura en casa?

Paj. ¿Quién le demanda una cabalgadura? Cabalgablanda me diese vuesa merced, que cabalgadura ni grado ni gracias.

Verg. ¿Qué es cabalgablanda?

Paj. Un rollo ó rosca de aquellos que han amasado hoy, porque vaya caballero mi estrógamo; y á necesidad, un buen mendrugo de pan en las manos es bueno, por no ir hombre pensando en mal, ni murmurar de nadie.

Verg. ¿Cata, cata, que todo eso era la caballería y el retorizar? Al fin no podias parar sino en cosas de comer.

Paj. ¿No ve vuesa merced que dice el cura de nuestro pueblo, pedid y daros han, y que todos los buenos con pan son duelos?

Verg. Pues yo os prometo, don asno, que si apaño un garrote que yo os haga ir presto.

Paj. No me prometa vuesa merced cosa ninguna; qu'eso de garrote no es cosa que me conviene por agora.

Verg. Primero vernán los otros que este macho se vaya de aquí. Espera, tomaré lo que digo.

Paj. ¿Qué os paresce? Espérele el reloj de Guadalupe. Aguijad, amo Marcelo, pese á la puta de mi cara, que juro á mi pecador, mas esperado habeis sido vos y esotra, que sereno tras ñublado.

ESCENA VIII.

PAJARES. MARCELO.

Mar. ¡Pues qué diablos! ¿Tantos ves que venimos? ¿no ves que vengo solo?

Paj. ¿Solo viene? Cuantis que por la otra cantaba el cuquillo: *que por vos siquiera no os trajera Dios acá.*

Mar. Mas que no te hallára.

Paj. Señor amo, nostramo es ido por un garrote.

Mar. ¿Para qué?

Paj. Pienso que para engarrotarme.

Mar. ¿Porqué?

Paj. Porque no os iba á llamar. Por vida vuestra que si trajere garrote y viéredes que me engarrotea, que os metais en medio.

Mar. Que me place.

Paj. Ya lo trae: quiérole decir que ya no es de menester. Señor, he aquí el amo, deje el garrote.

ESCENA IX.

VERGINIO. PAJARES. MARCELO.

Verg. ¿Es ya venido? Pues tomá vos, porque vais presto cuando os mandare la cosa.

Mar. Paso, señor, paso.

Paj. Amo, ¿y el concierto?

Mar. Harto le decia, paso, señor.

Paj. Dios le perdone, y á vuesa merced. Estánle diciendo ya no es de menester el garrote, y él no sino sacudir como en costal relleno. Bendito sea Dios.

Verg. Pues, amo, ¿cómo venis sin aquella moza?

Mar. Señor, entremos en la posada, que allá daré cuenta de todo como me ha acaescido con aquellas señoras, especialmente con la señora abadesa.

Verg. Vamos.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Calle.

FABRICIO. FRULA.

Fabr. Señor huésped, ya os tengo dicho que si despertare aquel honrado hombre

que en mi compañía viene, y por mí os preguntare, que le digais que soy ido á oir una misa, y á vér otras particularidades deste vuestro pueblo.

Frula. ¿Y á quién quereis que lo diga, señor? ¿al que paresce abad, el que riñó anoche con el mozo sóbre el asar de los caracoles?

Fabr. A ese mismo.

Frula. ¡Oh cómo es renegado, cuerpo non de Dios conmigo! Pues perdonadme, señor, vuestro padre pensé que era.

Fabr. Antes le tengo en lugar de mas que padre.

Frula. ¿Sois de aquí?

Fabr Romano soy.

Frula. ¿Habeis estado aquí en Módena otra vez sin esta?

Fabr. En mi vida.

Frula. Pues catad, señor huésped, que os aviso que vais advertido de la gente de esta tierra, porque es la mas mala que hay en el mundo, en quien hallaréis tantos engaños que os asombrarán, y vos sois mozo, no seria mucho engañaros fácilmente.

Fabr. Yo lo agradezco; mas decíme, señor huésped, ¿cómo es vuestra gracia?

Frula. Señor, Frula me llamo, á servicio y mandado de todos los buenos.

Fabr. Señor Frula, no me engañarán si yo puedo. Haced lo que os tengo rogado, y quedad con Dios.

Frula. Id en buen hora.

ESCENA II.

FABRICIO. JULIETA.

Fabr. Por esta calle será bien atravesar. ¡Oh qué bonita moza! A mí paresce que viene encaminada.

Jul. ¿Qué es esto? ¿Andas de camino, Fabio? ¿Qué hábito es aquese? ¿Qué es de tu señor?

Fabr. ¿Mi señor? ¡Donosa está la pregunta! ¿Si nos vido anoche llegar de camino, y piensa que es mi señor maese Pedro Quintana? No me maravillo que aun el huésped pensó que era mi padre.

Jul. ¿No respondes?

Fabr. Durmiendo queda en el meson. ¿Porqué lo dices?

Jul. ¡Mesonero es el tiempo! ¿Cómo andas ansí medrado? Paresce que hate dado tu amo esa capa.

Fabr. ¿Mi amo? Mi amo es mi buen dinero.

Jul. ¿Ya mandais dineros, Fabio?

Fabr. ¿Otro Fabio? Errado me ha el nombre. ¿Eres tú por ventura moza de Frula mi huésped? ¿De dónde me conosces tú á mí?

Jul. ¡Ganosico vienes de burlas! Anda ya, ya, mala landre me mate despues de muerta. ¡Para mí, que como dicen soy de Córdoba y nací en el potro! Mira que te ha menester mi señora, ven presto.

Fabr. Bien me dijo á mí mi huésped, que era diabólica la gente de esta ciudad. Esa debe de ser moza de alguna cortesana, y como me ve estranjero querrá procurar de sacarme algunas blanquillas; mas quiero conceder con ella, aunque no traigo dos reales cabales.

Jul. Acabemos. ¿Qué hablas entre dientes, Fabio?

Fabr. Otro Fabio. Fabricio querrás decir.

Jul. Fabricio ó Fabio: ansí veo que te llama tu amo y mi señora.

Fabr. ¿Por qué calle iremos?

Jul. Por la de oro: como si tú no supieses las calles mejor que yo.

Fabr. Sí, mas no me acuerdo ya.

Jul. ¡Miraldo al desatinadico! Estuviste anoche, y no atinas; pues ven conmigo, que yo te adestraré.

Fabr. ¿Es lejos?

Jul. Es el mal dolor que Dios te dé, amen. ¿Haces del bobo? Sí, sí, tomaldo acuestas, deciros ha mil gracias. Mira, quédate aquí en este canton, que voy á ver qué hace mi señora, que luego salgo á llamarte.

ESCENA III.

FABRICIO.

Mira si lo dije yo, mira si va la señora á ver si está con alguno su ama: porque si tal hay, no faltará un achaque con que me despedir, y sino, ella volverá por hacerme caer con pié derecho; pues mándole yo que harta mala ventura podrá llevar de mí. Quiérome esconder, que gente viene: no quiero que digan que estoy á puerta semejante aguardando tanda, como quien va al molino á moler.

ESCENA IV.

VERGINIO. GERARDO.

Verg. ¿Qué quereis, señor, que os diga? ¿A quién mas que á mí con mas justa razon debe pesar? Pero dejadme topar con ella...

Ger. Y digame, señor Verginio, ¿teneis

por cosa cierta andar vuestra hija en el hábito que decis? ¿Y de quién lo habeis sabido?

Verg. ¿De quién? Primeramente lo supe de Marcelo, amo mio, que habiéndole yo enviado al monesterio, dijo que allá no estaba, y tambien que fuí yo en persona á sabello.

ESCENA V.

VERGINIO, GERARDO, JULIETA.

Jul. ¡Jesus! vista soy de mi señor; volveréme. No, que será peor. Sus, que ya la tengo pensada.

Verg. Vuelve acá, rapaza: ¿pensabas que no te habia visto? Di, ¿dó dabas la vuelta, hurona?

Jul. Señor, envíame mi señora Clavela á llamar uno de estos cajeros, que le queria comprar no sé qué cuentas.

Ger. ¡Jesú, Jesú, qué mentira tan probada! Cajero dizque iba á llamar, señor Verginio: ¿ha visto atravesar por aquí algun cajero?

Verg. ¿Qué, señor? Poco hace al caso, salga á lo que saliere.

Jul. En buen hora, señor, tan claro se oyeron aquellas campanillas que ellos suelen traer, que no dijeran sino vesme aquí.

Ger. Calla, calla, rapaza. Ven acá, ¿qué hace mi hija Clavela?

Jul. Rezando la dejé.

Verg. ¡Tal sea mi vida! Cierto terná mejor juicio que no la mia. ¿Pero qué digo? Hela, hela, señor, no hay mas que decir: topado ha Sancho con su rocin. Llégate, llégate, hija Lelia, que conoscida eres.

ESCENA VI.

FABRICIO, Y DICHOS.

Fabr. ¿Lelia? Abrenuncio: donosa gente es esta.

Ger. Sea bien venida la señora; digo, el galan. Por Dios que os está bien ese hábito: si yo fuese que vos, nunca me le quitaria.

Verg. ¿Qué es aqueso, hija Lelia? ¿Qué pasos son estos en que andas? ¿Qué devaneo ha sido aqueste? ¿Qué ropa es esa? ¿Porqué no me hablas? Bien sé yo que sabes hablar.

Fabr. ¿Decis á mí, hombre honrado?

Verg. ¡Donosa es la respuesta! Di, ¿búrlaste conmigo?

Fabr. No tengo yo por costumbre burlarme con nadie, especialmente con quien no conozco.

Ger. ¡Santo Dios, qué poca vergüenza! ¿Que aun fingirá nó conoscerte? Toma por ahí: tené gana de casaros con semejantes.

Verg. Agora, hija Lelia, lo pasado sea pasado, y en lo porvenir haya enmienda.

Jul. Cata que es el diablo el buey rabon. Lelia diz que se llama el otro.

Ger. ¿Qué dices tú, Julieta?

Jul. Digo que se engañan en buena fe, señores: mejor conozco yo este mocito que á mis propias manos.

Verg. ¿Y tú, de dónde le conosces?

Jul. De mil veces que le he visto con su amo.

Ger. ¿Y cómo se llama?

Jul. Fabio, y Lauro su señor.

Verg. ¿Lauro? Dejadme topar con él, que yo le enseñaré si es bien hecho traer á mi hija en semejantes tratos.

Fabr. Por Dios, no sé qué me diga: esta tierra debe de ser de bárbaros, el uno me toma por estranjero, el otro por muger, el otro por page: no hay quien los entienda.

Verg. No murmureis, hija, sino andad acá conmigo á la posada, y dad al diablo andar en devaneos ni servir á nadie; basta que sirvais aquí á vuestro marido.

Fabr. Por Dios, si no tuviese respeto á las canas honradas, que yo os enseñase á hablar de otra manera. ¿Qué cosa es marido? ¿Estais en vuestro juicio?

Ger. Paso, paso, cuerpo de mi linaje, señora, que no lo teneis tan acabado, que si aquí no nos quieren, acullá nos ruegan, como dicen.

Verg. Calle, señor Gerardo, que de alguna cosa debe traer el seso perdido. ¿Qué le paresce que hagamos de ella?

Ger. Señor, lo que á mí me paresce, que pues mi casa es tan cerca, la arrebatemos y la metamos en mi aposento, y yo haré á mi hija Clavela que se vea con ella: que quizá por ser muger como ella, la hará venir á lo bueno y le dará cuenta de toda su mudanza.

Jul. ¡Muger es el diablo! No verá mi señora Clavela otros mejores toros, que no salí á otra cosa de casa sino á llamalle.

Ger. ¿Qué rezas, Julieta?

Jul. Digo, señor, que á la mano de Dios, que es muy bien hecho, que tambien se holgará mi señora por ser muger como ella.

Verg. Pues alto, señor Gerardo, echalde mano valientemente como yo.

Fabr. Estad quedos, hombres honrados, por Dios.

Ger. ¿Qué cosa es por Dios? tené bien, señor, que no se nos vaya.

Jul. Déjate llevar, asno, que no te van á echar con leones, sino con la mas linda dama que en toda Módena se halla.

Fabr. Paso, paso, señores; que no pienso deberos nada.

Ger. Calla, calla, que allá tienes de ir por fuerza ó por grado: ayuda aquí, Julieta.

Jul. Eso es de gracia, que á mas soy obligada por lo que toca siquiera á mi ama. ¿Coceais? Callá, que vos saldreis manso y el patron quejoso, y mi ama contenta, que es lo mejor.

ACTO CUARTO.

ESCENA PRIMERA.

Calle.

VERGINIO. GERARDO. JULIETA.

Verg. El mas contento y satisfecho hombre del mundo salgo de casa de Gerardo, solo por dejar á mi hija Lelia en compañía de la suya.

Ger. ¿Adónde se puede sufrir un semejante caso y atrevimiento como este, sino en tierra de Guinea? Yo le castigaré al ribaldo tacaño, segun meresce. ¿Qué cumple mas?

Verg. ¡Válame Dios! ¿Qué es aquello?

Jul. ¡Ay, señor Verginio! por el amor de Dios, que se vaya presto de aquí.

Verg. ¿Cómo, qué ha sucedido?

Jul. Ya lo decia yo, pecadora de mí, que aquel mancebo era Fabio, criado de Lauro, y ellos que no, sino Lelia.

Verg. ¿Qué dices?

Jul. Digo que mi señor se está armando con determinacion de matar á vuesa merced.

Verg. No hará, hija.

Ger. ¡Así, que fiándome yo de un hombre de tanta honra, me haya engañado tan malamente! ¡Ah don traidor! ¿aquí estais?

Jul. ¡Ay! señor, téngase.

Ger. Déjame, rapaza.

ESCENA II.

CRIVELO, Y DICHOS.

Criv. Paso, paso, señor Gerardo, tené un poco de respeto, siquiera por quien está en medio.

Verg. Mirá, buen hombre, si algo presumis que os debo, dejadme llegar á la posada, que presto daré la vuelta y os responderé como mandáredes.

Ger. Andá, que aquí os aguardo.

Criv. Que no es menester nada deso, señor Verginio. ¿No sabríamos qué ha sido esto?

Verg. Yo no lo entiendo.

Ger. ¿Qué no lo entendeis?

Criv. Señor Gerardo, por amor de mí, que me diga lo que hay ó sobre qué es la quistion, que si es cosa que tiene remedio, aquí está Crivelo que basta á remediarlo todo.

Ger. ¿Qué remedio puede haber, pecador de mí, que fiándome yo de este señor, me engañase?

Criv. ¿De qué manera?

Ger. De esta: que á fuerza de brazos me ha hecho poner un mancebo en mi casa que se llama Fabricio.

Jul. Que no, sino Fabio, señor.

Criv. Ya le conozco.

Ger. Haciéndome creer que era su hija Lelia.

Verg. Sí que lo es.

Ger. ¿Aun porfias, mal hombre?

Criv. Téngase, señor, y mire quién está delante.

Ger. Yo fiándome dél, creyendo ser ello así, púsele en compañía de mi hija Clavela y le he hallado abrazado y besándose con ella. ¿Paréceos si ha deshonrado mi casa para cuantos dias viviere?

Verg. Restituidme mi hija, digo yo, y dejaos de esas francias.

Ger. Restituidme vos mi honra: no penseis vencerme con palabras.

Verg. Esperadme pues aquí.

ESCENA III.

GERARDO. JULIETA. CRIVELO.

Criv. Vuelta, vuelta, señor Verginio. Señor Gerardo, él se va sin duda á armar, quitémonos de aquí.

Ger. ¿Cuál quitar? juro á mí pecador, de aquí no me quite hasta verme persona con persona con él: veamos á cuánto llega su lanza.

Criv. Mejor será que se quite de la calle, y no dé qué decir á los vecinos.

Jul. Bien dice Crivelo, señor.

Ger. Por ese respeto lo quiero hacer.

Criv. Pues, señor, quédese con Dios y éntrese en su casa.

Ger. Y vaya con él.

ESCENA IV.

FRULA. SALAMANCA.

Sal. ¡Pues qué diabros! ¿Tanto madrugoren, que no tuvieron acuerdo de almorzar primero que se huesen, señor huésped?

Frula. ¿Yo no te dije que no sé mas de cuanto el mozo salió primero por esa puerta, que el otro como abad fué en su busca?

Sal. Y dígame, señor mesonero ó bodegonero ó como es su gracia, por vida de'sa cara, cara honrada, ¿sin almorzar se salioren?

Frula. Tu señor el mozo bebió con una tórtola.

Sal. ¡Pues qué diabros! ¿No habia taza en casa, que bebió con una tórtola?

Frula. ¡Como! Un pájaro, animal.

Sal. Y qué ¿animal no es pájaro?

Frula. No, pues eres tú.

Sal. Mercedes, señor huésped.

Frula. Si tú no quieres entenderte. Lo que yo digo es que comió la tórtola y bebió tras de ella, y el abad, viendo que era ido, demandó sopas de la olla, y ansí se fué.

Sal. ¿Qu'en sopado va? ¡Ah! ¿búrlase?

Frula. ¿Porqué me tengo de burlar?

Sal. Yo juro al cielo de Dios, que no fué ese hecho sino de hombres lamineros: eso meresce el pobre de Salamanca, por irse á dormir en el pajar y ahorrar de cama.

Frula. ¡Catá! ¿Qué, Salamanca te llamas?

Sal. Salamanca me llamo, y aun me pesa dello.

Frula. ¿Porqué?

Sal. Porque en cosas de comer siempre quedo manco.

Frula. Hora bien, queda en hora buena.

Sal. Vaya con Dios, señor bodegonero. ¡Oh! pobre de tí, Salamanca, ¿dónde irás agora solo y en tierra agena, y sin almorzar ni quien te convide? por aquí será bien que atraviese y pida la plaza á do se venden cosas de comer.

ESCENA V.

LAURO. CRIVELO.

Lauro. Cuéntame, Crivelo, lo que á contar me empezaste, sin errar solo un punto.

Criv. Que yo te lo diré, señor, sin discrepar ni tan solamente una puntada.

Lauro. Pues di.

Criv. Has de saber, señor, que como tú me enviaste en casa de Clavela á ver á qué efecto ese rapaz se habia detenido tanto, hallé riñendo á Verginio y á Gerardo.

Lauro. ¿Y sobre qué?

Criv. Sobre que oí decir á Gerardo que habia hallado á Fabio abrazado con su hija Clavela.

Lauro, ¡Oh traidor! ¿Qué, tal oiste?

Criv. Dije que lo oí con estas propias orejas, y fué bien oido.

Lauro. ¿Que fué bien oido? ¡Tacaño!

Criv. No te empines, señor, contra mí, porque es verdad lo que te digo.

Lauro. Yo te creo.

Criv. ¿Cuál yo te creo? Digo que lo haré bueno al diablo que sea, si es menester, encima de un brocal de un pozo, que cumple palabras,

Lauro. Vamos: si yo no le diere su pago, no me llamen hombre hijodalgo.

Criv. ¿Qué? yo basto, señor, á cortalle aquellos brazuelos.

Lauro. Crivelo, vente conmigo, y en velle, dale de tal suerte que le dejes tendido.

Criv. Eso haz cuenta que está hecho. Yo me porné desta postura, sino desotra, y capete en tierra. Vamos.

ACTO QUINTO.

ESCENA PRIMERA.

Calle.

LELIA. QUINTANA. SALAMANCA.

Lelia. ¿Qué tengo de hacer, pobreta de mí, sino tomar el mejor espediente? Especialmente que Lauro mi señor tiene entendido de Crivelo su lacayo que me han visto abrazada con Clavela. Yo no entiendo quién puede ser este que en mi forma y hábito haya tenido tal atrevimiento.

Sal. Señor mase Quintana. ¿Qué digo? Ojo, he allí á Fabricio.

Quint. Ya lo veo.

Lelia. En manos de Marcelo mi amo voy derecho á ponerme.

Quint. Llámale; y sin manteo viene.

Sal. Habráselo jugado: ¡ah! señor. ¡Válame Dios! ¿está sordo?

Lelia. ¿Qué mozo es este que me ha llamado?

Quint. ¿Qué mozo es este? ¡Ah Fabri-

cio! vergüenza, vergüenza, ¿qu'es del manteo?

Lelia. Hombre honrado, ¿conosceisme vos á mí?

Quint. Sí que te conozco.

Sal. Sí que os conoscemos.

Lelia. ¿Tú sabes con quién hablas?

Sal. Bien sé con quién hablo, con Fabricio hablo.

Lelia. ¿Cuál Fabricio?

Sal. Mi amo.

Lelia. ¿Yo soy tu amo?

Quint. Déjate de chacotear, Fabricio, y vamos á la posada.

Sal. Vamos, qu'es hora de comer.

Lelia. ¿Quién te quita la comida?

Sal. Él me la quita, pues venir no quiere.

Lelia. Yo no tengo para qué.

Sal. Bien lo creo, pues tiene su tórtola en el buche.

Lelia. Calla, diablo, con tu comida.

Sal. Bien teneis vos por qué callar, dómine Faldetas, pues antes de salir de la posada así os engullis las sopas como anadon nuevo los livianos ó caracoles.

ESCENA II.

LAURO. CRIVELO, Y DICHOS.

Lauro. Cátale, Crivelo: dale, muera.

Lelia. ¡Santa María, señora! Sed conmigo.

Quint. Teneos, gentilhombre.

Criv. Que no hay que tener.

Sal. A esotro, no á mí. ¡Oh pecador de Salamanca!

Lauro. En casa de Verginio se ha metido.

ESCENA III.

MARCELO. QUINTANA. LAURO. SALAMANCA. CRIVELO.

Mar. ¿Qué descortesía es esta tan grande, señores, de querer entrar con las espadas tiradas en casa agena?

Lauro. Dadnos ese rapazuelo de Fabio.

Quint. ¿Fabio? Fabricio se llama, señores.

Mar. Ni es ese ni esotro, que vivis engañados; pero, señor Lauro, antes que te lo dé, primero te suplico que me oigas un negocio que pocos dias ha que acontesció en mi pueblo, maravilloso de oir.

Sal. Señores, ¿parésceles que vaya por sendas sillas al meson?

Mar. ¿Para qué, di?

Sal. Porque segun han tomado el comienzo, no es mucho que nos tomen aquí las cumpretas.

Quint. Déjele, señor.

Lauro. Que me place de lo oir; pero ha de ser con una condicion, que entregueis luego ese rapaz en mi poder.

Mar. Yo te lo pondré en tus manos propias, á fe de quien soy.

Sal. ¡Qué gentiles alientos para quien querria estar en la posada, y tener los asadores atravesados por las tripas!

Lauro. Di presto.

Mar. Has de saber, señor, que no ha muchos años que un caballero tomó amores con una doncella, la cual le pagaba con el mismo amor. Quiso su desdicha que este caballero se enamoró de otra señora, olvidando la primera: la primera viéndose despreciada de su amante, no sabiendo qué se hacer, acordó de mudar el hábito femenino, y en el de hombre muchos dias le sirvió; pues andando á la desconoscida, viéndose todavía aborrecer de este su señor, vino en tanto estremo que estuvo para desesperar, y está hoy en dia que plañe y lamenta en secreto, que es la mayor lástima del mundo.

Lauro. Dichoso tal hombre, pues con tan firme amor es amado. ¿Y porqué no se da á conoscer de su señor?

Mar. Porque teme del mal suceso.

Lauro. ¿Cuál mal suceso? A fe de caballero que si por mí tal acaesciera... ¿Mas qué digo? No soy yo tan dichoso ni tan bienaventurado.

Mar. Señor, si por ti tal acaesciera, ¿qué es lo que hicieras tú? ¿No olvidáras otro cualquier amor por muger tan constante siendo tan hermosa y noble como la otra?

Lauro. ¿Cuál olvidar? ¿Y con qué se podria pagar un tan conforme amor?

Mar. Pues primero que en nuestra casa entres, ni á Fabio veas, quiero me jures á fe de caballero que es lo que tú hicieras sobre este negocio.

Lauro. Por el juramento que me has tomado te juro que no le podria pagar con otra cosa, sino con tomalla por muger.

Mar. ¿Hiciéraslo ansí?

Lauro. Y no de otra manera.

Mar. Pues entra, señor, que por tí propio ha sucedido lo contado.

Lauro. ¿Por mí? ¿cómo?

Mar. Porque Fabio (á quien tú quieres matar pensando que es hombre) es tu querida primera Lelia, hija de Verginio, romano, la cual se salió del monesterio por servirte en hábitos de hombre; mira si le

debes algo y le eres en grandísima obligacion.

Lauro. No me digas mas, señor Marcelo, que yo te creo.

Criv. Y aun por eso, señor, muchas veces cuando se iba á acostar á la cámara de los lacayos, se apartaba acullá lejos en un rincon á desnudar: yo decíale: hermano Fabio, ¿porqué no te vienes á desnudar á la lumbre? y respondiame él diciendo: hermano Crivelo, tengo sarna.

Lauro. Sus, entremos allá dentro, que yo le quiero pagar con lo que tengo dicho.

Sal. Señor mase Quintana, si aquel no es Fabricio, ¿qué esperamos? vámonos *ad comedendum ad posatam.*

Quint. ¿Qué dices? ¿Qué algarabía es esa?

Sal. ¿Algarabía es esta? Es gramátula, y aun de la mas fina de Alcalá de Humares.

Quint. Escúchate. Dígame, señor, ¿cómo dijo denantes que se llamaba el padre desa Lelia?

Mar. Verginio, romano.

Quint. ¿Verginio, romano?

Mar. Sí, señor.

Quint. ¿Tuvo otro hijo sin esta?

Mar. Uno, el cual se perdió en el saco de Roma.

Quint. Por hallado se puede tener el dia de hoy: que llegando á ver aquí á Módena so amparo y guarda mia, se nos ha desparecido, y pensando ser este que se retrajo en vuestra posada, venimos en su seguimiento.

Criv. ¿Y es ese el que llamais Fabricio?

Quint. Sí, señor.

Criv. Ta, ta, que me maten si ese que vos decis no es el que han tomado por Lelia, y está encerrado en casa de Gerardo.

Mar. Pues por amor de mí, mientras nosotros nos entramos á efectuar el matrimonio del señor Lauro con Lelia, se vaya aquí con Crivelo.

Quint. ¿Dónde, señor?

Mar. A casa de Gerardo, porque Verginio es ido allá armado con Pajares su mozo á que le restituya á Lelia.

Quint. ¡Válame Dios! Iré porque no suceda algun escándalo.

Criv. Vamos, y daremos noticia de lo pasado.

ESCENA IV.

QUINTANA. SALAMANCA.

Sal. ¿Y pues? ¿yo, mase Quintana ó cuartana, quédome hecho campaleon? ¿Piensa que me he de mantener del aire?

Quint. ¡Oh! toma, cata ahí cuatro reales y dalos á Frula el mesonero en señal que se los debemos, y dile que te dé el portillon de la ropa.

Sal. ¿Y no mas?

Quint. Y el pan que sobró del almuerzo, y vente aquí á la posada del señor Verginio.

Sal. Que me place, y al pan podeis agradescer la vuelta.

ESCENA V.

VERGINIO. PAJARES.

Verg. Mira, Pajares.

Paj. Miro, señor.

Verg. No te cures de mas sino hacer como yo hiciere; veamos si me darán á mi hija por fuerza ó por grado, ó mal que les pese.

Paj. Y dígame, señor, ¿cuántos han de ser los alanceados, si place á la voluntad de Dios?

Verg. Solo uno es el que me ha ofendido.

Pag. ¿Uno no mas? ¿Y cómo se llama?

Verg. ¿De todo te han de dar cuenta? Gerardo se llama. ¿Porqué lo dices?

Paj. Porque querriame llegar á la iglesia.

Verg. ¿Para qué?

Paj. Para hacelle decir una misa de salud.

Verg. Calla, badajo, que no sé quien viene.

Paj. Crivelo es el uno, y el otro saludador me paresce.

ESCENA VI.

CRIVELO. QUINTANA, Y DICHOS.

Criv. Guárdele Dios, señor Verginio.

Verg. Seas bien venido con la compañía.

Quint. Beso sus manos.

Paj. Señor Crivelo, ¿paréscele en qué andenes y riesgos me han traido mis pecados?

Criv. ¿Cómo, Pajares?

Paj. ¿Cómo me pregunta? ¿No ve qué enlanceado estoy?

Criv. ¿Pues qué hace al caso, di?

Paj. ¿Quién me hizo á mí mata hombres? Que aun por mis pecados los dias pasados mató mi padre un huron, y en mas de

quince dias no osaba salir de noche al corral do le habia muerto.

Quint. ¿Porqué?

Paj. Porque no me asombrase su álma.

Criv. Señor Verginio, bien puede vuesa merced enviar este mozo á casa á desarmarse.

Paj. ¡Ah! Dios te dé salud, amen.

Verg. ¿Cuál enviar? ¿Venis vos hecho de concierto con Gerardo? Pues tené por entendido que no lo haré hasta en tanto que me dé mi hija, tan sana y tan buena como se la entregué.

Criv. Señor Verginio, ¿cómo? ¿cómo os puede dar vuestra hija, no teniéndola?

Verg. ¿Dizque no teniéndola? ¿Pues qué cuenta me da de la moza que yo le dejé en su poder?

Criv. ¿Moza? Yo digo que es mozo.

Quint. Señor, lo que yo tengo entendido de este negocio es que Lelia está en tu casa, con toda la honra del mundo, y desposada con un gentilhombre que se llama Lauro.

Criv. Dice verdad, señor: con mi amo.

Paj. ¿Y sin pedirme perdon, señor?

Verg. ¿De qué te habia de pedir perdon?

Paj. De que me hizo ayunar el lúnes sin ser ayuno, ni cantallo el martilojo de mi bravario.

Verg. ¿Qué, mi hija es desposada con Lauro? Dichoso seria yo si tal fuese.

Criv. Que lo puedes bien creer, señor.

Verg. Y pues, el que tanto le semeja, que está en casa de Gerardo, ¿quién ha de ser?

Quint. Tu hijo, señor.

Verg. ¿Qué me contais?

Quint. La verdad sin falta.

Verg. ¡Oh providencia divina!

Criv. Señor, en casa de Gerardo me entro, por dalle aviso del regocijo tan sobrado, y ganar las albricias.

Verg. Corre, ve.

Paj. Yo á desalancearme.

ESCENA VII.

VERGINIO. QUINTANA.

Verg. ¿Señor, cómo es su gracia?

Quint. Quintana, á su servicio.

Verg. ¿De qué tierra?

Quint. De Roma, ayo de su hijo Fabricio.

Verg. ¿Fabricio? ¿Y quién le puso ese nombre?

Quint. Señor, tú has de saber que el dia de la revuelta que fué saqueada Roma, quiso su buena dicha ó ventura que vino en poder tu hijo de un capitan español dicho Fabricio, y por quererle tanto, me lo dió que le enseñase toda crianza, llamándole de su propio nombre, y al punto que fallesció, lo dejó heredero de su hacienda.

Verg. ¡Santo Dios!

Quint. Yo, como por tu hijo y mi criado supiese que tenia padre que se llamaba Verginio, y por informacion de algunos estranjeros que en Módena residian, determiné de encaminarle á esta ciudad y traelle en tu presencia.

Verg. Digo, señor, que yo estoy por ello á no faltaros en los dias de mi vida.

ESCENA VIII.

GERARDO. FABRICIO. CLAVELA. CRIVELO, Y DICHOS.

Criv. Señor, he aquí do sale el señor Gerardo y tu hijo Fabricio, con su esposa Clavela mano por mano.

Ger. ¿Qué le paresce, señor Verginio, las cosas que son encaminadas por Dios, cómo siempre vienen á parar en buen suceso?

Verg. Así es la verdad, señor Gerardo.

Quint. Fabricio, abraza á tu padre.

Fabr. Déme sus manos, señor.

Verg. ¡Jesus! y cuán semejante es á Lelia: bendígate Dios, hijo mio, y á tu esposa.

Clav. Y á él dé largos dias de vida.

Ger. Señor Verginio, pues no ha sido servido Dios que Lelia fuese mi muger, segun aquí Crivelo me ha contado, digo que yo me tengo por muy dichoso y contento que su hijo Fabricio sea mi yerno, y d'hoy mas por consuegros y hermanos nos abracemos.

Verg. Que me place, y vamos derecho á mi aposento donde se celebrarán las bodas cumplidamente.

Criv. Sus, señores: si les paresciere alcanzar de la fiesta y confitura que allá dentro está aparejada, alléguense á la posada del señor Verginio, que, á fe de hombre de bien, segun el preparatorio, no falten quejosos; y por tanto, perdonen.

CORNUDO Y CONTENTO.

PASO.

PERSONAS.

LUCIO, doctor médico.
MARTIN DE VILLALBA, simple.
BARBARA, su muger.
GERONIMO, estudiante.

Plaza de un lugar.

LUCIO.

¡Oh miserabilis doctor! ¿Qué fortuna es esta, que no haya receptado en todo el dia de hoy recepta ninguna? ¡Pues mirad quién asoma para mitigar mi pena! Este es un animal, que le ha hecho encreyente su muger que está enferma, y ella hácelo por darse el buen tiempo con un estudiante; y él es tan importuno, que no lo hace con dos ni tres visitas al dia. Pero venga, que en tanto que los pollos en el corral le turaren, nunca su muger estará sin fiebre. Sea bien allegado el bueno de Alonso de...

Martin. No, no, señor licenciado, Martin de Villalba me llamo, para toda su honra.

Lucio. Salus atque vita. ¿Para qué era nada desto, hermano Martin de Villalba?

Martin. Señor, perdone vuesa merced, que aun están todavía pequeñuelos, pero sane mi muger, que yo le prometo un ganso que tengo á engordar.

Lucio. Déos Dios salud.

Martin. No, no, primero á mi muger, plegue á Dios, señor.

Lucio. Mochacho, toma esos pollos, ciérrame esa gelosía.

Martin. No, no, señor, que no son pollos de gelosía, vuesa merced puede estar descuidado. ¿Sabe cómo los ha de comer?

Lucio. No por cierto.

Martin. Mire, primeramente les ha de quitar la vida y plumallos, y echar la pluma, y los hígados, si los tuvieren dañados.

Lucio. ¿Y despues?

Martin. Despues ponellos á comer si tuviere gana.

Lucio. Bien me paresce todo eso. ¿Pues cómo se ha sentido esta noche vuestra muger?

Martin. Señor, algun tanto ha reposado, que como ha dormido en casa aquel su primo el estudiante, que tiene la mejor mano de ensalmador del mundo todo, no ha dicho en toda esta noche, aquí me duele.

Lucio. Yo lo creo.

Martin. Guárdenos Dios del diablo.

Lucio. ¿Y queda en casa?

Martin. Pues si queso no huese, ya seria muerta.

Lucio. ¿Tomó bien la purga?

Martin. ¡A mi madre! Ni aun la quiso oler: pero buen remedio nos dimos porque le hiciese impresion la melecina.

Lucio. ¿Cómo así?

Martin. Señor, aquel primo suyo, como es muy letrado, sabe lo qu'el diablo deja de saber.

Lucio. ¿De qué manera?

Martin. Díjome: mirad, Martin de Villalba, vuestra muger está de mala gana, y es imposible que ella beba nada desto: vos decis que quereis bien á vuestra muger: dije yo, á mi madre, no esteis en eso, que juro á mí que la quiero como las coles al tocino. Dijo él entuences, pues tanto monta: bien os acordais que cuando os casaron con ella, dijo el crego ser unidos en una misma carne. Dije yo, así es verdad: dijo él, pues siendo verdad lo qu'el crego dijo, y siendo toda una misma carne, tomando vos esa purga, tanto provecho le hará á vuestra muger como si ella la tomase.

Lucio. ¿Qué hicistes?

Martin. Pardiez, apenas hubo acabado la zaguera palabra cuando ya estaba el escudilla mas limpia y enjuta que la podia dejar el gato de Mari Jimenez, que creo que no hay cosa mas desbocada en toda esta tierra.

Lucio. Bien le aprovecharia.

Martin. Guárdenos Dios: yo fui el que no pude mas pegar los ojos, que ella á las

once del dia se despertó, y como á mí me habia quedado aquella madrugada tan enfecto el estrómago con aquello de la escudilla, hízole tanto provecho á ella, que se levantó con una hambre, que se comiera un novillo si se lo pusieran delante.

Lucio. ¿En fin?

Martin. En fin, señor, que como no me podia menear del dolor que en estos hijares sentia, díjome su primo: andad mal punto que sois hombre sin corazon: de una negra purguilla estais, que me paresceis un buho serenado: entuences el señor diciendo y haciendo, apañó una gallina por aquel pescuezo, que paresce que agora lo veo, y en un santiamen fué asada y cocida, y traspillada entre los dos.

Lucio. Hiciérame yo al tercio, como quien juega á la primera de Alemaña.

Martin. ¡A mi madre! Bien lo quisiera yo, sino que me hicieron encreyente que le haria daño á mi muger lo que yo comiere.

Lucio. Hicistes muy bien, mirad quién ha de vivir seguro de aquí adelante: segun me paresce, á vos basta que curemos.

Martin. Sí señor, pero no me mande mas de aquello de la escudilla, sino no será mucho á muchas escudilladas ahorrar de tripas, y quedarse el cuerpo como cangilon agujereado.

Lucio. Agora pues, yo tengo ciertas visitas, id en buen hora, y acudios por acá mañana, que con un buen regimiento que y'os ordenaré, basta para que se acabe de curar.

Martin. Dios lo haga, señor.

Estud. Por el cuerpo de todo el mundo, señora Bárbara, veis aquí á vuestro marido que viene de hácia casa del doctor Lucio, y creo que nos ha visto. ¿Qué remedio?

Bárb. No tengais pena, señor Gerónimo, que yo le enalbardaré como suelo, hacerle he encreyente que vamos á cumplir ciertos votos que convienen para mi salud.

Estud. ¿Y creerlo ha?

Bárb. ¿Cómo si lo creerá? Mal lo conoceis: si yo le digo que en lo mas fuerte del invierno se vaya á bañar en la mas helada acequia, diciendo que es cosa que importa mucho á mi salud, aunque sepa ahogarse, se arrojará con vestidos y todo. Hábiele.

Estud. Bien venga el señor Martin de Villalba, marido de la señora mi prima, y el mayor amigo que tengo.

Martin. ¡Oh señor primo de mi muger! Norabuena vea yo aquesa cara de pascua de hornazos. ¿Dónde bueno? ¿O quién es la revestida, como borrica de llevar novias?

Estud. Déjala, no la toques, una moza es que nos lava la ropa allá en el pupilage.

Martin. ¿Mas, á fe?

Estud. Si en mi ánima, ¿habiate decir yo á tí uno por uno?

Martin. Bien lo creo, no te enojes: ¿y adónde la llevas?

Estud. A casa de unas beatas, que le han de dar una oracion para el mal de la jaqueca.

Martin. ¿Búrlasme, di?

Estud. No, por vida tuya, y de cuanto luce delante mis ojos.

Martin. V'en buen hora, ¿has menester algo?

Estud. Dios te dé salud, no agora.

Martin. Como tú deseas.

Bárb. ¡Oh grande alimaña! que aun no me conoció. Aguija, traspongamos.

Martin. Ola, ola, primo de mi muger.

Estud. ¿Qué quieres?

Martin. Aguarda, cuerpo del diabro, que ó yo m'engaño, ó es aquella saya la de mi muger; sí, ella es: ¿dónde me la llevas?

Bárb. ¡Ah don traidor! Mirad qué memoria tiene de mí, que topa su muger en la calle, y no la conosce.

Martin. Calla, no llores, que me quiebras el corazon, que yo te conosceré, muger, aunque no quieras, de aquí adelante; pero dime, ¿dónde vas? ¿volverás presto?

Bárb. Sí volveré, que no voy sino á tener unas novenas á una santa con quien yo tengo grandísima devocion.

Martin. ¿Novenas? ¿Y qué son novenas, muger?

Bárb. ¿No lo entendeis? Novenas se entiende que tengo de estar yo allá encerrada nueve dias.

Martin. ¿Sin venir á casa, álma mia?

Bárb. Pues, sin venir á casa.

Martin. Sobresaltado me hablas, primo de mi muger, burlonazo, maldita la sangre que me hablas dejado engotada.

Bárb. Pues concédeme una cosa.

Martin. ¿Y qué, muger de mi corazon?

Bárb. Que ayuneis vos todos estos dias que yo allá estuviere á pan y agua, porque mas aproveche la devocion.

Martin. Si no es mas que aqueso, soy muy contento: v'en buen hora.

Bárb. A Dios: mirad por esa casa.

Martin. Señora muger, no te cumple hablar mas como enferma, que el doctor me ha dicho que á mí me ha de curar, que tú, bendito Dios, ya vas mejorando.

Estud. Quedad en buen hora, hermano Martin de Villalba.

Martin. Ve con Dios: mira, primo de mi muger, no dejes de aconsejarla que si se halla bien con las novenas, que las haga decenas, aunque yo sepa ayunar un dia mas por su salud.

Estud. Yo lo trabajaré, queda con Dios.

Martin. Y vaya con él.

PAGAR Y NO PAGAR.

PASO.

PERSONAS.

BREZANO, hidalgo.
CEVADON, simple.
SAMADEL, ladron.

Sala de casa particular.

BREZANO.

Hora ¿no es cosa estraña que á un hidalgo como yo se le haya hecho semejante afrenta y agravio cual este? y es que un casero de esta mi casa en que vivo, sobre cierto alquiler que le quedé á deber, me ha enviado á emplazar doscientas veces. Yo quiero y tengo determinado de llamar á Cevadon mi criado, y dalle los dineros para que se los lleve. Ola, Cevadon, sal acá.

Cev. Señor, ¿llama vuesa merced?

Brez. Sí señor, yo llamo.

Cev. Luego oí que me llamaba.

Brez. ¿En qué oyó que le llamaba?

Cev. ¿Diz que en qué? En nombrarme por mi nombre.

Brez. Hora, ven acá, ¿conosces?

Cev. Sí señor, ya conuezco.

Brez. ¿Qué conosces?

Cev. Esotro el aqueste, el que dijo vuesa merced.

Brez. ¿Qué dije?

Cev. Ya no se m'acuerda.

Brez. Dejémonos de burlas: dime si conosces á aquel casero desta mi casa en que vivo.

Cev. Sí señor, muy bien lo conuezco.

Brez. ¿Dónde vive?

Cev. Acullá en su casa.

Brez. ¿Dónde está su casa?

Cev. Mire vuesa merced, eche por esta calle derecha, y torne por esotra á mano izquierda, y junto la casa, empar de la casa al otra casa mas arriba está un poyo á la puerta.

Brez. No me entiendes, asno: no te digo sino si conosces al casero de mi casa.

Cev. Que sí señor, muy rebien.

Brez. ¿Dónde mora?

Cev. Mire vuesa merced, váyase derecho á la iglesia, y éntrese por ella, y salga por la puerta de la iglesia, y dé una vuelta alrededor de la iglesia, y deje la iglesia, y tome una callejuela junto á la callejuela, empar de la callejuela, la otra callejuela mas arriba.

Brez. Bien sé que sabes allá.

Cev. Sí señor, demasiadamente sé.

Brez. Sus, toma estos quince reales, y llévaselos, y dile que digo yo que lo ha hecho ruinmente en enviarme á emplazar tantas veces, y que digo yo que me haga merced de no hacello tan mal conmigo; y mira que al que se los has de dar ha de tener un parche en el ojo, y una pierna arrastrando, y primero que se los des te ha de dar una carta de pago.

Cev. ¿Que primero que le dé yo los dineros, le tengo de dar una carta de pago?

Brez. Que no, asno, él á tí.

Cev. Ya, ya, él á mí, yo lo haré muy requisimamente.

Calle.

Sam. Segun soy informado, por aquí ha de venir un mozo con unos dineros que los ha de dar á un mercader: yo le tengo de hacer encreyente que soy el mercadante y cogelle los dineros, que bien creo que serán buenos para alguna quinolilla: ta, ta, quiero disimular, que helo aquí do viene.

Brez. Mira que lo sepas hacer, diablo.

Cev. Que lo sabré hacer, ¡válame Dios!

Sam. Ola, hermano, ¿es hora que traigais esos dineros?

Cev. ¿Es vuestra merced el que los ha de recibir?

Sam. Y aun el que los habia de tener en la bolsa.

Cev. Pues, señor, díjome mi amo que le diese á vuesa merced, y tomase vuesa merced quince reales.

Sam. Sí, quince han de ser, dad acá.

Cev. Tome: aguarde vuesa merced.

Sam. ¿Qué tengo de aguardar?

Cev. ¿Diz qué? las insinias.

Sam. ¿Qué insinias?

Cev. Dijo mi amo que habia de tener vuesa merced un parche en el ojo, y traer una pierna arrastrando.

Sam. Así, pues si no es mas deso, cata aquí el parche.

Cev. Avese d'ay, ¿diz qu'eso es parche?

Sam. Digo que sí es.

Cev. Digo que no es.

Sam. Digo que lo es, aunque os pese.

Cev. No quiero pesar, señor, sédo al mandado de vuesa merced, parche es, válame Dios! son como traia vuesa merced abajo el sombrerillo, no habia visto el parche.

Sam. Hora, sus, dad acá los dineros.

Cev. Tome vuesa merced.

Sam. Echa.

Cev. Aguarde.

Sam. ¿Qué tengo de aguardar?

Cev. ¿La pierna arrastrando qu'es della?

Sam. ¿La pierna? Vesla aquí.

Cev. Tome vuesa merced los dineros.

Sam. Vengan.

Cev. Aguarde.

Sam. ¡Oh pecador de mí! ¿qué quieres que aguarde?

Cev. ¿Qué tengo de aguardar? La carta de pago.

Sam. Pues vesla aquí, toma, bobo, que en verdad veinte años ha que está escrita, y decidle á vuestro amo que digo yo que es un grandísimo bellaco.

Cev. ¿Que le diga yo á mi amo que vuesa merced es un grandísimo bellaco?

Sam. Que no, sino que yo se lo digo á él, y que lo ha hecho ruinmente.

Cev. Ta, ta, eso de ruin le habia de decir yo á vuesa merced, que mi amo me dijo que se lo dijese, téngalo por recibido.

Sam. Bien está, vete con Dios.

Cev. Vaya vuesa merced: ofrézcole al diabro el parche que lleva, que miedo tengo que no me haya engañado.

Brez. Ola, Cevadon, ¿traes recado?

Cev. Sí señor, traigo todo recado, y la carta de pago, y todo negocio viene.

Brez. ¿Mirástele bien? ¿viste si tenia parche?

Cev. Sí señor, un parchazo tenia tan grande como mi bonete.

Brez. ¿Vístelo tú?

Cev. No señor, mas él dijo que le traia.

Brez. ¿Pues así habias de fiar de su palabra?

Cev. Sí señor, sé que no habia de infernar ellotro su alma á truque de un parche ni de quince reales.

Brez. Ora, sus, que tú traerás algun buen recado; y dime, ¿traia la pierna arrastrando?

Cev. Sí señor, luego que le di los dineros arrastró ansina la pierna, mas luego que se fué, iba mas derecho que un pino.

Brez. Baste, veamos la carta.

Cev. Tome, señor.

Brez. *Señor hermano.*

Cev. ¿Dice ahí señor hermano?

Brez. Sí, que dice señor hermano.

Cev. Debe de ser hermano del que recibió los dineros.

Brez. Ansí debe de ser. *Las libras de azafran...*

Cev. ¿Ahí dice libras de azafran?

Brez. Sí, aquí así dice.

Cev. ¿Las libras de azafran? ¿Yo no he traido á vuesa merced azafran?

Brez. A mí no.

Cev. ¿Pues cómo viene el papel enzafranado?

Brez. ¿Tú no ves que te ha engañado, que por darte carta de pago te ha dado carta mensagera?

Cev. ¿Carta, ó qué?

Brez. Carta mensagera.

Cev. Pardiez si eso es verdad, que lo ha hecho muy bellaquísimamente.

Brez. ¿Qué remedio, señor?

Cev. Yo diré á vuesa merced qué remedio. Que tomemos sendos palos, y que vamos callibajo, vuesa merced primero, yo tras dél, y si á dicha l'encontramos, cobrarémos nuestros dineros; cuando no, servirme ha de criado estuences.

Brez. ¿Qué es servirte de criado?

Cev. ¿Qué, señor? Que y'os compezaré á bravear con él, como lo hizo de ruin hombre de llevarse los dineros sin parche ni pierna arrastrando, y en esto vuesa merced descargará con la paliza.

Brez. Pues, sus, vamos.

Cev. Vamos.

Sam. Bien dicen que lo bien ganado se pierde, y lo malo, él y su amo: esto digolo porque aquellos dineros que tomé al simple

mozo, los medios se fueron en un resto, y los otros se quedaron en un bodegon: dicen que van en busca mia, no tengo otro remedio sino diferenciar la lengua.

Brez. Haz que le conozcas bien.

Cev. Pierda cuidado vuesa merced, que yo le conosceré rebien. Véngase poco á poco tras mí.

Brez. Anda.

Cev. Señor, señor.

Brez. ¿Qué?

Cev. Caza tenemos, el del sombrerito es.

Brez. Cata que sea él.

Cev. Que sí, señor, este me tomó los dineros.

Brez. Sus, háblalè.

Cev. Hombre de bien.

Sam. La gran bagase qui us parí.

Cev. No habla cristianamente, señor.

Brez. Sepamos pues en qué lengua habla.

Sam. Yuta drame á roquido dotos los durbeles.

Brez. ¿Qué dijo?

Cev. Que se los comió de pasteles.

Sam. ¿No he fet yo tan grasa llegea?

Brez. ¿Qué es lo que dice?

Cev. Qu'él los pagará, aunque se pea.

Sam. ¿Qué he de pagar?

Cev. Los dineros que me quisiste hurtar.

Sam. Tomá una higa para vos, don villano.

Cev. Pero tomad vos esto, don ladron tacaño.

Brez. Eso sí, dale.

Cev. Aguarda, aguarda.

PRENDAS DE AMOR.

COLOQUIO.

PERSONAS.

MENANDRO, pastor.
SIMON, pastor.
CILENA, pastora.

SIMON, MENANDRO.

Sim. Menandro, ya hemos llegado
Do podemos deslindar,
Y dejar averiguado
Cuál es mas aventajado,
Y tiene mas que esperar.
Que si Cilena pastora
A los dos favor nos dió,
A mí mas me aventajó,
Pues aquella clara aurora
Su zarcillo me entregó.

Men. Si por combate ó razones
La gran locura en que estás,
Simon, defender querrás,
Propon luego tus quistiones,
Porque á todo me hallarás:
Dices que te dió un zarcillo
De su oreja delicada,
Y que á mí no me dió nada,
Porque m'entregó un anillo
De mano tan alindada.

Sim. ¿Quién vido señal de amor
Tan manifiesta y tan clara,
Ni de tan alto valor?
Pues me dió por mas favor
Las insinias de su cara:
Por aquí quiero cazarte.
Ven acá, Menandro hermano,
Pues quieres aventajarte,
¿Cuál es mas preciosa parte
Las orejas ó la mano?

Men. Si va por via de honor
De honra, los afrentados
Por justicia y castigados
Viven con gran deshonor
Si fueren desorejados.
Y por tanto yo diria
Que en esta causa ó quistion,
Simon, las orejas son
De menor precio y valía,
Que no nuestras manos son.
¿Quieres ver como la mano
Es de mayor escelencia?
Ten cuenta, Simon hermano,
Y verás la diferencia
Porque no estés tan ufano.
Si te vas á desposar,
En señal de casamiento
Lo primero que has de dar
¿Qué ha de ser?

Sim. A mi pensar
Es la mano, á lo que siento.

Men. ¿Y despues el sacerdote

Cuando os velais en la igreja,
El anillo, acemilote,
Pónetelo, di, majote,
En la mano ó en la oreja?
No tienes que responder,
Que ya queda averiguado,
Por ser mas aventajado,
Y esto se puede bien ver
Por el anillo esmaltado.
Sim. Sea, dices que es ansi:
Tú, contento con tu anillo,
Yo, con mi dulce zarcillo.
Men. A la fe sábete aquí
Que te he vencido, carillo.
Sim. La gran soberbia que cobras,
Menandro, en el proponer,
Me da muy claro á entender
Que por la envidia que sobras
Te tengo aquí de vencer.
Men. Mi fe tú estás afrasgado,
No te aprovechan razones
Y tus debres conclusiones
Claramente han demostrado
Ser fracas en dos renglones.
Sim. Tente que siento pisadas:
Cilena debe de ser.
Men. Suso, ella podrá hacer
Que cesen nuestras puñadas,
Y altercanza y contender.

(*Entra Cilena, pastora.*)

Cil. Anday, mi branco ganado,
Por la frondosa ribera,
No vaja tan alborotado,
Seguid hácia la ladera
Deste tan ameno prado:
Gozad la fresca mañana
Llena de cien mil olores,
Paced las floridas flores
De las selvas de Diana
Por los collados y alcores.
Men. ¡Oh Cilena! bien llegada:
Dichosos tales collados
Que de tí son visitados:
De tí, pastora agraciada,
Queremos ser agrarídos.
Bien te acuerdas que en el prado
A Simon diste un barrillo,
Y á mí me diste un anillo
En señal de aventajado,
Causa de nuestro omecillo.
Dice y afirma Simon
Que todo el favor le diste,
Y que á mí me aborreciste:
Aquesta es nuestra quistion,
Y tú en ella nos posiste.
Cil. Quisiera lugar tener,
Cierto, garridos pastores,
Para que vuestros errores
Dejáran de proceder
Sobre tal causa de amores.
Mas pues que soy allegada,
Porque no os quejeis de mí,
Tomad eso que va ahí,
Y otra vez en la majada
Sabreis presto el no, ó el sí.
Por agora perdonad
Que no puedo detenerme:
Pastores, en paz quedad,
Y en lo que os dí contemplad
Porque dejeis de quererme.
Sim. Di, Menandro, ¿qué te ha dado?
Men. A mí dióme un corazon
Con un letrero esmaltado.
Sim. Y á mí su rostro pintado
Al vivo en gran perfeccion:
Tambien lleva su letrero.
Men. ¿Qué dice?
Sim. *Mira y verás*
En mí, cuanto tú querrás.
Dichoso Simon cabrero,
¿Qué es lo que deseas mas?
En esto se ha conocido
Yo ser mas aventajado
Amado y favorecido,
Pues mi Cilena me ha dado
Su rostro al vivo esculpido.
Men. Simon, no estés tan ufano,
No pienses con tu labor
Llevarte todo el favor.
Sim. ¿Qué dice tu letra, hermano?
Que esta llena está de amor.
Men. *Yo no tengo mas que dar,*
Pues te doy el corazon;
Mas con aquesso, garzon,
No tienes de gloriar
Ni mostrar mas presuncion.
¡Oh señal nada imperfecto
De la pastora Cilena!
Sim. ¡Oh empresa de mi pena!
Men. ¡Oh espejo de mi objeto!
Sim. ¡Oh vez que en mi alma suena!
¡Oh rostro mas que hermoso!
Men. ¡Oh pastor bien fortunado!
Sim. ¡Oh retrato delicado!
Men. ¡Oh corazon amoroso,
Qué de contento me has dado!
Dejemos nuestro altercar,
Simon, que si vas contento,
Yo voy mas que recontento.
Sim. Yo sin mas qué desear,
De alma y de pensamiento.

ALONSO DE LA VEGA.

AMOR VENGADO.

PASO.

PERSONAS.

CUPIDO.	BRUNEO, pastor.
FALACIO, pastor.	DORESTA, pástora.

Fal. Mira, Amor, no nos persigas ni apremies, tente afuera, que el que no es acostumbrado á ser captivo, adora la libertad: no pienses con tus blasones y poderes absolutos que publicas, enternescer nuestro silvestre y salvagino natural, que nosotros la soledad amamos, las peñas nos acompañan, los jarales nos recrean, las yerbas nos refrescan, adonde con nuestras brutales fuerzas despedazamos los osos, los tigres y basiliscos amontamos. Reconosce, Amor, que los corazones que contra tales fieras pueden, contra tus fuerzas mas que bastantes serán.

Cup. ¡Oh brutos zagales! ¡Contra mi poder tan atrevidamente hablais! Tornad, tornad en vosotros, y conoced que soy hijo del sapientísimo Vulcano, y á los pechos blancos de la diosa Vénus mi madre criado: temido de los fuertes, generalmente de todos obedescido; ¿pues qué haceis, brutos zagales, que ante mí no os humillais? Amando á la pastora Doresta, que por uno de vosotros se deshace, gozad, gozad de la primavera, del verano, y no aguardeis la invernal senectud; catad que como me sirviéredes, así sereis de mí galardonados.

Brun. ¿Cómo? ¿cómo? Tente á una banda, Falacio, no piense con los fieros que publica subjectarnos, ni con yerba de su flecha nos herir. Saca, saca tu cachicuerno cuchillo, aquel con que las verdes hayas y altos robles de estas nuestras montañas destroncar sueles; y si fuerza contra fuerza poner quiere, á las manos lo tomemos, y ellas solas lo determinen.

Fal. Muera.

Brun. Llega, dale.

Fal. No viva el que nos piensa subjectar bajo sus piés.

Dor. Por, paz, zagales, que contra el poderoso Amor no hay fuerzas ni mañas que basten... Escogido rey, en tal guerra sin tu ayuda no se puede haber victoria.

Cup. Amadora y sierva mia, pues amas sin ser amada, y los corazones de estos dos zagales se endurescen contra tí, toma mi arco y mi enherbolada flecha, y al que mas amares atraviésale el corazon.

Fal. Defiéndete, Bruneo.

Brun. No tires, zagala, que no hay quien te ame.

Fal. Y si tirares no nos yerres, que á nuestras manos morirás.

Cup. Suelta, zagala.

Fal. ¡Ay, que me siento herido!

Brun. ¿Tan presto desmayas? Poco ánimo es el tuyo. ¿De quién?

Fal. De amores de esta zagala.

Brun. Ten, ten fuerte como yo.

Cup. Aguarda porque no te alabes.

Brun. ¡Ay que me siento vencido de aquesta que adora mi vida!

Cup. ¿Sois amantes?

Fal. y Brun. Y tus siervos.

Fal. ¡Oh zagala! pues tu amor nos ha vencido, apiádate de nosotros.

Dor. Como si nunca os viera.

Fal. Tú eres mi señora.

Dor. Vosotros mis enemigos.

Brun. ¡Oh gran diosa!

Dor. ¡Oh crueles!

Fal. Aguarda, aguarda.

Dor. No me cumple.

Brun. Por tí morimos.

Dor. Yo vivo en veros morir.

Fal. Yo peno.

Dor. Yo descanso.
Brun. Yo tu esclavo.
Dor. Yo señora.
Fal. Yo sospiro.
Dor. Yo canto.
Brun. Yo te sigo.
Dor. Yo huyo.

Aquí se arrodillan los pastores delante de Cupido.

Fal. y Brun. Amor, Amor, apiádate de nosotros.

Cup. Levantaos, nuevos amantes; aunque rebeldes habeis sido, es justo que de la que os amó y amais, seais galardonados. ¡Oh hermosa zagala! ámalos, pues que te aman.

Dor. ¿A cuál de ellos?

Cup. Bien preguntas: esa causa no quiero determinarla sin consejo de amadores; mas como rey absoluto mando que entre tanto que se determinare, andes en medio de los dos por selvas y boscajes, adonde con casto amor de ellos servida seas, y con su vista te contentes. Ea, caballeros, gentileshombres, lindas damas, en vuestro juicio lo dejo que juzgueis lo que aquí ha pasado: entrambos la aborrecian: entrambos fueron forzados. ¿Cuál se puede llamar amador, el que la zagala hirió con su flecha, ó el que yo herí de mi voluntad?

JUAN DE TIMONEDA.

LOS CIEGOS Y EL MOZO.

PASO.

PERSONAS.

MARTIN ALVAREZ, ciego.
PERO GOMEZ, ciego.
PALILLOS, mozo.

PALILLOS.

Muy escelentes señores,
Con humil acatamiento
Las manos veces sin cuento
Les beso muy sin temores.
Acá por intercesores
Só enviado,
Y lo que mas me ha forzado
A deciros la verdad
Es tener necesidad,
De lo cual Dios sea loado.
Pero en fin tengo pensado
Que al presente
Donde está tan noble gente
Un amo no faltará,
Por ser menester habrá
A este pobre sirviente:
Que de oficios mas de veinte
Sé hacer;
Y si el trage y parecer
Demuestra que poco valgo,
Consuélome que hijodalgo
Só, aunque pese á Lucifer.
Por eso quien de comer
Me dará
Y por mozo me terná,
Podrá alabarse y decir
Que á él le suelen servir
Hijosdalgo de verdá.
Así mi querer está
De ponerme
(Porque no haya de perderme)
Hora sea á melcochero,
O á mozo de cocinero,
Para poder socorrerme,
Aunque sé un poco entenderme
De harbolario
Y tambien de apotecario:
Y aunque el oficio es muy viejo,
Del arte de mandilejo
Os daré todo el sumario.
Para mozo de un vicario
Me pornia
Solo porque cada dia
De las ofrendas comiese,
Y al beber, cuando me viese,
De mí no se quejaria;
Pues si á la voluntad mia
Amo hallase,
Yo os doy fe que trabajase
Aunque me hiciese mil sobras,
De mis servicios y obras
En balde no se quejase.
Porque el tiempo no se pase
En hablar,
Empezaros he á contar
Las condiciones que tengo.
Allá do voy nunca vengo,
Y es condicion singular;
La otra es no levantar
De mañana,
La cual tengo por muy sana:
Sé romper lo que está sano,
Sé al pan dar una mano
Si de comer tengo gana.
Si veo que está liviana
La redoma,
El pesar que allí me asoma
Jamas tiene par ni cuento:
Cuando estoy harto y contento.
Por jamas harán que coma.
Pues si alguno dice, toma,
Con dinero,
Luego me vuelvo ligero.
Por abreviar de razones,
En fin estas condiciones
Son propias de caballero.

Si preguntais de ganchero,
Por mi fe
Nunca en mi vida lo usé,
Sino una vez seis ducados,
Y estos me fueron forzados
Hurtar de do los hurté.
Sobre ellos contaros he,
Con que holgueis,
Un donaire, y tomaréis
En oillo pasatiempo.
Yo estaba, no ha mucho tiempo,
Con un amo que reireis,
Y porque mejor noteis
Era ciego:
Que de su vida reniego,
Cual el triste lo pasaba,
Que de pan no me hartaba.
Yo, como rapaz matiego,
Acordé tramalle un juego
Muy gracioso
Y para mí provechoso,
Y es que supe que escondia
Los dineros que tenia,
Por ser dellos codicioso;
Yo, como mozo astucioso,
De hambre muerto,
Acechéle el lugar cierto
Do escondia este dinero,
Y ví que en un agujero
Lo escondia con concierto.
Yo en haberlo descubierto
La vereda,
Con mi mano mansa y beda
Apañé todo el caudal;
Pero en fin todo fué á mal,
Yo perdido y la moneda.
Pues del hurtar no me queda
Ningun bien,
Quiero huir de tal desden.
No sé en qué precio préciase
Que al presente un amo hallase
Ansí plegue á Dios. Amen.

Mart. Alv. Devotos cristianos, ¿quién
Manda rezar
Una oracion singular
Nueva de nuestra Señora?

Pal. Parece que he oido agora
Ad algun ciego hablar.
Veislo por do fué á asomar,
Ciego es:
Este es mi amo, pardiez,
De quien agora os hablé.
Huiré... ¿mas para qué?
Esconderme quiero pues.

Mart. Alv. Mandadme rezar, pues
Noche santa, [que es
La oracion segun se canta
Del nacimiento de Cristo.
¡Jesus! nunca tal he visto,
Cosa es esta que me espanta:
Seca tengo la garganta
De pregones
Qué voy dando por cantones,
Y nada no me aprovecha:
Es la gente tan estrecha
Que no cuida de oraciones.

P. Gomez. ¿Quién manda sus devo-
Noble gente, [ciones,
Que rece devotamente
Los salmos de penitencia,
Por los cuales indulgencia
Otorgó el papa Clemente?

Mart. Alv. Ciego es este ciertamente
Como yo,
El que agora voces dió:
Mi compadre es si no miento.

P. Gomez. La oracion del nacimiento
De Cristo.

Mart. Alv. Ce.

P. Gomez. ¿Quién llamó?

Mart. Alv. Pero Gomez.

P. Gomez. ¿Quién es?

Mart. Alv. ¿No
Me conoceis?

P. Gomez. Martin Alvarez, qué ha-
Buenas noches le dé Dios. [ceis?

Mart. Alv. Compadre, así haga á vos.
¿A dó bueno?

P. Gomez. Ver podeis:
Yo por ciudad, como veis,
Pregonando
Y la oracion voceando
De Cristo, pues en verdad
Es hoy su natividad.

Mart. Alv. En la mesma oracion ando.

P. Gomez. ¿Sin mozo vais? dende
Me decí. [cuando

Mart. Alv. Dos mil años ha que en
Ya no está, que segun fundo, [mí
En el universo mundo
Tan gran bellaco no ví.

Pal. Llegarme quiero hácia allí
Cerca de ellos
Y un poquito revolvellos,
Pues contra mí se desmandan.

P. Gomez. Compadre, tábanos an-
¿No sentis? [dan,

Mart. Alv. Rabia con ellos,
¡Oh! hideputa en los cabellos
He tomado...
Creo que no... ¡Oh! mal grado
Que se me fué.

P. Gomez. Mas... pardios...
¡Oh! reniego non de vos.

Mart. Alv. Juro á diez que va enlo-
Pues volviendo á lo pasado [dado.

Que primero
Hablamos, deciros quiero
Que mi mozo cuando huyó
Seis ducados me hurtó.
P. Gomez. Mas... ¿burlais?
Mart. Alv. No, son de vero.
Dejóme tan lastimero
De verdad,
Y en tanta necesidad,
Compadre, podeis creer,
Cual nunca me pensé ver.
P. Gomez. ¡Oh qué mozo y qué bon-
Si Dios me dé sanidad [dad!
Y alegría,
Que en verdad tal no sabia.
¿Mas cuánto ha que yo os hablo
Que deis los mozos al diablo?
Vos teneis vuestra porfía
Que os roban de cada dia
Por razon
Cuanto pueden sin pasion,
Y el mozo, por hablar claro,
Para nosotros es caro
Tan solo por la racion.
Así que en mi opinion
Hallo pues
Que ir á solas mejor es
Que no mal acompañado;
Y sino cuando es mirado,
Ganancia y caudal perdés.
Pal. ¡Oh qué gracioso entremes!
El buen viejo
¡Qué ejemplos da y aparejo!
Muy bien predica elegante.
Mart. Alv. Compadre, de aquí ade-
Tomaré vuestro consejo, [lante
Pues se ve que sois añejo
De saber.
Mas vos tambien á mi ver
Debeis, compadre y vecino,
El dinero de contino
En buen recado poner,
Y no ansina lo tener
Aviniente
Sin temor de inconveniente:
Si los poneis á su bozo,
Ved si los hurtará el mozo,
No digo seis, pero veinte.
Pal. Sí, tomaldo al inocente,
Que si hallára
Los veinte que los dejára!
Mart. Alv. ¡Pues, pésete á la for-
Do estaban, persona alguna [tuna!
Hallarlos nunca pensára:
No pues porque los ganára
Mal ganados,
Sino creo que mis pecados
Me han traido á pagadero.
P. Gomez. ¿Dó estaban?
Mart. Alv. En un aujero
Dentro en mi casa guardados.
P. Gomez. ¡Oildo! cuán bien alzados
(Cara atras)
Los tenia.
Mart. Alv. No sé que mas
Podia hacer en guardallos.
P. Gomez. Compadre, con vos lle-
Era muy mejor y en paz. [vallos
Pal. ¡Oh hideputa, y qué hipocras,
Si no miento,
Que sois vos, segun que siento!
P. Gomez. Aosadas que yo no he
Los dineros, si hacer puedo [miedo
Me hurten do los asiento.
Mart. Alv. Pues ese tal regimiento
Que usar
Soleis, me debeis vos dar.
P. Gomez. Pláceme. Siempre pro-
Compadre, por ir seguro [curo,
Los dineros no apartar
De mí, sino los llevar
Yo conmigo,
Pues son nuestro bien y abrigo;
Que allí do el dinero va,
Mi corazon siempre está
Con él, por ser fiel amigo,
Y aun mis dineros me obligo,
Si quereis
Apostar que no sabeis
En qué parte van de mí
Persona.
Mart. Alv. Ea que sí.
P. Gomez. Compadre, no acertaréis.
Mart. Alv. Apostay que los traeis,
Sin mentir,
En los zapatos.
P. Gomez. Reir
Me haceis á boca llena.
Pal. ¡Oh qué plática tan buena!
Llegar quiero por oir.
P. Gomez. En fin quiérooslo decir
Donde están
Y el lescondrijo dó van,
Mas con todo no quisiese
Que aquí alguno lo oyese
Por no me ver en afan.
Pal. Callar cumple, juria san
Con primor.
Mart. Alv. Esperá y será mejor
Reconoscer si habrá alguno
Por aquí. No hay ninguno,
Hablar podeis sin temor.
P. Gomez. Pues sabed que alrededor
Del bonete
Los llevo como á ribete,
Compadre, y emparejados.

Mart. Alv. ¿Y serán cuántos ducados?
P. Gomez. Hasta cinco, ó seis ó [siete...
Dad acá: ¡en gentil sonete
Os entonais!
Mart. Alv. ¿Qué diablos me deman- [dais?
P. Gomez. Mi bonete.
Mart. Alv. ¿Cómo? ¿Cuándo
Os faltó?
P. Gomez. No esteis burlando:
Echaldo acá.
Mart. Alv. Mas ¿burlais?
P. Gomez. Compadre, ¿de eso os [picais?
Mart. Alv. ¡Qué hablar!
Mirá si os soleis picar
Vos en hacer cosa tala,
Que esa palabra es muy mala.
P. Gomez. ¡Oh qué buen disimular
Que teneis!
Mart. Alv. Id á rodar,
Que no nada.
P. Gomez. Compadre, á mí no me [agrada
Que con dineros burlemos;
Sino ved que perderemos
La nuestra amistad pasada.
Mart. Alv. Digoos que esa badajada
Que decis
Es mal dicha, si sentis.
P. Gomez. Ea, dejad aquesos fieros,
Y volvedme los dineros,
Que vos los teneis.
Mart. Alv. Mentis.

LOS MENEMNOS.

COMEDIA.

INTROITO.

PERSONAS.

CUPIDO.
GINEBRO, pastor.
CLIMACO, pastor.
CLAUDINO, pastor.

CORO.

Oye, Cupido, señor,
No te quejes de pastores,
Que el remedio de amador
Es decir mal del amor
Y á la fin morir de amores.

Cup. Atrevidos y enamorados pastores, ¿de dónde os vino tanta osadía que recostados en vuestras cabañas y con gran descuido osásedes ultrajar mi divinidad? Y pues con mi potencia os he traido á este lugar, cada uno dé razon de sus quejas para que se haga justicia.

Gin. Dios y señor Cupido, á mí ningun perjuicio me tienes hecho, antes vivo con contentamiento.

Claud. Yo con gran descontentamiento.

Clim. Yo con mucho mas.

Cup. Sepamos la causa.

Claud. Yo te la contaré, muy alto Cupido. Ha de saber tu magestad que viéndonos heridos de tu mano Ginebro, Climaco y yo de amores de la muy hermosa zagala Temisa, acordamos por quitarnos de rencillas y cordojos de presentarnos delante su agraciado conspecto para que dijese ella misma á cuál de nosotros escogia por su requebrado.

Clim. Y porque, encumbrado Cupido, mejor lo comprendas, has de saber que primero cada cual de nos contó en su presencia las gracias de que era dotado.

Cup. Sepa yo qué gracias le propusistes.

Claud. Yo le dije: amantísima zagala, sábete que soy tan esforcejudo, que por mis fuerzas soy temido en toda Estremadura de los mas valientes zagales, por lo cual pretiendo que me has de escoger por tu servidor.

Clim. Yo le dije: oye, zagala de bel parescer: tú sabrás que en toda la mesta no se hallará zagal tan franco y liberal como yo, y porque nasce esta virtud de ánimo generoso y grande, creo que me recibirás por tu zagal, dejando á cualquier desotros.

Gin. Yo le dije: requebrada pastora, sabrá tu hermosura que la cosa de que yo mas me precio es de ser prudente y sabio en tanta manera que primero que hable ni ponga por obra ninguna cosa, tengo gran cuenta con el fin della, y porque á quien esto tiene no le puede ser dañosa la próspera ni adversa fortuna, debes rescebirme por tu requebrado.

Cup. En fin, ¿á quién escogió?

Clim. A Ginebro, por mi mala suerte.

Gin. A mí, porque así convenia.

Claud. A tí, que nunca debiera.

Cup. Antes sabiamente escogió la zagala.

Clim. ¿Porqué?

Cup. Yo te lo diré. Para que la muger discreta quiera bien, has de saber que no son bastantes las fuerzas de Hércules, ni las liberalidades del magno Alejandro.

Claud. ¿Sino qué, señor Cupido?

Cup. Saber virtuoso, honesta conversacion, continua crianza, amor luengo, zelar la honra: todas estas cosas bien alcanzadas, solo el verdadero saber las alcanza.

Clim. Ahí te aguardaba, Cupido. Si los amores son luengos, pasa peligro que se descubran; y si son descubiertos, siguense grandes peligros.

Claud. Dice la verdad.

Clim. Dí, para ello ¿qué remedio dará el sabio?

Claud. Por cierto ninguno, antes el esforzado y liberal terná ganados amigos que le favorezcan en semejantes peligros.

Cup. Bien paresce que sois pastores. Habeis de saber que al verdaderamente sabio ninguna cosa de esas le falta: él es esforzado en refrenar sus ojos, mandándoles que no miren á quien bien aman, si por mirar se ha de seguir escándalo: es mas que liberal en no dar parte de sus secretos, cuando ve que no conviene: y habeis de saber que los amigos adquiridos por esfuerzo y liberalidad suelen faltar muchas veces á sus amigos en las necesidades, porque faltando el interese y esfuerzo con que fueron ganados, faltan ellos tambien.

Clim. Tienes razon: vencido nos has, oh alto Cupido, y damos por buena la eleccion que hizo la sabia pastora Temisa.

Claud. Lo que te suplicamos agora es que nos vuelvas á nuestras acostumbradas cabañas y pracenteros sombríos.

Cup. Soy contento, mas primero quiero que narreis lo que os encomendó el autor al entrar de la puerta.

Gin. Que somos contentos.

Clim. Sapientísimos auditores, nuestro autor os desea paz y salud tan larga como la vida de Matusalen, y os hace saber como quiere, por daros placer y regocijo, representar una comedia de Plauto, llamada de los Menemnos: pídeos por merced que esteis atentos, que en breves palabras se os dirá el argumento.

Claud. Quítate allá: déjamelo comenzar á mí.

Clim. Comienza ya.

Claud. Sabrán vuestras reverencias que en la ciudad de Sevilla hobo un rico mercader llamado Menemno, el cual tenia dos hijos nascidos de un parto: eran tan semejantes en la forma y gesto que muchas veces la misma madre que los habia parido tomaba al uno por el otro.

Gin. Vino acaso que siendo estos dos hermanos de edad de quince años, cargó el padre una nave de muchas mercaderías para Levante, y llevando consigo uno de sus hijos llamado Menemno, se partió dejando el otro con su madre Claudia.

Clim. Siendo embarcado, fuéle la fortuna tan contraria que tres dias y tres noches corrió por la tempestuosa mar sin saber adonde iban, y á la fin vino á dar en una peña de la isla Conejera, adonde todos perecieron, escepto el hijo Menemno, el cual abrazado con una tabla vino á tomar tierra en el cabo de Cullera.

Claud. El desdichado mancebo vinose á Valencia, adonde asentó por criado de Casandro, mercader de mucho trato y viudo, el cual teniendo no mas de una hija, á cabo de tiempo la casó con él en pago de sus buenos servicios.

Gin. La desventurada madre, sabiendo en Sevilla las tristes nuevas y creyendo ser todo perescido, puso nombre Menemno al hijo que le quedaba, por el amor que tenia al hijo y marido ya defuntos.

Clim. De manera, señores, que ambos á dos hermanos (porque mejor lo entendais) se llamaban Menemnos.

Gin. Muerta la madre, el Menemno sevillano certificado por un adevino que su hermano era vivo y que estaba en España, determinó de ir á buscallo con un esclavo suyo, y á cabo de tiempo aportó en Valencia, adonde por sus medios se vernán á conoscer, como aquí claramente verán los que atender quisieren.

Claud. Nosôtros no podemos atender.

Cup. Ni quiero que atendais, sino que nos vamos cantando.

Clim. Vamos.

CANCION.

Quien falsario y ciego me llama,
Bien es el pecho que yo le abra.
Quien ama sin ser amado
Merece ser desamado,
Y ese tal enamorado
Con este que descalabra,
Bien es el pecho que yo le abra.

LOS MENEMNOS.

PERSONAS.

CASANDRO, padre de Audacia.
AUDACIA, muger de
MENEMNO, casado.
MENEMNO, mancebo.
TRONCHON, esclavo.
TALEGA, simple.
DOROTEA, ramera.
AVERROIS, médico.
LAZARILLO, criado.

Calle.

ESCENA PRIMERA.

MENEMNO, CASADO. TALEGA.

Men. c. ¡Oh qué simple cosa es este diablo de Talega! que le hice del ojo para que me siguiese, y no sé si me habrá entendido: mas simple soy yo que no él en darle parte de mis negocios; mas helo aquí donde sale.

Tal. ¡Pecador de mí, señor Menemno! ¿y piensas que no te habia entrujado? muy bien te entrujé, qu'esas son mis mieses y comer y tomar solaz á costa agena.

Men. c. ¿En qué te detuviste?

Tal. ¡Ojo en qué me detuve! En esperar que el viejo de tu suegro se hiciese invisible, qu'estaba rezando en el patin y quiso Dios que s'encambró.

Men. c. ¿Qué algarabia es esa?

Tal. ¿No lo entiendes? Digo que se entró en la cámara, y así no me vido.

Men. c. Y á mí si me ha visto.

Tal. Que no te vió. Pues dime, señor Menemno, ¿en qué estamos? ¿Llevas hecha presa para dar á tu preñada ó enferma?

Men. c ¿Qué enferma ó preñada dices?

Tal. Enferma llamo yo á tu amiga Dorotea, pues contino dice que pena por tus amores, y preñada de deseos, pues nunca hace sino pedir. Mira, Menemno, que esas presas se han de dar á semejantes mugeres *cum modis et formis*, y á ten con ten.

Men. c. Mas sabiamente has hablado de lo que te piensas; ¿pero qué haré, pecador de mí, si sus deseos y mi aficion viven conformes?

Tal. Señor, aficion ciega razon: plegue á Dios que á bien te salgan esos arremangos, á feria yayas que mas ganes.

Men. c. Si no quisieres venir, quédate.

Tal. No haré yo tal poquedad: vaya perro tras su dueño. Abreviemos, señor; la presa que llevas es sustanciosa.

Men. c. ¿Pues no? Una rica saya es de mi muger, la cual prometí de dar á mi Dorotea.

Tal. ¿Y ella á tí qué te dará?

Men. c. Harto me da en querer rescebir lo que yo le doy, cuanto mas que ha prometido de aparejar una espléndida comida para mí y otros amigos, enviándole yo lo necesario.

Tal. Pues que en casa de Dorotea ha de ser el *tu autem* y tragazon, no faltaré allí por la vida, que tambien soy tu amigo.

Men. c. ¿Por dó iremos mas encubierto?

Tal. Guárte, que las paredes han oidos, y no dé sobre mí tu relámpago.

Men. c. ¿De qué temes, cobardazo?

Tal. ¿De qué? ¿No sabes tú que dicen *facientes, et consentientes*, y no sé como mas? Lo que yo te aconsejo es que por no ser descubiertos no te cures de convidados, porque ya sabes que en los convites reina el vino, y á do el vino reina el secreto es descubierto, sino que pues gracias á Dios yo como por cuatro, y á necesidad por cinco, que nosotros á solas con Dorotea le peguemos; porque en fin es gran dolor muchas manos en un tajador.

Men. c. Bien dices, no iremos sino los dos.

Tal. Si así lo haces, Dorotea terná mas contento, tú menos sospecha y yo mas provecho, y la saya no será descubierta. Por tu vida que me la tornes á mostrar, que tengo deseo de verla.

Men. c. Mírala bien.

Tal. Mírola. ¡Oh qué linda color tiene!

Men. c. ¡Y qué olor! si lo sintieses.

Tal. ¡Qué olor! Veamos: á tres cosas huele.

Men. c. ¿Cómo á tres?

Tal. Déjamela tornar á oler. Veamos.

Men. c. ¿A qué huele?

Tal. A hurto lo primero, pues la hurtaste á tu muger.

Men. c. ¿Lo segundo?

Tal. A puta, pues se la ha de vestir Dorotea.

Men. c. ¿Y lo tercero?

Tal. Lo tercero, huele á linda comida, pues por su respeto hemos de comer.

Men. c. Chacotero estais, amigo.

Tal. No está por cierto. ¿Pero la comida para cuándo será?

Men. c. Para cuando yo quisiere.

Tal. Mire, que se trabaje que sea hoy, porque quien pasa punto, pasa mucho.

Men. c. Anda, que hoy se hará.

Tal. Mira, señor, que te suplico que en nuestra comida no habite carne cuadrángula.

Men. c. ¿Qué es carne cuadrángula?

Tal. Segun el cura de mi lugar, cuadrángulo es aquello que tiene cuatro partes, cuatro esquinas, cuatro asientos, cuatro peañas, y por eso llamo yo, señor, carne cuadrángula el carnero, la vaca, *et totius animalibus de quatuor pedos.*

Men. c. Ya te entiendo, bachiller: yo te prometo que no falten pollos y palominos, *et cætera.*

Tal. ¿Y *et cætera* tambien? ¿Qué cosa es, señor?

Men. c. Quiero decir, otras cosas muchas.

Tal. Pues mira, señor, que entre esas no falte para los principios carne conforme á mi nombre.

Men. c. ¿De qué manera conforme á tu nombre?

Tal. ¿Cómo me llaman á mí?

Men. c. Talega.

Tal. Pues la carne entalegada pido, cuerpo non de Dios, si me ha de entender.

Men. c. ¿Qué es carne entalegada?

Tal. Longanizas, morcillas, sobreasadas.

Men. c. Pues eso no faltará.

Tal. Así, así, háblame de esa manera, que pues yo encubro tus maldades, encúbreme el estómago de buenas viandas.

ESCENA II.

MENEMNO, CASADO. TALEGA. AUDACIA.

Aud. ¡Ah! señor Menemno. ¡Ah! señor marido.

Men. c. ¡Oh pesar de la fortuna! Mi muger me llama. ¿Qué haremos, Talega?

Tal. Qué me sé yo.

Men. c. Ven acá: cúbrete esta capa, y toma esta saya, y disimuladamente aguárdame en ese canton.

Tal. Ensimúleme vuestra mercé.

Men. c. Vuélvete. Anda que bien estás.

Tal. Ya estoy vuelto. Señor, señor.

Men. c. ¿Qué quieres? maldito seas tú.

Tal. Que se me resbala, que se me cae la saya que has hurtado de tu muger para dar á Dorotea.

Men. c. Calla, endiablado.

Aud. ¡Ah marido!

Men. c. ¡Ah muger!

Aud. Jesus, y qué respuesta tan seca.

Men. c. Cual la pregunta.

Aud. ¿No quieres que sea mi pregunta seca y desabrida, pues sin propósito sales tan de mañana de casa?

Tal. En salvo está quien repica.

Men. c. ¡Oh muger loca y perversa! ¿Y siempre me has de dar enojos con tus zelos y locuras? ¿Cómo? ¿y qué entiendes tú de mis negocios para que digas que sin propósito salgo de casa?

Aud. Malo está de ver de qué pié cojqueas.

Men. c. Pues yo te prometo, que si de hoy mas haces lo que agora heciste, que nos han de oir los sordos.

Aud. ¿Porqué nos han de oir los sordos?

Tal. Ahí, ahí, que encaja bien un bofeton.

Men. c. Cada vez que salgo de casa me ha de detener y llamar dos y tres veces, y demandarme adónde voy, y adónde vengo, qué tengo que hacer, ó qué negocios traigo. De manera que mas la tengo de tener por portera alquilada, que por muger propia.

Aud. Tales sois vosotros, que no hay de quien fiar.

Men. c. Mas tales sois vosotras, que no hay quien os pueda contentar.

Aud. Por eso haces tú bien, que no procuras de contentar sino á una que yo conozco.

Men. c. ¿Cómo se llama?

Tal. Dorotea.

Aud. Basta que tú sepas cómo se llama.

Men. c. Ya sé do van esos tiros.

Aud. Si lo sabes, algo digo.

Men. c. Sí, dices hartas necedades; y habla paso, porque no demos enojo al viejo de tu padre.

Aud. No quiero, sino dar voces como loca.

Men. c. Pues vocea cuanto quisieres, que por darte mas enojo, iré á cenar y á tomar mis placeres con la que dices que conosces.

Tal. Así, así, anden voces.

Aud. ¡Oh mal siglo haya quien me casó contigo!

Men. c. Mas quien te me dió á conoscer.

ESCENA III.

CASANDRO. AUDACIA. MENEMNO, CASADO. TALEGA.

Cas. ¡Ah vergüenza! ¡¡Enhoramala!, vergüenza! y no deis tan desmesuradas voces, ni hagais testigos de vuestras poquedades á los vecinos. ¿Qué es esto que de contino yo he de ser tercero de vuestros enojos?

Aud. ¡Ay padre! á esta vida dígole muerte.

Cas. ¿Cómo? ¿Sobre qué ha sido?

Men. c. Déjala mientra llora sin razon, y está con aquel corage, que yo te lo contaré brevemente. Has de saber, señor, que á su soberbia y menosprecio han sobrevenido zelos.

Cas. ¡Zelos! ¿y de qué?

Men. c. Dice que tengo manceba, y que robo la casa.

Tal. *Verum est.*

Aud. Mas cómo si así no fuese...

Cas. Oyete, serpentina, déjanos hablar.

Men. c. Con los cuales zelos y sin razon me mata cada dia, y porque le oso responder me trata peor que si fuese Talega.

Tal. ¡Y mala talegada te dé Dios! ¿y quién te manda nombrarme?

Aud. ¿Pues qué, no robas la casa? ¿Y el diamante quebrado que te dí, qué es de él?

Tal. ¿Pues qué si supieses de la saya?

Men. c. En casa del platero está para soldalle.

Tal. Mas en casa de la puta para aniquilalle.

Aud. Plegue á Dios que sea verdad lo que dices.

Men. c. Yo digo verdad mejor que tú meresces.

Cas. ¿No has de callar, loca?

Aud. Callaré, pues son dos contra mí.

Tal. Y tres, aunque os pese.

Aud. Platicad á vuestro placer, que yo entrarme quiero por no oir palabras locas.

Men. c. Tomad que rebite.

Cas. Calla y súfrete, hijo Menemno, que de los pacientes es el reino de Dios.

Tal. Así es la verdad; mas no de él, sino de ella.

Cas. Pues que solos estamos, oye, hijo Menemno, que cuando uno está contento, dice mas loores de aquel contentamiento por la lengua que no tiene en el corazon; y por el contrario, cuando está descontento, dice menos de lo que le queda en el pecho encerrado. Dígolo esto, yerno mio, porque me han lastimado las lágrimas de mi hija y tus pesadas razones, de tal manera que ni sabré decir lo que siento, ni sentir lo que meresces.

Men. c. Di lo que pudieres decir.

Cas. Sola una cosa diré, y es que deberias acordarte de quien fuiste por tu desdicha, y de quien eres por mi causa, y como de perdido te hice ganado y de siervo libre, casándote con mi única y amada hija, con la cual llevaste linage, hermosura, virtud y mucho dinero.

Men. c. Antes, señor, si lo juzgas, quitada esa pasion de padre, hallarás que me diste mucho hueso y poca carne: quiero decir que es tanta su altivez, locura y soberbia, que oscurece y desdora todo ese linage, hermosura y hacienda, de tal manera que me hace vivir el mas triste y desconsolado del mundo.

Cas. Quien mula quiere sin tacha, hijo Menemno, estese sin ella. ¿No sabes tú ya que todas las mugeres quieren hablar y que todos callen: quieren mandar y ninguna ser mandada: quieren libertad y que ninguno sea libre, y quieren regir y ninguna ser regida?

Men. c. ¿Pues qué es lo que quieren?

Cas. Una sola cosa.

Men. c. ¿Y es?

Cas. Ser alabadas, y ver, y ser vistas.

Men. c. Leido he (y por mis pecados lo tengo esperimentado) que el mas fiero y peligroso enemigo del hombre es la muger mal acondicionada, y de aquí nasce una verdad, y es que el marido hace todo lo que quiere la tal muger, y ella no ha de hacer ninguna cosa de las que desea su marido.

Cas. Sabiamente has hablado; pero mira que no es de hombres cuerdos lastimar á sus mugeres con palabras, luego que han enojo con ellas.

Men. c. Concediendo ser verdad lo que dices, te certifico, señor, que si antes alcanzára lo que agora alcanzo, y de lo mucho que siento sintiera entonces un poco, no trocára yo mi pobreza y libertad por tu próspero casamiento.

Cas. Por haberle yo mandado á mi hija que se casase contigo, se casó, que no porque lo quisiese ella de grado, que de nobles fué demandada, sabiendo que viene de muy buena parte.

Tal. Sí, cuando viene de la igreja.

Men. c. Aquí no tratamos de linages, que cuanto á eso tambien sabria defender mi partido, sino que si vieses de la manera que me trata, dirias que me sobra razon.

Cas. Oye, hijo Menemno, ningun hombre sufre tanto á su muger que no sea obligado de sufrille mas, considerando que al fin el hombre es hombre, y la muger muger. Cierto, muy atrevida es la muger que se toma con su marido, pero muy mas loco es el marido que toma pendencias públicas con su muger.

Men. c. Las injurias que me dice no las puedo, señor, sufrir.

Cas. Mira, las injurias que hacen las mugeres mejor se castigan con tenerlas en poco, que con vengarlas.

Men. c. En fin ¿no hay castigo para ellas?

Cas. Yo no digo que no le hay, pero sepan todos los hombres del mundo que todas las cosas sufren castigo, sino la muger que quiere ruego. El hombre que quiere vivir en paz con su muger, tres reglas ha de guardar.

Men. c. ¿Cuáles son?

Cas. Amonestarla mucho, reprenderla poco, y no poner manos en ella.

Tal. Y los piés sí, á buenas coces.

Men. c. ¿Y de cuándo acá las puse yo en mi muger?

Cas. Ni es menester, porque la causa porque ella te riñe y yo te amonesto, es poquedad tuya, y daño suyo y mio en tener amiga, como dicen que la tienes.

Men. c. Ni hay tal, ni quien tal diga.

Tal. Sí hay tal, y quien tal diga, que só yo.

Cas. Bien está: el tiempo es tan buen maestro, que ni por miedo ni por vergüenza no deja de descubrir las verdades.

Tal. Ni yo tampoco.

Cas. Abaste lo dicho. ¿Y agora qué piensas de hacer?

Men. c. Queria ir á casa de Micer Duarte, porque Talega es ido ya delante con el libro.

Tal. Mas con la saya.

Men. c. Para que acabemos de rematar aquellas cuentas.

Cas. Ve con la bendicion de Dios, que yo entre tanto me acabaré de vestir.

ESCENA IV.

MENEMNO, CASADO. TALEGA. DOROTEA.

Tal. Gracias sean dadas á Dios que el viejo acabó de predicar.

Men. c. Ven, Talega.

Tal. Vamos, señor, y desensimúlame y toma la saya, porque no me hallen con el hurto en las manos.

Men. c. Daca, acabemos ya.

Tal. No me paresces agora propísimamente sino al hijo prólogo, que lleva á empeñar ropa por mengua de dineros.

Men. c. Déjate de esas gracias, y da en esa puerta y llama á Dorotea, porque salga á rescebir este presente.

Tal. ¿Quién está en casa? ¡Ola, aho! No responde nadie, señor. Si has perdido quizá por la mano.

Men. c. No te entiendo.

Tal. No sé si está dentro algun *dominus fatotum*, de esos que llevan ropas largas.

Men. c. No se ha de presumir tal de mi querida Dorotea.

Tal. Si de amor de ramera te fias, engañado vas, porque no dura tanto como sol de hibierno y pluvia de verano, *et est impossibile* que la que es acostumbrada de someterse á muchos por fuerza, ame á ninguno de grado.

Men. c. Déjate de eso. Torna á llamar.

Tal. ¡Ola, aho! ¿No hay nadie acá?

Dor. ¿Quién llama?

Men. c. Yo, mi señora.

Dor. ¡Ay mi señor Menemno! ¡ay entrañas mias! ¿y tú eres? Vengas en buen hora.

Men. c. Y en esa misma estés tú, deleite mio. En mirándote se me quitan todos los enojos y aborrezco á mi muger.

Dor. ¿Quién viene contigo, señor Menemno?

Men. c. Talega, criado de tu merced.

Tal. Y de su criada, que es bonita.

Men. c. Crianza, señor.

Tal. Estoy tan criado, que ha veinte años que no mamé.

Dor. Gracioso está Talega.

Men. c. De desgraciado está gracioso.

Dor. Señor Menemno, ¿qué es eso que traes?

Tal. Abre el ojo. Olido ha de narices como podenco de muestra.

Men. c. Rosa y vida mia, son tus vestidos, y los despojos de la loca de mi muger.

Dor. ¿Esta es la saya que me prometiste?

Men. c. Esta es, tómala, que si yo puedo, haré de manera que cuantas tiene mi muger sean tuyas, pues yo soy tuyo.

Dor. Mercedes, amor mio.

Tal. Oreja, perra, y cuán bien que la ase.

Men. c. Yo las recibo de tí en quererlas tú rescebir de mí.

Tal. Así, así con el diablo. Desa manera presto quedarán en blanco los bienes de nostramo.

Men. c. ¿Qué es eso que dices de blanco y de presto?

Tal. Digo, señor, que se entienda de presto en la comida, y que no falte vino blanco.

Men. c. Bien dices. Mira, señora, ya sabes lo que me prometiste si la saya venia en tu poder.

Dor. Muy bien, señor, yo lo entiendo.

Men. c. Pues aparéjanos muy bien de comer para mediodia.

Dor. A mejor tiempo no podias hablar, porque está la olla bien forrada ya.

Tal. ¿Es el aforro de pluma ó de lana?

Dor. De todo hay: una gallina y carnero.

Tal. Poco es eso para mis apetitos.

Dor. ¿Qué tú has de comer acá?

Men. c. Convidado le he porque veas cuán bien sabe comer.

Tal. Como, señora Dorotea, á dos cajos, que de verme folgarás mochísimo.

Dor. De veras que tomo placer que sea Talega mi convidado una y muchas veces.

Tal. Un placer y mochísimos que Dios te dé.

Dor. Por amor de tú, prometo de multiplicar dos pares de pollos mas.

Tal. Multiplicadas que tengas las narices.

Men. c. ¿Qué dices, asno?

Tal. No, no, sino los dias de su vida. Los pollos me turbaron. Señora, mira que sean asados, por vida de esa cara de rosa.

Dor. Yo lo haré mejor que tú te piensas.

Tal. De esa manera la talega de Talega quedará rellena de esta vez.

Dor. ¿Qué quiere decir eso?

Tal. Yo soy talega de mi amo, y mi talega es mi vientre: si como bien, mi talega está buena, y la de mi amo ruin, porque no me puedo mover despues de harto.

Dor. Buenas propiedades tienes.

Men. c. Señora, entre tanto que se adereza la comida, voy á casa de Micer Duarte á negociar un poco.

Dor. Ven, señor, presto y no te detengas.

Tal. Bien dice la señora. Hagamos pasos de fraile convidado; que mejor es que nosotros aguardemos la comida, que la comida á nosotros.

Men. c. Escucha, Talega, que en esto va mucho. Allégate á la posada, y dirás á mi suegro que somos convidados por Micer Duarte, que no nos aguarden. ¿Sabrásio decir?

Tal. Mirad si sabré.

Men. c. Vuelve luego, que en su casa te aguardo.

Tal. Muy bien, señor.

ESCENA V.

MENEMNO, MANCEBO. TRONCHON.

Men. m. Hágote saber, Tronchon, que la mayor alegría que sienten los navegantes, es cuando de lejos sobre las marítimas ondas descubren la tierra.

Tron. Y mayor si la tierra que descubren fuese suya. Mas dime, señor, yo te suplico, ¿á qué respeto ó causa, habiendo rodeado todas las islas del mar, venimos á desembarcar á Valencia?

Men. m. Necio, ¿no sabes tú que voy buscando á mi hermano?

Tron. No sé cuando acabarás de llevarme de aquí para allá, y de Rodas á Poyatos. Seis años hace agora que andamos en busca de él.

Men. m. ¿De qué te fatigas, asno?

Tron. Fatígome que si anduviéramos á buscar una aguja, en tanto tiempo la hobiéramos hallado. Dígolo porque pienso que buscamos á tu hermano entre los muertos.

Men. m. Pluguiese á Dios que hallase quien de cierto me dijese que está ya entre los muertos; pero entre tanto que esto no supiere, no dejaré de buscarlo entre los vivos.

Tron. Sea como tú mandares, esclavo te soy, no puedo sino seguirte, pero no querria que nos detuviésemos mucho en Valencia.

Men. m. Ven acá, torpe, en una ciudad tan insigne y noble como esta ¿no será bien que nos detengamos mas que no en otra para considerar muy particularmente el regimiento de su república, la suntuosidad de los edificios, la riqueza de los templos, los trages de los caballeros y damas, y en fin otras mil cosas?

Tron. Tal es cual la pintas, y aun mejor, si no la gastasen tres erres como la gastan.

Men. m. ¿De qué modo la gastan tres erres?

Tron. La primera es rameras, porque hay de ellas *magnam quantitatem.*

Men. m. ¿Y la segunda?

Tron. La segunda renegadores, que reniegan y juran de Dios haciéndolo mil partes.

Men. m. ¿La tercera?

Tron. La tercera regatones, porque hay tantos que no podeis poneros un bocado en la boca que no pase por tres ó cuatro manos. Y porque veo que la moneda se nos va apocando y la costa cresciendo, querria que saliésemos presto de esta ciudad.

Men. m. ¿Qué? Dios hará merced.

Tron. Y entre tanto échate á dormir. ¿No sabes tú que por el dinero baila el perro?

Men. m. ¿De dónde diablos sacas tanta cosa como dices hoy, y otras veces eres tan necio?

Tron. Son lunadas que me toman.

Men. m. En verdad que lo creo, y hoy mas que nunca.

Tron. Volviendo á las rameras supradichas, has de saber que todas ellas tienen asalariados sus cabestreros.

Men. m. No hay quien te entienda hoy.

Tron. Los cabestreros son aquellos que por otro nombre son llamados alcahuetes.

Men. m. ¿Pues qué nasce de ahí?

Tron. Sabrás que estos cabestreros tienen de costumbre de irse al Grau de Valencia, y si veen alguna nao recien venida, preguntan cómo se llama el patron y pasageros de ella, y aun en los mesones los estranjeros de arte.

Men. m. ¿A qué fin todo eso?

Tron. Para que viéndolos por la ciudad, los llaman por sus propios nombres, porque piensen que los conocen, y así los engañan.

ESCENA VI.

DOROTEA. MENEMNO, MANCEBO. TRONCHON.

Dor. ¿Ce, señor?

Men. m. ¿Qué es aquello, di?

Tron. No sé: detengámonos.

Dor. ¡Ah mi alma! ¡ah mi corazon! ¿Cómo no entras en esta casa que es mas tuya que mia?

Men. m. ¿Con quién habla esta muger?

Dor. Con ti hablo, mi señor.

Tron. ¿Cómo? ¿Quién es él?

Dor. Menemno: el *omnis homo* de mi casa.

Tron. No hay aquí ningun olmis olmo de tu casa.

Dor. Amigo, ¿quién te pone á do no te mandan? Yo con Menemno hablo, á quién conozco, y no contigo, que nunca te ví.

Men. m. Habla pues lo que quisieres.

Dor. Lo que quiero es que entres luego á comer, pues la comida que mandaste aparejar está á punto ya.

Men. m. ¿Qué comida ó qué bebida es esa?

Dor. La que tengo aparejada para ti y para mí.

Men. m. ¿Para mí? Ojalá dijeses verdad.

Dor. Sí, para ti. Sino, entra, y verlo has.

Men. m. Señora, no burles de un hombre tan estranjero y no conoscido como yo.

Tron. Abre el ojo, que cabestrero anda por aquí.

Dor. Ea, señor Menemno, dejemos de eso y no sufras que ese burle de mí. Di, ¿qué es de Talega?

Tron. Mirad si está informada ya de la talega de la ropa que viene en la nave.

Men. m. ¿Por cuál talega ó saco pides?

Dor. Por el mozo de Casandro tu suegro, el cual vino contigo cuando me diste la saya que hurtaste á tu muger.

Men. m. Ni tengo muger, ni sé qué te dices, ni jamas estuve en esta ciudad hasta hoy que desembarqué de la nave.

Dor. ¿De qué nave?

Tron. De una que es de tablas y madera.

Dor. Señor Menemno, por amor de mí que dejadas las burlas aparte, entres en casa, entre tanto que voy á mirar los pollos que se asan demasiado.

Men. m. Oye, Tronchon, ¿no será pusilanimidad mia dejar de entrar allá?

Tron. No será sino sabieza dejar de entrar allá.

Men. m. *Audaces fortuna juvat.* ¿Qué me puede hacer una muger?

Tron. Segun tú eres bueno, lo menos que puede es dejarte sin blanca.

Men. m. Para eso buen remedio: toma la bolsa.

Tron. Daca. Pero mira que dice el refran que quien mucho se rasca, llaga se hace: por eso mira mucho el fin.

Men. m. Anda, que es de cobardes mirar mucho los fines. Entrar quiero, y ve tú al meson y despues vernás por acá.

Tron. A Dios te encomiendo.

Men. m. ¡Ah señora mia!

Dor. ¡Ah señor!

Men. m. Conozco haber errado en burlarme de tí; pero si lo hice fué por disimular con el esclavo que estaba conmigo.

Dor. ¿Cómo? ¿De quién es el esclavo?

Men. m. De mi suegro, que no ha dos dias que lo compró.

Dor. Avisado paresce.

Men. m. Eslo cierto, y pues él no nos ve ni nos oye, entremos cuando mandares.

Dor. ¿No quieres aguardar á Talega?

Men. m. Ni lo quiero aguardar, ni quiero que entre acá, porque estoy enojado con él.

Dor. Sea como tú mandares; empero, amor mio, quiero que me hagas una merced.

Men. m. No una sino ciento haré, por eso pide.

Dor. Que despues de comer lleves aquella saya que me diste á maestre Chillon el sastre, para que la desfigure y haga á mi voluntad.

Men. m. Avisada eres en todo, porque haciéndolo así, ternás saya á tu medida, y no la conocerá aquella maldita de mi muger.

Dor. ¿Puedes llevarla cuando te fueres?

Men. m. ¿Porqué no la tengo de llevar?

Dor. Entra, amor mio, y cierra esa puerta.

ESCENA VII.

CASANDRO. AUDACIA. TALEGA.

Cas. ¿Dó estás, hija? Sal acá.

Aud. ¿Qué mandas, señor padre?

Cas. Dias ha que deseaba decirte mi parescer, y lo he dilatado hasta que me dieses una ocasion para ello de tantas como me has dado para sentillo.

Aud. ¿No te paresce que tengo razon, señor padre, de estar quejosa?

Cas. No, porque si cuando yo te casé con Menemno, no seguí el uso de este maldito tiempo que primero se habla de la hacienda y á la postre de la persona, fué la causa viendo las virtudes de mi criado y tu marido, que pienso no haberle dado tanto cuanto meresce.

Aud. Demasiado le diste.

Cas. Es verdad si tú fueras de otra suerte,

Aud. ¿De qué suerte? ¿Soy alguna fea?

Cas. No, sino hermosa, y es lo peor que le dí.

Aud. ¿Porqué?

Cas. Porque se ofresce á grandísimos trabajos el que casa con muger hermosa.

Aud. ¿A qué trabajos siendo ella buena?

Cas. Oye. Lo primero se ofrece á sofrille su altivez y soberbia por ser hermosa como tú. Lo segundo, que por ser buena de su persona (cual tú te precias de serlo) le nasce, por no ser acompañada de humildad, una vanagloria insoportable de sufrir, y sin eso pretendeis todas las hermosas que cometen heregía vuestros maridos, si entienden en otro sino en daros placeres.

Aud. Tales los tenga quien mal me quiere, cuales mi marido me los da á mí.

Cas. Eres tú la causa de ello.

Aud. ¿Yo? ¡Ay desdichada de mí! ¿Que él viva amancebado soy yo la causa?

Cas. Sí, en serle tan desdeñosa como lo eres, segun que yo por mis ojos lo he visto: que si te sigue le huyes, si te sirve no lo estimas, si te ama lo aborreces, si te halaga le maldices, si te olvida lo infamas, y si te hace fiestas dices que te engaña.

Aud. En cuanto á eso no le debo nada.

Cas. Sí le debes, y mucho, porque las costumbres del marido han de ser leyes para la muger, y tú haces lo contrario.

Aud. Porque son malas sus costumbres, por eso las contradigo yo.

Cas. En tu mano está hacer que sean buenas.

Aud. ¿De qué manera?

Cas. Con cinco yerbas que traigas contigo.

Aud. ¿Dime qué yerbas son esas?

Cas. La primera que seas callada: la segunda que seas pacífica: la tercera que seas sufrida: la cuarta que seas honesta, y la quinta que seas retraida. Estas cinco yerbas, hija mia, son de tal propiedad, que las malas costumbres del marido convierten en buenas.

Aud. Así podrian ser cincuenta, que á mi marido no le quitarán que no tenga una puta. Pero no quiero altercar mas contigo, que siendo mi padre abogas contra mí.

Cas. Ni es menester sino que mudemos de palabras y tú de condicion. Aquel que allí viene paresce que sea Talega.

Tal. ¡Ah señor!

Cas. ¿Qué hay de nuevo?

Tal. Calzas, zapatos, sayos, camisas, en fin cuanto querrás comprarme.

Cas. Acabad ya de decir á lo que venis.

Tal. Pues no me turbe su mercé. El señor Duarte manda... No, no, sino que soplica á vuestra merced.

Cas. ¿Qué me soplica, enalbardado?

Tal. Que le ruega que perdone y que coma á su pracer con la señora, porque yo y...

Aud. Siempre el ruin delantero.

Tal. Tiene razon. Que el señor Menemno y yo quiere que manduquemos con él.

Cas. Bien está. Entremos, hija, y tú tambien.

Tal. No yo. ¡Pésete á mal grado! Que me acusará contumacia la señora Doro... El señor Duarte quise decir, si no voy á comer luego.

Cas. ¿Qué es eso de la señora Doro? Entra, entra, que luego te irás.

ESCENA VIII.

MENEMNO, MANCEBO. DOROTEA. TALEGA.

Men. m. ¡Oh inmortales dioses! Muchas gracias os hago porque habeis permitido que una ramera, que acostumbra de robar á los mancebos, me haya dado de su propia voluntad á comer y este diamante y saya. Bien sé que me ha tomado por otro, mas con todo eso no me acusa la conciencia para tornárselo por agora, porque dicen que quien hurta al ladron, etc. Buscar quiero á mi esclavo para reir con él de la burla, y gozar con él de estos putánicos despojos.

Tal. Yo doy al diabro las preguntas, y á quien las inventó á las horas del comer. Sabia Casandro que soy convidado, y preguntábame mas cosas de su yerno que dias hay en longanizas, como si le habia yo de otorgar la verdad... Mas ¡oh! helo allí. La saya es vuelta en su poder. Mal va esto: tormenta debe de correr entre él y la pelleja Dorotea. ¡Cuál seria que la comida se embarazase! ¡Ah Menemno!

Men. m. ¿Qué quieres, amigo?

Tal. ¿Dó va la saya?

Men. m. No va, que yo la llevo.

Tal. ¿A dó por tu vida?

Men. m. A casa de maestre Chillon el sastre para que la adobe.

Tal. Despues se hará eso, señor: vamos á comer primero.

Men. m. ¿Qué diablo ha de ser esto con tantos convidadores como hay en esta ciudad?

Tal. Yo no te convido, señor, antes tú me has convidado á mí.

Men m. ¿Adónde?

Tal. En casa de Dorotea.

Men. m. ¿Cómo te llamas?

Tal. ¿A la hora del comer cómo te llamas? Buena burla es esa.

Men. m. A fe que no burlo.

Tal. Talega me llamo.

Men. m. ¿Qué tú eres Talega?

Tal. Al tiempo de vete allá, vete acá, no me desconoces como agora, si no te burlas.

Men. m. Que ni me burlo, ni te conozco. Ve con Dios.

Tal. Una vez que en toda mi vida he sido convidado, salirme tan al reves por mal agüero lo tengo. Mas no quiero desconfiar sin primero hablar con Dorotea. ¿Quién está en su casa?

Dor. ¿Quién llama?

Tal. Talega soy, señora. ¿Qué es de mi amo Menemno? ¿Es venido á comer?

Dor. ¿Cómo si es venido? Ya vino y se fué.

Tal. ¿Qué ya comió? ¡Mezquino de mí!

Dor. Ya comió. ¿Cómo no veniste?

Tal. No me burle, señora, que me fino de hambre.

Dor. Que no me burlo.

Tal. Oiga, señora Dorotea.

Dor. Ve con todos los diablos, que no quiero oirte.

Tal. ¿Así que desa manera se trata á Talega? ¡Oh Talega! ¡Talega! ¿quién te vido en el establo almohazando los caballos, harto de torreznos, y agora muerto de hambre por andar entre putas y rufianes? Mas para esta que yo haga de manera que le haga mal provecho á Dorotea la saya y á Menemno la comida, que yo lo diré á mi señora.

ESCENA IX.

MENEMNO, CASADO. DOROTEA. AUDACIA. TALEGA.

Men. c. No me acuerdo despues que nací estar sin comer á tal hora, especialmente siendo convidado; mas cáusalo tambien este diablo de Micer Duarte con ser tan prolijo en sus cuentas. ¿Pero qué es esto que Talega no vuelve de donde lo envié? Por ventura estará ya en casa de Dorotea. Quiero llegarme allá. La puerta veo cerrada. ¡Ola, aho! Abrid aquí.

Dor. ¿A quién han de abrir?

Men. c. A tu cativo, señora mia.

Dor. ¿Qué es esto, señor Menemno?

Men. c. ¿Qué ha de ser?

Dor. ¿Tan presto eres de vuelta? ¿Diste ya la saya á Chillon el sastre y el diamante al platero?

Men. c. ¿Qué saya, qué diamante me has dado?

Dor. No te hagas de nuevas ni burles de mí, que la saya y el diamante que me diste, te dí.

Men. c. ¿Para qué?

Dor. Para que lo hicieses adobar todo.

Men. c. ¿Adónde me lo diste?

Dor. Aquí dentro con mis propias manos.

Men. c. ¿Cuándo?

Dor. Cuando acabamos de comer tú y yo.

Men. c. Engañada vives.

Dor. Así es la verdad, pues que burlas de mí.

Men. c. Digo que despues que te dí la saya no he puesto los piés en tu casa.

Dor. Buen disimular es ese, Menemno.

Men. c. No hay aquí ningun disimular.

Dor. ¿Y cómo? ¿de esa manera te piensas alzar con la saya y el diamante? Pues para esta, que ó no seré yo Dorotea, ó tú me lo trairás todo perfumado.

Men. c. No me espanto de fieros de puta. ¿Qué, cerraisme las ventanas? Abranse estas puertas.

Aud. Así, qué rufian te has tornado, marido. ¿Pensabas que no te habia de tomar en el lazo? Nunca mi corazon me fué traidor.

Men. c. ¡Oh señora muger! ¿y qué buscas por acá?

Aud. Agora me dice señora, y me pregunta qué busco.

Men. c. ¿Pues á quién, á Talega?

Tal. Yo no sé nada de la saya.

Men. c. Por mi vida que me digas á qué vienes.

Aud. Por la saya vengo.

Men. c. ¿Por qué saya ó sayo?

Aud. Por la que me has hurtado, sin otras cosas, para dar á tu puta.

Tal. Él es de ella, que no ella de él.

Men. c. ¿No callaréis vos, don bellaco?

Tal. Tú haces las bellaquerías: no me cale hacer señas que calle.

Men. c. Por el dios Júpiter te juro, muger, que tales señas no he hecho; mas si no mirase que viene contigo, yo le castigaria.

Aud. Déjate de eso: daca la saya.

Men. c. ¿Ha habido en casa algun desaguisado que así vienes despavorida?

Aud. Palabras.

Men. c. ¿Has habido quistion con tu padre?

Tal. ¡Cómo anda huyendo por no otorgar!

Men. c. ¿No basta que hable ella, sino tú, bellaco?

Tal. No, que yo por la comida lo he.

Men. c. ¿Estás enojada contra mí por ventura?

Aud. ¿Pues contra quién, don traidor?

Men. c. Dime la causa, que yo haré justicia de mí.

Tal. ¡Oh hideputa! *Jocantibus* gorgoreais: bien paresce que está la barriga llena.

Men. c. Calla, perro, si no por vida de la señora...

Tal. No callaré, pues comiste sin mí.

Men. c. Di adónde, ahorcado.

Tal. Ponte en medio, señora.

Aud. No me le toques. Di adónde.

Tal. En casa de la puta Dorotea.

Men. c. ¿Yo? aun me vea comido vivo si hoy he comido bocado ni puesto los piés en su casa.

Aud. No lo niegues, que la verdad de todo me ha contado Talega.

Men. c. ¿Qué le dijiste, puerco?

Tal. No sé. *Dictum vel non dictum*, ya está dicho. Pregúntaselo á ella, que te sabrá bien jabonar.

Men. c. ¿Qué te dijo, señora mia?

Aud. ¡Cómo haces del raposo! Díjome que me hurtaron de mi casa una saya.

Men. c. ¿Cómo? ¿A tan buen recaudo la tenias?

Aud. ¿Quién se podrá librar del ladron de casa?

Men. c. ¿Quién es el ladron de casa?

Aud. Uno que se dice Menemno.

Men. c. ¿Por ventura hay otro Menemno sino yo?

Aud. Mira, dame la saya, y no me hagas decir desatinos y tornarme loca.

Tal. Ninguna muger se puede tornar loca.

Men. c. Ya tengo probado, señora muger, lo mucho que me amas y te debo. Si yo he fingido tener amistad con Dorotea, ha sido para ver si harias aquel sentimiento que las que mucho aman á sus maridos suelen hacer. La saya se la dejé para solamente sacar la invencion de ella, porque dijo que nunca tan gentil dama te ha visto, como cuando vas con aquella saya. Sosiégate por amor de mí, que yo la cobraré.

Aud. Creyera lo que dices si no creyese quien tú eres; mas pues te conozco por mis pecados muy conocido, á otro can con ese hueso, y venga la saya y el diamante.

Tal. Pues que Dorotea se contenta con las obras, conténtate tú con las palabras.

Men. c. Hasta que yo os muela á palos no callaréis, don mazorral. Señora, ve con Dios, que no pararé hasta que seas servida.

Aud. Vamos, Talega, que razon es que mi padre sea informado de vuestras trapazas.

Tal. Yo, no señora. *Audi aliam partem si vis recte judicare.*

Aud. ¿Qué tengo de oir?

Tal. Que harto le amonesté que no fuese tras putas, pues que le sobraba tenerte á tí.

Aud. Calla, mal criado, y anda allá, que tú y él entonces sereis buenos cuando la rana terná pelo.

Tal. Crea, señor, que *col natura dat nemo negare putas.*

Aud. Entra, enhoramala con tus latines.

ESCENA X.

MENEMNO, MANCEBO. CASANDRO. AUDACIA. TALEGA.

Men. m. ¿Qué es esto, que no puedo encontrar con mi esclavo Tronchon? Por cierto que lo hice como mal considerado en darle la bolsa de los dineros, que por ventura se habrá metido á jugar en algun bodegon; mas no será para tanto, segun es avariento. Mas yo ¿en qué tengo de parar con esta saya callejera que parezco pregonero? ¿Pero quién son estos que vienen medio riñendo? Quiero escuchar qué pendencias traen consigo.

Aud. ¿Cómo se puede sufrir, señor padre, que esté yo casada con un tan mal hombre como este?

Cas. Descásate pues.

Aud. ¡Ojalá! y costáseme un dedo de la mano.

Tal. Eso *non potest fieri*, señor, porque *col Deus conjungit homo non sepalat.*

Cas. Calla, chismero, que no se dice por tanto.

Tal. Sí, callad, estando muerto de hambre.

Cas. ¿De qué te quejas de tu marido?

Aud. Quéjome de que me hurta el oro, sayas y cuanto tengo para dar á rameras.

Cas. Si él eso hace, lo hace muy mal; y si no, tú lo haces peor en levantarle falso testimonio.

Aud. Que no es sino verdadero. Helo do viene. ¡Desvergonzado! ¿No tienes vergüenza de parescer delante de mí con ese vestido?

Men. m. Muger honrada, ¿con quién piensas hablar?

Aud. Con uno que meresce estar en la horca.

Men. m. Porque sois hermosa, no seais atrevida.

Cas. Aparta, hija. Menemno, ven acá. Dime, ¿qué rencillas son estas que tienes con tu muger?

Men. m. Padre honrado, ni te conozco, ni tengo muger, ni jamas fuí casado.

Aud. ¿Negarás, bellaco, que eres mi marido?

Men. m. Porque sé que hablas con pasion, y porque veo que me tomas por otro, responderé con paciencia, diciendo que ni soy tu marido, ni eres mi muger.

Tal. Cásate, señora, conmigo, y váyase él con todos los diablos el traga pollos.

Aud. Quítate de ahí, asno. Dime, ¿no es esa la saya que me hurtaste y prometiste devolver?

Men. m. Habla cortesmente, que nunca fuí ladron, ni jamas me precié de hacer cosa fea.

Tal. Eso sí, Menemno, negar á pié juntillas.

Men. m. ¿De dónde me conosces y sabes mi nombre?

Tal. ¿Mas de dónde desconosces tú á Talega?

Men. m. De nunca haberlo conocido.

Tal. ¿No tomaste tú esta saya á tu muger y la diste delante de mí á tu puta?

Men. m. No seas mal criado, sino el diablo será.

Aud. Señor padre, ¿esta no es mi saya, y este no es mi marido Menemno?

Cas. Ella es tu saya, y él es tu marido.

Men. m. De todo eso no tengo sino el nombre.

Cas. Ven acá, Menemno: veamos si negarás esto. ¿Tú no moras en aquella casa frontera?

Men. m. Plegue á Dios que si yo en ella jamas entré, que dentro en los infiernos more.

Cas. Sin duda que se ha tornado loco.

Men. m. Pues estos dicen que soy loco, mejor será fingir locuras por echarlos de mí.

Aud. Bien dices, señor padre; ¿no vees qué boca abre? parece que me quiere comer.

Men. m. El dios Apolo me manda que queme los ojos á esta muger con lámparas ardiendo.

Tal. La paz de Dios descienda sobre tí y sobre nosotros, amen.

Men. m. Sí, sí, Apolo, yo haré lo que mandas, que á esta muger y á Talega les dé con esta mi espada mil cuchilladas.

Tal. Señora, huigamos de aquí, que tengo miedo que ni tú tengas Talega ni yo señora.

Cas. Bien dice: id á casa los dos porque no haga en vosotros algun desatino; pero mira, Talega, que vayas en un salto á

llamar al médico Averrois para ver si dará algun remedio á este loco.

Tal. Sí haré, señor.

Men. m. Ya te entiendo, Apolo, que quieres que desmenuce los huesos de este viejo con su bordon.

Cas. Caro te costará si tú á mí te allegas.

Men. m. ¿Qué dices? ¿Que tome una azuela con la cual acepille las carnes de este mal viejo?

Cas. Mal te dé Dios: mejor me será huir de este, porque el loco y el buey se han de mirar de lejos.

Men. m. Muchas cosas me has mandado, Apolo, ¿y agora de nuevo quieres que vaya con ímpetu y mate á este viejo?

Cas. ¡Oh cruel enfermedad! No estoy mas aquí. Quiero llamar al médico.

Men. m. ¡Cuán á cuenta me ha venido hacer del loco! Mas ¿cuál fuera que esta señora me rescibiera en su cama creyendo que era su marido, como la otra en la mesa, tomándome por su amigo? Yo lo hiciera cierto, segun ella es hermosa, si no se aventurára mas que aventuré con la otra, porque á la ramera quitéle lo que ella hurtó, y yo le puedo tornar tres doblado; mas á la casada, en este caso quitárale la honra, que quitada no se la pudiera tornar. En fin quiero huir de pueblo donde tantas cosas en tan poco tiempo me han acontecido: y si viniere el viejo, no le digan por cuál de estas dos calles me fuí.

ESCENA XI.

MENEMNO, CASADO. CASANDRO. AVERROIS. LAZARILLO.

Men. c. Dia triste y de aciago ha sido este para mí, pues todo lo que pensaba hacer muy secreto, me ha echado en público aquel bellaco de Talega; pero á fe que no se reirá de ello. Tambien esotra bellaca al fin hízolo como ramera, que por mas que le rogué que me diese la saya con propósito de darle otra mejor, está en sus trece que ya me la dió. ¡Desdichado de mí! No sé qué me haga. ¿Qué es aquello?

Aver. Camina, Lazarillo.

Laz. Ya camino, *domine.*

Aver. Eso sí, siempre que podrás hablar algun latin congrio ó no congrio, no lo dejes de hablar, que yo te haré gran persona. Di, *quid est necessitas?*

Laz. La necesaria, señor.

Aver. No solamente respondiste como gramático, mas como escelente filósofo, porque aquella cosa es puramente necesaria, adonde echamos aquello que si no lo echásemos moriríamos.

Laz. *Verum est.*

Aver. *Bona salus*, señor Casandro.

Cas. Sea bien venido, señor doctor. Escuchado he la plática que has pasado con tu criado, y he holgado en oir sus agudezas.

Aver. Es el mas agudo rapaz del mundo, y es hermano de Lazarillo de Tormes, el que tuvo trecientos y cincuenta amos.

Cas. ¿Cuánto ha que está contigo?

Aver. No ha mas de medio año, y sabe ya todos los nominativos, conjugaciones y cuarto libro de coro, y hablará todo un dia latin tan bien como yo, sin que le entiendan palabra.

Cas. Bien lo creo: ¿mas cómo te has detenido tanto?

Aver. He curado una pierna al dios Esculapio, y he concertado un brazo á Baco, que los dos habiendo tastado ciertos vinos en la isla de Candía, dieron consigo por una escalera abajo.

Cas. De manera que tambien eres médico de los dioses como de los hombres.

Laz. *Ita, domine.*

Aver. ¡Oh qué *ita domine* tan regalado! ¿Qué te parece, señor Casandro?

Cas. Muy bien, pero vengamos al caso. Has de saber que Menemno mi yerno está doliente, y pienso que es de alguna imaginacion diabólica que habrá entrado en su entendimiento.

Aver. Eso verná de algunos enojos rescebidos con mugeres.

Cas. A la letra es ese su mal, señor doctor.

Aver. Has de saber, señor, que Hipócrates, Galeno y Avicena *et omnia schola medicorum* ponen ciento y cincuenta remedios para ese mal. El primero es...

Cas. Ce, silencio: he allí á Menemno.

Aver. Juntémonos los dos.

Cas. Sea ansí. Menemno, hijo, ¿qué es de la saya?

Men. c. ¿Qué saya, señor?

Cas. La que tenias agora.

Men. c. ¡Oh dioses inmortales! ¿y qué será esto?

Cas. ¿No oyes lo que dice?

Aver. Ya veo que invoca los dioses.

Cas. ¿Qué esperas? Haz tu oficio, maestro.

Laz. ¿Qué quiere decir maestro? *Domine doctor, domine doctor* acostumbran de llamarle.

Cas. Calla, rapaz, no seas tan reagudo.

Aver. Menemno, dame esa mano. No

pasees tanto, no pasees tanto, pecador de mí, que es malo eso para tu enfermedad.

Men. c. ¿Qué enfermedad? Vete enhoramala.

Aver. ¿Veis cómo desvaria? Escucha y verás que le hago unas preguntas tan profundísimas que bastan á tornar un hombre de cuerdo loco, y otras para tornarle de loco cuerdo: *et operibus credite.*

Cas. Pues acabemos ya.

Aver. Hijo Menemno, sosiégate. Dime, ¿sientes alguna cosa?

Men. c. ¿Soy por ventura insensible, que no tengo de sentir?

Aver. Ya lo decia yo, que no podias estar sin sentir. Dime, ¿qué vino bebes, blanco ó tinto?

Men. c. Vete á la horca tú y tus preguntas.

Cas. Ya comienza á enloquecer.

Aver. ¿Qué te tengo dicho, señor?

Men. c. Mas pregúntame si como el pan colorado ó verde, ó aves con escama y peces con pluma.

Cas. Maestro, ¿no vees qué locuras se le sueltan? ¿Porqué no le das remedio?

Aver. Espera: preguntalle he otras cosas.

Cas. Pregunta cuantas quisieres.

Aver. Menemno, dime, ¿suélensete algunas veces endurecer los ojos?

Men. c. ¡Qué diablos! ¿Soy de género de langosta?

Aver. Ya sé que blandos los has de tener. Burlábame contigo. Esté atento, señor, que agora vienen las preguntas para volverle en todo su seso. Dime, Menemno, ¿sientes algunas veces que te rugen las tripas?

Men. c. Cuando estoy harto, no; mas agora sí, que estoy hambriento, y con gana de comer.

Aver. Di, ¿duermes los ojos cerrados?

Men. c. Como tú, velando, abiertos.

Cas. Agora cuerdamente respondió.

Aver. Pues cátatelo ahí sano, señor.

Cas. No está agora tan loco como cuando amenazaba á su muger con fuego.

Aver. ¿Habíalo de estar? Duelos me dé Dios.

Men. c. ¿A quién dices que amenazaba yo?

Cas. ¿No te acuerdas cuando á mí y á tu muger nos querias matar?

Men. c. ¿Yo matar á quien tanto deseo la vida?

Aver. Pecador de mí, señor. ¿Quieres echarme á perder? Téngole medio curado ¿y estás contendiendo con él? Ven acá, Menemno, hablemos aparte tú y yo. Has de saber que nosotros somos los locos, que tú demasiado seso tienes. Tú, rapaz, no es aun tiempo que sepas estos secretos de medicina. Apártate allá.

Laz. Recuérdate digo yo de los *quinquaginta cruciatos auri.*

Aver. ¡Oh! sí señor. Téngalos á punto que son mucho menester, porque tengo de hacer con ellos en mi casa un cierto cocimiento con cincuenta maneras de yerbas, para cada cruzado una, traidas de la insula Fortunada, y despues de todas hacer un emplastro por ciertos puntos de astrología, y despues ponérselo en los piés para fortificar la cabeza.

Cas. Abreviemos, que ya está á punto todo.

Aver. Bene dixisti. Oye, Menemno. Tú has de saber que conozco muy bien que si tu entendimiento está algo alterado, es por algun enojo que has habido.

Men. c. Dices la verdad.

Aver. Hora pues por hacer placer á mí y acreditar mi medicina y no enojar á tu suegro, haz todo lo que yo te dijere.

Men. c. Soy contentísimo.

Aver. Si lo haces, yo te prometo de partir contigo los cincuenta cruzados, porque tú ni has menester medicina, ni yo la entiendo mas que esa pared.

Men. c. Pero haz de manera, maestro, que me lleven en todo caso á tu casa.

Laz. Bien dices, porque allí haremos buena gira y beberemos *autant.*

Aver. Decir yo, señor Casandro, que está Menemno del todo sano, no diria verdad; pero helo traido á punto de hacer que me sea en todo obedientísimo.

Cas. Veamos.

Aver. Menemno.

Men. c. ¿Qué mandas, señor doctor?

Aver. Alza el brazo derecho. ¿No puedes mas?

Men. c. No señor.

Aver. Agora da una vuelta en derredor. ¿No ves, señor? Por la doctrina del grande Hipócrates te juro que si quiero, te lo convertiré en nabo. Échate de esa ventana abajo.

Men. c. ¿Qué es de la ventana?

Aver. Está quedo, loco, no te muevas. Aprende, rapaz, estos medicinales puntos. Agora, Menemno, dame esa espada.

Cas. Agora vas bien: eso me contenta.

Aver. Coge así los brazos.

Men. c. Ya están cogidos. ¿Qué es lo que haces?

Aver. Súfrete, que por tu bien se hace que estés atado un poco con este cordel,

porque así dice Avicena que se debe hacer.

Laz. In quarta et sexta ad finem.

Aver. ¡Oh cómo acotaste bien, rapaz! Es menester, señor Casandro, que de esta manera atado lo lleven á mi casa, porque allí con aquel emplastro aureo te lo daré sano en tres dias.

Cas. Antes ha de ir así como está á la casa de los locos, porque aquella es su propia morada. Vaya, vaya presto.

Men. c. ¡Oh ciudadanos! ¡Oh amigos mios! Socorredme, que me llevan contra mi voluntad acusado falsamente.

ESCENA XII.

MENEMNO, CASADO. CASANDRO. AVERROIS. LAZARILLO. TRONCHON, Y DESPUES MENEMNO, MANCEBO.

Tron. ¡Oh dioses inmortales! ¿qué es lo que con mis ojos veo? No sé por qué causa llevan aquellos á mi amo forzosamente.

Cas. Averrois, ayúdame. ¿En qué piensas?

Tron. Menemno.

Men. c. ¡Oh amigo! No consientas que se me haga tamaña afrenta.

Tron. ¿Porqué llevais así á este gentilhombre?

Cas. Porque es loco.

Tron. ¿Quién dice tan gran maldad?

Cas. Este médico.

Tron. Asosegaos, que no es loco.

Cas. Si no, ¿qué mal tiene?

Tron. Está asombrado y endemoniado.

Aver. ¿Endemoniado? Arriedro vaya Satanas.

Cas. Di, doctor, ¿cómo no le conociste el mal?

Aver. Sé que yo, señor, nunca fui doctor en diablos, pero veamos este lo que sabe.

Cas. ¿Qué remedio darás tú?

Tron. Muy grande. Quiero hablarle al oido para ver si es de los demonios secretos. Mira, Menemno, si quieres librarte de estos tus enemigos, yo te daré una espada entre manos.

Men. c. Ya la querria tener.

Tron. De los demonios públicos es: á voces quiero hablarte. Yo te mando de parte de Dios que te vayas á los infiernos sin dañar ni atormentar á este hombre.

Men. c. No saldré si primero no veo la cruz, ó señal della.

Cas. ¡Oh pobre mancebo! Bendito seas tú, Dios. ¡Oh cruel mancilla!

Tron. ¿No hay por aquí una cruz? Mostradme esa espada, que tanto montará como cruz.

Aver. Déjasela, Lazarillo.

Tron. Besa, ladron, y abrázate con ella.

Men. c. ¿Así que como loco me llevábades? Aguardad un poquito, perros traidores.

Aver. A huir, señor Casandro, que soltado se ha.

Men. c. Id con la maldicion, bellacos.

Tron. ¿Qué te paresce, señor, con qué astucia te he librado de esta gente?

Men. c. Mas te debo que á cuantos hombres hay en el mundo: por eso mira lo que yo podré hacer por tí.

Tron. Que me hagas libre te pido.

Men. c. ¿Por ventura eres tú mi esclavo para que te haga libre, ó conózcote yo?

Tron. No quiero entrar en si me conoces ó no, sino que me des por libre.

Men. c. Digo que te doy por libre, y que te tengo en cuenta de hermano.

Tron. Quiero ir agora al meson, y traerte he la bolsa de los dineros y las piezas de plata que me encomendaste.

Men. c. Anda, que aquí te espero. Cosas maravillosas me han acontecido hoy. Dorotea me dió á entender que habia comido con ella, y que me dió la saya y el diamante. Mi suegro y este borracho de médico que estoy loco, y este agora que soy su amo y que me traerá los dineros y la plata. Esperar quiero y ver en qué pára esto.

Men. m. Dios te guarde, gentilhombre.

Men. c. Así haga á tí.

Men. m. ¿Habitas en esta tierra?

Men. c. Sí habito, hartos años ha.

Men. m. ¿Por ventura sabriasme dar razon de un esclavo estranjero?

Men. c. Si no das otras señas, es preguntar por Mahoma en Granada.

Tron. ¡Ah! señor Menemno.

Men. c. y m. ¿Qué quieres?

Tron. Qué, ¿dos amos tengo yo?

Men. c. y m. No sino uno.

Tron. ¿Quién es ese uno?

Men. c. y m. Yo soy.

Tron. ¿Qué quiere decir yo soy? Esperad, ¿quién ha de rescebir esta plata?

Men. c. y m. Yo.

Tron. Válame Dios ¿y qué será esto? ¿A cuál de los dos libré yo cuando lo llevaban atado como loco?

Men. c. A mí.

Tron. Pues tú eres mi amo, y habrás la plata, y él que perdone.

Men. m. ¿Tórnaste loco, Tronchon? ¿Y cómo no te acuerdas que veniste hoy conmigo de la nave?

Tron. Por cierto que tienes razon. Tú busca mozo, que este es mi amo.

Men. c. ¿Dó vas, desconocido? ¿Yo no soy quien te ha hecho franco en este lugar?

Tron. Por cierto, sí, tú eres mi amo y mi señor.

Men. m. Ven acá, desmemoriado, ¿no te acuerdas que cuando quise entrar en casa de la ramera te encomendé la bolsa con los dineros?

Tron. Tú sin duda eres mi amo Menemno.

Men. c. Tambien yo me llamo Menemno.

Men. m. ¿Tú Menemno?

Men. c. Sí, yo Menemno, y mi padre Menemno.

Tron. ¿Cuál seria, que fuese este quien buscamos tanto ha?

Men. m. ¿Eres natural de esta tierra?

Men. c. No, sino de Sevilla.

Men. m. ¿Acuérdaste algo de allá?

Men. c. Acuérdome que siendo yo de quince años nos embarcamos mi padre y yo en una nave para las partes de Levante.

Men. m. Dime, y no recibas pesadumbre, ¿cuántos hijos tuvo tu padre?

Men. c. No mas de dos.

Men. m. ¿Cuál era el mayor?

Men. c. Ninguno.

Men. m. ¿Cómo pudo ser eso?

Men. c. Porque nacimos de un mismo parto.

Men. m. ¿Llamásteisos entrambos Menemnos?

Men. c. No, que el otro se decia Claudio.

Men. m. Pues yo soy ese Claudio.

Men. c. ¿Tú? ¡Oh hermano mio! Claudio, seas muy bien venido.

Men. m. Y tú muy bien hallado, hermano Menemno.

Men. c. Dime, hermano, ¿quién te mudó el nombre de Claudio en Menemno?

Men. m. Has de saber que como nos vinieron nuevas que mi padre y tú érades muertos, luego nuestra madre (que en gloria sea) por el amor que tenia á nuestro padre y á tí, me mudó el nombre de Claudio en Menemno.

ESCENA ULTIMA.

MENEMNO, CASADO. MENEMNO, MANCEBO. TRONCHON. AUDACIA. TALEGA.

Aud. ¿Es verdad eso que me cuentas, Talega?

Tal. ¡Toma si es verdad! ¡Vieras huir á Casandro tu padre y al faldudo de maestre Averrois mas ligeros que gamos!

Aud. ¿Y á Menemno á dó lo podria yo hallar agora para meterlo secretamente en casa?

Tal. ¿Qué me sé yo? Dios se lo perdone á vuestra merced, y á mí tambien, porque al principio se podia escusar todo esto. Albricias, albricias, señora, albricias.

Aud. ¿Qué has, inocente? ¿De qué te tengo de dar albricias?

Tal. ¡Oh señora! que en lugar de un Menemno tienes dos Menemnos, y en lugar de un marido dos maridos. Cátalos allí.

Aud. La verdad dice. ¡Qué es esto, Dios mio!

Men. m. No te aflijas, señora, que yo soy tu marido, y alégrate, que este gentilhombre que vees tan semejante á mí, es mi hermano, que ha mucho tiempo que anda en busca mia.

Aud. ¿Tu hermano? Abrazarle quiero, por cierto.

Tron. Sin duda que la ramera te tomó por el señor tu hermano.

Men. c. ¿Qué es eso de la ramera?

Men. m. Has de saber que una ramera tomándome por tí me convidó á comer, y despues me dió una saya y un diamante.

Tal. En fin, señor, que sobre vos vino el *comedentes*, y *super nos* el *gementes et flentes*.

Men. c. Has de saber, señor hermano, qu'esa comida yo la ordené para mí á Talega, y dí la saya.

Aud. ¿Otorgais, otorgais, don ladron?

Men. c. Es la verdad que yo te la hurté para darla á Dorotea.

Men. m. No recibas pena, señora, qu'él lo hará muy mejor de aquí adelante, y la saya y diamante está en mi poder con otras joyas muchas que traigo para servirte con ellas.

Aud. En verte, señor hermano, se me ha quitado todo el enojo que tenia.

Men. c. Señor hermano, yo prometí de hacer libre á Tronchon.

Men. m. Desde agora le doy por libre para siempre.

Aud. Sus, señores, entremos dentro, porque alcance mi padre de este placer y alegría.

Tal. ¡Oh! ¿qué haremos de comer?

Men. c. Entremos cantando.

CANCION.

Enhorabuena vengais vos,
Hermano mio,
Pues á pesares hoy entre nos
Dais desvio.

APÉNDICE.

RODRIGO COTA Y FERNANDO ROJAS.

CELESTINA.

TRAGICOMEDIA DE CALISTO Y MELIBEA.

ARGUMENTO DE LA OBRA.

Calisto, de noble linage, de claro ingenio, de gentil disposicion, de linda crianza, dotado de muchas gracias, de estado mediano, fué preso en el amor de Melibea, muger moza, muy generosa, de alta y serenísima sangre, sublimada en próspero estado, una sola heredera á su padre Pleberio, y su muy amada: por solicitud del pungido Calisto, vencido el casto propósito della, interviniendo Celestina, mala y astuta muger, con dos sirvientes del vencido Calisto, engañados, y por esta tornados desleales, presa su fidelidad con anzuelo de codicia y de deleite, vinieron los amantes, y los que los ministraron en amargo y desastrado fin. Para comienzo de lo cual, dispuso la adversa fortuna lugar oportuno, donde á la presencia de Calisto se presentó la deseada Melibea.

PERSONAS.

CALISTO, mancebo enamorado.
MELIBEA, hija de Pleberio.
PLEBERIO, padre de Melibea.
ALISA, madre de Melibea.
CELESTINA, alcahueta.
PARMENO, SEMPRONIO, } criados de Calisto.
TRISTAN, SOSIA, } criados de Calisto.
CRITO.
LUCRECIA, criada de Pleberio.
ELICIA, AREUSA, } rameras.
CENTURIO, rufian.

ARGUMENTO DEL PRIMER ACTO.

Entrando Calisto en una huerta en seguimiento de un falcon suyo, halló ahí á Melibea, de cuyo amor preso, comenzóla de hablar: de la cual muy rigurosamente despedido fué para su casa muy angustiado y habló con un criado suyo llamado Sempronio, el cual, despues de muchas razones, le enderezó á una vieja llamada Celestina, en cuya casa tenia el mismo criado una enamorada llamada Elicia: la cual, viniendo Sempronio á casa de Celestina con el negocio de su amo, tenia otro consigo llamado Crito, el cual escondieron. Entre tanto que Sempronio está negociando con Celestina, Calisto está razonando con otro su criado por nombre Parmeno: el cual razonamiento dura hasta que llegan Sempronio y Celestina á casa de Calisto. Parmeno fué conocido de Celestina: la cual mucho le dice de los hechos y conocimiento de su madre; induciéndole á amor y concordia de Sempronio.

ARGUMENTO DEL ACTO SEGUNDO.

Partida Celestina de Calisto para su casa, queda Calisto hablando con Sempronio, criado suyo: al cual, como quien en alguna esperanza puesto está, todo aguijar le parece tardanza; envia Sempronio á solicitar á Celestina para el concebido negocio, quedan entre tanto Calisto y Parmeno juntos razonando.

ACTO TERCERO.

SEMPRONIO. CELESTINA. ELICIA.

Semp. Qué espacio lleva la barbuda, menos sosiego traian sus piés á la venida: á dineros pagados, brazos quebrados. Ce, señora Celestina, poco has aguijado.

Cel. ¿A qué vienes, hijo?

Semp. Este nuestro enfermo no sabe qué pedir, de sus manos no se confia, no se le cuece el pan: teme tu negligencia, maldice su avaricia y cortedad, porque te dió tan poco dinero.

Cel. No es cosa mas propia de los que aman, que la impaciencia, toda tardanza les es tormento, ninguna dilacion les agrada, en un momento querrian poner en efecto sus cogitaciones, antes las querrian ver concluidas que empezadas; mayormente estos novicios amantes, que contra cualquier señuelo vuelan sin deliberacion, sin pensar el daño que el cebo de su deseo trae mezclado en su ejercicio y negociacion para sus personas y sirvientes.

Semp. ¿Qué dices de sirvientes? Parece por tu razon, que nos pueda venir á nosotros daño de este negocio, y quemarnos con las centellas que resultan deste fuego de Calisto; aun al diablo daria yo sus amores: al primer desconcierto que vea en este negocio no como mas su pan; mas vale perder lo servido, que la vida por cobrarlo; el tiempo me dirá qué haga, que primero que caiga del todo, dará señal, como casa que se acuesta: si te parece, madre, guardemos nuestras personas del peligro: hágase lo que se hiciere, si la hobiere ogaño, sino á otro año, sino nunca: que no hay cosa tan difícil de sufrir en sus principios, que el tiempo no la ablande, y haga comportable; ninguna llaga tanto se sintió, que por luengo tiempo no aflojase su tormento, ni placer tan alegre fué, que no le amengüe su antigüedad: el mal y el bien, la prosperidad y adversidad, la gloria y pena, todo pierde con el tiempo la fuerza de su acelerado principio: pues los casos de admiracion, y venidos con gran deseo, tan presto como pasados, olvidados: cada dia vemos novedades, y las oimos, y las pasamos, y dejamos atras: diminúyelas el tiempo, hácelas contingibles. Qué tanto te maravillarias, si dijesen la tierra tembló, ó otra semejante cosa, que no lo olvidases luego. Así como, helado está el rio, el ciego ve ya, muerto es tu padre, un rayo cayó, ganada es Granada, el rey entra hoy, el turco es vencido, eclipse hay mañana, la puente es llevada, aquel es ya obispo, á Pedro robaron, Ines se ahorcó. Qué me dirás, sino que á tres dias pasados, ó á la segunda vista, no hay quien dello se maraville. Todo es así, todo pasa desta manera: todo se olvida, todo queda atras. Pues así será este amor de mi amo, cuanto mas fuere andando, tanto mas diminuyendo: que la costumbre luenga amansa los dolores, afloja y deshace los deleites, desmengua las maravillas: procuremos provecho mientra pendiere su contienda, y si á pié enjuto le pudieremos remediar mejor, mejor es, y sino poco á poco le soldarémos el reproche ó menosprecio de Melibea contra él: donde no, mas vale que pene el amo, que no que peligre el mozo.

Cel. Bien has dicho, contigo estoy: agradado me has, no podemos errar; pero todavía, hijo, es necesario, que el buen procurador ponga de su casa algun trabajo, algunas fingidas razones, algunos sofísticos útos, ir y venir á juicio, aunque reciba malas palabras del juez, siquiera por los que lo vieren no digan que se gana holgando el salario, y así ver ha cada uno á él con pleito, y á Celestina con sus amores.

Semp. Haz á tu voluntad, que no será este el primer negocio que has tomado á cargo.

Cel. ¿El primero, hijo? pocas vírgenes, á Dios gracias, has tú visto en esta ciudad, que hayan abierto tienda á vender, de quienes yo no haya sido corredora de su primer hilado. En naciendo la muchacha la hago escribir en mi registro: y esto para que yo sepa cuantas se me salen de la red. ¿Qué pensabas, Sempronio? ¿habíame de mantener del viento? ¿heredé otra herencia? ¿tengo otra casa, ó viña? ¿conócesme otra hacienda mas de este oficio? ¿de qué como y bebo? ¿de qué visto y calzo? en esta ciudad nacida, en ella criada, manteniendo honra, como todo el mundo sabe. Conocida pues soy: quien no supiere mi nombre, y mi casa, tenle por estranjero.

Semp. ¿Dime, madre, qué pasaste con mi compañero Parmeno, cuando subí con Calisto por el dinero?

Cel. Díjele el sueño y la soltura, y como ganaria mas con nuestra compañía, que con lisonjas que dice á su amo, como viviria siempre pobre y baldonado, si no mudaba el consejo: que no se hiciese santo á tal perra vieja como yo: acordéle quien era su madre, porque no menospreciase mi oficio: porque queriendo de mí decir mal, tropezase primero en ella.

Semp. ¿Tantos dias ha que le conoces, madre?

Cel. Aquí está Celestina, que le vido nacer, y le ayudó á criar: su madre y yo uña y carne: della aprendí todo lo mejor que sé de mi oficio: juntas comiamos, juntas dormiamos, juntas habiamos nuestros solaces, nuestros placeres, nuestros consejos y conciertos; en casa y fuera, como dos hermanas; nunca blanca gané en que no tuviese su mitad: pero no vivia yo engañada, si mi fortuna quisiera que ella me

durara. ¡O muerte, muerte, á cuántos privas de agradable compañía, á cuántos desconsuela tu enojosa visitacion! por uno que comes con tiempo, cortas mil en agraz: que siendo ella viva no fueran estos mis pasos desacompañados: buen siglo haya, que leal compañera me fué, que jamas me dejó hacer cosa en mi cabo, estando ella presente. Si yo traia el pan, ella la carne: si yo ponia la mesa, ella los manteles: no loca, no fantástica, ni presuntuosa, como las de agora. En mi ánima, descubierta se iba hasta el cabo de la ciudad con su jarro en la mano: que en todo el camino no oia peor de señora Claudina; y á osadas que otra conocia peor el vino, y cualquier mercaduría: cuando pensaba que no era llegada, era de vuelta. Allá la convidaban segun el amor que todos le tenian, que jamas volvia sin ocho ó diez gustaduras, un azumbre en el jarro, y otro en el cuerpo: así le fiaban dos ó tres arrobas en veces como sobre una taza de plata: su palabra era prenda de oro en cuantos bodegones habia: si ibamos por la calle, donde quiera que hubiesemos sed entrabamos en la primer taberna, luego mandaba echar media azumbre, para mojar la boca: mas á mi cargo que no le quitaban la toca por ello, sino cuanto la rayaban en su taja, y andar adelante. Si tal fuese agora su hijo, á mi cargo, que tu amo quedase sin pluma, y nosotros sin queja: pero yo lo haré de mi hierro, si vivo, y lo contaré en el número de los mios.

Semp. ¿Cómo has pensado hacerlo, que es un traidor?

Cel. A ese tal dos alevosos: haréle haber á Areusa: será de los nuestros, darnos ha lugar á tender las redes sin embarazo, por aquellas doblas de Calisto.

Semp. ¿Pues crees que podrás alcanzar algo de Melibea? ¿hay algun buen ramo?

Cel. No hay cirujano que á la primera cura juzgue la herida: lo que al presente veo, te diré. Melibea es hermosa, Calisto loco y franco, y ni á él penará gastar, ni á mí ayudar: bulla moneda, y dure el pleito lo que durare: todo lo puede el dinero, las peñas quebranta, los rios pasa en seco: no hay lugar tan alto, que un asno cargado de oro no lo suba. Su desatino y ardor basta para perder á sí, y ganar á nosotros. Esto he sentido, esto he calado, esto sé dél y della, esto es lo que nos ha de aprovechar. A casa voy de Pleberio, quédate á Dios, que aunque esté brava Melibea, no es esta (si á Dios ha placido) la primera á quien yo he hecho perder el cacarear: cosquillosicas son todas, mas despues que una vez consienten la silla en el enves del lomo, nunca querrian holgar: por ellas queda el campo: muertas sí, cansadas no: si de noche caminan, nunca querrian que amaneciese: maldicen los gallos, porque anuncian el dia, y el reloj, porque da tan á priesa: requieren las cabrillas y el norte, haciéndose estrelleras: ya cuando ven salir el lucero del alba, quiérese les salir el alma, su claridad les escurece el corazon. Camino es, hijo, que nunca me harté de andar: nunca me vi cansada: y aun así vieja como soy, sabe Dios mi buen deseo, cuanto mas estas que hierven sin fuego: cautívanse del primer abrazo, ruegan á quien rogó, penan por el penado, hácense siervas de quien eran señoras, dejan el mando, y son mandadas, rompen paredes, abren ventanas, fingen enfermedades, á los chirriadores quicios de las puertas hacen con aceites usar su oficio sin ruido; no te sabré decir lo mucho que obra en ellas el dulzor que les queda de los primeros besos de quien aman: son enemigas del medio, contino están posadas en los estremos.

Semp. No te entiendo esos términos, madre.

Cel. Digo, que la muger ama mucho aquel de quien es requerida, ó le tiene grande odio. Así que si al querer despiden, no pueden tener las riendas al desamor: y con esto que sé cierto, voy mas consolada á casa de Melibea, que si en la mano la tuviese: porque sé, que aunque al presente le ruegue, al fin me ha de rogar; aunque al principio me amenace, al cabo me ha de halagar. Aquí llevo un poco de hilado en esta mi faltriquera, con otros aparejos que conmigo siempre traigo, para tener causa de entrar, donde mucho no soy conocida, la primera vez: así como gorgueras, garbines, franjas, rodetes, tenazuelas, alcohol, albayalde, soliman, agujas y alfileres: que tal hay, que tal quiere: porque donde me tomare voz, me halle apercebida para les echar cebo, ó requerir de la primera vista.

Semp. Madre, mira bien lo que haces, porque cuando el principio se yerra, no puede seguirse buen fin: piensa en su padre que es noble y es esforzado, su madre celosa y brava, tú la misma sospecha. Melibea es única á ellos; faltándoles ella, fáltales todo el bien. En pensallo tiemblo; no vayas por lana, y vengas sin pluma.

Cel. ¿Sin pluma, hijo?

Semp. O emplumada, madre, que es peor.

Cel. A la he en mala hora, á ti he yo menester para compañero, aun si quisieses avisar á Celestina en su oficio; pues cuando tú naciste ya comia yo pan con corteza, para adalidad eres bueno, cargado de agüeros y recelo.

Semp. No te maravilles, madre, de mi temor, pues es comun condicion humana, que lo que mucho se desea, jamas se piensa ver concluido: mayormente que en este caso temo tu pena y mia, deseo provecho, querria que este negocio hubiese buen fin: no porque saliese mi amo de pena, mas por salir yo de laceria, y así miro mas inconvenientes con mi poca esperiencia, que no tú como maestra vieja.

El. Santiguarme quiero, Sempronio, quiero hacer una raya en el agua: que novedad es esta venir hoy acá dos veces.

Cel. Calla, boba, déjale, que otro pensamiento traemos en que mas nos va: ¿dime, está desocupada la casa? ¿fuése la moza que esperaba al ministro?

El. Y aun despues vino otra, y se fué.

Cel. ¿Sí? que no en balde.

El. No en buena fe, ni Dios lo quiera, que aunque vino tarde, mas vale á quien Dios ayuda, etc.

Cel. Pues sube presto al sobrado alto de la solana, y baja acá el bote del aceite serpentino que hallarás colgado del pedazo de la soga que traje del campo la otra noche, cuando llovia y hacia escuro, y abre el arca de los lienzos, y hácia la mano derecha hallarás un papel escrito con sangre de murciélago, debajo de aquella ala del dragon, al que sacamos ayer las uñas: mira no derrames el agua de mayo que me trajeron á conacionar.

El. Madre, no está donde dices: jamas te acuerdas de cosa que guardes.

Cel. No me castigues por Dios en mi vejez, ni me maltrates, Elicia: no infinjas, porque está aquí Sempronio, ni te ensoberbezcas: que mas quiere á mí por consejera, que á ti por amiga, aunque le ames mucho. Entra en la cámara de los ungüentos, y en la pelleja del gato negro, donde te mandé meter los ojos de la loba, le hallarás: y baja la sangre del cabron, y unas poquitas de las barbas que tú le cortaste.

El. Toma, madre, veslo aquí: yo me subo, y Sempronio arriba.

Cel. Conjúrote, triste Pluton, señor de la profundidad infernal, emperador de la corte dañada, capitan soberbio de los condenados ángeles, señor de los sulfúreos fuegos, que los hervientes éthneos montes manan: gobernador y veedor de los tormentos, y atormentador de las pecadoras ánimas: regidor de las tres furias, Tesifone, Megera y Aleto: administrador de todas las cosas negras del reino de Estigie y Dite, con todas sus lagunas, y sombras infernales, y litigioso Chaos: mantenedor de las volantes Harpias, con toda la compañía de espantables y pavorosas hidras. Yo Celestina, tu mas conocida clientula, te conjuro por la virtud y fuerza destas bermejas letras: por la sangre de aquella noturna ave, con que están escritas: por la gravedad de aquestos nombres y signos que en este papel se contienen: por la áspera ponzoña de las viboras, de que este aceite fué hecho, con el cual unto este hilado, vengas sin tardanza á obedecer mi voluntad: y en ello te envuelvas, y con ello estés sin un momento te partir, hasta que Melibea con aparejada oportunidad, que haya, lo compre: y con ella de tal manera quede enredada, que cuanto mas lo mirare, tanto mas su corazon se ablande á conceder mi peticion, y se le abras, y lastimes del crudo y fuerte amor de Calisto: tanto que despedida toda honestidad, se descubra á mí, y me galardone mis pasos y mensage: y esto hecho, pide y demanda de mí á tu voluntad. Si no lo haces con presto movimiento, ternásme por capital enemiga: heriré con luz tus cárceles tristes, y acusaré cruelmente tus continuas mentiras: apremiaré con mis ásperas palabras tu horrible nombre: y otra vez te conjuro; así confiando en mi mucho poder, me parto para allá con mi hilado, donde creo te llevo envuelto.

ACTO CUARTO.

CELESTINA. LUCRECIA. ALISA. MELIBEA.

Cel. Agora que voy sola, quiero mirar bien lo que Sempronio ha temido deste mi camino, porque aquellas cosas que no son bien pensadas, aunque algunas veces hayan buen fin, comunmente crian desvariados efetos: así que la mucha especulacion nunca carece de buen fruto: que aunque yo he disimulado con él, podria ser, que si me sintiesen en estos pasos de parte de Melibea, que no pagase con pena que menor fuese que la vida, ó muy amenguada quedase, cuando matar no me quisiesen,

mastcándome, ó azotándome cruelmente. Pues amargas cien monedas serian estas: ¡ay amarga de mí, en qué lazo me he metido, que por mostrarme solicita y esforzada, pongo mi persona al tablero! ¿qué haré, cuitada, mesquina de mí, que ni el salir afuera es provechoso, ni la perseverancia carece de peligro? ¿Pues iré, ó tornármehe? ¡O dudosa y dura perplejidad! no sé cual escoja por mas sano: en el osar manifiesto peligro: en la cobardía denostada pérdida. ¿Adónde irá el buey que no are? Cada camino descubre sus dañosos y hondos barrancos. Si con el hurto soy tomada, nunca de muerta, ó encorozada falto, á bien librar: si no voy, ¿qué dirá Sempronio? ¿que todas estas eran mis fuerzas, saber, y esfuerzo, ardid, y ofrecimiento, astucia, y solicitud? ¿Y su amo Calisto qué dirá? ¿qué hará, qué pensará, sino que hay mucho engaño en mis pisadas: y que yo he descubierto la celada, por haber mas provecho desta otra parte, como sofística prevaricadora? O si no se le ofrece pensamiento tan odioso, dará voces como loco: diráme en mi cara denuestos rabiosos: proporná mil inconvenientes, que mi deliberacion presta le puso, diciendo: tú, p... vieja, ¿porqué me acrecentaste mis pasiones con tus promesas? Alcahueta falsa, para todo el mundo tienes piés, para mí lengua: para todos obras, para mí palabras: para todos remedio, para mí pena: para todos esfuerzo, para mí te falta: para todos luz, para mí tiniebla. Pues, vieja traidora, ¿porqué te me ofreciste, que tu ofrecimiento me puso esperanza? la esperanza dilató mi muerte, sostuvo mi vivir, púsome título de hombre alegre: pues no habiendo efecto, ni tú carecerás de pena, ni yo de triste desesperacion. Pues triste yo, mal acá, mal acullá: pena en ambas partes: cuando á los estremos falta el medio, arrimarse hombre al mas sano, es discrecion. Mas quiero ofender á Plebeio, que enojar á Calisto: ir quiero, que mayor es la vergüenza de quedar por cobarde, que la pena, cumpliendo como osada lo que prometí: pues jamas al esfuerzo desayuda la fortuna. Ya veo su puerta, en mayores afrentas me he visto. Esfuerza, esfuerza, Celestina, no desmayes, que nunca faltan rogadores para mitigar las penas. Todos los agüeros se aderezan favorables, ó yo no sé nada deste arte: cuatro hombres que he topado, á los tres llaman Juanes, y los dos son cornudos. La primera palabra que oí por la calle, fué de achaque de amores: nunca he tropezado como otras veces. Las piedras parece que se apartan, y me hacen lugar que pase: ni me estorban las haldas, ni siento cansancio en el andar: todas me saludan: ni perro me ha ladrado, ni ave negra he visto: tordo, ni cuervo, ni otras nocturnas (1): y lo mejor de todo es, que veo á Lucrecia á la puerta de Melibea, prima de Elicia; no me será contraria.

Luc. ¿Quién es esta vieja que viene haldeando?

Cel. Paz sea en esta casa.

Luc. Celestina, madre, seas bien venida: ¿cuál dios te trajo por aquestos barrios no acostumbrados?

Cel. Hija, mi amor, deseo de todas vosotras, traerte encomiendas de Elicia, y aun ver á tus señoras, vieja y moza; que despues que me mudé al otro barrio, no han sido de mí visitadas.

Luc. ¿A esto solo saliste de tu casa? maravíllome de tí, que no es esa tu costumbre, ni sueles dar paso sin provecho.

Cel. ¿Mas provecho quieres, boba, que cumplir hombre sus deseos? Y tambien como á las viejas nunca nos fallecen necesidades: mayormente á mí que tengo de mantener hijas agenas; ando á vender un poco de hilado.

Luc. Algo es lo que yo digo: en mi seso estoy, que nunca metes aguja sin sacar reja; pero mi señora la vieja urdió una tela: tiene necesidad dello, tú de venderlo: entra, y espera aquí, que no os desaverneis (2).

Alisa. ¿Con quién hablas, Lucrecia?

Luc. Señora, con aquella vieja de la cuchillada que solia vivir aquí en las tenerías á la cuesta del rio.

Alisa. Agora la conozco menos: si tú me das á entender lo incógnito por lo menos conocido, es coger agua en cesto.

Luc. Jesus, señora, mas conocida es esta vieja que la ruda: no sé cómo no tienes noticia de la que empicotaron por hechicera, que vendia las mozas á los abades, y descasaba mil casados.

Alisa. ¿Qué oficio tiene? quizá por aquí la conoceré mejor.

Luc. Señora, perfuma tocas, hace soliman, y otros treinta oficios; conoce mucho en yerbas, cura niños: y aun la llaman vieja lapidaria.

(1) Ni otras naturas, *Venecia*.

(2) Desavenireis.

Alisa. Todo eso dicho, no me la da á conocer: dime su nombre si le sabes.

Luc. ¿Si le sé, señora? no hay niño, ni viejo en toda la ciudad que no le sepa: ¿habíale yo de ignorar?

Alisa. ¿Pues porqué no lo dices?

Luc. He vergüenza.

Alisa. Anda, boba: dilo, no me indignes con tu tardanza.

Luc. Celestina, hablando con reverencia, es su nombre.

Alisa. Hi, hi, hi: mala landre te mate, si de risa puedo estar, viendo el desamor que debes tener á esa vieja: que su nombre has vergüenza nombrar. Ya me voy recordando de ella: una buena pieza, no me digas mas: algo me verná á pedir, di que suba.

Luc. Sube, tia.

Cel. Señora buena, la paz de Dios sea contigo, y con la noble hija. Mis pasiones y enfermedades han impedido mi visitar tu casa, como era razon: mas Dios conoce mis limpias entrañas, mi verdadero amor, que la distancia de las moradas no despega el amor de los corazones: así que lo que mucho deseé, la necesidad me lo ha hecho cumplir: con mis fortunas adversas y otras me sobrevino mengua de dinero, no supe mejor remedio que vender un poco de hilado, que para unas toquillas tenia allegado: supe de tu criada que tenias dello necesidad: aunque pobre, y no de la merced de Dios, veslo aquí, si dello y de mí te quieres servir.

Alisa. Vecina honrada, tu razon y ofrecimiento me mueven á compasion, y tanto que quisiera mas hallarme en tiempo de poder cumplir tu falta, que menguar tu tela: lo dicho te agradezco; si el hilado es tal, serte ha bien pagado.

Cel. ¿Tal, señora? tal sea mi vida, y mi vejez, y la de quien parte quisiere de mi jura: delgado como el pelo de la cabeza, igual, recio como cuerdas de vihuela, blanco como el copo de la nieve, hilado todo por estos pulgares, aspado y aderezado, veslo aquí en madejitas: tres monedas me daban ayer por la onza, así goce desta alma pecadora.

Alisa. Hija Melibea, quédese esta muger honrada contigo, que ya me parece que es tarde para ir á visitar á mi hermana la muger de Cremes, que desde ayer no la he visto, y tambien que viene su page á llamarme, que se le arreció de (1) un rato acá el mal.

Cel. Por aquí anda el diablo, aparejando oportunidad, arreciando el mal á la otra. Ea, buen amigo, tener recio, agora es mi tiempo: ea, no la dejes, llevámela de aquí: ¿á quién digo?

Alisa. ¿Qué dices, amiga?

Cel. Señora, que maldito sea el diablo y mi pecado: porque en tal tiempo hubo de crecer el mal de tu hermana, que no habrá para nuestro negocio oportunidad: y ¿qué mal es el suyo?

Alisa. Dolor de costado, y tal, que segun dice el mozo que quedaba, temo no sea mortal: ruega á Dios, tú vecina, por amor mio, en tus devociones por su salud.

Cel. Yo te prometo, señora, en yendo de aquí me vaya por esos monasterios donde tengo frailes devotos mios, y les dé el mismo cargo que tú me das. Y demas desto, antes que me desayune, dé cuatro vueltas á mis cuentas.

Alisa. Pues, Melibea, contenta á la vecina en todo lo que razon fuere darle por lo hilado. Y tú, madre, perdóname, que otro dia se verná, en que mas nos veamos.

Cel. Señora, el perdon sobraria, donde el yerro falta: de Dios seas perdonada, que buena compañía me queda: Dios la deje gozar su noble juventud, y florida mocedad: que es el tiempo en que mas placeres y mayores deleites se alcanzan: que á la mia fe la vejez no es sino un meson de enfermedades, posada de pensamientos, amiga de rencillas, congoja continua, llaga incurable, mancilla de lo pasado, pena de lo presente, cuidado triste de lo por venir, vecina de la muerte, choza sin rama, que se llueve por cada parte, cayada de mimbre, que con poca carga se doblega.

Mel. ¿Porqué dices, madre, tanto mal de lo que todo el mundo con tanta eficacia gozar ó ver desea?

Cel. Desean harto mal para sí, desean harto trabajo, desean llegar allá, porque llegando, viven, y el vivir es dulce y viviendo envejecen: así que el niño desea ser mozo, y el mozo viejo, y el viejo mas: aunque con dolor, todo por vivir: porque como dicen, viva la gallina con su pepita. Pero ¿quién te podrá contar, señora, sus daños, sus inconvenientes, sus fatigas, sus cuidados, sus enfermedades, su frio, su calor, su descontentamiento, su rencilla, su pesadumbre: aquel arrugar de cara, aquel mudar de cabellos, y de su primera y fresca color,

(1) Desde.

aquel poco oir, aquel debilitado ver, puestos los ojos á la sombra, aquel hundimiento de boca, aquel caer de dientes, aquel carecer de fuerza, aquel flaco andar, aquel espacioso comer? pues ay ay, señora, si lo dicho viene acompañado de pobreza: allí verás callar todos los otros trabajos, cuando sobra la gana, y falta la provision, que jamas sentí peor ahito que de hambre.

Mel. Bien conozco que hablas de la feria, segun te va en ella, así que otra cancion dirán los ricos.

Cel. Señora hija, á cada cabo hay tres leguas de mal quebranto: á los ricos se les va la gloria y descanso por otros albañares de asechanzas, que no se parecen, ladrillados por encima con lisonjas. Aquel es rico que está bien con Dios: mas segura cosa es ser menospreciado, que temido: mejor sueño duerme el pobre, que no el que tiene de guardar con solicitud, lo que con trabajo ganó, y con dolor ha de dejar: mi amigo no será simulado, y el del rico sí: yo soy querida por mi persona, el rico por su hacienda: nunca oye verdad, todos le han envidia, apenas hallarás un rico que no confiese que le seria mejor estar en mediano estado, ó en honesta pobreza. Las riquezas no hacen rico, mas ocupado; no hacen señor, mas mayordomo: mas son los poseidos de las riquezas, que no los que las poseen: á muchos trajeron la muerte, á todos quitan el placer: y á las buenas costumbres ninguna cosa es mas contraria: ¿no oiste decir: durmieron su sueño los varones de las riquezas, y ninguna cosa hallaron en sus manos? Cada rico tiene una docena de hijos y nietos, que no rezan otra oracion, ni otra peticion, sino rogar á Dios que le saque de medio dellos: no veen la hora que tener á él so la tierra, y lo suyo entre sus manos, y darle á poca costa su morada para siempre.

Mel. Madre, gran pena ternás por la edad que perdiste. ¿Querrias volver á la primera?

Cel. Loco es, señora, el caminante que enojado del trabajo del dia, quisiese volver de comienzo á la jornada, para tornar otra vez á aquel lugar: que todas aquellas cosas, cuya posesion no es agradable, mas vale poseellas, que esperallas: porque mas cerca está el fin dellas, cuanto mas alejado del comienzo. No hay cosa mas dulce ni graciosa al muy cansado, que el meson: así que aunque la mocedad sea alegre, el verdadero viejo no la desea, porque el que de razon y seso carece, casi otra cosa no ama, sino lo que perdió.

Mel. Siquiera por vivir mas, es bueno desear lo que digo.

Cel. Tan presto, señora, se va el cordero como el carnero: ninguno es tan viejo que no pueda vivir un año, ni tan mozo que hoy no pudiese morir: así que en esto poca ventaja nos llevais.

Mel. Espantada me tienes con lo que has hablado: indicio me dan tus razones que te haya visto otro tiempo. ¿Dime, madre, eres tú Celestina, la que solia morar á las tenerias cabe el rio?

Cel. Hasta que Dios quiera.

Mel. Vieja te has parado: bien dicen que los dias no se van en balde. Así goce de mí, no te conociera sino por esa señaleja de la cara; figuraseme que eras hermosa, otra pareces, muy mudada estás.

Luc. Hi, hi, hi, mudada está el diablo: hermosa era, con aquel Dios os salve que le atraviesa la media cara.

Mel. ¿Qué hablas, loca? ¿qué es lo que dices? ¿de qué te ries?

Luc. De como no conocias á la madre.

Cel. Señora, ten tú el tiempo que no ande, tendré yo mi forma que no se mude: no has leido, que dicen: vendrá el dia que en el espejo no te conocerás; pero tambien yo encaneci temprano, y parezco de doblada edad, que así goce desta alma pecadora, y tú de ese cuerpo gracioso, que de cuatro hijas que parió mi madre, yo fui la menor: mira, como no soy tan vieja como me juzgan.

Mel. Celestina amiga, yo he holgado mucho en verte y conocerte: tambien hasme dado placer con tus razones; toma tu dinero, y vete con Dios, que me parece que no debes haber comido.

Cel. ¡O angélica imágen, o perla preciosa, y cómo te lo dices! gozo me toma en verte hablar: y no sabes que por la divina boca fué dicho, contra aquel infernal tentador, que no de solo pan viviremos; pues así es, que no solo el comer mantiene: mayormente á mí, que me suelo estar uno y dos dias, negociando encomiendas agenas ayuna: que en otra cosa no entiendo, salvo hacer por los buenos, morir por ellos: esto tuve siempre, querer mas trabajar sirviendo á otros, que holgar contentando á mí. Pues si tú me das licencia, diré la necesidad y causa de mi venida, que es otra que la que hasta ahora has oido, y tal que todos perderiamos, en me tornar en balde sin que lo sepas.

Mel. Di, madre, todas tus necesidades, que si yo las puede remediar, de buen grado lo

haré, por el pasado conocimiento y vecindad, que pone obligacion á los buenos.

Cel. ¿Mias, señora? antes agenas, como tengo dicho; que las mias de mi puerta adentro me las paso, sin que las sienta la tierra, comiendo cuando puedo, bebiendo cuando lo tengo, que con mi pobreza jamas me faltó, Dios gracias, una blanca para pan, y cuatro para vino, despues que enviudé: que antes no tenia yo cuidado de lo buscar: que sobrado estaba en un cuero en mi casa: uno lleno, y otro vacío: jamas me acosté sin comer una tostada en vino, y dos docenas de sorbos por amor de la madre, tras cada sopa: agora, como todo cuelga de mí, en un jarrillo, mal pecado, me lo traen, que no caben dos azumbres: seis veces al dia tengo de salir por mi pecado con mis canas acuestas, á le henchir á la taberna: mas no muera yo de muerte, hasta que me vea con un cuero ó tinajica de mis puertas adentro: que en mi ánima no hay otra provision, que como dicen: pan y vino anda camino, que no mozo garrido: así que donde no hay varon todo bien fallece: con mal está el huso, cuando la barba no anda de suso. Ha venido esto, señora, por lo que decia de las agenas necesidades, y no mias.

Mel. Pide lo que querrás, sea para quien fuere.

Cel. Doncella graciosa, y de alto linage, tu suave habla y alegre gesto, junto con el aparejo de liberalidad, que muestras con esta pobre vieja, me dan osadía á te lo decir. Yo dejo un enfermo á la muerte, que tan sola una palabra de tu noble boca salida que lleve metida en mi seno, tiene por fe, que sanará segun la mucha devocion que tiene en tu gentileza.

Mel. Vieja honrada, no te entiendo, si mas no me declaras tu demanda: por una parte me alteras, y provocas á enojo, por otra me mueves á compasion; no te sabria volver respuesta conveniente, segun lo poco que he sentido de tu habla. Que yo soy dichosa, si de mi palabra hay necesidad para salud de algun cristiano. Porque hacer beneficio, es semejar á Dios: y mas, que el que hace beneficio, le recibe, cuando es á persona que lo merece: y el que puede sanar el que padece, no lo haciendo, le mata: así que no cese tu peticion por empacho, ni temor.

Cel. El temor perdí, mirando, señora, tu beldad, que no puedo creer que en balde pintase Dios unos gestos mas perfectos que otros, mas dotados de gracias, mas hermosas faciones, sino para hacerlos almacen de virtudes, de misericordia, de compasion, ministros de sus mercedes y dádivas, como á ti: pues como todos seamos humanos nacidos para morir, y sea cierto que no se puede decir nacido, el que para sí solo nació: porque seria semejante á los brutos animales, en los cuales hay algunos piadosos, como se dice del unicornio, que se humilla á cualquiera doncella: el perro con todo su ímpetu y braveza, cuando viene á morder, si se le echan en el suelo, no hace mal: esto de piedad. ¿Pues las aves? ninguna cosa el gallo come, que no participe y llame á las gallinas á comer dello: el pelícano rompe el pecho, por dar á sus hijos á comer de sus entrañas: las cigüeñas mantienen otro tanto tiempo á sus padres viejos en el nido, cuanto ellos les dieron cebo, siendo pollitos: pues tal conocimiento dió la natura á los animales y aves, ¿porqué los hombres habemos de ser mas crueles? ¿Porqué no daremos parte de nuestras gracias y personas á los prójimos? mayormente cuando están envueltos en secretas enfermedades, y tales que donde está la medicina salió la causa de la enfermedad.

Mel. Por Dios, sin mas dilatar, me digas quién es ese doliente, que de mal tan perplejo se siente, que su pasion y remedio salen de una misma fuente.

Cel. Bien ternás, señora, noticia en esta ciudad de un caballero mancebo, gentilhombre, de clara sangre, que llaman Calisto.

Mel. Ya, ya, ya. Buena vieja, no me digas mas: no pases adelante: ¿ese es el doliente, por quien has hecho tantas premisas en tu demanda? ¿por quien has venido á buscar la muerte para tí? ¿por quien has dado tan dañados pasos, desvergonzada, barbuda? ¿Qué, qué siente ese perdido, que con tanta pasion vienes? de locura será su mal: ¡qué te parece, si me halláras sin sospecha dese loco, con qué palabras entrabas! No se dice en vano, que el mas empecible miembro del mal hombre, ó muger, es la lengua: quemada seas, alcahueta falsa, hechicera, enemiga de la honestidad, causadora de secretos yerros. Jesu, Jesu, quítamela, Lucrecia, de delante, que me fino: que no me ha dejado gota de sangre en el cuerpo: bien se lo merece esto y mas, quien á estas tales da oidos. Por cierto si no mirase á mi honestidad, y por no publicar su osadía dese atrevido, yo te biciera, malvada, que tu razon y vida acabáran en un tiempo.

Cel. (*ap.*) En hora mala vine acá, si me falta mi conjuro. Ea pues, bien sé á quien digo: ce, hermano, que se va todo á perder.

Mel. ¿Aun hablas entre dientes delante de mí, para acrecentar mi enojo, y doblar tu pena? ¿Querrias condenar mi honestidad por dar vida á un loco, dejar á mí triste, por alegrar á él, y llevar tú el provecho de mi perdicion, el galardon de mi yerro, perder y destruir la casa y honra de mi padre, por ganar la de una vieja maldita como tú? ¿Piensas que no tengo sentidas tus pisadas, y entendido tu dañado mensage? pues yo te certifico, que las albricias que de aquí saques, no sean sino estorbarte de mas ofender á Dios, dando fin á tus dias. Respóndeme, traidora, ¿cómo osaste tanto hacer?

Cel. Tu temor, señora, tiene ocupada mi disculpa: mi inocencia me da osadía, tu presencia me turba en verla airada: y lo que mas siento y me pena, es recebir enojo sin razon alguna. Por Dios, señora, que me dejes concluir mi dicho, que ni él quedará culpado, ni yo condenada: y verás, como es todo mas servicio de Dios, que pasos deshonestos: mas para dar salud al enfermo, que para dañar la fama al médico. Si pensára, señora, que tan de ligero habias de conjeturar de lo pasado nocibles sospechas, no bastára tu licencia para me dar osadía á hablar cosa que á Calisto, ni á otro hombre tocase.

Mel. Jesú, no oiga yo mentar mas ese loco, salta-paredes, fantasma de noche, luengo como cigüeña, figura de paramento mal pintado, sino aquí me caeré muerta. Este es el que el otro dia me vido, y comenzó á desvariar conmigo en razones, haciendo mucho del galan. Dirásle, buena vieja, que si se pensó, que ya era todo suyo, y quedaba por él el campo, porque holgué mas de consentir sus necedades, que castigar su yerro, quise mas dejarle por loco, que publicar su atrevimiento: pues avísale, que se aparte deste propósito, y serleha sano, sino podrá ser, que no haya comprado tan cara habla en su vida. Pues sabe, que no es vencido, sino el que se cree serlo: yo quedé bien segura, y él ufano. De locos es estimar á todos los otros de su calidad: y tú tórnate con su misma razon, que de mí no habrás respuesta, ni la esperes: que por demas es ruego, á quien no puede haber misericordia: y da gracias á Dios, pues tan libre vas desta feria. Bien me habian dicho quien tú eras y avisado de tus propiedades, aunque agora no te conocia.

Cel. (*ap.*) Mas fuerte estaba Troya: y aun otras mas bravas he yo amansado; ninguna tempestad mucho dura.

Mel. ¿Qué dices, enemiga? habla que te pueda oir. ¿Tienes disculpa alguna para satisfacer mi enojo, y escusar tu yerro y osadía?

Cel. Mientras viviere tu ira, mas dañarás mi descargo, que estás muy rigurosa: y no me maravillo, que la sangre nueva poco calor ha menester para hervir.

Mel. ¿Poco calor? poco le puedes llamar, pues quedaste tú viva, y yo quejosa, sobre tu gran atrevimiento. ¿Qué palabra podias tú querer para ese tal hombre, que á mi bien me estuviese? Responde, pues dices que no has concluido, y quizá pagarás lo pasado.

Cel. Una oracion, señora, que le dijeron que sabias de santa Apolonia para el dolor de las muelas: asimismo, tu cordon que es fama que ha tocado las reliquias que hay en Roma y Jerusalen: aquel caballero que dije, pena y muere dellas: esta fué mi venida; pero pues en mi dicha estaba tu airada respuesta, padézcase él su dolor, en pago de buscar tan desdichada mensagera. Pues en tu mucha virtud me faltó piedad, tambien me faltára agua, si á la mar me enviára: pero ya sabes, que el deleite de la venganza dura un momento, y el de la misericordia para siempre.

Mel. Si eso querias, ¿porqué luego no me lo espresaste? ¿porqué me lo dijiste por tales palabras?

Cel. Señora, porque mi limpio motivo me hizo creer que aunque en otras cualesquier lo propusiera, no se habia dé sospechar mal: que si faltó el debido preámbulo, fué porque la verdad no es necesario abundar de muchos colores: compasion de su dolor, confianza de tu magnificencia ahogaron en mi boca al principio la espresion de la causa: y pues conoces, señora, que el dolor turba, la turbacion desmanda y altera la lengua (la cual habia de estar siempre atada con el seso), por Dios que no me culpes. Y si él otro yerro ha hecho, no redunde en mi daño: pues que no tengo otra culpa, sino ser mensagera del culpado, no quiebre la soga por lo mas delgado: no semejes á la araña, que no muestra su fuerza sino con los flacos animales; no paguen justos por pecadores. Imita la divina justicia, que dijo: El ánima que pecare, aquella misma muera: á la humana, que

jamas condena al padre por el delito del hijo, ni al hijo por el del padre: ni es, señora, razon, que su atrevimiento acarree mi perdicion, aunque segun su merecimiento, no tendria en mucho, que fuese él el delincuente, y yo la condenada; que no es otro mi oficio, sino servir á los semejantes, y desto vivo, y desto me arreo: nunca fué mi voluntad de enojar á unos, por agradar á otros: aunque hayan dicho á tu merced en mi ausencia otra cosa: al fin, señora, á la firme verdad el viento del vulgo no la empece: una sola soy en este limpio trato: en toda la ciudad pocos tengo descontentos, con todos cumplo: los que algo me mandan, como si tuviese veinte piés y otras tantas manos.

Mel. No me maravillo, que un solo maestro de vicios dicen que basta para corromper un gran pueblo. Por cierto tantos y tales loores me han dicho de tus falsas mañas, que no sé si crea que pidas oracion.

Cel. Nunca yo la rece, y si la rezare, no sea oida, si otra cosa de mí se saque, aunque mil tormentos me diesen.

Mel. Mi pasada alteracion me impide á reir de tu disculpa: que bien sé, que ni juramento, ni tormento te hará decir verdad, que no es en tu mano.

Cel. Eres mi señora, tengo de callar, hete yo de servir, hasme tú de mandar, tu mala palabra será víspera de una saya.

Mel. Bien la has merecido.

Cel. Si no la he ganado con la lengua, no la he perdido con la intencion.

Mel. Tanto afirmas tu ignorancia, que me haces creer lo que puede ser. Quiero pues en tu dudosa disculpa tener la sentencia en peso, y no disponer de tu demanda al sabor de ligera interpretacion: no tengas en mucho, ni te maravilles de mi pasado sentimiento: porque concurrieron dos cosas en tu habla, que cualquiera dellas era bastante para me sacar de seso: nombrarme ese tu caballero, que conmigo se atrevió á hablar: y tambien pedirme palabra sin mas causa, que no se podia sospechar sino daño para mi honra: pero pues todo viene de buena parte, de lo pasado haya perdon, que en alguna manera es aliviado mi corazon, viendo que es obra pia y santa sanar los apasionados y enfermos.

Cel. Y tal enfermo, señora, por Dios si bien lo conocieses, no lo juzgases por el que has dicho, y mostrado con tu ira: en Dios, y en mi alma, no tiene hiel: gracias dos mil: en franqueza Alejandro: en esfuerzo Héctor: gesto de un rey, gracioso, alegre, jamas reina en él tristeza: de noble sangre, como sabes: gran justador: pues verlo armado, un san Jorge: fuerza y esfuerzo no tuvo Hércules tanta: la presencia y facion (1), disposicion, desenvoltura, otra lengua habia menester para las contar: todo junto semeja ángel del cielo: por fe tengo, que no era tan hermoso aquel gentil Narciso, que se enamoró de su propia figura, cuando se vido en las aguas de la fuente. Agora, señora, tiénele derribado una sola muela, que jamas cesa el quejar.

Mel. ¿Y qué tanto tiempo ha?

Cel. Podrá ser, señora, de veinte y tres años, que aquí está Celestina que lo vido nacer, y lo tomó á los piés de su madre.

Mel. Ni te pregunto eso, ni tengo necesidad de saber su edad, sino qué tanto tiempo ha que tiene el mal.

Cel. Señora, ocho dias, que parece que ha un año en su flaqueza: y el mayor remedio que tiene, es tomar una vihuela, y tañe tantas canciones, y tan lastimeras, que no creo, que fueron otras las que compuso aquel emperador y gran músico Adriano de la partida del ánima: por sufrir sin desmayo la ya vecina muerte: que aunque yo sé poco de música, parece que hace aquella vihuela hablar: pues si acaso canta, de mejor gana se paran las aves á le oir que no á aquel Amphion, de quien se dice que movia los árboles y piedras con su canto. Siendo este nacido, no alabáran á Orfeo: mira, señora, si una pobre vieja como yo se hallára dichosa en dar la vida á quien tales gracias tiene: ninguna muger lo vee, que no alabe á Dios, que así lo pintó: pues si le habla acaso, no es mas señora de sí, de lo que él ordena: y pues tanta razon tengo, juzga, señora, por bueno mi propósito, mis pasos saludables, y vacíos de sospecha.

Mel. ¡Cuánto me pesa con la falta de mi paciencia! porque siendo él ignorante, y tú inocente, habeis padecido las alteraciones de mi airada lengua: pero la mucha razon me relieva de culpa, la cual tu habla sospechosa causó: en pago de tu buen sufrimiento, quiero cumplir tu demanda, y darte luego mi cordon: y porque para escribir la oracion, no habrá tiempo sin que

(1) *Otros*, faycion: *otros*, faciones.

venga mi madre, si esto no bastare, ven mañana por ella muy secretamente.

Luc. Ya, ya, perdida es mi ama, secretamente quiere que venga Celestina; fraude hay, mas le querrá dar que lo dicho.

Mel. ¿Qué dices, Lucrecia?

Luc. Señora, que baste lo dicho, que es tarde.

Mel. Pues, madre, no le des parte de lo que pasó á ese caballero, porque no me tenga por cruel, ó arrebatada, ó deshonesta.

Luc. No miento yo, que á mal va este hecho.

Cel. Mucho me maravillo, señora Melibea, de la duda que tienes de mi secreto: no mas, que todo lo sé sufrir y encubrir, que bien veo, que tu mucha sospecha echó como suele mis razones á la peor parte: yo voy con tu cordon tan alegre, que se me figura, que está diciéndole allá el corazon la merced que nos heciste: y que lo tengo de hallar aliviado.

Mel. Mas haré por tu doliente, si menester fuere, en pago de lo sufrido.

Cel. (*ap.*) Mas será menester, y mas harás: y aunque no se te agradezca.

Mel. ¿Qué dices, madre, de agradecer?

Cel. Digo, señora, que todos lo agradeceremos y serviremos: y todos quedamos obligados, que la paga mas cierta es, cuando mas la tienen de cumplir.

Luc. Trastruécame (1) esas palabras.

Cel. Hija Lucrecia, ce, irás á casa, y dartehe una lejía con que pares esos cabellos rubios mas que el oro; no lo digas á tu señora: y aun dartehe unos polvos para quitar ese olor de la boca, que te huele un poco: que en el reino no los sabe hacer otra sino yo: y no hay otra cosa que peor en las mugeres parezca.

Luc. Oh! Dios te dé buena vejez, que mas necesidad tenia de todo eso, que de comer.

Cel. ¿Pues porqué murmuras contra mí, loquilla? calla, que no sabes si me habrás menester en cosas de mas importancia: no provoques á ira á tu señora mas de lo que ella ha estado, déjame ir en paz.

Mel. ¿Qué le dices, madre?

Cel. Señora, acá nos entendemos.

Mel. Dímelo, que me enojo cuando presente sé habla cosa de que no haya parte.

Cel. Señora, que te acuerde la oracion, para que la mandes escribir: y que aprenda de mí á tener mesura en el tiempo de tu ira, en lo cual yo usé lo que dicen; del airado es de apartar por poco tiempo, del enemigo por mucho: pues tú, señora, tenias ira con lo que sospechaste de mis palabras, no enemistad: porque aunque fueran las que tú pensabas, en sí no eran malas: que cada dia hay hombres penados por mugeres, y mugeres por hombres: y esto obró la natura: y la natura ordénala Dios, y Dios no hizo cosa mala: y así quedaba mi demanda (como quiera que fuese) en sí loable, pues de tal tronco procede, y yo libre de pena. Mas razones destas te diria, sino porque la prolijidad es enojosa al que oye, y dañosa al que habla.

Mel. En todo has tenido buen tiento: así en el poco hablar en mi enojo, como en el mucho sufrir.

Cel. Señora, sufríte con temor, porque te airaste con razon: porque con la ira morando poder, no es sino rayo: y por esto pasé tu rigurosa habla, hasta que su almacen hubiese gastado.

Mel. Encárgote ese caballero.

Cel. Señora, mas merece: y si algo con mi ruego para él he alcanzado, con la tardanza lo he dañado: yo me parto para él, si licencia me das.

Mel. Mientra mas aína la hubieras pedido, mas de grado la hubieras recaudado: ve con Dios, que ni tu mensage me ha traido provecho, ni de tu ida me puede venir daño.

ACTO QUINTO.

Despedida Celestina de Melibea, va por la calle hablando consigo misma entre dientes: llegada á su casa halló á Sempronio que la aguardaba: ambos van hablando hasta llegar á casa de Calisto: vistos por Parmeno, cuéntalo á Calisto su amo, el cual le manda abrir la puerta.

ACTO SESTO.

Entrada Celestina en casa de Calisto con grande aficion y deseo, Calisto le preguntó de lo que le ha acontecido con Melibea: mientra ellos están hablando, Parmeno oyendo hablar á Celestina de su parte, vuelto contra Sempronio, á cada razon le pone un mote; reprehendiéndole Sempronio. En fin la vieja Celestina le descubre todo lo negociado, y un cordon de

(1) *Unos*, trastocame: *otros*, trastrocame.

Melibea, y despedida de Calisto, vase para su casa, y con ella Parmeno.

ACTO SÉPTIMO.

Celestina habla con Parmeno, induciéndole á concordia de Sempronio. Tráele Parmeno á memoria la promesa que le hiciera, de le hacer haber á Areusa, que él mucho amaba. Vanse á casa de Areusa: quédase ahí la noche Parmeno, Celestina va para su casa, llama á la puerta; Elicia le viene á abrir, increpándole su tardanza.

ACTO OCTAVO.

La mañana viene, despierta Parmeno, y despídese de Areusa: vase para casa de Calisto su señor, halló á la puerta á Sempronio, conciertan su amistad. Van juntos á la cámara de Calisto, hállanle hablando consigo mismo: levantado, va á la iglesia.

ACTO NOVENO.

Sempronio y Parmeno van á la casa de Celestina entre sí hablando. Llegados allá, hallan á Elicia y Areusa. Pónense á comer, y entre comer, riñe Elicia con Sempronio, levántase de la mesa, tórnanla á apaciguar: en este comedio viene Lucrecia, criada de Melibea, á llamar á Celestina, que vaya a estar con Melibea.

ACTO DÉCIMO.

Mientra andan Celestina y Lucrecia por el camino, está hablando Melibea consigo misma. Llegada á la puerta, entra Lucrecia primero, hace entrar á Celestina. Melibea, despues de muchas razones, descubre á Celestina arder en amores de Calisto. Veen venir á Alisa, madre de Melibea: despídense de en uno: pregunta Alisa á Melibea su hija, de los negocios de Celestina, defendiéndole su mucha conversacion.

ACTO ONCENO.

Despedida Celestina de Melibea, va por la calle sola hablando, vee á Sempronio y Parmeno que van á la Madalena por su señor. Sempronio habla con Calisto: sobreviene Celestina, van á casa de Calisto: declárale Celestina su mensage, y negocio recaudado con Melibea. Mientras está en estas razones, están Parmeno y Sempronio entre sí hablando. Despídese Celestina de Calisto, va para su casa, llama á la puerta, Elicia la viene abrir: cenan, y vanse á dormir.

ACTO DOCENO.

Llegando la media noche, Calisto y Sempronio y Parmeno armados van á casa de Melibea: Lucrecia y Melibea están cabe la puerta aguardando á Calisto: viene Calisto, háblale primero Lucrecia: llama á Melibea: apártase Lucrecia: háblanse por entre las puertas Melibea y Calisto: Parmeno y Sempronio en su cabo departen. Oyen gentes por la calle: apercíbense para huir. Despídese Calisto de Melibea, dejando concertada la tornada para la noche siguiente. Pleberio al son del ruido que habia en la calle despierta: llama á su muger Alisa: pregunta á Melibea quién da patadas en su cámara; responde Melibea á su padre, fingiendo que tenia sed. Calisto, con sus criados, va para su casa hablando: échase á dormir. Parmeno y Sempronio van á casa de Celestina, demandan su parte de la ganancia: disimula Celestina: vienen á reñir: échanle mano á Celestina, mátanla. Da voces Elicia: viene la justicia á prenderlos ambos.

ACTO TRECENO.

Despertado Calisto de dormir, está hablando consigo mismo, donde á un poco está llamando á Tristan, y á otros criados suyos. Tórnase luego á dormir Calisto. Pónese Tristan á la puerta, viene Sosia llorando, preguntado de Tristan Sosia, cuéntale la muerte de Sempronio y Parmeno; van á decir las nuevas á Calisto: el cual sabiendo la verdad, hace gran lamentacion.

ACTO CATORCENO.

Está Melibea muy afligida, hablando con Lucrecia sobre la tardanza de Calisto, el cual le habia hecho voto de venir en aquella noche á visitalla.

ACTO DÉCIMOQUINTO.

Areusa dice palabras injuriosas á un rufian llamado Centurio, el cual se despide de ella por la venida de Elicia, la cual cuenta á Areusa las muertes que sobre los amores de Calisto y Melibea se habian ordenado, y conciertan Areusa y Elicia, que Centurio haya de vengar la muerte de los tres, en los dos enamo-

rados. En fin despídese Elicia de Areusa, no consintiendo en lo que le ruega, por no perder el buen tiempo que se daba, estando en su asueta casa.

ACTO DÉCIMOSESTO.

Pensando Pleberio y Alisa tener su hija Melibea el don de la virginidad conservado, lo cual, segun ha parecido, está en contrario, están razonando sobre el casamiento de Melibea, y en tan grande cuantidad le dan pena las palabras que de sus padres oye, que envia á Lucrecia para que sea causa de su silencio en aquel propósito.

ACTO DECIMOSÉPTIMO.

Elicia determina de despedir el pesar y luto que por causa de los muertos trae, alabando el consejo de Areusa en este próposito: la cual va á casa de Areusa y con palabras fictas saca todo el secreto que está entre Calisto y Melibea.

ACTO DÉCIMOCTAVO.

Elicia determina hacer las amistades entre Areusa y Centurio por precepto de Areusa: vanse á casa de Centurio, donde ellas le ruegan que haya de vengar las muertes en Calisto y Melibea, el cual lo prometió delante dellas. Y como sea natural á estos no hacer lo que prometen, escusase como en el proceso parece.

ACTO DÉCIMONONO.

Calisto yendo con Sosia y Tristan al huerto de Pleberio á visitar á Melibea que lo estaba esperando, y con ella Lucrecia, cuenta Sosia lo que le acaeció con Areusa. Estando Calisto dentro del huerto con Melibea, vienen Tarso y otros por mandado de Centurio, á cumplir lo que habia prometido á Areusa y Elicia: á los cuales sale Sosia, y oyendo Calisto desde el huerto donde está con Melibea el ruido que traian, quiso salir fuera, la cual salida fué causa que sus dias feneciesen.

ACTO VIGÉSIMO.

Lucrecia llama á la puerta de la cámara de Pleberio. Pregúntale Pleberio lo que quiere: Lucrecia le da priesa que vaya á ver su hija Melibea. Levantado Pleberio, va á la cámara de Melibea, consuélala, preguntándole qué mal tiene. Finge Melibea dolor del corazon. Envia Melibea á su padre por algunos instrumentos músicos: sube ella, y Lucrecia en una torre: envia de sí á Lucrecia. Cierra tras sí la puerta. Llégase su padre al pié de la torre, descúbrele Melibea todo el negocio que habia pasado: en fin déjase caer de la torre abajo.

ACTO VIGÉSIMOPRIMO.

Pleberio torna á su cámara, con grandísimo llanto, pregúntale Alisa su muger la causa de tan súbito mal, cuéntale la muerte de su hija Melibea, mostrándole el cuerpo della, todo hecho pedazos, y haciendo su llanto, concluye.

GIL VICENTE.

Gil Vicente (portugues) fué contemporáneo de Juan del Encina, y sus ensayos dramáticos se representaron en Portugal á fines del mismo siglo XV. La compilacion de sus obras (que se ha hecho muy rara) se imprimió en Lisboa, 1562. Ademas de las castellanas, contienen estas obras 34 piezas en portugues, algunas mezcladas de castellano.

ESCENA PRIMERA

DE LA

COMEDIA DE RUBENA.

ARGUMENTO.

En tierra de Campos allá en Castilla,
Habia un abad que allí se moraba:
Tenia una hija que mucho preciaba,
Bonita, hermosa á gran maravilla.
Un clérigo mozo, que era su criado,
Enamoróse de aquella doncella:
La conversacion acabó con ella
Lo que no debiera haber comenzado.
Llamaban á ella por nombre Rubena;
Hallóse preñada: el mozo ahuyó:
Todos su meses arreo encubrió,
Que viva persona sabia su pena.
Su padre era fuerte, cruel por nacion,
Zeloso, muy bravo sin templa ninguna:
Lloraba Rubena su triste fortuna,
Rompiendo las telas de su corazon.
Estando una noche sin mas compañía
Que sola tristeza sin partirse della,
Saltan dolores de parto con ella,
Su padre acostado, pero no dormia.
Sin esperanza de algun abrigo
Viéndose asida de tanta tristura,
Sufriendo sus penas con mucha cordura
Empieza diciendo entre sí consigo:

Ay de mí! de mí robada
Y no de otros robadores,
Ay de mí! desventurada:
Yo que no puedo, cuitada,
Decir ay á mis dolores.
Ay! que no oso quejar,
Ay! que no oso decir,
Ay! que no oso querellar,
Ni me puedo ya vengar
Del consentir.
¡Oh, triste de mí, Rubena!
¿A quién me descubriré?
¿A quién contaré mi pena?
¿Cómo porné en mano agena
Mi vida, mi honra y fe?
Oh, mocedad desdichada;
De falso amor engañada,
Engañada sin sentido:
¿Qué haré, desamparada?
¿Qué haré, triste, preñada
Sin marido?
Escuro parto escogí
En peligroso secreto,
¡Qué será triste de mí!
¡Oh Dios, porqué me salí
De mi camino discreto!
¡Quién tuviera, quién hallára
Una preciosa vara,
Que tuviera condicion
Que improviso me llevára
A alguno que me sacára
El corazon!
Oh, tristes nubes escuras
Que tan recias caminais,
Sacadme destas tristuras
Y llevadme á las honduras
De la mar adonde vais.
Duélanvos mis tristes hadas,
Y llevadme apresuradas
A aquel valle de tristura,
Donde están las malhadadas,
Donde están las sin ventura
Sepultadas.
Yo misma quiero el morir.
¿Porqué me apretais, dolores?
Mas duele el arrepentir
Dos mil veces que el parir.
Angustias paso mayores
En pensar cuanto preciada
Desde niña fuí criada,
Y por cuán vil paso amaro
A tal punto soy llegada,
Tan desierta y alongada
Del amparo.

Siempre de mi padre amada,
Siempre de todos querida,
Siempre tan ataviada,
Siempre señora llamada,
Siempre adorada y servida.
Siempre horra y muy esenta,
Siempre en puerto sin tormenta,
Mas mirada que la luna,
Siempre leda bien contenta;
Mas ora me toma cuenta
La fortuna.
Si acaso me descubriere
A Benita hablarlohia:
Pero si sola pariere
Y pariendo me muriere,
¡Oh, cuánto mejor seria!
¿Sin ventura, qué haré?
Que me cercan los dolores.
Oh Rubena! ¡di porqué
Creiste la falsa fe
De los amores!
Ben. (*su criada.*) Señora, ¿con quién
Vos veis alguna vision, [hablais?
No sé de qué os quejais.
Rub. Del mal de mi corazon.
Ben. Las quijadas
Teneis tan descarilladas
Y la barriga rellena,
Las espaldas empandadas,
Que no sois vos, sosadas!
¿Con quién trocastes, Rubena?
Rub. Con nadie, no sé qué dices.
Ben. Teneis los ojos sumidos
Y delgadas las narices.
Rub. Tú no ves que son lombrices.
Ben. Poco entiendo estos partidos:
Si será,
Y eso mismo os causará
Tener ojeras y paño.
Rub. ¡Ay, qué gran dolor me da!
Ben. Será de la frialdad
Que cogistes ora un año.
Rub. ¡Ay dolores de pesar!
Ben. Bien entiendo á mi señora,
Y ella quiéreme cegar.
Digo que no sé pensar
Qué remedio os busque agora.
Rub. Oh, Benita!
Ben. Estábades tan bonita
Nueve meses que habrá,
Tan blanca y coloradita,
No sé qué dolor maldita
O qué cosa esta será.
Parece que os salta el bazo
En derecho del ombligo
Como si fuera embarazo.
Rub. Corrimiento es desto brazo,
Que nunca acaba conmigo.
Ben. Bien está!
Andais de acá para allá
Descalza por las heladas:
De corrimientos será.
Rub. Llámame Genebra acá
Que te haden buenas hadas,
Que me venga bendecir
Del quebranto mucho presto:
Presto, que me he de morir.
Ben. Paréceme esto parir.
Digo que me pesa desto
En gran manera.
Rub. Pues aguija antes que muera.
Ben. Si teneis sufrimiento,
Descansáredes siquiera.
Rub. Ve por la bendicidera.
Ben. Primero os diré un cuento.
Diz que se era un escudero,
Tenia la muger tiñosa,
Y subiendo en un otero
Encontró con un vaquero
Desollando una raposa.
El escudero cuitado
Andaba desarrapado,
Las nalgas todas de fuera
Y el haz desamparado,
El cogote trasquilado
Sin osar decir quien era,
Como persona sentida
Yendo ansí por las montañas.
Rub. ¡Oh quién no fuera nacida!
Viéndome salir la vida,
Páraste á contar patrañas.
Ben. Pues otra sé de un carnero.
Rub. Anda, corre, que me muero!
¿No me irás por el vivir?
Ben. Dejadme cantar primero:
Tiempo es el caballero,
Que se me acorta el vestir.
Mas mal hay de lo que suena,
No se puede esto atapar:
Bien ví yo en hora buena,
Que las risas de Rubena
Nesto habian de parar.
Tanto burlar y reir
Con tanto de ir y venir,
El ojo al clérigo nuevo:
Húbola de bendecir,
Y ella lo quiere encubrir
Estando ya al rabo el huevo.
Rub. No te entiendo.
Ben. Vó rezando.
Rub. Oh, dulce Vírgen gloriosa,
A tí pido sospirando
Que te pases deste bando
De Rubena desdichosa.
Tú, que tuviste encubierto
Aquel divino secreto,

Encubre mi triste suerte,
No mires mi desconcierto,
Que sin ti me espera cierto
Mala muerte.

EL VIUDO.

COMEDIA.

PERSONAS.

EL VIUDO.
PAULA, } sus hijas.
MELICIA, }
UN CLÉRIGO.
UN COMPADRE DEL VIUDO.
D. ROSBEL, príncipe disfrazado.
D. GILBERTO, su hermano.

Viudo. Esta desastrada vida
¿Qué perdiera yo en perdella
Desque al mundo fué venida?
Pues amara y dolorida
Es toda mi parte della,
Que perdí muger tan bella
Como estrella,
Y pues triste me dejó,
Muriera mezquino yo
Y no ella!
Pluguiera á Dios que cupiera
La suerte suya por mia:
Pues quedé, que no debiera,
Robada mi compañera,
Consumida mi alegría.
Vida sin tal compañía
Noche y dia
Me da tan triste cuidado,
Que jamas seré, cuitado,
El que solia.
Acordarme su nobleza,
Su beldad, su perfeccion,
Sus mañas, su gentileza,
Su tan medida franqueza,
Quebrántame el corazon.
¡Oh, qué humilde condicion
A la razon!
¡Cuán callada, cuán sufrida!
Toda plantada y engerida
En discrecion.
Alegre con mi alegría
Con mi tristeza lloraba:
Pronta á cuanto yo decia
Queria lo que yo queria,
Amaba lo que yo amaba:
Toda su casa mandaba
Y castigaba
Sin de nadie ser oida,
Ni de persona nacida
Profazaba.
Amiga de mis amigos,
Amparo de mis parientes,
Humilde á mis castigos;
Cruel á mis enemigos,
Placentera á sus sirvientes,
Tal que con fieras serpientes
Inclementes
Hiciera vida paciente:
No fué muger mas prudente
En las prudentes.
Enemiga de zelosas,
De las castas compañera:
Contraria á las maliciosas,
Callada con porfiosas,
Para virtud la primera:
Muy honesta y placentera
De manera
Que nunca se desmedia:
Sublimada en cortesía
Verdadera.
En el punto que partiste
No debiera quedar yo,
Porque la vida que es triste
Mas muere quien la resiste,
Que el muerto que la dejó.
A aquel Dios que la llevó
Pido yo
Muerte luego por finida,
Pues la gloria de mi vida
Ya pasó.
Clér. La gloria y consolacion
De aquel padre eternal
Sea en vuestro corazon,
Porque teneis gran razon
De llorar en vuestro mal.
Viudo ¡Oh, mi padre espiritual!
Cuan mortal
Hallaréis á vuestro amigo.

Por amparo y por abrigo
Lloro tal,
Tal que nacer no debiera,
Pues sabeis como perdí
Muger tanto á mi manera.
Clér. Quien perdió tal compañera
Que llore digo que sí.
Viudo. ¡Oh cuán amiga de mí!
Clér. Bien lo ví.
Viudo. ¡Oh mi vida trabajada!
¡Ay de mi alma penada!
¡Ay de ti!
Clér. Tomad un consejo, hermano,
Deste amigo singular:
Pensad como lo humano
Unos tarde, otros temprano
Nacimos para acabar,
Y todo nuestro tardar
A buen juzgar
Por mas trabajo se cuenta,
Pues no se escusa tormenta
Neste mar.
Quitad el luto de vos
Y esos paños negregosos,
Que cierto sabemos nos
Negar los hechos de Dios
Todos los que están lutosos:
Pues se muestran soberbiosos
De quejosos
Cargados de paños prietos,
Repugnando los secretos
Mas gloriosos.
Los que mueren tan honrados,
Como acá vuestra muger,
Contritos y confesados,
¿Qué hace luto menester?
Lo que vos habeis de hacer
Ha de ser
A aquel dador de las vidas
Dalle gracias infinidas
Con placer.
¡Quedad con nuestro Señor!
Viudo. Padre, quedo consolado.
Clér. El vero consolador,
Cristo nuestro Redentor,
Esfuerce vuestro cuidado.
Viudo. ¡Oh qué padre tan honrado!
Descansado
Algun poquito me siento,
Que parte del pensamiento
Me ha quitado.
Ora oidme, hijas mias,
La muerte por desventura
Me llevó mis alegrías,
Porque no fuesen mis dias
Sino llenos de tristura.
Lo que mas desasegura
Mi holgura,
Es el daño que se os siga:
Esto hace mi fatiga
Mas escura.
Porque esta vida engañosa
En la tierna mocedad
Es tan peligrosa cosa
Que harto bien temerosa
Miro mi seguridad.
Acordad la honestidad
Y bondad
De vuestra madre defunta,
Y en tanta virtud junta
Contemplad.
Comp. ¿Qué haces, compadre amigo?
Viudo. Lo que manda la tristura
Sin muger y sin abrigo.
Comp. Bien trocára yo contigo.
¡Quién tuviera tu ventura!
Yo tengo muger tan dura
De natura,
Que se da la vida en ella
Mejor que en sierra de Estrella
La verdura.
Paula. ¡Mirad vos qué cosa aquella!
Comp. Digo verdad por mi vida!
Mel. Pues muy noble dueña es ella.
Comp. Ansí me goce yo en vella
No con vida tan cumplida.
Alma que no tiene salida,
Siempre metida
En danza cuadre ó no cuadre,
Gran envidia te he, compadre,
Sin medida.
A la fe, digote, amigo,
Que te vino buena estrena!
Eso haga Dios comigo.
Viudo. ¡Oh, calla! que yo soy testigo
Que es gran mal perder la buena.
Comp. ¿Mas cadena
Quieres tú que el hombre tenga
Que muger con vida luenga
Aun rebuena?
No estés, compadre, triste
Por salirte de prision:
Cuando tu muger perdiste
Entonces remaneciste,
Mas te falta el corazon.
Viudo. Segun va sin reflexion
Tu razon,
Has de estar fuera de tí,
Y aumentas mas en mí
La pasion.
Paula. ¡Oh, qué mala condicion!
Comp. No es sino muy real,
Y lo que hablo es en razon.
Paula. Mas bien habla en tí Neron,
Y paréceme muy mal.
Comp. Si yo tengo un animal,

¡Pese á tal!
Y una sierpe por muger,
Y por mas mi daño ser
Es inmortal.
Tanto monta dar en ella
Como dar nesa pared:
Cuanto mas riño con ella
Tanto mas se goza ella,
Por hacerme Dios merced.
No tiene hambre ni sed
Mas que una red,
Siempre harta y aborrida:
¡Si esta vida tal es vida
Me sabed!
Cuando con ella casé
Hallé, norabuena sea,
En ella lo que os diré.
Cuando bien bien la miré,
Vile un rostro de lamprea,
Un habla á fuer de aldea,
Y de Guinea
El aire de su meneo:
Cuanto mas se pon de arreo
Está mas fea.
Paula. Oh calla, no digais eso,
Que es mucho gentil muger.
Comp. No le vistes el avieso:
Si pone el blanco tan grueso
¿Qué diablo habeis de ver?
Dejemos su parecer
Ya caer
Y vengamos á lo al.
No estará sin decir mal
O la hacer.
Ella por dame esa paja
Mete la calle en revuelta:
Seso, ni sola migaja:
Dueña que se volvió graja
Y anda en el aire suelta,
Siempre pronta y desenvuelta
En dar vuelta
Donde lo bueno á lo malo,
Por mas que lleve de palo
En la envuelta.
Si algo estó de placer
Dice que yerba he pisado:
Si triste, quiéreme comer:
Yo no me puedo valer
Así me trae asombrado.
Si trayo á mi cuñado
Convidado,
Muéstrame un ceño tamaño
Que me hace andar un año
Renegado.
Miente que es cosa espantosa,
A todos escarnios pega:
Es porfiada y es temosa,
Soberbia, envidiosa,
Siempre urde, siempre trafiega,
Su lengua siempre navega:
Como pega
Para todo mal ardida,
Si en algo se halla cogida
Luego niega.
Paula. ¿Porqué deshonrais ansi
Vuestra muger?
Comp. Porque es plaga
Que desque la recibí
Bien pueden decir por mí
El marido de la draga.
No hay quien me deshaga
Tan gran llaga,
De toda paz enemiga:
Por Dios, no sé qué me diga
Ni qué me haga.
Yo no la puedo trocar,
Yo no la puedo vender,
Yo no la puedo amansar,
Yo no la puedo dejar,
Yo no la puedo esconder.
Yo no le puedo hacer
Entender
Sino que es ella una rosa,
Y que está muy desdichosa
En mi poder.
Y con todas sus traviesas
Está tan llena de vida,
Que con dos bombardas gruesas
Ni con lanzadas espesas
Será en vano combatida.
Viudo. ¡Oh, mi muger tan querida
Fallecida,
Toda paz sin nunca guerra,
No debieras de la tierra
Ser comida!
Agora me voy á rezar
Sobre aquella tierra dura,
Pues no lo puedo olvidar
Hasta mi muerte acabar
Este dolor sin ventura.
Comp. No quiso mi desventura
Tan escura
Que estotra fuera tras della,
Que yo le hiciera una bella
Sepultura,
Y le hiciera rezar
Las horas de los dragones,
Y le hiciera cantar
Las misas so el altar
Alumbradas con tizones,
Ofertadas con melones
Badeones
Todos llenos de cenada,
Por encienso una ahumada
De granzones.

Mel. Oh Paula, hermana mia,
¿Quién habia de pensar
Cuando mi madre vivia,
Que la vida que tenia
Estaba para acabar?
Paula. Nunca hay que confiar
Ni descansar
El que por reposo puna,
Pues no se escusa fortuna
Al navegar.
Ora que mi madre estaba
Mas alegre y descansada,
Cuando mucho sana andaba
Y mas recia se hallaba
¡Cuán presto fué salteada!
Mel. ¡Yo triste desamparada!
Paula. Y yo, cuitada,
A quien tanto bien queria,
Que su ánima partia
Yo nombrada.
Mel. Gran secreto es el morir.
Paula. Para mí bien declarado:
Mas secreto es el vivir,
Siendo cierto de partir
Nunca estar aparejado.
Cada cual es engañado
Y confiado
En que tiene luenga via.
Mel. Ansi fué la madre mia,
¡Mal pecado!

(*Entra D. Rosbel en disfraz de villano.*)

Paula. ¿Qué buscas?
Rosb. Véngome acá.
Paula. ¿A qué?
Rosb. Vengo á quequiera.
Paula. ¿De dó eres?
Rosb. Soy de acullá,
Del Villar de la Cabrera.
Llámome Juan de las Brozas,
De en cabito del llugal
Natural,
Hermano de las dos mozas:
Sé hacer 'priscos y chozas
Y un corral.
Paula. Ora pues vete enbuenhora.
Rosb. Si yo soy Juan de las Brozas,
Gaitero.
Paula. Eso es menester agora,
Como están ledas las mozas.
Mel. Ve, cabrero!
Rosb. No tengo ora donde ir.
Mel. ¿Tienes padre ó madre tú?
Rosb. Eso haa
Pláceme, lo vó decir:
Ya mi padre se ha morir,
Nel limbo está.
Paula. ¿Y tu madre?
Rosb. Acá quedó:
Con un flaire está á soldada
Muy valiente:
Luego la vestió y le dió
Una faja colorada
De presente.
Cuando retozan la fiesta
Es mi madre tan aguda
Y tan garrida,
Que siempre ella urde la siesta,
Por descansar de sesuda
La fatiga.
Paula. ¿Qué vida era la tuya?
Rosb. Rascaba la bestia al fraile
Acá y allá,
Y dila al diablo por suya,
Y aprendí hacer un baile
Y estoime acá.
Yo quisiera me casar,
La novia, mi fe, no quiso:
Pues ni yo
Antes quiero acá morar.
Viudo. ¿Qué haces acá, porquero?
Rosb. No soy, no.
Viudo. ¿Pues qué eres?
Rosb. Llámome Juan de las Brozas,
A mas soy medio gaitero:
Hago notas y placeres.
Viudo. ¿De dó eres? di, amigo.
Rosb. De mi tierra.
Viudo. ¿Qué lugar
Es el tuyo?
Rosb. No es mio, que es de un crigo.
Y no tengo de negar
Que es suyo.
Viudo. Y agora ¿qué querias?
Rosb. Acogime en un rabasco
Nigromante
Que me hizo ñiferias:
¡Quién le quebrára aquel casco
Fuertemente!
Sacudióme un torniscon
Y sacóme un rajanazo
De la greña:
Corralóme en un rincon,
Y dióme con un palazo
De la leña.
Viudo. ¿Algo le harias tú?
Rosb. Nada, nada, juri á san,
Fuile haciendo:
Solo hacia tu ru ru
Viene el hideputa can
Me firiendo.
Viudo. ¿Quieres comigo vivir?
Rosb. Si me dais buena soldada
Por trabajar,
Yo bien tengo de servir
En ganado y en sembrada

Y en cavar,
Ir por leña y al molino,
Traer mato para el horno
Y aun cocer,
Vendimiar y coger lino,
Hacer vino y poner torno
Si es menester.
Digo en cuanto á servicial
No vendrá un diablo acá
Que mas haga:
En nada os haré un corral,
Do el ganado no habrá
Miedo de plaga.
Hagamos luego avenencia.
Viudo. Estáte comigo un año.
Rosb. Bien será
Lo dejo á vuestra conciencia,
Como vierdes que me amaño
Me pagá.
Viudo. ¡Ve por leña!
Rosb. Que me place;
Y vereis cuan presto vengo,
Cuan corriendo.
Viudo. Trae muy valiente haze,
Y lleva el atijo luengo.
Rosb. Bien lo entiendo.
Viudo. Habémoslo menester
Como el pan que nos mantiene.
Paula. Es bien mandado.
Mel. Servicial parece ser.
Viudo. ¡Ahotas, cuán presto viene
Y cuán cargado!
Tenedle ya aparejado
El zurron con unos ajos
Y su pan,
Y luego vaya el ganado:
Pues han de ser los trabajos
Con afan.
¡Oh que norabuena vengas!
Rosb. ¡Qué mozo Juan de las Brozas!
Ya yo vengo.
Viudo. Antes que mas te detengas,
Dalde el zurron luego, mozas:
¡Ve corriendo!
Lleva los puercos contigo
Y mamenta las cabritas
Mas recientes,
Y mira lo que te digo,
Las vacas y becerritas
Paramentes.
Y á la noche de camino
Trae leña para el horno.
Rosb. Que me place.
Viudo. Muy buena dicha nos vino.
Paula. Viénenos como hecho al torno.
Mel. Bien lo hace.
Viudo. Sabed que el buen servidor,
Que lo pesen á oro fino
Es merecido.
Paula. Segun que fuere el señor,
Así abrirá el camino
A ser servido.

(*Sale D. Rosbel cantando.*)

D. Rosb. Arrimárame á ti, rosa,
No me diste solombra.

Mel. ¡Oh cómo es tan placentero
Este nuestro mozo Juan!
Viudo. ¿Y el rebaño?
Rosb. Esperad, diré primero
Que anduvetras un gavilan
Tamaño.
Ora, nuestramo, hablad vos.
Viudo. ¿Queda todo en el corral
El ganado?
Rosb. Bueno está, bendito Dios,
No se me perdió ni tal:
¡Él sea loado!
Viudo. Dalde luego de cenar.
Rosb. Que no tengo gana yo
De comida.
Mi placer es trabajar,
Afanar doquer que estó
Es mi vida.
Viudo. ¡Cena, cena! dalde pan
Y migas á gran hartura
Con del ajo:
Comerás, buen hijo Juan,
Que el comer es la holgura
Del trabajo.
Voime á cas del sacristan
A pagalle las campanas
Que tañió:
¡Quédate, buen hijo Juan!

Rosb. ¿Ambas á dos sois hermanas?
Mel. ¿Porqué no?
Rosb. Bien lo sé por mi ventura,
Que si yo no lo supiera
No penára:
¡Ambas ví por mi tristura,
Antes no nacido fuera
Que os mirára!
Paula. ¡Ay Jesu! ¡Jesu! ¡Jesu!
Mas es esto que pastor.
Mel. ¡Cómo hay Dios!
Y llamámosle de tú.
Decidnos por Dios, señor,
¿Quién sois vos?
Rosb. Soy quien arde en vivas llamas,
Pastor muy bien empleado
En tal poder,
Siendo de tan bellas damas

Hermanas en dar cuidado
A mi querer.
Don Rosbel soy, generoso
Hijo de duque y duquesa
Muy preciado:
Amor es tan poderoso,
Que me trujo á la dehesa
Con cayado.
Mándame ser alquilado,
Ansi lo tengo por gloria
Y lo quiero,
Sin ser de vos remediado,
Ni querer nunca victoria
Ni la espero.
No quiero sino miraros,
No quiero sino serviros
Desta suerte,
Y si os ofendo en amaros,
Bien lo pagan los sospiros
De mi muerte.
Mel. Hermana, no sé qué diga.
Paula. Nunca tal acaeció
Por mi fe:
¡Tal señor en tal fatiga!
Rosb. No lo quiero ser yo, no:
Me troqué
Desde el dia que os miré:
De tal suerte me prendistes
Improviso,
Que mi muerte la hallé
(Siendo pues vos me la distes)
Paraiso.
Soy vueso trabajador
Como son los alquilados:
Mas no soy...
¡Dejadme morir pastor
Llorando por los collados
Dende hoy!
No sepan parte de mí:
Don Rosbel no quiero ser
Ni por sueño,
Que esclavo soy desque os ví,
Y por vos es mi placer
Tener dueño.
Paula. La merced que nos hareis,
Siendo huérfanas, señor,
Y sin madre,
Que os vais y nos dejeis:
No mateis al pecador
De mi padre.
Abatis de vueso estado,
Siendo noble en señoría
Por derecho,
Y quereis ser deshonrado
Por tan pequeña contia
Sin provecho.
Rosb. No me deja ir amor:
De señorías tamañas
Soy bien harto,
Y es tan vivo mi dolor,
Que me abrasa las entrañas
Si me parto.
Paula. Ora, ¿eso qué aprovecha
Sino para daros pena
Y á nos temor?
Rosb. No tengais de mi sospecha,
Porque eso mas pena ordena
A mi dolor.

Viudo. ¿Qué te haces, Juan, co-
Rosb. Harto esté repantigado [miste?
De comer.
Viudo. ¿Paréceme que estás triste?
Rosb. Bien contento, Dios loado,
Con placer.
Mirad, nuestramo, yo estaba
Acá á mis amas hablando,
Del deseo
Y gana que me tomaba
De mi tierra, que mirando
No la veo.
Suso, ¿qué tengo de hacer?
Viudo. Tómate aquel azadon
Y la azada.
Rosb. Todo eso es mi placer,
No faltando el galardon
Y soldada.
Viudo. Muy bien te será pagada:
Ve, cava la viña luego
Sin reproche
Bien cavada y adobada,
Y trae cepas para el fuego
A la noche.
Al aldea quiero ir
Y veré nuestro montado
Como está,
Tarde tengo de venir.
Vosotras tened cuidado
En lo de acá:
Estas puertas bien cerradas,
Y no esteis ociosas
En estrado,
Que las mozas ocupadas
Escusan causas dañosas
Al cuidado.

Paula. ¿Qué consejo tomarémos?
Nosotras si nos callamos,
Consentimos:
Estamos en dos estremos,
Porque á él tambien faltamos,
Si decimos.
Mel. Pues nos que lo publiquemos
A mi padre ó otro alguien

Es niñería.
Paula. Ningun favor no le demos.
Mel. A quien nos sirve tan bien,
Será falsía.

(*Sale Rosbel cantando.*)

D. Rosb. Mal herido me ha la niña
No me hacen justicia.

¡Ha, nuestramo!
Paula. Fuera es ido.
Rosb. Estrella de mi alegría,
¿Cómo estais?
Mi gloria, mi bien cumplido,
Que la muerte y vida mia
Vos la dais.
Paula. Señor, ¿porqué os matais
Y nos dais vida cuidosa?
Sin porqué,
Pues en vano trabajais.
Rosb. ¡Oh, esmeralda preciosa!
Bien lo sé.
Pero este mi sudor
Amata las vivas llamas
Que amor quiso,
Y el afan de mi labor
Por vos tan hermosas damas
Es paraiso.
Y el ganado que apaciento,
Como ángeles del cielo
Los adoro
Por vuestro merecimiento,
Al que no pido consuelo
Sino lloro.
Otra gloria no atiento
Sino desesperar della,
Y desespero:
Con mis trabajos contento,
De nadie tengo querella
Aunque muero.
Y sé muy cierto que no
Con servicios os enamore
Ya en mis dias,
Porque no soy dino yo
Ni de lejos que os adore,
Idolas mias!
Paula. ¿Y cuál de nos quereis vos?
Rosb. Dos amores se ayuntaron
Contra mí:
Los males de dos en dos
Mi cuerpo y alma cercaron,
Cuando os ví.
Tengo doblados dolores:
Dos saetas en mí siento
Que me hirieron:
¡Ay, que juntos dos amores
En un solo pensamiento
No se vieron!

(*Sale el Viudo y dice Rosbel:*)

¿Nuestramo, venis cansado?
Viudo. Mas antes mucho contento
Del casal,
Porque dejo concertado
Para Paula un casamiento
Muy real.
Aun Melicia esta semana
Le espero de dar marido
De hazaña.
¿Lloras?
Rosb. Lloro una hermana
Que poco ha se ha morido
Supitaña.
Quiero llevar el ganado
A unos valles sombríos
Y tristoños,
Donde se harte el cuitado
De oir los gritos mios
Muy medoños.
Viudo. Limpia el establo primero,
Y lleva el estércol luego
Al linar.
Rosb. Que me place, que eso quiero:
Acábeme ya mi fuego
De matar.
¿*Viudo.* Qué hablas?
Rosb. ¿Qué he de hablar?
Digo que voy soñoliento
Y carcomido.
Viudo. Yo me voy ora á rezar
Que Dios haga á tu contento
Aquel marido.

Paula. ¡Oh, cómo va lastimado
El triste de don Rosbel!
Mel. Es de doler.
Paula. De veras es namorado.
Mel. Luego pareció en él
Su buen querer.
Paula. Pues no es de los fingidos,
Dame tú la fe, hermana,
Yo doy la mia,
Que no tomemos maridos
Hasta que él á su gana
Haya alegría.

Rosb. A todos das sepultura,
Muerte, ¿dime qué es de ti,
Tú que amo?
Y por mi gran desventúra
Tú te haces sorda á mí,
Que te llamo.
Y pues mi ánima se enoja
Con las tristes ansias mias

Tan penada,
Rasgada sea la foja
Do están escritos mis dias
Y quemada.
Oh, por Dios, lindas señoras,
En este trance penado
Tan mortal,
No os mostreis consentidoras,
Ni vea yo desdichado
Tanto mal.
Paula. No os mateis sin saber
Que bien lejos nos estamos
De casar.
Mel. Nadie nos ha de mover
Que á marido suframos
Sin amar.
Rosb. ¡Oh, preciosa mercé,
Quién te pudo merecer
En sus dias!
Ya crece tanto mi fe,
Que se muestra su querer
En mil vias.
Y pues que no puede ser
Casar con ambas, lo sabeis,
Echad suertes:
Pues quiero satisfacer
La mercé que me haceis
Sin mas muertes.
Mel. ¿Burlaisos de nos, señor,
O será sueño aquesto?
Paula. Si, lo es.
Rosb. Ya no mas seré pastor:
Echad vuestras suertes presto,
Vello heis.
Mel. En Paula cayó la suerte.
Yo te digo buena pro
Sin codicia.
Rosb. Heme aquí en otra muerte.
Cual por Paula, peno yo
Por Melicia.

(*Sale don Gilberto, que andaba buscando su hermano por el mundo.*)

Gilb. El Señor sea loado
Y toda la corte del cielo,
Pues mi hermano y mi consuelo
Tengo hallado.
Todo el mundo he buscado
Por hallarte muerto ó vivo,
O si eras libre ó cautivo,
O desterrado.
Rosb. ¿Mi padre y madre son vivos?
Gilb. Vivos, aunque muy dolientes.
Diéronles mil accidentes
Tus motivos:
Están tristes pensativos,
No sabiendo qué es de tí,
Y salen fuera de sí
Con gemidos.
Dijéronles hechiceras;
Puercos guarda don Rosbel,
Y dos mozas contra él
Son guerreras.
Amalas tanto de veras
Que otra cosa no adora:
De noche y de dia llora
Por las eras.
Rosb. Contártehe mi venida
En dos palabras no mas,
Porque luego sentirás
Mi fatiga.
Estas diosas de la vida,
Reinas de la fuerza humana,
Me prendieron de mi gana
Ofrecida.
No digo ser su vaquero,
Pues merece su valor
Ser un grande emperador
Su porquero.
Hermano, yo te requiero
Por la mucha virtud dellas,
Que nos casemos con ellas,
Yo primero.
Amparemos y honremos
Huérfanas tan preciosas,
Que en las cosas virtuosas
Son estremos.
Villas y tierras tenemos:
Hagamos esta hazaña,
Que quede ejemplo en España,
Y no tardemos.
Toma esta por muger:
A mí me darás la vida,
Y ternás muger nacida
A tu placer.
Quien casa por solo haber
Casamiento es temporal.
Gilb. Como á hermano especial
Lo quiero hacer.
Viudo. Señores, ¿qué modos estos?
¿Qué haceis en mi posada
Dolorida y quebrantada
Descompuestos?
¡Qué usos tan deshonestos
Para señores reales,
Tratar á huérfanas tales
Con denuestos!
Vos las debeis amparar,
Vos las debeis defender,
De vuestro oficio valer
Y ayudar:
Y viéndolas maltratar
Socorrer á su flaqueza:
Esta es ley de nobleza
Y de loar.
Paula. No riñais, padre, no.

Mas debeis mucho holgar,
Que Dios nos quiso amparar
Y nos casó.
Gilb. Señor, vuestro yerno só.
Rosb. Y yo vuestro yerno é hijo:
Dios y la ventura quiso,
Ni menos yo.
Viudo. Loado y glorificado
Sea nuestro Dios poderoso,
Que me hizo tan dichoso
Y descansado:
Caso bien aventurado
Por mi consuelo acaecido,
Sin tenello merecido
Ni soñado.
Voy á hacello saber
A mis amados amigos;
Porque sean los testigos
Del placer:
Y tambien es menester,
Que busquen mil alegrías,
Y bailen las canas mias
Al tañer.

(*Vanse á vestir las mozas, mientras cantan unos cantores.*)

Estánse dos hermanas
Doliéndose de sí,
Hermosas son entrambas
Lo mas que nunca vi.
Hufa! hufa!
A la fiesta, á la fiesta,
Que las bodas son aquí.
Namorado fué dellas
Don Rosbel Tenorí:
Tan sentidos amores
Jamas contar oí.
Hufa! hufa!
A la fiesta, á la fiesta,
Que las bodas son aquí.

AUTO PASTORIL DEL NACIMIENTO,

EL PRIMERO QUE EN PORTUGAL SE REPRESENTÓ,

Estando presentes el rey don Manuel y la reina doña Beatriz, su madre, y la señora duquesa de Braganza, su hija, en la segunda noche del nacimiento del príncipe don Juan III, en Portugal.

(6 JUNIO DE 1502.)

(*Entra un vaquero.*)

Vaq. Pardiez, siete arrepelones
Me pegaron á la entrada,
Mas yo dí una puñada
A uno de los rascones:
Empero si yo tal supiera,
No viniera,
Y si viniera, no entrára;
Y si entrára, yo mirára
De manera
Que ninguno no me diera.
¡Mas andar, lo hecho es hecho!
Pero todo bien mirado,
Ya que entré neste abrigado
Todo me sale en provecho.
Rehuélgome en ver estas cosas
Tan hermosas,
Que está hombre bobo en vellas:
Véolas yo; pero ellas
De lustrosas
A nosotros son dañosas.
¿Si es aquí donde vó?
Dios mantenga si es aquí;
Que yo no sé parte de mí,
Ni deslindo donde estó.
Nunca vi cabaña tal
Tan especial,
Tan notable de memoria:
Esta debe ser la gloria
Principal
Del paraiso terrenal.
O que sea, ó que no sea,
Quiero decir á qué vengo,
No diga que me detengo
Nuestro concejo y aldea:
Envíame á saber acá
¿Si es verdad
Que parió vuestra nobleza?
Miefé sí! que vuestra alteza
Tal está
Que señal dello me da.
Muy alegre y placentera,
Muy ufana esclarecida,
Muy prehecha y muy lucida,
Mas mucho que dantes era:

¡Oh! qué bien tan principal
Universal!
Nunca tal placer se vió:
Miefé, saltar quiero yo.
He, zagal!
Digo, digo, ¿salté mal?
¿Quién quieres que no reviente
De placer y gasajado?
De todos tan deseado
Este príncipe escelente,
Y que rey tiene de ser.
A mi ver
Debiamos pegar gritos,
Cuando los nuestros cabritos
Dende ayer
Ya no curan de pacer.
Todo el ganado retoza,
Toda laceria se quita:
Con esta nueva bendita
Todo el mundo se alboroza.
¡Oh, qué alegría tamaña!
La montaña
Y los prados florecieron,
Porque agora se cumplieron
En esta misma cabaña
Todas las glorias de España.
¡Qué gran placer sentirá
La gran corte castellana!
Cuán alegre y cuán ufana
Vuestra madre se estará,
Y todo el reino á monton
Con razon,
Pues de tal rey procedió
El mas noble que nació:
Su pendon
No tiene comparacion.
¡Qué padre! ¡qué hijo y qué madre!
¡Qué abuela y qué abuelos!
¡Bendito Dios de los cielos
Que le dió tal padre y madre!
¡Qué tias, que yo me espanto!
¡Viva el príncipe logrado!
Que él es bien aparentado
Juri á Sanjunco santo.
Si me ora vagara espacio
Y de prisa no viniera,
Juri á nos que yo os diera
Cuenta de su generacio.
Será rey don Juan Tercero,
Y heredero
De la fama que dejaron
En el tiempo que reinaron
El segundo y el primero,
Y los otros que pasaron.
Quedáronme allí detras
Unos treinta compañeros,
Porquerizos y vaqueros,
Y aun creo que son mas,
Y traen para el ñacido
Esclarecido
Mil huevos y leche aosadas
Y un ciento de quesadas:
Mas han traido
Frutas, miel lo que han podido.
Quiérolos ir á llamar,
Mas segun yo ví las señas,
Hanles de mesar las greñas
Los rascones al entrar.

(*Entraron las figuras de pastores y ofrecieron al príncipe dichos presentes, y por ser cosa nueva en Portugal, gustó tanto á la reina, que pidió al autor lo repitiese en la noche buena dirigido al nacimiento del Redentor, por lo que hizo el siguiente auto entre seis pastores.*)

Gil. Aquí está fuerte majada,
Quiero repastar aquí;
Mi ganado véislo allí,
Soncas, naquella abrigada.
Aquí me estoy abrigado
Del tempero de fortuna:
Añublada está la luna,
¡Mal pecado!
Lloverá, soncas, priado.
Quiero aquí poner mi hato,
Que cumpre estar añazcando,
Y andarme aquí holgando
Canticando de rato en rato.
Hucia en Dios vendrá el verano
Con sus flores y rosetas:
Cantaré mil chanzonetas
Muy ufano,
Si allá llego vivo y sano.
Riedro, riedro vaya el ceño,
Aborrir quiero el pesar:
Comenzaré de cantar,
Mientras me debroca el sueño.

(*Canta.*)

Menga Gil me quita el sueño
Que no duermo.

Bras. ¿Di, Gil Terron, tú qué has,
Que siempre andas apartado?
Gil. Miefé, cuido, mal pecado,
Que no se te entiende mas.
Tú, que andas siempre en bodas
Corriendo toros y vacas,
¿Qué ganas tú ó qué sacas
Dellas todas?
Asmo, asmo, que te enlodas.
Solo quiero canticar
Repastando mis cabritas:
Por estas sierras benditas

No me acuerdo del lugar.
Cuando cara el cielo oteo
Y veo tan buena cosa,
No me parece hermosa
Ni de aseo
Zagala de cuantas veo.
Andando solo magino,
Que la soldada que gano
Se me pierde de la mano,
Soncas, en cualquier camino.
Nesta soledad me enseño
Que el ganado, con que ando,
No sabré como ni cuando
Segun sueño
Quizá será de otro dueño.
Vete tú, Bras, al respingo;
Que yo desclucio del terruño.
Bras. El crego de Vico Nuño
Te enseñó eso el domingo.
Anda, anda acompañado,
Canta y huelga en las majadas,
Que este mundo, Gil, aosadas
¡Mal pecado!
Se debroca muy priado.
Gil. Aunque huyo la compañía,
No quiero mal á pastor,
Mas yo aprisco mejor
Apartado en la montaña.
De contino siempre oteo
Ingrillando los oidos,
Si darán, soncas, gemidos
De deseo
Los corderos que careo.
Lucas. ¡Hao! carillos!
Gil. ¿A quién hablas?
Lucas. A vosotros digo yo,
¿Si alguno de vos me vió
Perdidas unas dos cabras?
Gil. ¡Yo no!
Bras. ¡Ni yo!
Lucas. ¡A Dios pliega!
Gil. ¿Cómo las perdiste? di.
Lucas. Perdiéronse por ahí
Por la vega,
O algun me las soniega.
Nel hato de Bras Picado
Andaba Marta bailando:
Yo estúvela oteando
Bocabierto, traesportado,
Y al son batiendo el pié
Estuve dos horas vallentes:
El ganado en tan amientes
Alahé
No sé para donde fué.
Gil. Aun por eso que sospecho
Me aparto de saltijones,
Que vanas conversaciones
No traen ningun provecho.
Siempre pienso en cosas buenas,
Yo me hablo, yo me digo:
Tengo paz siempre comigo,
Sin las penas
Que dan las cosas agenas.
Lucas. No me quiero estar tras tras,
Ya perdido es lo perdido:
¿Qué gano en tomar sentido?
¿Qué dices, Gil, y tú, Bras?
Gil. Tú muy perezoso estás,
Busca, busca las cabritas:
Tras que tienes muy poquitas
No te das
De perder cada vez mas.
Enconmiéndalas á Dios!
Luc. ¿Qué podrá eso prestar?
Gil. Él te las irá buscar,
Que siempre mira por nos.
Luc. Si los lobos las comieron
¿Hámelas Dios de traer?
Harto terná que hacer:
Y si murieron
Mucho mas que yo perdieron.
Quiero llamar los zagales,
Tengamos todos majada.
Bras. Sube naquella asomada
Y dales gritos mortales.
Luc. Hace escuro, ¡quién verá!
Caeré nun barrancon.
Gil. Toma, lleva este tizon.
Luc. Dalo acá,
Este bien me ayudará.
¡Ha Silvestre, ha Vicente,
Ha Pedruelo, ha Bastian,
Ha Jarrete, ha Bras Juan,
Ha Pasival, ha Clemente!
Silv. ¿Lucas, qué nos quieres? di.
Luc. Que vengais acá priado
Tomarémos gasajado,
Que Gil Terron está aquí
En abrigado,
Alegre y bien asombrado.
Silv. Ora terrible placer
Teneis vosotros acá.
Bras. ¡Si tenemos, soncas ha!
¿Pues qué habemos de hacer?
Quien al cordojo se dió,
Mas cordojo se le pega.
Silv. Bailemos una borrega.
Bras. Miefé no,
Que tú bailas mas que yo.
Gil. ¡Juri á nos que estás chapado!
¿Qué es esto, Silvestre hermano?
Silv. ¿No ves que viene el verano?
Y soy recien desposado.
Gil. ¡Jesus, qué galan que vienes!
¿Quién te trajo al matrimuño?
Silv. Mi tio Valasco Nuño.

Gil. Chapados parientes tienes.
¿Quién es la esposa que hubiste?
Silv. Teresuela mi damada.
Bras. Sé que es moza bien chapada
Y aun es de buen natio,
Mas honrada del lugar.
Gil. Neso no hay que dudar,
Porque el herrero es su tio
Y el jurado es ahijado
Del abuelo de su madre,
Y de parte de su padre,
Es prima de Bras Pelado.
Saquituerto, Rodelludo,
Papiharto y Bodonales
Son sus primos coronales
De parte de Brisco Mudo.
Es nieta de Gil Llorente,
Sobrina del Crespellon;
Cascaollas Mamilon
Pienso que es tambien pariente.
Luc. Cierto es casta bien honrada
Esta que habes rellatado.
Bras. Pero mas del bien honrado
¿No te dan con ella nada?
Silv. Danme una burra preñada,
Un vasar, una espetera,
Una cama de madera;
La ropa no está ahilada.
Danme la moza vestida
De hatillos dominguejos,
Con sus manguitos bermejos
Y alfarda muy lucida.
Danme una puerca parida,
Mas anda muy triste y flaca.
Bras. ¿No te quieren dar la vaca?
Silv. Ha tres años que es vendida.
Luc. Sus, alto, toste priado,
Respinguemos la majada:
Viénese la madrugada,
Dejemos el desposado.
Bras. Démonos á gasajado,
Tomemos todos placer,
Que ya no quiere llover.
Gil. ¡Ya no, Dios sea loado!
Luc. Tengamos algun remedio:
¿Qué jugamos, Gil Terron?
Gil. Juguemos al abejòn;
Mas tengo de estar en medio.

(*Juegan.*)

Bras. Bien será de se acostar,
Que ya me debroca el sueño:
Santiguaos del dimuño.
Silv. Yo no me sé santiguar.
Bras. Decid todos como yo:
En el mes del padre,
En el mes del fijo;
Ellotro mes se me olvidó.

(*Duermen y se oyen los ángeles cantando.*)

¡Ha, pastor!
Que es nacido el Redentor.
Gil. Zagales, levantar de ahí;
Que grande nueva es venida,
Que es la Vírgen parida:
A los ángeles lo oí.
¡Oh, qué tónica acordada
De tan fuertes caramillos!
Bras. Cata que serian grillos.
Gil. Juri á nos,
Que eran ángeles de Dios.
Luc. Henos aquí levantados;
¿Qué le habemos de hacer?
Gil. Miefé, vámoslo á ver.
Bras. ¿Ver ansí despelluzados?
Gil. Pardiez que es para notar,
Pues el Rey de los señores
Se sirve de los pastores:
Nueva cosa
Es esta y tan espantosa.
Id vosotros al lugar
Muy presto, carillos mios,
Y no vamos tan vacíos,
Traed algo que le dar:
El rabel de Juan Javato
Y la gaita de Pablillos,
Y todos los caramillos
Que hay en el hato,
Y para el niño un silbato.

(*Cantan todos.*)

Aburremos la majada
Y todos con devocion
Vamos ver aquel garzon.
Veremos aquel niñito
De agora recien nacido:
Asmo que es el prometido
Nuestro Mejía bendito.
Cantemos á voz en grito
Con hemencia y devocion
Veremos aquel garzon.

Gil. ¡Dios mantenga á vuestra gloria!
Ya veis que estamos acá
Muy alegrés, soncas, ha
De vuestra noble victoria.
Luc. ¡Qué casa tan pobrecita
Escogió para nacer!
Bras. Ya comienza á padecer
Dende su niñez chiquita.
Silv. De paja es su camacita.
Bras. Un establo su posada.
Bras. Loada sea y adorada
Y bendita
La su clemencia infinita.
Gil. Señora, con estos hielos

El niño se está temblando!
De frio veo llorando
El criador de los cielos
Por falta de pañizuelos.
Juri á san si tal pensára,
O por dicha tal supiera,
Un zamarrote le trujera
De una vara
Que ahotas que él callára.
¿Ora vosotros qué haceis?
Con muy chapada hemencia
Y con mucha reverencia,
Dalde deso que traeis.

(*Cantando y bailando ofrecen los pastores sus dones.*)

CHANZONETA.

Norabuena quedes, Menga,
A la fe que Dios mantenga.
Zagala santa bendita,
Graciosa y morenita,
Nuestro ganado visita
Que nengun mal no le venga.
Norabuena quedes, Menga,
A la fe que Dios mantenga.

Gil. ¿Qué decis de la doncella,
No es harto prellocida?
Silv. Nunca otra fué nacida
Que fuese muger y estrella
Sino ella.
Gil. Pues no sabes que es aquella
La zagala tan hermosa,
Que Salomon dice esposa
Cuando canticaba de ella.
Con su voz muy deseosa
En su canticar decia:
Levántate, amiga mia,
Columba mea formosa:
Amiga mia olorosa
Tu voz suene en mis oidos,
Que es muy dulce á mis sentidos
Y tu cara muy graciosa.
Como el lilio plantada
Florecido entre espinos,
Como los olores finos
Muy suave eres hallada:
Tú eres huerta cerrada
En quien Dios venir desea:
Tota pulchra amica mea,
Flor de virginidad sagrada.
Silv. ¡Ha, Dios plaga con el roin!
Mudando vas la pelleja,
Sabes de achaque de igreja.
Gil. Agora lo deprendí.
Silv. Con esto hablas llatin
Tan á punto que es placer:
Mas lo preciase saber
Que me daren un florin.
Luc. De niñito tan bonito
Hablaban, soncas, letrados.
Gil. Los profetas alumbrados
No tiraban á otro hito:
Con muy ahincado espirto
Y con gozoso placer
Todos deseaban ver
Su nacimiento bendito.
Porque este es el cordero
Qui tollit peccata mundo,
El nuestro Adan segundo
Y remedio del primero:
Este es el hijo heredero
De nuestro eterno Dios,
El cual fué dado á nos
Por Mejias verdadero.
Este ansí descendió
Quedando siempre en el padre,
Y aunque vino á tomar madre,
Del padre no se apartó.
Bras. Gil Terron, lletrudo estás,
Muy hondo te encaramillas.
Gil. Dios hace estas maravillas.
Bras. ¡Ya lo veo, soncas ha!
Quien te viere no dirá
Que naciste en serranía.
Luc. Cantemos con alegría,
Que en eso despues se hablará.

JUAN DE LA CUEVA.

EL SACO DE ROMA.

COMEDIA.

ARGUMENTO DE LA OBRA.

Borbon, de nacion frances, capitan general de nuestro invicto emperador Cárlos Quinto, movido de su libre determinacion, movió el campo contra la ciudad de Roma para quererla saquear, y prosiguiendo en su horrible pensamiento, fué entrada la ciudad y puesta á saco, muriendo Borbon en el primer rencuentro, sin perdonar los luteranos (de que era el mayor número del ejército) cosa profana ni divina, en que no pusiesen sus violentas manos. Acabando de hartar su furia, dejando casi destruida á Roma, enderezaron su camino á Bolonia, á donde le fué, despues de algunos dias, dada á nuestro César la corona imperial.

Fué representada esta farsa la primera vez en Sevilla por Alonso Rodriguez, famoso representante, en la huerta de Doña Elvira, siendo asistente don Francisco Zapata de Cisneros, conde de Barajas, año 1579.

PERSONAS.

GENERAL BORBON.
D. FERNANDO GONZAGA.
CAPITAN MORON.
AVENDAÑO, soldado.
ESCALONA, soldado.
GUARDA.
MENSAGERO DE ROMA.
CAMILA, matrona romana.
CORNELIA, matrona romana.
JULIA, matrona romana.
FILIBERTO, general, muerto Borbon.
FARIAS, soldado.
ITALIANO.
ALEMAN.
ATAMBOR.
CAPITAN SARMIENTO.
SALVIATI, el que corona al emperador.
EMPERADOR CARLOS QUINTO.

JORNADA I.

Borbon junta su consejo de guerra, sobre el saquear á Roma que ya tenia cercada. El capitan Moron contradice el saquealla, Avendaño y Escalona, dos soldados españoles, entran pidiendo el saco que Borbon les ha prometido: llega de Roma un mensagero demandando á Borbon en nombre de los romanos que alce el cerco, prometido gran suma de dinero para el ejército. Despide Borbon el mensagero romano negando su demanda, dando asiento de dar el dia siguiente el asalto.

BORBON. D. FERNANDO GONZAGA.
CAPITAN MORON. AVENDAÑO. ESCALONA.
GUARDA. MENSAGERO DE ROMA.

Borbon. Contra el querer y potestad del [mundo
La bélica, española y fiera gente
Que sojuzgan la tierra, y al profundo
Causa terror su brio, y saña ardiente,
Sin valer la razon en que me fundo,
Ni ser á su braveza en nada urgente,
Por solo su desiño han levantado
Contra el pueblo de Marte el brazo airado.
Testigos sois, o ilustres capitanes,
Cuan diferente en este hecho he sido,
Y con cuantos remedios los afanes
De la cercada Roma he defendido;
Mas la gente española, y alemanes,
Sin haberse á mi ruego persuadido,
Ponen la escala al romúleo muro,
Y me piden que d'el asalto duro.
No está en mi mano, ni su furia admite
En este caso parecer contrario,
Todo á la ira y armas se remite,
Un solo acuerdo sigue el vulgo vario.
La funeral Alectho no permite
Descanso al crudo ejército adversario

De la opresada Roma, que ella incita
El daño que administra y solicita.
Levántales los ánimos al hecho
Junto con su feroz naturaleza
Las recientes victorias, el estrecho
En que ha puesto á Toscana su fiereza.
Esto no deja sosegar su pecho,
Esto aumenta mas fuego á su braveza.
Y así viendo yo esto, y donde estamos,
Pido que deis el órden que sigamos.

D. Fern. Gran general Borbon, á quien ha
De nuestro invicto César dado el cargo [sido
Meritísimamente, aquí se ha oido
Tu razon, y tu cargo, y tu descargo.
Y porque el parecer nos has pedido
Doy el mio, que al punto sin embargo
Asaltemos á Roma; est'es mi acuerdo,
Y lo remito al parecer mas cuerdo.

Moron. Usando del debido acatamiento
Si fuere aquí mi parecer acepto
Digo, gran don Fernando, que ese intento
Se reponga, y no tenga en esto efecto,
Que administrar de Marte el violento
Furor, no lo aconsejo, ni decreto,
Contra el pueblo que Dios tien' elegido
Para el vicario suyo instituido.
Si esto es de algun valor sereis comigo
En acetar mi parecer, piadoso,
O por amor, ó miedo del castigo
Reprimireis el ánimo furioso.
Mirad que á Dios haceis vuestro enemigo,
No os atrevais á él, que es poderoso
Y vengará su injuria de tal suerte
Que el menor mal que os dé, será la muerte.

D. Fern. Gran capitan Moron, ¿dime qué
Así mover tu corazon tan fiero? [pudo
Cuando la gruesa lanza y fuerte escudo
La causa pide, ¿te haces estrellero?
Desto me da razon, porque yo dudo
Como puede ser tal, qu'él duro acero
Que siempre amaste, agora lo aborrezcas,
Y la dureza antigua así enternezcas.
¿No ves los alemanes quebrantados
Morir por entregarse desta tierra?
¿Los fieros españoles alterados,
Dar voces por el fin de aquesta guerra?
Si agora desto fuesen desviados
Y del deseo que su pecho encierra,
Verias á los unos y á los otros
Volver las fieras armas á nosotros.
Pues si han de hacer cruda matanza
En los que estamos de su mesma parte
Cuánto mejor será darles venganza
De nuestros enemigos, y dest'arte,
Ensangrienten los bárbaros su lanza
En Roma, y los de España en crudo Marte,
Pongan por tierra el muro de Quirino,
Hagan el pueblo igual con el camino.

Moron. No vendré en tal acuerdo eterna-
Ni tal sentencia firmará mi mano. [mente,

D. Fern. ¿Por qué razon, o capitan va-
liente?

Moron. Porque es respecto aqueste de
cristiano.

D. Fern. ¿Soy del bando cristiano dife-
rente?

Moron. No digo tal, mas eres inhumano,
Pues quieres qu'el lugar que le fué dado
Por Cristo á Pedro sea de tí asolado.

D. Fern. ¿Qué podemos hacer? pon tú en
El ejército todo al arma puesto. [sosiego

Moron. Amata tú hoy, Borbon, aqueste
fuego.

Borbon. El modo me da tú, que siga en
Y será obedecido de mí luego. [esto,

Moron. Modo pides, estando ya dispuesto
El ejército fiero á la batalla,
Que la espada se oye, y ve la malla. [ta

D. Fern. ¿Es la gente española tan modes-
Que así se aplaque de seguir su intento?
Estando resoluta, y toda puesta
Al arma, qu'es su vida y su contento.

Moron. ¿A nuestro invicto César no mo-
Tal desiño? [lesta

Borbon. Qué importa si el violento
Furor, se va esparciendo por las venas,
Que están de ira y de corage llenas.

Moron. Supliquemos á Dios qu'él dé el
Así como tambien dará el castigo. [remedio

Borbon. O capitan Moron, ese es el medio
Que hallo, en esta confusion que sigo:
Él nos guie, él esté contino en medio
Siendo defensa nuestra, y dulce abrigo,
De suerte que el gran César nuestro sea
Victorioso, y el fin que pide vea.

Avend. Borbon, ¿qu'es tu pensamiento
Que nos detienes aquí?
No hay mas qu'el descanso en tí,
Los regalos y el contento.
Dejas morir los soldados
De hambre, sin mas memoria
De conseguir la victoria
De los romanos cercados.
¿Y vas os entreteniendo
Con promesas non cumplidas
Porque acabemos las vidas
Como mugeres durmiendo?
¿Para qué traemos armas
Si no habemos de usar dellas,
Y si en tí no hay mas que vellas
Porqué con ellas te armas?
Toca alarma, asalta el muro;
No nos difieras mas punto,
Tu determinacion junto
Venga, y el asalto duro.
Y si mas nos entretienes

Hágote, Borbon, saber
Que no te podrás valer
Con todo el poder que tienes.
Borbon. Soldados fieros de España,
Que sujetais la arrogancia
Del turco, y domais á Francia
La una y otra Alemaña,
Y desde el Danubio al Nilo
Va, y á la desierta arena
De Libia, y de allí resuena
Vuestro nombre, y culto estilo,
Qu'es la razon que teneis
Para culpar mi tardanza,
Si está hincada mi lanza
En el muro, que quereis,
Y siguiendo vuestro gusto
Hemos venido cercando
Toda Italia demandando
Lo que niega el cielo justo.
Esc. General de Cárlos Quinto,
Mas sientes de lo que dices,
Y si no es bien, no avises
Si es que te falta el instinto.
Si á toda Italia cercamos,
Tú no nos dejaste usar
De la fuerza militar
Que los soldados usamos.
A Bolonia, y á Ferrara,
A Flaminia, y á Faencia,
¿Quién nos hizo resistencia?
¿A qué no se saqueára?
El duque no, que ya estaba
Temblando el asalto fiero,
Mas tú como bandolero
Haces lo que te agradaba.
Tú nos has ido á la mano
Apresanduro el viage,
Prometiendo gran pillage
De aqueste saco romano.
Discurrimos tras tu mando,
Llegamos do dirigimos,
Y el fin para que venimos
Vas con plazos alargando.
Borbon, deja ya razones,
Toca alarma, asalta luego,
Que ofende tanto sosiego
Los bélicos corazones.
Y entiende que se pretende
Poner por tierra esta tierra,
Y si á ti te enfria la guerra
A nosotros nos enciende.
Guarda. Ah romano, ¿qué buscais?
¿Qué quereis? ¿ó á qué venis?
Mens. Soldado, pues lo pedis,
Diré lo que preguntais.
Al gran general Borbon
Le vengo á dar un recado
De Roma á él enviado
Vista nuestra perdicion.
Guarda. Aguardad aquí un momento,
Y daré razon de vos.
Mens. La lengua te mueva Dios
Y á Borbon el pensamiento.
Guarda. Concilio alto excelente,
Un mensagero está aquí
De Roma, y pide por mí
Ante vos verse presente.
Borbon. Dalde la puerta, entre luego,
Veamos qu'es lo que quiere.
Avend. Borbon, si paz te pidiere,
Cierra á el oido á su ruego.
Borbon. Las armas le quitaréis
Para entrar como es usanza.
Avend. Dalde espada, escudo y lanza,
Y entre armado, ¿qué temeis?
Cuando franceses vinieras
Y no españoles contigo,
Temieras al enemigo,
Mas si te guardan ¿qué esperas?
Segura está tu persona,
No puede venirte daño,
Qu'está contigo Avendaño
Y te acompaña Escalona.
Guarda. Licencia á entrar se os concede,
Mas que las armas dejeis.
Mens. ¿Los españoles temeis?
¿Miedo con vosotros puede?
¿Así los hombres desarmas?
¿No eres tú de aquel crisol
De España? qu'el español
No quiere al hombre sin armas.
Generoso concilio, á quien el suelo
Dignamente celebra, y tiene en tanto
Que la gloriosa fama esparce al cielo
El nombre vuestro en su divino canto,
Ya veis patente nuestro acerbo duelo,
No podeis ignorar nuestro quebranto,
Con vuestros propios ojos estais viendo
El mal que haceis, que Roma está sufriendo.
Pidevos humilmente que apartando
De vos tan fiero y pertinaz intento,
El cerco levanteis, ya perdonando
A quien n'os ofendió, ni en pensamiento.
Que bien nuestra razon considerando
El mas fiero dará consentimiento
Al justo ruego, y templará la ira,
Temiendo á Dios, que viendo tal se aira.
Si alguna saña mueve el inhumano
Deseo vuestro al cerco qu'está puesto;
Si el pueblo qu'es de Dios, si el qu'es cristiano
Va contra Dios, y lo que manda en esto;
Si á su vicario con violenta mano
Asalta, el luterano viendo aquesto
¿Qué ha de hacer, sino seguir su furia,
Y á nuestra Iglesia hacer injusta injuria?

Esto pueda con vós, aunque haya sido
Roma culpada, y dad lugar al ruego.
Quien ley humana, y divina, os pido
Que permitais dejalla en su sosiego;
Y si para el ejército movido
Falta dinero, yo lo daré luego,
No sea de cristianos saqueada
Roma, pues de cristianos es morada.

Borbon. Varon romano, el cielo es buen testigo
Si la voluntad mia tal consiente,
Mas que forzado en esto, el querer sigo
De la soberbia y española gente.
Con la cual, ni por ruego, ni castigo
Se ha podido templar su furia ardiente,
Y así digo qu'en esto no soy parte
Y no tengo respuesta otra que darte.

Mens. Otra piedad traia confianza
Que habia de hallar en tu presencia,
Mas pues me falta, sigue tu pujanza
Y contra Roma usa tu violencia.
A Dios ofendes, y él dará venganza
Al pueblo que amenaza tu potencia,
Y con esto, o concilio valeroso,
Voy á dar mi recaudo congojoso.

Borbon. ¿Qué resta para el fin de nuestro intento?

D. Fern. Poner en obra lo que se desea.

Moron. No vengo en tal, ni doy consentimiento.

Avend. Nosotros demandamos la pelea.

Borbon. Esto se acabe, y quede dado
Que luego que se muestre la febea
Luz, en el lugar do agora estamos asiento,
Para dar el asalto nos veamos.
El parecer qu'en esto habemos dado
Se firme luego, y todos lo firmemos.

D. Fern. Yo firmo lo qu'está por mí acordado.

Moron. Yo no, que no vendré á tales estremos.
Que no m'obliga á mí, aunqu'est'obligado
Servir á César, lo que aquí hacemos,
Qu'es ir contra la Iglesia, y su precepto.

Borbon. Sin tí vendrá nuestro deseo en efecto.
Tambien aquí ninguno va á ofendella
Porque somos católicos cristianos.

Moron. Ese camino no es de defendella
Del rigor de los fieros luteranos.

Borbon. No es aquesto dejar de obedecella,
Pues vamos á ofender á los romanos
Y á servir nuestro rey, y en este hecho
Darle lo que demanda su derecho.
Cargad piezas, tocad que se recoja
La desmandada y orgullosa gente.
Reparen con reposo la congoja
Del dia que huyendo v'á ocidente.
Y luego que su luz muestre la roja
Aurora, descubriéndos' el oriente,
Haremos lo acordado; poned velas,
Encended fuegos, vayan centinelas.

JORNADA II.

Manda Borbon que asalten á Roma, prende una espía romana, traénsela, manda que la ahorquen, Avendaño le pide que la mande soltar, hácese así, comienza á batir á Roma, y en el primer asalto muere Borbon subiendo al muro; hállanlo Avendaño y Escalona, llévanlo á su tienda, encuentran tres romanas, cativanlas, despojan y matan á un aleman; tocan á recoger, cesa el saco por aquel dia.

GENERAL BORBON. D. FERNANDO GONZAGA. GUARDA. ROMANO. AVENDAÑO. ESCALONA. CORNELIA. JULIA. CAMILA. ALEMAN.

Borbon. Lleno de ira, y sobresalto horrible,
Ardiendo en fiera y rigurosa saña,
Todo el discurso desta noche fria,
Revuelto en bascas, y congoja estraña,
Pasé con inquietud dura y terrible
Deseando la luz del claro dia.
Ya el alma revolvia
A la triste ruina que promete
España á l'alta Roma,
Que agora opresa y doma
Y la cerviz al yugo le somete
Despues que fué señora
Del mundo, y tantas gentes domadora.
Contemplo el alto Capitolio en tierra,
Su opulencia en poder de los soldados,
El incendio, las muertes, las injurias,
Sus templos y edificios derribados,
Las libertades de la libre guerra,
Los sacrilegios, robos y lujurias,
Las implacables furias
De los soberbios bárbaros, dispuestos
A la cruel matanza,
Usando en su venganza
Mil robos, mil estupros deshonestos,
Triunfando de la gloria
De quien triunfó de tantos con victoria.

D. Fern. Gran general de España, esta es la hora
Que asignaste, y el punto en que conviene
Dar el asalto, antes qu'el aurora
Rompa la oscuridad qu'el mundo tiene.

Borbon. Ea, gente indomable vencedora
De todo cuanto el mundo en sí contiene,
Dispongamos el campo, ea, asaltemos,
Ea, el órden sigamos que tenemos.
Vos, Don Fernando, por aquesta parte
Con aquesta avanguardia de alemanes

Romped el muro, y con soberbio Marte
Dad á Roma los últimos afanes.
El órden mesmo seguirán, y el arte
Los demas españoles capitanes.
Vayan por esta banda arcabuceros,
Por aquella, caballos y piqueros.
La infantería italiana vaya
Cercando en torno el Tiber, un ala hecha,
Guarde el bagage y municion, no haya
Desórden, que en la guerra esto aprovecha.
Esté el contrario en su lugar á raya,
Y si huyere, viendo que lo estrecha
Nuestra gente, dará en la infantería,
Si se escapare, dé en la piquería.
Soldados valerosos, ya es venida
La ocasion que teneis tan deseada,
La diligencia sea apercibida
De vos, y la pereza desechada,
La victoria teneis tan conocida
Qu'esta noche me ha sido revelada
Del piadoso y favorable hado,
Que placido en mi ayuda se ha mostrado.
D. Fern. ¿De qué sirven mas arengas
Dinos, general Borbon?
Que tengo á gran sinrazon
Que así suspensos nos tengas.
Habian d'estar ya en tierra
Los muros, y los soldados
De los despojos cargados,
Cuando das leyes de guerra.
El órden que nos has dado
Todo el campo seguiremos,
Mas solamente queremos
Que hagamos lo acordado.
Borbon. En ese mesmo deseo
Estoy, mas pára un momento,
Que un gran alboroto siento
Y el campo alterado veo.
Guarda. Gran Borbon, haciendo vela
En este cuarto presente,
En medio de nuestra gente
Prendí aquesta centinela.
Dice á voces qu'es romano,
Y pues es nuestro enemigo
Él mesmo pid' el castigo,
No se lo niegue tu mano.
Borbon. Romano, di, ¿á qué veniste
De tu Roma, á mi real?
¿Qu'es tu desiño final
Y la causa á que saliste?
Si no me lo dices luego
De modo que satisfagas,
Yo te haré que lo hagas,
Poniéndote en vivo fuego.
No tienes razon que dar
Si no decir quien t'envia,
Si vienes en compañía,
O si solo, á este lugar.
Y asildo, porque si ordena
Hacer lo que Mucio obró,
Cuando la muerte le dió
Al contador de Porsena.
Rom. Señor, ¿qué quieres que diga?
Yo soy espía, y salí
De Roma, yo vine aquí
A espiar quien nos fatiga,
Y habiendo considerado
Todo tu campo dispuesto,
Volvia avisarlo presto,
Y atájom' el crudo hado.
Borbon. ¡Eso no me satisface!
Con alguna maldad vienes.
Rom. ¿Aquesto por maldad tienes?
¿Este en guerra no se hace?
¿Cuando faltarán espías
Del un bando al otro puestas?
Borbon. No te pido estas repuestas,
Sino solo ¿á qué venias?
Rom. Ya t'he respondido, y digo
Que te venia á espiar,
Y á si te pudiera dar
Con esta mano el castigo.
Quieres saber mas de mí,
No tengo mas que decirte,
Y así puedes persuadirte
Que á poder lo hiciera así.
Borbon. Con tan estraña osadía
Te has atrevido á hablarme.
Rom. Mas pensaba adelantarme
Si fuera la suerte mia.
Borbon. Sus, colgado de aquel muro
Pague sus intentos vanos.
Rom. No espantan á los romanos
Muertes, ni castigo duro.
Avend. Esa braveza de Roma,
Ese despreciar la muerte,
Ese hablar de esa suerte
Tú verás como se doma.
No permitas, gran Borbon,
Tratarlo de aqueste modo,
Que no es bien que un campo todo
Dé muerte á un hombre en prision.
Deja ir libre ese romano,
Diga su muerte vecina
Que una sola golondrina
No suele hacer verano,
Otra gloria, otro renombre
Tu gran valor nos promete,
Digan que un nuestro acomete
Un capon, y no un capon á un hombre.
Borbon. Dalde libertad, y vaya
De nuevas de nuestra ida.
Rom. Roma aguarda apercibida,
Que temor no la desmaya.
Borbon. Dad principio al crudo estrago,
Toca al arma presto presto,

Guarde cada cual su puesto.
Santiago, Santiago.
Este muro levantado
Por esta escala entraré,
Y luego que en él esté
El fuerte tengo ganado.
Poca defensa hay aquí,
Arriba, arriba, Borbon,
No te falte el corazon.
¡Muerto soy, triste de mí!
Avend. Anda, Escalona, llevemos
A la tienda ese pillage,
No aguardes cargar bagage,
Porque luego nos tornemos.
Esc. Echa por este camino,
Atajarémos gran parte.
Avend. Este al gran furor de Marte
Dió el espíritu mezquino.
Esc. Paréceme qu'es Borbon
Aquel que allí vemos muerto.
Avend. Él es; no es otro por cierto,
Que acabó con su intencion.
Por ser nuestro capitan
Llevémoslo á nuestra tienda,
Y que es muerto no se entienda.
Esc. Cárgate ese ganapan.
Echémoslo de aquí abajo,
Dalo al diablo que pesa,
Por cierto qu'es buena presa
Para tan grande trabajo.
Avend. No es razon que le dejemos,
Que en muerte no es bien vengarnos.
Esc. Ni aun de un muerto es bien cargar-
Pues hay rio en que lo echemos. [nos
Corn. ¡Ay mísera caida,
Ay dia postrimero
Del valor alto de la sacra Roma,
Ay gente enfurecida,
Ay hambre de dinero,
Que así os consume el alma su carcoma!
Hoy se sujeta y doma
La ciudad que ha rendido
Cuanto mira el sol puro,
Hoy sufre asalto duro,
Y hoy será cuando puede destruido.
¡Ay dulce patria amada
De Dios, para su Iglesia diputada!
Hijas de mis entrañas,
Regalo y gloria mia,
¿En tan estrecho paso qué haremos?
Vamos á las montañas,
Quizá hallarémos via
Como del fiero incendio nos libremos.
En las manos nos vemos
De la enemiga gente,
Las haciendas quitadas,
Las casas abrasadas,
Sujetas al furor de su ira ardiente,
A riesgo que perdamos
Con la hacienda el nombre que estimamos.
Julia. Señora, la crueza
Del bárbaro enemigo
Que con airada y rigurosa mano
Usando su fiereza
Nos quita el patrio abrigo,
Asolando el valor y ser romano,
Cuando con su inhumano
Furor, haya igualado
El Capitolio al suelo,
Su fuerza, ni mi duelo,
Harán mover mi virginal cuidado,
Ni con infamia oscura
Podrán amancillar su hermosura.
Cam. Cuando puesta en sus brazos
Quisieren con violencia
Sobrepujar mi femenil sugeto,
Seré hecha pedazos
Con firme resistencia,
Primero que venir en tal decreto.
Mas si en tan duro aprieto
Fuere mas poderosa
Su fuerza que la mia,
El cuerpo se rendia,
No el alma, qu'en aquesta trabajosa
Lucha, estará constante,
Teniendo siempre el casto honor delante.
Corn. Ese solo recelo,
Hijas, me congojaba.
Mas ahora que veo vuestra firmeza
No temo el triste duelo,
Ni el fin que me llamaba,
Con ver que no se pierde la nobleza.
Julia. ¡Ay tristes! ¿qué fiereza
De hombres, es aquesta?
Cam. Cielo justo, tu ayuda
En este paso acuda.
Corn. Hijas, ánimo aquí, la hora es esta,
Ya enemigos vemos
Donde del valor nuestro ejemplo demos.
Avend. Anda, Escalona, apresura
El paso, ¿vienes durmiendo?
Voto á tal que no te entiendo,
¿Tal vas en tal coyuntura?
Ponte alas á los piés,
Y á las manos dos escarpias,
Anda, hagámonos harpias,
Pues tan buena ocasion es.
Esc. Por el dador de la vida
Qu'es buen pillage el que veo.
Avend. Bueno Escalona, no creo
Que es mala nuestra venida.
Arremete presto á asillas,
No vengan otros soldados,
Y á la parte acodiciados
Hayamos de repartillas.
Hermosas damas romanas,

Pues fortuna os ha traido
A tal estado y partido,
Pareciendo mas que humanas,
Permitid ir con nosotros,
Adonde sereis guardadas
Servidas y regaladas,
Antes que os asalten otros.
Y tened seguro aquí
Que lo que toca á guardaros
Podeis, señoras, fiaros
Deste soldado, y de mí.
No usarémos del furor
Y libertad de la guerra,
Que en nuestros pechos se encierra
La piedad, y no el rigor.
Corn. Soldados, yo he creido
Que el cielo oyó nuestro llanto,
Pues en tan fiero quebranto
Nos ha á vosotros traido.
Y habiendo de ir tres matronas
En las cadenas esquivas,
Libertad es ir captivas
Sirviendo tales personas.
Sola una cosa os demando
Con lágrimas destos ojos,
Que estas de que haceis despojos
Mireis, su honor conservando,
Porque su rescate dellas
Será tal cual lo vereis,
Y sin esto subireis
Vuestro nombre á las estrellas.
Esc. Señora, yo doy seguro,
Por la ley de buen soldado,
Que sea su honor guardado,
Y á Dios lo prometo y juro.
Corn. Eso alivia el mal que siento,
Y es parte de consolarme
Del yugo á que veo llevarme.
Avend. No lo será mas contento.
Aguarda, Escalona, tente,
Ten la espada apercebida,
Que por esta via seguida
Oigo gran tropel de gente.
Dos alemanes cargados
Vienen, o fieros violentos,
Con casullas, y ornamentos
De los templos consagrados.
Esc. Ponte en aqueste parage.
Pese á tal con los ladrones,
Dennos en pocas razones
Los pellejos y el pillage.
Estáte quedo, Avendaño,
Déjalos, lleguen do estás;
Pondrémoslos que jamas
En iglesias hagan daño.
Al. Cárgate bien, compañero,
No te detengas, ni tardes,
Porque los despojos guardes
Que llevas del saco fiero.
Los españoles no vengan,
Que si vienen, ten por cierto
Que tú sin ropa, y yo muerto
Quedamos, que así se vengan.
Avend. A ellos, ea, Escalona,
Mueran entrambos á dos.
Esc. Este ya es mio, por Dios.
Avend. Pues estotro no blasona;
Muertos están, ¿qué haremos?
Esc. Qué, no detenernos punto,
Y ese lio todo junto
Con lo demas nos llevemos.
Avend. ¿Qué haces, á qué aguardamos?
¿No oyes á don Fernando
Que su gente retirando
Viene hácia donde estamos?
Sígueme por esta parte,
Que si llega, es camarada,
Y pedirá le sea dada
Desta nuestra presa parte.
Esc. Enviarélo yo á la horca
De donde lleve despojos,
Questos al ver de los ojos
Los llevará si se ahorca.
Avend. Estorbemos pesadumbre.
Esc. Calla, que es ese un figon,
Bergamasco, gran poltron
Que le baja su costumbre.
Avend. Este camino tornemos
Que es mas cerca, y mas seguido,
Y el robo que hemos habido
Entre los dos lo carguemos.
Y, señoras, caminando
Poco á poco por aquí
Podremos llegar allí,
Do no llegue don Fernando.
D. Fern. Estraño ha sido el riguroso estrago
Que en Roma habemos hecho con victoria,
Dándole el justo y merecido pago
A su loca y altiva vanagloria.
Lástima daba ver el rojo lago
Que por las calles iba, cuya historia
Roma celebrará en eterno llanto,
Y á España ensalzará en divino canto.
Atambor, toca á recoger la gente,
Que va del dia faltando la luz pura,
Cese ya la crueldad, y saña ardiente,
Y de Roma la estrema desventura.
A Borbon demos, general valiente,
Con tierno sentimiento sepultura;
Yo lo voy á buscar; tú echa bando
Que en órden vengan al real marchando.

JORNADA III.

Por la muerte de Borbon fué eligido capitan general Filiberto. Salen á un desafío singular Farias, un soldado español, y un aleman luterano: hace traerlos á su presencia, y sabida la ocasion de su desafío, manda que al luterano arrojen en el rio atado á un peso, y da libertad con muchas alabanzas á Farias. Viénele un mensagero de Roma, cuéntale los grandes daños que en ella se hacen, pidiéndole que cesasen. Otórgaselo; demándale las tres romanas que cativaron Escalona y Avendaño, prometiendo su rescate; entrégaselas, y manda que luego marche el campo para Bolonia.

FILIBERTO. D. FERNANDO GONZAGA. ALEMAN. FARIAS. GUARDA. MENSAGERO DE ROMA. ATAMBOR. AVENDAÑO. ESCALONA. CORNELIA. JULIA. CAMILA.

Fil. Del bélico furor y ardor de Marte
Los míseros romanos quebrantados
Andan vagando de una á otra parte,
Temblando de los bárbaros soldados,
Que arbolando de César 'lestandarte,
A cuya sombra todos arrimados,
Con detestables daños han rendido
El pueblo en todo el mundo mas temido.
Agora resta, ejército potente
De Cárlos invictísimo enviado
A Esperia, á sosegar la fiera gente,
Y á opresar al rebelde y obstinado,
Que viendo la ruina y mal presente
Dejemos las reliquias que han quedado
En Roma, del incendio riguroso,
Y el campo recojamos victorioso.
D. Fern. Filiberto magnánimo, elegido
Por el cesáreo campo, en el oficio
Del general Borbon, que muerto ha sido,
Sin ver de Roma el fin, y cruel suplicio;
Suplícote me sea concedido
De tí, qu'el campo and'en su ejercicio,
Qu'es robar, pues ya sabes, qu'el soldado
Ha de ser de la guerra aprovechado.
Porque la gente de la invicta España,
Qu'en este asalto ha sido la que ha hecho
Todo el efecto, usando de la maña
De guerra, y del valor de su alto pecho,
Hará punto, y tendrá á injuria estraña
Impedirle su intento, y con despecho
Levantará un motin, que nos veamos
En mas afrenta que jamas pensamos.
Y por esta razon, o valeroso
Filiberto, permite aprovecharse
Del saco, aquel ejército furioso
Que su gloria es en este recrearse.
Fel. Gocen del triunfo y premio victorioso,
Qu'es el fin á que vienen á entregarse
Al rigor de Vulcano, que mi intento
No es impedirle á ellos su contento.
Mas condolido ya de la crueza
Que se usa con Roma, ya arruinada,
Ha movido mi ánimo á terneza, [pada.
Sintiendo el mal que ha hecho nuestra es-
D. Fern. Dej'aquesa congoja, esa tristeza,
Que con razon ha sido castigada
Su locura, y oigamos qué ruido
Es este, que acá viene dirigido.
Far. No hay para que mas razones,
Ya estamos puestos en puesto,
Dond' entenderás bien presto
Lo que sirven tus blasones.
Y el agravio que te hice
Ha sido muy justamente,
Y quien contradice miente,
Y quien otra cosa dice.
Al. Si han de averiguar las manos
Lo que dices que me has hech ,
¿No ves que son sin provecho
Aquesos desgarros vanos?
Aqueste guante me diste,
Señalándome el lugar
Donde te lo habia de dar,
Y al mesmo efecto veniste.
Aquí estamos, helo aquí,
La ropa nos desnudemos,
Porque los dos peleemos,
Cual tú me pediste á mí.
Far. No quiero verte desnudo
Porqu'eres soldado viejo,
Yo sí, que de tu pellejo
Pienso de hacer escudo.
No porqu'entiendo con él
De peligro defenderme,
Que no podrá guarecerme,
Qu'es menos que de papel.
Y es agravio conocido
A la española nacion,
Contra flaca defension
Haber hazaña emprendido.
Al. Aquese hablar ataja,
No ves qu'estás blasonando,
Y eres, segun voy notando,
Gran hablador de ventaja.
Ea, desnúdate luego,
O vestido como estás.
Far. Pues lo quieres, tú veras
Como sales deste juego.
D. Fern. Campo singular entiendo
Qu'es aquel, dame licencia,
Trairélos á tu presencia,
Quitaré el combate horrendo.
Fil. Pues te agrada, don Fernando,
Ir personalmente allí,

Ve, y traémelos ante mí,
Que aquí los está aguardando.
Far. Acaba de desnudarte.
Tanto dilatas venir,
Es que temes el morir,
Y quieres así escaparte.
Yo te otorgaré perdon
Con hacerte dos mamonas,
Porque de tales personas
Basta tal satisfacion.
Al. Español cobarde, entiendes
Qu'en mí reina cobardía,
Veamos si tu osadía
Te d'aquí lo que pretendes.
Far. Poltron, vil, y afeminado,
Tú verás lo que hay en mí.
D. Fern. Parad, soldados, aquí.
Far. Déjenos, señor soldado.
D. Fern. No puede ser, qu'me envia
El general á llamaros,
Y de fuerza he de llevaros.
Far. Comigo no se entendia.
D. Fern. Si entiende, que yo os lo pido,
Y si vos me conoceis
Mi ruego á hacer vendreis.
Far. Habiendo esto concluido.
D. Fern. Español, tened por bien
Ir comigo al general,
Qu'es la persona real;
No useis de aquese desden.
Far. Si viera al emperador
A quien solo soy sujeto,
No tuviera mas respeto
Que á vos os tendré, señor.
Porque tal comedimiento
Cual comigo habeis usado,
Son prisiones que han atado
Mi voluntad, de su intento.
Y así, vamos do mandais,
Mas será con condicion
Que oida nuestra ocasion,
A do estamos nos volvais.
D. Fern. Luego qu'el caso se vea
El general proveerá
Lo que en ello se hará,
O por paz, ó por pelea.
Filiberto valeroso,
Estos dos fuertes soldados
Salieron desafiados
A combate riguroso.
Enviásteme por ellos,
Yo te los traigo y presento;
Sabido su fundamento,
En paz procura ponellos.
Que soldados tan valientes
No es justo perder así,
Y si no hay agravio aquí,
Reprima sus accidentes.
Fil. Para que yo dé sentencia
Y pueda determinar
Vuestro campo singular,
Del cual no tengo esperiencia,
Conviene que me informeis
Cual ha sido la ocasion,
Y oida la informacion
Así la sentencia habreis.
Far. En el asalto romano,
Gran sucesor de Borbon,
Metido en la confusion
Del ejército inhumano,
Andabamos los de España
Con los de Italia revueltos,
Hurtando, todos envueltos,
Los de Francia y Alemaña.
Cada cual, cual mas podia,
Del robo se aprovechaba,
Y el que menos alcanzaba
Llevaba mas que queria.
Sucedió que andando en esto
Una gran casa encontré,
Y queriendo entrar hallé
A uno á la puerta puesto.
Dijo que me detuviese
Porqu'entrar no era posible,
O que castigo terrible
Veria si me atreviese.
Confieso que me volviera
No por él, mas porque oí
Gran estruendo, y vuelto en mí,
Temí lo que se dijera.
Con un ánimo inhumano
Dispuesto al cruel recuentro,
Pregunté: ¿quién está dentro?
Que á mí me vaya á la mano.
Respondió: no basta yo,
Y diciendo esto arremete,
Y por mi espada se mete,
De la cual muerto cayó.
Yo proseguí con mi intento,
Y en la casa mas entrando,
Mas estruendo iba notando,
Mas voces, y mas lamento.
Quisiera certificarme
De tan estraño ruido,
Tan doloroso alarido,
Primero que aventurarme.
Y estando dudando así,
Oí decir: luteranos,
¿En Dios poneis vuestras manos,
El cielo n'os huyde aquí?
Yo que ib' á entrar á este punto,
Este traidor que salia
Y una monja que traia
Asida, y con ella junto.
Como me vió diferente
En el hábito y postura,

Me dijo, en tal desventura:
Español, séme clemente.
Qu'este fiero luterano
Y otros de su mal ejemplo
Este convento y su templo
Han metido á saco mano.
Las monjas traen arrastrando,
Robando los ornamentos,
Quemando los sacramentos,
Y contra Dios blasfemando.
En oyendo la razon
De la monja maltratada,
Arremetí con mi espada,
Ardiendo en ciega pasion.
Y viendo aqueste traidor
Mi determinado intento,
La monja soltó al momento,
Por resistir mi furor,
Y andando los dos riñendo
Puesta en salvo la cautiva,
Acudió gente de arriba,
Y de la calle viniendo.
Estorbaron la contienda,
Porque él temió los de fuera,
Yo los que bajar oyera,
Y así tuvimos la rienda.
Hame venido buscando,
Y pídeme que le dé
La captiva que se fué,
Cuando nos vió peleando.
Esta ha sido la ocasion,
Gran general, y este diga
Si es verdad, ó contradiga,
Y da tu resolucion.
Fil. ¿Esto que aquí se ha propuesto
Es verdad cual lo has oido?
Al. Verdad es, mas soy ofendido,
Y á vengarme estoy dispuesto.
Él me tiene de entregar
La captiva, ó dar la vida,
Que esta razon de tí oida
Por fuerza m'ha de ayudar.
Fil. Sí haré, si eres cristiano.
Al. No lo soy, mas mi defensa
Es, que esta guerra dispensa,
Aunque yo sea luterano.
Fil. ¿Lid singular entre dos
Sin mando puede acetarse?
Al. Ahora puede dispensarse,
Dando la licencia vos.
Fil. La licencia que daré,
Será que al Tíber romano
Te arrojen, mal luterano,
Enemigo de la fe.
Alto, haced lo que digo,
Sin diferir un momento
De cumplir mi mandamiento.
Guarda. Dársele ha el mesmo castigo.
Fil. Y tú, valiente soldado,
Ve libre con la victoria,
Que justo es darle tal gloria
A quien por Dios se ha mostrado.
D. Fern. ¡O qué divina sentencia,
Digna de ser de tí dada,
Y que sea celebrada
Tu rectitud y prudencia!
Y entiende que siendo oida
Del invicto emperador,
Que estimará tu valor
Por hazaña tan subida.
Guarda. Tu mandamiento fué hecho,
Como mandado me fué,
Y en el Tíber lo arrojé.
D. Fern. Él ha sido un alto hecho.
Fil. ¿Cómo ejecutaste, dí?
Guarda. Señor, atéle un cordel,
Y una grande piedra en él,
Y al rio lo arrojé así.
Un mensagero ha venido
De Roma, pide licencia
De venir á tu presencia:
De tí sea respondido.
Fil. Entre luego, y tú lo guia,
Veamos qué es su demanda.
Guarda. Que entreis Filiberto os manda.
Mens. Mueve Dios la lengua mia.
Haz de modo que se aparte
De su rebelde intencion,
Y que oyendo mi pasion,
De aplacar su ira se aparte.
Pues nuestro grave dolor
Nos tiene tales, Dios mio,
Tiempla y mueve el crudo brio
Del contrario vencedor.
Si lugar diese la miseria mia,
Senado escelso, y declarar dejase
A la turbada lengua en este dia,
Sin que en llanto, cual suele, la ahogase,
No hay tanta saña en vos, que no seria
Conmovida, ni scita que no usase
De piedad, oyendo nuestro duelo
Qu'es el mayor que visto sea en el suelo;
Porque si dél hubiese de dar cuenta,
Y vuestro corazon oir pudiese
El mal nuestro, y de Dios la injusta afrenta,
No es posible que á llanto no os moviese.
¿De qué gente se oirá, que no se sienta
Que la Iglesia de Dios en poder fuese
De anatematizados luteranos,
Poniendo en ella sus violentas manos?
¿No os altera el espíritu? ¿es posible
Que vuestra cristiandad sufre tal cosa,
Tal inhumanidad, mal tan terrible,
Ofensa tal á Cristo y á su esposa?
¿No os levantais, y dais castigo horrible
A la gente enemiga y odiosa

De la sede apostólica sagrada
De Dios instituida, á Pedro dada?
No es posible qu'en religion cristiana
Quede tan gran insulto sin castigo,
Ni el bárbaro inhumano, que profana
Los preceptos de Dios como enemigo.
Ved por el suelo la valía romana.
Príncipes, escuchádme, estad conmigo,
Qu'en breve suma quiero daros cuenta
Si pudiere, de nuestra injusta afrenta.
Luego que entrados nuestros muros fueron
Por bélica violencia derribados
Al suelo, y dentro en la ciudad se vieron
Los libres y sacrílegos soldados,
Los unos á los templos acudieron,
Sin ser de su crueza reservados,
Los otros á las casas principales
De grandes, ó á robar los cardenales.
Esto hicieron ya despues qu'el fiero
Furor de los nefarios luteranos,
Asaz harto de haber con duro acero
Tan gran matanza hecho en los cristianos,
Con hambre insaciable de dinero,
Acudieron al robo que sus manos
Dejaban, por seguir otros ejemplos,
En corromper doncellas, quemar templos.
Hanse hartado ya, ya no les queda
Que poder hacer mas, de lo que han hecho,
Ni hay cosa ya que aprovecharles pueda,
Ni en cosa en que no tengan su derecho.
Vuestra piedad, o príncipes, conceda
A Roma quedar libre deste estrecho;
Miralda por el suelo ya arruinada
Del furor y rigor de vuestra espada.
Nunca se vió jamas en tal estremo
Con haber sido perseguida tanto,
Y es tanto que acordarme dello tremo,
Y me corta el vigor el crudo espanto.
Que Alarico, en crueza rey supremo,
Ni Atila le puso en igual llanto,
Cual ahora se ve toda asolada
Del furor y rigor de vuestra espada.
Pídeos humilde, o príncipes, qu'el fiero
Cerco le alceis, pues no le ha ya quedado
Ropa, joyas, haciendas, ni dinero,
En qu'el campo no esté todo entregado;
Mejor veis esto vos, que yo os refiero,
Y mejor sabeis vos lo que se ha usado
Con la mísera Roma que os demanda
La piedad en hazaña tan infanda.
Fil. Gran romano, no sé cómo te diga
El dólor que de Roma se ha sentido,
Ni qué camino en este caso siga
Que satisfaga, y sea yo creido,
Porque no faltará quien contradiga
Que de mí fué y ha sido consentido
Hacer á la alta Roma tal ultraje,
De las paces quebrando el homenage.
Bien es á todo el mundo manifiesto
Lo poco que yo debo en esta parte,
Y así no quiero disculparme en esto,
Sino respuesta á tu embajada darte,
Y digo que del cerco tan molesto
Que con justicia dices agraviarte,
Serás libre, y el campo levantado,
Así cual pide Roma en tu recado.
Mens: Pues, general valeroso,
Cuya bondad da ocasion
Que olvidemos la pasion
De nuestro estado lloroso,
De aqueste fiero combate
Tres captivas han traido
A tu real; yo las pido,
Dando el debido rescate.
Fil. En eso y en lo demas
Se cumplirá lo que dices,
Como tú dello me avises,
Sin faltar desto jamas.
Atambor, echad un bando
Que cualquiera que tuviere
Tres cativas, sea quien fuere,
Las venga manifestando.
At. Manda el señor general
Por bando, á ser compelido
Alque de Roma ha traido
Tres romanas al real,
Que para ser rescatadas
De su miserable suerte,
Manda so pena de muerte
Sean luego ant'él llevadas.
Avend. Habiendo tu bando oido,
Venimos á obedecello,
Como es justicia hacello,
Y tú ser obedecido.
Estas son las tres cativas
Que del asalto romano
Trujimos por nuestra mano
A las prisiones esquivas.
Fil. ¿Son estas las que buscais?
Mens. Señor sí, aquestas son
Cuya nobleza y blason
Es mas de lo que pensais.
Y así, soldados valientes,
Sin que en esto haya debate,
Ponelde nombre al rescate
De las cativas presentes.
Esc. Siendo de tanto valor
No tenemos que pedir,
Mas querello remitir
A vuestro acuerdo, señor.
Y lo que hicierédes vos,
Nosotros lo obedecemos,
Y contentos quedarémos,
De cualquier modo, los dos.
Mens. El gran cardenal Colona,
Alto general, me envia

A esto, y él te pedia
Lo que yo por su persona.
Él dará resolucion
De lo que se debe dar,
O quisieren demandar
Por aquesta redencion.
Fil. ¿Qué quereis, señor soldado,
Que se os envie'n rescate?
Avend. Señor, deso no se trate,
Que eso á vos queda encargado.
Fil. Llevaldas, pues tan hidalgo
Avendaño se os ofrece,
Y mas de la que merece
Por fácil merezca algo.
Corn. Sumo general de España,
No sé con qué razon diga
Lo que tu bondad me obliga,
En tan heróica hazaña.
Mas remítolo al sentido,
Pues se me turba la lengua,
Y súplase aquesta mengua
Con ser el caso entendido.
Nosotras cautivas fuimos
Destos dos fuertes soldados,
En quien hallamos cobrados
Los regalos que perdimos.
Porque en el buen tratamiento
No pudiera yo su madre,
Ni su poderoso padre,
Tratarlas con mas contento.
Y en nuestras penas esquivas
Y en nuestras ansias sobradas,
Fuimos servidas, guardadas,
Que nunca fuimos cativas.
Y así se enviará á los dos
El rescate, o general,
Tal, y si no fuere tal,
A pedirlo iré por Dios.
Mens. Dándonos, señor, licencia,
Queremos ir nuestra via.
Fil. Vaya Dios en vuestra guia.
Mens. Y él quede en vuestra presencia.
Fil. Vos de mi guardia id con ellos,
Acompañad su viaje,
No se le impida el pasage,
Y alguien se atreva á ofendellos.
Valeroso don Fernando,
El campo recogereis
Luego, y con él os ireis
Para Bolonia marchando,
Porque nuestro emperador
Me envian hoy avisar
Que allá se va á coronar.
D. Fern. Así lo haré, señor.
Toca á recoger al punto,
Y di á la gente de guerra
Qu'el bando, y dejar la tierra,
Se tiene de cumplir junto.
Que so pena de la vida
El que en Roma se tardare
Un hora, si no marchare
A Boloña en via seguida.
At. Manda el señor don Fernando,
En nombre del general,
Que todos los del real
Le sigan luego marchando,
Y que dejando sus modos
Y tratos, dentro de un hora
Oyendo mi voz agora,
Venga á noticia de todos.

JORNADA IV.

Llegados á Bolonia don Fernando de Gonzaga y el capitan Sarmiento, se encuentran, tratan de algunas cosas, y de la ocasion que le movió al emperador á querer coronarse en Bolonia. Sale el invicto emperador, recibe la corona imperial por la mano de Salviati.

DON FERNANDO GONZAGA. CAPITAN SARMIENTO. SALVIATI. EMPERADOR CARLOS QUINTO.

D. Fern. No sé cómo encareceros,
Señor capitan Sarmiento,
El regocijo que siento
De veros bueno, y de veros.
Y aunque en mi larga jornada
He venido quebrantado,
Con solo haberos hallado,
Es suave y regalada.
C. Sarm. En esa mesma ocasion,
Es tan bueno mi derecho
Que me deja satisfecho
Con no deciros razon.
Que siendo tan conocida,
Mi pura amistad de vos,
No hay engaño entre los dos,
Si las dos es una vida.
Y dejando esto á una parte,
Decidme cómo os ha ido
En el saco, que he sabido
Que alcanzastes buena parte.
Esto supe en Barcelona
De un correo que llegó
De Roma, que se envió
A la imperial persona.
Con el cual me pasó un cuento
Bien gracioso sobre mesa,
Que contando vuestra empresa
Perdió el hablar, y aun el tiento.
Porque le sentí el humor

Que era amigo de brindar,
Tanto como de hablar
Con ser muy buen hablador.
Hice que menudeasen
Los pages en su porfía,
De un vino de Malvasía,
Y que las tazas colmasen.
Él enamorado dellas,
Siguiendo tras sus amores
Se puso de mas colores
Que el arco de las doncellas.
Vino el negocio á tal punto
Que vierais vuestro correo
No correr, ni dar meneo
Que no fuese todo él junto.
Yo por honor de su fama
Hice que lo desnudasen,
Y de brazo lo llevasen
A reposar á la cama.
Y luego que amaneció,
Me dijo muy reposado:
Cierto no ha mal caminado
Quien de Roma ayer salió.
Yo, visto que aun le duraba
El humo de Malvasía,
Nada no le respondia,
Y de vos le preguntaba.
Y á poder de rempujones,
Me dió estas nuevas de vos,
Que las estimé por Dios
Cual razon, no cual razones.
Y no me fiára dél,
Por estar tal, cual os digo,
Mas afirmólo un su amigo
Que posó junto con él.
D. Fern. En el asalto romano,
Es negocio tan cantado
Que no se halló soldado
Que no hinchese la mano.
Por donde bien se entendia
Que si á todos les sobraba,
Que á mí que entr'ellos andaba,
Tampoco me faltaria.
Porque verais por las calles
Ropas, tapices, vajillas,
Sin estimarse, esparcillas,
Y esparcidas, no tocalles.
Verdad es, que los de España
El robar ejercitaban,
Contrario de lo que usaban
Los bárbaros de Alemaña.
Estos, ni templo dejaron,
Ni religion que no entrasen,
Ni imágen que no quemasen,
Ni monja que no forzaron.
No procuraban dinero,
Que dél no hacian cuenta,
Mas con una sed sangrienta,
Satisfacian á Lutero.
Pero la gente invencible
De la nacion española
Fué la que no pudo sola
Sufrir maldad tan terrible.
Y así siempre los seguian,
Y los hacian mil pedazos,
Y con sus valientes brazos,
La cristiandad defendian.
Los rebeldes luteranos
En un riesgo tan estraño
Recebian mayor daño
De España que de romanos.
Mas al fin ellos hicieron
Cuanto pudo ser posible,
Y aun cosas qu'es imposible
Que hombres á tal se atrevieron.
Y pudiérate contar
Cosas que ví con mis ojos,
Y en cosas hacer despojos,
Que te hiciera llorar.
Mas déjolas, porque huyo
Su memoria que me atormenta,
Solo porque me des cuenta
De una cosa en que concluyo.
¿Cuál ha sido la razon
Te ruego me des aviso,
Porque aquí el gran César quiso
Hacer su coronacion?
Si á Roma tenia sujeta,
Y es uso allí coronarse,
¿Qué le movió aquí apartarse?
C. Sarm. No ha sido causa secreta.
La causa mas principal
Fué la ruina presente,
Y en un dolor tan reciente
El placer seria mortal.
Tambien se consideró
Que aderezos faltarian
En Roma, cual convenian,
Sabido que tal quedó.
Otras causas le han movido
Al emperador de España,
Que son ir de aquí Alemaña,
A cosas que han sucedido,
Principalmente aplacalla.
Qu'entre algunos señalados,
Ejercitan alterados
Lanza, escudo, espada, y malla.
A reducir á su fuero
Algunas francas ciudades,
Que intentando libertades,
Huyen del cesáreo impero.
Y hanse venido á ligar
Los esguizaros con ellas,
Para querer defendellas,
Y aquesto va á sosegar.
Va á elegir los electores

Del alto rey de romanos,
Y á Ungría á esforzar los vanos
Y repentinos temores
Que Baiboda, rey de Buda,
Con favor de Soliman,
Junta gente, y que á Austria van
La primavera sin duda.
Estas y otras cosas son
Las causas para no ir
A Roma, por acudir
De aquí, á su peticion.
¿Y nosotros qué hacemos?
¿No oyes gran vocería?
De placer, sigue esta via,
Y en la ciudad nos entremos.
Hora es ya, qu'este ruido
Nos avisa que nos vamos,
Porque si acá nos estamos
Haremos lo no debido.
Sigamos este camino
Que mas cerca me parece,
Por este que se me ofrece,
Don Fernando, t'encamino.
Salv. Escelso emperador, luz de la tierra,
A quien el sumo Altitonante tiene
Por pilar de su fe, pues en ti encierra
Cuanto á tal ministerio á ver conviene,
Por quien el fiero turco se destierra,
Y el valiente frances teme, y no viene
A inquietar el mundo, que tu mano
Invencible, sujeta y tiene llano.
Guardando el uso que se guarda en esto,
Tu magestad católica, en presencia
De Dios, me jure siempre estar dispuesto
Con eterna observancia y obediencia
En defender la Iglesia, del molesto
Lutero, y los demas, que con violencia
La ofendieren, siguiendo el crudo intento.
Emp. Yo ratifico vuestro juramento.
Salv. Reciba vuestra magestad, agora,
Las insignias que pide la grandeza
De emperador, y aquesta vencedora
Mano, tenga este cetro de firmeza;
Esta espada, que sea domadora
Del enemigo de la fe, y su alteza;
Este mundo de oro, qu'es el mundo
De que os hace señor, sin ser segundo.
Esta corona á vos justa y debida,
Sustente la cabeza gloriosa,
Como cabeza de la fe, eligida
Para ampararla de la cisma odiosa.
Y el cielo os dé y otorgue tanta vida
Cuanto durare en él la luz hermosa
Del sol, y os dé vitorias escelentes
De varias, fieras, y enemigas gentes.
Y porque resta que la sacra mano
Del vicario de Dios os unja, vamos,
Emperador dignísimo romano,
A quien el ceptro y obediencia damos,
Y el Hacedor del cielo tan ufano
Os haga, que de vos solo veamos
El nombre eterno, de inmortal memoria,
Poniendo fin en esto á nuestra historia.

EL INFAMADOR.

COMEDIA.

ARGUMENTO DE LA OBRA.

Leucino, galan y hombre rico, se aficiona de Eliodóra, la cual jamas quiso oir su razon, aunque persuadida con continuos recaudos. Visto por Leucino que ninguna cosa aprovechaba con ella, quiso por fuerza gozar de la doncella Eliodora, la cual viéndose asida de un criado de Leucino, llamado Ortelio, le sacó la daga y lo mató. Acudió la justicia, y Leucino declaró haberlo muerto Eliodora infamando su virginal vida. Ella declara ser verdad la muerte, y así fué llevada á la cárcel, y Leucino, y Farandon, un criado suyo, tambien fueron presos por la declaracion della; y por los testigos, que fueron Leucino y Farandon, fué condenada á muerte: aclaróse la verdad, y que ella lo habia muerto, por diferente causa de la que los testigos deponian, y fué libre, y Leucino y Farandon condenados á muerte, y ejecutados.

Fué representada esta comedia la primera vez en Sevilla, por el escelente y gracioso representante Alonso de Cisneros, en la huerta de Doña Elvira, año 1581, siendo asistente don Francisco Zapata de Cisneros.

PERSONAS.

LEUCINO, galan infamador.
TERCILO, page.
ORTELIO, criado.
TEODORA, alcahueta.
FARANDON, rufian.
ELIODORA, dama.
FELICINA, criada de Eliodora.
NÉMESIS, diosa de las venganzas.
VÉNUS, diosa de amor.
EL DIOS DEL SUEÑO.
MORFEO, ministro del sueño.
PORCERO, alcahuete.
TERECINDA, alcahueta.
JUSTICIA.
ESCRIBANO.
CORINEO, padre de Leucino.
IRCANO, padre de Eliodora.
PELORO, caballero.
IPODAURO, salvage.
DEMOLION, salvage.
DIANA, diosa de la castidad.
BÉTIS, rio.

JORNADA I.

Leucino se sale vanagloriando de lo que puede y hace con su riqueza. Cuéntale Ortelio, un criado suyo, lo que pasó á Teodora, alcahueta, entrando á hablar Eliodora. Viene Teodora, cuenta por estenso todo el caso que le pasó. Farandon, criado de Leucino, viene al llamado de su señor. Eliodora y Felicina salen de su casa, encuéntralas Leucino, quiere hacerle fuerza á Eliodora, la diosa Némesis se lo impide, y avisa del daño que le amenaza, si no desiste de tal pretension.

LEUCINO. TERCILO. ORTELIO. TEODORA. FARANDON. ELIODORA. FELICINA. NÉMESIS.

Leuc. Con próspero viaje
Y favorable viento
Navega á quien espera la riqueza,
Del mar no siente ultraje,
Que á su furor violento
El oro aplacar hace la fiereza.
Huye dél la tristeza,
Todo le es favorable
No le contrasta nada.
Tiempla como le agrada
A la fortuna fiera y variable,
Cual yo que á mi deseo
Con mi riqueza lo que quiero veo.
No me pone en cuidado
Ninguna cosa humana,
Porque á medida del deseo me viene.
De todos só estimado,
Y de gloria mundana
Por mi riqueza igual ninguno tiene
Al que mas le conviene.
Por descendencia ilustre,
Si le falta el dinero,
Casi no es caballero.
Si lo tiene un villano, es de gran lustre,
Porque con la riqueza
Hoy se adquiere la gloria y la nobleza.
Terc. Huélgome de hallarte tan contento,
Y mas de oirte engrandecer tus bienes,
Haciendo alarde dellos dando al viento
Cuenta particular de los que tienes.
Leuc. Publico lo que siente el sentimiento.
Terc. Bien está, mas que en eso te refrenes,
Por parecer te doy, porque es torpeza
De ánimo amar tanto la riqueza.
Leuc. Como te hizo el cielo incapaz della,
Tienes oir su nombre por odioso;
Qu'el pobre no se harta de ofendella,
De invidia della, y no de virtuoso.
Publica que no quiere poseella,
Que huye de su trato peligroso,
Dando á entender qu'es justo despreciella,
Supliendo así el defecto de alcanzalla.
Terc. No sé yo quien desprecia la riqueza,
Porque me rio cuando voy leyendo
De algunos que eligieron la pobreza,
Sus bienes libremente repartiendo.
Tenerla en tanto tengo yo á torpeza,
Que parece que vas ennobleciendo
Tu persona, y qu'el ser, y la memoria,
Recibes de ella, y no de tu alta gloria.
Leuc. Yo entendi que eras menos majadero.
Terc. Y aun yo creí otra cosa que no digo
De tí, pues en mas tienes el dinero
Que de tus padres el blason antigo.
Leuc. Necio, pintame agora un caballero
Mas qu'el Cid, ó qu'el godo rey Rodrigo,
Que sea pobre, y ponlo en competencia
Con un rico de oscura descendencia;
Verás á cual se inclina la victoria,
De las dos diferencias que publico,
Y entenderás cual vive en la memoria
El noble pobre, ó el villano rico.
El uno muere, el otro vive en gloria;
El pobre enfada, el rico, certifico
Qu'es acepto, aunque sea el propio enfado,
Y el pobre es confundido y desechado.
Y para prueba desto quiero darte
Por ejemplo el discurso de mi vida.

Dejo la estimacion que en toda parte
A mi persona ha sido concedida,
Los trofeos de amor quiero acordarte,
Pues sabes que no hay dama que rendida
No traiga á mi querer, por mi dinero,
Y no por ser ilustre caballero.
Terc. ¿Qué razon hay que así general-
Ofendas por las malas, á las buenas? [mente
Leuc. ¿Cuál muger á mi amor no fué obediente?
¿Cuál no aplacó de mi deseo las penas?
Terc. Muchas, y hay mas que te diria al presente
Qu'estrellas tiene el cielo y Libia arenas.
Leuc. Bárbaro, si las hay, nómbrame una,
Porque yo no m'acuerdo de ninguna.
Terc. ¿Tan flaco de memoria estás agora?
Que no te acuerdas cuantas no acetando
Te demanda, con saña vengadora,
Te dieron la respuesta amenazando.
Dejando las demas, sola á Eliodora
Te quiero señalar, á quien amando
Tan encendidamente, procuraste,
Y con tanta inquietud solicitaste.
Leuc. Aun no está ese negocio concluido,
Que á Ortelio estó aguardando aqui que venga
Con Teodora, que á Eliodora han ido
A pedirle que oirme por bien tenga.
Terc. ¿Eso intentas, aun no la has co-
Espántome que tanto se detenga [nocido?
En ti una pertinacia tan molesta,
Sabiendo claro que tan poco presta.
Leuc. ¿Estás en ti? agora entiendo y creo
Que has perdido el juicio; ¿di, villano,
Qué muger hay que pida mi deseo,
Que no le tenga luego de mi mano?
Terc. Quiero reirme d'ese devaneo,
Pues tienes conocido, y sabes llano,
La constancia de aquel constante pecho,
Que siempre te ha tratado con despecho.
Y conociendo el yerro que sustentas,
Y que no hay cosa humana que te guarda,
Ruego á Dios, que no llores lo que intentas.
Leuc. Qué tengo que llorar; calla, cobarde,
Que hoy te haré que veas claro, y sientas
Quien soy.
Terc. No hagas desto mas alarde,
Mas oye á Ortelio, que te trae el recado
Que aguardas, darás medio á tu cuidado.
Leuc. Ortelio viene, o venturosa empresa.
Anda, mi Ortelio, ¿ya no ves que aguardo?
Y la respuesta á tu demanda espresa,
Que en el deseo de saberla ardo.
Ort. Sosiégate.
Leuc. Quien tiene el alma opresa
Cual yo, tendrá por perezoso y tardo
Al suelto Euro, al presto pensamiento,
Si ellos le traen remedio á su tormento.
Ort. Señor, lo que podré decirte en esto,
Que fuimos do mandaste, yo y Teodora
La vieja; yo en la calle quedé puesto,
Y ella entró á negociar con Eliodora.
No te sabré significar cuan presto
Negoció, que no en medio cuarto de hora
Volvió donde yo estaba de manera
Que no podia conocer quien era.
Traia el rostro así, cual si arrastrado
Fuera por riscos, y ásperos abrojos,
El cabello á raiz todo cortado,
Lanzando sangre por la boca y ojos,
Sin manto, saya, toca, ni tocado,
Que dello hizo el vencedor despojos,
Y desta suerte vino donde estaba,
Que vencedora en triunfo la esperaba.
Llamóme por mi nombre, y advertiendo
En el sonido de la voz cansada,
Fué á la pobre Teodora conociendo,
Aunque en todo venia diferenciada.
Preguntéle del caso; ella temiendo
Que la viesen, y en verme avergonzada,
Con su mano alzó un lado de mi capa,
Y así con ella lo que pudo tapa.
Dijome que torciase una calleja,
Que con la casa de Eliodora linda,
Y la llevase á casa de una vieja,
Que vive allí, que llaman Terecinda;
Hícelo así, y al punto que empareja
Con la puerta, la vieja se reguinda
Por un desvan y baja mas ligera
Que subir suele el fuego á su alta esfera.
Teodora, sin que cosa me dijese
De aquel caso, me dijo que al momento
Con toda priesa á te buscar viniese,
Qu'ella luego será en tu acatamiento.
Dejéla cual mandó, y como volviese
Por la calle real, mi desatiento
Fué tal, por darte nuevas de Teodora,
Que sin pensarlo dí con Eliodora.
De su casa á la calle iba saliendo,
Con sola su criada Felicina,
Y dijo, así como me vió, riendo:
Bien negoció la nueva Celestina.
No le osé replicar, y ella siguiendo
Su via, sin hablarme mas camina,
Y el camino del rio dirigieron,
Y yo me vine, y ellas dos se fueron.
Leuc. ¿Qué, no te dijo quien así la puso?
Ort. Señor, no se aclaró comigo en cosa.
Leuc. ¿Es posible? Alterado estó y confu-
De horror tremiendo el alma congojosa. [so,
Porque entender que sola se dispuso
Eliodora á maldad tan rigurosa,
Es yerro, el padre y ella lo trazaron,
Y los demas que al hecho se allegaron.
Y así protesto y juro de vengarme,

Y de vengar la vieja en los que fueron,
Que vida, hacienda y honra ha de costarme
Satisfaciendo á quien por mí ofendieron.
Terc. Sosiégate, señor.
Leuc. ¿Osas hablarme?
Terc. Osaréte decir, que si hicieron
A la maldita vieja tal afrenta,
Que no es razon ponella tú á tu cuenta.
Leuc. A mi cuenta la pongo, pues yo he si-
La causa, y por mí debe ser vengada; [do
Y si Eliodora en ello ha consentido,
Eliodora será la ejecutada.
Ort. Señor Leucino, por merced te pido,
Que no se alterque en este caso nada.
Pues viene allí la vieja, ella dé cuenta
Del caso incierto, y de su cierta afrenta.
Teod. Hijo Leucino, ya veo,
En verte, salud y vida.
Leuc. Madre, seas tan bien venida,
Cuanto el bien que mas deseo;
Aquí estoy sin tí afligido,
Revuelto en mil pesadumbres,
Aguardando que me alumbres
De todo lo sucedido.
Teod. Pensarte el caso contar,
Se me renuevan mis penas,
Y la sangre por las venas
Siento de temor helar.
Mas siendo de tí mandada,
Aunque huye la memoria
Renovar la triste historia,
De mí te será contada.
Sabrás, Leucino, que fué
Hoy á la casa de Eliodora,
Y siendo oportuna la hora,
A hablar con ella entré.
Halléla en un corredor,
De muchas dueñas cercada,
Ricamente aderezada,
Revuelta con su labor.
Levantáronse en el punto
Que yo entré, y ella alargando
Su mano, y la mia tomando,
Me sentó consigo junto.
Las dueñas se desviaron
Por no ser impedimento,
Y usar de comedimiento,
Y así á solas nos dejaron.
Quedando á solas con ella,
Qu'era lo que deseaba,
Queriendo hablar no osaba,
Y osando, paraba en vella.
Volvia, en tan duro aprieto,
Tras mil consideraciones,
Con prevenidas razones,
Y tampoco eran de efeto.
Al fin sacudí el temor
Y apresté la lengua muda,
Viendo que al osado ayuda
Fortuna con su favor.
Díjele: Bella Eliodora,
Vida mia y señora mia,
Perdonalde esta osadía
A vuestra sierva Teodora.
Yo vengo á solo deciros
Que deis lugar que Leucino,
Pues cual sabeis es tan dino,
Ose ocuparse en serviros.
Notoria es su gentileza,
Discrecion y cortesía,
Su donaire y bizarría,
Su hacienda y franqueza.
No teneis en que dudar,
Bien podeis condescender,
Que tan ilustre muger
Tal varon debe gozar.
Ella que estaba aguardando
El fin de mi pretension,
En oyendo esta razon
Dió un grito, al cielo mirando.
Y dijo: ¿Dime, traidora,
Qu'has visto en mí? ¿qué has oido?
¿O qué siente ese perdido
Del nombre y ser de Eliodora?
Si las cosas que contemplo
No impidieran mi ira fiera,
A bocados te comiera,
Dando de quien soy ejemplo.
En diciendo esto se fué,
Y las dueñas acudieron,
Y de mí todas asieron,
Que sola entr'ellas quedé.
Las unas me destocaban,
Los otras me descubrian,
Otras recio me herian,
Con mil golpes que me daban.
Despues d'estar muy cansadas
De tratarme como digo,
Dijeron: Este castigo
No nos deja bien vengadas.
Los cabellos me cortaron
Con crueza que da espanto,
Y sin tocado, ni manto,
En la calle me arrojaron.
Dejáronme desta suerte,
Y aunque sin fuerzas, ni brio,
Vengo ante tí, señor mio,
A consolarme con verte.
Aquí estó, y si alguna cosa
Resta que hacer en esto,
No entiendas que lo propuesto
Me ha dejado temerosa.
Leuc. Madre Teodora, no sé
Con qué respuesta te acuda,
Que tengo la lengua muda,
Y el alma, cual no pensé.

Y así pues ha sucedido,
Y á lo hecho no hay remedio,
Acomodemos el medio
Que remedie lo perdido.
Ve, Tercilo, con la madre,
Y treinta escudos doblados,
Que me tienes, le sean dados,
Sin que lo sienta mi padre.
Y tú, madre, ve en buen hora,
Que yo hago juramento,
De vengarte á tu contento.
Teod. Besa tus manos Teodora.
Leuc. Tercilo, di á Farandon
Que lo quedo aquí aguardando.
Farc. Señor, yo haré tu mando.
Leuc. Sin punto de dilacion.
Ortelio, ¿sabrás llevarme
Adonde Eliodora fué?
Ort. Por donde fué, bien sabré.
Leuc. Eso bastará á guiarme.
Yo determino ir allá,
Y puesto delante della,
Proponelle mi querella,
Y oir qué respuesta da.
Si fuere en darme favor,
Pediréle el premio luego,
Y en no acetando mi ruego,
He de usar todo rigor.
Far. Con tan gran priesa á llamar m'envia mi amo,
¿Qué me puede querer? Dios sea comigo,
Y me vuelva á los ojos de quien ama,
Libre de riesgo, afan, prision, castigo.
Leuc. Ah, Farandon.
Far. ¿Quién llama?
Leuc. Yo te llamo.
Far. Señor, ya vengo.
Leuc. Dime presto, amigo,
¿Vienes de armas bien aderezado?
Far. La de Joanes me fecit traigo al lado.
Leuc. No has menester tú mas, que tu braveza
Suple, y el corazon la falta de armas.
Far. ¿De qué puede servirte mi fiereza,
Si en los casos de riesgo no me armas?
Leuc. ¿Temes?
Far. No temo yo, ni esta es flaqueza.
Lo que temo es á tí que te desarmas,
Que yo, los cueros tengo de serpiente.
Leuc. Vamos, que bueno vas, no venga gente.
El. Antes que nos deje el dia,
Felicina, ¿qué haremos?
Fel. Señora, que desechemos
La triste melancolía,
Y vamos por este prado,
Cual solemos, á espaciarnos,
Qu'esto podrá repararnos
Del riguroso cuidado.
El. Tu parecer me contenta,
Sigue ese estrecho camino
Por donde Bétis divino
De la vista no se ausenta.
Fel. Aquí te puedes sentar,
Que la vega deleitosa,
Y la ribera espaciosa,
Se dejan mejor gozar.
¿No te agrada este ruido
Que Bétis hace hiriendo
En las peñas, y saliendo
Riega el prado y verde ejido?
Mira como da la vuelta
Y se nos desaparece,
Y acullá se nos parece
La frente en ovas revuelta.
El. Deleitoso y agradable,
Felicina, es todo esto,
Y la quietud deste puesto,
Apacible y saludable.
Aquí mitiga el cuidado
Su ansia y congoja dura,
Gozando del aura pura,
Y la suavidad del prado.
Fel. De muy buena voluntad
Pasára yo aquí la vida.
El. Restauralla de perdida,
Fuera esta suavidad.
Fel. ¿Qué rumor es el que suena?
El. No sé, gente me parece;
El alma se me entristece.
Fel. Yo estoy de valor agena.
El. Ay, sin ventura de mí,
¿No ves quién viene? ay, cuitada,
Si viene á hacer vengada
A la vieja en mí y en tí.
Fel. No hablemos, calla agora,
Podrá ser que no nos vea.
El. El cielo así lo provea.
Fel. Sí hará, esfuerza, Eliodora.
Leuc. ¿Dime, Ortelio, qué camino
Tomó Eliodora de aquí?
Ort. Aquel que se aparta allí.
Leuc. Anda, que tras tí camino.
Ort. Señor, dende aquí las veo.
Leuc. ¿Tú las ves? yo no; es verdad,
Las espadas aprestad,
Que ya estamos do deseo.
Eliodora, el duro amor
Cuyo poder me sujeta
Que venga ante tí me aprieta
A ofrecerme á tu rigor.
No llames atrevimiento
El venir á tu presencia,
Pues amor me da licencia,
Y mi fe consentimiento.
El. Estoy de tu pretension,
Caballero, tan corrida,

Que quisiera dar la vida
Por respuesta á tu razon.
Mas por no hacer notoria
Tu demanda, y que se entienda
Cosa que mi honor ofenda,
Dejo de gozar tal gloria.
Porque quiero asegurarte,
Que si amor te trae encendido,
Que es tiempo ocioso y perdido,
Si piensas en mí emplearte.
Y así te ruego, si sientes
Qué es honor, ó qué es deshonra,
Que mires lo que es mi honra,
Lo que no, que no lo intentes.
Leuc. ¿Cuál dureza de diamante
No se hubiera enternecido
A mi ruego? ¿cuál ha sido
En el mundo semejante?
¿Solo tú quieres triunfar
De mi contento y victoria?
Sola tú quieres la gloria
De ser amada, y no amar.
Pues, Eliodora, yo estoy
Determinado á morir,
O darte muerte, ó cumplir
El fin que pretendo hoy.
El. Bien podrás sacarme el alma,
Forzado de tu pasion,
Mas cumplir tu pretension
No, ni honrarte con tal palma.
Leuc. Quiero ver quien me defiende
Que no haga mi querer.
Fel. Señor, no quieras hacer
Lo que al cielo y Dios ofende:
Pon delante la nobleza
De los padres de Eliodora,
Para refrenar agora
El furor de esa fiereza.
Leuc. No tengo que mirar nada,
Suéltame, no me detengas.
Fel. Cuando en este pecho tengas
Esa espada atravesada.
El. O dioses del cielo y tierra,
Que mirais mi triste estado;
Alguno de mí apiadado,
Me dé ayuda en esta guerra.
Leuc. ¿Qué, no me quieres soltar?
Fel. Sosiégate, señor mio.
El. Ninfas deste bosque y rio,
Salidme agora ayudar.
Y tú, Bétis glorioso,
Que mi peligro estás viendo,
Envíame un dios corriendo,
Con socorro presuroso.
Leuc. ¿Tanto ha de poder tu fuerza,
Felicina, que me impida
Ser mi voluntad cumplida,
Y que de mi intento tuerza?
Esto ha de ser desta suerte.
El. Dioses, diosas, dadme ayuda.
Leuc. Yo quiero ver quien te ayuda,
O quien osa defenderte.
Ném. Deja, Leucino, aquesa virgen bella,
Y advierte atentamente lo que digo,
Porque yo vengo á solo á defendella,
Y darte, si la ofendes, cruel castigo.
Léuc. ¿Quién eres tú, que á la defensa
Osas ponerte, y á hablar conmigo? [della
Nem. Quien soy, yo lo diré; véte, Eliodora,
Con quien la escelsa Hispalis se honra.
Y porque entiendas la deidad que tengo
Y que soy de los dioses celestiales,
Yo soy la diosa Némesis que vengo
A dar castigo á semejantes males.
Los bienes premio, y los males vengo,
Y véngolos de suerte en los mortales,
Que con aquesta mano poderosa
Doy la vida, ó la muerte rigurosa.
La cual te diera aquí, y con este intento,
(Sin que me lo impidiera cosa alguna)
Vine volando de mi etéreo asiento,
Que está fijado encima de la luna,
Y viendo que tu horrible pensamiento,
Que te condena á muerte en cosa alguna,
No ofendió la doncella, quiero darte
Aviso, aunque era justo castigarte.
Y por dar fin á mi razon, concluyo
Que mudes parecer, y que á Eliodora
No sigas, que tu intento con el suyo
Diferencian cual noche y blanca aurora.
Esto te cumple, y el remedio tuyo
Es este que te doy, y desde agora
Puedes aparejarte que escediendo
Desto se te apareja fin horrendo. [pantado?
Leuc. ¿Qué os parece del caso, haos es-
Far. ¿Qué llamas espantar? por el pesebre
Do el caballo del Cid estuvo atado,
Que debes de entender qu'el hombre es libre.
¿Quieres si en algo te dejó agraviado,
Le corte un brazo, ó una pierna quiebre,
O á bofetas le deshaga el rostro,
De suerte que la deje hecha un mostro?
Leuc. No pongais duda, yo lo entiendo y
Qu'esta es forma fantástica que ha sido [creo,
Por hechizos sacada del Leteo
Al mundo, y no la diosa que ha fingido;
Que Eliodora entendiendo mi deseo,
Y que á forzarla estaba resumido,
Conjuró aquel espíritu, que fuese
Quien me ocupase mientras ella huyese.
Y así quiero, pues ella usó de arte
Para poder librarse de mis manos,
Usar de industria yo, que no sean parte,
Para libralla sus hechizos vanos.
Veré si hay otra diosa que la aparte
De mí, y para el efecto oidme, hermanos,

Estad comigo, porque cumple al hecho
Entenderme, y que sea al momento hecho.
Luego que dé su luz la blanca aurora,
Una junta en mi casa hacer quiero
De alcahuetas que juntas á Eliodora
Hablen, y entre ellas enviaré á Porcero.
Este, como sabeis, punto ni hora
Falta de estar comigo, y por dinero
Venderá su linage, y cada dia
Me dice que hará á Eliodora mia.
El padre de Eliodora, qu'es Ircano,
Favorece á Porcero, y le da entrada
En su casa, do tiene tanta mano
Que por él es regida y gobernada.
Este hará lo que deseo, llano,
Como le sea alguna cosa dada,
Y así quiero, pues él se me ha ofrecido,
Valerme de lo qu'él me ha prometido.
Ort. Camino es ese de alcanzar tu intento,
Que no es posible no hacer efeto,
Llevando tan seguro fundamento,
Y siguiendo un acuerdo tan discreto.
Leuc. Vamos á reposar, y el descontento
Que m'ha traido á su rigor sujeto
Huya de mí, gozando de Eliodora,
Aunque pese á la diosa vengadora.

JORNADA II.

La diosa Vénus se querella de lo poco que puede Eliodora. Pide al dios del Sueño que le adormezca á Felicina, criada de Eliodora. Trasfórmase Vénus en Felicina. Farandon, criado de Leucino, por su mandado llama á Teodora y á Terecinda, y Porcero, criado de Eliodora, tratan de irle á hablar. Farandon cuenta un suceso que le sucedió: conciertan la ida á casa de Eliodora. Teodora y Terecinda la hacen un conjuro del cual sacan prósperos agüeros para el fin de su negocio.

DIOSA VÉNUS. DIOS DEL SUEÑO. MORFEO. FARANDON. TEODORA. PORCERO. LEUCINO. TERCILO. TERECINDA.

Vénus. ¿Tan grande atrevimiento ha de
Que á mi deidad temida y acatada [sufrirse,
La ofendan, sin que pueda resistirse?
Ay, triste Vénus, ya menospreciada,
Tenido en poco tu poder eterno,
De los dioses, y aun hombres maltratada;
Ay, triste Vénus, pues en llanto tierno
Se convierten los triunfos que has ganado
Del mundo, el cielo, y del horrible infierno.
¿Soy Vénus yo? ¿no soy la que forzado
Truje al gran Jove, y convertirse en toro,
Y pasar con Europa el mar á nado?
¿No le hice volver en pluvia de oro
Por Danae, en cisne por gozar de Leda,
Y dejar por Ejina el alto coro?
Pues si soy Vénus yo, ¿quién hay que pue-
Resistir el querer y mando mio? [da
Mas no lo soy, pues Némesis lo veda.
No vedará, ni en mi deidad confio,
Si no saliere en esto con mi intento,
Y pagaré su ciego desvarío,
Que no sin causa trascendiendo el viento
Vengo á buscar al Sueño perezoso,
Aquí á Cimerio, desde mi alto asiento.
Y pues mi ansia no me da reposo,
Quiero llamallo, y dar principio á un hecho
Que ha de hacer mi nombre mas glorioso.
Ah! dios del Sueño, deja el blando lecho,
Sal dond'estoy, de aquesa cueva oscura,
Presto, que así le cumple á mi derecho.
Sueño. ¿Quién con tan grandes voces me apresura,
Y me manda dejar mi blanda cama?
Váyase, no me estorbe mi dulzura.
Vénus. La diosa Vénus es la que te llama.
Sal, de tí sacudiendo la pereza,
Y la flojedad torpe que te ama.
Sueño. Diosa de Cipre, ¿quién á la as-
Deste monte Cimerio te ha traido [pereza
Dejando al sacro Idalio tu grandeza?
Vénus. Oye atento, sabrás que yo he ve-
A tu horrible caverna, á demandarte [nido
Favor, en un negocio sucedido.
Y porque detenerme en recitarte
El caso, no conviene: solo quiero
De lo que hacer debes avisarte.
Tú has d'enviar un sueño, con ligero
Vuelo, á la gran ciudad que Bétis riega,
Qu'es Hispalis, de Marte y Febo impero.
Aquí está una doncella que me niega
El vasallage, y contra mí se indina
De vana presuncion, y altivez ciega.
Tiene nombre Eliodora, y aunqu'es dina
De toda gloria, cumple á mi servicio
Que se someta á mi deidad divina.
Y así quiero que usando tu ejercicio,
Me aduerma á Felicina su criada,
Que cumple para ver lo que codicio.
Sueño. Gran diosa en Gnido y Pafo celebrada,
Hija de Jove, y madre de Cupido,
Temida de los dioses, y adorada,
Tu mando será presto obedecido,
Y así para cumplirse tu deseo
El sueño enviaré luego que has pedido.
No será Jœladon, aunque dél creo
Que hará lo que mandas, ni á Fantaso;
Mas el que allá enviaré, será Morfeo.
Este es tan diestro cual conviene al caso,
Y así quiero llamallo, porqu'el vuelo

Levante, y deje ya el terreno paso.
Ah ministros del Sueño, donde el cielo,
Recordad á Morfeo, que dejando
La blanda cama, pise el duro suelo.
Presto, no aguardeis mas, qu'estó aguar-
Ea, Morfeo, apriesa, apriesa, amigo, [dando.
Apriesa, que la noche va pasando.
Morfeo. ¿Qué es lo que quieres? Ya me
Desviándome así de mi reposo. [ves contigo,
Sueño. Oye, Morfeo, y advierte lo que
Conviene que dejando el perezoso [digo.
Sueño, á Hispalis vayas con presteza,
Los vientos precediendo presuroso.
Allí has de aquejarle con graveza
A Felicina, moza de Eliodora,
Con sueño profundísimo, y pereza.
Has de tenerla así, sin que señora
Sea de sí, sin que se mueva ó sienta,
Hasta que á Vénus le parezca hora.
Morfeo. Dios de Cimerio, si eso te contenta,
Ne me detengas, déjame ir corriendo,
Que detenerme tanto me atormenta.
Sueño. Así cumple, y alas descogiendo,
Haz camino por esa sombra obscura.
Morfeo. Así será, tu mandado obedeciendo.
Sueño. Vénus, diosa de eterna hermosura,
Ya que á cumplir tu mando va Morfeo,
?Qué quieres mas desta caverna dura?
Vénus. Que á tu reposo vuelvas, que el deseo
De ver el fin que intento, concluido,
Me llama, y la ocasion que acercar veo.
Sueño. Así cual lo deseas veas cumplido,
Y queda, escelsa diosa, en paz agora,
Que á restaurar el sueño voy perdido.
Vénus. Yo quiero ir á casa de Eliodora,
Y la forma tomar de Felicina,
Y ayudar á Porcero y á Teodora;
Que teniendo Eliodora tan vecina
La llama de mi fuego poderoso,
El odio perderá, y será benina
Con Leucino, y yo habré triunfo glorioso.
Far. Bien medrarás, Farandon,
En esta mercadería,
Que aun bien no se muestra el dia
Y vas hecho postillon.
Mal haya quien se sujeta,
Pudiendo libre vivir,
Por no venir á servir
De alcahuete y estafeta.
Mi amo quiere hoy hacer
De alcahuetas una junta,
Y desque la tenga junta
Pedilles su parecer.
Vengo á llamar á Teodora
Que vive aquí, llamar quiero,
Luego avisaré á Porcero,
Y á Terecinda si hay hora.
Durmiendo debe d'estar,
¿No oye? ¿Quién está acá?
Teod. ¿Quién llama? ¿Quién está allá?
Han visto que golpear.
Far. Abre, madre, que yo soy;
¿Teodora, no me conoces?
¿Tan presto me desconoces?
Teod. Ya te conozco, ya voy.
Far. ¡Cuán sin cuidado dormia!
Mal haya quien la parió,
Y estoy levantado yo,
Antes que saliese el dia.
Teod. De aquí me puedes hablar,
Que abrirte no puedo agora,
Que he menester mas de un hora
Para vestirme, y bajar.
Far. Buena estás á esa ventana,
Madre, á lo que vengo aquí,
Es á que vayas tras mí.
Teod. Harélo de buena gana.
¿Quieres otra cosa, amigo?
Far. Dijome mas que te diga
Que á Terecinda tu amiga
Llames y lleves contigo.
Teod. Hijo, di que su demanda,
Al momento cumpliré,
Y comigo llevaré
A mi comadre, cual manda.
Far. Madre, yo voy á aguardarte.
Teod. Ve, hijo, que tras tí voy.
Far. A los diablos te doy,
Y aun á quien m'envia á llamarte.
Esto queda negociado,
Resta llamar á Porcero,
Que vive allí; llegar quiero,
Que ya estará levantado.
Ah de casa, ¿aun duerme agora?
Por. ¿Quién llama? ¿Quién está ahí?
Far. Yo llamo, yo estoy aquí.
Por. ¡O qué venturosa hora!
¿Qué hay por acá, Farandon?
Far. Mi amo te envia á rogar
Que le vayas á hablar
Luego, sin mas dilacion.
Por. Vamos, ¿mas quieres que echemos
Un par de rehilanderas,
Con una tajada, y peras?
Far. No, qu'en casa lo haremos.
Vénus. Quiero ver si puedo algo,
Y que se entienda quien soy,
Haciéndole saber hoy
A Eliodora, lo que valgo.
Mudaréme en Felicina,
A quien el sueño detiene,
Y pues al hecho conviene,
Vénus, ¿qué aguardas? camina.

Leuc. Camina, pensamiento, donde vivo,
No te deviertas, ni el camino tuerzas,
Dile á Eliodora el mal que sufro esquivo,
Y que tú solo en mi dolor t'esfuerzas;
Que las vitales fuerzas
Desfallecen, y el cuerpo miserable,
La parte corruptible
Le deja, en el terrible
Dolor que sufre, al mundo ya notable,
Y qu'el alma desierta anda vagando,
El alma donde vive procurando.
Far. Por buena priesa que traido habemos,
Fuera de casa es ido ya Leucino.
Por. Bien cerca está, pues desde aquí le ve-
Y aun á nosotros tuerce su camino. [mos,
Leuc. Ah Farandon, ¿qué haces? ¿qué tene-
Que ya me tienes de aguardar mohino. [mos?
Far. Señor, ya vengo, y el señor Porcero.
Leuc. Venga, que á él solo por remedio espero.
Por. Beso, señor, tus manos generosas.
Leuc. Porcero amigo, el cielo te acompañe
Y repare mis ansias trabajosas,
De suerte que quien digo no me dañe.
Far. Teodora y Terecinda presurosas
Vendrán luego, y permíteme qu'engañe
El sueño, con dormir solo un momento.
Leuc. Anda, vete, oye tú mi pensamiento.
Ya sabes, o Porcero amigo mio,
El deseo qu'enciende mi cuidado,
La pena, el odio, el áspero desvío,
Con que soy d'Eliodora desdeñado.
Y pues lo sabes, sabe que confio
Que ha de ser mi tormento remediado
Mediante tu favor, siguiendo un órden
Que reduzca á razon este desórden.
Ya te conté, que habiéndole á Eliodora
Dado un recaudo mio, las criadas,
Viendo airarse de oirlo á su señora,
Contra la vieja fueron indignadas.
Acordándome desto, quiero agora
Venidas las dos viejas, qué llamadas
Son, para que tú y ellas deis un medio
Que conmueva á Eliodora á mi remedio.
Por. Muchas veces pidiéndome consejo
Sobre este caso, he dicho abiertamente
Lo que te cumple, como astuto y viejo,
Y como aquel que mas tus ansias siente,
Y tú, sin advertir lo que aconsejo,
Acudes al remedio diferente
De tu salud, de suerte que ahora dudo,
Que haga el ruego lo que mando pudo.
Leuc. Porcero, no me hagas imposible
Lo que consiste en solo tú querello,
Que bien sabes que sé qu'esto es posible,
Y mas qu'esto queriendo tú hacello,
Remedia mi dolor, y mal terrible,
Que yo te doy la fe, si alcanzo habello,
Que de mí hayas tan honrosa paga,
Qu'el galardon al hecho satisfaga.
Por. No es cosa nueva usar, señor, conmigo
En mi necesidad de tu largueza
Que las obras presento por testigo,
Pues han enriquecido mi pobreza.
Mas volviendo al negocio, yo te digo
Que me tiene perplejo su graveza;
Mas ten cierto de mí, que aunque perezca
He de hacer que hoy tu mal fenezca.
El tiempo es conveniente cual demanda
La pretension del caso que seguimos,
Qu'el padre no está en Hispalis, que anda
En su hacienda, qu'es lo que pedimos.
Leuc. ¿Qu'el padre no está aquí? yo veo mi banda
Prevalecer, y el premio conseguimos.
Sus, ¿amigo, qué aguardas? sigue un modo.
Por. Vendrán las viejas que han de ser el todo.
Leuc. ¿Eso aguardas no mas? Tercilo,
Llámale á Farandon que venga luego, [parte,
Que las torne á llamar; ve sin tardarte,
Que estoy aquí, y estoy ardiendo en fuego.
Terc. Bien puedes d'esa llama resfriarte,
Si en su venida pones tu sosiego;
Veslo allí donde viene voceando,
Con la espada en la mano amenazando.
Far. Cualquiera que dijere qu'este agra-
Puede satisfacerse sin castigo, [vio
Digo que miente, y salga luego al campo,
Donde al contrario le haré que diga,
O á bofetones le haré que lance
La lengua, con el ánima revuelta.
Leuc. Déjalo, oigamos qué ocasion lo indina.
Far. Reñegaré de cuanto el duelo escribe,
De las leyes germanas y birlescas,
Y de cuanto aprendí del padre Lorca,
Si hombre dejare en esta calle á vida,
Si no es que Dios lo libra por milagro,
O á mí me traga el centro de la tierra.
Leuc. Echando viene fieras amenazas.
Sosiégate, veamos en qué pára.
Far. Otro goce el abrazo, y los regalos
De doña Magandina mis amores,
Si en la venganza del agravio hecho,
No hiciere hoy en hombres mas estrago,
Que hizo sobre Troya el poder griego.
Terc. Historiador se hace, ó yo me engaño,
O viene con la carga delantera,
Y antes que caiga, es bien que lo llamemos,
Si saber quieres qué lo trae colérico.
Leuc. Ah Farandon.
Far. ¿Quién llama?
Leuc. Yo te llamo.
Far. O señor, que me coges de tal suerte,
Que por mejor tuviera no encontrarte,

Porque segun la cólera me enciende,
El no verme te fuera mas seguro.
Leuc. Deja el enojo, y dime qué te enoja.
Far. Haré lo que me mandas como debo,
Que á ser otro, llevára otra respuesta.
Sabrás, señor, que vino, como suele,
A la posada, doña Magandina
De Zuñiga, mi moza de respeto;
Trújome unos arenques de Galicia,
Con una media que mercó en el pósito,
Y un pedazo de queso de Mallorca,
Un plato de aceitunas, con pimienta,
Con mucho alcaparron y berengenas,
Curtidas en vinagre con especias,
Y un gran jarro de mosto de Cazalla,
Que pasaba de mas de cinco hojas,
Y de mas de un azumbre la medida.
Tendió el canto del manto sobr'el poyo
Por manteles, sirvió de servilleta
El mandil del caballo, y desta suerte,
Muy á nuestro sabor le dimos fondo,
Y como hubiese en esto detenídose,
Salió para volverse á su botica.
Leuc. ¿Es boticaria doña Magandina?
Far. No, mas llaman botica adonde gana.
Leuc. Eso no sabia yo, pasa adelante.
Far. Al fin, señor, poniéndose en la calle
Para ir su camino, volvió á verme,
Y Argelilla, la moza del vecino,
Sin respeto ninguno, l'echó encima
Una caldera de agua del fregado,
Llena de berzas verdes, brodio y mugre,
Que la cubrió de arriba abajo toda
Aquel nublado espeso de cocina.
Yo que ví tal agravio, salí fuera
Diciendo que era hecho de ruines,
Lo cual sustentaria con la espada.
Aparóse Argelilla, y sonriéndose
De vella cual estaba, dijo: Amigo,
Tenga en esas razones mas templanza,
O haránle que sea menos bravo.
Alcé el rostro, que nunca yo lo alzára,
Queriendo responder, y á este punto
Trastornó sobre mí un noturno vaso
Con un hedor pestífero, qu'el rostro
Me cubrió, y me dejó de suerte,
Que conocerme nadie no pudiera,
Ni aun se llegára nadie á conocerme,
Segun era el olor que de mí echaba.
Que he menester mudar hasta los cueros
Si quiero despedillo, que la ropa
A tiro de arcabuz no hay aguardalla.
Aquí acudieron mas de mil muchachos,
Y empiézanme á dar grita, y con palmitos,
Y suelas de zapatos, á tirarme,
Unos por una parte, otros por otra,
De suerte, que temiendo su violencia
Me encerré en casa, en su poder dejando
A doña Magandina mis amores,
Que tomándola á cargo, la pusieron
Peor que á mí, y sobre aqueste agravio
Vengo á dar muerte á toda aquesta calle.
Y aun estoy por matar á los poetas
Y á los historiadores, porque oyendo
Tal hazaña, no quieran escrebilla,
Y della hagan la memoria eterna.
Leuc. Si hubieras de matar los que conoz-
Tenias que hacer doscientos años, [co,
Aunque matáras cada dia un ciento.
Mas dejando esto aparte, al punto parte,
Y tráeme aquí las viejas que llamaste.
Far. Ya vienen, mil diablos se las lleven,
Y á quien con un amen no me ayudare.
Teod. Salud tengas, señor mio,
Tú, y la noble compañía,
Convenciendo la porfía
De Eliodora, y cruel desvío.
Leuc. Madre, seas muy bien venida,
A dar vida á quien te espera,
Tú, y la honrada compañera.
Ter. Honrada sea tu vida.
Leuc. Dejemos comedimientos,
Y al propósito vengamos,
Que lo qu'en hablar tardamos
Es atajar mis intentos.
Y así quiero proponeros
En dos razones el caso,
Qu'esto solo hace al caso,
Sin cansarme, y deteneros.
Ya sabeis cómo Eliodora,
Ocasion de mi cuidado,
En oyendo mi recado,
Se volvió contra Teodora.
Resta agora, que no obstante
Su ira, busquemos medio
Que de ablandar sea remedio
Aquel pecho de diamante.
Esta ha sido la ocasion,
En vuestras manos he puesto
Mi honra, y por lo propuesto,
Entendereis mi intencion.
Conformaos en un acuerdo,
Y este acuerdo sea de suerte
Que acabe mi pena fuerte,
Y admire al hombre mas cuerdo.
Teod. Parecerá cobardía
Decir lo que de esto entiendo,
Como quien estuvo viendo
Su constancia en mi osadía.
Mas con todo esto no huyo
De tornarme á ver con ella,
Y aun hacer si alcanzo á vella
Mover el intento suyo.
Por. Yo, como quien tiene entrada,
Me profiero á dar la puerta,
Cuando quisieres, abierta;

Y á Eliodora apaciguada.
Haré que oiga tu razon,
Y si se altera de oirte,
Podré tambien acudirte,
Y aplacar su alteracion.
Teod. Como la entrada me des,
Y á Eliodora que me aguarde,
Yo quedaré por cobarde,
Si hoy rendida no la ves.
Ter. Espantada estoy de oirte,
Comadre, ¿dó tu buen seso?
¿Qu'en cosas de tanto peso
Al fin osas proferirte?
Promete verte con ella,
No rendilla tan de presto,
Qu'es mucho lo que has propuesto,
Conociendo el valor della.
Teod. Terecinda, ¿estás burlando?
¿Dó tu sutileza y maña,
Tu esfuerzo, tu industria estraña,
Que ha sido absoluto en mando?
Ter. Teodora, con la esperiencia
He ya alcanzado á saber
Qu'es vanidad prometer
Las cosas en contingencia.
Que Eliodora no es quienquiera
Para prometella luego,
Pues por interes, ni ruego,
Convencella no se espera.
Teod. ¿No es esa costumbre tuya?
¿Tú que habias de animarnos,
Eres en desanimarnos?
No sé á qué me lo atribuya.
Ter. Esto no es quitarte el ánimo,
Ni enflaquecer de mi esfuerzo,
Porqu'en los riesgos esfuerzo,
Y al flaco hago magnánimo.
No impido lo que acometes,
Mas digo que sea de suerte,
Que aunque recibas la muerte
Salgas con lo que prometes.
Teod. Bien sabes que si me aguarda,
Aunque mas arisca esté,
Que tan mansa la pondré,
Que sufra silla y albarda.
Ter. Que tú hagas ese estremo
Aguardándote Eliodora,
No me espantará, Teodora,
Mas si te ha de aguardar, temo.
Y esta es la dificultad
Que en este negocio hallo,
Para poder acaballo
Con mucha facilidad.
Por. Yo he dicho, y torno á decir
Que la puerta haré daros,
Y á Eliodora haré escucharos.
Ter. Eso solo hay que pedir.
Que si la puerta nos da,
Y nos oye, yo aseguro
Qu'el pecho de mármol duro
Mas que cera se pondrá.
Por. Pongamos mano en la obra,
Vámosle luego á hablar,
Porque en dejando pasar
La ocasion, tarde se cobra.
Teod. Bien dices, vete con Dios,
Y de aquí á un cuarto de hora
Que tú estés con Eliodora,
Iremos ambos á dos.
Por. A aguardaros allá voy,
Queda en paz, y tú, Leucino.
Leuc. Al cielo tengas benino,
Porque acabe mi mal hoy.
Teod. Terecinda, consultemos
Este negocio, y veamos
Las señales que hallamos
O lo que en contra tenemos.
Ter. Paréceme que conviene.
Tercilo, éntrate tú allá;
Tú, Leucino, ponte acá,
Y aguarda á ver lo que viene.
Deste modo se asegura
Nuestro negocio; está quedo,
Oyemos sin tener miedo,
Que en esta está tu ventura.
Teod. Pon la vista al oriente,
En cuanto que aderezo
Estos lizos, mojados en la onda
De Flegeton ardiente,
Y pongo el aderezo,
Para que el triste Averno me responda.
Si de la estancia honda
Donde tiene su asiento
Del Erebo la reina poderosa,
Espíritu saliere, y otra cosa,
Ten cuenta, y mira el viento,
Si cuervo ó si paloma pareciere,
O siniestra corneja se ofreciere.
Ter. Con prósperas señales
De fatídico agüero
Se nos demuestra el cielo generoso,
En ocasiones tales;
Si en esto es verdadero
El disponer del hado venturoso,
Hoy será victorioso
Leucino desdeñado:
Que en este punto con ligero vuelo
Dos palomas bajar vide del cielo,
Que Vénus ha enviado,
Y sobre un verde mirto se pusieron,
Y cogiendo dos ramas dél se fueron.
Teod. Tiende en torno esos lizos,
Por donde yo derramo
Estas cenizas del trinacrio monte,
Y con fuertes hechizos,
A responderme llamo

Los espíritus negros de Aqueronte.
Antes qu'el horizonte
Se cubra, o triste Huerco,
A quien con ronca voz fuerzo y apremio,
Dale á mis obras el debido premio,
Y ponme en este cerco
Una señal, que el fin que intento aclare
Por donde yo lo que será declare.
Ter. Por la virtud que tiene
Esta esponjosa piedra,
Desde el nevado Cáucaso traída,
Que en este vaso viene;
Por esta blanca hiedra,
Qu'en la cumbre del Hemo fué cogida,
Que luego sea movida
Tu voluntad al ruego,
O Plutón, o Prosérpina hermosa,
Y sin negarnos deste caso cosa,
Nos deis aviso luego
Si la demanda mia, y de Teodora,
Moverán hoy el pecho de Eliodora.
Teod. No pases adelante,
Terecinda, en tu apremio,
Que siento estremecerse el hondo centro
Que tu voz resonante
Forzó que nos d'el premio
Que pedimos al dios que vive dentro.
Ter. ¡O congojoso encuentro!
La muerte nos envia
Por respuesta, ¿qu'es esto, infierno duro?
¿Tan poco es lo que puede mi conjuro?
¿Esta es la fuerza mia?
Que hacer suele que ese reino tema,
Y de ver enojarme de horror trema.
Teod. Refrena tu aspereza,
Que con la dura muerte,
Tambien se nos demuestra una corona,
Que el temor y crueza
Deshace, y dulce suerte
Promete, con que el miedo se abandona;
A Leucino corona
Dando á su pena dura
Descanso; ve, Leucino, y esas sienes
Rodea con ella, que seguro tienes
El premio, y tu ventura
Te concede, que en trjunfo de vitoria
Des muerte á tus trabajos hoy con gloria.
Leuc. Pues amor corresponde
A mi deuda, debida,
Quiero con ella laurear mi frente,
¿Mas cómo se me absconde?
¿Cómo la veo perdida,
Ante mis ojos viéndola presente?
¿Cómo agora está ausente?
Sin duda se fué al cielo,
O algun dios la llevó para ponerse.
Quiero apartarme aquí; ya deja verse,
Para el bien de mi duelo.
Desta vez no es posible no cogella,
Ya la tengo; ay de mí, ¿dó está? ¿qué es della?
Ter. Leucino, no te quejes,
Por ver que se te absconda
Esa corona, vuelve acá, y advierte,
Que no está en que la dejes,
Que no te corresponda.
A tu deseo la piadosa suerte.
Toma, y lleva esa muerte,
Que declara que muere
Hoy tu trabajo, y vamos ya, Teodora,
Veremos la respuesta de Eliodora.
Teod. Al caso se requiere
Que vamos ya, y mas punto no tardemos,
Pues señales tan prósperas tenemos.

JORNADA III.

Porcero va á casa de Eliodora, y Teodora y Terecinda, alcahuetas, entran á hablalle por ruego de Porcero, dale su recaudo, airase contra todos: Vénus en la figura de Felicina le ruega por Leucino, y sin acabar nada los echa de casa. Descúbrese Vénus quien era. Viene Leucino con Ortelio y Farandon, quieren hacer fuerza á Eliodora en su casa, mata Eliodora á Ortelio, viene la justicia, infama Leucino á Eliodora, delante de la justicia y de sus padres de Leucino y Eliodora: atestigua Farandon, llévanlos á la cárcel á Leucino, Farandon y Eliodora.

PORCERO. ELIODORA. VÉNUS. TEODORA. TERECINDA. FELICINA. MORFEO. LEUCINO. ORTELIO. FARANDON. JUSTICIA. ESCRIBANO. CORINEO. IRCANO.

Por. Camina ya, Porcero, pues te llama
La próspera ventura, á eternizarte,
En un hecho de honor, provecho y fama,
Que promete á los astros levantarte.
Hoy tu nombre en el mundo se derrama,
Si tienes á Eliodora de tu parte,
Hoy en riqueza alcanzarás mas bienes
Que Midas, Creso, Craso, ni Aquimenes.
No es tiempo ya de diferir momento
De verme en la presencia de Eliodora,
Y hacerle mudar el casto intento
Que tan rebelde estuvo con Teodora;
Hoy de Leucino acaba el cruel tormento,
Y mi triste pobreza se mejora.
Que Eliodóra, á quien veo, aunque rehuya,
Hará mi voluntad, contra la suya.
El. ¿Qué me dices, Felicina,
De los libros que leimos
Anoche, pues ambas fuimos
Mohinas de su doctrina?
Vénus. Eso te quise decir,

Y por no usar de osadía,
Llena de melancolía
Te dejé, y me fuí á dormir.
El. ¿Notaste cual nos ponian
A las míseras mugeres?
Vénus. Con bien necios pareceres
Los Momos nos ofendian.
El. Quise, así tengas sosiego,
Hacellos ambos pedazos,
Y hechos muchos retazos,
Arrojallos en el fuego.
Por. Yo seguro que he de ser
Reprehendido y culpado,
Porque tres dias han pasado,
Que no os he venido á ver.
Y aunque conozco en la culpa
Que no hay con que me disculpe,
Como yo mesmo no culpe,
Es bastante por disculpa.
El. Porcero, de cualquier modo
Que lo hagas, es hacernos
Merced, mas venir á vernos,
Es merced que escede á todo.
Por. Esa ilustre voluntad
Tengo tan creida así,
Cual sabe el mundo de mí,
Sin lisonja, y con verdad.
¿Mas, dime, aquello dejaño,
Pues es negocio tan llano,
Qu'es de mi señor Ircano?
El. A comer le estó aguardando.
Por. ¿Está fuera de Sevilla?
El. Sí, que á un negocio importante,
Con Crasilo y con Durante,
Tres dias ha que fué á Almensilla.
Por. ¿En qué te has entretenido
En su ausencia estos tres dias?
El. En cien mil melancolías,
Con dos libros que he leido.
Por. ¿Tan grande letora eres?
El. Sí, mas estos me han cansado,
Porque todo su cuidado
Fué decir mal de mugeres.
Por. Suplicote que me nombres
Los nombres de esos autores
Que ofenden vuestros loores.
El. Son dos celebrados hombres.
Por. ¿Qué hay que celebrar en ellos
Si ofenden vuestra bondad?
Mas, dime, con brevedad,
¿Quién son? para conocellos.
El. El uno es el arcipreste
Que dicen de Talavera.
Por. Nunca tal preste naciera,
Si no dió mas fruto qu'este.
El. El otro es el secretario
Cristóval del Castillejo,
Hombre de sano consejo,
Aunque á mugeres contrario.
Por. Cuánto mejor le estuviera
Al reverendo arcipreste,
Que componer esta peste,
Dotrinar á Talavera;
Y al secretario hacer
Su oficio, pues dél se precia,
Que con libertad tan necia
Las mugeres ofender.
El. Cierto que tienes razon,
Y en eso muestras quien eres,
Que decir mal de mugeres
Ni es saber, ni es discrecion.
A la puerta oigo llamar,
Ve á responder, Felicina.
Vénus. A Vénus, diosa divina,
Muger la viene á mandar.
Ya voy, señora, ¿quién llama?
Teod. Felicina, di á Eliodora
Que hablarle quiere Téodora
Su sierva, y quien mas le ama.
Vénus. Yo llevaré tu recado
Y traeré luego respuesta.
Vénus, la ocasion sea presta,
Ten el fuego aparejado
Señora, la vieja viene.
El. ¿Qué vieja?
Vénus. La que mesamos.
El. ¿Que aun osa venir do estamos?
¿Tan poca vergüenza tiene?
¿Dijote qué es lo que quiere?
Vénus. Dice que le des licencia
Para verse en tu presencia.
El. No será mientra viviere.
Por. Pues solo quiere hablarte,
Permite, señora, vella;
Que yo vengo en nombre della
Esto mesmo á suplicarte.
Viene á pedirte perdon
Si en algo te dió disgusto,
Y pues lo que te pide es justo,
Acepta su peticion.
El. ¿Que te parece, Porcero,
Que es razon que hable yo
A quien tal cosa intentó?
Por. Sí, pues yo soy el tercero.
Vénus. Conmoveráte á piedad
Verla cual viene temblando,
Su inadvertencia llorando,
Y acusando su maldad.
Por. Dame lástima y dolor
Oir lo que se lastima
De tu enojo, y lo que intima
Tu ardiente saña y furor.
Y así despues de otorgalle
Licencia de entrar á verte,
Le has de hablar de tal suerte,
Que tu habla sea animalle.

El. Pues tan buen padrino tiene,
Felicina, dale entrada.
Vénus. ¿Ha de entrar acompañada
Con otra vieja que viene?
El. Dales á entrambas la puerta.
Vénus. Sí, daré; y á tí tal fuego,
Que des, perdiendo el sosiego,
Al amor el alma abierta.
Madres, bien podeis venir,
Que licencia os da Eliodora.
Teod. Dios te haga gran señora,
Te logre, y deje vivir.
¿Mas, dime, está ya aplacada
Del enojo que tenia?
Vénus. Por vuestras vidas, y mia,
Que no se acuerda de nada.
Teod. Dame, señora, esas manos,
Con piedad, para besallas,
Y con lágrimas regallas,
Contra tus enojos vanos.
El. Madre, ese comedimiento
Está en mí muy escusado,
Que no merece mi estado
Tan honroso cumplimiento.
Teod. Si lo que en razon mereces,
Si te hubiera aquí de dar,
Juno te debe adorar,
Pues su deidad le engrandeces.
Y dejando esto á una parte,
Por ser cosa tan sabida,
Vengo á que seas hoy servida
De escucharme, y no alterarte.
El. Como sea tu razon
Tal que no ofenda mi oido,
Será tu deseo cumplido,
Y acepta tu peticion.
Teod. Hija, mi deseo es servirte,
Mi ánimo darte gusto,
Aborrecer tu desgusto,
Y huir de deservirte.
Y con este presupuesto
Podrás, señora, entender
Que yo no podré hacer
Cosa que se aparte desto.
Aunque el otro dia alterada,
Aguardar no me quisiste;
Agora que me admitiste,
Sabrás qu'esta es mi embajada.
Leucino te quiere y ama,
El cual envia á pedirte
Que le permitas servirte,
Sin ofensa de tu fama.
Bien conoces su nobleza,
Su ilustre sangre y valor,
La fuerza del casto amor
Con que adora tu belleza.
El. ¿Qué hablas, desvariada?
Maldita vieja enemiga
De mi gloria, ¿quién te instiga?
Dime, ¿estás endemoniada?
Vete, no pares aquí,
Y tu boca no se abra,
Que en respondiendo palabra,
Tomaré venganza en tí.
Teod. Tiempla, Eliodora, esa ira,
No te alteres con tal furia,
Que hasta agora no te injuria
Mi razon, que así te aira.
El. Traidora, no hables mas,
Deja luego mi presencia.
Por. Modérate con paciencia,
Y tu sinrazon verás.
El. ¿Esto llamas sinrazon?
Por. Sí, porque en lo que te dice,
No hay porque te escandalice,
Ni te prive de razon.
Que si Leucino te pide
Por su muger, ya le ha sido
De tu padre concedido,
Y así no se descomide.
El. ¿Tambien sigues tú su parte?
Por. En esto la razon sigo.
El. Pues yo á tí como á enemigo
Debo en todo recusarte.
Vénus. No te alteres de esa suerte,
Mira que el señor Porcero
Es amigo verdadero,
Si en su proceder se advierte.
Ter. Así tenga yo la vida
Cual el señor le aconseja.
El. ¿Dígame en qué, buena vieja?
Ter. Sí diré, si soy oida.
El. Di, que yo te daré oido.
Ter. Pues que tú me das licencia,
Como quien tiene esperiencia,
Te diré lo que he sentido.
Que demandarte Leucino
Por su muger, no te ofende
Si en matrimonio pretende
Gozar tu valor divino.
Y así debes conceder
La demanda de Teodora;
Y á Porcero desde agora
Por mas amigo tener.
Vénus. Deja esa ciega pasion,
Deja esa riguridad,
Admite en tu mocedad
Compañía de varon.
Vuelve el odio rigurose
En placer y regocijos,
Toma esposo, y habrás hijos,
De Vénus don glorioso.
El. Vénus no tiene en mi parte,
Y así quiero carecer
De su fruto y su placer.
Vénus. Mira no sea en castigarte.

El. No puede en mí su castigo.
Por. Señora, pueda razon,
Que dejando la pasion,
Vengas á lo que te digo.
Vénus. Siendo lo que te conviene
Razon será que lo hagas,
Y que en fe le satisfagas
Al que no es razon que pene.
Trujérate mil ejemplos
De reinas, ninfas y diosas,
Que amando son hoy gloriosas,
Con estatuas, aras, templos.
El. Enemigos de mi honor,
Haced de mí larga ausencia,
No esteis mas en mi presencia,
Que me encendeis en furor.
Y tú, falsa Felicina,
Que tal consejo me das,
No me hables ni veas mas,
Y con los demas camina.
Por. Sin efecto hémos venido,
Mal lance echamos, Teodora;
Nada conmueve á Eliodora,
Ella nos dejó, y se ha ido.
Vénus. No es parte el irse, adverti,
Y conocedme quien soy,
Que soy Vénus, aunque estoy
En trage mortal, y así.
Id luego, y decí á Leucino
Lo que pasa, y que por fuerza
La saque, que esfuerzo, fuerza
Le daré, y favor divino.
No os detengais, partid luego.
Por. A cumplir vamos tu mando.
Vénus. Id, que en caso tan infando
Se me abrasa el alma en fuego.
Quiero esta forma dejar
A Felicina su dueño,
Y enviar al dios del Sueño,
Que no es tiempo de aguardar.
El. La falsa de mi criada
Que tambien me persuadia,
Sin duda que ella venia
Con los demas conjurada.
Dar quiero aviso á las amas,
Que si á casa se viniere,
Cuando tal maldad hiciere,
La arrojen en vivas llamas.
Vénus. Morfeo, parte volando,
No te detengas aquí.
Morfeo. Yo me voy, cumpliendo así,
Vénus, tu precioso mando.
Vénus. A mí me conviene ir luego
A darle á Leucino aliento,
Y que venga en un momento,
En ira y corage ciego.
Que no cumple á mi deidad
Que Eliodora se resista
De mi amorosa conquista,
Sin hacer mi voluntad.
El. ¿Traidora, osaste volver
Ante mí? Vuelve huyendo.
Fel. Señora, yo no te entiendo,
Si no te das á entender.
El. ¿Que no me entiendes, traidora?
Vete, no me des respuesta,
Que mi voluntad es esta,
Sigue á Porcero y Teodora.
Fel. ¿A quién me mandas seguir
Si no á tí para servirte?
El. Ya no sirve el comedirte,
Que á mí no me has de servir.
Fel. Señora, ¿qu'es tu pasion?
¿En qué te ofendí jamas?
Si no es amarte mas
Que á la vida y corazon.
El. ¿Di, falsa, si tú me amabas,
Cómo agora el ruego fiero
De las viejas y Porcero,
Seguiste, y me aconsejabas?
Fel. De eso todo estó inocente,
¿No me hallaste en la cama?
El. Despues de urdida la trama
Se quiere hacer que no siente.
¿No estuviste agora aquí,
Con las dos viejas Claudinas?
Fel. Señora, ¿echas bernaldinas?
¿Qué dices? ¿Estás en tí?
Yo, desde que me acosté
Hasta agora, he estado envuelta
En las sábanas, que suelta
Del sueño jamas quedé.
Leuc. Ortelio y Farandon, amigos míos,
Armas y corazones aprestemos,
Que ya acabó mi ruego á los desvíos
D'Eliodora, mi ansia en sus estremos,
Pague los insolentes desvarios
Que siempre usó conmigo, y no aguardemos
A razones, mas haga el duro apremio
Que por fuerza me dé el rogado premio.
Esta es la casa, sus, ganad la puerta,
No nos tardemos mas, que así conviene,
Que viva ha de ir conmigo, ó quedar muerta
Aunque en su guardia Némesis la tiene.
El. Agora veo la horrible muerte cierta,
¡Ay sin ventura! que Leucino viene;
Cierra esa puerta apriesa, amiga amada.
Fel. No puedo, que la tienen ya ganada.
Leuc. Tu dureza, Eliodora rigorosa,
Me trae cual ves á la presencia tuya
A pedirte que elijas una cosa:
Morir aquí, ó que mi mal concluya.
El. No será tu amenaza poderosa,
Para que por temor mi honor destruya.
Que no me espanta la espantosa muerte,
La cual recibiré con pecho fuerte.

Leuc. Recibirás con muerte triste afrenta.
El. Anda, que no hay afrenta que m'afren-
Estando de tu vano intento esenta, [te
Ni hay cosa que mi ánimo amedrente. [ta.
Ort. Desta suerte has de ir, pues te conten-
Fel. ¿Justicia, tal insulto se consiente?
Leuc. Calla, traidora.
Fel. Guarte tú, inhumano.
Ort. Ay, que me ha muerto, ay, cielo soberano.
Leuc. Con esta mano le daré venganza
A mi criado, á quien, cruel, has muerto.
El. Si llegares á mí, de tu esperanza
Verás el fin con ver tu pecho abierto.
Fel. Justicia, no hay justicia, la tardanza
En iría yo á llamar es desconcierto.
Leuc. Mira que morirás si te defiendes.
El. Tú morirás si á mí llegar pretendes.
Just. Tened á la justicia, ¿quién ha sido?
¿Quién ha privado de la vida este hombre?
Leuc. Esta muger, agena de sentido,
Por haber de crueza tal renombre. [tido?
Just. ¿Es verdad qu'este insulto has come-
El. Sí, yo le dí la muerte, y no te asombre,
Que si un punto á venirte detuvieras,
Muertos á esos dos, cual ese, vieras.
Esc. Bien claro dice qu'ella le dió muerte,
Y la sangriénta daga lo declara.
Just. Sin apremio confiesa el hecho fuerte,
Qu'en decir la verdad no ha sido avara.
Cor. ¿Hijo, qu'es esto? ¿qué contraria
Te ha sucedido? [suerte
Leuc. Una hazaña rara
En maldad, qu'esta pérfida le ha dado
Sin ocasion la muerte á mi criado.
Irc. ¿Súfrese tal maldad? ¡Tan dura afren-
Tal suceso en mi casa! O justo cielo, [ta,
Dame venganza, ó haz que yo no sienta
Tal infamia, dejando el mortal velo.
Just. Ilustre Ircano, el caso que atormenta
Tu ánimo, y provoca á triste duelo,
No se remedia con hacer estremos,
Pues estorban qu'el hecho averigüemos.
Dime, Leucino, ¿qué ocasion tuviste
De haber venido adonde estás agora,
Si este muerto contigo lo trujiste,
Y por qué causa lo mató Eliodora?
Ella confiesa, y pues presente fuiste
Al suceso, declara, si en tí mora
Verdad, todo el suceso desta historia,
Porque yo la encomiende á la memoria.
Leuc. Pluguiera á Dios se abriera aquí la tierra,
Y á mí solo en su centro me tragára,
Y en el sulfúreo reino que en sí encierra,
En cuerpo y alma como estoy lanzára,
Antes que yo viniera á darte guerra,
Tu maldad, o Eliodora, haciendo clara;
Mas soy forzado, y por apremio digo,
La verdad, recelando el cruel castigo.
El caso es, que yo hallando un dia
A Eliodora, en la bética ribera,
Quedé en ver su belleza y lozanía,
Cual nieve al sol, ó cual al fuego cera;
Hablélo, y con honrosa cortesía,
Me respondió, y preguntó quién era,
Yo satisfice á su pregunta, y luego
Los dos nos encendimos en un fuego.
Levantóse, y poniéndose en camino
Para volverse, dile yo la mano,
Y ella me dió la suya, y hizo dino
Del primer don que da el amor tirano.
Llegando aquí, me dijo: Ve, Leucino,
Pegando al mio su rostro soberano,
Y esta noche podrás volver á verme
Si piensas en amor corresponderme.
Hícelo así, y luego que la oscura
Sombra ocupó con su tinieblа el suelo,
Inspirado de amor y mi ventura,
Seguí la suerte que me daba el cielo.
Halléla á una ventana que la pura
Luna miraba, y luego sin recelo
Me bajó á abrir, y yendo á solo vella,
Gocé á mi gusto aquella noche della.
Desta suerte han pasado ya dos años
Qu'ella á mi casa, y yo á la suya yendo,
Hemos vivido, usando mil engaños,
Nuestro fuego con ellos encubriendo.
Tras desto añadió á un daño muchos daños
Esta cruel, su natural siguiendo;
Y fué, qu'en este amor que me fingia,
Por ese muerto sin descanso ardia.
Viéndose el triste mozo combatido
Desta inconstante, me llamó en secreto,
Y el caso me aclaró, y de mí sabido
De otras personas, la dejé en efeto.
Ella de ira el ánimo encendido,
La venganza eligiendo, por decreto,
A llamarme envió, y que me rogaba
Trujese á Ortelio, porque así importaba.
Yo triste, inadvertido de mi daño,
Vine, y nunca viniera, porque al punto
Que llegué, le dió á Ortelio un golpe estraño,
Que en tierra lo arrojó, cual veis, difunto.
Revolvió sobre mí; yo con engaño
Le hurté el cuerpo, porque estaba junto,
Y pasó el golpe, entonces della asiendo
Entrastes, á las voces acudiendo.
Cor. Calla, fiero, no pases adelante,
Que lo dicho á mil muertes te condene,
Y al infierno el gran Júpiter tonante
Te arroje á padecer eterna pena.
Just. ¿Esto es verdad?
Far. Señor, verdad bastante,
No dice cosa de verdad agena.
Just. Eliodora, ¿qué dices tú sobr'esto?

El. Que todo es falsedad cuanto ha propuesto. [digo.
Leuc. ¿Falsedad? verdad pura es la que
Just. Y tú que entiendes desto, ¿sabes algo?
Fel. Que es maldad cuanto dice ese enemigo.
Leuc. La verdad digo, á fe de hijodalgo;
Farandon está ahí, qu'es buen testigo
De todo lo que pasa, pues no valgo
En este caso yo, él te lo diga
Que ha sido el secretario en nuestra liga.
Just. ¿Qué dices, Farandon?
Far. Señor, qu'es cierto
Cuanto Leucino mi señor declara,
Que yo me hallé en todo, y fuí al concierto
La primer noche, y esta es verdad clara.
Just. ¿Porqué, y de quién ha sido este hombre muerto?
Far. De zelos que Eliodora en crueldad
Tuvo dél, y porque dió á Leucino [rara
Cuenta de su amoroso desatino.
El. Esa es traicion, que no le dí la muerte
Sino por evitar la injusta fuerza
Que me quiso hacer, y en esto advierte
Qu'es verdad, y tu vara no se tuerza.
Just. No torcerá, mas yo haré ponerte
Donde tu voz que así á hablar se esfuerza,
Habiendo hecho un crímen semejante,
Cese; y quita ese cuerpo de delante.
Llevad esta á la cárcel, y sea puesta
En estrecha prision, do esté segura.
Cor. Será de mi una razon propuesta,
Si á hablar tu licencia me asegura.
Just. Di, que nunca jamas me fué molesta.
Cor. Digo que no sea puesta en prision dura
Eliodora, mas libre, y sea llevado
Mi hijo, y crudamente castigado.
Irc. Ella es digna de muerte, y no Leucino.
Y así mi hija sea castigada
Como rea, pues ella abrió el camino
Para este mal, y así sea ejecutada.
Cor. Mi hijo solamente es el qu'es dino
De muerte, pues por él es infamada,
Quebrantando tu casa, cual ha dicho,
Si se tiene memoria de su dicho.
Irc. Si ella á él la entrada no le diera,
No la infamára él, ni la gozára,
Y pues ella la puerta le dió, muera,
Y él quede libre, que es justicia clara.
Cor. Esa mesma razon á muerte fiera
Le condena.
Irc. Esa ley mesma lo ampara,
Qu'el hombre puede entrar donde quisiere,
O do le dan la entrada si pudiere.
Just. Cese vuestro alboroto, y sea cumpli-
Lo que tengo mandado, partid luego [do
Con ella, y á ese mozo lleva asido,
Y á Leucino tambien por preso entrego.
Irc. Que castigues mi hija solo pido.
Cor. Que la sueltes, y muera mi hijo ruego.
Just. Lo qu'en ley debo ejecutar sobr'esto,
Vamos, que todos lo vereis muy presto.

JORNADA IV.

Ircano, padre de Eliodora, determina matar la hija en la cárcel con un bocado; llévaselo Felicina, vuélvese en flores. Pronuncian la sentencia de muerte á Eliodora; va el escribano á notificársela, halla á la puerta de la cárcel dos salvages, que le impiden la entrada. Va la justicia, sale la diosa Diana, y delante de Ircano, el padre de Eliodora, y de la justicia, Leucino se retrató de lo que habia dicho contra Eliodora. Fué condenado á echar en un fuego Farandon, y Leucino en el rio: sale Bétis, pide á Diana que no mande que en sus ondas echasen tal mal hombre, manda que lo entierren vivo, y con gran alegría llevan á su casa á la vírgen Eliodora.

IRCANO. FELICINA. ELIODORA. JUSTICIA. PELORO. ESCRIBANO. IPODAURO. DEMOLION. DIANA. LEUCINO. FARANDON. BÉTIS.

Irc. Rompa la voz de mi lloroso acento
Las sidéreas regiones, oiga el mundo
Mi mal, y la crueza que hoy intento.
Y nadie entienda qu'en crueza fundo
Dar á mi hija muerte, cual dar quiero,
Ni que me inspira furia del profundo;
Que yo no tengo el corazon de acero
Ni naci de los riscos, ni montañas,
Ni me crió dragon, ni tigre fiero.
Hombre soy, de hombre tengo las entra-
Tiernamente, cual hombre, me lastimo [ñas,
Y lloro mis fatigas tan estrañas.
Mas deste sentimiento me reprimo,
Viéndome por mi hija en tal afrenta
Que su muerte no siento, y mi honra estimo.
Y así aunque muera es causa que no sienta
Con la terneza que debia su muerte,
Viendo ser ella la que así me afrenta.
Ejemplo es este que al varon mas fuerte
Y de mayor constancia pondrá espanto
Y le hará dudar la estraña suerte.
Pudo el honor de Ipodamante tanto,
Viendo su hija, de Archeloo, forzada,
Que le dió muerte, sin oir su llanto.
Orcamo enterró viva su hija amada,
Porque le robó Apolo su pureza,
Dándola así á su honor sacrificada.
¿Pues si destos se canta por grandeza,
Dar á sus hijas muerte por su honra,
Dársela yo á la mia no es crueza?

Que no me ofende menos, ni deshonra
La maldad que mi hija ha cometido,
Si la nobleza de quien soy me honra.
Al fin yo estó en que muera resumido
En la prision, pues ha de morir cierto
Por justicia, su término cumplido.
Así será mi daño mas cubierto,
Que no verla sacar de las prisiones
A justiciar, el dia descubierto.
Así confundiré las opiniones
Qu'en esto hay, pues dándole un bocado
Lo acaba todo, y solas mis pasiones
Empezarán hasta que sea acabado.
Fel. El son de tus tristes quejas
Hizo en mí tal impresion
Que abrasando el corazon,
El cuerpo sin alma dejas.
Y no solo tu dolor
Me tiene de aquesta suerte,
Mas ver que quieres dar muerte
A Eliodora con rigor.
Irc. Felicina, así conviene,
Que muera por su malicia,
Y no en poder de justicia,
Pues al fin, de morir tiene.
Yo le tengo aparejado,
Aunque tal crueldad se note,
Por arras, tálamo y dote,
Un mortífero bocado.
Tales confaciones lleva
Y va hecho de tal modo,
Que no está en comello todo,
Para morir quien lo prueba.
Tú lo tienes de llevar,
Y mándote qu'en secreto
Lo pongas luego en efeto,
Y me vengas á avisar.
Fel. Señor, mándame otra cosa,
Y hazme desta escusada.
Irc. No hay que replicarme nada,
Sino ir luego presurosa;
Esto es lo que cumple en esto,
Y cumple á ella y á mí.
Yo voy á traello aquí,
Aguárdame en este puesto.
Fel. ¡Ay, triste de tí, Eliodora,
Sin culpa ofrecida á muerte,
Cuya miserable suerte
Hispalis y el mundo llora!
¿Es posible que he de ser
Ministro de tal crueldad,
Y que mi fidelidad
Tal hecho ha de cometer?
Irc. Ya te he dicho, Felicina,
Que cumple que vayas presto;
Lo que has de llevar es esto,
Que es la cierta medicina.
El secreto y diligencia
No tengo qu'encomendarte,
Yo voy á casa á aguardarte,
Tú, ejecuta con violencia.
Fel. Desventurada de mí,
¿Dónde voy? ¿Qué razon sigo?
¿Qué Megera va conmigo,
Qué Alecto me lleva así?
No es posible que no sea
Furor infernal el mio,
Pues tan ciego desvarío
El alma me señorea.
Mi señor manda que dé
A Eliodora este bocado,
Que entiende que su mandado
Puede mas que no mi fe.
Engañado está en razon,
Contrario camino sigue,
Porque no hay ley que me obligue
A sacarme el corazon.
Mas ¡ay, en qué duda estó,
De contrarios combatida,
Sin poder darle la vida;
Ni dejar de morir yo!
Forzosa ha de ser mi muerte,
Porque si muere Eliodora,
Felicina que la adora
Seguirá á la mesma suerte.
La cárcel es esta, ¡ay cielo,
Como la muerte me cerca,
Y á Eliodora se le acerca
La mesma miseria y duelo!
Ambas hemos de acabar,
Que razon lo manda así,
Y pues cumple, ¿qué hago aquí?
A dársela quiero entrar.
El. ¿De quién serán mis quejas
Y mi mal entendido,
En estado tan triste y peligroso,
Cielo, si tú me dejas,
Y no les das oido,
Mostrándote á mi llanto riguroso?
Tú, que del afrentoso
Insulto en que sin culpa soy culpada
Sabes la verdad pura,
Tú, en mi angustia y tristura,
Aclara mi inocencia condenada,
Ya que pague la vida,
Que no sea mi pureza así ofendida.
Fel. ¿Qué haces, señora mia,
En tu miserable suerte?
El. Estó esperando la muerte,
Por momentos cada dia.
Fel. Ten, señora, confianza,
Qu'el cielo á quien tú te quejas
Oido dará á tus quejas,
Y á tu inocencia, venganza.
El. En él pongo mi justicia,
Pues él sabe la verdad,

Él guarde mi honestidad,
Y castigue esta malicia.
Fel. Sí hará; y así lo entiendo
De su bondad y clemencia,
Que has de salir por sentencia
Libre deste insulto horrendo.
Y en confianza de aquesto,
Te traigo un regalo aquí.
El. ¿Regalo? no es para mí,
Qu'el mio pasó muy presto.
La muerte podrás traerme,
Qu'es el regalo que espero,
Que otro regalo no quiero,
Ni otro puede apetecerme.
Fel. Espera en Dios el remedio,
Y comamos esto agora,
Mas con condicion, señora,
Que has de partillo por medio.
El. Pártelo tú de tu mano.
Fel. Sí haré, y será igualmente.
¡O ánimo de serpiente,
Con un ángel soberano!
Recibe desta tu sierva
Esta conserva, en regalo.
El. No ha estado el donaire malo,
¿Flores me das por conserva?
Fel. Señora, el yerro fué en mí,
Que turbada en tus dolores,
Dije conserva por flores.
El. Bueno está, quédese ahí.
Allá dentro nos entremos,
Porque gente oigo venir.
Fel. Tras tí voy, bien puedes ir,
Que no es bien que aquí aguardemos.
¡Quién ha visto tal mudanza!
Volverse en flor el veneno,
Prodigio es, y es tan bueno,
Que me da buena esperanza.
Just. Doy la palabra, que quisiera en esto
Hacer, señor Peloro, vuestro mando,
Cual siempre mi deseo está dispuesto,
Lo qu'es serviros solo deseando.
Mas en esta ocasion juro y protesto
Que ni puedo, ni es justo, contemplando
De Reycenio las culpas y maldades,
Infamias, y otras mil atrocidades.
Pel. Cierto que yo, señor, venia informa-
Muy diferente de eso que os he oido, [do
Porque á entender me dieron que aun pecado
Para estar preso así, no ha cometido.
Just. No hay preso que confiese qu'es cul-
Aunque sea en derecho convencido, [pado,
Siempre se justifican de inocentes,
Aunque cien mil testigos vean presentes.
Y porque no entendais qu'es pasion mia,
O rancor que le tengo, estad atento,
Oireis qué se le prueba en solo un dia,
Despues que se cumplió mi mandamiento.
Una muger le pide, á quien servia
Con promesas, que en firme casamiento
Seria su marido, y dél gozada,
Con otra se casó, y dejó burlada.
Otra presenta dél una querella,
Diciendo que una hija infamó suya,
Él se desdice, habiendo dicho della
Cosas, que es justa ley que lo destruya.
No hay casada, viuda, ni doncella,
Ni hay deuda suya, contra quien no arguya
Y ofenda con su lengua, y demas desto,
Con su cuñada cometió un incesto.
Esto hay de Reycenio, y mas que callo,
Deste que al mundo con su lengua infama;
¿Mirad vos, si es justicia perdonallo,
O si será arrojallo en viva llama?
Pel. No tengo que decir, sino dejallo,
Y porque á toda priesa ya me llama
Un negocio, haré de vos ausencia.
Just. Siempre para os servir estó en presen-
¿Traeisme la sentencia ya ordenada, [cia.
Para notificársela á Eliodora?
Esc. Señor sí, solo falta ser firmada
De tí, lo cual podrás hacer agora.
Just. Séame de palabra recitada.
Esc. Dice desta manera, que á la hora
Que todo el pueblo sea congregado,
Para el fiero espetáculo ayuntado,
De la cárcel la saquen con prisiones
Sobre una mula, y lleve de delante
Pregoneros, que digan en pregones
Su crímen en voz alta y resonante.
Vuelta de andar las calles, y estaciones
Que la ley manda, sea al mesmo instante
En la pública plaza degollada,
Donde quedando muerta sea dejada.
Just. Buena está, yo la firmo de esa suerte.
Id á notificársela al momento
A Eliodora, y apréstese á la muerte,
Pues ella fué ocasion de su tormento.
Esc. Con la razon que debo obedecerte
Voy, señor, á cumplir tu mandamiento.
Just. Cumple, que sea con presta diligencia.
Esc. Será así ejecutada tu sentencia.
Just. Pague con muerte el crímen come-
Y muera la que así con tal torpeza [tido,
El blason de su padre ha ofendido,
Sin tener advertencia á su nobleza.
Esc. Aquí es la cárcel donde soy venido,
Quiero notificarle con presteza
La sentencia á Eliodora. Ah, carcelero,
Abrí, ah de la cárcel, ¿no hay portero?
Ipod. ¿Quién sois, que demandais aquesta puerta?
Esc. Só escribano real de aquesta audiencia.
Ipod. Volveos, que no os puede ser abierta,

Y no hableis, ni hagais mas resistencia.
Esc. ¿Qu'es esto? ¿Estoy durmiendo? ¿Es cosa cierta
La que he visto delante mi presencia?
Sin duda estoy soñando, no estoy cierto,
Que claramente veo que estoy despierto.
Quiero volver y dar razon desto
Al juez que aguardándome ha quedado,
Que yo no sé qué haga ó diga en esto;
Que voy sin mí, de ver lo que ha pasado.
Just. Huélgome que venido hayas tan presto.
Esc. Si vengo presto, traigo mal recado.
Just. ¿De qué suerte?
Esc. De suerte que temiendo
Estoy aquí, de lo que ví tremiendo.
Just. ¿Qué traes? ¿Qué te alborota, qué te altera?
Sosiega el sobresalto, ¿di, qué ha sido
La ocasion que te trae de tal manera,
Sin color, sin aliento, sin sentido?
Esc. Yendo á notificar la muerte fiera
A Eliodora, el entrar me fué empedido
Por dos salvages, que hallé á la entrada
De la cárcel que dellos es guardada.
Just. ¿Salvages, has soñado esa locura?
Esc. ¿Soñado? ve allá, tu verás si es [cierto.
Porque des á mi sueño la soltura,
Si duermo, ó tú, señor, estás despierto.
Just. Ella es melancolía si se apura,
Vamos allá, reiré tu desconcierto.
Esc. Igual me reiré yo; esa es la puerta,
Llama á priesa, seráte luego abierta.
Just. Ah de la cárcel, ¿no hay quien dé respuesta?
Dem. Quien responda si hay, mas tú ¿qué [quieres?
Que tu jurisdiccion aquí no presta,
Y así te puedes ir, que no hay que esperes.
Por Diana esta guarda fué aquí puesta,
Para defensa, si ofender quieres
A Eliodora su vírgen, cuyo apremio
Quitará, como á vírgen de su gremio.
Just. ¿Qué rumor oigo? ¿qué clamor [resuena?
Dame noticia desto, justo cielo,
Qu'el temor de sentido me enagena,
Y la vista me ofusca un negro velo.
Diana. Juez, que tienes puesta en tu ca-
Mi vírgen sin tener de mí recelo; [dena
¿Dime, en qué ley fundaste tu sentencia?
¿Cómo procedes con tan gran violencia?
Solo el dicho de un bárbaro inhumano,
Disfamador de la bondad inmensa
De las mugeres, tuvo tanta mano
Contigo, que les hagas tal ofensa,
Que temiendo tu ira de tirano
Del cintio monte venga á ser defensa
De la intacta Eliodora, yo Diana,
Diosa de descendencia soberana;
Y porque el hecho horrible sea punido,
Y en su gloria Eliodora restaurada,
Su padre Ircano aquí me sea traido.
Just. Llevad vos, escribano, esta embajada.
Esc. De mí será ese mando obedecido.
Just. Tú, Diana, en los bosques adorada,
En el infierno, y en alto cielo,
Servida en el Parnaso, en Cintio, en Delo,
Suplícote que á ira no te mueva
Porque contra Eliodora di sentencia,
Pues la muerte de un hombre se le prueba,
Y della es confesada sin violencia.
La ley sola me guia, ella me lleva;
Ella es, y no yo quien la sentencia,
De suerte, o pura vírgen, que no hay culpa
En mí, pues la justicia me disculpa.
Diana. No merece por esa muerte muerte,
Sino vida, y eterno nombre, y gloria,
Cual se verá en el fin de aquesta suerte,
En la declaracion de nuestra historia.
Irc. Diosa, que facultad me das de verte,
Y á mi bajeza ofreces tal victoria
Obedeciendo tu preciso mando,
Estoy de me mandaste en ti adorando.
Diana. Ircano, solamente la injusticia
Que te hacian, y la ofensa horrible
Me trae á ser ministro de justicia,
Y á dar castigo á un caso tan terrible.
Pague el fiero Leucino su malicia,
Pague, que ya á los dioses no es sufrible.
Ipodauro, Demolion.
Ipod. Señora.
Diana. De la cárcel sacadme aquí á Eliodora.
Verás, Ircano, abierta y claramente,
La poca culpa que tu hija tiene,
Verás qu'en todo siempre fué inocente,
Y verás á quien desto el daño viene.
Ipod. Ya tienes á Eliodora aquí presente.
Diana. Quitalde esas prisiones, ¿qué os detiene?
Que no es razon qu'el duro hierro apremie
A quien espera que mi mano premie.
Llégate acá, Eliodora gloriosa,
Vivo esplendor de mi virgíneo coro,
Por quien tengo mi suerte por dichosa
Y por quien me engrandezco, y mas me ho- [noro;
Y esta corona ciña tu espaciosa
Frente, adornada de esas hebras de oro,
Y esta virginal palma est'en tu mano
Premio dino á tu intento soberano.
El. ¿Cuándo fué, escelsa diosa, á mi
Merced tan generosa concedida? [bajeza
Diana. Vista, Eliodora, bien vuestra pu-
A vuestro casto ánimo es debida, [reza,
Y para que se entienda su grandeza,
Los presos de quien sois así ofendida

Saquen aquí, verán su maldad clara
Y lo que en gloria vuestra se declara.
Justo es que muera el hombre que ha infamado
Muger, ó sea casada, ó sea doncella,
Viuda honesta, ó de cualquier estado
Que sea, ora la sirva, ó huya della.
Leuc. Traido só ante tí, por tu mandado.
Diana. De tí ante mí Eliodora se que-
En razon que con ánimo atrevido [rella,
Infamada de tí sin causa ha sido.
Si tienes que alegar, responde luego,
Pues del callar gran daño te resulta,
Y que digas verdad te pido y ruego,
Que á Dios, cual sabes, cosa no hay oculta.
Leuc. Vírgen, á quien el casto y puro
La gente mas remota y mas inculta [fuego,
Del mundo te consagra, en culto eterno,
Haciéndote del cielo guia y gobierno;
Ya que así soy en tu presencia puesto
Y puesto acusacion por Eliodora,
Debo decirte la verdad en esto,
Que la verdad ha de aclararse agora,
Y así digo, y declaro, qu'el honesto
Cuidado, que en el casto pecho mora
De Eliodora, jamas dió al ruego mio
Cabida ni me oyó sin dar desvío.
Y así digo, que fué de mí infamada
Injustamente, en cuanto dije della,
Sin que debiese en cosa ser culpada,
Y esto es verdad que fué por ofendella.
Diana. ¿Fuéte della ocasion alguna dada?
Leuc. No, sino viendo no poder movella
A mi querer, determiné vengarme
Con disfamalla, pues huia de amarme.
Diana. ¿Al fin que por enojo y corri-
La disfamaste, y no por culpa suya? [miento,
Leuc. Ese fué solo mi final intento.
Diana. Oye pues la final sentencia tuya:
A ese que afirmó con juramento
Lo que no fué verdad, porque concluya
Su mala vida, sea llevado luego
Y echado vivo como está en un fuego.
Far. O vírgen delia, muévate mi llanto,
Y ten piedad de la miseria mia.
Diana. Ministros mios, ¿qué aguardais
Andad con él, acabe su porfía. [ya tanto?
Dem. Hoy tendrá fin su vida y su quebranto.
Far. Hoy es mi fin, y postrimero dia,
Y es justo, pues que fuí testigo falso
Contra Eliodora, cuya gloria ensalzo.
Leuc. Si en tí, diosa Diana, veo que falta
Piedad, ¿adónde iré á pedir consuelo?
¿Si en tu glorioso corazon se esmalta
Tal dureza, y se olvida qu'es del cielo?
Diana. Leucino, agora la crueza asalta
Mi tierno pecho, y con sangriento celo
Quiero vengar mi vírgen ofendida
Por tí, y su honra restaurar perdida.
No te podrás quejar que nunca fuiste
Avisado de aqueste trance duro,
Pues á la diosa Némesis oiste
Que huir desto te seria seguro.
Una corona y una muerte viste,
Haciendo las dos viejas su conjuro,
Y atribuiste el caso prodigioso
A tu favor, con disponer dudoso.
Ipod. Del modo que mandaste, ha sido
Tu mando, y en ceniza convertido [hecho
Queda aquel, que huyendo el leal derecho
Testificó lo nunca sucedido. [trecho
Diana. Este, que sin piedad en duro es-
Puso á Eliodora, á un grave peso asido
Lo arrojad en el Bétis; y allí muera,
Porque tal muerte, tal maldad espera.
Leuc. ¿Es posible, que no has de conmo-
Della Diana, al tierno llanto mio, [verte,
Y que remisa en darme cruda muerte,
Así me mandas arrojar al rio?
Diana. Eso no te repara de tu suerte.
Leuc. Repáreme tu eterno señorío.
Diana. ¿No hay lugar ya, Demolion, qué aguardas?
¿Y tú, Ipodauro, en qué razones tardas?
Dem. Sin hablar mas razon, vamos, Leucino.
Leuc. O dioses inclementes é inhumanos,
Qu'entre tantos no hubo un dios benino,
Sino todos crueles y tiranos.
Ipod. No blasfemes con tanto desatino,
Atale ya, Demolion, las manos,
Y desde aquí podemos arrojallo.
Bétis. Teneos, salvages, suspendé el echa-
Diana, no permitas que sea echado [llo.
En mis líquidas ondas ese fiero,
Ni su maldito cuerpo sepultado
En el bético seno de mi impero;
Manda que sea á las fieras arrojado,
O al fuego, cual su horrible compañero,
No en mí, que volveré á lanzallo fuera,
Como lo echaren, vivo á la ribera.
Diana. Bétis, honor de la vandalia gente,
Entre los rios del mundo el mas famoso,
No me niegues en esto tu corriente,
Muera en ella este infame, al cielo odioso.
Bétis. Diana, no es razon, ni se consiente
Dar sepulcro á ese injusto tan honroso,
Que cuando sea tu voluntad cumplida,
Valdrá mas esa muerte que su vida. [tierra
Diana. Llévaldo luego, y vivo así en la
Dalde el último fin y alojamiento.
Leuc. ¿Vírgen, porque tu pecho así destierra
La piedad que tiene en él su asiento?
Dem. No demande piedad el que así yerra.

Vamos de aquí, qu'es gran detenimiento,
Y falta celebrar el alegría
De tan alegre y venturoso dia.
Bétis. Escelsa virgen, dame tú licencia
Qu'en vuelo baje á mi húmido profundo,
Y mis ninfas envie á tu presencia
A celebrar la fiesta, y dia jocundo:
Diana. Anda, que bien merece esa esce-
Y que la fama esparza por el mundo [lencia,
El casto y claro nombre de Eliodora,
Cantando del Bétis al Aurora.
¿Estás, Ircano, satisfecho de esto?
Irc. Nunca yo fuí capaz de tan gloria.
Diana. Y tú, juez, aprende á ser modesto,
Y esculpe este alto ejemplo en tu memoria;
Y pues la noche viene en vuelo presto,
Dando aquí fin á nuestra ilustre historia,
Vamos con esto en Hispalis entrando,
El triunfo de Eliodora celebrando.

JOAQUIN ROMERO DE CEPEDA.

COMEDIA SALVAGE,

En la cual, por muy delicado estilo y artificio, se descubre lo que de las alcahuetas á las honestas doncellas se les sigue, en el proceso de lo cual se hallarán muchos avisos y sentencias.

ARGUMENTO DE LA OBRA.

Anacreon, caballero mancebo de mediano estado, enamoróse de Lucrecia, hija de Arnaldo y Albina, única heredera de sus padres, muy rica y hermosa, la cual por medio de Gabrina, famosa alcahueta, viene á condescender á los ruegos de Anacreon; descúbrese el hecho, prenden á Gabrina, ahorcan á Rosio, criado de Anacreon. Huye Lucrecia, van sus padres en su busca; á Arnaldo matan salteadores, y á ellos Anacreon, que va en busca de Lucrecia. Roban á Albina dos salvages, defiéndela Anacreon, sale Lucrecia al ruido en hábito de pastora, mata los salvages, dase á conocer, perdónalos Albina, despósanse Anacreon y Lucrecia.

PERSONAS.

ANACREON, caballero.
ROSIO, criado.
TISBE, moza.
GABRINA, alcahueta.
ARNALDO, } padres de Lucrecia.
ALBINA, }
LUCRECIA.
LA JUSTICIA.
UN VERDUGO.
DOS PORQUERONES.
TARISIO, } salteadores.
TROCO, }

JORNADA I.

ANACREON. ROSIO.

An. ¡Qué dolor hay mas mortal
Que el mio ni mas crecido
Que ni sé si soy querido,
Ni puedo decir mi mal!
¡Desventurado de mí!
Solo en el mundo amador
Que me ha pagado el amor
Con sola una vez que ví.
Mostróme la hermosura
Mas alta que el mundo tiene,
Y quiere que siempre pene:
Ved si hay mayor desventura;
Yo me perdí por mirar,
Y el remedio es poder ver;
No puedo: ¿qué he de hacer,
Sino morir, ó penar?
No puedo mi mal decir,
Descubrillo es desconcierto,
Pues no es el remedio cierto
Do daño puede venir.
Mas si callo en tal aprieto,
Moriré como ahora muero;
Descubrir mi pasion quiero
A quien me tenga secreto.
Qu'el mal ha donde la vida
Por callarlo se aventura;
No decillo es gran locura,
Y simpleza conocida.
Escusado me es temer,
Pues que son de amor engaños,
Y al fin de aquestos dos daños,
Quiero el menor escoger.
Llamar quiero un mi criado,
Hombre sabio y muy discreto,
Descubrille mi secreto,
Mi dolor y mi cuidado.
Podrá ser que dé algun medio
En este mi mal rabioso,
Que á un dolor muy peligroso
Puesta cura es buen remedio.
La amorosa dilacion
Es muy manifiesto engaño,
Y el esperar dobla el daño
Y es á veces destruicion,
Que si Anibal valeroso,
Capitan nunca vencido,
No se hubiera detenido,
No fuera Cipion glorioso.

Ni el ejército romano
Sujetára á Cartagena,
Ni Anibal tuviera pena,
Ni victoria el Africano.
Y si Aquiles dilatára
De Patroclo la venganza,
No le valiera su lanza
Ni al troyano sujetára.
Y si el fuerte Héctor siguiera
El alcance en noche oscura,
No viera su desventura
Ni el Ilion se perdiera.
Dilató la ejecucion
Aquel príncipe escelente,
Y despues vió de su gente
Fuego, muerte y destruicion.
Pues quieró agora la llama
Que me abrasa el alma y vida
Amansar, aunque ofendida
Sea mi honra y mi fama;
Cuanto mas que en descubrir
Mi secreto á mi criado,
No debo de ser culpado,
Y si muriere, morir.
Rosio mio, sal afuera.
Rosio. ¿Qué manda vuestra mercé?
An. Darte cuenta de mi fe,
Antes que, mi Rosio, muera;
Que aqueste mal que padezco
Apriesa quiere acabarme,
Procura de remediarme.
Rosio. Manda, señor, que obedezco.
An. Esa pronta voluntad
No podré jamas pagarte
Sino con encomendarte
Un secreto en puridad.
Rosio. Di, señor, que la crianza
Que en mí de pequeño has hecho,
Tiene seguro mi pecho;
Puedes tener confianza.
Descubre lo que querrás
Ora en bien, ó en mal se trama,
Que á tu vida, honra y fama
Contigo me hallarás;
Tuyo soy; tuyo seré
Cuanto durare la vida;
Si fuere por tí perdida,
Acreciento en honra y fe.
An. Quiero, mi Rosio, abrazarte,
Que tu fe me ha puesto aliento,
Y de mi mal y tormento
Darte, Rosio, entera parte.
¡Ay de mí, desventurado!
Que no sé cómo lo diga,
Que á tan inmensa fatiga
Buscar medio es escusado.
¿Qué haré? ¿ó cómo diré
Este mal que consenti?
Rosio. Acaba ya, señor, di.
¿Qué, pones duda en mi fe?
An. O muerte, ¿porqué no vienes,
Y das fin á mi tormento,
Que se acaba el sufrimiento,
Cuanto tú mas te detienes?
Espera, mi Rosio, un poco,
Verás mi mortal pasion.
Rosio. Duelos hay, otro sermon
Quiere decir este loco.
An. ¿Qué murmuras entre dientes,
Rosio mio?
Rosio. Mi señor,
Que tengo grande dolor
De sentir tus acidentes.
An. Soy indigno en ser por quien
Siento mi pena mortal,
Pues la gloria de mi mal
Hace el mal supremo bien.
Rosio. Señor, si me das licencia,
Descubriré tu dolor.
An. Yo la doy, di ¿qué es?
Rosio. Amor.
An. ¡Ay de mí!
Rosio. Pues ten paciencia.
Que tu mal tiene remedio
Y está, señor, en tu mano.
An. ¿Qué dices, mi Rosio hermano?
¿Sabrás tú dar algun medio
De suerte que mi dolor
Tenga alguna medicina?
Rosio. Sí, si no es muerta Gabrina,
Maestra desta labor.
An. Tu sincero, y pecho sano,
Que ignora mi mal cruel,
Te hace el remedio dél
Tenello por muy liviano;
Mas si la causa subida
De la pasion por quien muero
Supieses, no de ligero
Me otorgarias la vida.
Si vieses el resplandor
De la luz que me atormenta,
Y aquel valor tan sin cuenta
Do procede mi dolor,
Y si pudieses mirar
Su estremada hermosura,
Discrecion, gracia y cordura,
Que en el mundo no hay su par;
No dirias que Gabrina,
Ericto, Circilea,
Ni la gran sabia Medea,
Lucinia, ni Celestina,
Fueran parte, ni otras ciento,
A vencer el corazon,
La casta y limpia intencion
De la que me da tormento.
Rosio. Contra el cual principio niega

No hay, señor, mas que argüir,
Deja ya de difirir
Tu negocio, y á esta ruega;
Que otras doncellas y dueñas,
Encerradas y escondidas,
Fueron del amor vencidas:
Dádivas quebrantan peñas.
Hay en aqueste lugar
Tantas oficialas de esto
Que si aquí me fuera honesto
Mil te pudiera contar;
Mas por verte tan llagado
Y por darte medicina
Quise nombrarte á Gabrina,
Como desto el mas letrado.
Si hubieras su casa entrado,
Visto perfumes y olores,
Yerbas, palos, para amores,
Sangres, sogas de ahorcados,
Botes, cajas, corazones
De cera y de mil hechuras,
Vella andar de noche acuras
A buscar piés de tejones.
Yo le ví en una canasta
De aquesto una gran mistura,
Oye, de lobo asadura,
Cuero de sierpe cerasta,
Hígado de ciervo asado,
Los ojos de lobo viejo,
Y mil dientes de conejo,
De dragon hueso rallado.
Es maestra conocida,
Cinco veces azotada,
Emplumada, y desterrada
De aquí por toda la vida;
Mas no faltan hombres buenos
Que ruegan luego por ella,
Que para mal de doncella
Si ella falta la echan menos.
Remediarlas es notorio,
Porque su oficio és contino
Con papo de palomino,
O de punto, ó lavatorio.
Nunca está desocupada
Su casa de despenseros,
Galanes y caballeros,
Y otras gentes de pasada.
Es muy astuta comadre,
De todas gran costurera,
Ensalmadora, partera,
Gran sabia de mal de madre;
Bendice niños, y emplasta,
Concierta brazos quebrados,
Gran maestra de tocados,
De todos madre, y madrasta.
Ella no tiene otras rentas
Sino criar palomitas
Y visitar las ermitas
Con unas muy grandes cuentas.
An. Oido he de buena gana
Tu cuento de aquesta vieja,
¿Dó vive?
Rosio. En una calleja
Junto del atarazana.
An. ¿Pues entiendes que será
Discrecion fiarme della?
Rosio. Sí, señor, yo iré por ella,
Y vuestra merced verá
Como le hará en un punto
Ver lo que tanto desea.
An. ¡Ay Dios! venga esa Medea,
Que estoy ya casi difunto.
Rosio. Señor, yo voy, mas entienda
Que ella no come pasiones
Sino de buenos doblones,
O de oro, ó alguna prenda.
An. Darlehe toda mi casa,
Y á tí calzas y jubon;
Si da alivio á mi pasion,
En el daros no habrá tasa.
Rosio. Pues, señor, desa manera
Las piedras ablandarás.
An. Ve, ¿qué tardas?
Rosio. ¿Do estarás?
An. Arriba.
Rosio. Pues ahí espera.
(*Habla Rosio consigo.*)
Bien será considerar
El fin que de aquesto espero,
Que quien no piensa primero,
Si yerra no hay que quejar.
Lucrecia es noble doncella,
Su padre muy poderoso,
Tan recatado y zeloso
Que apenas dejará vella.
Si en el trato soy asido
Desollarmehan la pelleja,
Y con Gabrina la vieja
En dura prision metido.
Mas al fin yo soy mandado,
Tambien yo lo prometí,
Como siervo obedecí,
Que á servir soy obligado.
La ganancia cierta es,
Perdella será locura,
Pues, alto, Rosio, apresura,
Aunque lo pagues despues.

JORNADA II.

ROSIO. TISBE. GABRINA. ANACREON.
ARNALDO. ALBINA. LUCRECIA.

Rosio. ¿Quién está acá?
Tisbe. ¿Quién anda ahí?

Rosio. A la señora Gabrina.
Gab. ¿Quién me llama? Ven aina,
Tisbe, ¿si llaman á tí?
Tisbe. Rosio es, ¿abrille he?
Gab. Abrele, huelgo que él sea;
¡Ay Jesus, como estás fea!
Sal presto, y componete.
Rosio. Ocupada debe estar
La posada, segun siento,
Algun nuevo casamiento
De los que suele tratár;
Parece suenan pisadas
De algun galan que se esconde.
Ola.
Tisbe. Ola.
Rosio. ¿Quién responde?
¿Son monjas emparedadas?
(*Habla Tisbe de una ventana.*)
Tisbe. ¿Qué manda el enamorado?
Rosio. ¡O qué rosa y clavelina!
A la señora Gabrina
Quiero decir un recado.
Tisbe. Aguarde, señor, iré
A llamarla.
Rosio. Ay que muero,
Ce, señora, que á ella quiero.
Tisbe. Pues aguarde, y abriré.
Rosio. O mi Tisbe y mi señora,
Gran gloria es poder mirarte,
¿Quién hay que pueda igualarte
En belleza y gala agora?
Dichosa ha sido mi pena,
Venturosa mi pasion,
Pues padecé él corazon
Por causa tan justa y buena.
¿Quién goza de esta hermosura,
Destas manos, desta boca?
¿Quién aquestos pechos toca
Do amor dió tanta dulzura?
Tisbe. ¿No lo veis como es donoso
De cuando acá? tire afuera,
Jesus, y desa manera,
Señor Rosio, es pegajoso
No hay mas son luego pegar
Con la moza, y retozalla.
Rosio. Mi bien, quien aquí se halla
¿Qué hará sino gozar?
Tisbe. ¿A eso viene? por mi vida
Que de mí no se acordaba,
Diga ya lo que buscaba.
Rosio. Remedio de mi herida.
Tisbe. Ay, ay, ay, reirme quiero,
Ya está muerto, ¿no lo veis?
Rosio. Vos darme vida podeis,
Que sin vos, mi Tisbe, muero.
Tisbe. Mucho deso es de reir,
¿Qué quiere, que está parado?
Rosio. Dar á Gabrina un recado
Y á vos contino servir.
Tisbe. Lo uno bien puede ser,
Mas lo otro no lo creo.
Rosio. Vos sola sois mi deseo.
Tisbe. A fe, estoy por lo creer.
Llamar quiero á mi señora,
Mas ya viene.
Rosio. ¡Ay de mí!
Tisbe. Vuelva, señor, por aquí.
Gab. Venga, mi Rosio, en buen hora.
Entre, ¿porqué está á la puerta?
Que esta casa, y todo es suyo.
Rosio. En pararme me destruyo,
Y mi bien se desconcierta.
Gab. ¿Hay algo en que esta mezquina
Pueda ser de algun provecho?
Rosio. Mi amo está en grande estre-
De enfermedad repentina. [cho
Gab. ¿Y de qué causa le vino
Mal que fué tan de repente?
Rosio. Vamos, que nuevo acidente
Contaré por el camino.
La enfermedad que padece
Es un terrible tormento,
Un contino pensamiento,
Un mal que por otras crece.
Un escesivo dolor,
Una congoja mortal,
Una pasion cordïal,
Y al fin es un puro amor.
Gab. ¡Ay, hijo! ya he respirado;
Que de vuestro encarecello
El temor de no entendello
Me habia desatinado.
Plega á Dios no seas mayor
Que ansí lo sabes decir.
Rosio. ¿Reisos? para morir
Está.
Gab. Pues nunca peor,
¿Cómo, y esa confianza
Tienes de mi habilidad?
Rosio. Con esa seguridad
Tengo yo grande esperanza.
Que segun el mal es fuerte,
Y la causa tan subida,
No era posible la vida
Escusar el mal de muerte.
Gab. Mi Rosio, ¿no me dirás
El nombre de aquesa dama?
Rosio. La que tiene hoy mayor fama
De virtud, tú la verás.
Es la hermosa Lucrecia,
Hija de Arnaldo y Albina.
Gab. Deja hacer á Gabrina,
Que sabe cuanto se precia;
La doncella es muy hermosa,
Rica, noble, y bien dotada,
Virtuosa, y muy honrada,

Casta, noble y generosa.
Mas esta yerba de amor
Do quiera prende y lastima,
Y á la de mas alta cima
Allí se halla mejor,
Porque ya la ociosidad,
El regalo, el abundancia
Es la mejor consonancia
Desta música en verdad.
La doncella ventanera,
Muy galana y muy compuesta,
Cuanto mas de fuera honesta
Es toque de vidriera,
El amiga de ser vista
Y de ver y componerse,
Es ocasion de perderse,
Aunque el padre le resista.
Y aunque nada de esto hubiera,
Mi diligencia y saber
Le harán luego hacer
Lo que ella jamas hiciera.
Tu amo es buen caballero,
Rico, noble y generoso,
Franco, valiente, animoso,
Y en amores buen guerrero.
Hínchame él aquestas manos
De reales, y verás:
¿Qué dices?
Rosio. Que partirás.
Gab. Sí haré, como entre hermanos.
Rosio. Ya sabes que de contino
He buscado tu provecho.
Gab. Yo el tuyo nunca desecho.
Seamos dos al mohino.
En pagó á Tisbe daré,
Que ella te quiere y te ama,
Yo vieja sola en la cama
Con este jarro estaré.
Rosio. Tus manos quiero besar,
Por aquese ofrecimiento.
Gab. Rosio mio, tu contento
Y provecho he de buscar.
Séme agora buen tercero,
Que esto así está concertado;
Haz tú como fiel criado,
Verás cuanto yo te quiero.
Encarecelle su mal
A tu amo, y mi servicio
Usa bien ora tu oficio
Porque él sea liberal.
Que si es como yo barrunto
Y él lo hace bien conmigo,
Tú verás como contigo
Y con él cumplo en un punto.
Rosio. Señora, pierde cuidado,
De mí te puedes fiar.
Gab. Muda, mi Rosio, el hablar;
Que á la puerta está parado.
No me cuentes mas su mal,
Su pasion y su tormento,
Que lo entiendo y lo siento
Como tú, siervo leal.
¡Ay, Jesus! y no parece
Sino que eres tú el doliente,
Ansí sientes lo que siente,
Y lloras lo que padece.
Ya tengo bien entendida
Tu fatiga y su dolor,
Y que la causa es amor
De una dama esclarecida;
Y aunque en su mal no hay remedio,
Por ser tan alto el lugar,
Yo te prometo de dar
En las manos el remedio.
An. O esperanza nunca oida,
O suprema medicina,
O mi señora Gabrina,
Y el remedio de mi vida,
Venga muy en hora buena
Mi placer y mi consuelo.
Gab. Arrastrando por el suelo
Vengo por curar tu pena.
Que aqueste tu fiel criado,
Sin un punto diferir,
Me hizo luego venir.
Como tu mal me ha contado,
Hame tanto encarecido
Tu pasion y tu tormento,
Que como propio lo siento
Segun Rosio lo ha sentido.
An. ¿Quién puede contar mi mal?
¿Quién siente lo que yo siento?
¿Quién habla de mi tormento?
¿Quién de mi rabia mortal?
¿Quién del mal que me condena?
¿Quién del supremo dolor?
¿Quién del fuego de mi amor
Y de mi terrible pena?
¿Quién de aquella hermosura
De Lucrecia, y de su estado?
¿Quién del valor estremado
De su rostro, y su figura?
¿Y quién á su entendimiento
Ha hecho comparacion?
¿Quién de aquella perfecion
De su grande encerramiento?
¿Alguno tan atrevido
Hay, que pueda conocer
Su valor, su suerte, y ser
Tan estremado y subido,
Su gracia, su gentileza,
Su linage, su primor?
Gab. Ay, solo falta el amor
Para estremar su grandeza.
An. Eso es lo que temo y lloro
Que no es posible alcanzar.

Gab. Mas presto que tú me dar
Esa cadena de oro.
Rosio. Buen tiro, si no da aviso,
Ha arrojado la traidora.
An. Hela aquí, madre y señora,
Que lo menos será eso.
Llévala ansí por mi vida
Ante los ojos de aquella
A quien la tengo por ella
A su servicio ofrecida,
Y esta carta le darás
Con sangre del corazon,
Y mi dolor y pasion
Justamente le dirás.
Gab. Vivas, señor, largos años,
Que así mis canas honraste,
Y te prospere y abaste
Libre y esento de daños.
Tu pasion no hay para que
Me la cuentes mas aquí,
Ponla, señor, sobre mí
Que en prendas dejo mi fe.
Mira este rostro arrugado
Y estas manos de flaqueza,
Mas por la mucha pobreza
Que por años que han pasado,
Que por tu merecimiento,
Por tu liberalidad,
Te doy hoy seguridad
De tu descanso y contento.
Como en tu cadena de oro
Se alegró mi corazon,
Alegraré tu pasion,
Y en placer volveré el lloro.
O la mar se secará,
O no soplarán los vientos,
Faltarán los elementos
Y Duero atras volverá,
O en los prados no habrá flores,
Ni las aves volarán,
Ni los hombres hablarán,
Ni habrá amor entre amadores,
O de Lucrecia el estado
Gozarás lá hermosura,
Antes que en la noche escura
Parezca el cielo estrellado.
An. ¡O qué estraño ofrecimiento!
¡O gran gloria aun en pensalla!
Gab. Muy mayor será gozalla.
Ten ánimo y sufrimiento,
Reposa y sosiega el pecho,
Huelga agora y á placer,
Apareja de comer,
Compone y adorna el lecho.
Qu'el huésped que ha de venir
Merece todo regalo;
Haz luego sin intervalo
Aquesto, que quiero ir.
An. ¿Qué me dices, madre mia?
Que no te puedo entender.
Gab. Que esperes, y hayas placer.
Dios quede en tu compañía.
An. Él te guarde y sea contigo.
Rosio, la casa adereza,
Principalmente la pieza
Donde duermo; presto, amigo.
Rosio. Todo está ya aderezado,
Sube luego á tu aposento,
Ten grande contentamiento,
Que tu ventura ha llegado.
¿No notais cuán liberal
Anacreo agora ha sido?
Y para mí que he servido
Jamas tiene un real.
A la viejaza echacuervos,
Haldas luengas retaimada,
La paga fué adelantada,
Mas no la queda á sus siervos.
Para mal siempre hay dineros,
Para bien todo es estrecho.
¡Quién dejase su provecho
Por servir á caballeros!
Todo anda, mi fe, trocado,
Cada cual tras su deseo;
Quiero hacer lo que veo,
Y ser tambien namorado.
Ame Anacreo á Lucrecia,
Que yo á mi Tisbe amaré,
Como él hiciere haré.
Ruin es quien de ruin se precia.
¡Qué verdadero refran
De esperiencia y ciencia lleno!
Con el bueno serás bueno,
Con rufian rufian.
Con santo santo serás,
Con perverso pervertido,
Con homicida homicido,
Con Satanas Satanas.
Pues yo no quiero perder
Tiempo, sazon, ni ventura,
Pues se ofrece coyuntura
Para mi Tisbe ir á ver.
Que mientras mi amo llora
Y Gabrina está bramando,
Podré yo estar retozando
Con mi Tisbe mas de un hora.
Él llore, yo cantaré;
Gabrina su tela trame,
Su Lucrecia ame ó no ame,
Que yo á mi Tisbe amaré.

(*Sale Gabrina, y va á casa de Lucrecia, hablando consigo á solas.*)

Gab. La madre que me parió
Haya mal fin y quebranto,
Que á hija que quiso tanto

Tan mal oficio mostró.
De contino el manto á cuestas
Con las haldas arrastrando,
Por callejas rodeando
Y otras partes deshonestas.
Contino por monesterios,
Por ermitas, por cantones,
De noche con ladrones
Cercando los cimenterios
Por sepulcros de finados,
Y por lugares desiertos,
Buscando huesos de muertos
Y narices de ahorcados;
Y á la fin muy bien pagado
Al cabo de mis afanes,
Por servir á estos galanes
Dos veces me han emplumado,
Pues agora una coroza
O algun jubon sin costura;
Triste de tu hermosura,
Gabrina, cuando eras moza.
Ora en fin yo quiero ir,
Por demas es este lloro,
Que esta cadena de oro
Me hará á veces reir.
Lleva perfumes y olores,
Tocas de lienzo delgado,
Seis madejas de hilado,
Y otras yerbas para amores.
La carta quiero guardar,
Porqu'el ir no me sea en vano,
Que en tomándola en su mano
Le haré á Anacreon amar.
Quiero ir, que ya me espera
De Lucrecia al hermosura,
¡Qué buen principio y ventura!
Que sus padres salen fuera.
Conjúrote, gran Pluton,
Emperador de dañados,
Rey de los atormentados
Y de la infernal region,
Señor del sulfúreo fuego,
Capitan del rio Leteo,
Molestador de Fineo,
Y veedor del reino ciego.
De las infernales furias,
Hidras, harpías volantes,
De las ánimas penantes,
Señor de las tristes curias,
Yo, Gabrina, antes que parta
Te conjuro, pido y ruego
Que con tu sulfúreo fuego
Te encierres en esta carta.
Y cumpliendo mi deseo
Que tanto tu nombre precia,
Hagas que muera Lucrecia
Por amores de Anacreo,
Y siempre te serviré
Con fe muy firme y constante,
Y sino, con luz radiante
Tus cárceres heriré.

(*Arnaldo y Albina.*)

Arn. ¿Quién es, mi señora Albina,
Esta vieja que aquí viene?
Alb. Segun el gesto que tiene
Paréceme que es Gabrina..
Arn. ¿La comadre?
Alb. Sí, señor.
Gab. Cristo sea con los dos.
Alb. Él guarde tambien á vos
Y os dé su gracia y favor.
¿Qué es la ocasion de venir,
Madre mia?
Gab. Mi señora,
Una vieja pecadora
¿Qué hará sino servir?
Traigo aquí este hilado,
Estos perfumes y olores,
Remedio para dolores
Y para mal de costado.
Arn. A buen tiempo es la venida,
Madre mia, si al dolor
De mi hija ese licor
Le diese salud cumplida.
Alb. Su mal es melancolía
Y tristeza cordial.
Gab. Esta es para ese mal
Yerba de muy gran valía.
¿Y está mal la señora
Lucrecia?
Arn. Sí, vos subí
Mientras llegamos aquí.
Vendremos luego á la hora.
Gab. Antes acompañaré
Mis señores á los dos.
Alb. Quedad, Gabrina, con Dios,
Que muy presto volveré.

JORNADA III.

ANACREO. ROSIO. GABRINA. LUCRECIA. ARNALDO. ALBINA. LA JUSTICIA. UN VERDUGO, Y DOS PORQUERONES.

Arn. Ola, mozos, pages, Traso,
Rosio, ninguno responde,
El diablo os hunda donde
No parezcais sino á caso,
Ora gran desabrimiento
Es servirse de criados
Perezosos, descuidados,
Que os faltan cada momento.
Juro por el dios Apolo,
Pues grande mi desventura

A qué tiempo y coyuntura
Me dejaron aquí solo.
Despues que hinchen los sacos
No hay mas cuenta con servir.
Digo cierto que es morir
Dar de comer á bellacos.
Voto á tal que si no fuera
Porque otros serán mas malos,
Que á todos diera de palos,
Y á todos los despidiera.
Que si teneis un criado
Un año en vuestro servicio,
Luego lo toma por vicio
Ser importuno y pesado.
Cada mes vaya uno fuera,
Y entre otro encontinente
Que aquel mes, es diligente,
Servicial en gran manera.
Váyanse los ganapanes
Que en hallándose vestidos,
Contentos y mantenidos,
Luego se hacen haraganes.
Rosio. Duelos hay, riñendo está
Mi amo, segun parece.
Mala cena se me ofrece,
Mas al fin pasarse ha.
¡Qué vida tan importuna
Es servir á estos pelados,
Reñidos y deshonrados
Si les faltais vez alguna!
Por una calza ó jubon
Mugriento, raido y viejo,
Os desuellan el pellejo
Y os lo dan luego en baldon;
La noche y dia ocupado
En servir casi difunto,
Y en faltándoles un punto
No hay luego mas mal criado.
Poneis por ellos la vida
Dos mil veces al tablero,
Y con ánimo severo
Servis de rota batida;
Y si acertais á estar mal
Que no les podais servir,
Podeisos allí morir,
O iros al hospital.
Quiero me disimular
Como que á un negocio he ido.
An. Noramala habeis venido;
¿Habeis ya de llegar?
¿Paréceos que esto es bien hecho
De hombre que ha de contentar
Que os vais vos á pasear,
Dejándome en tal estrecho?
Dado me habeis grande enojo;
Bien se dirá por tal siervo
Cria de pequeño el cuervo,
Y sacarte ha grande el ojo.
Rosio. Señor, á un negocio he ido
Y al mercado á proveer
Cosas que son menester.
An. Bien está, bien lo eis urdido.
Ora bien, estaos aquí
A esta puerta, y mirá
Si viene Gabrina acá.
Rosio, no os mudeis de ahí.
Rosio. Señor, allí vienen dos
Cubiertas y rebozadas,
En la calle están paradas.
An. Estaos quedo, Rosio, vos.
Qu'el alma me da que son
Gabrina, y mas mi señora,
¡O qué venturosa hora,
O supremo galardon!
Ellas son y es cosa cierta.
Yo me subo á mi aposento,
Vos, armaos en un momento
Y guardá bien esa puerta.
Y aunque sea el corregidor,
El alguacil, ó teniente,
No os entren, pues sois valiente,
Yo vendré en vuestro favor.
Rosio. Señor, ansí lo haré,
Vuestra mercé esté seguro,
Y huelgue, que yo le juro
De cumplillo, ó moriré.

(*Salen Lucrecia y Gabrina.*)

Luc. Ay, madre, ¿dó me llevais?
Jesus, y tan lejos es,
¡Como me duelen los piés!
Gab. Anda, ¿para qué os parais?
Luc. Madre, yo estoy desmayada.
¡Ay, qué grande perdicion!
Saltos me da el corazon
Que me he de ver afrentada.
Gab. Ay, señora, pues ansí
Agora os dejais caer,
Rebozaos, que puede ser
Pase alguno por aquí.
¿Tan poco puede el amor
Que á Anacreo teneis?
Levanta, no os desmayeis,
Que es falta de un tal valor.
Vamos, que ya cerca está
De Anacreo la posada.
Luc. ¡Ay de mí desventurada!
Y mi madre, ¿qué hará?
¡O Amor falso y lisonjero,
Pequeño niño vendado!
Que á mis padres he negado
Por amor de un caballero.
¡Oh qué mala cuenta doy
De mi gran recogimiento,
Oh qué grande atrevimiento,
Siendo hija de quien soy!

O mis padres, ¿qué hareis,
Cuando de fuera vengais,
Y á Lucrecia no veais?
¡Ay Dios! no desespereis.
Gab. Ay, señora, rebozaos,
Anda, ya no esteis parada,
Señora, veis su posada,
No esteis mas triste, alegraos.
Luc. Ansí lo quiero hacer
Pues mi mal no tiene emienda,
Al placer suelto la rienda
Pues me manda amor querer.
Fuera de aqueste lugar
Vayan todos mis temeres,
Que los yerros por amores
Dignos son de perdonar.
Está cerca la posada
De mi bien y mi consuelo.
Gab. Esta es.
Luc. Dichoso el cielo
Me sea en aquesta entrada.

(*Entran Lucrecia y Gabrina en casa de Anacreo.*)

(*Salen sus padres de Lucrecia.*)

Alb. ¿De qué estais, señor, parado?
Parece estais descontento.
Arn. Un terrible pensamiento
Me hace estar desmayado.
Alb. Descubrime vuestra pena,
Pues sabeis me cabe parte.
Arn. Quiero, señora, contarte
Cuan mal mi dicha se ordena.
Quien tiene tanto cuidado
De honra, y della se precia,
Dejar sola ansí á Lucrecia
Ha sido mal acordado;
Moza hermosa y galana
Y con tal vieja parlando,
¿Qué podrán estar tratando?
Alb. De lo que les diere gana.
Arn. Vamos, que el alma me da
Que algun mal recaudo es hecho.
Lucrecia.
Alb. Estará en el lecho,
Pues sabeis que mala está.
Arn. No responde, subí vos.
Alb. Hija mia, y mi querer;
¡Ay desdichada muger!
Arn. ¡Qué es esto, válame Dios!
Alb. Aquella vieja traidora
Vuestra casa os ha robado,
Y á vuestra hija llevado.
Arn. ¿No os lo dije yo, señora?
Alb. Justicia, señor, justicia.
¡O no pensada traicion!
Arn. ¡O grande afrenta y pasion,
Quién tener hijos cudicia!

(*Sale la justicia.*)

Just. ¿Qué es esto, Arnaldo? señor,
¿Quién ha hecho este ruido?
Arn. Ay, señor, justicia pido.
Just. ¿Qu'es? Diga, no haya temor,
¿Hay algun herido, ó muerto,
Fuego, robo, ó perdicion?
Alb. Señor, una gran traicion.
Arn. Un amargo desconcierto.
Just. ¿Qué fué, mi señora Albina,
Que tanto mal ha causado?
Alb. Ay, señor, que me ha robado
Mi casa y honra Gabrina.
Just. Vale el inmenso Dios,
Qué gran mal, ¿y cómo ansí?
Alb. Señor, vino por aquí,
Estando ausentes los dos.
En achaque de un hilado
Y otras cosas que traia
Fué do mi hija yacia
Con un dolor de costado,
Y mis joyas, y dineros,
Y á mi hija tan amada
Me enhechizó, ay cuitada,
Que estará entre lobos fieros.
Arn. Señor, con gran diligencia
Esta vieja sea buscada,
Que á traicion tan estremada
No puedo tener paciencia.
Alb. Notorio es su mal vivir
Desta vieja encantadora.
Just. Yo voy, y luego á la hora
La haré, señor, morir.
Viva el alto emperador,
Oiga, señor, lo que digo,
Que he de hacer un castigo
Que á todos ponga temor.
Alto; sus, mis porquerones,
Alguaciles, vení aina,
Vamos en casa de Gabrina;
Vos, guardá aquesos cantones.
Alg. Señor, esta es la posada.
Just. Llega paso, y sin ruido,
Y el que se habrá defendido
La vida le sea quitada.
Alg. Esta es la malhechora.
Alb. ¡O mala vieja taimada!
Justicia desta emplumada.
Gab. ¿Porqué, mi buena señora?
Alb. Traidora que me robaste
Mi honra, casa y hacienda,
Vieja falsa y sin emienda,
¿Mi hija dó la llevaste?
Arn. Confiesa, desventurada
Causa de mi perdicion,
Porqué heciste traicion

Dándote en mi casa entrada.
Gab. Yo, señor, no hice mas
De vendelle una labor
Y curalle su dolor.
Arn. ¿Ansí? viva Satanas,
A vuestra merced requiero
Se le dé luego tormento.
Gab. ¡Desdichado nacimiento!
Ay, señores, que me muero.
Just. Apreta, pues no confiesa.
Gab. Ay, que si confesaré.
Just. Pues decí.
Gab. Ay, si diré
Como me es fortuna aviesa.
Just. Dejalda, agora decí
La verdad sin encubrir
Cosa alguna, sino morir
Os conviene luego aquí.
Gab. Señor, si confieso yo
No me mandaréis matar.
Just. No.
Gab. Pues yo quiero confesar
El caso como pasó.
Anacreo; y un su criado
Llamado Rosio el valiente,
Aquestá vieja inocente
A su casa me han llevado,
Y con amenazas fieras
Me hicieron prometer
Lo que no pensé hacer,
Mas al fin salió de veras.
Yo á Lucrecia fuí hablar,
Por mi mal, esta mañana,
Y ella de muy buena gana
Le ha venido á visitar.
Muera con cruel tormento
Si otra cosa mas he hecho,
Y porque esteis satisfecho,
Id allá, vereis si miento.
Just. Vamos, y vos y ese mozo
Aquesta vieja llevad
A la cárcel, y guardad
Metida en un calabozo.
Alb. ¡O gran mal no imaginado!
¡Ay, Lucrecia, y tu cordura,
Dó empleaste tu hermosura!
¡Ay, quién te hubiera casado!
¡Oh cuán caro que nos cuesta,
Arnaldo, la dilacion!
Ya veis vuestra perdicion,
Que otro que morir no resta.
Arn. Muger, vámonos yo y vos,
No estemos mas entre gente.
Que esto es verdaderamente
Un gran castigo de Dios;
Gran ruido y alboroto
En casa de Anacreo suena,
Mueran, y paguen la pena,
Pues ya el negocio está hecho.
Just. Rosio, daos á prision.
Rosio. Teneos, señor, afuera,
Muera aqueste traidor, muera.
Just. Prendelde sin dilacion.
Rosio. Si hay algun desesperado
Y muy harto de vivir,
Llegue, que yo le haré ir
Con Judas el ahorcado.
Just. Rosio, mira mi presencia,
Déjanos libre la entrada.
Rosio. Si haré con esta espada.
Just. Muera, pues haz resistencia.
Rosio. Afuera, afuera, villano,
Fuera, afuera, ganapan.
Porq. Ay, gran desdicha y afan,
Que me ha cortado una mano.
Just. Prendéme aqueste traidor
Que es al rey desacatado;
Suelta la espada, ahorcado.
Rosio. Hela, aquí la doy, señor.
Just. Alguacil, ambos subí,
Y esa casa me mirá.
Alg. Señor, ninguno está allá,
Que yo la busqué y la ví.
Por allí se descolgaron
Y entrambos á dos se fueron,
Otro trage se pusieron,
Y estos vestidos dejaron.
Just. ¡O gran mal! la dilacion
Que este nos dió lo ha estorbado,
Sea en el punto ahorcado,
Y dése luego un pregon.
Salgan los cien caballeros
Con sus lanzas y caballos,
Vayan de presto á buscallos
Por caminos y senderos,
Y este sin apelacion,
Sea en un punto ahorcado,
Porque sea castigado
De tan inmensa traicion,
Y Gabrina encorozada
Y en un escalera puesta,
Y despues de descompuesta
Sea por siempre desterrada:
Sea luego esta sentencia
En ellos ejecutada.
Alg. Ya está la horca hincada.
Just. Alto pues con diligencia.
Verd. Subí, hermano, mas arriba,
Acá en aqueste escalon.
Rosio. Señores, pidoos perdon.
Verd. Hidéputa, y cómo estriba.
Alg. Ya el desdichado espiró.
Just. Venga la vieja malvada,
Sea luego encorozada.
Gab. Señor, y ¿qué hice yo?
Just. Ea, subí, encantadora,

Hechicera retaimada,
Que habeis de ser emplumada.
Gab. ¡Ay, santa María señora!
Just. Ea, muchachos, dalde grita,
Venga breva y berengena,
Tiralde aquesta melena
Y aquesa geta maldita.
No le rompais la coroza,
Dale tira sin temer.
¡O qué donoso placer!
La risa acá me retoza.
Gab. ¡O mancebo desdichado,
Ay de la que te pariera,
Y si ella agora te viera,
Como estás ahí ahorcado!
¡O desdichados agüeros
Y quien del mundo fia nada!
Tú muerto, yo encorozada
Por servir á caballeros.
Ejemplo tomad aquí
Los que en servir teneis nombre,
Que en hoto del conde al hombre
No mates, son veislo allí.
Que al fin fin el que mal hace
A la fin mal ha de haber,
Que á nadie puede aplacer
El mal ni le satisface,
Que en pesando aquel momento
Que dura vuestra pasion,
Viene luego la razon,
Y el pesar y descontento.
Alg. Señor, ya las diez ha dado,
Y es hora de ir á comer.
Just. Quiten luego esa muger
Y entierren al ahorcado,
Y con público pregon
Sea aquesta desterrada.
Vamos á nuestra posada,
No haya en esto dilacion.

JORNADA POSTRERA.

LUCRECIA. ANACREO. TARISIO. TROCO. ARNALDO. ALBINA. DOS SALVAGES.

(*Lucrecia sale con un arco y saetas, vestida de monte.*)

Luc. Pues el hábito y ventura
Mudó amor y juventud,
De necesidad virtud
Hacer á tiempo es cordura.
¡Quién me vió tan estimada
Tan tenida, tan compuesta,
Tan galana, y aun honesta,
Tan querida, y tan amada!
¡Ay, qué mudanza de vida!
¡Ay, amor cruel, qué has hecho!
Mirad en cuan grande estrecho
Me ha traido una salida.
El regalo y libertad,
El rebozo que es mal fin.
Me hicieron hasta el fin
Servir yo mi voluntad.
¡O endiablada costumbre,
Nacida de Lucifer,
Que el marido á la muger
No conozca aunque con lumbre!
Las doncellas encerradas,
Con aqueste paramento
Tenemos atrevimiento
Salir fuera disfrazadas.
¡Cuántas como yo aun han sido
Que en el estado de mozo
Solo por este rebozo
Perdieron tener marido!
El que de honra se precia,
De su hija y su muger
Gran cuidado ha de tener
No hagan como Lucrecia.
La mucha conversacion
Las mas veces hace mal,
Y es la yesca y pedernal
Del fuego desta pasion,
Que si con mi madre Albina
Encerrada yo estuviera,
A Anacreo nunca viera
Ni me engañára Gabrina.
Las viejas muy comadreras
Que tienen muchas comadres,
Avisá los que sois padres
Que son traidoras y arteras.
De vuestra hija quitá
Aquesta conversacion,
Que es doméstico ladron
Que honra y fama os robará,
Y pues ya no tiene medio
Este mal de que me quejo,
Tomar quiero otro consejo
Que será el postrer remedio;
Y pues que Vénus y Juno
Por la gran desdicha mia
No quieren mi compañía,
Y Anacreo fué importuno,
Quiero seguir á Diana
En la caza y en su oficio,
Que con aqueste ejercicio
Muere el hijo de su hermana,
Y por aquesta espesura
De árboles, solos y ombríos,
Llorando los males mios,
Cantaré mi desventura,
Y con Progne y Filomena
En las selvas de Tereo
Quejándome de Anacreo

Lloraré mi amarga pena,
Y pues me convida al llanto
Este espeso soto umbroso,
Este corazon rabioso
Quiero aliviar con mi canto.

ROMANCE DE LUCRECIA.

Yo, Lucrecia, sin ventura,
Que en desdicha fué engendrada,
Por amar á mi Anacreo,
A muerte soy condenada,
Llorá pues, mis tristes ojos,
Que ventura es acabada.
¡Ay de tí, mi padre Arnaldo,
Ay, mi madre tan amada!

Que hoy perdeis vuestra hija;
Lucrecia la desdichada
Sola va por este monte
De desdicha acompañada,
Donde habitaban salvages
Gente cruel y malvada;
Aquí acabaré mis dias
Sin ser de nadie buscada.

An. ¡O mi grande desventura,
O breve contentamiento!
Quien deste acontecimiento
No escarmienta, ¡o gran locura!
Que prometes, falso amor,
Placer, descanso, alegría,
Y esto todo dura un dia
Y mil años el dolor.
Por un pequeño contento
Das doscientos mil dolores,
¡O desdichados amores
Llenos de desabrimiento!
Que angustiado y que afligido
Anda un triste de un amante,
Y vereis que en un instante
Todo su bien se ha perdido.
¡O qué guerra, o qué pasion,
Qué enemistad, qué contienda
Trae en sí! no hay quien entienda
Su guerra y rebelion,
Cuando la sensualidad
Quiere mandar, y valer
La razon que quiere vencer
Y mandar la voluntad.
Anda un hombre trastornado
Como loco, aquí y allí,
Tan enemigo de sí
Que de sí no se ha acordado.
O preciosa libertad,
Quien goza desta victoria
Llena de descanso, y gloria
De suma fidelidad.
Ved á qué estado he venido
Tan triste y desventurado,
Muerto Rosio mi criado,
Y por desiertos perdido,
Y mi casa, y mi hacienda
Abrasada y destruida,
Y en gran peligro mi vida,
¡Ay Dios, y quien no se emienda!
Seguiré mi desventura
Pues ventura me desprecia,
Y buscaré mi Lucrecia
Hasta ver su hermosura:
Que pues yo fuí la ocasion
De su desastre tan fiero,
Quiero como caballero
Buscalla, que es gran razon.

(*Arnaldo y Albina salen en hábito de peregrinos en busca de su hija Lucrecia.*)

Arn. A quien le falta ventura
Alegre viene la muerte,
Dichoso me fuera verte
En tal dolor y tristura,
¿Quién no me ayuda á llorar
Un suceso tan estraño,
Quién jamas vió tan gran daño
Sin podello remediar?
Alb. ¡Ay mi hija, y mi salud,
Mi solo contentamiento,
Qué pesar y qué tormento
Distes á mi senetud!
Ay de vos sola y sin madre,
¿Adónde esteis, hija mia?
Vuestro rostro de alegría
No le verá mas tu padre.
Hija mia, ¿quién os dió
Vestidos con que os cubristes?
¿Por adónde, hija, fuistes?
Ay, hija, ¿quién os llevó?
Arn. Señora, ya de llorar
No se espera algun remedio,
Entende qu'el mejor medio
Es ella luego á buscar.
Vamos por esos caminos,
Montes, valles y desiertos,
Pues el vestido es de muertos
Mortaja de peregrinos;
Que á quien es tan enojosa
La vida y tan importuna
Ningun mal no le importuna
Ni la muerte le es penosa.
Por este bosque sombrío
Vamos porque descansemos
Y con su sombra apartemos
El gran calor del estío.
Alb. Gran trabajo es caminar
Si os parece aquí pará,
Que segun mi cuerpo va
Ya no puedo mas andar.
Arn. Señora Albina, sea ansí
Que yo tambien voy cansado.

Alb. ¡O qué flores, y qué prado!
Hay alguna fuente aquí.

(*Salen dos ladrones, Tarisio y Troco, y conciertan de espiallos á un paso entre tanto que ellos descansan. — Salen Arnaldo y Albina.*)

Arn. Señora, ya el sol declina,
Bien será que caminemos,
Por aqueste monte entremos,
Daos priesa, señora Albina.
Alb. Jesus, qué grande espesura,
Temor me pone miralla.
Arn. Mas temor es caminalla
Segun es fragosa y dura.
Troco. Deteneos, ¿qué llevais?
Tar. Haced luego cortesía.
Alb. ¡O la gran desdicha mía!
Señores, ¿qué me buscais?
Tar. Ea, dad acá el dinero,
O la vida os sacaré.
Arn. Que me roban acorné.
Tròco. Deteneos vos, caballero.
Arn. Deja la muger, traidores.
Tar. Muera el viejo malvado.
Alb. Justicia, que me han robado,
Socorréme aquí, señores.
Arn. Ay, de muerte soy herido,
O mi Albina, socorré,
Que muero.
Alb. Ay, ¿qué haré?
¡O mi señor y marido!
Tar. Troco, busca esa muger,
Mientra estotro yo desnudo.
Alb. O falso traidor y crudo,
¿Qué me buscas, Lucifer?

(*Anacreo sale.*)

An. Voces suenan, gran mal es,
Sin duda es algun ruido,
Quiero ir apercibido
Y salilles de traves.
O falso y cruel ladron,
¿Qué haces, di, carnicero?
Tar. Ay de mí, triste, que muero.
An. Ya tienes tu galardon.

(*Aquí mata Anacreo á Tarisio.*)

Tené, señora, tené.
No se os vaya ese maldito.
Alb. De Dios, hijo, seais bendito,
No me dejeis, por mi fe.
An. Señora, seguir quiero
Aquel ladron y matallo.
Alb. Señor, no querais buscallo,
No os vais de aquí, caballero,
Mas antes á vos parece
Ayudame á sepultar
A este muerto, pues lugar
Al presente no se ofrece.
¡O mi dolor tan crecido,
Hija, cuán caro has costado,
Lucrecia, que hoy has quedado
Sin padre, yo sin marido!
An. ¿Qué oigo? Válame Dios,
¿Este es sueño, estoy despierto,
Es Arnaldo aqueste muerto,
Señora Albina, sois vos?
Alb. Él es el desventurado,
Y yo Albina sin ventura.
An. ¡O no pensada amargura,
O caso tan desastrado!

(*Salen dos salvages.*)

Salv. Gran presa se nos ofrece,
Esta es la que voces daba.
Alb. ¡Ay Dios, y aun esto faltaba!
Tras un mal otro se ofrece.
An. Afuera, bestias malvadas
Incapaces de razon.
Salv. Dale con ese baston,
Sigue luego mis pisadas.
An. Afuera, bruto, animal,
Que aquí perderás la vida.

(*Sale Lucrecia.*)

Luc. ¡O qué traicion conocida,
O qué fiera tan bestial!
Poner quiero una saeta
Con ponzoña enherbolada.

(*Mata á el salvage y cae.*)

Alb. Quien me ha hecho libertada,
O merced grande y perfeta,
O traidor, quien te mató,
Dios le dé inmenso consuelo,
Que esta saeta del cielo
Vino, con que te acabó.
Luc. Apartaos, caballero,
Desa bestia sin sentido.
An. O gran socorro venido
A tiempo, muera este fiero.

(*Muere el segundo salvage.*)

Dadme esas manos, señora,
Que os las tengo de besar.
Luc. No hay para que así os postrar
Ante una triste pastora.
An. Antes soberana diosa,
Señora, debeis de ser,
Que no caben en muger
Valor, fuerza y ser hermosa.
Alb. ¡O presencia soberana!
Señora, ¿quién sois, decí?
Que segun lo que en vos ví,
O sois Minerva, ó Diana.

Luc. Soy una pobre pastora
Criada en estas montañas
Que con fieras alimañas
Tengo guerras cada hora.
Mis señores, levantaos,
Qu'es tiempo de partir.
An. Señora, no os habeis de ir.
Alb. Ay, mi señora, sentaos.
Luc. Tengo mucho que hacer,
Señores, quedá con Dios.
An. Señora, iremos con vos.
Luc. No ireis, que no puede ser.
Alb. Pues consoladnos primero
Con vuestro nombre siquiera.
Luc. Pláceme desta manera,
Que os he de abrazar primero.
Soy Lucrecia.
Alb. ¡Ay, hija mia,
Descanso de mi vejez,
Remedio de mi viudez,
Mi consuelo y alegría!
Luc. ¿Y mi padre dónde está?
Alb. Por vuestra causa fué muerto.
Luc. O gran mal, o desconcierto,
¿Quién tanto mal sufrirá?
Alb. Mi salud y mi alegría,
Escusado es ya el llorar,
Mi dolor podrá sanar
Yá con vuestra compañía;
Vuestro padre ya murió,
Qu'es fin que á todos alcanza,
Mas de su muerte venganza
Este caballero os dió.
An. Lucrecia, señora mia,
¿Cómo asi me eis olvidado?
Luc. No, qu'el amor estremado
Dura en mí, Anacreo, hoy dia,
Y aunque este bravo dolor
Me atormenta de mi padre,
Con ver viva aqui á mi madre
Viviré, y con vuestro amor.
Alb. ¡O ventura nunca oida!
¿Vos sois, señor Anacreo?
An. Soy el que siempre deseo
A Lucrecia mi querida.
Luc. Yo por vos he de morir.
An. Yo, mi bien, contino muero.
Luc. Yo por mi señor os quiero.
An. Yo siempre os he de servir.
Luc. Yo contino os serviré.
An. Yo, señora, vuestro soy.
Luc. Yo mi libertad os doy.
An. Yo os entrego el alma y fe.
Luc. Yo jamas querré otra cosa.
An. Yo á vos sola he querido.
Luc. Yo os recibo por marido.
An. Yo por señora y esposa.
Alb. Gracias inmensas te doy,
Eterno Dios soberano,
Que con tu divina mano
Tanto bien me haces hoy;
Mi honra recuperé,
Mi casa, vida y estado,
Y sobre todo he hallado
Mi hija que tanto amé.
Pues cumplidos, hijos mios,
Vuestros deseos teneis,
Vamos, y descansaréis
De los pasados desvíos,
Y pues tan dichoso dia
Nos ha fortuna ofrecido,
Con gozo y canto crecido
Publicad vuestra alegría.

COMEDIA LLAMADA METAMORFOSEA.

PERSONAS.

MEDORO, ELENO, ALISO, } pastores.
ALBINA, BELISENA, ROSINA, } pastoras.

JORNADA I.

MEDORO. ELENO. BELISENA. ALBINA.

(*Entra Medoro cantando.*)

Med. Mal se compadece amor
Con ovejas y ganado,
No puede ser bien guardado
El rebaño del pastor
Del amor enamorado.
Ovejas, cabras, corderos,
Redes, aprisco y cayado
Con amoroso cuidado
No son buenos aparceros

Ni caben en un estado.
Ansias, penas y fatigas,
Suspiros, muertes, cuidado,
No caben entre ganados
Ni entre cardos y ortigas
De pastores descuidados.
Entre rústica nacion,
Que carece de medida,
No cabe ni es admitida
El amorosa pasion
Ni puede ser conocida.
¡O libertad de razon,
Cuán gran tesoro es tenerte,
Cuán gran bien es conocerte,
Qué suprema presuncion
Es por ninguno perderte!
Oh cuánto estimo mi hado,
Pues voy tan lejos de amor,
Cuanto libre de cuidado,
Y tan sin pena y dolor
Como de amor olvidado.
No en balde suelen decir
Que el buey suelto bien se lame,
Ame quienquiera que ame,
Ame, que yo he de huir
Del amor, pues es infame.
No ví alguno, aunque mezquino,
Con mugeres tener fe,
Que vuelto al libre camino
No dijese: ya escapé,
Nunca mas perro al molino.
Pues vista ansí la manera
De un estado tan perdido,
Libre soy, fuera, amor, fuera,
Que no quiero ser querido,
Ni que ninguno me quiera;
Y ansí si dice que soy
Cruel contigo, Belisena,
Bien justificado estoy
En no penar con la pena,
La pena que .... te doy.
Nada te dí ni te pido,
Yo no te fuerzo á quererme
Tú me incitas á perderme,
Y pues huyo el ser perdido,
Razon tengo en defenderme.
Pues, Medoro, grande gloria
Tienes, recibe placer,
Que tener libre memoria
Y apartarse de querer
Es la mas alta victoria.
Con tu canto y tu rabel
Regucija todo el prado,
Pastor bien afortunado,
Ten cuenta, y mira por él,
Y apacienta tu ganado;
No ocupes tu pensamiento
En vanidades de amor,
Huye dél, ten escarmiento,
Cata que deste dolor
Se aparta todo contento.
Y pues tan alta ventura
Me ha dado mi libertad,
Para mas seguridad
Quiero en aquesta espesura
Sosegar la voluntad,
Y el deseo y el cuidado
Reposen agora aquí,
Ende el amor desvelado
Que yo quiero para mí
La sombra deste ganado.

(*Échase á dormir.*)

(*Eleno y Belisena entran cantando esta cancion.*)

Los que amor tiene discordes
Aunque juntos, no se ven
Porqu'el desamor los tien.

No hay presencia mas ausente
Ni vista mas olvidada,
Ni razon menos pensada
Que es la qu'el amor no siente;
Está solo aunque entre gente,
Y si mira no le ven
Porqu'el desamor lo tien.

Cuando dos juntos están,
Y el amor no está con ellos,
Ni el amor habla por ellos,
Ni saben por do van,
No se oyen, y voces dan,
Y aunque miran no se ven
Porque desamor los tien.

El. Gloria de mi pensamiento
De quien espero favor,
Y á mi mal es mas que amor,
Ya el amor es un tormento
De otro mas grave dolor,
Porque aunque amor es medida
Que mide mi padecer,
No querella tú entender
La perdicion de mi vida
Es lo que me ha de perder.
El enfermo mas tormento
Padece, y mas desigual
Cuando da cuenta del mal,
Y el médico lo echa al viento,
Y lo ignora aunque es mortal;
Ansí tú por no entender
Mi pasion, pastora mia,
Doblas en mí el padecer,
Uno el que yo me tenia,
Y otro que no haces tener.
Reconoce pues agora,
Desventurado de mí,
Que con tu luz me perdí,
Y que me cobras, pastora,

Y está mi remedio en tí,
Acaba de despedir
La ignorancia, y si justicia
Mata aquel que ha de morir,
Viva el que debe vivir,
Y ser tu siervo cudicia.
Bel. Echar palabras al viento
Me parece que has querido,
Pues has, Eleno, entendido
Que cuanto sientes lo siento,
Aunque me falta el sentido,
Siento tu merecimiento,
Siento lo que tú al presente,
Siento tambien mi tormento,
Mas sentir por quien no siente
Es el mayor mal que siento.
Sí, Medoro es mi aficion,
Y por solo él muero y peno,
Y ceguedad es, Eleno,
Pensar fundar por razon
Lo de razon tan ageno,
Decir que mueres por mí,
Y que á quien me olvida quiero,
Si él es libre, yo me muero,
Ya mi libertad le dí,
Avisarásme primero.
El. Al que te tuvo aficion
Por esperanza y reparo,
No pudo imaginacion
Pasar tan de claro en claro,
Las telas del corazon,
Como agora que aunque indigno
De tu valor y beldad,
Cebada la voluntad
Aliviarás el camino
Con mi fe, y tu piedad.
Lo que no puede presencia
Con lágrimas ablandar,
Qué podré esperar de ausencia,
Do no á lugar la presencia
Si el amor no da lugar,
Y pues eres mi deseo,
Y muerte de mi alegría,
Mi bien en verte ponia,
Y este bien porque te veo,
Aun quito el bien que tenia.
Bien veo de mi esperanza
Ser mi pasion manifiesta,
Mas oida tu repuesta,
Ya perdí la confianza,
Pues solo morir me resta,
Véote fuera de aquello
Que deseo por quererte,
Conozco en vano querello,
Y veo sola la muerte
Me espera sin merecello.
Bel. La repuesta que te dí
Es para no estar cansando,
Porque tú me estás hablando,
Y aunque me hablas de tí,
En Medoro estoy pensando.
Eleno, déjame agora,
Y si quies no ser cruel,
Hablemos un poco dél,
O habla de otra pastora,
Que yo hablaré con él.
El. ¿Qu'es esto, pastora, dí,
Que quies que hable ni diga?
¿Es bien yo hacer tal liga,
Y dar armas contra mí,
Y que á mí mismo persiga?
¿Qué puedo yo presumir
De aquese ingrato zagal,
O tú qué puedes oir,
Pues hay tanto que decir
De mi pena y de mi mal?
Trata, pastora, en tratar
Que trates lo que te trato,
Habla agora de mí un rato,
Deja ya tanto hablar
De tan endebido trato.
Amor funda mi deseo,
Y ansí funda mi razon,
Y pues ves lo que yo veo,
Cata qu'es gran sinrazon
Proseguir tu devaneo.
Bel. Déjame de esas razones,
Que amor razon no consiente,
Cata qu'es sacar el diente,
Y dejalle los raigones
A la quijada doliente,
No me hagas detener,
Qu'en busca voy de Medoro.
El. Has por aquí de volver.
Bel. Si hallo mi bien tesoro,
Haré como le pluguier.
Ay pastor, cátalo allí,
Debajo de aquel granado.
El. Allí verás el cuidado.
Bel. Yo le tengo, aunque él de mí
Para siempre esté olvidado.
El. ¿Tíéneslo de despertar,
O qué piensas de hacer?
Bel. Aquí me tengo de estar
Que me gozo de le ver,
Y podrá ser recordar.
El. ¡O caso de admiracion!
Huyes dél que te ha querido,
Y á un pastor sordo y dormido,
Buscas con tanta aficion,
Aunque amor no lo ha herido.
No le llames, dejalé.
Bel. Quiero, pastor, despertallo.
El. Vente á mí, que yo te giré.
Bel. Déjame, quiero llamallo,
Porque sino, moriré.

El. Presto mudas parecer,
Qué costumbre tan usada,
Jamas estais firme en nada,
Mudanza dice muger,
Y muger, es decir nada.
Bel. Dulce amor, despierta ya,
Mírame pues que te miro.
Med. ¿Quién me llama?
Bel. Quien te da
Vida y alma.
Med. Oh qué buen tiro,
Para quien tan libre está.
Bel. Medoro, que en las montañas
Te ascondes por no me ver,
Di, ¿cuándo ha de fenecer
La dureza en tus entrañas,
O mi firmeza en querer?
¿Qué falta hallas en mí,
Pastor ingrato y grosero?
Med. Pastora, yo no te quiero,
Libre soy, libre nací,
No me hagas prisionero.
Bel. Amor tengo, y hermosura,
Gracia, beldad y decoro,
¿Por qué causa, di, Medoro,
Huyes de ver mi figura
Pues que yo en la tuya adoro?
Med. No va por camino llano
Porque á razon obedezca,
Y ansí tu amor en mí es vano,
Y á otra que menos merezca
Amaré si viene á mano.
Razon no prende esta llama,
Ni amor crece, ni descrece
Por medios ni desmerece,
Porque al fin él que bien ama
Lo que ama bien le parece,
Y ansí, pastora, no niego
Tu gracia y beldad subida;
Mas aunque estés tú encendida,
No me enciende á mí tu fuego,
Ni me encenderá en mi vida.
El. O venturoso pastor,
O corazon tan cruel,
Precito del mismo amor,
Bien dicen que no es la miel
Para tan bajo valor.
Bel. ¿Pues cómo, Medoro, ansí
Me desechas, mi querido?
El. ¿Qué es esto, pastora, di,
No basta el desconocido
Para conocerme á mí?
Bel. ¡Tanta desgracia y desden,
Conmigo tan poca cuenta!
Med. Deten, zagala, deten,
Que viene allí no sé quien,
No te vean, qu'es afrenta.

(*Entra Albina.*)

Alb. Ay de la triste que muere
Por quien ansí la aborrece,
Triste de la que padece,
Y quiere al que no le quiere,
Y busca el que no parece.
Oh, si sintieses, Eleno,
Lo que mi corazon siente,
Y penases como peno,
¡Cómo aqueste fuego ardiente
Venciera el frio veneno!
¿Donde estás, mi amado, di?
¿Qu'es de tí, duro diamante?
Bel. Ah zagala, vésle aquí,
Ven, quítamele delante.
El. Cuando te ví, fuera ansí.
Alb. Huyes, pastora, de ver
El espejo en que me miro.
Bel. Por mi Medoro suspiro.
El. Belisena es mi querer.
Alb. Eleno me ha dado el tiro.
Bel. Medoro, vuelte á mí.
Med. Yo no te quiero, pastora.
El. Belisena mi señora.
Bel. Eleno, déjame aquí.
Alb. Eleno, mírame agora.
El. ¿Cómo se ha de concluir,
Y dar fin á este debate?
Med. No hay amor que lo desate,
Yo quiero de aquí partir
Por no ver vuestro combate.
Bel. Tente, pastor, ¿dónde vas?
El. Tente, tú, señora mia.
Alb. Tente, Eleno, mi alegría.
Bel. Suelta, pastor, por detras.
El. Déjame, Albina, desvia.
Med. ¡Qué confusion es aquesta!
Belisena, dejamé.
Bel. Deja tú, pastor, mi fe.
Alb. ¡O crueldad tan manifiesta!
Med. ¿Qué es aquesto?
El. No lo sé.
Bel. Es amor, que puede ser
Desconocido, pastor.
Med. No es amor sino dolor,
Que el amor de la muger
Es el engaño mayor.
Bel. ¡O pastor, qué libre estás!
El. Déjale y tómame á mí.
Alb. Ay, mi Eleno, ¿y cómo ansí?
El. No me hables ora mas.
Bel. Quítate, Eleno, de aquí.
Med. Entende la confusion
Del ciego amor engañoso.
Alb. Oyamos esta cancion,
Vereis un trato donoso
Que hace aquí el aficion.

JORNADA II.

ALISO. ROSINA. ALBINO. ELENO.
BELISENA. MEDORO.

(*Aliso y Rosina salen cantando esta cancion.*)

El amor nos ha cegado,
De tal suerte nos hirió,
Que el remedio nos faltó.

Por quien amor no nos tiene
Cada cual de amores muere,
Yo quiero, y aqueste quiere,
Y el querer no nos conviene.
Amor con nosotros viene
Aunque nunca nos juntó,
Porque el remedio faltó.

Cada cual su corazon
Dió á quien quiso amor primero,
Aqueste muere, y yo muero,
Y otros por nuestra aficion,
Hizo amor nuestra pasion,
Ventura no nos juntó
Porque el remedio faltó.

Ros. Aliso, ¿estás ya cansado
De cansarme y ofenderme?
¿Piensas, Aliso, quererme,
Por ventura haste mudado
O has por tuya de tenerme?
Habla, ¿qué dices? pastor,
Respóndeme, pues te llamo.
Oyeme, mi dulce amor,
Cata que te quiero y amo,
Dame, Aliso, algun favor.
Huyes siempre de me ver,
No vas comigo do voy,
Apartaste donde estoy,
Y no me quieres querer.
Aunque por tuya me doy;
Solo dejas el ganado,
Las veces que voy á verte.
Di, pastor desamorado,
¿Por ventura soy la muerte?
¿O porqué me has olvidado?
¿No me amabas tú, pastor?
¿No buscabas mi figura?
Ves aquí mi hermosura,
¿Adónde está aquel amor?
¿Trocótelo la ventura?
¿No eras tú el que me cantabas
Al alba dos mil canciones,
El que mis cabras guardabas,
Y él que aquestos tus pasiones
Cada hora me mostrabas?
¿No eras tú el que de mil flores
Una guirnalda hacias,
Y en mi cabeza ponias,
Y cantabas tus amores
Todas las noches y dias,
No eres tú? mudado estás,
¿Qué es esto, mi Aliso, di?
Pastor, no me olvides mas,
Cata que vivir sin tí
No podré verme jamas.
Al. Rosina, déjame ya,
Cata que es importunarme;
No quiero por tuyo darme.
Amor pagado te ha
Como quisiste pagarme,
Si en algun tiempo te amé,
No fué, pastora, quererte,
Con aquello te pagué,
Agora mudó mi suerte
En otro lugar mi fe.
Yo te amé; tú, no me amaste;
Quisete, y no me quisiste,
Hago lo que tú heciste,
Y por donde me mataste,
Pastora, te destruiste.
Déjame pues ya, Rosina,
Que mi fe ya se mudó,
Ya sabes donde se inclina
Mi corazon, que tomó
Por suyo mi amor Albina.
Por ella juro, pastora,
No olvidalla, ni quererte,
Y pues aun no quiero verte,
Gran locura es tuya agora
Porfiar contra la muerte.
Ros. No te aprovecha huir,
Cruel pastor desamorado,
Contigo tengo de ir,
Que el amor me lo ha mandado,
No la puedo resistir.
Al. Déjame.
Ros. No dejaré.
Al. Vete, pastora, de ahí.
Ros. Apártame á mi de mí,
O sino dame la fe,
Aliso, que ya te di.
Al. Tómala, y ¿á dónde está?
Ros. En mi triste corazon.
Al. Suéltame, pastora, ya.
Ros. Suelta la posesion
De la que contigo va.
Al. Cata que no he de quererte.
Ros. Cata que no he de olvidarte.
Al. Vete, que no he de mirarte.
Ros. Vete, que yo he de tenerte.
Tuya soy, tengo de amarte.
Al. No me ames, ¿para qué?
Ros. Para que muero por tí.
Al. Pues yo jamas te querré.
Ros. Yo jamas podré de mí

Desechar, pastor, tu fe.
Al. ¡Oh qué amor tan escusado!
Ros. No lo escusa mi pasion.
Al. Escúsalo la razon.
Ros. No hay razon en el cuidado
Que amor hace en aficion.
Al. Cata que parece feo,
Suéltame que no me iré.
Ros. Ay, pastor, que no lo creo.
Al. Aunque quiera no podré,
Que viene allí mi deseo.
Mi pastora, mi alegría,
Mi bien, ¿porqué no me quies?
Cátame aquí, ¿no me ves?
Ves aquí, pastora mia,
Postrado Aliso á tus piés,
Vuélvete á mí, háblame.
Quiéreme pues que te quiero,
Pastora, recíbeme
Que pues á tu causa muero,
Segura tienes mi fe.
¿Qué te he hecho, di, pastora,
En qué ofendí tu beldad?
Deja ya tanta crueldad,
¿Porqué quieras cada hora
Ofender tu libertad?
Mira que quererme á mí,
Es ser libre pues te amo,
Siempre te amé y te servi,
A sola tu beldad llamo,
Y sola te quiero á tí.
Solo quiero que me quieras,
Y solo quiero quererte,
Mi contento es poder verte,
Y verte porque me vieras,
Que en esto estriba mi suerte,
No me niegues por ninguno,
Cata que es para engañarte,
Zagala, soy importuno,
Y he de sello, que en amarte
Solo pienso que soy uno.
Alb. Poco te aprovecha, Aliso,
Déjame, no estés cansando,
Eleno me está matando,
Eleno es mi paraiso,
En Eleno estoy pensando,
Eleno me dá la vida,
Eleno solo es mi amor,
Por Eleno soy perdida,
Por Eleno es mi dolor,
Por Eleno aborrecida.
Por él no quiero quererte,
Por él quiero nunca amarte,
Por él jamas he de verte,
Por él tengo de olvidarte,
Por él tengo de ofenderte,
Por Eleno he de morir,
Por Eleno he de perderme,
Por tí tengo de huir,
Por Eleno he de quererme,
Sin él no quiero vivir.
Bástete aquesto, pastor,
Bástete estar avisado
Qu'el amor me lo ha mandado,
Yo soy hija del amor,
Para Eleno me ha engendrado.
Al. ¡O mal empleada fe,
O perseverancia fea!
Deséchasme que te amé,
Placerá á Dios que ansi sea,
Que de tí me vengaré.
Mas ay, pastora, qué digo,
Antes en este lugar
Me veas la muerte dar,
Que por lo que haces comigo
Verte á tí algun mal pasar.
No plega á Dios que por mí,
Aunque sea á mi despecho,
Vea alguna pena en tí,
Que mas quiero tu provecho
De lo que he mostrado aquí.
Alb. Eleno, mi dulce amor.
El. Belisena, vida mia.
Bel. Mi Medoro, mi alegría.
Med. ¡Oh qué escusado favor,
Para el que amor no sentia!
Al. Albina, solo mi bien.
Ros. Aliso, mi deseado.
Alb. Detente, Aliso, deten.
Ros. Pastor, ponte aquí á mi lado.
Bel. Y tú, Medoro, tambien.
Med. Quita, Belisena, ahí.
El. Belisena, yo te quiero.
Alb. Eleno, yo por tí muero.
Al. Yo vivo solo por tí.
Ros. Aliso, mi amor primero.
Alb. ¿Pues cómo, no es gran locura,
Querer yo á quien no me quiere,
No es la suma desventura?
Pues venga lo que viniere,
Que yo mudaré ventura.
Tener quiero libertad,
Y olvidar á quien me olvida,
Que vencer siendo vencida
No cabe en capacidad
Rústica y desconocida;
Aparta, aparta de mí,
Pastor ingrato y grosero,
No me quieras, ni te quiero,
Y antes que quererte á tí
Querré la muerte primero.
El. ¿No veis cuán notorio engaño
Penar yo por Belisena,
La que me aflige y condena,
Y me causa tanto daño,
Tanta pasion, tanta pena?

Fuera, fuera ingratitud,
Fuera el antiguo dolor,
Qu'el amor con desamor
No se asienta en la virtud
De verdadero amador.
Albina enciende ya el fuego,
Pues Belisena lo mata,
Afuera, pastora ingrata,
Que al fin el amor mas ciego
Con nuevo amor se desata.
Ya torno á reconocer;
Háblame, mi dulce Albina.
Alb. ¿Que te hable, Lucifer?
Habla allá á tu Belisena,
Que yo no te puedo ver.
Bel. A la triste, que quedó
Metida entre puerta y puerta,
Y una y otra le cerró,
Buscar la parte mas cierta
Me conviene, entiendo yo:
Por lo cual quiero dejar
Cuidado en quien tanto peno,
Y tornármehe á mi Eleno,
Que si fué firme en amar
No me echará de su seno.
Eleno, pues, vuelve agora
Esa imágen cristalina
Si tu corazon se inclina.
El. Tarde acordaste, pastora,
Que ya se le tiene Albina.
Alb. No tengo tal ni es ansi.
El. Yo te le dí, y le pediste.
Alb. Diste, mas no le pedí.
El. Sí, pediste, y te le dí.
Alb. Cuando pedí, no le dice.
Med. O ceguedad tan ingrata,
O ingratitud cruel,
No dicen que aquel que mata
Debe tambien morir él
Porque la ley lo desata;
Pues como matando yo
A la linda Belisena,
Pienso ser libre de pena,
No se sufre aquesto, no,
Que no cabe en razon buena.
Alcemos nuevo pendon,
Que ya el amoroso fuego
Traspasa mi corazon,
Y la ingratitud del ciego
Brota la luz de aficion.
Ah Belisena, pastora,
Ah zagala, entiéndeme,
Que ya te quiero, y querré
Por mi bien y mi señora,
Alégrate y gózate.
Bel. Pastor, muy tarde acordaste
Que yo por Eleno muero.
El. Zagala, yo no te quiero.
Bel. ¿Cómo, y tú no me rogaste?
El. Sí rogué, mas fué primero.
Med. ¿No eras tú quien me querias?
Bel. Sí quise, mas ya olvidé,
Y á mi Eleno dí la fe.
El. Ya es Albina mi alegría.
Alb. Yo á Aliso me entregué.
Al. Afuera, pastora, ya,
Qu'el amor nos ha pagado,
Yo de tí fui desamado,
Y agora el amor te da
El pago de tu pecado;
Ya yo no te puedo ver,
No me hables mas, Albina,
Mudóse mi padecer,
Y el amor me dió á Rosina
Para la amar y querer.
Pastora, tú me olvidaste,
Tu crueldad me libertó,
Y á Rosina me llevó.
Con desamor me trataste,
Y ansí hago agora yo.
No te quejes sin razon
Que á tí mesma condenas,
Tú me diste la ocasion,
Que si por tí sufrí penas,
No quiero mas tu aficion.
Alb. ¡O nuevo engaño de amor,
O dolor de nuevo engaño,
O qué claro desengaño!
¡Cómo me pagas, pastor,
Tan á mi costa mi daño!
Quesisteme, y no te amé,
Quiérote, ya no me quies,
Para mi daño esto fué
Que siempre sale al reves
Lo que procura mi fe.
¿Pues cómo ansí desa suerte
Me tratas, Aliso, dí?
Al. Pastora, vete de ahí,
Pagada estás en no verte
Que tal por mí, tal por tí.
Alb. ¿Aliso, tú no me amaste?
Al. Amété, mas ya olvidé.
Alb. ¿Pues cómo así me dejaste?
Al. Troqué, pastora, mi fe,
Y olvidé porque olvidaste.
Alb. Quiéreme porque te quiero.
Al. Quisete, y no me quisiste,
Llaméte y nunca me oiste;
Por Rosina agora muero.
Ros. ¿Por mí? poco ha que mentiste.
Al. Sí, que te quiero, y te amo.
Ros. Yo no, sino te aborrezco.
Al. Pastora, á tí sola llamo.
Ros. Pues yo de tu amor carezco
Y mas que á muerte desamo.
Al. ¿Porqué?

Ros. Tú lo sabes bien.
Al. Dilo tú, que no lo sé.
Ros. Aliso, ya yo te amé,
Tú quesiste no sé á quien,
Agora ya dejamé.
Al. Ya no quiero mas de á tí.
Ros. Ahora tarde acordaste.
Volvístete, Aliso, á mí,
Cuando mal pleito llevaste,
Pues no pienses será ansi.
La culpa en tí, Aliso, está,
Causaste, pastor, mi daño;
Pues en los nidos de antaño,
Aliso, no se hallan ya
Los pajaricos ogaño.
Al. Oh qué cierto refran es,
Que en volviendo la cabeza,
No quedan rastro los piés,
Y en tardándoos una pieza
Podeis decir ya es despues.
Ros. Medoro, yo por tí muero.
Med. Yo á Belisena amo.
Bel. Eleno, ven que te llamo.
El. Albina, á tí sola quiero.
Alb. Yo no te quiero, liviano.
Med. No escondas, pastora, el gesto.
Bel. Eleno, vuélvete á mí.
El. Albina, ¿en qué te ofendí?
Alb. Quítate, no seas molesto.
Med. ¿Qué es aquesto? estoy aquí.
Alb. Vaya fuera la fatiga,
El cuidado y la contienda,
Tengamos fuerte la rienda,
Y al enemigo enemiga,
Mientras da la fe por prenda.
Rendido se me ha el amor,
Pues me ha entregado este dia
Los despojos del dolor,
Libre soy, ya no temia
Las sospechas y temor.
Perezca la sujecion,
Y viva la libertad,
Viva la tranquilidad
Del alma y del corazon,
Que es suma fidelidad.
Ya salí libre del fuego,
No quiero tornar á él,
Ya desaté el nudo ciego,
Ya de la hiel hice miel,
De hoy mas del amor reniego.
Bel. Eleno, ya tu Albina
Te ha dejado, y se te fué,
Pues te quiero querermé,
Y no olvides ansina,
Pues yo nunca te olvidé,
Que si te negué el favor,
Y le puse en otra parte,
Aquesto no fué olvidarte,
Sino ensayarme en amor
Para saber bien amarte.
Fué probarme á mi ventura,
Y á tí probarte en firmeza,
Volvióme naturaleza
A conocer tu figura,
Y mi pasada dureza.
El. ¡O amor falso y lisonjero!
Alanzánasme de tí
Cuando te quise primero,
Y agora vuélveste á mí,
Pastora, que no te quiero.
No tengo otro corazon
Que darte, ni me quedó,
Albina me lo llevó
Cercado de la pasion
Que tu olvido me causó.
Bel. Pues como y aquí ha parado,
Gentil pastor, tu firmeza,
Engaño fué muy probado.
El. Firme fué, mas tu dureza
Mi firmeza ha derrocado.
Bel. ¿Qué bastó para quebrar
Tu firmeza firme pura,
Y la constancia en amar?
El. Lo que á tí para ablandar
Tu pertinacia tan dura.
Como tú amaste ansi amé,
Olvidé como olvidaste,
Troqué, pastora, mi fe,
Y la causa que tomaste
Aquesa mesma tomé.
No tienes razon aquí
De quejarte, Belisena,
Que si en algo te ofendí,
Lo que dijeres de mí
Eso mesmo te condena.
Bel. Jamas sea visto en amor
La confusion que va en él,
¿Qué es ésto, dime, pastor?
Mala cuando fuí cruel
Y cuando te amé, peor.
Duélete de mí, cuitada,
Pues que de tí me dolí.
El. Dolístete de olvidada,
Y el amor no fué por mí,
Sino por ser desechada.
Bel. ¿Pues qué piensas de hacer?
El. De ir Albina buscando.
Bel. ¿Y á mí no me has de querer?
El. No.
Bel. Pues vámosnos cantando,
Que aquí no hay mas que hacer.

JORNADA III.

BELISENA. ELENO. ALISO. ROSINA. MEDORO.

(*Belisena y Eleno.*)

CANCION.

Ya no suena bien el canto
En los discordes de amor,
Sino el llanto y el dolor.

Pues amor nos ha apartado,
Suene el suspirar y el llanto,
Calle dende hoy mas el canto,
Que el cantar es escusado.
Un corazon lastimado
No le está el canto mejor,
Sino el llanto y el dolor.

Al. Rosina, no seas cruel,
Quiéreme pues te quiero.
Ros. Vete, pastor lisonjero,
Palabras de dulce miel,
Y el corazon como acero;
No me hables en amor,
Que á Medoro he de querer.
Med. Pues yo no te puedo ver.
Ros. ¿Porqué, grosero pastor?
Med. Belisena es mi querer.
Ros. Mira como te dejó,
Déjala pues que se fué.
Med. Consigo llevó mi fe.
Ros. La suya nunca te dió,
Yo te quiero, quieremé.
Med. Rosina, no canses mas,
Déjame, que me das pena,
Con Aliso ve do vas,
Que yo quiero á Belisena,
Y á tí no querré jamas.
Al. Pastora, pues, quieremé,
Que desechada te quiero.
Bel. Medoro, cata que muero,
Tuya soy, y tuya fué,
No me mates, carnicero.
Med. Habla á quien habla contigo,
Que no quiero hablarte.
Al. Rosina, vente conmigo.
Ros. ¿Para qué, para dejarte?
Al. Ven, haz ora lo que digo.
Ros. En fin, pastor, que me dejas.
Med. Que escusado suspirar
Acaba ya de arrancar,
Que mientras tú no te alejas
No puedo contento estar.
Ros. Pues aborrecida só
De quien amo, yo me iré
Donde nadie no aportó,
Y allí triste lloraré
La vida que me quedó.
Al. Rosina, vuélvete á mí,
No me dejes, pues te llamo.
Ros. ¿Qué aprovecha tu reclamo?
¿No sabes, pastor, que allí
Queda el pastor que yo amo?
Adonde no hay alegría
En vano es conversacion.
Al. Vete ya en mi compañía.
Ros. Yo voy, mas el corazon
Medoro me lo tenia.

(*Aliso y Rosina se van y cantan este soneto.*)

La mayor soledad que se padece
Es mucha compañía que no agrada,
Y ansí es la soledad tan deseada,
Cuanto la compañía se aborrece.

No hay cosa que de gusto mas se ofrece
Al alma que está sola y apartada:
Que es la soledad no conversada,
Y aquí la compañía siempre crece.

No hace mucha gente compañía
Al que el cuidado tiene de sí ausente,
Ni solo está el que algo está pensando,

Y ansí el amor á entrambos nos desvia:
Porque amor en nos es diferente
Y cada cual por otro va penando.

Med. (*solo.*) O pastor desventurado,
El mayor que nunca ha sido,
Quien me ve, y quien me vido
Del amor tan apartado,
Y agora en él tan metido.
Nadie diga, nadie cante
Desta agua no beberé,
Pues que por mi dicha sé
Que no hay fuerza tan bastante
Que resistencia le dé.
¡Quién vido la confusion
De aquestos cinco amadores!
¡O gran discordia en amores,
Desconcertada pasion,
Laberinto de dolores!
La que herida salió
Tornó muy libre y sin pena
Al que rogó Belisena,
Belisena le rogó
Con causa tan justa y buena.
Yo que por mi desventura,
Salí salvo, y libre todo,
Veisme vuelto de otro modo,
Lleno de tanta amargura
Y de amor puesto de lodo.
Nadie fie del amor,

Nadie le guste ni entienda,
Antes se aparte y defienda
Convidalle á este traidor
La ocasion de su contienda.
Que es un tirano traidor,
Que con blanda persuasion
Engendra acá una aficion,
Mas despues queda señor
Del alma y del corazon;
Y si alguno de atrevido
Se metiere en tal cuidado,
Él fenecerá su hado
Triste, amargo y dolorido,
Con que quedará pagado.

JERÓNIMO BERMUDEZ,

CONOCIDO POR EL NOMBRE DE

ANTONIO DE SILVA.

NISE LASTIMOSA.

ARGUMENTO.

El príncipe don Pedro de Portugal, que en esta tragedia primera por el decoro della se llama infante, siendo casado, y teniendo ya heredero, puso los ojos en una dama natural del reino de Galicia llamada doña Ines de Castro y Valadares, tan ilustre en hermosura, discrecion, virtud y linage, que muerta la princesa se pudo casar con ella en Verganza, aunque tan secretamente, que cuando el rey su padre lo vino á sospechar, ya tenia tres hijos en ella; y con todo eso, le mandó apartar, y se dejó persuadir de algunos envidiosos que el reino se perderia si el casamiento del príncipe pasaba adelante con hija bastarda de don Pedro Fernandez de Castro, aunque un caballero de los mas esclarecidos de España, y primo hermano del príncipe; y así vino á Coimbra, con determinacion de matalla. La noche antes que llegase, la pobre señora habia soñado el trance y amargo fin de sus amores, y así salió con aquellas ansias á pedir al rey las causas de su muerte, que no las hallando, dijo lo que Pilatos de Cristo nuestro señor, y remitió el fin de la jornada á los que le habian puesto en ella; los cuales con esta licencia y su maldad, se fueron á ella, que ya estaba segura con el perdon del rey, y cruelísimamente mataron á su propia princesa y natural señora, de la cual proceden agora todos los reyes cristianos. Fué el que le dió las puñaladas Alvaro Gonzalez, merino mayor de Portugal, en compañía de Diego Lopez Pacheco, y Pero Coello. El príncipe, que lo supo, quedó sin juicio por muchos dias, y al cabo dellos que volvió en sí, trata de hacer guerra al rey su padre, que de verse en tales estrechos muere, y los matadores huyen á Castilla.

PERSONAS.

INFANTE DON PEDRO.
ALVARO GONZALEZ, merino mayor
PERO COELLO.
DOÑA INES DE CASTRO.
REY DON ALONSO.
DIEGO LOPEZ PACHECO.
SECRETARIO.
CORO 1º DE COIMBRESAS.
CORO 2º.
AMA.
MENSAGERO.

ACTO PRIMERO.

INFANTE DON PEDRO. SECRETARIO. CORO 1º. CORO 2º.

Inf. Otro cielo, otro sol, me parece este,
Del que gozaba yo sereno y claro
Allá de donde vengo; ¡ay, triste cielo,
Cómo en tí veo el trance de mis hados!
Ay ¡que donde no veo aquellos ojos
Que alumbran estos mios, cuanto veo
Me pone horror y grima, y se me antoja
Mas triste que la noche, y mas escuro.
Allá (ay dolor!) los dejo, allá en Coimbra,
Tierra donde paró la edad dorada:
Oh! que no es tierra aquella; paraiso
La llamo de deleites y frescuras:
Allí tan claro es todo, que aun la noche
Mas dia me parece que de dia,
Allí el esmalte del florido suelo
Mas que estrellado cielo representa,

Allí el concento de las avecillas
Es un reclamo dulce de las almas,
Allí son tan vivíficos los aires,
Que no dejan morir á los mortales:
El cancro y el leon, que vivas llamas
De sus fogosas bocas echar suelen,
Con que la tierra abrasan, y despojan
De su librea verde la campiña,
Allí son tan clementes y templados
Que dan su punto al amoroso fuego.
Allí mas que la plata reluciente,
De mas que humanas ninfas festejado
Por el elisio valle y su llanura,
Al Mondego vereis, que de tal vista
Tanto se ensoberbece, que á Neptuno
Direis que va alanzar de sus mojones.
O doña Ines, mi bien, señora mia,
Gusto desa mi vida, bien y gloria
Desta alma tuya que te tengo dada,
Aunque esa tierra gozas, si te gozas
Sin mí, que yo sin tí viviendo muero.
¡O triste soledad! ¿y qué haria,
Cuando con no te ver por un momento,
Pudiendo verte, y siempre estar contigo,
No vivo yo sin tí? ¿qué vida triste
Seria aquella? vida no seria,
Que en solo imaginalla ya me muero:
Mi alma allá la tienes, yo la tuya
Acá la tengo, trueco precioso,
De nobles corazones nudo ciego
De amor, que así dos vidas tiene atadas
Tan fuertemente que la misma muerte
No puede deshacer ni llevar una,
Sin que las lleve entrambas; o despecho,
O pensamientos mios tan amargos,
Verdugos desta fe tan merecida,
Que hayamos de morir, que venga tiempo
En que no nos veamos, y que cuando
De acá cansado vaya, no te halle
Allá, o espejo claro de mi vida,
Ni esos tus ojos vea soberanos,
Que al mismo sol deslumbran en su sfera:
¿Mas que spíritu es este que me lleva
A imaginar el mal de que estoy libre?
Y aquestos ojos mios hechos fuentes
Den muestras del quebranto que me causan
Tan tristes pensamientos; ¿viviremos,
Mi amor, en este amor tan casto y puro?
El cielo lo querrá, y cuando la muerte,
¡O muerte triste que así me entristeces!
Llamare al uno, llévenos á entrambos,
No quedes tú, señora, sin mí sola,
No quede yo sin tí, señora mia.
Mas no te hizo Dios tan santa y bella,
Para llevarte luego de la tierra,
Que hollada con tus piés gloriosa queda.
Que eso seria no te haber criada
Con mas ventajas que las otras hembras;
Mas pues tan estremada entre ellas eres,
Estremos grandes son los de tu muerte:
Aunque ella suele, como envidiosa,
Buscar lo mas precioso de la vida.
¡Ay qué temor es este que saltea
Mi corazon! tú eres luz del mundo,
Antes de todo el cielo rica muestra;
Deja á los tristes, deja á los que no hacen
Sombra en el mundo, y nuestra luz nos lleva.
Mostrarse quiere grande y poderosa
En deshacer las cosas escelentes,
Espanto y maravilla destos ojos;
Mas esta, o muerte, está de tí guardada,
En esta te han mandado que no toques,
Sino cuando quisieres juntamente
Dejar á Portugal sin honra alguna,
Todo el mundo sin bien, á mí sin vida.
Por tí, señora, vivo, por tí muero,
Mas es que vida verte, mas que muerte
De tí verme apartado, mi señora;
Mi padre, si porfia en mandado,
La vida ya me quita, ya no es padre.
O triste reino ciego, cruel, ingrato,
Ingrato á mi alma, ingrato al cielo,
Cruel contra tí mismo, ciertamente
Dios te ha cegado, pues quitarme piensas
La lumbre de mis ojos; rey maldito,
Aquella corderica ¿qué te ha hecho?
Aquella santa hembra ¿en qué merece
Ser despojada así del alto estado
Para que fué nacida, y de los cielos
Al mundo ingrato dada en don glorioso?
¿Quién vió jamas envidia tan sin tasa?
¿Quién vió tan cruel odio, y tan injusto?
Engañaste, mi padre, si imaginas
Que puedo obedecerte en tal mandado.
La voluntad me arranca de este pecho,
Arráncame del pecho esta alma triste,
Con esto acabarás lo que pretendes.
No pienses que así puedo desviarme
De donde entero estoy, más inmovible
Que otro Asfaltite contra las tormentas,
De donde está mi alma: que primero
La tierra subirá á besar los cielos;
El mar abrazará cielos y tierra;
El fuego será frio, el sol escuro;
La luna estará queda, y todo el mundo
Saldrá del órden en que Dios le puso,
Que yo, mi bien, te deje, ó lo imagine.
Yo te veré señora de mi reino,
Y en esa tu cabeza tan dorada
Pondré yo con mis manos la mas rica
Corona, que jamas nacidos vieron.
Entónces se hartará de enteros gozos
Esta alma, que de largas esperanzas
Agora se mantiene, y de congojas:
O señor de los cielos, tú, no tardes,
No tardes en mostrarme un bien tamaño:

Despues matarme puedes libremente,
Si vieres que la vida no merezco,
Al tiempo que mas dulce me seria
El fruto della, y destas ansias mias.
Sec. Cual suelen agua y fuego, ó noche y dia,
En un mismo sugeto estar de acuerdo,
Tal pueden concertarse amor y engaño,
Lisonja y lealtad, virtud y vicio,
Engaños y lisonjas: vengo armado
Para emprender agora tal demanda,
Aunque no sin recelo; mas el pecho
Usado á la virtud, á las empresas
De mas peligro aspira: si del cielo
Algun sagrado spíritu quisiese
En esta socorrerme, aunque la vida
Acabase: ¿qué fin mas glorioso,
Que por los cielos dar la baja tierra,
Antes que por temor, virtud, y honra?
Aquel es que allí veo pensativo,
Cual salamandra helado en vivo fuego.
¡O Dios, por tu clemencia sola, mira
Al bien universal que aquí pretendo!
Esfuerzo ha menester, y vivo celo,
Quien la mano metiere en irle á ella,
Al príncipe ó al señor que desvaria,
Y no lo hacer es prueba de flaqueza.
Inf. ¿Qué dices, secretario, á tanta fuerza
Cuanta quieren hacer á esta alma mia?
Sec. Muchos toques, señor, en esta vida
Nos lastiman, mas por la flaqueza
Con que los resistimos y esperamos,
Que por la fuerza con que nos encuentran.
Inf. Encuéntranme de suerte que me rompen
El corazon y el alma que me quieren.
Sec. Quiérente solo, y solo por tu honra,
Quieren á la fortuna rigurosa
Quebrar las alas, para que no tenga
De hoy mas, contra tí fuerza ni osadía.
Inf. Antes dárselas quieren, pues procu-
De mi bien apartarme, y de mi vida. [ran
Sec. Señor, vertehias muerto si te vieses,
¿Estás del todo ciego? ¿vida llamas
Vivir sin alma propia, con la agena?
Inf. Tambien tú me persigues, tambien
Afilado á cortarme las raices [vienes
En este fuerte corazon plantadas.
Sec. Obra hace de piedad, al que está preso,
Quien la prision le corta, y la cadena:
O príncipe don Pedro, señor mio,
Despues que me conoces tus secretos,
De mí fiaste siempre sin recelo,
Jamas te descubrí veras ni burlas,
Ni Dios tal deslealtad en mí consienta:
Tu secretario he sido muchos dias;
Por hoy querria ser de tu consejo,
Y bueno te le dar, pues te lo debo;
Despues tu saña venga, que no quiero
Muerte mejor, que aquella con que libre
Tu vida de deshonra y de peligro,
Mi alma á tu servicio consagrada.
Oyeme pues, señor, lo que te digo.
Bien sabes que si el sol se escureciese,
Cuanto cubre y descubre quedaria
Tan triste y negro, cuanto agora claro,
Que está su color dando á cada cosa.
Pues tal es el buen príncipe, sol nuestro,
Con cuya luz seguimos las virtudes,
Que al cielo nos remontan gloriosos;
Si estas en tí no vemos, ¿qué haremos,
Qué será de nosotros? quedarémos
Sin luz, sin guia, cual sin sol el suelo.
De príncipe tan alto así abatirte
A pensamientos bajos, y tan bajos,
Que del mas bajo pecho son estremos,
¿Cómo es posible que esto te parezca
Grandeza de tí digna, y del estado
Deste tan alto reino que te espera?
Inf. Perdónote el despejo tan osado
Con que me hablas, dí, pasa adelante,
Que por mi realeza te aseguro
Que aunque no quiera oirte, oyo de grado
La pura fe y amor con que me acusas.
Sec. Merced es esa, señor mio, al peso
Del que Dios puso en tí, pues ya vas viendo
Que está mi libertad confiada.
La virtud me la da, que Dios me ha dado
Para guardarte con el fruto della.
O príncipe mas caro que la vida,
Desengañarte deja de quien te ama,
Y entiende qu'el rigor del buen amigo
Se debe en mas tener, que la blandura
Del enemigo falso y lisonjero.
¿Alabas tú, señor, al que pudiendo
De sus pasados ensalzar la fama,
No lo hace, antes deslustra y escurece
Aquellos claros rayos de su gloria?
Inf. Antes el tal vivir no merecia,
Antes no ser nacido, pues sabemos
Que el águila real á sus hijuelos
En solo que al sol miren los conoce.
Sec. ¿Y qué dirás de aquel loco y perdido,
Quien habiéndose de armar contra los golpes
De la cruel fortuna, anda buscando
Modos, para tenella de contino
A su estado contraria, y á su vida?
Inf. Quien topa á la fortuna, y no procura
Contra ella pertrecharse, nunca adversa
La dejará de hallar á sus placeres,
A los que se le rinden mas persigue.
Sec. ¿Juzgástete á tí mismo?
Inf. ¿Yo á mí, cómo?
Sec. Aquel real linage, aquella sangre,
Tan clara y milagrosa, de altos reyes,

De cuyo tronco vienes, cuán escura,
Cuán baja queda, cuán de poca estima,
Si con otra que menos valga que ella
Se mezcla, como es esta, de quien digo,
De doña Ines de Castro, cuyos padres
Jamas imagináran que la suerte
En lo tan bien parado les cayera.
Echa, señor, de ver por el escarnio
Que harán de tí los tuyos, el peligro
Deste tu reino; mira la privanza
De esos parientes suyos, tan osados
Con tu favor, que ya se descomiden
Con quien sin él no dieran, ni tomáran.
¿Qué cosa mas destruye un gran reino
Que ver que el rey se avilta á cosas bajas,
Y á todos acocea con sus vicios?
¿Con qué cara, señor, darás el pago
A quien un tal delito cometiere?
¿Cómo podrás hacer que la obediencia
A los padres debida, se les guarde,
Si en esto que te piden justamente
Los tuyos, siendo tales, se la niegas?
Memoria dejarás de mal ejemplo:
A tus hijos darás licencia larga,
A reyes que esto oyeren, y motivo
De profazar tu nombre á toda gente.
De un mal ves cuantos se derivan todos
Sobre tí caen luego, señor mio,
Conócete mejor, entra en tu seno,
Verás cuan justamente te importunan
Tus caros padres, y este caro reino.
Inf. Hablaste confiado en la privanza
En que te tengo puesto.
Sec. Confiado
Antes en tí, que estás allá juzgando
Este amor, este celo á tu servicio.
Inf. Yo nunca fuí jamas, ni Dios permita
Que sea cual tú dices, ó cual todos
Vosotros me juzgais: cierto otros ojos
Mas claros que los vuestros son los mios,
Con que miro, y miro lo que hago.
Tan grande no es el mal como le pintan,
No yerro, ni errar puedo si me sigo
Por lo que me revela y aconseja
Mi spíritu real, porque sin duda,
Otros secretos trata Dios conmigo
(Esto hace con los príncipes y reyes)
Que no alcanzais vosotros, y así ciegos,
Errais en el juicio de mis obras:
Mirad bien á esta hembra, y contemplaida,
Ved lo que su real valor promete,
¿Su sangre no es real como la mia?
¿Los Castros quiénes son, ó quiénes fueron?
¿No son, ni han sido siempre esclarecidos
Mis deudos y parientes muy cercanos,
Y no mantienen bien su claro nombre,
Pues ponen á su grado, y quitan reyes?
Alma real, dignísima de imperio,
Mi bien, amores mios, alma mia,
Del mundo yo quisiera ser monarca,
Mil mundos yo quisiera para todos
Ponellos á tus piés, y á mí con ellos.
Y cuando tus parientes no lo fueran
Tan mios como son, ¿tú no podias,
Cual gavilan halcones, franquealos?
Por mi sagrado nombre, secretario,
Te juro que muy baja me parece
De todo este alto reino la corona
Para aquella cabeza; Dios me inspira
Acá en el pensamiento cosas grandes,
Que della han de salir, y así te mando
Que en cosa tal no pienses mas hablarme,
Mi mansedumbre no te sea causa
De desmesura á mi real persona.
No quieran ya mis padres mas cansarme,
Porque no puedo en esto obedecellos,
Ni los desobedezco aunque no haga
Lo que me mandan con crueza tanta,
Haré mientras vivieren una cosa,
El nombre de muger tendré secreto,
Mi dama digan que es, ó que es mi amiga,
O con mas justa cosa, mi señora:
Y tú por tal la reconoce y sirve,
Sin descubrir á nadie tal secreto.
Sec. O señor, que me matas, Dios quisiera
Que nunca yo me viera en honra tanta,
Pues me pone en peligro de deshonra.
Seguir tu voluntad es destruirte,
Destruir este reino, y á tu padre;
Querérte apartar della, es imposible:
Veo de que huir, no sé que siga,
Descúbrete, señor, ya que eso quieres,
Por muger la publica, que esto quieren
Tus padres y este reino, y por ventura,
El tiempo ablandará lo que está duro.
Inf. No quieras de mí mas.
Sec. Señor, al cabo
Aconsejarte puedo, y no forzarte,
Dios me era testigo deste celo,
En tí Cupido reina, y en tu pecho,
Ponzoña dulce siembra de honra y vida;
Mas como no te mueven tantos llantos
De tu madre la reina, tantos ruegos
Del rey tu padre, y los consejos tantos
De cuantos á tus piés arrodillados,
Te piden el remedio deste reino,
De la cruel fortuna amenazado,
No te declararás por honra tuya,
Por el baldon del mundo que te infama
Con nombre de pecado deshonesto:
Yo lloro de ver una muger flaca,
Mas fuerte contra tí que cuantas fuerzas
De todo el mundo están por tí tirando.
Inf. ¡O persecucion fuerte, o odio estraño!
¡O duros hados, todos conjurados
Con cielos y planetas á perderme!

Hombres de entrañas fieras y dañadas,
¿Qué me quereis? ¿qué sinrazon os hago,
En amar desta suerte á quien me paga
Con otro tal amor, á quien el mundo,
A quien todo este reino, á quien vosotros,
Que así me perseguis, debeis servicio,
Y gracias á los cielos que quisieron
Con cosa tan divina enriqueceros?
Hombres que procurais mi mal y muerte,
Poné los ojos donde yo los mios,
De mi alma y corazon, y vereis luego
La ceguera en que estais, ¡qué monarquía
De aquel acatamiento glorioso,
Colgada no estará! y aquella cara,
Que tanto aborreceis, ¿no es mas que humana?
En cuerpo tan hermoso, alma hermosa,
Discreta, noble, honesta, casta y pura,
¿Qué tachas podreis dar; ó qué virtudes,
Qué gracias, qué escelencias, qué riquezas
No están atesoradas en su pecho,
Para que dellas vayan á la parte
Tus deudos, y la tengan en mi casa? [cipio
Sec. ¡Oh cuán peligroso es cualquier prin-
Del mal que en un descuido puede tanto,
Que trae un ánimo alto á tal bajeza.
Inf. ¿Adónde huiré porque me dejen?
Sec. Huir habrás de tí por tu remedio.
Inf. Ya no me vale hacer lo que no puedo.
Sec. Tú mismo te pusiste en tal flaqueza.
Inf. No puedo, ni querria arrepentirme.
Sec. Con esa voluntad el yerro crece.
Inf. Si es yerro, como dices, otros hubo.
Sec. Hubo, mas todavía fueron yerros.
Inf. Descúlpenme otros reyes y monarcas.
Sec. No pueden á sí mismos, ¿á tí cómo?
Inf. No me persigas mas.
Sec. El mal persigo.
Inf. ¿Un príncipe de un reino tan cuidado
Ha de ser, y tan triste que no pueda
Hacer lo que acostumbra otro cualquiera
De los bajos del pueblo?
Sec. Un príncipe antes
Ha de tener tan levantado el pecho
Del suelo, que levante los cuidados
De todo el reino que le está á la mira,
Ha de ser un espíritu apurado,
Sin heces, y sin liga de la tierra,
Dechado de justicia y de templanza.
Inf. ¿No pares mas aquí, que es desvario?
Sec. ¿Quién puede gobernar un tal sugeto,
Que otro señor no tiene que á sí mismo?

Coro de coimbresas.

Coro 1º. Este Cupido, de poetas Marte,
Hijo del alma Vénus engendrada
En los amargos senos de Neptuno,
¡Oh con cuánta crueza y osadía
Sus flechas contra todo el mundo arroja!
Así aquella region donde el sol nace,
Como la occidental donde se asconde,
Así la mas caliente al mediodia
Como la mas helada en contra puesta,
Sus llagas sienten, y en sus fuegos arden.
En lo secreto mas de las entrañas,
En el medio del alma siempre acierta
Este jóven cruel, cruel y ciego,
De allí derrama por las altas venas,
Su tósigo mortal, su fuego vivo;
En la caliente sangre vivas llamas
Enciende, y en la fria, el fuego muerto
Aviva, y en el pecho no tocado
De la sencilla y retirada moza
Entra su rayo furiosamente;
Cuanto halla estraga: nunca tal tirano
Al mundo vino, nunca todo el mundo
Lanzar le pudo: todos á su yugo
Están sujetos, sabios, altos, fuertes.
Del poderoso rey el sceptro rico,
La fuerte espada, el invencible brazo
Del caballero, la sabiduría
De Salomon, ¿contra el Amor qué vale?
O Troya, Troya, ¿quién te puso fuego,
Y no dejó de tí ni aun las cenizas?
Apolo rojo, ¿quién te dió cayado,
Con pastoril zurron por atavío,
Y rústica majada por albergo?
¿Y á tí, Júpiter almo, quién te trajo
Tan sin acuerdo de tu sacro nombre,
En tan estrañas formas disfrazado?
Y tú, de Alchimena hijo valeroso,
¿Porqué la piel dejaste leonina?
¿Porqué la fuerte maza, y las saetas?
¿Porqué los duros dedos ablandaste
Con los anillos de oro, y consentiste
Untar de tus cabellos la melena?
¿Porqué avilitaste con mugeril trage
Aquel robusto cuerpo, y ocupaste
Con huso y rueca aquellas crudas manos,
Con que leones fieros y osos bravos,
Bravas serpientes, tan ligeramente
Desquijarabas? ¿mas para qué quiero
Tan lejos irme? Tú pues, nuestra España,
Fuerte, invencible, ¿cómo enflaqueciste?
¿Quién contrastó tus fuerzas y poderes,
Quién te puso en las manos de Mahoma,
De quién para librarte tanta sangre
Ilustre se vertió, y aun hoy se vierte?
Este Amor, este mozo apetitoso
Vence, destruye, mata, reina, vive,
Ninguno dél escapa.
Coro 2º. Tambien el mar sagrado
Se abrasa en este fuego:
Tambien allá Neptuno
Por Menalipe anduvo,

Y por Medusa ardiendo;
Tambien las ninfas suelen,
En el húmido abismo
De sus cristales frios,
Arder en estas llamas;
Tambien las voladoras
Y las músicas aves,
Y aquella sobre todas,
De Júpiter amiga,
No pueden con sus alas
Huir de Amor, que tiene
Las suyas mas ligeras:
¡Qué guerras, qué batallas,
Por sus amores hacen
Los toros; qué braveza
Los mansos ciervos muestran!
Pues los leones bravos
Y los crueles tigres,
Heridos desta yerba,
¡Cuán mansos que parecen!
¿Qué cosa hay en el mundo
Que del amor se libre?
Antes el mundo todo,
Visible, y que no vemos,
No es otra cosa en suma,
Si bien se considera,
Que un spíritu inmenso,
Una armonía dulce,
Un fuerte y ciego nudo,
Una suave liga
De amor, con que las cosas
Están trabadas todas:
Amor puro las cria,
Amor puro las guarda:
En puro amor respiran,
En puro amor acaban,
El cual nunca se acaba:
Seriamos peores
Los hombres que las fieras
Si amor no fuese el cebo
De nuestros corazones:
Por tanto nadie debe
Maravillarse agora
Que el desdichado infante
Esté cual otro Alcido
Ardiendo en la alta fragua
Que el aire soberano
De aquellos ojos claros
Atiza en sus entrañas.
O ciego, y mas que ciego,
Mira el peligro grande
De tu preciosa vida,
Y mas preciosa fama,
A tí mismo te vence,
Antes que el mal te venza;
No comprarás tan caro
Triste arrepentimiento.

ACTO SEGUNDO.

REY DON ALONSO. PERO COELLO. DIEGO LOPEZ PACHECO. CORO 1°. CORO 2°.

Rey. Es, sceptro, de valía inestimable
A quien no te conoce, porque cierto,
Quien viese sin pasion, y sin antojos,
Cuan otro de lo que pareces eres;
Caido en este suelo que te hallase,
Antes debria con los piés hollarte,
Que levantarte dél: nunca yo alabo
A los muy alabados de que á costa
De sangre agena, imperios destruyeron,
Por estender el propio; antes alabo
Aquellos que con ánimo cristiano,
Teniendo reinos, muchos los desechan;
Mayor grandeza de ánimo es grandezas
Despreciar que acetár, y mas seguro.
El resplandor del mundo nos deslumbra
Y es tierra al cabo, y tierra muy pesada.
De un alto alcázar, siempre atalayamos
La fortuna cruel que nos combate,
Como escudos del pueblo aventurados
A recibir sus golpes; no hacello
Es mal usar del sceptro, bien hacello
Es no tener la vida mas segura
De lo que estos peligros nos prometen.
Coello. Peligros gloriosos, y trabajos
Dulces y descansados, pues te suben
De la gloria del suelo á la del cielo.
Pach. Trabajo mas que estado es el de reyes,
Mas tal rey como tú clemente y justo,
Desello no te pese; vendrá tiempo
En que te ilustren mas estos trabajos,
Con discrecion llevados, y en paciencia,
Que las victorias grandes, mal habidas
Con estrago de pueblo y de reinos.
Este mal atajado, que te aflige,
Libre te reirás de la fortuna.
Rey. De quien se temen menos los agravios
De aquel se siente mas, ¡ay, quién temiera
Del príncipe mi hijo tal avieso!
¿Qué estrella fué tan triste y tan escura
Aquella, qué mal signo, ó mal planeta
Le pudo contra mí volver tan duro?
Pach. Durando la ocasion, dura el pecado,
Quitándola se quita.
Rey. Estraña causa
Endurece así aquel tierno pecho.
Pach. Endurézcase el tuyo con justicia.
Rey. Duro remedio, ¡cuánto mejor fuera
Amor y sujecion! ¡oh mis pecados,
Cuán gravemente sobre mí descargan!

Coello. ¿Señor, qué hay que decir? muera esta dama.
Rey. ¿Que muera todavía?
Pach. Señor, muera
Porque vivamos todos.
Rey. ¿No es crueza
Matar al inocente?
Pach. Muchos puedes
Mandar matar sin culpa, habiendo causa.
Rey. ¿Con qué causa ó color matamos esta?
Pach. ¿No basta que su sola muerte ataja
Los males que tenemos de su vida?
Rey. ¿Ella qué culpa tiene?
Pach. Es ocasion.
Rey. Oh, que ella no la da, el infante quiere
Tomalla; por traerme á tal estrecho,
¿Qué ley ó qué derecho la condena?
Coello. El bien comun, señor, larguezas
Con las cuales abona muchas obras. [tiene,
Rey. ¿Así que estais en esto?
Coello. En esto muera.
Rey. ¿Que muera una inocente?
Coello. Que nos mata.
Rey. ¿Otro medio no habrá?
Pach. Todo otro medio
Es daño conocido, no remedio.
Rey. Echémosla del reino.
Coello. El amor vuela.
Rey. En un santo y estrecho monasterio
Podremos encerralla.
Coello. Hele quemado.
Este fuego, señor, no muere luego,
Cuanto mas le resisten, mas se enciende.
Contra el amor, ¿qué fuerte hay que lo sea?
Rey. Matalla, cierto, es medio riguroso.
Coello. ¿No ves, señor, que muchas veces mueren
Muchos sin merecello? Dios lo quiere
Por el bien que se sigue.
Rey. Dios lo haga.
Pach. Tambien licencia tal los reyes
Que en su lugar están. [tienen
Rey. Antes no tienen
Licencia para mas de lo que manda
La razon y justicia, otra licencia
Es bárbara crueza de paganos.
Pach. ¿Pues qué dirás de aquellos que á
Asperas muertes dieron, solamente [sus hijos
Por dar ejemplo de justicia al pueblo?
Rey. A los que bien hicieron tengo envi-
A los que mal, querria no seguillos. [dia,
Coello. Aunque en algo escedieron, to-
Mas males atajaron, que causaron. [davía
Rey. Ningun mal se ha de hacer, por cuantos bienes
Se puedan dél seguir.
Pach. Ni bien alguno,
Del cual se sigan males.
Rey. Mal parece
Matar una inocente, ante Dios quiere
Que un malo y pecador sea perdonado,
Que un inocente y justo condenado.
Coello. El bien comun, Dios quiere que se estime,
Mas que el particular, y hay muchas cosas,
En cuyas circunstancias está el todo,
Y en el todo, nada.
Rey. Engáñase el juicio humano á veces.
Coello. El del buen rey de Dios es inspirado.
Rey. Temo de dejar de mí nombre de injusto.
Coello. Antes le dejarás de justo y santo,
Pues te aconsejas siempre con los tuyos,
Y el parecer de los discretos sigues.
Pach. Ves, poderoso rey, ves con tus
Cuanto ya cunde la enconosa yerba [ojos
Que este amor ciego siembra; bien ves
La soberbia y desprecio desta gente [cuanto
Contra tí, y contra todos, va creciendo,
Y si viviendo tú tenemos tanto,
Despues que tú nos dejes, ¿qué haremos?
Por dar salud al cuerpo, cualquier miembro
Si se pudre se corta porque el sano
No venga á corromperse; aqueste cuerpo,
Del cual tú eres cabeza, está en peligro
De corromperse todo, y destruirse,
Por esta hembra sola; si la vida
Le atajas, la ponzoña es atajada,
Tendrás el reino sano y sin zozobra.
Si en parte esto crueza te parece,
Engáñaste, no lo es, sino justicia,
Cuando de cruel ánimo no nace,
Es una saludable medicina,
Aunque parece amarga, con que curas
Las vidas, que forzado el tiempo andando,
Habias de quitar á tus amigos,
De suerte que la ley divina manda
Que muera esta muger, por el sosiego
Del reino, y escarmiento de tu hijo:
La clemencia, sin duda, es una joya
De grande precio, y digna de altos pechos,
De reyes sobre todas las virtudes,
Por el peligro grande que hay en la ira,
Siendo con libertad ejecutada;
Mas porque tal virtud no valga menos,
Otra trae consigo que la adorna,
Esta es severidad, virtud divina,
De griegos acatada y de romanos:
Estas virtudes son las dos columnas
Sobre que estriban todos los estados,
Si alguna dellas falta de su punto,
Es mengua y quiebra tuya, y de tu reino.
Claras muestras has dado de clemencia,
Despues que esa corona te dió el cielo;

Conviene que las des tambien agora
De la severidad, tan importante.
Rey. La parte que me cabe deste hecho
Pongo en vosotras toda, mis amigos,
Si sin pasion estais tan obligados
A persuadirme aquello que es mas justo,
Mas servicio de Dios, y bien del pueblo.
Mis ojos sois vosotros, yo no veo
Mas de lo que vosotros me mostrais,
Orejas mias sois, oir no puedo
Mas de lo que vosotros me decis;
Es buena mi intencion, y Dios lo sabe;
Si es el engaño vuestro, vuestro sea
El castigo del cielo riguroso.
Pach. Descarguen nuestros hombros ese
Mi parte tomo yo, ó lo tomo todo. [peso,
Coello. Sobre quien te aconseja lo inde-
Carga del cielo un furioso rayo, [bido
La tierra se abra, y vivo, así le trague,
Que en cuerpo y alma, al mas profundo
centro [bras,
Le lleve, y ponga entre las tristes som-
Sombras fieras, do pague sus maldades.
Almas y honras tenemos, y estas todas
A tí, señor, debidas te las damos,
Estas pues te aconsejan, y tú sabes
De nuestros grandes daños el estremo,
Las honras peligramos, y las vidas,
Que en odio eterno quedan de tu hijo,
So cuyos piés quedamos; mas nosotros
Perdámonos, perdamos estas vidas,
Pasemos crudas muertes, nuestros hijos
Desheredados quedan, y sin padres,
La furia de tu hijo nos persiga,
Antes que miedo tal en nuestro pecho
Mas pueda, de lo que la virtud manda.
Tu hijo pues lo sabe, no ha tenido
Tiempo para creer esto, de que burla,
Señal de pertinacia intolerable.
Rey. Idos aparejar, que presto salgo,
En vosotros me salvo, Dios me salve.
Señor, que estás en esos altos cielos,
Y desde allá bien ves lo que proponen,
Lo que las almas piensan y pretenden,
Inspira esta alma mia, no fallezca
En el aprieto grande en que se halla.
Recelos y osadías me combaten,
Estremos de piedad y de crueza;
Matar injustamente es cruda cosa,
Atajar grandes malos obra pia.
O hijo que así quieres destruirme,
Esta vejez te duela tan cansada,
Trueca esa pertinacia en buen consejo,
No quieras, hijo, que tu padre quede
Juzgado mal del mundo, y condenado
Delante aquel juez que está en los cielos.
O vida gloriosa la que vive
El pobre labrador, solo en su campo,
Libre de la fortuna, y descansado,
Libre de estos desastres que acá reinan;
Oh, que yo no soy rey, soy un cautivo,
Desventurado, triste, y sin consuelo;
Nadie es rey menos que el que tiene reino,
Oh, que no es esto estado, es captiverio,
De los que no lo creen deseado:
Es una servidumbre suntuosa,
Es un trabajo inmenso, es una muerte
Con color de descanso disfrazada.
Aquel es solo rey, que así acá vive,
Aunque su nombre siempre esté callado,
Que de miedos, deseos, y esperanzas,
Libre pasa sus dias, buenos dias,
Con ellos estas canas yo trocára. [temo,
Ay, que aunque rey me veo, á muchos
Con muchos disimulo, á muchos no oso,
Ni puedo castigar, un rey no puede
(Solo Dios puede) todo lo que quiere.
Un rey teme á su pueblo, y sufre cosas
Que el plebeyo quizá no sufriria.
No soy rey, soy captivo, y tan captivo,
Cuanto él que voluntad no tiene libre.
Sálvome en el consejo de quien creo
Que fe tiene conmigo, esto me salve,
Señor, contigo, ó tú por tu clemencia
Me inspira discrecion, y aviso tanto,
Cuanto por el estado en que me has puesto,
Y líbrame algun tiempo antes que muera,
De tanta obligacion, para que pueda
Mejor me conocer, y á tí volar
Con alas mas ligeras, descargado
Del peso que fatiga el alma triste.
Coro 1°. Cuánto mas libre, cuánto mas
Es el estado, que de sí contento, [seguro
No se levanta, mas de cuanto huye
Grande miseria.
Tristes pobrezas, nadie las desee;
Ciegas riquezas, nadie las procure;
La bienaventuranza desta vida
Es medianía.
Príncipes, reyes y monarcas sumos,
Sobre nosotros vuestros piés poneis,
Sobre vosotros la cruel fortuna
Tiene los suyos.
Sopla en los altos montes mas el viento,
Los mas crecidos árboles derriba,
Rompe tambien las mas hinchadas velas
La tramontana.
Pompas, vientos, títulos hinchados
No dan descanso mas, ni mas dulzura,
Antes mas cansan, y mas sueño quitan
Al que los ama.
Como sosiegan en el mar las ondas,
Así sosiegan estos pechos llenos,
Nunca quietos, nunca satisfechos,
Nunca seguros.
Si la fortuna, y cortar pudiese,

A la medida del deseo, nunca
Querria mas que asegurar la vida
De menesteres.
Quien mas desea, las mas veces se halla
Triste y burlado, pocas veces duerme,
El fuego teme, vientos, aires, sombras,
Teme los hombres.
Rey don Alonso, ¿ porqué no te gozas
Dese tu sceptro, porqué esa corona
Pesada llamas? El peso del alma
Tanto te aflige.
Coro 2º. Cuán raras veces vemos
Tardar en su venida
La justicia del cielo,
Sobre los malos hijos
Que dan trabajo y muerte,
Negando la obediencia
A sus propios padres:
Pecado torpe y feo
A los divinos ojos,
Pecado que padece
Mas de hircanos tigres,
Mas de leones bravos,
Que de hombre á semejanza
De su Hacedor criado.
Aquel amor tamaño
De padres que te engendran,
De padres que te crian
Con sangre de su pecho,
¿Cómo olvidar le puedes?
¡O gran brutalidad,
O fiera rustiqueza,
Hacer tan mal retorno
A tanta cortesía!
Rey don Alonso, rey,
Conócete á tí mismo,
Acuérdensete agora
Aquellos yerros feos,
De cuando perseguiste
A tu propio padre,
Que en tí son castigados
Por otro hijo tuyo,
Que te desobedece.
Dan vuelta, ya las quinas
Reales y divinas,
Por Dios eterno dadas
A aquel buen rey primero
De quien el sceptro y nombre
Que tienes heredaste,
Por tí se levantaron,
No contra cinco reyes,
Con cuya sangre y vida
Las hubo el rey primero,
Mas contra el rey tu padre,
Mas contra tus vasallos;
Dan vuelta, ya las quinas,
Reales y divinas,
Y en bravo fuego ardiendo,
Contra sí mismas duras
Se muestran y crueles.
¡Oh con cuánta fiereza
La sangre se vertia,
La sangre de los tuyos!
Tú no los merecias;
Cuantas veces la santa,
Santa reina tu madre
Se metió en aquel fuego,
Por la vida salvarte,
Por ella era apagado,
Por tí tornaba á arder;
Agora ardes en este,
Justicia de Dios vino.

ACTO TERCERO.

DOÑA INES. AMA. CORO 1º. CORO 2º.

Da. Ines. Nunca mas tarde para mí que agora,
El sol hirió mis ojos con sus rayos.
¡O sol claro y hermoso, cómo alegras
La vista qu'esta noche te perdia!
¡O noche escura, cuánto me duraste!
En miedos y en asombros me trajiste,
Tan tristes y espantosos, que creia
Que allí se me acababan los amores,
Allí desta alma triste los afectos,
Acá empleados; y vosotros, hijos,
Mis hijos tan hermosos, en quien veo
Aquel divino rostro, aquellos ojos
De vuestro caro padre, aquella boca,
Tesoro peregrino, mis amores,
Quedábades sin mí.
¡O sueño triste, cuánto me asombraste!
Tiemblo aun agora, tiemblo, Dios nos libre
De tan mal sueño, y de tan triste agüero,
En mas dichosos hados Dios le mude.
Primero crecereis, amores mios,
Que de me ver que os lloro, estais llorando,
Mis hijos tan queridos, tan hermosos,
En vida quien os ama, y teme tanto,
Muriendo, ¿qué hará? Mas vivireis
Y crecereis primero, y estos ojos,
Que agora os son de lágrimas arroyos,
Dos soles os serán, cuando con ellos,
Os vea rutilantes y gallardos,
Correr por esos campos, do nacistes;
Delante vuestro padre, en muy lozanos
Caballos, á porfía, cual primero
El rio pasará, á ver vuestra madre.
Dos soles os serán, cuando con ellos,
Os vea rutilantes y gallardos,
Cansar las fieras, y mostrar tal brio,

Que amigos os adoren, y enemigos
De vuestro nombre tiemblen; esto vean
Mis ojos, vean esto, y luego vengan.
Por mí mis hados, aquel dia venga,
Que ya me está esperando; en vuestros ojos
Hincaré yo mis ojos, hijos mios,
Mis hijos tan queridos, vuestra vida
Por mia la tendré, cuando esta acabe.

Ama. ¿Qué llantos y qué gritos, mi se-
Eran los desta noche? [ñora,

Da. Ines. O ama mia,
La muerte vi esta noche, cruda y fiera.

Ama. Entre sueños te oí llorar, y tanto,
Que de miedo y de espanto quedé fria.

Da. Ines. Aun agora se me pasma el alma
De aquellos grandes miedos asombrada,
Y sombras de la muerte á sus umbrales:
¡Ay triste! que cansada y desmayada,
Cansada de llorar la soledad
Que allá consigo lleva, y acá deja
El príncipe, con su negra partida,
Tan triste adormecí que la tristeza
Me trajo en sueños uno el mas pesado,
Que aun no puedo agora con su peso.
Porque soñé, que estando en esa sala,
Con estos niños, como estoy agora,
Entraban tres leones desatados,
Que arremetiendo á mí con duras garras,
Los pechos me rasgaban; yo cuitada
Que en angustia tamaña me veia,
Por mi señor gritaba,
Mis hijos escondia, y á mí no,
Que no podia ni me daban tiempo:
Entonces me parece que rendia
Con tantas ansias el vital aliento,
Que aun agora no sé si le tengo;
Allí dejaba pues esta alma triste,
De mí arrancada, con las esperanzas,
Que esta era mayor muerte que la muerte,
De poder ver á mi señor don Pedro.

Ama. Ay, cuál que quedaria esa alma tuya,
Tan muerta; Dios te guarde, mas á veces,
El pensamiento triste trae visiones
Escuras, y medrosa el cuidado
Con que, señora mia, adormeciste,
Te trajo esos espantos tan estraños.

Da. Ines. Lloro el dolor sin par y sin mancilla
De mi señor y bien, cuando tal oya.

Ama. ¿Qué hay que llorar en sueños?

Da. Ines. No sé que es,
No sé que peso es este que me aflige.
Solia ser que cuando yo quedaba
Sola sin mi señor, en él soñaba,
Y sueños tan suaves, que las noches
Me parecian cortas, para en ellas
Con él gozarme. ¡Ay gozos engañosos!
Allí creera que conmigo hablaba,
É yo con él, y aquellas sus palabras,
Con que él solenizaba su partida,
No enteras, sino medias,
Lloroso y tierno me las repetia;
Allí con fiel blandura detenido,
Y asido con mis brazos, hasta el punto
Que recordando de tan dulces burlas,
Hacia dellas veras, y el sentido
Embeleñaba de arte que las noches
Con él se me pasaban, y los dias;
Mas esta triste noche, con la vida
Se me acababan todas estas burlas.

Ama. Otro dia, señora, mas alegre
Verás, y la corona que te espera
Tendrás sobre esos tus cabellos de oro;
Alégrate entre tanto, reina mia,
Deja esas vanas sombras, y esos miedos,
Con que el amor en tí sus suertes hace.

Da. Ines. ¡O mi señor, quien hora aquí te
Y en tus hermosos ojos se mirára! [viera,
Ay, no entiende; estas lágrimas parece
Que el alma derretida se me cae,
Prognóstico de eterno apartamiento.

Ama. Señora, mal te agüeras, mejor hado
Será, mi reina, el tuyo, ¿porqué lloras?

Da. Ines. No sé que esta alma ve que tanto teme.

Ama. La imaginacion sola es peligrosa.

Da. Ines. ¿Qué hará quien ya no puede estar sin ella?

Ama. Pensar en bien es despedir tristezas.

Da. Ines. ¿Quítame tú las causas d'estar triste? [venga?

Ama. ¿Porqué lloras el mal antes que

Da. Ines. Porque temo perder el bien que spera,
Cualquier sombra me asombra, cualquier
Temblar me hace, cuando considero [viento
Este alto estado, quedo sin sentido,
El corazon me deja en tanta altura,
En cuanta está subida mi bajeza.

Ama. Esfuérzate, señora, ¿porqué tienes
El corazon tan á los piés caido?
¿Porqué temes los hombres? que fortuna,
Que hados, ó que estrellas de la ciega
Gentilidad creidas mudar pueden:
Aquella providencia poderosa
De Dios que te levanta al alto estado,
Para que te formó tan santa y bella.

Da. Ines. Estoy segura que lo que el
Gobernador del cielo y de la tierra [eterno
Quiere ordenar y hacer, eso se hace,
De otras idolatrías vanas burlo:
Mas esto me congoja, que á mí misma
Me miro y veo el yerro cometido,
Porque aunque á los principios fué forzada,
Debiera antes morir, que tal escándalo
A todo el reino dar, en cuyas bocas

Mi nombre es ultrajado, y de los cielos,
De donde se ve todo, estoy temblando,
De aquella gran justicia que no deja
Pasar pecado alguno sin castigo.

Ama. Temer aquel supremo y riguroso
Juez, antes del dia de su ira,
Cosa es, señora mia, justa y santa;
Mas sabes bien, señora, qué los hombres,
A Dios que es bien inmenso no mirando,
Se engañan muchas veces, y mal juzgan
Y en casos tales sola la conciencia
Es la que nos condena ó justifica;
Pues esta tú la tienes y asegura
Con el ánimo firme, con que entrambos
Estais sacramentados, reina mia,
Engaño ageno no te aflija tanto,
A Dios te vuelve, y llama allá en tu pecho,
Que él abrirá por su bondad los ojos,
Y hará que los que agora mal te juzgan,
Vean su ceguedad, y se arrepientan.

Da. Ines. Si el ánimo bastase, amiga
A desculpar las obras, bastaria [mia,
Aqueste mio á desculpar las mias;
Mas témome no baste, pero baste
Con Dios á desculpar la flaqueza,
Que en mí conozco grande, aunque deseo
Fué siempre de emendarme, ó conformada
Mi voluntad con la que así captiva
Me tiene en verdadero matrimonio,
O con nos apartar, arrepentidos
De nuestros grandes yerros, para siempre.
Mis ojos vean esto, señor, vean
Esta alma libre.

Ama. Así la verás presto,
Si esperas, si confias, si te quieres
Guardar para aquella hora tan dichosa,
Que Dios para tu gloria ha señalado:
Entre tanto, señora, vive, vive,
Vive para que viva quien tanto ama
Tu vida que es mas suya, que la suya.

Da. Ines. Jamas mis ojos tanto se queja-
Por mi señor, ni el triste pensamiento [ron
De mí le imaginó tan olvidado.
Mi bien, Dios te me guarde, que sospecho
Que algun mal te detiene, algun mal grande;
El alma se me arranca deste cuerpo,
Parece que volar para ti quiere,
Parece que le huyes, que me dejas:
Ay, pensamientos, tristes pensamientos,
Escuros y pesados, idos, idos. [puede

Ama. Quien llama á la tristeza, mal la
Lanzar de sí, que á las veces en el gozo,
Tan furiosa se entra, que le turba;
Mira estos angelicos, tan seguras
Y ciertas prendas del amor tamaño,
Con que engendradas fueron en sus ojos,
Esos tuyos alegra que deshechos
Están en crudas lágrimas, no llores,
Que estragas ese rostro tan hermoso;
Deten, hija, las lágrimas, no llores,
Que pierdes esos ojos, ay, no vean
En ellos tantas muestras de tristeza
Aquellos cuya gloria es verte alegre,
¿No ves como las aguas deste rio
Corren á saludarte, á tus amores?
De allá te oye, señora, ellas le traen
A la memoria en ti sola empleada,
Este aposento tuyo, donde mora
Contigo siempre su dulcísima alma:
Tan frescos y tan esmaltados campos,
Debajo de tan espejado cielo,
¿Quién los verá, que luego no se alegre?
Oye los dulces cantos y alboradas
Con que los pajaritos te festejan,
Por entre esta arboleda deleitosa:
Espera, espera de gozar todo esto,
En algun tiempo con doblado gusto,
Libre de la fortuna y de sus miedos,
Señora de tu bien y desta tierra.

Da. Ines. Ay, ama mia, quien no te tuvie-
Cuán mal llevára tales accidentes: [ra,
Bien veo que son sombras, que son vientos,
Que amor me representa mas agora,
Parece que me aflige la tristeza,
Mas de lo acostumbrado agora, mas
Temo, y no sé que temo.

Coro. Tristes nuevas mortales,
Tristes nuevas te traigo, o doña Ines,
O cuitadilla triste, o cuitadilla,
Que no mereces tú la cruda muerte
Que presto te darán.

Da. Ines. ¿Qué dices? habla.

Coro. No puedo, lloro.

Da. Ines. ¿De qué lloras?

Coro. Veo
Ese rostro, esos ojos, esa...

Da. Ines. ¡Triste,
Triste de mí! ¿qué mal, qué mal tamaño
Es ese que me traes?

Coro. Mal de muerte.

Da. Ines. Mal grande.

Coro. Todo tuyo.

Da. Ines. ¿Qué me dices?
¿Es muerto mi señor, infante mió?

Coro. Los dos morireis presto.

Da. Ines. O nuevas tristes,
¿Cómo, por qué razon, que me le matan?

Coro. A ti te matarán, él por ti vive,
Por ti morirá luego.

Ama. No permita
Dios tanta desventura.

Coro. Cerca viene
La muerte que te busca, ponte en salvo;
Huye, cuitada, huye, que ya suenan
Las duras herraduras, gente armada
Corriendo viene, aquí viene á buscarte

El rey determinado, ¡o desdichada!
De descargar su saña en tí; tus hijos
Asconde si hallas donde, no les queda
Destos tus hados parte.
Da. Ines. ¡O sin ventura,
O sola sin abrigo! señor mio,
¿Dónde estás, que no vienes? quién me busca?
Coro. El rey.
Da. Ines. ¿Pues, qué me quiere?
Coro. Rey tirano,
Y tales los que tal le aconsejaron.
Por tí pregunta, y á tus tiernos pechos,
Con duro hierro traspasar pretende.
Ama. Cumpliéronse tus sueños.
Da. Ines. Sueños tristes,
¡Cuán ciertos me salis, y verdaderos!
O mi spíritu triste, o alma mia,
¿Porqué lo que creias, y veias,
Quisiste no creer? Ay, ama, huye,
Huye desta ira grande que nos busca,
Yo sola quede, sola, aunque inocente.
No quiero mas socorro, venga luego
Por mí la muerte, pues sin culpa muero.
Vosotros, hijos mios, si ella fuere
Tan cruda que de mí apartaros quiera,
Por mí gozad acá de aqueste mundo;
Socórrame hora Dios, y socorredme,
Mugeres de Coimbra: ¡o caballeros,
Illustre sucesion del claro Luso,
Pues veis esta inocente en tal estrecho,
Amigos, socorrelda!
Mis hijos, no lloreis, que tiempo os queda:
Gozaos desta madre, en cuanto os vive;
Y vosotras, amigas, rodeadme,
Cercadme en torno todas, y pudiendo,
Libradme agora, porque Dios os libre.
Coro 1°. Teme tus yerros, juventud lozana,
Abre los ojos tus postrimerías,
Piensa del tiempo, siempre té aprovecha
Que va volando.
¡Oh cuán en vano del pasado tiempo,
Breve momento, querrás alguna hora!
El que presente tienes atesora,
No se te pierda.
Oro, ni plata, ni las margaritas
Mas preciosas que los hombres aman,
Y por habellas de las hondas venas
Muerte no temén,
Nunca pudieron, ni jamas podrán
Comprar un punto deste tiempo libre:
Príncipes, reyes, y monarcas sumos,
No se descuiden.
Corre mas que ellos el ligero tiempo,
Ni valen fuerzas ni belleza vale,
Todo deshace, todo huella y pisa,
Nadie le fuerza.
Con tiranía fiera va cortando
Vidas á mozos, lástimas á viejos,
Sola la fuerza de virtudes clara
Puede vencelle.
Esta le vence, su valor es mucho,
Esta al eterno spíritu siguiendo,
Vive riéndose de la fortuna
Y de la muerte.
Vive pues, vive, juventud lozana,
Ama virtudes, con el tiempo vive,
Porque te valgas dél en aquel dia
Del gran aprieto.
Coro 2°. Despues de amores dulces,
La muerte viene amarga,
O de vida, ó de honra,
O de alma, ó todo junto;
Pues queda el alma ciega,
Sin ver el claro dia
De la razon que muestra
Los males y peligros
En que este amor acaba.
O príncipe tan ciego,
O príncipe tan duro,
Que tus ojos cerraste
A los avisos claros,
Cerraste tus orejas
A los consejos ciertos
De tus amigos tales,
Y agora que tú duermes,
O estás mas descuidado,
La muerte presurosa
Corriendo viene en busca
De tu suave vida,
De tus amores dulces.
Muerte cruel, que buscas
Hembra tan inocente,
Deténgante siquiera,
Y á piedad te muevan,
Aquellos ojos bellos
De aquel divino rostro;
Un nudo no desates,
Con que el amor tan suave,
A todos corazones,
Harás crueza grande,
Si apartas unos ojos
De otros, y si desvias
Un alma así de otra alma,
Y tan ilustre sangre
Derramas á deshora.
Duélante ora sus pechos
Tan tiernos y nevados;
Duélante sus mejillas
Tan albas y rosadas,
Que ya su color pierden,
Que al corazon acude
Cuajado y hecho hielo,
Con miedo de tu nombre;
Aquella su garganta,
Tan de cristal y plata,
Apoyo de cabeza

Tan bella y tan dorada,
¿Cómo cortalla puedes
Con golpe tan esquivo,
Y arrancar de tal cuerpo
Espíritu tan digno
De cuerpo tan hermoso?
A piedad te mueva
La rara gentileza
De aquel infante triste,
Y destas prendas suyas;
Detente en cuanto llega,
Detente en cuanto tarda;
Corre, o infante, corre,
Socorre á tus amores,
Ay! que sabrás si tardas
En qué el amor acaba.

ACTO CUARTO.

REY DON ALONSO. PERO COELLO. DOÑA INES. ALVARO GONZALEZ. DIEGO LOPEZ PACHECO. Coro.

Pach. La presteza, señor, en casos tales,
Es la que mas importa, y gran clemencia
Es no tenella contra la justicia,
Los ojos cierra á todas las mancillas
Que te puedan mover desa constancia.
Rey. Esta es que aquí se viene; ¡o rostro
De mas dichosos hados! [digno
Coro. Ves la muerte,
Vete á entregar á ella, date priesa,
Tendrás que llorar menos.
Da. Ines. Voy, amigas,
Veni tambien vosotras; á tal punto
No me dejeis, pedí misericordia,
Pedí misericordia para aquesta
Tan inocente cuanto desdichada,
Llorad el desamparo destos niños
Tan tiernos y sin madre: mis amores queri-
El padre veis aquí de vuestro padre, [dos,
Aquel es vuestro abuelo, y señor nuestro;
Las manos le besad, á su clemencia
Os entregad, pedilde que la emplee
En esta madre vuestra, cuya vida
Él os viene á robar.
Coro. ¿Quién puede verte
Que no se ablande y llore?
Da. Ines. Señor mio,
Esta es la triste madre de tus nietos;
Estos son hijos de aquel hijo tuyo,
Legítimo heredero de tu reino;
Esta es aquella triste muger flaca,
Contra quien vienes de crueza armado:
Aquí, señor, me tienes: tu mandado
Bastaba solo para que aquí donde
Agora estoy, sin falta te esperára,
En tí y en mi inocencia confiada.
Todo este estruendo de armas y caballos
Pudieras escusar, porque no huye
Ni teme la inocencia de frontarse
Con la justicia; y ciertamente cuando
Mis culpas y pecados me acusáran,
A tí fuera á buscar, á tí tomara
Por valedor y amparo: agora veo
Que tú me buscas, beso tus reales
Y piadosas manos, pues quisiste
Por tí mismo informarte de mis culpas;
Como buen rey, señor, las mira y juzga
Como clemente y justo, como padre
De tus buenos vasallos, á los cuales
Jamas piedad negaste con justicia.
¿Qué ves, señor, en mí, qué ves en esta
Que á tus manos se viene tan segura?
¿Qué furia, qué ira es esta con que vienes,
Como contra enemigos capitales,
Que tu reino anduvieran abrasando?
Yo temo, señor mio, temo y tiemblo
De verme aquí delante tu grandeza,
Muger, moza, inocente, sierva tuya,
Sola, sin compañía y sin abrigo
Que de tu saña grande me defienda:
Señor, tu acatamiento me embaraza
La lengua y los sentidos, pero puedan
Estos niños tus nietos defenderme:
Por mí, si tú los oyes, hablan ellos,
Aunque con lengua no, porque no pueden;
Háblante con sus almas preciosas,
Con sus edades tiernas, con su sangre
Que es tuya, te dan voces, y su cuita
Te está piedad pidiendo; no les niegues
Lo que tan justamente, señor, piden:
Tus nietos son que nunca visto habias,
Y agora que los ves quitalles quieres
La gloria y el placer que allá en sus almas
De verte les está Dios revelando.
Rey. Tus hados, doña Ines, han sido tristes,
Tu suerte desdichada.
Da. Ines. Antes dichosa,
Pues mereci que en este estrecho grande
Tus ojos me mirasen: ponlos hora
En esta sin ventura, como en otros,
De piedad y de justicia llenos;
No te pido injusticia, ni aun me quiero
Favorecer de medios piadosos:
Puro rigor te pido, en este fundo
Mi demanda, no puedes escusarte
De concederme lo que así te pido:
Señor, matarme quieres, dame causa.
Rey. Tus culpas te la dan, sí, bien las
piensas. [menos
Da. Ines. Mis culpas, culpas mias; á lo
Ninguna contra tí, mi rey, me acusa,

Aunque contra Dios muchas; pero él oye
Del corazon contrito los gemidos:
Es Dios tan bueno, tan benigno y manso,
Que aunque podria luego dar la muerte
Al pecador y malo, no lo hace,
Antes la vida larga les concede,
Porque se emiende; como tú lo haces,
Y así lo hiciste siempre: pues no mudes
Agora contra mí tu real costumbre.
Pach. Señor, pásase el tiempo.
Rey. Tú bien sabes
La causa de tu muerte; tu dureza
¿Qué podia esperar, sino dureza?
Da. Ines. ¿Yo dura, señor mio? ¿qué mandado
Tuyo dejé de hacer? ¿qué hice, ó dije,
Qué pensé contra tí, ó contra tu reino?
Rey. En peligro le tienes, tal que temo
De velle destruido por tí sola. [tesoros
Da. Ines. ¿Qué fuerzas, qué poderes, qué
Desta muger tan pobre á tí robados,
Te causan ese miedo? rey prudente,
Entiende los engaños y falsías
De los que á tu desgrado acá te traen;
Contra quien claro ves que no merece
Tan mancillada ser, baste esta pena
Injusta, que me has dado por aviso,
De lo que errar pudiera andando el tiempo,
Porque hasta agora en qué contra tí errase
O en algo te ofendiese no lo veo.
Rey. A grandes voces, muchas caras vidas
Me están pidiendo, doña Ines, tu vida.
La hora se te llega.
Da. Ines. ¡O malhadada,
En fuerte hora nacida para aquesta!
¿No me oyes, señor mio? ¿así te dejas
Llevar de la pasion y del engaño?
O mis amigos, llámome á vosotros,
Hablad al rey por mí, favorecedme,
Pedilde piedad, si en algun tiempo
Entró en vuestras entrañas, ó si dulce
Amor de hijos puede enterneceros;
Que si no me valeis pudiendo agora,
Vosotros me matais: mas no permita
Dios, en vosotros, crueldad tamaña.
Pues profesais desagraviar las tristes
Con sangre y con peligro de las vidas,
Libradme agora con palabras solas;
Pues veis mi muerte injusta, defendedme.
Pach. Por esas vivas lágrimas que corren
Por ese triste rostro, te pedimos
Que en este poco tiempo que te damos,
Remedies, no se pierda esa alma tuya;
Lo que el rey quiere hacer es cosa justa,
Y el cielo se lo estaba revelando,
Nosotros le traemos con designio
No de crueles ser, sino piadosos
A todo el reino, que tu muerte pide,
Y nunca Dios quisiera que tal medio
Nos fuera necesario; el rey seguro
Está del bien que hace, tú no tienes
Porque quejarte dél; y si nosotros
En algo te ofendemos, presto puedes
Pedir á Dios venganza, hasta que veas
Cuan acertado fué nuestro consejo.
Da. Ines. ¡Ay triste! nunca buen consejo, nunca
Dió tiempo para bien el mal pecado.
Rey. A Dios te sacrifica; pues no puede
Ser menos ya, sino que deste mundo
Te has luego de partir, será cordura
Hacer virtud de la necesidad.
Da. Ines. ¿Quién me pone en ella?
Rey. Tus pecados.
Da. Ines. ¿Pecados contra tí? ¿tan gran pecado
Es bien querer á quien á mí me quiere?
Si amor con muerte pagas, ¿con qué piensas
Pagar, señor, el odio? Amé tu hijo,
No le maté, que amor amor merece;
Y estos son mis pecados, estos quieres
Con muerte castigar, cruel castigo.
Rey. Si en tu conciencia no te persuades
La muerte merecer, será martirio
El que se te dará, con la corona
De gloria, entre los ángeles del cielo.
Da. Ines. Tirano eres tú luego, y no cristiano,
Crueldad es esa clara, y no justicia,
¿Porqué comigo quieres ser tirano?
Cruel contra tu sangre, este martirio,
¿Cómo darme le puedes? Pon los ojos,
Señor, en ese sceptro, y alto nombre
Que Dios te dió; si tus reales manos
Cometen tal crueza, ¿cómo puedes
En otros castigalla sin empacho?
Alv. Ya, doña Inés, la puerta está cerrada,
Y dada la sentencia inapelable,
Por tanto cuida en al que bien te torne,
En despedir del cuerpo esa alma tuya
En buen estado, porque en la otra vida
No tengas que llorar mas que en la muerte.
Tu muerte importa mucho á todo el reino,
Con ella se grangea muchas vidas
Que por la tuya estaban en peligro,
Allende del pecado en que el infante,
Forzada, así lo creemos, te tenia,
Y siendo así que de los dos el uno
Habia de morir, la razon pide
Que seas tú; pues llévalo en paciencia,
Que eso te quedará por mayor gloria
Que la que acá esperabas deste mundo,
Y los que crueles somos, como dices,
No viviremos siempre, allá no tienes,
En aquel tribunal donde daremos
De nuestras obras cuenta: ¿no has oido

De griegas y romanas, cuan de grado
La muerte recibieron por la honra?
Muere tú, doña Ines, de grado muere,
Pues no puede escusarse ya tu muerte,
Esto es lo que te cumple, tú nos cree,
Del tiempo que te damos te aprovecha. [jo
Da. Ines. Triste platica, triste, cruel conse-
Me das, ¿quién le oirá? mas pues ya muero,
Oyeme, señor, oyeme primero
La voz postrera desta mi alma triste;
Con estos piés me abrazo, que no huyo,
Aquí, señor, me tienes.
Rey. ¿Qué me quieres?
Da. Ines. ¿Qué te puedo decir que tú no
Pregúntate á tí mismo lo que haces, [veas?
La causa que á rigor te mueve tanto.
A tu conciencia solá me remito:
Si se engañó el infante desdichado
Con lo que en mí sus ciegos ojos vieron,
¿Qué culpa tengo yo, qué culpa tengo?
Paguéle aquel amor con otro amor,
Flaqueza acostumbrada en todo estado;
Si contra Dios pequé, contra tí no.
No supo defenderme, díme toda,
No á estranjeros, ni enemigos tuyos,
A quien secretos grandes descubriese
De mí fiados, no; sino á tu hijo,
Príncipe deste reino, bien que fuerzas
Contra las dél tenia mi flaqueza,
Nunca entendí, señor, que ofendia;
Vedárasmelo tú, y no lo hiciera,
Aunque el amor fiel no quiere fuerza.
Igual amor entre los dos habia,
Muy por igual trocamos nuestras almas,
Esta que agora te habla, y la de tu hijo.
En mí matas á él, él pues te pide
Vida para estas prendas concebidas
En tanto amor: ¿no ves como parecen
A aquel tu hijo, señor mio, todos?
Matas á mí, matando, todos mueren;
No lloro ya mi muerte, ni la siento,
Aunque con tanta crueldad me busca,
Aunque la flor me corta destos dias
Indignos de tan lastimoso golpe;
Mas lloro aquella muerte triste y dura
Para tí, y para el reino, que muy cierta
La veo, en el amor que esta me causa.
No vivirá tu hijo, ni es posible
Vivir, pues por él muero; dale vida,
Con me la dar á mí, que yo me iré luego
Donde jamas parezca, y estas prendas
Comigo llevaré, pues no conocen
Otros pechos sino estos, que tú quieres
Quitalles; ¿no llorais, mis angelicos?
Llorad, llorad, pedid justicia al cielo,
Pedí misericordia á vuestro abuelo
Cruel contra vosotros; mis amores,
Quedais acá sin mí, sin vuestro padre,
Que no me viendo á mí, no podrá veros.
Mis angelicos, abrazadme, voime,
Ay! que ya vuestra madre os desampara,
Amores, despedíos destos pechos
Que habeis mamado con dulzura tanta.
Ay! cuando venga vuestro triste padre,
¿Qué hará de sí? ¿qué será de vosotros?
Hallaros ha horfanitos y señeros,
No verá á quien buscaba, verá llenas
Las casas y paredes de mi sangre,
Tapiceria triste;
Iráse donde yo me paseaba,
No me verá, no me hallará en el campo,
No en el jardin, ni cámara; hele muerto:
Ay, véote morir, mi bien, por mí,
Mi bien, ya que yo muero, vive tú,
Esto te pido y ruego, vive, vive,
Ampara estos tus hijos tan queridos,
Y esta mi muerte pague los desastres
Que á ellos esperaban; rey, señor,
Pues puedes socorrer á males tantos,
Socórreme, perdóname; no puedo,
No puedo mas decirte:
¿Señor, porqué me matas?
¿En qué te lo merezco?
Ay, no me mates, ay,
¡Jesus, María!
Rey. O muger fuerte, atásteme las manos,
Vencisteme, ablandásteme; no mueras,
Vive mientras Dios quiere.
Coro. O rey piadoso,
Vivas tú largos años, pues perdonas;
Dios te prosperé con favores grandes
Del cielo, y muera aquel tan alevoso
Que su dura intencion lleva adelante.
Pach. Señor, que nos matas; gran flaqueza
Has cometido, indigna de tu nombre;
De una muger así vencerte dejas,
Y tanto te espantabas que tu hijo
Se le rindiese: ¡o caso de deshonra!
¿Tu hijo qué dirá, no tiene agora
Desculpa honesta con tu culpa? ¿cómo
Pudiste así olvidarte de tí mismo,
Y del real designio que traias?
Rey. No puedo persuadirme á tal crueza.
Pach. Crueza piensas que es, mayor crue-
Es perdonalla contra todo el reino: [za
Señor, si la perdonas, esto haces
Lo que hace el agua poca en grande fuego,
Que mas le enciende; haces que mas arda
El de tu hijo: al cabo no has venido,
Sino á ponernos en mortal peligro
Las vidas, y las honras, y las almas.
Rey. El corazon se me quebranta viendo
A mis piés derribada una inocente.
Coello. El ánimo real tan firme y fuerte
Ha de mostrarse en todo lo que emprende,
Que cosa de la vida á pervertille

No baste; esto es ser rey, esto es ser justo:
La justicia, señor, pintase armada
De aguda espada, contra cuyos hilos
No puede haber blandura ni dureza;
Cualquier estremo destos es vicioso,
Y agora peligroso mas que nunca:
Despues de como dicen cuentas hechas,
Despues de las consultas en que viste
Tan necesaria ser la muerte desta,
¿Se muda así, señor, tan de ligero,
Por lágrimas, tu constante pecho?
Antes nunca intentáras tal demanda,
Antes nunca vinieras, ni pensáras
Venir acá, pues tu venida ha sido
No mas de acrecentar el mal que vemos
Quedar del todo agora sin remedio.
Rey. No veo culpa que merezca pena.
Coello. Aun hoy la viste, ¿y no la ves agora?
Rey. Mas quiero perdonar que ser injusto.
Coello. Injusto es quien perdona pena justa.
Rey. Antes en ese estremo pecar quiero,
Que en crueldad pecado abominable.
Pach. No se consiente al rey pecar en nada.
Rey. Soy hombre.
Coello. Pero rey.
Rey. El rey perdona.
Coello. Perdona con razon.
Rey. ¿Qué mas razon
Que ver una inocente moza, y madre
De hijos de mi hijo, y tan querida
Que á todos mato si la mato á ella?
Alv. Antes á todos ellos les das vida,
Y del infierno sacas á tu hijo;
A tí mismo aseguras, y apaciguas
El reino, y á nosotros el sosiego,
La paz nos restituyes, y la honra;
Destruyes á traidores, y los pasos
Atajas de dañadas intenciones.
Señor, tan grande escándalo no pide
Perdon, sino rigor, de aquí depende
El estado ó caida deste reino.
Los ojos pon, señor, en tu corona,
Y en las necesidades tan estremas
Que hoy te mostramos, y tú viste, y piensa
Bien lo que haces, porque si la dejas
Con vida, ten por cierto que tu hijo
No menos te aborrecerá, no menos
Su furia nos perseguirá á nosotros,
Que si se efectuára nuestro intento:
Tus nietos, ay, te quedan; con honrallos
Amansarás la saña de su padre:
Señor, por este reino te pedimos,
Por el amor con que este reino te ama,
Por el con que sabemos que nos amas,
Por vida, estado y honra de tu nieto,
Infante don Fernando, cuya vida
Te pide á gritos que esta hembra muera,
Por tu preciosa vida, por tu honra,
Por la real constancia, con que siempre
A casos acudiste de justicia,
Que en esto no la muestres, y te muevan
Estas razones, mas que las mancillas
Y cuitas, que despues te serán tales,
Perdiendo la ocasion que agora tienes.
Rey. Mis manos lavo yo de aquesta sangre,
Vosotros la teneis á vuestro salvo:
Vertelda, si os parece cosa justa
Quitar la vida á quien la dan los cielos.
Coello. Esa licencia y nuestro celo basta,
Vamos, Pacheco, vamos.
Alv. Vamos, muera.
Coro 1°. Ya murió doña Ines, matóla
Amor cruel, si tú tuvieras ojos, [Amor.
Tambien luego murieras: ¿hubo muerte
Que pudiese cortar aquella vida?
Mas aunque la cortó, mas alto nombre
Le dió, del que le daba acá la tierra.
Coro 2°. Solo su cuerpo gastará la tierra.
Por ella llorará siempre el amor,
Honrándose de su glorioso nombre:
Y quien la quiere ver con claros ojos,
Verá que goza ya de eterna vida,
Y que acabó sus cuitas con la muerte.
Coro 1°. Aquellos mata la alevosa muerte
Cuyo nombre se olvida acá en la tierra,
Justo castigo de su baja vida:
Mas esta vivirá mientras amor
Viviere entre los hombres, y los ojos
Se humillarán de todos á su nombre.
Coro 2°. Glorioso amor le da glorioso
Real corona le entregó la muerte [nombre,
Luego que le cerró los bellos ojos,
Aunque, ay dolor, dejó sin luz la tierra,
Aunque dejó sin armas al amor,
Aunque privó al infante de su vida.
Coro 1°. Infante desdichado, aquella vida
Era tuya, perdistela; aquel nombre
Que tan dulce te hizo el mismo amor,
Amargo te le da la cruda muerte:
Llorándola andarás siempre en la tierra,
Hasta que Dios te lleve esos tus ojos.
Coro 2°. Ni en este mundo habrá tan duros ojos
Que no se ablanden, de ver una vida
Así cortada en flor, y que la tierra
Besare, donde está esculpido el nombre
Della, dirá llorando: está la muerte
Aquí de lo que hizo aquel amor.
Coro 1°. Amor, cuanto perdiste en unos ojos
Que la muerte cubrió de triste tierra,
Tanto ellos vida mas tendrán, y nombre.
Coro 2°. Lloremos todos la tragedia triste
Que muerte tan cruel al mundo deja,
Y agora aquel espíritu sagrado,
Que tan hermoso cuerpo gobernaba,

Regocijado va volando al cielo;
Y agora aquella sangre esclarecida
Por fuerza desampara aquellos miembros,
Con su sola presencia tan graciosos,
Que nunca pudo la naturaleza
Formar cosa mejor, ni semejante:
Yace en su sangre envuelta la cuitada,
A los piés tiernos de sus tristes hijos,
Que á ellos acudió la sin ventura:
Mas ellos no pudieron guarecella,
Porque los ternecicos no tenian
Fuerzas para quitar los duros hierros
A manos tan crueles, que á sus ojos
Tan delicadas carnes traspasaban:
O manos crudas, corazones duros,
¿Cómo hacer pudistes tal crueza?
Otras manos habrá que os los arranquen
Tan crudamente.

Coro 1º. ¿Qué duros trogloditas, qué caribes
Aquel divino rostro no ablandára?
¿Qué brava saña no tornára mansa
Un no sé qué de aquella dulce boca?
¿Aquellos ojos en qué piedras duras
Blandura no imprimieran? ¡o qué cuita,
O qué crueldad tan fiera y tan estraña!
La tierra llore lo que el cielo goza,
Moza inocente por solo amor muerta,
Con gente de armas, la inocente sola.
¿Qué mas hacer podian bravos turcos,
Ó qué hicieran mas á turcos bravos?
Tú, Dios, que bien lo ves, oye los gritos
De aquella sangre que te está pidiendo
Justa venganza.

ACTO QUINTO.

INFANTE DON PEDRO. MENSAGERO.

Inf. ¿Quién fuerza tanto un alma
Que no tiene mas vida
De la que se le pega
De unos hermosos ojos?
El punto de mi muerte
Es el en que me veo
Sin ti, señora mia;
De allá me estás llamando,
Y acá tu voz suave
A mis oidos llega,
Y á tus sospiros tiernos,
Y á tus deseos puros,
Mi corazon responde:
Ni el estrellado cielo,
Ni el esmaltado campo,
Ni la gustosa caza,
Ni la conversa humana,
Ni el humano consorcio
Aliviarme pueden
El peso de tristeza
Estraña, y no creible,
Que de mí se apodera
Las horas y momentos
Que sin ti se me pasan.
A ti me llamo luego,
A ti me voy, señora,
Para jamas partirme
Del alto acatamiento
De tus hermosos ojos,
Que este es el bien entero,
Esta es la lumbre clara
Destos que acá te lloran.
Fuera de ti son ciegos,
Fuera de ti no veen
Sino crueles sombras:
Paréceme este mundo
Un áspero desierto:
Los árboles me muestran
La sombra de mi muerte;
Las flores mas alegres
Mas tristes me parecen;
Las fuentes se me antoja
Que están vertiendo en llanto
Su líquido tesoro;
Las aves me quebrantán
El alma con sus cantos:
Paréceme que todo
Lo que Dios hizo, y hace,
Ha sido con tal órden
Que yo no le tuviese,
En ser atormentado
En el momento y punto,
Mi bien, que no te viese:
Dulzura tan celeste,
Tan increible gozo,
Tan peregrina gloria,
Esta alma triste espera,
Mi bien, de solo verte,
Mi bien, de solo hablarte.

Mens. ¡Otriste mensagero! tristes nuevas
Las que, señor, te traigo.

Inf. ¿Pues qué nuevas?

Mens. Crueles nuevas, y pues á traellas
Me atrevo, contra ti cruel me muestro;
Pero, señor, primero que las oyas,
Tu espíritu se corte, y en él finge
La mayor desventura que podia
Agora acontecer; que gran remedio
Es el estar armado contra todo.

Inf. No te entiendo, declárate.

Mens. ¿Qué piensas
Que puede agora ser lo que te traigo?
Haz cuenta que perdiste tus estados,
Y que es muerto tu hijo, nuestro infante,
Y que abrasó tu reino un bravo fuego

Venido de los cielos, y tú quedas
Solo para llorar un mal tamaño.
Inf. Suspenso estoy, prosigue, que acre-
El mal con la tardanza. [cientas
Mens. Señor, sufre
Con ánimo real tan gran desastre;
Tu corazon, que siempre á la fortuna
Se mostró fuerte, agora, agora es tiempo
Que tome nuevas fuerzas; la fortuna
Todas las suyas contra tí ha mostrado;
A la mayor mancilla que podia,
Te trajo; ya, señor, no hay que temella,
No hay que temella mas:
Es muerta doña Ines, que tanto amabas.
Inf. O Dios, o cielos, ¿qué es lo que me dices?
Mens. De muerte tan cruel qu'es dolor
Decirtelo no oso. [nuevo,
Inf. ¿Es muerta?
Mens. Muerta.
Inf. ¿Es muerta doña Ines?
Mens. Es.
Inf. ¿Cómo?
Mens. A hierro.
Inf. ¿Quién la mató?
Mens. Tu padre: la inocente
Hoy fué con gente de armas salteada,
Que por estar segura no huyó:
Ni le valió el amor con que te amaba,
Ni de sus tiernos hijos el amparo,
Ni aquella su inocencia tan probada
Con que pidió perdon al rey tu padre
Que de piedad llorando, se le dió:
Mas aquellos malditos alevosos,
Contra aquel su perdon tan merecido,
Desnudas las espadas, vanse á ella,
Los pechos le traspasan crudamente.
Inf. ¿Ay, qué haré, cuitado,
Ay, qué haré, mezquino?
O fortuna cruel, o desventura,
O doña Ines, mi bien, o alma mia,
¿Moriste tú? ¿muerte hubo tan osada
Que contra tí pudiese? ¿Oyolo, y vivo?
¿Yo vivo, y tú eres muerta? O muerte cruda,
Matásteme, matásteme á mí vida,
Véome muerto, ya la tierra se abra,
Y sórbame en un punto; deste cuerpo
Pesado, se despida esta alma triste.
Ay, doña Ines, mi bien, ay, alma mia,
Amor de mis entrañas,
Matáronte, matáronte; tu alma
Tan inocente, tan hermosa y bella,
Dejó tu bello cuerpo, de tu sangre
Espadas se tiñeron,
Espadas crudas, y mas crudas manos.
¿Cómo pudieron contra tí moverse?
¿Cómo tuvieron fuerzas, cómo hilos
Aquellos duros hierros, contra carnes
Tan bellas y tan blandas?
O rey maldito, ¿tú me llamas hijo?
¿Mi padre tú te llamas? Enemigo
Mortal, no padre, ¿porqué me mataste?
O tigres, o serpientes, o leones,
Si de mi sangre estábades sedientos,
¿Porqué no me matábades? viviera,
Viviera yo, viviendo aquella vida,
¿Porqué no me matábades, traidores?
Si mal os merecia, en mí venganza
Tomárades; aquella oveja mansa,
¿Qué mal os pudo hacer? ¿Porqué quisistes
Como crueles enemigos mios
La muerte darme, mas no de la vida,
Sino del alma? O cielos que habeis visto
Tamaña crueldad, ¿y cómo luego
No os trastornastes? montes de Coimbra,
¿Cómo ministros tales no hundistes?
¿Cómo no se abre ya la tierra toda?
¿Cómo sustenta en sí tan crudas fieras?
Mens. Señor, para llorar tiempo queda,
Mas, ¿lágrimas qué hacen á la muerte?
Demas que endechas tan desordenadas
A tu real persona no convienen:
Da pues vagar á llantos y sospiros,
Y aquel cuerpo visita, y las debidas
Honras, trata de hacelle.
Inf. ¡Tristes honras!
Otras honras, señora, te esperaban,
Otras se te debian: o cuitado,
Nacido en mala estrella y mal planeta,
¿Quién me engañó, qué crédito no diese
A aquellas amenazas, quién creyera
Que tal podia ser? o triste, triste,
¿Y cómo podré ver aquellos ojos
Cerrados para siempre, cómo aquellos
Cabellos de oro, no, sino de sangre,
Aquellas manos frias y tan negras
Que antes eran tan blancas y tan lindas,
Aquellos tiernos pechos traspasados
De golpes tan crueles; aquel cuerpo
Que tantas veces tuve en estos brazos,
Vivo y lozano, cómo muerto agora
Y feo podre velle? ay, ¿cómo aquellas
Prendas suyas tan solas, o mal padre?
En ellos no me verás, amor mio,
Ya no me oyes, no me oyes,
Ya no te he de ver mas en este mundo.
Lloren mi mal comigo los nacidos,
Y por nacer; las fieras, las harpias,
Comigo lloren, y jamas desistan;
Lloren las duras piedras, pues en hombres
Se halló crueza tanta: y tú, Coimbra,
De hoy mas un Gelboe de desventuras,
Te cubra de tristeza para siempre.
En tí nunca se ria, nunca se oya
Sino dolor y llanto, en pura sangre
Las aguas del Mondego se conviertan,

Los árboles se sequen, y las flores,
A falta de influencias y rocío
Del cielo, nunca mas la primavera
Se muestre al mundo, todo lo criado
Conmigo llore, y pida á Dios venganza
De mal tan sin medida:
Yo te maté, señora,
Yo te maté, mi vida.
¿Tu amor tamaño de pagarse habia
Con muerte tan cruel, tan lastimosa?
Mas yo me mataré mas crudamente
Que á tí te mataron, si no vengo
Tu muerte, con estrañas crueldades:
Dios me dará para esto solo fuerzas,
Dios me dará para esto solo vida,
Y con mis manos abra aquellos pechos,
Dellos arranque aquellos corazones,
Que usaron tal crueza; y luego muera.
Yo te perseguiré, rey mi enemigo,
Presto verás del cielo bravo fuego,
Que carga sobre tí furiosamente,
Que todo el reino abrase; destruidos
Verás á tus amigos, desterrados
Los unos y los otros en prisiones,
Los otros verás muertos, de su sangre
Se regarán los campos, y de madre
Saldrán los rios en venganza justa
De aquella real sangre; o tú me mata,
O huye de mi saña, que ya agora
Por padre no te tengo,
Tu mortal enemigo
Me llamaré, y no hijo.
Señora, allá estás tú en los altos cielos,
Yo quedo solo acá para vengarte,
Allá me lleva, luego qu'esto acabe,
Acá serás tú reina, como fueras
Si el cielo tu valor no envidiára:
Tus hijos solamente por ser tuyos
Serán reconocidos por infantes:
Tu inocente cuerpo será puesto
En tálamo real, tu amor constante
Jamas me dejará, hasta que yo deje
Mi cuerpo con el tuyo, y vaya esta alma
A descansar contigo para siempre.

NISE LAUREADA.

ARGUMENTO.

Muerto el rey don Alonso, hereda el príncipe su hijo, llamado como su cuñado el de Castilla, y como el otro de Aragon. Viene á coronarse á Coimbra, donde lo suelen hacer los reyes: primero que reciba la corona, entrega tres castellanos al rey don Pedro de Castilla en trueco de los tres alevosos; y desentierra á doña Ines de Castro, y se casa públicamente con ella, y la corona por reina. Tráenle de Castilla á Alvaro Gonzalez, merino mayor, que fué el que le dió las puñaladas, y á Pero Coello, porque Diego Lopez Pacheco acogióse á Aragon, donde murió miserablemente: de los dos hace justicia, mandándoles en su presencia arrancar los corazones, al uno por las espaldas, y al otro por los pechos.

PERSONAS.

Rey DON PEDRO.
ALVARO GONZALEZ, merino mayor.
PERO COELLO.
Obispo de Coimbra.
Aya de los infantes.
Camarero del rey.
Coro 1º de coimbresas.
Coro 2º.
Condestable de Portugal.
Embajador de Castilla.
Guardia.
Alcaide de corte.
Verdugo.

ACTO PRIMERO.

Rey DON PEDRO. Obispo. Alcaide. Aya. Camarero. Coros.

Rey. O tierra de Coimbra, que solias
El firme centro ser de mi descanso,
¿Cómo sabré pisarte con los piés,
Que ya no corren á tocar la mano
Que el peso de mi vida sostenia?
¿Cómo sabré mirarte con los ojos,
Que ya no se remiran en aquellos
Que mas que los del cielo te alegraban?
O ciudad en cuyo ledo asiento
Plantado habia Dios mi paraiso,

¿Qué entrada haré en ti, mas yerma y seca,
Mas violada con ilustre sangre,
Que el Gelboe de maldiciones lleno?
Y tú, famoso alcázar, que amenazas
Cual Babilonia el cielo, y te sublimas,
Con las coronas, sceptros y trofeos
De aquellos altos reyes, mas cumplidos
De bendiciones de aquel reino eterno,
Que de estrellas el cielo, el mar de arenas;
¿Qué glorias, qué memorias, qué reliquias,
Qué estrenas colgará de tus paredes
La mano de Absalon el desdichado?
Estos amargos sauces á la orilla
Plantados deste rio, me las muestran
Las que el triste Israel, que desterrado
De su dulce Sion, y esclavo hecho
Del crudo rey Nabuco, en otras tales
Los instrumentos músicos colgaba,
Memorias tristes de pasadas glorias:
Ejemplo sacro de almas desdichadas
Que en sordo mar de lágrimas y cuitas
Las barcas rigen de sus tristes vidas:
Y estos serán los juegos y las fiestas
Con que á vistas saldré de la doncella,
Blason de fuerte que lo ha sido tanto,
De víboras y sierpes combatida,
Idea viva de mis pensamientos:
Y este será el contento y el descanso
Que puedo prometerme desta tierra,
Si alguna puede haber, de las que el cielo
En torno cubre con lustroso manto,
Donde parezca sombra de descanso,
Que con tormentos vivos me asombre.

Ob. Señor, aunque el descanso y paradero
Del ser y peso humano es el eterno
Y poderoso Dios, en sus alturas,
De suerte que nuestra alma no reposa,
Ni puede hartar su natural deseo,
Hasta llegar á Dios, qu'es fuente viva,
Principio, medio, y fin de lo criado:
Todavía á los que peregrinamos,
Y aquí por peregrinos nos tenemos,
Nos entretiene la bondad divina
Con infinitos gustos y regalos:
Y este es aquel maná de suavidades
Que el blando cielo nos está lloviendo,
Hasta llegar al fin de la jornada,
Y sobre todos á los altos reyes,
Que acá sus veces tienen en la tierra.

Rey. Antes el pasto de los desterrados
La queja suele ser y la amargura,
Qu'el fruto que les da la tierra agena,
Las lágrimas sabroso se le hacen:
Así que los regalos de los reyes,
Que lo pretenden ser como debrian,
Son lágrimas, sollozos y sospiros,
Nativo fruto de la amarga tierra;
Ni quiso el claro Luso que la suya,
A su posteridad al cielo grata,
De Semeles el hijo se atreviese
A dar aquel licor, aquel veneno,
Aquel dulce tirano de la mente,
Qu'el humor meláncolico destierra
Y alegra los humanos corazones:
Antes en esto debe aventajarse
El noble rey del bando lusitano,
Que mas que todos en sí mismo vea,
Como esta tierra mas encantadora
Que Circes, y mas sabia que Minerva,
Es un oscuro abismo de altos pechos,
Y un hermoso sepulcro de vivientes,
De suerte que la del vivir humano,
Es un dolerse siempre, y lamentarse.
Que bien como este rio del Mondego,
Así llamado, porque de la cumbre
De una áspera montaña se deriva,
De allí procede como de lo oscuro
Y angosto seno de la amarga madre,
Vertiendo á borbollones de sus ojos
Licor, que se parece al destos mios:
Y así con duros hados lamentando,
De roca dando en roca, viene haciendo
Con sus altos quebrados tal ruido
Que á todos nos ensorda, hasta meterse
En el amargo mar, donde se acaba:
Tales son los ensayos y reseñas
De los tristes mortales, que llorando,
De las entrañas salen maternales,
Cual Jonas de la edónica ballena:
Y á este tono horrible remoliendo,
El trance acaban de su mortal vida,
En el mar zabullidos de la muerte.

Ob. Señor, bien claro veo que la vida
Del que vive en espíritu cristiano
Es un acuerdo vivo de la muerte,
Y es justo que con alto sentimiento
Mortales cosas piensen los mortales,
Y los mas altos vivan mas humildes,
Mirando bien en sus postrimerías.
Mas tambien veo que el real estado
No fué del alto Dios establecido
Para pesares, cuitas y miserias,
Sino para contentos y alegrías
Del rey que poseyere dignamente
El reino que á sus piés está rendido.
Criado habia el rey del universo
Todo lo que en el vemos, y no vemos,
Y de arte que mostraba bien la suya,
Enriquecido habia ya los cielos
De aquellas inmortales deidades,
Que tienen por oficio hacelle estado,
Los rayos de su vista despuntando
Sobre la hermosa máquina criada,
Cuales privados de los altos reyes,
Que deben ser espejos relucientes,
En dar el esplandor que así reciben

Del sol humano, que al eterno imita,
Del rey, digo, sol nuestro que lo fuere,
Tambien habia en ellos esmaltado
Aquellas sus lumbreras, cuya vista
Gobierna, alegra y regocija el orbe,
Cual la de claro rey su caro reino;
Mandádoles habia que alentasen
Con su calor vivífico la tierra,
Y los mas elementos que llevasen
Tan varias, tan hermosas, tan alegres,
Tan escelentes cosas como vemos:
Que así celaban con deleite sumo
Aquellos ojos de la luz eterna.
Mas esto quiero, o gran señor, agora
Que consideres, porque claro veas
En que consiste tu real estado:
Y como no pesares, ni tristezas,
No quebrantos, ni cuitas, no lamentos,
Sino contentos, gustos y deleites,
Son los arreos propios de los reyes:
Que porque hubiese quien gozar pudiese
De mundo tan hermoso, tan alegre,
Y al ser que se le da le redujese,
En la labor la mano conociendo
Del soberano artífice, convino
Al parecer de aquel senado eterno,
Cuyas obras no pueden mejorarse,
Que un rey le fuese dado conocido,
Vivo destello de su ser y sangre,
Al cual obedeciese y acatase
Con natural amor y reverencia,
El resto inmenso de las criaturas,
Que so el impíreo cielo se guarece:
Y tal fué hecho el hombre á semejanza
Del mismo que le hacia, larga suma
De todo lo que el ancho mundo encierra,
Milagro de las obras soberanas,
Sello del universo, pues lo estampa
En aquel hermosura incomutable,
Que es alfabeto de todo lo criado,
De suerte que el estado de los reyes
Establecido fué para contento,
Para suavidad, para deleite,
Para descanso, para paraiso:
Que allí cierto no habia pesadumbre,
Zozobra allí no habia, ni amargura,
Allí no habia cuita, ni quebranto,
No lágrima, no endecha, no gemido,
No rastro de dolor, ni de miseria;
Todo era resplandor, todo alegría,
Todo era fiesta, todo regocijo,
Todo contentamiento, todo gloria,
Todo un tenor de angélicas costumbres,
Relieves de la hartura y abundancia
De aquel real banquete allá en el cielo:
Mas porque rey de mundo tan hermoso,
Pagado de la alteza de su trono,
Besar no supo, ni acatar la mano
De aquel rey de los reyes, que le habia
En tan sublime rueda colocado,
Deshizosela él mismo: estraña cosa,
Que fuese tan hermosa aquella fruta
Del árbol, á su dueño reservado;
Y tan tirana aquella su consorte,
Idea viva de mortales deas:
Que así dejase un rey tan sin acuerdo
De lo que tan presente ver podia,
Y que de rey sublime y poderoso,
A cuyo parangon los demas reyes
Plebeyos fueran, fuese hecho esclavo,
Y miserablemente atormentado
De aquellas cosas que antes le aplacian,
Sujetas y rendidas á su mando.
O suerte digna de alto sentimiento,
Que dando rienda á los sentidos ciegos,
En ellos viese su afrentoso estado,
Y viese escurecida y eclipsada
Aquella luz de gracias inefables,
Del alma noble, que á su Dios mirando,
Cegára toda vista porfiada.
Aquí fué bien que el triste se aquejase:
Aquí fué bien que el triste se plañese,
Y regase con lágrimas la tierra,
Que espinas ya y abrojos le criaba:
Y que las criaturas que él pudiera
Mirar y gobernar con gran deleite,
Le acrecentasen el lamento eterno,
Confusas, afrentadas y corridas
De ver su rey, su gloria, su triunfo,
Que á su descanso y fin las reducia,
Captivo, esclavo, y miserable hecho,
Al banco de la muerte aherrojado;
Mas el eterno rey en cuyo pecho
Las cuitas del humano hacen mella,
Viendo el teatro de las criaturas
Con todas ellas ir tan de caida,
Y que una tan hermosa monarquía
Como era la del mundo, que acá vemos,
No conseguiera sus debidos fines,
A falta de caudillo y presidente,
Que como el alma al cuerpo le rigiese:
Luego le proveyó de aquel reparo,
Que mas lo fuese de tan graves daños,
Y así mandó que hubiese entre los hombres
Uno que los mandase y gobernase,
Con título de rey, porque al Eterno
Vea que ha de imitar en los arreos,
En el reposo, en la providencia,
En la sabiduría, en la constancia,
En la misericordia, en la justicia,
En el amor con que las cosas mira,
Y dellas es mirado y acatado.
O suma dignidad del rey eterno,
Dado al mundo por Dios, que acá lo mande,
Para del mundo á Dios dar mas que el mundo:
Que cuales en el cielo aquellos entes

Por sus oficios ángeles llamados,
Que allá se están mirando cara á cara
La del sumo señor, y acá nos rigen,
Nos guian, nos alumbran, nos consuelan;
Tal debe ser el rey, si sello quiere,
De aquel eterno spíritu colgado,
Para bien gobernar el caro reino
Que de su mano cuelga, y providencia
Suave, y mas que humana consonancia,
Que el rey del suelo con el rey del cielo,
Y cielo, y suelo, con sus reyes anden,
Tan acordados y tan avenidos,
Que lo que el rey del suelo acá recibe
Del rey del cielo, al suelo lo reparta:
Y el suelo á su rey haga tal retorno,
Que ya no suelo sino cielo sea,
Y todo vuelva á su primer principio,
A su medio, á su fin, á su descanso:
Y esta es la suerte que la eterna mano
Hizo en nosotros, dándote este reino,
Y abriéndonos por esta escura selva
La via lactea del descanso eterno.
Y pues esto es así, bien claro queda
Cuanta constancia, cuanta mansedumbre,
Cuanta serenidad, cuanta blandura,
Cuanta alegría, cuanto regocijo,
Cuanto reposo, cuanta providencia
En ti se debe hallar, en cuya gloria
La deste caro reino está librada:
Y por el consiguiente cuanto debes
Huir de cuitas, llantos y pesares,
De angustias, de congojas, de tristezas,
Y mucho mas de culpas que las causan,
Indignas de los pechos mas que humanos
De reyes claros dioses en la tierra.
Y así, señor, por el divino arreo
De tu sagrado nombre, te suplico
Te acuerdes que eres el pastor, el padre
(De Agamenon lo dijo el cano Homero),
El valedor, el adalid, la guia,
El ser, la fuerza, el brazo, la esperanza,
El corazon, el alma, el movimiento,
El resplandor, la luz, el alegría,
La gloria, la pujanza y el triunfo,
Deste tu caro reino que te adora:
Y así te muestres hoy mas agradable,
Mas glorioso, y mas resplandeciente,
Que aquel almo pastor del grey sagrado,
Cuando del alto Oreb, y de la mesa
Del sumo mayoral que la regia,
Bajaba á dar el pasto á su rebaño,
Con un iris clarísimo en la frente,
Veneras de tan santas romerías,
De tanto resplandor que deslumbraba,
Cuanta luz y belleza descubria. [querido,
Rey. Bien veo, padre en Cristo, que has
Cual David con la música, alegrarme,
El afligido spíritu sangrando
Con la armonía desas tus razones,
Que tales me serán, y recibidas
En cuenta, de la mucha que tú debes
Tener comigo, que te estimo y quiero,
Al peso del que Dios partió contigo.
Mas no sé si el dulzor de tus palabras
Dará su punto al cáliz de amargura,
Que ya voy á probar en esta entrada;
Que cual rabioso perro, que su rabia
De sed causada, remedios pretende
Con agua fresca de la clara fuente,
Y junto á ella puesto, ya que quiere
En ella se entregar, en ella viendo
La triste sombra de su horrenda cara,
Con grima huye della, y de sí mismo:
Tal yo me siento agora, y no sé cómo
Los campos vea, donde Troya ha sido.
Alc. O gloria de los reyes gloriosos
Que fueron y serán en Lusitania,
Columna principal del cristianismo,
El rey de poderíos celestiales,
Que lo mortal y lo inmortal gobierna,
El sceptro te prospere, y la corona:
Tan gloriosa sea tu venida,
Cuanto de tus vasallos deseada,
Que al cielo dan las gracias que te veen.
Ilustre rey, en cuyo ledo asiento
Parece que se pueden los mortales
De la ley de la muerte ir libertando,
Estas llaves son deste alcázar tuyo,
Antiguo trono de sagrados reyes:
Recíbelas, señor, y el homenage
Que á tus mayores dí, que me las dieron;
Aquí te las entrego, con protesta
Que de te ver en esta tierra tuya,
A Dios está mi espíritu entonando
Del viejo Simeon el dulce canto. [cede.
Rey. De Dios el bien, de nos el mal pro-
¿Mas dónde están mis hijos sin ventura?
O hijos mios, y de aquella madre
Que el mundo malo merecer no pudo,
La bendicion de aquel eterno padre
Del cielo y de la tierra os comprehenda;
Tan favorable el cielo siempre os sea,
Que la tierra os adore largos años.
Aya. Señor, ha sido tanto el alborozo
De sus sagradas almas estos dias,
Que tu venida buena adevinaban,
Que á veces el placer que en ellos siento,
Es tan sobrado en mí, que lo derramo
Por estos ojos mios como agora.
Rey. ¿Hijos de mis entrañas, conoceisme?
Amores, ¿dónde es ida vuestra madre?
¿Porqué se fué? ¿Porqué os dejó tan solos?
Aya. Su madre desde el cielo los bendice.
Rey. Bien fuera qu'en la tierra los criára.
Aya. En esta vida no hay eterna cosa.
Rey. La triste remembranza de su muerte.

Aya. Y el gozo alegre de su eterna vida.
Rey. En fuerte punto la perdí de vista.
Aya. No aquel amor mas fuerte que la muerte.
Rey. Ni aquel celo mas duro qu'el infierno.
Aya. Los ángeles querian coronalla.
Rey. Las furias del infierno destruilla.
Aya. La grande ira de Dios sobre ellos car-
Rey. O sobre mí, si no los destruyere. [ga.
Aya. Aun agora se me rasga el alma
De vérsela rendir al duro hierro.
Rey. O cielos que lo vistes,
O muerte cruda, ¿porqué me has dejado?
Para darme una vida
De muertes tan cargada,
Que puje sobre todo sentimiento:
Que no me das tú vida, o muerte cruda,
Sino, ay dolor, porque mi alma muera:
Que no acostumbra el cielo,
Por poco comenzar, cuando pretende,
Echar en el abismo
Un rey mas abatido que la tierra.
Aya. Señor, en cuya vida,
Señor, en cuya gloria está librada
Las destos angelicos, que te lloran
De verte á tí llorar tan tiernamente,
No los aflijas tanto.
Rey. Llorad, llorad, amores,
Llorad comigo vuestra desventura,
Hasta que la piedad del padre eterno
A todos nos esfuerce,
O á todos, cuales nubes, nos vuelva
En piedras, que con lágrimas se ablande:
Que nuestros duros hados
De sola cuita y llanto se sustentan.
Llorad tambien vosotras,
Matronas y doncellas lusitanas,
Que habeis tambien quedado
Sin vuestra gran señora,
Sin vuestra noble reina,
Sin vuestra valedora,
Sin vuestra compañera; y dulce hermana.
Aya. Las leyes, señor mio,
De los celestes hados, no se rompen
Con lágrimas de blandos corazones:
Ni ciegos de llorar los ojos pueden
Dar vida á quien ya desta se ha librado.
Rey. Tanto mas me es forzoso
Dolerme y lamentarme,
Cuanto mas sin remedio
Mis desventuras veo.
Cam. Señor, cosa es indigna de los reyes
Dejarse así llevar de la tristeza.
Rey. La discrecion humana es mas indigna
Si manda que se goce el bien amado,
Y que no dé dolor el bien perdido.
Cam. La discrecion humana si se mide
Por la divina, su medida y régla,
De todos males saca grandes bienes.
Rey. ¿Qué bien puedo sacar de mal tamaño? [vino.
Cam. El bien del sufrimiento, que es di-
Rey. Duro consuelo, el duro sufrimiento;
Antes si por tal caso yo pasase,
Al cielo ofenderia, y á la tierra.
Cam. No te quiero, señor, tan insensible,
Que dejes de sentir tan duro encuentro,
Ni de ánimo tan flojo y desmayado,
Que dejes de vengar crueza tanta:
Mas quiérote con Dios tan ajustado,
Que no pases los lindes de sus leyes,
Y que de suerte sientas este golpe,
Que no se trueque en furia el sentimiento,
Pues ves que la fortuna no se suele
Con la furia menguar del que la corre,
Ni con lágrimas nuevas, llagas viejas
Curarse suelen, antes recentarse.
Que los que dicen que el llorar es gusto,
O del todo le tienen ya perdido,
O poco debe ser lo que han llorado,
Pues lágrimas maduran las tristezas
Con tan amargo fruto, que hemos visto
A muchos que de lágrimas se ceban,
En furia y en insania convertidos,
Ser despeñados de las altas rocas
En el abismo del eterno llanto.
Rey. Pesado aviso de filosofía,
Sin las causas quitar de las tristezas,
Querellas hacer dulces y suaves.
Coro. Las aguas de Mara que no podian
Por su amargor nativo ser bebidas,
Despues que del madero son movidas,
Con gusto y con dulzura se bebian,
Las penas y zozobras que solian
Amargas parecer, y desabridas,
En el árbol dulcísimo enjeridas,
Otro sabor tendrán del que tenian.
Porque ¿qué pena habrá, que pena sea,
Si con aquella del cordero manso
Por nuestras culpas, fuere comparada?
¿O qué amargura que por tal se crea,
Con la dulce esperanza del descanso
De aquella eterna patria deseada?
Rey. Eso podeis cantar á los que lloran
De verme á mí llorar mi grave daño,
Pues pienso reparalle con ejemplos
De mas cruel, de mas inexorable,
De mas amarga y áspera justicia,
Que jamas en el mundo se han oido.
Y aquellos tres huidos de Castilla,
Que en Portugal pensaban guarecerse,
Bien pueden hacer cuenta que acabaron
Las de sus vidas tristes, y entregados
A su rey han de ser, en trueco franco
De aquellos crudos enemigos mios;
Y llámeme cruel el mundo malo,

Que estos serán mis gustos y mis gozos,
Gozos de rey tan mal afortunado.
Coro. ¡Cuán mal afortunado
El rey puede llamarse
Que de cruel tristeza está tocado:
Y cuánto lamentarse
El reino desdichado
Que mereció tal rey por su pecado!
O patria lusitana,
De piedad despojada
Mas que la inhabitable sierra hircana:
Ya hace en ti mesnada
La triste sombra insana
De la otra infernal furia castellana.
No te asombra el bramido
Del fiero leon hambriento,
Que al pueblo baja ya desde el ejido,
Y con rabioso aliento,
Busca despavorido
La res que menos halla de su nido.
Asómbrente las feas
Y torpes culpas tuyas,
Que bastan á que cuando tal te veas,
Con grima de ti huyas,
Y en tu Dios te reveas,
Fuente de la hermosura que deseas.
Con pecho quebrantado
Te rinde á su clemencia,
Y dile que se acuerde que ha fundado
En ella la potencia,
La fuerza y el estado
Del que te sige en trono sublimado.
Y que este fundamento
Del público edificio,
En otro estriba de inmortal asiento:
Que es su justo juicio,
Castigo y escarmiento
De todo desmandado pensamiento.
Que no te desampare,
O lusitano bando,
De arreos tales antes te repare:
En el puño apretando,
Cuando mas se ensalzare,
El corazon del rey que te juzgare.
O patria lusitana,
Que espejo de clemencia
Solias ser, y de nobleza humana:
¿Quién llevará en paciencia,
Que vengas de cristiana
A ser en crueldad mas que pagana,
Y que aquel rey del cielo,
Despierto al alarido
De la vertida sangre en este suelo,
A rey le haya rendido,
Que envie sin recelo,
Tras su nombre cruel, su sceptro abuelo?

ACTO SEGUNDO.

CONDESTABLE. REY DON PEDRO.
EMBAJADOR. COROS.

Cond. Cual ave que no sabe consolarse,
Sin la sangre verter del pecho tierno;
O cual madre que viendo apresurarse
Del parto amargo, llama el padre eterno;
O cual alma que yendo á despojarse,
Las sombras teme del oscuro infierno:
Tal me tiene el pensar, o patria mia,
Que tal es tu congoja y agonía.
Veo que el cielo sobre ti derrama
La sangre, con que el suelo violaste,
Y que te cerca ya la cruda llama
Que con tus propias manos atizaste:
Pues el nuevo pastor cual leon brama,
Por la preciosa res que le mataste,
¿Qué harás, o Lusitania, en tal estrecho,
Sino volverte á Dios con sano pecho?
Coro. ¡O corazones,
Mas que de tigres,
O manos crudas,
Mas que de fieras!
¿Cómo pudistes
Tan inocente,
Tan apurada
Sangre verter?
Ay, que su grito,
O Lusitania,
Patria mia,
Ay, que su grito
Desde la tierra
Rompe los cielos,
Rompe las nubes,
Rompe los aires,
Trae las llamas
Del celo vivo,
Trae los rayos
Del vivo fuego,
Que purifica
Toda la tierra
Contaminada
De la crueza
Que cometiste;
Trae la vara,
Trae el azote,
Trae la peste,
Trae la furia
Que te castiga
Sin piedad.
O Lusitania,
Patria mia,
En la fortuna
Destos enojos,
En la tormenta

Destos pesares
Que te combaten,
Vete al abrigo
Del que te abriga,
Vete al amparo
Del que te ampara.
Abre los senos
Desas entrañas,
Abre las arcas
Desos tesoros,
Saca las prendas
Inestimables,
Y las reliquias
Mas que sagradas
En que confias:
Muestra las quinas,
Ricos trofeos
De tus hazañas:
Muestra las quinas,
Ciertas veneras
De romerías,
Tan preciosas:
Muestra las quinas,
Claras insignias
De la clemencia,
Del amor puro
Del que por prendas,
Del que por armas,
Dártelas quiso.
Válgate el precio
Y valor dellas,
Para librarte
De la congoja,
De la fatiga,
En que te tienen
Puesta tus culpas.

Rey. ¿Qué dices, condestable, á la emba-
Que trae bien pensada el castellano? [jada

Cond. Pesada al lusitano.

Rey. Ya la oiste.

Cond. Estoy, señor, tan triste de sabella,
Con la respuesta della, que maldigo
La muerte qu'es comigo tan esquiva,
Que no quiere que viva en este suelo,
Sino para del cielo ver las leyes
Rompidas por los reyes, que debieran
Ser los que defendieran su partido.

Rey. No seas atrevido, si no quieres
Pagar lo que dijeres con la vida.

Cond. A ti, señor, rendida, no la honra
De haberte la deshonra declarado
Que á este reino has dado, en dar entrada
A la desaforada tiranía
De aquel lobo que envia á ofrecerte
Los perros, por cogerte los corderos
Por estos tus oteros guarecidos
De sus fieros aullidos, que me erizan
El corazon, y atizan este celo,
A que tan sin recelo contradiga
De tan infame liga las estrenas.

Rey. De Tántalo las penas merecia
Quien tanto desconfia, y se me atreve,
Mas tú verás en breve que este sceptro
No consiente otro sceptro en las consejas,
Ni son estos ovejas, ni corderos,
Sino lobos arteros, y peores,
Con agenas colores almagrados.

Emb. Señor, en la república bien puesta,
Donde la paz con la justicia mora,
Aquel se muestra vivo miembro della,
Que la vida aventura por quitalla
A quien la quita á otros, y quebranta
Las firmes treguas del comun descanso,
Dulce fin del gobierno de los reyes.

Rey. Los reyes en las obras de justicia
Nos hemos de esmerar, que este es el básis
Sobre que estriba nuestro real estado,
Esta es la que nos hace ser temidos
De amigos y enemigos, en el trance
Desta vida mortal, y al cabo della,
Ella es la que nos lleva, y nos trasforma,
En aquel sol eterno de justicia,
Si acá bien la entablamos en la tierra.
Y así procuraré, mientras al cuerpo
Este real espíritu rigiere,
De dalle alojamiento por las casas
De los mas estirados de mi reino.
Que aun el blason de aqueste alcázar mio,
Con la doncella en torno rodeada
De fieras, que es al vivo la justicia,
Me trae á la memoria estos peligros.

Cond. Jamas yo deseé sino justicia,
Ni quiera Dios que falte de mi casa,
Pues veo que sin ella el edificio
De toda la nobleza, es humo y viento;
Ella es el fundamento, es el apoyo
Del ser, valor, y resplandor humano,
Ella es la que corona y galardona
Las obras, los cuidados, los deseos
De todo noble y bien andante pecho.
Ella es la que edifica las moradas,
Y planta los alegres paraisos,
Que el cielo y suelo prometernos pueden:
Ella es la que fabrica las ciudades,
Sustenta los estados y los reinos,
Levanta y tiene en pié los señoríos,
Dilata, ensancha, encubra los imperios.
Sin ella alto es bajo, el claro oscuro,
El sabio necio, el rico sin haberes,
El libre esclavo, el fuerte sin aliento,
El noble infame, el rey sin poderío.
Sin ella este tu reino, o rey don Pedro,
Que siempre ha sido estado glorioso
De reyes y señores, cuyo sceptro
Sobre la cumbre de Ida se encarama,
Seria un vano encanto, un triste sueño,

Una mortal estatua ó estantigua,
Cuan el rey babilónico soñaba,
Deshecha en polvereda, que cegase
La vista de tus ojos, que debrian
Ser mas que los del águila fulgentes.
Mas ¿qué digo? seria este tu reino,
Si tú no le cumplieses de justicia,
Cual vid sin cepa, cual sin tronco rama,
Cual res sin dueño, cual sin cuerpo sombra,
O cual cuerpo sin alma quedaria.
Rey. La mia se me arranque deste cuerpo,
Primero que yo deje por flaqueza
De mantener justicia rigurosa:
De mí se olvide mi derecha mano,
Al paladar mi lengua se me apegue,
Primero que yo deje de emplearme
De suerte que los vivos y los muertos
Los duros golpes sientan de mi sceptro.
Cond. La fuerza de tu sceptro es la justi-
Justicia es el blason, el apellido, [cia,
El sello, la sortija de las armas,
La laurea, el diadema y la corona
Que mas asienta á los sagrados reyes.
Della te quiero ver tan guarnecido,
Cuanto de tus vasallos acatado.
Ella es la fuente mas que pegasea
De todos los arreos y grandezas
Que en los humanos pechos se atesoran:
Ella es el cuento, el peso y la medida
En que consiste el ser de los vivientes:
Ella es la madre pia del sentido,
El nervio del discurso y del juicio,
De la tranquilidad y del descanso,
De todos los ilustres pensamientos:
Ella es aquel ambrosia regalado,
Y aquel suave néctar de los dioses:
Aquel sagrado cuerno de Amaltea,
Que está vertiendo siempre los tesoros,
Y enriqueciendo los dorados siglos
De gracia y virtudes inefables:
Mas porque eso deseo y celo tuyo
No salga de los lindes que le ha puesto
Aquella eterna celestial justicia,
Suplicote, señor, que la contemples,
Y della como de sagrada idea
La tuya acá retires en tu pecho,
Para entablalla en este reino tuyo,
De suerte que el eterno se te entregue.
Que bien como el espejo cristalino,
A los rayos solares contrapuesto
Al mismo sol se para semejante,
Y así los rayos que del sol recibe
Los comunica luego, y los reparte
Por todo aquello que se le descubre;
Así sin duda tú si te aseguras
A contemplar la claridad inmensa
De aquel eterno punto de justicia
Al peso tuyo, quedarás en ella
Con mas que humano aliento trasformado,
Y así serás cual sol resplandeciente,
Y tu presencia y vista soberana
Cual el frescor de la rosada aurora,
Que alegra y regocija el hemisferio,
Escuro y triste por la ausencia della.
Desta verdad fué mística reseña
Aquel paladio escuro que hacia
Clara la gente, que antes era escura,
Y aquel retrato sacro de Minerva,
Que consigo traia el sabio griego
Que deste reino tuyo el sceptro tuvo.
Mas no te enfade aqueste perigrino
Engaste de virtud que tanto precias,
Pues suele cada cual de lo que estima
Oir alegremente el toque y loa.
Rey. Bien sabes tú que suelo yo de grado
Oirte, porque sé que tus conceptos
Son partos de un espíritu discreto,
Del bien de mi república celoso.
Y así te ruego agora que te estiendas,
Y alargues por el cielo, y por el suelo,
Donde vieres que llega la justicia,
De que me quieres ver tan adornado.
Cond. Merced, señor, es esa merecida
Desta pureza y fe con que te sirvo,
Y Dios lo sabe bien, que deste pecho,
A tu perpetua gloria consagrado,
Jamas salió lisonja por mi boca,
Sino verdad, lisura y desengaño,
Arreo natural de caballeros.
Contempla pues, señor, que aquella eterna
Justicia, de aquel sol llamado della,
Es la estrella, la guia, el norte, el polo,
Por donde el cielo y suelo se gobiernan;
Es la columna de la fuerza eterna
Sobre que estriba todo lo criado,
Que quiere conservar su ser y punto;
Ella es la que reparte por sus coros,
Aquellas inmortales hierarquías,
Que allá le están en el impíreo trono
Eternas alboradas entonando,
Y acá sin intervalo componiendo
De todo el universo la armonía;
Ella es la que compone las esferas
De aquellos cuerpos que los nuestros rigen:
Ella las mueve en torno, y las gobierna,
Con paso apresurado, ó vagaroso;
Ella es la que de Lidia el carro trae,
En qu'el dorado Apolo va su via;
Ella es la que da luz á las estrellas,
Y hace de Diana el cerco claro,
Contra el escuro velo de la noche;
Ella es la que la paz y la concordia
Entre los elementos establece,
Que á su término y linde están atados.
Ella es la que deslinda y parte el año
Entre verano, estío, otoño, invierno,

Con una variedad tan acordada,
Que es un suave pasto de la mente.
Ella es la que da ser, da vida y gloria
A todo lo visible, y que no vemos.
Ella es la que lo humano á lo divino,
Y lo mortal á lo inmortal allega.
Ella es en fin aquella, aquí el sentido
Y la razon humana desfallece,
Ella es aquella que su falta viendo
Acá bajó á la tierra desde el cielo,
Cual sol de nube escura rodeado,
Con que hizo sombra á los humanos ojos,
Que no sufrieran la soberanía
De aquella claridad inaccesible:
Ella es la que vistió aquél verbo eterno
De aquella sacra púrpura teñida
Con la rosada y siempre virgen sangre,
En que mojó el pincel, con que la imágen
De su divino ser, ya deslustrada,
Volvió á pintar en nuestras nobles almas;
De suerte, o gran señor, que aquella eterna
Justicia, que te debe ser dechado,
Y espejo en que te veas, y reveas,
Para imitar sus lejos, y sus cercas,
Sus líneas, y sus sombras, y sus vivos,
Su perspectiva, su primor, y arreo,
Sus obras, sus hazañas, sus proezas,
Sus glorias, sus triunfos, sus trofeos,
Toda es alegre, clara, y refulgente,
Discreta, proveida, gloriosa,
Suave, dulce, blanda, reposada,
Spléndida, magnánima, jocunda,
Igual, clemente, sana, primorosa,
Fácil y liberal, humilde y mansa,
Del gusto, del descanso, del reposo,
Del ser y bien del mundo cuidadosa.
Mas, ay dolor, que este es el que me aflige,
Y el triste corazon me tiene helado,
Que veo que esta idea de justicia,
Que aquí debiera ser el rey terreno,
Es aquella doncella colocada,
Medalla hieroglífica de reyes,
Entre las doce estrellas, desdeñosa
Del mal parado albergo deste suelo.
Rey. Tambien esa justicia allá se pinta
En medio de un leon y una balanza,
Y así presto verás por mal de muchos
Cómo la fortaleza de mi pecho
El adalid será de mi justicia,
Al peso ejecutada de las obras
Que cada cual hiciere en mi desgracia,
Y bien pudieras tú con esas flores
Mezclar estas espinas, y traerme
A la memoria, en que los tengo, aquellos
Ejemplos memorables de justicia,
Con que se venga Dios de sus contrarios:
Aquel diluvio de cruel matanza,
Que la tierra sorbió descaminada;
Aquellos fuegos de su saña viva,
Sobre las ciudades de escarmiento;
Aquellas siete, ó siete mil millones,
De plagas, hambres, guerras, pestilencias;
Aquel azote crudo que descarga
Sobre sus enemigos cada dia;
Aquel infierno eterno fabricado
Para todos aquellos que le ofenden.
Cond. Señor, aquel eterno rey del cielo
Es tan celoso de sus criaturas,
Y de comunicarnos su bondad,
Que siempre por amor, ó por temor,
De allá del cielo nos está llamando.
Primèro nos convida con clemencia,
Toque primero de la bondad suma,
Y piedra iman de nuestros corazones;
Y si con esto ve que no nos mueve,
Como forzado, acude á compellernos
Con el castigo, no sin piedad,
Que esta es el alma y vida de sus obras;
Es della tan amigo el dulce padre,
Que en todo lo que hace, aunque parezca
Ser el castigo sumo, nos la muestra:
Y así quisiera yo, rey piadoso,
Que tus estrenas fueran de clemencia,
De amor, y de justicia piadosa,
No de rigor, ni de dureza tanta,
Que digan por el mundo que te quieres
En todo parecer al de Castilla.
Rey. ¿Qué piedad quisieras tú que usára
Con estos tres honrados castellanos,
Que acá pensaban guarecer las vidas?
Cond. Que no los entregáras á la muerte.
Rey. A su rey les entrego, déles vida.
Cond. Quitóla á quien la suya le habia [dado.
Rey. Júzguelo Dios.
Cond. Sí, juzgará, qu'es justo.
Rey. Los hombres no, porque los juzguen reyes.
Cond. Júzgalos mal los que no les mantienen
Las leyes y costumbres que los salvan.
Rey. ¿Qué ley salvaba á estos?
Cond. La que salva
A quien de ti se ampara, y puéde poco.
Rey. El rey que no se venga puede menos.
Cond. El rey que ampara á muchos puede mucho.
Rey. ¿De mí se han de amparar contra mi hermano? [ayer.
Cond. Hermano es hoy, el que enemigo
Rey. ¿No me entrega los otros alevosos?
Cond. Entrega y trueco digno de memoria,
Trocar los justos por los pecadores,
Los inocentes por los desalmados.
Rey. ¿Tan inocentes te parecen estos?
Cond. Si no lo han sido, aquí debieran
O por tales juzgados á lo menos, [sello,
Al sagrado acogidos de tu reino.

Rey. ¿Valiéraleó sagrado allá en Castilla?
Cond. Ni acá tampoco, pues así lo quieres.
Rey. Es cosa justa que los otros vengan.
Cond. Es cosa injusta que estos allá vayan.
Rey. Allá se lo haya el rey que los juzgare.
Cond. Y allá te lo hayas tú que los entregas.
Emb. El edificio grande gran cimiento
Ha de llevar, señor; tu real estado,
Agora que comienza, es bien que vaya
Fundado sobre ejemplos de justicia:
Y no la hicieras tú si no entregáras
A mi señor y rey los que te pido,
Hernando Gudiel el de Toledo,
Ortun Sainz Calderon, y Menrodriguez
Tenorio, todos tres en cambio justo
De aquellos enemigos que allá tienes,
Cuyo castigo y muerte el cielo pide:
Demas que la amistad entre los reyes,
Hermanos mayormente, y tan vecinos,
Al cielo y suelo siempre ha sido grata:
Con esto la confirmas, y te vengas,
De quien tu celsitud ha violado:
Y entablas sobre todo entre los hombres
Aquel temor, aquel espanto y grima
Que Dios pone de sí á los pecadores.
Rey. Ya yo te los he dado, vayan luego,
Porque los otros vengan á mis manos.
Cond. Los otros sí, ¿mas estos?
Rey. Estos mueran.
Cond. Sí morirán, y dello á mí me pesa.
Emb. ¿Que te pesa que mueran malhechores?
Cond. El malhecho aborrezco, pero quiero
Salvar al malhechor, cuando le salva
La ley y la razon qu'es alma della.
Emb. Quien salva al malhechor, condena al justo. [malos.
Cond. El cielo ampara, y salva á muchos
Emb. ¿Que el cielo quiere que los malos vivan? [mueran,
Cond. No quiere el cielo que los malos
Sino que se arrepientan de sus culpas.
Emb. Solo Dios sabe bien quien se arrepiente.
Cond. Todo buen pecho espera el bien
Y teme el propio mal. [ageno,
Emb. Así le teme
Mi rey de los que juzga y señorea.
Cond. Si los amase, no los temeria.
Emb. Si los amase, no le temerian. [cede.
Cond. Del buen amor el buen temor pro-
Rey. Esta vida es un golfo de temores. [zas.
Cond. Tambien un mar bermejo de crue-
Rey. En él los malhechores se anegaron.
Cond. Y Faraon que á buenos perseguia.
Rey. A los malos persigo con justicia.
Cond. Querria que los reyes entendiesen
Que es crueldad y furia la justicia
Que de equidad humana se desvia.
Rey. ¿Qué llamas equidad?
Cond. Aquel sereno
Y claro resplandor del rey humano,
Que su decoro guarda, y da su punto,
Su gusto y su sabor á todo estado,
Guardando aquellas leyes y costumbres,
Aquellos fueros santos y derechos,
Que en peso tienen el descanso justo
De toda suerte y calidad de gente.
Emb. ¿Tanto se deben humanar los reyes,
Que lo que allá su spíritu les dice
Se haya de anivelar con lo que aplace
Al rico, al pobre, al bajo y al plebeyo?
Cond. Los reyes deben ser tan soberanos
En todas sus empresas y designios,
Cuanto al perdon de las ofensas prontos.
Deben ser tan celosos de las vidas
De todos los rendidos á su mando,
Cuanto de su justicia cuidadosos.
Rey. No mas, embajador, no mas razones
Con quien no las admite; llévense estos,
Porque los otros vengan con presteza,
Que aunque estos fueran justos, muchas ve-
Los justos pagan por los pecadores. [ces
Cond. Sentencia de tirano, mas que tuya.
Rey. O duro atrevimiento, que me quieras
El alma destruir con tus blanduras:
No pares mas aquí, que ya no puedo
Sufrir tal desmesura en mi presencia.
Yo desenterraré aquel cuerpo frio
De aquella que me abrasa esté alma triste,
Y le daré mi sceptro y mi corona,
Y sobre la venganza de su muerte,
Trastornaré la tierra y los infiernos. [sueles
Coro 2°. Buen conde, bien será que te con-
De haberte así rompido el noble pecho.
Cond. Ay, que en España veo, á mi des-
Tres Pedros reyes, todos tres crueles. [pecho,
Coro. Ese misterio no se le reveles,
Que donde hay fuerza piérdese el derecho.
Cond. Ay, que me tiene un trueco tan mal
Amargo el corazon mas que las hieles. [hecho
Coro. Mira que cuelga el público sosiego
Del tuyo, y que con este duro ensayo,
Atizas contra tí la cruda llama.
Cond. Soy lauro verde contra el seco rayo,
Y planta larisea que en el fuego
Conservo en su verdor mi tronco y rama.
Coro 1°. O como cuando Apolo
Su resplandor asconde,
Al rey que es nuestra luz y nuestra guia,
A los que le seguimos
Se nos ha ido el dia,
Y en noche escura y triste nos hallamos.
Y cuando el sol humano,
Con las amargas olas,

De la encendida cólera se abraza,
Nosotros que no vemos
Sino lo que él nos muestra,
¿Qué vemos sino cuitas y pesares?
Coro 2º. ¡Oh cuán amarga llama
Es la del dulce fuego
En los reales pechos encendido!
Que cual fortuna grave,
Tras calma bonanzosa,
Flores, yerbas y plantas llevar suele,
Tal es la cruda usanza
Del nieto del mar bravo,
Que de muertes se ceba, y de cruezas:
Mas presto la clemencia
Del cielo dará vuelta,
Y nos consolará con la bonanza.

ACTO TERCERO.

REY DON PEDRO. CAMARERO. COROS. OBISPO. CONDESTABLE.

Cam. ¡Oh, cómo el sol hoy sale del oriente,
Mas claro que solia, y mas hermoso,
Para dar resplandor al occidente,
Y cómo en este valle deleitoso,
Estampa mas al vivo las colores,
Que han de alegrar el tálamo gozoso!
¡Cómo esta noche aquellos ruiseñores
Hacian mas suaves sus mancillas,
Y menos aquejados sus clamores;
Y cómo agora aquestas avecillas
Redoblan su cantar mas acordado,
Con el tenor de alegres maravillas!
¡Cómo mas cristalino, y mas vidriado,
Se muestra destas aguas el remanso,
Y el golpe de su rauda mas callado;
Rarísima reseña del descanso,
Que hoy Febo ofrece al pecho lastimado
De aquel leon mas que un cordero manso!
Y así con canto dulce y regalado
Será bien recordalle, y dalle nueva
Del dia de su gloria que es llegado,
Cual el que al fin del mundo le renueva.
Coro. Recuerda, o claro Delio, que te llama
Aquella ilustre Nise, que en el suelo
Fué rica muestra del empíreo cielo,
Adonde se ha tornado en viva llama.
Y así de allá tu corazon inflama
De un íntimo calor y ardiente fuego,
De que la tierra adore su almo velo
En el coloso sacro de la fama.
Recuerda pues, y aclara ya tus ojos,
Verás de tu Medusea los arreos,
De mas que humano spíritu tocados.
Recuerda á celebrar los himeneos
De aquella alma feliz, cuyos despojos
En prendas de su amor te están guardados.
Rey. La música sin duda al alma triste
Es un pesado alivio del sentido.
Cam. Antes es una natural sangría,
De la vena del alma que está en pena.
Rey. El alma no acostumbra aliviarse
Con la memoria grave de sus daños.
Cam. La música no aviva esa memoria,
Sin regalar el sentimiento della.
Rey. Regala y enternece los sentidos,
Mas no da gusto al alma desabrida.
Cam. Si á los sentidos sabe dar su punto,
El alma sabia su sabor se toma.
Rey. Saber el hombre mucho, y poder poco,
Es un desabrimiento intolerable.
Cam. Y aun el poco saber, y el poder mucho,
Es un desórden grande de la vida.
Rey. Mucho sentirse debe la amargura
De un alto pecho en la fortuna baja.
Cam. Y no menos la lástima y la cuita
Del pecho triste, en la fortuna alegre.
Rey. Nunca puede alegrarse el desdichado
En quien sus suertes hace la fortuna.
Cam. Nunca sus suertes pueden ser tan tristes,
Que no dejen lugar al alegría
Que el cielo envia en pos de la tristeza.
Rey. No suele el cielo defender la causa
De los tristes, de suerte que les quite
Las causas de lo ser en esta vida.
Cam. Antes el cielo envia la bonanza
Tras la tormenta, como tras la noche
Escura y triste, el dia alegre y claro.
Rey. Bien triste y bien escura me fué aquesta,
Con la memoria de aquel triste sueño,
Tan de veras cumplido en la inocente.
Cam. Tan claro debe ser, y tan alegre
El dia que amanece, y tan hermoso,
Para la gloria della señalado.
Rey. Ella tendrá allá gloria, yo acá pena,
Aunque su muerte con la mia vengue.
Ella con Dios descanso, yo tormento
Comigo triste de me ver sin ella.
Cam. Aquí vienen sus hijos que te llaman,
Con sus alegres almas te dan voces
Que no te aquejes hoy, qu'el cielo y suelo
La quiere coronar de gloria tanta.
Rey. Hijos de aquella madre tan dichosa,
Cuanto de padre triste y desdichado,
Amores, quereis ver mi diadema,
Quereis ver mi corona en su cabeza.
¡Ay, cómo veo en estos vuestros ojos,
En estos ojos vuestros, los de aquella
Lumbre de aquestos mios, que la lloran!
No lloreis, hijos mios, consolaos,
Yo lloraré por todos,

Y verteré á lo menos,
Por estas mis mejillas,
Tanto licor a nargo,
Cuanta ella vertió sangre por sus pechos.
¿Mas quién dará á mis ojos
Canales tan ardientes, que por ellos
Se me derrame el alma
En lluvia, que llevada
Del aire de mis intimos sospiros,
Ablande la dureza
De la invidiosa muerte
Que allá me lleva donde mi tesoro?
¿Quién me dará palabras
Para debidamente lamentarme?
Pues ya no me oye aquella,
Aquella que solia,
Con sola una palabra,
El alma me esfogar de mil dolores.
¿Quereis venir conmigo,
Amores de mi vida,
A ver si os oye aquella,
De cuyo vientre fuistes dulces pesos,
De cuyos pechos blandos
Probastes los primeros
Y dulces alimentos,
A ver si os oye aquella cara madre,
O si la recordais del dulce sueño?
Ay, sueño amargo aquel de aquella noche,
Vigilia de aquel dia tan escuro.
O doña Ines, mi bien, ¿no recordaste,
No recordaste dél por mí gritando?
Agora grito yo, ¿dónde te has ido?
Al cielo por no verme,
Al cielo por no oirme.
Bien oyo yo, bien oyo los gemidos,
Bien oyo los quebrantos de tu pecho.
Gritabas tú por mí, señora mia,
De aquellas crudas fieras salteada,
Querias darme aquel postrer aliento,
Para conforto desta triste vida.

Eco. Ida.

Rey. ¿Dónde la tuya, doña Ines?

Eco. Es.

Rey. ¿Voz humana la que así me asom-

Eco. Sombra. [bra?

Rey. ¿De doña Ines?

Eco. Es.

Rey. ¿Qué me llama

Coro. El eco que resuena,
Del grito de tu pecho lastimado,
Te trae como en pena,
Con la sombra abrazado
De aquella que tan triste te ha dejado.
Y desde las troneras
Deste olímpico templo redoblando
Sus voces lastimeras,
Sube, el mundo atronando,
Hasta donde Saturno tiene el mando.
Y así con grito humano,
La tierra, el agua, el aire, el fuego llora,
Ya todo lo mundano,
El sol se descolora,
De empacho de la culta que en ti mora.
Ay! no te afijas tanto,
O claro sol del orbe lusitano,
Mira que tu quebranto
No cabe en seso humano,
Y ofende gravemente al soberano.
Mira el sepulcro abierto,
La tierra te la ha ya restituido,
Y el tesoro encubierto
El cielo le ha querido
Hoy descubrir con gozo tan crecido.

Rey. ¡O tierra tan escura, y tan pesada,
Como la que este spiritu me encubre,
Que me hayas tú encubierto aquel tesoro
Que mi real estado enriquecia!
O tierra, temorosa sepultura
De claros pensamientos, grave yugo
De los hijos de Adan que acá quedamos,
Madrasta de congojas y pesares,
Maestra de dolores y miserias,
¿Cómo es posible que hayas tú podido
Aquel sol eclipsar deste hemisferio,
Y sepultar en tus entrañas frias
Aquel fuego de amor? ¿No te abrasaba?
Ay, ¿porqué me sustentas?
Ay, ¿porqué no me tragas, cruel ballena,
En mar de tantas cuitas anegado?
O Dios, cuyo saber y providencia
Deslumbra aquel seráfico senado:
Declárame, señor, ¿porqué has querido,
Al alma noble que es imágen tuya,
Dalle un tan bajo y tan caduco velo,
Como es el deste cuerpo, que de tierra
Formado y producido, vuelve á ella,
A ser manjar y cebo de gusanos?
¿Porqué, señor, sublimas tanto al hombre,
Y al rey que en tu lugar acá pusiste?
Pues por la parte que de tierra tiene
Es un ejemplo vivo de flaqueza,
Una balanza de calamidades,
Una imágen y sombra de inconstancia,
Es un espejo trágico del tiempo,
Un juguete cruel de la fortuna,
Y es tierra al cabo, tierra escura y triste.

Ob. Señor, mucho debemos á la tierra,
Que en su propia sustancia y ser convierte
Nuestros terrestres cuerpos, pues sabemos
Que es fin y perfeccion de toda cosa
Volverse á su principio, y que la tierra
Es el desta mortaja que nos cubre.
Y es punto digno de tu aviso raro,
Que aquel eterno padre nos quisiese
De la tierra formar aqueste cuerpo,
Que habia de ser vaso corruptible

Del alma, que no puede corromperse.
Estraña y regalada maravilla,
A gusto de tu espíritu discreto,
Y así con ella quiero consolarte,
Si tu benignidad me favorece.
La tierra, o rey terreno, madre nuestra,
Es un terron de amor que se derrama
Sin tasa y sin medida á toda cosa:
Es un mar de milagros amorosos:
Es fuente del amor, y de las cosas
Que de amor se sustentan, que son tantas,
Cuantas no caben en sentido humano,
Ni á recontallas todas por menudo
El ángel bastará que mas cuenta:
Porque veas la gloria y bien andanza
Que de la tierra al cuerpo, que rétibe,
Como á perdido y deseado hijo,
Dentro de sus entrañas amorosas.
Ella es aquella madre que produce
Tan varias, tan hermosas, tan alegres,
Tan escelentes cosas como vemos.
Que nunca está sino brotando bienes,
Y amores, y dulzuras espirando,
Para sustento y bien del universo;
Y al cabo, al cabo, ¿no nos restituye
A cada cual su cuerpo, estraña cosa,
Como de dulce sueño recordado,
Al primer toque y son de la trompeta
Que alertará los vivos y los muertos,
Al despuntar de aquel sol de justicia
Que aclarará lo escuro, y en un punto,
En un momento, en una vuelta de ojo,
O pena, ó gloria nos dará perpetua?
De suerte que convino que este cuerpo
Del hombre, qu'es hechura y semejanza
Del mismo criador que es amor puro,
De tierra se formase, y que volviese
A convertirse en ella, hasta que el cielo
Las vueltas acabase señaladas,
Al dia en que su forma y ser remuevan
Los cielos, y la tierra, y todo aquello
Que con su ser y calidades frisa:
Porque entre tanto no quedase estéril,
Sino fecundo, rico y dadivoso,
En pro del universo derramado,
Y este es el alto espíritu y sentido
De aquella letra misteriosa y viva,
En que mandaba Dios que de la tierra
Se le hiciese altar, como de cosa
Cuyo alto sacrificio mas le agrada,
Y que mas representa aquella suma
Fecundidad de amor y de largueza:
Aquel derramamiento sin medida,
Con que el eterno y amoroso padre
Se comunica á todo lo criado.
Suave y regalada maravilla
Que al alma, que es su templo, la vistiese
De tierra, y que mandase que en su templo,
A su divina gloria consagrado,
Se fabricase altar de sola tierra.
No andaba lejos de este sentimiento
Aquel gentil, de ingenio peregrino,
Que al famoso Eliseo visitando,
No supo con qué don, con qué presente
Poder mostrar la fe que por sus obras
De su valor habia concebido,
Sino con cargas que le dió de tierra.
Y este es aquel misterio que en Egipto,
Por tal se celebraba entre los sábios
De aquel dorado siglo, que decian
Que la tierra era madre de la fama.

Rey. Llámame al condestable.

Cond. Aquí me estaba.

Rey. Grandes son los misterios de la tierra.

Cond. El cielo tos declara á quien le mira.

Rey. La tierra nos deshace acá la rueda.

Cond. El cielo nos compòne allá la vida.

Rey. Bien es el remirarnos en la tierra.

Cond. Y bien el espejarnos en el cielo.

Rey. Tenémosla acá mas entre manos.

Cond. Tenémosle allá mas á nuestros ojos.

Rey. La tierra va á la tierra, somos tierra.

Cond. El cielo vuelve al cielo, somos cielo.

Rey. La tierra es la que agora poseemos.

Cond. El cielo es el que en ella grangeamos.

Rey. La tierra es un refugio de miserias.

Cond. Y el cielo un cumplimento de deseos.

Rey. Si alguna vez el cielo nos apaga
La sed de algun deseo, no parece
Sino que de propósito lo hace
Para avivar con agua poca el fuego,
Para mas encendernos las entrañas,
Y el triste corazon dejar cual horno,
Que de deseos altos no cumplidos,
Y de tormentos grandes no acabados,
En vivas llamas arde noche y dia.

Cond. No ves, señor, no ves que esa [tristeza
Esos pesares tan desaforados,
Ese tropel de tristes pensamientos,
Nacidos y criados de la tierra,
No cuadran con la fiesta y regocijo
De tan alegre y tan gozoso dia,
Por gran merced del cielo señalado,
Que con amor tamaño aquí te espera,
Para ver tu corona en la cabeza
De aquella cara esposa que allí tienes
En tálamo real cual le conviene.

Rey. ¡O doña Ines, tesoro de mi vida,
Antes despojo ya de vida y alma,
Dolor, empacho, asombro, espanto y grima
Del cielo y de la tierra, qu'estás hecha

Tragedia de lamentos y agonías,
Ejemplo de desdichas y miserias,
No tuyas, sino mias, y del mundo,
Que no te mereció por su señora!
¿Este es el dia de mis esperanzas?
¿Este el dia fin de mis deseos?
El dia en que nací para así verte,
Los cielos y la tierra le abominen,
La noche en que engendrado fuí, perezca.
¡O noche escura, y mas escuro dia
El de mi nacimiento, pues me trajo
Al mundo, para ser tan raro ejemplo
De los mas mal andantes, y mas tristes,
Que jamas los presentes, ó pasados,
O por venir, verán en este mundo!
O cielos, o planetas, o deidades,
Que á vuestro criador haceis estado,
Y gobernais la humana monarquía,
¿Cómo pasais por caso tan horrendo,
Y quereis que haya rey tan desdichado,
Tan triste, mal andante y miserable,
Que vea con sus ojos tal ultraje,
Y no se muera luego?
O muerte cruda, ¿porqué me perdonas?
Porque la tuya vengue mi señora,
¿Mas qué venganza habrá que al justo venga,
De crueldad y estrago tan infando?
De mí me vengaré que soy la causa,
Yo soy el malhechor, el alevoso:
Yo te maté, señora,
Con este amor con que te dí la muerte,
Te rindo aquí la vida.
O tierra, ¿cómo vivo no me tragas?
O cielo, ¿cómo sobre mí no caes?
¿Cómo no llueves sobre mí los rios
Del Jovial furor con que me abrases?
O ángeles del cielo, á cuya guarda
Este rey sin ventura está entregado,
¿Quereis que vea yo con estos ojos,
Aquellos tan cerrados para siempre,
Y con mis manos toque las heridas
De aquellos nobles pechos tan abiertos,
A duros hierros, y crueles manos,
Y que yo no me mate con las mias?
Que un rey á quien el cielo no da vida,
Sino con tanta afrenta y desventura,
Bien la puede acabar con muerte honrosa.
¡Ay, tristes pensamientos,
Que cuales del pelícano los hijos,
Dentro de mis entrañas engendrados,
De mis propias entrañas se alimentan!
O Dios, que estás allá en tu trono eterno,
Donde no llega sombra de miseria,
Y encierras en el puño lo criado,
¿Porqué siendo tú bueno sumamente,
Y á males tantos socorrer pudiendo,
Lo dejas de hacer y sufres tanto?
Mas ya que eso te agrada, y así quieres
Tratarnos en la tierra que nos diste,
Suplícote, señor, por tu clemencia,
La luz y el sano acuerdo nos mejores,
De suerte que las quitas desta vida
Los gozos no nos quiten de la tuya.
Y tú, señora mia, que lo has sido,
Y lo serás en muerte, como en vida,
Recibe esta corona y este sceptro,
En fe de aquella con que me dejaste
Estas prendas de amor, que son tus hijos,
Legítimos infantes deste reino.
Y el mundo te conozca, y reconozca
Por reina deste reino, y tan señora
De mí y de mis deseos y cuidados,
Que jamas cuidaré sino en servirte,
Y aquella fe guardarte y entereza
Que debo á tu valor, y al amor mio.
Y así por él te pido, o sacra reina,
Que luego que acá tomes la venganza
De tu muerte cruel, allá me lleves
Contigo donde estás de Dios gozando.

Cond. Los cielos y la tierra en este dia
Se gozan, y la fiesta solemnizan
Desta coronacion tan deseada.
Y así quisiera yo tener mil vidas,
Mil almas yo quisiera para todas
A Dios las consagrar, que nos ha dado
Por reina una señora tan ilustre,
De tantas escelencias y rarezas,
De tantas gracias, dones y virtudes,
Que aunque muerta, y hecha polvos y ceni-
Mereció celebrar alegres bodas [za,
Con rey tan glorioso y soberano.
Y así, señor, de parte deste reino,
Te doy la norabuena, y te agradezco
La gloria y el placer que al cielo y suelo
Has dado con ensáyo tan alegre.
Y á ti, señora, adoro por mi reina,
Y deste reino, que por tal te jura,
Como á tus caros hijos por infantes.
Y pues tambien el sceptro y la corona
Allá tienes del cielo sin zozobra,
De las que el mundo malo acá te ha dado,
Suplícote, señora, no te olvides
Destos vasallos tuyos, que te adoran,
Y de tu providencia están colgados.

Coro 1°. Todos agora nos regocijemos,
Todos cantemos el triunfo y gozo
Destas solemnes y sagradas bodas
Tan deseadas.
Todos al tono de los serafines
Demos al cielo la debida gloria,
Y la gozosa paz al amoroso
Orbe de Luso.
Los refulgentes cielos, y planetas,
Vengan á punto con los elementos,
Y todos juntos á porfía canten
Gloria tanta.

Los coimbranos montes y collados
Desde su cumbre leche y miel destilen,
Como la antigua poesía canta
Sabiamente.
Los regalados árboles y plantas
Por regocijo su frescura muestren,
Véase en ellos cuan alegre torna
La primavera.
Las violetas, y las matutinas
Rosas, y flores de rocío llenas,
Todas se ofrezcan á la coronada
Nise famosa.
Las avecillas que sus quejas suelen
Ir de una en otra rama recontando,
Con melodía de suave canto,
Rompan el cielo.
Las plateadas aguas del Mondego
Con su murmullo blando se compongan,
Para pujar sobre las de Hipocrene,
En la blandura.
Los amorosos faunos y silvanos,
Las amadrías, drías y napeas,
Sus liras toquen, y discanten estos
Dulces amores.
Las sacras musas su furor divino
Todo le empleen, todo le derramen,
Solemnizando con Apolo fiestas
Tan gloriosas.
Venga pues, venga todo lo criado,
Al regocijo de la laureada
Nise, de ninfas y amorosas almas
Almo dechado.

Coro 2º. ¡Oh cómo ya las quinas
Se muestran preciosas
Al bando lusitano,
Que dellas se socorre!
¡Oh cómo la clemencia
De aquel eterno padre
Permite grandes males,
Porque pretende dellos
Sacar mayores bienes!
¡Oh cómo la justicia
Del cielo galardona
Ilustres pensamientos,
Sosiega y abonanza
Tormentos y fortunas
De pechos levantados!
De aquel ultraje horrendo,
Que aquellas crudas fieras,
Por permision divina,
Hicieron en aquella
Cordera, y mansa oveja,
¡Cuánto triunfo y gloria
Dios ha sacado agora!
La muerte poderosa
No tiene poderío
Contra el valor y fuerza
De las virtudes claras.
Aquella viva rosa,
De aquella fria nieve,
Caida y marchitada,
¡Cómo ya reverdece,
Tan bella y tan hermosa!
Aquellas crudas llagas,
Por donde con la sangre
Se le vertió la vida,
¡Cómo lo están manando,
Tan liquida Amaltea,
De gloriosa fama!
¡Cómo aquel leon fuerte
Esfoga ya la furia
Del encendido pecho,
Viendo resuscitada,
Con su fogoso aliento,
Aquella cuya muerte
La vida le quitaba,
Si no hubiese con esto,
Cual otro libre Alcido,
Tocado los despojos
De su consorte cara,
Para mas abrasarse
De la encantada llama!
Mas sea, o rey sagrado,
Tu llama cual aquella,
Tu fuego cual de fénix,
So cuyas nobles alas,
So cuyo ardiente celo
Revivan los mortales.
Y tu corage y brio,
Que tanta grima pone,
Pare en vengar la muerte,
La muerte y vituperio
De tu celeste Nise,
Que ya los alevosos
Llegado han de Castilla,
Con mas horrendo aspecto
Que furias del infierno.

ACTO CUARTO.

ALVARO GONZALEZ. PERO COELLO.
GUARDIA. ALCALDE. COROS. VERDUGO.

Guardia. Ya no se nos irá por piés la caza,
Caido han los venados en las redes.
Dentro destas están los alevosos,
Alvaro Gonzalez, que merino
Mayor, de aqueste reino ser solia,
Que este es el que le dió las puñaladas,
Y le quitó la vida, o caso horrendo,
A nuestra reina doña Ines de Castro:
Tambien el otro senador famoso,
Pero Coello, camarada suya,
Está con él, que á buen seguro mio,

Entrambos en conserva, como tales,
Querrian salir bien presto desta escura
Y lóbrega mazmorra en que los tengo,
Al ciego reino del eterno llanto.
Mas entre tanto, agora que me cabe,
Con esta escuadra y compañía alegre,
La suerte de guardallos, podré hacella
En ellos de manera que mi pecho
Se sangre del rancor, desden y saña,
Contra tan crudas bestias concebida.
Aunque mejor seria moderarme,
Si este corage refrenar pudiese,
De ver aquellas caras sin vergüenza,
De los estigios vientos requemadas.
Que cual lebrel sagaz que acostumbrada
A perseguir las selvaginas fieras,
Cuando léjos se siente del cerdoso
Y ardiente jabali, con poca fuerza,
De la trailla usada se detiene,
Mas cuando se le acerca todo rompe,
Y se arroja sobre él furiosamente.
Tal es mi brio agora, y no sé cómo
Disimular el alborozo y celo
De dalles el aviso y buena nueva,
De como ya se apresta el buen alcalde,
Para luego venir á visitallos,
Por la venida buena de Castilla,
Y el público ministro se compone
Para llevar el precio de las justas,
Y bien regocijalles las personas.
Mas bien será tomar figura nueva,
Y hacer del piadoso por proballos,
Y por podèlles dar mas sazonado
El trago venenoso de sus almas.
Amigos, Dios os salve y os consuele,
Y á todos con su gracia nos ampare,
Que cierto cuanto yo de veros gusto,
Tanto el pecho se me abre de ternura,
Y la debida piedad humana
Me fuerza á lamentarme en la alegría.

Alv. Si te pesa de ver cuales estamos,
Apiédate del rey que así nos tiene,
Que otra piedad en cuenta se recibe
De la poca que siempre de ti hicimos. [mas,

Coello. Gentil consolador de nuestras al-
Gentil lamentador de nuestros duelos,
Venido nos habia. [fieras.

Guardia. Escupa Dios en tan malditas

Coello. Perro villano, ¿así te nos atreves,
Así nos has las caras escupido,
Porque nos ves atados á este cepo?

Alv. Sayon cruel, plutónico ministro,
¿No ves que quien escupe contra el cielo,
Se le vuelve á la cara?

Guardia. O descarados,
Vosotros escupistes contra el cielo,
Rompiendo aquellos hilos delicados
Que el soberano spíritu ceñian,
De aquella vida, que era vida y gloria
Del mundo, tan sin bien, cuanto sin ella.
El cielo con relámpagos y truenos
Escupa rayos que la tierra rompan,
Donde tan crudas fieras han nacido.
No cria tales monstruos Lusitania,
¿De qué Caucaso monte acá salistes?
¿De qué nevada Scitia habeis venido?
¿Qué hircanas tigres os han dado leche?
¿Con qué caribes os habeis criado,
Que de carnes humanas se alimentan?
¿Vuestras bravezas, vuestras crueldades,
No habian de venir al pagadero?
Ya sale ya quien amansaros piensa,
Bien creo conoceis á nuestro alcalde,
El rey le ha encargado que probea
Como este honrado jóven que aquí viene
Os agasaje, que vendreis cansados
De los caminos largos de Castilla.

Verd. Amigos bien venidos á la tierra,
Bien gordos á lo menos, y bien frescos,
Con vosotros me abrazo, sin acuerdo
De ofensas, ni de cosas ya pasadas.
De hoy mas entre los tres no se oya cosa,
Que no sea de amigos y de hermanos.
Aquí viene el alcalde vuestro amigo,
No sé qué juego os trae aparejado.

Guardia. Crueles, alevosos, yo seguro,
Qu'el aire de algun lobo, como dicen,
Os ha en las lenguas dado perlesía.
Traidores, enemigos, convertios
A Dios, que se apiade desas almas,
Si contra su bondad no procediese,
En apiadarse de almas tan perdidas.

Alc. ¿Qué hacen los gigantes?

Guardia. Señor, piensan
El cielo deshacer de tan gallardos.

Alc. ¿No están arrepentidos de sus culpas?

Guardia. De habérseles los pasados ata-
A muchas otras, rabia los aflige. [jado

Alc. ¿Hasles hablado tú como lo sabes?

Guardia. Hablalles quise á ver si estaban
Me dice el que los trae de Castilla, [cuales
Y hallélos cuales tú verás agora,
Que ya suenan las duras herraduras,
Aunque vienen á pié los peregrinos,
Y el público ministro te los trae,
A vistas, no te espanten sus figuras,
Que mas abominables son sus almas.

Coro. ¡Ay, qué colores tan del otro mun-
Qué cabelleras tan desordenadas, [do,
Qué barbas tan horribles, qué semblantes
Tan fieros, qué ojos tan encarnizados!
Convlértete á tu Dios, o mundo ciego.

Alv. ¿Qué nos quieres, alcalde? aquí nos tienes.
Que hoy es el dia en que te ha dado el cielo,
Sobre estos nuestros cuerpos poderío.

Alc. Sobre esas vuestras almas le ha tenido
Y le tiene el demonio, o miserables,
¿No veis cuán poco os queda ya de vida
Para de la pasada arrepentiros?
Coello. El arrepentimiento de los vicios,
Que muchos son acepto, siempre ha sido
En el acatamiento soberano
De aquella magestad que nos gobierna,
Mas el de las virtudes no le agrada.
Alc. Virtudes en vosotros, si en vosotros
Virtud alguna, ó sombra de ella hubiese,
Diria yo que el cielo está de vicios,
Como el infierno de virtudes lleno. [justo,
Alv. Si contra el rey pecamos, y él es
Alcanza del perdon de nuestras culpas,
Que si es la ofensa grande del que ofende,
La gloria no es menor del que perdona.
Alc. La voluntad del rey con la divina
Se debe conformar, y así es perdona
De corazon, la ofensa que le hicistes;
Mas no os perdonará jamas las penas,
Que á culpas tan enormes son debidas,
Ni el soberano tal perdon consiente.
Coello. Donde no hay culpas, no se debe
penas.
Alc. Negar las culpas es acrecentellas,
Si menguar ó crecer las vuestras pueden.
Alv. ¿Qué culpas hallas tú, qué culpas
En estos valerosos caballeros, [hallas
Que tan á costa de su noble sangre
Su ingrata patria libertar quisieron
De aquella servidumbre tan infame,
De aquel desden, de aquel ultraje y men-
Que aun agora aquí los corazones, [gua,
Con un horror ardiente nos eriza?
Alc. Malditos de la maldicion eterna,
Al cielo y á la tierra abominables,
¿No habriades mancilla desas almas,
No veis el vituperio y el denuesto
Que dejais de vosotros en el mundo?
¿No veis, o ciega gente, que el pecado
Que cometistes, fué tan detestable,
Que al cielo y á la tierra pone grima,
Cuanto mas el morir sin conoceros?
¿No veis que aquella corderilla mansa,
Que tan rabiosamente apedazastes,
Esclarecida doña Ines de Castro,
Reina ya deste reino coronada,
Mil reinos merecia, y monarquías?
Decid, malditos, ¿ella en sangre no era
De todos los cristianos reyes deuda?
¿Qué mas podia ser, que hija ser
De don Pedro Fernandez el de Castro,
Ilustre sucesion y descendencia,
Sagrado tronco y soberana cepa
De aquella generosa y alta rama,
So cuya sombra el mundo se guarece;
De aquellos dos jueces de Castilla,
Nuño Rasuera digo, y Lain Calvo,
Y de los reyes della, y desta tierra?
Y aunque bastarda, ¿por su madre no era
De los de Valadares, en el mundo
Linage tan ilustre, cuanto antiguo?
Y esta era la dolencia, ser bastarda,
Hija de madre que tambien podia
Legitima muger ser de su padre.
¡O ceguedad de bajos pensamientos,
De la cruel envidia carcomidos!
No echárades de ver en lo que pasa,
Por otros grandes reyes y monarcas,
Quien en linage se le aventajaba
De cuantas en el mundo han sido reinas.
¿Pues en virtudes quién le precedia,
De cuantas la memoria humana adora?
En discrecion, en hermosura, en gracia,
¿Qué dea de la tierra no quisiera
Rendida estar á su celeste arco?
Y cuando todas estas maravillas,
Y mas que humanas dotes le faltáran,
¿No le sobraba aquella fe tan viva,
Aquel amor tan puro con que amaba
Al rey nuestro señor que la servia?
¿No le sobraba aquel amor materno,
Con que se guarecia de sus hijos,
Infantes que Dios guarde deste reino,
Que descolgados de sus dulces pechos,
Se los vieron romper tan crudamente?
¿No le sobraba aquel sagrado amparo,
Y fuerte valedor de su flaqueza,
A vuestros piés rendida?
O corazones mas que mármol duros,
Los que no se derraman por los ojos,
Heridos de tan trágico dechado.
¿Y esto decis vosotros haber sido
La libertad del reino lusitano?
¿Haber con sangre tan esclarecida
Los cielos y la tierra violado?
¿Haber esta mancilla dado eterna
A Portugal, que della salgan monstruos,
Que tan infando crimen acometan?
O malditos de Dios, cuando ella fuera
Indigna de la gloria que queria
El rey su esposo dalle, ¿con qué cara,
Delante pareciades de aquella
En quien vuestro señor se remiraba,
Para alevosamente acometella,
Cuales hambrientos lobos, mansa oveja,
Sino para pedille de rodillas,
Y con plegarias dulces suplicalle,
Que en una religion de estrecha vida,
Que este era su deseo, se metiese?
Y cuando no pudiérades con ella
Esto acabar, dejáredes al cielo
De tan ciertos peligros el reparo,
Y no nos mancillárades las almas,
De vernos tan infames en el mundo,

Que contra la virtud tan conocida,
Que contra la inocencia,
Que contra la flaqueza,
Tuviesemos esfuerzo.
¡O destino cruel de nuestros dias,
O duros trances de maligna estrella!
Llorad, llorad, malditos, el ultraje
Que hicistes en aquella gran señora.
Llorad el llanto y cuita deste reino,
Que del rey sin consuelo se apiada.
Llorad la afrenta y mengua que habeis dado
A vuestra parentela, á vuestra patria,
Al ser y punto del estado humano.
Desos tan desalmados pensamientos
Os despojad, y desos tristes cuerpos;
A Dios los ofreced en sacrificio,
Que aplaque su furor contra nosotros;
A Dios os convertid, perdidas almas.
Alv. Con lágrimas bañáramos la tierra,
Con ellas deshiciéramos los cantos,
Si cuales dices tú hubiéramos sido;
Mas otro es el juicio que en el cielo
Se hace de nosotros, y en la tierra,
Donde hay de lealtad centella alguna.
Y en esto estamos tan persuadidos,
Y tan sin pena alguna, de las muchas
Que piensas darnos, que aun de ti creemos
Que allá en tu pensamiento, si le tienes,
De la enconosa yerba no tocado,
Nos juzgas al reves de lo que dices;
Mas bien sentimos que no es en tu mano
Dejar de ser Pilatos con Herodes.
Alc. ¡Oh cuán en vano el hombre emendar piensa
A quien Dios ha dejado de su mano! [mas
Coello. Alcalde, no te duelan nuestras al-
Mientras de nuestros cuerpos no te dueles,
Que presto verás tú en el consistorio
Del rey del cielo, justo y poderoso,
Para cuyos estrados te emplazamos,
A ti, y al rey, y á todos los que fueren
De su consulta parecer y acuerdo,
Tu ceguedad, tu iniquidad, tu furia,
Tu pena sempiterna, y nuestra gloria.
Y el mundo sin razon, ingrato y ciego,
Verá por los castigos que del cielo
Sobre él vendrán, que aquella justamente,
De aquella que la gloria nos quitaba,
Hazaña fué, proeza y valentía,
Que á pesar y despecho de quien digo,
Estatua pide de gloriosa fama.
Alc. ¿Así que estais en eso?
Coello. En esto estamos.
Alv. Estamos y estarémos, de manera
Que hará la muerte treguas con la vida,
La noche escura dia será al mundo,
Quietas estarán Scila y Caribdis,
Reposará con Éolo Neptuno,
Del mar se cogerán maduras mieses,
El cielo caerá sobre la tierra,
Primero que las muertes, ó las vidas,
Las esperanzas grandes, ó los miedos,
Los ruegos blandos, ó las amenazas
Del rey cruel, ó tuyas, ó del mundo,
Nos hagan desmentir un solo punto
Del que guardamos siempre de constancia,
De lealtad, de fe, de fortaleza,
Con que la muerte dimos á la amiga
Del rey tan enemigo de su patria. [torna
Alc. ¡O confesion que en confusion se
De todo lo que el cielo en torno cubre!
Andad, malditos, al eterno fuego,
Quitádmelos allá, descoyuntaldos,
Las penas de Ixion, las de Sisifo,
Los tormentos de Tántalo crueles,
Les dad toda esta noche, hasta que el dia
Nos dé cumplida dellos la venganza.
Guardia. A nosotros el cargo, meneaos,
Andad allá, gigantes; tú, mancebo,
Agora mostrarás tus gallardías.
Verd. Un rato al potro, y otro rato al
Veremos como braman los leones. [brete,
Coello. La muerte dará fin á las miserias.
Alv. Dichosa muerte que da vida á tantos.
Coro. ¡Oh, cómo en el instante
Que en este escuro valle
De lágrimas, el hombre
Del corruptible velo el alma viste,
Allá donde las leyes
Son todas inmutables,
Están con letras vivas
Sus medios estampados, y sus fines!
Por tanto el que dichoso,
O desdichado fuere,
Esté persuadido
Que lo mortal se rige por lo eterno.
Y así con fuertes alas,
De corazon humilde,
Al cielo levantado,
Conviértete á tu Dios, o mundo ciego.
Coro 2°. Mira que sus consejos
Son incomprehensibles,
Mira que sus caminos
No son al seso humano investigables.
Que aunque claro y divino,
Es nuestro entendimiento,
De suerte que acostumbra
A Dios mirar acá dentro en su seno.
No tiene poderío
Contra el destino eterno,
Que nuestro saber vence,
Y á nuestras fuerzas pone rienda y freno.
Tal cual mortal consejo,
Se halla sin aliento,
A su fuerte deseo

Y á su firme querer enfermo y flaco.
Humillate por tanto,
O corazon humano,
En el acatamiento
De aquella magestad que es sobre todo,
Y en los que ves caidos,
Justicia considera,
Como en los levantados
Puedes considerar misericordia.
Y así suavemente,
Temiendo su justicia,
Y amando su clemencia,
Conviértete á tu Dios, o mundo ciego.

ACTO QUINTO.

REY DON PEDRO. ALVARO GONZALEZ. PERO COELLO. ALCALDE. COROS. VERDUGO.

Alc. O magestad de Dios que por el norte
De su saber eterno gobernada,
Escándalos permite en este mundo,
Para estrenar á quien los cometiere,
La fuerza y el rigor de su justicia;
Y lo que mas temor y espanto pone,
En la profundidad de sus secretos,
Y el corazon humano mas alerta
A no perder la sombra de las alas
De aquella magestad que nos abriga,
Es que cuanto mas sufre, mas se aira,
Y cuanto mas se espera, mas se apresta,
En el vagar de su consejo eterno,
Para vengarse de los que le ofenden.
¿Y qué mayor venganza, que dejallos
Ir de un pecado en otro al albedrío
De sus desenfrenados apetitos,
Para que al cuento y peso de las culpas
Vaya creciendo el colmo de las penas?
Solemos los jueces, imitando
Aquel juez supremo, apiadarnos
De quien comete algun delito ó crimen
Por ignorancia ó por flaqueza humana;
Mas cuando es por malicia, no podemos
Los filos embotar de nuestra espada.
Que cosa un pecado de malicia,
Que como es contra la bondad divina,
No da lugar que ella le perdone.
Y así de lance en lance, o caso triste,
El corazon humano endurecido,
Se va tras su estragado sentimiento,
A dar en el abismo del desprecio,
Atolladero de los reprobados,
Desesperados ya de arrepentirse.
O llagas desta nuestra edad de hierro,
En que los que vivimos claro vemos
Que Lusitania, nuestra dulce madre,
Que ser solia el pueblo regalado
Con quien Dios mas clemente se mostraba,
Haya, por alta permision del cielo,
Venido á ser el bando aborrecido,
Y la venera que produce el hierro
De que se fraguan las batidas yunques
Donde descarga Dios su saña eterna,
Y engendre Portugal mas prodigiosas,
Mas encruelecidas alimañas,
Y mas endurecidos corazones,
Que en otro tiempo Egipto, ó Babilonia.
¿Qué es esto, Dios? sino que la malicia,
La envidia, la crueldad, la cobardía,
Hazañas y proezas nunca oidas,
Contra aquella mansísima cordera,
Tan rabiosamente apedazada,
Mudaron desta suerte nuestros hados,
Y las canales del amor eterno
Con que Dios nos miraba y regalaba.
Parece que cerraron de manera
Que somos ya nosotros los esclavos
A quien castiga Dios para escarmiento
De otros queridos hijos, pues tenemos
De su final justicia en esta vida,
Tan manifiesta prueba á nuestros ojos.
Qué espíritu sublime no se abate,
Qué ingenio reposado no se turba,
Qué pecho sosegado no se altera,
Qué blando corazon no se endurece,
Qué entrañas piadosas no se cierran,
Contra tan inhumanas, tan feroces,
Tan crudas, tan tartáreas harpías,
Como son estos crudos alevosos,
Que habiendo cometido el más horrendo
Y detestable crimen de la vida,
Rompiendo crudamente aquellos pechos
De aquella ilustre doña Ines de Castro,
Espejo en quien el cielo se remira,
Habiéndonosla dado, o mundo ingrato,
En vida, como en muerte por señora.
Allí donde se están aherrojados,
Cuales hircanas fieras en leonera,
A los umbrales de la eterna muerte,
De sus cruezas y desalmamientos
Sus rabiosos pensamientos ceban,
Cuales hambrientos buitres de Teseo.
¿Qué dirá el rey, si á sus oidos llega
El infernal corage y tesonia
De tan crueles y cobardes tigres,
Oprobio y maldicion de los nacidos
Y por nacer, en todas las edades?
Mas este es que aquí viene demudado.

Rey. ¿No es hora ya?

Alc. La destos alevosos
Llegada es ya.

Rey. ¿Pues, cómo no los sacan?

Alc. El reino, que aquí todo se ha juntado,

Quisiera que en secreto se les diera
El último tormento con la muerte,
Porque no se dijera por el mundo
Que lusitanos de tan triste vida
Sin ella arrepentirse la acababan.
Rey. ¿Quieren que los demonios se arrepientan?
Alc. Antes, señor, es permision divina
Que vayan del infierno desta vida
Al de la eterna, tan á vista de ojos,
Porque se vea cuanto á los divinos
Es la crueza abominable y fea;
Y porque el grito del linage humano,
De culpas tan enormes ofendido,
Sin que haya quien dolerse pueda de ellos,
Los lleve con eterno vituperio
Desde el ardiente, hasta el polo helado.
Rey. Envia ya por ellos, salgan luego.
Alc. Presto, señor, saldrán, y de trailla
Los traerá quien los habia mostrado,
Cual piedra allá engendrada por el Nilo,
Que quita los ladridos á los perros.
Rey. Ladridos dan, ó aullidos los mastines.
Alc. Ladridos con las bascas de la muerte,
Y aullidos con la rabia de la vida.
Rey. ¿Qué dicen los malditos, no maldicen
El dia en que nacieron para verse
Desden, ultraje y mengua de los hombres?
Alc. No es justo que bien hablen en la muerte
Los que en la vida tanto mal hicieron.
Rey. Qué bien viniera agora el toro ardiente
De Falaris, que los regocijára.
¿Son estos los valientes?
Alv. Hoy lo somos,
Como siempre lo fuimos.
Coro. ¡Oh qué golpe
El rey, de ver su aspecto denodado,
Al Coello le ha dado por la cara,
Con el azote que tenia en la mano!
¡Ay crudo espectáculo! ¡qué ejemplo,
Qué representacion tan espantosa
Del dia del juicio lamentable!
Desnudos, maniatados, á la mira
Del cielo y de la tierra, están los tristes,
Y aun no se rinden al poder divino.
Conviértete á tu Dios, o mundo ciego.
Coello. Triunfa, o crudo rey, de aquestos cuerpos,
Mas no de estos espíritus sublimes,
Que no tienes tú fuerzas ni poderes
Contra el esfuerzo destos corazones,
A la honra de la patria consagrados.
Hermano y compañero, este es el dia
En que el cielo eterniza nuestra fama,
Gocémonos en él, y hagamos burla
Deste rapaz, y de sus braverías.
Alv. Antes agora nuestros pensamientos
Sobre la humana suerte nos ilustran,
Pues de aquel hecho nuestro glorioso,
Tanto el cruel Tieste se lamenta.
Rey. ¿Qué dicen estas fieras?
Alc. Lo que suelen
Los mártires satánicos que quieren
Gigantes parecer en el esfuerzo.
Rey. ¿Tan esforzados por sus corazones?
Arránquenseles luego de los pechos.
Alc. Si fueran esforzados no pudieran
Crueza cometer, pues la crueza
De vil temor y cobardía nace,
Como la piedad y la blandura
De generosidad y valentía,
Y es alto toque del esfuerzo humano
El apiadarse el hombre de sí mismo,
Y á la divina magestad rendirse.
Rey. El corazon de aquel que fué el primero
Que derramó tan inocente sangre,
Por las espaldas se le arranquen luego.
Alc. Sus carnes bien será que no las toque
La tierra, porque no la contaminen,
Sino que convertidas en ceniza,
Se viertan en sus casas, que sembradas
Serán de sal, con maldicion eterna.
Rey. Todo eso es muy bien, y así se haga.
Alv. O patria lusitana, ¿cómo puedes
Sufrir contra tí misma tal tirano,
Y así desamparar tus caros hijos?
Mas tú que allá lo ves, y allá le juzgas,
Eterno rey del cielo y de la tierra,
Sobre esta, y sobre el rey que la gobierna,
No tardes de venir con el castigo.
A Dios, rayos del sol, beldad del cielo,
¿Porqué no os eclipsais, como lo hicistes
A la otra fiesta del cruel Atreo?
Ponme esa venda ya sobre estos ojos,
A Dios, Coello amigo.
Coello. A Dios, hermano,
Que de las suertes que los dos hecimos,
La tuya fué mejor, pues vas primero.
Rey. ¿Qué vocería es esta?
Alc. Señor, gritan
Las gentes, de placer y regocijo
De ver al uno dellos ya cual cumple.
Coro. ¡Ay, cómo le apedaza ya el verdugo,
Qué sangre tan podrida corre dél!
Verd. No le hallo el corazon.
Alv. Pues ahí le tengo,
Búscale bien, que ahí le hallarás mas fuerte
Que el de un leon, y mas leal y entero
Que el de un moro de Fez, y mas hidalgo
Que dese rey tirano;
Dirásle que se cebe,
Dirásle que se harte
Desta mi sangre,
Desta.
Verd. Ya no bravearás: este era el bravo
Y fuerte corazon del gran merino.

Tal quiero yo el carnero, aunque no como
El corazon del ave que así aturdo.
Si alguno está tocado de la rabia,
Podrá quemalle y deshacelle en polvos,
Que así venidos, son de gran efecto.
Coro. ¡Ay, cómo le cuartea y le apedaza,
El corazon á ver qué tiene en él!
Rey. ¿Hallas algun portento, algun prodigio
En ese corazon?
Verd. No hallo nada.
Rey. De ese otro que de tímido conejo,
Leon se quiso hacer sangriento y crudo,
Harás lo mismo, no por las espaldas,
Sino por esos pechos desalmados
Le arranca el corazon y las entrañas.
Coro. ¡Ay, qué terrible está, qué encarnado!
El rey! ¿quién le verá que no se asombre?
Quien vió tal vez en la africana selva
Carnicero leon, que harto y relleno
De mucha carne y sangre, en medio estando
De la espantada y tímida piara,
Aunque haya satisfecho al vientre crudo,
Cumplido no ha con el furor nativo,
Y así con el cansado y fiero diente
Ora al toro amenaza, ora al novillo,
Tal piense que está el rey, ó mas furioso.
Mas presto se verá por sus mejillas
En líquido tesoro derramarse
El corazon que agora está tan duro,
Si el cielo de nosotros se apiada.
Conviértete á tu Dios, o mundo ciego.
Verd. Mi fe, este ya acabó sus buenos dias,
De ver el cabo de su compañero.
¿No fueras tú, Coello? ¿duermes, ola?
Despierta, que ya es hora; ya resuella:
¿No dices algo con que te bendiga
Tu compañero, que te está esperando?
Coello. ¿Qué quieres que te diga? haz tu oficio.
Dormia yo, y mi corazon velaba,
Coello soy, que fuerte y poderoso
Leon he sido, y esta es fortaleza,
Morir alegremente por la patria,
Y por la eterna fama dar la vida.
Acábamela pues,
Dáselo al rey,
Dirásle.
Verd. Dirás tú á Caron que allá te escuche.
Coro. ¡Ay, cómo le trasanda las entrañas,
Para arrancalle el corazon hinchado;
Ay, cómo le parte y desmigaja,
A ver si halla en él algun milagro!
Verd. Allá Pluton hará con tal conejo,
Esta noche la fiesta á sus amigos.
Alc. Señor, aquí no hay mas que hacer agora,
Sino mandar llevar aquellos cuerpos
Al quemadero donde se hagan polvos.
Rey. En eso ordena lo que te pluguiere,
Que á moro muerto ya no doy lanzada.
Alc. Con esto queda entera la venganza,
El reino satisfecho, y tu justicia
Ejecutada como se esperaba.
A Dios se dé la gloria, que ha querido
Dar este alivio á tu afligido pecho,
Y la muerte vengar de nuestra reina
Esclarecida doña Ines de Castro,
Tan en su flor llevada deste mundo
Al trono de la eterna monarquía.
Rey. ¡Oh cómo los deseos desta vida
Son mas crecidos que los gozos della!
Mis deseados gozos eran estos,
Vengar la muerte de tan gran señora,
Si de mí no tomase la venganza
Mis íntimos deseos y quejidos,
Que despues de cumplidos me comienza
A dar el desengaño, que no pueden
El hueco henchir del alma siempre triste,
Mientras el infinito bien no alcanza.
Y así queria yo que el cielo agora
Me fuera tan propicio y favorable,
Que luego desta vida me llevára.
Ay! que el deseo del vivir humano
No es sino por gozar de buenos dias.
¡O dias aciagos los que vive
Un rey como yo soy tan sin ventura,
Que todo aquello que pudiera á muchos
Contento dar, á mí me da tormento,
Y el gozo del deseo mas cumplido
El inflamado corazon me deja
Cual lago trogloditico espantable,
Donde nunca hay descanso ni reposo!
¡Oh cuán amargo es del amor el fruto,
Del vano amor que en Dios no va fundado!
Mas contigo lo quiero haber agora,
Eterno rey del cielo, si este polvo,
Si esta mortal ceniza á ti llegase.
Mandado lo has, señor, y así se cumple,
Que el alma que de ti se desviare
Cruel verdugo sea de sí misma.
O justo juez, en cuyo acatamiento
Temblando están del cielo las columnas,
Vengádome has, señor, mas no te vengues
De mí, si esta venganza que he tomado
De los lindes salió que tú me has puesto.
Y bástete, señor, que me conozco,
Y me conozco digno de las penas
Que tú me das en este escuro abismo
De lágrimas, endechas y lamentos,
Donde no veo el resplandor celeste
De aquella que era el alma desta mia,
Y que viviré ya con desengaño,
Que aquel solo sabio, el que te sabe,
Aquel es solo fuerte que te adora,
Aquel solo es feliz que te conoce,
Y aquel es solo rey que te obedece.
O señor, si quisieses de paloma
Las plumas darme, con que me acogiese

A un solitario y reposado asiento,
Donde cual viuda tórtola emplease
La triste vida en íntimos gemidos
Desta alma compungida, y desdeñosa
De las grandezas bajas deste mundo.
Mas, ay dolor, que deste bien tamaño,
Deste descanso, desta bien andanza,
Me veo yo sin esperanza alguna,
Mientras sobre mis hombros tengo el peso
Deste atlántico monte, que es el reino.
Mas tú, descanso mio, esfuerzo mio,
Consorte mia y esperanza mia,
Mi vida y mi señora, si te place
Desello allá en el cielo, donde tienes
Con el eterno rey cabida tanta,
Pues sabes cuan baldío y peregrino,
Cuan falto de contentos y placeres,
Cuan lleno de zozobras y pesares,
Vivo sin tí en la tierra, que por tuya
Poseo, mientras ella me posee,
Suplicote, mi bien, por esta viva
Y ardiente fe que tengo allá contigo,
Y por aquel arreo de grandezas,
Angélicas costumbres y primores,
Con que viniendo acá agradaste al cielo,
Que así te me llevó dentre las manos,
No te olvides de mí, que por tí llamo,
Por tí sospiro, por tí gimo y lloro,
Mientras no me llevares deste triste
Y miserable mundo, en que me tienes,
A los descansos de tu eterna vida.

Coro 1°. Solemnicemos todos la venganza
De aquella lastimera y cruda muerte
De nuestra sacra Nise laureada,
Y el mundo, que ya va tan de caida,
Vea que en él nos falta quien conserve
Aquel valor antiguo y gentileza,
Aquella discrécion y valentía,
De no pasar por caso mal contado,
Y de guardar su punto y su decoro
Al noble estado y mugeril flaqueza.
Y vea, si no está del todo ciego,
Que las virtudes, aunque atribuladas,
Son las que prevalecen y dan gloria,
Y los vicios infamia y pena eterna.
Demas que desta trágica jornada
De mano en mano irá, y de siglo en siglo,
Del Tajo al Gánges, y del Duero al Nilo,
Que el mundo no es sino un inmundo cieno,
Atolladero de almas desdichadas,
Es un estrecho amargo, un fiero Euripo,
Un piélago tantáleo de miserias,
Un mar Bermejo de calamidades,
Y un triste cabo de Buena Esperanza,
Donde jamas se amansa la fortuna.
¡Oh, bien andante aquel que en el remanso
De una quieta y solitaria vida,
A la serena luz de su reposo,
Espeja su delgado entendimiento,
Y del amor secretos descubriendo,
Del amor digo que con Dios nos ata,
Si está sobre sí mismo levantado,
Y derramando el alma por los ojos
De ver la ceguedad de los mortales,
Que deste mundo siguen la corriente!
Oh, cómo le tenian asentado
En sus contemplativos pensamientos,
Este misterio, aquellos mamposteros
De la romana fábrica quemada,
Que cuando su ciudad edificaron,
Oráculos hicieron dentro della
A todos los dioses abogados
De las cosas que el mundo nos promete:
Mas al Dios de los gozos y descansos,
Allá le hicieron templo en el desierto,
En un yermo le hicieron una ermita,
Llamado el templo de los descansados.
Por tanto afuera, pensamientos vanos
Del mando tan pagado de sí mismo,
Afuera ya, esperanzas y temores:
Conviértete á tu Dios, o mundo ciego.

Coro 2°. ¡Oh, cómo ya la magestad divina
Irá aplacando su furor y saña
Contra la tierra donde aquella sangre
Tan inocente, tan purpúrea y noble,
Sin piedad se habia derramado,
Viendo la devocion y cerimonia
Con que sacrificó la misma tierra
Aquellas tristes almas, que cortadas
De aquellos troncos en la hoguera echados,
De sombra en sombra van al hondo abismo
De fuego, hielo, y cuita, y llanto eterno!
¡Oh, cómo ya el leon del fuerte aliento,
Nuestro sagrado rey, que Dios prospere,
De haber tal cima dado á sus amores,
Se nos dará mas manso que un cordero!
Mas quién se fiará de la mudable
Naturaleza humana, y de la ciega
Fortuna envidiosa, y vana dea,
Que tiene á burla los humanos gozos,
De suerte que si alguno nos destila,
Como por alambique, luego vuelve
Con las amargas olas, con los mares
De los quebrantos, sobre nuestras almas.
Así que el bien de dura, y el reposo,
Es no querelle acá en este destierro,
Hasta llegar á la celeste patria.
Por tanto afuera ya, reposos vanos,
Afuera ya, tormentas y bonanzas:
Conviértete á tu Dios, o mundo ciego.

TARRAGA.

LA ENEMIGA FAVORABLE.

LOA EN ALABANZA DE LAS MUGERES FEAS.

Yendo á ver las luminarias
La otra noche de la reina
De Francia, que Dios nos guarde,
Para bien de España y della,
Dando una vuelta á Madrid,
Contemplando la braveza,
La gala, la compostura
De su máquina soberbia;
Quise sacar á mi dama
Porque gozase la fiesta,
Y caminando á su casa,
La hallé muy triste y revuelta.
Viéndola pues de este modo,
Con tan notable tristeza,
Le dije que me dijese
(Si era servida) su pena.
Ella con grandes sospiros
Y con lamentables quejas,
Al cabo de un cuarto de hora
Me dijo desta manera:
¡Ay, señor Francisco de Avila!
Estoy sin seso, estoy muerta,
De ver que una amiga mia
Con tan grande desvergüenza
Me dijese á mí en mi cara
Que era negra, y que era fea,
Sabiendo que hay mas de dos
Que con mi rostro no llegan.
En fin, yo por consolarla
Y dar descanso á su pena,
La propuse las virtudes
Que tiene la muger fea.
La fealdad en la muger
Es una muralla y cerca
Por donde el vicio se aparta,
Y la deshonra es incierta.
No es ingrata, ni arrogante,
Ni está llena de soberbia,
Ni trae los hombres perdidos;
Ni á los mancebos altera.
No se descubre en la calle
Porque la adoren y quieran,
Ni por adarmes nos habla,
De mil gravedades llena.
No tiene enfados de niña,
Ni pesadumbres de vieja;
De nada se aparta y huye,
Todos gusta que la vean,
Sin aguardar á quién sean.
No es la Cava para España,
Ni para Troya otra Elena,
Ni Dido para Cartago,
Ni para Roma Lucrecia.
No levanta disensiones,
Ni causa incendios de guerra,
Para que conozca el mundo
Como no es malo el ser fea.
Es mayor en las mugeres
El número desta cuenta,
Porque siempre en lo mayor
Ayuda naturaleza.
No da zelos al marido,
Cuando se aparta, ó se ausenta,
Ni teme de su valor,
Ni en su calidad sospecha.
Es un mensagero libre,
Que corre por donde quiera,
Freno que detiene al malo,
Razon que á lascivo templa.
Es joya que, aunque la hallan,
Para su dueño la dejan,
Fruta de ageno cercado,
Que ninguno la desea.
Es torre que no la asaltan,
Castillo que no le cercan,
Ciudad que no la combaten,
Y pozo que no le ciegan.
Es fácil regaladora,
Cuando la dejan se queja,
Adora cuando la quieren,
Y cuando la buscan ruega.
Poco pide y mucho da,
Sin que el rostro á nadie vuelva,
Que en esto se ve y parece
Como no es malo el ser fea.
Es la fea agradecida
De ver que el cielo le niega
La codiciosa hermosura

Y la mudable belleza.
No teme del cierzo airado
Si el color blanco la quema,
Si la enfermedad la muda,
Y si la vejez la entierra.
Es imágen soberana,
Que en viéndola luego cesan
De los incendios de amor
Las rigurosas centellas.
Es consuelo al afligido,
Pues le acompaña y consuela;
Al flaco y doliente amparo,
Y al ignorante es maestra.
Es un gigante invencible,
Que nunca recibe ofensa,
Es un alguacil piadoso
Que en vez de prendernos, suelta,
Y en quien siempre la virtud
Se detiene y se conserva,
Que es difícil de alcanzar
Lo que de muchos se precia.
No la ofenden los paseos,
Las músicas y las fiestas,
Causa que señala y dice
Como no es malo el ser fea.
La belleza es basilisco
Que mata cuantos encuentra,
Es víbora que sus hijos
En vida al nacer la dejan.
Es veneno de los ojos
Y del alma, inútil senda
Por donde el injusto Amor
Lanza sus mortales flechas.
Es á los padres tormento
En guardarla y defenderla,
A los hermanos rigor
Y al esposo centinela.
Es un fuego y llama ardiente,
Que rompe, deshace y quema
Las escelentes virtudes
Que ante sus piés atropella.
Por esta se pierden vidas,
Por esta reinas se truecan,
Por esta grandes se abajan,
Y bajos tienen alteras.
Por esta Adan fué vencido,
Y dió principio á la pena,
Y por esta Salomon
Adoró deidad agena.
Por esta David fué injusto,
Y perdió Sanson la fuerza,
Y por estas causas hallo
Como no es malo el ser fea.
Por esta Sardanapalo
Enrizó doradas trenzas,
Y el bravo y robusto Alcidés
Se ocupó en hilado y rueca.
Y por esta Domiciano
Buscó modo de ser hembra,
Y Ellogábalo y Neron
Obraron mil insolencias.
Por esta hay pleitos prolijos
En las insignes audiencias,
En los caminos trabajo,
Menoscabo en las haciendas.
Por esta el discreto es necio,
La vista mayor mas ciega,
El esforzado sin brio,
Y el graduado sin letras.
Por esta deja el soldado
Su escuadron y su bandera,
Y el capitan su conduta,
Cuanto vale, y cuanto medra.
Esta puede y esta tuerce
Que voluntades se tuerzan,
Que sin justicias se hagan,
Y que se consuman ventas.
Al contrario, la fealdad
Nos libra desta cadena,
Con magestad, señalando
Como no es malo el ser fea.
Viendo en efeto mi dama
Las virtudes y escelencias
Sin otras prerogativas
Que tiene la muger fea,
Se consoló en algun modo
De la recebida pena,
Y me agradeció el haber
Podido sacarle della.
Por eso, feas famosas,
No se corra quien lo sea,
No es dé honra quien os culpa,
Ni os goce quien no os merezca.
Feas sois, yo lo confieso,
Mas en tan alta cortesa
Hay escelentes virtudes
De discrecion y clemencia.
Las feas hinchen el mundo,
Las feas dán á la tierra
Damas para sustentalla,
Varones dignos de cuenta.
De vuestra escuadra copiosa,
Que tanto número llena,
Conforme al comun decir,
Se dirá: viva quien venza.
Y á vosotras tambien pido
Que me esteis agora atentas,
Para que deis como sabias
Fama á nuestra comedia.
Que en esto verá el senado
Que este bien no se desprecia,
Por ocasion de haber visto
Como no es malo el ser fea.

BAILE DE LEGANITOS.

PERSONAS DEL BAILE.

ESTRADA.	TERESA.
PONTONCON.	CARRASCO.
RODRIGUEZ, lacayo.	Músicos.

Sale cantando un músico, y la Estrada con él, y Pontoncon.

Mus. 1º. Sol de Leganitos,
Luna del Prado,
Bailes del Sotillo,
Vino del Santo.

Sale otro músico.

Mús. 2º. Dije yo guifero,
Dijo él cuchillo,
Anduvimos al peto,
Quedó vencido.

Pont. Bien venidá, seora Estrada.
Estr. Y voacé, señor Pontoncon.
Mús. 1º. ¿Cómo viene?
Estr. A su servicio,
¿Y voacé?
Pont. Lo mismo yo.
Siéntese aquí.
Estr. Que me place.
Mús. 1º. Lo mismo haremos los dos,
Pues que nos da Leganitos
Su calle llena de sol.

Sale Rodriguez, lacayo.

Rod. Quien madruga Dios le ayuda,
Si lleva buena intencion:
Buena es la mia, Teresa,
Que á buscar tu vista voy.
Estr. Ah, seor lacayo.
Rod. Ah, provanza.
Estr. Quedito, menos rigor,
Que ser lacayo es muy bueno
Y ser provanza es mejor,
Pues la hace cualquier honrado.
Estr. Bueno andado el picaron,
Un vestido quiero dalle.
Rod. Mejor dijera un jubon
De dos que ogaño le han dado,
De tan costosa labor,
Que de doscientas trencillas
Pasa el mas ruin de los dos.
Estr. Buen humor gasta el lacayo.
Rod. Mejor ella le gasté,
Cuando le dieron arreo
Cuarenta veces la uncion.
Pont. ¿Tienes cuartos, almohaza?
Rod. Hasta que te ahorquen, no.
Pont. Rasca mulas.
Rod. Sangra puercos.
Pont. Mandililo.
Rod. Mandilon.
Pont. No te corras, judihuelo.
Rod. Aqueso no, juro á Dios,
Que tú eres mata cochinos;
Pero quien los come yo.
Pont. Tú eres doctor de rocines,
Con martillo y bailestón.
Rod. Tú, barbero de lechones,
Con mandil y cucharon.
Estr. Basta ya el dime y diretè,
Va de baile y de cancion,
Que garleando con floreo,
Se nos va la tarde en flor.

(*Cantan y bailan.*)

Mús. Reverencia hace el alma,
Princesa del rastro viejo,
Por sustento desta vida,
Por gusto de aqueste cuerpo.
Por vos, pulido galan,
Tan rendida me confieso,
Qúe no puedo despertar
El rato que estoy durmiendo.
Ay, que me abraso,
Me fino y me muero,
Como no tocan y tañen,
Y tañen á fuego.
Vuestra beldad me dió vida,
Mas vuestra niñez me ha muerto,
Porque teneis veinte y dos
Aforrados en lo mismo;
Es tanta vuestra beldad,
Y tanto el amor que os tengo,
Que os sacaré por la pinta
Si estais entre mil jumentos.
Ay, que me abraso,
Me fino y me muero,
Como no tocan y tañen,
Y tañen á fuego.

Pont. ¡Víctor la Estrada mil veces!
Estr. Y voacé, señor Pontoncon,
Y remojemos la obra
Con el vino y el jamon.
Rod. Y á mí que me papen duelos,
Pues Teresa me olvidó.

Sale Teresa cantando.

Ter. Calle de Leganitos,
Dichosa fuiste,
Pues que dentro tienes
A mi Rodriguez.

Rod. Mas, ¿qué digo? la que suena
¿No es su regalada voz?
Bailo, brinco, zapateo,
Doy vueltas de dos en dos?
Cabriolas y floretas
A tan delicada voz.

Ter. Calle de Leganitos,
Dichosa fuiste,
Pues que dentro tienes
A mi Rodriguez.

Rod. Teresa del alma mia,
Mas bella que un albañil,
U Terisoles, que es nombre
En lenguaje pastoril,
Quita de encima la ropa,
Que no es justo que esté ansí
Quien es tan desarrogada,
Qué no tiene que vestir.
Retratarte quiere el alma,
Si ella acertase á decir,
Que es tu frente espaciosa
Mas que un medio celemin.
Son tus ojos dos gateras,
Que con un traidor fingir,
Con el mirar dicen zape,
Pero con el gusto, miz.
Parece cuando te veo
Esa aguileña nariz,
La campana de una torre
Con su alegre retintin.
Dos ciruelas chabacanas
Son tus labios de carmin;
Tus dientes son de elefante,
Mas blancos que su marfil;
Tus manos son de papel,
Mas delicadas que un tris,
Que están diciendo: cómeme
Sin mostaza ó peregil.
Ter. Tú eres, querido Rodriguez,
Mas sabroso para mí
Que una caldera de puches
Con su arrope y con su anis.
Eres, al fin, de mi gusto,
Y lo serás hasta el fin,
Si aquel turron me convidas,
Para beber un cuatin.
Rod. Que me place, mi Teresa,
Unos cuartos traigo aquí,
Y he de gastar en nombre
Catorce maravedís.

Sale Carrasco.

Carr. Si la topo, coz y palo
Ha de ver, por san Crispin.
Ter. ¡Ay, que me ha visto Carrasco,
Que trae los ojos allí!
Carr. Cruel mas que mil ovejas,
Mas chancera que Merlin,
Mas que un órgano entonada,
Y mas grave que ut, re, mi,
¿Es posible que me des
De pesares un caiz?
Ter. Calla, Carrasco, que traes
En los ojos un candil,
Que quiero que este haga el gasto,
Y darte el provecho á tí.
Carr. Con eso me has satisfecho.
Ter. Pues bailemos, pese á mí,
Que aquí nos ayudarán
Que nos responden que sí.
Todos. Que sí, que quiere que vaya.
Ter. Un baile alegre y gustoso
A la usanza fregonil.

(*Cantan los músicos, y bailan Teresa y Carrasco solos.*)

Mús. En los álamos duerme la niña,
Y un arroyuelo que pasa veloz,
Saltando y bailando, la despertó.

(*Mientras bailan sale Rodriguez con el turron, y en acabando de bailar dice.*)

Rod. ¡Ah! traidora, ¿con Carrasco
Y bailando! ¡Ah, bergantin!
Carr. Mientes, bribon.
Rod. ¿A mí mientes?
Sígueme.
Carr. Ya voy tras tí.
Ter. Socorro, amigos, socorro,
Que por mi trato ruin
Se me matan dos lacayos
De los mas lindos que ví.

Sale Carrasco corriendo, y Rodriguez tras él con las calzas caidas.

Carr. Victor, Carrasco, que apenas
Los dos salimos de aquí,
Cuando en el pilon le zampo
Con el primero mojin.
Rod. ¡Ah, traidor, espulga potros,
Zancadillas para mí,
No puniéndolo al principio!
Estr. No haya mas, tenga esto fin
Con darme la mano entramos.
Carr. Por mi parte vesla aquí.
Rod. Y yo como me dé en vino
Toda la agua que bebí.
Estr. Cántese pues el suceso,

Y bailando demos fin
Al campo de Leganitos,
Honra y gloria de Madrid.
Mús. El campo de Leganitos,
En virtud del azadon,
Afirman que ha de ser calle:
(Todo lo puede hacer Dios)
Donde las fieras harpías
Del vil linage buscon,
Solamente por tomar,
Salen á tomar el sol.
Vino el honrado Rodriguez,
Persona que el aficion
Que tiene al caldo de uvas,
En los ojos lo mostró;
Sirve de ayo á una mula
De un valeroso varon,
Que con dagas de jarabes
Mas de mil pechos pasó:
Trujo entre otras muchas galas
Con que su cuerpo ilustró,
Un cuello con ventanage,
Que fuera arnero mejor.
La capa es desvergonzada
Con tanta disolucion,
Que ya de puro raida,
Se rie de su señor.
Botones de su ropilla,
Cuentan que no le vi yo,
Son dos alfileres grandes,
Que el mas chico es asador.
Cuando vieron sus zapatos,
De tan buen ingenio son,
Que enmiendan y se remiendan,
Que esta es la virtud mayor.
Allí encontró con Teresa,
Moza de buena opinion,
Aunque de las doce abajo
No es muy bendito su olor.
Muger que infinitas veces,
Sin ser mágica invencion,
Que en Madrid y en Talavera
A un mismo tiempo se halló.
Y aunque desto del fregar
Entienda con perfeccion,
Barre mejor una casa,
Si se descuida el señor.
Haciéndole esto del ojo
Una tabla de turron,
Golosina y apetito
De cualquier dama menor,
Por darle gusto, Rodriguez
Unos cuartos aburrió,
Reliquias que habian quedado
De su ordinaria racion.
Vanlo á comer á la fuente,
Cuando al paso le salió
Carrasco, que tambien cura
De un rocin la opilacion.
Los dos lacayos ha dias
Que se miran con rigor,
Porque les hace Teresa
Comer siempre salpicon.
Para reñir segun uso
De su ejercicio, los dos,
Arrimando las espadas,
Desenvainan mogicon.
Estaban los dos en esto,
Cuando Carrasco vació
La persona de Rodriguez
Dentro del fondo pilon.
Y aunque acabó la pendencia,
Otra mayor comenzó,
Pues con el agua pelea,
Que es su enemigo mayor.
Deparóle Dios entonces
La piedad de un aguador,
Que con manos liberales
Aguado el vino sacó.
Ya iban lejos de allí
La dama y competidor,
Porque como habia vencido,
Los despojos se llevó.
Siguiéndoles va Rodriguez
Con alas del corazon,
Y á otro romance se encarga
De contar lo que pasó.

(*Vanse cantando y bailando, con que se da fin.*)

LA ENEMIGA FAVORABLE.

PERSONAS.

EL REY DE NÁPOLES.
TRENE, su muger.
BELISARDO, príncipe.
POLIDORO, conde.
LAURA, su hermana.
ORACIO, galan.
NORANDINO, duque, general.
DON JUAN, su teniente.
ARNALDO, conde, juez.
POMPILIO, conde, juez.
OTAVIO.
DOS GUARDAS.
UN MAESTRO DE ARMAS.
UN MAYORDOMO DEL REY.

ACTO PRIMERO.

Suenan atabales y trompetas dentro, como juego de cañas, y hay ruido de cascabeles, y dicen dentro con gran fuga entre dos ó tres esto que sigue.

Uno. Rica librea.
Otro. Aparta, aparta, afuera.
Uno. Bravos caballos.
Otro. Bravas telas de oro.
Todos. Aparta, aparta, aparta.
Uno. Gran carrera.
Otro. El toro sacan, au, au, au.
Todos. Al toro, al toro.
Uno. Al rey embiste.
Otro. Muera el toro.
Todos. Muera.
Uno. Oracio,
Otro. Belisardo,
Otro. Polidoro,
Las lanzas le esconded en las entrañas. [ñas.
Otro. La reina manda que no jueguen ca-

Salen Belisardo y Polidoro vestidos de juego de cañas, con capellares y marlotas amarillas, acicates, lanzas y adargas, y algunos criados detras, y Otavio, mayordomo del rey, y mientras se desnudan las libreas y se visten sus vestidos, dicen:

Bel. Arroja esa adarga luego.
(*Arroja la adarga.*)
Rompe esta lanza, villano,
Arroja el turbante al fuego;
A moro sabe el cristiano
Que es tahur de tan mal juego.
Pol. La librea lo ha causado;
Al salir quise decillo,
Que el rey hizo aconhortado,
Con trebejos de amarillo,
Su mote desesperado.
Bel. Mal hayan sus disparates.
Ot. Qué, ¿murió el rey?
Bel. No murió.
Ot. Quitadles los acicates;
Cuéntame lo que pasó.
Bel. Oye, porque no nos mates.

(*Siéntanse los dos, y los criados les quitan los acicates y borceguíes, y vístenlos de rua, y prosigue Belisardo.*)

El rey quiso jugar por casa nueva
Cañas, nunca en Nápoles usadas,
Adargas nos dió Fez á toda prueba,
Telas Italia y Damasco espadas.
España los caballos, que se lleva
Dellos la flor en fiestas y en jornadas,
La China, Flandes, plumas y garzotas,
Y las damas colores de marlotas.
Entraron ocho de encarnado y plata,
Con Godofre, su bravo cuadrillero,
Caballos con mochilas de escarlata,
Y adargas que las ciñe un gran letrero.
Ot. Y decian, señor....
Bel. « La que me mata
El juego que hacen hoy por darla espero. »
Ot. De caña la trató.
Bel. ¡Qué grande hazaña!
¡A una vana muger tratar de caña!
Sacó Reymundo fluecos amarillos,
Adargas con los cueros tapetados,
Caballos andaluces y morcillos,
Y un cuervo entre dos ramos desgajados
De un ébano que tiene como grillos.
Ot. ¿Y por mote?
Bel. « Mi alegre Filomena. »
Ot. ¿Y quién es su señora?
Bel. Una morena.
Otros tantos sacó de blanco puro
Julio, sobre caballos como nieve,
Y un armiño entre el lodo mal seguro,
Que salir de su cueva no se atreve.
Ot. ¿Y el mote?
Bel. No es el mote muy oscuro,
« Lo que suele es forzar, no lo que debe. »
Ot. ¿Y es su dama?
Bel. Una muy gallarda,
Que ahora va vestida de bernarda.
De plata con aljófar recamada
Sacó don Félix ocho de cuadrilla,
Con caballos de Córdoba y Granada,
Que son la mejor casta de Castilla,
Y en una pluma blanca levantada,
Que como mira al sol, al sol se humilla,
Unos ojos de quien su letra trata.
Ot. Y dice...
Bel. « Hasta sus niñas son de plata. »
Corrió con otros tantos Lucidoro,
Vestidos de libreas nacaradas,
Con unas letras entre llamas de oro,
A trechos por las orlas recamadas;
Cuentan que están librando su tesoro
A unas presas en el mar fundadas.
Ot. Y dice el mote...
Bel. « Mientras no. »
Ot. ¿Y las llamas?
Bel. « Con él ardiendo estoy mientras [no llamas. »
Ot. Acertóse.
Bel. Soy hombre de quimera,
Trovador fuí en mis años mal regidos.
La cuadrilla del rey fué la postrera
Que dice su intencion, esotros idos;
Pasamos tres parejas la carrera,

Mirados, alabados y temidos,
En seis overos que tan bien corrian,
Que los ojos apenas los seguian.
Faltaba el rey, y el juego nos deshizo,
Cuando por la carrera acompañado
De Oracio, su galan caballerizo,
En la silla ginete desdichado:
Salió con esto el toro, de un granizo
De pintadas garrochas acosado,
Echó en el suelo al rey, y le valimos,
Y acabóse la fiesta, y nos venimos.
¿Quieres mas?
Ot. Señor, no quiero:
Gusto me has dado sin duda.
Bel. Tiene preguntas de acero
Un viejo cuando desnuda,
Y cuando afeita un barbero.
Ot. Por robar de tu memoria
Las cañas que no has corrido,
Quise, no sin mucha gloria,
Desnudándote el vestido,
Desnudarte de su historia.
No pude hacer por ti mas,
Por de dentro y por de fuera
Sano tú de enojo estás.
Bel. Tú dices bien, como quiera,
Como no me digas mas.
Pol. La reina, tu hermana, viene.
Bel. Ella deja á su marido,
Mal de rey es el que tiene.

Sale Trene, reina de Nápoles.

Reina. Bravas cañas se han corrido;
Lanzas fueron para Trene.
Bel. ¿Cómo está el rey?
Reina. A porfía
Cobra salud.
Bel. ¡Cosa estraña!
Reina. Con sus cañas, su alegría,
Que han sido, por ser de España,
Cañas dulces de Gandía.
Bel. Ya le tuvé por perdido.
Reina. Todos tuvimos recelo,
Mas mejor ha sucedido,
Que él ha caido en el suelo,
Yo en su engaño he caido.
Bel. ¿El rey trata de engañarte?
Reina. A Polidoro conviene
Despedir, porque ha de hablarte,
Aunque él en su casa tiene
Ocasion para dejarte. (*A solas los tres.*)
Bel. ¡Ay de mí!
Reina. ¿Conde?
Pol. ¿Qué quieres?
Reina. Que sepas como tu hermana,
Escúchame, no te alteres,
Al lado de mi ventana
Miraba con sus mugeres;
Y no sé cuál desventura,
O qué accidente impensado,
Cuando estaba mas figura,
De un desmayo le ha quitado
El mayo de su hermosura.
Sin poder ser remediada,
Entre viva y entre muerta,
Con hartos ojos llorada,
En una silla cubierta
La han llevado á tu posada.
Procura con tu presencia
Darla, conde, algun favor,
Porque están en contingencia
Su salud y su color
En manos de su dolencia.
El bello matiz rosado
Procura restituilla,
Que en la plaza se ha notado
Que vió una muerte amarilla
Que la robó su encarnado.
Presto la puedes librar,
Si la vas á socorrer,
Que son buenos de atajar
El mal del alma al crecer,
Y el del cuerpo al comenzar.
Pol. Voy á hacer la mayor prueba.
Bel. Por Laura es cosa muy poca.
Pol. Tal su dolencia me lleva,
Que á no venir en tal boca,
Me hubiera muerto su nueva.
Bel. Mi remedio encarecido
Dejas, mi médico bueno.
Pol. De todo iré proveido. (*Vase Polidoro.*)
Bel. ¡Oh, quién le enviára un Galeno
Con alas del dios Cupido!
¡Quién con la parte mas cara
Del alma la socorriera!
¡Quién con yerbas la ayudára
De Arabia, que feliz fuera
Si alguna á Laura sanára!
¡Quién en aquella ocasion
Que la pudo desmayar,
Con mas fuerza y mas pasion,
Fuera su sangre, por dar
Socorro á su corazon!
Que si el cuerpo se la envia
Toda, porque el ser no huya,
La hiciera mas compañía
Mi sangre, porque es mas suya
Que la suya, aunque no es mia.
Reina. Los favores recebidos
Te engendran esos cuidados,
Que en ley de cuerdos y olvidos
Los hombres menos pagados
Sois los mas agradecidos.
¡Ay, Belisardo! ¡Ay, hermano!
Si supieses las traiciones
De una ingrata y de un tirano,

Darias á tus pasiones
Y á sus embustes de mano.
Harias de ese Galeno
Un Neron para matar,
Y del arábico seno
Penetrante rejalgar,
Y de amor sangre y veneno.
Dejarias de querer
A quien te burla y me afrenta.
Bel. ¿Qué es lo que dices, muger?
Reina. Dame ocasion á que mienta,
Acordándome en mi ser.
Muger soy, no me condenas,
Aunque me tratas tan mal,
Que en tus gustos y en mis penas
Hay una tan desleal,
Que á todas nos hace buenas.
Bel. ¿Y quién es?
Reina. ¿Una estimada.
Bel. Acábala de nombrar,
Porque dar una embajada
Mala á pedazos, es dar
Purga con taza penada.
Reina. Laura y el rey han causado
Mi pena y tus disfavores.
Breve embajada te he dado,
Que en nombrar los ofensores,
Las ofensas te he nombrado.
Bel. ¿Quién descubrió sus marañas?
Reina. Las cañas.
Bel. Dices verdad,
Sin duda que no te engañas,
Que el mudarse es liviandad,
Y viene el viejo entre cañas.
Y qué, ¿al rey hace favor?
Reina. Sus trages lo descubrieron.
Al juego y al mirador
¿Él ni ella no salieron,
Como has visto, dé un color?
Bel. Dices bien, las ropas son
Las muestras de la fineza,
Que las plantas con razon
Se visten de una corteza
Si tienen un corazon.
Mira si su amor es fiel;
Vióla en la plaza, y en vella,
Cayó, y la caida dél
Causó su desmayo della.
Vióse el amor della y dél.
Cerró el toro con rigor
Con el rey embelesado,
Subió el golpe al mirador,
Al instrumento templado
Con el punto de su amor.
Reina. Sin remedio y sin provecho
Quieres forzar mi partido,
Pues hallo por lo que han hecho,
Que daños de mi marido
Tienen hechos en su pecho.
No la valió autoridad,
Pundonor, ni sangre buena;
Mira si topa en bondad
Amor que no se refrena
A vista de una ciudad.
Porque el rey no se perdiese,
Todo su nombre perdió;
Y porque yo me muriese,
Toda Nápoles lo vió,
Y aun hizo que yo lo viese.
En la arena con gran pena
Vió á su amante.
Bel. Y con razon,
Que una muger que no es buena,
Quiere tanto su varon,
Que lo quiere entre arena.
Reina. Dejó pintada de muerte
Su bella hermosura rara,
Ví su rostro, y mi mal fuerte,
Que en el papel de su cara
Ví escrita mi mala suerte.
Mi sospecha confirmada
Ha figurado mi olvido,
Muerto el bien, la fe enterrada,
Su ley presa el rey perdido,
Y Laura en todo culpada.
Aquí llega mi dolor,
Este príncipe es mi daño,
Pues por mostrarme el amor
Sin color, el desengaño
Me lo mostró sin color.
Dias ha que mi querer
Con zelos del rey luchaba,
Mas no tenia poder,
Que aunque amor los engendraba,
No los dejaba nacer.
Mas ya con nueva crueldad
Paga presente y corrido,
Pues por mas seguridad,
Mis sospechas han nacido
Del parto de la verdad.
Esto lloro por mi esposo.
Bel. Y esto crece mis recelos,
Pues por quitarme el reposo
Una dolencia de zelos,
Me viene con un zeloso.
¡Ay, fementida, ay, retrato
De la humana condicion!
¡Ay nueva de un pecho ingrato!
Zelos, bien sois contagion,
Pues heris con solo el trato.
Sin duda que me has quitado,
Falsa, la ley que me ayuda,
Sin duda me has olvidado,
Y aunque me ofendes sin duda,
Te ofendo en haber dudado.
Hermana, ¿dices verdad?

Reina. Pruebas de su engaño son
Mis ojos, y esta ciudad.
Bel. No hay testigo con pasion,
Ni juez con voluntad.
Reina. ¿No te burlas?
Bel. Puede ser
Que ese engaño tenga escusa;
¿No se deja conocer
Que tu enojo los acusa,
Y los juzga tu querer?
Quizá tus zelos son vanos.
Reina. No me mienten esta vez.
Bel. Mas no están bien en las manos
De un testigo y de un juez
Que son deudos tan cercanos.
Para dudar y creer
Hay aquí grande aparejo.
Reina. Aunque hubiese que temer,
En duda no es buen consejo
Hacer buena á la muger.
Cuanto mas que la verdad
Puedes saber.
Bel. ¿De qué suerte?
Reina. Con mucha facilidad.
Si ella porfia en quererte,
Ha de querer tu amistad.
Y pues sabes su caudal,
La salud tuya ha de ser
Pues en sangre es nuestra igual,
Que la pidas por muger,
Pues es muger principal.
Por lo que diga, tú, hermano,
Juzgarás su pensamiento,
Que si al rey quiere, es muy llano
Que no querrá el casamiento
De un deudo que es tan cercano.
Y sino, cosa es segura
Que nadie deja pasar
La riqueza y la ventura.
Bel. Aunque dicen que el probar
Mugeres no es gran cordura,
La deuda en que estoy me obliga
A que cierre con mi daño,
Porque es mas justo que siga
La verdad de un desengaño,
Que el mentir de una enemiga.
A Laura, hermana, has de ver
Tu contraria ó tu cuñada.
Reina. Todo, hermano, puede ser.
Bel. Si mi muger es honrada,
No temas á mi muger.
Reina. Qué, ¿ya la llamas tu esposa?
Bel. Yo procuro que lo crea
Tu fe inconstante y dudosa.
Reina. Vete, que cuando lo sea,
Yo seré menos zelosa.
Bel. ¿Dasme la palabra?
Reina. Sí.
Que tu Laura te la dé,
Es lo que te importa á tí.
Bel. Con mi fe lo alcanzaré.
Reina. Y harás por ella y por mí.
Bel. Voime.
Reina. Vete.
Bel. Con gran miedo
Sigo esta impresa dudosa. (*Vase.*)
Reina. Ya con nuevas fuerzas puedo,
Engañada y engañosa,
Saber del rey este enredo.
Ya con mas facilidad
Puedo su amor descubrir;
Mi mal pide brevedad,
Y sin duda no es mentir
Anticipar la verdad.
Él viene.

Salen el rey de Nápoles y Oracio.

Rey. Por mi provecho
Sigo, Oracio, esta querella,
Por vivir dejé mi lecho,
Que las sábanas sin ella,
Mortajas se hubieran hecho.
Balanzas de amor bordado
Somos mi gusto y mi dama,
Y como el peso pesado
Le hizo caer en la cama
A ella, á mí me ha levantado.
Dila aquesto.
Reina. Esposo fiel,
¿Qué peso es ese y medida?
Rey. Como el ángel san Miguel
Fué mi amparo en mi caida,
Con Oracio hablaba dél.
Es mi patron verdadero.
Reina. Y lo dicen vuestras galas,
Porque en vellas considero
Que son plumas de sus alas
Las plumas de ese sombrero.

(*Ha de llevar el rey en el sombrero unas plumas pajizas.*)

Rey. ¿Este amarillo y dorado?
Reina. No procureis desmentillo,
Que san Miguel os ha dado
Plumas con tanto amarillo.
¡Ay, ángel desesperado!
Rey. Contra cristianos y moros
Me ayuda.
Reina. Mejor hareis,
Si por escusar mis lóros,
De san Lúcas os valeis,
Que os valdrá contra los toros.
A caer estais sujeto,
Bien que os sabeis levantar,
Y aunque indigna deste efeto,
Me habré yo de desmayar

Si os veis, rey, en otro aprieto.
¿Cómo os habeis levantado
Tan presto?
Rey. Solo por veros.
Reina. Pues no me habeis acostado,
¿A qué venis?
Rey. A ofreceros
Las cañas que no he jugado.
Reina. No me hagais tanto favor,
Ofrecedlas á la dama
Que os dió en ellas su color.
Rey. Siempre esa lengua me infama.
Reina. Te adora, dirás mejor.
Rey. Pues por vida vuestra y mia,
Que lo amarillo he sacado
Sin gusto y sin fantasía.
Reina. Volvistes, como el soldado,
Del color de aquel que os fia,
Pobre rey.
Rey. En mucha calma
Vivo de pobre y de fiel.
Muerto, espero allá la palma.
Reina. Llamemos á san Miguel,
Que á pesar os venga el alma;
¿En qué altar lo habeis dejado?
Rey. De mí os burlais, no lo niego,
Por lo mal que hoy he jugado.
Reina. Luego tendreis otro juego
Donde os cobreis del pasado.
Rey. ¿Qué juego?
Reina. Cañas.
Rey. ¿No veis
Que es donaire?
Reina. Yo me fundo
En la boda que sabreis,
Que no hay cañas en el mundo,
Sino la que vos haceis.
Rey. ¿Boda y cañas he de hacer?
Reina. Caña y bodas.
Rey. En buen hora,
Decidme, si puede ser,
Quién son los novios, señora.
Reina. Un hombre y una muger.
¿De qué os habeis alterado?
Rey. De que sepa yo tan tarde
Matrimonio tan tratado.
Reina. Nunca amor con mucho alarde
Quedó, rey, bien acabado.
Rey: Qué, ¿fué bóda con amores?
Reina. Pretendiente el novio ha sido.
Rey. ¡Oh, discretos amadores!
Pues con el gusto crecido
Les sabrán mas los favores.
Por saber su nombre ardo.
Reina. Y os corre algun interes,
Que es deudo vuestro, y gallardo.
Rey. Reina, decidme quién es.
Reina. El príncipe Belisardo.
Rey. ¿Vuestro hermano?
Reina. Qué, ¿mi hermano
No se puede casar?
Rey. Sí,
¿Y á quién ha dado la mano?
Reina. A Laura.
Rey. ¿A Laura? ¡ay de mí! *ap.*
Reina. Ved si la fiesta es en vano.
Y porque vos no os honrais
Para la boda que veis,
Os pido que nos valgais,
Y una cuadrilla saqueis
Del color que vos querais.
Pero no saqueis, señor,
El que teneis en la cara,
Que estais, rey, con mal color.
Él se remuda y repara, *ap.*
Verdad llana es mi temor.
Rey. ¿Que el príncipe se ha casado,
Y á Laura está ya ofrecido?
Reina. Polidoro lo ha tratado.
Rey. ¿Y la hermana ha consentido?
Reina. Sí, se llama el sí forzado.
Rey. Luego hay fuerza.
Reina. No, señor,
Que ella da el consentimiento,
Que tiene mucho valor.
Rey. Reina, aquese casamiento
No se ha de hacer, por mi honor;
Sin mi gusto, en mi presencia
Se han concertado los dos;
No es respeto, ni es prudencia.
Reina. ¿Sois el arzobispo vos,
Que habeis de dar la licencia?
Rey. Soy el rey.
Reina. Papa ha de ser
El que en eso es respetado,
Aunque Laura os pudo hacer
Papa suyo, si os ha dado
Las llaves de su querer.
Rey. El conde ofrece por mí,
Sin mi Belisardo yerra,
Vos hallais de Laura el sí,
No ha de hacerse aquesto en tierra
Donde yo su rey nací.
Lo honrado es esto y lo cierto,
Lo que hay hecho se deshaga,
Desbarátese el concierto,
No me hagais todos que haga
Con todos un desconcierto.
No me obligueis á que os saque
Las almas.
Reina. Menos rigor,
Vuestra cólera se aplaque.
¡Cómo se os muestra el amor
Por el velo del achaque!
Puesto os habeis colorado
Con el fuego de este ensayo.

No mostrais venir sangrado,
Mas Laura de su desmayo
La sangre os habrá prestado.
Vuestra cifra se declara
Ya vuestra carta cerrada,
Porque en miedo no repara,
Hecha en letra colorada,
Sobrescrito en vuestra cara.
A Laura adorais, señor,
Pues ella como liviana
Vendió á Leandro su amor,
Muerto echó por su ventana
Todo el cuerpo de su honor.
En la plaza se ha notado
Que sois favorecido:
Este es mi miedo pasado,
Rey; por Laura habeis caido
Y Laura os ha levantado.
Todo se sabe, señor,
No levanteis por el gusto
Testimonios al honor.
Rey. Luego lo pasado es susto.
Reina. Verdad dije.
Rey. ¡Hay tal rigor!
Vive el cielo, que he de hacer
Luego un castigo ejemplar.
Reina. ¿Ya la vais á socorrer?
Rey. Ningun hombre ha de escuchar
Mas zelos á su muger.
Reina. Todos huis los aprietos.
Rey. Y huimos vuestro castigo.
Reina. Sois vanos.
Rey. Somos discretos.
Oracio, vente conmigo.

(*Vanse el rey y Oracio, y queda la reina sola.*)

Reina. Pon su enojo en tus sonetos.
Ya se fué, quiéromè entrar;
Con la pena he descansado,
Que pues él puede dudar
Si su Laura se ha casado,
Ella se puede casar.
Mas él vuela y desde aquí
Lo estorba, mas ya llegó
Mi hermano; mas, ¡ay de mí!
Que correo que va al no,
Llega mas antes que el sí.
En duda está mi contento,
Mas Laura no es mi vasalla:
Si no cierra el casamiento,
La he de quitar con matalla
De mi esposo el pensamiento. (*Vase.*)

Salen Polidoro y el príncipe Belisardo.

Bel. Esto, conde, es igualdad,
Y así se diga y se entienda,
Que si la sangre es verdad
Que os reluce con la hacienda,
No esmalta su calidad.
Soy de Sicilia heredero.
Vos, conde, muy bien nacido,
No sois el conde primero
Que con un rey se ha medido,
Pues puede un buen caballero.
Los estados que tenemos
Son arrequives prestados,
Pues, conde, á los que valemos
No nos hacen los estados,
Que nosotros los hacemos.
¿No me dais, amigo, el sí?
Pol. Y por fiel testigo á Dios
Del que os doy, y del que os dí,
Pues os deshaceis á vos,
Solo por hacerme á mí.
Bel. No encumbreis mis señorios
Con lenguajes de hombres diestros.
Pol. Antes esto es tener brios,
Que solos pedazos vuestros
Pueden cuadrar con los mios.
El pecho tengo real,
Y ansí junto á mi opinion
Y á mi casa mezcla igual,
Que por conservar mi son,
Tomo mi mesmo metal.
Y con ser tal mi solar,
Laura es mas, donde hallaréis
Fe constante, amor sin par.
Bel. Cuando Petrarca os halleis
Podeis á Laura alabar.
Haced ahora que venga
Con lo que aquí se ordenó,
Y que vuestra fe mantenga.
Pol. ¿Qué doncella tiene no,
Donde hay hombre que sí tenga?
Si es su ser mi calidad,
Y su amparo mi valor,
Príncipe, considerad
Que yo que tengo su honor,
Puedo dar su voluntad.
Ella es vuestra, á mí me toca
El casarla, á mí consiente;
Venga, y vereis como es loca,
Pues estando aquí presente,
Os dará el sí con mi boca.
Ya se viste y saldrá luego.
Bel. ¿Y qué fué su mal?
Pol. Bondad:
Es muy hecha á su sosiego,
Fué contra su voluntad
A ver los toros y el juego.
Busca el pueblo, y las señoras
La vieron, porque se altera
Sin su rosario y sus horas.
Bel. Mi hermana de otra manera *ap.*

La está contando sus horas.
Pol. ¿Qué decis?
Bel. Digo su ser:
Esta nueva me condena, *ap.*
Que en hacerse la muger
Al hombre, saliendo buena,
No es buena lo que ha de ser.
Pero dé su voluntad
Sobre la que al rey le tiene.

Sale Oracio, caballero muy galan.

Or. Aquí está su magestad.
Pol. ¿Quién, señor?
Or. El rey, que viene.
Pol. ¡Hay tal rey!
Bel. ¡Hay tal maldad!

Sale el rey solo.

Rey. Conde, á tu casa he venido
Porque hablar con los dos pueda
Del juego que hoy me ha cabido,
Como el tahur que se queda
Con los naipes que ha perdido.
Pol. Pues yo me gano con esto;
Pierde, o rey, á cada rato,
Pues me das en ella puesto
Este tanto de barato,
Como á tanto de tu resto.
Rey. Aunque, á decir la verdad,
Aquí me traen, amigo,
Cosas de mas calidad:
Mi cuñado está contigo,
No mienten en la ciudad.
De vuestra boda está llena
La opinion de mi lugar,
Y ansí con gusto y con pena
Quejas os habré de dar,
Mezcladas con norabuena.
¿Es verdad que se ha casado
Con Laura el príncipe?
Pol. Sí.
Rey. Matrimonio muy honrado,
Mas ¿por qué razon, me di,
Entrambos lo habeis guardado?
He de estorbar vuestro intento.
Pol. Si aquí tuviera, señor,
Una lengua este momento,
Y otra lengua de mi honor
Estuviera en tu aposento,
No pudieras enojarte,
Que en vano es tratar aquí
Que acudiendo á cada parte,
Acá diera agora el sí,
Y allá dél te diera parte.
Mas no pudiendo partir
El hombre el humano ser,
Para no poder mentir,
Hice seguro el hacer,
Por hacer cierto el decir.
Agora se ha concluido
De mi hermana el casamiento.
César Belisardo ha sido,
Y aun mas, porque en un momento
Venció sin haber vencido.
Esto, señor, ha pasado
Y ha sucedido tan presto,
Porque no me hagas culpado,
Que aun Laura no sabe desto,
Porque yo lo he concertado.
Rey. ¿Luego es cierto?
Pol. Señor,
Ella hará lo que yo quiero.
Rey. ¿Quién lo asigura?
Pol. Mi honor.
Rey. Yo vivo, Oracio, ya espero. *ap.*
Bel. ¡Cómo se alegra el traidor! *ap.*
Rey. Mira, conde, no prometas
Cosa en nombre de muger,
Que las que son mas perfetas
Al aire de un parecer,
Se mudan como veletas.
A Laura manda á llamar,
Y dila tus pretensiones,
Que ella en fin se ha de casar,
Y jamas por nadie abones
Lo que no puedes pagar.
A saber su voluntad
Me quiero hallar yo presente. (*Vase Oracio.*)
Pol. Hácenos tu magestad
Gran favor.
Bel. Si entre la gente
Se encoge la honestidad,
Aunque el rey el trato abona,
Hace estorbo estando aquí.
Laura verá su persona,
Y ha de tropezar su sí
En piedras de su corona.
Quien carga en esto de amigos,
Hace incierto un casamiento,
Porque darle mas testigos,
Es darle al encogimiento
Mas cantidad de enemigos.
Laura dará en encogerse,
Porque al rey ha de temer.
Váyase para volverse.
Rey. La venganza ha menester
Padrinos para perderse.
Conde, no vengáis en esto,
A ser tercero me obligo
De su pecho honrado, honesto,
Que muchas manos, amigo,
Arrancan un sí mas presto.
Pol. Este es el buen parecer.
Bel. Digo, conde, que te engañas.
Pol. No importa.
Rey. De mi muger *ap.*

Son todas estas marañas.
Bel. A Laura teme perder. *ap.*

Salen Oracio y Laura.

Or. Laura viene.
Rey. En ella adora *ap.*
Este mi pecho rendido.
Or. De la cama sale agora.
Rey. Parece el sol que ha salido
De la cama del Aurora.
Pol. El rey, hermana, te llama.
Laura. ¿Qué rey? ¿el rey que ha caido?
Rey. Eso levanta mi fama.
Laura. Ya dices que el golpe ha sido
Jaque que te dió una dama.
Rey. Y tienen mucha razon,
Que entré rey en la carrera,
Soberbio por la ocasion,
Y de rey de juego que era,
Me quiso hacer su peon.
Laura. Jugadora es de gran fama.
Rey. Jamas la he visto perder.
Laura. Ganar el perder se llama.
Rey. Y algun dia podrá ser
Que el rey se coma esta dama.
Laura. Con Oracio, que está aquí,
Se cubrirá.
Or. Cosa es llana.
Pol. ¿Conócesla, Oracio?
Or. Sí,
Y tanto como á tu hermana.
Pol. ¿Y tú, hermana?
Laura. Como á mí.
Rey. Pues dinos qué te parece
De mi dama.
Laura. Que es el resto
De la fe que te merece.
Rey. Sí, mas enferma muy presto.
Laura. Sí, mas presto convalece.
Es como yo.
Rey. Punto menos.
Laura. No la ofendas, que es mi amiga.
Bel. Los arcaduces van llenos.
Pol. ¡Ay! muger que tanto diga,
No son buenos motes.
Bel. Buenos.
Rey. Otras cañas se han de hacer.
Laura. ¿Y por quién?
Rey. A tu intencion.
Laura. ¿Burlas, rey?
Rey. ¿No puede ser?
Laura. ¿Quién quiere por mi ocasion
Echar cañas á perder?
Rey. Belisardo, ¿no te agrada?
Laura. El servir es mi interes.
Pol. Ya responde como honrada.
Oye, hermana, que esta es
De aquestas cañas la entrada.
Laura, pues tu voluntad
He probado cada dia,
Por estar su magestad
Tan de por medio, la mia
Te diré con brevedad.
Sobre gran conocimiento,
Sobre acuerdos muy pensados,
Mirado tu entendimiento,
Vista tu vista, y mirados
Tu buen talle y tu talento,
Visto los buenos matices
Con que al mundo satisfaces,
Visto el ser...
Laura. No me autorices.
¿Es proceso el que me haces,
Que tantos hurtos me dices?
Mucho tengo que temer,
Sentencia de muerte escucho.
Pol. En una honrada muger,
Para los que miran mucho,
Hay mucho, Laura, que ver.
Al fin los ricos despojos
Que te hicieron milagrosa,
Vió un buen gusto, y sin antojos,
Porque es comida la esposa,
Que se come con los ojos.
Y ofreciendo á tu contento
Su ser ilustre y gallardo,
Su estado y su pensamiento,
Al príncipe Belisardo
Hoy te he dado en casamiento.
No hay que dudar ni temer.
Yo lo ofrecí de tu parte,
Y porque lo puedo hacer,
Lo hice, y por escusarte
El miedo del conceder.
Gustos, miedos, honor, provecho,
Todo por tí lo acomodo,
Y vengo tan satisfecho
De que está tan hecho todo,
Que aun el sí te traigo hecho.
No dudes, todo está llano,
Dale la mano.
Rey. ¡Ay de mí!
Laura. Aquí me pierdo ó me gano.
¿De quien dudas que dé un sí,
Piensas que dará la mano?
¿Ansí tu lengua me abona?
¿Temes, y no sin porqué,
Que es mi virginal corona
Avara de aire, y seré
Liberal de mi persona?
No me agradan tus enredos.

(*Dice esto enojada.*)

Pol. Calla, hermana, ¿en esó das?
Acaba, pierde esos miedos.
Dásela, que aquí dan más

Dos letras que cinco dedos.
Rey, favorece mi intento.
Rey. Libre su gusto ha de ser.
Bel. ¡Hay tal maldad!
Or. ¡Hay tal cuento!
Laura. ¿Y tú, rey, piensas hacer
Cañas á este casamiento?
Rey. ¿Yo cañas? no se me olvida
Mi daño.
Pol. Mal me acompañas.
Rey. Cuando tu hermana querida
Se case, no juego cañas,
Por no dar otra caida.
Y ansi jurando mi intento,
Medroso de mas caer,
De luto en su casamiento
Me he de vestir, por hacer
Que me tiente su contento.
En lo demas, como amigo
Puedes disponer.
Pol. Señor,
Haces bien, tu acuerdo sigo.
Bel. ¡Qué bien le ha hecho el traidor,
Que no se case conmigo!
¡Ah, cielo!
Pol. Laura, otra fiesta
Sin cañas se puede hacer.
Dale al príncipe respuesta.
Laura. Hermano, aunque soy muger,
Y á servirte estoy dispuesta,
No me pongas en aprieto
Con tan grande brevedad,
Que en el mas cabal sugeto
El torcer la voluntad
Es dar garrote al respeto.
Veré al príncipe, y tras esto
Miraré su condicion.
Pol. Lo bien hecho es hecho presto.
Lauro. Y despiertan la aficion
Los que duermen sobre aquesto.
Que si me quiero entregar
Luego á solo un pretender,
En cosa que ha de durar,
No sabremos, á mi ver,
Yo querer, ni él estimar.
Corra el tiempo, que bien creo
Que me has de hallar reducida,
Que aunque en pié sus partes veo,
Marido, aldea y comida
Se han de tomar á deseo.
Rey. ¡Qué desvios tan bien dados!
Bel. ¡Qué taimada hipocresía!
Pol. Hay partidos tan honrados,
Que pueden, hermana mia,
Verse con ojos cerrados.
Puedes su reino tomar,
Y dudando dices no,
Tómalo sin tropezar
En lo que Bamba dudó,
Que fué un Bamba en el dudar.
La gran Sicilia consigo
Te da, que su padre manda.
Laura. Al fin, ¿qué quieres, amigo?
¿Por hacerme harina blanda,
Hacerme reina de trigo?
Ya dije que es por demas
Pretender que en un instante
Me resuelva.
Pol. ¿En eso das?
Mientras no pase adelante,
Mi palabra vuelve atras;
A Belisardo la he dado
Para luego, y luego quiero
Que sea.
Laura. Mas acertado
Será mirarlo primero.
Pol. Ya yo por ti lo he pensado.
Laura. ¿Dónde?
Pol. Aquí en este aposento.
Laura. ¿Y porqué?
Pol. Porque podia.
Laura. Ahora en este momento
Allí dentro me tenia
Conmigo mi pensamiento.
Y has dado ahora mi sí
Con lengua que no te he dado,
Y por mí piensas aquí:
Hermano, no es acertado
Hablar ni pensar por mí.
Mi palabra se retira,
Pues tú diste mi palabra.
Quien es cuerdo, y por sí mira,
No dé por otro palabra,
Pues por otro no respira.
Sobradamente me aprietas:
Libre soy, libre nací.
Pol. Loquilla, ¿ansi me respetas?
Laura. Mientras no vivas por mí,
Conde, por mí no prometas.
Pol. En mí vives, y en mí has dado
La palabra.
Laura. Es sin provecho.
Mas que eso has señalado,
Esa que vive en tu pecho
Haga lo que has concertado.
Pol Soy tu padre.
Laura. No me dan
Padres enojados pena.
Pol. Soy tu voz, y lo dirán.
Laura. Eso de ser voz agena,
Déjalo para san Juan.
Bel. ¡Hay tal hembra!
Or. ¡Hay tal verdad!
Rey. ¡Hay tan dulce competencia!
Pol. ¡Hay tan gran temeridad!
Rey, perdona y da licencia,

Que he de hablar con libertad.
Rey. Di.
Pol. Traidora, mal mirada,
Infame, atrevida, loca,
Noble, villana, rogada,
¿Quieres que el sí de la boca
Te saque con esta espada?
Por tu honor vuelve y por mí,
No des nota sin porqué,
Que por sacarle de tí,
El alma te arrancaré,
Que es la raiz de un buen sí.
Dale la mano al momento.
Rey. Polidoro, ¿en mi ciudad
Se ha de hacer tal casamiento?
Ved que pide voluntad,
Conde, aqueste sacramento.
Del cielo es justo poder,
Que no hizo cosa en vano;
Aquí me quiso traer
Para que fuese mi mano
Amparo desta muger.
No receles, habla claro,
Ningun miedo te reporte.
Laura. Tu presencia es mi reparo.
Rey. General patria es la corte,
Y el rey general amparo.
Soy juez, y aquí estoy yo.
Laura. Y por tal te quiero aquí,
Pues Dios aquí te envió.
Rey. ¿Fuérzate tu hermano?
Laura. Sí.
Rey. ¿Quieres al príncipe?
Laura. No.
Rey. ¿Es verdad lo que ha contado,
Oracio?
Or. Testigo soy.
Rey. Pues atento á lo pasado,
A Laura por libre doy.
Bel. El pleito está despachado.
De aquesta manera sé
Que el rey agravios deshace.
Rey. Y hago bien cuando hay porqué,
Que á fuerza que á mí se hace,
Ha de haber justicia en pié.
Bel. Pues tu pasion se declara,
Quiero por ella movido,
Decir su justicia clara.
Pues las cañas has torcido,
Te han, rey, torcido tu vara.
Pude hasta agora sufrir
Tu engañoso proceder,
Mas reviente mi sufrir,
Y cual víbora al nacer,
Haga á su madre morir.
Salgan á luz tus pasiones,
Descúbrase tu malicia,
Que hoy quitarán mis razones
La máscara de justicia
Que al lascivo amor le pones.
Conde, vive recatado,
Y considera que el rey
De tu hermana aficionado,
Guarda en tu casa la ley
De juez, mas no de honrado.
Esto las cañas han sido,
Esto ha sido la intencion
Del amarillo vestido,
Y esta, conde, es la ocasion
Del desmayo que ha tenido.
Aquesto fué su matar,
Y su luto ha sido aquesto,
Esto ha sido mi esforzar
Que se fuese, y juzga en esto
Si el rey nos puede juzgar.
Lo que digo te haré ver,
So pena de ser traidor,
Cosa que nunca he de ser.
Laura. No le respondas, señor,
Déjame á mí responder.
Aunque mis obras presentes
Me pueden acreditar
Con mi hermano y con las gentes,
Te quiero en breve mostrar
Que eres infame, y que mientes.
Mi casamiento pretendes,
Y tu ser con mi ser mides,
Dime, pues mi honor entiendes,
¿Si yerro, cómo me pides?
Y si no, ¿cómo me ofendes?
Un hombre de vanidad
Quiere calidad en duda:
No me niegues que es verdad
Que yo fuí buena sin duda,
Y tú no tienes bondad.
De cuenta estás alcanzado.
Pol. Aunque acreditas tu ser,
Porque quede asigurado,
El honor te ha de volver
El que á tu honor ha dudado.
Dale por esta ocasion
La mano que ha merecido,
Pues fué de amor su pasion.
Laura. ¿Qué muger quiere á marido
Que habla con tal opinion?
Si del mundo señor fuera,
Si fuera de ángel traslado,
Por esto le aborreciera.
¿Quejoso sin ser casado?
Con él se case quien quiera.
Antes dudaba, señor:
Ya digo que no ha de ser.
Pol. Alve, pecho traidor,
¿Quién dejará de creer
Lo que dicen de tu honor?
De mi paciencia reniego

Si tu orgullo no quebranto.

(*Quiere meter mano Polidoro á la daga, y el rey le detiene por el brazo.*)

Rey. Paso, conde, ten sosiego;
Señora, cúbrete un manto,
Y vente á palacio luego.
Bel. Muy bien queda con su hermano.
Rey. Tiene su hermano malicia.
No me enfades, que es en vano;
Esto pide la justicia,
Nadie me vaya á la mano.
Bel. Mira, rey, que es mi muger.
Rey. Y cuando tu muger sea,
¿Está mal en mi poder?
Nadie habrá que no me crea.
Bel. Es cortesía el creer.
Rey. Ponte, Oracio, á esa ventana,
Y suba esa guarda luego.
Or. Este negocio se allana. (*Vase Oracio.*)
Pol. Mira, señor, que te ruego
Que esté en poder de tu hermana.
Rey. Todo se hará, Polidoro.
Bel. Vamos, que vengarme espero.

(*Vanse Belisardo y Polidoro.*)

Rey. ¿No guardo bien tu decoro?
Laura. Vive el cielo, que te quiero.
Rey. Vive el cielo, que te adoro. (*Vanse.*)

ACTO SEGUNDO.

Salen Trene, Oracio y Laura.

Or. Hoy entra con sus galeras
El general de la mar,
Que en las morismas fronteras
Ni á moro deja almajzar,
Ni lunas á sus banderas.
Trene. Tiene el duque gran renombre.
Or. La guerra le satisface
Como debe.
Trene. No te asombre,
Que de tantos que deshace,
No es milagro que haga un hombre.
Or. Él es rico y bien nacido.
Trene. Desde Palermo á mis tierras
Lo tengo bien conocido.
Or. Como viene de las guerras
A ver su primo querido,
Que es el rey, el rey lo quiere
Recibir y festejar.
Trene. Oracio, cuando viniere,
Venme volando á llamar.
Dile al rey, que me espere.
Or. Yo lo haré.

(*Dicen aparte como que no se ven la una á la otra.*)

Trene. Batalla emprendo
Que me da bien que temer.
Laura. Dudando estoy y temiendo,
Que es zelosa, y soy muger,
Y estoy sola, y sé que ofendo.
Trene. ¡Con cuánta severidad
Me mira!
Laura. Callando culpa
Mi respeto y mi bondad.
Trene. ¿Qué cara tendrá la culpa
Delante de la verdad?
Quiero hablarla.
Laura. Sin provecho
Haga y diga, que sospecho
Que si ella tiene un reinado,
Yo tengo un rey en el pecho.
Trene. Con afrenta, ó como quiera,
He de castigar su yerro.
Laura. Conviene porque no muera,
Que tenga cara de hierro
Quien tiene entrañas de cera.
Trene. A mi justicia me arrimo.
Laura. Mi rigor será mi escudo.
Trene. No hay fin, porque me reprimo,
No la temo.
Laura. No la dudo.
Trene. No la precio.
Laura. No la estimo.
Trene. Escucha.
Laura. Di.
Trene. ¡Jesus, qué mal proceder!
Laura. ¿Qué quieres?
Trene. Llégate aquí.
Laura. Mas tú que me has menester
Te puedes llegar á mí.
Trene. Mejor será que partamos
Las dos.
Laura. Esa es justa ley.
Trene. Querrá porque no riñamos, *ap.*
Pues nos partimos al rey,
Que el camino ambas partamos.
Laura. ¿Qué dices?
Trene. Mas tú, ¿qué haces?
Laura. Yo sé dar cuenta de mí.
Trene. Sí, pero no satisfaces.
Laura. Pregunto, ¿estoy aquí
Para guerra, ó para paces?
Para todo aparejada
Me hallarás.
Trene. Valiente eres,
¿Cómo te va en mi posada?
Laura. Vame como tú quisieres.
Trene. ¿Qué te agrada della?
Laura. Nada.

Trene. ¿Qué tiene?
Laura. Ninguna cosa:
Mucho engaño y poca ley,
Entre mil, ninguna hermosa,
Viejos locos, galan rey,
Y la reina no gustosa.
Trene. Dices muy grande verdad.
En palacio eso tratamos;
Pero entre esta vanidad,
Aunque melindres usamos,
No usamos facilidad.
El melindre es accidente
Que se cura sin fatiga.
Laura. El que pierde siempre siente.
Trene. Pero el ser fácil, amiga,
No se pierde fácilmente.
Está en palacio vedada
Esta culpa con gran pena.
No hay muger que no sea honrada.
Laura. A ninguna llamas buena,
Mientras ves que no es rogada.
Trene. ¡Qué embelecos! ¡qué invencio-
¡Qué engaños! [nes!
Laura. ¡Oh qué verdad!
Trene. Tú empatas las razones,
Laura, menos libertad.
Laura. Trene, menos posesiones.
Trene. ¿Sabes á qué vienes?
Laura. No.
Trene. ¿Sabes quién manda?
Laura. Quien reina.
Trene. ¿Quién reina?
Laura. Quien lo heredó.
Trene. ¿Tú sabes que yo soy reina?
Laura. ¿Tú sabes que yo soy yo?
Trene. ¿Y quién eres tú?
Laura. Mi honor.
Trene. ¿Y quién es tu honor?
Laura. Mi ser.
Trene. ¿Quién es tu ser?
Laura. El mejor.
Trene. ¿Cómo se deja querer
Tu ser con tanto valor?
¿Cómo á mi esposo cautiva,
Si tanto punto en él cabe?
Laura. ¿Yo á tu esposo? mejor viva.
Trene. Escupe al rey, y le sabe
A miel aquella saliva.
Laura. Calla.
Trene. El desmayo lo diga.
A fe que le guardais ley.
Laure. Esta grosera me obliga.
Trene. Tu librea viste el rey,
Tus gages tira, ¡ay amiga!
Bien haces en no querer
A mi hermano, aunque él te quiera,
Que dejar una muger
Un rey por un rey, ya fuera
Dejar comer por comer.
Dos reyes con gran ventaja
Te sirven, y querrá Dios,
Si tu fuego no se ataja,
Que le sirvan otros dos,
Y tendrás cuatro en baraja.
¿Date gran gusto el favor
Que á mi fe mal empleada
Roba por darte el traidor?
Sí, que la fruta robada
Dicen que sabe mejor.
¿Cuántos dias tu desden
Ha tardado en ablandarse?
¿Es muy tierno? ¿quiere bien?
¿Sabe dar? ¿Sabe enojarse?
¿Habla bien? ¿Es en tí bien?
Entre en tu casa, no pierdas
Tan gran lance, abre el balcon,
Pues de Nápoles las cuerdas
Templadas todas á un son,
Dais luego escalas de cuerdas.
Mas ¡qué necia sois! ya taso
Los pasos del bien querer.
Quien ciega á su gusto el paso,
Ya habrá entrado á solo ver.
Laura. Reina, reina, paso, paso.
Nadie ofenda mi valor,
Ni á mi sangre le haga ultraje,
Porque á la reina mejor
Le puedo prestar linage
Y prestarle puedo honor.
La cara esenta y sin mengua
Pasar por buena presumo,
Con verdad nadie me mengua.
Trene. Será el linage de humo,
Y el honor será de lengua.
Laura. Tengo mejores parientes
Que tú, y aun soy mas honrada.
Trene. Mientes. (*Dale un bofeton.*)
Laura. ¿Bofeton y mientes?
De mis manos haré espada,
Y puñales de mis dientes.

(*Cierra con ella y le arañá las manos.*)

Trene. Así vengo una traicion.
Laura. Yo te quitaré la vida.

(*El rey dentro.*)

Rey. Voces de mi Laura son.
Laura. Vive el cielo, fementida,
Que te coma el corazon.
Trene. Desvía.
Rey. Laura, ¿qué es esto?

Sale el rey por una parte, y deténganse Belisardo y Laura.

Bel. Esposa, ¿quién te ha ofendido?
Rey. ¿Quién, Laura, te ha descompuesto?

Dime luego lo que ha sido.
Laura. Quien sus manos en mí ha puesto.
Bel. ¿Quién te enoja?
Rey. ¿Quién te enfada?
Bel. ¿Quién con lágrimas te deja?
Rey. Tú estás llorosa y turbada,
¿Y la reina no se queja?
Sin duda estás agraviada.
No me des muerte dudando:
¿Qué tienes? dime tu mengua.
Habla, amiga.
Laura. Estoy callando,
Porque no ha de hablar la lengua
Donde está la injuria hablando.
Y pues la mia provoca
A que no acierte á decilla,
Haga, rey, esta mejilla
El oficio de mi boca.
En ella puedes leer
Mis agravios estampados,
Bien los sabrás conocer,
Que están en ella pintados
De mano de tu muger.
Aquí su orgullo inhumano
Llegó, afrentando mi gente,
Que para mostrar mas llano
Que era mi injuria patente,
Puso aquí el sello su mano.
Sobre un largo disputar,
Sobre llamarme ruin,
Sobre obligarme á callar,
Y sobre tanto, que al fin,
Lo menos pudo sobrar.
Segura sin temer mal,
Sola, humillada á sus piés,
Muger moza y principal,
Y en tu casa, que al fin es
Su salvaguarda real,
Por una vana opinion
Que en su engaño ha fabricado,
Sin tiento y sin ocasion
Alzó la mano, y me ha dado
En mi cara un bofeton.
No soy buena, pues no hallo
Honor para mí en el suelo,
Que el suelo no sabrá dallo:
No soy noble, pues recelo,
Y no soy viva, pues callo.
No puedo, rey, mas hablarte,
Que reviento por sufrir
Mi agravio, por no enojarte.

(*Meten mano el rey y Belisardo para dar á la reina, véngase el uno para el otro con lo que se dicen.*)

Rey. Vive Dios, que has de morir.
Bel. Vive Dios, que he de matarte.
Rey. Belisardo.
Bel. Rey.
Rey. ¿Qué vana,
Locura en tu pecho reina?
Bel. No es locura, ni es liviana.
¿A quién matas tú?
Rey. A la reina.
¿Y á quién matas tú?
Bel. A mi hermana.
Rey. ¿Porqué?
Bel. Porque á mi querer
Llegó su brazo traidor.
Rey. Yo que aquí tengo poder,
La he de matar, por mi honor.
Bel. Yo tambien por mi muger.
Rey. A mi palacio ha ofendido.
Bel. He de vengar esta vez
Yo á mi honor, que va perdido.
Rey. ¿Tú no ves que soy juez?
Bel. ¿Tú no ves que soy marido?
Rey. Mi justicia rigurosa
Es fuerza.
Bel. Yo su malicia
Castigo con mano honrosa.
Rey. No vengues tú mi justicia.
Bel. Ni tú vengues á mi esposa.
Rey. Él la quiere grangear. *ap.*
Bel. Él la quiere así vencer. *ap.*
Rey. Apárta.
Bel. Déjame estar.
Rey. Nadie á mí me ha de valer.
Bel. Nadie á mí me ha de vengar.
Rey. Gente suena.
Bel. Envaina.
Rey. Advierte
Lo que ha hecho.
Trene. ¡Inmenso Dios!
Los dos tratan de ofenderte;
Y por matarme los dos,
Ninguno me ha dado muerte.

Sale Oracio.

Or. Los consejeros llamados
Vienen á salir contigo.
Rey. Ellos sean mal llegados.
Siempre me mueven, amigo,
Estos groseros letrados.
Al volver quedará llano,
Si te parece, este cuento.
Bel. Todo, rey, está en tu mano.
Rey. Vamos al recibimiento,
Muger, dame aquesa mano.
Mi ponzoña y mi desden
Cubro con paz por la fiesta.
Laura, á Dios; tú, Trene, ven.

(*Tómala de la mano sin miralla, y ella con ceño.*)

Trene. La paz de Judas es esta,
Que hay reyes Judas tambien.

Rey. No cuentes esta jornada
A tu hermano.
Laura. Veo, señor,
A tu esposa regalada.
Rey. ¡Ay, reino!
Bel. ¡Ay, rabia!
Laura. ¡Ay, honor!
Trene. Medrosa voy y alterada.

(*Vanse el rey y Trene: quedan solos Laura y Belisardo.*)

Bel. Mira cómo te ha dejado
El rey, hazañas son estas
De un galan noble y premiado:
Por honrar públicas fiestas,
Dejar tu honor agraviado.
No hay ninguna esperiencia,
Que se armaron á lo justo,
Un achaque de una ausencia,
Un decir que está sin gusto,
Un fingir, una dolencia.
Un forzoso despachar,
Un disculpado temer,
Un mentir fácil de hallar,
Y no hallará un no querer
Que es el mayor estribar.
Si allá en Sicilia estuvieras,
Cuando achaque me faltára,
Por no verme en las riberas
En son de salva, arrojára
A fondo aquesas galeras.
Moviera una civil guerra,
Mi archivo hiciera quemar,
Y esto que junto no yerra,
Matar al duque en la mar,
O me ocupára en la tierra.
Por sola una obligacion
De un deudo, que hoy ha llegado,
Te falta en esta ocasion.
Vive el cielo, que te ha dado
Otro mayor bofeton.
Laura, mírame y no llores,
Salga mal, ó salga bien,
Yo he de ofrecer tus rigores,
Que adoro mas tu desden
Que él estima tus favores.
No temas, ten confianza,
Cobra aliento, sufre un poco,
Que yo te ofrezco venganza.
Laura. En el rigor deste loco *ap.*
Quiero fundar mi esperanza.
Bel. No pido paga, no espero
Verte mia, ó verte humana.
Tu desden en premio quiero:
¿Quieres que mate á mi hermana
Con veneno, ó con acero?
Ya te alegras, puede ser
Que me mires sin rigor.
Laura. Dale al enfermo placer,
Aunque no beba, señor,
Quien le habla del beber.
Los ojos á mi esperanza
Abres, que estaba rendida,
Porque mientras no se alcanza,
Tratar della es la bebida
De la sed de la venganza.
Yo te agradezco, señor,
Tanta merced.
Bel. No me trate
Tan bien tu inmenso valor,
Que harás que por ti mate
Si me haces tanto favor.
Laura. Tuya soy.
Bel. Laura querida,
Merced que es tan soberana
No tiene paga medida.
Laura. Pues si das muerte á tu hermana,
Yo te prometo dar vida.
Confieso que tu cuñado
Fué mi galan admitido;
Mas aunque alegre y mirado
Llegó el rey á ser querido,
A mi mano no ha llegado.
Porque todo lo hace llano
La que todo no lo niega,
Y de raya y de liviano
Pasa el favor, cuando llega
A las rayas de la mano.
No te pido como á ciego
El favor que de ti aguardo.
Buena soy, su amor fué fuego;
Hazme honrada, Belisardo,
Porque me haga tuya luego.
Mata á la reina, y confia
Lo que digo y lo que callo.
Bel. No puedo hablar de alegría,
¡Qué! ¿es posible que te hallo
En un tiempo buena y mia?
Ya murió la reina, haz cuenta
Que viva no la verás;
Mas ya se me representa
Que para vengarte mas,
La he de matar con afrenta.
No hinche veneno, ni espada,
Los vacíos de mi injuria:
Eres mi esposa afrentada,
Y no muere si en tu injuria
Ella no muere afrentada.
Sin honra, que es su blason,
Ha de morir.
Laura. Por tu vida
Que me dices tu intencion.
Bel. Deste duque la bebida
Me da una grande ocasion.
Bien sabrás mi pensamiento.
Laura. Muera, y muera como quiera.

Bel. Morirá, y á tu contento.
Laura. Vamos, que por la escalera
Sube ya el recibimiento.
Bel. El rey está de placer.
Laura. Ansí lo has visto medrar.
Tuya soy.
Bel. Y lo has de ser.
Laura. Con el rey me he de casar. *ap.*
Bel. Vente conmigo, muger.

(*Entranse, suena música, atabales y trompetas, y si hay chirimías: sale el rey y el duque Norandino, Oracio y gente de acompañamiento.*)

Rey. Sálganse todos afuera,
Agora quiero abrazarte,
Primo, pues desta manera
Doy un abrazo al dios Marte
En mi tierra, que es tu esfera.
Gentilhombre, y gran soldado,
Norandino, te me has hecho
En dos años que has faltado.
Nor. Como España me dió el pecho,
Crece con leche de honrado.
Sus atrevidas galeras
Rijo por el rey de España,
Y si bogas sus riberas,
Verás mi sangre y mi hazaña
Do veas moras fronteras.
Trene. ¿Y es España buena tierra?
Nor. Tiene por rey muy capaz
De cuanto el gran mundo encierra,
Mil regalos en la paz,
Y mil fuerzas en la guerra;
Gustos, vicios, hermosuras,
Galas, gallardas espadas,
Fino amor, fuerzas seguras.
Trene. ¿Y tiene damas pintadas?
Nor. Todas son unas pinturas.
Las mas gallardas señoras
Hay del orbe.
Rey. Así lo entiendo,
Aunque son algo traidoras.
Trene. Acá dicen que en naciendo
Las enseñan á pintoras.
Y que las libres y honestas,
Las santas y las miradas,
Para salir bien compuestas,
Salen todas retratadas
Al olio en todas las fiestas.
Nor. Cada muger su interes
Esfuerza.
Trene. ¿No ha de esforzarse
Con tal pena?
Rey. ¿Y tú no ves
Que muger sin afeitarse
Es justador sin armas?
Nor. No sé pintar por tu vida
Tanto.
Rey. Norandino muere
Por España.
Nor. Es mi querida.
Trene. Muger, que se pinta, quiere
Ser por pinta conocida.
Nor. Si la belleza mas rara
Llegára el mundo á perder,
Dentro de España la hallára.
Trene. Hasta agora estoy por ver
De España una buena cara.
Nor. Apostemos que te agrada
Aquesta.

(*Enseña al rey un retrato, y luego á la reina.*)

Rey. No hay que dudar,
Brava moza.
Nor. Y muy honrada.
Trene. Y se ha dejado pintar
Solo por verse pintada.

(*Mira al retrato.*)

Buen pelo, buena muger,
Risueña está, no hace mal.
Pues viene en tan buen poder
Esta dama, general,
Tu dama debe de ser.
Nor. No espera mi pensamiento
A tan alto presumir.
Trene. Yo sé que es noble tu intento,
Pariente, no va mentir.
Nor. Digo, reina, que no miento.
Trene. ¡Qué bueno!
Rey. Primo amado,
No la guardeis tanta ley.
Nor. Ya mis ojos la han mirado.
Trene. ¿Y en los della no veis, rey,
Que se ha puesto colorado?
Con sangre pinta y declara
Su afucion.
Nor. Reina, por Dios
Que calles.
Trene. ¿Quién tal pensára
De un soldado?
Rey. No hableis vos (*ap. á la reina.*)
De sangre, y sangre en la cara.
Nor. El rey se enoja, señora.
En el palacio real
Donde la belleza mora,
Arrimado al gran sitial
De la gran reina Teodora,
Desta materia tratando,
Que agora movió esta guerra,
Las señoras alabando
De Nápoles, que es la tierra
Que ausente estoy adorando,
Este retrato que ves,

Que del suelo castellano
Un serafin dicen que es,
Y agora puesto en tu mano
Parece un duende á tus piés,
Me dieron con condicion
Que de Italia la traeria
Otro de mas perficion,
Porque cada cual tenia
Por mas bella su nacion.
Tómale para trocar,
Y pues en Italia estoy,
Si mi primo da lugar,
Este retrato te doy,
Y uno tuyo me has de dar.
A questo te desengaña:
Ya sabes lo que deseas,
Y pues razon me acompaña,
Dámele para que seas
Asombro de toda España.
Suplico á tu magestad
Me valga en esta ocasion
Con la reina.
Rey. ¿Hay tal bondad?
El duque pide razon,
Y el duque dice verdad.
Dalde un retrato, señora.
Trene. Si la muger mas preciada
De Nápoles pide ahora,
Dalde á Laura retratada,
Que es la que el mundo enamora.
Es esta Laura que digo
Blanca y rubia, y tiene ceño,
Y soy de Sicilia, amigo,
Y soy de color trigueño,
Por ser de tierra de trigo.
Rey. Acabad, no me deis pena;
Vuestro retrato es mejor.
Dalde al duque.
Trene. Norabuena.
Aquí le traigo, señor,
Colgado desta cadena.
Que como tanto valor
Llevan mis cosas contigo,
Y me haces tanto favor,
Traigo imágenes conmigo,
Para dar, como pintor.
Tomad, duque.
Nor. Estad segura
Que allá en España he de ser
Invidia de mi ventura,
Pues, cual nuevo mercader,
Paso de Italia hermosura.
Trene. No es muy seguro ese trato
Donde hay mar, distancia y viento.
Rey. Porque te pague el retrato
Venid, reina, al aposento:
Entretené al duque un rato.
Nor. Al cielo mismo me envias.
Rey. El cargo es carga enfadosa,
Y ando ocupado estos dias.
Trene. No me tienes por hermosa,
Pues á galanes me fias.
Rey. Mi primo es propio honor,
Dalde la mano.
Trene. No yerra
Tu amistad.
Nor. A Dios, señor,
¡Cuánto diera allá en tu tierra
Por tener este favor!

(*Esto dice Norandino á la reina sola, llevándola de la mano.*)

Rey. Quien no pudiera saber
La bondad deste varon
Y el honor desta muger,
Dijera con gran razon
Que estos se deben querer.
Todas las mas opiniones
Que no siguieran la mia,
Dijeran por sus razones
Que ella zelos le pedia,
Y él daba satisfaciones.
Y es todo pura bondad.
¡Cuán lejos está en el mundo
La opinion de la verdad!
Mas, ¿qué digo? ¿en qué me fundo?
Yo alabo seguridad.
¿Yo me alegro, yo pondero
Una gloria que consiste
En punto que es tan ligero,
Teniendo en mi casa, triste,
La que mas que al alma quiero?
El cielo me ha dado esposa
Que es hermosa, y no la temo,
Preciada y dificultosa;
Mas si ella es bella en estremo,
¿Laura tambien no es hermosa?
Mas que al vivir la he querido;
Mas de Laura la memoria
¿No puede causar su olvido?
Seguir quiero yo mi gloria,
Y ella siga lo que ha sido.
Estimar quiero su ser,
Y no dejar mi regalo;
No se puede encarecer
El bien de un hombre que es malo,
Si tiene honrada muger.
Viva mi esposa querida,
Mas Laura ¿no está agraviada?
Muera, que todo se olvida;
Pero Trene, ¿no es honrada?
Mas Laura, ¿no es ofendida?
¿No la dió por aficion,
Y esotra no es voluntad?
Muera, que es justa razon;
Mas, ¡ay, cielo! ¿y la bondad?

Todo, quien todo lo alcanza,
Lo echa á perder, ¡ay de mí!
En peso está mi venganza;
Pero Laura viene aquí,
Y haré caer su balanza.

Sale Laura vestida de negro.

Laura. De Belisardo el intento
Quiero entablar.
Rey. Laura mia,
¿Dónde queda tu contento?
¿Tú sin ropas de alegría?
Laura. Soy de mi honor monumento;
Aunque mal dije, señor,
Porque una triste muger,
Sin prendas, y sin valor,
Y sin ser, no puede ser
Sepultura de su honor. (*Llora.*)
Rey. No llores.
Laura. Rey, no entretenga
Tu afable lengua mi enojo,
Que ya Laura no se venga;
Fáltale sangre en el ojo,
Y es bien que lágrimas tenga.
Rey. Perlas echas sin razon
Sobre tus mejillas bellas.
Laura. Pues mis menguas no lo son,
Quiero, rey, bordar con ellas
De la reina el bofeton.
Rey. Calla por tu vida, y piensa
La gran parte que me alcanza
De tu agravio y tu defensa.
Laura. Mientras tarda tu venganza,
Vive á tu cuenta mi ofensa.
Padeciendo á tu ocasion,
¿Tu mano no me socorre?
¿Dónde tienes tu aficion?
¿Sufres que el tiempo me borre
La huella del bofeton?
Yo pudiera pretender,
Si tu fe no me engañára,
Que al instante tu querer
Con la sangre la lavára
Del cuello de tu muger.
¡Ay de mí! desgracia ha sido:
Causólo fuego de amor,
Y en agua me ha convertido,
Como ves, y tú, señor,
¿Le pones tierra de olvido?
La reina huelga entre sones,
Yo lloro agravios presentes,
Ella al mar, yo á mis prisiones,
Ella recibe parientes,
Yo recibo bofetones.
Si no pagas su traicion,
O por tu mano, ó por ley,
Y hablando en resolucion,
Si no la das muerte, rey,
Con la primera ocasion;
Ni yo te daré la mano
Que hasta aquí te he defendido,
Ni me verás sino en vano;
Y el agravio recebido
Le he de contar á mi hermano.
Verás cuán presto acomodo
La muerte que presto aguardo.
Vestiré de aqueste modo,
Y me daré á Belisardo,
Que es lo mas malo de todo.

(*Vase y detiénela el rey.*)

Rey. Escucha.
Laura. ¿Qué he de escuchar?
Rey. Oyeme un poco siquiera.
Laura. ¿Agora es tiempo de hablar?
Volme, rey.
Rey. Amiga, espera.
Laura. ¡No sé cómo he de esperar!
Rey. No te desgustes conmigo.
Mira.
Laura. Ya no puedo verte.
Rey. Pues por tus ojos te digo,
Que á la reina daré muerte,
Y me casaré contigo.
¿Tú no viste que queria
Matar por tí á esa traidora?
Considera, Laura mia,
Que venganza sobre un hora
Es venganza á sangre fría.
Y pues culpas mi esperar,
Y mi aficion culpar quieres,
Procura, amiga, buscar
El veneno que quisieres,
Que yo se lo haré tomar.
Con un vaso de agua pura,
Buscando un achaque llano,
Morirá desto segura,
Y así te daré la mano
En dándole sepultura.
Y no me trates tan mal.
Laura. No te tengo por seguro.
No lo harás.
Rey. No digas tal,
Yo lo haré, Laura, te juro,
Por mi corona real.
Laura. Muera pues la reina.
Rey. Muera.
Laura. Y si Dios la mata, ¿amigo,
Serás mio?
Rey. Como quiera,
A ser tu esposo me obligo
De cualquier suerte que muera.
Laura. Esa fe y palabra guardo.
Rey. Gente viene.
Laura. Traeré presto
El veneno.

Rey. Aquí te aguardo.
Laura. Venga ahora sobre aquesto *ap.*
Lo que ordena Belisardo.
Dejar de reinar no puedo:
Mi venganza va de veras,
Reina, dos muertes enredo,
Aunque cinco merecieras,
Por dar una á cada dedo.

Vase, y sale Belisardo por otra parte.

Bel. Solo te quiero, señor.
¿Fuése Laura?
Rey. Tu magestad
Huye de la hermosa flor.
Bel. Cuentos de mas calidad
Olvidan cuentos de amor.
¿Hay aquí, por vida mia,
Quien nos oiga?
Rey. Solo estoy.
No tengo en mi compañía
Sino estos tapices.
Bel. Hoy
Habla la tapicería.
Rey. Mucho das que sospechar,
Habla, ¿quién ha de sufrir
En duda tanto tardar?
Bel. Cosa te vengo á decir,
Rey, que te habrá de matar.
Rey. En gentil estremo das.
Bel. Mándame el papa prender.
Rey. Mas.
Bel. Volvió mi campo atras.
Rey. Mas.
Bel. Murióse mi muger.
Rey. Mas.
Bel. Perdí mi flota.
Rey. Mas.
Bel. Lotario, el rey albanes,
Las tierras me ha conquistado.
Mas, señor.
Rey. Pues si mas es,
Sin duda me han afrentado.
Bel. Dices bien.
Rey. Príncipe amigo,
¿Y quién ofendió mi honor?
Bel. A contártelo me obligo,
Si tú me ofreces, señor,
No decir que yo lo digo.
Esto solo has de callar,
Pues, sin darme á conocer,
Puedo tu injuria probar,
Que la habré de defender
En campo particular.
Rey. Yo lo haré.
Bel. Pues sustenta
Tu ser, tu opinion y fama,
Vela sobre tí, y haz cuenta
Que quien tu honor y el mio infama...
Rey. Que...
Bel. Ha dos años que te afrenta.
Rey. ¿Quién? ¿mi muger?
Bel. Tu muger.
Rey. ¿La reina?
Bel. Reina y villana,
Que muger, reina y hermana,
Todas tres hacen un ser.
A todas tres las condena
En un ser falso y fingido.
Rey. Quisiera escusar mi pena,
Y en tres á Trene ha partido,
Por ver si hallára una buena.
¿Hay querer, hay calidad,
Hay honor, príncipe? di.
¿A quién, di, dió su bondad?
¿Es á Norandino?
Bel. Sí.
Rey. Sin duda dices verdad.
Pocas muestras salen vanas:
Tercero suyo me hicieron;
Hay falsas, mas hay livianas.
Con los retratos se dieron
Zelos y disculpas llanas.
Bel. ¿Qué dices?
Rey. Que su aficion
Delante de mí ha mostrado.
Bel. Del cielo es esta traicion. *ap.*
Rey. Aquí retratos se han dado.
Bel. No hay maldad sin postillon.
Este bravo capitan
A quien por tu sangre honrosa
Cargos y crédito dan,
Antes que fuese tu esposa,
Fué en Palermo su galan.
Vivió allá favorecido,
Y acá descubrió la brasa,
Que nunca apaga el olvido.
¡Mal haya aquel que se casa
Con muger que otro ha servido!
Que el galan á su provecho
Medra despues sin perder,
Como aquel que satisfecho,
Una cruz va á pretender
Con las prendas en el pecho.
Rey. Dices bien; mas ¿cómo, amigo,
Dos años has encubierto
Su maldad?
Bel. Lo que te digo
Quise, por saberlo cierto,
Saberlo de un buen testigo.
Fuese el duque habrá dos años
Llamado por su interes,
Y yo que miro á tus daños,
Antes que él de aquí se fuese
Eché de ver sus engaños.
Vi que entrambos se miraban,
Y como yo me temia,

Y ellos no me recelaban,
Con mis oidos sentia
Que sus ojos se encontraban.
Sentillos pude y juzgallos,
Que si unos ojos se empuntan,
Para el que sabe mirallos,
Mas son hacen, si se juntan,
Que un coche de dos caballos.
De allí vine á conocer
Que procuraban lugar,
Y luego me paso al ver,
Del temer al no dudar,
Del no dudar al creer.
Rondé su estancia vedada,
Seguí á tu primo en secreto,
Pero todo importa nada
Contra un querido discreto
Y una querida taimada.
Desmintieron su terneza,
Deslumbráronme sin duda,
Dejaron mi sutileza
Entre una segura duda,
Y una dudosa certeza.
Fuese el duque; ella sin él,
Se acogió á regalos tuyos,
Quedamos yo y esa infiel,
Ella con papeles suyos,
Yo con ojos de papel.
Hasta que agora ha venido
A seguir su pensamiento,
Y yo agraviado y corrido,
Esta verdad que te cuento
Deste su page he sabido.

(*Muéstrale una cabeza de niño degollado, llena de sangre, envuelta en una funda de almohada.*)

Este fué su regalado,
Y este me ha dicho, señor,
Que á su aposento vedado
Entró su primo.
Rey. ¡Oh traidor!
Sin duda estoy afrentado:
Bel. Sin ser visto lo hice entrar
Donde confesó en aprieto,
Y por mas disimular,
Lo maté, que un buen secreto
Le da vida un buen matar.
Esto pasa, esa taimada
Muera por justicia, rey,
Que yo saldré á la estacada,
Pues lo pide ansí la ley,
Con la visera calada.
Y pues permite el rigor
Desta prueba este pecado,
Por menos nota, señor,
Pues morirá el acusado,
Cállese el acusador.
Rey. Dices bien: quiérome entrar,
Que un gran monte en peso llevo;
Perdona, y dame lugar,
Que confiese que te debo,
Y no te puedo pagar.
Bel. Muera la reina.
Rey. Al momento
Presa y muerta la verás.
Bel. Bien sale mi pensamiento.
¡Ah cabeza! tú serás
Cabeza en mi testamento. (*Vase.*)
Rey. ¿Qué me han dicho? ¿qué he sabido?
¿Puede ser que la muger
Que mas que al alma he querido,
A la suma del querer
Haya mi honor ofendido?
Si es esta nueva liviana,
¿Mas Belisardo queria,
Que tanto en servirla gana,
Por hacer á Laura mia,
Hacer que muera su hermana?
Verdad ha dicho, y me mata
La reina, enemiga fiera,
Que mis glorias desbarata.
¡Ay, Trene, y quién pudiera
Hacerte menos ingrata!
¿Quién la vida mas sabrosa
Que yo pudiera tener,
Quién en Italia famosa
Tuvo mas noble muger,
Mas buena ni mas hermosa?
Su bondad toda he perdido,
Su belleza toda pierdo,
Y es lo peor que ofendido,
Ha despertado mi acuerdo
Con el golpe de su olvido.
¡Quién la viera con honor!
¡Quién gozára su beldad
Sin tener competidor!
¡Ay, esclava voluntad,
Que á palos sirves mejor!
¡Ay, desengaño, ay, perder,
Ay, usurpados favores,
Ay, desden, ay, no tener,
Y ay, zelos, despertadores
Del sueño del bien querer!
¿Qué es de Laura? ¿dónde están
Sus gustos? ¿Quién me enagena
De mí? Yo soy su galan,
Mas no dan las burlas pena,
Mientras las veras la dan.
Lo mas fuerte me atropella:
Ya no sirvo, ya no espero
Ver muger honrada y bella.
Matar á la reina quiero,
Y no casarme con ella.

Sale Laura.

Laura. De veneno apercebida
Traigo dél un vaso lleno,
Que á tu reino me convida,
Y no es el primer veneno
Que dió muger ofendida.
Agua parece el licor,
Y es el mas dulce y mas fuerte,
Porque viene así mejor
A dar color á la muerte.
¡La muerte en el fin color!
Toma.
Rey. Aparta. (*Con desden.*)
Laura. Rey, ¿qué es esto?
¿Mudas de acuerdo en dudar?
¿Quién mal contigo me ha puesto?
Rey. A la reina he de matar,
Mas no ha de morir tan presto.
Laura. Toma, y tenle aparejado
Para el tiempo que quisieres.
Rey. ¡Jesus, qué priesa, y qué enfado!
Laura. ¿Ya te enfadan las mugeres?
Rey. Antes las quiero sobrado.
Laura. ¿Cuándo su muerte ha de ser?
Rey. Yo lo veré.
Laura. Mal concierta
Tu alargar con mi querer.
No veré á tu muger muerta,
Si tú, señor, la has de ver.
Rey. Nunca juzgué con pasion.
Yo te desagraviaré.
Laura. ¿Y eso es justo?
Rey. Esto es razon.
Laura. ¿Y entre tanto que se esté
En mi cara el bofeton?
Mira, señor.
Rey. ¿Qué he de ver?
Laura. Mi sangre que está ofendida.
Rey. Pide justicia, muger.
Laura. ¿Justicia quieres que pida?
¿No me la piensas hacer?
Si á la reina has de matar,
Aunque tarde, yo te pido
Que te acuerdes de guardar
La fe que me has prometido.
Rey. Ya no me quiero casar.
Laura. ¿Qué dices?
Rey. Mi voluntad.
Laura. ¿Burlas?
Rey. De burlas estoy.
Laura. ¿Y eso es bueno?
Rey. Esto es verdad.
Laura. ¿Y eres rey?
Rey. Mi agravio soy,
Y con falsas no hay verdad.
Laura. ¿No me dirás qué has habido?
Rey. Dormia un sueño pesado
En la cama de mi olvido,
Y el honor me ha despertado
Amante y aborrecido.
Gané poco, perdí mas,
Dióme un agravio la muerte.
Quiero, como tú verás,
Matarlo, y hacer de suerte
Que él no me mate jamas.
Cifras son de mi pesar,
Humo es este de mi fuego,
Voime á morir, ó á matar,
Y lo que te encubro luego,
Lo has despues de pregonar. (*Vase.*)
Laura. Bien te dejas entender,
¡Ay, Belisardo, traidor!
Fuése y no me puede ver,
Dejóme, y es lo peor
Que me dejó de querer.
Mis enojos indiscretos
Movieron su voluntad,
Su voluntad sus respetos,
Sus respetos su bondad,
Su bondad estos efetos.
No me quiere por muger,
Y me trata con desden,
Que como en su parecer
La reina es mala tambien,
Piensa que yo lo he de ser.
Por sobrada diligencia
Mal querida y deshonrada
Me veo, que en ley de ausencia,
La medicina sobrada
Suele crecer la dolencia.
Si anduviera mas sufrida,
Y sin Belisardo, ahora
Me viera honrada y querida.
Dos veces, reina traidora,
Me veo de ti ofendida.
Sin honra y sin amistad
He quedado, pues ¿qué aguardo?
Loca iré por la ciudad,
Hasta hacer que Belisardo
Le cuente al rey la verdad.

Sale Polidoro.

Pol. Laura, espera.
Laura. ¡Hermano mio!
Pol. Parece que estás llorosa.
Laura. ¿Cómo está tu desvarío?
Pol. Reposa, pues que reposa,
Ya será seso tu brio;
Aunque hay mil inconvenientes
Y á Italia desasosiego,
Me han dicho muchos parientes
Que te saque, y para luego
Tengo aprestadas mil gentes.
Vete á mi casa al momento,

Que Belisardo vendrá
Muy bien en mi pensamiento.
Laura. Belisardo te dirá
Que estoy aquí á su contento.
Pol. ¿Qué dices?
Laura. Lo que verás.
Desto me valdrá el traidor. *ap.*
Pol. Pues esto faltaba; mas
¿Él lo dirá?
Laura. Sí, señor.
Pol. Si él lo dice, bien estás.
Laura. Ven á verlo, si quisieres.
Pol. Vamos, pero ¿qué pesares
Te hacen llorar?
Laura. Son placeres.
Nunca en lágrimas repares
De niños ni de mugeres. (*Vanse.*)

Salen Trene y Norandino.

Trene. ¿Qué, al fin en España quieres?
Nor. Quiero en España, señora,
Que hay allá bravas mugeres.
Trene. ¿Porqué negabas agora?
Nor. Por callar.
Trene. Buen galan eres.
Nor. En tal escuela aprendí.
Trene. Calla, Norandino amigo,
Que no te acuerdas de mí.
Nor. Nació mi aficion contigo,
Mira si vive por tí.
Dado que es hombre al olvido,
Mi nuevo amor se levanta,
Siempre tu nombre he tenido,
Que al fin es hija la planta
Del campo en que ha nacido.
Trene. Como quiera, es, duque, afrenta
El tratarme de olvidada.
Nor. Aunque te burlas, haz cuenta,
Reina, que no eres amada
Por honrada y por parienta.
Eres de mi primo esposa,
Dichoso y rico partido.
Trene. Por mi ser, por Laura hermosa
No es del todo mi marido,
Ni soy del todo dichosa.
Ya te he dicho la ocasion,
Que lo fué para arrojarme
A darla aquí un bofeton.
Nor. No supiera yo tomarme
Tan larga satisfacion.
¿Qué mas hiciera un soldado?
Puntual y brava eres.
Trene. Es capitan bien mirado
El duelo de las mugeres,
Y el dolor mas apretado.
Tengo muy presto la mano
En zelos.
Nor. A tí me arrimo.
Eso es de buen cirujano.
Trene. Con todo temo á tu primo.
Nor. Yo lo pondré todo llano.
Trene. ¿Dasme esa palabra?
Nor. Sí,
Pues en tu casa me tienes,
Fíate, Trene, de mí.

Salen Oracio y unos alabarderos.

Trene. ¿Qué es esto, Oracio, qué quieres
Con tantas guardas aquí?
Or. Yo sigo mi obligacion:
El rey te da este aposento
Y estas guardas por prision,
Ten paciencia.
Trene. ¿Ese es el cuento
De Laura y del bofeton?
Nor. No te dé cuidado: amigos,
Idos, que yo veré al rey,
Que son furia estos castigos.
Or. Los que no guardan tu ley,
Son, duque, sus enemigos.
Nor. Yo lo sabré remediar.
Or. Mientras vos lo remediais,
Presa la reina ha de estar.
Nor. Villanos, ya me enojais.
Or. De fuerza os he de enojar.
Nor. ¿Y si yo saco la espada?
Or. Sacaré tambien la mia,
Que está á servir obligada.
Nor. Pues ¿conmigo gallardía,
Gente medrosa y armada?

(*Meten mano los dos.*)

Pedazos os hé de hacer.
Or. Muera el duque.
Trene. General,
¿Quieres echarme á perder?

Salen el rey, Belisardo y Polidoro, habla al rey, aparte gente.

Rey. Duque, en mi casa real
¿Se puede aqueso emprender?
Estad quedos.
Bel. Su partido
Esfuerza por sus cuidados.
Rey. ¿Contra mí sois atrevido?
Nor. Haced los vuestros honrados,
Y hareisme á mí comedido.
Rey. Sepamos por qué ocasion
Me los quereis maltratar.
Nor. Tengo, rey, obligacion,
Como bueno, de escusar
De la reina la prision.
Que no ha de ser maltratada,
Siendo buena.
Rey. Belisardo,
Esta es pasion declarada.
Duque, pues sois tan gallardo,

Rendidme luego la espada.
A su cuarto lo llevad,
Y esté preso.
Nor. ¿Hablas de veras?
Rey. Prendeldo presto.
Nor. Esperad.
Yo soy España y galeras.
Bel. Nosotros rey y ciudad.
Trene. Dar la espada es mas cordura,
Que pues te ofende mi hermano,
No está tu parte segura.
Nor. Pues yo la rindo á tu mano,

(*Dásela á la reina.*)

Trene. Y yo al rey.
Bel. Fineza pura.
Nor. Rey, porque no nos matemos
Sin ocasion, no hago mas.
Rey. Llevalde.
Nor. Todos prendemos.
Rey. En la prision hablarás.
Nor. Y en salir della hablarémos.

(*Llevan preso á Norandino.*)

Rey. Amigos, yamos de aquí,
Y tú guardarás las llaves
De Trene.
Or. Fia de mí.
Trene. Rey, ¿por solo lo que sabes
Me quieres tratar ansí?
Rey. ¡O pecho aleve y doblado!
Aquí has de estar, fementida,
Por mas daño que el pasado,
Y te quitará la vida,
Pues el honor me has quitado.
Trene. ¿Yo el honor?
Rey. Calla, enemiga.
Trene. Amigo, dime, ¿qué es esto?
Rey. A que te mate me obliga
Tu adulterio manifiesto,
Pues quieres que te lo diga.
Trene. ¿Yo, rey? ¿yo te he de ofender?
Rey. Poco ansí me satisfaces.
Trene. Espera.
Rey. No puede ser.
Trene. Mira, señor, lo que haces.
Rey. La justicia lo ha de hacer.
Defiéndate el general,
Pues en la cumbre lo has puesto.
Trene. Miente quien te ha dicho tal.
Rey. Venid. (*Vase.*)
Trene. Hermano, ¿qué es esto?
Bel. Que pagues si has hecho mal.
Trene. Polidoro, ¿qué maldad
Es aquesta?
Pol. No sé, el rey
Culpa, reina, tu bondad.
Trene. El rey se engañó.
Pol. La ley
Ha de decir la verdad. (*Vase.*)
Trene. Oracio, ¿qué desafueros
Son estos?
Or. Calla, y procura
Remedios mas verdaderos.
Trene. Voime, que la desventura
No puede hallar compañeros.

ACTO TERCERO.

Salen huyendo dos guardas, y Norandino siguiéndolas con una alabarda, y la una guarda saca una cadena en la mano, con su argolla.

Guarda 1ª. Huye dél.
Guarda 2ª. Corre.
Nor. Tiranos,
Al mar os he de traer,
Y anegaros con mis manos,
Que estoy rabiando por ver
Hartos de agua á dos villanos.
¡Cadena á mí!
Guarda 1ª. La ocasion
Fué Oracio, que es por el rey
Alcaide de tu prision.
Nor. Quien se ha obligado á su ley,
Bien merece ese tuson.
Sin duda que fué bajeza
Rendirme.
Guarda 1ª. Fué cosa honrada,
Que contra mil no hay brayeza.
Nor. Soldado que da una espada
Venderá una fortaleza.
Guarda 2ª. La fuerza honrada no es loca,
Ni el ser sobrado en ser fiel.
Nor. Hablais lo que mas os toca,
Que como estais llenos dél,
Echais miedo por la boca.
No temais, venid, que quiero
Ser vuestro amigo, y tomad
Esta cadena primero.

(*Dales una cadena de oro, y tómala el uno de ellos.*)

Guarda 1ª. En cadena tu bondad
Ha echado tu carcelero.
Nor. Pasad doscientos doblones
De dos caras.
Guarda 1ª. Siendo tales,
Hoy de dos caras nos pones.
Guarda 2ª. Sí, que enciende pedernales
Prenda que tiene eslabones.
Guarda 1ª. ¿Qué pides?
Nor. Una verdad.

Guarda 1ª. Ya la pagas.
Nor. Y se mide
Mi proceder con la edad,
Que hoy hasta la verdad pide,
Pues su nombre acaba en dad.
Guarda 1ª. Las mas vedadas no puedo
Negarte tras lo que has hecho.
Pide, que ya te concedo,
Que me tienes, duque, el pecho
Minado con oro y miedo.
Nor. Pues dime por qué ocasion
Ha mandado el rey doblarme
Las guardas y la prision.
Guarda 1ª. ¿Y eso has querido pagarme?
Nor. En él daros hay razon,
Cuantimas que yo he andado
Quizá muy corto.
Guarda 1ª. Señor,
¿Tienes al rey por honrado?
Nor. Sí, tengo.
Guarda 1ª. Y en ley de honor,
Quien se venga, ¿anda sobrado?
Nor. No ofende el que satisface
A su afrenta.
Guarda 1ª. Pues sospecho
Que tu respuesta deshace
Tu duda. Mira qué has hecho,
Y verás lo que el rey hace.
Nor. ¿Y qué hice?
Guarda 1ª. La mejor
Sangre suya le has quitado.
Nor. ¿Yo sangre al rey?
Guarda 1ª. Sí, señor.
¿Tú no ves que es, bien mirado,
Sangre del alma el honor?
Nor. De la reina la querella
Defendí como su hermano,
Y eché mano á defendella.
Guarda 1ª. Ya, dicen que echaste mano;
Mas fué della, y no por ella.
Nor. Eso no puedo entender.
Guarda 1ª. El agravio concebido,
Duque, al fin ha de nacer,
Que no hay secreto escondido
Donde hay cuidado y muger.
Ya sabe el rey los amores
De la reina y tuyos, mira,
¿Cómo te ha de hacer favores?
Nor. Como es siempre la mentira
Hija de padres traidores.
¿Y eso piensa el rey de mí?
Guarda 1ª. Pues si eso no fuera allá,
¿Cómo estuvieras tú aquí?
Nor. Bien has dicho, el rey querrá
Matarme.
Guarda 1ª. Mira por tí,
Que esta cárcel y este esceso
Arguyen, si no te guardas,
Algun siniestro suceso;
Que prision, hierros y guardas
Son el pulso del proceso.
Y á jueces te han librado,
La culpa tuya es deshonra,
El delito está probado,
Tú estás preso, el rey sin honra;
Mira si estás bien parado.
Hoy se dice en la ciudad
Que la reina muere.
Nor. ¡Amigo!
¿Y quién tan grande maldad
Le ha dicho al rey?
Guarda 1ª. El testigo
Es hombre de calidad;
Mas no se nombra.
Nor. Sospecho
Que es cosa que á Laura toca.
Testigo de tan gran hecho
No le sale por la boca,
Sin duda vive en su pecho.
De su amiga el bofeton
Querrá vengar desta suerte.
Guarda 1ª. Bien se entiende que es varon
Principal, osado y fuerte
Quien sigue tal pretension,
Que con armas, disfrazado,
Su dicho ha de defender.
Nor. Brava ley, bravo soldado,
El rey el campo ha de hacer,
Pues sale disimulado.
¿Y sábese en mis galeras?
Guarda 1ª. No pueden desembarcar,
Que el rey lo toma de veras,
Y en las riberas del mar
Ha puesto veinte banderas.
Y, sin volar, no presumas
Que han de pasar tus soldados
Del mar las canas espumas,
Si ya no son los soldados
Aves, pues todos son plumas.
Tus criados en prision
Están, mira por tí, y piensa
Que no tienes un varon.
Nor. Librada está mi defensa
A mi propio corazon.
Pruébense las esperiencias
De mi orgullo y de mi acero,
Que entre tantas inclemencias,
Contra mil ofensas, quiero
Hacerme mil resistencias.
Salgamos á estas marañas,
Y el temor de los efetos
No acobarde mis entrañas,
Que son los grandes aprietos
Padres de grandes hazañas.
Imposibles atropello,
Miedo tengo de la muerte,

Y he de perderme, ó perdello.
Ven acá, que he de ponerte
Esta cadena en el cuello.

(*Coge la guarda segunda, y pónele la cadena al cuello.*)

Guarda 2. Señor.
Nor. No grites, traidor.
Guarda 1ª. Calla.
Guarda 2ª. Callo.
Guarda 1ª. De tí espero
Ya de hoy mas todo el favor.
Nor. Pues con tu socorro quiero
Librarme deste rigor;
Este quede en mi lugar,
Y tú con las ropas dél
De aquí me puedes sacar,
Si á tu rey quieres ser fiel,
O aquí os habré de matar.
Que en esta torre apartado
Tengo la seguridad
Que vuestro miedo me ha dado,
Y si quereis mi amistad,
Duque soy, rico, y soldado.
Guarda 1ª. Yo tu cautivo, que quiero,
Pues me dejas escoger,
Al soldado por su acero,
Al duque por su poder,
Y al rico por su dinero.
Vamos.
Guarda 2ª. En resolucion,
Se deja vuestra amistad
Mi persona en condicion.
Nor. Yo te daré libertad,
O me vendré á tu prision.
Guarda 2ª. ¿Esa palabra me das?
Nor. Yo la doy.
Guarda 2ª. En ella espero.
Guarda 1ª. Ya eres duque, ¿quieres mas?
Guarda 2ª. No soy duque, majadero,
Molde de duque dirás.
Guarda 1ª. Ya lo soberbio y lo vano
Te hace grave y alboroza.
Guarda 2ª. Antes soy, Rodulfo hermano,
El truan de Zaragoza
En la mesa del tirano.
Guarda 1ª. ¿Sabrás fingir gravedad?
Guarda 2ª. El mas necio sabré ser
Duque en una oscuridad,
La prision me ha de volver
Sin luz.
Nor. Dices gran verdad.
Mas de la cárcel primero
Saldrás; toma este vestido,
Ya eres duque.

(*Da Norandino á la guarda su ropa de levantar, y toma su capa y sombrero, y pónesselo.*)

Guarda 2ª. ¿Y tu escudero?
Nor. Ven, Norandino fingido.
Guarda 2ª. Ven, fingido alabardero.

Vase, y salen el rey y Polidoro.

Pol. Y mira al fin su valor.
Rey. Tambien se me representa,
Conde, que en ley de rigor,
Por tener de hembras la afrenta,
Términos son del honor.
A la flor ha de igualarse,
Puesta en agua, la muger,
Que en mitad del conservarse,
Está con todo su ser,
Y está cerca de secarse.
Tiene su mas costo indicio
Vecino á sus torpes bodas,
Su infamia al noble ejercicio,
Que son crepúsculos todas
Entre la virtud y el vicio.
Tus honrados pensamientos,
Amigo, han sido contigo
Oracion y encerramientos.
Considera, conde amigo,
De sus cuentas á sus cuentos.
En su hermosura repara,
Cuando alabes virtud dellas,
Que tarde y por cosa rara
Se suelen juntar en ellas
Buena vida y buena cara.
Pol. Tu sangre ilustre acrecienta
Tu opinion.
Rey. La mas real,
De mas tiro se sustenta,
Suele ser mejor coral
Para el tiro de la afrenta.
Sangre de mas calidad
No asegura mas virtud,
Porque la de mas verdad
Suele hacer firme salud,
Mas no firme voluntad.
Triste vicio, y lastimado
Cuanto puede encarecerse.
Pol. Alegra un poco el cuidado.
Rey. ¿Cómo puede un triste verse
Alegre, sin verse honrado?
Sí, imposible es que porfie
Por reirme, y no te asombre
Que así el contento desvie,
Que hombre afrentado no es hombre,
Y solo el hombre se rie.
Hay rey, hay honra, hay ciudad,
Hay sobra de desamor,
Y falta de voluntad.
Pol. ¿Y quién te ha dicho, señor,
De tu esposa esta maldad?
Rey. Un hombre.
Pol. No es muy prudente

Quien de un hombre que eso jura
Se fia tan solamente.
Rey. ¿Quién, sino el hombre, asegura?
Pol. ¿Y quién, sino el hombre, miente?
¿Vió de sus ojos su mengua?
Rey. No se ve en estos antojos:
Indicios dan dellos lengua.
Pol. Pues lo que no ven los ojos,
¿Es bien que diga la lengua?
¿Hombres alborotan ya
Con dudas tu sabio pecho?
Si decir esto quizá
Con verdad, fuera mal hecho,
¿Con sospecha qué será?
Mira si alguno la infama
De invidia y mal querer,
Llama á Dios, tu acuerdo llama,
Porque una triste muger
Tiene de vidrio la fama.
¿No se sabe en la ciudad
El nombre al acusador?
Rey. Nombre tiene y calidad.
Pol. Hombre sin nombre, señor,
Dirá verdad sin verdad.
Yo estoy tan asegurado
De la reina, que me obligo
De librarla en campo armado.
Rey. No se lo debes, amigo. *ap.*
Pol. ¿Qué dices?
Rey. Que es escusado,
Porque en el campo has de estar,
Como juez de su culpa,
Ocupando mi lugar.
Pol. Belisardo me disculpa,
Otro le puede ocupar.
Si ha de ser por mano tuya
Mi cuñado, es cosa llana,
Que habrá bien de que me arguya,
Siendo esposo de mi hermana,
Si soy juez de la suya.
Quiere á la reina, señor,
Y ha de quedar mal conmigo.
Rey. Yo conozco su valor,
A la reina quiere, amigo,
Pero mas quiere mi honor.
Con su acuerdo te he nombrado.
Pol. Pues con él digo que sí.
Rey. Quien es discreto, es honrado.
Pol. ¿Por juez me quiere á mí?
Algo hay aquí disfrazado.
Belisardo su querella
Quiere tomar, que es muy justo,
Y hacer el campo por ella.
Rey. ¡Cuán lejos está su gusto
De ayudalla ni creella!
Conde, yo te he señalado,
Por ser el hombre mejor,
Y el mas noble de mi estado.
Yo reviento de dolor,
Y he de pasallo apartado.
En tanto que esto se olvida,
Al lugar menos sabido
Quiero hacer una salida.
Que en ausencia del herido
Se ha de curar esta herida.
Sé que un hombre principal
Saldrá al campo á defender,
Sentido de verme tal,
El honor de mi muger:
Honor lo llamo, aunque mal.
Porque en duda un caso feo,
Es cierto en ley de rigor,
¡Ay de mí! todo lo veo,
Pero desecho su honor,
Y digo lo que deseo. (*Con lástima.*)
Conde hermano, pues te dí
Mi honor, y en tí mi honor reina,
Mira por él.
Pol. ¡Ay de mí!
Rey. Y mira bien por la reina,
Y mira tambien por mí.
Pol. Llora, vive el cielo.
Rey. Haz cuenta
Que en mí vives transformado,
Y mi amor y honor sustenta,
Y si puedes verme honrado,
No me dejes con afrenta.
Sé que es hombre de verdad
El que acusa mi muger,
Sé que en el otro hay bondad,
Sé que todo puede ser,
Y sé que en todo hay maldad.
Pol. Dices bien.
Rey. Desta manera *ap.*
Puedo hacer lo que he pensado.
Quiero á la reina, pondera
Que á muerte la he condenado,
Y deseo que no muera.
Si merece su malicia
La muerte por galardon,
No te mueva mi cobdicia,
Atropella mi aficion,
Y cierra con la justicia.
Y sino, mira que es prenda
Del alma, y en cuanto puedas
Ayuda al que la defienda.
Pol. Ninguna cosa me vedas,
Y así ninguna te ofenda.
Belisardo, ó quien viniere,
Será por mí bien mirado.
Rey. Sospeche lo que quisiere, *ap.*
Que así ya mejor trazado
Lo que yo por ella hiciere.
Que me dice el corazon
Que es buena, y para libralla
Pienso buscar ocasion.

Pol. ¿Cuándo será la batalla?
Rey. No sufre el mal dilacion.
Pol. En consejo lo has de ver,
Como rey servirte espero,
Y ejercitando el poder
Que me das, te pido y quiero
Que escuches á tu muger.
Rey. ¡A mi muger! Conde, mira
Que atormentas mi bondad.
Pol. Oye al que muere sin ira,
Si es verdad, por ser verdad,
Y si no, por ser mentira.
Rey, si de mí te aconsejas,
No cierres tu compasion,
Oye siempre al triste quejas,
Y pasa á tu corazon
La cera de tus orejas.
Esto Trene me ha mandado,
Y pues puedo, cumplir quiero
La palabra que le he dado.
Rey. Eres juez verdadero,
Y amigo muy acertado.
Venga la reina.
Pol. Al momento
Vendrá sin mi compañía.
Rey. Vete.
Pol. Voime á su aposento. (*Vase.*)
Rey. No pensé que en ti tenia
Hombre de tanto talento.
No tienen puertos seguros
Hoy la ciencia y los consejos.
Buenas villas hay sin muros,
Que así como hay verdes viejos,
Hay tambien mozos maduros.

Sale Laura.

Laura. Bien fiado está mi honor,
Hasta el conde ha de enojarme,
¿Fuése ya el conde? señor.
Rey. Esta viene á renovarme *ap.*
Su locura y mi dolor.
Laura. ¿Por la reina fué? ¿A llamalla?
Rey. Sí, Laura.
Laura. No me contenta.
Rey. ¿Sin oirla he de matalla?
Laura. Hombre que mira su afrenta,
Gana tiene de olvidalla.
En vano se desvanece
El blason de su corona;
Quien escucha, se enternece,
Quien se enternece, perdona,
Y quien perdona, apetece.
Ya olvidarás tus enojos,
Y es el mejor parecer.
Rey. No me rigen á mi antojos.
Laura. ¿Y qué ojos podrán ver
Llorar unos bellos ojos?
Moverán la voluntad
Que ya tus honras gobierna,
Será natural bondad,
Que sobre lluvia tan tierna,
Brote tu pecho piedad.
Rey. Yo, escarmentado y corrido,
Ninguno me ha de engañar.
Laura. Dices bien, perdon te pido,
Que á mí me has visto llorar,
Y no te has enternecido.
Y pues ya, rey, te he llorado,
Derrame ya sin sospecha
Agua mi triste nublado,
Por ver si el agua aprovecha;
Mas llueve sobre mojado.
Que tengo por tu ocasion
Un mal hombre, un olvidarme,
Un odio, un mal galardon,
Un rogar, un desdeñarme,
Un mentis, un bofeton.
Estas fueron mis empresas,
Relieves de tus hazañas,
Y no es mucho, si lo pesas,
Que sepa rasgar entrañas,
Quien sabe romper promesas.
¿Dónde está, rey, el favor
Que mis obras te merecen?
¿Tu bondad, tu fe, tu honor?
¿Qué sirenas te adormecen?
¿Qué encantos oyes, señor?
Si ha de morir tu muger,
Pues me faltan sus favores,
No es mucho que mis recelos,
¿Con un engaño te ciegas,
Y no te alumbra un querer? (*Llora.*)
Truéquense en paz mis enojos,
Pues te ofrezco desde aquí
Amor y honra de despojos.
Rey. La reina viene.
Laura. ¡Ay de mí!
Rey. Calla, y enjuga tus ojos.

Sale Trene con ropas honestas de negro.

Trene. Pues no me ayudan los cielos,
Pues me faltan sus favores,
No es mucho que mis recelos,
Viniendo á topar rigores,
Tope rigores y zelos.
A los dos hablar los quiero,
Humilde y sin odio alguno,
Pues estando ansi os pondero
Juez inculpable al uno,
Y al otro fiel consejero.
Ni vida ni compasion (*Al rey.*)
Pido, pues sé que embarazo.
Rey. ¿A qué vienes?
Trene. Con razon
A ti por solo un abrazo,
Y á ti por solo un perdon. (*A Laura.*)

Rey, no te llamo marido,
Pues por muger no me quieres,
Laura, por lo que he sufrido,
Amigo por lo que eres,
Amiga por lo que he sido.
Señor, por este llorar, (*Llora Trene.*)
Señora, por tu contento,
Por quien has de comenzar,
Tántalo de amor hambriento,
Con bebida y con manjar.
Laura. De los dos puedes hacer
Uno sin hacernos mengua.
Trene. Y ansi para merecer,
Puedo hablar en una lengua
Con dos que son de un querer.
Mocedad desvanecida,
Belleza mal alabada,
Sangre ilustre, fe engreida,
Llevaron desatinada
La carrera de mi vida.
Sin ver lo que á honor toca,
Del rey mi esposo adorada,
Me pasé en distancia poca
De soberbia á confiada,
Y de confiada á loca.
Fui querida, di en querer,
Diéronme asombros pasados
Ocasion para temer,
Tuve al fin zelos sobrados.
Rey. Pocos los saben tener. *ap.*
Trene. A Laura di un bofeton.
Laura. Temerario atrevimiento.
Trene. Mas desculpada ocasion,
Que en pocas manos hay tiento,
Con reino, y con aficion.
Vives con causa agraviada,
El rey con causa te ayuda,
Yo, con entrambos culpada,
Merezco morir sin duda,
Mas no morir deshonrada.
A la muerte me ha traido
Esta merecida pena,
Mi sentencia aquesta ha sido,
Que Dios sabe que soy buena
Con él y con mi marido.
Laura, pues fué mi ofender
Desden fundado en amor;
Rey, pues te vengo á perder, (*De rodillas.*)
No llameis faltas de amor
Las sobras de mi querer.
A tí me humillo, y á tí
Te pido una muerte honrada;
Tú vengas, y tú ansi
Haces buena á Laura amada,
Sin hacerme mala á mí.
Sin mi atrevida ambicion
Llegó con orgullo vano
A su cara y tu aficion,
Mandad cortarme la mano
Con que he dado el bofeton.
O sufrir, que para hacer
Que el golpe errado parezca,
Pues fué en esta, y dió en tu ser,
Que cual Cévola la ofrezca
Al fuego de ese querer.
Podeis decir que fué engaño
El publicar mi deshonra,
Y hareis alivio á mi daño,
Aunque remiendos de honra
Nunca son del mismo paño.
Decid que un hombre arrojado
Con un falso presupuesto,
Culpó mi tálamo honrado,
Que á ninguno agravia aquesto,
Pues mi fisco está callado.
Y luego, sin ser sentida
Mi muerte, que es lo mejor,
Obligada y socorrida,
Entregándome el honor,
Podeis quitarme la vida.
¿No hay en el mundo una toca,
No hay algun veneno agudo?
Buscaldos, que á mí me toca
Entregar el cuello al ñudo,
Y al vaso aplicar la boca.
Ved de mi casa el valor,
Ved que os digo verdad clara,
Ved de mi hermano el dolor,
Que es los ojos de mi cara,
Y es las niñas del honor.
Muera, y muera honrada al menos.
Quedaréis sin este enredo
Mas queridos y mas buenos,
Y no mas, porque no puedo,
Pedir mas, ni pedir menos.
Laura. Rey, esos ojos mojados
No te muevan á clemencia.
Vela sobre tus cuidados,
Que tienen grande elocuencia
Los pobres y los culpados.
Dado que fuera invencion,
Como dice, su ofender,
Que muera es justa razon,
Qué el buen rey no ha de tener
Muger con mala opinion.
Por el vulgo satisfecho
Va de lengua en lengua el dicho,
Y para un honrado pecho,
El poder haberse dicho
Iguala al haberse hecho.
Cuanto y mas que su maldad
Bien vemos que no es dudosa.
¿Qué varon de tu ciudad
De muger dirá tal cosa,
Sin ver que dice verdad?
Su delito está probado:

No te embeleque, resiste,
Y pondera como honrado
La palabra que me diste,
Y el bofeton que me ha dado.
Rey. Tú me das bien que llorar,
Tú, Laura, bien que temer,
Y así yo, por acertar,
Ni á tí te pienso creer,
Ni á tí te pienso agradar.
Muera con justa razon,
La verdad sospecho y siento.
Vete, Laura, á tu aposento,
Y tú, Trene, á tu prision.
Mas yo me iré como aquel
Que está con rabia mortal,
Que mas presto un hombre fiel
Huye de su propio mal,
Qu'el propio mal huye dél.

(*La reina se pone de rodillas delante el rey, desviados de Laura.*)

Trene. Dame un abrazo.
Rey. Muger,
Abrázate con tu muerte.
Trene. Jamas te supe ofender.
Rey. Sospecho que he de creerte,
Mas no te puedo creer.
Trene. ¿Qué dices?
Rey. Que he remitido
Tu justicia á Polidoro.
Trene. Laura lo habrá merecido.
Rey. Mira, Laura, que te olvido.
Laura. Sin razon y sin por qué,
¿Varones tan principales
Quebrantan su ley?
Rey. Yo sé
Que todas sois desleales,
Y con traidores no hay fe:
Todas sabreis ofender
En las burlas y en las veras.
Laura. No todas son tu muger.
Rey. Si tú imitalla supieras,
Yo te supiera querer.
Laura. ¿Date el condenarla pena?
Rey. Con lo que siente me iguala.
Laura. Si tu pasion la condena,
¿Porqué la matas?
Rey. Por mala.
Laura. ¿Porqué la alabas?
Rey. Por buena.
Laura. ¿Quiéresla?
Rey. Sí.
Laura. ¿Tú no ves
Que es eso contradecirte?
Rey. Antes honro mi interes.
Laura. ¿Porqué es mala?
Rey. Por decirse.
Laura. ¿Y buena?
Rey. Porque lo es.
Laura. Dale vida.
Rey. No es razon,
Que sin que muera el culpado,
Tarde muere la opinion.
Laura. ¿Luego ya me has olvidado?
Rey. Sí, Laura.
Laura. ¿Y mi bofeton?
Rey. Con la reina muera.
Laura. Haz cuenta
Que de tí mi honor le guardo.
Rey. Lo pasado me escarmienta.
Cásate con Belisardo,
Y quedarás sin afrenta.
No ha de haber gusto conmigo,
De solas penas me pago.
Laura. Oye, rey.
Rey. Soy tu enemigo.
Laura. ¿Y eso dices?
Rey. Y esto hago,
Por cumplir esto que digo. (*Vase el rey.*)
Laura. Escucha, rey y señor.
Fuése, entróse en su aposento:
Seguir quiero su rigor,
Vive el cielo que reviento
De desden y de dolor. (*Vase Laura.*)

Sale Oracio.

Or. Reina, aunque estés mal conmigo,
Tu seso en esto pondere
Lo que hago y lo que digo,
Porque siempre al que se muere
Se lo dice el mas amigo.
En consejo por la enmienda
Del rey y de su interes,
Se ha resuelto, y sin contienda,
Que mueres hoy, ó que des
Un hombre que te defienda.
Quien te acusa á la estacada
Saldrá su persona sola,
A pié con lanza y espada,
Su espada y su peto y gola,
Y borgoñona celada.
Yo te quisiera traer
Nueva de mas alegría.
Trene. No me has dado que temer,
Que soy torre que tenia
Ya prevenido el caer.
Yo muero sin defenderme,
Sin estado y sin honor,
Sin oirme y sin creerme,
Y sin hombre, que es peor,
Que le mueva á socorrerme.
¿Dícese por la ciudad
Si ha de haber quién me defienda?
Or. Todos culpan tu maldad,
Y al fin es mala contienda
Pelear con la verdad.

Trene. ¿Y en las galeras?
Or. Señora,
Ni remigo ni soldado
Sale dellas por agora.
Trene. ¿Y mi hermano?
Or. Está afrentado,
Que solo suspira y llora.
Vive el pobre caballero
Corrido.
Trene. No hay que espantar;
Que es honrado verdadero;
¿Y tú, quiéresme ayudar?
Or. ¿Contra el rey tengo acero?
Trene. ¿Y tienes algun amigo?
Or. El que se tenga por tal,
Tendrá mi opinion conmigo.
Trene. Dices bien.
Or. Aquí estás mal.
Ven, señora.
Trene. Ya te sigo. (*Vase Oracio.*)
Sale Belisardo.
Bel. Laura con el rey no creo
Que tratan mi bien los dos,
¡Con cuántos males peleo!
¡Ay de mi honor! Mas ¡ay Dios!
La reina es esta que veo.
Volver quiero el paso atras.
Trene. Ya te he visto, hermano, haz cuenta
Que el dejarme es por demas,
Que has de encontrar otra afrenta,
Si desta afrenta te vas.
La cara se le ha caido. *ap.*
Bel. De ver mi culpa y tu pena
Estoy turbado y corrido.
Trene. Si no me tienes por buena,
¿Cómo valdrás mi partido?
No me mira. *ap.*
Bel. Con temor *ap.*
La que es fiel no se asegura
Delante de su traidor.
Trene. Todo aquello es bondad pura.
Bel. Todo aquello es puro honor.
Trene. Respeto y necesidad
Están lidiando conmigo,
Pero venza la verdad,
Fiel hermano, honrado amigo,
Lumbrera de la bondad.
Bien sé que estás afligido,
Por ver que está sin honor
Vuestro nombre esclarecido;
Pero Dios sabe, señor,
Que Trene no le ha perdido.
Niégueme el cielo en descuento
Su alegre eterno reposo,
Si ofendí solo un momento
A mi sangre ni á mi esposo,
En obra ni en pensamiento.
A mis lágrimas de no
Diga aquel que no rehusa
A ningun mal que lloró,
Si no miente el que me acusa.
Bel. ¿Quién lo sabrá como yo? *ap.*
Trene. El rey me da muerte, y calla
Su nombre, nueva malicia,
Y remite por turballa
La tela de la justicia
A tela de una batalla.
Miedo, honor y mocedad
Hacen que el morir me asombre,
Nadie es mio en la ciudad,
Hazla, príncipe, en mi nombre,
Pues ves que digo verdad.
Muévate el ser mi reparo,
Y si no, tu ilustre ser,
Y si no, mi abono claro,
Y si no, el verme muger,
Y si no, mi desamparo,
Y si no, la ley de honrado,
Y si no, el ser caballero,
Y si no, á mi padre amado,
Y si no, el mirar que muero,
Entre un sino sin pecado.
Bel. A dar la vida me allano; *ap.*
Pero muera aunque es honrada,
Porque se vuelven en vano
Mentira y piedra arrojada
A la boca y á la mano.
Laura escusa mi maldad.
Trene. Siempre callando me mira.
¿No te mueves á piedad?
Bel. Quiero esforzar mi mentira,
Sin saber de su verdad.
Reina, el haber ofendido
Mi sangre me tiene tal,
Y aunque abonas tu partido,
Yo sé si has sido leal
Mejor que el rey tu marido.
Conozco tu acusador,
Y sé que es varon tan fuerte,
Que á mí me iguala en valor.
No puedo escusar tu muerte,
Por no ser contra mi honor.
Un hombre ilustre juró,
Reina, que tu fe regala
El duque que ayer llegó,
Y dice en llamarte mala
Tanta verdad como yo.
Yo saliera á defender.
Tu causa, como tu hermano,
Pero, Trene, has de saber
Que tu enemigo y tu hermano
No se pueden ofender
Piensa en Dios, que es lo mejor,
Que está dada tu sentencia,
Y armado tu acusador,
Y voime de tu presencia,

Que me muero de dolor.
Trene. Escucha.
Bel. Déjame estar. (*Vase.*)
Trene. Muerta soy, ya no hay amigos
Que me puedan ayudar.

Sale Oracio.

Or. Dos devotos peregrinos
Te buscan.
Trene. Hazlos entrar.
Como saben mi afliccion,
Vendrán á aliviar mi llanto;
Socorros del cielo son.
Paguemos al cielo santo
La buena conversacion.
Solo en Dios quiero pensar.

Sale Oracio, y Norandino con barba cana, vestido de romero, y don Juan tambien.

Or. Aquí están los dos romeros.
Trene. ¿De dónde venis?
D. Juan. Del mar.
Trene. ¿Qué habeis sido?
D. Juan. Marineros.
Trene. ¿Y qué sabeis?
D. Juan. Embarcar.
Or. Padre mio, otro consuelo
Querrá la reina de vos.
D. Juan. ¿Quies que mate á este mo-
Nor. Los pescadores de Dios [zuelo?
Embarcan almas al cielo.
Pedro nos dejó este afan.
Or. ¿Vos sois hombre de caudal?
D. Juan. Sus canas os lo dirán.
Este padre es general,
Y yo fui su guardian.
Trene. ¿Cuál hábito usais?
Nor. Corrimos
El mar de Egipto por medio;
Por eso no le vestimos.
Frailes somos del Remedio,
Y á remediatos venimos.
Trene. ¿Sois confesor?
Nor. Sí, señora.
Or. ¿Y vos?
D. Juan. Ser mártir me agrada.
¿Quies que le dé con la espada?
Nor. Escucha y calla.
D. Juan. En buen hora.
Trene. Oracio, dame lugar,
Que con este padre quiero
Mis pecados confesar.
Or. Pues sálgase el compañero.
Trene. Aquí se puede quedar.
Or. Voime. (*Vase.*) (*Descúbrense.*)
Trene. Duque.
Nor. Reina.
Trene. Amigo,
¿Cómo vienes sin temer
Del rey mi esposo el castigo?
Nor. ¿Qué temor ha de tener
Corazon que está contigo?
Reina, yo sé la traicion
Que el rey nos ha levantado,
Laura ha sido la ocasion.
Con dinero he quebrantado
La fuerza de la prision.
Matarte quiere y honralla:
Hoy se ha llegado á saber
Del vulgo, que nada calla,
Que es el rey quien ha de hacer
Disfrazado la batalla.
Y un hombre de su armería
Ha dicho por interes,
Que un arnes le apercebia
Para hoy. (*Altérase la reina.*)
Trene. Aquesto es
Lo que mi hermano decia.
Nor. Digo, reina, que es verdad,
¿Y quieres ver cómo ordena
A su gusto su maldad?
Que esa playa tiene llena
De gentes de la ciudad.
Este bravo caballero,
Echando el pecho á nadar,
Y á la boca el hierro fiero,
A la lengua de la mar
Llegó con lengua de acero.
Hallélo en esas riberas,
Dióme aliento con su brio,
Y he sabido muy de veras
Que hoy se hace el desafio,
Y hoy me llegan diez galeras.
Esto te vengo á contar.
En tu nombre he de salir,
Y á tu esposo he de matar.
Trene. Si mi esposo ha de morir,
Duque, no me has de librar.
Nor. Pues pondré tiento en mi espada,
Y le venceré no mas.
Trene. Eres fuerte, no me agrada,
Y nadie llevó compas
Con mano de acero armada.
Vete, y no salgas, señor.
Nor. ¿Hablas de veras?
Trene. De veras.
Nor. ¿Tienes honra?
Trene. Tengo amor.
Nor. ¿Cómo es posible que quieras
Mas su vida que tu honor?
Trene. Eso y mas puede un querer.
Nor. Reina, pues tan mal me pagas,
Por mí la guerra he de hacer.
Trene. Vete, duque, y no la hagas,
Guarda que te haré prender.
Nor. ¿Puede ser que eso es verdad?

Trene. Digo que al rey lo diré
Si quedas en la ciudad;
Que no hay límite en la fe,
Ni regla en la voluntad.
No me ayudes, vete y calla;
Muerta soy, mi honor olvida,
Emplea en moros tu malla,
Que te haré quitar la vida
Si sales á la batalla.
Contigo el rey, y engañado,
No será siendo yo fiel,
Que yo sé que estando armado,
Eres, duque, muy cruel,
Y el rey es muy desdichado.
Y otra respuesta no esperes
De muger de mis quilates. (*Vase la reina.*)
Nor. Don Juan, ¿qué dices?
D. Juan. ¿Qué quieres?
Que hay iguales disparates
En relojes y en mugeres.
Tu ocasion hoy ha de verse.
Nor. Ella ablandará el rigor.
D. Juan. No va para enternecerse.
Vente conmigo, señor,
Veremos lo que ha de hacerse. (*Vanse.*)

Salen el rey y un maestro de armas.

Arm. Es bravo arnes.
Rey. No querria
Que te engañases.
Arm. Señor,
El peto decir podria
Que es el mas viejo y mejor
Que tienes en tu armería.
Rey. En ser viejo ha de ser fuerte,
Que como nuestros pasados
Han tenido con la muerte
Mas peligros aplazados,
Se armaron de mejor suerte.
Tendrásme una sobrevista
Sin señal, y la mas rota.
Arm. Peto á prueba de ballesta,
Rica espada franquinota,
Celada antigua y bien puesta,
Lanza de puño probada,
De pasar de acero un peto,
Tienes, rey, aparejada.
Rey. Y sobre todo el secreto
Te encargo de esta jornada.
Téngote por hombre honrado,
Y voy fuera, y no querria
Que sepan que voy armado.
Arm. Señor, tu boca es la mia.
A solo tres lo he cantado. *ap.*
Rey. ¿Qué has dicho?
Arm. Que mas de tres
Te dirán lo que te digo.
Rey. Yo te pagaré despues.
Laura viene, vete, amigo,
Y tenme á punto el arnes.
Siempre esta necia me enfada.

Sale Laura.

Arm. A esta es á la que he traido
Un arnes y una celada. (*Vase el armero.*)
Laura. Pues no ha de ser mi marido,
No quede Trene culpada.
Rey. Laura, ¿qué quieres?
Laura. Señor,
Ya van mis gustos agenos
De tu reino y de tu amor.
Vengo á darte cuando menos
Muger, contento y honor.
Rey. ¿Contento, honor y muger?
¿Qué dices?
Laura. La verdad, digo,
Muera quien me hizo perder,
Que el hombre que no es conmigo,
Contra mí siempre ha de ser.
Sabrás, rey, en conclusion
Que Belisardo ha mentido,
Y mintió por mi ocasion.
Rey. El enredo es mal fingido.
Laura. ¿Quién sabe su educacion?
Contigo en gran puridad,
Acusó, como discreto,
De la reina la maldad,
Y pues yo sé su secreto,
Piensa que sé su maldad.
Dile palabra de ser
Su esposa dándome ayuda,
Mintió, pensó merecer,
Muger soy por él sin duda,
Mas no seré su muger.
Tu voluntad y tu estado
Cuidé contestar, es él,
Mas ya contigo he trocado
Mi mal pecho, en pecho fiel,
Mi mal gusto, en gusto honrado.
Viéndote, rey, afligido,
Y á tu esposa la verdad,
Tres veces le he requerido
Que te diga la verdad,
Merced de Dios, y tu olvido.
Pertinaz, terrible y fuerte,
Vanos puntos esplicando,
No se aparta de ofenderte,
Y agora lo dejo armando
Para dar á Trene muerte.
Esto pasa como digo,
Y á un muchacho ha degollado,
Por darte un muerto testigo.
Muera el traidor porfiado,
Solo no case conmigo.
Rey. Laura, aunque dices verdad,
Pues dices su pensamiento,

Puede tener tu amistad
Tanto de aborrecimiento,
Como tiene de bondad.
Belisardo puede ser
Que te contase en secreto
De Trene el mal proceder,
Porque no hay hombre discreto
Con su dama y su muger.
Dices que no anduvo fiel
Por tu promesa obligado,
Y despues dices, cruel,
Que lo acusas del pecado
Por no casarte con él.
Laura no se compadece,
Vete, y muera mi muger,
Que este crédito merece
Verdad, ¿qué se ha de creer
De testigo que aborrece?
La opinion he de vengar,
Como tu opinion decia,
Tu socorro no ha lugar,
Que el vulgo no creer porfia,
Y el príncipe en acusar.
Yo me voy de la ciudad,
Ruega por ella, señora,
A Dios, y harás la amistad.
Mas ocasion tengo ahora
Para creer su bondad. (*Dice aparte esto.*)
Laura. Muy honrada es tu opinion.
Desta suerte puede haber
Yerro fundado en razon. (*Vase el rey.*)
Al fin, Laura, tú has de ser
De tanto daño ocasion.
Inocencia condenada,
Santidad aborrecida,
Honra mal acreditada,
Justicia de Dios valida
En el filo de su espada.
Mi pensamiento es forzado,
Salga Trene deste enredo,
Sepa el mundo esta maldad,
Voime, que á Dios tengo miedo,
Y temo su eternidad. (*Vase.*)

Salen Polidoro y dos caballeros viejos, condes y jueces (siéntanse en tres sillas), llamados Arnaldo y Ponciano.

Arn. Combata con quien saliere,
Que la ley que desto trata
Lo dice ansí.
Pol. ¿Y si viniere
Mas del primero?
Arn. Combata
Con quien la reina escogiere.
Pol. ¿Ansí, conde, se ha de hacer?
Arn. Villano, esclavo y traidor
La pueden hoy defender.
Ponc Gran ley.
Arn. Y puede, señor,
Defenderla una muger.
Ponc. Reglas son del pueblo godo.
Arn. Como el arnes que la ofende
Es incierto deste modo,
La espada que la defiende,
Conde, lo puede hacer todo.
Pol. Justa igualdad.
Ponc. La balanza
De la justicia lo ordena.
Pol. Digo que traigo esperanza
De ver á Trene sin pena.
Arn. Dios lo que ha de ser alcanza.
Ponc. Su gran bondad me asegura.
Arn. Yo temo su desvarío.
Pol. Yo considero su brio.
Ponc. Yo su honor.
Arn. Yo su hermosura.
Ponc. Rimas son.
Arn. Y son mugeres.
Pol. Esto es consejo de mundo,
Entre dos, dos pareceres.
Arn. En lo que ha de ser me fundo,
Y en lo que ha sido, ¿qué quieres?
Pol. Conde, ¿qué es esto?
Ponc. Es bondad.
Arn. Es... (*Levántanse un poco.*)
Pol. Refrenad vuestro brio,
Que soy rey considerad.
Arn. La caja del desafío
Viene á decir la verdad.

(*Suenan cajas, salgan una delante, y luego Belisardo tras ella con la visera calada. Da una vuelta por el tablado, saluda á los jueces, y á este tiempo se corre una cortina, donde sobre un sitial negro, levantado del suelo, se mostrará la reina, vestida de luto, sentada en una silla, y á un lado estará un niño arrodillado, degollado por la garganta, con una corona de oro en una fuente, y á otro lado el verdugo, arrodillado con una espada desnuda, vestido de luto, y sin donaire sea.*)

Arn. Bravo guerrero.
Ponc. Aparente.
Pol. Como á la maldad ayuda,
No me parece valiente.
Trene. Mi esposo es este sin duda,
Ningun trabajo me miente.
Arn. Si no sale á combatir
Nadie, la reina acusada
En el campo ha de morir.
Pol. Esa corona y espada,
Conde, os lo pueden decir.
Arn. Nunca á los malos perdono.
Ponc. Estraño aborrecimiento.

De aquí con lengua y abono
Saldrá viva al momento,
Y coronada á su trono.
Arn. Muerta saldrá.
Ponc. No lo creo.
Trene. Mirando estoy á mi hermano
Por la plaza y no lo veo,
Mas un pecho honrado y sano
No asiste á caso tan feo.

(*Suenan cajas dentro.*)

Arn. Bien lo ha menester.
Pol. Reina, tu remedio aguardo:
Este guerrero ha de ser
El príncipe Belisardo.

Sale Norandino armado, da vuelta á los jueces, reverencia y pónese á su puesto.

Ponc. Gran arnes, grande valor.
Trene. El duque es este sin duda,
No ha de salir con su honor.
Ponc. Dios del cielo nos ayuda, (*Caja.*)
Ya viene otro defensor. (*Suenen cajas.*)

Sale el rey tras ella, armado como los otros, da su vuelta y reverencia á los jueces, y pónese al lado de Norandino.

Pol. Bravo talle.
Ponc. Un gran padrino *ap.*
A la reina le ha llegado.
Pol. Quien es este no lo atino.
Trene. Este loco es el soldado
Que vino con Norandino.
Al conde quiero llamar,
Y descubrille su juego.
Pol. Cajas siento en el lugar. (*Caja.*)
Ponc. Encendiéndose va el juego,
Otro bravo quiere entrar.

Sale una caja destemplada, y el atambor de luto todo, y luego Laura con calza y lanza, y á punto, y acabe la entrada puesta en el puesto.

Pol. Lindo brio, hermosa malla.
Ponc. Sí, mi señor; ¿pero tiene
Cuerpo con que gobernalla?
Pol. Debe de pensar que viene
A torneo y no á batalla.
Arn. Solos tres pueden entrar,
Conforme al duelo frances.
Pol. Conde, ya no hay que esperar.
Sepamos quien de los tres,
Trene, os ha de ayudar.
Y porque siendo muger,
No echeis mano á lo peor,
Reina, de mi parecer
El primero es el mejor,
Ese debes escoger.
Sobradamente me alargo;
Mas tu culpa tengo agora
Y tu flaqueza á mi cargo.
Con decir esto, señora,
Te socorro y me descargo.
Breve respuesta te pido.
Trene. Hoy pende de mi escepcion
La vida de mi marido.
El duque es aquel varon,
Y aquel, su amigo atrevido.
El de lo negro, á mi ver,
Aunque es fogoso y lozano,
Tiene talle de muger,
Y si lo dejo en su mano,
La batalla ha de perder.
Y el duque es bravo, y su amigo
Será de la misma suerte.
A dar vida al rey me obligo,
Y le doy brazo mas fuerte,
Dándole flaco enemigo.
Haga el morir la esperiencia,
Mas fino el mas fino amor,
Muera yo por su inclemencia,
Pierda el reino y el honor,
Y el rey no esté en contingencia.
Haga por mí la batalla
El de lo negro.

(*Habla al conde, y Laura al nombralle haga reverencia. Norandino y el rey muestran que les pesa.*)

Pol. Señora,
No te engañes.
Trene. Juzga y calla.
Arn. Los ojos de una traidora
No son linces de la malla.
Ceguera de su pecado
Esta.
Pol. Reina, ¿qué has hecho?
Trene. Al de lo negro he nombrado.
Pol. Sin efecto y sin provecho,
Tu esposo mas señalado.
Ponc. Reina, ¿de un rapaz te fias?
Trene. ¿Qué sabes tú si lo es?
Arn. No ví tal cosa en mis dias.
Ponc. ¿No ves que es flaco?
Trene. ¿Y no ves
Que un David venció un Golias?
Pol. En vano es nuestra porfía.
Arn. Sois jueces, haceis mal.
Pol. Pelead, vuestro es el dia.
Hagan las cajas señal,
Toquen al ave María.

(*Pónganse á punto de guerra Laura y Belisardo, toquen, y arrodíllense, y estando arrodillados al ave María, levante Laura la visera con donaire, y diga:*)

Laura. ¡Ah, caballero, ah, soldado!

Yo soy, no vengo á reñir.
Este paso he procurado,
Que te vengo á combatir,
Y te quiero arrodillado.
Laura soy.
Bel. Señora mia,
¿Hay tan estraño rigor?
Laura. Príncipe amigo, querria
Escaparte de traidor,
Diciendo el ave María.
¿Cómo tu honor condena
Aquel que en tu hermana reina?
De cristianos gracia llena,
Hablando con una reina,
A quien llaman gracia plena.
Si el Señor está con ella,
¿Cómo ha de ser en tu ayuda?
Siendo tan perfecta y bella,
Muger bendita sin duda
Y esfuerza nuestra querella.
Si el fruto de bendicion,
Que es Cristo, escondió en su seno,
Príncipe, ¿por qué razon
Ha de sufrirte el veneno
Que esconde tu corazon?
Si es de Dios madre, y le cria,
Y le ruegas que te ayude,
¿Cómo esfuerzas tu porfía?
Mi ave María se mude
Dentro de un ave María.
Príncipe, no hay escusarte,
El campo admite mugeres,
La verdad es de mi parte,
Di lo que sabes, si quieres,
O conmigo has de matarte.
A la reina he de valer,
Hasta que pierda la vida,
Muerta me habrá de vencer. (*Levántense.*)

(*Cáesele la lanza á Belisardo.*)

Laura. La lanza, amigo, has perdido,
Cae en la cuenta, señor,
Pues la lanza se ha caido.
Vuelve á la reina el honor,
Y serás hoy mi marido.
Confesemos la verdad,
Pues por serlo, á cuenta mia
Acusaste su bondad.

(*Levántase y dice aparte:*)

Bel. Por mí, por Laura querria
Mentir y decir verdad.
Aunque puedo mis castigos
Evitar con mi inclemencia,
Sabed la verdad, amigos,
Pues que mi propia conciencia
Sirve en mí de mil testigos.
Esta es buena, el duque honrado,
El rey pena sin razon,
Yo por amor la he culpado.
No digo mas, que estas son
Ecéteras del pecado.
Laura turbó mi memoria.
A mi hermana propia ofrezco
Por testigo de mi historia.
Hable, y vereis que merezco
Toda pena y toda gloria.
Trene. Mi hermano tiene razon,
Mis penas le alborotaron,
Y así con justa razon,
Pues mis zelos lo embarcaron,
Le pagué la embarcacion.
Bel. Temí á Laura, dí en amalla,
Y vine por merecella,
De pretendella á zelalla,
Y de zelalla á temella,
Y de temella á vengalla.
Trene. Conde, yo fuí la ocasion
Del yerro que ha cometido,
Y así le doy el perdon.

(*Baja Trene del sitial, y abraza á su hermano Belisardo.*)

Bel. Yo le recibo corrido,
Del rey tengo compasion.
Trene. Que por un vano interes
Creí que ocupaba agora
De Belisardo el arnes.
Rey. Aquí está, dame, señora,
Las manos. (*Abrázanse.*)
Trene. Dame tus piés.
Rey. Mi bien.
Trene. Mi vida.
Rey. Mi honor.
Trene. Esta dulce coyuntura
Debo, Laura, á tu favor.
Rey. Sí, que tiene la dulzura
Sobre amargo, mal sabor.
Y ansí te pienso premiar
Perdonando á mi cuñado,
Que por tuyo has de tratar.
Laura. Por su esposa me ha ganado,
No se lo puedo negar.
Bel. Tuyo soy. (*Danse las manos.*)
Pol. Por Norandino
Manda que vaya, señor.
Nor. Aquí os escusa el camino,

(*Descúbrese.*)

Testigo de vuestro honor,
Y de su gloria adivino.
Rey. Perdonad, duque, mi antojo.
Nor. La visera he levantado,
Peto y enfados arrojo,
Que con ella alcé el nublado
Del desden y del enojo.

Dadme, príncipe, esa mano.
Bel. Vuestro soy, pues levantais
La visera, y no es en vano,
Pues abriéndola cerrais
El gran templo del dios Jano.
Conde amigo, á vuestra hermana
Dad la mano.
Pol. El corazon
Le daré de buena gana. (*Abrázala.*)
Nor. Rey, pues todo aquí es perdon,
Y la culpa queda llana,
A mis guardas perdonad,
Que me han dejado salir
Por miedo y por amistad.
Rey. Con su oficio han de vivir.
Pol. Hagan fiesta en la ciudad,
Asorden esas galeras
Con sones y artillería
Del mar las sordas riberas.
Ponc. Arnaldo, bien te decia
Que eran tus cosas quimeras.
Arn. Ponciano, quizá es locura
Esto que agora ha pasado.
Pol. Hasta la muerte le dura
Al necio ser porfiado.
Toma, reina, esta corona
Que te ofrezco como juez
Que tu virtud galardona.

(*Toma Polidoro la corona de la fuente y pónesela en la cabeza á la reina.*)

Niño. Verdugo amigo, perdona.
Laura. Un bofeton esta vez
Es, mi Trene, el que te abona.
Nor. Con zelos fuiste agraviada,
Y á mas de que la muger
A ninguno afrenta en nada,
Deshonra no puede haber,
Do no puede haber espada.
Pol. Esto no entiendo.
Bel. Señor,
Laura es buena.
Laura. Y buena amiga.
Trene. Pues acabe con su honor
La favorable enemiga
Su comedia y su favor.

AGUILAR.

EL MERCADER AMANTE.

PRÓLOGO Ó LOA.

Matilde, condesa hermosa
l condado de Lunago,
r una grave dolencia
ie estuvo muy al cabo,
zo voto de que iria
regrina á Santiago.
conde no lo estorbó,
is de acompañarla ha holgado.
rten á su romeria
i criada ni criado:
e hay mas mérito creyendo,
biendo mayor trabajo.
llevan dinero, no,
menos letras de cambio.
lgando de hacerse pobres,
sustentan mendigando.
aron trabajos grandes,
ser el camino largo,
os delicados piés
ar poco ejercitados.
in esto la condesa
va carga ya llevando;
ñada de siete meses
iba cuando ha llegado
a casa deseada,
nplo del apóstol santo:
biendo desde su tierra
año hasta allí tardado;
gozo que recibieron
es posible ser contado,
ual hizo que olvidasen
trabajos que han pasado.
iran el santo cuerpo,
razon reverenciado
el universo mundo,
de quiera que hay cristianos,
e muchos peregrinos
muy lejos visitado.
iaron conocimiento
i con un ermitaño,
tambien por devocion
taba el cuerpo santo.
á entrambos confesó,
que era tambien letrado.
Entendido de cuán lejos
Habian allí aportado,
Y que eran personas tales,
Aficion les ha cobrado.
Llegó á tanto el amistad,
Que habiéndoles convidado
Que fuesen á ver su ermita,
Fácilmente lo ha acabado.
En un monte muy fragoso
Y muy lejos de poblado,
Al medio de la subida,
Moraba este padre anciano,
Porque aquí persona viva
No aportaba en muchos años.
Conejos por él cruzaban,
Liebres, corzos y venados,
Y muchas maneras de aves
Andaban tambien volando.
Era muy de ver la ermita,
Que en parte la ha fabricado
Maestra naturaleza,
Que una cueva allí ha labrado.
La industria del religioso
De otra parte la ha adornado
Con una capilla hermosa,
Fabricada por su mano.
Cerca está una clara fuente,
Que hace á poco trecho un lago
Pequeño, en el cual habia
Abundancia de pescado,
Cosa de entretenimiento,
No ordenada para el pasto,
Porque apenas come dél
Seis veces ó diez al año:
De legumbres y hortaliza
Se mantiene de ordinario.
Coge trigo para sí,
Y él mismo le muele á mano.
Tiene un horno, donde cuece
El pan, ó lo que ha amasado.
Con esta comodidad,
La tuvo de hacer regalo
A los huéspedes, que estaban
Allí muy regocijados.

Pero como en esta vida
Se nos da el contento aguado,
Y luego tras el placer
El pesar está aguardando,
Sucedió que á la condesa
Sin pensar le vino el parto,
En montaña tan desierta,
En lugar tan solitario,
Con dos hombres solamente,
Sin otro ningun reparo.
Fué el parto tan peligroso,
Que á tener lo necesario,
Fuera mucho que escapára
La triste en tan fuerte trago.
Espiró entre los dolores,
De contino á Dios llamando
Y á la Vírgen su abogada,
Y al apóstol Santiago.
El marido, casi muerto,
Quedó en tierra desmayado,
Y el niño, que casi estaba
En el vientre atravesado,
Moviéndose por sí mismo,
Que parece fué milagro,
Sacó la cabeza fuera,
De que asiendo el ermitaño,
Libre le sacó del vientre:
Y habiéndole acomodado,
Saltó luego de la ermita,
Y della á muy pocos pasos
Vió dos cervaticos tiernos,
Entre breñas retozando,
Que en una pequeña cueva
Se entraron: donde él llegado
Con la cierva que los cria
A la ermita vuelta ha dado:
Que siguió muy fácilmente,
Por haberla ya vezado
A tomar de allí racion,
Y sustento de ordinario.
Esta dió la teta al niño,
Esta le ha despues criado.
El conde, despues que hubieron
La defunta sepultado,
Con lágrimas en los ojos
Volvió para Santiago,
Donde adoleció y murió
En breve, muy lastimado.
Crió el ermitaño al niño,
Como á un hijo muy amado,
Pareciéndole que Dios
Por tal se le habia dado:
Instruyóle en lo que via
Convenible á buen cristiano;
Crióse muy obediente,
A ratos con él orando,
A sus horas divirtiendo,
Y al trabajo le ayudando.
Quince años allí estuvieron,
Sin que viesen hombre humano;
Cuando el ermitaño un dia
Acordó de ir á poblado.
Llevóse consigo al mozo,
Y del yermo le ha sacado.
A Leon, ciudad antigua,
Por sus pasos han llegado.
Iba el mozo embebecido,
Hácia acá y allá mirando,
Y de todo lo que via
Al buen viejo preguntando.
Preguntóle: ¿Qué es aquello
Mas grande que los venados?
El viejo le respondió:
Hijo, mulas y caballos.
¿Y aquellos que nos parecen
En las caras, cuerpo y brazos?
Hombres, hijo, cual nosotros,
Nuestros prójimos y hermanos.
Vió unas damas muy hermosas,
Y compuestas por el cabo:
Luego preguntó lo que eran.
Dijo el viejo: Son diablos;
Dios nos libre, por quien es,
De caer entre sus manos.
Paróse algo triste el mozo,
En el rostro lo mostrando.
Pero en fin, de la ciudad
A la ermita vuelta dando,
Andaba muy pensativo,
Confuso entre sí, callando.
El viejo cuando le vió
Ir tan mustio, imaginando,
Le dijo: ¿Qué es tu pasion,
Hijo? ¿De qué estás turbado?
Dime en todo cuanto has visto
Lo que mas te ha contentado.
Respondió con un sospiro:
Los diablos que he mirado,
Desde el punto que los ví,
Me han el corazon robado.
No me da otra cosa gusto,
Siempre en ellos voy pensando.
Yo pienso tambien que me oye
Quien dice: desos diablos
Esta noche por mi cuerpo
Vengan dos, ó tres, ó cuatro.
Yo que no soy tan valiente,
Con uno tendré sobrado;
Con tal que escoger me dejen
De los que me están mirando.
Con que quiera me contente,
No soy nada delicado.
No pido sino eso poco,
Con eso estaré pagado.
Despues tratarémos dello,
Déjennos agora un rato

A mí y á los miradores,
No me los diviertan tanto.
Tambien hay que ver aquí,
No esten siempre allá mirando.

EL MERCADER AMANTE.

PERSONAS.

BELISARIO, mercader.
ASTOLFO, su criado.
PADRE DE LABINIA.
LABINIA, dama.
LIDORA, dama.
DON GARCIA.
CABRERA, escudero viejo.
LOAYSA, escudero viejo.
UN MENSAGERO.
DOS MERCADERES.
UN PREGONERO.
TRES ESCLAVOS.

JORNADA I.

Salen Loaysa y Cabrera, escuderos viejos, acuchillándose.

Loaysa. Muerde esa lengua traidora
con ese caduco labio;
No pienses, villano, agora
disimular el agravio
que has hecho contra Lidora.
Cab. Detente, Loaysa.
Loaysa. En vano
detenéis mi fuerza airada,
que aunque tan viejo y tan cano,
bien puedo empuñar mi espada
por quien empuña mi mano.
Cab. Lidora escogerme pudo
por su amigo verdadero:
y segun esto no dudo,
que á quien sirvo de escudero,
queda servirla de escudo.
Loaysa. Mete mano.
Cab. ¿No sabremos
por qué causa peleamos?
Loaysa. Mejor es que nos matemos
agora, y despues podremos
saber porqué nos matamos.
Cab. La sangre se me alborota
por morir, ó por matarte,
comencemos.
Loaysa. ¿Traes cota?
Cab. Solo traigo de mi parte
esta espada francinota.
Muestra?
Loaysa. No hago desvíos,
coleto traigo.
Cab. En efeto,
que de aquí nacen tus bríos.
Loaysa. ¿No sabes que este coleto
Es el blason de los mios?
Porque fué del vellocino.
Cab. Pues ya espantar no me quiero
De que con tal desatino
haga las obras del vino
Quien tiene el blason de cuero.
Loaysa. Esa palabra atrevida
Te la meteré, villano,
Dentro el pecho, por la herida
Que darte pretendo.
Cab. Hermano,
Procura salvar tu vida,
Porque este mi brazo airado
La acabará sin remedio.

(*Acuchíllanse, y sale Astolfo.*)

Ast. Fuera, fuera.
Loaysa. Tú has llegado,
Astolfo, á ponerte en medio,
Al punto que me han cargado,
Y descargarme conviene.
Ast. ¡Linda pendencia, en verdad!
Y será, si á mano viene,
Sobre cuál de entrambos tiene
Menos seso y mas edad.
Cab. ¿Cómo Astolfo se consiente
Meter paz, sin meter mano
A la espada?
Ast. Entre gente
Desa edad, el cortesano
Mete paz gallardamente:
Pues cuando por poco ó nada
Riñen con la lengua airada,
Mete paz, por mayor mengua,
Con la espada; y con la lengua,
Cuando riñen con la espada;
Que la espada corta menos
Que la lengua del cobarde.
Loaysa. De cólera estamos llenos,
No hay, Astolfo, quien te aguarde,

Porque entrambos somos buenos.
Ast. No haya mas, teneis razon,
Qu'este mi mal proceder
Ha sido conversacion,
Y deseo de saber
De la riña la ocasion;
Envainad, basta lo hecho.
Cab. Hasta quedar satisfecho
Jamas mi cólera amaino.
Loaysa. Yo solo mi espada envaino
De mí contrario en el pecho.
Ast. Reñid con vino y con sopas,
No digan estas rencillas
Que al punto jugais las ropas,
Y como salió de copas,
Triunfais con las espadillas.
¿No sabrá mi pecho fiel
Esta riña tan cruel,
Y corage tan profundo?
¿Reñis por tornar al mundo,
O reñis por salir dél?
¿Qu'es esto?
Loaysa. Habeis de saber
Que perdono aquesta injuria,
Por solo haceros placer.
Cab. Yo por daros á entender
La causa, templo la furia.
Ast. Ya que templais vuestras llamas
A costa de vuestras famas,
Comenzad el pleito vos.
Loaysa. Bien veis que somos los dos
Manípulos de dos damas.
Ast. ¿Qué es manípulo?
Loaysa. Escudero.
Ast. ¿Y es lenguaje cortesano?
Loaysa. A lo menos verdadero,
Porque nos pulen la mano.
Ast. Por bueno aprobarle quiero.
Proseguid vuestra razon.
Loaysa. Estando en conversacion
Los dos, como veis agora,
Cada cual de su señora
Loando la perfeccion,
Comenzamos á tratar
Cuán agenas de interes,
Las dos se quieren casar
Con un mercader que es
El mas rico del lugar.
Que vuestro amo, que en tesoro
Escede al próspero Fúcar,
Y sin su cierto tesoro,
Le traen siempre barras de oro
Por la barra de San Lúcar,
Teniendo, pues, conclusiones,
Sobre cuál la merecia,
Comenzó nuestra porfía
Tan de veras, que en razones
Paró de superchería.
Ast. ¿Hubo mentis?
Loaysa. No por cierto,
Que si mentis me dijera,
Sin duda le hubiera muerto.
Cab. ¿Muerto á mí?
Ast. Teneos, Cabrera,
No hagais algun desconcierto,
Basta ya.
Cab. Ya determino
Daros gusto.
Ast. Yo tambien
Quiero que á los dos os den
Sendas lonjas de tocino,
Para qu'esto pare en bien,
Pues á fe si pára en esto,
Que riñamos cada dia.
Cab. ¿Y dónde ha de ser el puesto?
Ast. ¿Dónde? En la botillería
De casa.
Loaysa. Pues vamos presto
De gloria y contento llenos.
Ast. Id los dos, que luego iré.
Loaysa. Huélgome, Astolfo, á lo menos,
Que á entrambos nos deis por buenos.
Ast. Buenos, mas Dios sabe en qué.
(*Vanse los escuderos y sale Belisario.*)
Bel. ¿Qué ha sido?
Ast. Vieras agora
Los escuderos riñendo
De Labinia y de Lidora,
Con gran valor defendiendo
Cada cual á su señora.
Pero fué la riña tal,
Que á cada golpe que daban
Uno á otro se enviaban
Una carta, con la cual
De aquel golpe se avisaban.
Y como llegaba antes
La carta, que la herida,
No se daban.
Bel. No te espantes
De que por salvar la vida
Hagan cosas semejantes;
Porque todos cuantos son
Huyen de la muerte aprisa.
Ast. Cuando sepas la ocasion,
Te causará sin la risa,
Espanto y admiracion.
Bel. Dila.
Ast. Ya enterado estás,
Como estas damas que digo
Se quieren casar contigo.
Porque sin la hacienda das
De tu linage testigo.
Conforme agora parece,
Cada viejo por su mal
A la batalla se ofrece;
Porque dice cada cual
Que su dueño te merece,
Y así empezaron aquí

a batalla rigurosa.
Bel. Luego por mí riñen.
Ast. Sí.
Bel. Por Dios que es la mejor cosa
ue en toda mi vida oí.
Ast. Segun tus cosas florecen,
arciso ó Adónis eres,
ues por tí á morir se ofrecen,
o solamente mugeres,
las hombres que lo parecen.
enturoso estás.
Bel. Por Dios
ue antes estoy desdichado,
or ser de las dos amado,
iendo como son las dos
an iguales en estado,
n linage y discrecion,
n riqueza y en bondad;
orque tan iguales son,
ue de su misma igualdad
rocede mi confusion.
Ast. ¿Cómo, señor, puede ser
ue tú no tengas caudal
ara saber escoger?
Bel. ¿No ves que no puede haber
leccion en cosa igual?
orque si á escoger me arrojo,
e las dos por tu consejo,
uede causarme mi antojo
as pesar por la que dejo,
ue no por la que escojo.
ara no perder ninguna,
uera negocio escogido
ue me hubiera la fortuna
n dos hombres dividido,
que las juntára en una.
Ast. ¿Estás muy enamorado?
Bel. Cuando no por su hermosura,
stoy, amigo, obligado
estallo de mi ventura,
ue tanto bien me ha causado.
Ast. ¿Pues qué pretendes hacer?
Bel. Escoger una.
Ast. ¿No has dicho
ue no sabes escoger?
Cómo lo harás?
Bel. De un capricho
e quiero agora valer.
Ast. ¿Qué ha de ser?
Bel. Imagino
ue es amable la riqueza,
ansí pasar determino
a fingida pobreza
r un gallardo camino.
si alguna puede haber
ue siendo pobre me quiera,
a será mi muger.
Qué te parece?
Ast. Quimera
ficultosa de hacer.
Porque ¿cómo fingirás
Pobreza?
Bel. Tomando estado
Humilde.
Ast. Menos podrás,
Que amor, dinero y cuidado,
Escondidos lucen mas.
Bel. Pues mira, porque no entienda
Mi intencion el vulgo loco,
Y con decirlo me ofenda,
Quiero darte poco á poco
La posesion de mi hacienda.
Poco á poco es menester
Que mi riqueza te ofrezca,
Porque de suerte ha de ser,
Que vengas á enriquecer
Al paso que yo empobrezca.
Y aunque mil criados hacen
Con sus dueños este trueco,
Porque su virtud deshacen,
Como pimpollos que nacen
De un árbol marchito y seco:
Tú, Astolfo, en cosas mas graves
Lealtad no habrás menester.
Ast. Basta, señor, no me alabes
De leal, pues el poder
De la riqueza no sabes.
Tratemos de tu interes,
El cual por estas mugeres
No tienes en nada, pues,
Por solo probarlas, quieres
Dar con tu honra al traves.
Porque bien debes saber
Que ya el ser pobre es deshonra.
Y que muchos suele haber
Que como el tener es honra,
Dan la honra por tener.
Y hacen cosas, que jamas,
Sino porque el bien les sobre,
Hicieran, pero tú vas
Al reves desto, pues das
La hacienda por quedar pobre,
Permitiendo que te den
Matraca por verte tal.
Bel. Astolfo, un hombre de bien
Ha de pasar mucho mal,
Solo por casarse bien;
Si tú quieres arrojarte
Conmigo en aqueste golfo,
Yo me obligaré á casarte.
Ast. Soy contento.
Bel. Pues, Astolfo,
Escucha, que quiero hablarte.
Lo primero que te pido
Es que una fama levantes
De unas naves que he perdido,
Y de ciertos mercadantes
Que con mi hacienda se han ido.
Porque ansí suele perderse

Alguno, por mas que tenga,
Y esta fama ha de saberse
Fingir, de modo que venga
A la ciudad á estenderse.
Lo segundo que te advierto;
Es que todo permanezca
Dentro tu pecho cubierto,
Hasta que á mí me parezca
Desbaratar el concierto.
Y mas, quiero concertar,
Que si escuchándolo gente
Lo venga á desbaratar,
Que tú puedas libremente
Lo que me debes negar.
Que has de saber que no voy
Tras de que tu honor destruyas,
Porque de parecer soy
Que en secreto restituyas
Lo que en secreto te doy.
Ast. Baste, yo quiero tomar
El cargo de obedecerte,
Y ponerme en tu lugar,
Pues me mandaste de suerte
Que me enseñaste á mandar.
En lo que toca al concierto,
Puedes estar confiado,
Que con término cubierto
Ha de ser por mí llevado
A tu deseado puerto.
Bel. Sola esa palabra sobra
Para estar seguro.
Ast. Y fia
De la diligencia mia.
Bel. ¿Cuándo lo pondrás por obra?
Ast. Mañana por todo el dia.
Bel. Será tarde.
Ast. Pues, señor,
Cuando hables con tus señoras,
Digo, aquellas que tú adoras,
Y en cuyo archivo de amor
Pienso que cual fénix moras
Entonces quiero poner
Por obra tu pensamiento.
Bel. ¿Puedo yo el cuándo saber?
Ast. ¿Cuándo irás allá?
Bel. Al momento.
Ast. Pues al momento ha de ser.
Bel. Mirad que estoy descuidado.
Ast. Sin cuidado estar procura;
Pues yo voy con el cuidado. (*Vase.*)
Bel. Cierto que tiene ventura
El que tiene un buen criado.
Y mas como el que yo tengo,
Que es la básis del amor,
Aunque en balde me detengo
En loalle, pues de amor
Y de lealtad le mantengo.
Irme quiero con presteza,
Porque sé que es menester
Que el oro del bien querer
Se toque con la pobreza
De quien la pretende ver. (*Vase.*)

Salen Labinia y don García.

Lab. Ya le he dicho que se vaya
Una vez, y dos, y tres.
D. Gar. ¿Es posible que al traves
Doy tan cerca de la playa?
Lab. Vaya, señor don García,
Y deje de importunarme.
D. Gar. Si dejo aquí de matarme,
Es por no darte alegría,
Y porque muriendo aquí,
Podrá esa luz por quien muero
Resucitarme, y no quiero
Volver á vivir por tí.
¡Oh, ingrata mas que la palma,
Y mas que la encina dura,
Con tan divina hermosura
Tienes tan humana alma!
¿Posible es que á Belisario
Quieres rendir tu belleza,
Que es con toda su riqueza
Un mercader ordinario?
Un hombre que solo entiende
De los cambios el lenguaje,
Y tan pobre de linaje,
Que de sí mismo desciende?
¿Un loquillo, un cascabel,
Que aun yo corrido me siento
De haber puesto el pensamiento
En la que le puso en él?
¿Porqué, dime, le has rendido
El alma tan fácilmente?
¿Es por verle de la gente
Tan respetado y querido?
¿Y porque el marques y el conde
Le hacen muchos favores,
Y porque con los señores
Se cartea y corresponde?
Pues mira que no conviene,
Labinia, ser su muger,
Ni fiar de mercader
Que muchos amigos tiene.
Lab. Para conseguir mi gozo,
No he menester tu consejo,
Que padre tengo, aunque viejo,
Y hermano tengo, aunque mozo.
Déjame sola, señor,
Y del mercader no trates,
Que escede en muchos quilates
Al oro de tu valor.
Pues si es rico, siendo honrado,
No por eso vale menos,
Que la riqueza en los buenos
Es como el oro esmaltado.

)ices que suele tomar
(dar á cambio su hacienda,
(no dices que sin prenda
.a suele á todos prestar,
(que en las calamidades
)ue parecen sus intentos,
[oma á cambio pensamientos,
(da á cambio voluntades.
Bien veo que estás haciendo
)n juicio temerario,
)iciendo que á Belisario
ıdoro, pues le defiendo.
Mas yo no le defendí
ino porque tú le ofendes.
D. Gar. Ya te entiendo.
Lab. Pues me entiendes,
Porqué no te vas de aquí?
)ue mi principal intento
:s procurar que me dejes.
D. Gar. Porque de mí no te quejes,
'o quiero darte contento,
(que en entrambos oficios
'raigamos, pues te acomodas,
'ú las sinrazones todas,
(yo todos los servicios. (*Vase.*)
Lab. El peso que me ha dejado
:s oro ó plata pesada,
Mas no les parece en nada,
ino solo en ser pesado.
Hierro ha sido sin dudar,
'orque este metal maldito
ıuele pesando infinito
)ar infinito pesar.
(ansí estorbar pretendia
.a venida de mi bien,
)u'es el mercader con quien
retendo hacer compañía,
(ganar muchos despojos.

Sale Belisario.

Bel. No hay cosa á que no me atreva,
'or solo hacer esta prueba.
Lab. ¡O Belisario!
Bel. ¡O mis ojos!
Lab. ¿Dó vas?
Bel. Pues saberlo quieres,
abrás que voy á buscar
o qu'es imposible hallar,
)u'es firmeza en las mugeres.
Lab. Pues, señor, ten esperanza,
)ue á pesar de tus querellas,
Hallarás firmeza en ellas,
omo en tí no haya mudanza.
Bel. Antes pienso que podré
Hallar alguna constante,
i sé pasar adelante
'na mudanza que haré.
Lab. Con mudanza no podrás,
Qu'es de su naturaleza
Contraria de la firmeza.
Bel. Labinia, engañada estás,
Que no hay discordia ninguna
Que entre ellas cause dolor,
Si es la firmeza en amor,
Y la mudanza en fortuna.
Lab. ¿Cómo siendo mercader
Sabes del trato amoroso
Lo qu'es mas dificultoso?
Bel. Porque es comprar y vender,
Que es mi verdadero trato.
Lab. ¿De qué suerte?
Bel. Cuando miro
La imágen por quien suspiro,
Qu'es de mi gloria el retrato,
Sin que ella me lo resista,
Por su vista me paseo,
Y á costa de mi deseo
Compro un rato de su vista.
Luego con la voluntad
Que cobro en la cosa amada,
Le vendo el alma, fiada
Con buena seguridad.
Y ejecutando fianzas,
Vengo á cobrar mis dineros
En disgustos verdaderos,
Y en fingidas esperanzas,
Como las cobro de tí
En pago de un alma triste
Que te fié.
Lab. Bien pudiste
Haber cobrado de mí,
Que yo compro de contado
Tan buena mercadería.
Bel. ¡O espejo del alma mia!
Con esto me has obligado.

Sale un mensagero.

Mens. Deja, Belisario, deja
El amor que te importuna,
Y forma de tu fortuna
Triste y lamentable queja.
Quéjate del cielo inmenso,
Que tu daño ha permitido.
Bel. Dime presto lo que ha sido,
No me tengas tan suspenso.
Mens. De las doradas riberas
Que baña el mar de las Indias
Salió la flota de España,
Cargada de piedras finas.
Y entre los muchos navíos
Que sacó en su compañía,
Hubo cinco naves tuyas,
Las mas prósperas y ricas.
Mas las ondas plateadas,
De grande invidia movidas,
Que pues murmuran contino,

Sin duda tienen invidia,
Quisieron dorar sus frentes
Con el oro de las minas,
Con los vientos unas veces
Levantadas y subidas,
Y otras veces derribadas
Con las furias dellas mismas.
Trataron tan mal las naves,
Que era lástima y mancilla
Ver las no perdidas rotas,
Y las enteras perdidas.
Y como las tuyas fueron
Las de mas peso y estima,
Dieron todas al traves
Con tu hacienda y con las vidas
De aquellos que con su muerte
Han llorado tus desdichas.
Esto lo verás, señor,
En aquesta carta, escrita
Por mano del general
Que desembarcó en Sevilla.
Bel. ¡Oh, miserable fortuna!
¡Para qué darme quisiste
Tu favor desde la cuna,
Pues en mil veces me diste
Lo que me quitaste en una!
Lab. Maldigo tu movimiento;
¿Sabes lo que me parece?
Bel. Dilo, señora, al momento.
Lab. Que haces poco sentimiento
Para el daño que se ofrece.
Que yo, pudiendo escusarme,
Casi me deshago en llanto;
Y tú que perdiste tanto,
No lo sientes.
Bel. ¿He de darme
En los pechos con un canto?
¿He de llorar de tristeza,
Como si fuera muger?
¿No es mejor dar á entender
Que en mi pecho hay fortaleza
Para ganar y perder?
Cuanto y mas, Labinia hermosa,
Que yo ganancia he tenido
Desta perdida dichosa,
Pues gano lo que he perdido,
Siendo blanco, en otra cosa.
Que despues que aquí he llegado
Una prueba se está haciendo
De un diamante que he comprado,
Con el cual quedar pretendo
Muy rico y muy descansado.
Mi mudanza no te duela,
Ni mi pérdida te asombre,
Que un tiempo tras otro vuela.
¿Dó vas?
Lab. Dios me guarde de hombre
Que tan pronto se consuela,
Que lo mismo haré de mí. (*Vase.*)
Bel. Nunca en pecho de muger
Tan gran sentimento ví;
Pero si debe de ser
Por la riqueza ó por mí,
Poco han sido de provecho
Mis malos ratos perdidos;
Mas de lo que ví sospecho
Que es muy sentida y que ha hecho
El llanto con dos sentidos.
En Lidora quiero hacer
Agora la misma prueba;
Tú, amigo, vete á comer,
Que aunque me traes mala nueva,
La paga no lo ha de ser. (*Vanse.*)

Salen Lidora y Loaysa.

Lid. ¿Si está fuera del lugar?
Loaysa. Al menos no está en las calles.
Lid. Si tú le vas á buscar,
No es mucho que no le halles,
Aunque le quieras hallar.
Porque le eres tan contrario
Cuanto amigo del buen vino,
Y no porque Belisario
Deje de acudir contino
Con el tributo ordinario.
Que antes él de buena gana
Con dineros ha comprado
Tu amistad caduca y vana.
Loaysa. ¿Diceslo porque me ha dado
De almorzar esta mañana?
Pues entiende que el mezquino
Me dió tan solo un pastel,
Un pan y un jarro de vino,
Y unas lonjas de tocino,
Por no comérselas él.
Lid. ¿No las come?
Loaysa. No, señora.
Lid. Tal dices, lengua malvada:
Eso vomitas ahora
Dese pecho, donde mora
La malicia requemada.
Pero no hay de qué me asombre,
Que ser rico es aparejo
Para ser cristiano un hombre,
Y ser rico no es buen nombre
Para ser cristiano viejo.
Pues si el rico ha de cobrar
Alguna deuda notoria,
Y el pobre la ha de pagar,
En viéndose ejecutar,
Le niega la ejecutoria.
Lo cual Belisario tiene,
Como sabes, en su abono.
Loaysa. Pues por lo mismo conviene
Reirte.
Lid. Yo te perdono,

En albricias de que viene.

Sale Belisario.

Bel. De la ausencia á la presencia
Yo está hecha y declarada,
Señora, la diferencia,
Con ser la presencia amada,
Y aborrecida la ausencia.
Porque puestas en balanza
Dos cosas iguales, son
Dignas de igual alabanza,
La presencia en posesion
Y la ausencia en esperanza.
Que si es vida el poseer,
Esperar perder es muerte,
Y así es mejor no poder
Verte, señora, que verte
Para dejarte de ver.
Lid. ¿Con esa filosofía
Tienes á escusarte agora?
Muy bueno, por vida mia!
Bel. ¿Tanto te ofendes, señora,
Con el ausencia de un dia?
Lid. No porque mal correspondes
Ir mis quejas mereces,
Sino porque al sol pareces,
Que al mundo mio te ascondes,
Al antípoda amaneces.
Igolo porque dejar
Quieres de verme, por ver
Labinia, que en querer
Tiene tan bajo lugar,
Que antípoda puede ser.
Y en mi hermosura hallas dolo,
Como en efeto es ansí,
Deja de quererme á mí,
Y quiere á tí mismo solo,
Do salga el querer de tí.
Dame este gusto á lo menos,
Que la que adorando estás
Con tus pensamientos buenos,
Tan podrá quererte mas,
Mas no disgustarte menos.
Bel. Oye mi satisfacion.
Lid. Déjame, que las visitas
Que le has hecho sin razon,
Las tengo en el corazon
Con letras de fuego escritas.
Bel. No ha sido la culpa mia,
Si á Labinia he visitado,
Porque en ley de cortesía,
Estoy, señora, obligado
Á visitalla algun dia.
Porque me muestra aficion,
Confieso desde aquí
Que le tengo obligacion.
Lid. Dios sabe si es para mí
Martirio esa confesion.
Mas ¿qué digo? ya he tenido
Noticia de tu cuidado,
Ya está el negocio sabido;
Quien se confiesa obligado,
Por fuerza es agradecido.
Bel. Por Dios que tienes razon
De formar queja, y tambien
De dar en esta ocasion
Buena penitencia, á quien
Hizo aquesa confesion.
Dame buena penitencia,
Que aunque sea cualquier cosa,
La cumpliré en tu presencia.
Lid. Y si la doy rigurosa,
¿Qué harás?
Bel. Tendré paciencia.
Lid. Pues por penitencia doy
Qu'este nuestro casamiento
Ejecutes.
Bel. ¿Cuándo?
Lid. Hoy
Por todo el dia.
Bel. Contento
Con la penitencia estoy.

Entra un mensagero.

Mens. ¿Eres tú Belisario?
Bel. Sí, ¿qué quieres?
Mens. Entregarte esta carta, y consolarte.
Bel. ¿Cómo? ¿tan mala nueva viene en ella?
Mens. Sabrás que ha pocos dias que en un dia
Se levantaron con la hacienda tuya
Tres mercaderes de Leon de Francia,
Con quien sueles tener correspondencia,
Porque al tiempo que estaban sin dineros,
Les quedaste á pagar cien mil ducados.
Y pues ya de la cédula el protesto
Pasó, con diligencia ponte en cobro,
Que te hará mala obra.
Bel. Hermano mio,
Hacienda tengo yo para pagallo,
Y aunque no la tuviera, no soy hombre
Que de ponerme en cobro por tal cosa;
Toma por el trabajo del camino,
Y vete á descansar á mi posada.

(*Vase el mensagero.*)

Lid. ¿Qu'es aquesto, Belisario?
Bel. Castigos del cielo son.
Lid. Serán por la sinrazon
Que me has hecho de ordinario
En la amorosa pasion.
Bel. ¿Qué se puede hacer? paciencia.
Con todo, hacienda me sobra.
Lid. No lo sé.
Bel. Con tu licencia
Querria poner por obra,
Señora, la penitencia,

Y casarme.
Lid. No hay lugar
Con aqueso de obligarme;
Que yo que la pude dar,
Te la quiero comutar
En ayuno de no hablarme.
Loaysa. Agora se puede ver
De cuanta firmeza son
La hacienda del mercader
Y el amor de la muger,
Pues todos bailan á un son. (*Vanse.*)
Bel. ¿Es posible que se olvida
De lo que estaba diciendo?
Pues me pidió enternecida
Que me casase, muriendo
Por ser mi esposa querida.
¿Y qu'el interes la venza
Tanto que olvide esta historia,
Siendo tan clara y notoria?
No basta estar sin vergüenza,
Sino tambien sin memoria.
Mas desto imagino yo
Qu'esta mudanza de estado
En dos hombres me mudó,
Y así al pobre se ha negado
Lo que al rico le pidió.
Una maravilla nueva
Veo en estas damas hoy,
Pues haciendo de ellas prueba,
No puedo, á fe de quien soy,
Saber quién la palma lleva.
Hasta agora iguales son
En pesalles de lo hecho,
Y en encubrir la pasion;
En no declarar su pecho,
Y en dejarme en confusion.
Quiero pasar adelante
Esto que he determinado,
Por medio de mi criado;
Que un hecho tan importante
No ha de quedar comenzado.
Con mi trabajo he de ver
El dichoso fin que espero,
Que todo lo quiero hacer,
Por casarme con muger
Que no le agrade el dinero.

Salen el padre de Labinia y don García.

Pad. Qué, ¿lo oyó vuestra mercé,
Señor don García?
D. Gar. Digo
La verdad como testigo.
Pad. No hay hombre que rico esté
Si Belisario está pobre,
Porque tiene tal tesoro,
Que anda por su casa el oro,
Como por la mia el cobre.
D. Gar. Basta, señor, que ha venido
Verdadera nueva y fama
Qu'en la canal de Bahama
Cinco naves se han perdido.
Pad. ¿Y eso quién lo dice?
D. Gar. El hombre
Que con la carta ha llegado
Del general esforzado
Digno de eterno renombre,
Que con la armada á Sevilla
Vino de la Nueva España.
Pad. Es la nueva tan estraña,
Que me espanta y maravilla.
D. Gar. Nadie queda por saber
Esta nueva.
Pad. ¿Cuál quedára
Si á Labinia le entregára,
Como quiso, por muger?
Porque de suerte fundó
En ella sus pensamientos,
Que la adoraba en dos cuentos.
D. Gar. Y aun deso reniego yo,
Que ya los hombres honrados
Cuando tratan de casar
Sus hijas, suelen dejar
Los duques por los ducados.
Busquen, busquen caballeros
Que envidiosos de alabanzas,
Traten en cuentos de lanzas,
Y no en cuentos de dineros.
Busquen hombres bien nacidos,
Que en batallas y en amores
Siempre salgan vencedores,
Y jamas salgan vencidos.
Y busquen, si puede ser,
Un yerno hidalgo y discreto,
Porque le tenga respeto
Y no miedo, la muger.
Mas todo á perder se viene,
Pues la de mayor decoro
Se casa con el tesoro,
Y no con el que le tiene.
Y si el tesoro se aleja,
Y con el tiempo se pasa,
Puede decir que se casa
Con marido que la deja.
Toda aquesta perdicion
Pasa una muger honrada,
Y es la condicion malvada
De su padre la ocasion,
Porque los padres tiranos,
Con sus vejeces prolijas,
Por hacer ricas las hijas,
Hacen los nietos villanos.
Pad. Qu'es ese estilo ordinario
De los padres os confieso;
Pero á mí no pudo en eso
Engañarme Belisario,
Que yo sé que de tan buenos

Parientes como yo viene,
Y si alguna falta tiene,
Es haber venido á menos.
Mas no hablemos dél porque
No nos oiga su criado.

Sale Astolfo.

Ast. Mucho sin duda han obrado
Las nuevas que publiqué.
Bien es que no salgan vanos
Negocios de tanto peso.
D. Gar. Oh, señor Astolfo, beso
A vuesa mercé las manos.
Ast. Oh, mi señor don García,
Yo las de vuesa mercé.
D. Gar. Triste estás.
Ast. Bien es que esté
Con mucha melancolía.
D. Gar. ¿Es verdad lo que han contado
De Belisario?
Ast. Señor,
Aun es el daño mayor
De lo que se ha publicado.
D. Gar. ¿Quién al daño le provoca?
Ast. El cielo, el mar, la fortuna.
Pad. ¿Quédale hacienda?
Ast. Ninguna,
Y si le queda, es muy poca.
Quieren saber lo que pasa,
Y la hacienda que le queda,
Que quiere hacer almoneda
De las alhajas de casa.
Y los caballos y esclavos
Ha mandado pregonar.
Pad. Estos se pueden llamar
Golpes de fortuna bravos.
Ast. Terribles golpes han sido;
Pero sabed que le veo
Tan consolado, que creo
Que ningun daño ha tenido.
D. Gar. Es hombre que tiene bravos
Aceros.
Ast. Bravos los tiene
Para lo que le conviene.

Sale un pregonero con tres esclavos.

Preg. ¿Quién me compra estos esclavos?
Que ninguno hay rufian,
Traidor, borracho, ó ladron.
D. Gar. ¿Y son estos?
Preg. Estos son.
Ast. Pues, hermano, ¿qué te dan
De los tres?
Preg. Dos mil reales.
No pagan lo que han bebido.
Ast. ¿Por dónde los has traido?
Preg. Por las calles principales.
¿Quieren comprarlos? pues van
Casi dados.
Ast. Pues di
Seis mil reales por mí.
Preg. Seis mil reales me dan,
De los tres que tengo al lado.
Seis mil reales, seis mil,
Seis mil reales.
D. Gar. Gentil
Precio da.
Pad. Y demasiado.
Preg. ¿Hay á quien le satisfagan?
¿Hay quien vuelva el precio atras?
¿Hay quien puje? ¿Hay quien dé mas?
Sino, buena pro le hagan.
Ast. ¿Son ya mios?
Preg. Sí, señor.
Ast. Pues vamos, porque el dinero
Se pague luego.
Pad. No espero
Ver maravilla mayor.

(*Vanse Astolfo, pregonero y esclavos.*)

D. Gar. Sin duda que de su hacienda
Se ha debido aprovechar,
Qu'el poderlos él comprar
Hace qu'el otro los venda.
Pad. Como quien soy certifico
Que tanta cólera tomo
De ver pobre al amo, como
De ver al criado rico.
D. Gar. Pues, señor, no os desespere
Lo que este criado hace,
Qu'es como un fénix que nace
De otra fénix que muere.
Porqu'es la hacienda maldita
Que pasa por muchas manos,
Como estado de tiranos,
Que el uno al otro lo quita.
Pad. ¿Dónde vas?
D. Gar. El almoneda
Ver de Belisario quiero,
Por comprar con mi dinero
Lo que por vender se queda.
Pad. Vamos los dos como estamos,
Que yo os quiero acompañar,
Y alguna alhaja comprar
Para casa.
D. Gar. Vamos.
Pad. Vamos.

Salen dos mercaderes viejos.

Merc. 1º ¡Oh, señores! ¿dónde vais
Con tal priesa?
Merc. 2º. Ya no hay nada
De lo que en ella buscais.
Ya se acabó el almoneda.
D. Gar. ¿No me direis cómo fué?

Merc. 1º. No habrá quien decirlo pueda.
Solo he visto que han sacado
Mucha riqueza y tesoro,
Vajillas de plata y oro,
Paños de seda y brocado,
Dos carrozas entoldadas
De costosas guarniciones,
Diez caballos, seis frisones
Con seis gualdrapas bordadas,
Y en un reservado almario
Ropas de vestir curiosas,
Y otras infinitas cosas
Que tenia Belisario.
D. Gar. ¿Y aqueso quién lo compró?
Merc. 1º. Astolfo.
D. Gar. Pues ¿de qué modo
Lo pudo comprar?
Merc. 2º. En todo
De la dita nos sacó.
D. Gar. ¿De qué suerte?
Merc. 1º. Daba veinte
Por lo que valia tres.
D. Gar. Pues cómo, ¿tan rico es,
Que daba tanto?
Merc. 2º. La gente
Murmuraba como vos.
D. Gar. No ví tal cosa jamas.
Merc. 1º. Ahora, señor, no haya mas
Sino encomendarlo á Dios.
Merc. 2º. Él guarde mi casa.
Pad. Y él
Me conserve en este estado.
D. Gar. Y él me libre de un criado
Cuando no sale muy fiel. (*Vanse.*)

JORNADA II.

Sale Belisario solo.

Bel. Ya con industria he llegado
Al estremo de pobreza,
Que porque tiene firmeza,
Se puede llamar estado.
Ya el mas grande y el mas chico
Dice en pudiéndome ver:
Este es aquel mercader
Que fué de España el mas rico.
Ya mi criado alcanzó,
Por su lealtad y nobleza,
El crédito y la riqueza
Que tuve en un tiempo yo.
Y así me conviene agora,
Por dar fin á todos hechos,
Probar los dudosos pechos
De Labinia y de Lidora,
Y volverme, si es posible,
A mi estado natural:
Porque la pobreza es tal,
Que aun burlando es insufrible.
De hablarlas tengo deseo,
El cual podrá ser cumplido,
Porque las dos han salido
A ganar el jubileo.
Quiero aguardarlas aquí,
Que por aquí han de pasar,
Y en pasando tropezar
En mi firmeza y en mí.
Porque yo tengo esperanza.
Que si su gran gentileza
Tropieza en mi gran firmeza,
Caerá en su gran mudanza.
Aunque segun la tormenta
De la mudanza en que están,
Yo imagino que caerán
En todo, sino en la cuenta.

Salen Loaysa y Lidora.

Loaysa. Poco vuesa merced sabe
De mi talle peregrino.
Lid. Solo sé que de contino
Vais á orza como nave.
Bel. Lidora viene primera.
Loaysa. Voy en aquesta jornada
Como nave trastornada
De remolcar la galera.
Lid. Para nave sois muy ruin.
Loaysa. Seré barca de Caron.
Bel. Yo quiero de la Ocasion
Coger la dorada crin.
Con mucha vergüenza vengo,
Señora, á ver tu hermosura,
Por la falta de ventura
Y de riqueza que tengo.
Que la que tuve algun dia,
Y el cielo agora me esconde,
Eran los ojos por donde
Ver tu hermosura solia.
Y aunque es tal mi perdicion,
Has de saber que me queda,
Dentro del pecho, moneda
Batida en el corazon.
Desta es razon que te agrades,
Aunque es poco suficiente,
Qu'es moneda solamente
Para comprar voluntades.
Y ansí, pues me la negaste,
No es moneda para tí.
Lid. ¿Qué flaqueza viste en mí,
Belisario, que me hablaste?
Pues estás falto de bienes,
¿Con qué valor te atreviste?
¿Es con el que antes tuviste,
O con el qué agora tienes?

l es con el valor pasado,
le has corrido solamente;
ero si es con el presente,
le has corrido y afrentado.
Tú eres hombre para hablarme
on tal término y denuedo,
para no tener miedo
e correrme y afrentarme?
Quieres ver que no eres hombre,
ues el ser tuyo has perdido;
que de aquello que has sido,
o te queda sino el nombre?
az luego un alarde aquí
e tu pérdida notoria,
oma cuenta á tú memoria,
de á tí mismo por tí.
erás que no eres aquel
quien dí mi corazon,
que yo tengo razon
e ser esquiva y cruel.
eja ya de servir dama,
en servir amo te emplea;
ies no será cosa feá
ie sirva un amo quien ama.
ie no hay en el pueblo quien
e te quiera acomodar.
Loaysa. No tiene que replicar,
ie Lidora dice bien.
Bel. Nunca imaginé de tí,
asion de mis enojos,
ie tras sacarme los ojos,
cieras burla de mí,
endo, ingrata, que padezco
r tí la pena en que estoy;
ro yo el ingrato soy,
es tal bien no le agradezco.
e haberme desengañado
que no me tiene amor,
la ventura mayor
e pude haber alcanzado.
estoy sin necesidad
hacer prevencion al daño,
e pues llega el desengaño,
ca está la libertad.

Salen Labinia y Cabrera.

ab. ¿Es muy lejos?
ab. No, señora.
el. Ya viene Labinia bella,
lero ver lo que hay en ella.
ab. Poca gente viene agora
anar el jubileo.
ab. Señora, es temprano.
el. Y tarde
a quien se abrasa y arde
las llamas de un deseo.
ab. Que no te acerques te pido,
ta, Belisario, verme.
Bel. Qué, ¿pudiste conocerme?
No debo estar muy perdido.
Lab. Sí, qu'el sol se ha descubierto
De tu valor sublimado,
Aunque está con el nublado
De la pobreza cubierto.
Pero dime, así te goces,
¿En qué puedo complacerte?
Bel. En que dejes conocerte,
Señora, pues me conoces.
Aquesta merced te pido,
Si en algo quieres valerme.
Lab. Quisiera no conocerme,
Por no haberte conocido.
Tú eres, Belisario, el hombre
Que si alguno encareciera
Un hombre rico, sirviera
De comparacion tu nombre.
Tú eres el noble, el honrado,
El respetado y querido,
¿Qué fortuna te ha vencido?
¿Qué cielo te ha castigado?
¿Dó está la grandeza, dí,
De tu riqueza infinita?
Mas si el cielo te la quita,
Es por quitármela á mí,
Pues quiere que cada dia
Tu hacienda se destruya,
Pensando que por ser tuya,
Viniera luego á ser mia.
Y pues la ocasion he sido
De tu daño y desconcierto,
Tén, Belisario, por cierto,
Que por mí quedas perdido.
Quiero pues, llorando aquí,
Perder el nombre de cuerda,
Y no es mucho que le pierda
Por quien se pierde por tí.
Bel. Espera, aguarda, detente,
No me muestres tanto amor,
Que del rio del favor
Me anegará la corriente.
Por templarme este placer,
Dí que te burlaste agora,
Mas no lo digas, señora,
Que será echarme á perder.
Dame agora con presteza
Muerte, Labinia, el favor,
Qu'es un cuchillo de amor,
Afilado en tu belleza.
No me dé vida el engaño,
Que es penitencia importuna.
Lab. ¡Oh, quién fuera la fortuna,
Para remediar tu daño!
Bel. ¿Qué hubieras hecho?
Lab. Volviera
La rueda que te ha postrado,
Y al lugar mas sublimado

Te levantára y subiera.
Pero dime una verdad
Por mi vida.
Bel. No podré
Mentir con eso.
Lab. ¿De qué
Tienes mas necesidad?
¿Es de comer, ó vestir?
Bel. Deso, señora, te olvida.
Lab. Pues has jurado mi vida,
La verdad me has de decir.
Bel. Por lo que juro, señora,
Qu'es lo que yo quiero mas,
Que no me he visto jamas
Tan próspero como agora.
¿Qué quieres?
Lab. Que por mi amor
Aquesta cadena tomes,
Porque si vistes y comes,
Comas y vistas mejor.
Tómala, y no te suspendas,
Belisario, desa suerte,
Tómala luego, y advierte
Que no quiero que la vendas.
Que como mi gran querer
Me ha hecho tan invidiosa,
Tengo invidia á cualquier cosa
Que por tí se ha de vender.
Mas será grande alegría,
Que pues no hay valor en mí
Para venderme por tí,
Que se venda cosa mia.
Tómala, no tengas miedo.
Bel. ¿Porqué, Labinia, me pones
En tantas obligaciones?
¿Piensas que pagarlas puedo?
Qu'esta cadena de amor
Que por tí beso y adoro,
Vale infinito, si el oro
No le quitase el valor.
Pues ya que la he recebido,
Dentro del alma he quedado
Con la cadena obligado,
Y con el oro corrido.
Pero ¿qu'es esto? ¿qué antojos
Me divierten la memoria?
¿Cómo no miro esta gloria
Con lágrimas en los ojos?
Cielos de estrellas sembrados,
Y poblados de alegría,
Como la ventura mia
Movidos y trastornados;
Inconstantes elementos,
Ya mansos, ya embravecidos,
Que todos sois parecidos
En todo á mis pensamientos;
Claras, apacibles fuentes;
Frescos, cristalinos rios,
Que os crecen los ojos mios
Mil veces con sus corrientes;
Arboles que dais tributos
A los toscos labradores,
Ya con hojas, ya con flores,
Ya con sombras, ya con frutos;
Montes que habeis hecho guerra
Una vez al firmamento;
Aves que vais por el viento;
Fieras que pisais la tierra;
Frescos jardines y huertas,
Do amor se está recreando;
Casas que me estais mirando
Por las ventanas y puertas;
Calles que puedo pisaros
A pesar de mi tormento;
Piedras que ya de contento
He de venir á tiraros;
Sed desta verdad espresa
Testigos de aquí adelante:
Que hay una muger constante,
Y un hombre que lo confiesa.
Cab. ¡Oh, qué buen sermon ha hecho
El padre predicador!
Lab. Ha sido sermon de amor,
Y ha enternecido mi pecho.
Cab. Señora, escucha.
Lab. Ya escucho.
Cab. ¿Porqué hablas con un loco?
Que con él se gana poco.
Lab. Mas sin él se pierde mucho.
Cab. No trates nuestro honor mal,
Que lo diré á mi señor.
Lab. ¿Tambien es tuyo mi honor?
¿Qué dices, fiero animal?
¿Eres tú mi padre?
Cab. Calle,
Y ponga á su luenga tasa,
Que su padre es padre en casa,
Y yo soy padre en la calle.
Lab. Belisario, voime, á Dios,
Que este viejo me fatiga,
Y temo no se lo diga
A quien me aparte de vos.
Y sin esto, vendrá gente,
Que es muy público lugar. (*Vase.*)
Bel. ¡Que nunca amor me ha de dar
Favor sin inconveniente!
Pero es negocio sabido
Que el mal se queda de asiento,
Y el mayor contentamiento,
No es llegado, que es ido.
Y porque no se me huya
Este que el amor me ha dado,
Quiero hacer que mi criado
La hacienda me restituya,
Por poder casarme agora
Con aquella en quien hallé

Toda la firmeza y fe
Que le ha faltado á Lidora.
Que aunque hacienda no le sobre,
Claro se deja entender
Que no es pobre la muger
Que me quiso estando pobre. (*Vase.*)

Salen Astolfo y Loaysa.

Ast. ¿Y qué mas dice?
Loaysa. Que estás
Descuidado de su amor.
Ast. ¿Y qué mas?
Loaysa. Que porqué vas
A visitarla, señor,
Pocas veces.
Ast. ¿Y qué mas?
Loaysa. ¡Oh qué amante tan pesado!
La paciencia se me apoca.
Ast. ¡Que sea Lidora tan loca,
Que por verme en tal estado,
A servirla me provoca!
Poca fe, poca firmeza
Siempre en las mugeres ví;
Pero la naturaleza
Las crió pobres, y ansí
Se mueren por la riqueza.
Y pues fundan su aficion
Todas en el interes,
Desdichado es el varon
Que deja de ser quien es,
Por saber quién ellas son.
Por Belisario lo digo,
Que lo procura.

Sale un page.

Page. Aquí fuera,
Señor, Belisario espera.
Ast. ¿Qué pretende?
Page. Hablar contigo.
Ast. Dile que entre, no quisiera
Que me viera hablar aquí
Con el escudero agora:
Porque no piense de mí
Que por servir á Lidora
Respeto le perdí.
Loaysa?
Loaysa. Señor.
Ast. Conviene
Que estés en lugar secreto
Porque Belisario viene.
Loaysa. ¿Porqué le tienes respeto?
Ast. Por el amor que me tiene.
Loaysa. Pues aquí me quiero estar.
Ast. Sin duda debe querer
Dineros para gastar,
Que yo se los suelo dar
Cuando los ha menester.

Escóndese Loaysa y sale Belisario.

Ah, señor!
Bel. Aunque en pobreza,
Sabrás que á pagar me atrevo
Lo que debo á tu nobleza.
Ast. Yo te debo mi riqueza.
Bel. Yo mi pobreza te debo.
Ast. Mi deuda es bien que se entienda
Qu'es de mayor calidad.
Bel. Por acabar la contienda,
Confiesó que en voluntad
Me debes toda tu hacienda.
¿Quieres mas?
Ast. Digo que sí;
Mas la plática dejemos
Y á lo que veniste dí.
Bel. Haz como solos quedemos.
Ast. Sálganse todos de aquí.

(*Vanse los criados.*)

Bel. Ya he probado, amigo, quien
Me tiene amor verdadero.
Ya lo he probado tan bien,
Que de las dos que yo quiero
Sé la que me quiere bien.
Quiero, pues, porque concluya
Esta suerte milagrosa,
Que aquí se me restituya
La hacienda.
Ast. Ninguna cosa
Tengo, Belisario, tuya.
Bel. ¿Búrlaste?
Ast. De veras digo
Que es quimera ó fantasía.
Bel. Bien merece este castigo,
Villano, el que se confia
De un falso y fingido amigo.
¡Amigo dije! traidor,
Mejor te hubiera llamado
Falso y fingido criado;
Y si criado, el peor
Que hay en todo lo criado.
¿Porqué, dime, quebrantaste
La lealtad por tantos modos,
Y agora, traidor, negaste
Lo que allí delante todos
Tus criados confesaste?
Mas ¿cómo, infame, consientes
Que sean tus fraudes y dolos
De los demas diferentes?
Confiesas delante gentes,
Y niegas estando solos.
Ast. Paso, no te escandalices,
Templa el enojo y la ira,
Y lo que dijiste mira.
Bel. Bien veo porqué lo dices,
Mas sé que dices mentira.
Porque no hay ninguno aquí
Que pueda dar testimonio
De lo que yo te pedí,
Si ya no tienes en tí

Revestido algun demonio.
Pero luego morirás,
Si en este punto, traidor,
Lo qu'es mio no me das.
Ast. Ola, criados.

Salen dos criados.

Criado. Señor.
Ast. Prendelde.
Bel. Volveos atras.
Ast. Prendelde, y atalde ahí.
Bel. ¡Mancebo honrado! decí,
¿Será justicia y razon
Que siendo vos el ladron,
Vengan á prenderme á mí
Como si lo hubiera sido?
Ast. ¿Posible es que tal escucho?
Prended al loco atrevido.
Bel. No os llegueis, que puede mucho
Un hombre honrado ofendido.
Y aunque tan postrado esté
Que á todo podais rendirme,
Las prisiones romperé;
Que no hay cosa que esté firme
Cuando se rompe una fe.
Ast. Pues se va, nadie le impida
El huir.
Bel. Villano, advierte;
No imagines que esta huida
Es á restaurar mi vida,
Sino á procurar tu muerte.
Ast. Vete; que despues verás
Que estás ciego.
Bel. Yo estoy ciego
De verte cuan sordo estás.
Ast. Cerradle esa puerta luego,
Porque no vuelva aquí mas.
Muy grande culpa merezco, *ap.*
Pues á un hombre tan honrado,
Tantos disgustos ofrezco.
Mas tiéneme disculpado
Ver que en todo le obedezco;
Porque él dijo que queria
Que su hacienda le tuviese,
Y si acaso la pedia
De manera que lo oyese
Alguien por alguna via,
Que negársela pudiese.
Y pues Loaysa lo oyó,
Perdóneme Belisario.

Sale Loaysa.

Loaysa. Sin duda Dios me libró
De un hombre tan temerario;
Loco parece.
Ast. Pues no.
Loaysa. Creo que me hubiera muerto
Si en este lugar me hallára.
Ast. Mas antes tengo por cierto
Que si él os viera dejára
De hacer tan gran desconcierto.
Que estando solo conmigo,
Le da la melancolía,
Y en teniendo compañía,
No le da en un año.
Loaysa. Digo
Qu'es loco, por vida mia.
Ast. Dejémosle estar agora,
Y escuchad, que es menester
Con brevedad responder
Al recado de Lidora,
Qu'es hermosa, y es muger.
Decilde...
Loaysa. Yo me despido
De llevarle ese recado.
Ast. ¿El suyo no habeis traido?
Loaysa. Confieso habérosle dado,
Pero estoy arrepentido,
Que por ella ni por vos
El cielo quiero perder.
Ast. ¿Cómo no?
Loaysa. Líbreme Dios,
No quiero mas padecer
Por ninguno de los dos,
Y que entrambos os holgueis.
Ast. Por mercé, Loaysa, os pido
Que este recado lleveis.
Loaysa. ¿Yo recado? aunque me deis
Recado para un vestido,
Y una colmada garrafa
Cada dia de buen vino.
Ast. Grangealle determino,
Ya qu'el bellaco me estafa,
Siendo humano, á lo divino.
Ahora bien, dadme licencia,
Que quiero con interes
Allanar la competencia.
Loaysa. Mira que han dicho que es
Caso de mala conciencia.
Ast. No imagineis que del cielo
Con esto que os doy os privo.
Loaysa. Atelo en este pañuelo,
Que en verdad que lo recibo
Con escrúpulo y recelo.
Que en verdad, si lo he tomado,
Solo ha sido para dar
Limosna por el pecado
Que podia resultar
De llevar este recado.
Ast. Dejemos ya, por mi amor,
Hipocresías á parte,
Y hablemos claro.
Loaysa. ¡Oh, señor!
Las manos quiero besarte,
Porque entendiste la flor.
Y contino serviré,
Y con nombre de alcahuete

s recados llevaré.
Ast. Vamos, que yo escribiré
ra Lidora un billete. (*Vanse.*)

Sale Labinia.

Lab. Desdichado fué aquel dia
i que me parió mi madre,
es determina mi padre
sarme con don García.
lo determina hacer
n consentimiento mio,
mo si el libre albedrío
rzado pudiera ser.
s lo que puede acabarme,
acabarme la paciencia,
ver que pide licencia
n García para hablarme,
mi padre se la ha dado
mo si fuera mi esposo.

Sale don García.

D. Gar. Ya que no soy venturoso,
quiero ser porfiado.
Lab. Porque, señor, no tuvieras
ena ni mala fortuna,
jor fuera que ninguna
aquesas dos cosas fueras.
D. Gar. ¿Siempre, ingrata, permaneces
la dureza en que estás?
iempre tristeza me das?
iempre tormento me ofreces?
nas pones el querer
e en otro tienes, en mí,
nas puede haber en tí
idanza, siendo muger.
e como por tales modos
ma amor de mi venganza,
ngo á desear mudanza,
e es lo que aborrecen todos.
e en el mundo miserable
dos suelen perecer
r ver firme una muger,
o por verla mudable.

Sale Belisario.

Bel. Ya como nave me arrojo
ni puerto deseado,
es la tormenta ha pasado
aquel repentino enojo.
unque desdichado soy,
esto dichoso he sido,
es sin ser visto he podido
terme aquí donde estoy.
D. Gar. ¿Cuándo, dime, ingrata, cuándo
tuyo me darás nombre?
Bel. ¿No es don García aquel hombre
e está con Labinia hablando?
D. Gar. Mas tú siempre al mercader
Debes querer y adorar.
Bel. Quiérome un poco acercar,
Porque los pueda entender,
Aunque es perder el decoro
A su nobleza y la mia.
Lab. Digo, señor don García,
Que le quiero y que le adoro,
Y que la debida palma
Tiene de mi corazon,
Junto con la posesion
De la libertad del alma.
¿Qué mas quieres?
Bel. ¿Qu'es aquesto?
Mi esperanza se ha perdido.
D. Gar. Dichoso el que ha merecido
Verse en tanta gloria puesto.
Bel. Dichoso, y en mi presencia;
No hay pena que no me cuadre.
D. Gar. Yo quiero hablar con tu padre,
Señora, con tu licencia.
Lab. Ninguno hay que te lo impida,
Muy bien puedes.
D. Gar. Quiero hacer
Que me la dé por muger,
Aunque me cueste la vida,
Por vengarme solamente
Del agravio que me ha hecho. (*Vase.*)
Bel. ¡Ay de mí! que dentro el pecho
Se me esparce un fuego ardiente.
Lab. Voces siento por aquí.
Bel. Gran fuerza tiene un dolor.
Lab. ¡O Belisardo, o señor!
¿Ha mucho que estás aquí?
Dime, ¿por qué puerta entraste?
Respóndeme, no estés triste.
Bel. Por la puerta que me abriste,
Que fué la que me cerraste.
Lab. Grandes milagros encierra
Eso.
Bel. Digo qu'es verdad,
Que es puerta la voluntad,
Que se abre, y que se cierra.
Por ella diste lugar,
Labinia, á mi pensamiento,
Que preñado de contento,
No pudo por ella entrar.
Caballo de Troya hiciste
De un pensamiento seguro,
Y para que entrase, el muro
De tu vergüenza rompiste;
Porque en medio de la calle
Perdiste casi el decoro
Cuando esta cadena de oro
Me ofreciste para entralle.
Él con triunfos y despojos
Entró donde tú quisistes,
Y tú al momento me distes
Con la puerta por los ojos.

La cual haciendo su oficio,
Tus mudanzas manifiesta.
Lab. Sepamos qué puerta es esta
Que tanto salió de quicio.
Que aquí ninguna se abrió,
Ni ninguna se ha cerrado.
Bel. Ya que tú te has declarado,
Quiero declararme yo.
¿Dónde se sufre que estés
Hablando con don García,
Y que en la presencia mia
Tu fe y palabra le des
De darle la posesion
De la libertad del alma,
Despues que la injusta palma
Le diste del corazon?
¿Es posible que haya en tí
Tan gran falta de memoria,
Que le prometas la gloria
Que me prometiste á mí?
Bien es verdad que tus artes
Son, Labinia, tan estrañas,
Que pienso que alguno engañas,
O que entre los dos la partes.
Pero no permita Dios
Que una gloria tan sabida
Como aquesta, se divida
Ni se parta entre los dos.
Entrégala á don García,
Y mas si no tiene harta,
Qu'en no querer que se parta,
Querrás conocer qu'es mia.
Lab. ¿Escuchaste lo que hablamos,
Belisario?
Bel. A Dios pluguiera
Que escuchado no lo hubiera.
Lab. Pues lo escuchaste, sepamos
Qué ofensa pude haber hecho,
Pues en la conversacion
Te entregué la posesion
Segunda vez de mi pecho.
Por eso no formes quejas,
Que la razon que has oido
Debió mudar el sentido
Cuando entró por tus orejas.
Mejor es mudar de intentos,
Pues mudanza en mí no viste,
Y de las quejas que hiciste
Hacer agradecimientos,
Porque en quererte y amarte
Ninguna me deja atras.
Bel. Baste, Labinia, no mas,
Escusado es escusarte.
¿Piensos que soy bobo? ¿piensas
Que podrán tener lugar
Las escusas para entrar
Donde entraron las ofensas?
Que las ofensas presentes
Cuando al alma caminaron,
Todo el camino ocuparon
Con montes de inconvenientes.
Por eso, en vano me das
Las escusas que me diste,
Pues un bien darme quisiste
Por quitármele no mas.
Y ansi tu mano atrevida
Gloria y vida quiso darme;
Gloria para atormentarme,
Y para matarme vida.
¿Acuérdaste, ingrata, cuando
Te decia mis enojos,
Y tú la boca en los ojos
Me respondias llorando?
¿Porqué, dime, al parecer
Con llanto me respondias?
¿Llorabas el bien que hacias,
O el que habias de hacer?
Y el darme aquesta cadena
Para comer, de oro fino,
¿No fué tambien desatino?
Pues de hierro fuera buena.
¡Qué digo! fuera mejor,
Porque yo me la comiera,
Y tus hierros deshiciera,
Como avestruz del amor.
Mas porque el mundo no entienda
Que llego á término ya,
Que uno la muerte me da
Y otro me quita la hacienda,
Yo quiero valerme al punto
De una desesperacion,
Para quedar por ladron
Muerto y afrentado junto,
Y dar fin á mis pasiones
Por los mas infames modos:
Acudan, acudan todos,
Que en esta casa hay ladrones.
Acudan todos aquí,
Que sin que nadie lo entienda,
Se llevan toda la hacienda.
Lab. ¡Ay, desdichada de mí!
¿No ves, Belisario amado,
Que todos acudirán,
Y conmigo te hallarán?
Bel. Pues estoy tan apartado,
Ingrata, del alma tuya,
¿Qué importa que esté contigo?
Lab. Mi honor dice lo que digo
Porque nadie le destruya.
Mas ya remedio no tiene,
Que en toda la casa siento
Gran ruido, y como el viento
Mi padre alterado viene.
¡Ay, triste de mí! ¿qué haré?
Bel. ¿Ya viene tu padre?
Lab. Sí.

Bel. Pues fia, Labinia, de mí,
)ue yo lo remediaré.

Sale el padre de Labinia.

Pad. ¿Dó está el ladron? mas ¿qué es esto
)ue veo?
Bel. ¿De qué te alteras?
)ue aquí le hallárias, si hubieras,
eñor, venido mas presto.
Pad. ¿Qué haceis en mi casa?
Bel. Fué
.a principal ocasion
'er en tu casa un ladron,
!uando por ella pasé.
Pad. Contadme pues de qué modo
'asó el negocio.
Bel. ¡Ay de mí!
)ue pues pasé por aquí,
'udiera pasar por todo,
ín que diera alteracion
. quien deseo servir.
Pad. Dejaos deso.
Bel. Pues decir
)uiero el cuento del ladron,
' fué que como pasé
'or aquesta calle, y vi
:ntrar un ladron aquí,
eguirle determiné,
ues con tan linda presencia
:ntraba el desvergonzado,
;omo si le hubieras dado
'ara que entrase licencia.
.abinia fué la primera
:on quien encontró el ladron,
' roballe el corazon
)eterminó, si pudiera.
'orque al mayor interes
'ué contento encaminado,
)ue aunque es ladron es honrado,
' roba como quien es.
'idióle que le entregase
'odo su tesoro entero,
' ella se le dió primero
)ue el ladron se le tomase.
' ansí viendo su hidalguía,
Ninguna cosa le hurtaba,
'orque ella misma le daba
Ias de lo que le pedia.
'o viendo tu perdicion
' tu gente descuidada,
Metiendo mano á la espada,
)uise prender al ladron.
:l por miedo de la pena,
:on gran ligereza huyó,
' de aquello que tomó
e le cayó esta cadena.
'ómala, señor, y mira
l es tuya.
Pad. Tienes razon.
Lab. ¡Qué milagrosa invencion!
¡Qué provechosa mentira!
Pad. Hija mia, no estés triste,
Baste tu tormento, baste,
Y huélgate, pues cobraste
Parte de lo que perdiste,
Que tanta pena es sobrada.
Lab. Por mi vida no he tenido
Pesar de lo que he perdido,
Porque bien mirado, es nada.
Bel. Segun es su pecho honrado,
Pienso que no tiene pena
Porque perdió la cadena,
Sino porque la ha cobrado.
Mal conoces su buen pecho.
Lab. De tí he debido aprender.
Pad. Yo quiero reconocer
La merced que me habeis hecho,
Y así, Belisario, digo
Que pues quiso el cielo eterno
Dejar de haceros mi yerno,
Que quiero haceros mi amigo.
Y pues lo sois verdadero,
Suplicoos me perdoneis,
Y para guantes tomeis
Aqueste poco dinero.
Que lo tomeis os suplico,
Que aunque la pobreza os sobre,
No os lo doy porque sois pobre,
Sino porque fuistes rico.
Bel. De aqueso, señor, te olvida,
Porque sabrás que me veo
Sin bienes y sin deseo
De tenerlos en mi vida:
Que no es pobre el que á la clara
Se olvida de la riqueza.
Pad. ¿No quereis esta pobreza?
Bel. Si lo fuera, la tomára.
Pad. Perdonad mi atrevimiento,
Y tras que me perdoneis,
Holgaré que nos dejeis
Aquí solos un momento.
Bel. Dadme licencia, señor,
Para irme deste lugar.
Aquí me quiero quedar *ap.*
Para escuchallos mejor.
Pad. Pues os doy el corazon,
No tengo que daros mas.
Lab. Belisario, ¿así te vas,
Sin darme alguna razon?
¿Por dicha no merecí
Ser agradecida yo
Con aquel que me libró
Del ladron que estaba aquí?
Bel. Alguna cosa el ladron
Llevá de las que teneis,
Que apartar no le podeis
De vuestra imaginacion.

Pues creed, Labinia hermosa,
Que jamas he de poder
Reposar, hasta saber
Si se os lleva alguna cosa.

(*Escóndese Belisario.*)

Pad. La hidalguía y la nobleza
Que en este hombre he descubierto,
Gallardamente por cierto
Campean en la pobreza.
En ella parecen bien
Los relieves de valor,
Porque es campo del color,
Y de batalla tambien,
Pero dejémosle agora,
Y tratemos, hija mia,
De una súbita alegría
Que tu corazon ignora.
Lab. Dila pues.
Pad. Antes que nada
Comencemos á tratar,
Te quiero, Labinia, dar
El parabien de casada.
Lab. ¿Yo casada?
Pad. Sí.
Lab. ¿Con quién?
Pad. Con don García.
Lab. Pues di,
¿Cómo sin pedirme el sí
Me das ese parabien?
Que si el casamiento estriba
En el sí que me demandas,
Diciendo no, ¿cómo mandas
Que ese parabien reciba?
Pad. Cuando acaso don García
De tan ruin casta fuera,
Que una gota no tuviera
De la hidalga sangre mia;
Cuando fuera tan hambriento
Que solo tuviera el don,
Y como el camaleon
Se sustentára del viento;
Cuando fuera tan avaro
En el comer y vestir,
Que se dejára morir
Porque el vivir cuesta caro;
Cuando fuera cocodrilo,
De cuyo talle se cuenta
Que los hombres amedrenta
En las riberas del Nilo;
Habrias de dar el sí
Con gran gusto y alegría,
Y esto no por don García,
Ingrata, sino por mí.
Lab. Como soy hecha al reves,
El sí que me pides diera
Cuando don García fuera
Lo que dices que no es.
Porque todas las mugeres
Son en esto como yo.
Pad. Al fin, ¿no le quieres?
Lab. No.
Pad. Pues dices que no le quieres,
La ocasion quiero saber.
Lab. Ninguno á saberlo viene,
Porque el no querer no tiene
Ocasion como el querer.
No le quiero, y no sé mas.
Pad. ¡O mal nacida! o traidora!
¿Eso me dices agora,
Esa respuesta me das?
Pero no quiero enojarte;
Repórtate y vuelve en tí,
Y considera que dí
La palabra de tu parte.
No me pongas en afrenta,
Que será dar que decir.
Lab. Mil veces quiero morir,
Primero que lo consienta.
Pad. Pues dejas, á lo que intento,
Ingrata desconocida,
Que mi palabra ó tu vida
Se han de cumplir al momento;
Aunque tengo para mí,
Segun tu prudencia es poca,
Que rendirás por la boca
Primero el alma que el sí.
Y pues estás obstinada
En hacerme á mí despecho,
Quiero traspasarte el pecho
Con la punta de mi espada,
En la cual fuera razon
Que don García estuviera,
Porque por ella pudiera
Entrar en tu corazon,
Ya que el cielo le concede
Que entrar pueda á tu pesar
Por la herida, pues entrar
Por las orejas no puede.
Cierra, cierra aquesos ojos,
Pues tu boca se cerró,
Que entre Dios, la tierra y yo
Partiremos los despojos:
Dios el alma, que la cria
De nada en un solo punto;
La tierra, el cuerpo difunto;
Y yo la sangre, que es mia.
Quiero ver si desta suerte *ap.*
Me da el sí que me ha negado.
Lab. Bien conozco, padre amado,
Que yo merezco la muerte,
Pues siendo flaca muger,
Entiendo que no viniera
A pasarla, si pudiera
Dejarla de merecer.
Tú dices que he de casarme,

) que he de morir aquí :
Todo es uno para mí,
'edir que muera, ó matarme.
Y pues el tuyo es castigo,
Y el otro será combate,
Mejor será que me mate
Mi padre que mi enemigo.
)ue tú las dos almas juntas
'asarás con un dolor,
'orque tu espada, señor,
.a imagino con dos puntas :
.a una mira, por mi mal,
A este pecho que destruyo;
Y la otra al pecho tuyo,
Al del pelícano igual.
Y aunque me des fuerte herida,
.a tuya será tan fuerte,
)ue me pesa de mi muerte,
'or lo qu'es fin de tu vida.
Y aunque tengo este pesar,
.a muerte quiero sufrir,
)ue bien puedo yo morir,
'ues tú me puedes matar.
Pad. Vive Dios que me ha vencido,
)ueriéndola yo vencer,
Y que ha debido saber
)ue era el negocio fingido.
Yo quiero hacer al momento
)ue las parientas que tiene
.e digan que le conviene
Hacer este casamiento.
)uizá por este camino
Negociarémos mejor. (*Vase.*)
Lab. Válgame Dios, qué dolor
A la cabeza le vino;
Si se fué por don García
'ara contarle esta historia.

Sale Belisario.

Bel. ¡O mi Labinia, o mi gloria,
Mi esperanza!
Lab. ¡Mi alegría,
'ilar de mi fe!
Bel. ¡Coluna
Hecha de amorosa piedra!
Lab. ¡Fuerte muro!
Bel. ¡Verde hiedra!
Lab. ¡Sol hermoso!
Bel. Blanca luna,
'a he visto el gran resplandor
)e tu valor sublimado.
Lab. Cuando quedára eclipsado,
e pudieras ver mejor,
orque la muerte en estremo
nnoblece un pecho fuerte.
Bel. No me nombres mas la muerte,
)ue por tu ocasion la temo.
)ue del peligro pasado
He quedado casi muerto.
Lab. Mucho me huelgo, por cierto,
Que nos hayas escuchado,
Porque al menos escuchaste
Que siempre he sido leal,
Y que me trataste mal
Sin culpa.
Bel. Labinia, baste,
Baste ya, que estoy corrido,
Que de mi yerro amoroso,
Si puede errar un zeloso,
Humilde perdon te pido.
Lab. Quiérome luego esconder,
Para saber lo que pasa;
Tú salte luego de casa,
Porque no te puedan ver.
Que en pasando estos nublados
Nos veremos cada dia.
Vamos luego.
Bel. No querria
Que me viesen tus criados;
Mas para evitar enojos,
Ir tú delante procura,
Que la luz de tu hermosura
Les podrá cerrar los ojos. (*Vanse.*)

JORNADA III.

Salen Loaysa y Astolfo.

Ast. Di que he venido, y que estoy
En este sitio esperando,
Loaysa.
Loaysa. Pues luego voy.
Ast. Lidora estará pensando
Que lo que parezco soy.
¿Cuál se quedará despues,
Si por su desdicha sabe
Que de Belisario es
La riqueza, y que su nave
Con todo ha dado al traves?
Yo soy pobre, y ella hermosa,
Y así será necesario
Recibilla por esposa,
Cuando no por otra cosa,
Por vengar á Belisario,
Pues ha sido causadora
De sus desdenes mortales;
Pero ya sale Lidora.

Sale Lidora.

Lid. ¡Oh, señor Astolfo! es hora
Que piseis estos umbrales.
¿Qu'es esto? ¿qué pretendeis

Con el hielo que mostrais?
¿Por qué causa no quereis,
Astolfo, pues no me amais,
Decir que me aborreceis?
Mas no es cosa permitida
Que llegue al dichoso estado
De quedar aborrecida,
Sin primero haber pasado
Por el bien de ser querida.
Ast. Por Dios, no teneis razon
De quejaros de mí agora;
Que la mucha ocupacion
No me deja hacer, señora,
Lo que tengo obligacion.
Porque es bien que cada dia
Me desocupe y entienda
En el trato y grangería
Desta caudalosa hacienda,
Qu'es tan vuestra como mia.
Lid. ¿Vuestra hacienda me entregais?
Bravo pecho.
Ast. Aunque no es bravo,
Yo haré que la recibais,
Como á su dueño querais
Recebir por vuestro esclavo.
Lid. Por esclavo es cosa fea;
Pero mi alma venturosa
Por su señor os desea.
Ast. Pues hagamos una cosa.
Ni señor, ni esclavo sea.
Vos podeis un medio honroso
De ambos estremos hacer.
Lid. ¿Será medio el ser esposo?
Ast. Medio estremado ha de ser
Para alcanzar mi reposo.
Y así digo que al momento
Con la mano me dispongo
A dar fin al casamiento.
Lid. Y con esta mano pongo
Por obra este pensamiento.
Ast. Mi cuerpo se queda en calma,
Teniendo esta mano asida,
Que si otros tienen el alma
Por todo el cuerpo esparcida,
Yo tengo el alma en la palma.
Y así no es mucho que tenga
Esta gloria que me influye,
Para que yo me mantenga.

Sale Loaysa.

Loaysa. Señora, señora, huye
Antes que tu padre venga;
Mira que te va buscando,
Y ha preguntado por tí.
Ast. ¿Dó vas, señora?
Lid. Volando
Quiero partirme de aquí.
Despues nos veremos.
Ast. ¿Cuándo?
Lid. Cuando tú, Astolfo, quisieres.
¿No sabes que soy tu esposa
Y que tú mi esposo eres? (*Vase.*)
Ast. Cierto, la muger hermosa
Es honra de las mugeres;
Yo en forma las aborrezco,
Mas en viendo esta hermosura,
Las sublimo y engrandezco,
Y tengo por gran ventura
Lo que por ellas padezco.
Loaysa. Jamas dirá don García
De Labinia tanto bien.
Ast. Como ella siempre porfia
En no quererle, él tambien
De su aficion desconfia.
Loaysa. ¿No sabes que la pidió
Estos dias por muger,
Y como no le admitió,
El padre della juró
Que la vida ha de perder,
O con él se ha de casar?
Y como ella se ha dispuesto
A morir, tienen con esto
Alborotado el lugar.
Ast. En gran confusion me ha puesto
Este viejo temerario,
Porque el pesar considero
De mi dueño Belisario;
Pero al fin valelle quiero
Por un modo estraordinario.
A Dios, Loaysa.
Loaysa. Señor,
Él te guarde y te defienda.
¡O venturoso amador,
Que de su querida prenda
Goza el regalo y favor! (*Vase Astolfo.*)

Sale Belisario.

Bel. Pues por tener un criado
Tan perverso y tan inico...
Loaysa. Este es el loco.
Bel. He quedado
Sin hacienda, siendo rico,
Y sin honra, siendo honrado;
Yo quiero vengarme ya
Del pasado fraude y dolo.
Loaysa. Cuerdo parece que está,
Porque dicen que le da
La locura estando solo.
Bel. ¿Cómo le daré al momento
La muerte?
Loaysa. De muerte trata,
Bueno está su entendimiento.
Bel. Loaysa.
Loaysa. Él se desbarata,
Como suele.
Bel. Mucho siento

)e ver que ya no querais
'or vuestro amigo tenerme.
Mas ¿ qué teneis? ¿ qué temblais?
O qué tengo? que de verme
'arece que os espantais.
Loaysa. ¿ Puedo hablaros?
Bel. Bien podeis.
Loaysa. Pues primero, un pensamiento
)uiero que me perdoneis.
Bel. ¿ Qué habeis pensado?
Loaysa. Que habeis
'erdido el entendimiento.
Bel. Loco soy, teneis razon,
'ues de mi riqueza he dado
l otro la posesion;
Mas de lo que hayais pensado
Ie de saber la ocasion.
)ecilda.
Loaysa. Habeis de saber
)ue una graciosa contienda
Con Astolfo os ví tener,
Sobre pedille la hacienda
)ue tenia en su poder.
Y esta fué locura fina,
Sin otras muchas que hicistes.
Bel. ¿ Dó estabas, que lo podistes
)ir?
Loaysa. Tras de una cortina.
Bel. ¿ Y para qué os escondistes?
Loaysa. Porque no fuese entendido
)n recado de una dama,
)ue entonces habia traido.
Bel. ¿ De qué dama?
Loaysa. De mi ama,
)e quien Astolfo es querido.
Bel. Sin duda el cielo me envia
Esta venturosa suerte.
O hermano del alma mia!
Qué regalo podré hacerte
En pago desta alegría?
'erdon, Astolfo querido,
Te pido, y puedes pensar
Lo que te hubiera pedido
Errando, pues sin errar
Humilde perdon te pido.
Mas tú tampoco tuviste
Culpa en el mal que causaste,
'ues el viejo que escondiste
Me escuchó, y así pudiste
Negar lo que me negaste.
'ero á tí, noble escudero,
Hacerte las gracias quiero,
'ues cobro en esta contienda
Una esposa y una hacienda,
Y un amigo verdadero.
Y para que don García
No alcance lo que procura,
Voime, á Dios. (*Vase.*)

Loaysa. Por vida mia,
Que creo que la locura
Le dió agora en alegría.
Muchos son los repentinos
Movimientos de los locos;
Que los juicios mas finos
Se pierden por mil caminos,
Y se cobran por muy pocos.
Aunque es grande mal ser necio,
Dios me guarde deste mal. (*Vase.*)

Salen Labinia y su padre.

Pad. Basta, no me digas tal,
No hagas, hija, menosprecio
Del consejo paternal.
Muchas personas pudieron,
Como tú, hija, engañarse,
Mas despues en sí volvieron;
Que caer sin levantarse,
Es de aquellos que cayeron.
Lab. Bien conozco, padre amado,
Que las quejas que me abrasan,
Todas, como yo, las pasan;
Unas porque se han casado,
Y otras porque no se casan.
Mas ninguna hay que se vea
En lo que yo he padecido.

Sale un page.

Page. Astolfo, señor, se apea
En el zaguan.
Pad. ¿ Has sabido
Qué quiere?
Page. Hablarte desea.

Sale Astolfo.

Pad. Entre.
Ast. Pues en ello gano,
Vuestra mano besaré.
Pad. Por la mano os ganaré
En lo qu'es besar la mano.
Dejaos desa cortesía,
Y ved si puedo serviros
En algo.
Ast. Solo deciros
Una palabra querria.
Pad. ¿ Es secreto?
Ast. No, señor.
Pad. Pues decid á vuestro gusto
Lo que pretendeis.
Ast. No es justo
Que trate de mi valor,
Pues veis que vengo de buenos,
Aunque en invidia lo he sido,
Y que si un tiempo he servido,
No por eso valgo menos;
Y que mi hacienda es de suerte
Abonada en la ciudad,

Que su mucha cantidad
En calidad se conviérte.
Que al fin la persona rica
Es hidalga, es noble y grave,
Porque la hacienda es jarabe
Que la sangre purifica.
Y ansí de mi gran poder
Cuenta mas larga no doy,
Por no decir lo que soy,
Sino lo que pienso ser.
Porque con vuestra licencia
Ser vuestro yerno imagino,
Y gozar de un bien divino
Con dulce correspondencia.
Pues si tanto bien recibo
Agora del cielo eterno,
El nombre será de yerno,
Y las obras de cautivo.
Porque tanto mis cuidados
Puse en querer y adorar
A Labinia, que dotar
La quiero en diez mil ducados,
Y aun mas le quiero ofrecer,
Por solo darle contento.
Pad. Tan obligado me siento,
Que no acierto á responder,
Y pues no puedo acertar
A decir lo que me toca,
La respuesta por la boca
De Labinia os quiero dar.
Ella os ha de responder
Como muger que está esclava
De su gusto; aunque bastaba
Decir que como muger.
Pues con miedo no se ablanda,
Ni con amor verdadero;
Mas quiero hablalla primero
Que responda á la demanda.
Mira la ocasion que tienes,
Hija, de tener reposo;
Abaja el cuello orgulloso
Con el peso de los bienes.
Mira que Astolfo procura
Cual hiedra asirse á tu cuello:
Pues te quiere dar aquello
Que á él le dió la ventura.
Mira bien que Astolfo es
Mas rico que don García.
Pero si en esta porfía
No te ablanda el interes,
Si no estás con la riqueza
Blanda, por mi desventura,
Tú misma, que eres tan dura,
Ablandarás tu dureza.
Lab. ¿Yo he de querer el tesoro,
Padre, que nunca he querido?
¿Yo que á los ricos olvido?
¿Yo que la pobreza adoro?
¿Yo que menosprecio ya
De tal suerte la riqueza,
Que me agrada la pobreza
Por un sugeto en que está?
Un hombre rico me das,
Yo quiero tomalle pobre,
Y como el valor le sobre,
Que le falte lo demas.
Y por mi satisfacion
Quiero escogelle y tomalle
Tan pobre, que pueda dalle
De limosna el corazon.
Pad. ¿Dónde vas?
Lab. A responder.
Pad. ¿De qué manera?
Lab. Con firme.
Ast. ¡Oh, qué corazon tan firme,
Oh, qué varonil muger!

(*Vase Labinia.*)

Pad. Grosera, loca, atrevida,
¿Dónde vas sin mi licencia?
¿Qu'es aquesto?
Ast. En mi presencia,
Dejalda, por vuestra vida:
Que si no quiere, no es rio
Que atras no puede volver;
Mañana podrá querer
Si hoy no quiere.
Pad. Yo confio,
Que con gusto y alegría
Vendrá con vos á casarse,
Por solamente librarse
Del poder de don García,
A quien la palabra he dado
De dársela por muger,
Y por ella no querer,
No está el negocio acabado.
Dejadme, señor, con ella,
Vereis con qué brevedad
Lo negocio.
Ast. Procurad
El sí de Labinia bella,
Porque viva quien la adora.
Pad. Seguro podeis estar,
Pues lo voy á negociar.
Ast. ¿Cuándo la hablaréis?
Pad. Agora. (*Vase.*)
Ast. Un hecho tan temerario
Como aqueste que procuro,
Es para que esté siguro
El pecho de Belisario.
Que está de perder su dama
En grande peligro puesto;
Quiero mitigar con esto
Su ardiente amorosa llama.
Pero en tanto de Lidora
Ver el rostro alegre quiero. (*Vase.*)

Sale Loaysa.

Loaysa. ¿No es bueno que el escudero
)e Labinia he visto agora,
(me ha dicho que ha sabido
)ue Astolfo se ha de casar
:on su dueña, y que á tratar
:ste negocio ha venido,
' que quiere de su hacienda
)otarla en mucho dinero?
'raidor ha sido, yo quiero
)ue mi señora lo entienda.

Sale Belisario.

Bel. Agora que quiero hablar
:on Astolfo, no le hallo
'ara poderme quejar,
Ii para poder buscallo
Iallo tampoco lugar.
Loaysa. ¡Oh, señor! ¿adónde vas?
Bel. En busca de Astolfo.
Loaysa. En casa
'e Labinia le hallarás.
Bel. ¿Qué ha sucedido?
Loaysa. No mas
'e que con ella se casa.
Bel. ¿Con Labinia Astolfo?
Loaysa. Sí.
Bel. Dime, ¿da el sí ella?
Loaysa. No,
ero sé que él prometió
otarla.
Bel. ¡Triste de mí,
Ii ventura se acabó!
Ias di, faraute infernal,
oco, insolente, atrevido,
Porqué me dijiste tal?
Porqué en un punto has traido
ueva de tan grande mal?
on una nueva pudiste
olver mi contento atras,
ias della pagado fuiste,
ues con esta que me das,
e pago lo que me diste.
ero en balde formo queja,
ues, aunque te maltrate,
s mengua de mi quilate,
)rque una cosa tan vieja
)n una nueva me mate.
uiero suspender la ira
e saber esta maldad,
)rque con riguridad
ıdezca con la mentira,
)mo yo con la verdad.
Loaysa. Señor, espérate un poco.
Bel. Pues despeñarme quisiste
)n las desdichas que toco,
)ime á morir. (*Vase.*)

Loaysa. Como es loco,
Ya está alegre, ya está triste.
Antes se fué muy contento,
Y agora muy afligido,
Con lo cual queda sabido
Qu'es falto de entendimiento.

Sale Lidora.

Lid. Seas, Loaysa, bien venido,
Porque te buscaba agora,
Para enviar á un recado.
Loaysa. ¿A quién?
Lid. A mi esposo amado.
Loaysa. Luego no sabes, señora,
Que está con otra casado,
O que á lo menos se casa.
Lid. ¿Con quién?
Loaysa. Con Labinia.
Lid. ¡Ay triste!
El corazon se me abrasa.
Mas di, ¿cómo lo supiste?
Loaysa. Vengo ahora de su casa,
Y como allí no le ví,
Del uno de los criados
Este negocio entendí,
Y que en tantos mil ducados
La dota.
Lid. ¡Triste de mí!
¡Cómo fué mudable y vario!
¿Tan pronto me olvidó?
Loaysa. Piensa
Que un hecho tan temerario
Es castigo de la ofensa
Que le hiciste á Belisario.
Que los pecados de amor
Suele el cielo castigar.
Lid. No me ha de faltar valor,
Loaysa, para tomar
Venganza deste traidor.
Porque querrá el cielo santo
Ayudarme si lo emprendo;
Mas de mí mesma me espanto,
¡Cómo en fuego no me enciendo,
O no me deshago en llanto!

Sale Astolfo.

Ast. Visitarla me conviene
Muy á menudo.
Loaysa. Señora,
Ya viene Astolfo.
Lid. Pues viene,
Razon es decirle agora
La poca razon que tiene.
Ast. Aquí la tengo presente,
Y no con mucha alegría;
¡Si por dicha se arrepiente!
¿Qué es esto, señora mia?
Vuelve á mí tu hermosa frente.

Mi bien, mi vida, mi gloria,
A quien faltó de gobierno,
Faltó tu alegre memoria.
Lid. Mi mal, mi muerte, mi infierno,
Tú mismo sabes la historia,
Tú mismo que te has casado,
O casarte has pretendido.
Ast. ¿Quién la nueva te ha traido?
Lid. Un corazon que ha volado
Con las alas de tu olvido.
Ingrato, cruel, tirano,
¿Porqué me dejas en calma,
Tú que eres hombre tan llano,
Que cuando entregas la mano,
Tienes el alma en la palma?
¿Tú que con grande alegria
Me llamaste dulce prenda,
Tú que entiendes cada dia
En acrecentar tu hacienda,
Dándole el nombre de mia?
¿Tú que me entregaste aquella
Palabra que por guardalla,
La diste á Labinia bella,
No imaginando que el dalla
Segunda vez es rompella?
No pienses que aunque la vas
Doblando, la fortaleces,
Que la palabra que das,
Cuando está con mas dobleces,
Entonces se rompe mas.
Ast. Sabrás, señora, que intento
Este negocio de talle,
Que no tengo pensamiento
De concertar casamiento,
Sino de desconcertalle.
Que no te viniera á ver,
Si imaginára tomar
A Labinia por muger.
Lid. Debes, Astolfo, querer
Acabarme de engañar,
Aunque en vano imaginaste,
Ingrato, engañarme ya,
Porque lo que en mí dejaste
De engañar, se vengará
De lo demas que engañaste.
Solo un bien he de tener,
Que mientras Dios me dé vida,
Labinia bien podrá ser
La amada y la querida,
Mas yo seré la muger.
Porque á pesar de tu olvido,
Y de tu pecho cruel,
Pues yo la primera he sido,
Seré viuda con marido,
Y ella casada sin él.
Pero ¿qué buscas, traidor?
¿A qué veniste, homicida?
¿Quieres quitarme la vida
Para casarte mejor?
Si esto quieres, por quererte,
Desnuda luego se ofrezca
De piedad tu espada fuerte,
Porque en esto te parezca
Lo que me ha de dar la muerte.
Ast. Que de otra suerte he venido,
Que dijera la verdad,
Si no...
Lid. No hay necesidad
De que en esto, fementido,
Finjas alguna maldad.
No quiero darte ocasion
Que mientas en mi presencia,
En mengua de mi aficion.
Loaysa. Lidora tiene razon,
Bien puedes tener paciencia.
Ast. Por Dios qu'es gracioso cuento
Ver cuán afligida queda
Sobre aqueste casamiento,
Y ver que yo no le pueda
Declarar mi pensamiento.
Porque en efecto es muger
Que en fuego de amor se arde;
Pero bien puedo tener
Paciencia, pues aunque tarde,
La verdad se há de saber.
Y ansi es razon al momento
Saber en qué punto está
De Labinia el casamiento. (*Vase.*)

Salen Labinia y su padre.

Pad. No es tiempo, enemiga, ya
De mas entretenimiento.
Donde tal es menester
Determinar y pensar
De quien quieres ser muger,
Porque esposo has de tomar,
O la vida has de perder.
Quédate sola, que luego
Volveré por la respuesta.
Lab. Pues no aprovecha mi ruego,
A morir estoy dispuesta,
Cual mariposa en el fuego,
Y en él quedaré abrasada,
Pues me será dulce suerte
Quedar muerta y no casada,
Que ya tengo de mi muerte
La sentencia pronunciada.
¿Quién jamas tal pleito vió,
Qu'el amor es juez severo,
Y el verdugo carnicero,
El padre que me engendró?
Pero ¿qu'es esto que digo?
¿Qué lauro ó qué palma gano,
Si no tomo con mi mano
Venganza de mi enemigo?
Porque no sea disparate

'adecer este tormento,
Mejor es en tal combate
Hacer de mi pensamiento
Un Sanzon que muera, ó mate.
Quiero morir ó matar
Con pecho constante y fuerte,
' en viniéndose á casar
Astolfo, darle la muerte,
' al mismo punto acabar.
Que otro fin no ha de tener
Mi suerte, sino morir,
' cuando me vuelva á ver
Mi padre, podré decir
Que le quiero obedecer.
Con este estilo ordinario
mi padre engañaré,
aré la muerte al contrario,
conservaré la fe
ue le debo á Belisario.

Sale el padre de Labinia.

Pad. ¿Qué escogiste por mejor,
abinia?
Lab. Darte contento,
con Astolfo, señor,
elebrar el casamiento,
orque es hombre de valor.
Pad. ¿Búrlaste?
Lab. Porque lo creas,
anda que venga en un vuelo;
verás lo que deseas
mplido.
Pad. Gracias al cielo,
ie en darme gusto te empleas.
ja de mi corazon,
s piés te quiero besar,
mo tengo obligacion,
es con venirte á casar,
sacas de confusion.
me tus piés soberanos,
rque pueda con amor
sarlos.
Lab. Harto mejor
á que me dés tus manos.
Pad. ¡Ola, criados!
Criado. Señor.
Pad. El que mas ligero fuere,
aqueme Astolfo al momento,
ligale: que le quiere
ito Labinia, que muere,
hacer el casamiento.
Lab. Y dirá verdad.
Pad. Y pues
a no están hechas las galas,
deje para despues,
enga.
Criado. Yo tengo alas,
ao Mercurio, en los piés.
Pad. Pues vuela; y si don Garcia
Se queja por la ciudad,
Podrás decir, hija mia,
Que no fué tu voluntad
Casar con él; á Dios.
Lab. Fia,
Que en todo pienso agradarte.
Pad. Digolo porque le he dado
Palabra de no casarte,
Sino con él.
Lab. Mi cuidado
Podrá en eso descuidarte.
Porque mi alma en eso viene
A conocer que la honras;
Pues Astolfo le conviene
Mas que el otro, porque tiene
Dineros para sus honras,
Que bien menester serán
Para tus honras y galas.
Pad. Hija, no te faltarán,
Si con terneza regalas
Un esposo tan galan,
Que hasta el alma te dará.
Lab. No imagines que la palma
Con eso me ganará;
Porque si el alma me da,
Tambien quiero darle el alma.
Que las almas han de ser
Las honras del casamiento.
Pad. Vamos luego á componer
Lo que conviene.
Lab. Al momento
Te pretendo obedecer.
Tú, Belisario, perdona,
Si añado fuego á tu llama,
Y téjeme una corona
Del martirio que la fama
Con fúnebre son pregona.
Pues sin que nadie lo impida,
Llevará Astolfo la paga;
Yo la muerte merecida,
Y todo con una daga
Que he de llevar escondida. (*Vanse.*)

Salen Belisario y Astolfo.

Bel. El ir siempre acompañado,
¿No es porque yo no te pida
Lo que sabes?
Ast. Por mi vida,
Que en todo vas engañado.
Que antes yo hice por ti
Lo que un hombre honrado debe.
Bel. ¡O traidor, ingrato, aleve,
Eso me dices á mí!
Ast. Paso, señor, no me obligues,
Pues sabes que mis criados
Nos escuchan.
Bel. Mis cuidados

Primero es bien que mitigues.
Mas con moderada voz
Quiero poner al momento
Un freno á tu pensamiento,
Como á caballo feroz.
Hablemos de mi trabajo,
Muy bajo en este lugar,
Aunque bajo habré de hablar,
Pues hablo con hombre bajo.
¿Porqué de Labinia, di,
Pretendiste ser marido?
¿Por ventura has pretendido
Apartarme á mí de mí?
¿No te acuerdas que la quiero
Como el alma natural,
Y que es causa principal
Por quien vivo y por quien muero?
¿No te acuerdas que la adoro,
Y que de mí no me acuerdo,
Y que por servirla pierdo
De mi persona el decoro?
¿No te acuerdas de la historia
De ser tú grande y yo chico?
Pero ya, como hombre rico,
Tienes muy poca memoria.
Astolfo, Astolfo, ¿qu'es esto,
Que pierdes la fe de amigo?
Mas no quiero otro castigo
Del enojo en que me has puesto,
Sino ver que quedarás
Sin esposa y sin amigo,
Porque Labinia contigo
No se casará jamas;
Porque es pilar de la fe,
Combatido de malicias.

Sale un criado.

Criado. Albricias, señor, albricias.
Ast. Yo las mando, mas ¿de qué?
Criado. De una nueva venturosa
Que á saber agora vienes.
Ast. Dime de qué.
Criado. De que tienes
A Labinia por esposa.
Bel. ¿A quién?
Criado. A Labinia.
Bel. Muerto
Con aquesta nueva he sido.
Ast. ¿Es posible que ha querido
Venir bien en el concierto?
Criado. Sí, señor, y por honralla
Su padre, y por verla rica,
Que no tardes te suplica
En ir á casarte.
Bel. Calla,
Calla, infame, calla ya,
Cierra esa boca maldita,
Que tanta gloria me quita,
Y tanta pena me da.
Porque con prudencia poca,
El corazon me abrazaste,
Con el fuego que arrojaste
Por el volcan de tu boca.
¡Ó Labinia, ingrata fiera!
Quien tuviera tal ventura,
Que jamas de tu hermosura
Querido y amado fuera.
Baste ya, si quieres, baste
El rigor con que pretendes
Ofenderme, pues me ofendes
En el grado que me amaste:
Porque aunque vuelvas atras,
Mas que á todos me quesiste,
Y tanto mas me ofendiste,
Cuanto me quesiste mas.
¿Dónde está tu pecho fuerte,
En el cual he visto yo
Que una espada se quebró
Queriendo darle la muerte?
Mas ya en él no es de provecho
La resistencia pasada;
Que antes se dobló la espada,
Y agora se dobla el pecho.
Que el interes puede mas
Que el puro y perfecto amor
En una vana muger.
Ast. Señor,
Escucha un poco y verás
La verdad deste concierto,
Para que el dolor despidas.
Bel. A verdades me convidas,
A buena cosa por cierto.
Voime á morir, voime á dar
La muerte que tú mereces,
Y por morir muchas veces,
Quisiera resucitar
Y morir con pecho fuerte,
Porque son vanos antojos
Pensar que tantos enojos
Se acaban con una muerte.
A desesperar me voy:
Vete á gozar de tu prenda,
Y de la demas hacienda
Que desde agora te doy.
No tardes, que tu esperanza
Se convierte en posesion:
Y aunque traidor, no es razon
Que espere de tí venganza;
Pues no es bien que de tí espere
Mayor venganza, que ver
Que por interes te quiere.
Ast. Espera, señor, aguarda,
No te vayas desa suerte:
Él irá á darse la muerte,
Si un poco el remedio tarda.
Criado. ¿Dó vas? que ya no parece.

Ast. Quiérole, amigo, buscar,
'orque no se venga á dar
a muerte, que no merece.

Sale don García, y detiene á Astolfo.

D. Gar. Oh, señor Astolfo, ¿es hora
'e toparos?
Ast. Hora es
e serviros, mas despues
odremos hablar.
D. Gar. Agora
odemos, señor, hablar.
Ast. Pues id vosotros corriendo
ras de Belisario.
D. Gar. Entiendo
ue no os debeis de acordar
ue soy noble, ni que soy
e casa tan importante,
i de la prueba bastante
ue de mi linage doy,
i que siempre os he querido
on firme amor verdadero,
que siendo caballero,
r mi amigo os he tenido.
Ast. Bien me acuerdo que valeis,
qu'en todo me obligais.
D. Gar. De aqueso que os acordais
ejor es que os olvideis,
ra que tenga desvío
daño que me habeis hecho.
Ast. Declaradme vuestro pecho,
ra mitigar el mio,
e alborotado me habeis.
D. Gar. Pues decidme: si es verdad
e mi valor y amistad
la memoria teneis,
orqué os pretendeis casar
i quien casi estoy casado,
'es Labinia, á quien he dado
alma el mejor lugar?
'etendeis que la riqueza
vuestro valor confia,
rá por ninguna via
apetir con mi nobleza?
ad-á entrambos aquí,
eis que en vos la riqueza
o mas, y la nobleza
o menos que hay en mí.
s porque en todo se doble
'entaja que publico,
ha poco que sois rico,
o ha mucho que soy noble.
olo porque os dejeis
amar á Labinia bella,
e casaros con ella,
o concertado habeis.
st. Aunque vos tengais valor,
enseis que yo no valgo,
Que si es bueno el hijodalgo,
El padre de algo es mejor.
Que el padre engendra la fama
De toda la descendencia,
Y al fin mayor preminencia
Tiene el tronco que la rama.
Y pues yo de mi linage
Pretendo ser el primero,
En ninguna cosa quiero
Que nadie se me aventage.
Mas con todo, si al momento
Haceis lo que yo os diré,
La fe y palabra os daré
De no hacer el casamiento
Que voy á hacer.
D. Gar. Caro amigo,
¿Posible es mercé tan alta?
Ast. Digo que lo haré sin falta,
Si vos haceis lo que digo.
D. Gar. ¿Es cosa posible?
Ast. Sí.
D. Gar. Pues decid lo que quereis.
Ast. Que á Belisario busqueis,
Y me le traigais aquí.
Pero no, mejor será
Traérmele á la posada
De Labinia.
D. Gar. Y si casada
Ya con vos Labinia está,
¿Cuál quedaré?
Ast. El casamiento
Os prometo dilatar
Mientras le vais á buscar.
D. Gar. Pues yo me parto al momento,
Mirad que le dilateis.
Ast. Por Dios lo prometo y juro.
D. Gar. De vos bien estoy seguro,
Mas ¿de qué suerte podeis
Ese concierto cumplir,
Si os vais agora á casar?
Ast. Con el cura pienso hablar,
Y hacer que tarde en venir,
Mientras le buscais.
D. Gar. A Dios,
Que quiero buscarle presto.
Ast. Mirad que consiste en esto
El remedio de los dos. (*Vanse.*)

Salen Labinia y su padre.

Pad. ¿Labinia?
Lab. Señor.
Pad. ¿Dó vas?
Qué, ¿habiendo de desposarte,
No quieres aderezarte?
¿Pésate dello?
Lab. Sabrás
Que como entre mal y bien
Quiere la muerte acabarme,

Yo muero por no casarme,
Y por casarme tambien.
Mira el tormento que tiene
Mi dudoso pensamiento.
Pad. No tratemos de tormento
Agora que Astolfo viene.

Sale Astolfo.

Ast. Oh, señor suegro.
Pad. Ah, señor,
Mucho ya Labinia os quiere,
Porque me ha dicho que muere
Por casarse.
Ast. De mi amor
Nunca menos esperé.
Pero ¿habeis hecho notorio
A nadie este desposorio?
Pad. ¿Porqué lo decis?
Ast. ¿Porqué?
Porque viene gente agora.
Pad. Por mi parte yo os prometo
Que nadie sabe el secreto.
Ast. Sin falta alguna es Lidora,
Que viene á buena ocasion
Con Loaysa el escudero.

Salen Loaysa y Lidora.

Loaysa. ¿Dónde vas, señora?
Lid. Quiero
Estorbar su pretension.
Loaysa. ¿Y eso podrá ser?
Lid. Muy bien,
Porque este falso alevoso,
Primero ha sido mi esposo
Que de Labinia.
Loaysa. ¿Y con quién
Podrás probar la verdad?
Lid. Tú vales por mil testigos.

Sale don García, y los criados que tienen á Belisario asido, y uno de ellos tiene un cordel en la mano.

Bel. No me traigais, enemigos,
A ver tan gran crueldad.
Pues tanta gloria he perdido,
Dejadme, dejadme estar;
Mas si me quereis matar,
Bien es haberme traido,
Porque muera poco á poco
A vista de mi contrario.
D. Gar. ¿Eres loco, Belisario?
Bel. Yo me holgára de ser loco.
Ast. Oh, mi señor don García.
D. Gar. Belisario viene aquí.
Ast. ¿Porqué le traeis ansí?
D. Gar. Porque matarse queria.
Que porque algun embarazo
No le hiciese al pensamiento,
Deste vuestro casamiento
El firme y estrecho lazo,
Un lazo al cuello se echó
Con tan grande desconcierto,
Que luego quedára muerto
Si no le valiera yo.
Ast. Bien es, señor don García,
Que pues vos habeis guardado
La palabra que habeis dado,
Guarde yo tambien la mia.
Yo ofrecí de no tomar
A Labinia por muger,
Si á Belisario traer
Pudieses á este lugar,
Y pues ya ninguna cosa
Queda en esto por cumplir,
No la puedo recebir,
Ni querella por esposa.
Y no tengo libertad,
Porque es mi esposa Lidora.
¿Esto no es verdad, señora?
Lid. Sí, señor, decis verdad.
Lab. Pésame, fiero enemigo
De no hacer el casamiento,
Porque de tu loco intento
Quisiera darte el castigo.
Que si quise, como ves,
Conmigo, Astolfo, casarte,
Solo ha sido por matarte,
Y por matarme despues,
Como lo dirá esta daga
Que apercebida he traido.
Bel. No hay contento mas subido.
D. Gar. No hay bien que mas satisfaga.
Ast. Pues sabrás, Labinia hermosa,
Que si con tanto cuidado
Hasta agora he procurado
Recebirte por esposa,
Que fué porque no llegases
Al poder de don García,
Y porque en esta porfía
Con Belisario quedases.
D. Gar. ¿Cómo es posible que tal
Oiga en la presencia mia?
¡Mal haya el hombre que fia
Del hombre que no es su igual!
Ast. Y ansí aquí le restituyo,
Por no perderle el decoro,
Todo mi grande tesoro,
Que no es mio, sino suyo.
Y confieso desde agora
Que el tesoro que he tenido,
Solo encomendado ha sido.
Lid. ¿Qué, no es tuyo?
Ast. No, señora,
Que de Belisario es.
Lid. Maldigo la suerte mia.
Pad. Grande bien.

Lab. Grande alegria.
Bel. Amigo, dame tus piés,
sino las manos tuyas,
sino dame tu pecho,
donde con un estrecho
brazo me restituyas.
orque dél hurtado he sido
on la fuerza del dolor.
Ast. Belisario, á tu valor
uedo obligado y rendido.
Pad. Quiero darte el parabien
e la hacienda que has cobrado,
elisario.
Bel. Y de casado
le le puedes dar tambien;
orque de tu hija, hermosa
robé el amor verdadero,
con tu licencia quiero
ecibilla por esposa.
Pad. Para mí no hay bien mayor.
Lab. Ni para mí mas contento,
unque enojada me siento
e que probases mi amor.
Bel. No tienes de qué enojarte,
probarte he pretendido,
ues casi casi he venido
perderte por probarte.
tú que en esta ocasion
a hacienda me has entregado,
con la hacienda me has dado
a gloria á mi corazon,
ntiende que por mi gusto
nta parte de mi hacienda
daré, que el mundo entienda
ue te pago lo qu'es justo.
Ast. Para mí no es menester
a nobleza estremada,
es cuando no me des nada,
quedaré yo á deber.
D. Gar. No imagines que estoy triste,
rque, Astolfo, me engañaste,
es bien mirado, guardaste
fe y palabra que diste.
iste estoy por el favor
e Belisario ha gozado;
s yo triste y él casado,
sé cuál queda peor.
no quiero ser mas loco
sufrir y padecer;
tes imagino ser
desamorado tronco.
quiero ver ojos bellos
a tantos desvaríos;
á trueque de abrir los mios,
elgo de llorar con ellos.
on esto se remedia
fuerza de mi desden:
on aquesto tambien
Se da fin á la comedia.

Éntranse todos y se da fin á la comedia del Mercader amante.

COPLAS PARA CANTAR.

Qué, ¿su oficio ha Juan dejado?
Sí que le dejó, déjole á fe.
Pues dime, ¿porqué? Yo te lo diré:
Porque ha perdido mas que no ha ganado.
Fué primero esgrimidor
Juan, y habiendo carestía,
Cuando todo se subia,
Su oficio bajó, y peor
Vendió su mercaduría.
Hallándose tan medrado,
Dijo: Nunca tal pensé
Deste oficio tan honrado.
Pues dime, etc.
Luego en ser poeta dió:
De coplas al mundo hartaba.
Él mismo se las cantaba,
Y aun alguna vez pagó
A quien se las escuchaba.
El triste quedó empeñado
Al cabo deste abecé,
Poeta necesitado.
Pues dime, etc.
Despues desto comediante
El pobrete vino á ser;
En esto se echó á perder
Osando salir delante
Infinito bachiller.
Dijo el uno: ¡Qué afectado!
Otro respondió: No sé
A qué sale este cuitado.
Pues dime, etc.
Aprendiz de tabernero
Por la costa se ponia;
Pero nadie le queria,
Aunque á falta de otro cuero,
Un lugar henchir podia.
Medio está desesperado,
No sin causa, pues que ve
Que es de todos desechado.
Pues dime, etc.
Oficio de sacristan
Tomára de buena gana:
No se lo consiente Juana,
Porque le es contrario á Juan
Levantarse de mañana.
Ya dice muy mesurado:
A quequiera me porné:
La fortuna le ha postrado.
Pues dime, etc.
Dice que si las señoras
Le quieren por pagecico,
Servirlas ha á todas horas,

Que es barbado ya y bonico.
Está dellas confiado
Que le harán cualquier mercé:
Es buen mozo, y muy callado.
Pues dime, etc.
A la guerra de otra suerte
Amenaza que se irá,
Y que si muriere allá,
A las damas de su muerte
La culpa les echará.
No se carguen tal pecado,
Digan si le llamaré,
Que está preso á su mandado.
Pues dime, etc.

GUILLEN DE CASTRO.

LOS MAL CASADOS DE VALENCIA.

PERSONAS.

DON ALVARO.
IPÓLITA, su muger.
VALERIAN, caballero.
DOÑA EUGENIA, su muger.
LEONARDO, caballero, hermano de Ipolita.
ELVIRA, dama.
GALINDEZ, escudero.
PIERRES, criado.
DOS PAGES.
UN ALGUACIL, y algunos ministros.

ACTO PRIMERO.

Salen Valerian y Ipolita.

Val. Téngote infinito amor,
scucha.
Ip. Bueno seria.
sto merece quien fia
e tí su hacienda y honor,
ies alargando el poder,
on infame presupuesto,
ejas de mirar por esto,
miras á su muger.
efrena tu libertad,
vete de mi presencia,
ie entre amigos, el ausencia
prueba de la amistad.
Io advirtieras, alevoso,
ie quien de tí se ha fiado
tá ausente, y es honrado,
tu amigo, y es mi esposo?
Io ves, aun estando ciego,
locura y tus antojos?
Val. ¿Qué importa, si de tus ojos
salir rayos de fuego?
iunque los ví, tales fueron
e la huida me estorbaron,
rque en mi pecho se entraron
n presto como salieron.
es si me siento abrasar
n ellos el pecho mio,
clavo de mi albedrío,
ué haré?
Ip. Morir y callar.
nistad de tantos años
ida tu pecho injusto,
Por el fin de solo un gusto
Principio de muchos daños.
Vete, que sin duda imitas
Al mas traidor corazon.
Val. No encarezcas mi traicion,
Porque mi amor acreditas.
Ip. ¿De qué suerte?
Val. Escucha un poco,
Espera.
Ip. ¿Qué he de escuchar?
Val. A mí me quiero alabar,
En prueba de que estoy loco.
¿Soy bien nacido?
Ip. Sí.
Val. ¿Estoy
Obligado á tu marido?
Ip. Sí.
Val. ¿Y honrado habrélo sido?
Ip. Sí.
Val. Pues mira lo que soy.
Y tu corazon se ablande,
De tan grande amor movido,
Que en lo mucho que ha vencido,
Echarás de ver que es grande.
Y si esto adviertes, verás
Que mi gusto satisfaces,
Cuando mas traidor me haces,
Porque le acreditas mas.
Ip. Suelta.
Val. Dichoso traidor.
Ip. ¡Y yo desdichada, ay triste!
Val. Pues en mi traicion consiste
La fineza de mi amor.

Sale Galindez, escudero viejo.

Gal. Hoy se acaba de tu ausencia
El pesar.

Ip. ¿Qué dices?
Gal. Vi.
Ip. ¿A quién?
Gal. Sosiégate.
Ip. Di.
¿No dices?
Gal. Que está en Valencia
Don Alvaro mi señor.
Ip. ¡Con qué flema!
Gal. Llega agora.
Ip. ¿Tú le has visto?
Gal. Sí, señora.
Val. ¿Y está en casa?
Gal. Sí, señor.
Val. Perdido soy.
Ip. Ve.
Val. Advierte,
Que no sepa.
Ip. Calla, loco,
No lo estimo yo tan poco,
Que le obligue desta suerte.
Que la que sabe tener
Por sí, su honor defendido,
Sin obligar al marido,
Es honrada, y es muger.
Gal. Ya no te queda lugar
De salir á la escalera.
Ip. Hasta la calle quisiera
Para abrazalle bajar.

Salen don Alvaro, y Elvira en hábito de page.

Elv. ¿Casado?
D. Alv. Y arrepentido,
Disimula.
Elv. ¿Y no es mejor
Acabarme?
D. Alv. De tu amor
Mi libertad ha nacido.
Perdona.
Ip. Señor.
D. Alv. Señora.
Ip. Mil gracias doy á los cielos.
Elv. Agora muero de zelos. *ap.*
Val. De invidia me abraso agora. *ap.*
D. Alv. Perdonadme si primero
Mis brazos no habeis tenido.
Val. Vos seais muy bien venido,
Ya vuestros brazos espero.
D. Alv. Tomad, que pocos son dos,
Y agradecedme infinito
Que deste cuello los quito
Para dároslos á vos.
Val. Venturoso él que la goza. *ap.*
Pues, don Alvaro.
Ip. Ah, traidor.
Val. ¿Cómo os ha ido?
D. Alv. Mejor
Que imaginé.
Val. Es Zaragoza
Un cielo.
Elv. Ay, patria querida.
D. Alv. Hermoso lugar.
Val. Famoso.
D. Alv. Aquella calle del Coso
He llorado á la partida.
Val. ¿Qué cosas habrán pasado
Por vos?
D. Alv. Estrañas, á fe;
Despues os las contaré
Con espacio, y con cuidado.
Val. A Dios.
D. Alv. ¿Os vais?
Val. Luego vengo
Con mi muger.
D. Alv. Bien haceis.
Val. Y del gusto que teneis
Tendrá parte.
Ip. Mucho tengo,
Con todo le crecerá
Esa merced.
Val. Pues yo voy
Muriendo.
Elv. Rabiando estoy.
Ip. Gracias á Dios que se va. *ap.*
D. Alv. ¿Pues cómo tan triste estais?
Ip. Harta causa me habeis dado,
Pues el Coso habeis llorado,
Algo en el Coso dejais.
Hay muchas damas...
Elv. ¡Ay Dios!
Ip. En Zaragoza.
Elv. ¡Ay fortuna!
Ip. Y temo que mas de alguna
Lo habrá sido para vos.
¡Qué de gusto habreis tenido
Con ellas!
D. Alv. Que iguale al vuestro
No hay ninguno.
Elv. Eres maestro
De engaños, á que he venido.
Ip. ¿Y qué, no he sido ofendida
De vos?
Elv. Terribles enojos.
Ip. Juraldo.
D. Alv. Por vuestros ojos.
Ip. Jurad mas.
D. Alv. Por vuestra vida.
Ip. Y por la vuestra jurad.
D. Alv. ¿Luego la vuestra no es mia?
Ip. Sí, mi bien.
D. Alv. Pues, mi alegría,
Dadme crédito.
Ip. Escuchad.
Que con todo no lo creo
Que mozo, y en Zaragoza,

Alguna ocasion forzosa
Dió lugar á un mal deseo.
¿Qué habeis hecho?
D. Alv. He negociado.
Ip. ¿Todo negociar ha sido?
D. Alv. He paseado.
Ip. Y servido
A damas.
D. Alv. No.
Ip. ¿Ni hablado?
D. Alv. Ni hablado.
Ip. A mas de dos
Habreis mirado.
D. Alv. No, á fe.
Ip. Yo lo dudo.
D. Alv. Y yo lo sé.
Ip. ¿No, de veras?
D. Alv. No, por Dios,
dejadme por los cielos,
Que tan sin tiempo y tan juntas
Me cansan tantas preguntas,
Tanto enfado, y tantos zelos.
Ahora llego.
Ip. Y te alborotas.
D. Alv. Dejárades...
Ip. ¡Pena fiera!
D. Alv. Que me quitára, siquiera,
Las espuelas y las botas.
Quita, Antonio, esas espuelas.
Ip. Quitalas, y con razon
Las pondré en mi corazon
Para irme.
Elv. Quitarélas.
Ip. Para no cansarte mas
Téme; el alma desmaya
De pena.
D. Alv. Contigo vaya
La congoja que me das.
Llorando va; o matrimonio,
Algo pesado y violento,
Si no fueras sacramento,
Mejeras que eras demonio.
Elv. Tú lo fuiste para mí,
Parécete, fementido,
Que tu mal término ha sido
Caballero?
D. Alv. No, y sí.
No, porque he sido dichoso,
Y una mentira ayudado;
Sí, porque enamorado,
No es falta el ser mentiroso.
Elv. Siempre afrenta viene á ser
Mentir, villano.
D. Alv. Mira
Que no afrenta una mentira,
Cuando engaña á una muger.
Porque en su misma hermosura
Halla disculpa su engaño.
Elv. ¡Qué buen argumento! el daño
Crece, y la paciencia apura.
Siendo casado, traidor,
Divertirme el pensamiento,
Ofrecerme casamiento,
Y ofenderme en el honor,
Y haberme, infame, traido,
Donde rabio, lloro y peno;
Propio efecto del veneno
Que por la vista he bebido,
Fué buen término, es buen trato,
Y decirme que esta casa
Siendo, ¡el alma se me abrasa!
Que es de tu prima, ingrato.
D. Alv. Verdad dije.
Elv. ¿Puede ser
Que á esta cólera resisto?
D. Alv. Porque esta muger que has visto,
Es mi prima y mi muger.
Elv. Pues tal rabia me provoca,
Las voces pondré en el cielo.
D. Alv. Porque calles, en el suelo
Pondré mil veces la boca.
Sosiégate.
Elv. ¡Hay tal traicion!
D. Alv. Escucha; traidor he sido,
Mas tu belleza ha tenido
Por disculpa mi traicion.
Mira mi disculpa en tí:
Y perdóname tambien,
¿Porque el ser casado, á quién
Le dé pena, mas que á mí?
Pues te aseguro que es tanta,
Y tanto ofenderme pudo,
Que del matrimonio el nudo
Llevo siempre en la garganta.
Y pues tu amor me obligó
A recibir tus mercedes,
Desátale tú si puedes,
Y seré el dichoso yo.
Que disimules espero,
Mi bien, si el mio previenes.
Elv. Fuerza en las palabras tienes,
¡Ay, embaidor, hechicero!
Muerto y engañado me han
Porque hasta el alma se entraron:
Mas una vez me engañaron,
Y otras mil me engañarán.
D. Alv. Quisiera para pagarte:
Valerian y su muger
Han llegado.
Elv. ¿Qué he de hacer?
Si es forzoso el adorarte.

Salen Valerian y doña Eugenia.

Da. Eug. Temblando á los ojos voy
De un enemigo adorado:
Despues de ser bien llegado;

Perdonad; que muerta estoy
En subiendo una escalera.
Val. Ya se os parece en la cara.
D. Alv. Descansad.
Da. Eug. Yo descansára
Si en vuestros brazos pudiera.
D. Alv. ¿Quereis algo?
Da. Eug. ¿Mi señora
Ipolita dónde está?
D. Alv. Avisaréla, y saldrá;
Creo que está llorando agora.
Val. ¿Qué, son zelos, zelos son?
D. Alv. Está del todo insufrible.
Val. ¿Por eso se entró?
D. Alv. Es terrible,
Ya sabeis su condicion.
Val. Pues doña Eugenia ha venido
Cansada.
D. Alv. Entrad vos por ella.
Val. Sí haré, que muero por vella. (*Vase.*)
Da. Eug. En buen ocasion te has ido.
¿Cómo haré que solo quedes? *ap.*
¿Hay buen agua?
D. Alv. Ve al momento
A traella.
Elv. Soy de viento. (*Vase.*)
Da. Eug. Hay ocasion cuando puedes.
D. Alv. Pues, señora, ¿hate pasado
El cansancio?
Da. Eug. Agora es mas:
Tócame el pulso, y verás
Cómo lo tengo alterado;
Llega, toca.
D. Alv. Ya estoy viendo
Que anda libre, y que es liviano.
Da. Eug. ¡Ay de mí! dame la mano,
Y verás que estoy ardiendo.
D. Alv. Cosa estraña, ya esto pasa
De límite, mala estás;
Y eres mala.
Da. Eug. Aprieta mas,
Si no es que mi ardor te abrasa.
D. Alv. Eso temo; ¿aun tus antojos
Duran?
Da. Eug. Llega.
D. Alv. No es razon.
Da. Eug. A tocarme el corazon.
D. Alv. Ya te lo veo en los ojos.
Da. Eug. Pues mi mal averiguado,
¿Porqué el remedio dilatas
Que está en tu mano?
D. Alv. ¿Eso tratas?
Da. Eug. Cruel eres.
D. Alv. Soy honrado.
Mil veces te respondí
A eso, que no ha lugar,
Que porfias.
Da. Eug. Quiero hallar
Entre mil noes, un sí.
Por si en alguna ocasion
Le alcanzare desta suerte;
Como el que saca una suerte,
Entre mil que no lo son.
D. Alv. Pues no cansarte es mejor,
Cuando resuelto, te digo
Que soy de tu esposo amigo,
Y nunca he sido traidor.
Y aproveche el prevenirte
Por remedio á tus locuras,
Que esa suerte que procuras
Siempre en blanco ha de salirte.
Da. Eug. Bien me tratas.
D. Alv. Este trato
Es muy propio de quien soy.
Da. Eug. ¿Estás resuelto?
D. Alv. Sí, estoy.
Da. Eug. Pues ¿cómo es posible, ingrato,
Que tú que con mil mudanzas
Pones el seso en los piés,
Y siguiendo á cuantas ves,
A cuantas puedes alcanzas,
Sin dejar un solo tilde,
Cuando la ocasion te llama,
Desde la aldanera dama
Hasta la fregona humilde,
Haciendo este efeto en tí
Tu natural condicion,
Hagas piedra el corazon
Solamente para mí?
D. Alv. Aunque con tal libertad
Seguir mis gustos pretendo,
Ha de entenderse, no habiendo
Obligacion de mi amistad:
Que con ella, es trato injusto,
Y es afrenta el ser traidor,
Y en habiendo ley de honor,
Es ninguna la del gusto.
Si es una fe prometida
La buena amistad, porque
El que la rompe no ve
Que en efeto es fe rompida.
Y para mí indicios da,
Siendo de la fe enemigo
El que la rompe á un amigo,
De que á Dios le romperá.
Da. Eug. Bravo amigo, dame que
Pruebe de las penas mias
Tu pecho, y luego serias
Un herege de esta fe.
Della mil veces reniego,
Que es en mi daño; estoy loca.
D. Alv. Ya viene el agua.
Da. Eug. Y es poca
Para apagar tanto fuego.

Sale Elvira con un vaso de agua y una conserva.

Elv. Esta conserva pedí,
Y por eso habré tardado.
Da. Eug. Mas tarde, hubieras llegado
Mas á tiempo para mí.
¿Es tu privanza este page?
Elv. Agora que te he servido
Dichoso diré que he sido.
Da. Eug. Buena cara y buen lenguaje.
D. Alv. ¿No comes?
Da. Eug. He merendado.
Elv. Mira que estás encendida.
Da. Eug. Lo que perdí á la subida
Desta escalera, he cobrado, (*Bebe del agua.*)
Que es el color.
Elv. Suerte ha sido,
¡Ay de mí! que no podré.
Da. Eug. ¿Qué dices?
Elv. Que suerte fué
Poder cobrar lo perdido.
Da. Eug. Bien has dicho.
D. Alv. Es bachiller.
Elv. Y licenciado.
Da. Eug. Solene
Bellaco parece, y tiene
Voz y cara de muger.
Elv. ¡En qué me has puesto, fortuna!
(*Vase.*)
Da. Eug. A quererme.
D. Alv. ¿Perseveras
En tu intento?
Da. Eug. Aunque no quieras,
Habré de serte importuna.
Ay, don Alvaro!
D. Alv. Seré
Siempre honrado.
Da. Eug. Daré quejas
De tí al mundo, si no dejas
Por esta seta, esta fe.
D. Alv. Pues la conoces, advierte
Que te pierdes, si eres cuerda,
Y déjame.
Da. Eug. Aunque me pierda.
D. Alv. ¿Qué has de hacer?
Da. Eug. Mi bien, quererte.
D. Alv. Ya de límite ha pasado
Tu locura.
Da. Eug. Estoy perdida.

Salen Valerian y Ipolita, sin ver á los otros.

Ip. Refrénate, por tu vida.
Val. No me deja mi cuidado.
D. Alv. Suelta.
Da. Eug. Aguarda.
D. Alv. ¿Quién tal dice?
Val. Estoy loco.
D. Alv. Estraña estás.
Ip. Haré, si porfías mas,
Que el mundo se escandalice.
(*Vense los unos á los otros.*)
Da. Eug. Señor mio.
Ip. ¡Ay cielos!
D. Alv. Advierte.
¿Quién ha entrado?
Da. Eug. ¡Ay desdichada!
D. Alv. Disimula; ya me enfada
Tardar tanto.
Ip. ¡Trance fuerte!
¿Si te ha oido?
Val. ¿Qué fué el vellos
Desta suerte?
Da. Eug. Espera.
Ip. Espera.
Val. ¿Qué hay, don Alvaro?
D. Alv. Quisiera
Sacalla por los cabellos,
¿Porqué el no salir?
Val. Escucha.
D. Alv. Ipolita.
Val. Ya salia.
D. Alv. Es mucha descortesía
Y mala crianza mucha.
Da. Eug. Muerta queda de cansada
Por tenelle, mal lo hace.
Val. Muerto estuve.
Ip. Todo nace
De ser yo tan desdichada.
Mayor daño he recelado.
Val. Mayor desdicha he temido.
Da. Eug. Sobrada suerte he tenido.
D. Alv. Medio bien se ha remediado.
Val. Ahora bien, yo estoy contento
Que de algun provecho fuese
El porfiarle qué abriese
La puerta de su aposento.
D. Alv. Buen disparate encerrarse,
Cuando tú haciéndole estás
Merced.
Ip. A sabello, mas
Buen término ha de esperarse
De una muger como yo,
Perdonad, señora.
Da. Eug. Bien;
Ahora las manos se den,
Y el que me dijere no,
Espere mi desafío,
Que siempre corta mi espada:
Aunque en la lucha pasada
Me dejaron muy sin brio.
Val. Bien decis, yo soy juez
Desta causa.
D. Alv. Y yo me allano.
Val. Llegad, y dadme esa mano.
Ip. Desposadnos otra vez.

Que es sin duda que conviene;
Pues que dicen, y yo apruebo,
Que es mejor hacer de nuevo
A lo que enmienda no tiene.
D. Alv. Yerro á yerro añadirá,
Si el primero no deshace;
Que de nuevo no se hace
Lo que deshecho no está.
Ip. ¿Quereis vos que se deshaga?
D. Alv. Ojalá pudiera ser.

Sale huyendo Elvira, y tras ella Galindez.

¿Antonio?
Gal. Le he de meter
Por la barriga esta daga.
D. Alv. Deteneos.
Elv. Es viejo loco.
Gal. Es un rapaz.
Val. Bueno es esto.
Gal. ¡Qué desvergüenza!
Elv. ¡Qué gesto!
Gal. Aun aquí me tiene en poco.
Por san Jorge.
Elv. No reserva
A los santos.
D. Alv. Cortesía,
Galindez.
Gal. Señor.
Elv. Salia
Con el agua y la conserva,
La conserva me tomó
Por fuerza.
Gal. ¿Yo, fementido?
Elv. Y en habiéndola comido...
D. Alv. Sosegaos.
Gal. Señor, mintió.
Elv. Bebióse el agua, y despues
Dijo que estaba caliente.
Yo entonces...
Gal. Mil veces miente.
Elv. Fiándome de mis piés,
Di en el vaso una puñada,
Porque él le volvió á la boca,
Y pesóme que era poca
El agua.
Da. Eug. Gracia estremada.
Elv. Y huyendo vine do estás
A valerme.
Gal. ¡O gran traidor!
En lo postrero, señor,
Ha dicho verdad no mas.
Es bellaco á maravilla.
Val. El cuento ha sido estremado.
Gal. Las narices me ha dejado
Sin olfato y sin ternilla.
Y si tú...
D. Alv. No te alborotes;
Antonio paréceos bien:
Yo mandaré que le den
Muchas docenas de azotes.
Gal. Yo lo haré como tú quieras.
D. Alv. En buen hora.
Da. Eug. Cuento rico.
Elv. ¡A qué de burlas me aplico *ap.*
Por disimular mis veras!
D. Alv. Ahora pasemos la tarde
Con algo.
Val. Rebien dijiste.
Ip. Sentémonos.
Da. Eug. No estés triste,
Señora, si Dios te guarde.
Ip. Pues á tu servicio estoy,
Bien como quiera estaré.
D. Alv. La mano le besaré.
Ip. Sí cierto.
Elv. Infelice soy. *ap.*
Val. ¡Qué de invidia!
Da. Eug. ¡Qué de fuego!
Val. Me ofende.
Da. Eug. Me ha de abrasar.
D. Alv. ¿A qué podremos jugar?
Val. Inventa á tu modo el juego.
D. Alv. El de las letras se emplea
Bien, donde hay tanto saber.
Val. Pero muchos ha de haber
Que le jueguen.
D. Alv. Así sea.
Da. Eug. Galindez jugar podrá.
Ip. Y sabrá bien.
D. Alv. Y Antoñuelo.
Gal. Como no lo sé recelo.
D. Alv. Su discurso os lo dirá.
Val. Si quereis reir un poco,
Suba un lacayo gabacho.
D. Alv. ¿Es Pierres?
Val. Sobre borracho
Tiene una punta de loco.
D. Alv. Suba pues, llamalde, Antonio.
Elv. Y aun en su mismo lenguaje;
Musiur Pierres. (*Vase.*)
Val. No es el page
Mala pieza.
D. Alv. Es un demonio.
Gal. A ese es bien que le iguales.
D. Alv. Tomad letra.
Da. Eug. Escogeré
La primera, A.
D. Alv. Y yo E,
Que es segunda en las vocales.
Val. Yo la tercera, que es I.
Da. Eug. ¿No escogeis?
Ip. Y cuál, ¡ay Dios!
La A que tomasteis vos
Era propia para mí.
Da. Eug. Tomalda pues.

Ip. No la quiero,
Poco importa; escojo pues.
Da. Eug. Como la primera es
Topé con ella primero.
Ip. C no es mala.
Gal. Algunas cosas
Sé yo...
Val. Tu intento penetra.
Gal. Que empiezan por esa letra,
No muy buenas.
D. Alv. Y forzosas.
Val. Buen gusto Galindez tiene,
Come letra.
Gal. Tomaré.
D. Alv. ¿Viene Pierres?
Gal. T.
Val. T?
Gal. T.

Salen Elvira y Pierres.

Val. Y á buen tiempo.
Elv. Pierres viene.
Pier. ¿Qué domana vostra encé?
Val. Ven acá, ¿sabes leer?
Pier. Obe paz.
Val. Has de escoger
na letra.
Pier. ¿He para qué?
Val. Tómala, y luego verás
o que con ella se hace,
ue es un juego.
Pier. Que mi place,

D. Alv. Trabajo tendrás.
scoja, Antoñuelo, agora.
Elv. Lo peor escogeré
lo pienso, tome D.
D. Alv. Pues va de juego, señora.
Da. Eug. Tócame el ser la primera,
, señora.
Ip. No es razon.
Da. Eug. Pues yo salí de Aragon.
Val. Dadme una prenda cualquiera.
Da. Eug. ¿Porqué?
Val. Porque habeis errado,
ies Aragon no es lugar,
no reino.
D. Alv. No hay dudar.
Ip. Dalde prenda.
Da. Eug. Ya le he dado.
osigo; llegué á Almería,
nde posada tomé,
unos huéspedes hallé,
e él Antonio se decia,
ella Ana, y un galan
e mi camino siguió
varo.
Val. Bien.
D. Alv. No era yo.
Val. Por Dios que zelos me dan.
Ip. Y yo los tengo tambien.
Val. A los dos pienso vengar.
Da. Eug. Trajéronnos de cenar
Por principio, ¡ay Dios! ¿Y quién
Me ayuda? alcachofas; luego
Por medios, un anadino;
Por postres, bien imagino,
Almendras: agora llego
A lo mas dificultoso.
D. Alv. ¿Al galan qué le dijiste?
Da. Eug. No sé qué me diga, ¡ay triste!
Que era como el agua hermoso.
Val. ¿El agua es hermosa?
Da. Eug. Es clara,
Que es la hermosura mayor.
Elv. Mas esa dice mejor
En el trato, que en la cara.
Ip. Bien dice, por vida mia.
D. Alv. ¿Es rapaz, di?
Da. Eug. Estoy en calma.
D. Alv. ¿Dijistele?
Da. Eug. Como el alma
Le dije que le queria.
Gal. Bien, por san Jorge.
Ip. Eso pasa,
Mucho sabes deste juego.
Da. Eug. Búrlaste, mas si del fuego
Con que el alma se me abrasa.
Val. Tócame á mí.
D. Alv. Por la mano.
Val. De Ita salí, y llegué
A Illescas, donde posé
En la posada de Ircano.
Da. Eug. Venga prenda, errasteis.
Val. ¿Cómo?
Da. Eug. No hay santo que así se diga.
D. Alv. Dice bien.
Val. Toma esta liga.
Da. Eug. Baste el guante, el guante tomo.
Pier. Es el diable nostra ama.
Da. Eug. Calla, loco.
Val. Digo pues,
Que era la huéspeda Ines,
Ya me vengo; era la dama
Ipolita.
D. Alv. Bien, por Dios.
Val. Y no os maraville el ver
Que quiero vuestra muger,
Pues la mia os quiero á vos.
Gal. Buena venganza.
D. Alv. Estremada.
Ip. Como imposible.
Val. Y forzosa.
Da. Eug. Cosa de donaire.
Elv. Y cosa
En el mundo bien usada.

Pier. O pas pardiu.
D. Alv. Buenos van.
Val. Es gente toda de humor.
D. Alv. Vaya de juego.
Ip. Ah traidor,
¿Sepamos qué cenarán?
D. Alv. Como sois la convidada,
Daos pena.
Da. Eug. Graciosa cosa.
D. Alv. Que sois muy...
Da. Eug. Deja el golosa,
Y añadid al muy, honrada.
D. Alv. No hableis veras.
Ip. Lo que digo
Tambien ha sido burlar.
¿Qué tuvimos de cenar,
Valerian?
Da. Eug. Bien.
Val. Prosigo.
Por principios hubo inojo
Marino; qué mas diré,
Higado.
D. Alv. Ya erraste.
Val. ¿En qué?
D. Alv. Por ache.
Val. Gentil antojo.
D. Alv. Esa es la letra primera,
Higado.
Val. Tienes razon,
Mas sirve de aspiracion.
D. Alv. Pues pase, prosigue.
Val. Espera.
Da. Eug. Las postres tienes de dar.
Val. ¿Qué daré por postres? Doy
Igos.
Ip. Su enemiga soy.
Gal. Quien los coma ha de faltar.
Ip. Buena es la oferta.
Da. Eug. Estremada.
Gal. Cosas blandas comerélas,
Porque á la boca sin muelas,
Todo lo blando le agrada.
Val. Que es como el iris divino
Hermosa la dama mia
Le dije, y que la queria.
Da. Eug. ¿Cómo á quien?
Val. Como imagino.
Elv. ¿Cómo tiene de esplicarse
Eso?
D. Alv. ¡Ah rapaz!
Gal. Preguntó
Muy bien.
Val. Lo que quiero yo
Solo puede imaginarse.
Gal. Respondió discretamente.
D. Alv. Harto bien dijo.
Da. Eug. En efeto,
Tengo un marido discreto.
Elv. Bien ha dicho, si no miente:
Que siempre...
D. Alv. ¿No callarás?
Elv. En los negocios de amor
Los que los dicen mejor
Esos suelen mentir mas.
Da. Eug. Pieza es de rey.
Val. Bien decis.
Ip. ¿Has tú sido enamorado?
D. Alv. Es bellaco.
Pier. A clau pasado.
Gal. Han visto el chisgaravis.
D. Alv. Decid, señora.
Ip. Salí
De Çaragoza.
Elv. ¡Qué pena!
Ip. Llegué de allí á Cartagena,
Por huéspedes tuve allí
A Cain.
D. Alv. ¡Estraño nombre!
Ip. Tengo siempre por mejor
Un huésped que es matador
De mi gusto.
Da. Eug. Al fin es hombre.
Val. Bien dice.
D. Alv. Ya se encamina
A su tema, cosa brava:
¿La huésped se llamaba?
Ip. Llamábase Catalina.
Era Cosme mi enemigo.
D. Alv. Ese es mi nombre segundo.
Ip. Pues ¿quién sino tú en el mundo
Viniera á cenar conmigo?
D. Alv. ¿Por eso escogido le has?
Ip. El que te sobró escogí,
Porque yo tomo de tí
Lo que sobra á las demas.
Val. ¡Oh qué bien!
Gal. Divina cosa.
Da. Eug. Eres en todo perfeta.
Elv. Eres honrada y discreta,
Y por eso eres zelosa.
D. Alv. La vida por Dios me dais,
Callad todos, por los cielos;
Que me matará con ellos,
Si el tenellos le alabais.
Di el principio.
Ip. Calabazas.
D. Alv. Buen principio.
Ip. De contino
Cuando en el aire, mohino,
Torres fabricas y trazas,
Me las das tú, cuando quiero
Algo acaso preguntarte,
Y estas mismas quiero darte.
Val. Bien á fe.
Ip. Y despues carnero.
Gal. Tambien esto toca historia.

Ip. Y en mi frente viene escrita.
Val. ¿No tiene gracia?
Da. Eug. Infinita.
D. Alv. Dios le dé infinita gloria.
Ip. Para sacaros de pena.
Elv. Ya eso es malicia.
Ip. Y no engaños.
D. Alv. Dios os guarde muchos años.
Da. Eug. Dad los postres desta cena.
Ip. Celos fueron.
D. Alv. Por los cielos,
a mayor verdad es esa;
orque jamas en mi mesa
e vió comida sin celos.
Val. El manjar hacen sabroso
uando por salsa les dan.
Da. Eug. ¿Qué le dijiste al galan?
Ip. Que era como el cielo hermoso.
D. Alv. ¡Con qué estremo lo encarece!
Ip. Y no es mucho encarecello,
ues le quiero como aquello
ue él en mí mas aborrece.
D. Alv. ¿Y qué es eso?
Ip. El corazon.
Da. Eug. Bien quedan averiguados.
Elv. Las riñas de los casados
speras de paces son.
ie no tienen gusto igual
is almas al fin.
D. Alv. Antonio,
udas son del matrimonio.
Ip. Y á veces se cobran mal.
D. Alv. Ahora yo comenzaré,
tengo; saliendo pues
Ecija, dificil es,
Emaus.
Ip. Ya erraste.
D. Alv. ¿Erré?
Val. Bien ha dicho, pues llegaste
Emaus, y ese es castillo,
ıo lugar.
p. Oí decillo,
r ventura.
D. Alv. Yo erré, baste.
Val. Bien se pudiera acordar
que iba ese camino
uel solo peregrino.
D. Alv. Helo sido en ignorar.
p. En muchas cosas lo eres.
D. Alv. Como tú en la condicion.
p. Venga prenda.
D. Alv. Tuyas son
ıntas tengo, y tú quisieres.
na.
p. Bastará el sombrero.
D. Alv. El nombre del huésped era
ɜban.
Da. Eug. ¿Huéspeda?
D. Alv. Espera,
Eufemia.
Ip. La dama espero.
D. Alv. Ocasion me da la E
Para vengarme.
Val. Es así,
La que á mí me dió la I.
D. Alv. Pues con todo no querré.
Que á las cosas de mi amigo,
Burlando tengo respeto.
Ip. Dios te me guarde.
D. Alv. En efeto,
Que Elvira se llama digo.
Elv. De mi nombre se acordó, *ap.*
Ya el hacello agradeci.
Da. Eug. Para no nombrarme á mí
Escusa no le faltó.
Ip. ¡Elvira! el nombre me admira,
¿Es forastera decid?
Gal. La una hija del Cid
Se llama doña Elvira.
Val. Sabe mucho de su historia.
Pier. Tostems lege.
Gal. Calla, enero.
Elv. Debió de ser su escudero,
Y tendrále en la memoria.
Gal. ¿Tan viejo soy, mancebito?
Pier. Todas te llaman potrilla.
Da. Eug. Pareceislo á maravilla.
Gal. A las obras me remito.

(*Ríense todos.*)

Ip. Jesus, ahora bien está;
¿Qué cenasteis?
D. Alv. No hallo nada.
Por principios ensalada,
Y despues, cansado me ha.
Val. Casi casi te amohina.
D. Alv. Dí despues, bien imagino;
Si bien digo: un estornino,
Y dí por postres endrinas.
Ip. ¿Su hermosura? ya la temo,
¿Cómo le dijiste que era?
D. Alv. Del sol la igualé á la esfera.
Ip. ¿Y quisistela?
D. Alv. En estremo.
Ip. Siempre tus cosas lo han sido.
D. Alv. Con solo un yerro escapé,
Que no fué poco.
Elv. Diré
Yo agora, si eres servido.
D. Alv. Dí.
Elv. Salí de mi deseo.
D. Alv. ¿En vez de lugar le pones?
Elv. Torres tiene, y torreones,
Que las miro, y no las veo.
Y de allí llegué á mi daño.
Val. Habla por alegoría.

Da. Eug. Bien dice, por vida mia.
Elv. Era el huésped Desengaño,
La huéspeda Dilacion;
Mala muger.
Da. Eug. No hay dudar.
Elv. Dilata para matar
Las glorias á cuyas son.
Era Desdicha mi dama,
Que así lo quiso el galan.
Ip. Sepamos qué cenarán.
Elv. Cenarémos en la cama
Muchos duelos con cuidado,
Luego dolor con paciencia;
Y para postres, dolencia,
Que es el fin de un desdichado.
Da. Eug. ¿No tiene gracia?
Ip. Estremada.
Da. Eug. ¿Y á esa dama peligrosa
Le dijiste...?
Elv. Que era hermosa
Como muger desdichada.
Val. Gracioso rapaz, por Dios.
Elv. Luego por su vida y mia,
La juré que la queria.
Val. ¿Como á qué?
Elv. Como á las dos.
D. Alv. Es demonio.
Gal. Con decoro
Comienzo yo, si es que puédo.
D. Alv. Vaya.
Gal. Salí de Toledo,
De Toledo llegué á Toro.
Val. Hay lindos vinos allí.
Gal. Para quien llega cansado,
¿No es bueno el vino?
D. Alv. Estremado.
Gal. ¿Digo bien?
Ip. Muy bien, decí.
Al huésped nombrar os toca.
Gal. ¿El huésped quieren que nombre?
Terencio.
Da. Eug. ¡Qué propio nombre
Para puesto en vuestra boca!
¿Y la huéspeda?
Gal. Teresa.
Elv. Bien seria setentona.
Gal. Era mi dama trotona.
Ip. Galindez, ¿qué dama es esa?
Gal. Haránme desesperar,
Viendo propiedad tan clara;
Si esta dama no trotára,
No me pudiera alcanzar.
D. Alv. Muy bien dice.
Gal. Y claro es,
Y aun claro decillo quiero;
Que las que trotan primero,
Se galopean despues.
D. Alv. Bueno está.
Gal. A la dama mia,
Le di turmas.
Val. Buen manjar;
Y se las debisteis dar
Solos.
Gal. Con mas compañía
Que alguno; aunque me perdones.
D. Alv. Galindez.
Ip. ¿Di, qué mas diste?
Gal. Di torreznos.
Val. Bien hiciste,
¿Qué fueron postres?
Gal. Turrones.
Elv. ¿Y pudiste tú cenar
Dellos?
Gal. ¿Qué dices, porqué?
Elv. Pues sin dientes, ¿no se ve
Que no se pueden mascar?
Da. Eug. Y mas si son de Alicante.
Gal. En todo el rapaz se mete.
Elv. ¿Porqué no, viejo?
Gal. Baréte.
Val. Déjale, y pasa adelante.
¿Qué le dijiste á tu dama?
Gal. Que era hermosa; ¡qué tormento!
¿Qué diré, si el pensamiento
En mil partes se derrama?
Diréle, que....
D. Alv. No es muy malo
El remedio, aprovechóte;
Date en la frente y cogote.
Elv. Yo le daré con un palo.
Gal. ¿Cómo tengo de acertar?
¿Este pícaro no ves?
D. Alv. Déjale agora, y despues
Te lo mandaré azotar.
Gal. Era hermosa, como quien,
No topo con tal vocablo:
Como llévete el diablo;
Como un turco.
Val. Bueno.
D. Alv. Bien.
Da. Eug. ¿Cómo la quieres?
Gal. La adoro
Como... ¿qué es esto? ¿ha de haber
Otro tanto en que entender?
Como un toro.
Ip. ¿Como un toro?
¡Qué disparate!
Gal. No dudo
Que ha sido dicho de fama.
Da. Eug. ¿Cómo así?
Gal. Si es que no hay dama
Que al galan no haga cornudo,
Y en toro me convertí
El dia que fuí su amigo.
Con lo que he dicho le digo
Que la quiero mas que á mí.

D. Alv. Bravo argumento.
Val. Y probado.
¿Ah, Pierres? ¿duermes, gabacho?
Pier. Dolme el cap.
Val. Estás borracho.
Pier. No del vin que tú me bas dado.
Val. ¿Qué letra tomastes?
Pier. Erres.
Val. ¿Y aprendiste el juego?
Pier. Sí.
Val. Pues comiénzale.
Pier. Sali,
No sé de aonde á fe de Pierres.
Sali pues de Rosillon.
D. Alv. ¿Dónde llegaste?
Pier. A Ruzafa.
Gal. Qué bien habla la garrafa.
Pier. Molt mellor quel viex meon.
Elv. No haya mas.
Da. Eug. ¿El huésped cómo
Le llamaban?
Pier. Com, Roldan.
Elv. ¿Es frances?
Gal. Fáltale el san.
Val. Es nombre de fama.
Pier. É como.
Ip. Y la huéspeda, ¿qué dices
Llamábase?
Pier. No se coma;
Cap de dius, llamalda Roma.
Elv. Era chata de narices.
Da. Eug. ¡Ay Dios!
Val. Borracho de fama.
Gal. Prenda se le ha de tomar.
D. Alv. Este juega para errar.
Da. Eug. ¿Cómo se dirá la dama,
Pierres?
Pier. Oh, bien que me agrada,
Tengo vergoña: mas ela.
Ip. ¿Cómo se llama?
Pier. Rafela.
Ip. El nombre de mi criada.
D. Alv. Que hasta este tuvo primor
Para el escoger la letra.
Da. Eug. Todo el amor lo penetra.
Val. Todo lo enseña el amor.
¿Y qué cenastes, di?
Pier. Ruda.
D. Alv. Buen manjar.
Ip. A risa obliga,
¿Y despues?
Pier. No sé qué diga.
Gal. Por nuestro Señor que suda.
Val. Jamas ata, ni desata;
Veldo cuál está afligido.
Gal. Dale siquiera un ronquido.
Pier. No, par diu.
Elv. ¿Pues qué?
Pier. Una rata.
Val. ¿Un raton? borracho estás,
¿Y por postres?
Pier. No sé quién,
Daule rábanos.
Cab. Muy bien.
Elv. Lo que tú comes, le das.
Da. Eug. Ahora di cuanto es hermosa
Tu dama.
Gal. Y al dios Machin
Invoca.
Pier. Como un rocin.
Ip. Bien cierto.
Da. Eug. Graciosa cosa.
Val. Ahora di otro desatino,
¿Quiéresla como...? atendeldo.
Pier. Como un regoldo.
D. Alv. ¿Un regüeldo?
Elv. De rábanos y de vino.
Val. Cierto que probaste bien.
Ip. Mucho gusto nos ha dado.
Da. Eug. Pues el juego es acabado,
Las penitencias se den.
Ip. ¿Y quién las dará?
Da. Eug. Yo digo
Que vos las deis.
Ip. Yo que no.
Val. Quien el yerro conoció,
Ese sentencie el castigo.
D. Alv. Bien dice.
Da. Eug. Pues yo que erré
La primera, pagar quiero
La penitencia primero.
Val. Pues luego te la daré.
A don Alvaro dirás
Requiebros y amores luego,
Pues le escogiste en el juego
Por galan.
Da. Eug. Gracioso estás.
Val. Eso mando.
Da. Eug. Es bien me enseñe
Ipolita, porque aprenda.
Ip. Pues yo en virtud desta prenda,
Le mando que te desdeñe.
Gal. Ha dicho á mil maravillas.
D. Alv. Es discreta, yo lo aceto.
Da. Eug. ¿Habré de hacello en efeto?
Val. De rodillas.
Da. Eug. ¿De rodillas?
Señor galan desdeñoso,
No se me ponga tan grave;
Es, si quiere que le alabe
Como el mismo cielo hermoso.
D. Alv. ¿Qué decis?
Val. Bien se autoriza.
D. Alv. Palabra no he de escuchar.
Ip. Muy bien sabe desdeñar.
Da. Eug. Con esto mi fuego atiza.

Deje ya de ser cruel,
Porque el ser me restituya:
Mire mi bien que soy suya,
Y que me muero por él.
Cese ya tanto desden.
D. Alv. Y yo soy, porque así es justo,
Muy amigo de mi gusto,
Y de mi amigo tambien.
Da. Eug. ¿Está contento el juez
De lo hecho?
Val. Cosa es clara:
Y aun á ser otro pensára
Que esto ha pasado otra vez.
Porque tanta propiedad
Parece que ensayo tuvo.
Ip. Estremadamente anduvo
Doña Eugenia.
D. Alv. Así es verdad.
Ip. Y aun burlando, no creyera
Que á ser leal te acomodas.
D. Alv. A ser de mi amigo todas,
Con ninguna te ofendiera.
Da. Eug. De lograr mis esperanzas
Ya la ocasion se me ofrece:
Vengaréme, pues parece
Que hoy es dia de venganzas.
A Ipolita amores di,
Y toma tu prenda, ten.
D. Alv. De mí te vengas tambien.
Ip. Pues yo volveré por tí.
Val. Ya sé que te pago mal.
D. Alv. No importa, que todo es juego.
Val. En mi pecho todo es fuego, *ap.*
Como mi pena inmortal.
Digo, señora, que os quiero,
Poco he dicho, que os adoro,
Que por vuestra causa lloro,
Que por vuestra causa muero.
El desdeñarme no es justo,
Pues nadie te lo ha mandado.
Ip. Quien tiene en un pecho honrado
Mas fuerza que el propio gusto.
No sé bien volver por tí,
Don Alvaro.
D. Alv. Bien.
Val. Mi gloria,
Pues soy tuyo, en tu memoria
Vuelve otro poco por mí.
Eres tigre y serafin
En crueldades y en belleza.
Ip. Y ofrece honor mi nobleza
Al corcho de mi chapin.
Para que venga á tener
Esto el gusto merecido,
Transfórmate en mi marido,
Convertirme he en tu muger,
Pues tú me tienes amor,
Y ella se le tiene á él.
Gal. Bien dices, por san Miguel. *ap.*
Val. Es discreta.
Ip. Eres traidor.
Val. Está ya mi penitencia
Cumplida.
Da. Eug. Ha sido estremada.
Tambien parece ensayada.
Val. Mas con harta diferencia.
¿Esta llaneza no miras
Crecer nuestras amistades?
Elv. Mucho me huele á verdades *ap.*
Lo que parece mentiras.
D. Eug. ¿No hay mas prendas?
Ip. Creo que no,
Que los demas que han errado
Castiguelos su pecado.
D. Eug. Ipolita, que no erró,
No habrá menester jueces.
Ip. Tengo yo en lo que imagino
El corazon adevino,
Y así yerro pocas veces.
D. Alv. Como siempre te recelas,
Adivina tu cuidado;
Casi la noche ha cerrado,
Ip. Buen descuido.
D. Alv. Traigan velas.
Da. Eug. Mejor es irnos agora,

(*Levántanse.*)

Y descansa del camino.
D. Alv. ¿Tan flaco soy?
Da. Eug. Imagino
Que á tí te sirvo, señora.
Ip. Malicia es esa.
Da. Eug. Ninguna.
Ip. ¿En efeto quereis iros?
Da. Eug. Para volver á serviros,
Y aun á seros importuna.
Ip. A hacerme merced tan cierta
Como la gozo, y la espero.
Val. Pierres, baja, y di al cochero
Que llegue el coche á la puerta.
D. Alv. ¿Hablarémonos mañana?
Val. A la hora que tú quieras.
D. Alv. Mas ya es de noche de veras.
Val. ¡Ay, imágen soberana!
D. Alv. Traigan hachas.
Da. Eug. ¡O amor ciego!
Elv. Hachas, hachas.
Gal. Hachas tengan.

(*Éntrase Elvira, y sale Galindez con hachas, y dáselas.*)

Val. Y los que quisieren, vengan
A encendellas á este fuego.
Da. Eug. Quedaos aquí.
Ip. Bueno fuera.
Da. Eug. Ya esa es mucha cortesía.

Ip. Tengo de ir, por vida mia,
Hasta la misma escalera.

(*Éntranse todos.*)

ACTO SEGUNDO.

Sale Valerian con una ropa de levantar, lavándose las manos, un page dándole agua, y otro le da una toalla.

Val. ¡Qué mala noche he tenido!
Traedme aguamanos luego;
Loco me tiene este fuego
Con lágrimas encendido.
No quisiera despertarme,
Y no he podido dormir;
Es imposible vivir
Desta suerte, y no matarme.
Este papel tengo escrito
Desta noche imaginado,
Donde pinto mi cuidado,
Y mis glorias solicito.
En versos doy á entender
Las penas que estoy pasando:
Que un enamorado, ¿cuándo
Poeta dejó de ser?
Porque es de melancolía
Y de amor propios efetos;
Y es oficio de discretos
El amor y la poesía.
Bien que entiendo, apruebo, y toco,
Que locos les llama el mundo;
¿Pero qué ingenio profundo
No tiene punta de loco?
¿Con quién podria enviallos?
Que los versos tienen esto,
Que si no se logran presto
Da poco gusto el lograllos.

(*Sácanle aguamanos, y mientras se lava, sale Elvira.*)

Elv. Mil veces mis veras dejo
Destas burlas obligada;
Alma tiene enamorada
Galindez, gracioso viejo.
Siempre riendo me estoy
De que me dió este billete
Para su dama, alcahuete
De viejo tan loco soy.
¡O Amor! tus leyes tiranas,
Tu fuego, cuando porfia,
Ni con la nieve se enfria,
Ni tiene respeto á canas.
Val. ¿Qué es, Antonio? ¿si podré
Fiarme deste? que tiene
Buen ingenio.
Elv. Que ya viene
Mi señora, avisaré.
Val. ¿A mi muger?
Elv. Señor sí.
Val. Espera un poco; estoy ciego,
Que viene Ipolita luego
A doña Eugenia le dí.

(*Éntranse los pages que le servian.*)

Elv. ¿Qué me querrá?
Val. Bien podria
Este, mas temo algun daño.
Elv. Si diese algun desengaño
Este á la sospecha mia.
Val. ¿Pues, Antonio, cómo os va
En esta tierra?
Elv. Muy bien.
Con tanta merced, ¿á quién
En estremo no le irá?
Val. ¿Y es la vuestra?
Elv. Zaragoza.
Val. De ahí os viene el ser discreto;
Es paraiso en efeto
Del que la habita y la goza.
Elv. Hombres hay de discrecion,
Aunque parte no me dan.
Val. Harto discretos serán
Los que como vos lo son.
Elv. Merced me quieres hacer.
Val. Digo verdad.
Elv. Cosa brava, *ap.*
Quien me detiene, y me alaba,
De mí se quiere valer.
Puédesme, señor, mandar.
Val. Dios te guarde, hacello quiero.
Elv. Si le doy deslizadero
Será fácil resbalar:
Ten de mi seguridad
Que lograré mi deseo,
Si te sirvo.
Val. En eso veo
Que pagas mi voluntad.
Elv. Mándame, el temor desecha
Que ya te leo en la cara.
Val. Ay, Antonio.
Elv. Yo jurára
Que era cierta mi sospecha.
No dudes, que no habrá cosa
Que yo no emprenda por tí.
Val. ¿Tu señora, Antonio, dí,
No es gallarda? ¿no es hermosa?
Elv. De sus honrados despojos
A honrarse la tierra viene;
Y muchas disculpas tiene
Quien pone en ella los ojos.
Val. Con eso, Antonio.
Elv. Señor.

Val. Haz, escucha, di si quieres.
Elv. ¡Ay, Amor, qué niño eres,
Qué furioso, qué hablador!
No te turbes.
Val. Estoy loco.
Vuelve, Antonio, por mi seso;
Pues mis culpas te confieso,
Cuanto tengo será poco,
Para que atices mis penas,
¿Qué dices, Antonio?
Elv. Digo
Que soy tu esclavo.
Val. Y amigo
De mis esperanzas buenas,
Si las logras.
Elv. ¿Qué he de hacer
Para eso?
Val. A tu señora,
Este papel: calla agora,
Porque sale mi muger.

Sale doña Eugenia.

Da. Eug. ¿Secreto, y sin mí?
Val. Escuchad.
Da. Eug. A nuevo gusto os convida.
Val. Señora, por vuestra vida,
Que le decia...
Da. Eug. Callad,
Que yo sabré dél agora
El fin de vuestra esperanza.
Val. Esa es poca confianza
De quien vuestro gusto adora.
Elv. Bueno es esto.
Val. Oidme á mí.
Da. Eug. Dejadme.
Val. Tantos enojos;
Mi vida por vuestros ojos.
Da. Eug. ¿Quereis no enfadarme?
Val. Sí.
Da. Eug. Pues idos, que quiero saber
Deste page lo que ha sido.
Val. Voime pues.
Elv. Este marido
Es propio para muger.
Val. Antonio.

(Señálale que calle.)

Elv. Graciosas señas.
Val. Di la verdad.
Elv. Niñería
Es todo.
Val. La pena mia
Pudiera ablandar las peñas.
Elv. ¿Qué diré?
Da. Eug. ¡Qué atrevimiento!
Elv. Señora, pierda el cuidado.
Da. Eug. ¡Qué diferente has juzgado,
Antonio, mi pensamiento!
No fueron zelos, ay cielos,
Del marido que entretengo;
Que de quien amor no tengo,
No es posible tener zelos.
Y lo que aquí me ha sufrido,
Es la causa deste efeto,
Que marido muy sujeto
No se ha visto muy querido.
Quieren las mugeres hombres
Que no siempre se enternezcan;
Y que lo que son parezcan
En las obras, y en los nombres.
Y es muy cierto aborrecer
El que á sujetarse viene,
La que imagina que tiene
Por marido una muger.
Y así yo de tí me fio,
De tí mi remedio espero;
Por un marido me muero
Qu'es oposito del mio.
Es...
Elv. Ya entiendo: mi señor.
Da. Eug. Ay, Antonio, por él lloro,
Sus libertades adoro,
Su desenfado y valor.
Aquel seguir sin cansarse,
Siendo perro en muchas bodas,
Aquel quererlas á todas,
Y á ninguna sujetarse.
El remetir á su espada
Su cólera y su razon,
Dando al uno el bofeton,
Y al otro la cuchillada.
Tras esto el ser tan honrado,
Como en mis cosas lo ha sido;
Que nunca le ví rendido,
Cuando le obligué rogado.
Esto me abrasa, por ser
De mi gusto, y no te asombres,
¡Ay, Antonio! que estos hombres
Vuelven loca una muger.
Estos son para queridos,
Estos son para adorados,
Que dan fuego á los cuidados,
Y despiertan los sentidos.
Y así es laurel soberano,
Venturosa alegre palma,
Poner la cara y el alma
En la palma de su mano,
Adorar su pensamiento,
Dar crédito á sus razones,
Y alentar mil ocasiones
Para beber de su aliento.
Y no mi Narciso bello,
Aninfado, y no feroz,
Que lo espanto con la voz,
Y con el pié lo atropello.
Cuando en cualquiera ocasion

Teme el ver que me alborote,
Como si fuesen su azote
Los ñudos de mi cordon,
Sabe el cielo que no puedo
Querello, cuando me aviso
De que adora lo que piso
Mas que por amor, de miedo.
Elv. ¡Qué graciosa libertad,
Aunque de zelos me abrasa!
Da. Eug. Tu mano, Antonio, no escasa,
Ha de hacerme una amistad.
Elv. ¿Qué me mandas?
Da. Eug. Que le des
Un papel.
Elv. A tu servicio
Me tienes: gallardo oficio, *ap.*
Ya con este tengo tres.
Da. Eug. Y si esto á decirte vengo,
Y mi libertad te admira,
Para disculparme mira
Las disculpas que yo tengo.
Las partes de tu señor
Son muchas.
Elv. Yo he de servirte,
Mándame: estoy por decirte
Que esas partes sé mejor.
Da. Eug. Y tú, Antonio, por los cielos,
Cuanto gustes de mí espera,
Y haz de suerte que me quiera.
Elv. Ay! que me abráse de zelos. *ap.*
Fia de mí (á ser curiosa
Me obligan); para servirte,
Dime tú....
Da. Eug. ¿Qué he de decirte?
Elv. Seria importante cosa
Saber yo en qué estado están
Tus amores.
Da. Eug. En ninguno;
Que su desden importuno,
Mis ojos te le dirán.
Elv. ¿A desdenes te condena?
Da. Eug. Y por ellos pierdo el seso.
Elv. Harto has dicho, pues con eso
Hiciste menor mi pena.
Don Alvaro mi señor
Viene agora; el desengaño
Espero ver.
Da. Eug. ¡Susto estraño!
¡Qué propio efeto de amor!

Sale don Alvaro.

¿Darásle el papel agora?
Elv. Hable tú que es mejor.
Da. Eug. Tanto miedo, y tanto amor.
D. Alv. Tus manos beso, señora,
Y tú, Antonio.
Da. Eug. Es como un oro,
Y muy discreto por cierto.
D. Alv. ¿Qué haces aquí?
Elv. He descubierto
Unas Indias, un tesoro.
Y tú no tienes razon
De no enriquecerte en ellas.
D. Alv. ¿Pues yo puedo merecellas?
Elv. Si las quieres, tuyas son.
D. Alv. ¿Qué dices? ¿y adónde están?
Da. Eug. En mi voluntad.
D. Alv. ¿Qué dices,
Señora?
Da. Eug. Espera, no atices
Mi fuego.
D. Alv. A Valerian
Quiero hablar.
Da. Eug. Y lo que digo
Haz de escucharme primero;
Testigo del mal que muero
Será Antonio.
D. Alv. Buen testigo.
Da. Eug. Con él descansé mi pecho,
Cansado de tus desdenes.
D. Alv. ¡Qué buen secretario tienes; *ap.*
Si supieses lo que has hecho!
Elv. Señor, oye sosegado
Estas razones suaves.
D. Alv. Calla, rapaz, ¿tú no sabes
Que tengo blason de honrado?
Da. Eug. Sé cortesano.
D. Alv. Villano
Seré, que en cosas de amor,
Está cerca de traidor
Un término cortesano.
Da. Eug. Estoy por matarme, estoy
Por matarme.
D. Alv. Loca estás.
Da. Eug. ¿Que me dejas, y te vas?
D. Alv. Que te dejo, y me voy.
Da. Eug. ¿Que me desprecias?
D. Alv. No, es cierto.
Da. Eug. Espera, ¿no me conoces?
Recélate de mis voces,
Que dirán que tú me has muerto.
Elv. ¡Qué libertad de muger! *ap.*
Da. Eug. Yo no he visto despreciarme,
Y soy muger; por vengarme,
Hasta el alma he de perder.
D. Alv. ¿Es posible lo que veo? *ap.*
Ya la temo.
Da. Eug. Y mas verás,
Que una pena puede mas
Cuando la aprieta un deseo.
¿Quieres quererme, enemigo?
D. Alv. No puedo.
Da. Eug. Mátame pues.
D. Alv. Ni eso quiero; tú no ves
Que soy de tu esposo amigo:
Y aunque mi amigo no fuera,

Te dejára de querer,
Por verte que eres muger
Que me ruegas que te quiera.
Acaba ya de dejarme.
Elv. ¡Ay, afrenta de mugeres! *ap.*
Da. Eug. Villano, pues que no quieres
Ni quererme, ni matarme,
Aborrece mi porfia,
Sigue tu gusto, y advierte
Que ocasiones de tu muerte
Compraré con sangre mia.
Que ya mudando de empleo,
Quiero que dé mi esperanza
Las fuerzas á la venganza
Que hasta aquí tuvo el deseo.
Matarte, villano, quiero,
Guárdate de mi rigor;
Que cual diestro esgrimidor,
Señalo el golpe primero.
Elv. Mi señora viene.
Da. Eug. ¡Ay Dios!

Salen por la una puerta Ipolita y Galindez; y por la otra Valerian, y encuéntranse al entrar con ellos, él con su muger, y ella con su marido.

Ip. ¿Dónde vas?
Val. Señora mia.
D. Alv. A recibirte salia.
Elv. ¡Qué encuentro para los dos!
Val. ¿Qué tienes?
Da. Eug. Vente conmigo,
Lloro de rabia.
Val. No llores.
Da. Eug. Fiad de amigos traidores.
Val. Yo soy el traidor amigo.

(*Entranse los dos.*)

Ip. ¿A tanto el enojo llega,
Que sin esperar, se ha ido?
D. Alv. Tendrále con su marido.
Ip. Sorda estuve, y no estoy ciega,
Quiero decir que no oí;
Y que me advierten los ojos
La causa de sus enojos,
Porque la contemplo en tí.
D. Alv. ¿De qué suerte?
Ip. ¿Es mala prueba,
Despues de haberla mirado,
El mirar que te ha dejado
De los colores que lleva?
D. Alv. Gracioso antojo, por Dios.
Ip. ¿Parécete que ha bastado
Para pensar que ha pasado
El enojo entre los dos?
D. Alv. Por tu vida que te engañas;
Esa locura desecha.
Ip. No de balde esta sospecha
Se ha imprimido en mis entrañas,
Y ha hecho su fundamento
Sobre quimeras pasadas.
D. Alv. Tus sospechas mal fundadas
Siempre estriban sobre el viento.
Ip. Tengo leal corazon.
D. Alv. Ya me cansas.
Ip. ¡Ay de mí!
D. Alv. ¿No sabes que nunca dí
Segunda satisfacion?
Elv. Todos los zelos me ha dado,
Que le pide.
D. Alv. Tantos zelos.
Ip. Tanta pena.
Elv. Amargos duelos
Querer á un hombre casado.
Ip. Hasta el alma se me abrasa.
D. Alv. ¿Dónde vas? ¿en qué porfias?
Ip. A llorar desdichas mias,
En un rincon de tu casa.
D. Alv. ¿Qué lloras?
Ip. No te asombres,
Pues que tú mismo lo quieres.
D. Alv. Así llorais las mugeres
Como escupimos los hombres.
¿Dó vas?
Ip. Mi dolor profundo
Me lleva muerta.
D. Alv. ¿Qué dices?
¡Es bueno que escandalices
Con tus locuras al mundo!
Haz tu visita, éntrate.
Ip. No quiero, que me congojas.
D. Alv. Por vida de...
Ip. ¿Ya te enojas?
D. Alv. Entra luego.
Ip. Yo entraré.
D. Alv. Lo que yo digo ha de ser.
Ip. Y es muy justo.
D. Alv. Ten cordura.
Ip. Dí si puedo.
D. Alv. Por ventura,
¿Soy marido, ó soy muger?
Gal. Pegados tengo los labios
De ordinario al paladar
En estas bregas.
Ip. ¿Pasar
Se pueden tantos agravios?

(*Entranse Ipolita y Galindez; dejando solos á don Alvaro y á Elvira.*)

Elv. ¿Don Alvaro, qu'es aquesto?
¿A qué Bireno imitaste?
¿Con qué intento me engañaste?
¿En qué desdichas me has puesto?
Son, por ventura, venganzas
De mis primeros desdenes:
¿Qué remedio les previenes,

A mis pobres esperanzas?
¿A qué, señor, me has traido?
La una te ha procurado;
Y la otra me ha dejado
Los zelos que te ha pedido.
No te llorára estos duelos
Si no te quisiera bien.
D Alv. Pídeme zelos tambien,
Seré terrero de zelos.
Elv. Bien has dicho.
D. Alv. Elvira mia.
Elv. Pues á tu muger, ¡ay triste!
Mas tierno le respondiste
Cuando zelos te pedia.
D. Alv. Por tu vida que te engañas,
Esa locura desecha:
¡Y qué penetrante flecha
Arrojaste á mis entrañas!
Elv. Volverme á mi tierra quiero,
Aunque allá llore tu ausencia.
D. Alv. Apúrame la paciencia,
Cuando tu consuelo espero.
¿En qué estriba tu acedía?
¿Qué te hice? ¡Cosa brava!
Si una muger me rogaba;
Y otra zelos me pedia:
Ya la una despedí,
Y á la otra no escuché:
¿Qué me quieres? ¿en qué erré?
Elv. Ofendióme lo que vi.
¿En efeto eres casado?
D. Alv. Ahógame, ¿qué he de hacer?
Si no es matar mi muger,
Porque muera tu cuidado.
Pues vesla, por insufrible,
A mi gusto abominable;
En un tiempo me fué amable,
Cuanto agora aborrecible.
Pero tanto procuró
Con zelos, con fuerza y brio,
Cautivarme el albedrío,
Que libre el cielo me dió,
Que aborrecido, rompí
Sus conjuros y su encanto:
Y haré contigo otro tanto,
Si haces otro tanto en mí.
Elvira, si te desvelan
Mis gustos, y no te enfadan,
Pide los peces que nadan,
Pide las aves que vuelan.
Señálame las mas bellas,
Que atrevido te las mando,
Pues cuando vayan volando,
Volaré por ir tras ellas.
Los peces con una caña
Si faltan iré á pescar;
Y será mas, que matar
Al mayor señor de España.
Y pide, fuera del rey,
Al señor, al matasiete;
Que yo haré que le sujete
A tu gusto y á tu ley.
Pide estrellas las mas bellas,
Que esas serán tus despojos;
Aunque quien tiene tus ojos,
No habrá menester estrellas.
Si los tesoros de Midas
Me pides, ya los prevengo,
Porque aunque yo no los tengo,
Bastará que me los pidas.
Porque tú los atesores,
Seré otro Caco, hurtarélos;
Pero no me pidas zelos,
Ni me gimas, ni me llores.
Si con este presupuesto
Me quieres, tu esclavo soy;
Y con esto, yo me voy,
Para que pienses en esto.
Y al campo de aquí me iré,
De su anchura satisfecho;
Porque se me ensanche el pecho,
Y porque el aire me dé.
Que me congoja esta casa,
Para mi cárcel esquiva.
Elv. Tu libertad me cautiva,
Tu desenfado me abrasa.
No perderé tu amistad,
Aunque en ella muerta quede.
D. Alv. Por ninguna cosa puede
Venderse la libertad. (*Vase.*)
Elv. Mas he de vengar si puedo
La muerte de mi esperanza;
Para hacer una venganza,
Ha de valerme un enredo.
Todos con él probarán
Destos pesares que paso;
Y del fuego en que me abraso,
Algunos se abrasarán.
Este es Pierres; él llegó
Para consolarme tarde.

Sale Pierres.

¡O buen Pierres!
Pier. Diu vos guarde,
Vostre ami, Antonio, só.
Elv. Y yo vuestro.
Pier. Vostransé
Paz me haga un gran placer.
Elv. ¿Y qué es, Pierres? ¿Qué he de ha-
Pier. Escoltate, os ho diré. [cer?
Yo só un chic enamorat.
Elv. ¿Qué es un chic?
Pier. Un poc.
Elv. Un poco
Enamorado, y muy loco.
Pier. Si aqueste billet portat,

Antonio, á mi domicela;
Vole amie.
Elv. ¿Quién es la dama?
¿Cómo se llama?
Pier. Se llama
Rafela.
Elv. Muy bien, Rafaela,
Yo lo haré, ¿qué me prometes?
Pier. Alegremente del vin
Beberemos.
Elv. Yo hice, al fin,
Mi cuatrinca de billetes.
Ya salen las damas; yo,
Buen Pierres, te serviré.
Pier. He yo, Antonio, os seré
Bon ami, he compañó. (*Vase.*)

Salen Valerian, doña Eugenia, Ipolita y Galindez.

Val. Yo iré contigo, señora.
Ip. Eso no he yo de sufrirte.
Da. Eug. Mas me queda que decirte.
Ip. Sea en mi casa.
Da. Eug. En buen hora.
Val. ¿En efeto no quereis
Que os acompañe?
Ip. No quiero,
Ni es justo.
Gal. Hidalgo escudero,
Y muy honrado teneis.
Hombre de canas y antojos,
Y que su brazo os ofrece:
Y no alguno que parece
Que se os come con los ojos.
No me agrada su mirar.
Ip. Antonio, vente conmigo.
Elv. Ya te sirvo, ya te sígo.
Da. Eug. Antonio, chito al callar.
Elv. Razon es que te receles,
Pues necia quisiste ser;
¡Qué de cosas he de hacer
Con estos cuatro papeles!

(*Vanse, y quedan solos Valerian y doña Eugenia.*)

Val. De nuevo quiero saber
Lo que el alma me enfurece.
Da. Eug. ¿Tan difícil te parece
De atinar y de entender?
Val. Ipolita lo estorbó.
Da. Eug. Pues ya de nuevo te digo
Que tu amigo no es tu amigo,
Pues tu afrenta procuró.
Val. ¿Don Alvaro?
Da. Eug. Que es un santo.
Val. ¿Ese procura tu amor?
Da. Eug. Y aun por fuerza: es un traidor;
¿Qué, te admiras?
Val. Y me espanto.
Da. Eug. Y eso agora me preguntas;
Cuando fuera cosa honrada
De la daga y de la espada
Afilar cortes y puntas.
El dudallo te inquieta,
Cuando en vez de hablarme aquí,
Habia de hablar por tí
La boca de una escopeta.
Esto fuera de provecho,
Y no, ¿qué cruces son estas?
Échale una cruz á cuestas,
De las que haces en tu pecho.
¿Qué paciencia habrá que espere
Lo que tu flema le amaga?
Aconséjame que haga
Lo que don Alvaro quiere.
Quédate mientras escarbas
Tu encogido corazon,
¿Qué muger tiene aficion
A estas mugeres con barbas? (*Vase.*)
Val. ¿Qué intento puede tener
Don Alvaro en su esperanza:
Si es ofensa, ó si es venganza
Procurarme la muger?
¿Si supo que le ofendia?
Mas por cualquier ocasion,
He de tener su traicion
Por disculpa de la mia.
En parte quedo contento
De que no solo yo he sido
El traidor, aunque ofendido,
Me combate un pensamiento.
En esto es bien que concluya,
Mi casa quiero guardar,
Mientras procuro afrentar,
Para vengarme, la suya.
Quiero esforzar mi esperanza,
Pues lo que era injusto, es justo;
Y antes fuera solo gusto,
Y agora gusto y venganza. (*Vase.*)

Salen Ipolita, Galindez y Elvira.

Ip. Galindez, no habeis andado
Discreto.
Gal. No hay discrecion
Con cólera.
Ip. Un pescozon
Muy sin causa le habeis dado.
Elv. ¡A qué me ha traido el cielo!
Gal. ¿Tratarme de viejo es poca?
Y por la calle me coca
Como mona; estriparélo.
Ip. Pase por burla esta vez
En mi presencia esa culpa:
Aunque, para mí os disculpa
Vuestra caduca vejez.
Gal. Oh, reniego de Mahoma.
Ip. Pasito, Galindez, quedo.

Elv. Es un viejo, no hayas miedo,
Que vaya por ello á Roma:
Aquí hará la penitencia,
Y tendrá la absolucion.
Gal. Mequetrefe.
Elv. Vejarron,
No os remuerde la conciencia.
Gal. Por san Pedro.
Ip. Calla, Antonio;
Ah, Galindez.
Gal. Buen despacho,
A mí, ó á este mochacho,
Ha de llevar el demonio.
Es bueno que un matachin,
Sin vergüenza y sin temor,
Rapazuelo, bullidor,
Monta en banco, ó bailarin,
Ha tomado por oficio
Burlarse de mi esperiencia.
Apúrame la paciencia,
Y trabúcame el juicio.
El hombre que su decoro
Con veras quiere gardar,
El paso no ha de mudar
Aunque le persiga un toro.
Antes irse poco á poco,
Y meter mano á la espada,
Si le apretase.
Ip. Estremada
Es la licion; este es loco.
Gal. Voy con esto á descansar. (*Vase.*)
Elv. Fiad que me lo pagueis,
Cuando el paso no mudeis,
Aunque le querais mudar.
Ip. Antonio, escucha.
Elv. ¿Qué mandas?
Ip. Pues por testigo te hallo
De mi llanto que á escuchallo
Hiciera las piedras blandas.
Ya estuviste á mis enojos
Presente.
Elv. Sí, estuve.
Ip. Espera.
Elv. Y cuando no lo estuviera,
Me le dijeran tus ojos.
Ip. Pues, Antonio, tú bien sabes
Que es verdad lo que sospecho;
Fíalo pues de mi pecho
Con mil candados y llaves.
Mira la pena que paso,
Que tú alivialla podrás.
Elv. De nuevo te abrasarás
En el fuego que me abraso.
Ip. De tu ingenio te aprovecha,
Dime si es cierto mi daño,
Que aunque es malo un desengaño,
Es peor una sospecha:
Don Alvaro abrásase
Por doña Eugenia; di si,
Que della no lo creí,
Y de ti lo creeré.
Elv. ¿Ella te lo dijo?
Ip. Ella,
Sin preguntárselo yo,
De aquella boca arrojó
En mi pecho una centella.
Era yesca el corazon
Y encendió en el aire fuego.
Elv. ¡Es posible que á ver llego
Este estremo de traicion!
Ip. Antonio, siéntome arder.
Elv. ¿Qué mas desengaño quieres?
Malas somos las mugeres, *ap.*
Y pues lo soy, lo he de ser.
Ip. Di, Antonio, estrañas fatigas
Me aprietan un lazo al cuello:
Que deseo no sabello,
Y quiero que me lo digas.
Elv. Deseo no lastimarte:
¡Qué enredo que trazo, ay cielo! *ap.*
Mas si ha de ser tu consuelo,
Señora, el desengañarte
En este papel podrás,
Que para della ha de ser;
Mas hásmele de volver.
Ip. Tú mismo te tomarás,
Cuando á mí me deje muerta
Su mas mínima razon;
Pues son versos, suyos son,
Y mi desventura cierta.
Elv. ¿No es bueno dalle el papel *ap.*
Que para ella venia,
Y decille que lo envia
A doña Eugenia?
Ip. ¡Ay cruel!
Elv. Su marido y su enemigo *ap.*
Desta suerte lo he de hacer;
Que mi enemiga ha de ser
La que es la muger de mi amigo.
Perdonarámelo Dios,
Pues á esto me aventuro;
Porque mi paz aseguro
Con la guerra de los dos.
Dame el papel, que ya viene
Don Alvaro mi señor.
Ip. Ya me le ha visto, ah, traidor.
Elv. Señora, matarme tiene.
Ip. Guardaréte yo él secreto
Que te ofrecí.
Elv. Yo me voy.
Muerta de congoja estoy.

Sale don Alvaro.

D. Alv. ¿Qué teneis? Estraño efeto.
¿Porqué el papel escondeis?
¿Porqué le habeis escondido?

Ip. Porque vergüenza he tenido
Por vos que no la teneis.
D. Alv. ¿Qué decis? estraño efeto:
Algo señala, por Dios,
Tan diverso trato en vos,
Y tan perdido respeto.
Ese rabioso temblor,
Ese inquieto sosiego,
Esas lágrimas de fuego,
Ese mudado color,
Ya de blanco en amarillo,
Y ya de amarillo en rojo;
Saber tengo vuestro enojo,
Si dilatais el decillo.
Sacad luego ese papel,
Dalde acá.
Ip. Oid.
D. Alv. Acabad.
Ip. Vuestras infamias mirad,
Y mis desdichas en él.
Hasta aquí, solo he llorado
Vuestro libre proceder;
Pero agora, lloro el ver
Que dejais el ser honrado.
A muger de vuestro amigo
Procurais, y le escribis
Estos versos.
D. Alv. ¿Qué decis?
¿Quién lo dice?
Ip. Yo lo digo.
Yo digo que sois traidor.
D. Alv. Callad, loca.
Ip. Triste calma.
D. Alv. Que habré de llegar al alma
De quien me llega al honor:
Cupo en mí cosa afrentosa,
Ni tan solo imaginada;
¿Qué letra es esta?
Ip. ¡Ay cuitada!
D. Alv. Ay, sospecha rigurosa.

(*Leyendo.*)

Sin dormir toda la noche
Estuve, señora mia,
Y cuando Febo ponia
Los caballos en su coche,
Quedé dormido, y soñaba
Que tu deseo amoroso
De los brazos de tu esposo
A los mios te pasaba.
Mas despertóme el cuidado
Del amor, que es mi enemigo:
Pues no me sufre contigo
Este gusto, ni aun soñado.
Luego de envidia cruel,
Abrasarme el alma ví;
Viendo sueño para mí
Lo que es verdad para él.
Goza del recien venido,
Tan querido y deseado,
Pues pierdo por desdichado
Lo que gana por marido.
Casi me deja sin brios
El dolor que me penetra:
Sabes si es mia la letra,
Los versos parecen mios.
Yo tan malos versos hago,
Y tan buena letra escribo.
Ip. ¡Ay Dios, de milagro vivo!
D. Alv. De cólera me deshago.
Si soy yo el recien venido
Como viene escrito aquí,
El papel es para tí.
Ip. El engaño mio ha sido.
D. Alv. Si es letra de un traidor
Que entendí que era leal,
De Valerian.
Ip. ¡Hay tal!
No tengo culpa, señor.
D. Alv. Es mio el papel por dicha,
Si es suyo cuanto hay en él;
¿Quién te ha dado este papel?
¿No respondes?
Ip. Mi desdicha.
D. Alv. Habla, por vida del cielo
De quien soy indigno yo.
Ip. Antoñuelo me le dió.
D. Alv. ¿Y qué te dijo Antoñuelo?
Ip. Que era tuyo, ¡hay tal maldad!
En esto es bien que repares:
Y mátame, si no hallares
Que es esto pura verdad.
D. Alv. Yo te creo, y cosa es clara,
Que en tí tu desculpa viene;
Que la muger que la tiene,
Se le ve escrita en la cara.
Y á tí sin podella ver,
Mil créditos te daria,
Pues basta ser muger mia
Para ser buena muger.
Cuanto mas que agora veo
Lo que mi propio valor
Me encubrió en aquel traidor,
Capaz de tan mal deseo;
Como el que á escuras pasó
Peligro que no temia,
Y á la luz que le da el dia,
Mira lo que atras dejó.
Pero qué mal considero;
No es discrecion, ni nobleza,
El creer con ligereza
Un papel que es tan ligero.
Que hay en ellos mil engaños,
Y en este los puede haber:
Mas tú, Ipolita, has de ser
El reparo destos daños.
¿Qué pretension ha tenido
Contigo Valerian?

Ip. ¿Qué diré? perderse han. *ap.*
D. Alv. ¿Hasla visto? ¿Hasla sabido?
Ip. Ay Dios, que le obligo á mucho,
Si se lo digo; ay, cuitada. *ap.*
D. Alv. ¿Cómo te miro turbada?
¿No me entiendes?
Ip. Ya te escucho.
D. Alv. ¿Sabes tú si te ha servido
Valerian?
Ip. No es mejor
Negárselo.
D. Alv. Di.
Ip. Señor.
D. Alv. ¿Fué traidor, ó fué atrevido?
¿Señalóte sus antojos
Con el alma, ó con la boca?
Di.
Ip. Señor.
D. Alv. Su pena loca,
¿Vistela escrita en sus ojos?
¿Conociste su cuidado?
Ip. Negallo será mejor. *ap.*
D. Alv. ¿No respondes?
Ip. No, señor,
Que es tu amigo, y es honrado.
D. Alv. Por no obligarme, anduviste
Mas que te pregunto; baste,
Que en ese *no* que dudaste,
Muchos sies me dijiste.
Retírate en tu aposento,
Y disimula tu enojo.
Ip. Mi muerte será el despojo
De tan grave sentimiento,
Que su furia arrebatada
Mil escándalos promete.
Señor, oye.
D. Alv. Calla, y vete,
Que ya sé que eres honrada.
Ip. Yo me voy, que á temer llego
Sus coléricos ensayos;
Y es cierto que no engendra rayos
Su cólera que es de fuego.
Dios le guarde.
D. Alv. Ha sido mucha
Esta infamia, esta insolencia;
Mas gobierne la prudencia,
Porque la cólera es mucha.
El colérico arrojado
Es valiente solamente,
Y el animoso prudente
Es valiente, y es honrado.
Qué insolente desvarío
De un amigo; yo concluyo
En que al fin el pecho suyo
Es antípoda del mio.
Con que su muger me llame
Venganza tomar podria;
Pero la venganza es mia,
Y no es bien hacella infame.
Para ver si es falso amigo,
Es bien de todo apuralle
Su delito, y despues dalle
A su medida el castigo.
Disimularé si puedo,
Porque disimulo mal,
Que hasta en esto soy leal.
¡Qué desvergüenza y qué enredo!
¿A qué viene esta traidora,
Ya cerca de anochecido?

Salen doña Eugenia, Galindez, Pierres y Elvira.

Da. Eug. Es discreto.
Gal. Es atrevido.
Elv. Soy tu esclavo.
D. Alv. Pues, señora,
¿Qué es, que dais luz á esta casa
Cuando el cielo se la quita?
Elv. Hemos de ir á una visita.
D. Alv. ¿Dónde? el alma se me abrasa
Da. Eug. Una comedia esta noche
Veremos, si vos gustais,
Ipolita y yo; no os vais,
Irémonos en mi coche.
D. Alv. Muy bien, ¿y el particular,
Adónde tiene de ser?
Da. Eug. En casa del mercader.
D. Alv. ¿Qué mercader?
Da. Eug. Don Gaspar.
Solo él, por escelencia,
Ha merecido este nombre.
D. Alv. Es muy gallardo.
Pier. É molt hombre.
Gal. Y tiene buena conciencia.
Elv. En un mercader no es poco.
Da. Eug. Da de balde su caudal.
D. Alv. Es muy rico, y principal.
Da. Eug. Cuerdo en todo, en guerras loco.
Elv. Con eso le adorarán.
D. Alv. ¿Y cómo ireis?
Da. Eug. Embozadas.
D. Alv. ¿Sabeis si admiten tapadas?
Da. Eug. A eso fué Valerian.
D. Alv. Pues entre tanto veremos
Si ir Ipolita querrá.
Da. Eug. ¿Qué está?
D. Alv. Como suele está.
Da. Eug. Terribles son sus estremos.
D. Alv. Ah, traidora, desta suerte
Veré mi agravio.
Da. Eug. Este necio
Me ha de pagar el desprecio,
No menos que con la muerte.
(*Vanse don Alvaro y doña Eugenia.*)
Elv. A estos dos he de engañar.

Pues no nos oye ninguno;
Bien pienso, el papel del uno,
Al otro tengo de dar.
Gal. Yo comedia, yo comedia,
Volme á mi aposento, bueno;
Bien con frio y con sereno,
Mi jaqueca se remedia.
Elv. Aunque me fuiste cruel....
Gal. ¿Muchacho, quieres que te coma?
Elv. Calla, disimula, y toma
Respuesta de aquel papel.
Gal. Oh qué venturoso amante,
Cuando aquesto mereci;
De hoy mas, será para mi
Este muchacho gigante.
He de besarle los piés,
Y estoy, por Dios soberano,
Para cortarme la mano
Con que le di de reves.
Elv. Sus locuras son estrañas.
Pier. A viex orat.
Gal. Ay, Cupido,
Letargo de mi sentido,
Y aloque de mis entrañas.
Elv. ¿Pues, Pierres?
Pier. Pues, compañó.
Elv. Ya te trajgo la respuesta
De tu papel, suerte es esta
Que te la procuro yo.
Pier. O mon señor Antoniuc,
Resposta me habets portat,
Ya está Pierres pus orat
Que Galindez, viex caduc.
Si yo men vau á Francia
A la sopa de Jesus,
No tornaré may pus.
Elv. Solenizas tu ganancia
Cantando, y otros sus males
Espantan, y aun á las gentes;
Mas de causas diferentes
Nacen efetos no iguales.
Pier. Yo te vull besar los piés,
Al manco la man quim toca,
É los pits, encar la boca.
Elv. Cortesía á lo frances.
Bueno está.
Pier. Antoñelo mio.
Elv. En pago desto has de hacer
Una cosa.
Pier. O paz per ver
La mia forza, y lo meu brio.
Elv. Quiero hacer una venganza
Deste viejo, así me vengo;
¿Tienes amigos?
Pier. Sí tengo,
O y ben del millor de Franza.
Elv. Pues habráslos menester.
Pier. ¿He porqué?
Elv. Para ayudarte.
Tu amo viene, á esta parte
Escucha lo que has de hacer.

Sale Valerian.

Val. ¡Qué de trazas imagino
Para lograr mi esperanza!
Al gusto y á la venganza
Alcanzo por un camino.
Disimular es mejor,
Que ya en el mundo es forzoso
El medrar por mentiroso,
Y el vivir como traidor.
Elv. Vete pues, que luego voy.
Pier. Pardiu queu faré bailando. (*Vasc.*)
Elv. Señor.
Val. Antonio, luchando
Con mil quimeras estoy!
Elv. Todas las has de vencer.
A todos quiero engañar, *ap.*
A este le quiero dar
El papel de su muger.
Val. ¿Qué dices, Antonio, hiciste
Lo que te rogué?
Elv. Pues no.
Val. Respuesta, dichoso yo.
Elv. Calla, toma, y no estés triste.
Y volme porque contigo
No me vean.
Val. Soy dichoso. (*Vase Elvira.*)
Cielo alegre, cielo hermoso,
Cielo santo, cielo amigo.
Leerélo, mas ya salen,
¡Oh si tardáran un poco!
Quedaré de alegre loco,
Si los cielos no me valen.

Salen don Alvaro, Ipolita y doña Eugenia.

Da. Eug. Ya tarda Valerian.
D. Alv. Ya está allí.
Val. ¿Habréme tardado?
Da. Eug. ¿Segun habeis negociado,
Van embozadas?
Val. Sí van.
D. Alv. Vamos pues, qu'es ya muy tarde.
Y está escuro, qu'es peor.
Da. Eug. Ay, enemigo.
Ip. Ay, traidor.
Da. Eug. Alegraos si Dios os guarde.
D. Alv. Hachas.
Val. Lo que yo traia
Bastará.
Ip. Yo voy muriendo.
D. Alv Mi muger os encomiendo.
Val. Mientras mirais por la mia.
D. Alv. Así encubro mi furor.

Val. Así entablo mi esperanza;
Daréle afrenta en venganza.
D. Alv. Mataréle si es traidor.
Da. Eug. ¡Que su sangre no derrame!
Ip. Cuerdamente lo ha llevado,
¡Qué marido tan honrado!
Da. Eug. ¡Qué marido tan infame!

Sale Elvira, Pierres, y dos gabachos mas, y sacan una escalera.

Elv. Bien está; llama á esa puerta,
Y á la ventana saldrá.
Pier. He la porta uberta está.
Elv. Poco importa que es abierta.

(*Galindez desde dentro.*)

Gal. ¿Quién llama? ¿quién es? ¿quién [hay
Que tan grandes golpes dé?
Verélo.
Elv. Tira.
Gab. 1º. Sí haré.
Elv. Clava el clavo.
Gal. Ay, ay, ay, ay,
Que me ahogan, soberanas
Vírgenes á quien invoco.
Elv. Tenelde, pues es tan loco,
Ese rostro, y esas canas.
Guardará bien su decoro
La vez que el toro le siga;
Mude el paso, Jesus diga.
Gal. Que me ahogan.
Pier. Guarda el toro.
Gal. Hucho, ho, ho.
Elv. Si se inflama
Por sus fingidos amores;
Reciba aquestos favores,
Que los envia su dama.
Pier. Viex orat.
Gab. 2º. Meon.
Gab. 1º. Potrilla.
Gal. ¡Jesus!
Elv. Así le dejemos,
Que bajan, huid.
Gab. 1º. Huiremos.
Pier. Bien se ha fet.
Elv. A maravilla.
Gal. Los demonios me arrebatan.
Elv. La industria me valga aquí.
Señores, salid, salid,

(*Vanse los gabachos.*)

Aquí, que á Galindez matan.

Salen con las espadas desnudas don Alvaro y Valerian, y sus mugeres.

Ip. ¿Don Alvaro, dónde vais?
D. Alv. Dejadme.
Da. Eug. No fué el primero
Este marica.
Gal. Yo muero.
D. Alv. Galindez, ¿qué voces dais?
Val. Venga este hacha.
Gal. Hanme dejado
Cual veis, ahogado y muerto.
D. Alv. Han os dejado por cierto
Mal contento, y bien pintado.
Da. Eug. Jesus, á risa provoca.
Val. Galindez.
Ip. Yo la tuviera,
Pero vengo de manera,
Que traigo el alma en la boca.
Gal. Desatadme.
D. Alv. ¿Quién ha sido
De aquesta burla el autor?
Elv. Algun bellaco.
Gal. ¡Ah, traidor!
D. Alv. A lo menos atrevido.
Val. Tratarse ha deso despues,
Que mal en la calle estamos.
D. Alv. De la comedia á que vamos
Este ha sido el entremes.

(*Éntranse todos.*)

ACTO TERCERO.

Salen don Alvaro y Elvira.

D. Alv. En llegándome al honor,
Todo, Elvira, lo atropello;
No hay para mí rostro bello,
Obligaciones ni amor.
Que en mi pecho, solo asiste
Cuidado que nace dél:
¿Quién te ha dado este papel,
Que tú á Ipolita le diste?
La verdad he de saber,
O matarte, vive Dios.
Elv. Don Alvaro, entre los dos,
Este medio has menester.
¿Amenázasme?
D. Alv. Y te adoro.
Elv. Eso me hubiera obligado.
D. Alv. Vengo loco, y soy honrado;
No llores.
Elv. Con causa lloro.
D. Alv. Sosiégate, que despues,
Dejarte sin queja espero,
Como me digas primero
¿Este papel cuyo es?
Elv. Valerian me le dió,
Y porque yo se le diese
A tu muger, interese
Y lisonjas me ofreció.
Muérese por ella.

D. Alv. ¡Ay cielos!
Elv. Yo creyendo que seria
A los zelos que tenia
Menos daño añadir zelos,
Como tuyo se le dí;
Diciendo que le llevaba
Para doña Eugenia.
D. Alv. Brava
Invencion.
Elv. Muero por tí.
Soy tu amiga, y no lo soy
De tu muger, cosa es clara;
Y dile en que se abrasára,
Como abrasando me estoy.
Tal me tiene el amor ciego,
Que demonio vengo á ser,
Pues gusto de ver arder
Otras almas en mi fuego.
Si me disculpa mi amor,
Perdóname, pues te digo
Que ese amigo es falso amigo,
Es infame, y es traidor.
D. Alv. Perdono, porque perdones
Mi cólera, tus engaños.
Amistad de tantos años,
Carga de obligaciones,
¿Puede haber humano amor,
Que la aligere, ó la tuerza?
O el honor no tiene fuerza,
O no hay en el mundo honor.
Mas no, que á tenelle vengo,
Y con mas fuerza, que falta;
Pero quizá á todos falta,
Porque yo todo le tengo.
Esta soberbia me dió
De esperiencia el tiempo ingrato,
Pues entre muchos que trato,
No hallo un hombre como yo;
Que no haya un amigo honrado,
Ni puede ser conocido,
Sin velle recien nacido,
Hasta dejalle enterrado.
Uno acude á su provecho,
Otro á su gusto no mas;
¿Santa amistád, dónde estás?
¿Quién te tiene, qué te has hecho?
Mas al cielo te levanta,
Por no merecerte el suelo,
Y porque estás en el cielo
Me atrevo á llamarte santa.
¡Valerian falso amigo!
Mataréle, si no muero.
Elv. Oye, señor.
D. Alv. Este acero
Dará fuerza á su castigo.
Elv. Bien merecido le tiene,
Pero colérico estás,
Y errarásio, si le das
El que tu rigor previene.
Sé cuerdo, si eres valiente,
Como no adviertes y piensas
Que las secretas ofensas
Se vengan secretamente.
D. Alv. Aunque esta es muger, está
En lo cierto, y así dejo
Mi furor, que un buen consejo
No pierde por quien le da.
Elv. Sosiégate, y porque veas
Que te adoro, haré de suerte
Que en tu venganza y su muerte
Tú solo testigo seas.
Esta noche le pondré
Donde tú verás, si quieres,
Que no todas las mugeres
Son cobardes; esto haré,
Si haces de mí confianza.
¿Qué dices?
D. Alv. Digo que sí.
Elv. Pues que haces ausencia di,
Si quieres hacer venganza.
Di que te vas á tu aldea
Esta noche, y lo demas
Quede á mi cargo; y verás
Lo que tu enojo desea.

Sale Galindez á la puerta.

D. Alv. Es inmenso tu valor,
Infinita tu hermosura,
Estremo de mi ventura,
Y reparo de mi honor.
Eres causa de mis bienes,
Eres mis ojos al fin.
Elv. Entremos al camarin
Donde tu escritorio tienes.
D. Alv. Entremos.
Gal. ¡Válame Dios!
D. Alv. Por tí á mi enojo resisto.
Gal. ¿Es soñado lo que he visto?
¿O son visiones los dos?
Elv. Entre mis dichosos lazos
Te diré lo que he trazado.
D. Alv. Descansará mi cuidado,
Lo que estuviere en tus brazos.

Sale del todo fuera Galindez.

Gal. ¿Esto es España, ó Sodoma;
Oh sagrada inquisicion?
Mi amo y Antonio son
Licenciados de Mahoma.
Por este agujero quiero
De la llave, verlo bien:
Mas separánle tambien
Por solo que es agujero.
Bien á fe, por Dios que luchan,
¡Si es engaño, ó son antojos!
Ya se hablan con los ojos,
Ya con las bocas se escuchan.

Con razon llaman nefando
A este pecado de fuego.

Sale Ipolita.

Ip. ¡Qué mal seguro sosiego!
Galindez, ¿qué estais mirando?
Gal. Hay, señora, grande mal.
Es nuestro amo...
Ip. ¿Qué?
Gal. Señora,
Es mal hombre.
Ip. ¿Cómo?
Gal. Agora
Está...
Ip. ¿Dónde? ¿hay cosa igual?
Gal. Es al fin...
Ip. ¿Qué?
Gal. Mal cristiano.
Ip. ¿Porqué, ay triste?
Gal. Porque imita...
Ip. ¿A quién? ¿Qué hay?
Gal. Es sodomita.
Ip. ¿Qué dices, loco villano?
Gal. Que es mi amo un buja.
Ip. Calla.
Gal. Pues que me cierras la boca,
Los ojos abre.
Ip. Estoy loca
De pesar, ¡ah vil canalla!
¡O enemigos no escusados!
¡O criados! ¡o traidor!
Gal. Antoñuelo y mi señor
Verás por aquí abrazados
Como la parra y el olmo,
Y verás si le levanto
Testimonio.
Ip. ¡Ay, cielo santo,
Qué pesares tan á colmo!
Gal. Llega y mira.
Ip. Ya lo he visto.
¡Ay, Galindez! yo soy muerta.
Gal. Da mil coces á esa puerta,
Alborota.
Ip. ¡Jesucristo!
Mas cordura es menester,
Tenia tú, por vida mia.
Gal. Servirte en todo querria.
Ip. ¡Ay, infelice muger!
Ve, Galindez, por mi hermano,
Y dile que venga luego.
Gal. Voy volando. (*Vase.*)
Ip. Ay, hombre ciego,
Dejóte Dios de su mano.
Él sabe que te adoré,
Que estuve loca por tí:
Mas si zelos no sofrí,
¿Cómo infamias sofriré?
¿Qué he de hacer? Yo soy perdida,
¡Qué estremo grande, qué esceso!
Ay, mi Dios, guardadme el seso,
Aunque me quiteis la vida.
Don Alvaro infame, ¡cielos!
Gran desdicha al fin es mia.
Yo que pasaba y sufria
Tantas penas, tantos zelos,
Y el inquieto cuidado
De su libre proceder,
Adorándole, por ver
Que era noble y era honrado,
¿Qué sentiré, cuando veo
Que ni es noble, ni es humano,
Ni es honrado, ni es cristiano,
Pues logra tan mal deseo?
La ofensa de Dios me pesa
Con razon, mas que la mia.

Sale Elvira.

Elv. Sobrada suerte seria
Salir con tan grande empresa.
Allí está.
Ip. La causa infame
Veo, del dolor que paso;
Ya disimulo, y me abraso.
Elv. Esperaré que me llame.
Ip. Mucho me aprieta la ira,
Y la refreno.
Elv. ¿Qué es esto?
De mil colores se ha puesto,
Con sobrecejo me mira.
Sabrá ya que la engañé
Con el papel, puede ser.
Si advierte que soy muger.
Ip. Llamaréle.
Elv. Llegaré.
Ip. Por disimular seria
Bueno llamarle; ah, traidor,
¿Qué haré?
Elv. Llegar es mejor,
Que es mucha flema la mia.
Señora.
Ip. Antonio.
Elv. ¿Qué tienes,
Que ofreces indicios tales?
Ip. Mucha posesion de males,
Poca esperanza de bienes.
Elv. Algun ángel habla en tí,
Que tus desdichas te advierte.
Ip. ¿Qué dices?
Elv. Tu mala suerte
Me lastima.
Ip. ¿Cómo ansi?
¿Vienes con otro papel
A engañarme?
Elv. Fuí engañado
Yo tambien; de mas pesado,
Mas terrible y mas cruel

Suceso te has de guardar,
Ip. Yo, sin el cielo, no puedo,
Él me valga.
Elv. Bravo enredo *ap.*
Pienso urdir. Has de mirar
Si es que alguno nos escucha.
Ip. De confusa daré en loca.
Elv. Por ser tu ventura poca
Mi lástima ha sido mucha.
Del alma te la he tenido,
Y un aviso quiero darte:
Sabe que quiere matarte
Tu marido.
Ip. ¿Mi marido?
Elv. No tiembles.
Ip. ¡Ay Dios!
Elv. Y acude
Al remedio que es mejor.
Ip. ¿Si me miente este traidor?
Que esto tema, y que esto dude
Me aconseja el alma mia;
¿Porqué me mata, si sabes?
Elv. No serán las causas graves.
Ip. ¿Porque soy suya, podria
Matarme?
Elv. Por su muger
Quizá que te viene el daño;
Y si piensas que te engaño,
En esto lo puedes ver.
Él fingirá que se parte
Esta noche, y ha de ser
Con intento de volver
Sobre seguro, á matarte.
Tú, si vieres que se va,
Y verte con vida quieres:
En tu cama no le esperes,
Que en ella te matará.
En otro cuarto estarás
Lo que durare su ausencia,
Y darásle á la esperiencia
Lo que quizá no me das,
Que es crédito.
Ip. ¡Ay Dios! ¿qué siento?
Que indeterminada estoy;
Tanto crédito te doy
Como me das sentimiento.
El cielo le habrá movido
Con mi compasion el pecho,
Porque sea en mi provecho
Lo que en mi daño habrá sido.
Verdad es esto, ¡ay de mí!
De don Alvaro, por fe
Cualquier cosa creeré,
En razon de la que ví.
Del todo Dios le ha dejado
De su mano poderosa.
Elv. Sosiega el alma medrosa,
Y el corazon alterado.
Ip. No es posible que eso sea.
Elv. Tu marido viene.
Ip. ¿Quién?
Elv. Y yo me aparto, que es bien
Que divididos nos vea.
Ip. No sin causa te recelas.
Valedme, cielo divino.

Sale don Alvaro.

D. Alv. Apercibian de camino
Vestido, botas y espuelas.
Ip. ¿Dónde vais, señor?
D. Alv. Me importa
Hacer hoy una jornada
No muy larga.
Ip. ¡Ay desdichada!
Que la de mi vida es corta.
Esto viene conformando
Con...
D. Alv. ¡Qué, llorais! ¿qué decis?
Ip. ¿Pues de cuándo acá os partis,
Que yo no quede llorando?
D. Alv. Llorando me das pesar,
Que de ordinario al partir
Son ligeras de salir,
Y pesadas de llevar
Tus lágrimas.
Ip. Que te enfadas
De vellas, decir podrias;
Y que son lágrimas mias,
Y por eso son pesadas.
D. Alv. Dan pesar al corazon
Por ser tuyas.
Elv. No son malos
Amores.
Ip. Estos regalos *ap.*
Engaños sin duda son.
D. Alv. Ahora bien, dadme un abrazo,
Y quedad, señora, á Dios.
Elv. ¡Quién pudiera de los dos *ap.*
Cortar el estrecho lazo!
Ip. Que estos abrazos, ¡ah, cruel! *ap.*
Ví ofenderme como infames.
D. Alv. Con Dios queda, y no derrames
Mas lágrimas.
Ip. Ve con él.

(*Vase don Alvaro.*)

Saltos me da el corazon,
De mi recelo ofendido;
Que su regalo fingido
Me descubre su traicion.
Quien no suele regalar,
Y regala, ofender quiere,
O ha ofendido; ¿qué hay que espere
En tan confuso pesar?
Elv. Bien va todo; en este indicio
Podrás ver mi buen deseo.

Ip. Con esta pena me veo
Sin remedio y sin juicio.
Elv. Toma mi consejo, y guarte.
Ip. Guárdeme Dios.

Salen Leonardo, hermano de Ipolita, y Galindez.

Leon. ¿Pues, hermana?
Ip. ¡Ay, hermano!
Elv. Saldrá vana
Mi esperanza.
Ip. Escucha aparte.
Leon. Ten sosiego.
Gal. Buena pieza.
Elv. Galindez, ¿no me agradeces
El papel?
Gal. Antes mereces
Que te rompan la cabeza.
Mas yo te haré chamuscar. *ap.*
Para vengarme despues:
¿Soy yo gabacho ó frances,
Para escribirme y burlar
En ese lenguaje?
Elv. Digo
Que estoy por reirme yo;
¿No adviertes que lo escribió
Pierres, que es tu grande amigo?
Y escogióle por tercero
Tu dama.
Gal. Agora me engañas.
Elv. El papel, y mis entrañas,
Galindez, leer te quiero.
Dámele.
Gal. Ya le rompí
Por velle desbaratado,
De rabioso y de enojado.
Elv. ¿Que al fin le rompiste?
Gal. Sí.
Su lenguaje me enfadó,
Y su nota.
Elv. Aquel gabacho,
Que quizá estaba borracho,
Lo que supo te escribió.
Pero de tu dama era
La intencion.
Gal. Burlando estás.
Elv. Pues si me burlo verás.
Gal. ¿En qué lo he de ver?
Elv. Espera.
Si esta noche en tu aposento
Pongo á tu dama contigo,
¿Creerás que lo que digo
Es fundarme sobre el viento?
Gal. Creeré que son maravillas
De soberanos misterios;
Y pondré en él zahumerios
De pebetes y pastillas.
¿Qué dices, Antonio?
Elv. Calla,
Que esta noche la traeré;
Y vámonos, te diré
Qué has de hacer para esperalla.
Gal. De quien tal bien me promete,
Amistad quiero tener;
Y aunque puto quiera ser,
Le serviré de alcahuete.

(*Leonardo y su hermana Ipolita han estado hablando aparte hasta aquí.*)

Leon. ¡Jesus mil veces! quisiera
Que calláras ese daño:
¿Si es engaño?
Ip. No es engaño;
Pluguiera á Dios que lo fuera.
Leon. ¿Tú lo viste?
Ip. Con los ojos
Que ven llorando los tuyos,
Le ví mirarse en los suyos
A costa de mis enojos.
Ví que enlazaban sus cuellos,
Y regalaban sus labios.
Y viera muchos agravios,
Si me detuviera á vellos.
Leon. ¡Váleme Dios! ¡caso fuerte!
Ip. Y agora veo afligida,
Por indicios de su vida,
Los agüeros de mi muerte.
Sin duda me matará,
Que el que es con tanta estrañeza
Contrario á naturaleza,
De quienquiera lo será.
Y así me lo aseguró
El cómplice en su maldad:
Y en prueba desta verdad,
Bastantes señales dió.
Hermano, en tus manos dejo
Mi vida, mi honor y ser.
Leon. Estas cosas se han de hacer
Con acuerdo y con consejo.
Ip. Huiré en resolucion
De mi infamia y su locura.
Leon. Oye, ¿tienes por ventura
El breve y dispensacion,
Donde aprueba el padre santo
Tu infelice casamiento?
Ip. Yo la tengo.
Leon. Un pensamiento
Me ha venido de tu llanto.
Y es, que sé por esperiencia,
Que algunas erradas vienen;
Porque mas ó menos tienen
En el grado, ó la atendencia.
Y á tener alientos vengo,
Que hay algo desto en la tuya:
Démela, y porque concluya,
De reconocella tengo.

Y pondréla ante el juez,
Si es que falta le han hallado:
Y saldremos deste enfado,
O desdicha, de una vez.
Ip. Bien dices, que deso traten;
Pero ponme en cobro á mí:
Sácame de aquí, que aquí,
Temo, hermano, que me maten.
Leon. Sacarte yo, estará mal
A nuestras prendas y honor:
Pero harálo el provisor
Que allí llaman oficial.
Y es el que las veces tiene
Para casos semejantes
Del arzobispo.
Ip. Y si antes
Con la noche que ya viene
Me matan, y llega tarde
Ese remedio; ¡ay, cuitada!
Leon. Escucha.
Ip. De desdichada
Me ha venido el ser cobarde.
Leon. A otro cuarto te retira,
Poniendo en él otra cama:
Sola una criada llama
Y allí por tu vida mira.
Digo que cierres la puerta
De suerte, que tu marido
Si te busca, sin ruido
No pueda dejalla abierta.
Yo haré que en la calle esten
Amigos mios, de suerte
Que en son de escusar tu muerte,
A mas de alguno la den.
Cuanto y mas que yo vendré
Antes con el oficial.
Ip. Temerosa de mi mal,
Lo que ordenas haré.
Leon. ¿Así quedamos?
Ip. Así.
Leon. Pues ven, y pierde el temor.
Ip. El soberano Señor
Quiera dolerse de mí.
Supremo Señor, yo elijo,
En este infelice dia,
Por intercesora mia,
La madre de vuestro hijo.

(*Con esclamacion.*)

Leon. Ten ánimo, pues ha hecho
Tu razon fuertes mis brazos.
Ip. Ay, don Alvaro, á pedazos
Te voy sacando del pecho. (*Vase.*)

Salen Elvira y doña Eugenia.

Elv. Tambien hubiera venido
Sin habérmelo mandado.
Da. Eug. ¿Cómo, Antonio?
Elv. Mi cuidado,
En mil cosas te ha servido.
Da. Eug. ¿Y ha sido de algun provecho?
Elv. ¿Quieres siempre á mi señor?
Da. Eug. Mas por tema, que de amor,
Nunca le arranco del pecho.
Si no puedo velle muerto,
Gustaré de velle mio.
Elv. Pues si no te falta brio,
El ser tuyo será cierto.
Da. Eug. ¿Cómo?
Elv. Fiarte de mí
Es lo primero.
Da. Eug. Quisiera
Fiarte mi alma.
Elv. Espera,
Y escúchame, escucha.
Da. Eug. Di.
Elv. Vente esta noche conmigo
Donde yo te llevaré,
Y contigo le pondré
Sin saber que está contigo.
Que le goces, y te goce,
Sin saber que te ha gozado,
Tengo, señora, trazado.
Imagina, y reconoce
Lo que te advierte tu pecho.
Da. Eug. Ya eso está reconocido;
Mas teniendo yo marido,
Que es imposible sospecho
Faltalle.
Elv. Mi habilidad
Para ese estorbo prevengo;
De casa sacalle tengo,
Y aun quizá de la ciudad.
Da. Eug. Si eso haces, desde aquí
Por seguir mi gusto, sigo
Tu consejo.
Elv. Pues yo digo
Que quede ese cargo á mí.
Vete, que pienso que sale
Tu marido.
Da. Eug. Así quede. (*Vase.*)
Elv. No habrá cosa que no enrede,
Si la fortuna me vale.

Sale Valerian solo.

Val. En suceso tan estraño,
Todo es pena y confusiones.
Elv. Ya el tiempo con ocasiones
Pienso que esfuerza mi engaño.
Val. O Antonio, por vida mia
Que iba á tu casa á buscarte.
Elv. Y yo, señor, por hablarte,
Y por servirte venia.
Val. Desde que el papel me diste,
Antonio, mi pensamiento
Que era fuego, con viento

Lo apagaste, y lo encendiste.
Bien verás lo que causaste,
Si en mis confusas razones
Te muestro las confusiones
Que en el alma me dejaste.
Pero mas claro te digo
Que me digas ¿quién te dió
Este billete?
Elv. ¿Pues yo
Tan poco, señor, te obligo,
Que creas que te menti?
Antes dije, y digo agora
Que me le dió mi señora.
Val. ¿Qué dices?
Elv. Mil veces sí.
Val. ¿Es posible?
Elv. Puedes creer
Lo que yo te facilito.
Val. Sábete que viene escrito
Con letra de mi muger.
El ver esto, en un abismo
De quimeras me metió.
Elv. Quizá que ella la escribió
Por tercera de tí mismo.
¿No puede habella engañado,
Como amiga de quien fia,
Diciéndole que escribia
A un caballero casado?
Val. Seria una cosa estraña.
Elv. Tú no sabes que en efeto,
Engaña como discreto,
Quien con la verdad engaña.
Val. ¿Sabe escribir?
Elv. Pues no es llano,
Que de honesta y recogida,
No se sabe que en su vida
Tomase pluma en la mano.
Val. No advirtió la confusion
En que me ha puesto.
Elv. Yo digo
Que por burlarse contigo
En la primera ocasion,
Con esta traza ha querido
Engañar á tu muger.
Val. Eso pudiera creer,
A ser su favorecido.
Elv. Quizá que descubre ansi
Alguna brasa que esconde.
Val. Demas desto, no responde
A lo que yo le escribí.
Escucha, dice: « Aunque trates (*Leyendo.*)
Con burlas todas mis veras,
Procuraré que me quieras,
O á lo menos, que me mates. »
¡Yo con burlas, ay de mí!
A sus veras he tratado!
Elv. ¿Si piensa que te has burlado
Hasta agora?
Val. Que no.
Elv. Sí.
Mil mugeres están viendo
Que un hombre se está abrasando,
Y dicen que está burlando
Por respuesta.
Val. No lo entiendo.
« Buscaré luego ocasion, (*Leyendo.*)
En que te abrase mi fuego. »
Elv. Mira claro, aunque estés ciego,
Cuanto dice esa razon.
Val. « Y yo te hablaré mañana, (*Leyendo.*)
Si la ocasion me falta hoy,
O la vida. »
Elv. O loco estoy,
O esa razon es bien llana.
Y mas para mí que vengo
A decir cuan cierto es eso
Esta noche.
Val. ¿Y tengo seso,
Viendo la dicha que tengo?
¿Cómo, Antonio, he merecido
Esta gloria, desde ayer?
Elv. Pueden mucho en la muger
Los desdenes del marido.
Quizá de desesperada
Tu esperanza ha de lograrte;
Pero discursos aparte,
Él hizo cierta jornada.
Di tú tambien que te vas,
Y adviérteme dónde iré
A buscarte, y te pondré
Donde dichoso serás.
Val. ¿Qué, don Alvaro se ha ido
De Valencia?
Elv. No hay dudar,
Y tú podrás ocupar
El lugar que él no ha querido.
Dile luego á tu muger
Que te partes.
Val. A eso voy.
Sin considerar estoy
La gloria que he de tener,
Pues me podria matar
El gusto de imaginalla;
Y es bien no considerralla,
Para podella gozar.
Elv. ¿Adónde á buscarte voy,
Para lograr tu deseo?
Val. A la plaza de la Seo.
Elv. Bueno vas.
Val. Dichoso soy. (*Vase.*)
Elv. Ello va bien marañado:
Otro litigante viene;
Buen pleito conmigo tiene,
Que engaño como letrado.

Sale Pierres.

Pier. O fill de puta guiton,
Quem mia trait en la carta.
Elv. ¿Qué es esto, Pierres?
Pier. Aparta.
Elv. Bravos ademanes son.
¿Qué tienes?
Pier. Hazme enganeche.
Elv. ¿Yo, con qué?
Pier. Con lo papel;
He yo mi son de perder,
O te ha de manchar lo feche.
¿Quién te piensi que yo es,
Aunque serveje de lacayo?

(*Tienta la espada Pierres.*)

Elv. Pienso que eres, bravo ensayo,
Un caballero frances.
¿Mas porqué te has enojado
Con quien tu amigo ha de ser?
Pier. Pardiu que tens de leger
Este paper que me has dado.
Elv. Dame aquí, dice: «Señora, (*Leyendo.*)
Tu hermosura me obligó.»
Pier. ¿É bien, só señora yo?
Elv. Yo caigo en la cuenta agora.
Oye, Pierres, con sosiego,
Y lo que es te contaré:
«A que en mis canas te dé, (*Leyendo.*)
Que son nieve, tanto fuego.
Pero no tengas en poco
Que te ofrezca vida y mano
Un hidalgo castellaño.»
Pier. ¿Castillaño?
Elv. Viejo loco:
«Mi alma en tus manos dejo,
Yo que deseo servirte,
Y verte mas que escribirte:»
Qué bien nota, y qué á lo viejo.
Ahora escucha la ocasion
Del enojo que has tenido:
Sabe que desvanecido
Este viejo fanfarron,
Para dalle á Madalena
Que hace poco caso dél,
Me dió tambien un papel,
Y yo, Dios, y en hora buena,
Como este y aquel traia,
Pude trocallos ansí;
Y á ella el tuyo le dí,
Y á ti este: culpa es mia.
Pero pídote perdon,
Y daréte, si te allanas.
Pier. De riure me donas ganas.
Elv. Oye la satisfacion:
Rafela te está esperando
Para esta noche, y si vas,
Sin duda la gozarás.
Pier. Saltant andaré, y bailando.
Elv. Pues una saya prestada
Con un manto es menester:
Y vestido cual muger,
De mí solo acompañada,
Entrarás con mucho tiento,
Donde el viejo castellano
Te llevare de la mano,
Que él nos presta su aposento.
Y allí bajará Rafela,
Pues yo mismo la traeré:
Y por servirte, estaré
Mientras os holgueis, en vela.
¿Atréveste tú?
Pier. Es gallina
Pierres, andaré contigo.
Elv. ¿Es Antonio buen amigo?
¿Pasóte ya la mohina?
Pier. Las manos te vull besar,
Eres, Antoni, hom honrado.
Elv. Tente.
Pier. Los peus te ha besado,
Ay, Pierres.
Elv. Saltar, bailar,
Eso sí: porque se apreste
El vestido, vete afuera.
Pier. Es francesa la tendera.
É faré que mi lo empreste.
Elv. Tráele pues, y luego voy
A llevarte.
Pier. Vax corriendo. (*Vase.*)
Elv. Yo misma me estoy riendo
De lo que trazando estoy.

Sale doña Eugenia.

Da. Eug. Todo está cierto y seguro.
Oye, Antonio, ya se ha ido:
¿Cómo obligalle has podido?
Elv. Tiene fuerza mi conjuro.
Da. Eug. Sin duda que algun encanto
Ha obrado en tu boca agora.
Elv. Vamos, que es tarde, señora.
Da. Eug. Pues ven, cubriréme un manto.
Elv. Esta noche he de juntaros *ap.*
A tu marido y á ti;
Porque don Alvaro así
Pueda vengarse y mataros.

(*Vanse las dos, y sale Galindez.*)

Gal. ¡Esta esperanza del bien
Cómo las horas alarga,
Y de mis años la carga
Cómo me cansa tambien!
Si me engaña este rapaz,
Que tarda tanto; ¡ay Cupido,
Agora de mi sentido
Fiera guerra, y dulce paz!

Un poco me aflige el sueño,
En pié lo quiero sufrir:
Que si me siento, en dormir,
Seré lo mismo que un leño.
Gente viene; él es, agora
Mi esperanza se logró.

Salen doña Eugenia con manto, y tráela Elvira de la mano.

¿Es mi Madalena?
Elv. No;
Entretenme esta señora;
Que Madalena vendrá
En bajando. (*Vase.*)
Da. Eug. No os dé pena,
Que ya viene Madalena.
Gal. A vuestro lado será
Gracia todo cuanto pase;
Y si quereis heredar
De Madalena el lugar,
Sin permitir que me abrase,
Mientras viene, podeis vos
Darme gusto.
Da. Eug. Bien á fe;
¿Y si viniere?
Gal. Seré
Muy hombre para las dos.
Da. Eug. Teneis buenas intenciones.
Gal. Mejores obras vereis.
Da. Eug. Y decidme, ¿dais, ó haceis
A las mugeres doblones?
Gal. De vuestra malicia estoy
Al cabo, aunque mas os sobre;
Como poderoso y pobre
Ni los hago, ni los doy.
Yo sé mi negocio bien,
Pues que soy, señora, os juro,
Para no doblarme, duro,
Y para no dar, tambien.
Da. Eug. Respondió estremadamente,
Al fin sois viejo y matrero.
Gal. Y para vuestro mé quiero.

Sale Elvira sola.

Elv. Señora, conmigo vente.
De la suerte viene á estar
La cara, que suerte fué:
Al fin, como imaginé,
Y como pude pintar.
El cuarto solo ha dejado
Donde de ordinario está,
Y retirado se ha
A otro cuarto, y se ha llevado
A sus mugeres consigo.
Dichosa ocasion te llama,
Ven, y pondráste en su cama.
Sigueme, ven.
Da. Eug. Ya te sigo.
Elv. Luego vengo.
Gal. Aquí te espero.

(*Vanse las dos.*)

¿Qué querrá el rapaz hacer?
Tambien debe de querer
Muger, como yo la quiero.
Pardiez, huélguese en buena hora,
Tenga como yo alegría;
Solo pesar me podria
Que se detuviese agora.
Si Madalena viniese,
Y la empreñase de un hijo:
Voto al sol, grande regocijo
De tal suceso tuviese.

Sale Elvira sola.

Elv. Ya desnudando la dejo,
¡Qué burlada se ha de hallar!
Al gabacho he de llamar,
Para burlarme del viejo.
¿Galindez? al punto vengo.
Gal. No tardes.
Elv. Un viento soy.

(*Vase Elvira, y sale don Alvaro solo.*)

D. Alv. En esto resuelto estoy
Por el cuidado que tengo.
Que fiar de una muger
Negocio de tanto peso,
Parece falta de seso,
Y hasta aquí lo pudo ser.
Meterme quiero en mi casa,
Y de mi muger al lado:
Qué sé yo en cuanto he faltado
Si es que Elvira me la abrasa.
A Ipolita con estraño
Afeto he de regalalla,
Que el mucho desesperalla
Podria ser en mi daño.
Esto es sin duda mejor,
Sin otra cosa esperar;
Que ocasion no ha de faltar
Para matar un traidor.
Gal. Háci acá viene, por Dios. (*Acércase.*)
D. Alv. ¿Quién vive?
Gal. ¿Es mi amo?
D. Alv. Ah, Galindez, cuando os llamo,
Respondedme, ¿y qué haceis vos
Aquí, con la puerta abierta?
Gal. El fresco estaba tomando.
D. Alv. Gracioso estais, en entrando
Cerraréis bien esa puerta.
Gal. ¿Norabuena, quereis lumbre?
D. Alv. Despertáranse con vella,
Y á desnudarme sin ella
Me ha enseñado la costumbre. (*Vase.*)
Gal. Pues no tengo de cerrar

La puerta, aunque venga el dia:
Que desta esperanza mia
El fin tengo de esperar.
Por el rico vellocino,

Salen Elvira y Pierres, vestido como muger con un manto.

Que son ellos.
Elv. Tú entre tanto
Calla la boca.
Gal. Que un manto
Encubra mi sol divino.
Elv. Calla y disimula tú
Mientras voy, y quedará
Engañada.
Pier. Tana fará
Que sen porte Barechú.
Elv. ¿Estás contento?
Gal. Estoy loco
De alegría.
Elv. Bueno vas.
¿Que es posible?
Pier. O pardi pas.
Gal. Que tu hermosa mano toco.
Elv. Ganas me da de reir.

(*Entranse de la mano, y sale Valerian.*)

Val. Pierde el seso quien espera.
Elv. Y en esto me detuviera,
Pero tengo que acudir.
Val. Antonio.
Elv. Al punto has llegado
Que yo te iba á buscar:
Pero pudieras errar
Por esto que has acertado.
Cólera ha sido.
Val. Pues no,
Si ha mil años que te espero.
Elv. Pienso que fuiste el primero
Que con cólera acertó.
Vente conmigo.

(*Vanse, y sale Leonardo, hermano de Ipolita, acompañado de algunos.*)

Leon. Si es él,
Ya se entró, venid, lleguemos;
Y pues queda abierta, entremos
Sin ruido y sin tropel.

Salen todos los nuncios ó alguaciles del arzobispo con sus varas, y entran juntos: sale don Alvaro en cuerpo de camisa, acuchillando á Valerian, y él retirándose, y vuelven á salir todos los que entraron, y despártenlos.

D. Alv. Huyes, villano.
Val. ¿Qué es esto?
Perdido soy, ¡ay de mí!
D. Alv. Pues he de matarte á tí,
Y al que en mi casa te ha puesto.

(*Acaban de salir los nuncios y alguaciles, y Leonardo, y todos los demas, y tiénenlos.*)

Alg. Teneos al rey.
D. Alv. No mirais...
Leon. Teneos, hermano.
D. Alv. No veis
Que en el honor me ofendeis,
Si á mi ofensor amparais.
Alg. Bastará tenelle asido.
D. Alv. Déjame, que el seso pierdo.
Alg. Tened sosiego, sed cuerdo,
Y decí en qué os ha ofendido.
D. Alv. Por tí quiero hacello agora,
Mas perdóname despues:
Vino á mi casa el que ves,
Con una intencion traidora.
Estaba en la cama yo
Con mi muger.
Leon. ¿Con mi hermana?
D. Alv. Y el traidor....
Leon. ¡Suerte inhumana!
D. Alv. En mi aposento se entró.
Alg. Entrad vos, señor Leonardo,
Y á vuestra hermana sacad. (*Vase.*)
D. Alv. Que se apure esta verdad,
Para dalle muerte aguardo.

Salen Leonardo y doña Eugenia, pensando que era Ipolita.

Leon. Salid presto.
Da. Eug. He de perder
La vida.
D. Alv. ¿Cielo, qué veo?
¿Es posible? aun no lo creo.
Val. ¡Ay, cuitado, es mi muger!

Sale Pierres como muger con su manto, luchando con Galindez.

Pier. Pardiu que aus tine de matar,
Al villaco bujiarron.
Alg. ¿Qué es esto? figuras son
Que son muy para mirar.
Teneldos, parece sueño
Lo que se ha ofrecido aquí.

Sale Ipolita sola.

Ip. Hermano.
Leon. Hermana, sali,
Que ya teneis otro dueño.
D. Alv. ¡Qué súbita confusion!
Val. ¡Qué descomedida afrenta!
Alg. No sé qué diga, ó qué sienta,
De tan no vista ocasion.
Elv. Confieso que pude hacer

Este enredo.
Alg. ¿Cómo fué?
Elv. Primero, señor, diré
A todos, que soy muger.
Ip. ¡Jesus mio!
Leon. ¡Caso estraño!
Elv. Fué travesura, y no menguą.
Alg. Buena cara.
Gal. Y buena lengua
Para trazar un engaño.
Val. Oye, señor, de corrido
Apenas hablar acierto;
Por mi órden quedó muerto
De mi muger el marido.
Esto con ella traté;
Y como viuda quedó,
Caséme con ella yo,
Y ella lo diga.
Da. Eug. Así fué.
Val. De la justicia esto escondo,
Y de tí vengo á saber
Si pudo ser mi muger.
Alg. Que no puede te respondo.
Y hay precisa obligacion
De apartarte, y de dejalla.
Val. Pues con eso, señor, halla
Mi honra satisfacion.
Da. Eug. Yo tengo mi merecido.
D. Alv. A mí el cielo me ha vengado,
Por un camino estremado.
Leon. Di, señor, á qué has venido.
Alg. Señor don Alvaro, en Roma
La dispensacion erraron
Los que allá la procuraron;
Y de aquí ocasion se toma
Para que Ipolita sea
No vuestra, sino de quien
Ella guste.
D. Alv. Está muy bien,
Si ella quiere: habrá quién crea
Que yo, pues honrado soy,
Para mia he de querer
Contra su gusto muger:
Que contento, libre estoy. *ap.*
Ip. Mas quiero estar sin marido,
Que tenello, y tener zelos.
Elv. A tí, señor, y á los cielos,
De quien el honor me ha debido
Pedir justicia pudiera
Siendo agora su muger.
Alg. ¿Pues, dí, qué quieres hacer?
Elv. No quiera Dios que tal quiera.
La vida de los casados
He visto en aquestos dos;
Y así no permita Dios
Que á ella estienda mis cuidados.
Volverme quiero á mi tierra,
Donde un monasterio habrá
Que en dulce paz me tendrá,
Y no en tan amarga guerra.
Alg. Pues todos quedais contentos,
No tengo mas que esperar.

(*Vanse los nuncios y alguaciles.*)

Da. Eug. Libertad les quiero dar
De hoy mas, á mis pensamientos.
Val. Ancho es el mundo, y podré
Con anchura andar por él.
Gal. Penitencia haré cruel.
Pier. A Franza men andaré.
Ip. Daré al cielo mis cuidados
Por soberano misterio.
D. Alv. Con fin de mi cautiverio,
Acaba los Mal Casados.

MIGUEL DE CERVANTES.

NUMANCIA.

TRAGEDIA.

PERSONAS.

CIPION.
JUGURTA.
GAYO MARIO.
QUINTO FABIO MAXIMO, hermano de Cipion.
SOLDADOS ROMANOS.
DOS EMBAJADORES DE NUMANCIA.
Una Doncella que representa á ESPAÑA.
El rio DUERO.
TEOGENES.
CORABINO.
CUATRO NUMANTINOS, gobernadores de Numancia.
MORANDRO, amante de Lira.
LEONCIO, amigo de Morandro.
LIRA, prometida esposa de Morandro.
DOS SACERDOTES NUMANTINOS.
VARIAS MUGERES Y HOMBRES NUMANTINOS.

JORNADA PRIMERA.

ESCENA PRIMERA.

Salen Cipion y Jugurta.

Cip. Esta dificil y pesada carga
Que el senado romano me ha encargado,
Tanto me aprieta, me fatiga y carga,
Que ya sale de quicio mi cuidado:
Guerra de curso tan estraño y larga,
Y que tantos romanos ha costado,
¿Quién no estará suspenso al acabarla?
¿O quién no temerá de renovarla?
Jug. ¿Quién, Cipion? Quien tiene la ventura
Y el valor nunca visto, que en ti encierras;
Pues con ella y con él está segura
La victoria y el triunfo destas guerras.
Cip. El esfuerzo regido con cordura
Allana al suelo las mas altas sierras;
Y la fuerza feroz de loca mano
Aspero vuelve lo que está mas llano.
Mas no hay que reprimir, á lo que veo,
La furia del ejército presente,
Que olvidado de gloria y de trofeo
Yace entregado á la lascivia ardiente:
Esto solo pretendo, esto deseo,
Volver á nuevo trato á nuestra gente;
Que enmendando primero el que es amigo
Sujetaré mas pronto al enemigo.
¿Mario?

Sale Gayo Mario.

Mario. ¿Señor?
Cip. Haz que á noticia venga
De todo nuestro ejército en un punto,
Que, sin que estorbo alguno le detenga,
Parezca en este sitio todo junto;
Porque una breve plática ó arenga
Le quiero hacer.
Mario. Harélo en este punto.
Cip. Camina, porque es bien que sepan todos
Mis nuevas trazas y mis viejos modos.

(*Vase Gayo Mario.*)

Jug. Séte decir, señor, que no hay soldado
Que no te tema juntamente y te ame:
Y porque ese valor tuyo estremado
De Antártico á Calisto se derrame,
Cada cual con feroz ánimo osado,
Cuando la trompa á la ocasion le llame,
Piensa de hacer en tu servicio cosas
Que pasen las hazañas fabulosas.
Cip. Primero es menester que se refrene
El vicio que entre todos se derrama:
Que si esto no se quita, en nada tiene
Con ellos que hacer la buena fama:
Si este daño comun no se previene,
Y se deja arraigar su ardiente llama,
El vicio solo puede hacernos guerra,
Mas que los enemigos de la tierra.

(*Toca dentro á recoger el tambor.*)

Jug. No dudo yo, señor, sino que importa
Regir con duro freno la milicia,
Y que se dé al soldado rienda corta,
Cuando él se precipita en la injusticia:
La fuerza del ejército se acorta
Cuando va sin arrimo de justicia,
Aunque mas le acompañen á montones
Mil pintadas banderas y escuadrones.

A este tiempo han de entrar los mas soldados romanos que pudieren y Gayo Mario; y Cipion se sube sobre una peñuela, y mirando á los soldados, dice:

Cip. En el fiero ademan, en los lozanos
Marciales aderezos y vistosos,
Bien os conozco, amigos, por romanos,
Romanos digo, fuertes y animosos:
Mas en las blancas delicadas manos,
Y en las teces de rostros tan lustrosos,
Allá en Bretaña pareceis criados
Y de padres flamencos engendrados.
El general descuido vuestro, amigos,
El no mirar por lo que tanto os toca,
Levanta los caidos enemigos,
Y vuestro esfuerzo y opinion apoca.
Desta ciudad los muros son testigos,
Que aun hoy están cual bien fundada roca,
Por vuestras perezosas fuerzas vanas,
Que solo el nombre tienen de romanas.
¿Paréceos, hijos, que es gentil hazaña
Que tiemble del romano nombre el mundo,
Y que vosotros solos en España
Le aniquileis y echeis en el profundo?
¿Qué flojedad es esta tan estraña?
¿Qué flojedad?... Si mal yo no me fundo,
Es flojedad nacida de pereza,
Enemiga mortal de fortaleza.
La blanda Vénus con el duro Marte
Jamas hacen durable ayuntamiento:
Ella regalos sigue; él sigue el arte
Que incita á daños y á furor sangriento.
La cipria diosa estése agora aparte:
Deje su hijo nuestro alojamiento:
Que mal se aloja en las marciales tiendas
Quien gusta de banquetes y meriendas.
¿Pensais que solo atierra la muralla
El ariete de ferrada punta,
Y que solo atropella la batalla
La multitud de gente y armas junta?
Si el esfuerzo y cordura no se halla,
Que todo lo previene y lo barrunta,
Poco aprovechan muchos escuadrones,
Y menos infinitas municiones.
Si á militar concierto se reduce
Cualquier pequeño ejército que sea,
Vereis que como sol claro reluce
Y alcanza las victorias que desea:
Pero si á flojedad él se conduce,
Aunque abreviado el mundo en él se vea,
En un momento quedará deshecho
Por mas regladá mano y fuerte pecho.
Avergüenceos, varones esforzados,
Ver que á nuestro pesar con arrogancia
Tan pocos españoles y encerrados
Defienden este nido de Numancia.
Diez y seis años son y mas pasados
Que mantienen la guerra y la jactancia
De haber vencido con feroces manos
Millares de millares de romanos.
Vosotros os venceis, que estais vencidos
Del bajo antojo femenil liviano,
Con Vénus y con Baco entretenidos,
Sin que á las armas apliqueis la mano.
Correos agora, si no estais corridos
De ver que este pequeño pueblo hispano
Contra el poder romano se defienda,
Y cuando mas sitiado, mas ofenda.
De nuestro campo quiero en todo caso
Que salgan las infames meretrices,
Que de ser reducidos á este paso
Ellas solas han sido las raices.
Para beber no quede mas de un vaso,
Y los lechos, un tiempo ya felices,
Llenos de concubinas, se deshagan,
Y de fagina y en el suelo se hagan.
No me huela el soldado á otros olores
Que al olor de la pez y la resina,
Ni por gulosidad de los sabores
Traiga aparato alguno de cocina:
Que el que busca en la guerra estos primores
Muy mal podrá sufrir la coracina.
No quiero otro primor, ni otra fragancia
En tanto que español viva en Numancia.
No os parezca, soldados, escabroso
Ni duro este mi justo mandamiento,
Que al fin conocereis ser provechoso,
Cuando aquel consigais de vuestro intento.
Bien sé se os ha de hacer dificultoso
Dar á vuestras costumbres nuevo asiento;
Mas si no las mudais, estará firme
La guerra que esta afrenta mas confirme.
En blandas camas, entre juego y vino
Hállase mal el trabajoso Marte,
Otro aparejo busca, otro camino,
Otros brazos levantan su estandarte:
Cada cual se fabrica su destino;
No tiene aquí fortuna alguna parte;
La pereza fortuna baja cria,
La diligencia imperio y monarquía.
Estoy con todo esto tan seguro
De que al fin mostraréis que sois romanos,
Que tengo en nada el defendido muro
Destos rebeldes, bárbaros hispanos;
Y así os prometo por mi diestra, y juro,
Que si igualais al ánimo las manos,
Que las mias se alarguen en pagaros,

Y mi lengua tambien en alabaros.

(*Míranse los soldados unos á otros, y hacen señas á Gayo Mario para que responda por todos.*)

Mario. Si con atentos ojos has mirado,
Inclito general, en los semblantes
Que á tus breves razones han mostrado
Los que tienes agora circunstantes,
Cual habrás visto sin color, turbado,
Y cual con ella: indicios bien bastantes
De que el temor y la vergüenza á una
Los aflige, molesta é importuna:
Vergüenza, de mirarse reducidos
A términos tan bajos por su culpa,
Que viendo ser por tí reprehendidos,
No saben á su falta hallar disculpa;
Temor, de tantos yerros cometidos,
Y la torpe pereza que los culpa,
Los tiene de tal modo, que se holgáran
Antes morir que en esto se halláran.
Pero el lugar y tiempo que les queda
Para mostrar alguna recompensa,
Es causa que con menos fuerza pueda
Fatigarles el peso de la ofensa.
De hoy mas con presta voluntad y leda
El mas mínimo destos cuida y piensa
De ofrecer sin reparo á tu servicio
La hacienda, vida y honra en sacrificio.
Admite pues de sus intentos sanos
El justo ofrecimiento, señor mio,
Y considera al fin que son romanos,
En quien nunca faltó del todo el brio.
Vosotros levantad las diestras manos
En señal que aprobais el voto mio.

Sold. Todo lo que aquí has dicho confir-
Mario. ¿Y lo jurais tambien? [mamos.
Sold. Sí, lo juramos.

Cip. Pues arrimada á tal ofrecimiento,
Crecerá desde hoy mas mi confianza,
Creciendo en vuestros pechos ardimiento,
Y del viejo vivir nueva mudanza.
Vuestras promesas no se lleve el viento,
Hacedlas verdaderas con la lanza,
Y tened en las mias confianza.

Un Sold. Dos numantinos con seguro vie-
A darte, Cipion, una embajada. [nen

Cip. ¿Porqué no llegan ya? ¿En qué se detienen?

Sold. Esperan que licencia les sea dada.

Cip. Si son embajadores ya la tienen.

Sold. Embajadores son.

Cip. Dales entrada:
Que el descubrir el cierto ó falso pecho
Del enemigo, siempre es de provecho.
Jamas la falsedad vino cubierta
Tanto con la verdad, que no mostrase
Algun pequeño indicio, alguna puerta
Por donde su maldad se investigase.
Oir al enemigo cosa es cierta
Que siempre aprovechó, no que dañase;
Y en las cosas de guerra, la esperiencia
Muestra que lo que digo es cierta ciencia.

Entran dos embajadores numantinos, primero y segundo.

Emb. 1°. Si nos das, general, grata licen-
De decir la embajada que traemos, [cia
Do estamos, ó ante sola tu presencia,
Todo á lo que venimos te diremos. [diencia.

Cip. Decid, que donde quiera doy au-

Emb. 1°. Pues con ese seguro que tene-
Y tu benignidad ha concedido, [mos,
Daré principio á lo que soy venido.
Numancia, de quien yo soy ciudadano,
Inclito general, á tí me envia,
Como al mas fuerte Cipion romano,
Que ha cubierto la noche, ó visto el dia,
A pedirte le des la amiga mano,
En señal de que cesa la porfía,
Tan trabada y cruel de tantos años,
Que ha causado sus propios y tus daños.
Dice que nunca de la ley y fueros
Del romano senado se apartára,
Si el insufrible mando y desafueros
De un cónsul y otro no la fatigára.
Ellos con duros estatutos fieros,
Y con su estrecha condicion avara,
Pusieron tan gran yugo á nuestros cuellos,
Que forzados salimos dél y dellos;
Y en todo el largo tiempo que ha durado
Entre ambas partes la contienda, es cierto
Que ningun general hemos hallado
Con quien poder tratar de algun concierto.
Empero agora, que ha querido el hado
Reducir nuestra nave á tan buen puerto,
Las velas de la guerra recogemos,
Y á cualquier partido nos ponemos.
Y no imagines que temor nos lleva
A pedirte las paces con instancia;
Pues la larga esperiencia ha dado prueba
Del poder valeroso de Numancia:
Tu virtud y valor es quien nos ceba,
Y nos persuade que será ganancia
Mayor de cuantas desear podremos
Si por jefe y amigo te tenemos.
A esto ha sido la venida nuestra,
Respóndenos, señor, lo que te place.

Cip. Tarde de arrepentidos dais la mues-
Poco vuestra amistad me satisface: [tra:
De nuevo ejercitad la fuerte diestra,
Que quiero ver lo que la mia hace,
Ya que ha puesto en ella la ventura
La gloria mia y vuestra desventura.
A desvergüenza de tan largos años
Es poca recompensa pedir paces:

Seguid la guerra, renovad los daños;
Salgan de nuevo las valientes haces.
Emb. 2º. La falsa confianza mil engaños
Consigo trae: advierte lo que haces,
Señor, que esa arrogancia que nos muestras
Renovará el valor de nuestras diestras;
Y pues niegas la paz, que con buen celo
Te ha sido por nosotros demandada,
De hoy mas la causa nuestra con el cielo
Quedará por mejor calificada;
Y antes que pises de Numancia el suelo
Probarás do se estiende la indignada
Furia de aquel, que siéndote enemigo,
Quiere serte aliado y fiel amigo.
Cip. ¿Teneis mas que decir? [nemos
Emb. 1º. No; mas te-
Que hacer, pues tú, señor, ansí lo quieres,
Sin querer la amistad que te ofrecemos,
Correspondiendo mal á ser quien eres.
Pero entonces verás lo que podemos,
Cuando nos muestres tú lo que pudieres:
Que es una cosa razonar de paces,
Y otra romper por las armadas haces.
Cip. Verdad dices; y ansí, para mostraros
Si sé tratar en paz y obrar en guerra,
No quiero por amigos aceptaros,
Ni lo seré jamas de vuestra tierra;
Y con esto podeis luego tornaros.
Emb. 2º. ¿Que en esto tu querer, señor,
Cip. Ya he dicho que sí. [se encierra?
Emb. 2º. Pues sus, al hecho,
Que guerras ama el numantino pecho.

(Salen los embajadores; y Q. Fabio, hermano de Cipion, dice:)

Fab. El descuido pasado nuestro ha sido
El que os hace hablar de aquesa suerte:
Mas ya ha llegado el tiempo, ya es venido
Do vereis nuestra gloria y vuestra muerte.
Cip. El vano blasonar no es permitido
De pecho valeroso, honrado y fuerte:
Templa las amenazas, Fabio, y calla,
Y tu valor descubre en la batalla:
Aunque yo pienso hacer que el numantino
Nunca á las manos con nosotros venga,
Buscando de vencerle tal camino,
Que mas á mi provecho le convenga.
Yo haré que abaje el brío y pierda el tino,
Y que en sí mismo su furor detenga.
Pienso de un hondo foso rodeallos,
Y por hambre insufrible sujetallos.
No quiero ya que sangre de romanos
Colore mas el suelo desta tierra;
Basta la que han vertido estos hispanos
En tan larga, reñida y cruda guerra.
Ejercítense agora vuestras manos
En romper y cavar la dura tierra,
Y cúbranse de polvo los amigos,
Que no lo esten de sangre de enemigos.
No quede de este oficio reservado
Ninguno que le tenga preminente:
Trabaje el decurion como el soldado,
Y no se muestre en esto diferente:
Yo mismo tomaré el hierro pesado
Y romperé la tierra prontamente.
Fab. Valeroso señor y hermano mio,
Bien nos muestras en esto tu cordura;
Pues fuera conocido desvarío
Y temeraria muestra de locura
Pelear contra el loco airado brío
Destos desesperados sin ventura.
Mejor será encerrallos, como dices,
Y quitarles al brío las raices.
Bien puede la ciudad toda cercarse.
Si no es la parte por do el rio la baña.
Cip. Vamos, y venga luego á efectuarse
Esta mi nueva, poco usada hazaña:
Que si en nuestro favor quiere mostrarse
El cielo, quedará sujeta España
Al senado romano, solamente
Tomando por asedio aquesta gente.

ESCENA II.

Sale una doncella coronada de torres y castillos, que representa á España, y dice:

Esp. Alto, sereno y espacioso cielo,
Que con tus influencias enriqueces
La parte que es mayor deste mi suelo,
Y sobre muchos otros le engrandeces;
Muévate á compasion mi amargo duelo,
Y pues al afligido favoreces,
Favoréceme á mí en ansia tamaña,
Que soy la sola, desdichada España.
Bástete ya que un tiempo me tuviste
Todos mis fuertes miembros abrasados,
Y al sol por mis entrañas descubriste
El reino escuro de los condenados:
A mil tiranos mis riquezas diste:
A fenicios y griegos entregados
Mis reinos fueron, porque tú has querido,
O porque mi maldad lo ha merecido.
¿Será posible que contino sea
Esclava de naciones estranjeras,
Y que un pequeño tiempo yo no vea
De libertad tendidas mis banderas?
Con justísimo título se emplea
En mí el rigor de tantas penas fieras,
Pues mis famosos hijos y valientes
Andan entre sí mismos disidentes.
Jamas en su provecho concertaron
Los divididos ánimos briosos;
Antes entonces mas los apartaron
Cuando se vieron mas menesterosos;
Y ansí con sus discordias convidaron

Los bárbaros de pechos codiciosos
A venir y entregarse en mis riquezas,
Usando en mí y en ellos mil cruezas.
Sola Numancia es la que sola ha sido
Quien la luciente espada sacó fuera,
Y á costa de su sangre ha mantenido
La amada libertad suya primera.
¡Mas ay! que veo el término cumplido,
Y llegada la hora postrimera,
Do acabará su vida, y no su fama,
Cual fénix, renovándose en la llama.
Estos tan muchos, tímidos romanos,
Que buscan de vencer cien mil caminos,
Rehusan de venir mas á las manos
Con los pocos valientes numantinos.
¡Oh, si saliesen sus intentos vanos,
Y fuesen sus esfuerzos desatinos,
Y esta pequeña tierra de Numancia
Sacase de su pérdida ganancia!...
Pero, ¡ay! que el enemigo la ha cercado,
No solo con las armas contrapuestas
Al flaco muro suyo, mas ha obrado
Con diligencia estraña y manos prestas
Un foso por la márgen trincheado,
Rodeando la ciudad por llano y cuestas:
Solo la parte por do el rio se estiende
De este ardid nunca visto se defiende.
Ansí están encogidos y encerrados
Los tristes numantinos en sus muros;
Ni ellos pueden salir, ni ser entrados,
Y están de los asaltos bien seguros;
Pero en solo mirar que están privados
De ejercitar sus fuertes brazos duros,
Con horrendos acentos y feroces
La guerra piden, ó la muerte, á voces.
Y pues sola la parte por do corre
Y toca á la ciudad el ancho Duero,
Es aquella que ayuda y que socorre
En algo al numantino prisionero,
Antes que alguna máquina ó gran torre
En sus aguas se funde, rogar quiero
Al caudaloso conocido rio
En lo que puede ayude al pueblo mio.
Duero gentil, que con torcidas vueltas
Humedeces gran parte de mi seno,
Ansí en tus aguas siempre veas envueltas
Arenas de oro, cual el Tajo ameno,
Y ansí las ninfas fugitivas sueltas,
De que está el verde prado y bosque lleno,
Vengan humildes á tus aguas claras,
Y en prestarte favor no sean avaras,
Que prestes á mis ásperos lamentos
Atento oido, ó que á escucharlos vengas,
Y aunque dejes un rato tus contentos,
Suplícote que en nada te detengas.
Si tú con tus continuos crecimientos
Destos fieros romanos no me vengas,
Cerrado veo ya todo camino
A la salud del pueblo numantino.

Sale el rio Duero.

Duero. Madre y querida España, rato ha-
Que hirieron mis oidos tus querellas; [bla
Y si en salir acá me detenia,
Fué por no poder dar remedio á ellas.
El fatal, miserable y triste dia,
Segun el disponer de las estrellas,
Se llega á Numancia, y cierto temo
Que no hay dar medio á su dolor estremo.
Con Orvion, Minuesa, y tambien Tera,
Cuyas aguas las mias acrecientan,
He llenado mi seno en tal manera
Que los usados márgenes revientan;
Mas sin temor de mi veloz carrera,
Cual si fuera un arroyo, veo que intentan
Hacer lo que tú, España, nunca veas,
Sobre mis aguas torres y trincheras.
Mas ya que el revolver del duro hado
Tenga el último fin estatuido
Deste tu pueblo numantino amado,
Pues á términos tales ha venido,
Un consuelo le queda en este estado,
Que no podrán las sombras del olvido
Escurecer el sol de sus hazañas,
En toda edad temidas por estrañas.
Y puesto que el feroz romano tiende
El paso agora por tu fértil suelo,
Y que te oprime aquí, y allí te ofende
Con arrogante y ambicioso celo,
Tiempo vendrá, segun que ansí lo entiende
El saber que á Proteo ha dado el cielo,
Que esos romanos sean oprimidos
Por los que agora tienen abatidos.
De remotas naciones venir veo
Gentes que habitarán tu dulce seno,
Despues que, como quiere tu deseo,
Habrán á los romanos puesto freno:
Godos serán, que con vistoso arreo,
Dejando de su fama al mundo lleno,
Vendrán á recogerse en tus entrañas,
Dando de nuevo vida á sus hazañas.
Estas injurias vengará la mano
Del fiero Atila en tiempos venideros,
Poniendo al pueblo tan feroz romano
Sujeto á obedecer todos sus fueros;
Y portillos abriendo al Vaticano,
Tus bravos hijos, y otros estranjeros,
Harán que para huir mueva la planta
El gran piloto de la nave santa.
Y tambien vendrá tiempo en que se mire
Estar blandiendo el español cuchillo
Sobre el cuello romano, y que respire
Solo por la bondad de su caudillo,
El grande Albano; haciendo se retire
El español ejército, sencillo,
No de valor, sino de poca gente,

Que iguala al mayor número en valiente.
Pero el que mas levantará la mano
En honra tuya y general contento,
Haciendo que el valor del nombre hispano
Tenga entre todos el mayor asiento,
Un rey será, de cuyo intento sano
Grandes cosas me muestra el pensamiento:
Será llamado, siendo suyo el mundo,
El segundo Filipo, sin segundo.
Debajo de su imperio tan dichoso
Serán á una corona reducidos,
Por bien universal y tu reposo,
Tus reinos hasta entónces divididos:
El giron lusitano, tan famoso,
Que un tiempo se cortó de los vestidos
De la ilustre Castilla, ha de zurcirse
De nuevo, y á su estado antiguo unirse.
¡Qué envidia y qué temor, España amada,
Te tendrán las naciones estranjeras,
En quien tú teñirás tu aguda espada,
Y tenderás triunfando tus banderas!
Sírvate esto de alivio en la pesada
Ocasion, por quien lloras tan de veras;
Pues no puede faltar lo que ordenado
Ya tiene de Numancia el duro hado.

Esp. Tus razones alivio han dado en parte,
Famoso Duero, á las pasiones mias,
Solo porque imagino que no hay parte
De engaño alguno en estas profecías. [gurarte,

Duero. Bien puedes de eso, España, ase-
Puesto que tarden tan dichosos dias;
Y á Dios, porque me esperan ya mis ninfas.

Esp. El cielo aumente tus sabrosas linfas.

JORNADA SEGUNDA.

ESCENA PRIMERA.

Teogenes y Corabino, con otros cuatro numantinos, gobernadores de Numancia. Siéntanse á consejo los cuatro numantinos, que no tienen nombres, y se señalan con los de primero, segundo, tercero y cuarto.

Teog. Paréceme, varones esforzados,
Que en nuestros daños con rigor influyen
Los tristes signos y contrarios hados,
Pues nuestra fuerza y maña disminuyen:
Tiénennos los romanos encerrados,
Y con cobardes mañas nos destruyen;
Ni con matar muriendo hay ya vengarnos,
Ni podemos sin alas escaparnos.
No solos á vencernos se presentan
Los que habemos vencido veces tantas,
Que tambien españoles se conciertan
Con ellos á segar nuestras gargantas.
Tan gran maldad los cielos no consientan;
Con rayos hieran las traidoras plantas
Que se mueven en daño del amigo,
Favoreciendo al pérfido enemigo.
Mirad si imaginais algun remedio
Para salir de tanta desventura,
Porque este largo y trabajoso asedio
Solo promete al fin la sepultura.
El ancho foso nos estorba el medio
De probar con las armas la ventura;
Aunque á veces valientes, diestros brazos
Rompen mil contrapuestos embarazos.

Cor. A Júpiter pluguiera soberano
Que nuestra juventud sola se viera
Con todo el bravo ejército romano
Adonde el brazo revolver pudiera:
Que allí al valor de la española mano
La mesma muerte poco estorbo fuera
Para dejar de abrir ancho camino
A la salud del pueblo numantino:
Mas pues en tales términos nos vemos
Que estamos como hembras encerrados,
Hagamos todo cuanto hacer podremos
Para mostrar los ánimos osados.
A nuestros enemigos convidemos
A singular batalla, que cansados
De este cerco tan largo, ser podria
Quisiesen acabarle por tal via.
Y cuando este remedio no suceda
A la justa medida del deseo,
Otro camino que intentar nos queda,
Aunque mas trabajoso á lo que creo:
Este foso y muralla, que nos veda
El paso al enemigo que allí veo,
En un tropel de noche le rompamos,
Y por ayuda á los amigos vamos.

Num. 1°. O sea por el foso, ó por la muerte,
De abrir tenemos paso á nuestra vida:
Que es dolor insufrible el de la muerte,
Si llega cuando mas vive la vida.
Remedio á las miserias es la muerte,
Si se acrecientan ellas con la vida,
Y suele tanto mas ser escelente,
Cuanto se muere mas honradamente.

Num. 2°. ¿Con qué mas honra pueden apartarse
De nuestros cuerpos estas almas nuestras,
Que en las romanas armas arrojarse
Y en su daño mover las fuertes diestras?
En la ciudad podrá muy bien quedarse
Quien guste de cobarde dar las muestras:
Que yo mi gusto pongo en quedar muerto
En el cerrado foso; ó campo abierto.

Num. 3°. Esta insufrible hambre macilen-
Que tanto nos persigue y nos rodea, [ta,
Hace que en vuestro parecer consienta,

Puesto que temerario y duro sea:
Muriendo escusarémos tanta afrenta:
Quien pues morir de hambre no desea
Arrójese conmigo al foso, y haga
Camino á su remedio con la daga.
Num. 4°. Primero que vengais al trance
Desta resolucion que habeis tomado, [duro
Paréceme ser bien que desde el muro
Nuestro fiero enemigo sea avisado,
Diciéndole que dé campo seguro
A un numantino, y otro su soldado,
Y que la muerte de uno sea sentencia
Que acabe nuestra antigua diferencia.
Son los romanos tan soberbia gente,
Que luego aceptarán este partido;
Y si le aceptan, creo firmemente
Que nuestro amargo daño es fenecido.
Tambien primero encargo que se haga
A Júpiter solemne sacrificio,
De quien podemos esperar la paga,
Harto mayor que nuestro beneficio.
Cúrese luego la profunda llaga
Del arraigado inveterado vicio;
Quizá con esto mudará de intento
El hado esquivo, y nos dará contento.
Para morir jamas le falta tiempo
Al que quiere morir desesperado:
Siempre seremos á sazon y á tiempo
Para mostrar muriendo el pecho osado:
Mas porque no se pase en balde el tiempo,
Mirad si os cuadra lo que aquí he notado;
Y si bien no os parece, dad un modo
Que mejor venga y que convenga á todo.
Teog. Ese arbitrio que muestran tus ra- [zones
Es aprobado del intento mio:
Háganse sacrificios y oblaciones,
Y póngase en efecto el desafio.
Yo desde aquí me ofrezco, si os parece
Que puede de mi esfuerzo algó fiarse,
De salir á este duelo que se ofrece,
Si por ventura viene á efectuarse.
Cor. Mas honra tu valor raro merece;
Bien pueden de tu esfuerzo confiarse
Mas dificiles cosas y mayores,
Pues eres el mejor de los mejores;
Y pues tú ocupas el lugar primero
De la honra y valor con causa justa,
Yo, que en todo me cuento por postrero,
Quiero ser el heraldo desta justa. [prefiero
Num. 1°. Pues yo con todo el pueblo me
Para hacer lo que á Júpiter mas gusta,
Que son los sacrificios y oraciones,
Si van con enmendados corazones. [gencia
Num. 2°. Vamos pues, y con presta dili-
Hagamos cuanto aquí propuesto habemos,
Antes que la mortífera dolencia
De la hambre nos ponga en los estremos.
Num. 3°. Si tiene el cielo dada la sentencia
De que en este rigor fiero acabemos,
Revóquela, si acaso lo merece
La justa enmienda que Numancia ofrece.

ESCENA II.

Salen primero dos soldados numantinos, Morandro y Leoncio.

Leoncio. Morandro amigo, ¿á dó vas?
¿Adónde mueves el pié?
Mor. Si yo mismo no lo sé,
Tampoco tú lo sabrás.
Leoncio. ¡Cómo te saca de seso
Tu amoroso pensamiento!
Mor. Antes despues que le siento
Tengo mas razon y peso.
Leoncio. Eso ya está averiguado:
Que el que sirviese al amor
Ha de ser por su dolor
Con razon muy mas pesado.
Mor. De malicia, ó de agudeza,
No escapa lo que dijiste.
Leoncio. Tú mi agudeza entendiste;
Mas yo entiendo tu simpleza.
Mor. ¿Que soy simple en querer bien?
Leoncio. Si ya el querer no se mide,
Como la razon lo pide,
Con cuando, como y á quien.
Mor. ¿Reglas quieres dar de amor?
Leoncio. La razon puede ponellas.
Mor. Razonables serán ellas;
Mas no de mucho primor.
Leoncio. En la amorosa porfía
A razon no hay conocella.
Mor. Amor no va contra ella,
Aunque della se desvia.
Leoncio. ¿No es ya contra la razon,
Siendo tú tan buen soldado,
Andar tan enamorado
En esta estrecha ocasion?
¿Al tiempo que del dios Marte
Has de pedir el furor,
Te entretienes con amor
Que mil blanduras reparte?
Ves la patria consumida,
Y de enemigos cercada,
¿Y tu memoria, turbada
Por amor, della se olvida?
Mor. En ira mi pecho se arde,
Por verte hablar sin cordura:
¿Hizo el amor por ventura
A ningun pecho cobarde?
¿Dejo yo la centinela
Por ir donde está mi dama?
¿O estoy dormiendo en la cama
Cuando mi capitan vela?
¿Hasme tú visto faltar

De lo que debo al oficio,
Por algun regalo ó vicio,
Ni menos por adamar?
Y si nada me has hallado
De que deba dar disculpa,
¿Porqué me das tanta culpa
De que sea enamorado?
Y si de conversacion
Me ves que ando siempre ageno,
Mete la mano en tu seno,
Verás si tengo razon.
¿No sabes los muchos años
Que tras Lira ando perdido?
¿No sabes que era venido
El fin de mis tristes daños,
Porque su padre ordenaba
De dármela por muger,
Y que Lira su querer
Con el mio concertaba?
Tambien sabes que llegó
En tan dulce coyuntura
Esta fiera guerra dura,
Por quien mi gloria cesó.
Dilatóse el casamiento
Hasta acabar esta guerra,
Porque no está nuestra tierra
Para fiestas y contento.
Mira cuan poca esperanza
Puedo tener de mi gloria,
Pues está nuestra victoria
Toda en la enemiga lanza.
Que como veo llevar
Mis esperanzas el viento,
Ando triste y descontento,
Así cual me ves andar.
Leoncio. Sosiega, Morandro, el pecho,
Vuelve al brio que tenias,
Quizá por ocultas vias
Se ordena nuestro provecho:
Que Júpiter soberano
Nos descubrirá camino,
Por do el pueblo numantino
Quede libre del romano;
Y en dulce paz y sosiego
De tu esposa gozarás,
Y las llamas templarás
De ese tu amoroso fuego:
Que para tener propicio
Al gran Júpiter Tonante,
Hoy Numancia en este instante
Le quiere hacer sacrificio.
Ya el pueblo viene y se muestra
Con las víctimas é incienso.
¡O Júpiter, padre inmenso,
Mira la miseria nuestra!

ESCENA III.

Salen dos numantinos vestidos de sacerdotes antiguos, y traen asido de los cuernos, en medio de entrambos, un carnero grande, coronado de oliva ó hiedra y otras flores; y un page, con una fuente de plata y una toalla al hombro; otro con un jarro de plata lleno de agua; otro con otro lleno de vino; otro con otro plato de plata, con un poco de incienso; otro con fuego y leña; otro que ponga una mesa con un tapete, donde se ponga todo esto; y salgan en esta escena todos los que hubiere la tragedia, en hábito de numantinos, y luego los sacerdotes: y dejando el uno el carnero de la mano, diga:

Sac. 1°. Señales ciertas de dolores ciertos
Se me han representado en el camino,
Y los canos cabellos tengo yertos.
Sac. 2°. Si acaso yo no soy mal adivino,
Nunca con bien saldremos desta empresa.
¡Ay, desdichado pueblo numantino!
Sac. 1°. Hagamos nuestro oficio con la [priesa
Que nos incitan los agüeros tristes.
Sac. 2°. Poned, amigos, hácia aquí esa mesa,
El vino, incienso y agua que trujistes,
Ponedlo encima, y apartaos afuera,
Y arrepentios de cuanto mal hicistes:
Que la oblacion mejor, y la primera
Que se debe ofrecer al alto cielo,
Es alma limpia y voluntad sincera.
Sac. 1°. El fuego no le hagais vos en el [suelo,
Que aquí viene brasero para ello,
Que ansí lo pide el religioso celo. [cuello.
Sac. 2°. Lavaos las manos, y limpiaos el
Sac. 1°. Dad acá el agua: ¿el fuego no se enciende?
Uno. No hay quien pueda, señores, encendello. [pretende
Sac. 2°. ¡O Júpiter! ¿qué es esto que
Hacer en nuestro daño el hado esquivo?
¿Cómo el fuego en la tea no se enciende?
Uno. Ya parece, señor, que está algo vivo.
Sac. 1°. Quitate afuera, o flaca llama es-
Que dolor en mirarte ansí recibo. [cura,
¿No miras cómo el humo se apresura
A caminar al lado de poniente,
Y amarilla la llama, mal segura,
Sus puntas encamina acia el oriente?
Desdichada señal, señal notoria
Que nuestro mal y daño está presente. [ria
Sac. 2°. Aunque lleven romanos la victo-
De nuestra muerte, en humo ha de tornarse,

Y en llamas vivas nuestra muerte y gloria.
Sac. 1º. Pues debe con el vino rociarse
El sacro fuego, dad acá ese vino,
Y el incienso tambien que ha de quemarse.

(*Rocian el fuego á la redonda con el vino; y luego ponen el incienso en el fuego; y dice el sacerdotes egundo:*

Sac. 2º. Al bien del triste pueblo numan-
Endereza, o gran Júpiter, la fuerza [tino
Propicia del contrario amargo sino. [fuerza
Sac. 1º. Así como este ardiente fuego
A que en humo se vaya el sacro incienso,
Ansí se haga el enemigo fuerza
Para que en humo eterno, padre inmenso,
Todo su bien, toda su gloria vaya,
Ansí como tú puedes y yo pienso.
Sac. 2º. Tengan los cielos su poder á raya,
Ansí como esta víctima tenemos,
Y lo que ella ha de haber él tambien haya.
Sac. 1º. Mal responde el agüero; mal podremos
Ofrecer esperanza al pueblo triste
Para salir del mal que padecemos.

(*Hágase ruido debajo del tablado con un barril lleno de piedras, y dispárese un cohete volador.*)

Sac. 2º. ¿No oyes un ruido, amigo? ¿Viste
El rayo ardiente que pasó volando?
Présago verdadero desto fuiste.
Sac. 1º. Turbado estoy, de miedo estoy
¡Oh qué señales en el aire veo, [temblando.
Qué amargo fin nos van pronosticando!
¿No ves un escuadron airado y feo
De unas águilas fieras, que pelean
Con otras aves en marcial rodeo?
Sac. 2º. Solo su esfuerzo y su rigor em-
En encerrar las aves en un cabo, [plean
Y con astucia y arte las rodean.
Sac. 1º Aguilas son romanas vencedoras,
Que anuncian de Numancia presto el cabo.
Sac. 2º. Aguilas, de gran mal anunciadoras,
Partíos, que ya el agüero vuestro entiendo;
Ya al efecto contadas son las horas.
Sac. 1º. Con todo, el sacrificio hacer pretendo
Desta inocente víctima, guardada
Para aplacar el dios del rostro horrendo.
O gran Pluton, á quien por suerte dada
Te fué la habitacion del reino oscuro,
Y el mando en la infernal triste morada,
Ansí vivas en paz, cierto y seguro
De que la hija de la sacra Céres
Corresponde á tu amor con amor puro,
Que todo aquello que en provecho vieres
Venir del pueblo triste que te invoca
Lo allegues cual se espera de quien eres:
Atapa la profunda escura boca,
Por do salen las tres fieras hermanas
A hacernos el daño que nos toca;
Y sean de dañarnos tan livianas

(*Quita algunos pelos al carnero, y échalos al aire.*)

Sus intenciones, que las lleve el viento;
Y ansí como yo baño y ensangriento
Este cuchillo en esta sangre pura,
Con alma limpia, y limpio pensamiento,
Ansí la tierra de Numancia dura
Se bañe con la sangre de romanos,
Y aun les sirva tambien de sepultura.

Aquí ha de salir por el hueco del tablado un demonio hasta el medio cuerpo, y ha de arrebatar el carnero y meterle dentro, y tornar luego á salir y derramar y esparcir el fuego y todos los sacrificios.

¿Mas quién me ha arrebatado de las manos
La víctima? ¿Qué es esto, dioses santos?
¿Qué prodigios son estos tan insanos?
¿No os han enternecido ya los llantos
Deste pueblo lloroso y afligido,
Ni la sagrada voz de nuestros cantos?
Sac. 2º. Antes creo que se han endure-
Cual se puede inferir de las señales [cido,
Tan fieras como aquí han acontecido.
Uno del pueblo. En fin dado han los cielos la sentencia
De nuestro amargo fin y miserable;
No nos quiere valer ya su clemencia.
Otro. Lloremos pues en son tan lamentable
Nuestra desdicha, que en la edad postrera
Dél y de nuestro esfuerzo siempre se hable.

(*Sálense todos; y quedan solos Morandro y Leoncio.*)

Mor. Leoncio, ¿qué te parece?
¿Tendrán remedio mis males,
Con semejantes señales
Que aquí el cielo nos ofrece?
Tendrá fin mi desventura
Cuando se acabe la guerra,
Que será cuando la tierra
Me sirva de sepultura?
Leoncio. Morandro, al que es buen sol-
Agüeros no le dan pena, [dado
Pues pone la suerte buena
En el ánimo esforzado;
Y esas vanas apariencias
Nunca le turban el tino;
Su brazo es su estrella y sino,
Su valor sus influencias.

Mor. Avisemos este caso
Al pueblo, que está mortal:
Mas para dar nueva tal,
¿Quién podrá mover el paso?

JORNADA TERCERA.

ESCENA PRIMERA.

Cipion, Jugurta y Gayo Mario.

Cip. Por cierto estoy contento en mirar
Corresponde á mi gusto la ventura, [cómo
Y esta libre nacion soberbia domo
Sin fuerza, y solamente con cordura.
¿Juzgábades á loco desvarío
Tener los enemigos encerrados,
Y que era mengua del romano brio
No vencerlos con modos mas usados?
Bien sé que lo habrán dicho; mas yo fio
Que los que fueren prácticos soldados
Dirán que es de tener en mayor cuenta
La victoria que menos es sangrienta.
¿Qué gloria puede haber mas levantada
De las cosas de guerra que aquí digo,
Que sin quitar de su lugar la espada,
Vencer y sujetar al enemigo?
Que cuando la victoria es grangeada
Con la sangre vertida del amigo,
El gusto mengua que causar pudiera
La que sin sangre tal ganada fuera.

(*Aquí ha de sonar una trompeta desde el muro de Numancia.*)

Fab. Oye, señor, que de Numancia suena
El son de una trompeta, y yo aseguro
Que decirte algo desde allá se ordena,
Pues el salir de acá lo estorba el muro.
Corabino se ha puesto en una almena,
Y una señal ha hecho de seguro:
Lleguémonos mas cerca.
Cip. Sí, lleguemos.
Mario. No mas, que desde aquí le entenderemos.

(*Pónese Corabino encima de la muralla, con bandera blanca puesta en una lanza.*)

Cor. Romanos, ah, romanos: ¿puede
Ser de vosotros esta voz oida? [acaso
Mario. Puesto que mas la bajes y hables
Cualquiera tu razon será entendida. [paso,
Cor. Decid al general que acerque el paso
Al foso, porque viene dirigida
A él una embajada.
Cip. Dila presto,
Que yo soy Cipion.
Cor. Escucha el resto:
Dice Numancia, general prudente,
Que consideres bien que ha muchos años
Que entre la nuestra y la romana gente
Duran los males de la guerra estraños;
Y que por evitar el que se aumente
La dura pestilencia de sus daños,
Quiere, si tú quisieres, acaballa,
Con una breve y singular batalla.
Un soldado se ofrece de los nuestros,
A combatir, cerrado en estacada,
Con cualquiera soldado de los vuestros,
Y si acabar contienda tan pesada;
Y si los hados fueren tan siniestros
Que el uno quede sin la vida amada,
Si fuere el nuestro, darse ha la tierra,
Si el vuestro fuere, acábese la guerra;
Y por seguridad deste concierto
Daremos á tu gusto los rehenes. [cierto
Bien sé que en él vendrás, porque estás
De los soldados que á tu cargo tienes.
Respóndeme, señor, si estás en ello,
Porque á la ejecucion se venga luego.
Cip. Donaire es lo que dices, risa y juego;
Loco seria el que pensase hacello.
Usad el medio del humilde ruego,
Si quereis que se escape vuestro cuello
De probar el rigor y filos diestros
Del romano cuchillo y brazos nuestros.
La fiera que en la jaula está encerrada,
Por su selvatiquez y fuerza dura,
Si puede allí con maña ser domada,
Y con el tiempo y medios de cordura,
Quien la dejase ir libre y desatada
Daria grandes muestras de locura.
Fieras sois, y por tales encerrados
Os tengo donde habeis de ser domados.
Mia será Numancia, á pesar vuestro,
Sin que me cueste un mínimo soldado:
El que tengais vosotros por mas diestro
Rompa por ese foso trincheado;
Y si en esto parece que yo muestro
Un poco mi valor acobardado,
El viento lleve agora esta vergüenza,
Y vuélvale la fama cuando os venza.

(*Vanse Cipion y los suyos.*)

Cor. ¿No escuchas mas, cobarde? ¿Ya te escondes?
¿Enfádate la igual justa batalla?
Mal con tu nombradía correspondes,
Mal podrás deste modo sustentalla.
En fin como cobarde me respondes.
Cobardes sois, romanos, vil canalla,
En vuestra muchedumbre confiados,

Pérfidos, desleales, fementidos,
Crueles, revoltosos y tiranos,
Ingratos, codiciosos, mal nacidos,
Pertinaces, feroces y villanos,
Adúlteros, infames, conocidos
Por de industriosas, mas cobardes manos,
¿Qué gloria alcanzaréis en darnos muerte,
Teniéndonos cerrados de esta suerte?
Mas como siempre estais acostumbrados
A vencer con ventajas y con mañas,
Estos conciertos, en valor fundados,
No los admiten bien vuestras marañas.
Liebres en pieles, fieras disfrazados,
Load y engrandeced vuestras hazañas,
Que espero en el gran Júpiter de veros
Sujetos á Numancia y á sus fueros.

(*Bájase, y torna á salir luego con todos los numantinos y con Morandro.*)

Teog. En términos nos tiene nuestra suer-
Dulces amigos, que será ventura [te,
Acabar nuestros daños con la muerte.
Por nuestro mal, por nuestra desventura,
Vistes del sacrificio el triste agüero:
Que intentar no nos queda, y no lo siento,
Si no es acelerar el fin postrero.
Esta noche se muestre el ardimiento
Del numantino valeroso pecho;
Póngase ya por obra nuestro intento,
Y el enemigo muro sea deshecho:
Salgamos á morir á la campaña,
Y no como cobardes en estrecho.
Bien sé que solo servirá esta hazaña
De que á nuestro morir se mude el modo,
Que con ella la muerte se acompaña.

Cor. Con ese parecer yo me acomodo;
Morir quiero rompiendo el fuerte muro,
Y deshacelle por mi mano todo:
Mas tiéneme una cosa mal seguro,
Que si nuestras mugeres saben esto,
De que no haremos nada os aseguro.
Cuando otra vez tuvimos presupuesto
De salir y dejallas, cada uno
Fiado en su caballo y brazo diestro,
Ellas, que el trato á ellas importuno
Supieron, al momento nos robaron
Los frenos, sin dejarnos solo uno;
Entonces el salir nos estorbaron,
Y ansí lo harán agora fácilmente,
Si las lágrimas muestran que mostraron.

Mor. Nuestro designio á todas es patente,
Todas lo saben, ya no queda alguna
Que no se queje de ello amargamente;
Y dicen que en la buena ó ruin fortuna,
Quieren en vida y muerte acompañarnos,
Aunque su compañía es importuna.

Aquí salen cuatro ó mas mugeres casadas de Numancia, y Lira con ellas: las mugeres con unas figuras de niños en los brazos, y otros de las manos, escepto Lira que no trae ninguno.

Veislas aquí do vienen á rogaros
No las dejeis en tantos embarazos;
Aunque seais de acero han de ablandaros.
Los tiernos hijos vuestros en los brazos
Las tristes traen: ¿no veis con qué señales
De amor les dan los últimos abrazos?

Muger 1ª. Dulces señores nuestros, si en los males
Hasta aquí de Numancia padecidos,
Que son menores los que son mortales,
Y en los bienes tambien, que ya son idos,
Siempre mostramos ser mugeres vuestras,
Y vosotros tambien nuestros maridos,
¿Porqué en las ocasiones tan siniestras,
Que el cielo airado agora nos ofrece,
Nos dais de aquel amor tan cortas muestras?
Hemos sabido, y claro se parece,
Que en las romanas armas arrojaros
Quereis, pues su rigor menos empece
Que no la hambre de que veis cercaros;
Peleando quereis dejar las vidas,
Y dejarnos tambien desamparadas,
A deshonras y muertes ofrecidas.
Nuestro cuello ofreced á las espadas
Vuestras primero; que es mejor partido
Que vernos de enemigos deshonradas.
Yo tengo en mi intencion estatuido,
Y si puedo haré cuanto en mí fuere
Por morir do muriere mi marido;
Y esto mesmo hará la que quisiere
Mostrar que no es el miedo de la muerte
Quien la impide ayudar á quien bien quiere,
En buena ó mala, en dulce ó amarga suerte.

Otra. ¿Qué pensais, varones claros?
¿Resolveis aun todavía
En la triste fantasía
De dejarnos y ausentaros?
¿Quereis dejar por ventura
A la romana arrogancia
Las vírgenes de Numancia,
Por colmo de desventura?
¿Y á los libres hijos nuestros
Quereis esclavos dejallos?
¿No será mejor ahogallos
Con los propios brazos vuestros?
¿Quereis hartar el deseo
De la romana codicia,
Y que triunfe su injusticia
De nuestro justo trofeo?
¿Serán por agenas manos
Nuestras casas derribadas?
¿Y las bodas esperadas
Hanlas de gozar romanos?

En salir hareis error,
Que acarrea otros mil yerros,
Pues dejaréis sin los perros
El ganado, y sin señor.
Si al foso quereis salir,
Llevadnos en tal salida,
Porque tendremos por vida
A vuestros lados morir.

Otra. Hijos destas tristes madres,
¿Qué es esto? ¿Cómo no hablais,
Y con lágrimas rogais
Que no os dejen vuestros padres?
¿No basta que el hambre insana
Os acabe con dolor,
Sin esperar el rigor
De la aspereza romana?
Decidles que os engendraron
Libres, y libres nacistes,
Y que vuestras madres tristes
Libres tambien os criaron.
Decidles que pues la suerte
Nuestra va tan de caida,
Que como os dieron la vida
Asimismo os den la muerte.
¡O muros de esta ciudad,
Si podeis, hablad, decid,
Y mil veces repetid:
Numantinos, libertad!
Los templos, las casas nuestras,
Levantadas en concordia,
Os piden misericordia,
Hijos y mugeres vuestras:
Que no por romper el muro
Remediais un mal tamaño,
Antes en ello está el daño
Mas propincuo y mas seguro.

Lira. Tambien las tiernas doncellas
Ponen en vuestra defensa
El remedio de su ofensa
Y el alivio á sus querellas.
No dejeis tan ricos robos
A las codiciosas manos:
Mirad que son los romanos
Hambrientos y fieros lobos.
Mas ya que salga mejor
Que yo pienso esta hazaña,
¿Qué ciudad hay en España
Que quiera daros favor?
De vuestro valor gentil
Los romanos burlarán;
Porque, decidme, ¿qué harán
Tres mil contra ochenta mil?

Teog. Limpiad los ojos húmedos del llan-
Mugeres tiernas, y tené entendido [to,
Que vuestra angustia la sentimos tanto,
Que responde al amor nuestro subido.
Ora crezca el dolor, ora el quebranto,
Jamas en vida ó muerte os dejarémos,
Antes en muerte y vida os serviremos.
Y pues nuestros designios descubiertos
Han sido, y es locura aventurarnos,
Amados hijos, y mugeres nuestras,
Nuestras vidas serán de hoy mas las vuestras.
Solo se ha de mirar que el enemigo
No alcance de nosotros triunfo y gloria;
Antes ha de servir él de testigo
Que admire y eternice nuestra historia;
Y si todos venis en lo que digo
Mil siglos durará nuestra memoria;
Y es que no ha de quedar cosa en Numancia
De do el contrario pueda haber ganancia.
En medio de la plaza se haga un fuego,
En cuya ardiente llama licenciosa
Nuestras riquezas todas se echen luego,
Desde la pobre á la mas rica cosa;
Y para entretener por alguna hora
La hambre, que ya roe nuestros huesos,
Hareis descuartizar luego á la hora
Esos viles romanos que están presos,
Y sin del chico al grande hacer mejora.
Repártanse entre todos, que con esos
Será nuestra comida celebrada
Por estraña, cruel, necesitada.
Amigos, ¿qué os parece? ¿Estais en esto?

Cor. Digo que á mí me tiene satisfecho,
Y que á la ejecucion se venga presto
De tan terrible, mas forzoso hecho.
Vamos á ser ministros todos luego
De encender el ardiente y voraz fuego.

Muger 1ª. Nosotras desde aquí ya comen-
A dar con voluntad nuestros arreos, [zamos
Y á la vida las nuestras entregamos,
Como se han entregado los deseos.

Lira. Ea pues, caminemos; vamos, va-
Y abrásense en un punto los trofeos [mos,
Que pudieran hacer ricas las manos
Y la codicia hartar de los romanos.

(*Vanse todos; y al salir ase Morandro á Lira por el brazo, detiénela y le dice:*)

Mor. No vayas tan de corrida,
Lira, déjame gozar
Del bien que me puede dar
En la muerte alegre vida.
Deja que miren mis ojos
Un rato tu hermosura,
Pues tanto en mi desventura
Entretiene mis enojos.
¿Qué tienes? ¿Qué estás pensando,
Gloria de mi pensamiento?

Lira. Pienso como mi contento
Y el tuyo se va acabando;
Y no será su homicida
El cerco de nuestra tierra,
Que primero que la guerra
Se me acabará la vida.

Mor. ¿Qué dices, bien de mi alma?
Lira. Que me tiene tal el hambre
Que de mi vital estambre
Llevará presto la palma.
¿Qué tálamo has de esperar
De quien se halla en tal estremo,
Que te aseguro que temo
Antes de una hora espirar?
Mi hermano ayer espiró
De la hambre fatigado,
Y mi madre hoy ha acabado,
Que la hambre la acabó;
Y si del hambre la fuerza
No ha rendido mi salud,
Es porque mi juventud
Contra su rigor se esfuerza.
Pero como ha tantos dias
Que no le hago defensa,
No pueden contra su ofensa
Las débiles fuerzas mias.
Mor. Enjuga, Lira, los ojos,
Que aunque la hambre homicida
Te tenga tan sin compas,
De hambre no morirás
Mientras yo tuviere vida.
Yo me ofrezco de asaltar
El foso y el muro fuerte,
Y entrar por la misma muerte
Para la tuya evitar.
El pan que el romano toca,
Sin que por temor yo huya,
Le quitaré de la suya
Para ponerlo en tu boca.
Mi brazo abrirá carrera
A tu vida y á mi muerte,
Porque mas me mata el verte,
O mi amor, desa manera.
Yo te traeré de comer,
A pesar de los romanos,
Si ya son estas mis manos
Las mismas que solian ser.
Lira. Hablas como enamorado,
Morandro; pero no es justo
Que yo tome al comer gusto
Con tu peligro comprado.
Poco podrá sustentarme
La comida que traerás;
Aunque mas cierto hallarás
El perderte que ganarme.
Goza de tu mocedad
En fresca edad florecida,
Pues mas importa tu vida
Que la mia á la ciudad.
Mejor podrás defendella
De la enemiga asechanza,
Que no la flaca pujanza
Desta misera doncella.
Ansi que, mi dulce amor,
Desecha ese pensamiento,
Que yo no quiero sustento
Con riesgo de tu valor:
Que aunque puedas dilatar
Mi muerte por algun dia,
Desta hambre la porfía
Me tiene al fin de acabar.
Mor. En vano trabajas, Lira,
De impedirme este camino,
Do mi voluntad y sino
Con tanta fuerza me tira.
Tú rogarás entre tanto
A los dioses que me vuelvan
Con despojos que resuelvan
Tu miseria y mi quebranto.
Lira. Morandro, mi dulce amigo,
No vayas, que se me antoja
Que de tu sangre veo roja
La espada del enemigo.
No hagas esta jornada,
Morandro, bien de mi vida,
Que si muy mala es la ida,
Peor será la tornada.
Si quiero aplacar tu brio,
Por testigo pongo al cielo
Que de tu daño recelo
Mas que del provecho mio.
Mas si acaso, amado amigo,
Prosigues esta contienda,
Lleva este abrazo por prenda
De que me llevas contigo.
Mor. Lira, el cielo te acompañe:
Vete, que á Leoncio veo.
Lira. Y á ti te cumpla el deseo,
Y en ninguna parte dañe. (*Vase.*)

(*Leoncio, que ha estado escuchando todo lo que ha pasado entre su amigo Morandro y Lira, dice:*)

Leoncio. ¡Terrible ofrecimiento es el que has hecho!
Y en él, Morandro, se nos muestra claro
Que no hay cobarde enamorado pecho:
Aunque de tu virtud y valor raro
Debe mas esperarse; mas yo temo
Que el fatal hado te se muestre avaro.
Atento estuve al miserable estremo
En que te ha dicho Lira que se halla,
Indigno cierto á su valor supremo,
Y que tú has prometido de libralla
De tan terrible riesgo, y arrojarte
En las armas romanas á batalla.
Yo quiero, buen amigo, acompañarte,
Y en empresa tan justa y valerosa
Con todos mis esfuerzos ayudarte.
Mor. ¡O mitad de mi alma! ¡O venturosa
Amistad, no en trabajos dividida,
Ni en la ocasion mas próspera y dichosa!

Goza, Leoncio, goza de la vida,
Quédate en la ciudad : que yo no quiero
Ser de tus verdes años homicida.
Yo solo tengo de ir, yo solo espero
Volver con los despojos merecidos
De mi inviolable fe y amor sincero.

Leoncio. Pues ya tienes, Morandro, cono-
Mis deseos, que en buena ó mala suerte [cidos
Al sabor de los tuyos van medidos,
Sabrás como ni el miedo de la muerte
De tí me apartará un solo punto,
Ni otra cosa, si la hay, que sea mas fuerte :
Contigo tengo de ir, contigo junto
He de volver, si ya el cielo no ordena
Que quede en tu defensa allá difunto.

Mor. Quédate, amigo, queda en hora bue-
Porque si yo acabare allí la vida [na;
En esta empresa de peligro llena,
Tú puedas á mi madre dolorida
Consolar en el trance riguroso,
Y á mi Lira, de mi tanto querida.

Leoncio. ¡Cierto que estás amigo gene-
¿Piensas tú que, si mueres, quedaria [roso!
Yo con tal quietud y tal reposo,
Que de consuelo á nadie serviria?
Pues en la tuya está la suerte mia,
Seguirte tengo en la ocasion dudosa;
Mira como ha de ser, Morandro amigo,
Y en el quedarme no me hables cosa.

Mor. Pues no puedo estorbarte el ir con-
En el silencio de la noche oscura [migo,
Tenemos de asaltar al enemigo :
Lleva ligeras armas : que ventura
Es la que ha de ayudar al alto intento,
Que no la malla entretejida y dura :
Lleva ansimismo puesto el pensamiento
En pillar y traer á buen recado
Lo que pudieres mas de bastimento.

Leoncio. Vamos, que haré en un todo tu mandado.

ESCENA II.

Dos Numantinos.

Num. 1º. Derrama, o dulce hermano, por los ojos
El alma en llanto amargo convertida :
Venga la muerte, y lleve los despojos
De nuestra miserable y triste vida.

Num. 2º. Bien poco durarán nuestros
Que ya la muerte viene apercibida [enojos:
Para llevar en presto y breve vuelo
A cuantos pisan de Numancia el suelo.
Principios veo que prometen presto
Amargo fin á nuestra amada tierra,
Sin que tengan cuidado de hacer esto
Los contrarios ministros de la guerra.
Nosotros mismos, á quien ya es molesto
Y enfadoso el vivir que nos atierra,
Hemos dado sentencia irrevocable
De nuestra muerte, aunque cruel, loable.
En la plaza mayor ya levantada
Queda una ardiente, codiciosa hoguera,
Que de nuestras riquezas sustentada
Sus llamas sube hasta la cuarta esfera.
Allí con triste priesa, acelerada,
Y con mortal y tímida carrera,
Acuden todos, como á sacra ofrenda,
A alimentar las llamas con su hacienda.
Allí la perla del rosado oriente,
Y el oro en mil vasijas fabricado,
Y el diamante y rubí mas escelente,
Y la estremada púrpura y brocado,
En medio del rigor fogoso, ardiente
De la llama voraz es arrojado :
Despojos do quisieran los romanos
Henchir los senos y llenar las manos.

Aquí saldrán algunos cargados de ropa y muebles, que entrarán por una parte y saldrán por otra.

Vuelve al triste espectáculo la vista,
Verás con cuanta priesa, y cuanta gana,
Toda Numancia en numerosa lista
Acude á sustentar la llama insana;
Y no con verde leño y seca arista,
Ni con materia al consumir liviana,
Sino con sus haciendas mal gozadas,
Pues se ganaron para ser quemadas.

Num. 1º. Si con esto acabára nuestro daño
Pudieramos llevarlo con paciencia;
¡Mas ay! que se ha de dar, y no me engaño,
De que muramos todos cruel sentencia.
Primero que el rigor bárbaro, estraño,
Muestre en nuestras gargantas su inclemencia,
Verdugos de nosotros nuestras manos
Serán, y no los pérfidos romanos.
Han acordado que no quede alguna
Muger, niño, ni viejo, con la vida,
Pues al fin la cruel hambre, importuna,
Con mas fiero rigor es su homicida.
Mira allí donde asoma, hermano, una,
Que, como sabes, fué de mí querida
Un tiempo, con estremo tal de amores,
Cual ahora me causa de dolores.

Sale una muger con una criatura al pecho, y otra de la mano, que lleva un lio de ropa.

Madre. ¡O duro vivir molesto!
¡Terrible y triste agonía!

Hijo. Madre, ¿por ventura habria
Quien nos diese pan por esto?

Madre. ¿Pan, hijo, ni aun otra cosa,
Que semeje de comer?

Hijo. ¿Pues tengo de perecer
De hambre dura, rabiosa?
Con poco pan que me deis,
Madre, no os pediré mas.
Madre. Hijo, ¡qué penas me das!
Hijo. ¿Pues que, madre, no quereis?
Madre. Si quiero; ¿mas qué haré,
Que no sé donde encontrallo?
Hijo. Bien podeis, madre, comprallo,
Sino yo lo compraré;
Y por quitarme de afan,
Si alguno conmigo topa,
Le daré toda esta ropa
Por un mendrugo de pan.
Madre. ¿Qué mamas, triste criatura?
¿No sientes que á mi despecho
Sacas ya del flaco pecho
Por leche la sangre pura?
Lleva la carne á pedazos,
Y procura de hartarte,
Que no pueden mas llevarte
Mis flojos cansados brazos.
¡Hijos del ánima mia!
¿Con qué os podré sustentar,
Si apenas tengo que os dar
De la propia carne mia?
¡O hambre terrible y fuerte,
Cómo me acabas la vida!
¡O guerra, solo venida
Para causarme la muerte!
Hijo. Madre mia, que me fino,
Aguijemos á do vamos,
Que parece que alargamos
La hambre con el camino.
Madre. Hijo, cerca está la plaza,
Adonde echarémos luego
En mitad del vivo fuego
El peso que te embaraza.

(*Éntranse.*)

JORNADA CUARTA.

ESCENA PRIMERA.

Tóquese al arma con gran priesa; y á este rumor salen Cipion con Jugurta y Gayo Mario.

Cipion. ¿Qué es esto, capitanes? ¿Quién nos toca
Al arma en tal sazon? ¿Es por ventura
Alguna gente desmandada y loca,
Que viene á procurar su sepultura?
¿O es algun motin el que provoca
Tocar al arma en esta coyuntura?
Que tan seguro estoy del enemigo,
Que tengo mas temor al que es amigo.

Sale Q. Fabio con la espada desnuda, y dice:

Q. Fabio. Sosiega el pecho, general prudente,
Que ya de esta arma la ocasion se sabe,
Puesto que ha sido á costa de tu gente,
De aquella en que mas brio y fuerza cabe.
Dos numantinos con soberbia frente,
Cuyo valor será razon se alabe,
Saltando el ancho foso y la muralla,
Han movido á tu campo cruel batalla:
A las primeras guardias embistieron,
Y en medio de mil lanzas se arrojaron,
Y con tal furia y rabia arremetieron,
Que libre al campo el paso les dejaron:
Las tiendas de Fabricio acometieron,
Y allí su fuerza y su valor mostraron
De modo, que en un punto seis soldados
Fueron de agudas puntas traspasados.
No con tanta presteza el rayo ardiente
Pasa rompiendo el aire en presto vuelo,
Ni tanto la cometa reluciente
Se muestra ir presurosa por el cielo,
Como estos dos por medio de tu gente
Pasaron, colorando el duro suelo
Con la sangre romana, que sacaban
Sus espadas do quiera que llegaban.
Queda Fabricio traspasado el pecho,
Abierta la cabeza tiene Oracio,
Olmida ya perdió el brazo derecho,
Y de vivir le queda poco espacio.
Fuéle asimismo poco de provecho
La ligereza al valeroso Estacio,
Pues el correr al numantino fuerte
Fué abreviar el camino de su muerte.
Con presta ligereza discurriendo
Iban de tienda en tienda, hasta que hallaron
Un poco de bizcocho, el cual cogieron,
Y el paso, no el furor, atras volvieron.
El uno dellos se escapó huyendo;
Al otro mil espadas le acabaron:
Por donde infiero que la hambre ha sido,
Quien les dió atrevimiento tan subido.
Cip. Si estando deshambridos y encerrados
Muestran tan demasiado atrevimiento,
¿Qué hicieran siendo libres y enterados
En sus fuerzas primeras y ardimiento?
¡Indómitos! al fin sereis domados;
Porque contra el furor vuestro violento
Se tiene de oponer la industria nuestra,
Que de domar soberbios es maestra.

Éntranse Cipion y los suyos; y luego tócase alarma en la ciudad, y al rumor sale al teatro Morandro herido y lleno

de sangre, con una cesta en el brazo izquierdo, con algun poco de bizcocho ensangrentado, y dice:

Mor. ¿No vienes, Leoncio, di?
¿Qué es esto, mi dulce amigo?
Si tú no vienes conmigo,
¿Cómo vengo yo sin tí?

(*Mira hácia el foso.*)

Mas, ¡ay de mí! que ya dan
Tus carnes despedazadas
Señales averiguadas
De lo que cuesta este pan!
¡Y es posible que la herida,
Que á tí te dejó difunto,
En aqueste instante y punto
No me quita á mí la vida!
No quiso el hado cruel
Acabarme en paso tal,
Por hacerme á mí mas mal,
Y hacerte á tí mas bien.
Tú en fin llevarás la palma
De mas verdadero amigo;
Yo á desculparme contigo
Enviaré bien presto el alma,
Y tan presto, que el afan
A morir me llama y tira,
En dando á mi amada Lira
Este tan amargo pan.
Pan ganado de enemigos;
Mas no ha sido ganado,
Sino con sangre comprado
De dos sin ventura amigos.

Sale Lira con alguna ropa que lleva á quemar, y dice:

Lira. ¡Qué es esto que ven mis ojos!
Mor. Lo que presto no verán,
Segun la priesa me dan
De acabarme mis enojos.
Ves aquí, Lira, cumplida
Mi palabra y mis porfías,
De que tú no moririas
Mientras yo tuviese vida;
Y aun podré mejor decir
Que presto vendrás á ver
Que á tí sobrará el comer
Y á mí faltará el vivir.
Lira. ¿Qué dices, Morandro amado?
Mor. Lira, que acortes el hambre,
Entre tanto que la estambre
De mi vida corta el hado.
Pero mi sangre vertida,
Y con este pan mezclada,
Te ha de dar, mi dulce amada,
Triste y amarga comida.
Ves aquí el pan que guardaban
Ochenta mil enemigos,
Que cuesta de dos amigos
La vida, que mas se amaban.
Y porque entiendas lo cierto,
Y cuanto tu amor merezco,
Ya yo, mi Lira, perezco,
Y ya Leoncio está muerto.
Mi voluntad fina y justa
Recíbela con amor,
Que es la comida mejor
Y de que el alma mas gusta.
Y pues en tormenta ó calma,
Siempre fuiste mi señora,
Recibe este cuerpo agora...
Como recibiste el alma.

(*Cae muerto en los brazos de Lira.*)

Lira. ¡Morandro! ¡Dulce bien mio!
¿Qué sentis, ó qué teneis?
¿Cómo tan presto perdeis
Vuestro acostumbrado brio?
¡Mas ay, triste sin ventura,
Que ya está muerto mi esposo!
¡O caso, el mas lastimoso
Que se vió en la desventura!
¡O pan de la sangre lleno
Que por mí se derramó!
No te tengo en cuenta yo
De pan, sino de veneno.
No te llegaré á mi boca
Por quererme sustentar,
Si ya no es para besar
Esta sangre que te toca.

A este punto entra un muchacho, hermano de Lira, hablando desmayadamente, y dice:

Herm. Lira, hermana, ya espiró
Mi padre, y mi madre está
En término de que ya
Morirá cual muero yo.
La hambre los ha acabado.
¿Hermana mia, pan tienes?
¡O pan, y cuán tarde vienes!
Que ya no hay pasar bocado.
Tiene la hambre apretada
Mi garganta en tal manera,
Que aunque este pan agua fuera
No pudiera pasar nada.
Tómalo, hermana querida,
Que tal es mi duro afan,
Que viene á sobrarme pan,
Cuando me falta la vida. (*Cae muerto.*)
Lira. ¿Espiraste, hermano amado?...
Ni aliento ni vida tiene...
¿Pero cuándo el mal no viene
Sin venir acompañado?
Fortuna, ¿porqué me aquejas

Con un daño y otro junto,
Puesto que en un solo punto
Huérfana y viuda me dejas?
¡Fiero ejército romano!
¡Oh, cuál me tiene tu espada
De dos muertos rodeada,
Uno esposo, y otro hermano!
¿A cuál volveré la cara
En este trance importuno,
Si en la vida cada uno
Fué prenda del alma cara?
Dulce esposo, hermano tierno,
Yo os igualaré en quereros,
Porque pienso presto veros
En el cielo, ó el infierno.
En el modo de morir
A entrambos he de imitar,
Porque el hierro ha de acabar
Y la hambre mi vivir.
Primero daré á mi pecho
Una daga que este pan:
Que á quien vive con afan
Es la muerte de provecho.
¿Qué aguardo? ¡Cobarde estoy!
¿Brazo, ya os habeis turbado?
¡Dulce esposo, hermano amado!
Esperadme, que ya voy.

A este punto sale una muger huyendo, y tras ella un soldado numantino, con una daga en la mano para matarla.

Muger. ¡Eterno padre, Júpiter piadoso,
Favorecedme en tan adversa suerte!
Sold. Aunque lleves el paso presuroso,
Mi dura mano te dará la muerte.

(*Entrase la muger adentro, y dice Lira:*)

Lira. El hierro agudo, el brazo belicoso
Contra mí, buen soldado, le convierte:
Deja vivir á quien la vida agrada,
Y quítame la mia, que me enfada.
Sold. Puesto que es el decreto del senado
Que ninguna muger quede con vida,
¿Cuál será el feroz pecho acelerado
Que en ese hermoso vuestro dé herida?
Yo, señora, no soy tan mal mirado
Que me precie de ser vuestro homicida;
Otra mano, otro hierro ha de acabaros,
Que yo solo nací para adoraros.
Lira. Esa piedad que usar quieres con-
Generoso soldado, te aseguro, [migo,
Y al alto cielo pongo por testigo,
Que yo la estimo por rigor muy duro:
Tuviérate yo entonces por amigo,
Cuando con pecho y ánimo seguro
Este mio afligido traspasáras,
Y de la amarga vida me priváras:
Mas pues quieres mostrarte piadoso,
A costa de negarme este contento,
Muéstralo agora en que á mi triste esposo
Demos el funeral último asiento;
Tambien á este mi hermano, que en reposo
Yace, ya libre del vital aliento.
Mi esposo feneció por darme vida;
De mi hermano la hambre fué homicida.
Que tiene tal al pueblo numantino,
Que de esperar alguna buena andanza
Le ha tomado ya todo camino.
Sold. Y aun del furor la rigurosa lanza,
Y la influencia del contrario sino
Le tratan con tan áspera violencia,
Que no es menester hambre ni dolencia.
El despecho y la rabia, sus secuaces,
Han tomado en su pecho tal asiento,
Que cual si fuese de romanas haces,
Cada cual de su sangre está sediento.
Muertes, incendios, iras son sus paces...
Volved los ojos y vereis ardiendo
De la ciudad los encumbrados techos:
Escuchad los suspiros, que saliendo
Van de mil tristes lastimados pechos:
Oid la voz y lamentable estruendo
De bellas damas, á quien, ya deshechos
Los tiernos miembros en ceniza y fuego,
No valen padre, amigo, amor ni ruego.
Cual suelen las ovejas descuidadas,
Siendo del fiero lobo acometidas,
Andar aquí y allí descarriadas,
Con temor de perder las simples vidas,
Tal niños y mugeres delicadas,
Huyendo las espadas homicidas,
Andan de calle en calle, ¡o hado insano!
Su cierta muerte dilatando en vano.
Al pecho de la amada nueva esposa
Traspasa del esposo el hierro agudo:
Contra la madre, ¡oh nunca vista cosa!
Se muestra el hijo de piedad desnudo;
Y contra el hijo el padre, con rabiosa
Violencia levantando el brazo duro,
Rompe aquellas entrañas que ha engendra-
Quedando satisfecho y lastimado. [do,
No hay plaza, no hay rincon, no hay calle ó
casa,
Que de sangre y de muertos no esté llena:
El hierro mata, el duro fuego abrasa,
Y el rigor ferocísimo condena:
Presto vereis que por el suelo rasa
Está la mas subida y alta almena;
Y las casas y templos mas erguidos
En polvo y en cenizas convertidos...
Lira. Cesad de renovar tanta amargura,
Y demos á estos cuerpos sepultura.

(*Sálense llevando los dos cuerpos.*)

ESCENA II.

Sale Teogenes con dos hijos pequeños, y una hija, y su muger.

Teog. Cuando el paterno amor no me de-
De ejecutar la furia de mi intento, [tiene
Considerad, mis hijos, cuál me tiene
El celo de mi honroso pensamiento.
Terrible es el dolor que se previene
Con acabar la vida en fin violento,
Y mas el mio, pues al cielo plugo
Que yo sea de vosotros cruel verdugo.
No quedaréis, o prendas de mi alma,
Esclavos, ni el romano poderío
Llevará de vosotros triunfo ó palma,
Por mas que á sujetarnos alce el brio.
El camino mas llano, que la palma
De nuestra libertad el cielo pio
Nos ofrece, nos muestra y nos advierte
Que solo está en las manos de la muerte.
Ni vos, dulce consorte, amada mia,
Os vereis en peligro que romanos
Pongan en vuestro pecho y gallardía
Los vanos ojos y las torpes manos:
Mi espada os sacará desta agonía,
Y hará que sus intentos salgan vanos;
Pues por mas que codicia los atiza,
Triunfará de Numancia en la ceniza.
Yo soy, esposa amada, el que primero
Dí el parecer que todos pereciesemos,
Antes que al insufrible desafuero
Del romano poder sujetos fuesemos;
Y en el morir no pienso ser postrero,
Ni lo serán mis hijos.
Muger. Si pudiesemos
Libertarnos, señor, por otra via,
El cielo sabe si me holgaria;
Mas pues no puede ser, á lo que veo,
Y está ya mi muerte tan cercana,
Lleva de nuestras vidas tú el trofeo;
Y no la espada pérfida romana:
Mas pues he de morir, morir deseo
En el sagrado templo de Diana:
Allá nos lleva, caro esposo, y luego
Entréganos al hierro, al lazo ó fuego.
Teog. Ansí se haga, y no nos detengamos,
Que ya á morir me incita el triste hado.
Hijo. Madre, ¿porqué llorais? ¿Adónde vamos?
Teneos, que andar no puedo de cansado:
Mejor será, mi madre, que comamos,
Que la hambre me tiene fatigado.
Madre. Ven á mis brazos, hijo de mi vida,
Do te daré la muerte por comida. (*Vanse.*)

ESCENA III.

Cipion, Jugurta, Q. Fabio, Gayo Mario y algunos soldados romanos.

Cip. Si no me engaña el pensamiento mio,
O salen mentirosas las señales
Que habeis visto en Numancia, del estruendo
Y lamentable son y ardientes llamas,
Sin duda alguna que recelo y temo
Que el bárbaro furor del enemigo
Contra su mismo pecho no se vuelva.
Ya no parece gente en la muralla,
Ni suenan las usadas centinelas,
Todo está en calma y en silencio puesto,
Como si en paz tranquila y sosegada
Estuviesen los fieros numantinos.
Mario. Presto podrás salir de aquesa du-
Porque, si tú lo quieres, yo me ofrezco [da,
De subir sobre el muro, aunque me ponga
Al rigoroso trance que se ofrece,
Solo por ver aquello que en Numancia
Hacen nuestros soberbios enemigos.
Cip. Arrima pues, o Mario, alguna escala
A la muralla, y haz lo que prometes.
Mario. Id por la escala luego; y vos, Er-
Haced que mi rodela se me traiga, [milio,
Y la celada blanca de las plumas:
Que á fe que tengo de perder la vida,
O sacar desta duda al campo todo.
Erm. Ves aquí la rodela y la celada;
La escala vesla allí la trae Olimpio.
Mario. Encomendadme á Júpiter inmen-
Que yo voy á cumplir lo prometido. [so.
Cip. Alza mas alta la rodilla, Mario,
Y encoge el cuerpo, y cubre la cabeza:
Animo, que ya llegas á lo alto.
¿Qué ves?
Mario. ¡O santos dioses! ¿y qué es esto?
Jug. ¿De qué te admiras?
Mario. ¡De mirar de sangre
Un rojo lago, y de ver mil cuerpos
Tendidos por las calles de Numancia.
Cip. ¿Qué, no hay ninguno vivo?
Mario. Ni por pienso;
A lo menos ninguno se me ofrece
En todo cuanto alcanzo con la vista.
Cip. Salta pues dentro y míralo bien todo.

(*Salta Gayo Mario á la ciudad.*)

Siguele tú tambien, Jugurta amigo:
Mas sigámosle todos.
Jug. No conviene
Al oficio que tienes esta empresa;
Sosiega el pecho, general, y espera
Que Mario vuelva, ó yo, con la respuesta
De lo que pasa en la ciudad soberbia:
Tened bien esa escala... ¡O santos cielos!

¡Y cuán triste espectáculo y horrendo
Se me ofrece á la vista! ¡O caso estraño!
Caliente sangre baña todo el suelo:
Cuerpos muertos ocupan plaza y calles:
Dentro quiero saltar y verlo todo.

(*Salta Jugurta á la ciudad, y dice Q. Fabio:*)

Fab. Sin duda que los fieros numantinos,
Del bárbaro furor suyo incitados,
Viéndose sin remedio de salvarse,
Antes quisieron entregar las vidas
Al filo agudo de sus propios hierros,
Que no á las vencedoras manos nuestras.
Cip. Con uno solo que quedase vivo
No se me negaria el triunfo en Roma
De haber domado esta nacion soberbia,
Constante en su teson, presta, arrojada
Al peligro mayor y duro trance;
De quien jamas se alabará romano
Que vió la espalda vuelta al numantino;
Cuyo valor, cuya destreza en armas
Me forzó con razon á usar el medio
De encerrarlos, cual fieras indomables,
Y triunfar dellos con industria y maña,
Pues era con las fuerzas imposible.
Pero ya me parece vuelve Mario.

(*Gayo Mario torna á salir por las murallas, y dice:*)

Mario. En vano, ilustre general, pru-
Han sido nuestras fuerzas ocupadas: [dente,
En balde te has mostrado diligente;
Pues en humo y en viento son tornadas
Las ciertas esperanzas de victoria,
De tu industria continuo aseguradas.
Del lamentable fin y triste historia
De la ciudad invicta de Numancia
Merece ser eterna la memoria.
Sacado han de su pérdida ganancia;
Quitado te han el triunfo de las manos,
Muriendo con magnánima constancia.
Nuestros designios han salido vanos;
Pues ha podido mas su honroso intento
Que toda la potencia de romanos.
Numancia está en un lago convertida,
De roja sangre y de mil cuerpos llena,
De quien fué su rigor propio homicida.
En medio de la plaza levantado
Está un ardiente fuego temeroso,
De sus cuerpos y haciendas sustentado.
A tiempo llegué á verle que el furioso
Teogenes, valiente numantino,
De fenecer su vida deseoso,
Maldiciendo su triste aciago sino,
En medio se arrojaba de la llama,
Lleno de temerario desatino;
Y al arrojarse, dijo: «¡O clara fama,
Ocupa aquí tus lenguas y tus ojos
En esta hazaña, que á cantar te llama!
Venid, romanos, ya por los despojos
Desta ciudad en polvo y humo vueltos,
Y sus flores y frutos en abrojos.»
De allí con piés y pensamientos sueltos
Gran parte deste pueblo he rodeado,
Y á un solo numantino no he hallado
Que poderte traer vivo siquiera.
Cip. Mal por cierto tenian conocido
El valor en Numancia de mi pecho,
Para vencer y perdonar nacido.
Fab. Jugurta te hará mas satisfecho,
Señor, de aquello que saber deseas,
Que vesle vuelve, lleno de despecho.

(*Torna Jugurta por la misma muralla.*)

Jug. Prudente general, en vano empleas
Mas aquí tu valor: vuelve á otra parte:
No hay en Numancia cosa en que ocuparte.
Todos son muertos ya: solo uno creo
Que queda vivo, para el triunfo darte,
Allí en aquella torre, segun veo.
Cip. Si eso fuese verdad, eso bastaba
Para triunfar en Roma de Numancia,
Que es lo que mas agora deseaba.
Lleguémonos allá: hágase instancia
Como el muchacho vuelva á nuestras manos
Vivo, que es lo que agora es de importancia.

(*El muchacho Viriato desde la torre:*)

Vir. ¿Adónde vais, ó á quién buscais, romanos?
Si en Numancia quereis entrar por suerte,
Hareislo sin contraste á pasos llanos:
Pero mi lengua desde aquí os advierte
Que yo las llaves bien guardadas tengo
Desta ciudad, de quien triunfó la muerte.
Cip. Por ellas, jóven, deseoso vengo,
Y mas de que tú hagas esperiencia
Si en este pecho piedad mantengo.
Vir. Tarde, cruel, ofreces tu clemencia,
Pues no hay en quien usarla: que yo quiero
Pasar por el rigor de la sentencia,
Que á mis padres y patria tan querida
Causó el último fin terrible y fiero.
Todo el furor de cuantos ya son muertos
En este pueblo, á polvo reducido;
Todo el huir los pactos y conciertos;
No dar á sujecion jamas oido;
Sus iras y rencores descubiertos,
Todo en mi pecho se halla reunido.
Yo heredé de Numancia todo el brio;
Ved si pensar vencerme es desvarío.
Patria querida, pueblo desdichado,
No temas ni imagines me retire
De lo que debo hacer en ti engendrado,
Aunque á vencerme todo el mundo aspire.

Tened, romanos, sosegad el brio,
Y no os canseis en asaltar el muro:
Que aunque fuera mayor el poderío
Vuestro, de no vencerme os aseguro...
Pero muéstrese ya el intento mio;
Y si ha sido el amor ardiente y puro
Que yo tuve á mi patria tan querida,
Acreditelo luego esta caida.

(*Arrójase Viriato de la torre y muere.*)

Cip. ¡O nunca vista memorable hazaña,
Digna de anciano y valeroso pecho,
Que no solo á Numancia, mas á España
Has adquirido gloria en este hecho!
Lleva, o jóven, lleva la jactancia
Y la gloria que el cielo te prepara,
Por haber, derribándote, vencido
Al que subiendo queda mas caido.

Suena una trompeta y sale la Fama.

Fama. Vaya mi clara voz de gente en gente,
Y en dulce y suavísimo sonido
Llene las almas de un deseo ardiente
De eternizar un hecho tan subido.
Alzad, romanos, la abatida frente:
Llevad de aquí este cuerpo, que ha podido
En tan pequeña edad arrebataros
El triunfo que pudiera tanto honraros:
Que yo, que soy la Fama pregonera,
Tendré cuidado, en cuanto el alto cielo
Moviere el paso en la subida esfera,
Dando vida y vigor al bajo suelo,
De publicar con lengua verdadera,
Con justo intento y presuroso vuelo,
El valor de Numancia y único y solo
De Batro á Tuile, y de uno al otro polo.
Indicio ha dado esta no vista hazaña
Del valor que en los siglos venideros
Tendrán los hijos de la fuerte España,
Hijos de tales padres herederos...
Mas pues desto se encarga mi memoria,
Dese feliz remate á nuestra historia.

LA ENTRETENIDA.

COMEDIA.

PERSONAS.

DON ANTONIO DE ALMENDAREZ.
DOÑA MARCELA, su hermana.
DON SILVESTRE DE ALMENDAREZ.
DON FRANCISCO.
DON AMBROSIO.
DON PEDRO OSORIO.
CARDENIO, estudiante.
MUÑOZ, escudero de Marcela.
DOROTEA, criada de Marcela.
CRISTINA, fregona.
QUIÑONES, page.
CLAVIJO, criado de D. Silvestre.
OCAÑA, lacayo de D. Antonio.
TORRENTE, criado de Cardenio.

JORNADA I.

Salen Ocaña, lacayo, con un mandil y harnero; y Cristina, fregona.

Ocaña. Mi sora Cristina, denmos...
Crist. ¿Qué hemos de dar, mi so Ocaña?
Ocaña. Dar en dulce, no en huraña,
Ni en tan amargos estremos.
Crist. ¿Querria el sor que anduviese
De pa y vereda contino?
Ocaña. No hay quien ande ese camino,
Que algun gusto no interese.
Siempre la melancolía
Fué de la muerte parienta;
Y en la vida alegre asienta
El hablar de argentería.
Motes, cuentos, chistes, dichos,
Pensamientos regalados,
Muy buenos para pensados,
Y mejores para dichos.
Sé yo, Cristina, con quien
Te burlas, y no es conmigo.
Crist. ¿Sabe, Ocaña, que le digo?
Ocaña. ¿Qué dirás que me esté bien?
Crist. Dígole, que no malicie
Con tan dañados intentos.
Ocaña. Pues á fe que en estos cuentos
Ando por la superficie:

Que si llegase hasta el centro,
¡Oh, qué diria de cosas!
Crist. Muchas, pero maliciosas.
Ocaña. Sálenme mil al encuentro,
Del corazon á la lengua.
Crist. No te pienso escuchar mas.
Ocaña. Vuelve, Cristina: ¿á dó vas?
Crist. Es el escucharte mengua;
Y enfádanme tus ruindades,
Y tus modos de decir.
Ocaña. El que está para morir,
Siempre suele hablar verdades:
Yo estoy muriendo, y confieso
Que quieres bien á Quiñones.
Crist. De tus malas intenciones
Agora se ve el esceso:
Agora se echa de ver
Que eres loco, y lacá...
Ocaña. ¡Bueno!
Pronuncia de lleno en lleno,
Aunque el *yo* no es menester;
Que el ser lacayo no ignoro,
Sin rodeos, y sin cifras;
Y mal tu venganza cifras,
En no guardar el decoro
Que debes á ser fregona,
De las mas lindas que ví,
Entre Quiñones y mí,
Ya cordera, y ya leona.
Crist. ¿Soy por ventura muger
Que he de avasallarme á un page?
¿O vengo yo de linage
De tan bajo proceder?
¿No soy yo la que en mi flor,
Por no querer ofendella,
Presumo mas de doncella,
Que no el Cid de campeador?
¿No soy yo de los Capoches
De Oviedo? ¿Hay mas que mostrar?
Ocaña. Con todo te has de quedar,
Cristina...
Crist. ¿A qué?
Ocaña. A buenas noches.
Eres muy solicitada,
Y muy vista; y no está el toque
En que la flor no se toque,
Si al serlo está aparejada.
Las flores del campo están
Sujetas á cualquier mano:
A las del bajo villano,
Y á las del alto galan:
Al arado, y al pié duro
Del labrador que le guia;
Pero la flór que se cria
Tras el levantado muro
Del recato, no la ofende
El cierzo murmurador,
Ni la marchita el ardor
Del que tocarla pretende.
La muger ha de ser buena,
Y parecerlo, que es mas.
Crist. Gran predicador estás;
Mas tu doctrina condena
A tus lascivos intentos.
Ocaña. Levántasles testimonio:
Que al blanco del matrimonio
Asestan mis pensamientos.
Crist. A mucho te has atrevido:
Muestra, aquí está la cebada.

(*Dale el harnero; y éntrase Cristina.*)

Ocaña. Toma el harnero, agraviada
De este que de tí lo ha sido...
¡O pages! que sois balcones
De estas duendas fregoniles,
De su salario alguaciles,
De sus vivares hurones:
Llevaisos la media nata
De este comun beneficio:
Dais en ellas rienda al vicio,
Sin hallar ninguna ingrata:
Gozais del justo botin,
Y de la limpia chinela,
Y os reis de la arandela,
Y del dorado chapin:
Haceis, con modos suaves,
Burla, que os cueste barata,
De aquellas lunas de plata,
Que van pisando las graves.
¡Qué presto Cristina vuelve
Con la cebada y Quiñones!
Corazon, triste te pones:
La sangre se me revuelve
En ver á estos dos tan juntos,
Tan domésticos y afables.

Salen Cristina con la cebada, y Quiñones el page.

Crist. No le mires, ni le hables:
Si le hablares, no sea en puntos
Que te descubran zeloso,
Que hará mil suertes en tí.
Quiñ. Aunque mozo, nunca fuí,
Ni soy, ni seré medroso.
Crist. Advierte que está delante:
Tome, galan, la cebada.
Ocaña. ¿Bien medida?
Crist. Y bien colmada.
Ocaña. ¿Midióla mi so galante?
Crist. No la midió sino el diablo,
Que tu mala lengua atiza.
Ocaña. Volme á mi caballeriza,
Por no ver este retablo
De estas dos figuras juntas,
Que no se apartan jamas.
Quiñ. En tales malicias das,

Que con una mil apuntas;
Y que te engañas sé yo.
Ocaña. Y tambien sé yo muy bien
Que á los dos estará bien
El callar.
Crist. Yo sé que no;
Porque quien calla concede
Con el mal que de él se dice.
Ocaña. Ninguno te dije, ó hice.
Quiñ. Ni él decir ó hacerle puede.
Ocaña. Por vida suya que abaje
El toldo: que en mi conciencia,
Que hay muy poca diferencia
Entre un lacayo y un page.
La longura de un caballo
Puede medirla á compas,
Yo delante, y él detras:
Andallo, mi vida, andallo. (*Éntrase Ocaña.*)
Crist. ¿Y que tú no tengas brio
Para responderle? Creo
Que he de recobrar mi empleo,
Y volverme á lo que es mio.
Quiñ. ¿Qué tengo de responder?
¿Ciño espada? No la ciño;
Y mas que es mengua si riño
Con...
Crist. Quiñones, á placer:
Que es Ocaña hombre de bien,
Y espadachin ademas.

Salen don Antonio y su hermana Marcela.

D. Ant. Porfiada, hermana, estás:
Quiero, mas no diré á quien.
Tengo ausente mi alegría,
Sin saber adonde yace;
Y de aquesta ausencia nace
Toda mi melancolía.
Hanla escondido, y no sé
Adonde, en cielo, ni en tierra:
Muévenme los zelos guerra,
Y dan alcance á mi fe;
No porque la menoscaben,
Que zelos no averiguados
Ministran á los cuidados
Materia porque no acaben:
Son la leña del gran fuego,
Que en el alma enciende amor,
Viento, con cuyo rigor
Se esparce ó turba el sosiego.
Quiñ. Aun no han echado de ver
Que estamos aquí nosotros.
D. Ant. Dejadnos aquí vosotros.
Crist. Entra aquí el obedecer.

(*Éntranse Quiñones y Cristina.*)

Marc. ¿Siquiera no me dirás
El nombre de esa tu dama?
D. Ant. Como te llamas se llama.
Marc. ¿Como yo?
D. Ant. Y aun tiene mas,
Que se te parece mucho.
Marc. Válame Dios, ¿qué es aquesto?
¿Si es amor este de incesto?
Con varias sospechas lucho.
¿Es hermosa?
D. Ant. Como vos;
Y está bien encarecido.
Marc. El seso tiene perdido
Mi hermano: válgale Dios.

Sale don Francisco, amigo de don Antonio.

D. Franc. ¿Andan hinchadas las olas
Del mar de tu pensamiento?
D. Ant. Entraos en vuestro aposento,
Dejadnos, hermana, á solas:
Retiraos, hermana mia.
Marc. Dios tus intentos mejore.

(*Éntrase Marcela.*)

D. Ant. ¿Traeis desdichas que llore?
¿O ya venturas que ria?
D. Franc. Promesas que se han cumplido:
Con dádivas se han probado:
Industrias se han intentado
Del Sinon mas entendido.
Las deligencias que he hecho
Frisan con las imposibles:
Linces ha habido invisibles,
Y espías de trecho á trecho;
Pero no puede mostrar
Sagacidad, ó cautela,
Donde han llevado á Marcela:
Cosa que es para admirar.
Solamente se imagina,
Que una noche la sacó
Su padre, y se la llevó;
Pero adonde no se atina.
D. Ant. ¿Si podrá la astrología
Judiciaria declarallo?
D. Franc. Yo no pienso interrogallo:
Que tengo por frusleria
La ciencia, no en cuanto á ciencia,
Sino en cuanto al usar de ella
El simple, que se entra en ella
Sin estudio, ni esperiencia.
Si acaso Marcela fuera
Alguna joya perdida,
Yo buscára otra salida,
Que buena en esto la diera.
Santos hay ausiliadores,
Veinte, ó mas, ó no sé cuantos;
Pero no querrán los santos
Curarnos de mal de amores.
A la justa peticion

Siempre favorece el cielo.
D. Ant. ¿Pues no es muy justo mi celo?
¿No está muy puesto en razon?
¿Busco yo á Marcela acaso,
Sino para ser mi esposa?
¿De ella pretendo otra cosa?
D. Franc. O vamonos, ó habla paso,
Que no sabes quien te escucha.
D. Ant. Vamos, amigo, y advierte,
Que fio mi vida y muerte
De tu discrecion, que es mucha.

(*Éntranse don Antonio y don Francisco.*)

Sale Cardenio con manteo y sotana, y tras él Torrente, capigorron, comiendo un membrillo, ó cosa que se le parezca.

Card. ¿Comes? buena pro te haga:
La misma hambre te tome.
Tor. No puede decir que come
El que masca, y no lo traga.
No se me vaya á la mano,
Que de esta, si acaso es culpa,
Ser me sirve de disculpa
El membrillo toledano.
Sé cierto que decir puedo,
Y mil veces referillo:
Espada, muger, membrillo
A toda ley, de Toledo.
Las acciones naturales
Son forzosas; y el comer
Una de ellas viene á ser,
Y de las mas principales;
Y esto aquí de molde viene,
Y es una advertencia llana:
Come el rico, cuando ha gana,
Y el pobre cuando lo tiene.
Card. Con todo me darás gusto
De que en la calle no comas.
Tor. Si estas niñerías tomas
Por deshonra, ó por disgusto,
Yo me aturaré la boca
Con cal, y arena á pison.
Card. Sé que tienes discrecion.
Tor. Y golosina no poca.
Card. Sabes lo que nunca supo
El diablo.
Tor. Y aun soy peor.
Card. ¿Vuelves á comer, traidor?
Tor. Ya no como, sino chupo.

Sale Muñoz, escudero de Marcela.

Pero ves donde parece
Tu Santelmo.
Card. Así es verdad,
Puesto que mi tempestad
Nunca mengua, y siempre crece.
En estas benditas manos
Tengo mi remedio puesto.
Muñoz. Vos vereis como echo el resto
En daros consejos sanos.
Advertid, hijo, que son
Las canas el fundamento
Y la basa á do hace asiento
La agudeza y discrecion.
En la mucha edad se muestra
Que asiste toda advertencia,
Porque tiene á la esperiencia
Por consejera y maestra;
Y estas canas no han nacido
En aqueste rostro acaso.
Card. Hablad, señor Muñoz, paso,
Que ya os tengo conocido,
Y sé que sabeis cortar
Colgado del aire un pelo.
Muñoz. Así me ayude á mí el cielo,
Como os pienso de ayudar;
Porque el premio es el que aviva
Al mas torpe ingenio y rudo.
Card. Si es premio este pobre escudo,
Vuestra merced le reciba
Con aquella voluntad
Sana, con que yo le ofrezco.
Muñoz. O señor, que no merezco
Tanta liberalidad.
Tor. Tomóle, besóle, y dióle
Quizá perpetua clausura:
Del oro la color pura
Sin duda que enamoróle;
Porque tiene una virtud
De alegrar el corazon;
Y la avara condicion
Vive con la senectud.
¿Pero á qué pecho no doma
La hambre del oro?
Muñoz. Escucha,
Y con advertencia mucha,
Hijo, este consejo toma:
De Marcela no hay pensar
Que es de tan tiernos aceros,
Que la han de ablandar terceros,
Ni rogar, ni porfiar,
Ni lágrimas, ni suspiros,
Ni voluntad verdadera:
Que son con ella de cera
De amor los mas fuertes tiros.
A las olas que se atreven
A embestirla por amar,
Se muestra roca en la mar,
Que la tocan, y no mueven.
Esto con Marcela pasa.
Card. No me acobardes y espantes.
Tor. ¡Oh cuántos de estos diamantes
He visto volver de masa!
¡Cuántas he visto rendidas,

A un billete trasnochado!
¡Cuántas, sin darlas, han dado
De ganadas en perdidas!
¡Cuántas siguen sus antojos
En mitad de su recato!
¡Cuántas en el dulce trato
Tropiezan, y aun dan de ojos!
Muñoz. Pues ni Marcela tropieza,
Ni cae.
Tor. ¡Gran milagro!
Card. Calla,
Que es estremo que se halla
Hoy en la naturaleza;
Y el señor Muñoz bien sabe
Lo que dice.
Muñoz. Yo estoy cierto,
Que aun mas bien del que os advierto,
Todo en mi señora cabe;
Pero vengamos al punto
De lo que quiero decir.
Card. Hasta acabarle de oir
Estoy, Torrente, difunto.
Muñoz. Es el caso, que está en Lima
Un hermano de su padre
De Marcela, caballero
De ilustre y claro linage.
De los bienes de fortuna
Dicen que le cupo parte
Tanta, que entre los mas ricos
Suelen por rico nombrarle.
Tiene un hijo, que se llama
Don Silvestre de Almendarez,
El cual con doña Marcela,
Aunque prima, ha de casarse.
Cada flota le esperamos;
Mas si en esta, que se sabe
Que ha llegado á salvamento,
No viene, echado ha buen lance.
Fíngete tú don Silvestre,
Que yo te daré bastantes
Relaciones con que muestres
Ser el mismo; y serán tales,
Que por mas que te pregunten,
Podrás responder con arte,
Que acreditando el engaño,
Tus mentiras sean verdades.
Aposentaránte en casa:
Haránte agasajos grandes;
Y tú dentro una por una,
Podrás ver cómo te vales.
Card. Está bien; pero si acaso
En aquesta flota traen
Cartas de ese don Silvestre,
Y de que no viene saben,
Yo dentro en casa, ¿qué haré?
¿Cómo podrá acreditarse
Tan conocida mentira,
Para que pase adelante?
Muñoz. Dirás que despues de escritas
Y dadas, quiso tu madre
Que te vinieses á España,
Aunque á hurto de tu padre:
Que ella, deseando verse
Con nietos en quien dilate
Su nombre y posteridad,
No quiso que mas tardases.
Y este venirte á escondidas
Podrá, señor, escusarte
De no venir con riquezas,
Que el ser quien eres señalen.
Mas no dejes de traer
Algunas piedras bezares,
Y algunas sartas de perlas,
Y papagayos que hablen.
Card. En eso yo daré trazas
Que de ese aprieto me saquen,
Y tales, que satisfagan.
Tor. Todo aquesto es disparate.
Card. La memoria sea cumplida;
Y los puntos importantes,
Que en este nuevo edificio
Han de ser fundamentales,
Vengan especificados,
De modo que me declaren
Por el mismo don Silvestre.
Muñoz. Ven por ellos esta tarde.
Card. Volverá este mi criado.
Tor. Volveré, si á Dios le place,
Que sin su ayuda no puedo,
Ni estornudar, ni mudarme.
Muñoz. Señor, si acaso, si á dicha,
Si por buena suerte traes
Otro escudillo, bien puedes
Con liberal mano darle:
Que es invierno y no hay bayeta,
Y no será bien que pase
Frio el que al incendio tuyo
Procura refrigerarse.
Card. No le traigo, en mi conciencia;
Pero yo haré que se os saque
Un vestido de bayeta,
Y á mi cuenta le hará el sastre.
Muñoz. Venderéle, vive Roque:
No consentiré se ensanche
Marcela con mis trofeos,
Que cuestan gotas de sangre.
Vístame la que quisiere
Que polido la acompañe:
Que gastar yo mi bayeta
En servicio ageno, tate.
Y voime, porque conviene
Que la memoria se estampe,
Que fortifique este embuste,
Y á Dios quedeis.
Card. Él os guarde.
Muñoz. Mire que no se le olvide

Lo de la bayeta y sastre;
Que en este punto consisten
Sus gustos ó sus pesares.

(*Éntrase Muñòz.*)

Card. ¡Gran principio á mi quimera!
Tor. Llámala, señor, dislate,
Torre fundada en palillos,
Como casica de naipes.
Dime, ¿dónde están las perlas?
¿Dónde las piedras bezares?
¿Adónde las catalnicas,
O los papagayos grandes?
¿Dónde la prática de Indias,
De los puertos y los mares,
Que se toman y navegan?
¿Dónde la bayeta y sastre?
Si quieres que tus negocios
En felice punto paren,
Lleva, y esto te aconsejo,
Siempre la verdad delante.
Capigorrista soy tuyo;
Y como padezco hambre,
Tengo sutil el ingenio,
Y en dar consejos soy sacre.
Card. Yo me remito á la lista
De Muñoz: tú no desmayes:
Que en las empresas de amor,
Tal vez se ha visto que valen
El ingenio y la ventura
Mas que las riquezas grandes.
Tor. De este laberinto el cielo
Con las narices nos saque. (*Éntranse.*)

Salen Marcela y Dorotea, su doncella.

Dor. Dime, señora, ¿qué muestra
Te ha dado tu hermano tal,
Que sea indicio y señal
De alguna intencion siniestra?
No puedo darme á entender
Que te ama viciosamente,
Aunque es caso contingente.
Marc. ¡Y cómo si puede ser!
¿Ya no se sabe que Amon
Amó á su hermana Thamar?
¿Y no nos vienen á dar
Mirra y su padre ocasion
De temer estos incestos?
Dor. Con todo, señora, creo
Que encamina su deseo
Por términos mas compuestos;
Y esto tengo por verdad.
Marc. Mi querida Dorotea,
Plega al cielo que así sea:
Él rija su voluntad.
De continuo trae en la boca
Mi nombre: á hurto me mira:
Gime á solas y suspira:
Las manos me besa y toca;
Y da por disculpa de esto,
Que me parezco á su dama,
Que de mi nombre se llama.
Dor. ¿Hase á dicha descompuesto
A hacer mas de lo que dices?
Marc. No por cierto, ni querria.
Dor. Pues de esto, señora mia,
No es bien que te escandalices;
Pues podrá ser que su dama
Se llame, señora, así,
Y que se parezca á tí,
Si de hermosa tiene fama.

Sale don Antonio.

Marc. Mira do viene suspenso,
Tanto, que no echa de ver
Que aquí estamos: de su ser,
Que está trastrocado pienso.
Escuchémosle, y advierte
Cómo de Marcela trata.
D. Ant. Es tu ausencia la que mata,
No el desden, aunque es tan fuerte.
¡Ay dura, ay importuna, ay triste ausencia!
¡Cuán lejos debió estar de conocerte
El que al furor de la invencible muerte
Igualó tu poder y tu violencia!
Tu duro alfange á mayor mal se estiende;
Pues un espíritu en dos mitades parte.
¡O milagros de amor que nadie entiende!
¡O Marcela fugitiva,
Y sorda al lamento mio!
¿Cómo quiere tu desvío,
Que ausente muriendo viva?
¿Dónde te escondes? ¿qué clima
Inhabitable te encierra?
¿Cómo á tu paz no da guerra
El dolor que me lastima?
Téngote siempre delante,
Y no te puedo alcanzar.
Marc. Para temer y pensar,
¿Esto no es causa bastante?
Dor. Sí, por cierto: nunca estés
Sola, si fuere posible:
De que aspire á lo imposible
Jamas ocasion le des.
Rómpase en tu honestidad,
En tu advertencia y recato,
La fuerza de su mal trato,
Que nace de ociosidad;
Y vámonos, no nos vea:
Dé á solas rienda á su intento.
Marc. Yo estoy en tu pensamiento,
Que es muy bueno, Dorotea.

(*Éntranse Marcela y Dorotea.*)

Sale Ocaña de lacayo.

D. Ant. ¿Qué quieres, Ocaña?
Ocaña. Quiero
Herrar el bayo, señor,
Y no acierta el herrador
A herralle, si no hay dinero.
Débense cuatro herraduras,
Y un brebajo: mira pues,
Si andarán aquellos piés,
Siendo tus manos tan duras.
Y vengo por seis raciones,
Que me deben: que amohina
Ver que sobren á Cristina,
Y resobren á Quiñones,
Y que falten para mí,
Que sirvo mejor que todos,
De tres y de cuatro modos.
D. Ant. Confieso que ello es así,
Ocaña amigo; y sabed
Que todo se os pagará;
Y andad con Dios.
Ocaña. Siempre está
Conmigo vuestra merced
Riguroso por el cabo.
D. Ant. ¿En qué modo?
Ocaña. ¿Yo no veo
Que cual si fuera guineo,
Bezudo y bozal esclavo,
Apenas entro en la sala
Por alguna niñería,
Cuando cualquiera me envia,
Si no en buena, en hora mala?
A nadie se le trasluce,
Por mas que yo lo procuro,
El ingenio lucio y puro
Que en este lacayo luce.
Lacayo soy, Dios mediante,
Pero lacayo discreto;
Y á pocos lances prometo
Ser para marques bastante,
Como aquel de Marinan,
De dinare, e piú dinare,
Si la suerte no estorbare
Este bien, que no me dan.
D. Ant. Alto, vos habeis hablado
De modo, que me obligais
A que de humilde subais
A mas eminente estado,
Siendo el primero escalon
Servirme de consejero;
Y así, amigo Ocaña, quiero
Mostraros mi corazon,
Para que viendo patent
Las ansias que en él se anidan,
Ellas á tu ingenio pidan
Los remedios suficientes:
Que tal vez una dolencia
Casi incurable la sana
De una vejezuela cana
Una fácil esperiencia.
Ocaña. Dime tu mal, mi señor,
Y verás como en tantico
Tantos remedios aplico,
Que sanes con el menor.
Y si por ventura es
El ciego el que te atormenta,
Puedes, señor, hacer cuenta
De que ya sano te ves:
Porque no se ha de tomar
Conmigo el dios ceguezuelo.
D. Ant. Que no estás en tí recelo.
Ocaña. ¿Pues en quién habia de estar?
Que á no tomarme del vino,
Por costumbre, ó por conhorte,
No hubiera en toda la corte
Otro Caton Censorino
Como yo.
D. Ant. Ya desvarias:
Vuélvete, Ocaña, á tu establo.

(*Éntrase don Antonio.*)

Ocaña. Aunque mas sentencias hablo,
Y elevadas fantasías,
Se me trasluce y figura,
Conjeturo, pienso, y hallo
Que la cuadra y el caballo
Han de ser mi sepultura.
Y está muy puesto en razon:
Que el que quiere porfiar
Contra su estrella, ha de dar
Coces contra el aguijon.
Cristinica estará agora
En la plaza: allá me impele
Aquella fuerza que suele,
Que dentro del alma mora.
Búscola como á mi centro;
Y si la encontrase yo,
Nunca jugador echó
Tan rico y gustoso encuentro.
De este gusto no me prive
Amor, que en mi ayuda llamo;
Y siquiera con mi amo,
Ni mas medre, ni mas prive.

(*Éntrase Ocaña.*)

Salen don Ambrosio y Cristina con un billete en la mano.

Crist. Hasta ponerle yo en parte
Donde le vea, harélo;
Pero en lo demas recelo
Que no podré contentarte.
D. Amb. Haz, amiga, que le lea:
Que en solo aquesto consiste
La alegría de este triste.
Crist. Digo que haré que le vea;

Quizá por curiosidad
Querrá leerle Marcela:
Que se ha de usar de cautela
Con su mucha honestidad.
No desplegaré la boca,
Para decirla palabra:
Que en sus entrañas no labra
Fuerza de amor, mucha, ó poca.
D. Amb. ¿Regálala por ventura
Don Antonio?
Crist. Como á hermana.
D. Amb. De ser su intencion tan sana
No sé yo quien lo asegura.
¡O padre mal advertido!
Crist. No le tiene.
D. Amb. Sí le tiene;
Pero á mí no me conviene
El darme por entendido.
De las cosas que sospecho,
Y de las que son tan graves,
Tenga la lengua las llaves,
Y no las arroje el pecho.
Crist. Vete, señor, que allí asoma
Un page de casa.
D. Amb. Amiga,
Por tu industria y tu fatiga
Este pobre premio toma.
Y prométete de mí
Montes de oro, que bien puedes.
(*Dale una cajita pintada.*)
Crist. La menor de tus mercedes
Suele ser un Potosí.

Vase don Ambrosio, y sale Quiñones.

Quiñ. ¿Quién era, Cristina, el lindo,
Que con tanta sumision
Debió encajar su razon:
Tuyo soy, y á tí me rindo?
Vive el dador de los cielos,
Que es la fregona bonita:
Ordena, manda, pon, quita...
Crist. Ta, ta, tambien pide zelos.
El so page, por su entono,
Que primero se tarace
La lengua, que otra vez trace
Palabras, y no en mi abono.
¿Hásenos vuelto otro Ocaña?
¿Zelos y mas zelos?
Quiñ. Calle,
Y advierta que está en la calle.
Crist. ¡Ay! por fe que se ensaña
El mancebito frion.
Quiñ. Cristina, menos gallarda:
Que esa gallardía aguarda...
Crist. ¿Qué, mi rufo?
Quiñ. Un bofeton.
Crist. ¿En mi cara?
Quiñ. En la del cura
Le diera, á venir á mano.
Crist. ¿Y qué, alzáras tú la mano
Contra tanta hermosura,
Como pusieron los cielos
En mis mejillas rosadas?
Quiñ. Siempre son desatinadas
Las venganzas de los zelos.
Ocaña es este: camina,
Y escóndete entre la gente.

Éntranse Quiñones y Cristina; y sale Ocaña.

Ocaña. Partió mi sol de su oriente,
Y al ocaso se encamina,
Y tras sí lleva la sombra,
Que le sirve de arrebol:
Para mí no es este sol,
Sino niebla que me asombra.
Plega á Dios, humilde page,
Asombro de mi esperanza,
Que ni valgas por privanza,
Ni te estimen por linage.
Sirvas á un cata-ribera,
Que te dé corta racion.
Sea tu estado un bodegon.
No te dé luto, aunque muera.
Y cuando el cielo te adiestre
A servir á un titulado,
Tu enemigo declarado
El maestresala se muestre.
De las hachas no te valgas,
Ni de relieves veas gozo,
Y nunca te salga el bozo,
Porque de page no salgas.
Póngante infames renombres:
Juegues, pierdas la racion:
Que es la mayor maldicion,
Que pueden darte los hombres.
(*Éntrase Ocaña.*)

Sale Muñoz.

Muñoz. Despierto y durmiendo estoy,
Pensando siempre y soñando
Cuando ha de llegar el cuando
Mude el pellejo en que estoy.
¿Cuándo querrá aquel planeta,
Que sobre mí predomina,
Que remedien mi ruina
El gran sastre y la bayeta?
Diles la memoria, y diles,
Previniendo mil barruntos,
De los mas sotiles puntos
Las respuestas mas sotiles;
Pero con todo me pesa
De haberme empeñado así,
Porque tengo para mí
Ser de peligro la empresa.

Salen don Antonio, y Torrente en hábito de peregrino.

D. Ant. Mucho mas es melindre, que ad-
Y hase tenido confianza poca [vertencia:
De quien yo soy: por Dios que estoy corrido.
Muñoz. Válgate el diablo: ¿qué disfraz
Este no puse yo en la lista. [es este?
Tor. Digo
Que el señor don Silvestre de Almendarez
No pudo mas: el caso fué forzoso,
Y la borrasca tal, que nos convino
Alijar el navío, y echar cuanto
En su anchísimo vientre recogia
Al mar, que se sorbió, como dos huevos,
Catorce mil tejuelos de oro puro.
Al cielo las promesas y oraciones
Volaban, mas espesas que las nubes
Que la cara del sol cubrian entonces;
Entre las cuales oraciones, una
Envió don Silvestre al sumo alcázar,
Con tan vivos y tiernos sentimientos,
Que penetró los cascos de los cielos.
Conteniase en ella: que de Roma
Aquello que se llama siete iglesias,
Andaria descalzo peregrino,
Si Dios de aquel peligro le sacaba.
Añadió á su promesa mi persona:
Añadidura inútil, aunque buena
En parte, pues que soy su amparo y báculo.
En fin salimos mondos y desnudos
A tierra, ni sé adónde, ni sé cómo;
Habiéndose engullido el mar primero
Hasta una catalnica que traiamos,
De habilidad tan rara, y tan discreta,
Que si no era el hablar, no le faltaba
Otra cosa ninguna.
D. Ant. Bien por cierto
La habeis encarecido; aunque yo pienso
Que catalnicas mudas valen poco.
Tor. Por señas nos decia todo cuanto
Queria que entendiesemos.
Muñoz. ¡Milagro!
Tor. De perlas ¡qué de cajas arrojamos,
Tamañas como nueces de buen tomo,
Blancas como la nieve aun no pisada!
De esmeraldas las peñas como cubas:
Digo como toneles, y aun mas grandes:
Piedras bezares, pues, dos grandes sacos:
Anis y cochinilla fué sin número.
Muñoz. Entre esas zarandajas por ven-
¿Fué bayeta á la mar? [tura
Tor. Y el sastre, y todo.
Muñoz. A malísimo viento va esta parva:
No me cuadra ni esquina esta tormenta,
Puesto que viene bien para el embuste.
D. Ant. ¿En qué parage sucedió el naufragio?
Tor. Estaba yo durmiendo en aquel tran-
Y no pude del page ver el rostro. [ce,
D. Ant. Parage dije: pero no me espanto
Que aun hasta aquí os conturbe la borrasca,
Ni que en ella os durmiésedes; que el miedo
Tal vez suele causar sueño profundo.
Tor. No quiso mi señor, ni por semejas,
De cuatro mil y mas ofrecimientos,
Que de darle dineros se le hicieron,
Recibir, sino aquellos que bastasen
A no pedir limosna en su viaje;
Pero no supo bien hacer la cuenta,
Porque ya casi todos son gastados. [redas.
Muñoz. Válgate Satanas, qué bien lo en-
Tor. La primera estacion fué á Guadalupe;
Y á la imágen de Illescas la segunda;
Y la tercera ha sido á la de Atocha.
A hurto quiso verte; y esta tarde
Quiere partirse á Roma: agora queda
En San Gines hincado de hinojos,
Arrojando del pecho mil suspiros,
Vertiendo de sus ojos tiernas lágrimas,
Pidiendo á Dios que le encamine y guie
En el viaje santo prometido.
Yo, señor, soy ternísimo de plantas,
A quien callos durísimos enclavan,
De tan largo camino procedidos.
Querria que se diese alguna traza
De que por quince dias descansasemos,
Para tomar aliento y refrigerio
En el nuevo camino que se espera:
Ademas que tambien él es ternísimo,
Y podria el cansancio fatigalle
De modo que el camino con la vida
Se acabase en un punto: caso triste,
Si tal viniese á ser, por el tremendo
Dolor que sintiria mi señora
Doña Ana de Briones, madre suya.
D. Ant. Vamos, que yo pondré remedio
en todo. [visto;
Tor. No hay decir, señor, que yo te he
Porque me ha de matar, si es que tal sabe.
¡O pecador de mí! este es que viene:
En la red me ha cogido: negativa,
Señor, sino, yo muero.
D. Ant. No hayas miedo.

Sale Cardenio como peregrino.

Mi señor don Silvestre de Almendarez,
¿Para qué es encubriros de quien tiene
Tantas obligaciones de serviros? [vivo,
Card. ¡O traidor, mal nacido! Por Dios
Que os engaña, señor, este embustero:
Que yo no soy aquese don Silvestre,
Que dices, de Almendarez, sino un pobre
Peregrino, y tan pobre...
Tor. ¿Qué me miras?
Yo no le he dicho nada, y si lo he dicho,

Digo que miento una, y cien mil veces.
Vive Dios que es el mismo que te digo:
(*A don Antonio.*)
Apriétale, y conjúrale, y confiese.
D. Ant. Por Dios, primo y señor, que es caso fuerte
Negarme esta verdad: ¿qué importa vengas
Rico ó pobre á tu casa, que es la mia?
Tor. Eso es lo que yo digo, pesia al mundo.
D. Ant. ¿Mandabas tú á los vientos, ó
Del proceloso mar las altas olas [pudiste
Sosegar algun tanto? ¿No es locura
Hacer caso de honra los sucesos
Varios de la fortuna, siempre instable,
O por mejor decir del cielo firme?
Tor. Ea, señor, que ya pasa de raya
Tan grande pertinacia. Vive Roque,
Señor, que es don Silvestre de Almendarez,
Vuestro primo y cuñado, el peregrino,
Y mi amo, que es mas.
Card. Pues tú lo dices,
No quiero mas negarlo, pues no importa:
Dadme, señor, las manos.
D. Ant. Doy los brazos,
Y el alma en su lugar, querido primo.
Card. Tomad los mios: que entre aquestos brazos
Tambien os doy mi alma en recompensa:
No te la cubrirá pelo, si puedo.
Tor. Que no temo amenazas mal nacidas,
Porque esto es lo que importa á nuestro he-
Muñoz. Y como. [cho.
D. Ant. No hayais miedo que se os toque
Al pelo de la ropa por lo dicho.
Tor. Mi señor es discreto, y verá presto
De cuan poca importancia era el silencio
En semejante caso.
D. Ant. Señor primo,
Vamos á casa; y sepa vuestra esposa
Vuestra buena venida y deseada.
Card. Siempre he de obedecer.
Muñoz. ¡Qué bien trazada
Quimera! si ella llega á colmo, espero
Un Potosí de barras y dinero.
Tor. ¿Qué os parece, Muñoz?
Muñoz. Que me parece
Que es verdad cuanto ha dicho, y que lo veo.
Tor. Y como que es verdad, sin que le
Un átomo, una tilde, una meaja. [falte
(*Éntranse don Antonio, Cardenio y Torrente.*)
Muñoz. Términos tienen estos socarrones
De hacerme á mí entender que la borrasca
Y el alijo de ropa es verdadero.
Ahora bien veremos lo que pasa,
Que una por una, los dos ya están en casa.

JORNADA II.

Salen Marcela, y Dorotea con una almohadilla, y Cristina.

Marc. Andas con vergüenza poca,
Cristina, muy inquieta;
Y con puntos de discreta,
Das mil puntadas de loca.
Sabed, señora, una cosa:
Que entre las prendas de honor,
Es tenida por mejor
La honesta que la hermosa.
Crist. ¿Señora me llama? malo:
Que ya sé por esperiencia
Que no hay dos dedos de ausencia
De esta cortesía á un palo.
Marc. ¿Qué murmuras, desazada,
Maliciosa y atrevida?
Crist. Nunca murmuré en mi vida.
Marc. ¿Qué dices?
Crist. No digo nada.
Tenga el señor en el cielo
A mi señora la vieja.
Marc. De esas plegarias te deja.
Crist. Pronúncialas mi buen celo.
Si ella fuera viva, sé
Que otro gallo me cantára,
Y que ninguna no osára
Reñirme: no en buena fe.
Tristes de las mozas,
A quien trujo el cielo
Por casas agenas
A servir á dueños:
Que entre mil no salen
Cuatro apenas buenos:
Que los mas son torpes,
Y de antojos feos.
Pues ¿qué, si la triste
Acierta á dar zelos
Al ama, que piensa
Que le hace tuerto?
Agenas ofensas
Pagan sus cabellos:
Oyen sus oidos
Siempre vituperios:
Parece la casa
Un confuso infierno:
Que los zelos siempre
Fueron vocingleros.
La tierna fregona,
Con silencio y miedo
Pasa sus desdichas,
Malogra requiebros;
Porque jamas llega
A felice puerto
Su cargada nave

De malos empleos.
Pero ya que falte
Este detrimento,
Sobran los del alma,
Que no tienen cuento.
Ven acá, suciona,
¿Dónde está el pañuelo?
La escoba te hurtaron,
Y un plato pequeño.
Buen salario ganas;
De él pagarme pienso,
Porque despabiles
Los ojos y el seso.
Vas, y nunca vuelves,
Y tienes bureo
Con Sancho en la calle,
Con Mingo y con Pedro.
Eres en fin pu:
El *ta* diré quedo,
Porque de cristiana
Sabes que me precio.
Otra vez repito
Con cansado aliento,
Con lágrimas tristes,
Y suspiros tiernos:
Triste de la moza,
A quien trujo el cielo
Por casas agenas...
Dor. Señores, ¿qué es esto?
Cristinica amiga,
¿Dime con qué viento
Esta polvareda
Has alzado al cielo?
Marc. La desenvoltura
Es un viento cierzo,
Que del rostro ahuyenta
La vergüenza y miedo.
Pero yo haré,
Si es que acaso puedo,
Si ella no se enmienda,
Lo que callar quiero.

Sale Quiñones el page.

Quiñones. Don Antonio mi señor
Entra con dos peregrinos.

Salen don Antonio, Cardenio, Torrente y Muñoz.

D. Ant. Vuestros intentos divinos
Fueran disculpa al rigor
Del no vernos.
Card. Así es:
Pero yo, señor, holgára
Que esta deuda se pagára
Despacio, y fuera despues
De mi peregrinacion,
Que no se puede escusar.
D. Ant. Fácilmente habeis de hallar
En mi voluntad perdon.
Card. ¿Es mi señora y mi prima?
D. Ant. La misma.
Card. ¡O mi señora,
Rico archivo, donde mora
De la belleza la prima!
No me niegues estos piés,
Pues no merezco esas manos.
Dor. Peregrinos cortesanos
Son estos.
D. Ant. No tan cortés.
Señor primo, que mi hermana
Está del caso suspensa.
Muñoz. La traza de lo que él piensa
Es mas cortés, que no sana.
Marc. Señor, para que me muestre
Con el respeto debido
A quien sois, el nombre os pido.
D. Ant. Vuestro primo don Silvestre
De Almendarez, vuestro esposo,
O el que lo tiene de ser.
Marc. Mudaré de proceder
Con un huésped tan famoso.
Los brazos habré de daros,
Que no los piés, primo mio.
Muñoz. De estos principios yo fio,
Que son mas dulces que caros.
Card. No fué huracan el que pudo
Desbaratar nuestra flota;
Ni torció nuestra derrota
El mar insolente y crudo.
No fué del tope á la quilla
Mi pobre navío abierto,
Pues he llegado á tal puerto,
Y pongo el pié en tal orilla.
No mis riquezas sorbieron
Las aguas que las tragaron,
Pues mas rico me dejaron
Con el bien que en vos me dieron.
Hoy se aumenta mi riqueza,
Pues con nueva vida y ser,
Peregrino llego á ver
La imágen de tu belleza.

Sale Ocaña.

Ocaña. De esta comun alegría
Alguna parte quizá
Mi tristeza alcanzará,
Que está como estar solia.
Desde aquí quiero mirarte,
Si es que te dejas mirar,
De mi suerte amargo azar,
De mi bien el todo y parte.
Puesto en aqueste rincon,
Como lacayo sin suerte,
Veré quizá de mi muerte
Alguna resurreccion.

Marc. La desventura mayor,
Mas espantosa y temida,
Es la de perder la vida.
D. Ant. Primero es la del honor.
Marc. Ansí es; y pues vos, primo,
Con honra y vida venis,
Mal hareis, si mal sentis
Del mal, que por bien yo estimo,
Y en llegar adonde os veis,
Habeis de tener por cierto
Que habeis arribado á un puerto
Adonde restauraréis
Las riquezas arrojadas
Al mar, siempre codicioso.
Card. Tendrá el que fuere tu esposo
Las venturas confirmadas.
Tor. Doncella, ¿acaso es de casa?
Crist. No soy sino de la calle.
Tor. Eso no, que aquese talle
A los de palacio pasa.
¿Sirve en ella?
Crist. Soy servida.
Ocaña. La respuesta ha sido aguda.
Ten, pulcra, la lengua muda,
No la descosas, perdida.
Tor. ¿El nombre?
Crist. Cristina.
Tor. Bueno:
Que es dulce, con ser de rumbo.
¿Túmbase?
Crist. Yo no me tumbo:
Basta, que tiene barreno
El indianazo gascon.
Tor. Yo, señora, como ves,
Soy criollo perulés,
Aunque tiro á borgoñon.
D. Ant. Reposaréis, primo mio;
Y despues saber querria
Del buen estar de mi tia,
De vuestro padre, y mi tio.
Ocaña. ¡O peregrino traidor,
Cómo la miras! ¡O falsa,
Cómo le vas dando salsa
Al gusto de su sabor!
Card. Depositario fué el mar
De tus cartas y presentes.
Ocaña. El alma tengo en los dientes:
Casi estoy para espirar.
Marc. Entrad, señor, do podais
Mudar vestido decente.
Card. Mi promesa no consiente
Que esa merced me hagais.
No puedo mudar de trage
Por un tiempo limitado;
Que esta pobreza ha causado
La tormenta del viaje.
D. Ant. A no ser él tan perfecto,
Vuestro designio, yo hiciera
Que por otro se cumpliera.

(*Éntranse Marcela, don Antonio, Dorotea, y Cristina, y Cardenio.*)

Quedan en el teatro Muñoz, Torrente y Ocaña.

Muñoz. No me hableis, Torrente hermano,
Que nos escuchan; y siento
Que en nuestro famoso intento
El callar es lo mas sano. (*Éntrase Muñoz.*)
Ocaña. Si á mí el ojo no me miente,
Sé con gran certinidad
Que vuestra paternidad
Tiene el alma algo doliente.
Es Cristinica un arpon,
Es un virote, una jara,
Que el ciego arquero dispara,
Y traspasa el corazon:
Es un incendio, es un rayo,
¿Cómo un rayo? dos y tres.
Tor. Y vuesa merced ¿quién es?
Ocaña. Soy de esta casa el lacayo.
Y aunque en la caballeriza
Me arrincono, el amor ciego
Con su hielo y con su fuego
Me consume y martiriza.
Entre el harnero y pesebre,
Entre la paja y cebada,
De noche y de madrugada
Me embiste de amor la fiebre.
Tor. ¿Y es Cristina la ocasion
De tan grande encendimiento?
Ocaña. No sé quién es, sé que siento
El alma hecha un carbon.
Tor. Si es Cristina, pondré pausa
En ciertos recien nacidos
Pensamientos atrevidos,
Que su memoria me causa.
No pienso en manera alguna
Seros rival, que seria
Género de villanía,
Que al ser quien yo soy repuna.
Honestísimo decoro
Se guardará en esta casa,
Puesto que me arda la brasa
De esta niña á quien adoro.
Quebrantaré en la pared
Mis pensamientos primeros,
Con gusto de conoceros,
Para haceros merced;
Porque no han de naufragar
Siempre las flotas, que alguna
Tendrá próspera fortuna,
Para podérnosla dar.
Ocaña. Beso tus piés, peregrino,
Unico, raro y bastante
A ablandar en un instante

Un corazon diamantino.
Yo, en quien nacieron barruntos
De zelos cuando te ví,
A tus piés los pongo aquí
Semi-vivos, y aun difuntos.
Tor. Alzaos, señor, no hagais
Sumision tan indecente:
Que humillaré yo mi frente,
Si es que la vuestra no alzais.
Dadme los brazos de amigo,
Que lo hemos de ser los dos
Gran tiempo, si quiere Dios,
Que es de mi intencion testigo.
Ocaña. Como tú, señor, me abones
Con tu amistad peregrina,
Doy por cordera á Cristina,
Y por cabrito á Quiñones.
Tor. Por verte con gusto, voy
Alegre: así Dios me salve.
Ocaña. Para estas, que yo os calve,
O no seré yo quien soy.

(*Éntranse Torrente y Ocaña.*)

Sale don Ambrosio.

D. Amb. Por tí, vírgen hermosa, esparce ufano,
Contra el rigor con que amenaza el cielo,
Entre los surcos del labrado suelo,
El pobre labrador el rico grano.
Por tí surca las aguas del mar cano
El mercader en débil leño á vuelo;
Y en el rigor del sol, como del hielo,
Pisa alegre el soldado el risco y llano.
Por tí infinitas veces, ya perdida
La fuerza del que busca y del que ruega,
Se cobra y se promete la victoria.
Por tí, báculo fuerte de la vida,
Tal vez se aspira á lo imposible, y llega
El deseo á las puertas de la gloria.
¡O Esperanza! notoria
Amiga de alentar los desmayados,
Aunque esten en miserias sepultados.

Sale Cristina.

Crist. Habrá fiesta y regodeo,
Y la parentela toda
Vendrá sin duda á la boda.
D. Amb. Mi norte descubro y veo.
¡O dulcísima Cristina!
Crist. De alcorza debo de ser.
D. Amb. Tribunal do se ha de ver
Lo que el amor determina
En mi contra ó mi provecho.
Crist. ¡Estraña salutacion!
D. Amb. La lengua da la razon
Como la saca del pecho.
Pero vengamos al punto:
¿Mi esperanza cómo está?
¿Ha de morir? ¿Vivirá?
¿Contaréme por difunto?
¿Dificúltase la empresa?
Presto, que me vuelvo loco.
Crist. Idos, señor, poco á poco,
Que preguntais muy apriesa.
D. Amb. Mas apriesa me consume
El vivo incendio de amor.
Crist. En solo un punto el rigor
Suyo se abrevia y resume;
Y es que puedes ya contar
A Marcela por casada:
Ya no es suya; ya está dada
A quien la sabrá estimar.
D. Amb. No me digas el esposo,
Que sin duda es don Antonio.
Crist. Levantas un testimonio,
Que pasa de mentiroso.
¿Con su hermana?
D. Amb. Ah Cristinica,
¿Qué es eso? ¿Cubierta y pala
Con que una obra tan mala
Se apoya y se fortifica?
Crist. Que es con su primo.
D. Amb. ¿Qué es esto,
Cielo siempre soberano?
¿Hoy primo el que ayer fué hermano?
¿Cámbiase un hombre tan presto?
Crist. Digo que es un peregrino,
Primo suyo, y perulero,
De tan soberbio dinero,
Que de las Indias nos vino.
De oro mas de cien mil tejos
Se sorbió el mar, como un huevo,
De este peregrino nuevo,
Que no está de tí muy lejos,
Porque vesle allí do asoma.
D. Amb. ¡Y que esto en el mundo pase!
Crist. Puesto que antes que se case
Entiendo que ha de ir á Roma.

Salen Cardenio, Torrente y Muñoz.

D. Amb. Embustero y perulero,
Atrevido é insolente,
¿Porqué te haces pariente
De la vida por quien muero?
Tor. Descornado se ha la flor:
Perecemos.
Muñoz. Malo es esto:
La traza se ha descompuesto
Al primer paso.
Card. Señor,
No te entiendo, ni imagino
Porque tan acelerado
La maldita has desatado
Contra un noble peregrino.
Muñoz. Quien dijere que yo dí

Lista á nadie, mentirá
Cuantas veces lo dirá:
No sino lléguense á mí,
Que fabrico en ningun modo
Castillos mal prevenidos.
Tor. Antes de ser convencidos,
Este lo ha de decir todo.
¡O levantadas quimeras
En el aire, cual yo dije!
D. Amb. Por el cielo que nos rige,
Que si acaso perseveras
En el embuste que intentas,
Primero que en algo aciertes,
Ha de ser una y mil muertes
El remate de tus cuentas.
Vuélvete á tu Potosí,
Deja lograr mi porfía.
Card. Aqueste ya desvaría.
Tor. Así me parece á mí.
Crist. Don Francisco y mi señor
Son estos: piés á correr. (*Éntrase Cristina.*)

Salen don Francisco y don Antonio.

D. Franc. Todo aqueso puede ser,
Que á mas obliga el rigor
De un zeloso, si es honrado,
Como el padre de Marcela.
D. Amb Este es el que urdió la tela,
Que tan cara me ha costado.
¿Qué rigor de estrella ha sido,
Señor don Antonio, aquel,
Que de piadoso en cruel
Contra mí os ha convertido?
¿Y qué peregrino es este,
Tan medido á vuestro intento,
Que quereis que su contento
A mí la vida me cueste?
Mia es Marcela, si el cielo
Quisiere, y si vos quereis:
Que en vuestro arbitrio teneis
De mi mal todo el consuelo.
No es desigual mi linage
Del suyo; y su padre creo
Que de este igual himeneo
No ha de recibir ultraje.
Si él la escondió en vuestra casa,
Por quitármela delante,
Ved, si acaso sois amante,
Lo que el alma ausente pasa.
D. Franc. Este habla de Marcela
Osorio, y no de tu hermana.
D. Ant. La presuncion está llana:
Gran mal mi alma recela.
De esa vana presuncion,
Y mal formados antojos,
Os han de dar vuestros ojos
La justa satisfacion.
Venios conmigo y vereis
En el engaño en que estais.
D. Amb. Si á Marcela me llevais,
Al cielo me llevaréis.

(*Éntranse don Antonio, don Francisco y don Ambrosio.*)

Quedan en el teatro Muñoz, Torrente y Cardenio.

Card. ¡Ah, Muñoz! con cuán pequeña
Ocasion habeis temblado.
Muñoz. Temo de verme brumado,
Y molido como alheña.
Temo que mis trazas den,
Mis embustes y quimeras,
Con mi cuerpo en las galeras,
Que no le estará muy bien.
Tor. ¿Sin apretaros la cuerda
Os descoseis? mala cosa.
Muñoz. La conciencia temerosa
De los castigos se acuerda.
Pero desde aquí adelante
Pienso ser mártir, y pienso
Que paga á la culpa censo
Con temor el mas constante.
Pésame que fué la lista
De mi letra, y de mi mano;
Y este temor, que no es vano,
Todas mis fuerzas conquista.
Tor. Vamos á ver en qué pára
El comenzado desastre.
Muñoz. Aquella bayeta y sastre
Nunca el cielo lo depára. (*Éntranse todos.*)

Salen Marcela y Dorotea.

Marc. Este primo no me agrada,
No por cierto, Dorotea:
Plegue á Dios que por bien sea
Su venida no esperada.
Dor. Como le ves mal vestido,
No te parece galan.
Marc. Las galas no siempre dan
Aire y brio, ni el vestido.
Desmayado me parece,
Aunque atrevido tal vez.
Dor. De su causa erez juez.
Marc. Basta: poco me apetece.
Dor. Parece que se ha templado
Tu hermano en su pensamiento.
Marc. Todavía, á lo que siento,
Anda un poco apasionado.
No se le cae de la boca
Mi nombre: y aun todavía
Descubre una fantasía,
Que en lascivos puntos toca:
Mas yo no le doy lugar
De que esté á solas conmigo.
Dor. Eso es lo que yo te digo,

Y lo que has de procurar.

Aquí han de salir don Ambrosio, don Antonio, don Francisco, Cardenio, Torrente y Muñoz.

D. Ant. Mirad, señor, de estas dos
Cuál es la Marcela hermosa,
Que con fuerza poderosa
Os tiene fuera de vos.
D. Amb. Esta le parece en algo,
Y no es ella; mas ya veo
Sin duda que es devaneo,
Y que de sentido salgo.
Téngame amor de su mano,
Y los cielos si me ofenden.
Marc. O me compran ó me venden,
¿Decidme, qué es esto, hermano?
D. Amb. No es otra cosa alguna,
Sino que la belleza
Incomparable y sola
De otra, que tiene el propio nombre vuestro,
Su donaire, su gracia,
Su honesta compostura,
Su ingenio, su linage,
Se llevaron tras sí mis pensamientos.
Améla honestamente,
Adoréla rendido,
Solicitéla mudo,
Aunque los ojos son parleros siempre.
Su padre recatado,
Por algun su desinio,
O por mi desventura,
Llevóla, y no sé adonde.
D. Ant. ¡Esta es mi historia!
D. Amb. No con mas diligencia
La diosa de las mieses
Buscó á su hija amada
Hasta los escondrigos del infierno,
Como yo la he buscado,
Por cuanto las sospechas
Han podido llevarme,
Pensativo, solícito y ansioso.
En esto á mis oidos
El nombre de Marcela
Llegó, y vuestra hermosura;
Pero no el sobrenombre de Almendarez.
Creí que don Antonio,
Vuestro querido hermano,
Por órden de su padre
A la Marcela Osorio, que yo busco,
En casa la tenia;
Y mal considerado,
Y con los zelos ciego,
Hice los disparates que habeis visto.
D. Franc. ¿Estas no son lanzadas,
Que te pasan el alma?
D. Ant. Y aun rayos, que la embisten,
La hieren, desmenuzan y quebrantan.
Dor. Apostaré, señora,
Que es esta la Marcela,
Por quien tu hermano gime,
Suspira, y con angustia se lamenta.
D. Franc. Pues en esta Marcela veis patente
De vuestro pensamiento el desengaño,
Mostraos, señor, mas cauto y mas prudente,
Otra vez que os acose vuestro engaño;
Y volved á buscar mas diligente
La causa original de vuestro daño.
D. Amb. Tiene cualquiera enamorada
Fácil y compasiva la disculpa. [culpa
Erré; mas no es el yerro de tal suerte,
Que perdon no merezca.
Card. Yo imagino
Que ministró ocasion al atreverte
Este pobre sayal de peregrino. [fuerte
D. Ant. La rabia de los zelos es tan
Que fuerza á hacer cualquiera desatino:
Sélo yo bien, que ya me ví zeloso,
Atrevido, arrojado y malicioso.
D. Amb. En siglos prolongados tu ventura
Goces, o peregrino; y tus bisnietos.
Te lleven á la honrada sepultura
Sobre sus hombros, para el caso electos.
No menoscabe el tiempo la hermosura
De tu Marcela: zelos indiscretos
No perturben tu paz, en tanto cuanto
De vida os diere aliento el cielo santo.
Yo vuelvo á renovar mi pena antigua,
Buscando aquella, que me encubre el cielo;
Y mientras donde está no se averigua,
Un Sisifo seré nuevo en el suelo.
De noche, como sombra, ó estantigua,
Llena la vista de inmortal desvelo,
Por ver el fin de mis trabajos largos,
Un lince habré de ser con ojos de Argos.

(*Éntrase don Ambrosio.*)

Marc. Desesperado se parte.
D. Ant. Yo sin esperanza quedo,
Dulce Marcela, de hallarte.
D. Franc. Haz cuenta, amigo, que envias
En este amante curioso
A buscar tu gloria espías.
D. Ant. Con todo estoy temeroso:
Que son tiernas sus porfias,
Y muchas, que es lo peor.
D. Franc. Yo lo tengo por mejor:
Que este anzuelo ha de sacar
Del profundo de la mar
La perla que escondió amor.

(*Éntranse don Francisco y don Antonio.*)

Card. No ha sido estremado el cuento,
¿Señora prima?
Marc. Sí ha sido;

Aunque de él me ha parecido
Ir mi hermano descontento,
Pensativo y desabrido.
Y es la causa que la dama
Que aquel busca, adora y ama,
Como quiere amor tirano,
Es la misma que mi hermano
Quiere, busca, nombra y llama;
Y yo simple imaginaba
Ser yo la hermosa Marcela,
A quien mi hermano llamaba;
Y con malicia y cautela
A las manos le miraba,
A los ojos y á la boca,
Y con no advertencia poca
Ponderaba sus razones,
Sus movimientos y acciones.
Dor. Curiosidad simple y loca.
Pídele perdon.
Marc. No quiero;
Pues nunca arraigó en mi pecho
El pensamiento primero.
Card. Y mas que te ha satisfecho
Tan llano y tan por entero.
Muñoz. ¿Hemos de hacer la visita
De mi señora doña Ana?
Marc. Todavía es de mañana,
Y el frio la gana quita
De hacer visitas agora.
Ven, amiga Dorotea,
Vamos donde el sol nos vea:
Insufrible frio hace.

(*Entranse Marcela y Dorotea.*)

Tor. El tuyo á mí me desplace.
¿Para qué veniste aquí,
Cardenio, si te has de estar
Como una estatua sin lengua?
Allá voy, y no hago mengua.
¿Piensas que se te ha de entrar
La ventura por la puerta,
Y arrojársete en la cama?
Card. A mi hielo y á mi llama
Ningun medio las concierta.
Cuando de Marcela ausente
Algun breve espacio estoy,
Ardo de atrevido, y doy
En pensar que soy valiente.
Pero apenas me da el cielo
Lugar para á solas vella,
Cuando estoy, estando ante ella,
Frio mucho mas que el hielo.
Tor. Con ese hielo no habrá
Ostugo que nos alcance.
Muñoz. Cierto que yo he echado un lance,
Que á los ojos me saldrá,
Si á las espaldas no sale
Primero. ¡O viejo imprudente!
Bien mereceis, inocente,
Que se evapore y exhale
El alma con el mas chico
Temor, que te sobresalte.

JORNADA III.

Sale don Antonio.

D. Ant. En la sazon del erizado invierno,
Desnudo el árbol de su flor y fruto,
Cambia en un pardo desabrido luto
Las esmeraldas del vestido tierno:
Mas aunque vuela el tiempo, casi eterno
Vuelve á cobrar el general tributo;
Y al árbol seco y de su humor enjuto,
Halla con muestras de verdor interno.
Torna el pasado tiempo al mismo instante
Y punto que pasó: que no lo arrasa
Todo, pues templan su rigor los cielos;
Pero no le sucede así al amante:
Que habrá de perecer, si una vez pasa
Por él la infernal rabia de los zelos.

Sale don Francisco.

D. Franc. ¿Siempre han de herir los [vientos,
Amigo, en cualquier sazon,
Los ayes de tu pasion,
Los ecos de tus lamentos?
D. Ant. Si acaso quiero entonar
Alguna voz de alegría,
Siento que la lengua mia
Se me pega al paladar.
A mi angustia, á mi dolencia
No dan alivio los cielos:
Que no le tienen los zelos,
Ni le consiente la ausencia.
D. Franc. No hay estremo sin su medio;
Ni es eterna humana suerte:
Solo no tiene la muerte
En la vida algun remedio.
Naturaleza compuso
La suerte de los mortales,
Entre bienes y entre males,
Como nos lo muestra el uso.
Esta verdad sé bien yo,
Sin que en probarla porfie:
Ayer lloraba el que hoy rie;
Y hoy llora el que ayer rió.
D. Ant. ¡Oh, qué filósofo vienes,
Don Francisco!
D. Franc. Yo confieso
Que lo soy por el progreso
De tus males y tus bienes.
Dame los brazos y albricias.
D. Ant. Los brazos, veslos aquí;

Y las albricias de mí
Llevarás, si las codicias;
Pero yo no sé de qué
Me las pides.
D. Franc. Yo las pido
De que el amor ha entendido
Los quilates de tu fe,
Y te la quiere premiar
Con entregarte á Marcela.
D. Ant. Sé que es burla, y llevaréla
Con tu gusto y mi pesar.
Pero no sé qué te mueve
A hacer burla de un amigo
Tal como yo.
D. Franc. Verdad digo,
Y escucha, que seré breve.
Su padre de Marcela....
D. Ant. ¡O nombres cordialísimos,
De Marcela y su padre!
D. Franc. Escucha, no seas tonto.
D. Ant. Escucho y sollo
D. Franc. Esta mañana, estando
En misa en San Gerónimo,
Al salir de la iglesia
Me tomó por la mano...
D. Ant. ¡O dulce toque!
D. Franc. ¿Qué toque dulce puede
Dar la mano de un viejo?
Traslúceseme, amigo,
Que así estais vos en vos, como en el cuento.
D. Ant. ¿Luego no fué Marcela
La que os tocó la mano?
D. Franc. Que no, sino su padre.
D. Ant. No entendí bien: seguid, que estoy suspenso.
D. Franc. Las pacíficas plantas
De las olivas verdes
Fueron testigos ciertos
De estas palabras, que deciros quiero.
D. Ant. ¡O santísimos orbes
De todas las esferas,
A quien inteligencias
Supernas rigen, mueven y gobiernan!
Haced que estas razones
En mi provecho sean:
Lleguen á mis oidos,
Siquiera esta vez sola, alegres nuevas.
D. Franc. No se ande con esferas,
Con globos y con máquinas
De inteligencias puras:
Atienda, espere, escuche, advierta y mire,
A lo que en daño suyo,
O en su pro, sus amigos
Quisieren descubrirle.
D. Ant. Atiendo, espero, escucho, advierto y miro.
D. Franc. Digo, pues, que don Pedro,
El padre de Marcela,
Me dijo estas palabras...
D. Ant. ¿Es mucho que te diga que apre-
La comenzada plática, [sures
De cuyo fin depende
O mi vida, ó mi muerte?
D. Franc. Díjome en fin...
D. Ant. Primero vendrá el mio.
D. Franc. Colérico, enfadoso
Está.
D. Ant. Cuerpo del mundo:
Acaba, don Francisco,
Que está pendiente el alma de tu boca.
D. Franc. Dijo que yo sea parte,
Como que él nada entiende,
Que á Marcela su hija
Se la demandes por muger.
D. Ant. ¡Qué escucho!
¿Búrlaste, amigo? ¿ó quieres
Con falsas esperanzas
Entretener las mias? [dad te digo.
D. Franc. No burlo, juro á Dios, ver-
D. Ant. Dame esos piés...
D. Franc. Levanta.
D. Ant. Y pídeme en albricias
El alma; y te la diera,
Si ya á Marcela dado no la hubiera.
Mas dime, dulce amigo,
¿Tocaste por ventura
El cuerpo de don Pedro?
¿Viste si era fantasma, ó no?
D. Franc. Perdido
Estás de esa cabeza.
D. Ant. ¿Que era don Pedro Osorio,
El padre de Marcela?
D. Franc. El mismo.
D. Ant. ¿El mismo?
D. Franc. El mismo: ¿qué es
D. Ant. A tanta desventura [aquesto?
Está el corazon hecho,
Que no puede dar crédito
A las dichosas nuevas que le intimas;
Pero habrá de creerte,
En fe que tú las dices:
Que el buen amigo vemos
Que es pedazo del alma de su amigo.
D. Franc. Busca á don Pedro Osorio,
Y pídele á su hija
Por legítima esposa.
D. Ant. ¿Dónde la tiene?
D. Franc. En Santa Cruz la tiene
Un monesterio santo,
Que está puesto muy cerca
De Torrejon y Cubas,
Orden del rico capitan de pobres.
D. Ant. ¿Qué le movió á llevarla
A tanto encerramiento?
D. Franc. No me metí en dibujos:
No le pregunté nada: solo estuve

Atento á su demanda;
Y con la ligereza
Posible vine á darte
La dulce, que has oido, alegre nueva.
D. Ant. Vamos, amigo.
D. Franc. Vamos;
Aunque don Pedro agora
No está en Madrid.
D. Ant. ¿Pues dónde?
D. Franc. A Santa Cruz es ido,
Y volverá mañana.
D. Ant. Vamos á dar al cielo
Gracias, porque ha mirado mi buen celo.

(*Éntranse don Francisco y don Antonio.*)

Salen don Silvestre de Almendarez, el verdadero, con una gran cadena de oro, ó que lo parezca, y Clavijo, su criado.

D. Silv. Si no llega al retrato su hermo-
Y de ella ha declinado alguna parte, [sura,
Podrá buscar en otra su ventura.
Clav. Señor, lo que yo puedo aconsejarte
Es que procures que la vista sea
La que de esta verdad ha de informarte;
Y si tu prima acaso fuere fea,
No faltarán escusas con que impidas
El lazo que se teme y se desea:
Que á darse el matrimonio por dos vidas,
Las glorias que no diera la primera,
Fueran en la segunda prevenidas.
Un ñudo solo, dado á la ligera,
Aprieta, estrecha, y liga de tal suerte,
Que dura hasta la hora postrimera.
No fué de Gordiano el lazo fuerte
Tan duro de romper, como este ñudo,
Que solo se desata con la muerte.
Mancebo eres, pero muy sesudo;
Y así de que has de hacer como discreto,
Tan confiado estoy, que en nada dudo.
D. Silv. De seguir tus consejos te prometo.
Esta es buena coyuntura,
Porque imagino que es esta
Mi prima.
Clav. Como es hoy fiesta,
Saldrá á misa.
D. Silv. ¡Gran ventura!
De mi primo esta es la casa:
Ella es, no hay que dudar.
Clav. Toda la puedes mirar,
Si es que descubierta pasa.

Salen Marcela y Dorotea con mantos, y detras Quiñones, con una almohada de terciopelo, y Muñoz, que lleva á Marcela de la mano.

Marc. ¿Don Silvestre queda en casa?
Dor. Sí señora, y acostado.
Marc. Mi primo es tan regalado,
Que ya de lo honesto pasa.
¿Traes, Dorotea, las horas?
Dor. Sí, señora.
Muñoz. El corazon
Me dice que hoy el sermon
Tiene de durar tres horas.

(*Al pasar don Silvestre y Clavijo, hacen á Marcela una gran reverencia, y ella ni mas ni menos.*)

Pero yo le oiré de modo,
Que fastidio no me pille.
Marc. ¿Luego no pensais oille?
Muñoz. Alguna parte, no todo.

(*Éntranse Marcela, Muñoz, Dorotea y Quiñones.*)

D. Silv. Esta es Marcela mi prima,
Y al retrato se parece.
Clav. Por cierto que ella merece
Ser tenida por la prima
De hermosura y gentileza;
Y estaria en perfeccion
Grande, si su discrecion
Llega donde su belleza.
D. Silv. Primo y don Silvestre dijo,
Y que quedaba acostado,
Y que era muy regalado:
¿Qué infieres de esto, Clavijo?
Clav. De lo que pueda inferir
Mi ingenio no se resuelve:
Mas el escudero vuelve,
Que nos lo podrá decir.

(*Vuelve Muñoz.*)

Muñoz. Viejo en pié, largo sermon,
Temblores de puro frio,
Y el estómago vacío,
No llaman la devocion.
Aquí al sol estaré, en tanto
Que se quiebra la cabeza
Este fraile, rica pieza,
Que todos tienen por santo.
Clav. Díganos, señor galan,
¿Quién es aquesta señora,
Que entró de la mano ahora?
Muñoz. ¿Adónde?
Clav. En San Sebastian.
Muñoz. Es Marcela de Almendarez,
Doncella la mas garrida,
Que vive en toda la corte,
Mas honesta y recogida.
Es su hermano don Antonio
De Almendarez: tiene en Indias
Un hermano de su padre,
Rico á las mil maravillas:

Un hijo del cual en casa
Se huelga á pierna tendida,
Esperando si de Roma
El padre santo le envia
Licencia para casarse
Con Marcela, que es su prima.
D. Silv. ¿Y llámase?
Muñoz. Don Silvestre
De Almendarez, y es de Lima,
Y á nuestra casa llegó,
Puedo decir en camisa;
Porque en una gran tormenta
Echó al mar dos mil balijas,
Llenas de tejuelos de oro
Finísimo y plata fina;
Y entre ellas fué mi bayeta,
Que fué oida y no fué vista.
Clav. ¡Válame Dios! ¡grave caso!
Muñoz. Este que viene, podria
Contaros el caso grave
Con mas luenga narrativa:
Que se halló presente á todo,
Con gran dolor de su anima.
D. Silv. Anima querreis decir.
Muñoz. No me importa á mí una guinda
Pronunciar con dinguinduges.

Sale Torrente.

Tor. Muñoz, ¿en qué está la misa?
Muñoz. En el misal: ahora empieza.
Tor. ¿Pasó por aquí Cristina?
Muñoz. Entre la cruz creo que andas,
Torrente, y la agua bendita.
Bastan las de vuestros ojos,
Sin buscar agenas niñas:
Que es Ocaña apitonado,
Y sabe mucho de esgrima.
Tor. En este caso y en otros,
¿Mondo yo por dicha níspolas?
Y cuando no, su cabeza
Tiene de guardar la mia.

Llega un Cartero, de estos que andan por la corte dando las cartas del correo.

Cart. Don Antonio de Almendarez,
¿Saben dónde vive á dicha,
Señores?
Muñoz. Hombre de bien,
A la vuelta, en una esquina:
¿Son de Roma?
Cart. Sí, señor.
Muñoz. La dispensacion seria,
Que aguarda el gran peregrino,
Y la en beldad peregrina.
¿Cuánto es el porte?
Cart. Un escudo.
Muñoz. Hoste puto: vaya y diga
Al mayordomo de casa
Que le pague, y la reciba.

(*Éntrase el Cartero.*)

Tor. Agora sí que tendremos
Gusto abierto y rica gira,
Regodeos hasta el tope,
Lautas y limpias comidas.
Mudarémos este pelo
De sayal con cebollinas
Martas.
Muñoz. Procurad que sean
Ajunas, que son mas finas.
D. Silv. Con tantos gustos sin duda
Que olvidaréis la tormenta
Que pasastes, que á mi cuenta
Debió ser en la Bermuda:
Que siempre en aquel parage
Hay huracanes malinos.
Tor. Tanto, que de peregrinos
Hicimos pleito homenage,
Yo y mi señor don Silvestre:
Mas yo tengo por lunático
Quien sube en caballo acuático,
Cuando le tiene terrestre.
A la sorda y á la muda
Ibamos muy sin placer,
Cuando llegamos á ver
La venta de la Barbuda:
Pero tenia cerradas
Las puertas, si viene á mano;
Y no hay fiarse cristiano
De viejas que son barbadas.
D. Silv. ¿Y la canal de Bahama
Pasóse sin detrimento?
Tor. Otra canal yo no siento
Que aquesta, por do derrama
Sus dulces licores Baco.
Clav. ¿Dónde se alijó el navío?
Tor. No le alijó el señor mio,
Que le tuvo por bellaco;
Y mas que espera tener
Hijos en su prima hermosa.
Muñoz. La respuesta, aunque graciosa,
Nos ha de echar á perder.
D. Silv. En el golfo de las Yeguas
Seria el trance cruel.
Tor. Creo que pasamos de él
Desviados cuatro leguas.
Clav. ¿Y dónde se tomó tierra?
Tor. En el suelo.
D. Silv. Dice bien.
Muñoz. Vuesas mercedes nos den
Licencia.
D. Silv. Donaire encierra
El peregrino: en verdad
Que si aspirára á piloto,
Que yo le diera mi voto
Con poca dificultad;

Porque describe los puertos
Y los golfos bravamente. (*Éntranse.*)
Muñoz. Es estimado Torrente
De los pilotos mas ciertos
Que encierra Guadalcanal,
Alanis, Jerez, Cazalla.
Tor. Baco en sus Indias se halla,
Pasando por mi canal.
Muñoz. Si la plática no atajo
En ocasion oportuna,
Vos os veis, sin duda alguna,
Torrente amigo, en trabajo.

(*Éntranse Torrente y Muñoz.*)

Salen don Antonio, don Francisco y don Ambrosio, que trae un papel en la mano.

D. Amb. Si de esto albricias no dais,
O esta verdad no creeis,
Ni de mi mal os doleis,
Ni de mi bien os holgais.
Tras la noche triste mia,
Amarga, lóbrega, escura,
Hizo salir la ventura
Claro sol y alegre dia.
Por las levantadas cumbres
De imposibles, que temí,
Mi luz clara salir ví,
Llena de piadosas lumbres,
Que como nortes me guian
Al puerto con dulces modos,
Y de los peligros todos
Del mar de amor me desvian.
Ya Marcela ha parecido:
Y con esa letra y firma,
Todos mis bienes confirma:
Ya, cual veis, soy su marido.
D. Ant. ¿Sabeis vos que esta es su mano
Y firma?
D. Amb. Sin duda alguna.
D. Ant. Con tan próspera fortuna
Bien es que os mostreis ufano;
Pero de su padre sé
Que la casa en otra parte.
D. Amb. Él ni nadie será parte
A que se rompa la fe,
Que con sangre viene escrita
En ese papel que veis.
D. Ant. Haga amor que la goceis
Luengo tiempo en paz bendita.
Tomad, y hágaos buen provecho
Vuestra ventura estremada.
D. Franc. La muger determinada
Pone á todo trance el pecho.
Pero veis aquí do viene
El padre de vuestra esposa.
D. Amb. Esperarle aquí no es cosa
Que á mis designios conviene.

Sale don Pedro Osorio, el padre de Marcela; y vase don Ambrosio; y sale tambien Ocaña.

D. Ant. Como fué demanda honesta
La que os hice, vengo á ver,
Si vino á corresponder
Con mi intencion la respuesta,
Que ya en público la pido.
D. Pedro. No quiero ya que rodeos
Encubran que mis deseos
No son de padre advertido:
Daré al señor don Antonio,
De este modo lo diré,
Mi alma, pues le daré
A mi hija en matrimonio.
En ella le daré esposa
Bien nacida, cual se sabe,
Y un estremo adonde cabe
El mayor de ser hermosa:
Una niña, á quien apenas
El sol ni el viento han tocado:
Un armiño aprisionado
Con religiosas cadenas:
Una, que son sus cuidados
De simple y tierna doncella;
Y ofrezco en dote con ella
De renta dos mil ducados.
D. Ant. Con mucho gusto, señor
Don Pedro Osorio, hiciera
Lo que tan bien me estuviera;
Mirando á vuestro valor:
Mas la señora Marcela
Ha ganado por la mano
A vuestro intento tan sano,
Que en honrarla se desvela;
Ella se ha escogido esposo,
Que es el que salió de aquí.
D. Pedro. ¿Mi hija Marcela?
D. Ant. Sí.
D. Pedro. Padre triste, viejo astroso,
¿Qué escuchas? ¿cómo es aquesto?
D. Ant. Una cédula le ha dado
De su mano, donde ha echado
De lo que es amor el resto.
D. Pedro. Será falsa.
D. Ant. Podria ser;
Pero imagino que no.
D. Pedro. ¿Pues para qué os la mostró?
D Ant. Turba el sentido el placer.
D. Pedro. No os quiero pedir nada,
Ni es razon que os lo pida,
Hijo, que si lo fuérades,
Remozára mis canas y mis dias.
Hijas inobedientes,
Que al curso de los años
Anticipais el gusto,
Destrúyaos Dios: los cielos os maldigan.
(*Éntrase don Pedro Osorio.*)

D. Ant. Mi gozo está en el pozo.
D. Franc. ¿Y si es falsa la cédula?
D. Ant. Aunque lo sea, amigo,
Ya el honor titubea de Marcela:
Cuanto mas que se sabe
Que es bueno don Ambrosio,
Y no levantaria
Tan grande testimonio.
D. Franc. Así lo creo.
D. Ant. Doncella de escritorios,
De públicas audiencias,
De pruebas y testigos,
No es para mí.
Ocaña. Sentencia aristotélica.

Salen Cardenio y Torrente.

Tor. ¿A cuándo, cuitado, aguardas?
¿Qué diligencias has hecho,
Que te sean de provecho?
¿A qué esperas, á qué tardas?
Lugar tienes y ocasion
Para rogar y fingir.
Card. Yo tengo para morir,
No para hablar, corazon.
Tor. Tu silencio ha de ser causa
De toda tu desventura.
Card. Su honestidad y hermosura
Ponen en mi intento pausa.
Al cabo habré de morir
Callando.
Tor. ¡Qué simple amante!
Card. Medroso, mas no ignorante.
Tor. Todo lo puedes decir.

Salen Marcela, Dorotea, Muñoz, Cristina y Quiñones.

Marc. La torpeza en vos se halla:
Caminad, que os valga Dios.
Ocaña. Uno á uno, dos á dos,
Juntado se ha gran batalla.

Salen Silvestre y Clavijo.

D. Silv. ¿Un don Silvestre está aquí,
Que tiene por sobrenombre
De Almendarez?
Card. Gentilhombre,
Yo soy, ¿qué quereis de mí?
D. Silv. Dadme, señor, vuestros piés,
Que soy grande servidor
De vuestro padre.
Card. Señor,
Cortés, mas no tan cortés.
D. Silv. Diez mil pesos ensayados,
Con vos, me escribe mi padre,
Me envia, y tres mil mi madre.
Tor. Pesos serán bien pesados:
Catorce mil se tragó
El mar, como soy testigo.
D. Silv. Trece mil son los que digo.
Tor. Catorce mil digo yo.
Card. Es verdad, yo recebí,
Señor, todo ese dinero;
Pero el mar...
Clav. Aquí no hay pero.
D. Silv. Yo responderé por mí:
Callad vos. Tambien me envia
De vuestra prima un retrato.
Tor. Sorbiósele el mar ingrato,
Sin guardarle cortesía.
Pensamos que se amansára,
Tocándole su figura,
Y por respeto y mesura
En su lecho se acostára:
Pero fué tan mal mirado,
Que alzó montes sobre montes,
Y escondió los horizontes,
Y aun la faz del sol dorado.
Marc. No era reliquia el retrato.
Clav. No; pero si él le arrojára
Con devocion, se mostrára
Manso el mar, y el cielo grato.
Tor. Todo esto en la memoria
No está, Muñoz, que nos diste;
Y si nos caen en el chiste,
Nuestra desdicha es notoria.
D. Silv. ¿Vuesa merced tiene acaso
Otro hermano?
Card. Sí, señor.
Muñoz. No, señor: ¡o grande error!
Mil sustos de muerte paso.
Clav. ¿Cómo se llama?
Tor. Don Juan
De Almendarez.
D. Silv. ¿Qué edad tiene?
Tor. Aquella que le conviene.
Ocaña. Examinando los van,
Y yo no sé para qué.
D. Silv. ¿Tocaron en la Bermuda?
Tor. Ya he dicho de esa Barbuda
Otra vez lo que yo sé.
D. Silv. No ingenio, mas ignorancia
Es fabricar la maldad,
De quien está la verdad
No dos dedos de distancia.
Yo soy, señor don Antonio,
Vuestro primo verdadero;
Y de ser este embustero
Darán claro testimonio
Mis papeles, y el retrato
De mi señora Marcela.
Muñoz. El alma se me rebela:
Si hoy no me muero, me mato.
D. Silv. Dadme, señora, esos piés,
Por vuestro primo y esposo.
D. Franc. ¡Este es caso prodigioso!

Marc. Cortés, mas no tan cortés.
Tor. Tres dias ha, desventurado,
Que por no querer hablar,
Te has de ver, á bien librar,
En galeras, y azotado.
Embistiérasla, malino,
Y no aguardáras á verte
En la desdichada suerte,
Y en el trage peregrino.
D. Franc. ¿Quién eres?
Card. Un estudiante.
Tor. Y yo su capigorron,
Que tengo de socarron
Harto mas que de ignorante.
Card. Solicitóme el amor
A entrar en esta conquista,
A la sombra de una lista.
Tor. Que la escribió este traidor
De Muñoz.
Muñoz. Dios sea conmigo:
Llegó de Muñoz el fin.
D. Ant. ¡Ah, escudero viejo y ruin!
Ocaña. Eso pido, y eso digo.
Card. Estos soles sobrehumanos,
Por quien mi mal crece y mengua,
Pusieron freno á mi lengua,
Como esposas á mis manos.
En los rayos de sus ojos
Se despuntaban los mios;
Y nunca mis desvaríos
Llegaron á darla enojos.
Si me quereis castigar,
Primero advertid, señores,
Que los yerros por amores
Son dignos de perdonar.
D. Ant. En albricias el perdon
Te diera; mas tengo aviso,
Que el pontífice no quiso
Conceder dispensacion
Entre mi primo y mi hermana.
Marc. Casamientos de parientes
Tienen mil inconvenientes.
Clav. El favor todo lo allana.
Yo iré á Roma, y la traeré.
D. Silv. Yo, aunque primo verdadero,
Ni quedarme en casa quiero,
Ni poner en ella el pié:
Que la honra de mi prima
Ha de ir contino adelante,
Sin que haya otro estudiante
Que la asombre, ó que la oprima.
Crist. ¿No ha de haber un casamiento
En esta casa jamas?
Ocaña. Tú, Cristina, le harás,
Si te ajustas á mi intento.
Crist. Yo me ajusto al de Quiñones.
Quiñ. Pues yo no me ajusto al tuyo.
Crist. ¿Tú para no ser mi cuyo
Hallas razon?
Quiñ. Y razones.
Crist. Ocaña, si me deseas,
Vesme aquí.
Ocaña. No es mi linage
Tal, que lo que arroja un page
Escoja yo, ni tal creas.
Tor. A no estar temiendo aquí
La penca de algun verdugo,
Ese arrojado mendrugo
Le tomára para mí.
Marc. Con licencia de mi hermano
Y de mi primo, yo quiero
Sentenciar al escudero,
Y al gran embustero indiano.
Trocará la mano el juego,
A cuyas leyes me arrimo:
Quedarse ha en casa mi primo,
Y él se salga de ella luego.
Lleve su vergüenza acuestas,
Que es la venganza mayor,
Que puede tomar amor
De invenciones como aquestas.
A Muñoz le doy la pena
Que da el arrepentimiento
Y el destierro.
Muñoz. Yo bien siento
Ser ángel el que condena.
Mi alma no se alboroza
Con sentencia que es tan pia,
Pues ve que yo merecia
Azotes, si no coroza.
Ocaña. Bien haya la lacayuna,
Humilde y valiente raza,
Pues que traiciones no traza
Para subir su fortuna.
Junto á la caballeriza,
Y al olor de su caballo,
Con sus brindis siento y hallo
Que sus gustos soleniza.
Crist. De Quiñones desechada,
Y de Ocaña no escogida,
Aun no he de quedar perdida,
Porque espero ser ganada.
Hace quien se desespera
Un grandísimo pecado,
Y es refran muy bien pensado,
Que tal vendrá, que tal quiera.
Dor. Yo sola soy sin ventura:
Es tan corto el hado mio,
Que no ha alcanzado mi brio
Lo que impide la hermosura.
Nunca he sido requebrada,
Ni sé amor á lo que sabe;
Mas esto y mucho mas cabe
En la ventura quebrada.
Tor. Siento en aqueste desastre
Solo el perder á Cristina.

Muñoz. Camina, Muñoz, camina,
Pobre, sin bayeta y sastre. (*Éntrase.*)
Dor. Sin Marcela, don Antonio
Se entra amargo el corazon. (*Éntrase.*)
D. Silv. Y yo sin dispensacion. (*Éntrase.*)
Crist. Cristina sin matrimonio. (*Éntrase.*)
Clav. Yo seguiré de mi amigo
Los pasos, medio contento. (*Éntrase.*)
D. Franc. Yo alabaré el pensamiento
De don Antonio, á quien sigo. (*Éntrase.*)
Marc. Yo quedaré en mi entereza,
No procurando imposibles,
Sino casos convenibles
A nuestra naturaleza. (*Éntrase.*)
Ocaña. Esto en este cuento pasa:
Los unos por no querer,
Los otros por no poder,
Al fin ninguno se casa.
De esta verdad conocida
Pido me den testimonio,
Que acaba sin matrimonio
La Comedia Entretenida. (*Éntrase.*)

LA GUARDA CUIDADOSA.

ENTREMES.

PERSONAS.

Un Soldado.	Amo y Ama.
PASILLAS.	Un Zapatero.
Un Mozo.	Un Sacristan.
Otro Mozo.	Músicos.
CRISTINA.	

Sale un soldado á lo pícaro, con una muy mala banda y un antojo, y detras de él un mal sacristan.

Sold. ¿Qué me quieres, sombra vana?

Sac. No soy sombra vana, sino cuerpo macizo.

Sold. Pues con todo eso, por la fuerza de mi desgracia te conjuro que me digas ¿quién eres y qué es lo que buscas por esta calle?

Sac. A eso te respondo, por la fuerza de mi dicha: que soy Lorenzo Pasillas, sota-sacristan de esta parroquia, y busco en esta calle lo que hallo, y tú buscas y no hallas.

Sold. ¿Buscas por ventura á Cristinica, la fregona de esta casa?

Sac. Tú dixisti.

Sold. Pues ven acá, sota-sacristan de Satanas.

Sac. Pues voy allá, caballo de Ginebra.

Sold. Bueno: sota y caballo; no falta sino el rey para tomar las manos. Ven acá, digo otra vez, ¿y tú no sabes, Pasillas, que pasado te vea yo con un chuzo, que Cristinica es prenda mia?

Sac. ¿Y tú no sabes, pulpo vestido, que esa prenda la tengo yo rematada, que está por sus cabales y por mia?

Sold. Vive Dios que te dé mil cuchilladas, y que te haga la cabeza pedazos.

Sac. Con las que le cuelgan de esas calzas, y con los de ese vestido, se podrá entretener, sin que se meta con los de mi cabeza.

Sold. ¿Has hablado alguna vez á Cristina?

Sac. Cuando quiero.

Sold. ¿Qué dádivas le has hecho?

Sac. Muchas.

Sold. ¿Cuántas, y cuáles?

Sac. Díle una de estas cajas de carne de membrillo, muy grande, llena de cercenaduras de hostias blancas como la misma nieve; y de añadidura cuatro cabos de velas de cera, asimismo blancas como un armiño.

Sold. ¿Qué mas le has dado?

Sac. En un billete envueltos cien mil deseos de servirla.

Sold. ¿Y ella cómo te ha correspondido?

Sac. Con darme esperanzas propincuas de que ha de ser mi esposa.

Sold. ¿Luego no eres de epístola?

Sac. Ni aun de completas: motilon soy, y puedo casarme cada y cuando me viniere en voluntad; y presto lo veredes.

Sold. Ven acá, motilon arrastrado, respóndeme á esto que preguntar te quiero: si esta mochacha ha correspondido tan altamente, lo cual yo no creo, á la miseria de tus dádivas, ¿cómo corresponderá á la grandeza de las mias? Que el otro dia le envié un billete amoroso, escrito, por lo menos, en un reves de un memorial que di á su magestad, significándole mis servicios y mis necesidades presentes: que no cae en mengua el soldado, que dice que es pobre: el cual memorial salió decretado y remitido al limosnero mayor; y sin atender á que sin duda alguna me podia valer cuatro ó seis reales, con liberalidad increible, y con desenfado notable, escribí en el reves de él, como he dicho, mi billete; y sé que de mis manos pecadoras llegó á las suyas casi santas.

Sac. ¿Hasle enviado otra cosa?

Sold. Suspiros, lágrimas, sollozos, parasismos, desmayos, con toda la caterva de las demostraciones necesarias, que para descubrir su pasion los buenos enamorados usan, y deben de usar en todo tiempo y sazon.

Sac. ¿Hasle dado alguna música concertada?

Sold. La de mis lamentos y congojas, la de mis ansias y pesadumbres.

Sac. Pues á mí me ha acontecido dársela con mis campanas á cada paso, y tanto, que tengo enfadada á toda la vecindad con el continuo ruido que con ellas hago, solo por darle contento y porque sepa que estoy en la torre, ofreciéndome á su servicio; y aunque haya de tocar á muerto, repico á vísperas solenes.

Sold. En eso me llevas ventaja; porque no tengo que tocar, ni cosa que lo valga.

Sac. ¿Y de qué manera ha correspondido Cristina á la infinidad de tantos servicios como le has hecho?

Sold. Con no verme, con no hablarme, con maldecirme cuando me encuentra por la calle, con derramar sobre mí las lavazas cuando jabona, y el agua de fregar cuando friega; y esto es cada dia, porque todos los dias estoy en esta calle y á su puerta; porque soy su guarda cuidadosa, soy en fin el perro del hortelano, etc. Yo no la gozo, ni ha de gozarla ninguno mientras yo viviere: por eso váyase de aquí el señor sota-sacristan, que por haber tenido y tener respeto á las órdenes que tiene, no le tengo ya rompidos los cascos.

Sac. A rompérmelos como están rotos esos vestidos, bien rotos estuvieran.

Sold. El hábito no hace al monge; y tanta honra tiene un soldado roto por causa de la guerra, como la tiene un colegial con el manto hecho añicos, porque en él se muestra la antigüedad de sus estudios; y váyase, que haré lo que dicho tengo.

Sac. ¿Es porque me ve sin armas? Pues espérese aquí, señor guarda cuidadosa, y verá quien es Callejas.

Sold. ¿Qué puede ser un Pasillas?

Sac. Agora lo veredes, dijo Agrages.

(*Éntrase el sacristan.*)

Sold. ¡O mugeres, mugeres, todas ó las mas, mudables y antojadizas! ¿Dejas, Cristina, á esta flor, á este jardin de la soldadesca, y acomodaste con el muladar de un sota-sacristan, pudiendo acomodarte con un sacristan entero, y aun con un canónigo? Pero yo procuraré que te entre en mal provecho, si puedo, aguando tu gusto, con ojear de esta calle y de tu puerta los que imaginare que por alguna via pueden ser tus amantes; y así vendré á alcanzar nombre de la guarda cuidadosa.

Entra un Mozo, con su caja y ropa verde, como estos que piden limosna para alguna imágen.

Mozo. Den por Dios para la lámpara del aceite de señora santa Lucia, que les guarde la vista de los ojos. Ha de casa: ¿dan la limosna?

Sold. Ola, amigo santa Lucia, venid acá: ¿qué es lo que quereis en esa casa?

Mozo. ¿Ya vuesa merced no lo ve? Limosna para la lámpara del aceite de señora santa Lucia.

Sold. ¿Pedis para la lámpara, ó para el aceite de la lámpara? que como decis limosna para la lámpara del aceite, parece que la lámpara es del aceite, y no el aceite de la lámpara.

Mozo. Ya todos entienden que pido para aceite de la lámpara, y no para la lámpara del aceite.

Sold. ¿Y suelen os dar limosna en esta casa?

Mozo. Cada dia dos maravedis.

Sold. ¿Y quién sale á dároslos?

Mozo. Quien se halla mas á mano; aunque las mas veces sale una fregoncita, que se llama Cristina, bonita como un oro.

Sold. Así que ¿es la fregoncita bonita como un oro?

Mozo. Y como unas perlas.

Sold. De modo ¿que no os parece mal á vos la muchacha?

Mozo. Pues aunque yo fuera hecho de leño, no pudiera parecerme mal.

Sold. ¿Cómo os llamais? que no querria volveros á llamar santa Lucia.

Mozo. Yo, señor, Andres me llamo.

Sold. Pues, señor Andres, esté en lo que quiero decirle: tome este cuarto de á ocho, y haga cuenta que va pagado por cuatro dias de la limosna que le dan en esta casa, y suele recibir por mano de Cristina; y váyase con Dios; y séale aviso que por cuatro dias no vuelva á llegar á esta puerta, ni por lumbre, que le romperé las costillas á coces.

Mozo. Ni aun volveré en este mes, si es que me acuerdo: no tome vuesa merced pesadumbre, que ya me voy. (*Vase.*)

Sold. No sino dormios, guarda cuidadosa.

Entra otro mozo vendiendo y pregonando tranzaderas, holanda de Cambray, randas de Flandes, é hilo portugues.

Uno. ¿Compran tranzaderas, randas de Flandes, Holanda, Cambray, hilo portugues?

(*Cristina á la ventana.*)

Crist. Ola, Manuel: ¿traeis vivos para unas camisas?

Uno. Sí traigo, y muy buenos.

Crist. Pues entra, que mi señora los ha menester.

Sold. ¡O estrella de mi perdicion, antes que norte de mi esperanza! Tranzaderas, ó como os llamais, ¿conoceis aquella doncella, que os llamó desde la ventana?

Uno. Sí conozco; ¿pero porqué me lo pregunta vuesa merced?

Sold. ¿No tiene muy buen rostro, y muy buena gracia?

Uno. A mí así me lo parece.

Sold. Pues tambien me parece á mí que no entre dentro de esa casa, sino, por Dios juro de molelle los huesos, sin dejarle ninguno sano.

Uno. ¿Pues no puedo yo entrar adonde me llaman para comprar mi mercadería?

Sold. Vaya, no me replique, que haré lo que digo y luego.

Uno. Terrible caso: pasito, señor soldado, que ya me voy. (*Vase Manuel.*)

(*Cristina á la ventana.*)

Crist. ¿No entras, Manuel?

Sold. Ya se fué Manuel, señora la de los vivos, y aun señora la de los muertos, porque á muertos y á vivos tienes debajo de tu mando y señorío.

Crist. ¡Jesus, y qué enfadoso animal! ¿Qué quieres en esta calle y en esta puerta?

(*Éntrase Cristina.*)

Sold. Encubrióse y púsose mi sol detras de las nubes.

Entra un zapatero con unas chinelas pequeñas, nuevas, en la mano; y yendo á entrar en casa de Cristina detiénele el soldado.

Sold. ¿Señor bueno, busca usted algo en esta casa?

Zap. Sí busco.

Sold. ¿Y á quién, si fuere posible saberlo?

Zap. ¿Porqué no? Busco á una fregona, que está en esta casa, para darle estas chinelas que me mandó hacer.

Sold. ¿De manera, que usted es su zapatero?

Zap. Muchas veces la he calzado.

Sold. ¿Y hale de calzar ahora estas chinelas?

Zap. No será menester: si fueran zapatillos de hombre, como ella los suele traer, sí calzára.

Sold. ¿Y estas están pagadas, ó no?

Zap. No están pagadas, que ella me las ha de pagar agora.

Sold. ¿No me haria usted una merced, que seria para mí muy grande? y es, que me fiase estas chinelas, dándole yo prendas que lo valiesen, hasta desde aquí á dos dias, que espero tener dineros en abundancia.

Zap. Sí haré por cierto: venga la prenda, que como soy pobre oficial, no puedo fiar á nadie.

Sold. Yo le daré á usted un mondadientes, que le estimo en mucho, y no le dejaré por un escudo. ¿Dónde tiene usted la tienda, para que vaya á quitarle?

Zap. En la calle Mayor, en un poste de aquellos, y llámome Juan Juncos.

Sold. Pues, señor Juan Juncos, el mondadientes es este, y estímele usted en mucho, porque es mio.

Zap. ¿Pues una biznaga, que apenas vale dos maravedis, quiere usted que estime en mucho?

Sold. ¡O pecador de mí! no la doy yo sino para recuerdo de mí mismo; porque cuando vaya á echar mano á la faldriquera, y no halle la biznaga, me venga á la memoria que la tiene usted y vaya luego á

quitalla; sí, á fe de soldado, que no la doy por otra cosa; pero si no está contento con ella añadiré esta banda y este antojo: que al buen pagador no le duelen prendas.

Zap. Aunque zapatero, no soy tan descortés, que tengo de despojar á vuestra merced de sus joyas y preseas: vuestra merced se quede con ellas, que yo me quedaré con mis chinelas, que es lo que me está mas á cuento.

Sold. ¿Cuántos puntos tienen?

Zap. Cinco escasos.

Sold. Mas escaso soy yo, chinelas de mis entrañas, pues no tengo seis reales para pagaros. Escuche vuestra merced, señor zapatero, que quiero glosar aquí de repente este verso, que me ha salido medido:

Chinelas de mis entrañas.

Zap. ¿Es poeta vuestra merced?

Sold. Famoso, y agora lo verá: estéme atento.

Chinelas de mis entrañas.

GLOSA.

Es amor tan gran tirano,
Que olvidado de la fe
Que le guardo, siempre en vano,
Hoy con la funda de un pié,
Da á mi esperanza de mano.

Estas son vuestras hazañas,
Fundas pequeñas y hurañas,
Que ya mi alma imagina
Que sois, por ser de Cristina,
Chinelas de mis entrañas.

Zap. A mí poco se me entiende de trobas; pero estas me han sonado tan bien, que me parecen de Lope, como lo son todas las cosas que son ó parecen buenas.

Sold. Pues, señor, ya que no lleva remedio de fiarme estas chinelas, que no fuera mucho, y mas sobre tan dulces prendas, por mí mal halladas, llévelo, á lo menos, de que vuestra merced me las guarde hasta desde aquí á dos dias, que yo vaya por ellas; y por ahora digo por esta vez al señor zapatero que no ha de ver ni hablar á Cristina.

Zap. Yo haré lo que me manda el señor soldado; porque se me trasluce de qué piés cojea, que son dos, el de la necesidad y el de los zelos.

Sold. Ese no es ingenio de zapatero, sino de colegial trilingüe.

Zap. ¡O zelos, zelos, cuán mejor os llamáran duelos, duelos!

(*Entrase el zapatero.*)

Sold. No sino no seais guarda, y guarda cuidadosa, y vereis cómo se os entran mosquitos en la cueva donde está el licor de vuestro contento: ¿pero qué voz es esta? sin duda es la de mi Cristina, que se desenfada cantando cuando barre ó friega.

(*Suenan dentro platos, como que friegan, y cantan:*)

Sacristan de mi vida, tenme por tuya,
Y fiado en mi fe canta aleluya.

Sold. Oidos que tal oyen: sin duda el sacristan debe de ser el brinco de su alma. ¡O platera la mas limpia que tiene, tuvo ó tendrá el calendario de las fregonas! ¿porqué así como limpias esa loza talaveril, que traes entre las manos, y lá vuelves en bruñida y tersa plata, no limpias esa alma de pensamientos bajos y sota-sacristaniles?

Entra el amo de Cristina.

Amo. Galan, ¿qué quiere, ó qué busca á esta puerta?

Sold. Quiero mas de lo que seria bueno, y busco lo que no hallo; ¿pero quién es vuestra merced que me lo pregunta?

Amo. Soy el dueño de esta casa.

Sold. ¿El amo de Cristinica?

Amo. El mismo.

Sold. Pues lléguese vuestra merced á esta parte, y tome este envoltorio de papeles, y advierta que ahí dentro van las informaciones de mis servicios, con veintidos fes de veintidos generales, debajo de cuyos estandartes he servido, amen de otras treinta y cuatro de otros tantos maestres de campo, que se han dignado de honrarme con ellas.

Amo: Pues no ha habido, á lo que yo alcanzo, tantos generales ni maestres de campo de infantería española de cien años á esta parte.

Sold. Vuestra merced es hombre pacífico, y no está obligado á entendérsele mucho de las cosas de la guerra: pase los ojos por esos papeles, y verá en ellos, unos sobre otros, todos los generales y maestres de campo que he dicho.

Amo. Yo los doy por pasados, y vistos: ¿pero de qué sirve darme cuenta de esto?

Sold. De que hallará vuestra merced por ellos ser posible ser verdad una que agora diré, y es que estoy consultado en uno de tres castillos y plazas, que estan vacas en el reino de Nápoles, conviene á saber, Gaeta, Barleta y Rijobes.

Amo. Hasta agora ninguna cosa me importa á mí estas relaciones, que vuestra merced me da.

Sold. Pues yo sé que le han de importar, siendo Dios servido.

Amo. ¿En qué manera?

Sold En que por fuerza, si no se cae el cielo, tengo de salir proveido en una de estas plazas, y quiero casarme agora con Cristinica; y siendo yo su marido, puede vuestra merced hacer de mi persona y de mi mucha hacienda, como de cosa propia: que no tengo de mostrarme desagradecido á la crianza que vuestra merced ha hecho á mi querida y amada consorte.

Amo. Vuestra merced lo ha de los cascos, mas que otra parte.

Sold. ¿Pues sabe cuánto le va, señor dulce, que me la ha de entregar luego, luego, ó no ha de atravesar los umbrales de su casa?

Amo. ¡Hay tal disparate! ¿y quién ha de ser bastante para quitarme que no entre en mi casa?

Vuelve el sota-sacristan Pasillas, armado con un tapador de tinaja, y una espada muy mohosa: viene con él otro sacristan, con un morrion, y una vara ó palo, atado á él un rabo de zorra.

Sac. Ea, amigo Grajales, que este es el turbador de mi sosiego.

Graj. No me pesa sino que traigo las armas endebles y algo tiernas, que ya le hubiera despachado al otro mundo á toda diligencia.

*Amo.*Ténganse, gentiles hombres: ¿qué desman y qué acecinamiento es este?

Sold. ¿Ladrones, á traicion y en cuadrilla? Sacristanes falsos, voto á tal que os tengo de horadar, aunque tengais mas órdenes que un ceremonial: cobarde, ¿á mí con rabo de zorra? ¿Es notarme de borracho, ó piensas que estás quitando el polvo á alguna imágen de bulto?

Graj. No pienso sino que estoy ojeando los mosquitos de una tinaja de vino.

(*A la ventana Cristina y su ama.*)

Crist. Señora, señora, que matan á mi señor: mas de dos mil espadas están sobre él, que relumbran, que me quitan la vista.

Ella. Dices verdad, hija mia: Dios sea con él: santa Ursola, con las once mil vírgines, sea en su guarda: ven, Cristina, y bajemos á socorrerle, como mejor pudieremos.

Amo. Por vida de vuestras mercedes, caballeros, que se tengan, y miren que no es bien usar de supercherí con nadie.

Sold. Tente, rabo, y tente, tapadorcillo, no acabeis de despertar mi cólera: que si la acabo de despertar, os mataré y os comeré y os arrojaré por la puerta falsa dos leguas mas allá del infierno.

Amo. Ténganse digo; sino por Dios que me descomponga de modo, que pese á alguno.

Sold. Por mí tenido soy, que te tengo respeto, por la imágen que tienes en tu casa.

Sac. Pues aunque esa imágen haga milagros, no os ha de valer esta vez.

Sold. ¿Han visto la desvergüenza de este bellaco, que me viene á hacer cocos con un rabo de zorra, no habiéndome espantado ni atemorizado tiros mayores que el de Dio, que está en Lisboa?

Salen Cristina y su señora.

Ella. ¡Ay, marido mio! ¿Estais por desgracia herido, bien de mi alma?

Crist. ¡Ay desdichada de mí! por el siglo de mi padre, que son los de la pendencia mi sacristan y mi soldado.

Sold. Aun bien que voy á la parte con el sacristan, que tambien dijo mi soldado.

Amo. No estoy herido, señora; pero sabed que toda esta pendencia es por Cristinica.

Ella. ¿Cómo por Cristinica?

Amo. A lo que yo entiendo, estos galanes andan zelosos por ella.

Ella. ¿Y es esto verdad, muchacha?

Crist. Sí, señora.

Ella. Mirad con qué poca vergüenza lo dice; ¿y hate deshonrado alguno de ellos?

Crist. Sí, señora.

Ella. ¿Cuál?

Crist. El sacristan me deshonró el otro dia, cuando fuí al rastro.

Ella. ¿Cuántas veces os he dicho yo, señor, que no saliese esta muchacha fuera de casa, que ya era grande, y no convenia apartarla de nuestra vista? ¿Qué dirá ahora su padre, que nos la entregó limpia dé polvo y de paja? ¿Y dónde te llevó, traidora, para deshonrarte?

Crist. A ninguna parte, sino allí en mitad de la calle.

Ella. ¿Cómo en mitad de la calle?

Crist. Allí en mitad de la calle de Toledo, á vista de Dios y de todo el mundo me llamó de sucia, y de deshonesta, de poca vergüenza, y menos miramiento, y otros muchos baldones de este jaez, y todo por estar zeloso de aquel soldado.

Amo. ¿Luego no ha pasado otra cosa

entre tí, ni él, sino esa deshonra, que en la calle te hizo?

Crist. No por cierto, porque luego se le pasó la cólera.

Ella. El alma se me ha vuelto al cuerpo, que le tenia ya casi desamparado.

Crist. Y mas, que todo cuanto me dijo fué confiado en esta cédula, que me ha dado de ser mi esposo, que la tengo guardada, como oro en paño.

Amo. Muestra, veamos.

Ella. Leedla alto, marido.

Amo. Así dice: « Digo yo Lorenzo Pa-
« sillas, sota-sacristan de esta parroquia,
« que quiero bien y muy bien á la señora
« Cristina de Parrazes; y en fe de esta ver-
« dad le dí esta, firmada de mi nombre,
« fecha en Madrid, en el cimenterio de San
« Andres, á seis de mayo este presente año
« de mil y seiscientos y once. Testigos mi
« corazon, mi entendimiento, mi voluntad,
« y mi memoria.

LORENZO PASILLAS. »

¡Gentil manera de cédula de matrimonio!

Sac. Debajo de decir que la quiero bien se incluye todo aquello que ella quisiere que yo haga por ella; porque quien da la voluntad, lo da todo.

Amo. ¿Luego si ella quisiese, bien os casariades con ella?

Sac. De bonísima gana, aunque perdiese la espectativa de tres mil maravedis de renta, que ha de fundar agora sobre mi cabeza una agüela mia, segun me han escrito de mi tierra.

Sold. Si voluntades se toman en cuenta, treinta y nueve dias hace hoy, que al entrar de la puente Segoviana dí yo á Cristina la mia, con todos los anejos á mis tres potencias; y si ella quisiere ser mi esposa, algo irá á decir de ser castellano de un famoso castillo, á un sacristan no entero, sino medio, y aun de la mitad le debe de faltar algo.

Amo. ¿Tienes deseo de casarte, Cristinica?

Crist. Sí tengo.

Amo. Pues escoge de estos dos que se te ofrecen el que mas te agradare.

Crist. Tengo vergüenza.

Ella. No la tengas, porque el comer y el casar ha de ser á gusto propio, y no á voluntad agena.

Crist. Vuestras mercedes, que me han criado, me darán marido como me convenga, aunque todavía quisiera escoger.

Sold. Niña, échame el ojo, mira mi garbo: soldado soy: castellano pienso ser: brio tengo de corazon: soy el mas galan hombre del mundo; y por el hilo de este vestidillo podrás sacar el ovillo de mi gentileza.

Sac. Cristina, yo soy músico, aunque de campanas: para adornar una tumba, y colgar una iglesia para fiestas solenes, ningun sacristan me puede llevar ventaja; y estos oficios bien los puedo ejercitar casado, y ganar de comer como un príncipe.

Amo. Ahora bien, muchacha, escoge de los dos el que te agrada: que yo gusto de ello, y con esto pondrás paz entre dos tan fuertes competidores.

Sold. Yo me allano.

Sac. Y yo me rindo.

Crist. Pues escojo al sacristan.

(*Han entrado los músicos.*)

Amo. Pues llamen esos oficiales de mi vecino el barbero, para que con sus guitarras y voces nos entremos á celebrar el desposorio, cantando y bailando; y el señor soldado será mi convidado.

Sold. Acepto:

Que donde hay fuerza de hecho,
Se pierde cualquier derecho.

Mús. Pues hemos llegado á tiempo, este será el estribillo de nuestra letra.

(*Cantan el estribillo.*)

Sold. Siempre escogen las mugeres
Aquello que vale menos,
Porque escede su mal gusto
A cualquier merecimiento.
Ya no se estima el valor,
Porque se estima el dinero,
Pues un sacristan prefieren
A un roto soldado lego;
Mas no es mucho, que quien vió
Que fué su voto tan necio,
Que á sagrado se acogiese,
Que es de delincuentes puerto:
Que adonde hay fuerza, etc.

Sac. Como es propio de un soldado,
Que es solo en los años viejo,
Y se halla sin un cuarto,
Porque ha dejado su tercio,
Imaginar que ser puede
Pretendiente de Gaiferos,
Conquistando por lo bravo
Lo que yo por manso adquiero;
No me afrentan tus razones,
Pues has perdido en el juego,
Que siempre un picado tiene
Licencia para hacer fieros.
Que adonde, etc.

(*Éntranse cantando y bailando.*)

LOS DOS HABLADORES.

ENTREMES.

PERSONAS.

SARMIENTO.
DOÑA BEATRIZ, su muger, habladora.
INES, su criada.
ROLDAN, hablador.
UN PROCURADOR.
UN ALGUACIL.
UN ESCRIBANO.
UN CORCHETE.

Salen el Procurador, Sarmiento y Roldan en hábito roto, cuera, espada y calcillas.

Sarm. Tome, señor procurador, estos doscientos ducados; y doy palabra á usted que aunque me costára cuatrocientos, holgára que fuera la cuchillada de otros tantos puntos.

Proc. Usted ha hecho como caballero en dársela, y como cristiano en pagársela; y yo llevo el dinero, contento de que me descanse y él se remedie.

Roldan. ¡Ah caballero! ¿es usted procurador?

Proc. Sí soy, ¿qué manda usted?

Roldan. ¿Qué dinero es ese?

Proc. Dámele este caballero, para pagar la parte á quien dió una cuchillada de doce puntos.

Roldan. ¿Y cuánto es el dinero?

Proc. Doscientos ducados.

Roldan. Vaya usted con Dios.

Proc. Dios guarde á usted. (*Vase.*)

Roldan. ¡Ah caballero!

Sarm. ¿A mí, gentilhombre?

Roldan. A usted digo.

Sarm. ¿Y qué es lo que manda?

Roldan. Cúbrase usted, que sino no hablaré palabra.

Sarm. Ya estoy cubierto.

Roldan. Señor mio: yo soy un pobre hidalgo, aunque me he visto en honra: tengo necesidad; y he sabido que usted ha dado doscientos ducados á un hombre á quien ha dado una cuchillada; y por si usted tiene deleite en darlas, vengo á que usted me dé una adonde fuere servido: que yo lo haré con cincuenta ducados menos que otro.

Sarm. Si no estuviera tan mohino, me obligára á reir. ¿Usted dícelo de veras? Pues venga acá, ¿piensa que las cuchilladas se dan sino á quien las merece?

Roldan. Pues ¿quién las merece como la necesidad? ¿No dicen que tiene cara de herege? ¿Pues dónde estará mejor una cuchillada, que en la cara de un herege?

Sarm. Usted no debe de ser muy leido: que el proverbio latino no dice, sino que *necessitas caret lege*, que quiere decir, que la necesidad carece de ley.

Roldan. Dice muy bien usted: porque la ley fué inventada para la quietud; y la razon es el alma de la ley; y quien tiene alma, tiene potencias: tres son las potencias del alma, memoria, voluntad y entendimiento: usted tiene muy buen entendimiento; porque el entendimiento se conoce en la finosomía, y la de usted es perversa, por la concurrencia de Saturno y Júpiter; aunque Vénus le mira en cuadrado, en la decanoria del signo ascendente por el horóscopo.

Sarm. ¡Por el diablo que acá me trajo, esto es lo que yo habia menester, despues de haber pagado doscientos ducados por la cuchillada!

Roldan. ¿Cuchillada dijo usted? Está bien dicho: cuchillada fué la que dió Cain á su hermano Abel; aunque entonces no habia cuchillos: cuchillada fué la que dió Alejandro Magno á la reina Patasilea, sobre quitalle á Zamora la bien cercada; y asimismo Julio César al conde don Pedro Anzures, sobre el jugar á las tablas con don Gaiferos entre Cavañas y Olias: pero advierta usted que las heridas se dan de dos maneras; porque hay traicion y alevosía: la traicion se comete al rey; la alevosía contra los iguales: por las armas lo han de ser, y si yo riñere con ventaja; porque dice Garranza en su Filosofía de la espada, y Terencio en la Conjuracion de Catilina...

Sarm. Váyase con el diablo, que me lleva sin juicio: ¿no echa de ver que me dice bernardinas?

Roldan. ¿Bernardinas dijo usted? y dijo muy bien, porque es muy lindo nombre; y una muger que se llamase Bernardina, estaba obligada á ser monja de san Bernardo; porque si se llamase Francisca, no podia ser: que las Franciscas tienen cuatro efes: la F es una de las letras del A, B, C: las letras del A, B, C son veintitres: la K sirve en castellano cuando somos niños, porque entonces decimos la caca, que se compone de dos veces esta letra K: dos veces pueden ser de vino: el vino tiene grandes virtudes: no se ha de tomar en ayunas, ni aguado; porque las partes raras del agua penetran los poros y se suben al celebro; y entrando puros...

Sarm. Téngase que me ha muerto; y pienso que algun demonio tiene revestido en esa lengua.

Roldan. Dice usted muy bien; porque quien tiene lengua á Roma va: yo he estado en Roma y en la Mancha, en Transilvania y en la Puebla de Montalvan: Montalvan era un castillo, de donde era señor Reinaldos: Reinaldos era uno de los doce pares de Francia, y de los que comian con el emperador Carlomagno en la mesa redonda; porque no era cuadrada, ni ochavada: en Valladolid hay una placetilla, que llaman el Ochavo: un ochavo es la mitad de un cuarto: un cuarto se compone de cuatro veces un maravedí: el maravedí antiguo basta tanto como agora un escudo: dos maneras hay de escudos, hay escudos de paciencia, y hay escudos...

Sarm. Dios me la dé para sufrille: téngase que me lleva perdido.

Roldan. Perdido dijo usted y dijo muy bien, porque el perder no es ganar: hay siete maneras de perder: perder al juego, perder la hacienda, el trato, perder la honra, perder el juicio, perder por descuido una sortija ó un lienzo, perder...

Sarm. Acabe con el diablo.

Roldan. ¿Diablo dijo usted? y dijo muy bien; porque el diablo nos tienta con varias tentaciones: la mayor de todas es la de la carne: la carne no es pescado: el pescado es flemoso: los flemáticos no son coléricos: de cuatro elementos está compuesto el hombre, de cólera, sangre, flema y melancolía: la melancolía no es alegría; porque la alegría consiste en tener dineros: los dineros hacen á los hombres: los hombres no son bestias: las bestias pacen; y finalmente...

Sarm. Y finalmente me quitará usted el juicio, ó poco podrá; pero le suplico en cortesía me escuche una palabra, sin decirme lo que es palabra, que me caeré muerto.

Roldan. ¿Qué manda usted?

Sarm. Señor mio: yo tengo una muger, por mis pecados, la mayor habladora que se ha visto desde que hubo mugeres en el mundo: es de suerte lo que habla, que yo me he visto muchas veces resuelto á matalla por las palabras, como otros por las obras: remedios he buscado, ninguno ha sido á propósito: á mí me ha parecido que si yo llevase á usted á mi casa, y hablase con ella seis dias á reo, me la pondria de la manera que están los que comienzan á ser valientes delante de los que ha muchos dias que lo son. Véngase usted conmigo, suplícoselo: que yo quiero fingir que usted es mi primo, y con este achaque tendré á usted en mi casa.

Roldan. ¿Primo dijo usted? ¡oh, qué bien que dijo usted! Primo decimos al hijo del hermano de nuestro padre: primo á un zapatero de obra prima: prima es una cuerda de una guitarra: la guitarra se compone de cinco órdenes: las órdenes mendigantes son cuatro: cuatro son los que no llegan á cinco: con cinco estaba obligado á reñir antiguamente el que desafiaba de comun; como se vió en don Diego Ordoñez, y los hijos de Arias Gonzalo, cuando el rey don Sancho...

Sarm. Téngase por Dios, y véngase conmigo, que allá dirá lo demas.

Rold. Camine delante usted, que yo le pondré esa muger en dos horas muda como una piedra; porque la piedra...

Sarm. No le oiré palabra.

Roldan. Pues, camine, que yo le curaré á su muger.

(*Vanse Sarmiento y Roldan; y sale doña Beatriz é Ines su criada.*)

Da. Beat. ¡Ines! ¡ola, Ines! ¿qué digo? ¡Ines, Ines!

Ines. Ya oigo, señora, señora, señora.

Da. Beat. Bellaca, desvergonzada, ¿cómo me respondeis vos con ese lenguaje? ¿No sabeis vos que la vergüenza es la principal joya de las mugeres?

Ines. Vuestra merced, por hablar, cuando no tiene de qué, me llama doscientas veces.

Da. Beat. Pícara, el número de doscientos es número mayor, debajo del cual se pueden entender doscientos mil, aña-

diéndole ceros: los ceros no tienen valor por sí mismos.

Ines. Señora, ya lo tengo entendido: dígame vuesa merced qué tengo de hacer, porque haremos prosa.

Da. Beat. Y la prosa es para que traigais la mesa, para que coma vuestro amo: que ya sabeis que anda mohino; y una mohina en un casado es causa de que levante un garrote, y comenzando por las criadas, remate con el ama.

Ines. ¿Pues hay mas de sacar la mesa? Voy volando.

Salen Sarmiento y Roldan.

Sarm. Ola, ¿no está nadie en esta casa? Doña Beatriz, ola.

Da. Beat. Aquí estoy, señor. ¿De qué venis dando voces?

Sarm. Mirad que traigo este caballero, soldado y pariente mio convidado: acaricialde y regalalde mucho, que va á pretender á la corte.

Da. Beat. Si vuesa merced va á la corte, lleve advertido que la corte no es para Cárlos tu encogido; porque el encogimiento es linage de bobería; y un bobo está cerca de ser desvalido, y lo merece; porque el entendimiento es luz de las acciones humanas, y toda la accion consiste...

Roldan. Quedo, quedo: suplico á vuestra merced, que bien sé que consiste en la disposicion de la naturaleza; porque la naturaleza obra por los instrumentos corporales, y va disponiendo los sentidos: los sentidos son cinco, andar, tocar, correr y pensar, y no estorbar: toda persona que estorbare es ignorante; y la ignorancia consiste en no caer en las cosas: quien cae y se levanta, Dios le da buenas pascuas: las pascuas son cuatro, la de Navidad, la de Reyes, la de Flores, y la de Pentecostes: Pentecostes es un vocablo esquisito.

Da. Beat. ¿Cómo esquisito? Mal sabe vuestra merced de esquisitos: toda cosa esquisita es estraordinaria: la ordinaria no admira: la admiracion nace de cosas altas: la mas alta cosa del mundo es la quietud, porque nadie la alcanza: la mas baja es la malicia, porque todos caen en ella: el caer es forzoso, porque hay tres estados en todas las cosas, el principio, el aumento y la declinacion.

Roldan. Declinacion dijo vuestra merced, y dijo muy bien; porque los nombres se declinan, los verbos se conjugan; y los que se casan se llaman con este nombre; y los casados son obligados á quererse, amarse y estimarse, como lo manda la santa madre Iglesia; y la razon de esto es...

Da. Beat. Paso, paso: ¿qué es esto, marido? ¿Teneis juicio? ¿Qué hombre es este, que habeis traido á mi casa?

Sarm. Por Dios me huelgo, que he hallado con que desquitarme. Dad acá la mesa presto, y comamos: que el señor Roldan ha de ser huésped mio seis ó siete años.

Da. Beat. ¿Siete años? Malos años; ni una hora, que reventaré, marido.

Sarm. Él era harto mejor para serlo vuestro. Ola, dad acá la comida.

Ines. ¿Convidados tenemos? Aquí está la mesa.

Roldan. ¿Quién es esta señora?

Sarm. Es criada de casa.

Roldan. Una criada se llama en Valencia fadrina, en Italia masara, en Francia gazpirria, en Alemania filimoquia, en la corte sirvienta, en Vizcaya moscorra, y entre picaros daifa. Venga la comida alegremente: que quiero que vuesas mercedes me vean comer al uso de la Gran Bretaña.

Da. Beat. Aquí no hay que hacer, sino perder el juicio, marido: que reviento por hablar.

Roldan. ¿Hablar dijo vuestra merced? Dijo muy bien: hablando se entienden los conceptos; estos se forman en el entendimiento: quien no entiende no siente: quien no siente no vive: el que no vive es muerto: un muerto echalle en un huerto.

Da. Beat. ¿Marido, marido?

Sarm. ¿Qué quereis, muger?

Da. Beat. Echadme de aquí este hombre con los diablos: que reviento por hablar.

Sarm. Muger, tened paciencia: que hasta cumplidos los dichos siete años no puede salir de aquí; porque he dado mi palabra, y estoy obligado á cumplirla, ó no seré quien soy.

Da. Beat. ¿Siete años? ¡Primero veré yo mi muerte. Ay, ay, ay!

Ines. Desmayóse. ¿Esto quiere ver vuestra merced delante de sus ojos? Véla ahí muerta.

Roldan. Jesus, ¿de qué le ha dado este mal?

Sarm. De no hablar.

(*Dentro la justicia.*)

Alg. Abran aquí á la justicia, abran á la justicia.

Roldan. ¡La justicia! ¡Ay triste de mí! que yo ando huido, y si me conocen me han de llevar á la cárcel.

Sarm. Pues, señor, el remedio es meterse

en esta estera vuestra merced: que las habian quitado para limpiarlas; y así se podrá librar: que yo no hallo otro.

(*Métese en la estera Roldan, y salen Alguacil, Escribano y Corchete.*)

Alg. ¿Era para hoy el abrir esta puerta?

Sarm. ¿Qué es lo que vuestra merced manda, que tan furioso viene?

Alg. El señor gobernador manda que, no obstante que vuestra merced ha pagado los doscientos ducados de la cuchillada, venga vuestra merced á darle la mano á este hombre, y se abracen y sean amigos.

Sarm. Querria comer agora.

Esc. El hombre está aquí junto; y luego se volverá vuestra merced á comer despacio.

Sarm. Vamos en buen hora.

Ines. Vuelve en tí, señora: que si de no hablar te has desmayado, agora que estás sola hablarás cuanto quisieres.

Da. Beat. Gracias á Dios, que agora descansaré del silencio que he tenido.

(*Saque Roldan la cabeza de entre la estera y mirando á Beatriz, diga:*)

Roldan. ¿Silencio dijo vuestra merced? y dijo muy bien; porque el silencio fué siempre alabado de los sabios; y los sabios callan á tiempos, y hablan á tiempos; porque hay tiempos de hablar, y tiempos de callar; y quien calla otorga; y el otorgar es de escrituras; y una escritura ha menester tres testigos, y si es de testamento cerrado siete; porque...

Da. Beat. Porque el diablo te lleve, hombre, y quien acá te trujo. ¿Hay tan gran bellaquería? Yo vuelvo á desmayarme.

(*Vuelven á salir todos.*)

Sarm. Ya que se han hecho las amistades, quiero que vuestras mercedes beban con una caja. Ola, dad acá la cantimplora y aquella perada.

Da. Beat. ¿Agora nos meteis en eso? ¿No veis que estamos ocupadas sacudiendo estas esteras? Muestra el palo; y tú con esotro démoslas hasta que queden limpias.

Roldan. Paso, paso, señoras: que bien entendí que hablaban mucho, pero no que jugaban de mano.

Alg. Óiga, ¿qué es esto? ¿No es aquel bellaco de Roldanejo el hablador, que hace las maulas?

Esc. El mismo.

Alg. Sed preso, sed preso.

Roldan. ¿Preso dijo vuestra merced? y dijo muy bien; porque el preso no es libre, y la libertad...

Alg. Que no, no, aquí no ha de valer la habladura: vive Dios que habeis de ir á la cárcel.

Sarm. Señor alguacil, suplico á vuestra merced que por haberse hallado en mi casa, esta vez no se le lleve: que doy palabra á vuestra merced de darle con que se vaya del lugar, en curándome á mi muger.

Alg. ¿Pues de qué la cura?

Sarm. Del hablar.

Alg. ¿Y cómo?

Sarm. Hablando: porque como habla tanto, la enmudece.

Alg. Soy contento, por ver ese milagro; pero ha de ser con condicion, que si la diere sana, me avise vuestra merced luego; porque le lleve á mi casa: que tiene mi muger la propia enfermedad, y me holgaria que me la curase de una vez.

Sarm. Yo avisaré con lo que hubiere.

Roldan. Yo sé que la dejaré bien curada.

Alg. Vete, pícaro hablador.

Sarm. No me desagrada el verso.

Alg. Pues si no le desagrada, oiga, que yo tengo alguna vena de poesía.

Roldan. ¿Oiga: poesía ha dicho vuestra merced? Pues repare, que por Dios que la ha de llevar de puño.

(*Hácense la salva, y van diciendo las glosas.*)

Alg. La condicion del hablar
Mas parece tentacion
De quien nos suele tentar;
Ni puede ser condicion
En hombre que es muladar.
Parte á servir de atambor
Con esa lengua, embaidor;
Y pues que con mayor ruido
Suenas á un discreto oido,
Vete, pícaro hablador.

Esc. Despues de muerto sé yo
Que ha de ponerse en lugar
De epitafio: *Aquí murió*
Quien muerto no ha de callar
Tanto como vivo habló.

Ines. Esa quiero yo acabar.

Esc. Diga, veamos.

Inés. Y pues de hablar el rigor
A un muerto pone temor,
A un monte, donde á ninguno
Seas hablando importuno,
Vete, pícaro hablador.

Sarm. Va la mia:

O tú que hablaste por veinte,
Y hablaste por veinte mil,

Da. Beat. Yo la acabaré, detente.

Roldan. Por hablar; traza sutil.

Da. Beat. Repare, señor pariente,
Vete adonde tu rumor
No suene para tu mengua;
Y pues se sabe tu flor,
Vete, enfermo de la lengua,
Vete, pícaro hablador.

Roldan. Oigan y reparen vuestras mercedes, que no será peor la mia:

Aquí he venido á curar
Una muger habladora,
Que nunca supo callar,
A quien pienso desde agora
Enmudecer con hablar.
Convídame este señor,
Y comeré con rigor,
Aunque diga su muger,
Por no me dar de comer:
Vete, pícaro hablador.

(*Éntranse dándose vaya, con que se da fin.*)

LUP. LEONARDO DE ARGENSOLA.

ISABELA.

TRAGEDIA.

PERSONAS.

LA FAMA, que hace el prólogo.
ALBOACEN, rey de Zaragoza.
AUDALLA, consejero.
AJA, hermana.
MULEY ALBENZAIDE, privado.
ZAUZALA.
AZAN Y CRIADOS del rey de Zaragoza.
UN ALCAIDE.
UN PORTERO.
ISABELA, dama cristiana.
LAMBERTO, padre de Isabela.
ENGRACIA, madre de Isabela.
ANA, hermana de Isabela.
UN VIEJO, ciudadano.
TURBA DE HOMBRES, MUGERES Y NIÑOS CRISTIANOS.
NUNCIO.
ALADIN, criado de Muley Albenzaide.
ADULCE, rey de Valencia.
SELIN, criado suyo.
EL ESPÍRITU DE ISABELA.

La escena pasa en Zaragoza, metrópoli de Aragon.

PRÓLOGO.

LA FAMA.

Yo soy la que levanto los ingenios
En medio las miserias de este siglo,
Porque la de virtud, dificil cumbre,
Pueda ser de los hombres alcanzada,
De los cuales vulgar y comunmente
Ilustre Fama recibi por nombre.
No soy aquella Fama que Virgilio
Dijo, que por ofensa de los dioses,
Produjo la primera madre vuestra,
A la cual dignamente llamó monstruo.
Por mí sobre la tumba del gran Griego,
Lloró, como sabemos, Alejandro,
Y de invidia de ver los hechos de este,
El dictador que dió su nombre á Julio.
Yo con eternas letras registrados
Tengo los famosisimos varones
Que tras de la virtud se remontaron,
Unos por armas, y otros por las letras,
Y los que por entrambas estas cosas.
Ni vosotras, mugeres, perseguidas
De serpentinas lenguas, os quedasteis
(En colosos eternos levantadas)
Sin vuestras merecidas alabanzas;
Y, mal grado del gran Maron, tú, Dido,
Entre las viudas castas te colocas.
Tienen cuidado pues los blancos cisnes
De quien el Ariosto dió noticia,
De celebrar con versos numerosos
Los claros hechos de estos y de aquellos;
Y los que no son dignos de este canto,
En bocas de los cuervos disonantes
Andan con alabanzas limitadas,
A cuyas roncas voces no responde
El eco de las doctas opiniones,
Por mas que los cuitados cuidadosos
Procuran imitarme, poco digo,
Procuran competir con esta trompa
Por mí tan solamente dedicada
Para cantar los nombres de los héroes.
Siguiendo mi costumbre pues agora,
Bien que contra la ley de las tragedias,
En los teatros públicos parezco
A daros alabanzas infinitas,
Como las mereceis todos vosotros.
Podeisme responder que lisonjeo,
Pues que sin distincion de vuestros hechos,
Y sin contar alguno los alabo.
En mi satisfaccion respondo á esto,
Que cuando no tuviera yo noticia
De todo lo que digo, me bastaba
Que de vuestro valor hice esperiencia;
Pues publicando yo, que recitaba
Salcedo, no comedias amorosas,
Nocturnas asechanzas de mancebos,

Y libres liviandades de mozuelas,
Cosas que son acetas en el vulgo;
Sino que de coturnos adornado,
En lugar de las burlas, os contaba
Miserables tragedias y sucesos,
Desengaños de vicios, cosa fuerte,
Y dura de tragar á quien los sigue:
Vosotros, por no ser amigos de esto,
Venis á ver los trágicos lamentos
Y la fragilidad de vuestra vida:
Evidente señal de que sois tales,
Que discernis lo malo de lo bueno,
Para lo cual terneis materia luego,
Si proseguis á oirme con sosiego.

ISABELA.

JORNADA PRIMERA.

ESCENA PRIMERA.

ALBOACEN. AUDALLA.

Alb. Ni yo tengo temor á los cristianos
Por verlos tan vecinos á mi tierra,
Que casi nos podemos dar las manos:
Y puesto que la gente de la sierra
De pláticos soldados se refresca,
Queriendo proseguir la dura guerra,
No temo de la furia soldadesca
Ver talados mis campos y riberas,
Cual vió (por nuestro mal) el rey de Huesca:
Ni temo de sus máquinas guerreras,
Ni la gente que junta y acumula
Debajo sus insignias y banderas:
Ni tanto me fatiga y atribula
Don Pedro, rey soberbio de Sobrarve,
Que ya de Zaragoza se intitula;
Pues sabe que á la vista de un adarbe
A su padre don Sancho le dió muerte
La cautelosa flecha de un alarbe.
Y puesto (segun dicen) que es tan fuerte,
El ejemplo que digo será parte
Que con mas discrecion pruebe la suerte.
Bástale ver al rey en su estandarte
Cuatro cabezas nuestras por trofeo,
Que cada cual tuvimos por un Marte;
Y cuando no bastare (que lo creo),
Aun tengo yo dos manos, y hay alfanges
Que puedan reprimirle su deseo.
Ordene sus escuadras y falanges,
Y prométase ya con vanagloria
La tierra que tenemos de aquí al Ganges,
Que no será tan fácil la victoria,
Aunque suelen decir que en el estremo
Y en la dificultad está la gloria.
Otro mayor contrario que el rey temo,
Tan fuerte, que pensando lo que puede,
Unas veces me hielo, y otras quemo.
Concedo que mi mal tambien procede
De quien yo sé; mas basta, no se diga:
Mucho mejor será que aquí se quede.
Aud. Mas antes será bien que se prosiga,
Que con solo nombrar lo que no temes,
No queda descubierta tu fatiga.
¿Será bueno, señor, que tú te quemes,
Y por no descubrir el fuego fiero,
Huyas el agua, y del dolor estremes?
Quien el peligro cierto ve primero,
Y no busca remedio conveniente
Al daño que sospecha venidero,
Padecerá la pena justamente,
Arrepentido en vano de su falta,
Quedando para risa de la gente.
¿Fáltate juventud? ¿poder te falta,
O belicosa gente, la cual pueda
Romper al montañes la cerviz alta?
Presto verás volver la veloz rueda,
Y derribar fortuna de la cumbre
Al que piensa tenella fija y queda;
Y si es (como lo es) de su costumbre
Favorecer á osados, yo le mando
Al ciego rey precisa servidumbre.
No vayas tú sospechas dilatando,
Pues quien con prevencion sus cosas rige,
Menos tiene despues que estar llorando.
Dime ¿qué te da pena?
Alb. Ya yo dije
Que no tengo temor al rey cristiano,
Ni la propincua pérdida me aflige;
Mas miro mi contrario tan cercano,
Que en cualquiera remedio que provea,
El fin de mi trabajo será vano.
Un muro comunmente nos rodea
A mí y á mi enemigo poderoso,
Que por ocultos términos pelea:
No me separa de él muralla ó foso,
Porque los dos en medio Zaragoza
Tenemos nuestras casas y reposo;
Mas antes él es solo quien la goza,
Que yo no la conozco ni pretendo.
Aud. No puede reposar la sangre moza;
Pero de tus razones comprehendo
Que temes de tus mismos ciudadanos,
Sus ciertas asechanzas entendiendo,
Digo de tus vasallos los cristianos,

Que en medio Zaragoza los permites
Vivir, y celebrar sus ritos vanos.
No sé quien te detiene que no quites
Un abuso tan grande de tu tierra,
Y que preciso tiempo les limites:
Ni sé quien es tan bárbaro, que encierra
Los lobos y ganado juntamente,
Siendo tan diferentes paz y guerra,
Y no por ser pacífica tu gente;
Pero puesto, señor, que se recela,
No se puede librar tan fácilmente:
Esta canalla torpe siempre vela,
Y con humildes hábitos y gesto
A la secreta guerra dan espuela.
Con justa causa temes, señor, esto,
Pues entre tan ocultos enemigos
(Ocultos, antes claros) estás puesto.
Aquí los tienes puestos por testigos
De las cosas de guerra que preparas,
Que aun no deben sabellas los amigos;
¿Y gente dobladiza de dos caras
Es bien que te descubra tus secretos,
Y nuestras asechanzas haga claras?
En vano pensarás tener quietos,
Aunque gocen riquezas infinitas,
A los que llevan nombre de sujetos.
Es muy bueno, señor, que les permitas
Ese templo que llaman de María,
En medio de tus baños y mezquitas,
En donde se celebran cada dia
Los sacrificios de estos y sus cantos,
Con música solemne y armonía,
Y digan que su templo sobre cuantos
Celebran los cristianos fué primero
Fundado por los ángeles y santos;
Y tienen por negocio verdadero,
Que vino aquí la Virgen siendo viva,
Y pisó las riberas del Ibero.
A la soberbia de estos escesiva,
Juntándose la fe que tienen de esto,
Mira si la cerviz tendrán altiva.
El simulacro pues que tienen puesto
Encima la coluna venerada,
Nos muestra lo que digo manifiesto;
Y tienen ya por cosa averiguada,
Que si permaneciere su firmeza,
España podrá ser recuperada.
No creyeron jamas con tal simpleza
En el paladio bulto los troyanos,
Mostrando contra griegos fortaleza,
Cuanto tienen por cierto los cristianos
Poder con el amparo de su templo
Quitarnos las victorias de las manos:
Y dicen (por probarlo con ejemplo)
Que no fué su parroquia jamas nuestra,
En cuya pretension su fe contemplo.
Alza pues, poderoso rey, la diestra,
Haciendo por castigo de su yerro,
De tu poder y su locura muestra:
Manda que cumplan luego su destierro:
Qué digo, desterrallos es muy leve,
No quede con la vida ningun perro.
¿Por ventura cualquiera no se atreve
A probar contra nos su fuerza flaca?
Pues mira si la vida se la debe.
¿Sabes de su comercio qué se saca?
Vivir en nuestras casas con tal miedo,
Como si las tuviésemos en Jaca.
Quisiérate decir, pero no puedo,

(*Hace el rey un estremo dando un suspiro.*)

Que pues inclinas tanto labio y ceja,
Veo que de tu gusto, rey, escedo.
Esa puerta, que llaman la Cineja,
(Cenizas otro tiempo) te da gritos,
Y en mi lugar lo justo te aconseja.
En ella fueron muertos infinitos,
Los cuales ofendieron á Daciano,
Burlando de sus dioses y sus ritos.
Alza pues, poderoso rey, la mano.

Alb. Mas antes será bien atar la tuya,
Y defender con estas al cristiano.
Primero Dios, que puede, me destruya,
Que yo deje de ser con ellos pio,
Por ellos no, mas es por cosa suya;
Que menos es perder mi señorío
Que tu gracia, cristiana, por quien vengo
A no poder gozar del albedrío:
¿Mas cómo perderé lo que no tengo,
Si solo con soñadas esperanzas
La vida para males entretengo?
Isabela cruel, cruel alcanzas
Estado tan altivo, que si quieres,
En mí puedes hacer cien mil mudanzas:
¡Y tú, la mas cruel de las mugeres,
Correspondes tan mal á mis servicios!
No sé porqué, ¿porqué? por ser quien eres.
Probéte á conquistar con beneficios,
Tambien con amenazas, pero fueron
Fabricar en los aires edificios.
Ni mis largas promesas te movieron,
Que suelen ablandar á la mas casta;
Ni miedo mis castigos te pusieron;
Y pues á persuadirte nadie basta,
Ahora con engaños me pertrecho,
Moneda que en el mundo mas se gasta.
Este fiero pregon habemos hecho,
Por ver si con el daño de tu gente,
En algo rendirás el duro pecho.

Aud. Bastaba mi sospecha solamente:
Pero ya descubierta, señor, veo
La causa de tus daños evidente.
No busques mas escusa ni rodeo,
Pues es cosa de reyes tan agena
Aprobar por hermoso lo que es feo.

Y pues tú con vergüenza de tu pena
(Por ser baja la causa) la callabas,
Esa misma vergüenza te condena.
¿Son esas las bravezas que mostrabas
En tu niñez gallarda, por ventura?
¿A cosas semejantes aspirabas?
Cual suele parecer en noche escura
Prodigioso cometa, prometiendo
De reyes ó monarcas desventura,
Que con admiracion su forma viendo,
Los ojos en las nubes enclavados,
Estamos sus efectos inquiriendo,
Por ver si los planetas indignados
Influyen sobre nos en triste suerte,
Y nos dejan del daño preservados,
Así tambien á tí (que tras la muerte
De tu padre sucedes en su silla)
Todos alzan los ojos para verte.
Mirámoste, señor, con maravilla,
Milagros de tus obras esperando,
Los moros de Aragon y de Castilla
Pensábamos que estabas afilando
Cuchillo riguroso de venganza,
A tus predecesores imitando;
Y tú, tan al reves de la esperanza,
Ocupas tus altivos pensamientos
En lo que quien no quiere no lo alcanza.
Una muger revoca tus intentos,
Teniendo mil ejemplos en las manos
De casos miserables y sangrientos:
Helena, pestilencia de troyanos,
Cleopatra verdugo fué de Roma,
La Cava, perdicion de los hispanos.
En estos pues ejemplo claro toma:
Y si quieres domar á tus vasallos,
A tí mismo, señor, primero doma.
¡Cómo! que con un freno los caballos
Mas furiosos se rigen, ¡y no pueda
La razon á los hombres gobernallos!
Pretendemos al sol torcer su rueda,
¡Y nuestra voluntad, que es propia nuestra,
No podremos tenerla fija y queda!
Que la necesidad, comun maestra,
Un modo conveniente de la vida
A los animalejos simple muestra:
El uno pide al dueño la comida
Con estranjera voz; el otro tiene
Su casa de manjares proveida:
¡Y nosotros con ver que nos conviene,
No solo convenir, mas es preciso,
Para que una república se ordene,
Huimos ciegamente del aviso,
Siguiendo el apetito que nos llama,
Tras glorias de un soñado paraiso!
Vuelve, vuelve los ojos á tu fama,
Mira que soy tu siervo, que soy viejo,
Y por el consiguiente, quien te ama:
Admite mis razones y consejo,
Y ten á tus abuelos valerosos
Para mirar sus obras por espejo:
Si quieres pasatiempos amorosos,
(Que no me admiro de esto, por ser cosa
Comun á los mancebos orgullosos)
¿Hate de faltar mora mas hermosa,
Mas afable, discreta, ni hidalga,
Que esa perra cristiana rigurosa?
Alb. Tú quieres que tu rey de seso salga:
¿Di, blasfemo, tenemos en el suelo
Ni en el cielo tampoco, quien mas valga?
Aud. A no tener de tu pesar recelo,
Dijera; pero temo...
Alb. ¿Qué?
Aud. No sea
Mi daño.
Alb. No será, dilo.
Aud. Dirélo,
Dirélo, y ya que á mí no se me crea,
Esta carta verás.
Alb. ¿Cuya es?
Aud. De un hombre
Que no menos que yo tu bien desea.
Alb. ¿Quién es?
Aud. Es un cristiano.
Alb. ¿Tiene nombre?
Aud. Sí tiene, mas por ser amigo tuyo,
Es bien que claramente no se nombre.
Alb. Pues no me precio yo de serlo suyo,
Que siempre de traidores á sus reyes,
Y mas de los que son secretos, huyo.
Aud. ¿Guardarás esa ley?
Alb. ¿Pues no? Las leyes
Igual hacen al rico y al que labra
La tierra con el yugo tras los bueyes.
Aud. Léela, si te sirves.
Alb. No se abra
La carta, que de tí solo confio:
Mejor es que lo cuentes de palabra.
Aud. Oye pues brevemente, señor mio,
De Muley Albenzaide la cautela,
O por decir mejor el desvarío:
A tí rompió la fe por Isabela:
Secretamente fué; pero ya clara,
Que la verdad el tiempo la revela.
Ni pienses que la dama le fué cara,
Pues en correspondencia del amante
La voluntad recíproca declara.
Pasáran sus amores adelante
Por ser las voluntades tan iguales,
Que es la de él á la de ella semejante,
Sino porque á los lazos conyugales
Las leyes diferentes impedian,
Y el ser los deudos de ella principales.
Pues viendo que casarse no podian,
Por no perder los dos el tiempo en vano,
O porque así los hados lo querian,
Determinó Muley de ser cristiano,

Y púsolo por obra, segun cuenta
Esa carta que tienes en la mano.
Alb. ¡Sufrir pueden los cielos tal afrenta!
Yo juro pues por ellos que la mia
Haré que con su daño Muley sienta.
Aud. Pues mira quien dejó tu monarquía
Por un alcaide tuyo fementido,
Si renombre de perra merecia.
Alb. Estoy de la maldad tan ofendido,
Que me faltan palabras suficientes,
El aliento, la lengua y el sentido;
Y porque mas despacio me lo cuentes,
A mi jardin nos vamos, al cual demos
De nuestros tristes ojos turbias fuentes,
Y la justa venganza concertemos.

ESCENA II.

ISABELA.

Noche triste, deseada
Para descansar los moros,
A los cristianos pesada,
Pues con suspiros y lloros
Has de ser solemnizada.
Con justa causa la luna
Esconde su blanca cara,
Sin dar claridad alguna,
Por no mirar la fortuna
Que contra nos se prepara.
Tú, Ebro, que te apresuras
Con tus aguas enturbiadas;
En cuyas olas murmuras
Nuestras glorias ya pasadas,
Y presentes desventuras:
Como cuando de trofeos
Sus aguas turbias y feas
Adornaron los caldeos,
Llorando por las riberas
Los ya vencidos hebreos;
Cuyos mudos instrumentos
En sus árboles colgados,
Algunos de sus acentos
Eran solo frecuentados
De los importunos vientos;
Tales verás tus cristianos
En los nudosos cordeles
Puestas las cruzadas manos,
Sujetos á los infieles
Y bárbaros africanos;
Y tambien verás tu arena
De colorados matices,
Que con abundante vena
Le darán nuestras cervices,
Y de cuerpos muertos llena.
Vuelve pues, padre clemente,
Los ojos á nos, y mira
Del tirano rey la ira,
Y á tu perseguida gente
Lo que debe hacer inspira:
Y tambien á mi Muley,
Que salió de su ciudad
Para confesar tu ley,
Confirma su voluntad
Y muda la de su rey.
¡Ay, Muley! ¡y quién creyera
Que el dia de nuestras bodas
El de nuestra muerte fuera,
Que con las reliquias godas
Juntamente nos espera!
Vientos, si de mi pasion
Teneis dolor, dadle parte
A Muley, que en tal sazon
Está con el nuevo Marte,
Don Pedro, rey de Aragon.

ESCENA III.

ISABELA. ANA.

Ana. ¿Hasta cuándo determinas
Estar, hermana, llorando?
Deja las quejas continas,
Pues al gozo te avecinas
Que estábamos deseando.
Albenzaide, nuestro amigo,
Llegó ya, como deseas.
Isab. ¿Quién dices, hermana?
Ana. Digo:
Pero para que lo creas,
Estará luego contigo;
Porque como me desvela
El peligro de tu vida,
Estuve cual centinela
Esperando su venida,
Y el contento de Isabela.
Isab. ¿Vendrá?
Ana. Si le das licencia.
Isab. Él la tiene ya por cierto.

ESCENA IV.

ISABELA. ANA. MULEY.

Muley. A lo menos no paciencia
De estar, señora, cubierto
Delante de tu presencia;
Y pues que mi gloria eres,
Suplícote que me des
Tus blancas manos: ¿no quieres?
Pues no me niegues los piés.
Isab. Ni piés ni manos esperes.
Ana. ¿A Muley piensas negarlas?
Isab. ¿Y tú defiendes su parte?
Ana. Al fin huyo de rogarte.
Isab. No las dí para besarlas,
Sino para levantarte.
¿Pues, Muley?
Muley. Nadie me nombre,

Porque ya no soy Muley.
Isab. ¿ Pues quién eres?
Muley. Soy un hombre
A quien da la nueva ley
Nuevo ser y nuevo nombre.
Muley fui, Lupercio vengo,
Cristiano tan verdadero,
Que solo de Muley tengo
Serte fiel como primero,
Y en lo demas desconvengo.
En Monte-Aragon nací
Con el agua del bautismo
Que de Cristo recibí
Por mano del abad mismo,
Que tiene su silla allí.
Enseñóme vuestra ley
De la suerte que la enseña
El de San Juan de la Peña.
Fueron padrinos el rey,
Otro monge, y una dueña.
Isab. En estremo me consuela
Ver que respondes por tí.
Muley. Tambien me consuela á mí
Hallarte tal, Isabela,
Como cuando me partí.
Isab. ¡ Ay dolor!
Muley. ¿De qué suspiras?
¿Por ventura ya te pesa
De la jurada promesa,
Ahora que el plazo miras
Que se cumple con tal priesa?
Y viendo que soy cristiano,
Y que ya te falta escusa,
Con estar el hecho llano,
¿ Estás pensando confusa
Cómo retirar la mano?
Y si como me tuviste,
Me tienes en tu memoria,
¿ Porqué con agüero triste
Interrumpes esa gloria,
Y tales suspiros diste?
Isab. No tengas miedo, Muley,
(Lupercio quise decir)
Que pues tienes ya mi ley,
Te deje yo de seguir
Contra la furia del rey.
Mudanza de mí no creas,
(Si ya no mueren las almas)
Entre tanto que no veas
En las cumbres pirineas
Cedros, naranjos y palmas.
Pero no quiero poner
Tiempo para mi mudanza,
Pues que ni le puede haber,
Ni ocasion para perder
Un punto de tu esperanza:
Que puesto acaso que fuese
Posible lo que decía,
Para mí no lo seria
Mudarme, ni que torciese
Un punto de la fe mia;
Pero sabe que la causa
Del dolor que manifiesto...
Muley. No te turbes, dila presto.
Isab. Es el rey el que la causa,
Rey tirano, rey molesto.
No sé por cuál novedad
Mandó pregonar el rey,
Que con suma brevedad
Desampare su ciudad
La gente de nuestra ley.
Dícese que nos destierra,
Porque es grande inconveniente
Para la futura guerra,
Vivir dentro de su tierra
Nuestra miserable gente;
Y que usando de clemencia,
Las vidas quiere dejarnos.
Yo temo que es apariencia
Para mejor descuidarnos,
Y darnos cruda sentencia.
Concurren muchas razones
Que dan de esto certidumbre.
Muley. Bástanme las que propones.
Isab. Y tras estas la costumbre
De tales persecuciones.
Muley. ¿Será posible?
Isab. Serálo.
Mira si debo sentir
Mas dolor del que señalo.
Muley. ¡ Que tal se pueda sufrir!
Ana. ¿ Y no hay algun intervalo?
Isab. Sí lo hay, y aun en mi mano,
Pero nunca Dios lo quiera,
Porque es amar al tirano,
Y vale mas que yo muera.
Muley. O yo, que soy quien mas gano.
Isab. Que no temo yo la muerte
Donde la gloria se gana,
Ni tendré por menor suerte
Que la vírgen lusitana
Hallar al tirano fuerte.
Muley. No temas pues, que yo creo
Que tendrá remedio todo.
Isab. Remedio ninguno veo.
Muley. Yo sí, que tu bien deseo:
Oye.
Isab. Dime, ¿ de qué modo?
Muley. Ya sabes que el rey me ama,
Y lo que de mí confia.
Isab Sé que confiar solia,
Pero si llegó la fama
Del bautismo...
Muley. No podia.
Yo le pintaré delante
Una gran dificultad,

Tan eficaz y bastante,
Que mude su voluntad,
Si bien fuese de diamante:
Hay aparente razon
Que si ahora nos destierra,
Declara la prevencion
Los discursos de la guerra,
Y en efecto su intencion.
Diréle que se suspenda
El riguroso castigo,
Porque con él no se ofenda
Y haga que el enemigo
Sus designios comprehenda;
Y que al rey don Pedro pida
Paz, y le prometa parias,
Y debajo paz fingida
De las cosas necesarias
Haga prevencion cumplida.
El rey don Pedro ya queda
De estas cosas prevenido,
Para que la paz conceda,
Y debajo de partido
Junte la gente que pueda;
Y procuraré tambien
Que todos los de esta tierra
(Digo cristianos) esten
Prevenidos para guerra,
Cuando la seña les den:
Y cuando Alboacen tirano
Niegue, como negar piensa,
Las parias al rey cristiano,
Mira si con tal ofensa
Tenemos el hecho llano.
Isab. El rey de Aragon parece
Que no cumple con quien es,
Aunque la guerra no empiece,
Pues que las paces ofrece
Para romperlas despues.
Muley. El astuto cazador
Guarda semejante traza:
Vístese de la color
Que menos teme la caza,
Para cazarla mejor.
Isab. Mil inconvenientes veo,
Que pueden atravesarse.
Muley. Pues yo lo contrario creo.
Ana. Tarde vemos un deseo
De su mal desengañarse.
Muley. Y cuando todo no baste,
Amigos tengo yo tales,
Y deudos tan principales,
Que pueden hacer contraste
A los preceptos reales.
Ana. La plática se concluya,
Porque ya la luz del dia
Sojuzga la noche fria.
Muley. Él manifiesta la suya
Envidioso de la mia.
Yo me voy; pero primero...
Isab. Para mañana te emplazo,
Y en este lugar te espero.
Muley. Querria...
Isab. ¿Qué quieres?
Muley. Quiero
Que me dieses un abrazo.
Isab. ¿Abrazo?
Ana. ¿Qué duda pones?
Isab. Para mejor ocasion.
Muley. ¡Que no pueda la aflicion
Quitarte con ocasiones
La rienda de la razon!
Isab. Quitanmela tus querellas.
Ana. Al fin vence quien porfia.
Muley. A Dios, hermosas doncellas;
Pues es muy propio del dia
Escondernos las estrellas.

ESCENA V.

AUDALLA.

¿Hay género de cosa mas odiosa,
O monstruo por ventura mas horrendo,
Que los que vituperan una cosa,
La cual á toda furia van siguiendo,
Y llenos de apariencia mentirosa,
Los defectos agenos reprehendiendo,
Intentan de dar leyes á los hombres,
Solo por dilatar su fama y nombres?
Si yo con las heladas del invierno,
Ceñido de vejez, del todo cano,
Sigo la vanidad con que discierno
Ser estremo del mal un viejo vano,
¿Porqué pienso templar de un mozo tierno,
En medio los ardores del verano,
Los amorosos fuegos y sus brios,
No sabiendo templar los propios mios?
¿Porqué quiero templarlo? porque es justo
Que por sus apetitos no se siga,
Ni por decir soy mozo, rey, robusto,
Que la virtud á todos nos obliga,
Pero si vitupero de su gusto,
¿Porqué tiendo las alas en su liga?
Esto con mas razon decir podria,
Mas antes con razon llorar debria.
¡Audalla desdichado! ¿qué pretendes?
¿No ves que tras los vicios te despeñas?
Si los efectos del amor entiendes,
Y remedios tan fáciles enseñas,
¿Porqué de su poder no te defiendes?
¿Qué son de las palabras zabareñas
Con que dabas al rey consejos vanos,
Y tantas medicinas en las manos?
Carecen ya mis yerros de disculpa:
Cualquiera de estas cosas me la quita,
Y á todos el ejemplo de mi culpa
El camino del vicio facilita:

Que cuando quien los hombres torpes culpa,
Sabemos que ese mismo les imita,
Entonces la maldad autorizada
Con fácil ocasion es tolerada.
Ya llegas, desengaño de amor, tarde,
Y es fuerza que este fuego me deshaga;
Que cuando los maderos secos arden,
Hasta ver las cenizas, no se apaga:
No es justo pues que muera por cobarde:
Apliquemos remedios á la llaga:
Veamos, Isabela, de qué suerte
Nos llevas en las manos de la muerte.
Mayor pasion de amor que el rey os tengo;
Porque si de Albenzaide zelos tiene,
Los mismos zelos yo de los dos tengo,
Y doblada defensa me conviene:
Por el mismo camino que ellos vengo:
Hay esta diferencia, que aquel viene
Con favores, el rey con esperanza,
Si no de ser amado, de venganza.
Yo vengo solamente sin reparo,
Para sufrir tus tiros, Isabela,
En mí tienes el blanco muy mas claro,
Y contra mí tu flecha mejor vuela;
Pero si yo mi pecho no declaro,
En tanto que de mí no se recela,
Del rey podré mirar la saña fiera
Que contra su rival Muley se espera.
Cual toro que de lejos ve que asoma
El toro que á su vaca tambien ama,
De cuya vista nueva furia toma,
Y con zelosa voz gimiendo brama,
Y ya su pastor mismo que los doma,
Elige de algun árbol gruesa rama
Para ver la batalla, temeroso
Del animal feroz y mas zeloso;
No menos el colérico rey moro
Contra su rival fiero se embravece,
Que ya no le refrena su decoro,
Ni mis sanos consejos obedece.
Con estas diferencias yo mejoro
Si fortuna tras ellos favorece;
Y pues determinado voy, arrojo
El pecho al agua, y el temor recojo.

ESCENA VI.

ISABELA. ALADIN.

Isab. Pararon mis sospechas en lo cierto,
Que el rey mandó prendello con tal ira;
Ya debe segun eso de ser muerto.
¿El sol porqué se muestra, si tal mira?
Aladin. Apenas á decir, señora, acierto,
Segun la lengua al llanto se retira,
El lamentable caso, caso triste;
¡Injusto rey, o rey que tal hiciste!
Por gran favor me llevan donde estaba
(No te sabré decir con cuanta pena)
En una cárcel honda, que mostraba
Estar de venenosas sierpes llena,
A cuya gran fiereza acompañaba
El ronco murmurar de la cadena,
Injusto peso que Muley sostiene,
La garganta del cual ceñida tiene.
A la pequeña lumbre de una vela,
Apenas pude velle bien la cara:
Dijo: Sepa mis males Isabela... [sára!
Isab. ¡Pluguiera á Dios que sola los pa-
Aladin. Y tú como supieres la consuela.
Tambien dijera mas, si no llegára
El crudo carcelero con voz fiera,
Mandándome salir al punto fuera.

(*Aquí cae Isabela desmayada.*)

¡Ah, señora, señora, qué congoja
Te priva de dolor y de sentido!
No te muestres por Dios ahora floja:
¿Qué debo hacer? ¡ay triste! soy perdido.
Este fiero desmayo no se afloja,
Y si pido socorro soy sentido;
Pero pues viene ya su hermana bella,
A mí podrá librarme y socorrella.

ESCENA VII.

ISABELA. ALADIN. ANA.

Ana. Aladin, no te pares, vete presto,
Que vienen nuestros padres.
Aladin. ¿Por qué parte
Puedo salir?
Ana. Por esta. Tú con esto
No quieras, Isabela, declararte;
Aserena por Dios el claro gesto,
Que vienen nuestros padres á buscarte,
Y los demas cristianos desdichados,
Al preciso destierro condenados.
Tenemos nuestra casa rodeada,
Y dentro que no cabe, toda llena
De la devota gente bautizada,
A quien el rey sin ocasion condena.
Oye la ronca voz desentonada,
Que formada de tantas así suena:
Escucha por ventura si conoces
De tus padres tambien las tristes voces.
Un lloroso tropel de viejos canos,
A quien muchas mugeres van siguiendo,
Hiere con triste son los aires vanos,
A Dios perdon, y á tí piedad pidiendo.
Estos llevan los niños de las manos,
Aquellas á los pechos, reprimiendo
Las inocentes voces, que con lloro
Muestran tambien temor del fiero moro.
Isab. ¿Y sabes qué pretenden de mí?
Ana. Creo
Que saben los amores del tirano.
Pero ya nuestra gente venir veo,

Y por su capitan mi padre cano.
Yo me junto con ellos, pues deseo
Alcanzar el remedio de tu mano;
Y puesto que mis ruegos valgan poco,
Entre los suplicantes me coloco.

JORNADA SEGUNDA.

ESCENA PRIMERA.

LAMBERTO. ENGRACIA. ISABELA. ANA.
UN VIEJO Y TURBA DE HOMBRES, MUGERES Y NIÑOS CRISTIANOS.

Lamb. ¡O virgen generosa, de quien pende
El bien comun, y público reposo!
(Hija diré mejor) si cual entiende
El vulgo, soy tu padre venturoso;
Si mi cansada vida no te ofende,
Ni tienes este nombre por odioso,
Oyeme, si cual padre no, cual hombre
Que tiene de cristiano ley y nombre.
Isab. ¡O padres á quien debo reverencia!
¡O santa, perseguida compañía,
Postrada, sin razon, en mi presencia,
Espectáculo triste de este dia!
¿De qué manera puedo dar audiencia,
Ni quien seso tuviese la daria,
Viendo vuestros aspectos venerados
A mis indignos piés así postrados?
Las rodillas alzad del duro suelo,
O revolved los ojos hechos rios
Al sumo plasmador de tierra y cielo,
Y dirigid allá los votos pios;
Y pues que mis entrañas no son hielo,
Ni los hircanos tigres padres mios,
Probad á conquistar otra dureza
Con estos aparatos de tristeza:
Que yo sin espectáculo presente,
Cuando fuese mi muerte necesaria,
Padeceré las penas obediente;
Obediente, ¿qué dije? voluntaria.
Y por el bien comun de nuestra gente,
Y daño de la pérfida contraria,
Una muerte, mil muertes, y si puedo,
Muchas mas pasaré sin algun miedo.
Lamb. Pues oye: bien sabemos cuán ren-
En amorosas llamas al rey tienes, [dido
Y cuán desesperado y ofendido
Con tus castas repulsas y desdenes;
Pero si tú con un amor fingido
Sus locos pensamientos entretienes,
Y cebas la esperanza lisonjera,
Al yugo volverá la cerviz fiera.
Así que con hacer lo que te digo,
Queda la voluntad del rey por tuya,
Harás que no prosiga su castigo,
Ni de la dulce patria nos escluya.
Puedes así vencer al enemigo,
O darnos ocasion que se atribuya
A sola tu dureza nuestra pena,
Y digan: Isabela nos condena.
Y por el consiguiente, si procuras
El bien universal (como lo creo)
Y nuestras posesiones aseguras,
(Cual la santa Judith al pueblo hebreo)
Tu nombre librarán las escrituras
Mal grado de las aguas del Leteo,
Del fugitivo tiempo carcomido,
Amigo de la envidia y del olvido.
Ahora mira pues cuál nombre quieres:
Ser madre de tus padres y tu gente,
(Que tal nombre te cuadra si nos dieres
Remedio, como puedes, suficiente)
O ser la mas cruel de las mugeres,
Y con tus mismos padres inclemente:
En una de estas cosas te resuelve,
Condénanos, ó luego nos absuelve.
Al rey por cierto tiempo fingir puedes
Precisa castidad tener votada,
Y que cuando del voto libre quedes,
La prenda le darás tan deseada.
En este medio, tiende astutas redes,
Suspiros, llantos, vistas regaladas,
Palabras tiernas, cebo de estas cosas,
Y lágrimas, si puedes, amorosas.
Suspenderás del rey la furia loca
Con estas apariencias, Isabela,
Volviendo con el aire de tu boca
A todas partes su movible vela;
Así nuestra sentencia se revoca,
Así puede fingirse la cautela;
Y nosotros tambien en este medio
Seguros aprestar nuestro remedio.
No salga sin efecto nuestro lloro,
Ni áspide cruel en esto seas,
Así la magestad del sumo coro
Disponga de tus cosas cual deseas,
Y tus cabellos, émulos del oro,
En blancas canas convertidos veas,
Despues de largos años venerada,
De hijos y de nietos rodeada.
¿Por qué razon te turbas y suspiras?
¿Tan duro te parece lo que pido?
Con una risa falsa y dos mentiras
Tienes este negocio concluido.
Por estas tristes lágrimas que miras,
Por este viejo cano y afligido,
Por esta triste madre te conjuro
No muestres á mis ruegos pecho duro.
Si ver la perdicion de los cristianos
No basta (que bastar solo debia),
Ni la muerte cruel de tus hermanos,

La de tu vieja madre, ni la mia,
Por el que puesto en cruz las santas manos,
Hijo del Padre eterno y de María,
Te conjuro, te ruego, pido y mando
Que muestres á mis ruegos pecho blando.
Eng. Hija, ¿qué digo? lumbre de estos
Que, como tú les faltes, son ya ciegos, [ojos
Y un tiempo suspension de mis enojos,
Inexorable ya para mis ruegos,
Y yo satisfaccion de tus antojos
En tu niñez y vagamundos juegos,
Y en mas crecida edad con mil arreos
Complacencia tambien de tus deseos.
¿Porqué dilatas tanto la respuesta?
¿Aguardas por ventura que te pida,
Besándote los piés y descompuesta,
Merced á voces de mi corta vida?
¿O gustas de mirar ante ti puesta
Esta mísera gente perseguida?
Di, ¿qué solemnidad del pueblo quieres,
Que tanto la respuesta nos difieres?
Por esos pocos años florecientes,
Y por la muchedumbre de los mios;
Por estos tristes ojos hechos fuentes,
¿Qué digo fuentes? caudalosos rios,
Te ruego yo, te ruegan tus parientes,
Que dejes las escusas y desvíos
Que contra nuestras justas peticiones,
Por ventura, recoges y compones.
Mira que si salimos de los muros
Por el segundo César fabricados,
A mas que no saldremos muy seguros
De ser todos ó muertos ó robados,
Porque jamas los bárbaros perjuros
Observan ley ni pactos concertados,
La sagrada ciudad queda desierta,
Y nuestra religion en ella muerta.
El templo de la Vírgen quedaria,
Si no por los cimientos derribado,
A lo menos con vicios cada dia
De los odiosos moros profanado;
Y todo su tesoro se daria
En manos del sacrílego malvado,
Reliquias y devotos simulacros,
Todos los ornamentos al fin sacros;
El cual prevaricándoles el uso,
Osará coronar su torpe frente
De la corona que á la Vírgen puso
(Digo á su imágen) la devota gente,
Y con introducion de tal abuso,
Trocadas en oficio diferente,
Servirán las casullas y frontales
De mariotas al fin, ó cosas tales.
Harán de las dalmáticas jaeces
A los fieros caballos andaluces,
Con las borlas pendientes, que mil veces
Acompañaron clérigos y luces;
Y para refirmar los piés soeces,
El oro servirá de nuestras cruces,
Haciendo de él labradas estriberas,
Quizá con las historias verdaderas.
Pero dejando aparte los tesoros,
Y las vidas por Dios bien empleadas,
Vuelve á mirar ahora nuevos lloros
De las míseras madres lastimadas,
Que dejan sus hijuelos á los moros,
Y por el consiguiente condenadas
Sus almas, pues serán de su ley misma,
Haciéndoles dejar la sacra crisma.
¿Será posible pues que tú permitas,
Con daño de los tuyos infelices,
Que solas permanezcan las mezquitas,
Y que sus ignominias autorices?
Tú, tú, de la ciudad sagrada quitas
La religion cristiana y sus raices:
Tu dura pertinacia nos destierra,
Y no la del tirano de la tierra.
Isab. No mas, no mas, queridos padres,
Si no quereis sin vida verme luego, [basta,
Que donde la razon así contrasta,
Poca necesidad hay de tal ruego.
Yo pues con intencion sincera y casta,
Solo por procurar nuestro sosiego,
Al fiero rey daré de amor señales
Fingidas, si fingirse pueden tales.
Lamb. La bendicion de Dios omnipotente,
Y la nuestra tambien recibe ahora:
Tu nombre se dilate y acreciente
En cuanto mira el cielo y el sol dora;
Y si es de creer que alguna gente
Debajo del ignoto polo mora,
Allá tus alabanzas se dilaten,
Y con admiracion todos las traten.
Eng. Estos maternos brazos lo primero
Recibe por señal de lo que siento:
Sírvante de collar, bien cual grosero,
Pero lleno de amor y de contento.
Que en otro tiempo mas felice espero
Con mayor aparato y ornamento
Mejorar estos dones, y tu cuello
Ceñirlo del metal de tu cabello.
Viejo. En tanto que el caudal del Ebro
Al poderoso mar Mediterráneo, [vaya
Y en el alto Moncayo nieves haya,
Nieves que por renombre le dan cano,
Y en tanto que dividan y hagan raya
Entre el aragones y el aquitano
Los altos y nevados Pirineos,
Donde tienen los nuestros sus trofeos,
Tus obras cantarémos escelentes,
Si bien á la desierta Libia vamos,
O bajo de la zona los ardientes
Y no sufribles rayos padezcamos,
Y nuestra sucesion y descendientes
Darán las mismas gracias que te damos:
Los niños con la lengua ternezuela

Repetirán el nombre de Isabela.
Lamb. No gastemos el tiempo mas en esto;
¿No veis que la tardanza dañar puede,
Y que segun el rey está dispuesto,
El caso dilaciones no concede?
Isab. Dejadme sola pues, porque mas
Trazada mi intencion astuta quede, [presto
Porque la soledad es aparejo,
Y verdadera madre del consejo.
Lamb. El Espíritu santo pues presida
En tus justos designios, Isabela,
Y los del enemigo ahora impida
Con esta nuestra lícita cautela.

ESCENA II.

ISABELA.

Cual suele de los vientos combatida
En el soberbio mar hinchada vela,
Los cuales á gran furia la relevan,
Y con alternos soplos se la llevan;
El dudoso piloto no bien sabe
A cuál de los dos vientos seguir deba;
Al uno vuelve ya la frágil nave,
Y luego de seguir al otro prueba,
Y en tanto que consulta el hecho grave,
Este y aquel á mas andar la lleva,
Y sin determinarse llega á puerto,
Mucho mas que el dudoso mar incierto;
De tal manera voy confusa el alma,
A buscar el remedio de mi gente;
Por otra parte mi Muley me llama
De la triste prision con voz doliente:
¿Qué debe hacer quien ambas cosas ama?
¿A cuál debe mostrarse mas clemente?
¿A quién he de poner aquí delante:
A la fe, ó á la patria, ó al amante?
Sin saber resolverme, voy confusa
A los odiosos piés del rey tirano,
Y con adulacion, como se usa,
Le tengo de besar la fiera mano,
Juntamente buscar bastante escusa
De refrenar su ciego amor profano.
Incierta voy de todo: tú me guia,
Estrella de la mar, dulce María.

ESCENA III.

ADULCE. SELIN.

Ad. Tres veces os he visto, verdes plantas,
De vuestras verdes hojas despojadas,
Tres veces descompuestas, y otras tantas
De flores y de frutas adornadas,
Despues que la soberbia, sobre cuantas
Han sido por hermosas celebradas,
Aja cruel, origen de mi pena,
A mi dura cerviz puso cadena.
Dejé los altos muros de Valencia,
Ciudad con lo demas del reino mia,
Huyendo la tirana competencia
Que contra mi poder prevalecia;
Y para castigar su resistencia,
Atrevido furor y tiranía,
Al rey de Zaragoza, mi pariente,
Amistad demandé, favor y gente.
Cosa no me negó de las que digo;
Pero ninguna de ellas cumplir puede
Hasta que dé lugar el enemigo,
Y con seguridad el reino quede.
En este medio tiéneme consigo,
Y libertad tan larga me concede,
Que puedo disponer de su corona,
Y casi represento su persona.
¿Pero de qué me fio, pues que tiene
Una rabiosa tigre por hermana?
Tigre que de mi llanto se mantiene,
Mas antes no lo escucha, ni se humana.
Tres años ha que vivo me entretiene
Una esperanza de mi gloria vana,
Y tantos ha tambien, ¡ay, Aja fiera!
Que tu terrible furia persevera.
Selin. Tiempo vendrá, señor, en el cual
Las tierras usurpadas en tu mano, [veas
Y que sin sobresalto las poseas,
Echando fuera de ellas á tu hermano,
Y que goces la llama que deseas,
O vivas de su llaga fiera sano:
Cosa fácil por cierto la postrera,
Si con sagacidad se considera.
Ad. Aunque la magestad perdida cobre,
Como tú pronosticas y yo creo,
Y mi prosperidad me suba sobre
Los montes de venganza que deseo,
No dejaré por eso de ser pobre,
Si junto con el cetro no poseo
La dama, que merece dignamente
Ser mas que respetada de la gente.
Pero dime, si sabes, ¿Aja quiere
Salir, como dijeron, hoy á caza?
Porque quiero seguilla adonde fuere,
Y dar á mi dolor alguna traza. [viere
Selin. De cierto no lo sé, pero quien
Los hombres que concurren á la plaza,
Y cubren del palacio la gran puerta,
Su salida tendrá, señor, por cierta.
Un palafren mas blanco que la nieve,
Con guarniciones rojas y doradas,
De la puerta real el polvo mueve,
Y deja en él las manos estampadas:
Este pienso será para que lleve
A tu dama, señor, que las preciadas
Guarniciones y silla dan indicio
Que solo debe ser de su servicio.
Ad. Pues yo sin ocasion alguna tardo.
Selin. Así me lo parece.
Ad. Vamos luego,

Que pues en amorosas llamas ardo,
No tengo de tener aquí sosiego.
Selin. Un caballo te espera tan gallardo,
Que dirán que nació de vivo fuego,
Y que de viento solo se mantiene;
Tanta velocidad y fuerza tiene.

ESCENA IV.

ALBOACEN. AUDALLA. UN PORTERO.

Aud. Ahora que mostrar contento debes,
Pues tienes en prision á tu contrario,
Cuyas horas de vida serán breves,
¿Porqué, tan al reves de lo ordinario,
Con la dulce venganza te entristeces,
Y muestras del principio tu fin vario?
Y tú que graves pérdidas mil veces
Con los ojos enjutos has mirado,
¿Ahora sin razon los humedeces?
Viste morir tu viejo padre al lado,
¿Y negando á su muerte digno llanto,
Lo das á la de un perro renegado?
Alb. Es la amistad un nudo firme y santo,
Y de todas las cosas de la vida
Alguna no verás que valga tanto:
A todas es de sabios preferida,
En todos los estados importante
Compas de los mortales y medida.
Es la amistad el mauritano atlante
Que la celeste máquina sostiene,
Digo que es á tal monte semejante:
Tambien nombre de monte le conviene,
Porque por mas que el cielo se revuelva,
Y arroje rayos, y con ira truene,
Y puesto que en cenizas se resuelva,
Con furia de las llamas y los vientos,
La vieja cumbre de encinosa selva,
Jamas mudan los montes sus asientos,
Ni los fieles amigos mudar pueden
En las adversidades los intentos.
Así que con razon mis ojos llueven
Estas copiosas lágrimas, pues vemos
Que los mas firmes montes ya se mueven:
Y es gran razon, Audalla, que lloremos,
Cuando vemos morir la fé sagrada
En los que mas constante la creemos.
No lloro por la muerte desdichada
Que á Muley ha de darse; pero lloro
Por ver que con razon le será dada.
Dejó nuestra mezquita, siendo moro;
Robóme la cristiana rigurosa,
Olvidando su ley y mi decoro.
Muéveme la venganza sanguinosa,
Y la sacra corona con que ciño
La cabeza real y poderosa.
Yo mismo juntamente me constriño
A la misericordia que demanda
amor que le tuve desde niño;
Y cuando ya parece que me ablanda,
Pónese la justicia de por medio,
Y que muera Muley á voces manda.
Aud. En su muerte consiste tu remedio;
Y pues sabes, señor, lo que se gana,
Elige por tu bien del mal el medio.
Port. Poderoso señor, una cristiana
Que á no dar de sus males apariencia,
La juzgára por diosa soberana,
Para besar tus piés pide licencia,
Y para relatarte su fatiga,
Como tú sueles darles grata audiencia.
Alb. Su peticion y nombre di que diga.
Port. Isabela se llama, segun dijo.
Alb. Ya su misma dureza la castiga.
Entre, pero yo juro de estar fijo
En mi resolucion, por mas que oya
Palabras tiernas y clamor prolijo.
Aud. Los caudillos, señor, de la gran [Troya,
Por entrar el caballo como ciegos,
Creyendo ser de Pálas don y joya,
Vieron de noche los ocultos fuegos
Salir de la gran máquina preñada
De la grave cautela de los griegos.
Así, señor, la gente bautizada
Temo que con el medio de esta dama,
Alguna gran traicion tienen trazada.
Alb. Antes pienso cubrir así mi llama,
Que pueda descubrir su pensamiento,
Y ver que tan de veras me desama.
¿Qué nueva turbacion es la que siento
Con ver esta cristiana? pero venga,
Que no podrá mudarme de mi intento.

ESCENA V.

ISABELA. ALBOACEN. AUDALLA.

Isab. Poderoso señor, porque no tenga
Ocasion de cansarte tu cautiva
Con largos ruegos y prolija arenga,
Y porque la pasion es escesiva,
A mi triste semblante me remito,
Semblante de muger apenas viva.
Parte de mi dolor verás escrito
En mis húmedos ojos, pues con ellos
Los duros pechos á llorar incito;
Y parte de él verás en los cabellos,
Sembrados á los piés que tienes puestos
Sobre rendidos y postrados cuellos:
Parte verás en los turbados gestos
De nuestros miserables ciudadanos,
No sé por qué razon á ti molestos:
Parte verás en mis cruzadas manos,
Que cautiverio triste significan
De tus vasallos miseros cristianos;
Mas antes estas cosas las publican
Hasta los animales sin sentido,
Y todos lo que yo, señor, suplican.

En suma, gran señor, lo que yo pido,
Es una general misericordia
Con este nuestro pueblo perseguido;
Y que con nuevos pactos y concordia
Suspendas de tus siervos el tumulto,
Nacido de esta súbita discordia:
Y no lo dudo yo, ni dificulto,
Pues por ser cosa justa, será tuya
Que todos consigamos este indulto.
Tu benigna bondad nos constituya
En nuestras posesiones y descanso,
Sin que tu gran castigo se concluya:
Y porque con mis voces quizá canso,
Proseguiré con lágrimas mi ruego,
Hasta que me respondas, señor manso.
Alb. Verdad es; pero ser sin causa niego,
Que yo con mis edictos y pregones
He querido turbar vuestro sosiego:
Moviéronme justísimas razones,
Infaustas y tristísimas señales
De fieras y sangrientas rebeliones;
Y para prevenir á tantos males,
Con un alfaquí docto me aconsejo,
Que sabe los efectos celestiales;
Pues hechos sus conjuros, el buen viejo
Dióme del vaticinio por respuesta
Un duro y asperísimo consejo.
Yo vi con apariencia manifiesta,
Que no fué la respuesta por él mismo,
Mas por algun espíritu compuesta,
Como si alguna furia del abismo
Al sabio las entrañas le royera,
O como que le toma parasismo,
Con los mismos efectos: y tal era
La presencia del viejo, cuando vino
A darme la respuesta verdadera.
Andaba con furioso desatino,
Torciéndose las manos arrugadas,
Los ojos vueltos de un color sanguino:
Las barbas, antes largas y peinadas,
Llevaba vedijosas y revueltas,
Como de fieras serpes enroscadas:
Las tocas, que con mil nudosas vueltas
La cabeza prudente le ceñian,
Por este y aquel hombro lleva sueltas:
Las horrendas palabras parecian
Salir por una trompa resonante,
Y que los yertos labios no movian.
Si quieres que tu Dios, o rey, levante
La rigurosa diestra (dijo) mira
El medio que será solo bastante.
Si quieres aplacar tan grande ira
Como muestra tener nuestro profeta,
Pues ya de tus estados se retira;
Si no quieres tu gente ver sujeta,
Y tambien descompuestas ambas sienes
Del lucido metal que las aprieta,
Conviene que te prives y enagenes
De la persona triste de tu corte,
A quien mas voluntad y aficion tienes:
Aquella que te da mayor deporte,
Ahora sea varon, ó ahora sea
La dama que tomases por consorte.
Aud. Segun el rey lo finge y hermosea,
Parece que es verdad esto que dice: [*ap.*
¿Habrá quien esta fábula no crea?
Alb. Divisas diferentes de ello hice,
La gravedad del caso ponderando,
Por ver el que será tan infelice,
Mis gentes y vasallos numerando,
Sus obras y servicios repitiendo,
Y cada cosa de ellas ajustando,
Mi voluntad dudosa confiriendo
Con cada cual, por ver á quién amaba:
¡Estraña voluntad, y amor horrendo!
Y en tanto que con duda tal estaba,
Llegó nuevo dolor á la memoria,
Y claro le mostró lo que buscaba:
Y vi que de la vida transitoria
Eres tú solamente quien podia
Darme mas afliccion ó mayor gloria.
Creí luego que el hado disponia
Que fueses tú la víctima y ofrenda
Que pide la confusa profecía;
Y que para torcerme de la senda
Por donde me despeña mi deseo,
A tí sola su furia comprehenda,
Por ser en nuestra secta caso feo
Amar á quien á Cristo reverencia,
Que ya debes saberlo, segun creo.
Todos interpretamos la sentencia,
Aunque con gran dolor de parte mia,
Contra lo que merece tu presencia.
Así para cumplir lo que debia,
Te quise desterrar ocultamente
Con darte tan copiosa compañía;
Y mandé pregonar públicamente
Que salga dentro tiempo limitado
Fuera de Zaragoza vuestra gente.
Isab. ¡Con qué supersticiones engañado,
O poderoso rey, te determinas
A perseguir el pueblo bautizado!
Mira que las sentencias repentinas,
Por un solo varon determinadas,
Suelen parar en míseras ruinas;
Y que muchas provincias encumbradas,
Por otras novedades semejantes,
Quedaron abatidas y postradas.
Alb. ¡Oh, muger afligida! ¡Porqué antes
De saber mi propósito das voces?
Oye, mas ruégote que te levantes.
Ya quiero que goceis, y que tú goces
Todo cuanto me pides, puesto caso
Que mis largas mercedes desconoces.
Verdad es que me mueve nuevo caso,
Y no tu triste ruego solamente,

Que muy mas adelante en esto paso.
Por el comun descanso de mi gente,
Por dar satisfaccion al gran profeta,
Y ser á sus preceptos obediente,
Por ser tú la persona mas aceta,
Y que mi voluntad tiene propicia,
Y no solo propicia, mas sujeta:
Creyendo que del cielo la justicia
Con esto me mandaba que dejase
Del amor insaciable la codicia,
Mandé por mi ciudad se pregonase
Que nadie de la gente bautizada
En los muros augustos habitase.
Quedáras tú con esto condenada;
Mas en tu vez hallar pude persona,
Por justas ocasiones mas amada,
Tanto, que pospusiera mi corona
Por no privarme de ella, mas el hado
Sin esta privacion no me perdona.
Al fin, es Albenzaide, mi criado,
Quien pudo suspender vuestro castigo,
Y quien ha de morir por ser amado:
Que pues lo quiero tanto, como digo,
Con traspasar en él vuestra sentencia,
De todo lo demas me desobligo.
Segura parte ya de mi presencia
A consolar tus miseros cristianos
Con dalles tú la nueva, y yo licencia.
¿Porqué con ira tuerces ambas manos,
Y con tan tristes lágrimas ahora
Eclipsas esos ojos soberanos?
Injustamente un hombre su mal llora
Despues que ya su furia no le daña,
O cuando claro ve que se mejora.
Isab. Si quieres aplacar, ¡o rey! la saña
Del que llamas profeta con privarte
Del que te da mas gusto, ¡ley estraña!
Yo quiero ser aquí contra mi parte,
Por ver á la razon de la contraria,
Y de tu ceguedad desengañarte.
¿Tú tienes ya por cosa necesaria
Privarte del que amares mas?
Alb. Concedo.
Isab. Pues mira tu sentencia temeraria.
Injustamente yo sin pena quedo,
Pues soy la mas amada.
Alb. ¿De qué suerte?
Isab. Porque contigo mas que todos puedo.
Esta sola razon puede vencerte:
A mí me desterrabas por castigo,
Y das á tus vasallos cruda muerte.
Alb. Pudiérame valer eso contigo,
Mas no con un varon tan importante,
El cual fuera viviendo mi enemigo.
Isab. Quiero que esa razon fuera bastante.
Pero dime: ¿tuvieras amor firme
Al moro si lo vieras inconstante?
Alb. Antes por acertar bien á servirme,
Y serme tan leal, su muerte lloro.
Isab. Luego ya no podrás contradecirme:
Pues yo que no leal como ese moro,
Antes traidora soy á tu grandeza,
La cruz es mi señal, y á Dios adoro.
Con ver en mí tan clara la dureza,
Con verme, como digo, bautizada,
No te pude mudar de tu firmeza,
Mas antes soy de ti muy respetada,
Que tanto cuanto yo me muestro dura,
Tú muestras voluntad aficionada.
¿Sufrieras tú del moro por ventura
Tan grandes desacatos y desdenes?
Ya dijiste que no.
Alb. Fuera locura.
Isab. Luego mayor amor á mí me tienes.
¿Porqué condenas pues al menos grato?
A mí será mejor que me condenes.
¿Consiste, di, señor, en un buen trato,
Con la que te desama ser benigno,
Y con el que te sirve bien ingrato?
Si sus fieles servicios le hacen digno
Del amor que le muestras, ¿es ley justa
Pagarle con castigo tan indigno?
Por sentencia tendré menos injusta,
Que todos los cristianos miserables
Dejemos la ciudad Cesaraugusta.
Alb. Ya no son tus palabras tolerables,
Ni yo puedo sufrir en mi presencia
Que con tal libertad y furor hables.
Con menos artificio y elocuencia
A tu cristiano pueblo defendias,
Cuando me provocabas á clemencia;
Porque su propio daño no tenias
Por tan propio, traidora, como tienes
Este que contradices por mil vias.
A solo defender su causa vienes,
Segun has olvidado la primera,
Y de razones prontas te previenes.
¿Puedo disimular? ¡quién tal creyera,
Que la que con un rey fué rigurosa,
Con un vasallo suyo no lo fuera!
La muerte pues que pides animosa,
¡O perra! te darán en compañía
Del perro que te tiene por esposa.
Isab. Ese fiero furor y tiranía
Las vidas, cuando mucho, quitar puede:
Muley dará la suya, y yo la mia:
Pero despues la gloria que sucede
Al martirio dichoso, no la quita,
Ni tal jurisdicion se te concede.
En Muley hallarás otro levita;
Pues para ser católico cristiano,
En su patria dejó vuestra mezquita.
En mí verás tambien, como Daciano,
El pecho que mostró la vírgen bella,
Honor del apellido lusitano.
Yo pues te seguiré, casta doncella,

Cuyo sangriento clavo resplandece
En tu divina frente como estrella.
Aud. Poderoso señor, ¿no te parece
Que todo lo que dije verifica
Quien ambas las dos vidas nos ofrece?
Alb. Delitos á delitos multiplica
Quien, sin arrepentirse de los hechos,
Despues con pertinacia los publica.
En polvos los cadáveres deshechos,
Y vuestros corazones tan conformes
Arrancados veré de vuestros pechos.
Isab. Pues aunque de metal un toro formes,
Y quieras como un Fálaris tirano,
Inventar los castigos mas enormes,
El pecho que se precia de cristiano
Recibirá gozoso cuantas penas
Inventes y procedan de tu mano.
¡O lazos apacibles, y cadenas
Temidas de los flacos corazones,
Por ser de tales ánimos agenas!
Ceñidme ya, dulcísimas prisiones,
Sereis preciosas arras de mis bodas,
Y del esposo dulce gratos dones:
Venid á mí, cargad sobre mí todas;
Y tú, danos el tálamo dichoso
Que para los dos juntos acomodas.
Alb. En el lugar que sabes tenebroso,
Audalla, mandarás que pongan esta
Enemiga cruel de mi reposo;
Y despues que la dejes allí puesta,
Vendrás adonde dije, porque quiero
Solemnizar de veras esta fiesta.
Esto con brevedad, porque te espero.
Aud. Así se hará, señor, ¡o desdichado,
Mas antes venturoso carcelero!
¡O rey! En mi poder has hoy dejado
La joya que yo precio mas ahora
Que todo cuanto Dios tiene criado.
Desviaos ya vosotros. Tú, señora,
Confia, pues Audalla va contigo,
Que la contraria suerte se mejora.
Isab. ¿Qué dices?
Aud. Tú sabrás lo que yo digo
Cuando los dos estemos donde haya
Dejado los que van aquí conmigo.
Ni la trabeis de brazo ni de saya;
Dejadla, bien podeis seguramente,
Que de su voluntad ella se vaya,
Y no venga tampoco tanta gente.

ESCENA VI.

AJA.

No somos ambos hijos de una madre,
Injusto rey, por cierto no lo creo;
Tanto diferenciamos en los hechos:
Mas antes juzgo yo por lo que veo,
Que algun helado monte fué tu padre,
Y tigres te debieron dar los pechos.
¿Tú los servicios hechos
Por Albenzaide fuerte
Pagas con triste muerte?
¡Injusto galardon, sentencia dura!
Yo Aja, sin ventura,
Del soberbio mancebo desamada,
Por mas que me fué duro,
Tu rigurosa espada
De esa bella cerviz quitar procuro.
En mi secreto tálamo fundado
Sobre los claros baños y jardines,
Donde el rey muchas veces se recrea,
Hay un balcon cubierto de jazmines,
Lugar para mirar acomodado,
Sin que la gente del jardin lo vea:
Yo, como quien desea
Saber su mal, y acecha,
O porque mi sospecha,
O porque la costumbre me llamaba,
En el balcon estaba,
Y vi venir al rey con rostro fiero,
Tan solo con Audalla,
Su falso consejero.
Mas ¡ay en quien amor ofensa halla!
Mis oidos atentos, y sus voces
Altas, por ser con ira, me mostraron
Ayudando tambien los movimientos,
Gran parte de las cosas que trataron
Los indignados ánimos feroces,
Y la revolucion de sus intentos.
Parte de ellos los vientos
Y sonoras corrientes
De las heladas fuentes
No dejaron llegar á mis oidos,
Y de ellas empedidos,
La causa de sus cóleras ignora:
Al fin dieron sentencia
Contra mi dulce moro
En el secreto tribunal y audiencia.
¿De qué furor movido, duro viejo,
A tal atrocidad, á tan gran furia,
El venenoso pecho solicitas?
¿Y cuál fué de Muley tan gran injuria,
Para que sin proceso ni consejo
La vida, rey, le quites, como quitas?
¡O cielo, no permitas,
Pues eres justiciero,
Un suceso tan fiero!
Y tú tambien, Adulce, llega presto,
Otras veces molesto,
Ahora sumamente deseado:
Oye, que tu tardanza
Aumenta mi cuidado,
Y muere, si tú tardas, mi esperanza.

ESCENA VII.

ADULCE. AJA.

Ad. Si sobre las almenas de Valencia
Hubiese ya fijado mi bandera,
Y todos sus rebeldes castigado,
Por menos buen suceso lo tuviera
Que mandarme venir á tu presencia,
Habiendo sido de ella tan odiado;
Pero pues he llegado
A la sublime cumbre,
Si mudas de costumbre,
Decláramc, señora, qué deseas;
Porque quiero que veas
Cuán bien tus mandamientos obedezco.
Cultivar las arenas
De la Libia me ofrezco,
Si para tal trabajo me condenas;
Y si con las desnudas plantas quieres
Que pase de la Scitia los helados,
No tendré por difícil este hecho;
Y si por el camino las espadas
Sedientas de mi sangre me pusieres,
No dudaré de dallas este pecho.
Aja. Con juramento estrecho.
Primero, pues, te obliga,
Que de lo que te diga
Eternamente guardarás secreto.
Ad. Así te lo prometo,
Y por mi ley lo juro.
Aja. Pues mas quiero.
Ad. Juro que cuanto mandes
Cumpliré si no muero.
Aja. Mira que son promesas las dos gran-
Ad. A todas me prefiero. [des.
Aja. Pues ahora
Has de saber, Adulce, que te llama
Ajá, la mas que todas triste mora;
Aja, que tan sin culpa te desama;
Aja, que ya su mal cercano llora,
Enemiga del rey y de su fama,
Para que la defiendas con tu mano
De la furiosa diestra de su hermano.
No sé por qué razon, pero sé cierto
Que Muley Albenzaide, señor mio,
Señor ha muchos años encubierto,
Aunque siempre conmigo mármol frio,
Hoy ha de ser injustamente muerto.
Si tú, de cuya diestra me confio,
No le libras, señor, del vivo fuego,
Con armas, cuando no valiere ruego;
Si matan al mancebo de tal suerte,
Yo moriré tambien desesperada.
A mí me libra pues de cruda muerte,
Si tanto como dices soy amada.
Apiádate pues, ¡o varon fuerte!
De esta tierna muchacha enamorada:
No mires á que fuí dura contigo,
Y te mando librar á tu enemigo.
Y si de mis desdenes ofendido,
Procuras la venganza dignamente,
Mi pecho, que del mal autor ha sido,
Tus rigurosas manos ensangriente:
Mas con fiero suplicio no debido,
Muley, en mis delitos inocente,
No permitas que muera; viva, viva,
Y muera yo, que fuí y soy esquiva.
Por esa fuerte diestra, la cual veas
De tus rebeldes moros vencedora;
Por la digna corona que deseas;
Y si puedo decir, por esta mora,
En quien la voluntad tan mal empleas,
Y tienes ó tuviste por señora,
Te suplico, señor, que á Muley libres,
Y luego contra mí tu lanza vibres.
¿Porqué no me respondes? ¿Por ventura
Pretendes no cumplirme la promesa?
¿O puédome partir de ti segura?
¿Acetas con silencio tal empresa?
En tanto que suspensa mi ventura
Tu valor y mi priesa te da priesa,
A tus ya favorables piés me postro,
Tendidos los cabellos por el rostro.
Ad. ¡Hay caso mas atroz ni temerario!
¡O dama rigurosa! ¿qué pretendes?
¿Yo tengo de librar á mi contrario,
Sabiendo que por él á mí me ofendes?
Pero porque no digas que soy vario,
Yo quiero defender al que defiendes:
A lo menos haré con tal oficio,
Aunque sin galardon, algun servicio.
¡O vana pretension de los humanos,
Que viven de sus cosas confiados
En la prosperidad del mundo vanos,
Sobre las altas ruedas colocados,
Y vienen muchas veces á las manos
De aquellos á quien tienen agraviados,
Los cuales, en lugar de hacer venganza,
Convierten sus miserias en bonanza!
Aja. ¡O pecho sin razon desheredado,
No solo de tu reino, mas del mundo!
Que solo se te debe tal reinado,
Solo, sin que conozcas rey segundo.
Tan cortés y benigno te has mostrado,
Que yo misma de verlo me confundo:
Conozco cuán ingrata fué contigo,
Y con esta venganza me castigo.
Y ya que dignamente recompensa
No puede recibir tu cortesía,
Pues no puedo pagarte sin ofensa
Del moro, cuya soy, pues no soy mia;
Aunque fortuna varia que dispensa,
Y por su voluntad las cosas guia,
Las nuestras las dispone como pido,
Jamas pondré tus obras en olvido.

Y si sucede bien, como lo creo,
Pues te llevo, señor, por mi coluna,
Tu gozo gozarás de este trofeo,
Sin que de él participe la fortuna;
Pero si sale vano mi deseo,
Culpa no te daré, señor, ninguna,
Mas solo quejaréme de los hados,
Contra mis pretensiones conjurados.
Y porque, como sabes, la tardanza
Muchos buenos sucesos desbarata,
Y por el consiguiente los alcanza
Quien con solicitud sus cosas trata,
Parte luego, señor, con esperanza
De que tu pretension ha de ser grata,
Que yo me voy tambien con harto miedo.
Ad. Y yo con las mortales ansias quedo.

ESCENA VIII.

ADULCE.

¿Ha quedado tormento, por ventura,
Sin ser fiero verdugo de mi pecho?
¿Puede llegar á mas mi desventura?
¿Puedes hacer, amor, mas de lo hecho?
Amo sin esperanza, ¡cosa dura!
Dejo por el ageno mi provecho;
Y no solo mi mal llevo conmigo,
Sino tambien el mal de mi enemigo.
No sé cómo será, porque primero
Que me contase Aja su fatiga,
Solo por ser Muley tan buen guerrero,
Que con razon á todos nos obliga,
Al rey rogué por él; pero severo
Al punto respondió: que lo castiga
Con gran razon; y en esto resoluto,
Quedó mi pretension sin algun fruto.
Pues vemos que los ruegos salen vanos,
Y tengo tanta gente de mi parte,
Será bueno valerme de las manos,
Y junto con las fuerzas poner arte:
Y con mentido trage de cristianos,
Pasada de la noche la mas parte,
Asaltar la prision y cárcel fuerte,
Para librar al moro de la muerte.
¡O ciego desatino, qué pretendo!
Veamos, puesto caso que sucedan
Muy bien cuantas quimeras voy haciendo,
Y defender las guardas no se puedan:
Si los contrarios yo del rey defiendo,
Mis hechos y mi fama, ¿cuáles quedan?
Mancillados por cierto, pues que trato
De ser con quien me da favor ingrato.
Pues, ¿debo de quebrar la fe debida
Al rey, de cuya mano mi persona
Espero que será restituida
En los perdidos reinos y corona,
O quebraré la jura prometida
A esta ferocísima leona?
¡Terrible duda! Todo lo revuelvo,
Y no me determino ni resuelvo.
Este con beneficios me detiene,
Aquella con su mando me da priesa,
Suspenso cada cual mi pecho tiene,
Sin decidir cuál mas ó menos pesa.
¿Mas qué necio furor es el que viene,
Y de mis confusiones hace presa?
Sigamos esta furia que me llama,
Y viva para siempre nuestra fama.

JORNADA TERCERA.

ESCENA PRIMERA.

AUDALLA. ISABELA. UN ALCAIDE.

Aud. Hete querido dar, perra, la vida,
Y despréciasla tú de tal manera,
Que no temes la muerte, tan temida
Del hombre mas valiente que la espera,
Pues luego se verá si fué fingida
Esa severidad ó verdadera,
Y si con el principio de las penas
La furia de la cólera refrenas.
Isab. ¿Adónde me llevais?
Aud. Adonde veas
Primero que las llamas encendidas
A los que tanto hablar y ver deseas,
Para que te consuelen y despidas:
Porque puesto que ya tan dura seas,
Sin mirar las ofensas recibidas,
El último consuelo te dejamos.
Isab. Invencion de tiranos es; mas vamos.
Aud. Antes vendrán aquí: llamadlos luego;
Pero mejor será que yo los llame.
Isab. Una sola merced, señor, te ruego;
Y despues de cumplida, muerte dame.
No pido que me libres, no, del fuego,
Sentencia reputada por infame,
Y para mí dichosa: solo quiero
Me dejes con Muley hablar primero.
Aud. Yo voy; haced vosotros lo que digo.
Isab. ¡Ay Dios, si se cumpliese mi deseo!
Temo que con temor de tu castigo,
Dejes, Muley, tu fe; mas no lo creo:
Pero si yo me puedo ver contigo,
Bien sé que ganarémos hoy trofeo,
Y coronas de mártires gloriosos,
Contentos y purísimos esposos.
Alc. Ahora mira pues, ¡o triste dama!
Estos tan conocidos troncos frios,
Troncos que produjeron esa rama,
Y vierten por sus cuellos rojos rios;
Hoy tienes ocasion de ganar fama.
Isab. ¡Ay, padres desdichados, por ser mios!

¡Ay, hermana tambien! ¡qué dura mano!
¡Ay, implacable saña de tirano!
¿A cuál de estos tres cuerpos son debidas
Estas copiosas lágrimas que vierto?
¿A cuál han de lavalle las heridas
Que los fieros puñales han abierto?
¿Sobre cuál de las prendas conocidas
Ha de caer con tal dolor incierto
Este con gran razon dudoso pecho?
¿A cuál abrazaré con lazo estrecho?
¡O padres, otro tiempo cuidadosos
De mis infaustas bodas, si llegáran!
¿Así me consolais en los fogosos
Tormentos que los moros me preparan?
¿Y tú, cuyos dos ojos luminosos
Los pechos mas rebeldes ablandáran,
Hermana, consejera de mis males,
A ver mis vituperios así sales?
¿Así me consolais á la partida,
Y me dais á besar las santas manos?
¿Así de vuestros brazos detenida
Me sacan con violencia los paganos?
¡O diestra de los nuestros homicida!
Tirano, descendiente de tiranos,
¿Porqué las bendiciones de mi padre
Me niegas, y los besos de mi madre?
Pero yo, temeraria, ¿porqué lloro,
Y las ilustres ánimas ofendo?
Ellas ocupan ya las sillas de oro,
Las celestiales músicas oyendo,
Y yo con imputar al fiero moro
La voluntad inmensa reprehendo.
¡O loca! ¿tú no sabes que del cielo
Procede lo que miras en el suelo?
Dios quiso colocarlos de tal suerte
Entre los que contemplan su grandeza,
Y dar á mi paciencia con su muerte
Un toque verdadero de firmeza.
Ea pues, Isabela, tú convierte
En alboroto dulce esa tristeza;
De las adversidades fuerzas saca,
Cual suelen de las víboras triaca.
Alc. Cubrid esos difuntos, no los vea,
Y con ellos le demos ya materia,
Que nuestra confusion notoria sea,
En gozo convirtiendo su miseria.
Y no puedo negarte, muger rea,
Que cuando la famosa Celtiberia
De dignas alabanzas careciera,
Por sola tu constancia las tuviera.

ESCENA II.

AJA.

Por ser de nuestra casa lo mas alto,
Estoy en esta torre congojosa
Con un apasionado sobresalto;
Acá y allá la vista codiciosa
Me lleva por los campos diligente
El triste corazon que no reposa.
¡Ay, Aja! con cuidado diferente
Solias frecuentar estos lugares,
Para tender la vista libremente.
¡Mas ay, memoria triste! ya no pares
A contemplar el bien que no poseo,
Cuando vienen los males á millares.
El horrendo lugar de léjos veo,
En el cual suelen dar infame pena
Los ministros fierísimos al reo.
De gente la campaña miro llena:
De voces y trompetas discordadas
Un confuso clamor en torno suena.
De polvo densas nubes levantadas
Escurecen los aires, y no dejan
Discernir bien las cosas apartadas.
Parece que los campos se me alejan,
Porque no pueda ver el caso fiero,
Y que del riguroso rey se quejan.
¡Cuándo veré vislumbres del acero,
Y llegar el socorro favorable
Que del desheredado rey espero!
¡Cuándo veré librar al miserable
A las ardientes llamas condenado,
Con un atrevimiento memorable!
Mas, Aja, ¿para qué tienes cuidado
Del que no solamente no te quiere;
Pero dicen tambien que es bautizado,
Y que con pertinaz ánimo muere,
Junto con Isabela, tan conforme,
Que de su ley y pecho no difiere?
Pero por mucho mas que disconforme
El suyo de mi pecho, no por esto
Aprobaré castigo tan disforme.
¡O Adulce! no te tardes, llega presto,
Que ya deben tener al condenado
En el ignominioso lugar puesto.
¡Qué llamas tan horrendas se han alzado!
El humo negro sube por los vientos,
Y de ellos es acá y allá llevado.
¿Qué voces con tristísimos acentos
Un cautivo cristiano viene dando?
¡Ay me! ¡qué lastimosos movimientos!
El rostro con las uñas arañando,
Rasgándose tambien el pecho viene,
Los brazos á los cielos levantando.
¿Cómo no bajo pues? ¿Quién me detiene?
¿Porqué públicamente no pregunto
Si Muley Albenzaide vida tiene?
¡Oh, si yace su cuerpo ya difunto,
Acompañarle quiero con el mio!
¡Dichosa si me viere con él junto!

ESCENA III.

AJA. NUNCIO.

Nuncio. ¡O pueblo religioso, pueblo pio,

Con largo cautiverio castigado
Debajo de tirano señorío!
Hoy eres por el suelo derribado,
Hoy dos firmes columnas has perdido,
Mas antes hoy dos santos has ganado.
¡O tirano cruel endurecido!
Castíguete la mano poderosa
De Dios, en sus cristianos ofendido.
De esta casa real y suntuosa
Que vosotros llamais Aljafería,
Y yo cueva de sierpes ponzoñosa,
Permita Dios que llegue presto dia
En que caigan sus muros levantados,
Absoluto poder y tiranía;
Y los soberbios techos tan dorados,
En vengativas llamas yo los vea
Por manos de los nuestros abrasados.
Y ya que preservada de esto sea,
Alcázar se convierta de cristianos,
Y príncipe cristiano la posea;
El cual para los pérfidos paganos
Tenga despues en ella cárcel fuerte,
Y mueran castigados á sus manos.
Aja. Si vienes, ¡o cristiano! tú por suerte,
Aunque bien lo declaras con tus voces,
De ver ejecutar la torpe muerte;
Pues que mi voluntad tambien conoces,
Declárame de todos el suceso,
Así la libertad perdida goces:
Que, puesto que soy mora, yo confieso
Que tengo compasion de vuestras cosas,
Por ver que son juzgadas con esceso.
Nuncio. ¡O tú que reprobar los malos
Cuando mas prevalecen sus maldades, [osas,
Y cortan sus espadas rigurosas!
Ahora de mi pena te apiades,
Ahora lo preguntes con cautela,
Para saber así las voluntades.
De nadie ya mi lengua se recela,
Antes en altas voces contar quiero
Las muertes de Muley y de Isabela;
Pero mejor será contar primero
De sus padres, amigos y parientes
El martirio cruel, el caso fiero.
Aja. Mas antes yo te digo que no cuentes
Sino de los dos solos.
Nuncio. Pues prepara
De manantiales lágrimas dos fuentes.
Como suele fingir la madre cara
A veces del enojo del marido,
Con el hijo que vió que desampara
El padre sin razon endurecido,
Colérico la riñe si defiende
Al jóven de su casa despedido:
Ella muestra que en ello condesciende;
Pero llora despues el hijo ausente,
De suerte que el marido ya lo entiende:
Tal, y con tal dolor la triste gente,
A vueltas la cristiana con la mora,
Encubren su pasion difícilmente.
Cada cual de Muley el caso llora,
Por ser en la ciudad amado tanto,
Y por su conversion mejor ahora.
Ni quedas, Isabela, tú sin llanto;
Pues moros y cristianos afligidos
Con lágrimas celebran tu fin santo:
Mas por no ser del rey tambien punidos,
Refrenando las lenguas temerosas,
Daban indicios de esto conocidos;
Y con las voces bajas y llorosas,
Llenos de turbacion, se preguntaban
La causa principal de tales cosas;
Pero como los mas se recelaban,
Negando la respuesta sin hablarse,
Los hombros y cabezas levantaban;
Y como suelen muchos engañarse,
Algunos en favor del rey decian
Que con sabios debió de aconsejarse.
En tanto que estas cosas sucedian
Y delante la cárcel apiñados
Los atónitos hombres concurrian,
Sacaron á los tristes condenados,
Cuyos brazos, indignos de tal pena,
Llevan á las espaldas amarrados,
Encima de los cuales tambien suena,
Dando clara señal de pesadumbre,
De torcido metal una cadena:
Cércales, como tiene de costumbre,
Así de los ministros del rey fiero,
Como de circunstantes, muchedumbre.
La bella dama fué la que primero
Maravilló la gente circunstante,
Con descubrir el rostro tan severo.
Pasmáronse de verla tan constante,
Que en ánimo, lugar y fortaleza
Al valiente Muley iba delante.
No solo no mostró tener flaqueza;
Pero con ser tan triste la salida,
Negó las apariencias de tristeza.
Aja. No deben estimar la corta vida
Los que saben cuán frágil es su gloria,
Y tienen su mudanza conocida.
Nuncio. No rompas el proceso de mi his- [toria.
Aja. Prosigue.
Nuncio. Los cabellos estremados,
Tan dignos de quedar en la memoria,
Sueltos, sin mas adornos por los lados
Con una redecilla contendiendo,
Y de ella con el viento libertados,
Andaban varias luces despidiendo,
Como suelen tal vez las rubias mieses,
Con este y aquel viento compitiendo.
¡Cosa digna de lástima!
Aja. No ceses.
Nuncio. La gravedad del rostro no dejaba
Llegar á los ministros descorteses;

Con los hermosos ojos los turbaba,
Que como la virtud se traslucia,
Los ánimos mas bárbaros domaba.
Notósele tambien como volvia
Los ojos muchas veces, animando
Al valiente Muley, que la seguia.
¡ Estraña cosa ver un pecho blando
De una tan muchacha cuanto bella,
Al mas valiente jóven consolando!
Topábanse los ojos de él y de ella;
Los de Muley llorando por su muerte,
O por la de la huérfana doncella.
Al fin llora Muley, con ser tan fuerte,
(¡ O virtud, cuánto puedes!) y la dama
Una mínima lágrima no vierte.
Todo lo pasa bien quien á Dios ama:
Dejemos esos bárbaros gentiles,
Que trocaron la vida por la fama:
Mirad correr en años juveniles
A morir una dama tan contenta,
Pospuestas las flaquezas mugeriles,
Como suele tal vez correr sedienta
A la vecina fuente veloz cierva,
Cuyas hermosas aguas ensangrienta.
Hay un campo ribera de la Guerva,
Al cual niegan los hombres el arado,
Y Dios da en todo tiempo verde yerba:
Lugar para dar muerte dedicado,
Y por esto que digo tan inculto,
Que de él huyen las fieras y ganado.
Aquí con grandes voces y tumulto
Trajeron á los dos fieles cristianos,
Que ya Muley dejó de serlo oculto;
Y luego los ministros inhumanos
Espalda con espalda los ataron,
Por los piés, por los hombros y las manos.
Todos los circunstantes se pasmaron,
Y con silencio triste muy atentos,
Cuanto les permitieron se acercaron:
Dijeras que tambien los raudos vientos
Se paraban á ver el caso fiero,
Segun vimos cesar sus movimientos.
El silencio rompió Muley primero,
Y con osada voz y fuerte pecho
Confesó ser cristiano verdadero.

Aja ¡ O fementido moro, tal has hecho,
Y téngote yo lástima!

Nuncio. La dama
Prosigue de Muley el viril hecho,
Diciendo: Pues el pecho nos inflama
El que por redimir á los humanos
Tomó para morir la cruz por cama,
Preciémonos de ser sus cortesanos;
Y ya que cual él hizo no podemos
Alargar en la cruz los piés y manos,
A sus graves tormentos imitemos:
Tú puedes ser mi cruz y yo la tuya,
Y juntos de esta suerte moriremos,
Y pues las almas son hechura suya,
Procure cada cual que cuando muera,
Al mismo que la dió la restituya:
Dijo; pero sin duda mas dijera,
Si rompiendo los aires una flecha
Contra la bella dama no viniera:
Entróse por la boca tan derecha,
Que le clavó la lengua, que tenia
Ya gran predicadora de Dios hecha.
Entró la flecha pues cuando salia
Por la cristiana boca repetido
El nombre del gran hijo de María.
Todos vuelven á ver el atrevido,
Mas antes el cruel que con tal furia
De tan grande maldad autor ha sido,
El cual fué Bayaceto de Liguria,
Un tiempo bautizado, ya precito,
Pues que dejó su ley por la lujuria:
Alzan un general y triste grito,
Y todos lo señalan con el dedo,
Diciendo que merece ser proscrito:
Mas él se presentó con gran denuedo,
Diciendo que por honra de su seta
El arco disparó sin algun miedo.
Con esto la canalla ya quieta,
A la dama se vuelve, que tenia
Inserta por la boca la saeta.
Una fuente de sangre despedia,
Que por el blanco pecho discurriendo,
Coral sobre marfiles parecia;
Y ya del blanco rostro desistiendo,
Cual de cortada flor, el color bello,
Las gracias se mostraban ir huyendo.
Inclinó con dolor el blanco cuello,
Cual con la grande lluvia combatida
La dormidera verde suele bacello.
Así quedó la vírgen adormida:
Que la muerte del justo, sueño breve
Le llaman, y principio de la vida.

Aja. A compasion grandísima me mueve
La muerte de esa dama desdichada.

Nuncio. Es deuda general que se le debe.
Por estar, como dije, tan atada
Al valeroso jóven, que vivia,
No cayó la difunta desangrada.
El cuerpo de Muley la sostenia,
El cual debió sentir un nuevo peso
Cuando la bella dama quedó fria:
Debióle discurrir por cada hueso
Un hielo, cuando supo que, con vida,
Con la que no la tiene estaba preso.
Así la vid nudosa, retorcida
Por el amado tronco, que la tiene
Encima de sus ramos sostenida,
Por mas que la pesada segur suene,
Y corte la raiz, ella segura
En el amado tronco se sostiene;
Pero sécase luego su verdura,

Y descubre los pámpanos marchitos,
La fruta, ni bien verde, ni madura.
Aja. ¡Ay triste, si pudiese yo dar gritos!
¡Ay honra! que suspendes mi querella,
Y doblas mis tormentos infinitos.
Nuncio. Muley, ó que por ver á la don-
Se quisiese volver forzosamente, [cella,
Y desatar los lazos de él y de ella,
O que, y es lo mas cierto, del presente
Dolor el corazon se le cubriese
Con alguna congoja y accidente;
Ahora por querer forcejear fuese,
Ahora por desmayo repentino,
Que como dicho tengo, le viniese;
Al fin sin hablar mas á tierra vino
Con el amado peso de la dama,
Como hiedra cortada con su pino.
Al rededor encienden viva llama,
La cual les escondió en humo luego,
Y fué su conyugal primera cama.
Aja. Dime también, cristiano, yo te ruego,
¿Hubo quien pretendiese, si lo viste,
Libertar á los míseros del fuego?
Nuncio. ¿Tal cosa me preguntas? ¡ay
me triste!
Ni quien contradijese la sentencia,
Sino con el recato que ya oiste.
Aja. Ya me faltan las fuerzas y paciencia;
Déjame sola, jóven desdichado. [sencia
Nuncio. Pues yo me parto ya de tu pre-
A renovar el llanto comenzado.

ESCENA IV.

AJA.

Suspiros detenidos,
Salid ahora ya del triste pecho:
Ojos inadvertidos,
Puesto que es sin provecho,
Llorad, pues tanto daño me habeis hecho.
En tanta desventura
¿De quién me debo yo quejar primero?
¿De mi corta ventura?
¿De Muley, por quien muero?
¿Del rey, ó de su falso consejero?
¿O solo tendré queja
Del fementido moro valenciano,
Que con su fraude deja
Su juramento vano,
Cuando pensé tener el hecho llano?
Adulce fementido,
Mejor fuera negarme claramente
El don por mí pedido,
Que mostrar obediente
El corazon, despues tan inclemente.
Menor culpa comete
Quien niega lo que justamente puede
Cumplir, que quien promete,
Y despues no procede
A dar, ni querer dar lo que concede.
Tal es quien disimula,
Y muestra buen semblante por de fuera,
Como quien nos adula
Con lengua lisonjera,
Y despues en ausencia vitupera.
¿Tú pretendes corona?
¿Tú pretendes el cetro que perdiste?
¿Porqué? ¿por tu persona?
¿O porqué me cumpliste
Las prolijas promesas que me diste?
Antes el rey que falta
En algo que tuviere prometido,
De la magestad alta
En que se vió subido,
Merece ser de todos abatido.
Y tú tambien, tirano,
Que tanto tus castigos aceleras,
Tan presto, tan temprano
Nuestras gentes alteras,
Y dejaste de ser quien antes eras.
Antes que la corona
Esa cabeza bárbara ciñese,
Jamas hubo persona
Que de ti no dijese
Que justa con tus méritos viniese.
¡Ay, cuántos pretensores
De reinos y soberbias dignidades,
Antes de ser señores,
Ganan las voluntades,
Cubriendo con virtudes sus maldades!
¿Pero yo, desdichada,
Con importunas voces solamente
He de quedar vengada?
¿Y de la vulgar gente
No tengo de mostrarme diferente?
Llorar, cualquiera llora:
A mas ha de pasar mi sentimiento.
Sigamos pues ahora
Ese mortal intento:
No se dilate mas, yo lo consiento.
La noche me convida
Con sus vecinas sombras á tal hecho:
Yo quitaré la vida
En el ocioso lecho
Al hermano cruel contra mi pecho;
Y con osada mano
Abrasaré los miembros fraternales;
Porque tú y el tirano,
¡O Muley! vais iguales
En estas ceremonias funerales.

ESCENA V.

AZAN. ZAUZALA.

Azan. En los oidos traigo las querellas
Del indignado pueblo, cuyos gritos

Hieren con triste son en las estrellas.
Los hombres y los niños pequeñitos,
Cubriéndose los ojos con las frentes,
Llevan allí sus ánimos escritos.
De Muley los amigos y parientes,
Puesto que disimulan con cuidado,
Procuran la venganza diligentes.
Dicen que fué Muley bien castigado,
Pero que la manera del castigo
De los términos justos ha pasado.
Zauz. ¿Y fáltales razon?
Azan. Yo tambien digo
Que no fué castigarlo como reo,
Sino vengarse de él como enemigo.
El rey, por estas cosas, segun creo,
Y por dejar las suyas sepultadas,
Como suelen decir, en el Leteo:
Por ser, como tú sabes, consultadas
Con Audalla las mas, injustamente
Por ellos los dos solos sentenciadas;
Por atajar el daño ya presente,
Queriendo descubrir mejor su pecho,
De privadas pasiones inocente,
Y que si con rigor hubiese hecho
Alguna cosa de estas, es Audalla
Quien el castigo dió contra derecho,
Hale mandado dar la muerte.
Zauz. Calla,
Que no le mandó dar por eso muerte,
Sino por Isabela, su vasalla.
Azan. Cosa grave me cuentas.
Zauz. Pues advierte,
Pero bajo la llave del secreto,
Aunque solo me basta conocerte.
Azan. Una, ciento, y mil veces te pro-
Que no lo sepa nadie por mi parte, [meto
Puesto que tomo cargo de discreto.
Zauz. No será necesario pues contarte
Cómo prendieron hoy á la doncella.
Azan. No, si ya no gustares de cansarte.
Zauz. Audalla pues quedó solo con ella,
No menos que los otros, segun vimos,
Abrasado tambien de su centella;
Porque cuando nosotros nos salimos,
Detras de ciertas puertas acechando,
Aldujabar y yo nos escondimos;
Y los atentos ojos aplicando
A ciertos agujeros, estuvimos
Con gran facilidad los dos mirando:
Al viejo consejero del rey vimos,
No cierto combatir con los cristianos;
Ni sus despojos pretender opimos;
Mas antes con suspiros, pero vanos,
A la bella cristiana se rendia,
Queriéndole besar las blancas manos,
Ella con gran valor le resistia,
Haciendo poco caso de la vida
La cual y mucho mas le prometia.
Ni pienses que por esto se comida
Audalla, pero muda de consejo
Contra la dama bella y afligida.
Azan. Si delante los ojos un espejo
Entonces al amante le pusieran,
Y si pudiera ver el rostro viejo,
Sus arrugas y canas, detuvieran
Su furia, y á la dama juntamente
Con su misma vergüenza defendieran.
Zauz. Juróle con acuerdo diferente
De juntar á su muerte rigurosa
La de sus viejos padres y su gente:
Ni por esto la dama valerosa
Aflojó la constante resistencia,
Ni se quiso mostrar mas amorosa.
Pasáran las palabras á violencia,
Si no temiera Audalla ser sentido.
Azan. Muy tarde se valió de su prudencia.
Zauz. Pero de los desdenes ofendido,
O sino por ventura, con vergüenza,
Para cubrir sus culpas con olvido,
O porque muchas veces quien comienza
Un pecado, tras él se precipita,
Hasta que la maldad del todo venza;
Audalla la sentencia solicita,
Y por mejor vengarse de la dama,
Las vidas á sus viejos padres quita.
Ella murió despues en viva llama,
Y nosotros tambien al rey nos fuimos,
Que yace, como sabes, en la cama:
Allí le relatamos lo que vimos,
El cual con tanta saña nos oia,
Que con darle el aviso, lo temimos.
Prolijo y prolijísimo seria
Repetir las demandas y respuestas
Que el rey sobre lo dicho nos hacia:
Al fin con evidencias manifiestas
El rey se satisfizo.
Azan. Muy bien pudo,
Y fueron muy bastantes causas estas.
Zauz. Así que por lo dicho yo no dudo,
Sino que le mató por su pecado,
Y no para tenerle por escudo.
Azan. No sólo fué por eso castigado;
Pero, como te dije, yo sé cierto
Que yace con infamia deshonrado.
Zauz. ¿Vístele tú morir?
Azan. Yo le ví muerto,
Y con innumerables puñaladas
El corazon oculto descubierto.
Víle las blancas canas afeadas,
Sin honor, polvorosas y sangrientas,
Que fueron otro tiempo veneradas.
Zauz. Audalla feneció, segun me cuentas.
Azan. Esta cabeza suya, que yo llevo,
Relacion te dará de sus afrentas:
Con ella sentiremos horror nuevo,
Cuando, como la piensa dar, la diere

El rey á sus lebreles para cebo.
Los divididos miembros tambien quiere
Fijar en estos muros, porque sea
Ejemplo de temor á quien los viere.
Zauz. ¿Habrá quien los mirase, que no
Viendo con tal adorno las almenas, [crea,
Que son estas la casa de Medea,
O las de los hermanos de Micenas?

ESCENA VI.

AJA. SELIN.

Aja. ¿Yo soy la que rabiaba por venganza?
¿Pues cómo ya la cólera no arde?
Temprano, corazon, haces mudanza:
¿Temprano? muy mejor dijera tarde.
Antes de comenzar esta matanza
Te debieras mostrar, Aja, cobarde,
Antes que con la sangre de tu hermano
Su lecho mancilláras y tu mano.
Selin. ¡O noche tenebrosa! ¡o noche fiera!
Que con anticipar tu sombra tanto,
Prodigio quieres ser, y mensagera
De la terrible causa de mi llanto.
Dilata tus tinieblas de manera
Que dejes á los hombres con espanto,
Y puedan conocer en las señales
Sin que yo los relate nuestros males.
¿Mas quién es tan osado que procura
Con importunas luces ofenderte?
¡O tú, si fueres alma, por ventura
De los que recibieron hoy la muerte!
Pero ya te conozco, muger dura,
Y bien puedo por cierto conocerte
En las tristes insignias y despojos
Con que te manifiestas á mis ojos.
Aja. ¿Quién eres, desdichado, tú que vie-
Endechas tan prolijas derramando? [nes
Selin. Propio nombre me diste, pues mis bienes,
Perdidos por tu causa, voy llorando:
Pero si de Selin memoria tienes,
Selin, que ya se vió felice cuando
Adulce, su señor y rey, vivia,
Selin soy yo por la desdicha mia;
Y pues en tal lugar hallarte puedo
Sin turba de doncellas ni de gente,
Escucha tu maldad.
Aja. Yo te concedo
Que me digas injurias libremente.
Selin. No pienses que por tí tuviera miedo,
Que ya con mis desdichas soy valiente,
Y no temo la muerte que pudieras
Mandarme dar al punto si quisieras.
Aja. No dilates el caso.
Selin. De tus cosas
Adulce con razon desesperado,
Esta mañana se salió conmigo:
Pensé, como lo tuvo por costumbre,
Que solo por salir á ver los campos,
O por hacer cansar en la carrera
Algun veloz caballo. ¡Cuántas veces,
Ay triste, deseoso de agradarte,
En estos trabajosos ejercicios
Ejercitó su valeroso cuerpo!
Pensé que por ventura pretendia
Desenfadar el ánimo perplejo.
¡Ay me! con gran razon culpar te debo,
Señor, pues encubriste de tu siervo
Un hecho tan atroz.
Aja. Prosigue.
Selin. Luego,
Como de la ciudad nos apartamos,
El corazon me daba mil latidos,
Y con agüeros tristes ví muy claro
El daño de que soy testigo y nuncio.
¿Mas qué valen agüeros y portentos
Al que quiere morir y lo procura?
Los ligeros caballos parecia
Que, como sabidores del suceso,
No quisieran seguir aquel camino,
Y con las altas crines rebufantes,
Las agudas espuelas no temiendo,
Dudaron de pasar la larga puente,
Por bajo de la cual Gállego corre.
Aja. No me tenga suspensa mas, prosigue.
Selin. En unos laberintos intrincados
De retamas amargas, tan espesos
Que casi los caballos nos cubrian,
Entramos los dos juntos, mas el uno
Para quedar allí perpetuamente.
Apeados los dos de los caballos,
Adulce dió la muerte luego al suyo.
Sospeché su propósito furioso,
Mas no le pregunté porqué lo hacia.
Luego con profundisimos suspiros,
Dijo: Sabrás, Selin, que mi señora
(No lo puedo negar, por tal la tengo)
Me mandó cierta cosa, no la nombro
Porque le prometí de no decilla,
Como le prometí tambien de hacella.
Quise poner por obra la promesa,
Y no me fué posible, puesto caso
Que no temiera yo de los peligros
Que me pudieran ser inconvenientes,
Cuando tambien la honra no lo fuera.
Ví que sin ser traidor, sin ser ingrato
A las amigas obras de su hermano,
No pudiera cumplir lo prometido.
Así por esta causa pensativo,
He salido confuso, procurando
Darle satisfaccion, como lo debo.
Aja. Inútiles escusas, y livianas.
Selin. Él estaba diciendo lo que digo,
Y yo ya prevenido, con razones
Queriendo consolarlo, cuando fiero

Dos y tres veces con rabiosa furia
El noble pecho con la daga rompe.
Quisele socorrer, pero fué tarde,
Ni le pude quitar la fiera daga
Primero que su saña concluyese;
Y dando muchas vueltas en el suelo,
Con los horrendos ojos ya mortales,
Me dijo: Contarásle mi suceso
A la que fué la causa.
Aja. De mayores
Males soy tambien causa.
Selin. Porque sepa
Que quise mas morir, que dar la muerte
A los claros renombres de mi fama;
Porque no se dijese que mi pecho,
En donde su retrato tuve siempre,
Cubrió jamas engaños y traiciones:
Pero que pues le dí mi fe constante,
De morir, ó cumplir su mandamiento,
Que cumplo mi promesa, pues que muero;
Y para testimonio de mi muerte,
Tú, Selin, llevarásle mi cabeza.
Estas fueron las últimas palabras
Con que me lastimó quedando muerto.
Al punto con humilde sepultura
A mi rey sepulté con celo pio;
Quitéle la cabeza valerosa,
La cual te doy agora por trofeo.
Aja. A no temer aquí mayores daños,
Diérame mas dolor el que me cuentas;
Puesto caso que siento sumamente
La muerte de tu rey.
Selin. Yo tambien creo
Que no sin novedad á media noche
Con tantos improperios estás sola
Fuera de tus palacios de tal suerte.
Aja. Pues Adulce calló, como debia,
Lo que yo le pedí, quiero callarlo:
Solo sabrás que con enojo de ello
Hice lo que diré luego.
Selin. Comienza.
Aja. En este su real palacio fuerte,
Ceñido de este muro que lo cerca,
En vano tan murado, pues la suerte
Enemiga le dió mucho mas cerca,
Lejos el pensamiento de la muerte,
Evidente señal de que se acerca,
Estaba mi cruel hermano, cuando
Aja le va colérica buscando.
El sueño postrimero le tenia
Ocupados los ojos á mi hermano:
Bien lo pude ver yo, porque tenia
Estas ardientes llamas en la mano.
Tuve lugar de ver á quien heria;
Tuve lugar, y víle, mas en vano;
Pues con este puñal abrí su pecho,
Y con las llamas abrasé su lecho.
Abrió los ojos tristes por ventura,
Para que mi delito mayor fuese:
Hermana, me llamó dos veces, dura;
Y como la tercera vez quisiese
Repetir este nombre con dulzura,
El aliento faltó, sin que pudiese
Proseguir la diccion; pero moviendo
Los yertos labios, le quedó diciendo.
Vi la maldad entonces descubierta
En la fraterna sangre que corria:
Quise salir huyendo, mas la puerta
Atinar de turbada no podia;
Pero tuve despues salida cierta,
Acordándome luego que traia
Una llave maestra, cuyo medio
Es quien para salir me dió remedio.
¿Pero porqué relato por estenso
El fin de mis maldades tan horrendo?
¡O tú que con dolor estás suspenso,
Estos sucesos míseros oyendo!
Pues yo con tales daños recompenso
Al que quiso morir obedeciendo,
Dame la digna muerte de tu mano,
A tu señor vengando, y á mi hermano.
Y ya que las estrellas y Diana
Se cubren por no verme tan sangrienta,
No quieras que la luz de la mañana
A mis ojos revele tal afrenta:
O que por no mirar de sangre humana
Una muger cual yo vivir sedienta,
El sol cubra su luz, contra su uso,
En vez del cual se estienda caos confuso.
Yo soy quien te quitó tu señor caro,
Cuya temprana muerte vengar debes;
Yo soy quien te quitó tan buen amparo;
Por mí contigo son sus dones breves:
Muévete por tu daño sin reparo,
Ya que por sus miserias no te mueves:
Con esta misma daga fratricida
Me puedes acortar la torpe vida.
Selin. Cuando me fuera lícito matarte,
Cosa de mi valor tan apartada,
Lo dejára de hacer por contemplarte
De mi señor en vida tan amada;
Y pues él se mató por contentarte,
(Testigo su cabeza destroncada)
Para que satisfagas á lo hecho,
Tú te puedes romper el duro pecho.
Aja. Pues sigue mis pisadas.
Selin. Ya te sigo.
Aja. Verás con la constancia que lo hago.
Selin. Yo voy, pues he quedado por testigo,
Aunque tambien soy parte en el estrago.
Aja. Mi triste muerte contarás, amigo,
(*Dentro.*)
Y recibeme tú, profundo lago,
Porque jamas las gentes no me vean.
Selin. Las aguas turbias tu sepulcro sean.
(*Dentro.*)

ESCENA VII.

EL ESPÍRITU DE ISABELA.

A los rayos del sol opuesta, hace
Con olorosos leños una cama
La fénix, y despues con viva llama,
Sacudiendo las alas, se deshace:
Y luego (que con esto satisface
A la preciosa muerte que la llama,
Segun tienen los mas por cierta fama)
Con nuevas plumas y color renace.
Yo pues en los tormentos y dolores
De las ardientes llamas, cuyo humo
Es olor agradable para el cielo,
Cual fénix, Isabela, me consumo,
Pero con vivas alas y colores
Renazco para dar eterno vuelo.
Y pues á los del suelo
Admiracion os causo,
Cuando alguno presuma,
Aunque con torpe pluma,
Escribir mi suceso, dadle aplauso.

DON ALFONSO
VELAZQUEZ DE VELASCO.

EL ZELOSO.

PERSONAS.

LENA, tercera.
CERVINO, zeloso.
MARCIA, segunda muger de Cervino.
CASANDRA, hija de Cervino, de otra muger.
MORVECO, hermano de la primera.
INOCENCIO, bachiller, criado de Cervino.
BEZERILLA, page de Marcia.
VIOLANTE, viuda.
DAMASIO, ama á Marcia, } hijos de Violante.
MACIAS, ama á Casandra, }
CORNELIO, su criado; ama á Policena.
ARIES, padre de Marcia; ama á Violante.
VIGAMON, su criado.
RAMIRO, barbero.
POLICENA, su hija.

PRÓLOGO.

LENA.

Terrible cosa es, que no se pueda, sino por maravilla, hacer colada que no lleva. No hay ya vivir en este mal mundo: pues como el lobo, tanto empeora cuanto mas envejece: bien necio es que de ti se fia. ¿Qué se hizo aquel cortés respeto que la buena memoria de mi madre de su tiempo me contaba? Diciendo, que como se via una persona de edad, fuese quien fuese, andaban las reverencias hasta el suelo; siendo en todas partes bien vista y acariciada, sin nunca hallar puerta cerrada; porque se vivia á la buena, sin las falsas sospechas que hay el dia de hoy. Creo que me engendró la desgracia, y que si tuviese en las manos oro, se me volveria plomo; pues no pesco con mis designios sino mordedores cangrejos que me destruyen. Entré, que no debiera, en casa de aquel maldito Cervino, á mostrar á la señora Marcia, su muger, ciertas galanterías, de que suelen gustar las damas curiosas como ella; y al punto de concertarnos, sobrevino el mal hombre, y, sin mas ni mas, llamándome de vieja hechicera, alcahueta, encorozada, con otra sarta de injurias, que por mi crédito y honra callo, me dió tal granizo de torniscones, que á sus piés cayera muerta, á no socorrerme en la tempestad una buena persona que le detuvo; mas alcanzándome con un puntillazo, dió comigo por la escalera abajo, donde perdí mi hacienda, y aun la gana de recogerla, porque se daba tal priesa con aquellas manos de oso, en la picota las vea, que la fin de una puñada era principio de otra mayor; y así con dolores de bolsa y corazon, que aun me duran por todo el cuerpo, me salí á la calle del rey, mas que de paso; y no lo siento tanto, como haber perdido una receta de agua de rostro, que me valiera un tesoro, porque bastára á hacer hermosa á la mas fea de Guinea; la cual me acaba de dar una devota persona, diciéndome habérsela tomado á la condesa de Nosédonde, para quemarla, y que despues, viéndola tan perfeta, de lástima se habia arrepentido. ¡Oh, quién la supiera! ¿Paréceos bien, señores, el daño que aquel descomulgado me ha hecho? Mas á fe que tiene que hacer con gata que trae pelada la cola. Estoy por irme á la justicia, si la hay en la tierra, y querellándome de él, diciendo que me ha hecho fuerza, y robado mi hacienda en su casa, hacer que me la pague con las setenas. Mas, pobre de mí, ¿de qué me servirá? Pues, por el maldito favor, en lugar de castigarle, aunque muestre la bandera rota, digo las molidas espaldas, darán mas crédito á su mentira que á mi verdad. ¿Loca sin juicio, qué digo? ¿Porqué no le daré de mi propia mano la pena y castigo que merece? Este es el mas sospechoso animal que sabemos; y al presente está tocado de tan ra-

biosos zelos, que se le comen vivo. Ha sido casado dos veces; y de la primera muger tiene una hija llamada Casandra, de diez y seis á diez y siete años; encerrada en un aposento, como una muda, tan escuro, que á medio dia se le pueden dar buenas noches; sin consentir que trate con nadie, diciendo que la doncella es como flor cubierta de rocio, que por poco que la toquen se marchita. Cada dia visita la orina, dando á entender, por amedrentarla, que en ella conoce el humor pecante. No quiere que coma bocado de carne fresca, porque halla que solicita y despierta el apetito de la salada; y de la miseria que la envia para sustentarse, hace antes anatomía, temiendo no haya dentro alguna contraseña. Si meten alguna cesta de paños, ó de otra cosa, lo revuelve de bajo arriba: porque una reina de Escocia, dice, qué se enamoró de su enano y que dentro de una canasta se le metieron en su cámara. Quiere que los criados hablen como por señas, porque no los oyan las mugeres, guardándolas, como si fuesen yeguas, del relincho y salto del caballo. Con esta segunda muger se casó poco ha, por ser hermosa y de buen linage; y pareciéndole temprano, aun no se atreve á estrecharla tanto como querria; aunque no se pudo ir á la mano, cuando me hizo el tiro que os he contado. No niego haber yo ido con intencion de hacérsele como él merece; porque un caballero, que está apasionadísimo por ella, me encomendó que la procurase dar esta carta; y aunque no lo hice, á lo menos cumplí con arriscarme á lo que me vino; y así él, considerando no haber quedado por mí, restaurará, sin duda, mi pérdida: de manera, que con tan buen premio como el que espero, me serian buenos al mes un par de tales encuentros. Pero para que la suerte no me salga en blanco, lo que hace al caso es procurar, ya que no pude servirle por mi pico, que se haga por tercera persona. Mas si mientras busco gato que me saque la castaña del fuego, y voy poniendo liga al pájaro, este gentilhombre muda de pensamiento, como es costumbre de los enamorados de ogaño, ¿no lo perderé todo? No, pues cuando no me diere de comer en su casa, no me faltará de cenar en otra, con la mesma empresa. Yo soy la balanza, que se inclina á la parte que mas recibe: y cual cera que aunque tenga imágen, como se le carga sello, deja la primera, y toma la forma dél. Harto he vivido para saber vivir. Es lo bueno que al punto comprendió la buena señora á lo que yo iba: mas á las que son tan discretas, el diablo se lo pone delante. ¿Qué haré pues yo ahora? Piensa bien, Lena, piensa y repiensa; hasta que, con su vergüenza, le hagas andar como el que tiene pintado el barbero mi vecino, que fué comido de sus propios perros: helo de hacer si pensase morir en la demanda, que no es persona la que no sabe hacer bien y mal: quien la hace la espere, y la metad del camino está andado, porque los zelos hacen á la muger mas fácil de rendir. Mas entre tanto, ya que, transportada de cólera, he echado mis vergüenzas, y las agenas, en la calle, dándome á conocer por solicitadora, agente, ó tercera, que algunos necios llaman á la antigua, alcahueta, vituperando esta sarta que traigo al cuello: quiero contaros un Erase que se era, el bien para nosotros sea y el mal para la manceba del abad, digo de parte de lo que por mí ha pasado. Ante todas cosas fuí doncellica niña, hasta que de doce años, cegándome el demonio, nunca se lo perdono, me enamoré de un mozo de casa, que era como un pino de oro; y habiéndome, á los trece años, pegado el mal de los dos vasos: viéndome mi madre hidrópica, á gran priesa, por su honra y la mia, que siempre la hemos guardado como los ojos de la cara, me casó con un hombre de mas edad y templanza, que para la mia era menester, y así no pudiendo sufrir sus buenas costumbres, me le desaparecí: y de lance en lance, fuí á dar comigo en Nápoles: donde habiendo estado en opinion de doncella, como tres semanas, en compañía de cierta viuda muy recogida, la cual me instruyó aosadas, un mercader, persona honrada, me tomó á su cargo: y al cabo de pocos dias, no faltándome ya quien me alentase á vivir á mis anchuras, me resolví de tomar casa de por mí, y puse tienda abierta de cortesana: y así continué la mercancía, como poco mas de treinta años. El que estuvo allí, en tiempo del buen duque de Osuna, se acordará de la Buiza, que así me llamaba entonces, y despues de mil vaivenes, prosperidades y mudanzas, habiendo rematado mis prendas, haciendo como el marinero, que fácilmente echa á la mar lo que del pasagero ha recibido; se me desapareció como humo en dos dias, cuanto en tantos años, por medio de mi pertinaz pecado, habia adquirido; quedándome solamente con los achaques que acompañan siempre á las de aquella profesion: que cuando mas bien paradas, tienen un

pié en su casa y el otro en el hospital, no bastando al fin, cuando mas prósperamente se ha navegado, cuanto pueden acumular, para emplastos y zarzaparilla. Pues hallándome pobrísima, olvidada y sola, comenzándome la enojosa vejez á amenazar y salir á la cara, embotadas en ella, por mi desdicha, las herramientas del miserable trato, me volví á Valladolid, mi cara y deseada patria; y viendo yo aquí una corte destrozada, transida, y hecha capítulo general de alquimistas, acordé de tomar este oficio, con cuatro camas que alquilar, por serme como natural, que siempre la ramera muere tercera, ó mesonera: habiéndome antes informado, de que en ningun otro se hacen mas negocios de honra y provecho que en este; aunque corriendo muchas borrascas, de las que os he contado. Mas todo lo doy por bien empleado, viendo por este medio tan insigne auditorio, para lo que oireis. Tened, como yo, paciencia, os ruego, que no será tiempo perdido.

EL ZELOSO.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

CERVINO. INOCENCIO.

Cerv. Ya sabeis, bachiller Inocencio, que teniéndoos por virtuoso y de confianza, os he metido en mi casa, y tambien la voluntad que tengo de haceros bien con el tiempo: dándoos entre tanto por prenda la guarda de toda mi honra, la cual estimo mas que hacienda y vida.

Inoc. Sit modo dignitas incolumis. No puedo, señor, con palabras dignas responder á tanta merced, mas en reconocimiento de la confianza, con toda fidelidad y amor, serviré vuestra merced y á mi señora, de dia y noche.

Cerv. De noche, no, amigo; déjame á mí ese cargo, que no es poco pesado. Ahora pues quiero que entendais de qué manera os habeis de gobernar. Y no os espanteis de haberme visto tan colérico con aquella mula del diablo: que no sabeis quien es, ni las malas burlas que suelen hacer las tales.

Inoc. Rectum indicium indicate. ¿Qué sabemos si aquella muger venia ó no, á lo que vuestra merced piensa? Y teniendo hijos, ó nietos, faltándoles el sustento, por no poderse valer de las cosas que dejó en casa, habria vuestra merced cargado de aquel peso su conciencia.

Cerv. Hareisme con vuestros escrúpulos renegar, no solo de la buena opinion que de vos tengo; mas estoy por decir de otra cosa. Yo no os quiero en mi casa para predicador; si quereis hacer á mi modo, habeis de oir y callar: y sino, buscaré quien lo haga.

Inoc. Esto ha nacido, señor, de que cuanto mas pobre es un hombre, tanto mas se duele de la miseria de otro: no se enoje vuestra merced, que yo haré cuanto fuere servido, como no se atraviese la alma.

Cerv. No os digo yo: estad pues atento. Cuando yo no estuviere en casa, habeis vos de estar siempre en el portal, mirando como otro vigilantísimo Argos.

Inoc. De hoc ita Ovidius:

Centum luminibus cinctum caput Argus habebat,
In quibus, suis vicibus capiebant bina quietem,
Cætera servabant, atque in statione manebant.

Pero mala burla le hizo *Mercurius à Love missus, cantus dulcedine.*

Cerv. ¿Pues qué entendeis por eso?

Inoc. Que son peligrosas estas custodias, si anda Juno zelosa; pues no se puede el hombre dormir en las pajas.

Cerv. Huelgo mucho que nos entendamos. No me dejeis entrar persona, aunque viniese mi propia sombra: y sobre todo, abrí el ojo á estas corredoras ministras de Satanas que traen la peste consigo. Si vos hubiéredes menester alguna cosa, decí á Benervica que la pida á las mugeres; y si ellas os llamaren, diganle tambien lo que quisieren: no temeis trabajo de subir arriba. Si acaso pasaren algunos á caballo, entraos luego en el patio; hacé llamar á mi muger con algun achaque, y entretenedla, desde abajo, con cualque conseja, como de brujas y hechiceras, hasta que veais que han pasado, y que no vuelven:

que todo es menester para que no se ponga á la ventana.

Inoc. Pues que cuentos sé yo para eso; tendréla dos horas con un palmo de oido, escuchándome: déjeme vuestra merced con ella, que *vincam meis officiis cogitationes tuas.* No habrá falta en lo que yo pudiere.

Cerv. Pues con esa confianza, de aquí adelante saldré seguro, y estaré fuera de casa con el ánimo reposado.

Inoc. Magnam omnibus in rebus tuæ dignitatis rationem habeo.

Cerv. No pudiera hallar, de poniente á levante, hombre mas á mi propósito que este, porque realmente es puro y sin malicia: pero está su sinceridad, que me aprovechará, para asegurarme de que no me podrá engañar. *Pone seram, cohibe, sed quis custodiet ipsos custodes? cauta est, et ab illis incipit uxor.* Guárdeme Dios de quien me fio. La memoria de mil malos sucesos me inquieta y desconfia en gran manera. Mas cuando deste no haya que temer, me da cuidado pensar que, por mi desgracia, le podria engañar alguno de tantos cuellillos, como siempre andan tras agenos nidos. Por otra parte, tiemblo de meter en mi casa otro mas astuto, que se pueda aprovechar de la ocasion: y así huyendo del monte vendria á dar á un pantano: porque de los domésticos no se puede hombre guardar. Cuán de esperimentado anduvo aquel, que tratando de casar á un hijo suyo mozo, diciéndole uno que no convenia darle muger tan temprano y que debia esperar á que supiese mas del mundo, le respondió que se engañaba; porque si le conociese, nunca se casaria. Casamiento y vejez corren las parejas: muchos ó los mas lo desean, que en llegando lo aborrecen. Y así decia un viejo muy sabio: Hijos, antes que casaros, ni llegar á viejos, dejaos comer de perros. Maldito sea el punto en que me vino pensamiento de meterme otra vez en semejante laberinto. ¿Qué dote, ó herencia, pueden recompensar tantos fastidios? La primera vez cortan las orejas á los ladrones, para que tornando á hurtar, sean sin mas informacion ahorcados. Lo mesmo debrian hacer al que habiendo enviudado se casa segunda vez: pues el cabo, al cabo, una buena cabra, una buena mula, y una buena muger, son tres malas bestias.

ESCENA II.

MACIAS. VIOLANTE.

Mac. Con cuánta fuerza tiras, o Amor, las invisibles flechas, cuyas heridas se sienten en medio de los corazones, donde con ser ciego tan incierto aciertas: derramando por las venas el oculto veneno, con que enciendes la pureza de los mas helados y castos pechos. ¿Qué cetro hay que al tuyo pueda hacer resistencia, teniéndolos todos á tu dominio sujetos? ¿Quién hay que no sigue tu [illegible]arte? ¿Quién puso á Troya en tanta ruina y desventura, que de ella no dejó casi cenizas? ¿Quién afeminó el robusto y fuerte brazo de Hércules, y puso en sus vengadoras manos, en lugar de la pesada masa, una ligera rueca? sino tú, que escudriñando los mas escondidos senos del mar, en su profundo abismo á los mudos peces enciendes: á las aves en la region del aire no perdonas: ni menos á los brutos animales, á quien traes en continua guerra. ¿Qué braveza muestran los feroces leones, los crueles tigres, los fuertes toros, y los ligeros ciervos, cuando se sienten heridos de tu flecha? Al fin todo este mundo, y el que no vemos, no es otra cosa sino una union y suave liga; con que todas están trabadas: tú las crias, conservas y entretienes: por tí respiran, y no se acaban. Serian los hombres peores que las fieras, si tú no fueses el celo y alimento de sus corazones. Mas ay de mí, que con ser tan benigno, me tienes, cual nuevo Ticio, sin esperanza de mejorar mi triste suerte.

Viol. ¿Qué devaneos son esos, hijo mio? Vuelve sobre tí, que si el amor te ciega, la razon te debe guiar: conociendo que no pretendes cosa imposible y que la violencia y aspereza del deseo impide mas que aprovecha al fin de lo que se intenta. No te esquives ni huyas de mí, pues, como tierna madre, voy, teniendo por propia tu pena, tratando de darte entera satisfacion, con esperanza de hacerte en breve contento.

Mac. Eso, señora mia, es, á mi parecer, vender el pellejo del lobo antes de cazarle. ¿En qué funda vuestra merced lo que se promete, viéndome mordido de un áspide, sin ningun remedio? Estando la vida tan á punto de perderse, aumenta mas el sentimiento y pena la tardanza de la muerte: si no me diesen á beber de aquella agua de Beocia, que dicen quita de todo punto la memoria. Mas la de la cosa tan amada,

que ya está impresa en mi alma, no se puede borrar, si la vida no se acaba.

Viol. Terrible cosa es haber de contrastar contra la insolencia de tu locura. ¿Dime porqué te afliges y desconfias tanto? El que desea sanar descubre al médico la dolencia.

Mac. En mal de muerte, no hay médico que acierte: y así la primera cosa que desampara al paciente, es la esperanza de cobrar la salud.

Viol. La escura niebla de tu pasion te confunde la vista de los ojos del entendimiento: que si con prudencia considerases el fin de las cosas, ninguna, por dificultuosa que fuese, te pareceria imposible.

Mac. Y aun por serlo esta tanto, no pudiendo sanar, como Telefo, sino con el hierro que me hirió, llevándome tras si mi dolor, desespero de la vida: si bien no puedo decir que vivo, pues ni amanece, ni anochece para mí.

Viol. Huelga de tener vida, que con ella mucho se alcanza.

Mac. Y cuando se acaba no falta nada: y así hagan las tristezas á su voluntad: que entonces mi mal acabará comigo.

ESCENA III.

VIOLANTE. VIGAMON. RAMIRO.

Viol. Al punto que sale el muerto marido de casa, se deberia la muger ir á enterrarse con él viva: porque no llevan tanto mal los difuntos, como dejan á las viudas. Porque fuera de innumerables fastidios y cuidados, que las cercan y acompañan continuamente, quedan tan sujetas á la ruin fama, que aunque hagan milagros, se tiene mala sospecha de ellas. Si andan las desconsoladas limpias y afeadas, luego las lenguas de oro las levantan que rabian. Si van al descuidado, mal aliñadas, no falta quien diga que la hipocresía atiende mas al provecho que al fausto, y que ellas se entienden. Despues desto, ¿qué trabajo se puede comparar al que se padece en el gobierno de los hijos? Criándolos de pequeños, con tantos de los malos dias, y peores noches: comportando las viciosas amas: guardándolos, enseñándolos, proveyéndolos: teniendo cuidado de aumentar y conservar la hacienda que en siendo grandes disipan y consumen con tantos distraimientos, malas compañías, pendencias, juegos, trages y amores, con que dan siempre ocasion á las tristes madres para andar fuera de si como locas sin sentido: sin mas bien ni consuelo, de no tener quien las vaya á la mano.

Ram. Señora mia, beso las manos á vuestra merced.

Viol. Dios os guarde, Ramiro, huelgo mucho de veros con buena disposicion.

Ram. Lo mesmo puedo yo decir: aunque en el rostro muestra vuestra merced ir descontenta.

Viol. Amarga de mí, no es mucho que se eche de ver en él la pasion de que el corazon anda lleno: estoy tan cansada del mundo que deseo se acabe ya esta miserable vida.

Ram. Santo Dios, ¿qué oigo? ¿Puede tener ocasion para tanto aborrecerse una señora principal, honrada, rica, estimada, con dos hijos y una hija que valen unas Indias?

Viol. Yo tengo mas bienes de los que se parecen de fuera que merezco: pero en mi espíritu, y de mis puertas adentro, mas trabajos y disgustos que puede llevar una muger tan flaca como yo: pues pensando descansar, cuando mis hijos fuesen hombres, tengo ahora con ellos intolerables penas.

Ram. Mucho me pesa de oir eso. ¿Hay alguna pendencia que los inquieta?

Viol. No es esa la causa: mas estoy por decir que es otra peor.

Ram. De quien ellos son, no se puede pensar cosa mala. Dígame vuestra merced lo que hay.

Viol. Diréoslo, como á persona tan de mi casa, y así los tendreis secreto, por amor de mí.

Ram. No dude vuestra merced, porque cuando es menester, tengo menos lengua que un pescado.

Viol. No creo yo menos de vuestra persona. Habeis pues de saber que yendo Macias con Damasio, que no debiera, á las bodas de Cervino, vió allí á Casandra su hija, que es, como debeis de saber, en estremo hermosa y agraciada: y quedó tan enamorado della, que no pudiendo verla despues acá, por tenerla el padre de manera, que apenas ve sol ni luna, ha dado en tan terrible melancolía, que no basta nadie á hacerle comer, ni beber, sino á pura fuerza: haciendo tantos estremos, que temo no venga su mal secreto á dar en manifiesta locura: y para remediar esto, voy á tratar con el señor Aries, su suegro, que sea medio para que se la dé por muger: que entiendo nos estará bien á ambas partes.

Ram. Esa, señora, no es cosa, á mi parecer, que haya de dar tanta pena á vuestra merced.

Viol. ¿No es grande mal verme á punto de tener un hijo loco?

Ram. No seria pequeño: mas no debe estar en ese peligro: y no dudo de que el señor Cervino no alce los ojos al cielo, en oyendo semejante embajada. Lo recio fuera, cuando el señor Macias la pretendiera por otra via; que en tal caso le podriamos atar desde luego: pues seria agua hirviendo sobre la quemadura; porque yo voy cada quince dias á afeitar á su padre, y puedo decir con verdad no haberla visto, en dos años, tres veces.

Viol. Haga Dios lo que mas sea de su servicio. ¿No es esta la casa?

Ram. Sí, señora. Ta, ta, ta.

Vig. ¿Quién llama?

Ram. Mi señora Violante de Cabrera viene á hablar al señor Aries.

Vig. Entre vuestra merced, si es servida, que yo le voy á avisar.

ESCENA IV.

LENA. INOCENCIO.

Lena. Quiero ver si habrá salido de casa aquel malvado de Cervino: que le tengo de armar un lazo que no se me escape, aunque esté mas vigilante que una grulla. A su puerta veo, si la vista no me engaña, aquella buena persona que me libró de sus malditas manos: sí, él es. Ahora es tiempo de emplear mis cuentas en beneficio de mi bolsa: quiero entrarle con el sabroso pecado de la adulacion, bisbisando mis oraciones. E ne nos enducas, liberenos vita eterna, amen. Señor mio, bien aventurado el cuerpo, que por la ánima trabaja. No piense que lo digo por el bien que me hizo, librándome de la furia de aquel su Escariote; sino porque no creerá la fama que corre por toda esta ciudad, de sus virtudes y buena vida: dichosa yo, si tan solo una vez al mes, se acordase de mí en sus devotas oraciones.

Inoc. Yo tengo, hermana mia, tantos pecados, que no me bastarán para la milésima parte de ellos: mas confio en la gran misericordia.

Lena. Ella sea loada sin fin. Dígame, amor mio, ¿ha salido de casa aquel turco?

Inoc. Si no fuésedes muger, y apasionada, os reprenderia acerbamente, porque no se puede dar ese nombre á ningun cristiano.

Lena. ¿Y qué perro hay tan rabioso, como él fué conmigo?

Inoc. Cierto que yo quedé escandalizado de ver lo que pasó. Son dias infaustos: otra vez mirá con qué pié entrais en casas agenas.

Lena. A la fe, no quedo por eso, pues en lúnes metí el derecho, sin tocar al lumbral de la puerta. Y porque no soy nada agorera, vuelvo en mártes, á ver si no estando el..., no le quiero tomar en la boca, en casa, podré decir dos palabras á la señora Marcia.

Inoc. Ni él está en casa, ni vos le podeis hablar. *Liberam non habeo facultatem.* Porque me ha mandado, que no la deje ver á persona ninguna, aunque viniese su padre del otro mundo, y particularmente á bohonero, ni corredora. Este entiendo que es vuestro trato.

Lena. Triste de mí, que la necesidad me hace algunas veces usar de ese oficio, por no dar en otro peor: que al fin es ganar el pan, con el sudor que Dios manda.

Inoc. Así, *unusquisque propriam mercedem accipiet secundùm suum laborem.* Y porque os tengo lástima, voy procurando que se os vuelvan vuestras cosas. ¿Teneis familia que sustentar?

Lena. Familia, dice, hijo mio? No menos de cinco pobrísimas hijas: las cuatro doncellas, como tantas perlas, y la mayor viuda de veinte y tres años, que se me ha vuelto á casa, con dos criaturicas: y así vivimos con la miseria que puede pensar. Y por no haber hallado que labrar, ni entrado bocado de carne en mi casa, en estos tres dias, me enviaron á vender aquellas galanterías: algunas hechas de sus propios cabellos, que los tienen como hebras de oro: mire cuáles estarán las desamparadas ahora, habiéndolas quitado en esta casa lo que las habia de ayudar: hu, hu, hu.

Inoc. Doleo dolorem tuum. No lloreis, os ruego, que me rompeis las entrañas de compasion. Y así adevinando todo eso, lo he ya puesto en conciencia al señor Cervino. Y porque *erigere jacentem debemus*, yo le volveré á hablar.

Lena. Peor hace quien á perro viejo incita. ¿A tan mal hombre quiere ablandar con palabras? Guárdese de tal cosa, pues siendo un Faraon, seria para mas endurecerle: no le pediria el ojo derecho, aunque me le hubiese sacado. Si lo pudiese alcanzar de la señora, bien, y sino sobre su alma vaya. Déjeme, mi bendito, besar esas santas manos.

Inoc. No, eso no, *absit.*

Lena. Véale yo en paraiso.

Inoc. Dios os acompañe.

Lena. Ahora sí que va bien encaminada la agua al molino: este es sin duda de aquellos que cuentan de la tierra de Babia, donde los trigos se siegan con escaleras: al fin el que yo he menester. Benditas sean mis lágrimas, y rebenditos ojos, que tan á punto las dejais caer. Estad con buen ánimo, que yo os prometo tantas de las de Alaexos, cuantas habeis derramado: ya es tiempo de cumpliros la palabra, porque no puedo mas paladear.

ESCENA V.

DAMASIO. CORNELIO.

Dam. ¿Crees, Cornelio, que hará Lena algun buen efeto?

Corn. Téngolo, señor, por hecho, y si faltare, será mas por culpa de la suerte, que de su diligencia: si ya no hace como los maliciosos cirujanos, que no quieren cerrar las llagas, por la ganancia que tienen de ellas.

Dam. ¿Parécete que va buena la carta?

Corn. Mal año para cuantos de á real las venden en Lisboa: va que ablandára á una peña. Mas si por desgracia no aprovechare, que no es posible, porque las hojas verdes muestran no estar el árbol seco, á dos va la vencida: echar otra que encienda mas el fuego.

Dam. Así la tengo yo á punto, á las mil maravillas: aunque mas queria que no fuese menester.

Corn. ¿Podráse creer eso sin escrúpulo?

Dam. Sobre mi conciencia. ¿Has visto los estremos que hace mi hermano, con sus amores?

Corn. No es maravilla, por ser los primeros: que son siempre como el calor de san Lorenzo, y el frio de san Vicente, que dan mucha pena y duran poco; ó fuego de paja, presto da llama y muere.

Dam. Cierto que no es mi amor de menos quilates que el suyo, aunque no me encierro á llorar ni doy tantos suspiros como él: y no creo poderse acabar, no solo tan presto como tú dices, mas en ningun tiempo.

Corn. Bueno es eso para Cornelio, que por no ser filósofo, no sabe dar mas razon, de que con soportacion de vuesa merced no lo cree.

Dam. ¿Porqué no lo crees?

Corn. Ya he dicho que no lo alcanzo: mas por haber estado con otros amos enamorados, á quien via hoy fuego, mañana nieve: y aborrecer un dia lo que otro amaron, me ha hecho la esperiencia incrédulo.

Dam. ¿Sabes á quién acaece así?

Corn. A todos.

Dam. Eso no, saco mi blanca: solamente á aquellos que aman á mugeres de poco valor: que como para su fuego, que ni cuece, ni asa, cortan la leña en pequeño monte, al mejor tiempo se les acaba. ¿Mas cómo podré yo esperar que el mio se consuma, siendo infinita la belleza y el valor de quien es la leña y el fuego, donde suavemente estoy ardiendo? y puedo decir que nunca vuelvo á verla, que no hallo en ella nuevas gracias.

Corn. Vuesa merced ha entrado en materia, donde yo no ahondo un palmo: y así podrá echar libremente por donde fuere servido: y yo entre tanto, creeré lo que me pareciere. Mas si vale decir verdades, no veo en ella tantas cosas, como el ciego amor hace ver á vuestra merced, que, segun le da á entender, nunca se vieron venir de la India oriental tantas joyas preciosas.

Dam. A lo menos ninguna de tanto valor, ni ha salido de Vizcaya mayor asno que tú.

Corn. Ese es el premio que recibe el que no sabe hablar á saber del paladar.

Dam. A lo menos, el que merece quien es tan grosero como tú: que hasta ahora me has tenido engañado con tus bachillerías, creyendo que sabias mas de achaque que de perficiones. No sé cómo, ó porqué, no te he sembrado los dientes en esa blasfema boca.

Corn. Porque me saltarian de ella hombres armados como de los del sembrado de Cadmo: pero no contra vuestra merced, aunque mas injurias me diga.

Dam. ¿Di, necio, no se ve claramente que amor tiene en aquella frente, ó tribunal, todo su poder, pues con un solo movimiento, desdeñoso ó alegre, condena á muerte, y da vida á quien la mira? Si se apartase la escura niebla de tu torpe entendimiento, verias aquel cabello de color del sol, como encadenadas sortijas de oro, partido en órdenes, por el dilatado espacio de su frente. Las cejas ser dos enarcadas líneas con cierta magestad tan vencedora, que nunca la mostraron tal los arcos triunfales de los Augustos de Roma. Las orejas pequeñas, y puestas en lugar tan medido y

compasado, que la tierra menos igualmente dista de las circunferencias del cielo, que ellas del sitio conveniente. Los ojos de tan peregrina y nueva gracia, que en ellos claramente se ve la risa abrazada con la gravedad: tan dulces en el movimiento, que el aire circunvecino muestra quedar enamorado y deseoso de introduciros en ellos. La niña de dentro, ó ojo del ojo, tan puramente negra que considerando despues la luz de la plateada yema, parece que está la noche recogida en aquèl pequeño círculo por defenderse de la serenidad que entorno la ciñe. Que el párpado que los cubre es blanquísima nubecilla delante de la cara del sol, ó cataracta del cielo que abriéndose descubre los vivos resplandores del paraiso, y cerrándose queda por consuelo la mesma materia celeste. Que las largas y sombrías pestañas son puras violetas que se espejan á la orilla de cristalina fuente. Que de las mejillas de su perfectísimo rostro es la tez de tanta blancura y lustre, que enfrena la imaginacion, para no ver lo que falta: si falta puede llamarse aquello que aunque no se tenga, no se siente faltar. Que el perfil de la nariz parece estar en medio de aquel hermoso teatro, como cuchillo, debajo de cuyo filo inclina y pone la envidia su cuello. Que la tierna y con dulce relieve proporcionada boca, pronunciadora de tantas sentencias y gracias, que por no dar en el infinito, no quiero contar, merece que algun ángel la predique, con las demas bellezas; como los dientes de perlas, el cuello de marfil, y las manos de alabastro. Baste decirte, que la dichosa alma, regidora de aquella preciosa materia, la informa y mueve con tan dulces y alegres ademanes, que no se puede mirar sino con ojos de sátiro.

Quid laudem femur, aut femori confinia membra?
Has tractare juvat, potius quàm dicere partes.

Corn. Ahora confieso que oir esas cosas me ha hecho gemir tácita y recalladamente, en lo íntimo de las entrañas, como el cansado caballo, cuando acaba de orinar.

Dam. Ha, ha, ha! digote cierto, que cuando pienso en sus divinas partes, estoy en duda, si la debo llamar muger ó angel.

Corn. Nó la pongamos, señor, tan alta que la perdamos de vista: que todavía me quedo yo en mis trece, y no me sacarian de aquí los doce pares de Francia.

Dam. Eso creo yo, porque tu vista no es capaz de cosas tan altas.

Corn. Los ojos humanos no pueden, segun dicen, percibir las cosas, sino por las formas de su conocimiento, pero no nace de ahí.

Dam. ¿Pues de qué procede tu ignorancia?

Corn. De saber qu'es muy propio de enamorados, tener á sus damas por mas hermosas de lo que son. Y así yo como uno dellos, que por ruin que sea el asno tiene su cola, creo sin ninguna duda, que la mia es, sin comparacion, la mas bella del mundo, y que por mi ventura, no habrá ojos que tengan virtud para conocer su rara hermosura, tan perfecta como ella es, y yo la contemplo. ¿Qué me dirá vuestra merced á esto?

Dam. Que eres un loco desatinado.

Corn. A lo menos atinado en esto; y dejaré de contar por estenso sus estremadas gracias, porque no quiero poner en condicion mi salud y el reposo de vuestra merced.

Dam. Es costumbre natural de los necios zelosos, que temiendo que lo que aman se mejore, si no le vituperan, callando ocultan lo bueno que á su parecer tienen. Mas aunque creo que estás tambien en este engaño, holgaria de oirte decir alguna de sus desgracias, como si desvarieses con calentura, ó estuvieses endemoniado.

Corn. Si Cupido es el demonio de la fornicacion, mas merece el que le sigue ese nombre que el de enamorado.

Dam. Ya te ha entrado el espíritu maligno, prosigue.

Corn. Son tan innumerables sus perfeciones, como las estrellas del cielo: porque de cuanto naturaleza puede dar, la hizo un escogido compendio, adonde se halla todo junto en su perfecto ser. Si vuestra merced fuese tan dichoso que pudiese ver la gran proporcion y órden, que tan curiosamente observo en su rostro, confesaria por fuerza, haber el cielo largamente derramado sobre ella los tesoros de gracias que suele repartir; y que merece ser celebrada por el mas esquisito milagro de hermosura.

Dam. Tente, dame la mano, no quiero que pases mas adelante porque no caigas. ¿Pero sepa yo ahora quién es esa alhondiga de gracias?

Corn. Es verdad que me avergonzaré de nombrarla. Cuando menos la señora Policena, hija del señor Ramiro Corvato.

Dam. A fe de quien soy que lo sospechaba. Vales cuanto pesas, para loar una martingala. Ha, ha, ha! Ahora si que puedo decir, que el devaneo ha manifestado tu

modorra, ó locura: dale tú el nombre que se te antojare; que la comparacion, dejando aparte la sangre de la señora, ha sido cierto estremada.

Corn. Luego los caballeros dan en la sangre, sin mirar que es la peor cosa que las mugeres tienen, pues las hace inútiles los seis dias del mes.

Dam. Ha, ha, ha mala! pascua te venga, bellaco desvariado, que me haces reir sin gana: no mas, que es ya tiempo de ir á saber lo que mi señora habrá hecho con Aries, que no veo la hora de salir de este preñado.

Corn. Antes de entrar en él.

Dam. El diablo te lo dijo.

ESCENA VI.

RAMIRO. VIOLANTE. DAMASIO. CORNELIO.

Ram. ¿No ve vuestra merced al señor Damasio, como nos sale al camino?

Viol. Ya le he visto. Y bien, ¿adónde vas ahora, Panperdido?

Dam. Vengo á acompañar y servir á vuestra merced. ¿Pues, señora, podemos esperar algo de bueno?

Viol. Creo que sí, porque este caballero, habiéndole parecido bien, me ha prometido de tratallo con Cervino su yerno, y hacer de manera que haya efeto.

Dam. Es tan estraño el humor de aquel hombre, que lo pongo en duda.

Viol. No hay razon para desconfiar, y muchas para darlo por hecho, y así con esta buena esperanza, anima á Macias, que te creerá mas que á mí: haz de manera que coma y se alegre.

Dam. Oyes, Cornelio, torna presto.

Corn. Déjeme vuestra merced ir primero, que si no voy no podré volver en un año.

Dam. Digo que eres un sabihondo mozo, sea así ni presto, ni tarde: mas vuelve á tiempo, porque no se nos pase la ocasion.

Corn. No hará si yo la asgo una vez del copete.

Dam. Temo que con esas chanzas se te ha de olvidar á lo que te envio.

Corn. Corria peligro, á no llevar la memoria en la mano: deténgome á posta, porque me parece que no es hora de hallarla en casa, por ser á la que siempre anda á caza de bodas.

Dam. Vete por donde sospechas que puede acudir, y mira que la ofrezcas grandes cosas.

Corn. Desde ahora la ofrezco al Leon del Moro, y la encomiendo á los mochachos de la Plazuela vieja, á quien toca canonizarla: que no la podrá faltar segun sus buenos pasos.

Dam. Haz lo que te digo; camina. Ramiro amigo, mañana os espero: no se os olvide la agua de olor que me habeis prometido, que no la quiero perder.

Ram. Lo que parece vuestra merced al señor Curuca su padre, que nunca olvidó cosa que le prometiesen.

Dam. Ya os entiendo: el que trae la cuerda arrástrando, no está libre: hagamos ambos nuestro deber, que yo me acuerdo como vereis.

Ram. De mi parte no habrá falta, beso las manos á vuestra merced. Así se han de tratar estos aprendices: cómo le he dado en los cascos: mejor se los rompan, que él me saque la agua, si no viene el vino. A Policena con eso.

ESCENA VII.

RAMIRO. CERVINO.

Ram. Bien dicen que los barberos parece que comen carne de lechuza, porque no pueden guardar secreto, ni yo veo la hora de topar al señor Cervino, para vomitar el del casamiento de su hija, que ya me trae reventando: allí viene.

Cerv. ¿Qué hay por acá, Ramiro?

Ram. Vengo de acompañar á mi señora Violante de Cabrera, que ha estado en casa del señor Aries.

Cerv. ¿En casa de mi suegro la señora Violante?

Ram. La mesma en casa del mesmo, y si supiese vuestra merced la causa, podria ser que le fuese de mucho contento.

Cerv. Cosa del diablo es la descarada libertad que se toman estas viudas: que so color de no tener quien les haga las cosas, están siempre con los mantos acuestas: no me quitará de la cabeza, que no es agua limpia.

Ram. ¿Es posible que una persona tan prudente haga juicio temerario, habiéndole dicho, que si supiese á lo que ha ido, por ventura le daria contento?

Cerv. Y hasta que sepa otra cosa, me estaré en mis trece. ¿Pues qué hay?

Ram. No me han dado tanta licencia.

Cerv. Ya sabeis mi humor: decí presto lo que sabeis; no me hagais entrar en alguna mala sospecha.

Ram. No podrá ser peor, á mi parecer, aunque me tarde; no es razon que yo me

atreva á decir lo que toca al señor Aries: mas si se contenta de entender el caso, sin las personas, yo lo diré.

Cerv. Decímelo como quisiéredes y sea luego.

Ram. Que me place. Tratarán á vuestra merced, antes de mucho tiempo, de un cierto matrimonio.

Cerv. Mira con que me sale, despues de muy regateado, ¿todo eso era? Ojalá fuese de deshacer el mio.

Ram. Si creyese que vuestra merced lo entiende así, me atreveria á decirle que no tiene razon: porque es muy envidiado de la ventura que ha tenido, en topar con una señora tan principal, de sangre, hermosura y virtudes. ¡Pues qué labores salen de sus manos!

Cerv. Podriaos yo responder lo que el caballero romano á uno de sus familiares, que le dijo otro tanto, mostrándole un pié: Vos, amigo, solamente veis que este zapato es nuevo y bien hecho: pero no donde me lastima. ¿Mas quién os ha dicho lo que Marcia sabe hacer de sus manos? No pensé que sabiades tanto de su hacienda como decis.

Ram. Sólo por haber servido la casa de su padre veinte años, y haber traido á su merced en estos brazos mas veces que tengo pelos en la barba.

Cerv. ¿Qué tan grande seria entonces Marcia, á vuestro parecer?

Ram. ¿Porqué lo pregunta vuesa merced?

Cerv. Por saber la edad que tiene ahora: que sobre ella andamos siempre en pleito.

Ram. Será, si bien me acuerdo, de veinte y tres á veinte y cuatro años. Mas volviendo al casamiento, mire vuestra merced que quiero mis albricias si se hace.

Cerv. Si las quereis ganar, habeisme de decir de quién ha de ser.

Ram. Yo lo diré, pero con condicion que no lo ha de saber otro ninguno.

Cerv. No habeis miedo.

Ram. De la señora Casandra, con un caballero que pierde el seso por ella.

Cerv. ¿Pues de dónde le viene? ¿Cómo, ó porqué la quiere?

Ram. No sé, señor, yo tengo que hacer: no quiero nada de vuestra merced.

Cerv. Esperá, esperá, ¿qué priesa teneis? ¿Hay alguna mala muela que sacar?

Ram. A una señora que está rabiando, ya me tardo.

Cerv. Rabia mala la mate, sácaselas todas á mi cuenta. Mas decíme, ¿cómo es posible que haya quien esté enamorado de mi hija, no la pudiendo ver persona una?

Ram. No, sino el dia que vuestra merced se casó.

Cerv. En una hora.

Ram. En un volver de ojos se pega aquel mal, que es como el arcabuzazo, que antes hiere que se oye.

Cerv. ¿Y quién es, Dios nos defienda dél, el galan de tan seco corazon, que tan presto se encendió?

Ram. Vuestra merced lo imagine, que yo no sé otra cosa.

Cerv. Vais en buen hora. Bien dijo Alexandridas, que el dia de las bodas es el principio de muchos males. Quien trata con lobos traiga el perro al lado. Debrian los que gobiernan sus casas con tanto descuido ser puestos en un palo. A dicho deste buen hombre, yo estoy cual digan duelos: él ha servido á mi suegro veinte años: dice que Marcia tiene cuatro mas: que la ha tenido en los brazos tantas veces, y esto seria por lo menos á los nueve ó diez. El doctor Cornejo dice que halla en sus libros haberse empreñado algunas de aquella edad. Mira, por amor de mí, qué aliño, para que no le pasen al hombre por la fantasía mil sombras espantosas. Desdichado de quien tiene su honra en tan roedora carcoma, que no le da un momento de reposo. ¿Mas quién puede ser este tan enamoradizo? No entiendo cómo ha sido. La doncella de suyo no es maliciosa: está bien guardada: Marcia es su madrastra, y no la incitára el amor que la tiene á sacarla para que nadie la vea. Pero con todo esto, no se han movido sin causa estos tratos que dice Ramiro. No sé qué me pueda hacer mas, ni qué me traigo en esta cabeza, que terriblemente me inquieta. *Fortis imaginatio generat casum.* No querria que me sucediese lo que al otro, que por haberse hallado á un juego de toros, soñó aquella noche que tenia cuernos, y amaneció con ellos en la frente. Si el destino no se puede vencer, y mi cuidado no basta, déme quien es poderoso, para remediar mi pena, paciencia.

ESCENA VIII.

CERVINO. INOCENCIO. BEZERILLA.

Cerv. Ta, ta, ta.

Inoc. ¿Quién llama?

Cerv. Yo soy: llama á Bezerilla.

Bez. Aquí estoy, señor.

Cerv. ¿Adónde has estado desde que yo salí de casa?

Bez. Donde vuestra merced me manda que esté.

Cerv. ¿Di la verdad, bellaquillo?

Bez. Allí he estado, por vida de mi madre.

Inoc. Dice lo que es cierto, por esta ánima pecadora.

Cerv. ¿Quién os pregunta nada? Entraos allá.

Inoc. *Lingua fallax non amat veritatem.*

Cerv. ¿No te has quitado de aquí?

Bez. Nunca, sino cuando mi señora me llamó para limpiar el estrado.

Cerv. ¿Y mientras tú lo hacias bajó ella abajo?

Bez. No, señor.

Cerv. ¿Y el bachiller subió arriba?

Bez. Tampoco.

Cerv. ¿Quién ha hablado con él?

Bez. Ninguno que yo haya visto.

Cerv. ¿Y oido?

Bez. Ni oido, sino él mismo cantando sus latines.

Cerv. ¿Qué vestidos traia aquel que estuvo aquí?

Bez. ¿Quién, señor?

Cerv. El que vino á visitar á tu ama.

Bez. Yo no he visto sino aquel gatazo negro, que viene siempre á visitar la cocina.

Cerv. Donoso os me haceis, y aun eso es lo que yo he menester: entrá, entrá en casa, que vos sois una mala pieza.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

LENA. INOCENCIO.

Lena. Cornelio ha venido á sacarme de casa, con un par de ducados: mal año para cuantos abogados hay en chancillería, y una higa para mí, si les fuere á consultar la causa del señor Damasio: en la cual sé mas que presidente y oidores, y aun estoy por decir, que todos los alcaldes, cuando mas están en su acuerdo. Si aun no estando el horno caliente se muestra tan liberal: ¿qué puedo esperar, cuando los favores de la dama anden en su punto? Sus, Lena, manos á la labor: válgate ahora tu ciencia y habilidad; haz como quien eres. Mas tantas veces va la cabra á las coles, que deja el pellejo. Animo, que las mercancías de mucho provecho no se adquieren sino con gran peligro: ¿es esta la primera de tus hazañas? Sí, que tan mercader queda quien pierde como el que gana. ¿Mas qué digo? Veisme aquí libre y escusada de ir á casa del caballero del unicornio, pues viene allí mi dotor, con tantas letras sobre el bonete, que le haré creer que las anguillas no son peces. Animas de purgatorio, ayudáme. Benedictus, benedicta, et in secula, sed libranos de mal, amen. En hora buena vea yo á mi buen señor. ¿Sin duda que vendrá ya de visitar algunas santas casas? Al fin no vale otra cosa desta vida, sino el haberse empleado con caridad en buenas obras: que el bien hacer nunca se pierde: dichosa madre que tal hijo parió, que yo apenas he tenido tiempo para pasar mi corona, por haberme ocupado en remendar unas camisas á ciertos romeros que van á Cerveros.

Inoc. Digoos de verdad, que estando en casa, con sobrarme tiempo, no puedo recorrer mis estudios, y así me voy al cimenterio de la Madalena, á decir mis devociones: por eso ved lo que me mandais.

Lena. Bueno seria mandar á quien deseo servir de ojos. ¿Hase vuestra merced acordado de lo que me prometió?

Inoc. Aunque no lo he olvidado, no he podido hacer nada con mi señora, por ser su marido muy sospechoso: mas no perderé la ocasion.

Lena. Mayor caridad que esa podria hacer, si quisiese.

Inoc. *Cupio rem gratam facere.* Y así decime en qué; que siendo como decis, me emplearé, como vereis, *ex todo corde.*

Lena. Es obra tal que si en acabándola muriese, granizaria el cielo ángeles para llevarle al paraiso.

Inoc. Yo no deseo sino hacer bien.

Lena. Y tal bien como este. ¿Qué cosa hay de mas merecimiento, que escusar los escándalos, que puede haber entre dos grandes linages? ¿Qué digo dos linages? En dos ciudades, donde podrian nacer tantas enemistades, que muriesen personas sabe Dios cuantas.

Inoc. Decime pues lo que es presto, que se me hace tarde.

Lena. Es una de las grandes cosas que habrá oido en su vida: pero por el padre que le engendró, que cuando por evitar estos escándalos, no lo quiera hacer, ni emplearse en tan santa obra, no diga palabra á persona del mundo: que si yo no supiese con quien hablo, y cuanto puede ayudar á

remediarlo, antes me dejára coser la boca.

Inoc. Quis es quem tibi fidem prestare possis? Seguramente lo podeis decir: ¿cómo os llamais?

Lena. Tengo, con reverencia, mas nombres que un menudo de puerco. Lena Corcuera de Cienfuegos, á su mandado.

Inoc. He conocido yo deses apellidos, personas muy honradas, y en grandes puestos. ¿Era, por ventura, vuestro pariente Corcuera maestresala del conde de la Gomera, que vino á ser tesorero del de Oñate, y murió contador del marques de Falces?

Lena. Al fin como hombre de letras, ha sacado en limpio un parentesco, que no le hallará una hanega de trigo: no fué menos que hermano de mi padre, el cual fué casado tres veces, y á mí me hubo en la segunda muger llamada Calidonia de Valverde.

Inoc. Copia flores propinquorum. Mucho me huelgo de tratar con persona de tan buena casta, y así, señora llena de cien fuegos, tornemos *ad rem nostram*, que aquí quedará todo seguramente enterrado.

Lena. Ha de saber, pues, que una gran doncella... mire que va en secreto.

Inoc. Así lo tomo yo; *tacitum relinquam.*

Lena. Prima-hermana de la señora Marcia, instigada del enemigo malo, se huyó de su casa con un caballero.

Inoc. ¿Prima hermana de mi señora? *Credibilem non est.* Mirá lo que decis.

Lena. Primísima digo.

Inoc. ¿Y que se ha huido?

Lena. Huido, y aportado á esta ciudad, que ni su padre, ni deudos, no saben della, ni menos de quien la sacó: aunque los andan buscando por mil partes, haciendo grandes diligencias y promesas, para hacer crudo estrago en cuantos hallare culpados. Mire qué derramamiento de sangre se verá y cuántos rancores para nunca cesar las enemistades. Ahora la pobre doncella está, conociendo su error, arrepentida; desea meterse en algun monasterio, por medio de la señora su prima: y que aquel caballero se vuelva á su casa, á dar muestra de sí, para que no se entienda haberla él sacado. Y esto no se podria venir á saber, sino por boca de vuestra merced.

Inoc. Ya os he dicho que no os dé pena eso: porque yo hago las cosas debajo de las faldas.

Lena. Tanto que mejor: podráse decir, que por huir de las vanidades del mundo, se vino de su motivo al olor de la santidad de las monjas desta ciudad.

Inoc. Rectè profecto. Consilium mihi tuum probatur.

Lena. Probado me dice, si vuestra merced la viese y gustase della tendria mas lástima: porque es una rosa de diez y seis años: aunque ahora está tan marchita y afligida, que parece una santica.

Inoc. ¿Qué es lo que yo podré hacer por ella, á vuestro parecer?

Lena. ¿Qué? no menos que darle vida.

Inoc. ¿Luego es muerta?

Lena. Poco menos.

Inoc. Vengamos pues al modo.

Lena. A eso voy. La cuitadita, informada de algunas personas espirituales, que, por su virtud, le han dicho ser yo la que debria, ha hecho confianza de mis tocas, rogándome que lleve, ó envie á la señora Marcia una carta, en la cual se le descubre y cuenta B por B, y C por C, el caso: pidiéndola consejo y socorro en su tribulacion. Y pues vuestra merced dice que no le puedo hablar, si quisiere encargarse de hacerle tan gran caridad, aquí la traigo.

Inoc. Pietatem exerce. Dádmela, hermana mia, que yo lo haré de muy buena gana, que cierto la obra es santísima.

Lena. No queria que nos hubiese visto aquel enemigo de su amo.

Inoc. No tengais miedo, que nunca sale de casa si yo no quedo en ella.

Lena. Si la señora, despues de haberle contado el caso, estuviese dura, diciendo no tener parienta fuera de aquí: que como son personas de calidad, no quieren á las veces, por su honra, aceptar lo que les parece vergonzoso, dígale, que bien se puede fiar de nosotros: y acuérdese de que la primera cosa que le ha de decir sea, que la dueña á quien su marido trató tan mal, le ha dicho todo esto, y dado esa carta, que creo bastará por su mucha bondad.

Inoc. Prestabo quod à te mandatum est libentissimè. Y uso del superlativo, para daros á entender con cuantas veras haré lo que me encomendais: y porque, á mi parecer, *in hoc tota res agitur*, quiero volverme á casa, á ver si lo podré poner luego en ejecucion.

Lena. Los truenos y Dominaciones le acompañen.

Inoc. Ellos vayan en vuestra guarda.

Lena. ¿Es posible que haga la natura los hombres, y qué no se acuerde mas de ellos? No verá este pedazo de carne con ojos un cuerno en una barreña de leche: bien haya

la burra que acá le trajo: y qué bueno es el hombre, ya no podia sufrir mas la risa: gentil centinela para un antecuco como su amo: bueno se le va poniendo el cimero. Lena, Lena, tú sí que te puedes, sola, llamar nata y flor de las mugeres del arte, y aun de los dotores de Salamanca; pues has sabido inventar de repente tan estremada conseja, tan á punto y bien colorarla: tengo una lengua que corta y sé: pero contra un zeloso qué no sale á cuento. Al fin los maestros hacen bien las cosas. Quiero con tan buen pié volverme á mi casa, que tengo el mal del lobo en el cuerpo, y despues iré á buscar al señor Damasio, que no serán de hoy mas pasos perdidos. Amen.

ESCENA II.

ARIES. RAMIRO.

Aries. Paréceme que es ya tiempo de ir á hablar á mi yerno: holgaríame mucho de acertar á dar gusto á la señora Violante: que cierto no he visto muger, que mas me hincha el ojo, ni que con tanta gracia diga su razon. Cómo me venis, Ramiro, en buena fe, á propósito.

Ram. Tendria á buena dicha que se ofreciese en qué poder servir á vuesa merced. Si soy bueno para alguna cosa, aquí estoy como de cera.

Aries. Sois bonísimo para todo. Ahora voy á tratar con Cervino lo que mi señora Violante me mandó.

Ram. Vuestra merced hace como quien es.

Aries. Todos somos obligados á servir á semejantes personas.

Ram. ¿Y piensa vuestra merced hacer algo?

Aries. Espero que sí. Mas decime, por vida mia, ¿cómo teneis tanta amistad con ella? A fe que os tengo envidia.

Ram. He sido todo de su marido, y lo mesmo soy ahora de sus hijos, que puedo decir haberlos criado: y así tengo aquella casa siempre abierta para cuanto de ella he menester.

Aries. Cierto que la dama es digna de ser amada y servida de todo el mundo: y si yo, por vuestro medio, pudiese entrar en su gracia y alcanzar algun favor, sé de cuanto provecho os seria.

Ram. ¿Cómo, favor? no piense vuesa merced tal cosa, que se le hace muy gran agravio. Si me dijese que se casaria con ella, entonces seria otra cosa, y por ahí llevarmehia. ¿Mas cómo, señor, es posible olvidar tan presto la defunta? Bien dicen que el dolor de muger muerta, dura hasta la puerta.

Aries. ¿No sabeis lo que dijo Hipponacte: que de un casamiento, no se pueden esperar sino dos dias buenos: el de las bodas, y el de la muerte de la muger?

Ram. Tambien dicen ellas, que no hay dia malo sin marido.

Aries. Dejemos eso como quiera que sea: daida un tiento: ¿qué sabemos? ¿Podeis perder mas que las palabras?

Ram. Una palabra inquieta toda una vida: y así no seria pequeño daño, si, como me podria suceder, las perdiese con el pellejo para siempre: pues en veniendo á oidos de sus hijos, me enviáran á poner tienda al otro mundo: donde nunca he podido saber la ganancia que tienen los barberos, que me dicen andan todos chamuscados.

Aries. Bien lo podeis hacer diestramente, que para todo teneis habilidad.

Ram. Aquí sale á punto el señor Cervino.

Aries. Andá en buen hora, y mirá que no olvideis.

Ram. No haré otra cosa.

ESCENA III.

CERVINO. ARIES.

Cerv. ¿Señor, adónde en hora buena tan temprano?

Aries. A tratar con vuestra merced un negocio que nos importa mucho.

Cerv. Mandáreme vuestra merced llamar, que yo le hubiera escusado este trabajo.

Aries. Deseaba tambien ver á mi hija: pero luego iremos, que lo hemos de haber á solas.

Cerv. Como vuestra merced mandare.

Aries. Dicen, señor Cervino, y es así, que el que nos quiere por parientes, nos honra: porque no queriendo decir otra cosa emparentar, que hacerse pares, quien procura ser par nuestro, presupone que nosotros somos mejores que él: porque naturalmente cada uno apetece y pretende su aumento, ó verdadero, ó aparente. La señora Violante de Cabrera, muger que fué de Satiron Curuca, ha venido á mi casa á rogarme que proponga á vuestra merced matrimonio entre Macias, que es el menor de dos hijos que tiene, y la señora Casandra. Ya sabemos que los Curucas y Cabreras son de las casas mas antiguas de España, y que su calidad y hacienda es hoy de las mejores de esta ciudad. Él, fuera de

desearlo mucho, por estar en estremo enamorado de las buenas partes de la doncella, tiene una mejora de su padre, de mucha importancia: es bien disciplinado y virtuoso, que no importa menos que el ser bien nacido, y así soy de parecer, que se debe abrazar el partido.

Cerv. No se puede negar lo que vuestra merced dice, aunque seso, dinero y bondad no es siempre verdad; pero dos cosas no me agradan: la una, que diciéndose que se la he dado, si se la diese, sabiendo que estaba enamorado de ella, que antes de ahora me ha zurriado en las orejas, seria dar á entender que mi hija hubiese hecho alguna liviandad, por la cual me fuese forzoso casarla con él: que á mi parecer es negocio de gran consideracion. Y la otra es, que yo, por hablar claro, no querria que su hermano, entrando en mi casa, con esta ocasion intentase, qué sé yo, de Marcia: que es muy propio de los que viven á costa de la comunidad.

Aries. Esas son dos frivolísimas razones: antes muy viles escusas. Cuanto á la primera, la verdad tiene siempre su lugar: y cuanto á la segunda, digo que es gran bajeza pensar cosa, que debe de proceder de tener poco crédito de una muger tan principal y virtuosa como mi hija, cuya bondad es muy conocida en esta ciudad: y crea que me pesará mucho, si persevera en sus estremos.

Cerv. Está bien, señor, yo pensaré en ello, y responderé á vuestra merced con brevedad.

Aries. Déjese de buscar el pelo en el huevo: yo soy de parecer que se acepte el partido, y que tratemos cuanto antes de las capitulaciones. Entrémonos á ver á Marcia.

Cerv. Malas lanzadas.

ESCENA IV.

CORNELIO. MACIAS.

Corn. Crea vuestra merced que perdemos tiempo, porque estoy informado de uno que ha servido en esta casa mas que un año, que no la dejan ver ventana sino por jubileos, y si sale de casa de manera que apenas si le pueden ver los ojos. Lo demas del tiempo, está tan presa como si hubiese hecho algun maleficio.

Mac. Vamos, que con todo eso quiero imitar al elefante, que no pudiendo nadar, se contenta con pasearse á la orilla del rio; porque ver las paredes que guardan tan precioso tesoro me será como refrescarme en la ardiente sed que por verla padezco, y consuelo para los ojos corporales, envidiosos de los del entendimiento, que con mi gran daño la ven siempre.

Corn. No puede, señor, uno ser buen criado y adulador: ¿quiere vuestra merced que le diga lo que entiendo?

Mac. Di lo que quisieres.

Corn. Con esa licencia me atreveré á decir lo que el filósofo Panecio respondió á un mozo que le preguntó, ¿si seria bien que un sabio fuese enamorado? Dejemos estar al sabio, mas tú y yo, que no lo somos, no nos empeñemos en cosa tan combatida y violenta, que hace á los hombres esclavos de otros, y menospreciados de sí mesmos.

Mac. Es muy de sabios decir las cosas mas como sirven que como ellas son.

Corn. Sea como fuere: yo no persuadí á vuestra merced á salir á espaciarse, para andarnos por aquí, calle arriba y calle abajo, papando viento: que es un despropositado devaneo; el suspirar, ramo de locura; el llorar, locura espresa; y el demasiado deseo, archilocura.

Mac. Si amor, o Cornelio, fuese acto voluntario, tendrias razon de reprenderme; mas siendo forzoso, la reprension es tan indiscreta como seria decir á un enfermo que hace necedad en morirse. Así que si quisieres ser el buen criado que dices, debes atender á servirme dándome antes ayuda que consejo.

Corn. Vuesa merced tome de buena parte cuanto le digo, pues sabe que arriscaré mil vidas por su servicio.

Mac. Procura pues buscarme quien sepa curar de mal de amores; aunque sea, como se sacan los espíritus, á fuerza de conjuros: y si no tiene cura, déjame morir del mal que mi estrella me ha destinado. ¿Piensas tú que desde aquel, para mí triste, dia de las bodas de Cervino, donde mi hermano me llevó como por fuerza, no anteví todo esto? Cree que se me representó tan claramente, como lo pruebo ahora: pues viendo entonces las gracias de mi señora Casandra, iba cuando podia deteniendo la vista, y escusando el mago acento de su dulcísima voz. Mas, ay, ay de mí, que mal se puede el hombre esconderse del rayo, cuando Dios nuestro señor quiere herirle. Es su habla tan melodiosa, y de tan grande eficacia, que sujetaria la mas rebelde y contraria resistencia de amor; adulzaria la áspera amargura; atrageria la terca rusticidad; depravaria la santidad; encarcelaria la liber-

tad, y ablandaria un corazon de diamante. No se mostró Siques tan bella al dios Cupido su amigo; ni la diosa Vénus al hermoso pastor Páris cuando ganó la manzana. De una sola vez que acaso me miró, vi salir vivamente de sus divinos ojos un espíritu de fuego, acompañado de tan grande potencia, que al punto se apoderó de mi corazon, y me sujetó á esta terrible servitud de amor en que me veo: tanto que los sentidos esteriores, dejando lengua y pulsos sin vida, se retiraron adentro á darle socorro: mas no pudiendo, en aquel punto y por la mesma via, enviaron á la alma por embajadora, y partiéndome de allí, en su lugar traje conmigo este tirano espíritu: y dende entonces no tengo nueva ninguna de ella: ¿mira tú ahora lo que será de mí?

Corn. Por menos he yo visto otros, en casa de los locos.

Mac. ¿Qué dices, hermano Cornelio?

Corn. Digo, señor, que grande amor es gran dolor. En mí pruebo ahora que las penas agenas tambien duelen á quien las oye. Nunca creí hasta este punto, que esta pasion amorosa tiene la virtud de las nóminas que cuentan del otro nigromante, que hacia andar en pié cuerpos sin almas. Pero no se han de comprar latos á cada canto de mochuelo que se oye en el tejado. Mas estimado es lo que con trabajo se alcanza. Veamos en qué pára el casamiento, y cuando por el camino que lleva, no hagamos nada: paréceme que debemos fundar toda nuestra empresa en Lena, y en el señor Damasio: porque si la madrastra continua el amor que le muestra, el negocio está en la mano: pues sin duda gustará de que haya quien tenga contenta á la señora Casandra: que cómo sabe ya lo que pasa, debe estar con mas ansias que vuestra merced, porque en el imperio de Cupido dicen que los deseos, pènas y deleites son iguales.

Mac. Tras las grandes esperanzas está el desesperar. Al consolador, amigo, no le duele la cabeza: ruega á Dios que se efetue el casamiento, que cualquiera otra cosa es hacer torres en el viento.

Corn. ¿Porqué, señor?

Mac. Porque tengo por imposible, que aquella señora siendo quien es, y recien casada, comience tan presto á agraviar al marido. Ni cuando, dejando esto aparte, quisiese, no sé si podria hacerlo.

Corn. ¿No ha oido vuestra merced decir, que donde hay mugeres, hay modo? Quiera ella, que fácilmente le hallará: porque todas en esta materia son dotas, y ella, á buen seguro, no alcanza menos que otra cuando es menester. ¿Piensa vuestra merced que se le hará muy dificultuoso engañar al marido? ¿Es por ventura Cervino mas que un hombre?

Mac. ¿Y parécete poco si lo es?

Corn. Poquísimo, porque las mugeres son de la piel del diablo, y la mas simple dellas engañára á un colegio de Catones, y en un siglo tan sabio, que comodidad no es suficiente. Cuanto mas, teniendo dentro de casa la mejor tercera que podriamos desear.

Mac. Tercera en casa, ¿cómo nunca me has dicho tal cosa? ¿Podémonos fiar de ella?

Corn. Sin ninguna duda.

Mac. Dime presto quien es, que me has vuelto la alma al cuerpo.

Corn. Luego no estaba tan lejos como pensaba.

Mac. Basta que reside mas donde ama.

Corn. Tambien tengo yo mi rato de melancolía, pero siempre me estoy entero como mi madre me parió, y si pensase que por amar me habia de faltar un pelo, desde ahora tocaria caja contra amor y sus secuaces.

Mac. No me quiebres la cabeza, ¿di si quieres quien es aquella persona?

Corn. La desconfianza, que es el todo en aquella casa.

Mac. ¿La desconfianza? segun eso quieres que desconfiando me desespere.

Corn. No me pasa por pensamiento.

Mac. Declárate pues, que no te entenderia Seneca.

Corn. ¿No sabe vuestra merced que no hay leona ni tigre, á quien hayan quitado los hijos, como es una muger ofendida de desconfianza? No hay cosa por que mas presto se haga enemiga del marido: y esta señora me dice que lo es gran manera, y así debe de tener mas deseo de vengarse que quien la incite.

Mac. Cuando las áncoras están firmes, no falta consuelo presente, ni esperanza de lo que está por venir: volvámonos á casa, que esas son consideraciones á la ventura.

Corn. No hay noche sin dia. No nos quejemos tan presto del amor, que por ventura será mas benigno de lo que pensamos: pues sus frutos cuanto en su flor son mas amargos, tanto son mas dulces, cuando maduros: y en teniendo sazon, de fuerza han de caer. Paciencia, señor, que el tiempo es

enemigo de los que sin ella se apresuran: él como buen consejero lo dirá: y mientras no se puede galopear, trotemos.

ESCENA V.

INOCENCIO. LENA.

Inoc. Gravem curam suscepi. ¿Dónde hallaria yo ahora aquella buena muger? que sin duda lo es segun sus caritativos pasos. Gran descuido ha sido no preguntarla dónde mora. *Anceps valde sum.* Habré de buscarla por esos hospitales de donde nunca sale, aunque mas acude, segun me dijo, á la Concepcion: allí pienso hallarla.

Lena. Ce, ce, ce, señor licenciado, algun buen espíritu le trae siempre adonde es deseado. En este punto estando cogiendo unos paños, que he lavado del hospital de Esgueva, me vino un mensage de aquella señora, diciendo que desea mucho saber el recado que he dado á su carta, y si puede esperar buen suceso su negocio. Y así diciendo quien deja caridad por caridad, no peca: lo dejé todo, y salí á buscar á vuestra merced.

Inoc. Fué mi ventura echar por esta calle, viéndome perplejo, por no saber adónde os podria hallar: que por ser tan corto, aun no sé vuestra casa.

Lena. No me corro yo poco deso, y así quiero la sepa en todo caso: que para personas tales, la tengo siempre abierta. ¿Sabe, hijo mio, la casa de los orates?

Inoc. No sé otra cosa.

Lena. Pues pared en medio de un oficial que labra de cuerno, como tinteros, peines, calzadores y lanternas, es mi pobre habitacion, á su mandado.

Inoc. Con tantas señas, no podré errar ya; huelgo mucho de saberla.

Lena. ¿Tenemos algo con que poder consolar los tristes?

Inoc. Ya he dado la carta á mi señora: leyóla delante de mí, y segun lo que pude colegir, entiendo haberle pesado mucho del mal suceso de la prima.

Lena. ¿De manera que entendió vuestra merced lo que decia la carta?

Inoc. Las palabras no, porque leia para sí: dígolo por haber visto que mudó de color suspirando, aunque lo queria disimular.

Lena. ¿Qué piensa que es el amor de la sangre? Decia mi marido, que la sangre se muda fácilmente en agua.

Inoc. ¡Oh, qué escogida sentencia! vuélvemela á decir, que la quiero encomendar á la memoria, para no menester.

Lena. Que la agua se muda presto en sangre.

Inoc. Y cómo que es ello así, y de ahí proceden las alteraciones y desmayos, que llaman mal de corazon. ¿Nunca os ha tocado algo desto?

Lena. No ha habido muger que mas presto se alterase que yo en mis preñados, que he sido muy antojadiza.

Inoc. Al fin el entendimiento del hombre se sustenta aprendiendo. Compra la buena dotrina, y no la vendas, porque no tiene precio. Preguntóme quién me habia dado la carta. Díjeselo puntualmente, y luego me mandó salir, diciendo: Yo responderé, que no puedo ahora porque vendrá mi marido.

Lena. ¿Y halo hecho?

Inoc. De otras empresas mas arduas he yo salido con honra: veis aquí la respuesta. *Jacta sunt à nobis fundamenta rei.*

Lena. El rey le dé, así como me la da, una presidencia, que mas de cuatro presidentes hay, que no saben tantos latines.

Inoc. No perderiades vos nada en ello: pero, *bonæ artes honores vacant.* Mandóme mi señora que os rogase que consoleis y deis ánimo á aquella persona de su parte, diciéndola que su merced lo remediará todo muy presto.

Lena. Viva mil años tan buena criatura, perfeta y noble señora.

Inoc. Yo me voy, que es ya tiempo: si fuere menester otra cosa, avisámelo, que no os faltaré: y el Señor os dé salud, para que por vuestro medio se hagan muchas obras semejantes, que cierto: *hoc tuo facto laudabuntur omnes.*

Lena. Nunca él le falte. Sin duda que me debe de tener este, por la segunda. Puta vieja, latin sabeis, pues me gerigonza la mayor parte de lo que habla. A buen seguro, que habrá la maestra escrito en esta carta mil petrarquerías, porque, segun me ha dicho la ama que la crió, sabe cuanto hay en Amadis, que no hay mas que decir, pues el señor Damasio, que ha poco que vino del estudio con las botas llenas de latin, responderá á las mil maravillas, y habrá entre ellos un pasatiempo del otro mundo: y á mí no me faltará contento, pues he de ser repagada del entonar estos órganos.

ESCENA VI.

ARIES. RAMIRO. VIGAMON.

Aries. ¿Vigamon?

Vig. Señor.

Aries. ¿Qué hora es?

Vig. Las nueve darán, si no ha dado.

Aries. Mas pensé que se hablan de olvidar al reloj en la faltriquera. Sus, veme á llamar á Ramiro presto, dile que me venga á hablar, que tengo con él un negocio de importancia.

Vig. ¿Iré á su casa, ó á la plaza?

Aries. Mas cierto será hallarle en la tienda: mas por sí, ó por no, vete por la acera de San Francisco, que podria ser hallarle recogiendo nuevas que contar á sus descansadas lenguas. ¿No es él que allí ves?

Vig. Él mesmo, ¿Ramiro, ah, Ramiro, no ois? Ramiro, esperá con la maldicion.

Ram. Esa te lleve á cuestas, qué gentil crianza de Satan.

Aries. Esperá, hermano Ramiro, parece que no quereis oir; ¿dónde vais tan negociado?

Ram. Ando por mudar de casa, y así voy de priesa á buscar al dueño de una, que me vendrá á propósito, y quiero acudir con tiempo, antes que otro me gane por la mano, que andan muchos golosos por ella; vuestra merced me perdone, si no me detengo.

Aries. Esperá un poco, por amor de mí. ¿Habeis visto mas á mi señora Violante?

Ram. Señor, no.

Aries. Ya he tratado con mi yerno de aquel negocio que sabeis.

Ram. Sea muy en hora buena, vuestra merced me dé licencia, que no puedo rascar la cabeza.

Aries. Veamonos.

Ram. Como me desocupe. Renega de viejo que no adevina: en efeto á este se le ha entrado de rondon la sensualidad en el cuerpo: mirá por amor de mí qué seca llamada, querria él ahora que yo tomase el pulso al gato, mejor le arrastren: no haria semejante bajeza, si me diese cuanto tiene. Es aquella señora una bendita, y cuando no lo fuese, menos lo haria: porque fuera de ser oficio de ruines hombres, está de por medio aquel desenvainador de Damasio, su hijo, que trae el seso, como los cangrejos, en la escarcela: no querria darle ocasion para que me matase, y que despues, entiendo el porque, dijese toda la ciudad: benditas sean manos que tal hicieron: si quisiere hacerse la barba, lavársela he con mil aguas de olores; si sangrarse, hasta que no le quede gota en el cuerpo, me emplearé en su servicio de mil amores: pero alcahuete yo, no es cosa. Es lo bueno, que cuando bien pudiese ponerlos á brazo partido, le tendria por la mesma castidad: porque cuando un viejo presume hacer del valiente, es para perder antes con antes el pellejo. Mas dejando esto aparte, ¿qué cosa es ver un venerable anciano que pone en punto de aguja, seso, honra, hacienda y vida á discrecion de una flaca muger? ¿Qué pensamientos le acompañarán, cuando despues de haber sido marido treinta años, se ve á pique de andar su honra por los cantones, mostrado con el dedo, hecho pasatiempo y fábula del pueblo, sin poderse librar del mercado que se hace en nuestras tiendas? Mas quién no mofaria ver derramar lo que con tanta tenacidad se ha escaseado toda la vida, conociendo su impotencia, con quien presume que le puede renovar y hacer un sanson, sin copete, á fuerza de sus envaimientos y filtros amorosos, de los cuales nos libre Dios y á los casquivanos que allí vienen tocados de la mesma yerba.

ESCENA VII.

CORNELIO. MACIAS. DAMASIO.

Corn. ¿Quién pudiese adevinar en qué casa habrá entrado á sembrar cuernos la astutísima Lena? debe de estar emboscada, pues no la podemos descubrir en tantas horas.

Mac. Va en mi poca ventura para que acabe de abrasarme sin ningun remedio.

Corn. No se congoje vuestra merced, que ella se nos pondrá presto delante: y cuando no se cate, le hará ver la luna en el pozo.

Mac. En ventura el cuidado duerme y reposa: mas triste de el que no sabe en cuantas brazas de agua se halla, teniendo la alma colgada de un hilo, sin ver donde está asido. A lo menos supiesemos de otra, que me pudiese dar algun remedio, para que mi fantasía, preñada de tan vano deseo, muriese, ó abortase.

Corn. Resistir las pasiones viene de varonil esfuerzo: y á los corazones flacos, les falta en las aflicciones mayores.

Mac. Dichoso se puede llamar, en esta

vida, el que tiene dolor que se puede resistir.

Corn. El enojo mata quien no le estima. En una noche nace un hongo: haga vuestra merced ánimo de leon, que con ser el mio de oveja, me basta para hacer que su fantasía haga presto trece hijos varones.

Mac. Está bien, yo veré lo que haces.

Corn. Verá que soy como la higuera, que da fruto y no hace flor.

Mac. Con todo eso, temo no seas antes como la lechuza, que tiene mucha pluma y poca carne.

Corn. Esta carne nos destruye.

Mac. ¿Estaria en casa Lena, cuando dijo aquel que habia salido?

Corn. Si hubiera ido solo algun pobrete como yo, no fuera mucho negarla: mas viendo esa presencia de emperador, considerando el provecho, se la quitára de los brazos para dársela: que estos rufianes siempre hacen de semejantes viejas mulas de alquiler: y porque no pierda viaje, cuando ellos caminan los dejan en casa, para entretener con palabras á los que vinieren. Allí veo al señor Damasio, y á mi parecer alegre: debe traernos algo de bueno.

Dam. ¿De dónde vienen los vagabundos?

Mac. De buscar á Lena, que nos trae perdidos.

Dam. No sois buenos podencos.

Mac. Vos, hermano, teneis tanta ventura, que si intentásedes volar, saldriades con ello.

Dam. En este punto se acaba de ir: habiéndome recreado el corazon con agua de ángeles.

Mac. Para vos es el mundo, dadnos alguna buena nueva.

Dam. Y tal como la que yo os traigo. Veis aquí la respuesta de mi carta.

Mac. ¿Es posible? Mostrá por vida de quien la envia: dejáme leer, que me habeis resuscitado.

Dam. No se dan semejantes cosas en otras manos.

Mac. A mí, que soy vuestro hermano y secretario, no se me ha de esconder nada.

Dam. Hay pocos renglones.

Mac. Pocos ó muchos leedlos ya, si me quereis bien.

Dam. No puede alargarse, porque está con mucho recelo de su marido.

Mac. Al fin ha escrito.

Dam. Cuatro renglones.

Corn. Mucho se puede decir en pocos: y si esta vez ha tenido tiempo para escribir cuatro, la segunda será de ocho, la tercera de diez y seis, y la cuarta ya de vencida, estando mas asegurada, será viniendo á los pactos, porque debe, á lo que sospecho, de andar bien cerca de rendirse.

Mac. Ea, acabemos ya, que yo os prometo que debe de ser bonisima segun la vendeis cara.

Dam. Ahora quitaos los sombreros, hincaos de rodillas, y sin pestañear, estad atentos. ¿Dónde vas tú, desalumbrado?

Corn. Voy por un par de candelas, para que se lea la epístola con todas sus ceremonias.

Dam. Escucha, loco:

« No tengo, esperanza mia, ingenio ni
« tiempo para agradecer con palabras dig-
« nas el amor que vuestra merced en su
« dulcísima carta significa tenerme, ni el
« contento y satisfacion con que quedo de
« mi dichosa suerte: por tenerme este ene-
« migo con tanta tiranía y recato, que es
« maravilla haber podido tomar la pluma:
« y así, deseadísimo bien mio, diré corta-
« mente, que la aficion con que le corres-
« pondo es tan grande cuan pequeña la co-
« modidad para podérsela mostrar con
« las obras y brevedad que deseo: á que
« me esforzaré por todos los medios posi-
« bles. Entre tanto, note bien alguna per-
« sona de confianza, lo que saliere cantando
« mi pagecillo: que desta manera, iré
« dando aviso de mis pensamientos, á
« quien será siempre el único sugeto de
« ellos: en cuya memoria me encomiendo.»

¿No te parece, Cornelio, que es carta digna de una reverencial atencion?

Corn. Y aun porque lo sospechaba, y estar mas devotamente, querria yo encender candelas á pié de grulla.

Mac. Ahora conozco ser verdad lo que las mugeres dicen; que no es amor el que presto no corresponde: y así el de esta dama es, sin duda, plus quam perfecto.

Dam. Todas las deudas reciben recompensa de diversas maneras, sino esta, que no se puede pagar sino con el mesmo amor.

Corn. Vuestra merced será pagado á lo menos en gentil moneda. ¿Qué dice ahora vuestra merced, señor Macias? ¿No me concederá que quien escribe esto, sabrá tambien ponerlo por obra, y contentar á quien teme ahogarse en un palmo de agua?

Mac. No cantemos triunfo antes de la victoria.

Dam. Bien has entendido, Cornelio, el aviso; á tí toca ahora estar alerta, para que

cuando el page saliere de casa, entiendas sin perder un acento lo que cantare: lleva contigo un librillo de memoria, y alguna niñería que darle, porque te lo diga y deje escribir.

Corn. No perderé punto.

Dam. Mas contentos podemos ir ahora á saber la respuesta que habrá dado vuestro suegro á su suegro.

Mac. Buena ó mala, á lo menos vuestro negocio va en popa.

Dam. Decí nuestro, pues es camino infalible para llegar á lo que tanto deseais. Fuera melancolía, la libertad se nos restituye, y no habrá historia que haga mencion de mas dichosos amantes.

Corn. Ojalá: y despues á la mañana con cien moros pelease, la prisa que se dan las mugeres al mal.

ESCENA VIII.

ARIES. VIGAMON. POLICENA. RAMIRO.

Aries. Vigamon, Vigamon, ah, Villanchon; ¿dónde está este animalazo?

Vig. Aquí estoy, señor.

Aries. No oyes, porque duermes mas que un liron: ¿no tienes vergüenza?

Vig. Pardiez, señor, poca, cuando estoy traspuesto. Vergüenza es andar salteando caminos: mas el dormir no daña á otros, y aprovecha al que duerme.

Aries. Razon de tu aljaba: basta, que te haces donoso; entrémonos, vente conmigo. Llama allí.

Vig. Ta, ta, ta.

Pol. ¿Quién está ahí?

Vig. ¿Quién manda vuestra merced que diga?

Aries. Pregunta si está en casa Ramiro.

Vig. ¿Está en casa el señor Ramiro?

Pol. ¿Quién le busca?

Aries. Yo le quiero hablar.

Pol. En este punto acaba de salir, no puede estar un tiro de piedra.

Aries. Corre, dile que le estoy esperando. No pensé que tenia Ramiro hija tan hermosa.

Pol. No lo soy poco, para quien bien me quiere.

Aries. ¿Queda sola en casa?

Pol. Mas de lo que yo querria, ¿porqué lo pregunta vuestra merced?

Aries. Por entrar á hablarle de mas cerca: abra, mi alma, la puerta.

Pol. ¡Hay gracia como esta! ya no hay viejos en el mundo. Espere un poco, que mi padre le meterá en casa, allí viene.

Aries. Vengais en buen hora, amigo Ramiro: estaba preguntando á vuestra hija, si es acomodada esta casa, que me parece bueno el puesto.

Pol. Hay embustero como este! No le crea, padre, que ha querido entrar, requebrándome como si fuera de veinte y cinco años.

Ram. Calla, picotera, que eres una chorlita sin juicio.

Aries. Querria entrar á esperaros en casa, ¿fuera mal hecho?

Ram. Vuestra merced es señor de cuanto yo tengo, y como tal puede entrar, y salir cuando fuere servido.

Pol. Quien oye á mi padre, y despues le espanta su mesma sombra y el menor viento que se mueve en casa. Mal lograda me coma la tierra, si por solo eso, negare de hoy mas la entrada, venga quien quisiere.

Ram. No lo digo por tanto, bachillera, no suba yo allá. ¿Ha visto vuestra merced la cólera de la rapaza? es pintipara de la madre que la parió: pero tras eso la honestidad del mundo.

Aries. Bien se le parece. Vámonos paseando, que tengo un poco que deciros.

Ram. ¿Puedo servir en algo á vuestra merced?

Aries. Ya vos sabeis en qué me podriades hacer amistad, y no habeis querido: mas quiero que querais en todo caso.

Ram. ¿Todavía está vuesa merced en aquel propósito?

Aries. Y no puedo hacer menos. Ya sabeis, Ramiro, cuánto desea mi señora Violante contentar á Macias su hijo, que está pérdido de amores por Casandra, hija de mi yerno: y está en mi mano darle la doncella en las suyas, ó desahuciarle. Y así tengo por cierto que si le dais á entender esto, se resolverá de favorecerme como deseo.

Ram. ¿Es posible que Ramiro Corvato haya oido de la boca de Caton semejante cosa? No quisiera por cuanto tengo, que hubiera llegado á noticia, aunque creo que es por probarme, ó no conocer bien aquella señora.

Aries. Querria conocerla mejor.

Ram. Pues si deja de saber algo, yo se lo diré á vuestra merced de *p* á *pa*. Es biznieta de don Alvaro, nieta de don Beltran, hija de Rodrigo de Cabrera el bueno: y de parte de madre es...

Aries. No me sé dar á entender: digo que la querria conocer de mas cerca.

Ram. Y yo responderé á eso, que no soy bueno para tal efeto, porque nunca ha

habido traidores, ni alcahuetes en mi linage.

Aries. A fe que os tenia por mas amigo.

Ram. No tiene vuestra merced mayor servidor para cualquiera otra cosa. Dé un tiento á Cornelio, criado de sus hijos, que me parece á propósito para semejantes embajadas, y podria ser que acetase la empresa: mas por descargo de mi conciencia digo que tampoco él no hará nada.

Aries. Ahora bien, paciencia. Con todo eso quiero ir á referirle lo que con Cervino he tratado.

Ram. ¿Anda vuestra merced en contratos con ella, y busca otros medios tan flacos?

Aries. Y aun por eso, he menester tercero que nos concierte.

Ram. Vuestra merced, con su mucha prudencia y autoridad, lo podrá guiar todo, de manera que llegue al puerto deseado.

Aries. Pues habiéndome fiado de vos, no me quereis dar este contento, muera esto aquí. Y mirá bien que hagais lo que suelen los de vuestro oficio, que son todos orejas y lenguas: porque nos pesaria á ambos dello.

Ram. Ya vuestra merced me conoce.

Aries. Vigamon.

Vig. Señor.

Aries. Vete á casa de mi señora Violante de Cabrera, sabe si le podré besar las manos. No soñaba el que pintó niño á Cupido, porque propiamente el amar es de los mozos. Ahora acabo de entender que la prudencia y el amor no pueden estar juntos, porque contra este tirano no vale edad, seso, ni gravedad: pues donde hace pié, no deja su furor, sino con el azadon y la pala: cuyo placer se acaba en un punto, y la vergüenza, acompañada de un frio arrepentimiento, dura para siempre. Vanas esperanzas, daños mas que ciertos, cortas alegrías, pesares perpetuos, dulzores contrahechos, confitados en penosa amargura, liga donde caen los desdichados, cruel y desesperada enfermedad, afistolada llaga, eterno daño, pasion que enloda al mozo, y anega al viejo, y en fin que devora y consume todo bien, con suspiros que importunan lo poco que nos queda de tan miserable vida. Conociendo yo esto, he intentado hacer conmigo como los médicos, que cuando pierden la esperanza de la salud del enfermo, estudian solamente en dar alivio á su pena, al mal de dentro y apostema escondida, aplicando epitimias y fomentos con que el dolor menos le fatigue. Mas es, ¡o gran vergüenza de mis años! echar leña al fuego en que abraso: pues en lugar de diminuir mi penoso cuidado, va por momentos creciendo. ¿Pero qué maravilla? pues Socrates, hablando de un sugeto amoroso, dice que estando viendo un libro con una doncella, hombro con hombro, llegando su cabeza á la della, sintió en aquel punto una puntada en un lado, como picada de araña, que cinco dias despues, hormigueando, le llegó al corazon una comezon continua. Mas á mí diré yo haberme mordido el ardiente apetito, que sin sentir, se ha apoderado de mis entrañas; ó la sangre feminil que sin defensa, con el dulce movimiento de su vista, me asaltó tirando invisible sangre, que al punto se me entró por los ojos en las venas: y no consentiéndome tocarla, queriéndose volver por donde vino, me hace seguir, por fuerza, á quien podria sacarme de pena. Mas por ser mi sangre tan espesa y fria, no puede penetrar por aquellos divinos ojos, á mezclarse con la suya purísima, sutil y dulce: de donde, á mas no poder, nace el deseo que me deseca y consume, de transformarme en ella. *Heu patior telis vulnera facta meis.* ¿Está en casa?

Vig. Sí, señor, y esperando á vuestra merced.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

CORNELIO. POLICENA. BEZERICA.

Corn. Gran contento es servir á estos mancebilletes barbiponientes: porque fuera de que siempre me dan que reir, son afables y de provecho, pues caen liberalmente con lo que tienen. Acuérdaseme ahora, y es verdad, de lo que dijo un cierto poeta ó filósofo á un amo mio, estando en buena conversacion, tratando de amores: que era de opinion ser el amor un ramo de profecía, porque cuando vienen aquellas frenesías, ó fantasías, el enamorado acierta á decir cosas, que si no lo estuviese, no las alcanzaria. Como Macias mi amo, que teniendo la cabeza como cuando su madre le parió, cuando le toma la tirria, ó le asalta el accidente del amor, le oigo algunas sentencias, que despues de pasado, creo que no las entiende mas que su caballo.

Allí veo á mi linda Policena: quiérola recrear con un poco de viento de lauslaudis, que es el que mas contenta á las mozas, que siempre quieren mas al que mejor las sabe engañar. Será bien hacer como que no la he visto.

Pol. Ah, buena pieza, ah, gentilhombre: Dios me perdone el testimonio que te levanto.

Corn. Perdóname tú, amores, á mí que no te habia visto, por vida desos ojos, garfios de corazones.

Pol. Bien creo yo que no me has visto, y aunque es lo que menos deseas, porque hay otra que te hace ir traspuesto, pensando en ella, sin acordarte de mí.

Corn. Cómo podré acordarme de otra, si desde el punto que te ví, mi alma, dejando sus propios pensamientos, colocó en su lugar los de tu persona: la cual no me deja acordar, ni aun de la mia, tanto que aun dormiendo, la imaginacion pára en tí, como me aconteció la noche pasada, que soñándome contigo, y queriendo abrazarte, me hallé burlado: y así creo sin duda, que ahora despierto lo soy de tí.

Pol. No es tiempo de burlas, embustero. Tos, amor y fuego, no pueden estar secretos. ¿Piensas que no sé lo que pasa con Florina, la hija de maestre Machin el sastre? ¡Ay, buena pieza, cuál eres!

Corn. ¿Quién te ha echado esa pulga en la oreja, mi alma? ¿Qué Machin? ¿qué sastre? ¿qué Florina? ¿qué me dices?

Pol. Tal provecho te haga como el aceite á las sardinas, que sí hará, por ser castaña que de fuera engaña, y tú buitre, pues dejando lo bueno, te abates á lo corrupto y hediondo: mas el mal frances me vengará de tí y de la señora coja.

Corn. ¿Eso tiene mas la pieza? Quien no conoce coja, de Vénus no goza.

Pol. ¿Qué dices entre dientes?

Corn. Acuérdome ahora de que estando un malhechor en la escalera, le presentaron una moza perdida coja, para librarle si se quisiese casar con ella; y al punto que la vió, volviéndose al verdugo, dijo: Hacé presto, hermano, vuestro oficio, que zanquea. ¿Qué hará un hombre libre como yo? No me vuelques el estómago con esos merdosos zelos; pues podria estar antes la mar sin peces, que yo sin amarte una hora; y cualquiera palabra que enojada me dices, es de perro rabioso que me arranca las entrañas. Los árboles, amores, que tienen profundas las raices no se pueden transplantar como quiera. No me aparte de tí el espacio de una uña. ¿Dime, por vida mia, dónde está tu padre?

Pol. ¿Y para qué lo quieres saber?

Corn. Para, si no ha de volver tan presto, entrarme un rato á desenojarte.

Pol. Quiero me reir sin gana. Ha, ha, ha! ¿Entrar, ó qué? no se hizo la gragea para los puercos: ya, ya: antes te vea yo haber cuartos.

Corn. Mejor seria reales, pues soy todo tuyo.

Pol. Ay, cara de salteador de caminos, no sé porque no te tiro algo á esa cabeza de hurdemalas.

Corn. Perro hambriento, vida, no hace caso del palo. Quien se quema, se sopla. Yo sé que de las injurias que me dices, te quedará la pena.

Pol. Tú, traidor, falso enemigo, sabes que las mercedes peores.

Corn. A fe de hidalgo, que no tienes razon, y qué te haces agravio, en pensar que hay en esta tierra otra ninguna por quien yo diese un paso, ni el menor pelo que traigo acuestas. Cuanto mas, que no conozco, por los anales de Roma, tal hombre ni muger, y si hallares lo contrario, toma esta daga, y sácame la lengua con ella.

Pol. Bien lo sabes fingir: mas si primero no atas, como dicen, el asno á la puerta, jurando de casarte conmigo, no te creeré, si me dijeses el credo, ni atravesarás mas estos lumbrales. No, por el siglo de mi madre.

Corn. ¿Pues tras qué ando yo? Para luego es tarde: dame acá esa mano. Mas escucha, amores, que oigo cantar.

Bez. No desmaye el amante, porque vea
Cerrada su esperanza en fuerte muro;
Sea constante y fiel: pues si desea,
Del recíproco amor está seguro:
Piense que tanto mas dulce el bien sea
Cuanto el camino por do viene es duro:
Que el ánimo resuelto, impedimento
No puede hallar que estorbe su contento.

Corn. Page, ah, page.

Bez. ¿Decis á mí?

Corn. Sí, hermano.

Bez. ¿Hermano, y de cuándo acá? Debeis de ser de aquellos hermanos por quien me envian á mí sin herrezuelo á estas horas.

Corn. Capeador querrás decir.

Bez. Maldita otra cosa.

Corn. Dios me guarde: ahora veo que no me conoces.

Bez. Ni vos á mí.

Corn. Mas que sí.

Bez. Mas que no. ¿Quién soy yo?

Corn. Eres el page de la señora muger del señor Cervino.

Bez. Es verdad: mas yo no caigo en vos: alzá el sombrero.

Corn. No puedo, que estoy con un chichon en la frente.

Bez. Pues no os conozco.

Corn. No poco dulce se debe de comer en tu casa.

Bez. ¿Poco? No debeis vos tampoco de conocer á mis amas.

Corn. ¿Pues cómo es posible que no se te acuerde del hijo del confitero flamenco, como entras en la especieria, á mano izquierda?

Bez. ¿Confitero sois?

Corn. Sí, amigo, á tu mandado. ¿Quién te ha enseñado tan lindo cantar?

Bez. Lindo sí, por cierto; harto mejor es la seguidilla que sé yo, mas no quiere mi señor que la cante en casa, so pena de media docena de otra colacion que la vuestra: porque dice que es deshonesta.

Corn. ¿Y esa hátela oido tu amo?

Bez. Yo me guardaré de eso, como de comer soliman; mi señora sí que me la ha enseñado y hecho decir mil veces.

Corn. ¿Quieres me la dejar escribir, y te daré una muy linda pelota?

Bez. Venga.

Corn. Vesla aquí.

Bez. Dádmela.

Corn. Di primero, que te me huyerás con ella.

Bez. No haré, por vida de mi madre, tenedme vos de la faldilla.

Corn. Toma, di pues presto.

Bez. ¡Oh, qué linda pelota! háseme olvidado.

Corn. No querria yo mas, para que fueses á casa en puerro.

Bez. Tras eso andais, ya os entiendo. Escribí, escribí apriesa:

No desmaye el amante, porque vea, etc.

Dejáme ir ahora.

Corn. Que me place: si nos encontramos otra vez yo sé lo que te daré, y mas si vas á mi tienda.

Bez. Tómoos la palabra.

Corn. Daca la mano; pues somos ya amigos, bien es que nos sepamos los nombres: ¿cómo te llamas?

Bez. Bezerica, á vuestro servicio: ¿y vos?

Corn. Yo Manso, á tu mandado; no te detengas, amigo.

Bez. A Dios, Manso.

Corn. A Dios, Bezerica. Este muchacho y yo vendremos presto á hacer un buey perfecto, porque no le faltan á su amo sino los cuernos, que ya me parece se los veo apuntar.

Pol. Agora que tienes la cancion, la harás cantar á la puerta de tu Florina.

Corn. Hallado has el musiquero; acaba ya, no seas boba, ablándate, que fuego no se mata con fuego.

Pol. ¿Pues para qué la has escrito?

Corn. Para mis amos, que como son músicos, tienen el seso con ventanas, y quieren haber cuanto se canta, y así me envian, á media noche, á caza de sonetos.

Pol. Dime lo que has escrito.

Corn. ¿Cantando?

Pol. No, porque no lo oyan los vecinos.

Corn. El que os viese, y no cegase,
Peor que ciego seria;
Si perdido no quedase,
Mas perdido quedaria.
Para poder escapar
De cegar, ó se perder,
No esté donde os pueda ver,
Ni vos le podais mirar:
Mas quien así se librase,
¿Cuán desgraciado seria?
Y el que os viese, y no os amase,
Mal, Policena, veria.

Pol. Tú me das la raposa por marta, y me haces creer cuanto quieres.

Corn. ¿Pues porqué no crees cuanto te quiero?

Pol. Esas son otras quinientas.

Corn. Oye, amores, por vida mia; mas yo volveré á la hora que suelo, si gustas de ello.

Pol. ¿Si gusto? ¿En condicion me lo pones? Hazme rabiar esperándote, como sueles.

Corn. Ya sabes que no soy mio.

Pol. ¿Pues cuyo eres?

Corn. De mis amos, y tuyo.

Pol. ¿Mio?

Corn. Así fueses mia, que no puedo llamar mio un cuerpo privado de aficion.

Pol. Troquemos.

Corn. Eso no, mi alma, bésote las manos. ¡Mirá hasta dónde encaja los zelos el demonio! Como si no tuviese que hacer con los casados. ¡Cuánto remedia y daña una copla á tiempo! Cosa estraña es lo que me quiere esta moza: mas tal burla le hago; por vida del marques de la Cornia, que no la trocase por la mas repicada de la ciudad. Es cosa de burla, sino andarse el hombre tras estas ovejitas de prima tonsura. Mas

estimo aquel cuello que me dió el otro dia, que cuanto mis gallipavos esperan de sus emparedadas. Andense ellos á coplas, que yo no estaré entre tanto las manos á la cinta. Quiero les llevar esta profecía, y allá se avengan.

ESCENA II.

LENA. VIOLANTE. DAMASIO. CORNELIO.

Lena. No veo persona en esta calle. El señor Damasio me dijo que me dejase ver, que me queria dar un regalo para mi enamorado. El diablo le ha dicho que le tengo. Al fin no hay cosa secreta, por mas que la persona mire por su honra: á fe que tengo de abrir los ojos de aquí adelante, que por menos se suelen perder buenos casamientos. Sin duda lo habrá sacado el cascolucio por discrecion, entendiendo que aunque se corte la cola al perro, siempre queda perro: que de otra manera seria imposible saberlo él ni nadie, porque no entra en mi casa sino secretamente, al punto de medio dia, cuando no parece persona viva, por evitar el escándalo de la vecindad. A lo menos si no soy casta, tengo esto bueno que de cauta me he preciado siempre: porque el mal es siempre mal, mas peor cuando con mal ejemplo se acomete. Si todas se gobernasen con el recato que yo, no andarian hoy tantas honras por los tableros. Piense lo que se le antojare, que tampoco él anda ahora para hacerse ermitaño: que yo no me enmendaré mientras pudiere comer mi pan con corteza, y aun despues veremos. Echá la natural inclinacion á palos, que no por eso dejará de volver. No sé con todo esto si le espere aquí, ó si me llegue á su casa. Si le aguardo, podrá ser que como mozo descuidado, se esté entreteniendo en otra parte, y que me deje plantada hasta la noche escura: y no puedo perder tiempo, teniendo tantos negociantes que me esperan como agua de mayo: aunque las mas veces soy la de San Juan, que quita el vino, y no da pan. Si voy á su casa, podrá la madre preguntarme lo que quiero: y no sabiendo qué responder, sin duda me enviará jabonada. Pues no es nada soberbia la señora: dicenme que cuando le pica la mosca, no hay quien pueda esperar sus reciuras. ¡Pero cómo soy necia ahora, estando mas llena de cautelas, que un huevo de clara y yema! ¿No sabré darle el pan por hogaza? No, que soy una boba. Ea pues, cabeza mia, Dios te me guarde de pan de ventana: hela aquí á las mil maravillas, al fin no se hizo la silla para el asno. En aquella casa hay tres que me conocen, Cornelio y sus amos: será desgracia si en llamando, no responde alguno de ellos; si fuere otra persona, ó la mesma madre, diré que traigo á vender alguna cosa, la primera que me viniere á la boca; está que no hay mas que pedir, con buen pié vamos: ta, ta, ta.

Viol. Perdóneos Dios, amiga, ese llamar tan recio, que toda me habeis turbado.

Lena. Ay, qué ligera de sangre es la señora.

Viol. ¿Qué es lo que buscais?

Lena. Ayúdame, lengua, sino mira que te corto. Cuitada de mí, no debe ser esta la casa que busco. El otro dia me encomendó una señora que le trajese un poco de estoraque y benjuí, para hacer unas pastillas, y no acordándome de la casa, lo pregunté á tiento á una muger que acertó á pasar por aquí, y me encaminó á esta, diciendo que sin duda seria vuesa merced, porque, dijo, es la mas curiosa señora de la ciudad. (Qué lamedor.)

Viol. Ay, amarga de mí, cómo se engañó en todo, ya pasó ese tiempo; mas aunque no soy la que buscais, yo tomaré un poco, si es bueno.

Lena. Es bonísimo cuanto puede ser. El diablo me trajo á la memoria esta mercancía.

Viol. Subí arriba, hermana, ó esperáme ahí.

Lena. Espérete un toro. No lo traigo aquí.

Viol. Pues si no lo traeis con vos, ¿para qué llamais?

Lena. Para saber la casa, avisar que la tengo ya, y volver por ello á la mia. ¿Tan gran pecado ha sido? perdóneme vuesa merced.

Viol. Andá en hora buena, que no debe de ser eso lo que buscais.

Lena. No ha sido muy mal el encuentro, y deshecha, para de balde: ¿qué haré ahora? Dar de la sarten en las brasas.

Corn. Allá va la bienhadada.

Dam. Es ella.

Corn. La mesma. Darános ahora, sin duda, tres ovejas negras por una blanca; ya nos ha visto.

Dam. Déjame con ella. Loada sea la hora en que habeis parecido, acabo de haberos buscado todo el dia. Mas teneis que hacer que pastelero en tiempo de carnestoliendas: bien se debe correr el oficio.

Lena. Tambien que estoy por llamarle,

sino por lo que por servir á vuestra merced traigo entre manos, peor que mecánico. Pobre de mí, que para poderme sustentar y mantener en la gracia de los que bien me hacen, he de cumplir con todos, y ser como el sol, que así alumbra á los buenos como á los malos, y á los picaros como á los señores: aunque deben pensar algunos, no lo digo por quien tanto se acuerda como vuestra merced de hacérmela, que vivo como camaleon.

Dam. Huélgome de entrar en esa cuenta.

Corn. No; la primera partida de su manual.

Lena. Aun hasta ahora, no sé, ni puedo decir de qué color es la ingratitud.

Corn. Ha hecho como el tirador de arco, que para llegar al punto va tomando la mira gran espacio sobre el blanco.

Dam. ¿Quereis ir á hacer lo que os dije?

Lena. A vuestra merced toca mandar, y á mí obedecer.

Corn. Ahora vende la salsa.

Dam. Tomá este par de escudos, y si volveis con algo de bueno, yo sé lo que haré.

Corn. No digo yo que nunca cantó en vano, y con todo eso hace siempre como la gata, que sin quitar los ojos de las manos come y gruñe.

Lena. Bástame la gracia de tan bueno caballero.

Corn. Es á punto, el médico, que diciendo: no es menester hacer eso conmigo, abre la mano y aprieta mas que una tenaza; pero tienen ambos esto de bueno, como el lobo, que nunca toman por cuenta.

Dam. Esta carta y anillos habeis de dar al bachiller, diciéndole lo que mas al propósito os pareciere, para que llegue á buen puerto.

Lena. Pierda vuestra merced cuidado.

Dam. Todo lo remito á vuestra discrecion.

Lena. Beso las manos á vuestra merced.

Dam. Con bien volvais.

Lena. Queda en buen hora, Cornelio hijo.

Corn. Lena madre, todos los cuchillos os acompañen; como hayais concluido este negocio, haremos los dos otro aparte.

Lena. Ay loco, loco: ya no me quiere ninguno, sino para lo que traigo entre manos, pues siempre me dejan á la luna, como tablilla de meson. Mas con todo eso, ya hablarémos mas largo y tendido, que aunque se acabe el vino, el barril es el mesmo.

Corn. Créolo, porque la zorra muere en su pellejo, si no la desuellan viva.

Lena. Púlla es esa, basta, lo demas para otra vez; á Dios, mi... no lo quiero decir.

Corn. Pues dirélo yo, fa, sol, la, mayor puta vieja que ha parido esta ciudad. Burlaos y vereis lo que pasa; tender se quiere la niña. Con todo eso he de procurar pescarla algunos realejos, contentándola, cuando mas no pueda, á ojos cerrados, acabando de comer mi pan con la salsa de mas agradable imaginacion.

Dam. ¡Cuán de asiento lo tomas!

Corn. Tambien, señor, ando yo casi enamorado, y quiero tenerla contenta, porque es aparejadísima para sacarle cuanto alcanza.

Dam. ¿La razon?

Corn. Como estas calloncas tienen la carne tan mal acostumbrada, dan liberalmente lo que les queda al que tiene paciencia para ensillarlas.

Dam. Sacaréte el vientre de mal año.

Corn. ¿Porqué piensa vuestra merced que se dijo: bueno está chillon si la vieja le dura?

Dam. Por lo que guarda su quiñon, la vieja madura: y así vendrá á salir tu designio el sueño del perro.

Corn. Todo será aventurar dos idas y venidas, y cuando la suerte salga en blanco, á lo menos no tendremos que reñir sobre el partir de la cadenilla: porque le damos á comer por onzas, y así quedarémos amigos como de antes.

Dam. Gran hablador eres.

Corn. Lo que escuecen las verdades.

Dam. A la fe sospecho, que debes de ser á la parte.

Corn. Nunca me pasó por pensamiento, porque ya murió Calisto, y nuestra Melibea se da tanta priesa á sacarnos de pena, que la mercancía vendrá á salir poco mas que de balde.

Dam. ¿Poco precio te parece el corazon que le he dado?

Corn. Es de los que se pesan en las carnecerías de amor, que se hallan á cada paso.

Dam. No es para tí esta materia, puedo cantar con verdad:

Quisiera yo tener diez corazones,
Y que llevára uno en cada dedo.

Corn. Y porque no tenemos mas de uno, le conservamos cuanto podemos.

Dam. Ya ves lo que dice la estanza.

Corn. Véolo, pero como soy tan grosero no lo entiendo.

Dam. Buen principio es para salir de tu necedad el conocerte. Dice que no desconfíe

por verla tan encerrada, que sea constante en la comenzada empresa; fiel, entiéndese secreto, que es la mejor parte en un enamorado, y que mas satisface á las damas. Asegúrame del reciproco amor, y poniéndome delante, que las vitorias mas trabajadas hacen el triunfo mayor, concluye con esta verdadera sentencia, que el amor rompe y allana todas las dificultades, á quien con pecho valeroso se resuelve, para llegar al fin que pretende. ¿Qué te parece?

Corn. Que la ha vuestra merced interpretado muy á su propósito, pero quisiera yo que todo eso lo dijera la copla.

Dam. Mucho mas da á entender, que para tí seria algarabía.

Corn. ¿Pues qué concluye?

Dam. En que está determinada de poner á ejecucion lo que le pide el deseo.

Corn. ¿Cuándo?

Dam. Mas tarde que yo querria. Eso estudiará ahora, y sin pensar nos lo cantará el ruiseñor.

Corn. Como gusta la fortuna de cosas tales, y para hacer bien no se hallará agua en el Danubio. Bien ha hecho vuestra merced en no decir nada del cantar á esta buena muger.

Dam. De semejantes no se ha de fiar sino lo forzoso, y eso con gran escaseza y recato. Vámonos á casa á consolar á Macias con esta buena nueva, que no la creerá segun es el viento favorable.

Corn. Yo tengo que hacer en la plaza. ¿Mándame vuestra merced algo?

Dam. Que no te descuides de acudir al pagecillo, ya ves lo que nos importa.

Corn. No perderé punto.

ESCENA III.

CORNELIO. VIGAMON.

Corn. Si una es buena es por ventura, y si mala de natura. En dos palabras, ha dicho la señora cuanto es menester mas claro que el sol: mas yo hago del aturdido, por dejar saborear á mi amo y darle ocasion de devanear. Allí veo á Vigamon, mi amigo viejo; quiero desentrañarle para tomar un rato de placer.

Vig. Vines mas á punto que la gracia á un condenado cuando está en la escalera, porque iba derecho á buscarte.

Corn. Ya era tiempo de que nos viesemos, ¿hay algo en que te pueda ser de provecho?

Vig. Mi amo me envia á llamarte.

Corn. ¿El señor don Galceran á mí?

Vig. ¿Cuánto ha que mudé dueño?

Corn. ¿Pues con quién estás ahora?

Vig. Con el señor Aries de... par Dios, no sé de donde.

Corn. ¿Es un caballero, padre de una señora que se casó poco ha con un Cervino de tal, que vive á las Tenerias?

Vig. Él mesmo.

Corn. ¿Pues de dónde me conoce él á mí?

Vig. No te lo sé decir.

Corn. Mira no le hayas entendido mal.

Vig. ¿No eres tú Cornelio, criado de aquella señora viuda hermosa, que tiene dos hijos y una hija, que vive á la antigua?

Corn. ¿Qué me podrá querer?

Vig. Menos lo sé, él te lo dirá: ¿de qué te congojas?

Corn. ¿Sabes qué cosa es ser llamado, sin pensar, un pobre mozo de personas tales? Hace revolver en un punto cuanto el hombre ha hecho y pensado en toda su vida: la vergüenza me empacha y hace decir esto, pero con todo eso vamos. ¿Cómo lo pasas, Vigamon hermano? ¿Estás bien acomodado?

Vig. Casi bien, como vela á medio árbol.

Corn. ¿Cuánto haces de daño?

Vig. Doce grullejas pagadas, que no hay mas que pedir.

Corn. ¿La cama?

Vig. De la fábrica de unas parrillas, no la trocaria por la del guardian del Abrojo: mas no sé qué se tiene, que aun durmiendo me bambaneo, sin poder hallar remedio, aunque he probado ciento, para hacerla estar queda.

Corn. Será sin duda algun duende.

Vig. Ojalá, si fuese como el de la otra, que se quejaba que uno no la dejaba reposar de noche, con que tenia muy amedrentada á su madre, hasta que se vino á descubrir que secretamente metia en casa un familiar encarnado, que hacia sobre ella la pesadilla.

Corn. Ha, ha, ha! ¿Hay en casa alguna dueña que pueda hacer contigo de la duenda?

Vig. Si eso hubiera, medio mal, mas no hay sino una viejezuela, trasparente como lanterna, que gobierna la casa.

Corn. ¿No es tan sin dientes, que no se puedan sacar un par de muelas?

Vig. No hay vieja para ese menester: mas llégate á herrar á Barrabas con tocas: no ha nacido, segun lo que muestra en el sacudimiento y aspereza, mula mas mala de ensillar.

Corn. Habrá sido cosquillosa en su juventud, mas si yo le dijese al oido unas pala-

bras que me enseñó un albeitar, verias maravillas.

Vig. Como desas sé yo, pero tal que aprovecha, no queda por eso.

Corn. ¿De manera que ya le has tentado las corazas?

Vig. Una vez sola, haciendo del cortés, pregunté cómo estaba, y al punto muy escandalizada, se lo fué á decir á mi amo, añadiendo que le habia tocado el devantal; y él, mas severo que Socrates, diciendo dura cosa es, hermano, andar á discrecion de un garrote, me puso perpetuo silencio. Y así paso una vida tan colérica y melancólica, que, de puro ahondar horizontes, temo al cabo venir á dar en poeta, porque me sirvo demasiadamente de la cabeza. De manera, amigo, que vivo sin mas conversacion que la de un negro bozal que cura el caballo, con quien paso mis ratos, hartándonos ambos de zinguerrear en una guitarra mas destemplada que discante de ramera.

Corn. Vamos á la gula.

Vig. Eso no falta quien me mantenga flaco, con poco gasto, fabricando siempre en seco, tanto que á cada bocado, me veo en pasamiento.

Corn. ¿Quién compra?

Vig. Yo, por mi mas negra ventura que la pez.

Corn. ¿No sabes la cuenta de siete y tres son trece? ¿Ya me entiendes?

Vig. Demasiado, pero lo mas que se come es de su cosecha, y andan tan de espacio los banquetes, que se puede hacer poca hacienda.

Corn. Arrima la navaja y rapa donde pudieres, no ves cuanto han encarecido las cosas, que todas han crecido, si no nuestros salarios, y no bastan para zapatos. ¿No tienes algunos percances?

Vig. ¿Qué cosa buena puede haber en casa donde no se juega? Así me tengo por casi enterrado.

Corn. Tú que eres amigo de placer habias de estar con mis amos, dos puros locos de atar, que siempre me traen de acá por allá haciendo el amor: dando músicas, saraos, en comedias, en banquetes, y en otros mil pasatiempos. No ha Dios amanecido, cuando asidos de mí, comienzan á luchar conmigo, arrastrándome por aquellos suelos, y haciéndome pedazos cuanto traigo acuestas.

Vig. No me parece esa buena conversacion.

Corn. Qué importa, si cuanto traigo es suyo, y cuanto ellos mió. El uno: Toma tal jubon; y el otro: Ponte aquellos calzones; vengan los torreznos, la fruta, el beber fresco, y todo con unas entrañas, que me tendrian los que no nos conociesen por su hermano mayor.

Vig. No son esos caballeros como los malventurados que dicen que para ser bien servidos conviene tener los criados pobres.

Corn. Tras esa hoja hay otra, que no sirvamos tanto, que de puro obligados los amos, no sepan con qué pagarnos.

Vig. Así vemos criados que lo pueden ser del rey, envejecidos y rotos, esperando los montes de oro, que nunca corren, con que los entretienen. Dejaríame yo echar un virote de semejantes amos como los que tú tienes. Llégate á ciertos confesos revestidos, con cuatro reales que los dejaron los padres, ganados como Dios sabe, que les parece matar á sus madres, si dejan á los pobres mozos un momento en reposo, como si los hubiesen comprado por esclavos: no lo puedo llevar en paciencia. Oh! si, como lo he deseado mil veces, me tocase por suerte una, ser amo de alguno de estos pelones, verias cómo me servia de él, haciéndole correr, trotar, sudar y trabajar tanto, que no le parase mosca encima cada dia; por ahorrar el mozo, levantaria cosas nunca soñadas, para descontar del salario, y por quitarme aquella paja, hermano, otro poco á otro cabo. Mas es el diablo que para eso es menester argent, y yo no lo puedo esperar en los años de Matusalen: porque no hay en todo el mapamundi tanta tierra como ocupa una hormiga que sea mia: al fin no viene á ser puerro sino el que se trasplanta. ¿Habria lugar para otro criado en casa de esos señores?

Corn. Es su madre tan avarienta que antes mira á despedir, que á recibir de nuevo.

Vig. Buena ventura fué la tuya, en topar con tales amos; daria cuanto tengo por servirlos.

Corn. ¿Con cuántos ducaditos caerias, si te metiese en mi lugar? Que deseo ya asentar, y dejarme de tantas mocedades.

Vig. Para eso mi amo.

Corn. Pues troquemos.

Vig. Ojalá, ¿mas cómo?

Corn. Concertémonos, que despues yo lo encaminaré.

Vig. ¿Búrlaste, ó díceslo de veras?

Corn. Respóndeme al cuanto, y déjame el cargo.

Vig. No me hallo con mas de cuatro, y el mes que va corriendo, aunque no tanto

que no me parezca un año, daráte los dos: que lo demas es para cambalachear unos calzones con estos que andan por dejarme.

Corn. Oh, eso es poco, porque te valdrán mas de cinco al mes los provechos; mas por lo que te quiero me contento. Déjame concluir un negozuelo en que ando, que será presto: yo te avisaré al punto, y entonces haremos de esta manera. Yo me despediré, resuelto, de mis amos en buena paz, fingiendo alguna ocasion, y les diré que en mi lugar les quiero dejar un criado á toda broza, tal como bueno, y sin duda holgarán de ello: y al mesmo tiempo harás otro tanto con tu mismo amo, diciéndole que soy un mozo diligente, virtuoso, que nunca dejo el rosario de la mano, y tan amigo de quietud que pienso meterme fraile.

Vig. No anda él tras otro, dollo por hecho; cuando quieres el dinero.

Corn. Eso, amigo, cuanto antes será lo mejor, porque no nos podemos arrepentir.

Vig. Vesle aquí, toca la mano.

Corn. Fiar.

Vig. No nos detengamos, que te espera mi amo, con mas deseo que las coles de agosto la agua. Voy á decirle que te estás aquí.

Corn. En buena hora. No ha sido mala esta jornada, tendré con que probar la mano: si ganare, volvérselos he, y sino, trampear y á ello.

Vig. Sube arriba.

ESCENA IV.

INOCENCIO. LENA.

Inoc. Omnes in omnem culpam prolabuntur. Gran pecado acomete mi señor, de que ha de dar estrecha cuenta, en tener tan encerrada y descontenta á una muger ejemplo de virtud como la suya: tengo por cierto que si por él no fuese, no dejaria pobre desconsolado, y que daria todo cuanto tiene á quien se lo pidiese, ocupándose y entreteniéndose siempre en hacer caridad. Mirá qué bondad de señora, ha entendido el desastre de la prima, con que otra se hubiera escandalizado y dicho, que si ha hecho mal con su pan se lo coma: y en hallándose sola, con una angustia grande, da cien suspiros de pena, por no poderla ver y consolar como querria. Pues con qué gracia me rogó que vaya á dar un recado de su parte á aquella buena muger, con estos tres ducados, por el menoscabo de su ropa, con que voy contentísimo á socorrerla, porque quien esto le envia, no dejará de ayudarle adelante. Paréceme la que allí está, si ella es. El Señor os tenga de su mano, hermana Lena, pensábades que no os habia de venir á ver algun dia.

Lena. ¿Y porqué habia yo de cometer tan gran pecado, pensando tal cosa de quien tiene por oficio las obras de misericordia, y principalmente la mayor de todas, que es consolar los tristes? Así se alegre conmigo quien mal me quiere, como yo con su gentil presencia: sin duda que mi ventura le ha traido de aquí, porque en este punto pensaba ir á buscarle, para lo que oirá. Mas antes quiero saber á qué ha sido la buena venida, porque deseo mucho que me emplee en su servicio.

Inoc. Cierto que debeis esa voluntad á la aficion que yo os tengo. *Mutuo amamus inter nos.* Mi señora está tan afligida por la desgracia de aquella señora, que desde el punto que le dí su carta, anda como fuera de sí: fantaseando tan tocada, que me trae lastimado: y así me envia á saber cómo está la buena doncella, y á rogaros que le vais luego á visitar y á decir de su parte que tenga buen ánimo, porque con mucho calor va tratando de remediar su pena: y tambien os da estos tres ducados, por la que tomais en ser medianera entre ellas, y dice que la disculpais de el no le escribir: que no lo hace por evitar sospechas.

Lena. Bendita sea tal señora: al fin donde está la nobleza hay largueza: en mas tengo esta memoria de su mano, que un tesoro de otra. Ay, hijo mio, cuánto se consoló aquella criatura con la carta que le llevé: no pareció sino que via el cielo abierto. Dijome que fuese otro dia á verla, como lo hice ayer, recibióme con mil caricias, besándome estas pecadoras manos: y despues de mil demandas y respuestas, me dió esta carta, con estos dos anillos, para la señora Marcia, con los cuales dice que su merced se enternecerá mucho, porque son los que le envió con el padre, cuando vino á sus bodas. Por caridad que vuesa merced se los dé: encareciéndole mucho la memoria que ha tenido de esta su devota y humilde criada.

Inoc. Yo lo haré muy de veras.

Lena. Si tiene, mi alma, algunas camisas que aderezar, mire que me las traiga, si no quiere que me enoje.

Inoc. Istam tuam voluntatem semper

in ore animoque habeo. El Señor quede con vos.

Lena. Él vaya contigo, que te sobre la bondad como la cresta del gallo.

ESCENA V.

DAMASIO. CORNELIO. LENA.

Dam. No se me cuece el pan, por saber lo que ha hecho Lena de la carta y anillos, y el modo que habrá tenido: ¿quieres, Cornelio, que nos vamos paseando hácia su casa?

Corn. Si vuesa merced lo desea mucho, yo muero por ello: y me parece cada hora mas estrecha y larga, que el mal año: aunque estoy casi cierto de que habrá hallado camino á propósito, porque no son tres ases peores que ella, ni tiene el infierno mas astuto demonio.

Dam. Su oficio lo requiere. Llama, que aquí te espero.

Corn. Llegue vuesa merced conmigo, pecador de mí, por si acaso está allí su rufian.

Dam. Ya te entiendo, perro cobarde no quiere ver lobo. Pareces de los soldados de trencha, que eran treinta y seis á arrancar un nabo.

Corn. Mucho me pesa de oir esas palabras: mal conoce vuestra merced al segundo Fierabras. Dígolo porque nos la negará, no viendo persona de respeto.

Dam. No es la deshecha mala.

Corn. El diablo me ha metido entre el martillo y la bigornia.

Dam. Miedo ha payo que reza: no lo digo yo: ¿qué estás murmurando?

Corn. Que estoy por dar á aquel bellacon, en abriendo la puerta, una cuchillada que le derribe ambas orejas, aunque sea otro Orlando.

Dam. A lo menos burlando. Quien leon mata en ausencia, del topo teme en presencia. No mas Fierabras, yo te marco por un deceno de la cama: aunque sospecho que tomarás tú ahora unas paredes por jaco, porque todo Milau no armaria tu miedo.

Corn. Ya eso pasa de burla, no haga vuesa merced que se me suelte alguna mala palabra.

Dam. Antes creo que se te ha soltado otra cosa peor: no me espantaria, porque perro escaldado, despues tiene miedo de la agua fria.

Corn. A fe de pobre mozo, que si no fuese por cierto respeto que yo me sé... basta, mejor es callar. Sepa vuestra merced, que hasta ahora nadie me ha quebrado nueces en la cabeza. Bien dicen que la familiaridad del señor es capirote de loco para el criado.

Dam. La rana hace del leon.

Corn. Dejémonos de motecicos y chufetas, que por menos que eso, he visto yo venir á buenas cuchilladas. ¿Llamaré ó no?

Dam. ¿Pues á qué venimos? ¿De qué hablamos? Animo, vesme aquí para morir á tu lado, aunque como te muestras tan fiero, temo no hagas en el furor con la cólera, de la ballesta gallega, que tira á enemigos y á amigos.

Corn. Ta, ta, ta.

Lena. Quien llama tan recio, algo nos trae.

Corn. Con que nos recibe la maldita.

Lena. ¿Señor mio, es posible que los caballeros se humanan tanto? ¿Qué buena ventura ha traido este bien á mi pobre cabaña?

Dam. La mia, si hallo lo que me he prometido siempre de vuestra discrecion y diligencia.

Lena. No puede faltar á persona dotada de tantas gracias. Estando tomando el manto, para ir á dar aquel recado, entró por mi puerta el buen bachiller, que está vestido y calzado con todas sus letras, en el limbo, con tres ducados que me envió la reina de las mugeres, mandándome que fuese luego de su parte á consolar á la prima, y á asegurarla de que en breve concluirá el negocio muy á su gusto: con otras mil buenas palabras, y ceremonias de nunca acabar; jurándome el cuitado, que desde el punto que leyó la carta, no parece mas la que antes era. Y como que lo creo yo, que cuando por mis pecados, navegaba por los accidentes de amor, no reposaba hasta dar fondo. Téngase lo demas por dicho, y pues que está ya hecho el pico al tordo, aparéjame esas manos.

Corn. ¡Cómo se encaja la puta vieja!

Lena. Ay, ojos encantadores, que tiempo se os va llegando, como se le cae al oso la pera madura en la boca, ¿ya me entiende?

Corn. Harto claro lo pide, pero mi Durandarte hace orejas de mercader, y vuélvese á su negocio.

Dam. ¿Haos dado alguna carta?

Lena. No, señor.

Dam. ¿Qué recado distes á la mia y anillos?

Lena. El mejor del mundo, á mi parecer: diciéndole que su prima se los envia, fingiendo ser unos que la señora Marcia le

envió con el tio, cuando volvió de sus bodas.

Dam. Bueno, á fe de quien soy; no hay mas que hacer, sino esperar lo que Dios hará.

Corn. Ha, ha, ha!

Dam. ¿De qué te ries, insensato?

Corn. Riome de que quiere vuestra merced esperar de Dios lo que suele hacer el diablo.

Dam. Tienes razon, por necio que uno sea acierta á decir algo bueno, ya podrás ser predicador, y hacerme dar con mis amores en un convento.

Lena. Lo que mas ahora hemos menester son las bragas de un motilon, que quitan los malos deseos como con la mano.

Corn. No lo digo por tanto, yo enmudeceré por quince dias.

Dam. Acaba ya, majadero, que no son los donaires para todos tiempos.

Corn. Antes en este que esperamos, de tanta alegría y consuelo, no ha de haber otra cosa.

Dam. Está bien. Amiga Lena, comete al sabio y déjale hacer: en vuestras manos me he puesto, dad buena cuenta de mí.

Lena. Viva vuestra merced, que todo se hará bien.

Corn. O mal, otro nudico á la bolsa.

ESCENA VI.

MACIAS. CORNELIO. BEZERICA. DAMASIO.

Mac. Ea, Cornelio, aunque creo que estás cansado por haber ido á cien partes, vamos, que cuando el amo tiene trabajo, no debe reposar el buen criado.

Corn. Por mí vamos donde y cuando vuestra merced mandare.

Mac. Es burla lo que leia anoche mi hermano en aquel libro: pues dice, que la alma del amor es la esperanza, y que en faltándole muere, como la criatura careciendo de leche.

Corn. Quien lo escribió debia hablar de esperiencia. Y porque viene á propósito diré una estanza, que cierto caballero muy sabio y prudente envió á un amo mio, que conforma con lo que dice el libro que leia anoche su hermano, y por contentarme, la encomendé á la memoria: note vuesa merced.

Mac. No querria que fuese de las que sueles cantar.

Corn. Esta es contemplativa:

Nace de ociosidad el ciego arquero,
Que vive alimentado de esperanza,
Dale los pechos el deseo primero,
Y pensamientos vanos la crianza,
Ser y vigor, muy poco duradero,
El comento, que está siempre en balanza,
Y siendo escaso en dar, promete largo,
Muestra ser dulce, y es en todo amargo.

Mac. A fe que es buena: mas volviendo al propósito, digo que pruebo en mí lo contrario, pues sin alimento de esperanza ha crecido, y con mas fuerzas que de gigante me atormenta, y va privando de la vida.

Corn. La causa es vuestra merced, pues le ha criado á los pechos de sus pensamientos, que le han servido en lugar de leche de esperanza, deteniéndoos en ellos sin acordarse de otra cosa.

Mac. Dices bien, porque la aficion me la pintó tan hermosa, dende el punto que la ví, que siendo defendido á los ojos, el esterior refrigerió: la mente se retira dentro, y viendo impresos en sí mesma los rayos de aquella sobrenatural belleza, hace de ella el manjar que dices, de que se sustenta.

Corn. Eso debe inquietar mas á vuesa merced.

Mac. Antes al contrario, porque la figura que señorea y gobierna mis sentidos, enamorada de sí mesma, me fuerza á ir donde naturalmente reside, y no pudiendo, con los dientes de amor me roe el corazon, ahogándome los espíritus.

Corn. Paso, que oigo cantar al pagecillo, apártese vuestra merced.

Bez. Vístase mi esperanza, como viere
Que el bien del que mas ama va vestido,
Tome presto el camino por do fuere,
Júntase á tiempo con quien ha seguido:
Despues, si ya fortuna no impidiere,
Envidiosa de amor, tan buen partido,
Llevará su contento mano á mano:
Y el consuelo que espera el cuerdo insano.

Corn. Bezerica, amigo caro, ya era tiempo de que nos viesemos, ¿qué es de la pelota que te dí el otro dia?

Bez. Veisla aquí, no os la daria por un real, mirá cómo salta.

Corn. ¿No jugarémos un poco?

Bez. No tengo dineros.

Corn. Yo te prestaré, no quede por eso.

Bez. Oh, cuántos reales; ¿son todos vuestros?

Corn. ¿Pues cuyos habian de ser? toma, toma uno. Si tú fueses á mi casa, yo te daria tantas de las cosas que tengo.

Bez. ¿Qué teneis?

Corn. ¿Qué? eso es largo de contar. Confituras de todas suertes, masapanes, rosquillas, mermeladas, turrones, pasas, dátiles.

Bez. ¿Dátiles teneis? Traeis ahí algunos.

Corn. Sí, amigo.

Bez. ¿Y confites?

Corn. ¿Quieres que traiga aquí toda mi tienda? Si yo supiera que te habia de encontrar, no viniera sin muchas cosas que darte, mas otra vez, yo te pondré como un trompo: abre la faldriquera: no te los vea tu amo.

Bez. Ver, ¡oh qué mal año! ni aunque fueran otros tantos; yo me los iré engulliendo de dos en dos. ¡Oh, si se usasen los dátiles sin cuescos!

Corn. ¿Luego no los has visto?

Bez. Nunca.

Corn. Pues yo te daré una libra, que te comerás las manos tras ellos. Mas déjame escribir lo que has cantado, que perdí la cancion del otro dia.

Bez. Que me place, aunque voy de priesa á llamar á un criado del padre de mi señora, para que vaya con nuestro bachiller á acompañarla, que va fuera con la hija de mi amo, y él se quedará en casa, porque el otro dia escalaron una junto á la nuestra.

Corn. Di pues presto, que yo escribiré en un momento.

Bez. Vístase mi esperanza, como viere, etc.

Quedaos con Dios.

Corn. Él te guie. Esta es una gerigonza de palabras sofísticas, que no las entenderá un catedrático.

Mac. Déjamelas leer, que por ventura me pondrá delante amor, lo que el rudo ingenio no alcanzare.

Vístase mi esperanza, como viere, etc.

¡Cuán presto halla camino lo que ha de ser!

Corn. Loada sea la del Villar, ¿tráenos esa enigma alguna buena nueva?

Mac. Rebuena, á lo que entiendo.

Corn. ¿No lo decia yo? al fin las mas duras y acerbas se maduran, como las serbas, con tiempo y paja. Aquí viene el señor Damasio, que contrapunteará sobre el canto llano maravillosamente, porque entiende de achaque de tramas, mas que cuantos abogados. ¡Oh, cómo llega vuestra merced á buen tiempo!

Dam. ¿Qué hay?

Mac. Lo que ha cantado el mochacho poco ha.

Dam. Vístase mi esperanza, como viere, etc.

Este es el verdadero canto de las sirenas, que hará dormir á Ulises: sus, á ellas. No hay tal como perseverar con paciencia, que con ella todo se alcanza: ni castillo hoy tan fuerte, que al cabo no se venga á perder, por vigilante que sea el que está á la defensa, si solo ha de combatir contra muchos. ¿Quién hiciera creer esto á Macias?

Mac. No os espanteis, hermano, que lo debe causar la falta que tengo de esperiencia, fuera de que cuanto mas uno desea, tanto mas anda envuelto y atado en temores y dificultades: porque siempre de lo que se pretende, es menor la esperanza, que el miedo de no poderlo alcanzar.

Dam. Ea pues, Cornelio, ya que hasta aquí se ha navegado prósperamente, no nos perdamos á la entrada del puerto: cuenta con el timon, ándame listo, échate una anguilla en el cuerpo.

Corn. No me faltaba sino tratarme, tras bachiller, de lerdo; mas á propósito seria echársela á quien yo digo.

Dam. Pierde cuidado; aquí dice, que tengamos cuenta cómo sale vestida la señora Casandra, que es vuestro bien, y vos, hermano, el que yo mas amo, llamándoos discretísimamente cuerdo loco, porque la sabiduría del amante es furia: que vestido yo de aquella manera las sigamos, y cuando me pareciere tiempo, me junte con ellas, donde nos trocarémos, quedándome yo con mia dama en lugar de la vuestra, á quien llevaréis á ensartar aljófar, y ella á mí donde fuere servida, si ya alguna desgracia no lo impidiere: mirá qué suerte. Sin duda habrá hallado el modo, para que podamos seguramente pagar el diezmo al zeloso. Ea, Cornelio, haz ojos de linceo, no las pierdas de vista por descuido: mira que no hay cosa de mas ligeras alas que la ocasion: que mientras el lobo caga, la oveja se salva: ven en un salto á avisarnos: mira por dónde van, que es lo que mas nos importa para juntaros. Entre tanto vamos nosotros á rogar á Lobata que nos preste el vestido que fuere menester: fingiendo querer hacer una burla á un amigo muy enamorado, haciendo como que una dama le va á buscar á su casa.

Mas. Embuste de Lena; buen discípulo ha sacado: al fin quien trata con malos se hace malo. No nos viene ahora poco á pro-

pósito tener mi señora aun todas sus galas; no sé qué es su intencion.

Dam. No me espantaria si de treinta y cuatro años que puede tener, á su cuenta, viéndose parada como el molino sin agua, y á nosotros derretidos de amor, siendo del mesmo metal, se le antojase algo: ya lo veremos.

Corn. Yo me voy á poner en una saetera, que de bien lejos descubre su casa.

Dam. Ya habias de ser ido y vuelto, segun mi deseo.

ESCENA VII.

CORNELIO.

En conclusion este Cervino no merece la muger que tiene: semejantes hombres habrian de arar con aquellas simplonas que los plantan de azul ultramarino y oro, que á tiro de arcabuz se parecen. No como la señora Marcía, que se los engerirá de verde escuro, que son ciertos cuernecitos, que no salen un pelo fuera de los cascos, mas ligeros que el mal frances moderno, el cual no hace aquellos espantajos que el antiguo, dándoos un *leva ejus* por las narices, y es mas dulce que la sarna, casi gentileza tenerle, y tan poco temido, que hasta las damas sin miedo le acometen, y ninguno por él con ellas vale menos: como bullen las arenicas del rubio Tajo. No puede dejar de ser esta, una de las mas solemnes burlas que se hallan escritas en el Bocacio. En fin cualquiera debe enseñar á leer, escribir y hacer coplas á sus hijas: porque son de tanta virtud como las alcarchofas, y segun dicen las comadres, de gran utilidad contra la pudicicia: que es una trabajosa enfermedad. Dicen mil groseros, que poder escribir los pensamientos es comodidad para saber ser malas. Lo que haria al caso es, que no tuviese ojos, ni orejas, que son las ventanas del mismo corazon, que á la que canta por natura, si gusta de las cosas del mundo, tanto le importa saber leer y lo demas, como no saberlo. No echan los necios de ver que las ignorantes fiando los secretos de los criados, se hacen sus esclavas, y que se hallan algunos tan atrevidos, que presumen tambien ir á la parte, con amenazas de que descubrirán sus faltas, ó sobras; y si no lo alcanzan, ellas se lo saben, mudando hoy de un amo, y mañana de otro, van publicando las desgracias de las tontas inocentes. Mas estas sibilas, estas doctas, saben gobernarse de manera, que apenas ellas mesmas entienden lo que hacen. Veis aquí ahora el ejemplo, que por tener esta señora tantas letras, ha sabido engañar á un hombre tan sabio como el bachiller Inocencio, que le podrian poner, como dice, *inter oves et boves, et reliqua pecora campi*; pues siendo el principal ministro de la transformacion que esta noche se hará, piensa ayunar á pan y agua. Mal haya el diablo, que no me ha de tocar sino el escribir simplemente los avisos: porque los criados somos como la campana, que suena para otros, y para sí no le quedan sino los golpes del badajo. Allí salen las salidas damas, de morado va la de Macias: juraréle yo sin verla; porque tengo por menos pesado un coselete á prueba, que un virgo. Quiero darme prisa, para avisar á mis amos, que están espiritados.

ESCENA VIII.

CERVINO. MARCIA. INOCENCIO. CASANDRA.

Cerv. Marcia, amores, ya veis que me dejais solo; por amor de mí, que os vengais en acabando las vísperas.

Marcia. Yo os lo prometo, que no me querria quedar tan presto en la iglesia.

Cerv. Oislo, Inocencio, no os aparteis de ellas, mirá no las pisen, que habrá mucha gente.

Marcia. Por cierto que pareceria tan bien el bachiller entre las mugeres, como nosotras en el coro.

Cerv. Oh, qué donosa razon; hacé, hermano, lo que os digo. No me contenta nada Casandra, ¿ese tu manto bajo les está mejor á las doncellas?

Cas. ¿Y la premática?

Cerv. Yo pagaré la pena.

Marcia. Así habrá ello de ser. ¿No quereis que vea donde pone los piés?

Cerv. Dejalda caer, que Inocencio la levantará.

Cas. El corazon me dice que será ello así antes que vuelva á casa.

Cerv. Marcia, mirá que os pongais en parte escura; apartaos cuanto mas pudiereis, que andarán cien insolentes, que os quitarán la devocion que llevais.

Marcia. No hayais miedo: en nombre de Dios, vamos. ¿Qué os parece, Inocencio, de la mala condicion de este mi hombre? Por vuestra vida, ¿no me teneis lástima?

Inoç. Y como, señora: *Summa est hominum perversitas.* Mil veces he dicho entre mí, que es vuesa merced mártir: en verdad que no tiene razon. Habria de tener

otra muger que le hiciese padecer del mal que tanto teme : mas no lo permita Dios. Es mas que verdad lo que decia mi maestro, que de todo cuanto la tierra produce, con alma vegetativa y sensible, no hay cosa á quien la muger no pase en miseria : pues sola ella ha menester comprar con sus bienes á quien ha de ser señor de su persona.

Marcia. Paciencia.

Inoc. Sí, señora, por amor del Señor. Ahora que tengo tiempo, quiero encomendar á vuestra merced aquella pobre doncella, que es una obra meritoria.

Marcia. Yo os prometo que por eso he salido de casa, que no me siento con el ánimo reposado, ni nada buena. Vamos poco á poco : no sé qué me tengo, desde el punto que entendí su desgracia. Ahora pienso hablar á una grande amiga mia, prima de la abadesa del monasterio donde pienso ponerla, que vendrá á encontrarnos sola por no dar nota, y espero que todo se hará bien.

Cas. Ya no puedo mas, que se ha alargado una cinta del chapin y se me sale del pié. Entremos, si vuesa merced es servida, en esta casa á apretarla.

Marcia. En hora buena.

ESCENA IX.

RAMIRO. POLICENA.

Ram. Si me vendiese por esclavo en una galera; tengo de comprar una casa para no andar en estos alquileres. ¿Siempre has de estar á la ventana, rapaza? Mirando los vencejos se junta el ajuar : ¿no lo has aprendido cierto de tu madre?

Pol. Estaba mirando, padre, si venia : para saber si se ha de hacer la cena en esta casa, ó en la otra.

Ram. Confundido me ha con la respuesta. ¿De manera, taravilla, que por estar á la ventana, vendré mas presto, y se hará de cenar con lo que aun está en la plaza? Policena, Policena, mira que no se me antoje jugar de pretina, que si comienzo, me comeré las manos tras ello.

Pol. Eso seria de pesar de haberme castigado sin culpa.

Ram. Antes me daria contento; no mas, picotera; limpiame luego esos bacines y aguamaniles como un oro, y mételos con los paños y estuches en la arca grande; y sea presto, no me pagues hecho y por hacer. Huela la casa á hombre : no la tocaria á un pelo de la ropa mas que las niñas de mis ojos : porque es la mesma bondad. Mas es menester aparejar la medicina, antes que venga la dolencia : y así, porque no se me estrague, quiero procurar de sacudir la pesadumbre que traigo, por su causa, á cuestas : no quiero que me suceda alguna desgracia, que no puedo tener oficial que me ayude sin sospecha; y solo, gano tres veces menos de lo que solia. ¿Qué se puede esperar de mercancía que, como cañafístola, baja ciento por ciento de precio : y que á duras penas, aun dando dineros con ella, hallais quien os la quiera sacar de casa? Sino lo que de la otra Policena, hija del rey Priamo : pues cuanto mas hermosas, tanto mayor es la desventura del que ha de lidiar con ellas. Quiero resolverme de tomar muger que mire por mí y por ella : mas, pobre de mí, ¿quién sufrirá el infierno de daca la madrastra, toma la hijastra, si ya el diablo no las concierta? No sé qué me haga; cierto la vida que paso no es para llegar á nietos. ¿Qué tentacion la tomó á mi madre, cuando quitándome de sastre, por ser como dicen oficio de ladrones, me puso á barbero? Debió sin duda de topar con alguno, que le acertó á poner la madre en su lugar : que padecia mucho de ella; pues si esto no fuera, ¿qué me faltaba á mí, dejándome libre, para venir á ser alguacil? Al fin ese mundo todo anda errado, pues poseen en él las cosas aquellos para quien no se hicieron. Como yo mismo ahora, que con mas altos pensamientos que un príncipe de Salerno soy un pobre barbero. ¿No acabas, Policena?

Pol. No me falta sino un aguamanil.

Ram. Cuando quieres, todo lo haces en un pensamiento : pero es el diablo, que eres antojadiza.

Pol. Y mas ahora que me muero por unos botines.

Ram. No te faltarán.

Pol. ¿Y de cena no dice nada? Yo bajo allá.

Ram. No, que voy por recado, y quiero cenar en la otra casa.

Pol. Vuelva presto, padre, que tengo miedo, si no estoy á la ventana.

Ram. ¿Pues de cuándo acá ha la niña temor del coco? á buen seguro que tú le pierdas presto. Paréceme que oigo á la madre, que no podia estar un momento sin compañía.

ESCENA X.

RAMIRO. CERVINO. MARCIA. INOCENCIO.

Ram. Beso las manos á vuestra merced.

Cerv. Dios os guarde, Ramiro; ¿qué buscais tan tarde por estos barrios?

Ram. Soy ya mas vecino de vuesa merced.

Cerv. ¿Cómo así?

Ram. He alquilado aquella casita de la esquina.

Cerv. Sea en hora buena, mucho me huelgo de teneros por vecino.

Ram. Estaré mas cerca para servir á vuestra merced. Ya me parece que se va haciendo hora de cenar.

Cerv. Por eso espero aquí á mi muger y á mi hija, que han ido á vísperas, y habrán topado con algunas comadres que se las tendrán parlando cuanto han soñado, dende que nacieron.

Ram. Ya no podrán tardar, aunque si están en las Huelgas, acaban muy tarde. La pobreza, señor, escusa un criado: con licencia de vuestra merced me voy á comprar de cenar, que por ser recien mudado, no hay nada en casa.

Cerv. Vais norabuena: cómo lo entendió bien el que oyendo predicar ser necesario para salvarse, que cada uno lleve su cruz, se fué á gran priesa á tomar á su muger á cuestas teniéndola por tal.

Mal entendido lazo de la gente,
Que las mas veces junta
Dos contrarios humores,
Con sola una pregunta,
Y un sí, sencillamente
Dado, que en mil cuidados y temores
Tiene siempre despues al mas valiente.

Si no fuera por el negro respeto del mundo, que dice que buena muger, y buen casamiento, se entiende, no de serlo, sino del que no se habla, me fuera ahora á traer á la mia, arrastrando por aquellos cabellos, dándole mil puntillazos. Huélganse, pues hacen hoy carnestoliendas. Quiero que mi suegro se ria de mí, si puede otro dia tanto conmigo, que las deje oir otras vísperas este año; es verdad, que me quitará que no enclave la ventana que, por amor dél, dejé abierta. Allí vienen, déles Dios tanta gota, que nunca mas se levanten, amen, amen, amen. ¿Sin duda que habeis ayudado á coger las sobrepellices?

Marcia. Maravilla fuera, si no me saliérades á recebir con vuestros pudrimientos: veis aquí al bachiller y á Vigamon, que os dirán si son acabadas las completas.

Cerv. Pregunta á mi compañon si yo soy ladron.

Inoc. Es cierto, por esta ánima pecadora, que se levantaron al *nunc dimittis*.

Cerv. De aquí adelante serán las vísperas rezadas en casa, que no las quiero tan largas fuera.

Marcia. Yo sufriré cuanto pudiere; subíos arriba, Casandra.

Inoc. Ya está en su cámara. Señora, no sea parte el marido para que vuestra merced pierda lo que hoy con tanta devocion ha ganado: que siempre el insidiador anda mas solícito, cuando nos ve ir por el camino de nuestro verdadero descanso y contento.

Marcia. Dios se lo perdone á quien tan bien me empleó.

ACTO CUARTO.

ESCENA PRIMERA.

VIOLANTE. CORNELIO.

Viol. ¿Cornelio?

Corn. Señora.

Viol. ¿Dónde está Damasio, que no ha dormido en casa esta noche?

Corn. Lleváronle unos amigos suyos que han venido de Salamanca, y por ser tarde se quedó con ellos: no tenga pena vuestra merced, que en parte está donde no le habrá faltado regalo y contento.

Viol. ¿Pues cómo no me has dicho nada?

Corn. Mandó me que no lo hiciese. La juventud, señora, ha de pasar la carrera, porque cuando el mozo es viejo, es viejo mozo, y lo que ahora disculpa la edad, en la madura da que reir á las gentes.

Viol. Ay, Cornelio, Cornelio, qué retoricadas escusas de traidor descarado son esas: en mal punto pusiste los piés en mi casa; tú, bellaco, eres el inventor y maestro de los vicios de mis hijos, tú se los tramas y me los has, de dos palomas sin hiel, vuelto milanes.

Corn. Nuestra Señora de Prado me valga con vuestra merced; déme licencia, pues tan mal parezco ante sus ojos, y con esto saldremos ambos de pena: parece que me ha visto vuestra merced el juego, porque no deseaba sino semejante ocasion para irme con Dios; porque á un mozo le sobra un amo; por eso vuestra merced mande hacer cuenta conmigo, y tambien yo la haré, de

haber perdido el tiempo en parte de donde pensaba salir con otro pelo.

Viol. Eso es lo que yo he mas menester; yo voy á misa, en volviendo lo haré de muy buena gana, porque la muerte del lobo es la vida de los corderos.

ESCENA II.

MACIAS. CORNELIO.

Mac. Bien me puedo, o Amor grande y benigno señor, dar de hoy mas por bien pagado de cuanto por amar he padecido, y si culpándote con impaciencia vanamente, he pronunciado algunas palabras contra tí, ahora, arrepentido de todo corazon, confieso que la mayor de tus penas es pequeña, y muy fácil de llevar en comparacion de tan grandes premios, pues de la tempestad de los suspiros, y del infierno de los afanes, llevas á la luz y gozo de todos los deleites desta vida. En este punto oí hablar á Cornelio, y no parece; bueno es que se descuide, cuando mas es menester; ¿dónde habrá ido? No sé cómo podremos sacar á mi hermano, y volver á mi alma á su casa. Mal haya el diablo, á fe, que se podria Cervino dar con un canto en los pechos, antes que me sacára la presa de las manos, á no tener tal prenda en su casa. Oh qué terrible cosa es, haber por fuerza de refrenar el apetito y gusto, y privarse de su contento: mas quien siembra, ha de compensar la esterilidad con la abundancia. Pero lo que mas me lastima es ver que esta pobre señora, como tiene en tanto la honra, no ve la hora de volverse á su casa, asegurada ya de tenerme por suyo.

Corn. No estaria mas un solo dia en esta casa si me dorasen.

Mac. Cuitado de mí, ¿qué oigo?

Corn. ¿Es este el galardon de mis servicios?

Mac. Parece que se está quejando Cornelio: hermano Cornelio.

Corn. Ya es la hermandad acabada.

Mac. Vienes con un gesto como si te hubiese mordido una víbora.

Corn. Hame mordido otra peor que sierpe: yo me voy, señor, á sacar mi hato, que estoy resuelto de no sufrir mas insolencias de mugeres.

Mac. Este veneno me faltaba para hacer amargas todas mis dulzuras: bien dicen que la A, B, C, que hace comedia, hace tragedia. ¿Cómo, Cornelio, es posible que en tan gran necesidad nos quieres desamparar?

Corn. Yo no soy bueno para necesidades, sino para hacer malos á vuesas mercedes, como acabo de oir de boca de mi señora, con palabras que no se podrian decir á un capeador, y por esto me quiero alargar sin ninguna réplica.

Mac. Estraño eres en mirar á sus palabras, conociéndola: ¿no sabes ya cuán terrible es con nosotros cuando se enoja?

Corn. Si ellos se quieren estar como pollos en cesta, yo no, porque estimo mi honra, aunque pobre mozo, como el mas estirado.

Mac. Por vida de Damasio, que sé que le quieres mas que á mí, que dejando aparte la cólera, veamos cómo nos debemos gobernar, para que salgamos bien deste negocio.

Corn. Yo no me quiero empachar mas en cosas de vuesas mercedes, pues soy, segun dice mi señora, quien los distrae, antes irme con Dios en haciendo mi cuenta.

Mac. No esperaba yo cierto esa respuesta de tí, ni menos mi hermano, pues me dijo ayer que como volviese á casa, te queria dar un vestido, y diez ducados. De mí no digo nada.

Corn. ¿Y dónde los tiene él para dármelos?

Mac. ¿No tiene la renta de Toro, y la de Boezillo, que es herencia de un tio nuestro, y ha cuatro años que goza della?

Corn. ¿Y tiene cierto los diez ducados?

Mac. Y aun mas de ciento y cincuenta.

Corn. Pequeña lluvia gran viento aplaca; del amor del señor, nace la obediencia del criado, y el que es fiel, nunca se mueve á hacer bien por la esperanza del premio: y así no lo haré ni por diez, ni por mil, sino por mi buena ley, y porque no se diga por mí: cuando el malo ayuda, los deja el peso á cuestas; y aun oso decir, por dar desgusto á mi señora, perdóneme vuestra merced si le pesa de ello.

Mac. Nosotros queremos mas para tí, que para cuantas madres hay en el mundo. ¿Qué te parece que hagamos?

Corn. Yo lo remediaré todo, déjame el cargo. He pensado esta noche; mas perdemos tiempo, que la esperiencia es maéstra en los casos que ocurren. Una cosa quiero de vuestras mercedes, que si acaso yo diere en manos de la justicia, me ayuden á diestro y á siniestro.

Mac. ¿Porqué temes de ella?

Corn. Porque no querria dar del humo en el fuego, y que el verdugo me deshiciese las lechuguillas con los piés. Si

vuesas mercedes han esta noche estado en el placer de Niquea, yo no he llorado mis pecados, antes gozado de mi Policena como un paladin: la cual me ha dado la llave de la casa donde han morado hasta ahora, y otra contrahecha, ademas de la que tiene su padre, de una arca grande, que dejaron de mudar ayer por ser tarde; para que es remuneracion de mi trabajo, tome lo que hallare dentro: efetos de amor, que hace los hijos ladrones y enemigos de sus padres. No quiera vuestra merced saber mas: mi señora es ida á la iglesia, y la casa está sola: lleve vuestra merced á la señora Casandra á la que he dicho de Ramiro.

Mac. ¿Y si acaso él estuviese allí?

Corn. Quien mucho mira al viento, ni siembra, ni planta á tiempo: haga vuestra merced lo que le digo, que cosa hecha cabeza tiene. No hay otra llave de la puerta, sino esta, y Policena está prevenida, para que si el padre se la pidiere, le entretenga con: aquí estaba, allí la puse, acullá os la dí; hasta que yo vuelva y se la dé á ella: y estamos seguros, porque no hallará quien se la mude, sino despues de misa mayor.

Mac. Ay, ay.

Corn. No hacen al caso los suspiros, cuando se trata del remedio.

Mac. Suspiro por lo que pierdo y podrá suceder.

Corn. En el camino se endereza la carga: conforme á lo que viniere nos gobernarémos. Haga vuestra merced lo que digo presto, pues no hay tiempo para mas consideraciones. Dios da hilo á tela urdida.

Mac. Yo voy por ella.

Corn. Vaya vuestra merced, que el palo torcido se endereza torciéndole al reves: yo me adelanto á tener abierta la puerta. Terrible simpleza es la de los que servimos: que ponemos la vida á cada paso en mil peligros por nuestros amos, no esperando de ellos otro galardon, sino al primero descuidado un: No os he menester en mi casa. Mas gran necio seria yo, si por las palabras de la madre dejase, mientras dura el granillo, á los que me son tan compañeros liberales. Quien no soba, buen pan no coma: quiero cogerme ahora estos diez ducaditos, vengan de do vinieren, que con ellos, y el vestido, me pondré como un Palmérin de Oliva. A fe de pobre mozo, que se podrá dar á este, si se nos logra, el precio de los tiros. Andaos á ser zeloso, y enviaros han adonde ni el papa, ni el emperador, no tienen embajador: no quiero decir, con perdon de quien me oye, á la maldita y descomulgada region de Cornualla. Yo prometo, si me caso, que tengo de llevar á beber mis patos, cuando llueva: que la violencia de no dejar hacer su curso á la naturaleza trae semejantes acidentes. ¿Mas qué no acomete una persona, cuando siente que no se fian de ella? Cuanto á mí, yo me confieso de mi parte que todo lo echaria á doce: y por ventura han pasado las agraviadas de trece, porque mis gallipavos no se habrán dormido, yo los fio, con las purgas. Esta cerradura, señora mia, es de golpe, y se abre por de dentro, tirando así el pestillo: pruebe vuestra merced, esté diestra, para que no se embarace al salir, y esto ha de ser en oyendo toser. Súbase presto á su aposento: baje al punto el señor Damasio, y métase en la arca: que con el mesmo ardid se sacará, y será llevado á casa de Ramiro.

Mac. Mucho me cuadra: mas temo no se desmaye de congoja.

Corn. No tenga miedo, que hasta los ratones desta casa son enamorados, y como tales nos han ayudado con agujeros que han hecho, para que pueda respirar: y ya yo lo he probado mas de cuatro veces; cuanto mas que ha de durar poco. Ahora sálgase vuestra merced, déjeme cerrar la puerta: esté á la mira: yo llevaré las llaves á Policena y me encerraré con ella, en yendo el padre por el arca: que vale ahora como la de Noe, cuando buscando nuevo mundo andaba rellena de todas las reliquias de la tierra.

Mac. La de Marsella te guie.

ESCENA III.

CERVINO. RAMIRO. INOCENCIO.

Cerv. La casa de César no solamente ha de estar sin mácula, mas sin sospecha de ella. Digan mi suegro y cuantos me tienen por estremado zeloso, lo que quisieren: que lo he sido, lo soy, y lo seré: dando siempre gracias á quien me da conocimiento para serlo: en que me tengo por rey de los hombres; pues sé tener á mis mugeres de manera que no me puedan hacer de los juegos de pasapasa, que suelen las que tienen algunos buenos Juanes por maridos. Aténgome al cantarcico portugues que dice:

O homem que á molher não garda
Merece de trazer albarda.

Presto se engaña quien mal no piensa: tú

que tienes que hacer en tu casa, no te alejes de ella. Dicen que andan en un predicamento el zeloso y el cornudo: porque *actu vel potentia*, el que no lo es lo puede ser. Y si esto es así, como lo es, no sé yo qué razon hay, para que un hombre que tiene muger moza y hermosa como yo, no guarde su cabeza de tan estraña metamorfósis. Es verdad que os toca una enfermedad comunicable, sino para haceros vergonzosa conseja del vulgo. Mejor están los cuernos en el pecho, que en la frente.

Fors et tam nostris, invidit quæstibus aures.

Porque á qué amigo osaréis quejaros que, si no rie de vos, no se aproveche de la ocasion, instruido y encaminado para tomar su parte de la visceracion. Esta mañana, en la plaza, me dijo uno en secreto, que cierta doncella principal se salió anoche de casa de su padre, y que se está á placer con su enamorado. ¿Qué atrevimiento del demonio? A no haber contado mis ovejas; descuidaos y vereis lo que pasa: perro viejo no ladra en vano.

Ram. Ta, ta, ta. Habráse la rapaza subido á los desvanes. Ta, ta, ta; por mi fe que le tengo de dar, en abriendo, dos repelones. Tatata, tatata, tatata.

Cerv. ¿Ramiro, quereis vos, sin para qué, dar con la puerta en tierra? Si hubiese alguno en casa, ya os habria oido presto, aunque estuviese sordo.

Ram. A mi hija dejé aquí ahora poco ha, no sé cómo no responde, habrá salido fuera la loca á buscarme. Suplico á vuesa merced permita, mientras vuelvo, que aquestos gentiles hombres descarguen en su casa.

Cerv. Lo que mas he menester.

Ram. Que la quiero ir á buscar.

Cerv. Hora buena. Amigos, aliviaos, que no sabeis cuanto ha de durar la fiesta.

Ram. Os á beber y volví luego á mi puerta, que yo os pagaré vuestro trabajo. Mándeme vuestra merced y perdóneme, que se mire por esa arca, que tengo dentro un gran tesoro.

Cerv. Yo voy fuera. Bachiller, dad buena cuenta de ella.

Inoc. Yo la guardaré como el dia del domingo.

Cerv. No me viene poco á propósito la vecindad de Ramiro, porque con una mira apuntará á dos cosas. Quiero encomendarle que tenga cuenta con quien entrare ó saliere en la mia, y estoy cierto de que me será fiel espía. Mas como dice el judío, de quien me fio, me guarde el Dio: de quien no me fio, me guardaré yo.

ESCENA IV.

MACIAS. LENA. INOCENCIO.

Mac. Lo peor de desollar, es la cola: todo cuanto os he dicho, Lena, no vale nada, si no haceis de manera que Inocencio salga á la calle, que con esto la cosa sucederá como deseamos. Mirá que en teniéndole fuera de casa, habeis de toser, que es la seña que tiene para salir al punto.

Lena. Hasta aquí la mar está sosegada, pues no se oye rumor de marineros. No se muestre vuestra merced, apártese, y déjeme hacer mi oficio. Santo Viceto in secula, amen. Señor licenciado, ¿cómo está vuestra merced? que me parecen años los dias que no tengo ventura de verle.

Inoc. No creo yo menos, Lena, de vuestra bondad: estoy bueno para lo que os cumpliere, gracias sean dadas al Señor. Huélgome de haberos encontrado, porque os sé decir que ayer tarde, volviéndome á casa, me dijo mi señora que ya habia concertado el negocio de su prima, y que se habia puesto en manos de quien lo hará muy á su gusto, de que venia alegrísima: y despues acá no he sabido otra cosa, porque no la he visto.

Lena. ¿La causa?

Inoc. Fué haber reñido con nuestro amo, anoche sobre cena.

Lena. ¿Qué me cuenta? Llégueseme acá, por amor de mí, no nos oiga algun espíritu malino de allá dentro.

Inoc. Aun no habia yo mirado en tanto; teneis mas que razon.

Lena. ¿Dígame, amor mio, lo que hubo? Hem, hem, hem.

Inoc. Vinieron á tratar del bienaventurado san Juan, y diciendo mi señora que san Juan Evangelista es digno de grande veneracion, le respondió: Es así; mas hoy no es sino Baptista. A que le replicó ella, que sabia bien ser el evangelista: y aunque yo le hacia señas que se engañaba, con todo esto porfió tanto, diciendo: que no ignoraba el calendario, que él, ya amostazado de haber vuelto casi de noche á casa, se levantó enojado profiriendo: Bien dijo el sabio rey don Alonso, que para ser uno buen matrimonio, habia de ser el marido sordo, y la muger ciega: *Beatus vir qui habitat cum muliere sensata*: y entendiendo ella que le llamaba insensata, comenzó mas alterada á injuriarle: y él en-

tonces vuelto á mí, dijo: ¿No os parece, bachiller, ocasion esta, para renegar de este sexo? y dióle un bofetoncillo, que no matára una mosca: con que ella se entró gritando en la cámara de la señora Casandra, y se encerró con ella, donde aun se están juntas. Mas yo sospecho que andaba, como los médicos, buscando el mal, y así cuando yo estuviera en lugar de su marido, quizá que hiciera mas con ella.

Lena. Hem, hem, hem. Por eso dicen que es mas fuerte el vinagre de vino dulce, pues vuestra merced, que parece un silo de paciencia, la hubiera meneado los huesos: á fe que lo habia de merecer. Hem, hem, hem. Vuestra merced la ponga en razon, que no le estará bien, si le comienza á perder el respeto: yo sé bien la tempestad que se levanta, cuando el enemigo de nuestra frágil natura se mete entre marido y muger. Hem, hem, hem. Mas espero que esta riña de san Juan será la paz de todo el año: porque pasada la furia, la señora se aplacará, procediendo adelante como quien es: que al fin se ha de servir al marido como á señor, y guárdese de él como de un traidor. Hem, hem, hem. Estoy muy resfriada.

Inoc. Bien se os parece.

Lena. ¿No me sabria dar algun remedio?

Inoc. Y tal como bueno. Tomaréis esta noche en una escudilla lo mas caliente que pudiéredes, y muy atropada dormí sobre ello, que amanecereis como una manzana.

Lena. ¿Pues qué tengo de tomar caliente?

Inoc. ¿Ya no os lo he dicho?

Lena. No por cierto.

Inoc. No os espanteis, porque voy enucleando algunas arduas cuestiones, que *nuperríme* se me han movido en la especulativa, las cuales me traen desvelado, y como fuera de mí.

Lena. Mucho me pesa de su desasosiego, ¿y con quién han sido las cuestiones?

Inoc. No es eso, hermana. Cuestion viene de *quero*, que es buscar, disputar, dudar, *et similia*.

Lena. La cuestion del cuero se apacigua con el sueño. Otra gracia querria que me hiciese.

Inoc. Ya sabeis lo que teneis en mí. *Omnia prorsus officia debeo.*

Lena. Deseo mucho saber en qué mes cae la Epifanía este año.

Inoc. Ya es pasada, mas viene siempre en enero.

Lena. O pecadora de mí, quise decir la Ascension.

Inoc. Mucho va de uno á otro, es menester verlo en el calendario, ó *tabella temporaria festorum mobilium*, y no oso estar mas aquí; la primera vez que nos veamos os lo sabré decir.

Lena. ¿A lo menos dígame cuándo hace la luna?

Inoc. Cierto que sois curiosa, esperá. Aureo número seis, epacta veinte y seis. Miércoles á las siete de la tarde: y esta noche pasada ha habido eclipse; comenzó á las diez, y duró hasta las cuatro de la mañana, que habrá causado grandes dolores de cabeza.

Lena. ¿No me haria merced de darme alguna oracion de su mano contra los duendes? Que en la casa donde vivo andan.

Inoc. Acabá por amor de mí, no os detengais mas, que aun no estando mi amo en casa lo temo.

Lena. El Señor le acompañe.

Inoc. Y vaya con vos. ¿Hay sinceridad como la desta buena muger en el mundo?

ESCENA V.

RAMIRO. POLICENA. CERVINO. BEZERICA. DAMASIO.

Ram. ¿Adónde has estado hasta ahora, chorlita? No me veria yo sin tí.

Pol. Antes que digan, digais: y el padre dónde anda, que no ha tenido lástima de dejarme sola en una casa donde anda una fantasma, que de miedo he estado tendida mas de una hora desmayada, y como volví en mí, le fué luego á buscar á la otra casa, y no osára tornar á esta si no me hubiera encontrado Cornelio, el criado de aquellos caballeros, que me ha enseñado una oracion, la cual se ha de decir en los temores, por la alma del postrero ahorcado.

Ram. ¿Y cómo era la fantasma?

Pol. E, e, era una cosaza, la, larga: que me pareció abrazarme, y me cubrió el co, co, corazon, tanto que me caí de mi estado como muerta.

Ram. Ta, ta, tartamuda te ha dejado el espanto; fué, necia, tu sombra: baja, baja acá, abre la puerta, que voy á pasar la arca de casa del señor Cervino, donde la puse hasta que parecieses, ó muerta ó viva. Servidor, señor dotor.

Inoc. En buena hora feamentado.

Ram. Vengo por mi arca.

Inoc. Señor.

Cerv. ¿Qué hay?

Inoc. Viene Ramiro por su arca.

Cerv. ¿Pareció ya vuestra hija?

Ram. Sí, señor, tuvo no sé qué miedo de verse sola, y fué á buscarme á la otra casa.

Bez. Oh qué espada dorada tan linda que está en esta arca.

Cerv. ¿Qué espada? ¿qué sabes tú?

Bez. Tiénela un señor que está dentro.

Cerv. ¡Señor que está dentro!. ¿qué dices?

Bez. Sí, señor, yo le he visto.

Cerv. ¿Qué es esto, Ramiro?

Ram. ¿Mira vuestra merced á las palabras de los mentirosos niños?

Cerv. Pues ellos suelen decir las verdades, y muchas se descubren con la mentira. A buena cuenta, yo quiero ver lo que hay.

Bez. Sí, señor, dentro está.

Ram. Son mis estuches dorados, y recado de la tienda; estás borrachito, merdoso.

Cerv. Digo que abrais, si no quereis que nos oigan los vecinos.

Ram. Que me place.

Cerv. Así, mal hombre, traidor, infame, cornudo.

Ram. ¿Qué insolencia es esta? ¿desta manera se tratan los hombres honrados en esta casa? tras haberme robado mi hacienda. Justicia hay en la corte.

Cerv. ¿Y á vos qué os parece? ¿Es buena gentileza, meteros desta suerte en casa agena?

Dam. Hablá con quien me metió. Mas ¿qué tencis vos que ver, en que yo me hago llevar por toda la ciudad, como me diere gusto?

Cerv. Llévenos á casa del diablo, pero no á la mia.

Dam. ¿Hay mas, si os pesa tanto, que pagaros el alquiler del tiempo que ha estado la arca en vuestro portal?

Ram. Señor Cervino, haga vuestra merced que parezca mi hacienda, pues me ha faltado en su casa; dejémonos de cuentos, no seamos tras cornudos apaleados.

Cerv. Ambos me lo pagaréis con las setenas, á pena de ruin hombre. Al fin la muger y el vino engañan al mas fino.

ESCENA VI.

CERVINO. INOCENCIO. BEZERICA.

Cerv. ¿Inocencio?

Inoc. Señor.

Cerv. ¿No os he yo dejado en guarda de mi casa?

Inoc. Sí, señor.

Cerv. ¿Habeis estado siempre aquí?

Inoc. Sin apartarme un minuto.

Cerv. ¿Pues cómo se ha hecho esta maldad?

Inoc. ¿Qué maldad puede cometer un hombre cerrado en un arca? Tuviesemos así á todos los malos, y podriamos dormir á sueño suelto, sin temor de los ladrones. Cuanto mas que son cosas de mozos, y habrán querido hacer alguna burla al barbero y á su hija. ¿Nunca vuestra merced, siendo estudiante, hizo la ánima pecadora? Como desas le podria yo contar.

Cerv. Mirá á quien he yo encomendado mi honra.

Inoc. No está mal guardada, cuando el que la podria quitar viene debajo de llave.

Cerv. Quitáosme de delante, insensato, no me hagais...

Inoc. Mire vuestra merced que se debe tener respeto á un hombre graduado como yo: porque deste palo nacen los oidores y presidentes, que mandan el mundo. Si que yo no soy zahorí, para ver lo que está en las arcas cerradas, ¿porqué no lo adevinó vuestra merced cuando la hizo descargar en casa? *Auctor horum malorum præter te nemo fuit.*

Cerv. ¡O Ramiro traidor! Ven acá, Bezerilla, ¿bajó abajo Macias?

Bez. No, señor.

Cerv. ¡Hombre en arca, y en mi casa! Inocencio, id luego á llamar mi suegro, que nunca él lo fuera, decidle que se llegue luego aquí, que me importa mucho. ¿Dime, muchacho, cómo viste aquel hombre?

Bez. Dende la ventana de la despensa.

Cerv. Dilo todo, no tengas miedo.

Bez. Abriéndose aquella arca, salió de ella la señora Casandra.

Cerv. ¿Y quién abrió á Casandra?

Bez. No sé, señor, ella creo que venia abierta.

Cerv. ¿Y qué hacia entonces el bachiller?

Bez. Estábase á la puerta de la calle hablando con un fraile.

Cerv. ¿Y despues qué hizo Casandra?

Bez. Subióse arriba.

Cerv. ¿Y subida ella?

Bez. Bajó aquel señor, con no sé qué ropa en el brazo, la espada dorada en la mano, y metióse en la arca.

Cerv. Esta ha sido una de las mayores maldades que se han visto en el mundo; sús, manos, á la sangre. Quiero matar primero el traidor enarcado, y despues daré tras estas malvadas que no se me irán sin castigo. Estos eran los casamientos del se-

ñor Aries. Bezerilla, si viniere mi suegro, dile que me espere, que luego vuelvo.

ESCENA VII.

DAMASIO. MACIAS. CORNELIO.

Dam. En un punto están dicha y desdicha, y las desgracias siempre aparejadas. No hay contento en esta vida que no traiga consigo el desgusto, ni alegria sin mezcla de llanto. Es tan cierto esto, como seguir la sombra á quien al sol camina. Al fin lo que menos se teme, es mas de temer. Mas ya que nuestra mala suerte ha querido que aquel rapaz haya descubierto el mas gracioso caso que de amores ha sucedido, habemos, hermano, de procurar que aquellas señoras no padezcan, porque su pena nos seria de perpetua infamia. Es menester prevenirnos, y comenzar á reparar el daño: porque las desdichas son como los peces, que por maravilla vienen solos en la redada.

Mac. Cortá de mí por donde quisiéredes, tengo por mejor obrar antes con peligro, que padecer despues con vergüenza. El daño que hace la mala suerte se ha de remediar con valerosa mano, haz tu deber, y venga lo que viniere. Vamos luego á sacárselas de casa.

Dam. Gentil emendar de avieso; bien dicen que naturalmente la juventud, como poco esperta, no mira ni considera los peligros: y así no me maravillo de que vuestra resolucion sea mas gallarda que prudente.

Corn. Si hubieran considerado lo que pudiera suceder, á buen seguro que aun se estuvieran en los jardines de Tántalo.

Dam. ¿Qué dices, Cornelio?

Corn. Digo, señor, que corriendo inconsideradamente, en negocio tan arduo, seria vestir antes el jubon que la camisa.

Dam. Es como dices, pero mano, *velocitatem sedendo tempera.*

Mac. Eso se entiende cuando el tiempo da lugar, y porque falta, diré antes yo, *tarditatem surgendo tempera*, pues no se ha de perder momento en consultas, cuando la necesidad constriñe á menear las manos.

Dam. Estemos á la mira para socorrerlas, si fuere menester, y así cumpliremos con ambas cosas. ¿Qué te parece, Cornelio?

Corn. Que vuestra merced habla como un Séneca, y el señor Macias como un caballero de la Tabla Redonda, cuyo parecer se ha de ejecutar, cuando no haya otro remedio. Mas yo espero ponerle, por vida del señor Aries: y por ventura la fortuna no nos será tan enemiga ni pasará la cosa tan mal como tememos. Mas entre tanto, un ojo en la sarten y otro en el gato: ténganme buen ánimo: que en el templo de Júpiter dicen que habia dos cubas de vino, una de bueno y otra de malo: no nace rosa sin espina: ya es hecho: busquemos ungüento bueno que podamos poner en la llaga, antes que se venga á encancerarse. Yo quiero que vuesas mercedes vean ahora quien es Cornelio Cervantes de Pisuerga: que un hombre á las veces vale por ciento; y que muchas, ciento no valen por uno.

Dam. ¿Pues que medio tienes tú con Aries?

Corn. Por lo menos el de la señora doña Lujuria, que á la vejez le hace jugar de lomo.

Dam. ¿Es posible?

Corn. Eslo tanto que me ha prometido unas Indias, porque le sirva de tercero.

Dam. ¿Sepamos con quién?

Corn. No, que se enojarán vuesas mercedes, si se lo digo.

Mac. No podrás tú decir ni hacer cosa de que nos pese; dilo libremente.

Corn. Con mi señora, cuando menos, por quien bebe los aires, dende el dia que le habla sobre el casamiento.

Dam. Ha, ha, ha! ¿y tú, qué le has dicho?

Corn. No le quise dejar sin esperanza, adevinando que los pasos en que andamos nos llevarán á haberle menester: que por eso tambien tengo ya hecho con Vigamon, su criado, un cambalache de dueños: con que se tiene mas de vuestra merced que de su amo. Allí viene, debe de ir á reñir nuestra pendencia: déjenme con él.

Mac. Al fin no hay negocio tan perdido, que poniéndole en manos de un prudente, no se pueda esperar algun remedio.

Aries. Dios os guarde, Cornelio.

Corn. Beso las manos á vuestra merced. ¿Qué alteracion es esa?

Aries. Es por de ir de priesa á casa de mi yerno.

Corn. Tengo que decir á vuestra merced sobre el negocio que me encomendó.

Aries. Vení á hablarme á la tarde.

Corn. No será posible, porque tengo mucho que hacer.

Aries. Esperá un poco. Bachiller, váyase delante, diga á mi yerno que luego seré con él. Pues, amigo, ¿qué tenemos?

Corn. Tratéla, señor, del negocio, en

bonísima coyuntura con tan grata audiencia, que quisiera, á lo que sospecho, que durára mi plática hasta ahora.

Aries. Al fin.

Corn. ¿Podré creer, me dijo poniéndose de mil colores, que hay en el mundo quien se acuerde de mí? Y aunque no me dió el sí, ni me dijo de no, eché de ver que tiene perdida la mala voluntad á vuesa merced; pero como muger prudente no quiere descubrir su corazon tan presto.

Aries. Mucho contento recibo de oir eso: volveos ruego á darle otro tiento.

Corn. No será posible, de que, señor, me pesa mucho, porque me he de partir mañana en amaneciendo, á cierta romería: y ahora está mi señora muy enojada contra su hijo mayor.

Aries. ¿La causa?

Corn. A vuestra merced todo se le puede decir. Estando Damasio enamorado de la hija de Ramiro el barbero, por órden de la moza, para lo que vuestra merced puede pensar, se metió en un arca: que de la casa donde han vivido, se habia de mudar ayer á otra que ha tomado, y por ser tarde, la dejó hasta esta mañana: que llevándola, halló la puerta cerrada, por haber salido la hija no sé á qué, y mientras volvia, la pusieron los ganapanes en casa de aquel caballero yerno de vuesa merced, con su buena licencia, por no dejarla en la calle: y queriendo despues sacarla, no sé cómo se vino á echar de ver lo que habia dentro. De que mi señora está muy congojada, temiendo no hayan sospechado haber sido por hacer algun mal en aquella casa: mas la pura verdad es esta..

Aries. ¿Es cierto lo que me habeis dicho?

Corn. Certísimo, así yo tenga buen viaje ó nunca de él vuelva.

Aries. ¿Luego de la hija de Ramiro andaba enamorado el Damasio? Y aun por eso me dijo Vigamon un dia, que era toda vuestra.

Corn. En el cuya se engañó. Es como tengo dicho, yo sé bien lo que hay entre ellos.

Aries. Al fin la inocencia es seguro escudo, y creer muy presto ligereza. Vos me habeis dado dos nuevas una mejor que otra, con que me he alegrado mucho. Tomá este doblon para guantes.

Corn. No, suplico á vuestra merced.

Aries. ¿Qué cosa es no? Tomaos, digo.

Corn. Vuestra merced me quiere echar una argolla al cuello, yo me doy por su perpetuo esclavo: beso las manos á vuestra merced. Yo le aseguro de que si aprieta, vendrá presto al fin de su intento.

Aries. ¿Y vos no ayudaréis á ello?

Corn. Estos, señor, son dos mozos muy libres, como todos los hijos de viudas, y quiérenme mal de muerte, porque les digo lo que les conviene: y así yo no quiero estar con ellos por ninguna cosa; aunque mi señora no me quiere dar licencia.

Aries. ¿Pues cómo, eso tengo en vos? Tampoco yo quiero que os salgais de su casa, y me obligo á daros mas al doble en ella de lo que ganais; ¿quereis otra cosa?

Corn. No he servido tanta merced como recibo de vuestra merced. Mas no es posible dejar de partirme, por la obligacion de cumplir un voto de ir á Cerveros, que hice ya muchos dias: y como soy mortal, no es justo perder la buena ocasion que se me ofrece ahora, de un gentil caballero que va á lo mesmo, y me hará la costa á la ida y la vuelta, porque le acompañe.

Aries. Digo que no os habeis de ir en ninguna manera: sufrí sus mocedades con discrecion, pues la teneis, y cualquiera mala palabra que os dijeren, la pondré á mi cuenta, y el voto se cumplirá otro año: podrá ser conmigo: porque tambien si me caso pienso hacer ese camino.

Corn. Si vuestra merced me mandase ir á Roma descalzo, yo lo haré mejor que por el rey.

Areis. Yo os lo agradezco con mucho. Con esto quiero ir á sacar á mi yerno de la opinion que debe tener.

Corn. Es tanto el odio que tengo contra Damasio, que me holgaria, en alguna manera, de que aquel caballero creyese que se habia hecho llevar así, por amor de su hija, para que le hiciese matar.

Areis. No suceda tal, que iria la honra de la mia de por medio.

Corn. Encargo á vuestra merced por quien es, la de Policena, que es una doncella honesta, y muy recogida.

Areis. No os dé pena, que basta ser muger para escusar lo que le puede hacer daño: y mirá que no me olvideis.

Corn. Yo lo deseo mas que vuestra merced.

ACTO QUINTO.

ESCENA PRIMERA.

VIOLANTE. CORNELIO. RAMIRO.

Viol. Salí acá, Lobata, llamá esa gente, dadme mi manto, y tomá el vuestro, venios conmigo: ¡desdichada de mí! no sé qué me he oido, á unos que á mi puerta estaban tratando de una pendencia que han tenido mis hijos. Bien me dijistes vos que habian salido de casa de mala manera. Estos son los embustes de aquel embaidor de Cornelio: que de los mas modestos y obedientes, me los ha hecho los mas libres y viciosos de toda esta ciudad. Estoy resuelta de acabar de echarle de mi casa, ó dejarlo con él, y meterme en un monasterio. Cuitada de mí, ¿qué ruido es este? Desuella caras, traidor, enemigo, ¿qué has hecho de mis hijos?

Corn. Ellos quedan sanos y en salvo, y yo por defenderlos traigo mi pago.

Ram. Es como dice Cornelio, y lo que él tiene no será nada.

Viol. ¿Decíme, amarga de mí, adónde los dejastes?

Ram. En la plazuela de San Lorente.

Viol. Venios conmigo, Ramiro, dejá ese mal hombre.

Corn. No lo digo yo.

ESCENA II.

ARIES. MORVECO. CORNELIO.

Aries. En efeto este mi yerno es un mal hombre, bien dicen las obras con el bestial nombre que tiene.

Morv. Ya vuestra merced lo ve.

Aries. Vámonos por amor de mí á saber cómo está el herido, que por ser criado de aquella casa lo siento mucho mas. Allí nos sale al encuentro, de que no me huelgo poco. ¿Cómo estais, amigo; qué ha sido esto? Creed que me ha dado tanta pena vuestra desgracia, cuanto contento recibo ahora de veros en pié.

Corn. No esperaba yo menos de vuesa merced. Ibanse, señor, mis amos á pasear; y sin porqué, Cervino, acompañado de diez y doce escapados de las horcas, nos asaltó en aquel paso estrecho que va de la Bueyeriza al Espolon, junto á las casas del duque de Bejar. Viendo esto hecimos los tres una hilera, cargando los mas sobre el señor Damasio, y trayéndole acosado: viéndole en mal término, arrebaté del carro de un serrano un tozuelo, que me deparó mi ventura, y díme con él tan buena maña que los hice retirar mas que de paso, tanto que habiéndome cebado en ellos, me hallé á Cervino al lado, el cual, á traicion, me dió un reves de que me ha mancado esta mano. Sobrevino luego el teniente, y prendióle: los demas ladrones, de alguaciles y porquerones seguidos, se encomendaron á sus piés: no sé lo que despues ha sucedido.

Aries. ¿Qué le parece á vuestra merced, señor Morveco, de la temeridad de este atronado? Que se haya ido, sin mas verificacion, á poner mano á las armas, deshonrándose con tanto escándalo del pueblo.

Morv. Mucho ha que le tengo yo pronosticado este desatino.

Aries. Andá, hijo, gobernaos bien, y avisáme lo que os fuere menester, que yo tendré cuidado de saber de vos.

Corn. Beso las manos á vuestra merced.

Aries. Quiero, en todo caso, proveer lo que á mi hija conviene: que la sangre, y su mucha virtud, en que imita bien á su madre, me obligan á mirar por ella, y á sacarla de tan desgustada vida, como este loco le hace pasar. Y descubriré á vuestra merced ahora un secreto, de donde conocerá la mucha virtud de Marcia. Hame jurado que se está tan vírgen, como el dia en que nació, porque Cervino no es hombre, escusándose con que una amiga que ha tenido de viudo le ha ligado.

Morv. Yo lo creo por mi fe, téngalo vuestra merced por certísimo, porque ha muchos dias que le veo andar tras Sanchez, el boticario de la Rinconada, que tiene fama de gran hechicero, y nunca me ha querido decir lo que con él tiene, aunque se lo he preguntado.

Aries. Pues para con vuestra merced yo quiero escribir luego á monseñor de Cornibus, que es todo mio, que me avise si la podré casar con otro, atento la impotencia deste malventurado.

Morv. Haga vuestra merced que conste, que yo se la daré libre en quince dias, sin enviar tan lejos.

Aries. Tanto que mejor.

Morv. Pues vuestra merced pretende anular el matrimonio, será bueno que yo tambien le apriete para que case á mi sobrina, ya que se ofrece tan buena ocasion, y que entre tanto la meta en un monasterio, ó casa, donde esté tratada como quien ella

es : que no querria verla caer por desesperacion en algun inconveniente, de los que cada dia acontecen. Tengo por gran desatino é imprudencia, no dar cuanto antes dueño á las doncellas, quedando sin madre que mire por ellas : cuanto mas con las partes de mi sobrina, y la que tiene de nuestro abuelo en el monte de Torozos.

Aries. Si le parece á vuestra merced, vamos juntos á hablar al licenciado Cervera, mi letrado, sobre ambas cosas, y segun su consejo nos gobernarémos.

Morv. Por mejor tengo al dotor Vaca, que trata ante el provisor de muchos casos matrimoniales.

Aries. Vamos á ambos, que no dañarán dos consultas y pareceres : no perdamos tiempo.

ESCENA III.

DAMASIO. VIOLANTE. RAMIRO. MACIAS.

Dam. ¿No es, señora, gran indignidad, venir una persona como vuestra merced á semejante cosa?

Viol. ¿No es mucho peor que vosotros me deis ocasion para ello?

Ram. Señora, esté vuestra merced muy contenta, que le ha dado Dios dos hijos como leones, porque lo han hecho tan valerosamente, que han ganado hoy mil voluntades.

Viol. Querria yo, triste de mí, que ese valor se mostrase siendo mas virtuosos que otros, y que se echase de ver en el buen gobierno de sus personas, y de tanta hacienda como su padre los dejó, y yo les he conservado y aumentado. Madre desconsolada, viuda de veinte años, que he consumido la flor de mi juventud, criándolos con perpetuo cuidado, sin haberme, por su causa, querido volver á casar, con salirme muchos buenos partidos, y últimamente el de un caballero, que está á pique de heredar el estado de Monte Agudo.

Ram. No lo ha querido Dios, porque vuestra merced criase con mas aficion á estos caballeros, y á mi señora Valentina : él se los guarde; que se prosiguen como han comenzado, por todo el mundo se hablará de ellos.

Viol. Pobre de mí, si estas pendencias suceden una vez bien, á la segunda ó tercera salen mal dellas.

Ram. Esta no ha sido por su culpa, yo me hallé casi presente, pues ví ir aquel desatinado, con una manada de rufianes, que robarian la peste á san Roque, y metiendo mano contra ellos, ¿qué habia de hacer?

Viol. El enojo que yo tengo es con aquel maligno de Cornelio.

Ram. ¿Contra Cornelio, señora? Ahora digo que el hacer bien no aprovecha todas veces : por vida de mi Policena, que merece ser bien querido de todo el mundo, cuanto mas de vuestra merced, porque lo ha hecho como leal y valiente criado. Arriscar la vida el mozo por el amo, ya ha mucho que no se usa en Valladolid.

Dam. ¿Sabe vuestra merced cómo ha de ser de aquí adelante?

Viol. Peor que peor, si no hay emienda.

Dam. Digo que si nos quiere bien á mi hermano y á mí, ha de hacer cuenta que tiene tres hijos, poniendo en este número á Cornelio, á quien tenemos mas obligacion que á ninguno de nuestro linage. Porque al tiempo de las necesidades, los parientes son poco fieles, los amigos se desparecen, y este entonces se muestra mas desentrañadamente, en cuanto nos toca.

Ram. Cierto que lo merece.

Viol. Tenedle vosotros en el lugar que quisiéredes, que yo os dejaré en su tutela, apartándome, yo sé bien de qué manera, de ver y oir tantas desvergüenzas.

Ram. Enojada se ha entrado mi señora; vuestra merced es mal sufrido, y ella impaciente, porque como tan buena madre, le duelen estas cosas que oye.

Dam. El sufrimiento y la obediencia es muy justa y debida cosa : mas no hemos de dormir, como dicen, hasta los treinta años con nuestra madre, ni ella ha de tirar tanto la cuerda que se rompa, porque ya no somos niños, y segun las edades han de ser los castigos.

Ram. Es así, señor, que los niños, porque no entienden ni temen otra cosa, se castigan con el azote : mas los hombres con las reprensiones, las cuales se deben oir de los padres con humildad y respeto, teniéndoles siempre en la memoria, para guardarse de allí adelante de darles ocasiones de pena : pues todas sus asperezas van enderezadas al bien de sus hijos, y la cura del riguroso cirujano es mas segura, que la del blando y piadoso médico.

Dam. Hablais como un Caton : cierto que no he oido sacamuelas que tan apuntadamente diga lo que alcanza : ¿quién pensára que de la boca de Ramiro podia salir razones tan acicaladas, que bastan á convertir los mas descaminados y pérdidos? Salí acá, Macias, oireis maravillas.

Mac. ¿Qué hay? ¿Estamos seguros?

Dam. Hame predicado Ramiro obediencia y humildad, despabilándose tanto el senescacho, que con gran admiracion he dicho: Bendito seas tú, señor, que así como Balan oyó la voz del que llamaba, me has hecho sentir la del mentecato Ramiro.

Mac. ¿Y vos qué decis á esto? ¿no habrá para mí algo?

Ram. Vuesas mercedes andan de torneo, no me espanto de verlos aturdidos: dejémonos de donaires, acuérdense de que quien debe de resto, no está libre, que es lo que hace el caso: hagamos de manera que se cobre mi ropa, que no sé imaginar cómo me la sacaron del arca.

Mac. Como quiera que hay asido, aquí os la pagarémos si se perdiese: ¿quereis mas?

Dam. Yo os lo aseguro, vengamos á lo que nos importa mas. Ya sabeis la amistad antigua que teneis en nuestra casa, la cual habeis conservado con vuestra buena servitud; y conociendo el amor que nos teneis, deseamos que saqueis el fruto del que os tenemos: y así buscamos ocasion en qué poderos aprovechar. Conoceis tambien las buenas partes de nuestro Cornelio, quien tenemos en el lugar que habeis oido, y desta manera creo que abrazaréis la voluntad con que os daré parte de lo que mi hermano y yo habemos tratado: y es, cuan bien os vendrá que le casemos con Policena vuestra hija, y para esto nosotros ayudarémos, de manera que no les falte nada.

Ram. Entendiendo así lo que vuesas mercedes me han dicho y propuesto, no haria lo que debo, si llanamente no sometiese mi voluntad á su disposicion, y así los dejo el cuidado, y doy á mis veces, para poder libremente hacer de ella lo que fueren servidos. Pero con una condicion.

Dam. ¿Y es?

Ram. Que mi señora Violante piense tambien en casarme, que por sí puede juzgar la melancólica vida de los viudos: esto se entiende cuando vuesas mercedes la hayan aplacado.

Mac. Ya yo la he desenojado y está muy contenta.

Dam. Todo lo que pedió está bien pensado: y así os daremos una muger que os vendrá de perlas.

Ram. Vea yo á vuesas mercedes señores de dos grandes ciudades.

Mac. ¿Qué tan grandes, por vida mia?

Ram. Por lo menos, como la de Suntiem de la China: que, si no miente el que escribe, ha menester un hombre, para atravesarla de puerta á puerta, caminar con buen caballo todo un dia sin parar, esto sin los arrabales, que son otro tanto, y es de tanta gente, que en media hora se pueden juntar doscientos mil combatientes, los cien mil á caballo.

Dam. Esa sea la mia.

Mac. ¿Y la mia?

Ram. La Cestiernega, fundada al pié del alto monte de San Cristóbal, media legüecita de aquí, porque no se canse: que no tiene alcalde, alguacil, porqueron, escribano, médico, boticario, cura ni sacristan, falta para vivir en paz y con salud mil años; abundantísima de quijones y turmas de tierra, que son bonísimas para los abogados, procuradores y novios.

Mac. Agraviado quedo, y con todo eso cuando lo seais, yo os haré el banquete y daré esa fruta.

Ram. Como quiera que sea no veo la hora. Al fin es verdad que muger, ni mal año, nunca faltan. Mas de veras, ¿á quién me quieren dar vuesas mercedes?

Dam. ¿Qué nos dareis porque os lo digamos?

Ram. Cuanto tengo, sino á mi hija.

Mac. Esa ya se ha dado.

Dam. Ahora yo os lo quiero decir, aparejá la colacion.

Ram. Sepamos antes si lo vale.

Dam. Vale un Perú. A Lena Corcuera de Cienfuegos, y aun Valverde, la corredora.

Ram. Mucha gente es esa, para tan pobre despensa como la mia, y mas si trae la cola.

Dam. No, que es rabona, y una fénix que nunca ha parido, y fuera de ser honrada, cuanto otra de su manera, es la mesma diligencia, para haceros de oro en poco tiempo.

Ram. No sea como la ave de caza, de quien dijo aquel, ser bastante para mantener una casa en hambre y laceria, aunque tenga veinte personas. En conclusion, señores mios, no me descontenta el partido, por ser de la edad que yo he menester, para no andar asombrado, dentro y fuera de casa, metiendo en ella alguna tortolica de las que ahora se usan. ¿Mas de hacienda, cómo está?

Mac. No sabe lo que se tiene.

Dam. Eso me hace poner en duda el quererlo hacer: pero nosotros, que es toda nuestra, haremos que venga en ello por fuerza: cuanto mas que no es Ramiro para desechar: y así podeis perder cuidado. Pero una cosa queremos de vos.

Ram. ¿Y es, señor?

Dam. Que no alceis la queja de aquel traidor de Cervino.

Ram. Como vuesas mercedes me favorezcan, antes haré instancia para que le corten la cabeza.

Viol. ¿No acabais de entrar en casa?

Dam. Ya vamos, señora.

Viol. Por amor de mí, que tengais de aquí adelante mas asiento y seso: no andeis en estas revueltas, que me quitais la vida.

Dam. Ramiro, entrá á refrescaros con nosotros.

Ram. Vuesas mercedes me perdonen, que es tiempo de acudir á casa: que aunque tengo buen oficial, para mi hija es tarde.

Dam. Regalalda mucho, que presto la echarémos de casa, haciendo nuestro deber con ella, como buenos amigos.

Ram. Con esa confianza voy: vivan vuesas mercedes mil años.

Mac. Dios os guarde.

ESCENA IV.

ARIES. RAMIRO.

Aries. ¿Ya habreis sabido la pendencia de Cervino con los hijos de mi señora Violante?

Ram. Como quien se halló presente á cuanto ha pasado: y si vuesa merced supiese la causa que tuvo, lo tendria por mayor desconcierto y locura. Para decir verdad, este yerno de vuestra merced es un terrible hombre.

Aries. Siempre he temido, viéndole tan desatinado, que le habia de suceder alguna desgracia.

Ram. Yo temo no vaya esta vez en ruina cuanto tiene, y aun dudo de la vida. Asaltar á dos caballeros tan emparentados con la casa de Cabra donde está el rey, y tantos de los alcaldes, es otro que palabras. Pues búrlense con el licenciado Bicornis, que le prendió; á fe que apretándole los cordeles, le haga alargar los cerraderos de la bolsa, y aun de la boca. Veremos ahora cómo sale del insulto, de la herida del criado, del hurto de mi hacienda, de haberme tocado en la honra, con tanto vituperio, y de lo que mas importa, que son las blasfemias, que se le prueban con cien testigos, tan honrados como él.

Aries. Yo vengo ahora de verle, y le he hallado tan manso, que porque le ayude á salir de este trabajo, me ha confesado todas sus menguas. Y así habiéndome informado de que sin litigar, podré dar á mi hija otro marido, lo pretendo hacer cuanto antes me sea posible.

Ram. ¿Qué es lo que oigo, sueño, ó qué me tengo? ¿Casar con otro á la señora Marcia? ¿Puédense ya tener dos maridos juntos? Que les faltaria á las locas.

Aries. No va por ahí. Quiero que sepais una cosa de que os quedaréis abobado.

Ram. ¿Qué es, por vida de vuestra merced?

Aries. Que Cervino aun no ha podido pagar el débito á mi hija.

Ram. ¿Cómo es eso? ¿Pues á fe que es ella para hacerse pagar en otro que doblones tiene, acaso, algun menoscabo en su persona, que le ha impedido?

Aries. Dice que con un hechizo le han hecho impotente.

Ram. Basta, ya estoy al cabo, crea vuestra merced que siempre estos estremados zelosos tienen algunos defectos, que los traen con aquellos espantos.

Aries. No tengais duda. ¿Habeis visto á Cornello?

Ram. Sí, señor.

Aries. ¿Tiene mas de aquella herida?

Ram. No otra cosa, y aquella es pequeña.

Aries. ¿Cómo le podria yo ver?

Ram. ¿Ha dado á vuestra merced alguna buena esperanza?

Aries. La esperanza en que me ha puesto es tan pequeña, cuan grande el deseo: y para que sepais mi intencion, os digo que si por el modo intentado no hay remedio, quiero tratar por otra via de casarme con esta señora.

Ram. Ese sí, señor, que es el camino real y seguro.

Aries. Quiérole enviar á llamar; si le veis antes, decidle, os ruego, que me hallará en las Arrepentidas.

Ram. Yo se lo diré, encontrando con él.

ESCENA V.

LENA. MACIAS.

Lena. No será bien, pues quien primero toma no se arrepiente, dejar enfriar el amor de mis escaramuzantes, porque no dura mas en ellos, que de Navidad á san Esteban. Mas pierde quien mas vergüenza tiene. Bueno seria haberles enseñado el camino, y perderme yo en el bosque. No quiero, porque no hay cosa que tan fácilmente se quiebre, como la voluntad del hombre, aguardar mas, á peligro de que les

dé fastidio : el pedirles la buena pro les haga: y que usen conmigo, como el que mientras llueve, se mete debajo del árbol, y pasada la agua, le hace leña para su fuego. Querránseme ahora, si viene á mano, esconder en un trigo segado. A punto llega el menor, de cuyas palabras se puede fiar tanto, como de una soga podrida Señor Macias, el enamorado, dichoso, rico, y gentil hombre.

Mac. ¿Qué hay por acá, Lena, bella, discreta, y agraciada?

Lena. Parece que comenzamos á tirarnos las verdes. Vengan mis chapines y tocas.

Mac. Rato ha que los ví pasar.

Lena. Pasador malo me atraviese si lo dejare pasar. ¿Y el señor Damasio está tambien con modorra?

Mac. Por eso vengo de tomar un poco de aire, que me he sentido esta noche algo pesado.

Lena. No hay sordez peor que no querer responder á propósito. Pues no me hagan entonar tan alto, que nos oyan los mudos.

Mac. No son los tiempos siempre de una manera : seria mejor atender, de hoy mas, á lo que conviene á nuestras almas, pensar lo que somos, y á qué habemos de venir : dejándonos de vanidades que tan caro cuestan.

Lena. Este es el primero sermon que ha hecho pollo á raposa : que no se hallará en Esopete. Estoy por reirme sin gana ; ha, ha, ha. Ahora digo, que tambien se toman zorras viejas, de las que han otras veces dejado la cola en el lazo. Despues de pan y vino cogido, y lo que peor es comido y bebido, damos en santidades. Antes se ha uno de olvidar de sí, que del prójimo. De aquí adelante yo ataré mejor mi dedo : quien tal hace que tal pague.

Mac. Ya me parece que os vais entonando, como dijistes poco ha : guardaos de oir esa cancion á caballo.

Lena. ¿Qué me dice vuestra merced? Hablemos claro, no hay para que mascarme las palabras; aunque se olviden las buenas obras, siempre ha de durar el respeto que se debe á las tocas.

Mac. Y aun por no haber olvidado yo las vuestras, digo que os guardeis.

Lena. A lo menos guardarme he de tratar con gentes que traen las cabezas tan llenas de aquello que no es bueno, sino para navegar.

Mac. De viento quereis decir: mirá como corremos las parejas. Quien os sufre esa injuria, ¿no merece algo?

Lena. Digo que se ha de cumplir lo prometido, porque desta manera se aumenta y conserva el crédito : y vuelvo á decir que quiero mi buena estrena.

Mac. Dos cosas son prometer y cumplir. ¿Mas qué cosa es buena estrena? que antes nosotros la pretendemos de vos.

Lena. ¿Y de en hora buena? Aun seria peor eso que lo del que emplaza á su acreedor. Yo sé bien lo que me deben, y lo que por ellos he hecho.

Mac. Pero no lo que nosotros pensamos hacer por vos : que andamos desvelados por daros contento y descanso, y no lo acabais de entender, la una mano tira y la otra hila.

Lena. Señor mio, al orinar se conocen las yeguas : tanto me dirá, que me cosa la boca. ¿Sepa yo pues, antes que muera, lo que me tiene la ventura guardado?

Mac. No es poco.

Lena. A lo menos viene poco á poco.

Mac. No habeis oido decir : ¿nunca mucho costó poco?

Lena. Con eso me destetaron. Mas no sé lo que me espero, y bien que me costará ya muy caro.

Mac. Eso mas es que descoser la boca. Quiérooslo decir, por no venir á las manos.

Lena. ¿Pues tras qué ando yo? Daria la esperanza por verme con vuestra merced á la melena, pegando de mi mano en contado.

Mac. Mas lo querriades sin contar. Dejemos esto, que ya son ameres. Queremos casaros, ea, acabemos ya.

Lena. Vuestra merced me parece que tiene en la una mano el pan, y en la otra el palo. Ojalá, que ya mi requebrado hizo flux.

Mac. Es posible.

Lena. Al confesor y al médico se ha de descubrir todo. He descubierto que cubria una andrajosa y que la tiene preñada, y como amor no puede sufrir acompañado, al punto le dí pasaporte. No hay, señor, que fiar de rufianes, pues habiendo yo sacado á este traidor, oliendo á estiércol, de rascar la mula del canónigo Frechilla, trayéndole como un palmito, y dádole cuanto tenia, á qué quieres boca, me ha dado este pago.

Mac. Alguna secreta virtud debe tener, pues Lena, maestra destas labores, ha hecho tanto por sus pedazos.

Lena. Mas pensé que por sus ojos bellidos. Daria lo que me queda, porque fuese

de veras lo que vuestra merced me dice, para olvidar á aquel bellaco. Mas á fe búrlase vuestra merced.

Mac. Mi hermano os dirá. Como quien soy, que os queremos casar.

Lena. ¿Con quién? ¿Con quién, por vida mia?

Mac. No menos que con Ramiro, barbero, cirujano, aun algo físico: hombre maduro, acreditado y bien acondicionado.

Lena. ¿No es el de la hija bonita, donde ya me entiende?

Mac. El mesmo.

Lena. No me parece mal, mas no sé si me querrá con tan poco dote.

Mac. Todo lo suple vuestra persona y buenas partes; ya le tenemos medio convertido.

Lena. Harianme vuesas mercedes su perpetua esclava, si no me olvidan no faltará en que servírselo.

Mac. Dejános el cuidado, y tambien de regalaros, por lo que os habeis fatigado en guiarnos la danza: y cuanto os he dicho ha sido por tentaros.

Lena. Bueno seria pensar otra cosa: no querria ser tenida por tan necia, todo se me alcanza. Beso las manos á vuesas mercedes.

Mac. Con bien vais.

Lena. Con esta buena esperanza, quiero comenzar á ordenar mi ajuar, esforzarme cuanto pudiere á salir de pecado, y huir de que se diga por mí, que no hay ninguna ramera, ni alcahueta, que no venga á morir en el hospital, ó de hambre. ¡Cómo se mejoran las horas, cuando Dios quiere, y cuánto aprovecha servir á los buenos! Al fin no queda carne en la carnicería, por mala que sea: y en efeto, la muger es como la hiedra, que arrimada al tronco, se sustenta verde y fresca, y apartada se seca. Bueno será ponerme de veinte y cinco alfileres para echar mejor garabato á Ramiro, que aunque no soy para desechar, todo lo habré menester, porque me parece que ha dado mucho de sí. Mas si cenare solamente una ensalada, no se dirá que me voy á dormir ayuna.

ESCENA VI.

CORNELIO. ARIES. INOCENCIO.

Corn. Cierto sabio dijo que cada uno tiene cierto defeto, y que el suyo era la muger que tenia: sin la cual en todo lo demas era bien afortunado. Debe, sin duda, de ser un pesado inconveniente: pues un hombre tan justo y prudente sentia alterada toda su quietud y vida, por la mala cabeza de su muger. ¿Qué debemos pensar los pobretes como yo? Verdaderamente que me pone en cuidado el humorcillo de Policena: y así estoy entre sí me casaré, ó no me casaré, como pinaza en la mar, combatida de dos vientos. No querria hacer lo que muchos necios, que primero hacen las cosas y despues las piensan. Esta mañana, al salir de casa, la primera cosa que oí fué toser un cabron, que, aunque me dicen lo suelen hacer por la mudanza del tiempo, lo he tomado por mal agüero. Mas otra cosa me da mucho que pensar, y es, haber oido que los casamientos y partos del verano son muy peligrosos. La razon desto debe de estar en la esperiencia, pues no hay astrólogo que la sepa adivinar, sino con dos dedos. Échome á nadar á la ventura, como hizo mi padre, en el lago tocado del Unicornio. Quiero poner las manos en el rostro, por no topetar con la frente, y hacer lo que mis amos me aconsejan; que si Ramiro no tiene casa, tampoco yo gozo de hogar ni viñas: ellos me prometen lo que es bueno, y mi señora casi el ajuar entero: Ramiro no tiene otro heredero, y hállase con granillo: la moza es cortada á mi medida; débola, segun me jura, su honra, y está espiritada por mi gentileza: buenos señores y amigos, puédome pasear poco menos que á caballo, pelando cada dia mis patos: ¿qué quiero mas? Ramiro me ha dicho que el señor Aries me desea hablar, debe de labrar el fuego. ¿Despues burla qué tendré mala rentilla en él? Quiero ir á buscarle, y cargarle he de palabras, que sean como el estruz, quien ni es bestia ni ave: gobernándome de manera que le vaya chupando sin sentir, y aumentado el deseo con falsas esperanzas, sin acordarme dél, mas que de las nubes de antaño: allí está, quiero hacer del dolorido para que valga mas la mercancía.

Aries. Vengais en buen hora, pues, amigo, ¿cómo está la mano? He entendido que la herida es pequeña, de que me huelgo mucho.

Corn. Qué importa, si quien me la dió la hace grande, pues iba con ánimo de cortarme cercen el brazo.

Aries. Él está donde lo pagará todo. ¿Hablastes mas á mi señora Violante?

Corn. No ha media hora, haciendo un largo razonamiento sobre vuestra merced.

Aries. ¿En fin?

Corn. En fin, señor, está de manera,

que un ciego echaria de ver de qué pié cojea, pues da señales de lo mucho que gusta de oir mentar á vuestra merced.

Aries. ¿Podré creer eso?

Corn. Bueno seria dudar en cosa tan puesta en razon: si que no se hallan á cada paso las calidades que mi señora ha entendido de vuestra merced. Ella es persona muy sabia, y como tal, por no mostrar ligereza, no se quiere declarar tan fácilmente, mas presto nos desengañará el cojo. Entre tanto sepa vuestra merced que le tiene perdida la mala voluntad.

Aries. El tiempo trae las cosas á quien con mas razon puede esperarlas; mas el mio es tan corto, cuanto larga en ella esa buena voluntad; y así, no siendo para mí esperanzas tardidas, ni menos pretender inclinarla con los amorosos términos de que se suelen pagar las mugeres, aunque no las que son tan cuerdas como ella, estoy resuelto de pretenderla por via de casamiento, si ya no hallamos otra mas corta.

Corn. Esa, señor, es infalible, si no se atravesase el deseo que tiene de casar antes á la señora Valentina, que dice comienza ya á parecer mal en casa. De los hijos vuestra merced lo sabe de su boca Mas he pensado una cosa, dende que Ramiro me dijo que Cervino es impotente, y que vuestra merced pretende dar otro marido á aquella señora: y es, que sea el señor Damasio, si quisiese venir en ello: pero póngolo en duda, por verle tan embarazado con aquella doncella.

Aries. No mas, basta esto por ahora, que viene allí el bachiller; no quiero que entienda lo que vamos tratando Anda en buen hora, y de cuando en cuando una puntadica, por amor de mí.

Corn. Ya estoy al cabo.

Aries. ¿De dónde viene ahora el buen Inocencio?

Inoc. Ya vuestra merced lo puede pensar.

Aries. ¿Pues qué hay?

Inoc. Nunca le falta mala ventura al desgraciado. Ha ido al corregidor un caballero mozo, *nomine* Macias Curuca, echando chispas, haciendo grandes requerimientos, diciendo que el herido tiene el pasmo, que está ya en las manos de Dios.

Aries. Eso es así.

Inoc. Por otra parte el padre de Bezerica, que no parece, pidiéndole cuenta dél, y que hasta que se le dé, le tengan á buen recado. Y así le han vuelto á estrechar la prision. Y hallándose afligido, me envia á suplicar á vuestra merced que por amor del Señor, no le desampare, y que se vaya tratando del casamiento de la señora Casandra, que él gustará de que se efectue. Y que en lo que toca á mi señora, él mesmo hará fe bastante, para que sin mas averiguacion, la pueda vuestra merced dar á quien la quisiere. Que él pretende, cansado ya de las cosas del mundo, retirarse á vida solitaria. Encomiéndosele á vuestra merced *amore Dei.*

Aries. Porque se allane, y el nombre que ha tenido de mi yerno, iré á entender lo que hay, y si puedo le haré dar en fiado una casa por cárcel, como no sea la suya.

Inoc. Eso no importa, pues no quiere entrar mas en ella.

Aries. Yo huelgo mucho de eso. Váyase, bachiller, haga buena compañía á las mugeres, y dígales lo que pasa, que yo iré á verlas. Ahora sí, que á mi gusto podré cortar y juntar, con menos daño y costa mia, á la de Cervino: quiero encajarme adonde deseo, para pasar mejor la enojosa vejez. Será bien acudir á Macias para que apriete á su hermano, y que de tres casas, hagamos sola una; de consuelo y alegría no quiero dormir mientras está el hierro caliente.

ESCENA VII.

DAMASIO. MACIAS. CORNELIO.

Dam. Hermano, ¿adónde ha ido Cornelio?

Mac. Es tan diligente, que donde quiera, es de creer que nos está sirviendo. Veisle allí.

Corn. ¿Adónde iban vuesas mercedes?

Mac. A buscarte, que no sabemos estar sin tí un momento: y vamos cortando de tus pedazos.

Corn. No hay pocos de que asir, segun ando destrozado. Pagados quedamos, pues que yo tambien he roido los zancajos á vuesas mercedes.

Dam. ¿Con quién las ha habido, por tu vida?

Corn. Adevínalo vuestra merced.

Mac. Ea, dilo.

Corn. Con el señor Aries que anda en todo, y por todo, de nuestra parte.

Dam. ¿Qué dice?

Corn. Tanto ha dicho, y yo contrapunteado, que no lo quiero decir.

Dam. Bueno es eso, acaba de echarlo.

Corn. Que la señora Marcia será de vuestra merced, y la señora Casandra me

parece que la llevará á un caballero de Tortosa.

Mac. ¿Qué dices? ¿Estás loco?

Corn. Como se lo cuento.

Mac. Gentil nueva me traes, para venir tan alegre, como eres necio.

Dam. ¿Díceslo de veras?

Corn. No son cosas para burlar con ellas. Así se la dejarán de dar, como el señor Aries de alcanzar lo que pretende.

Mac. ¿No nos dirás qué quiere?

Corn. Por lo menos que mi señora le caliente la cama.

Mac. ¿De qué manera?

Corn. Como la calentó á su padre.

Mac. ¿Y cuando mi señora viniese en ello?

Corn. Entonces él lo trocará todo, y hará que vuestra merced tenga lo que desea.

Dam. ¿Cómo sabes tú todo eso?

Corn. Porque lo ha tratado conmigo, y se contentará desta manera.

Dam. Tú eres á punto el aliento que ahora calienta, y ahora enfria: como el alacran, que hiere, y con su aceite sana. Gran cosa es tener criado que no haya menester consejo. Para decir verdad, tú mereces mejores amos que nosotros.

Corn. Yo los tengo mejores que sabria desear.

Mac. Entrémonos, hermano, persuadamos á mi señora, que si yo no alcanzo esto della, me quiero ir á Flandes.

Dam. Poco será menester para esta conjuncion, porque la debemos de tener de manera, con la plática de nuestros amores, que no debe desear otra cosa. Entre tanto, toma tú, Cornelio, estos diez ducados, que ha mucho que son tuyos.

Corn. Adeudarse hace al hombre esclavo. Beso las manos á vuestra merced. ¿Y el señor Macias, no piensa sino injuriarme?

Mac. Toma cuanto tengo, que todo es tuyo.

Corn. Sí, por cortesía, pero no querria yo ver siempre ese *toma* desnudo.

ESCENA VIII.

MORVECO.

Ahora acabo de entender, ser los zelos de las mas violentas y bestiales pasiones que pueden tocar á un hombre: porque si una vez se asientan en la cabeza del que se consume y seca, investigando una tan escura verificacion, le hace cometer ridiculosos desatinos. Bien dijo aquel, que el zeloso es loco de arte mayor, pues como tal tiene miedo hasta de su mesma sombra, y de cosas nunca vistas, oidas, ni pensadas: mirándolas como en espejo de alinde, que se las representa muy mayores de lo que son. Viviendo él cuitado siempre, en el mal hecho un Argos, y en el bien ciego topo: con una invengable ira, que no se le puede acabar sino con la vida, por ser infinito el número de los que desea herir y matar, para satisfacer la rabiosa saña que tiene contra todo lo que teme, temiendo de cuanto imagina: y puede tanto esta frenesía, que aun contra sí mesmo le vuelve: tanto que ha habido alguno que para saber si su muger le hacia á los husos tuertos, por si se empreñase poderla convencer de adulterio, se hizo, cuando menos, capar: y poco le ha faltado á nuestro Cervino, para hacer otro tanto. Veis aquí lo que resulta destos escusados zelos, cuya venganza mas hiere que sana al que los tiene, como Lepido que vino á morir de pena. Mas bueno seria si Macias, que con tanta voluntad ha pedido por muger á mi sobrina Casandra, se saliese ahora fuera. Quiero ir, á la ventura, á ofrecerla, que espero mirará quien es, y que la señora Violante considerará cuán bien estará á ambas partes. Ríome del buen viejo Aries Gonzal, que estando el pié en la sepultura, para alargar la vida, pretende lo que, cuando menos se cate, le hará cantar á puerta un *requiem æternam*. Porque la muger es como la hiedra, que corrompe y arruina la pared que acaricia y abraza. Cuán bien que le cuadra lo que otro viejo respondió á uno que le reprendia porque en tal edad se casaba: No fuera yo viejo, si tuviera seso, basta que cuando la tuve, me tuve. De bien diferente humor está Cervino, pues deja tan fácilmente muger é hija, no viendo la hora de echarlas de sí; y porque ayude, y le dé mi granja para retirarse, me da la renta que tiene en Tordehumos: de que yo me contento, por apartarle de mí. Y ya resuelto voy á echar un lance, donde por ventura, quedaré con los demas enredado: que la señora Valentina es pieza que fácilmente me hará embarcar por su servicio.

ESCENA IX.

LENA. RAMIRO.

Lena. Mereceria que me echasen en un rio, si despues de haber tenido escuela de humanidad treinta años, no supiese mi cuenta, y quisiese venir á ser esclava, de la señora de mi casa y anchura. Quiero ver

cómo ando el negocio, que cuando Ramiro no se contente de mi estar poco en casa, buscándome la escama en el cogote, no quiero que pase adelante el casamiento. Seria bueno venir, por no saber su condicion, al cabo de mi vejez, á dar de nalgas en un prado de ortigas, que nunca fueron buenas para salsa. Tambien será bien saber lo que tiene, porque es menester mas que manteles limpios á la mesa. Quiero capitular antes con aquellos mis señores, que cabeza sin lengua á calabaza se parece. Mas digamos ahora, que él fuese mal acondicionado y pobre, nunca coz de garañon hizo mal á yegua. No me le traeré yo como á leche á una mano: pues va la pierna donde quiere la rodilla. Y cuando la despensa no esté muy bastecida, dejaré yo las manos en el seno á Policena. Es verdad que no es la moza, cayendo en las mias, para que anden los regalos rodando por casa, aunque se case, y hacer que venga á ser la tienda de mi novio la mas frecuentada y famosa de esta ciudad. Quiérome engolfar, que no puede faltar nada á quien ha sabido hacer de un zeloso un sátiro: que esto me da corazon de elefante. Aquí viene mi velado y todo mi bien.

Ram. Amores, cara de pascua florida, ya que estamos tan adelante, bien te puedo pedir una cosa á crédito ó como mia.

Lena. Tal puede ser que no haya lugar.

Ram. Que me dejes besar esa boca de perlas.

Lena. ¿Eso es? Dios me defienda del enemigo malo: la primera cosa que no se permite á los desposados, no haria por todo el mundo semejante pecado: hágase antes lo que dice el cura.

Ram. No me puedo ir á la mano, porque vienes oliendo á mil ámbares.

Lena. El mas perfecto olor de la muger es no oler á nada. A tiempo seremos.

Ram. ¿Adónde vas, amores?

Lena. A buscar á mis buenos señores.

Ram. Es en vano, porque están, como en consejo de estado, tratando de muchos casamientos: y ha pasado una cosa de risa.

Lena. ¿Y es?

Ram. Que proponiendo el señor Morveco el de la señora Violante con el señor Aries, respondió ella, que antes se meteria monja, que hacer tal agravio á los huesos de su marido: porque daria que decir á las gentes, si al cabo de tan larga viudez, teniendo hijos é hijas para casar, los diese antes padrastro. En esto saltó aquel loco de Macias, diciendo: Señor Morveco, pues lo desea tanto, vuestra merced se casará con nuestra hermana, y mi señora con el señor Aries, á quien nosotros holgamos de tener por padre, y así le podrá vuestra merced decir de nuestra parte, que se tenga de hoy mas, por señor de esta casa. En lo demas no me entremeto; pues mi señora quiere ser forzada. Mirá si habrá dado bien que reir.

Lena. Ha, ha, ha! La señora Violante no querria salir de tan largo ayuno sino con carne fresca: mas no le faltará consolador. Qué rollo de muger: si yo fuera hombre me perdiera por ella.

Ram. Si supieses lo que hay debajo de aquel mongil, de veras lo dirias.

Lena. ¿Y vos sabeislo?

Ram. ¿No quieres que lo sepa, si le he echado ventosas, y sangrado de brazos y tobillos cien veces?

Lena. ¿Y tocado á... no? Quitáosme de delante, que me revolveis la sangre en el cuerpo. No hay cosa que mas cuidado me dé en este casamiento, que haber de tener marido privilegiado para poder emplear sus cinco sentidos, donde otros no pueden uno.

Ram. No me has de ser zelosa, si quieres que vivamos como dos palomicas sin hiel.

Lena. ¿Al fin en qué han parado las pláticas?

Ram. Ya quedan todos concertados.

Lena. ¿Decíme cómo?

Ram. El señor Aries con mi señora Violante; el señor Morveco con la señora Valentina; el señor Damasio con la señora Marcia; el señor Macias con la señora Casandra; el señor Cornelio con la señora Policena; y el señor Ramiro con mi señora Lena, que están presentes. Y todos quieren pedir al corregidor la libertad de Cervino: que pues las partes se contentan, es justo que se halle á las fiestas y bodas de su muger, de su hija, de su suegro, y de su cuñado. Y porque las piensan hacer muy solennes, me envian á prevenir los menestriles de la ciudad, y así, para que se lo diga, voy á buscar al trompeta Juan Cornier. ¿Sabrásme decir adónde le podria hallar?

Lena. Sí, hermano, donde vos teneis los piés. Mirá que con la priesa no se os caiga alguna mentira.

Ram. Si se me cayere, yo la hallaré en tu casa, donde comenzarémos á tratar de nuestros pucheros.

Lena. Sin duda que habrá en el sarao mas cornetas que violones.

ESCENA ULTIMA.

CORNELIO.

De parte del señor Cervino, guarda mayor de los montes, se hace saber á todo el insigne auditorio, que los que no se fiaren de sus consortes estarán tan seguros, como de no caer las hojas del árbol en fin de otoño. Porque los zelos son contra el natural ingenio de las mugeres, coselete de araña para los arcabuzazos: la curiosidad, en todas partes viciosa, y en esta mas perniciosa. Y así, movido de piedad y celo fraterno, amonesta, que ninguno, de cualquiera calidad que sea, los tenga dentro, ni fuera de casa, so pena de que no le podrá faltar mala ventura. Antes que todo el mundo se arme de la quieta y mansa paciencia. Porque la esperiencia le ha hecho tocar con la mano, que todas las sutilezas y vigilancia de los espantados lepidos, que no quieren dejar hacer su curso á la natura, son azadones con que los cuitados sacan de los centros de sus sospechas, las invisibles cornetas de la fama. Y advierte que se burlan mas del que se fatiga en poner remedio, que del pacifico que lo disimula, ó ignora: y que es menester gran ingenio, para evitar tan inútil y enojoso conocimiento. Por lo cual aconseja, sobre su conciencia, que cada uno renueve en su casa la costumbre de los prudentisimos romanos, á quien se debe imitar, que cuando volvian á las suyas, se lo enviaban antes á avisar á las mugeres para no cogerlas de sobresalto, descuidadas y mal compuestas. Y porque lo sereno podria hacer mal á las damas, que son mas delicadas, las convida con su casa y cena, ofreciéndolas que no faltará de la fruta mas agradable á sus gustos. *Valete et plaudite.*

INDICE.

Prólogo de la coleccion de las obras completas de Moratin. . Pág. 1
Noticia de la vida y escritos de D. Leandro Fernandez de Moratin 3
Prólogo. 9
Discurso histórico. 13
Catálogo histórico y crítico de piezas dramáticas anteriores á Lope de Vega. 57
RODRIGO DE COTA.
Diálogo 131
JUAN DE LA ENCINA.
Égloga. 134
Égloga. 136
ANÓNIMO.
Égloga. 139
BARTOLOMÉ DE TORRES NAHARRO.
Comedia Himenea. 142
LOPE DE RUEDA.
La Carátula. 155
El Rufian cobarde. 157
Eufemia. 159
El Convidado. 176
Las Aceitunas. 178
Los Engaños. 179
Cornudo y Contento. 194
Pagar y no pagar. 196
Prendas de amor. 198
ALONSO DE LA VEGA.
Amor vengado. 200
JUAN DE TIMONEDA.
Los Ciegos y el Mozo. 202
Los Menemnos. 205

APÉNDICE.

RODRIGO COTA Y FERNANDO ROJAS.
Celestina. . . . . Pág. 225
GIL VICENTE.
Escena primera de la comedia de Rubena. 236
El Viudo. 238
Auto pastoril del Nacimiento. 246
JUAN DE LA CUEVA.
El Saco de Roma. 251
El Infamador. 264
JOAQUIN ROMERO DE CEPEDA.
Comedia Salvage. 286
Comedia llamada Metamorfosea. 299
JERÓNIMO BERMUDEZ, conocido por el nombre de ANTONIO DE SILVA.
Nise lastimosa. 509
Nise laureada. 527
TARRAGA.
La Enemiga favorable. 549
AGUILAR.
El Mercader amante. 589
GUILLEN DE CASTRO.
Los Mal Casados de Valencia. 421
MIGUEL DE CERVANTES.
Numancia 454
La Entretenida. 475
La Guarda cuidadosa. 495
Los dos Habladores. 501
LUPERCIO LEONARDO DE ARGENSOLA.
Isabela. 506
DON ALFONSO UZ DE VELASCO.
El Zeloso. 551

FIN DEL ÍNDICE.

PARIS. — EN LA IMPRENTA DE CASIMIR,
Calle de la Vieille-Monnaie, 12.

225

256
253
246

251
254

256
250

19
27

19

9

1

This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.
A fine is incurred by retaining it beyond the specified time.
Please return promptly.

CANCELLED

MAR '68 H

CANCELLED

1755-964

CANCELLED

OCT 1 1974 H

6733761

BOOK DUE

APR 35 1984

CANCELLED

- 1980